

E.L. JAMES

CINCUENTA SOMBRAS DE GREY

Cincuenta sombras más oscuras 672

Cincuenta sombras liberadas 1445

1

Me miro en el espejo y frunzo el ceño, frustrada. Qué asco de pelo. No hay manera con él. Y maldita sea Katherine Kavanagh, que se ha puesto enferma y me ha metido en este lío. Tendría que estar estudiando para los exámenes finales, que son la semana que viene, pero aquí estoy, intentando hacer algo con mi pelo.

No debo meterme en la cama con el pelo mojado. No debo meterme en la cama con el pelo mojado. Recito varias veces este mantra mientras intento una vez más controlarlo con el cepillo. Me desespero, pongo los ojos en blanco, después observo a la chica pálida, de pelo castaño y ojos azules exageradamente grandes que me mira, y me rindo. Mi única opción es recogerme este pelo rebelde en una coleta y confiar en estar medio presentable.

Kate es mi compañera de piso, y ha tenido que pillar un resfriado precisamente hoy. Por eso no puede ir a la entrevista que había concertado para la revista de la facultad con un megaempresario del que yo nunca había oído hablar. Así que va a tocarme a mí. Tengo que estudiar para los exámenes finales, tengo que terminar un trabajo y se suponía que a eso iba a dedicarme esta tarde, pero no. Lo que voy a hacer esta tarde es conducir más de doscientos kilómetros hasta el centro de Seattle

para reunirme con el enigmático presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc. Como empresario excepcional y principal mecenas de nuestra universidad, su tiempo es extraordinariamente valioso —mucho más que el mío—, pero ha concedido una entrevista a Kate. Un bombazo, según ella. Malditas sean sus actividades extraacadémicas.

Kate está acurrucada en el sofá del salón.

—Ana, lo siento. Tardé nueve meses en conseguir esta entrevista. Si pido que me cambien el día, tendré que esperar otros seis meses, y para entonces las dos estaremos graduadas. Soy la responsable de la revista, así que no puedo echarlo todo a perder. Por favor... —me suplica Kate con voz ronca por el resfriado.

¿Cómo lo hace? Incluso enferma está guapísima, realmente atractiva, con su pelo rubio rojizo perfectamente peinado y sus brillantes ojos verdes, aunque ahora los tiene rojos y llorosos. Paso por alto la inoportuna punzada de lástima que me inspira.

—Claro que iré, Kate. Vuelve a la cama. ¿Quieres una aspirina o un paracetamol?

—Un paracetamol, por favor. Aquí tienes las preguntas y la grabadora. Solo tienes que apretar aquí. Y toma notas. Luego ya lo transcribiré todo.

—No sé nada de él —murmuro intentando en vano reprimir el pánico, que es cada vez mayor.

—Te harás una idea por las preguntas. Sal ya. El viaje es largo. No quiero que llegues tarde.

—Vale, me voy. Vuelve a la cama. Te he preparado una sopa para que te la calientes después.

La miro con cariño. Solo haría algo así por ti, Kate.

—Sí, lo haré. Suerte. Y gracias, Ana. Me has salvado la vida, para variar.

Cojo el bolso, le lanzo una sonrisa y me dirijo al coche. No puedo creerme que me haya dejado convencer, pero Kate es capaz de convencer a cualquiera de lo que sea. Será una excelente periodista. Sabe expresarse y discutir, es fuerte, convincente y guapa. Y es mi mejor amiga.

Apenas hay tráfico cuando salgo de Vancouver, Washington, en dirección a la interestatal 5. Es temprano y no tengo que estar en Seattle hasta las dos del mediodía.

Por suerte, Kate me ha dejado su Mercedes CLK. No tengo nada claro que pudiera llegar a tiempo con Wanda, mi viejo Volkswagen Escarabajo. Conducir el Mercedes es muy agradable. Piso con fuerza el acelerador, y los kilómetros pasan volando.

Me dirijo a la sede principal de la multinacional del señor Grey, un enorme edificio de veinte plantas, una fantasía arquitectónica, todo él de vidrio y acero, y con las palabras GREY HOUSE en un discreto tono metálico en las puertas acristaladas de la entrada. Son las dos menos cuarto cuando llego. Entro en el inmenso —y francamente intimidante— vestíbulo de vidrio, acero y piedra blanca, muy aliviada por no haber llegado tarde.

Desde el otro lado de un sólido mostrador de piedra me sonrío amablemente una chica rubia, atractiva y muy arreglada. Lleva la americana gris oscura y la falda blanca más elegantes que he visto jamás. Está impecable.

—Vengo a ver al señor Grey. Anastasia Steele, de parte de Katherine Kavanagh.

—Discúlpeme un momento, señorita Steel —me dice alzando las cejas.

Espero tímidamente frente a ella. Empiezo a pensar que debería haberme puesto una americana de vestir de Kate en lugar de mi chaqueta azul marino. He hecho un esfuerzo y me he puesto la única falda que tengo, mis cómodas botas marrones hasta la rodilla y un jersey azul. Para mí ya es ir elegante. Me paso por detrás de la oreja un mechón de pelo que se me ha soltado de la coleta fingiendo no sentirme intimidada.

—Sí, tiene cita con la señorita Kavanagh. Firme aquí, por favor, señorita Steel. El último ascensor de la derecha, planta 20.

Me sonrío amablemente, sin duda divertida, mientras firmo.

Me tiende un pase de seguridad que tiene impresa la palabra VISITANTE. No puedo evitar sonreír. Es obvio que solo estoy de visita. Desentono completamente.

No pasa nada, suspiro para mis adentros. Le doy las gracias y me dirijo hacia los ascensores, más allá de los dos vigilantes, ambos mucho más elegantes que yo con su traje negro de corte perfecto.

El ascensor me traslada a la planta 20 a una velocidad de vértigo. Las puertas se abren y salgo a otro gran vestíbulo, también de vidrio, acero y piedra blanca. Me acerco a otro mostrador de piedra y me saluda otra chica rubia vestida impecablemente de blanco y negro.

—Señorita Steele, ¿puede esperar aquí, por favor? —me pregunta señalándome una zona de asientos de piel de color blanco.

Detrás de los asientos de piel hay una gran sala de reuniones con las paredes de vidrio, una mesa de

madera oscura, también grande, y al menos veinte sillas a juego. Más allá, un ventanal desde el suelo hasta el techo que ofrece una vista de Seattle hacia el Sound. La vista es tan impactante que me quedo momentáneamente paralizada. Uau.

Me siento, saco las preguntas del bolso y les echo un vistazo maldiciendo por dentro a Kate por no haberme pasado una breve biografía. No sé nada del hombre al que voy a entrevistar. Podría tener tanto noventa años como treinta. La inseguridad me mortifica y, como estoy nerviosa, no paro de moverme. Nunca me he sentido cómoda en las entrevistas cara a cara. Prefiero el anonimato de una charla en grupo, en la que puedo sentarme al fondo de la sala y pasar inadvertida. Para ser sincera, lo que me gusta es estar sola, acurrucada en una silla de la biblioteca del campus universitario leyendo una buena novela inglesa, y no removiéndome en el sillón de un enorme edificio de vidrio y piedra.

Suspiro. Contrólate, Steele. A juzgar por el edificio, demasiado aséptico y moderno, supongo que Grey tendrá unos cuarenta años. Un tipo que se mantiene en forma, bronceado y rubio, a juego con el resto del personal.

De una gran puerta a la derecha sale otra rubia elegante, impecablemente vestida. ¿De dónde sale tanta rubia inmaculada? Parece que las fabriquen en serie.

Respiro hondo y me levanto.

—¿Señorita Steele? —me pregunta la última rubia.

—Sí —le contesto con voz ronca y carraspeo—. Sí —repito, esta vez en un tono algo más seguro.

—El señor Grey la recibirá enseguida. ¿Quiere dejarme la chaqueta?

—Sí, gracias —le contesto intentando con torpeza quitarme la chaqueta.

—¿Le han ofrecido algo de beber?

—Pues... no.

Vaya, ¿estaré metiendo en problemas a la rubia número uno?

La rubia número dos frunce el ceño y lanza una mirada a la chica del mostrador.

—¿Quiere un té, café, agua? —me pregunta volviéndose de nuevo hacia mí.

—Un vaso de agua, gracias —le contesto en un murmullo.

—Olivia, tráele a la señorita Steele un vaso de agua, por favor —dice en tono serio.

Olivia sale corriendo de inmediato y desaparece detrás de una puerta al otro lado del vestíbulo.

—Le ruego que me disculpe, señorita Steele. Olivia es nuestra nueva empleada en prácticas. Por favor, siéntese. El señor Grey la atenderá en cinco minutos.

Olivia vuelve con un vaso de agua muy fría.

—Aquí tiene, señorita Steele.

—Gracias.

La rubia número dos se dirige al enorme mostrador. Sus tacones resuenan en el suelo de piedra. Se sienta y ambas siguen trabajando.

Quizá el señor Grey insista en que todos sus empleados sean rubios. Estoy distraída, preguntándome si eso es legal, cuando la puerta del despacho se abre y sale un afroamericano alto y atractivo, con el pelo rizado y vestido con elegancia. Está claro que no podría haber elegido peor mi ropa.

Se vuelve hacia la puerta.

—Grey, ¿jugamos al golf esta semana?

No oigo la respuesta. El afroamericano me ve y sonrío. Se le arrugan las comisuras de los ojos. Olivia se ha levantado de un salto para ir a llamar al ascensor.

Parece que destaca en eso de pegar saltos de la silla. Está más nerviosa que yo.

—Buenas tardes, señoritas —dice el afroamericano metiéndose en el ascensor.

—El señor Grey la recibirá ahora, señorita Steele. Puede pasar —me dice la rubia número dos.

Me levanto tambaleándome un poco e intentando contener los nervios. Cojo mi bolso, dejo el vaso de agua y me dirijo a la puerta entornada.

—No es necesario que llame. Entre directamente —me dice sonriéndome.

Empujo la puerta, tropiezo con mi propio pie y caigo de bruces en el despacho.

Mierda, mierda. Qué patosa... Estoy de rodillas y con las manos apoyadas en el suelo en la entrada del despacho del señor Grey, y unas manos amables me rodean para ayudarme a levantarme. Estoy muerta de vergüenza, ¡qué torpe! Tengo que armarme de valor para alzar la vista. Madre mía, qué joven es.

—Señorita Kavanagh —me dice tendiéndome una mano de largos dedos en cuanto me he incorporado—. Soy Christian Grey. ¿Está bien? ¿Quiere sentarse?

Muy joven. Y atractivo, muy atractivo. Alto, con un elegantísimo traje gris, camisa blanca y corbata negra, con un pelo rebelde de color cobrizo y brillantes ojos grises que me observan atentamente. Necesito un momento para poder articular palabra.

—Bueno, la verdad...

Me callo. Si este tipo tiene más de treinta años, yo soy bombera. Le doy la mano, aturdida, y nos saludamos. Cuando nuestros dedos se tocan, siento un extraño y excitante escalofrío por todo el cuerpo. Retiro la mano a toda prisa, incómoda. Debe de ser electricidad estática. Parpadeo rápidamente, al ritmo de los latidos de mi corazón.

—La señorita Kavanagh está indispuesta, así que me ha mandado a mí. Espero que no le importe, señor Grey.

—¿Y usted es...?

Su voz es cálida y parece divertido, pero su expresión impasible no me permite asegurarlo. Parece ligeramente interesado, pero sobre todo muy educado.

—Anastasia Steele. Estudio literatura inglesa con Kate... digo... Katherine... bueno... la señorita Kavanagh, en la Estatal de Washington.

—Ya veo —se limita a responderme.

Creo ver el esbozo de una sonrisa en su expresión, pero no estoy segura.

—¿Quiere sentarse? —me pregunta señalándome un sofá blanco de piel en forma de L.

Su despacho es exageradamente grande para una sola persona. Delante de los ventanales panorámicos hay una mesa de madera oscura en la que podrían comer cómodamente seis personas. Hace juego con la mesita junto al sofá. Todo lo demás es blanco —el techo, el suelo y las paredes—, excepto la pared de la puerta, en la que treinta y seis cuadros pequeños forman una especie de mosaico cuadrado. Son preciosos, una serie de objetos prosaicos e insignificantes, pintados con tanto detalle que parecen fotografías. Pero, colgados juntos en la pared, resultan impresionantes.

—Un artista de aquí. Trouton —me dice el señor Grey cuando se da cuenta de lo que estoy observando.

—Son muy bonitos. Elevan lo cotidiano a la categoría de extraordinario —murmuro distraída, tanto por él como por los cuadros.

Ladea la cabeza y me mira con mucha atención.

—No podría estar más de acuerdo, señorita Steele —me contesta en voz baja.

Y por alguna inexplicable razón me ruborizo.

Aparte de los cuadros, el resto del despacho es frío, limpio y aséptico. Me pregunto si refleja la personalidad del Adonis que está sentado con elegancia frente a mí en una silla blanca de piel. Bajo la cabeza, alterada por la dirección que están tomando mis pensamientos, y saco del bolso las preguntas de Kate. Luego preparo la grabadora con tanta torpeza que se me cae dos veces en la mesita. El señor Grey no abre la boca. Aguarda pacientemente —eso espero—, y yo me siento cada vez más avergonzada y me pongo más roja. Cuando reúno el valor para mirarlo, está observándome, con una mano encima de la pierna y la otra alrededor de la barbilla y con el largo dedo índice cruzándole los labios. Creo que intenta ahogar una sonrisa.

—Pe... Perdón —balbuceo—. No suelo utilizarla.

—Tómese todo el tiempo que necesite, señorita Steele —me contesta.

—¿Le importa que grabe sus respuestas?

—¿Me lo pregunta ahora, después de lo que le ha costado preparar la grabadora?

Me ruborizo. ¿Está bromeando? Eso espero. Parpadeo, no sé qué decir, y creo que se apiada de mí, porque acepta.

—No, no me importa.

—¿Le explicó Kate... digo... la señorita Kavanagh para dónde era la entrevista?

—Sí. Para el último número de este curso de la revista de la facultad, porque yo entregaré los títulos en la ceremonia de graduación de este año.

Vaya. Acabo de enterarme. Y por un momento me preocupa que alguien no mucho mayor que yo —vale, quizá seis o siete años, y vale, un megatriunfador, pero aun así— me entregue el título. Frunzo el ceño e intento centrar mi caprichosa atención en lo que tengo que hacer.

—Bien —digo tragando saliva—. Tengo algunas preguntas, señor Grey.

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí, creo que debería preguntarme algo —me contesta inexpresivo.

Está burlándose de mí. Al darme cuenta de ello, me arden las mejillas. Me incorporo un poco y estiro la espalda para parecer más alta e intimidante. Pulso el botón de la grabadora intentando parecer profesional.

—Es usted muy joven para haber amasado este imperio. ¿A qué se debe su éxito?

Le miro y él esboza una sonrisa burlona, pero parece ligeramente decepcionado.

—Los negocios tienen que ver con las personas, señorita Steele, y yo soy muy bueno analizándolas. Sé cómo funcionan, lo que les hace ser mejores, lo que no, lo que las inspira y cómo incentivarlas. Cuento con un equipo excepcional, y les pago bien. —Se calla un instante y me clava su mirada gris—. Creo que para tener éxito en cualquier ámbito hay que dominarlo,

conocerlo por dentro y por fuera, conocer cada uno de sus detalles. Trabajo duro, muy duro, para conseguirlo. Tomo decisiones basándome en la lógica y en los hechos. Tengo un instinto innato para reconocer y desarrollar una buena idea, y seleccionar a las personas adecuadas. La base es siempre contar con las personas adecuadas.

—Quizá solo ha tenido suerte.

Este comentario no está en la lista de Kate, pero es que es tan arrogante... Por un momento la sorpresa asoma a sus ojos.

—No creo en la suerte ni en la casualidad, señorita Steele. Cuanto más trabajo, más suerte tengo. Realmente se trata de tener en tu equipo a las personas adecuadas y saber dirigir sus esfuerzos. Creo que fue Harvey Firestone quien dijo que la labor más importante de los directivos es que las personas crezcan y se desarrollen.

—Parece usted un maniático del control.

Las palabras han salido de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—Bueno, lo controlo todo, señorita Steele —me contesta sin el menor rastro de sentido del humor en su sonrisa.

Lo miro y me sostiene la mirada, impasible. Se me dispara el corazón y vuelvo a ruborizarme.

¿Por qué tiene este desconcertante efecto sobre mí? ¿Quizá porque es irresistiblemente atractivo? ¿Por cómo me mira fijamente? ¿Por cómo se pasa el dedo índice por el labio inferior? Ojalá dejara de hacerlo.

—Además, decirte a ti mismo, en tu fuero más íntimo, que has nacido para ejercer el control te concede un inmenso poder —sigue diciéndome en voz baja.

—¿Le parece a usted que su poder es inmenso?

Maniático del control, añadido para mis adentros.

—Tengo más de cuarenta mil empleados, señorita Steele. Eso me otorga cierto sentido de la responsabilidad... poder, si lo prefiere. Si decidiera que ya no me interesa el negocio de las telecomunicaciones y lo vendiera todo, veinte mil personas pasarían apuros para pagar la hipoteca en poco más de un mes.

Me quedo boquiabierta. Su falta de humildad me deja estupefacta.

—¿No tiene que responder ante una junta directiva?

—le pregunto asqueada.

—Soy el dueño de mi empresa. No tengo que responder ante ninguna junta directiva.

Me mira alzando una ceja y me ruborizo. Claro, lo habría sabido si me hubiera informado un poco. Pero, maldita sea, qué arrogante... Cambio de táctica.

—¿Y cuáles son sus intereses, aparte del trabajo?

—Me interesan cosas muy diversas, señorita Steele.

—Esboza una sonrisa casi imperceptible—. Muy diversas.

Por alguna razón, su mirada firme me confunde y me enciende. Pero en sus ojos se distingue un brillo perverso.

—Pero si trabaja tan duro, ¿qué hace para relajarse?

—¿Relajarme?

Sonríe mostrando sus dientes, blancos y perfectos. Contengo la respiración. Es realmente guapo. Debería estar prohibido ser tan guapo.

Bueno, para relajarme, como dice usted, navego, vuelo y me permito diversas actividades físicas. — Cambia de posición en su silla—. Soy muy rico, señorita Steele, así que tengo aficiones caras y fascinantes.

Echo un rápido vistazo a las preguntas de Kate con la intención de no seguir con ese tema.

—Invierte en fabricación. ¿Por qué en fabricación en concreto? —le pregunto.

¿Por qué hace que me sienta tan incómoda?

—Me gusta construir. Me gusta saber cómo funcionan las cosas, cuál es su mecanismo, cómo se montan y se desmontan. Y me encantan los barcos. ¿Qué puedo decirle?

—Parece que el que habla es su corazón, no la lógica y los hechos.

Frunce los labios y me observa de arriba abajo.

—Es posible. Aunque algunos dirían que no tengo corazón.

—¿Por qué dirían algo así?

—Porque me conocen bien. —Me contesta con una sonrisa irónica.

—¿Dirían sus amigos que es fácil conocerlo?

Y nada más preguntárselo lamento haberlo hecho. No está en la lista de Kate.

—Soy una persona muy reservada, señorita Steele. Hago todo lo posible por proteger mi vida privada. No suelo ofrecer entrevistas.

—¿Por qué aceptó esta?

—Porque soy mecenas de la universidad, y porque, por más que lo intentara, no podía sacarme de encima a la señorita Kavanagh. No dejaba de dar la lata a mis relaciones públicas, y admiro esa tenacidad.

Sé lo tenaz que puede llegar a ser Kate. Por eso estoy sentada aquí, incómoda y muerta de vergüenza ante la mirada penetrante de este hombre, cuando debería estar estudiando para mis exámenes.

—También invierte en tecnología agrícola. ¿Por qué le interesa este ámbito?

—El dinero no se come, señorita Steele, y hay demasiada gente en el mundo que no tiene qué comer.

—Suenas muy filantrópico. ¿Le apasiona la idea de alimentar a los pobres del mundo?

Se encoge de hombros, como dándome largas.

—Es un buen negocio —murmura.

Pero creo que no está siendo sincero. No tiene sentido. ¿Alimentar a los pobres del mundo? No veo por ningún lado qué beneficios económicos puede proporcionar. Lo único que veo es que se trata de una idea noble. Echo un vistazo a la siguiente pregunta, confundida por su actitud.

—¿Tiene una filosofía? Y si la tiene, ¿en qué consiste?

—No tengo una filosofía como tal. Quizá un principio que me guía... de Carnegie: «Un hombre que consigue adueñarse absolutamente de su mente puede adueñarse de cualquier otra cosa para la que esté legalmente autorizado». Soy muy peculiar, muy tenaz. Me gusta el control... de mí mismo y de los que me rodean.

—Entonces quiere poseer cosas... Es usted un obseso del control.

—Quiero merecer poseerlas, pero sí, en el fondo es eso.

—Parece usted el paradigma del consumidor.

—Lo soy.

Sonríe, pero la sonrisa no ilumina su mirada. De nuevo no cuadra con una persona que quiere alimentar al mundo, así que no puedo evitar pensar que estamos hablando de otra cosa, pero no tengo ni la menor idea de qué. Trago saliva. En el despacho hace cada vez más

calor, o quizá sea cosa mía. Solo quiero acabar de una vez la entrevista. Seguro que Kate tiene ya bastante material. Echo un vistazo a la siguiente pregunta.

—Fue un niño adoptado. ¿Hasta qué punto cree que ha influido en su manera de ser?

Vaya, una pregunta personal. Lo miro con la esperanza de que no se ofenda. Frunce el ceño.

—No puedo saberlo.

Me pica la curiosidad.

—¿Qué edad tenía cuando lo adoptaron?

—Todo el mundo lo sabe, señorita Steele —me contesta muy serio.

Mierda. Sí, claro. Si hubiera sabido que iba a hacer esta entrevista, me habría informado un poco. Cambio de tema rápidamente.

—Ha tenido que sacrificar su vida familiar por el trabajo.

—Eso no es una pregunta —me replica en tono seco.

—Perdón.

No puedo quedarme quieta. Ha conseguido que me sienta como una niña perdida. Vuelvo a intentarlo.

—¿Ha tenido que sacrificar su vida familiar por el trabajo?

—Tengo familia. Un hermano, una hermana y unos padres que me quieren. Pero no me interesa seguir hablando de mi familia.

—¿Es usted gay, señor Grey?

Respira hondo. Estoy avergonzada, abochornada. Mierda. ¿Por qué no he echado un vistazo a la pregunta antes de leerla? ¿Cómo voy a decirle que estoy limitándome a leer las preguntas? Malditas sean Kate y su curiosidad.

—No, Anastasia, no soy gay.

Alza las cejas y me mira con ojos fríos. No parece contento.

—Le pido disculpas. Está... bueno... está aquí escrito.

Ha sido la primera vez que me ha llamado por mi nombre. El corazón se me ha disparado y vuelven a arderme las mejillas. Nerviosa, me coloco el mechón de pelo detrás de la oreja.

Inclina un poco la cabeza.

—¿Las preguntas no son tuyas?

Quiero que se me trague la tierra.

—Bueno... no. Kate... la señorita Kavanagh... me ha pasado una lista.

—¿Son compañeras de la revista de la facultad?

Oh, no. No tengo nada que ver con la revista. Es una actividad extraacadémica de ella, no mía. Me arden las mejillas.

—No. Es mi compañera de piso.

Se frota la barbilla con parsimonia y sus ojos grises me observan atentamente.

—¿Se ha ofrecido usted para hacer esta entrevista?

—me pregunta en tono inquietantemente tranquilo.

A ver, ¿quién se supone que entrevista a quién? Su mirada me quema por dentro y no puedo evitar decirle la verdad.

—Me lo ha pedido ella. No se encuentra bien —le contesto en voz baja, como disculpándome.

—Esto explica muchas cosas.

Llaman a la puerta y entra la rubia número dos.

—Señor Grey, perdone que lo interrumpa, pero su próxima reunión es dentro de dos minutos.

—No hemos terminado, Andrea. Cancele mi próxima reunión, por favor.

Andrea se queda boquiabierta, sin saber qué contestar. Parece perdida. El señor Grey vuelve el rostro hacia ella lentamente y alza las cejas. La chica se pone colorada. Menos mal, no soy la única.

—Muy bien, señor Grey —murmura, y sale del despacho.

Él frunce el ceño y vuelve a centrar su atención en mí.

—¿Por dónde íbamos, señorita Steele?

Vaya, ya estamos otra vez con lo de «señorita Steele».

—No quisiera interrumpir sus obligaciones.

—Quiero saber de usted. Creo que es lo justo.

Sus ojos grises brillan de curiosidad. Mierda, mierda. ¿Qué pretende? Apoya los codos en los brazos de la butaca y une las yemas de los dedos de ambas manos frente a la boca. Su boca me... me desconcentra. Trago saliva.

—No hay mucho que saber —le digo volviéndome a ruborizar.

—¿Qué planes tiene después de graduarse?

Me encojo de hombros. Su interés me desconcierta. Venirme a Seattle con Kate, encontrar trabajo... La verdad es que no he pensado mucho más allá de los exámenes.

—No he hecho planes, señor Grey. Tengo que aprobar los exámenes finales.

Y ahora tendría que estar estudiando, no sentada en su inmenso, aséptico y precioso despacho, sintiéndome incómoda frente a su penetrante mirada.

—Aquí tenemos un excelente programa de prácticas —me dice en tono tranquilo.

Alzo las cejas sorprendida. ¿Está ofreciéndome trabajo?

—Lo tendré en cuenta —murmuro confundida—. Aunque no creo que encajara aquí.

Oh, no. Ya estoy otra vez pensando en voz alta.

—¿Por qué lo dice?

Ladea un poco la cabeza, intrigado, y una ligera sonrisa se insinúa en sus labios.

—Es obvio, ¿no?

Soy torpe, desaliñada y no soy rubia.

—Para mí no.

Su mirada es intensa y su atisbo de sonrisa ha desaparecido. De pronto siento que unos extraños músculos me oprimen el estómago. Aparto los ojos de su mirada escrutadora y me contemplo los nudillos, aunque no los veo. ¿Qué está pasando? Tengo que marcharme ahora mismo. Me inclino hacia delante para coger la grabadora.

—¿Le gustaría que le enseñara el edificio? —me pregunta.

—Seguro que está muy ocupado, señor Grey, y yo tengo un largo camino.

—¿Vuelve en coche a Vancouver?

Parece sorprendido, incluso nervioso. Mira por la ventana. Ha empezado a llover.

—Bueno, conduzca con cuidado —me dice en tono serio, autoritario.

¿Por qué iba a importarle?

—¿Me ha preguntado todo lo que necesita? —añade.

—Sí —le contesto metiéndome la grabadora en el bolso.

Cierra ligeramente los ojos, como si estuviera pensando.

—Gracias por la entrevista, señor Grey.

—Ha sido un placer —me contesta, tan educado como siempre.

Me levanto, se levanta también él y me tiende la mano.

—Hasta la próxima, señorita Steele.

Y suena como un desafío, o como una amenaza. No estoy segura de cuál de las dos cosas. Frunzo el ceño. ¿Cuándo volveremos a vernos? Le estrecho la mano de nuevo, perpleja de que esa extraña corriente siga circulando entre nosotros. Deben de ser nervios.

—Señor Grey.

Me despido de él con un movimiento de cabeza. Él se dirige a la puerta con gracia y agilidad, y la abre de par en par.

—Asegúrese de cruzar la puerta con buen pie, señorita Steele.

Me sonrío. Está claro que se refiere a mi poco elegante entrada en su despacho. Me ruborizo.

—Muy amable, señor Grey —le digo bruscamente.

Su sonrisa se acentúa. Me alegro de haberle divertido. Salgo al vestíbulo echando chispas y me sorprende que me siga. Andrea y Olivia levantan la mirada, tan sorprendidas como yo.

—¿Ha traído abrigo? —me pregunta Grey.

—Chaqueta.

Olivia se levanta de un salto a buscar mi chaqueta, que Grey le quita de las manos antes de que haya podido

dármela. La sostiene para que me la ponga, y lo hago sintiéndome totalmente ridícula. Por un momento Grey me apoya las manos en los hombros, y doy un respingo al sentir su contacto. Si se da cuenta de mi reacción, no se le nota. Su largo dedo índice pulsa el botón del ascensor y esperamos, yo con torpeza, y él sereno y frío. Se abren las puertas y entro a toda prisa, desesperada por escapar. Tengo que salir de aquí. Cuando me vuelvo, está inclinado frente a la puerta del ascensor, con una mano apoyada en la pared. Realmente es muy guapo. Guapísimo. Me desconcierta.

—Anastasia —me dice a modo de despedida.

—Christian —le contesto.

Y afortunadamente las puertas se cierran.

El corazón me late muy deprisa. El ascensor llega a la planta baja y salgo en cuanto se abren las puertas. Doy un traspié, pero por suerte no me doy de bruces contra el immaculado suelo de piedra. Corro hacia las grandes puertas de vidrio y por fin salgo al tonificante, limpio y húmedo aire de Seattle. Levanto la cara y agradezco la lluvia, que me refresca. Cierro los ojos y respiro hondo, dejo que el aire me purifique e intento recuperar la poca serenidad que me queda.

Ningún hombre me había impactado como Christian Grey, y no entiendo por qué. ¿Porque es guapo? ¿Educado? ¿Rico? ¿Poderoso? No entiendo mi reacción irracional. Suspiro profundamente aliviada. ¿De qué diablos va esta historia? Me apoyo en una columna de acero del edificio y hago un gran esfuerzo por tranquilizarme y ordenar mis pensamientos. Muevo ligeramente la cabeza. ¿Qué ha pasado? Mi corazón recupera su ritmo habitual y puedo volver a respirar normalmente. Me dirijo al coche.

Dejo atrás la ciudad repasando mentalmente la entrevista y empiezo a sentirme idiota y avergonzada. Seguro que estoy reaccionando desproporcionadamente a algo que solo existe en mi cabeza. De acuerdo, es muy atractivo, seguro de sí mismo, dominante y se siente cómodo consigo mismo, pero por otra parte es arrogante y, por impecables que sean sus modales, es dictador y frío. Bueno, a primera vista. Un involuntario escalofrío me recorre la espina dorsal. Puede ser arrogante, pero tiene derecho a serlo, porque ha conseguido grandes

cosas y es todavía muy joven. No soporta a los imbéciles, pero ¿por qué iba a hacerlo? Vuelvo a enfadarme al pensar que Kate no me proporcionó una breve biografía.

Mientras recorro la interestatal 5, mi mente sigue divagando. Me deja de verdad perpleja que haya gente tan empeñada en triunfar. Algunas respuestas tuyas han sido muy crípticas, como si tuviera una agenda oculta. Y las preguntas de Kate... ¡Uf! La adopción y que si era gay... Se me ponen los pelos de punta. No me puedo creer que le haya preguntado algo así. ¡Tierra, trágame! De ahora en adelante, cada vez que recuerde esta pregunta me moriré de vergüenza. ¡Maldita sea Katherine Kavanagh!

Echo un vistazo al indicador de velocidad. Conduzco con más precaución de la habitual, y sé que es porque tengo en mente esos penetrantes ojos grises que me miran y una voz seria que me dice que conduzca con cuidado. Muevo la cabeza y me doy cuenta de que Grey parece tener el doble de edad de la que tiene.

Olvídalo, Ana, me regaño a mí misma. Llego a la conclusión de que, en el fondo, ha sido una experiencia muy interesante, pero que no debería darle más vueltas.

Déjalo correr. No tengo que volver a verlo. La idea me reconforta. Enciendo la radio, subo el volumen, me reclino hacia atrás y escucho el ritmo del rock indie mientras piso el acelerador. Al surcar la interestatal 5 me doy cuenta de que puedo conducir todo lo deprisa que quiera.

Vivimos en una pequeña comunidad de casas pareadas cerca del campus de la Universidad Estatal de Washington, en Vancouver. Tengo suerte. Los padres de

Kate le compraron la casa, así que pago una miseria de alquiler. Llevamos cuatro años viviendo aquí. Aparco el coche sabiendo que Kate va a querer que se lo cuente todo con pelos y señales, y es obstinada. Bueno, al menos tiene la grabadora. Espero no tener que añadir mucho más a lo dicho en la entrevista.

—¡Ana! Ya estás aquí.

Kate está sentada en el salón, rodeada de libros. Es evidente que ha estado estudiando para los exámenes finales, aunque todavía lleva puesto el pijama rosa de franela de conejitos, el que reserva para cuando ha roto con un novio, para todo tipo de enfermedades y para cuando está deprimida en general. Se levanta de un salto y corre a abrazarme.

—Empezaba a preocuparme. Pensaba que volverías antes.

—Pues yo creo que es pronto teniendo en cuenta que la entrevista se ha alargado...

Le doy la grabadora.

—Ana, muchísimas gracias. Te debo una, lo sé. ¿Cómo ha ido? ¿Cómo es?

Oh, no, ya estamos con la santa inquisidora Katherine Kavanagh.

Me cuesta contestarle. ¿Qué puedo decir?

—Me alegro de que haya acabado y de no tener que volver a verlo. Ha estado bastante intimidante, la verdad. —Me encojo de hombros—. Es muy centrado, incluso intenso... y joven. Muy joven.

Kate me mira con expresión cándida. Frunzo el ceño.

—No te hagas la inocente. ¿Por qué no me pasaste una biografía? Me ha hecho sentir como una idiota por no tener idea de nada.

Kate se lleva una mano a la boca.

—Vaya, Ana, lo siento... No lo pensé.

Resoplo.

—En general ha sido amable, formal y un poco estirado, como un viejo precoz. No habla como un tipo de veintitantos años. Por cierto, ¿cuántos años tiene?

—Veintisiete. Ana, lo siento. Tendría que haberte contado un poco, pero estaba muy nerviosa. Bueno, me llevo la grabadora y empezaré a transcribir la entrevista.

—Parece que estás mejor. ¿Te has tomado la sopa?
—le pregunto para cambiar de tema.

—Sí, y estaba riquísima, como siempre. Me encuentro mucho mejor.

Me sonrío agradecida. Miro el reloj.

—Salgo pitando. Creo que llego a mi turno en Clayton's.

—Ana, estarás agotada.

—Estoy bien. Nos vemos luego.

Trabajo en Clayton's desde que empecé en la universidad, hace cuatro años. Como es la ferretería más grande de la zona de Portland, he llegado a saber bastante sobre los artículos que vendemos, aunque, paradójicamente, soy un desastre para el bricolaje. Esto se lo dejo a mi padre.

Me alegra llegar a tiempo, porque así tendré algo en lo que pensar que no sea Christian Grey. Tenemos mucho trabajo. Como acaba de empezar la temporada de verano, todo el mundo anda redecorando su casa. La señora Clayton parece aliviada al verme.

—¡Ana! Pensaba que hoy no vendrías.

—La cita ha durado menos de lo que pensaba. Puedo hacer un par de horas.

—Me alegro mucho de verte.

Me manda al almacén a reponer estanterías, y no tardo en centrarme en mi trabajo.

Más tarde, cuando vuelvo a casa, Katherine lleva puestos unos auriculares y trabaja en su portátil. Todavía tiene la nariz roja, pero está metida de lleno en su artículo, muy concentrada y tecleando frenéticamente. Yo estoy agotada, rendida por el largo viaje en coche, por la dura entrevista y por no haber parado de aquí para allá en Clayton's. Me dejo caer en el sofá pensando en el trabajo de la facultad que tengo que terminar y en que no he podido estudiar nada porque estaba con... él.

—Lo que me has traído está genial, Ana. Lo has hecho muy bien. No puedo creerme que no aceptaras su oferta de enseñarte el edificio. Está claro que quería pasar más rato contigo.

Me lanza una fugaz mirada burlona.

Me ruborizo e inexplicablemente mis pulsaciones se aceleran. Seguro que no era por eso. Solo quería mostrarme el edificio para que viera que era el amo y señor de todo aquello. Soy consciente de que estoy mordiéndome el labio y confío en que Kate no se dé cuenta, pero mi amiga parece estar concentrada en la transcripción.

—Ya entiendo lo que quieres decir con eso de formal. ¿Tomaste notas? —me pregunta.

—Mmm... No.

—No pasa nada. Con lo que hay me basta para un buen artículo. Lástima que no tengamos fotos propias. El hijo de puta está bueno, ¿no?

Me ruborizo.

—Supongo.

Intento dar a entender que me da igual, y creo que lo consigo.

—Vamos, Ana... Ni siquiera tú puedes ser inmune a su atractivo.

Me mira y alza una ceja perfecta.

¡Mierda! Siento que me arden las mejillas, así que la distraigo haciéndole la pelota, que siempre funciona.

—Seguramente tú le habrías sacado mucho más.

—Lo dudo, Ana. Vamos... casi te ha ofrecido trabajo. Teniendo en cuenta que te lo endosé en el último minuto, lo has hecho muy bien.

Me mira interrogante. Me retiro corriendo a la cocina.

—Dime, ¿qué te ha parecido?

Maldita sea, no para de preguntar. ¿Por qué no lo deja de una vez? Piensa algo, rápido.

—Es muy tenaz, controlador y arrogante... Da miedo, pero es muy carismático. Entiendo que pueda fascinar — le digo sinceramente con la esperanza de que se calle de una vez por todas.

—¿Tú, fascinada por un hombre? Qué novedad —me dice riéndose.

Como estoy preparándome un bocadillo, no puede verme la cara.

—¿Por qué querías saber si era gay? Por cierto, ha sido la pregunta más incómoda. Casi me muero de vergüenza, y a él le ha molestado que se lo preguntara.

Frunzo el ceño al recordarlo.

—Cuando aparece en la prensa, siempre va solo.

—Ha sido muy incómodo. Todo ha sido incómodo. Me alegro de no tener que volver a verlo.

—Venga, Ana, no puede haber ido tan mal. Creo que le has caído muy bien.

¿Que le he caído bien? Kate alucina.

—¿Quieres un bocadillo?

—Sí, por favor.

Para mi tranquilidad, esta noche no seguimos hablando de Christian Grey. Después de comer puedo sentarme a la mesa del comedor con Kate y, mientras ella trabaja en su artículo, yo sigo con mi trabajo sobre Tess, la de los d'Urberville. Maldita sea. Esta mujer estuvo en el lugar equivocado y en el momento equivocado del siglo equivocado. Cuando termino son las doce de la noche y hace ya mucho rato que Kate se ha ido a dormir. Me voy a mi habitación agotada, pero contenta de haber trabajado tanto para ser un lunes.

Me meto en mi cama de hierro de color blanco, me envuelvo en la colcha de mi madre, cierro los ojos y me quedo dormida al instante. Sueño con lugares oscuros, suelos blancos, inhóspitos y fríos, y ojos grises.

El resto de la semana me sumerjo en mis estudios y en mi trabajo en Clayton's. Kate también está muy ocupada organizando su última edición de la revista de la facultad antes de ceder su puesto al nuevo responsable, y además también está estudiando para los exámenes. Hacia el miércoles se encuentra mucho mejor y ya no tengo que seguir soportando la visión de su pijama rosa de franela lleno de conejitos. Llamo a mi madre, que vive en Georgia, para saber cómo está y para que me desee suerte en los exámenes. Empieza a contarme su última aventura: está aprendiendo a hacer velas. Mi madre se pasa la vida emprendiendo nuevos negocios.

Básicamente se aburre y necesita hacer lo que sea para ocupar su tiempo, pero le es imposible centrarse en algo mucho tiempo. La semana que viene será otra cosa.

Me preocupa. Espero que no haya hipotecado la casa para financiar este último proyecto. Y espero que Bob — su relativamente nuevo marido, aunque es mucho mayor que ella— la controle un poco ahora que yo ya no estoy en casa. Parece mucho más responsable que el marido número tres.

—¿Cómo te va todo, Ana?

Dudo un segundo, y mi madre centra toda su atención en mí.

—Muy bien.

—¿Ana? ¿Has conocido a algún chico?

Uf, ¿cómo se le ocurre? Es evidente que está entusiasmada.

—No, mamá, no pasa nada. Si conozco a un chico, serás la primera en saberlo.

—Ana, cariño, tienes que salir más. Me preocupas.

—Mamá, estoy bien. ¿Qué tal Bob?

Como siempre, la mejor táctica es la distracción.

Esa noche, más tarde, llamo a Ray, mi padrastro, el marido número dos de mi madre, el hombre al que considero mi padre y cuyo apellido llevo. La conversación es breve. En realidad, ni siquiera es una conversación, sino una serie de gruñidos en respuesta a mis discretos intentos. Ray no es muy hablador. Pero es muy activo, sigue viendo el fútbol en la tele (y cuando no está viendo el fútbol, juega a los bolos, pesca o hace muebles). Ray es un buen carpintero, y gracias a él sé diferenciar una espátula de un serrucho. Parece que todo le va bien.

El viernes por la noche Kate y yo estamos comentando qué hacer —queremos descansar un poco del estudio, el trabajo y las revistas de la facultad— cuando llaman a la puerta. En los escalones de la entrada está mi buen amigo José con una botella de champán en las manos.

—¡José! ¡Qué alegría verte! —Lo abrazo—. Pasa.

José es la primera persona a la que conocí cuando llegué a la universidad, y parecía tan perdido y solo como yo. Aquel día nos dimos cuenta de que éramos almas gemelas, y desde entonces somos amigos. No solo compartimos el sentido del humor, sino que descubrimos que Ray y el padre de José estuvieron juntos en el ejército, y a partir de ahí nuestros padres se hicieron también muy amigos.

José estudia ingeniería. Es el primero de su familia que va a la universidad. Es un tipo brillante, pero su auténtica pasión es la fotografía. Tiene un ojo estupendo para hacer fotos.

—Tengo buenas noticias —dice sonriendo con sus brillantes ojos oscuros.

—No me lo digas: también esta semana te las has arreglado para que no te despidan... —bromeo.

Simula burlonamente ponerme mala cara.

—La Portland Place Gallery va a exponer mis fotos el mes que viene.

—Increíble... ¡Felicidades!

Me alegro mucho por él y vuelvo a abrazarlo. Kate también le sonrío.

—¡Buen trabajo, José! Tendré que incluirlo en la revista. No se me ocurre nada mejor para un viernes por

la noche que hacer cambios editoriales de última hora — dice riéndose.

—Vamos a celebrarlo. Quiero que vengas a la inauguración.

José me mira fijamente y me ruborizo.

—Las dos, claro —añade mirando nervioso a Kate.

José y yo somos buenos amigos, pero en el fondo sé que le gustaría que fuéramos algo más. Es mono y divertido, pero no es mi tipo. Es más bien el hermano que nunca he tenido. Katherine suele chincharme diciéndome que me falta el gen de buscar novio, pero la verdad es que no he conocido a nadie que... bueno, alguien que me atraiga, aunque una parte de mí desea que me tiemblen las piernas, se me dispare el corazón y sienta mariposas en el estómago.

A veces me pregunto si me pasa algo. Quizá he dedicado demasiado tiempo a mis románticos héroes literarios, y por eso mis ideales y mis expectativas son excesivamente elevados. Pero en la vida real nadie me ha hecho sentir así.

Hasta hace muy poco, murmura la inoportuna vocecita de mi subconsciente. ¡NO! Destierro de inmediato la idea. No voy a planteármelo, no después de aquella dolorosa entrevista. «¿Es usted gay, señor Grey?» Me estremezco al recordarlo. Sé que desde entonces he soñado con él casi todas las noches, pero seguramente es porque tengo que purgar de mi cabeza la espantosa experiencia.

Observo a José abriendo la botella de champán. Lleva vaqueros y una camiseta. Es alto, ancho de hombros y musculoso, de piel morena, pelo negro y ardientes ojos oscuros. Sí, José está bastante bueno,

pero creo que por fin está entendiendo el mensaje: somos solo amigos. El corcho sale disparado, y José alza la mirada y sonríe.

El sábado es una pesadilla en la ferretería. Nos invaden los manitas que quieren acicalar su casa. El señor y la señora Clayton, John, Patrick —los otros dos empleados— y yo nos pasamos la jornada atendiendo a los clientes. Pero al mediodía se calma un poco, y mientras estoy sentada detrás del mostrador de la caja, comiéndome discretamente el bocadillo, la señora Clayton me pide que compruebe unos pedidos. Me concentro en la tarea, compruebo que los números de catálogo de los artículos que necesitamos se corresponden con los que hemos encargado y paso la mirada del libro de pedidos a la pantalla del ordenador, y viceversa, para asegurarme de que las entradas cuadran. De repente, no sé por qué, alzo la vista... y me quedo atrapada en la descarada mirada gris de Christian Grey, que me observa fijamente desde el otro lado del mostrador.

Casi me da un infarto.

—Señorita Steele, qué agradable sorpresa —me dice. Su mirada es firme e intensa.

Maldita sea. ¿Qué narices está haciendo aquí, todo despeinado y vestido con ese jersey grueso de lana de color crema, vaqueros y botas? Creo que me he quedado boquiabierta, y no encuentro ni el cerebro ni la voz.

—Señor Grey —murmuro, porque no puedo hacer otra cosa.

Sus labios esbozan una sonrisa y sus ojos parecen divertidos, como si estuviera disfrutando de alguna broma de la que no me entero.

—Pasaba por aquí —me dice a modo de explicación—. Necesito algunas cosas. Es un placer volver a verla, señorita Steele.

Su voz es cálida y ronca como un bombón de chocolate y caramelo... o algo así.

Muevo la cabeza intentando bajar de las nubes. El corazón me aporrea el pecho a un ritmo frenético, y por alguna razón me arden las mejillas ante su firme mirada escrutadora. Verlo delante de mí me ha dejado totalmente desconcertada. Mis recuerdos de él no le han hecho justicia. No es solo guapo, no. Es la belleza masculina personificada, arrebatador, y está aquí, en la ferretería Clayton's. Quién lo iba a decir. Recupero por fin mis funciones cognitivas y vuelvo a conectar con el resto de mi cuerpo.

—Ana. Me llamo Ana —murmuro—. ¿En qué puedo ayudarle, señor Grey?

Sonríe, y de nuevo es como si tuviera conocimiento de algún gran secreto. Es muy desconcertante. Respiro hondo y pongo mi cara de llevar cuatro años trabajando en la tienda y ser una profesional. Yo puedo.

—Necesito un par de cosas. Para empezar, bridas para cables —murmura con expresión fría y divertida a la vez.

¿Bridas para cables?

—Tenemos varias medidas. ¿Quiere que se las muestre? —susurro con voz titubeante.

Cálmate, Steele.

Un ligero fruncimiento estropea las cejas de Grey, que son bastante bonitas.

—Sí, por favor. La acompaño, señorita Steele —me dice.

Salgo de detrás del mostrador fingiendo despreocupación, pero lo cierto es que me concentro al máximo en no desplomarme. De repente mis piernas parecen de plastilina. Me alegro mucho de haber decidido ponerme mis mejores vaqueros esta mañana.

—Están con los artículos de electricidad, en el pasillo número ocho —le digo en un tono de voz demasiado elevado.

Lo miro y me arrepiento casi de inmediato. ¡Qué guapo es!

—La sigo —murmura haciendo un gesto con su mano de largos dedos y uñas perfectamente arregladas.

Con el corazón casi estrangulándome —porque me ha subido hasta la garganta e intenta salirse por la boca— me meto en un pasillo en dirección a la sección de electricidad. ¿Por qué está en Portland? ¿Por qué ha venido a Clayton's? Y de una diminuta parte de mi cerebro que apenas utilizo —seguramente por debajo del bulbo raquídeo, cerca de donde habita mi subconsciente— surge una idea: Ha venido a verte. ¡Imposible! La descarto de inmediato. ¿Por qué iba a querer verme este hombre guapo, poderoso y sofisticado? Es una idea absurda, así que me la quito de la cabeza.

—¿Ha venido a Portland por negocios? —le pregunto.

Mi voz suena demasiado aguda, como si me hubiera pillado un dedo en una puerta. ¡Basta! ¡Intenta calmarte, Ana!

—He ido a visitar el departamento de agricultura de la universidad, que está en Vancouver. En estos momentos financio una investigación sobre rotación de cultivos y ciencia del suelo —me contesta con total naturalidad.

¿Lo ves? Ni por asomo ha venido a verte, se burla a gritos mi orgullosa subconsciente. Me ruborizo solo de pensar en las tonterías que se me pasan por la cabeza.

—¿Forma parte de su plan para alimentar al mundo? —lo provocho.

—Algo así —admite esbozando una media sonrisa.

Echa un vistazo a nuestra sección de bridas para cables. ¿Para qué querrá eso? No me lo imagino haciendo bricolaje. Desliza los dedos por las cajas de la estantería, y por alguna inexplicable razón tengo que apartar la mirada. Se inclina y coge una caja.

—Estas me irán bien —me dice con su sonrisa de estar guardando un secreto.

—¿Algo más?

—Quisiera cinta adhesiva.

¿Cinta adhesiva?

—¿Está decorando su casa?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Seguro que contrata a trabajadores o tiene personal que se la decora.

—No, no estoy decorándola —me contesta rápidamente.

Sonríe, y me da la extraña sensación de que está riéndose de mí.

¿Tan divertida soy? ¿Por qué le hago tanta gracia?

—Por aquí —murmuro incómoda—. La cinta está en el pasillo de la decoración.

Miro hacia atrás y veo que me sigue.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? —me pregunta en voz baja, mirándome fijamente.

Me ruborizo. ¿Por qué demonios tiene este efecto sobre mí? Me siento como una cría de catorce años, torpe, como siempre, y fuera de lugar. ¡Mirada al frente, Steele!

—Cuatro años —murmuro mientras llegamos a nuestro destino.

Por hacer algo, me agacho y cojo las dos medidas de cinta adhesiva que tenemos.

—Me llevaré esta —dice Grey golpeando suavemente el rollo de cinta que le tiendo.

Nuestros dedos se rozan un segundo, y ahí está de nuevo la corriente, que me recorre como si hubiera tocado un cable suelto. Jadeo involuntariamente al sentirla desplazándose hasta algún lugar oscuro e inexplorado en lo más profundo de mi vientre. Intento desesperadamente serenarme.

—¿Algo más? —le pregunto con voz ronca y entrecortada.

Abre ligeramente los ojos.

—Un poco de cuerda.

Su voz, también ronca, replica la mía.

—Por aquí.

Agacho la cabeza para ocultar mi rubor y me dirijo al pasillo.

—¿Qué tipo de cuerda busca? Tenemos de fibra sintética, de fibra natural, de cáñamo, de cable...

Me detengo al ver su expresión impenetrable. Sus ojos parecen más oscuros. ¡Madre mía!

—Cinco metros de la de fibra natural, por favor.

Mido rápidamente la cuerda con dedos temblorosos, consciente de su ardiente mirada gris. No me atrevo a mirarlo. No podría sentirme más cohibida. Saco el cúter del bolsillo trasero de mi pantalón, corto la cuerda, la enrolla con cuidado y hago un nudo. Es un milagro que haya conseguido no amputarme un dedo con el cúter.

—¿Iba usted a las scouts? —me pregunta frunciendo divertido sus perfilados y sensuales labios.

¡No le mires la boca!

—Las actividades en grupo no son lo mío, señor Grey.

Arquea una ceja.

—¿Qué es lo suyo, Anastasia? —me pregunta en voz baja y con su sonrisa secreta.

Lo miro y me siento incapaz de expresarme. El suelo son placas tectónicas en movimiento. Intenta tranquilizarte, Ana, me suplica de rodillas mi torturada subconsciente.

—Los libros —susurro.

Pero mi subconsciente grita: ¡Tú! ¡Tú eres lo mío! Lo aparto inmediatamente de un manotazo, avergonzada de los delirios de grandeza de mi mente.

—¿Qué tipo de libros? —me pregunta ladeando la cabeza.

¿Por qué le interesa tanto?

—Bueno, lo normal. Los clásicos. Sobre todo literatura inglesa.

Se frota la barbilla con el índice y el pulgar considerando mi respuesta. O quizá sencillamente está aburridísimo e intenta disimularlo.

—¿Necesita algo más?

Tengo que cambiar de tema... Esos dedos en esa cara son cautivadores.

—No lo sé. ¿Qué me recomendaría?

¿Qué le recomendaría? Ni siquiera sé lo que va a hacer.

—¿De bricolaje?

Asiente con mirada burlona. Me ruborizo y mi mirada se desplaza a los vaqueros ajustados que lleva.

—Un mono de trabajo —le contesto.

Me doy cuenta de que ya no controlo lo que sale de mi boca.

Vuelve a alzar una ceja, divertido.

—No querrá que se le estropee la ropa... —le digo señalando sus vaqueros.

—Siempre puedo quitármela —me contesta sonriendo.

—Ya.

Siento que mis mejillas vuelven a teñirse de rojo. Deben de parecer la cubierta del Manifiesto comunista. Cállate. Cállate de una vez.

—Me llevaré un mono de trabajo. No vaya a ser que se me estropee la ropa —me dice con frialdad.

Intento apartar la inoportuna imagen de él sin vaqueros.

—¿Necesita algo más? —le pregunto en tono demasiado agudo mientras le tiendo un mono azul.

No contesta a mi pregunta.

—¿Cómo va el artículo?

Por fin me ha preguntado algo normal, sin indirectas ni juegos de palabras... Una pregunta que puedo responder. Me agarro a ella con las dos manos, como si fuera una tabla de salvación, y apuesto por la sinceridad.

—No estoy escribiéndolo yo, sino Katherine. La señorita Kavanagh, mi compañera de piso. Está muy contenta. Es la editora de la revista y se quedó destrozada por no haber podido hacerle la entrevista personalmente. —Siento que he remontado el vuelo, por fin un tema de conversación normal—. Lo único que le preocupa es que no tiene ninguna foto suya original.

—¿Qué tipo de fotografías quiere?

Muy bien. No había previsto esta respuesta. Niego con la cabeza, porque sencillamente no lo sé.

—Bueno, voy a estar por aquí. Quizá mañana...

—¿Estaría dispuesto a hacer una sesión de fotos?

Vuelve a salirme la voz de pito. Kate estará encantada si lo consigo. Y podrás volver a verlo mañana, me susurra seductoramente ese oscuro lugar al fondo de mi cerebro. Descarto la idea. Es estúpida, ridícula...

—Kate estará encantada... si encontramos a un fotógrafo.

Estoy tan contenta que le sonrío abiertamente. Él abre los labios, como si quisiera respirar hondo, y parpadea. Por una milésima de segundo parece algo perdido, la Tierra cambia ligeramente de eje y las placas tectónicas se deslizan hacia una nueva posición.

¡Dios mío! La mirada perdida de Christian Grey.

—Dígame algo mañana —me dice metiéndose la mano en el bolsillo trasero y sacando la cartera—. Mi tarjeta. Está mi número de móvil. Tendría que llamarme antes de las diez de la mañana.

—Muy bien —le contesto sonriendo.

Kate se pondrá contentísima.

—¡Ana!

Paul aparece al otro lado del pasillo. Es el hermano menor del señor Clayton. Me habían dicho que había vuelto de Princeton, pero no esperaba verlo hoy.

—Discúlpeme un momento, señor Grey.

Grey frunce el ceño mientras me vuelvo.

Paul siempre ha sido un amigo, y en este extraño momento en que me las veo con el rico, poderoso, asombrosamente atractivo y controlador obsesivo Grey, me alegra hablar con alguien normal. Paul me abraza muy fuerte, y me pilla por sorpresa.

—¡Ana, cuánto me alegro de verte! —exclama.

—Hola, Paul. ¿Cómo estás? ¿Has venido para el cumpleaños de tu hermano?

—Sí. Estás muy guapa, Ana, muy guapa.

Sonríe y se aparta un poco para observarme. Luego me suelta, pero deja un brazo posesivo por encima de mis hombros. Me separo un poco, incómoda. Me alegra ver a Paul, pero siempre se toma demasiadas confianzas.

Cuando miro a Christian Grey, veo que nos observa atentamente, con ojos impenetrables y pensativos, y expresión seria, impasible. Ha dejado de ser el cliente extrañamente atento y ahora es otra persona... alguien frío y distante.

—Paul, estoy con un cliente. Tienes que conocerlo —le digo intentando suavizar la animadversión que veo en la expresión de Grey.

Tiro de Paul hasta donde está Grey, y ambos se observan detenidamente. El aire podría cortarse con un cuchillo.

—Paul, te presento a Christian Grey. Señor Grey, este es Paul Clayton, el hermano del dueño de la tienda.

—Y por alguna razón poco comprensible, siento que debo

darle más explicaciones—. Conozco a Paul desde que trabajo aquí, aunque no nos vemos muy a menudo. Ha vuelto de Princeton, donde estudia administración de empresas.

Estoy diciendo chorradas... ¡Basta!

—Señor Clayton.

Christian le tiende la mano con mirada impenetrable.

—Señor Grey —lo saluda Paul estrechándole la mano—. Espera... ¿No será el famoso Christian Grey? ¿El de Grey Enterprises Holdings?

Paul pasa de mostrarse hosco a quedarse deslumbrado en una milésima de segundo. Grey le dedica una educada sonrisa.

—Uau... ¿Puedo ayudarle en algo?

—Se ha ocupado Anastasia, señor Clayton. Ha sido muy atenta.

Su expresión es impasible, pero sus palabras... es como si estuviera diciendo algo totalmente diferente. Es desconcertante.

—Estupendo —le responde Paul—. Nos vemos luego, Ana.

—Claro, Paul.

Lo observo desaparecer hacia el almacén.

—¿Algo más, señor Grey?

—Nada más.

Su tono es distante y frío. Maldita sea... ¿Lo he ofendido? Respiro hondo, me vuelvo y me dirijo a la caja. ¿Qué le pasa ahora?

Marco el precio de la cuerda, el mono, la cinta adhesiva y los sujetacables.

—Serán cuarenta y tres dólares, por favor.

Miro a Grey, pero me arrepiento inmediatamente. Está observándome fijamente. Me pone de los nervios.

—¿Quiere una bolsa? —le pregunto cogiendo su tarjeta de crédito.

—Sí, gracias, Anastasia.

Su lengua acaricia mi nombre, y el corazón se me vuelve a disparar. Apenas puedo respirar. Meto de prisa lo que ha comprado en una bolsa de plástico.

—Ya me llamará si quiere que haga la sesión de fotos.

Vuelve a ser el hombre de negocios. Asiento, porque de nuevo me he quedado sin palabras, y le devuelvo la tarjeta de crédito.

—Bien. Hasta mañana, quizá. —Se vuelve para marcharse, pero se detiene—. Ah, una cosa, Anastasia... Me alegro de que la señorita Kavanagh no pudiera hacerme la entrevista.

Sonríe y sale de la tienda a grandes zancadas y con renovada determinación, colgándose la bolsa del hombro y dejándome como una masa temblorosa de embravecidas hormonas femeninas. Paso varios minutos mirando la puerta cerrada por la que acaba de marcharse antes de volver a pisar la Tierra.

De acuerdo. Me gusta. Ya está, lo he admitido. No puedo seguir escondiendo mis sentimientos. Nunca antes me había sentido así. Me parece atractivo, muy atractivo. Pero sé que es una causa perdida y suspiro con un pesar agrídulce. Ha sido solo una coincidencia que viniera. Pero, bueno, puedo admirarlo desde la distancia, ¿no? No tiene nada de malo. Y si encuentro a un fotógrafo, mañana lo admiraré a mis anchas. Me muerdo el labio pensándolo y me descubro a mí misma sonriendo como

una colegiala. Tengo que llamar a Kate para organizar la sesión fotográfica.

Kate se pone loca de contenta.

—Pero ¿qué hacía en Clayton's?

Su curiosidad rezuma por el teléfono. Estoy al fondo del almacén e intento que mi voz suene despreocupada.

—Pasaba por aquí.

—Me parece demasiada casualidad, Ana. ¿No crees que ha ido a verte?

El corazón me da un brinco al planteármelo, pero la alegría dura poco. La triste y decepcionante realidad es que había venido por trabajo.

—Ha venido a visitar el departamento de agricultura de la universidad. Financia una investigación —murmuro.

—Sí, sí. Ha concedido al departamento una subvención de dos millones y medio de dólares.

Uau.

—¿Cómo lo sabes?

—Ana, soy periodista y he escrito un artículo sobre este tipo. Mi obligación es saberlo.

—Vale, Carla Bernstein, no te sulfures. Bueno, ¿quieres esas fotos?

—Pues claro. El problema es quién va a hacerlas y dónde.

—Podríamos preguntarle a él dónde. Ha dicho que se quedaría por la zona.

—¿Puedes contactar con él?

—Tengo su móvil.

Kate pega un grito.

—¿El soltero más rico, más escurridizo y más enigmático de todo el estado de Washington te ha dado su número de móvil?

—Bueno... sí.

—¡Ana! Le gustas. No tengo la menor duda —afirma categóricamente.

—Kate, solo pretende ser amable.

Pero incluso mientras lo digo sé que no es verdad. Christian Grey no es amable. Es educado, quizá. Y una vocecita me susurra: Tal vez Kate tiene razón. Se me eriza el vello solo de pensar que quizá, solo quizá, podría gustarle. Después de todo, es cierto que me ha dicho que se alegraba de que Kate no le hubiera hecho la entrevista. Me abrazo a mí misma con silenciosa alegría y giro a derecha e izquierda considerando la posibilidad de que por un instante pueda gustarle. Kate me devuelve al presente.

—No sé cómo podremos hacer la sesión. Levi, nuestro fotógrafo habitual, no puede. Ha ido a Idaho Falls a pasar el fin de semana con su familia. Se mosqueará cuando sepa que ha perdido la ocasión de fotografiar a uno de los empresarios más importantes del país.

—Mmm... ¿Y José?

—¡Buena idea! Pídeselo tú. Haría cualquier cosa por ti. Luego llamas a Grey y le preguntas dónde quiere que vayamos.

Kate es insufriblemente desdeñosa con José.

—Creo que deberías llamarlo tú.

—¿A quién? ¿A José? —me pregunta en tono de burla.

—No, a Grey.

—Ana, eres tú la que tiene trato con él.

—¿Trato? —exclamo subiendo el tono varias octavas—. Apenas conozco a ese tipo.

—Al menos has hablado con él —dice implacable—. Y parece que quiere conocerte mejor. Ana, llámalo y punto.

Y me cuelga. A veces es muy autoritaria. Frunzo el ceño y le saco la lengua al teléfono.

Estoy dejándole un mensaje a José cuando Paul entra en el almacén a buscar papel de lija.

—Ana, tenemos trabajo ahí fuera —me dice sin acritud.

—Sí, perdona —murmuro, y me doy la vuelta para salir.

—¿De qué conoces a Christian Grey?

Paul intenta mostrarse indiferente, pero no lo consigue.

—Tuve que entrevistarle para la revista de la facultad. Kate no se encontraba bien.

Me encojo de hombros intentando no darle importancia, pero no lo hago mucho mejor que él.

—Christian Grey en Clayton's. Imagínate —resopla Paul sorprendido. Mueve la cabeza, como si quisiera aclararse las ideas—. Bueno, ¿te apetece que salgamos a tomar algo esta noche?

Cada vez que vuelve a casa me propone salir, y siempre le digo que no. Es un ritual. Nunca me ha parecido buena idea salir con el hermano del jefe, y además Paul es mono como podría serlo el vecino de al lado, pero, por más imaginación que le echas no puede ser un héroe literario. ¿Lo es Grey?, me pregunta mi subconsciente alzando su imaginaria ceja. La hago callar.

—¿No tenéis cena familiar por el cumpleaños de tu hermano?

—Mañana.

—Quizá otro día, Paul. Esta noche tengo que estudiar. Tengo exámenes finales la semana que viene.

—Ana, un día de estos me dirás que sí —me dice sonriendo.

Y vuelvo a la tienda.

—Pero yo hago paisajes, Ana, no retratos — refunfuña José.

—José, por favor —le suplico.

Con el móvil en la mano, recorro el salón de casa contemplando la luz del atardecer al otro lado de la ventana.

—Dame el teléfono.

Kate me lo quita retirándose bruscamente el pelo rubio rojizo del hombro.

—Escúchame, José Rodríguez, si quieres que nuestra revista cubra la inauguración de tu exposición, nos harás la sesión mañana, ¿entendido?

Kate puede ser increíblemente dura.

—Bien. Ana volverá a llamarte para decirte dónde y a qué hora. Nos vemos mañana.

Y cuelga el móvil.

—Solucionado. Ahora lo único que nos queda es decidir dónde y cuándo. Llámalo.

Me tiende el teléfono. Siento un nudo en el estómago.

—¡Llama a Grey ahora mismo!

La miro ceñuda y saco la tarjeta de Grey del bolsillo trasero de mis pantalones. Respiro larga y profundamente, y marco el número con dedos temblorosos.

Contesta al segundo tono con voz tranquila y fría.

—Grey.

—¿Se... Señor Grey? Soy Anastasia Steele.

No reconozco mi propia voz. Estoy muy nerviosa. Grey se queda un segundo en silencio. Estoy temblando.

—Señorita Steele. Un placer tener noticias tuyas.

Le ha cambiado la voz. Creo que se ha sorprendido, y suena muy... cálido. Incluso seductor. Se me corta la respiración y me ruborizo. De pronto me doy cuenta de que Katherine Kavanagh está observándome boquiabierta, así que salgo disparada hacia la cocina para evitar su inoportuna mirada escrutadora.

—Bueno... Nos gustaría hacer la sesión fotográfica para el artículo.

Respira, Ana, respira. Mis pulmones absorben una rápida bocanada de aire.

—Mañana, si no tiene problema. ¿Dónde le iría bien?

Casi puedo oír su sonrisa de esfinge al otro lado del teléfono.

—Me alojo en el hotel Heathman de Portland. ¿Le parece bien a las nueve y media de la mañana?

—Muy bien, nos vemos allí.

Estoy pletórica y sin aliento. Parezco una cría, no una mujer adulta que puede votar y beber alcohol en el estado de Washington.

—Lo estoy deseando, señorita Steele.

Ve el destello malévolo en sus ojos grises. ¿Cómo consigue que tan solo cinco palabras encierren una promesa tan tentadora? Cuelgo. Kate está en la cocina, observándome con una mirada de total y absoluta consternación.

—Anastasia Rose Steele. ¡Te gusta! Nunca te había visto ni te había oído tan... tan... alterada por nadie. Te has puesto roja.

—Kate, ya sabes que me pongo roja por nada. Lo hago por deporte. No seas ridícula —le contesto enfadada.

Kate parpadea sorprendida. Es muy raro que yo me enrabie, y si lo hago, se me pasa enseguida.

—Me intimida... Eso es todo.

—En el Heathman, nada menos —murmura Kate—. Voy a llamar al gerente para negociar con él un lugar para la sesión.

—Yo voy a hacer la cena. Luego tengo que estudiar.

Abro un armario para empezar a preparar la cena, sin poder disimular que estoy mosqueada con ella.

Esa noche estoy intranquila, no paro de moverme y de dar vueltas en la cama. Sueño con ojos grises, monos de trabajo, piernas largas, dedos largos y lugares muy oscuros e inexplorados. Me despierto dos veces con el corazón laténdome a toda velocidad. Si no pego ojo, mañana voy a tener una pinta estupenda, me regaño a mí misma. Doy un golpe sobre la almohada e intento calmarme.

El Heathman está en el centro de Portland. Terminaron el impresionante edificio de piedra marrón justo a tiempo para el crack de finales de los años veinte. José, Travis y yo vamos en mi Escarabajo, y Kate en su CLK, porque en mi coche no cabemos todos. Travis es amigo y ayudante de José, y ha venido a echarle una mano con la iluminación. Kate ha conseguido que nos dejen utilizar una habitación del Heathman a cambio de

mencionar el hotel en el artículo. Cuando explica en la recepción que hemos venido a fotografiar al empresario Christian Grey, nos suben de inmediato a una suite. Pero a una normal, porque al parecer el señor Grey está alojado en la suite más grande del edificio. Un responsable de marketing demasiado entusiasta nos muestra la suite. Es jovencísimo y por alguna razón está muy nervioso. Sospecho que la belleza de Kate y su aire autoritario lo desarman, porque hace con él lo que quiere. Las habitaciones son elegantes, sobrias y con muebles de calidad.

Son las nueve. Tenemos media hora para prepararlo todo. Kate va de un lado a otro.

—José, creo que lo colocaremos delante de esta pared. ¿Estás de acuerdo? —No espera a que le responda—. Travis, retira las sillas. Ana, ¿puedes pedir que nos traigan unos refrescos? Y dile a Grey que estamos aquí.

Sí, ama. Es tan dominante... Pongo los ojos en blanco, pero hago lo que me pide.

Media hora después Christian Grey entra en nuestra suite.

¡Madre mía! Lleva una camisa blanca con el cuello abierto y unos pantalones grises de franela que le caen de forma muy seductora sobre las caderas. Todavía lleva el pelo mojado. Al mirarlo se me seca la boca... Está alucinantemente bueno. Entra en la suite acompañado de un hombre de treinta y pico años, con el pelo rapado, un elegante traje negro y corbata, que se queda en silencio en una esquina. Sus ojos castaños nos miran impasibles.

—Señorita Steele, volvemos a vernos.

Grey me tiende la mano, que estrecho mientras parpadeo rápidamente. ¡Dios mío!... Está realmente... Cuando le toco la mano, siento esa agradable corriente que me recorre el cuerpo entero, me enciende y hace que me ruborice. Estoy convencida de que todo el mundo puede oír mi respiración irregular.

—Señor Grey, le presento a Katherine Kavanagh —susurro señalando a Kate, que se acerca y lo mira directamente a los ojos.

—La tenaz señorita Kavanagh. ¿Qué tal está? —Sonríe ligeramente y parece realmente divertido—. Espero que se encuentre mejor. Anastasia me dijo que la semana pasada estuvo enferma.

—Estoy bien, gracias, señor Grey.

Le estrecha la mano con fuerza sin pestañear. Me recuerdo a mí misma que Kate ha ido a las mejores escuelas privadas de Washington. Su familia tiene dinero, así que ha crecido segura de sí misma y de su lugar en el mundo. No se anda con tonterías. A mí me impresiona.

—Gracias por haber encontrado un momento para la sesión —le dice con una sonrisa educada y profesional.

—Es un placer —le contesta Grey lanzándome una mirada.

Vuelvo a ruborizarme. Maldita sea.

—Este es José Rodríguez, nuestro fotógrafo —le digo. Y sonrío a José, que me devuelve una sonrisa cariñosa y luego mira a Grey con frialdad.

—Señor Grey —lo saluda con un movimiento de cabeza.

—Señor Rodríguez.

La expresión de Grey también cambia mientras observa a José.

—¿Dónde quiere que me coloque? —le pregunta Grey en tono ligeramente amenazador.

Pero Katherine no está dispuesta a dejar que José lleve la voz cantante.

—Señor Grey, ¿puede sentarse aquí, por favor? Tenga cuidado con los cables. Y luego haremos también unas cuantas de pie.

Le indica una silla colocada contra una pared.

Travis enciende las luces, que por un momento ciegan a Grey, y susurra una disculpa. Luego él y yo nos quedamos atrás y observamos a José mientras toma las fotografías. Hace varias con la cámara en la mano, pidiéndole a Grey que se gire a un lado, al otro, que mueva un brazo y que vuelva a bajarlo. Luego coloca la cámara en el trípode y sigue haciendo fotos de Grey sentado, posando pacientemente y con naturalidad, durante unos veinte minutos. Mi deseo se ha hecho realidad: admiro a Grey desde una distancia no tan larga. En dos ocasiones nuestros ojos se encuentran y tengo que apartar la mirada de la suya, tan inextricable.

—Ya tenemos bastantes sentado —interrumpe Katherine—. ¿Puede ponerse de pie, señor Grey?

Se levanta y Travis corre a retirar la silla. El obturador de la Nikon de José empieza a chasquear de nuevo.

—Creo que ya tenemos suficientes —anuncia José cinco minutos después.

—Muy bien —dice Kate—. Gracias de nuevo, señor Grey.

Le estrecha la mano, y también José.

—Me encantará leer su artículo, señorita Kavanagh — murmura Grey, y se vuelve hacia mí, que estoy junto a la puerta—. ¿Viene conmigo, señorita Steele? —me pregunta.

—Claro —le contesto totalmente desconcertada.

Miro nerviosa a Kate, que se encoge de hombros. Veo que José, que está detrás de ella, pone mala cara.

—Que tengan un buen día —dice Grey abriendo la puerta y apartándose a un lado para que yo salga primero.

Pero... ¿De qué va todo esto? ¿Qué quiere? Me detengo en el pasillo y me muevo nerviosa mientras Grey sale de la habitación seguido por el tipo rapado y trajeado.

—Enseguida le aviso, Taylor —murmura al rapado.

Taylor se aleja por el pasillo y Grey dirige su ardiente mirada gris hacia mí. Mierda... ¿He hecho algo mal?

—Me preguntaba si le apetecería tomar un café conmigo.

El corazón se me sube de golpe a la boca. ¿Una cita? Christian Grey está pidiéndome una cita. Está preguntándote si quieres un café. Quizá piensa que todavía no te has despertado, me suelta mi subconsciente en tono burlón. Carraspeo e intento controlar los nervios.

—Tengo que llevar a todos a casa —murmuro en tono de disculpa retorciendo las manos y los dedos.

—¡Taylor! —grita.

Pego un bote. Taylor, que se había quedado esperando al fondo del pasillo, se vuelve y regresa con nosotros.

—¿Van a la universidad? —me pregunta Grey en voz baja.

Asiento, porque estoy demasiado aturdida para contestar.

—Taylor puede llevarlos. Es mi chófer. Tenemos un 4 x 4 grande, así que puede llevar también el equipo.

—¿Señor Grey? —pregunta Taylor cuando llega hasta nosotros con rostro inexpresivo.

—¿Puede llevar a su casa al fotógrafo, su ayudante y la señorita Kavanagh, por favor?

—Por supuesto, señor —le contesta Taylor.

—Arreglado. ¿Puede ahora venir conmigo a tomar un café?

Grey sonrío dándolo por hecho.

Frunzo el ceño.

—Verá... señor Grey... esto... la verdad... Mire, no es necesario que Taylor los lleve. —Lanzo una rápida mirada a Taylor, que sigue estoicamente impasivo—. Puedo intercambiar el coche con Kate, si me espera un momento.

Grey me dedica una sonrisa de oreja a oreja deslumbrante y natural. Madre mía... Abre la puerta de la suite y la sostiene para que pase. Entro deprisa y encuentro a Katherine en plena discusión con José.

—Ana, creo que no hay duda de que le gustas —me dice sin el menor preámbulo.

José me mira ceñudo.

—Pero no me fío de él —añade Kate.

Levanto la mano con la esperanza de que se calle, y milagrosamente lo hace.

—Kate, ¿puedes llevarte a Wanda y dejarme tu coche?

—¿Por qué?

—Christian Grey me ha pedido que vaya a tomar un café con él.

Se queda boquiabierta, sin saber qué decir. Disfruto del momento. Me coge del brazo y me arrastra hasta el dormitorio, al fondo de la sala de estar de la suite.

—Ana, es un tipo raro —me advierte—. Es muy guapo, de acuerdo, pero creo que es peligroso. Especialmente para alguien como tú.

—¿Qué quieres decir con eso de alguien como yo? —le pregunto ofendida.

—Una inocente como tú, Ana. Ya sabes lo que quiero decir —me contesta un poco enfadada.

Me ruborizo.

—Kate, solo es un café. Empiezo los exámenes esta semana y tengo que estudiar, así que no me alargaré mucho.

Arruga los labios, como si estuviera considerando mi petición. Al final se saca las llaves del bolsillo y me las da. Le doy las mías.

—Nos vemos luego. No tardes, o pediré que vayan a rescatarte.

—Gracias.

La abrazo.

Salgo de la suite y encuentro a Christian Grey esperándome apoyado en la pared. Parece un modelo posando para una sofisticada revista de moda.

—Ya está. Vamos a tomar un café —murmuro enrojeciendo de nuevo.

Sonríe.

—Usted primero, señorita Steele.

Se incorpora y hace un gesto para que pase delante. Avanzo por el pasillo con las piernas temblando, el estómago lleno de mariposas y el corazón latiéndome violentamente. Voy a tomar un café con Christian Grey... y odio el café.

Caminamos juntos por el amplio pasillo hacia el ascensor. ¿Qué puedo decirle? De pronto el temor me paraliza la mente. ¿De qué vamos a hablar? ¿Qué tengo yo en común con él? Su voz cálida me sobresalta y me aparta de mis pensamientos.

—¿Cuánto hace que conoce a Katherine Kavanagh?

Bueno, una pregunta fácil para empezar.

—Desde el primer año de facultad. Somos buenas amigas.

—Ya —me contesta evasivo.

¿Qué está pensando?

Pulsa el botón para llamar al ascensor y casi de inmediato suena el pitido. Las puertas se abren y muestran a una joven pareja abrazándose apasionadamente. Se separan de golpe, sorprendidos e incómodos, y miran con aire de culpabilidad en cualquier dirección menos la nuestra. Grey y yo entramos en el ascensor.

Intento que no cambie mi expresión, así que miro al suelo al sentir que las mejillas me arden. Cuando levanto la mirada hacia Grey, parece que ha esbozado una sonrisa, pero es muy difícil asegurarlo. La joven pareja no dice nada. Descendemos a la planta baja en un incómodo silencio. Ni siquiera suena uno de esos terribles hilos musicales para distraernos.

Las puertas se abren y, para mi gran sorpresa, Grey me coge de la mano y me la sujeta con sus dedos largos

y fríos. Siento la corriente recorriendo mi cuerpo, y mis ya rápidos latidos se aceleran. Mientras tira de mí para salir del ascensor, oímos a nuestras espaldas la risita tonta de la pareja. Grey sonrío.

—¿Qué pasa con los ascensores? —masculla.

Cruzamos el amplio y animado vestíbulo del hotel en dirección a la entrada, pero Grey evita la puerta giratoria. Me pregunto si es porque tendría que soltarme la mano.

Es un bonito domingo de mayo. Brilla el sol y apenas hay tráfico. Grey gira a la izquierda y avanza hacia la esquina, donde nos detenemos a esperar que cambie el semáforo. Estoy en la calle y Christian Grey me lleva de la mano. Nunca he paseado de la mano de nadie. La cabeza me da vueltas, y un cosquilleo me recorre todo el cuerpo. Intento reprimir la ridícula sonrisa que amenaza con dividir mi cara en dos. Intenta calmarte, Ana, me implora mi subconsciente. El hombrecillo verde del semáforo se ilumina y seguimos nuestro camino.

Andamos cuatro manzanas hasta llegar al Portland Coffee House, donde Grey me suelta para sujetarme la puerta.

—¿Por qué no elige una mesa mientras voy a pedir? ¿Qué quiere tomar? —me pregunta, tan educado como siempre.

—Tomaré... eh... un té negro.

Alza las cejas.

—¿No quiere un café?

—No me gusta demasiado el café.

Sonrío.

—Muy bien, un té negro. ¿Dulce?

Me quedo un segundo perpleja, pensando que se refiere a mí, pero por suerte aparece mi subconsciente frunciendo los labios. No, tonta... Que si lo quieres con azúcar.

—No, gracias.

Me miro los dedos nudosos.

—¿Quiere comer algo?

—No, gracias.

Niego con la cabeza y Grey se dirige a la barra.

Levanto un poco la vista y lo miro furtivamente mientras espera en la cola a que le sirvan. Podría pasarme el día mirándolo... Es alto, ancho de hombros y delgado... Y cómo le caen los pantalones... Madre mía. Un par de veces se pasa los largos y bonitos dedos por el pelo, que ya está seco, aunque sigue alborotado.

Ay, cómo me gustaría hacerlo a mí. La idea se me pasa de pronto por la cabeza y me arde la cara. Me muerdo el labio y vuelvo a mirarme las manos. No me gusta el rumbo que están tomando mis caprichosos pensamientos.

—Un dólar por sus pensamientos.

Grey ha vuelto y me mira fijamente.

Me pongo colorada. Solo estaba pensando en pasarte los dedos por el pelo y preguntándome si sería suave. Niego con la cabeza. Grey lleva una bandeja en las manos, que deja en la pequeña mesa redonda chapada en abedul. Me tiende una taza, un platillo, una tetera pequeña y otro plato con una bolsita de té con la etiqueta TWININGS ENGLISH BREAKFAST, mi favorito. Él se ha pedido un café con un bonito dibujo de una hoja impreso en la espuma de leche. ¿Cómo lo hacen?, me pregunto distraída. También se ha pedido una

magdalena de arándanos. Coloca la bandeja a un lado, se sienta frente a mí y cruza sus largas piernas. Parece cómodo, muy a gusto con su cuerpo. Lo envidio. Y aquí estoy yo, desgarrada y torpe, casi incapaz de ir de A a B sin caerme de morros.

—¿Qué está pensando? —insiste.

—Que este es mi té favorito.

Hablo en voz baja y entrecortada. Sencillamente, no me puedo creer que esté con Christian Grey en una cafetería de Portland. Frunce el ceño. Sabe que estoy escondiéndole algo. Introduzco la bolsita de té en la tetera y casi inmediatamente la retiro con la cucharilla. Grey ladea la cabeza y me mira con curiosidad mientras dejo la bolsita de té en el plato.

—Me gusta el té negro muy flojo —murmuro a modo de explicación.

—Ya veo. ¿Es su novio?

Pero ¿qué dice?

—¿Quién?

—El fotógrafo. José Rodríguez.

Me río nerviosa, aunque con curiosidad. ¿Por qué le ha dado esa impresión?

—No. José es un buen amigo mío. Eso es todo. ¿Por qué ha pensado que era mi novio?

—Por cómo se sonríen.

Me sostiene la mirada. Es desconcertante. Quiero mirar a otra parte, pero estoy atrapada, embelesada.

—Es como de la familia —susurro.

Grey asiente, al parecer satisfecho con mi respuesta, y dirige la mirada a su magdalena de arándanos. Sus largos dedos retiran el papel con destreza, y yo lo contemplo fascinada.

—¿Quiere un poco? —me pregunta.

Y recupera esa sonrisa divertida que esconde un secreto.

—No, gracias.

Frunzo el ceño y vuelvo a contemplarme las manos.

—Y el chico al que me presentó ayer, en la tienda...

¿No es su novio?

—No. Paul es solo un amigo. Se lo dije ayer.

¿Qué tonterías son estas?

—¿Por qué me lo pregunta? —le digo.

—Parece nerviosa cuando está con hombres.

Maldita sea, es algo personal. Solo me pongo nerviosa cuando estoy con usted, Grey.

—Usted me resulta intimidante.

Me pongo colorada, pero mentalmente me doy palmaditas en la espalda por mi sinceridad y vuelvo a contemplarme las manos. Lo oigo respirar profundamente.

—De modo que le resulto intimidante —me contesta asintiendo—. Es usted muy sincera. No baje la cabeza, por favor. Me gusta verle la cara.

Lo miro y me dedica una sonrisa alentadora, aunque irónica.

—Eso me da alguna pista de lo que puede estar pensando —me dice—. Es usted un misterio, señorita Steele.

¿Un misterio? ¿Yo?

—No tengo nada de misteriosa.

—Creo que es usted muy contenida —murmura.

¿De verdad? Uau... ¿cómo lo consigo? Es increíble. ¿Yo, contenida? Imposible.

—Menos cuando se ruboriza, claro, cosa que hace a menudo. Me gustaría saber por qué se ha ruborizado.

Se mete un trozo de magdalena en la boca y empieza a masticarlo despacio, sin apartar los ojos de mí. Y, como no podía ser de otra manera, me ruborizo.

¡Mierda!

—¿Siempre hace comentarios tan personales?

—No me había dado cuenta de que fuera personal. ¿La he ofendido? —me pregunta en tono sorprendido.

—No —le contesto sinceramente.

—Bien.

—Pero es usted un poco arrogante.

Alza una ceja y, si no me equivoco, también él se ruboriza ligeramente.

—Suelo hacer las cosas a mi manera, Anastasia —murmura—. En todo.

—No lo dudo. ¿Por qué no me ha pedido que lo tutee?

Me sorprende mi osadía. ¿Por qué la conversación se pone tan seria? Las cosas no están yendo como pensaba. No puedo creermelo que esté mostrándome tan hostil hacia él. Como si él intentara advertirme de algo.

—Solo me tutea mi familia y unos pocos amigos íntimos. Lo prefiero así.

Todavía no me ha dicho: «Llámame Christian». Es sin duda un obseso del control, no hay otra explicación, y parte de mí está pensando que quizá habría sido mejor que lo entrevistara Kate. Dos obsesos del control juntos. Además, ella es casi rubia —bueno, rubia rojiza—, como todas las mujeres de su empresa. Y es guapa, me recuerda mi subconsciente. No me gusta imaginar a

Christian y a Kate juntos. Doy un sorbo a mi té, y Grey se pone otro trozo de magdalena en la boca.

—¿Es usted hija única? —me pregunta.

Vaya... Ahora cambia de conversación.

—Sí.

—Hábleme de sus padres.

¿Por qué quiere saber cosas de mis padres? Es muy aburrido.

—Mi madre vive en Georgia con su nuevo marido, Bob. Mi padrastro vive en Montesano.

—¿Y su padre?

—Mi padre murió cuando yo era una niña.

—Lo siento —musita.

Por un segundo la expresión de su cara se altera.

—No me acuerdo de él.

—¿Y su madre volvió a casarse?

Resoplo.

—Ni que lo jure.

Frunce el ceño.

—No cuenta demasiado de su vida, ¿verdad? —me dice en tono seco frotándose la barbilla, como pensativo.

—Usted tampoco.

—Usted ya me ha entrevistado, y recuerdo algunas preguntas bastante personales —me dice sonriendo.

¡Vaya! Está recordándome la pregunta de si era gay. Vuelvo a morir de vergüenza. Sé que en los próximos años voy a necesitar terapia intensiva para no sentirme tan mal cada vez que recuerde ese momento. Suelto lo primero que se me ocurre sobre mi madre, cualquier cosa para apartar ese recuerdo.

—Mi madre es genial. Es una romántica empedernida. Ya se ha casado cuatro veces.

Christian alza las cejas sorprendido.

—La echo de menos —sigo diciéndole—. Ahora está con Bob. Espero que la controle un poco y recoja los trozos cuando sus descabellados planes no vayan como ella esperaba.

Sonrío con cariño. Hace mucho que no veo a mi madre. Christian me observa atentamente, dando sorbos a su café de vez en cuando. La verdad es que no debería mirarle la boca. Me perturba.

—¿Se lleva bien con su padrastro?

—Claro. Crecí con él. Para mí es mi padre.

—¿Y cómo es?

—¿Ray? Es... taciturno.

—¿Eso es todo? —me pregunta Grey sorprendido.

Me encojo de hombros. ¿Qué espera este hombre? ¿La historia de mi vida?

—Taciturno como su hijastra —me suelta Grey.

Me contengo para no soltar un bufido.

—Le gusta el fútbol, sobre todo el europeo, y los bolos, y pescar, y hacer muebles. Es carpintero. Estuvo en el ejército.

Suspiro.

—¿Vivió con él?

—Sí. Mi madre conoció a su marido número tres cuando yo tenía quince años. Yo me quedé con Ray.

Frunce el ceño, como si no lo entendiera.

—¿No quería vivir con su madre? —me pregunta.

Francamente, a él qué le importa.

—El marido número tres vivía en Texas. Yo tenía mi vida en Montesano. Y... bueno, mi madre acababa de casarse.

Me callo. Mi madre nunca habla de su marido número tres. ¿Qué pretende Grey? No es asunto suyo. Yo también puedo jugar a su juego.

—Cuénteme cosas sobre sus padres —le pido.

Se encoge de hombros.

—Mi padre es abogado, y mi madre, pediatra. Viven en Seattle.

Vaya... Ha crecido en una familia acomodada. Pienso en una exitosa pareja que adopta a tres niños, y uno de ellos llega a ser un hombre guapo que se mete en el mundo de los negocios y lo conquista sin ayuda de nadie. ¿Qué lo llevó por ese camino? Sus padres deben de estar orgullosos.

—¿A qué se dedican sus hermanos?

—Elliot es constructor, y mi hermana pequeña está en París estudiando cocina con un famoso chef francés.

Sus ojos se nublan enojados. No quiere hablar de su familia ni de él.

—Me han dicho que París es preciosa —murmuro.

¿Por qué no quiere hablar de su familia? ¿Porque es adoptado?

—Es bonita. ¿Ha estado? —me pregunta olvidando su enojo.

—Nunca he salido de Estados Unidos.

Volvemos a las trivialidades. ¿Qué esconde?

—¿Le gustaría ir?

—¿A París? —exclamo.

Me he quedado desconcertada. ¿A quién no le gustaría ir a París?

—Por supuesto —le contesto—. Pero a donde de verdad me gustaría ir es a Inglaterra.

Ladea un poco la cabeza y se pasa el índice por el labio inferior... ¡Madre mía!

—¿Por?

Parpadeo. Concéntrate, Steele.

—Porque allí nacieron Shakespeare, Austen, las hermanas Brontë, Thomas Hardy... Me gustaría ver los lugares que les inspiraron para escribir libros tan maravillosos.

Al mencionar a estos grandes literatos recuerdo que debería estar estudiando. Miro el reloj.

—Voy a marcharme. Tengo que estudiar.

—¿Para los exámenes?

—Sí. Empiezan el martes.

—¿Dónde está el coche de la señorita Kavanagh?

—En el parking del hotel.

—La acompaño.

—Gracias por el té, señor Grey.

Esboza su extraña sonrisa de guardar un gran secreto.

—No hay de qué, Anastasia. Ha sido un placer. Vamos —me dice tendiéndome una mano.

La cojo, perpleja, y salgo con él de la cafetería.

Caminamos hasta el hotel, y me gustaría decir que en amigable silencio. Al menos, él parece tan tranquilo como siempre. En cuanto a mí, me desespero intentando analizar cómo ha ido nuestro café matutino. Me siento como si me hubieran entrevistado para un trabajo, pero no estoy segura de por qué.

—¿Siempre lleva vaqueros? —me pregunta sin venir a cuento.

—Casi siempre.

Asiente. Hemos llegado al cruce, al otro lado de la calle del hotel. Todo me da vueltas. Qué pregunta tan rara... Y soy consciente de que nos queda muy poco tiempo juntos. Esto es todo. Esto ha sido todo, y lo he fastidiado, lo sé. Quizá sale con alguien.

—¿Tiene novia? —le suelto.

¡Maldita sea! ¿Lo he dicho en voz alta?

Sus labios se arrugan formando una media sonrisa y me mira fijamente.

—No, Anastasia. Yo no tengo novias —me contesta en voz baja.

¿Qué quiere decir? No es gay. Ay, quizá sí lo es. Seguramente me mintió en la entrevista. Por un momento creo que va a darme alguna explicación, alguna pista sobre su enigmática frase, pero no lo hace. Tengo que marcharme. Tengo que poner mis ideas en orden. Tengo que alejarme de él. Doy un paso adelante, tropiezo y salgo precipitada hacia la carretera.

—¡Mierda, Ana! —grita Grey.

Tira de mi mano con tanta fuerza que acabo cayendo encima de él justo cuando pasa a toda velocidad un ciclista contra dirección, y no me atropella de milagro.

Todo sucede muy deprisa. De pronto estoy cayéndome, y en cuestión de segundos estoy entre sus brazos y me aprieta fuerte contra su pecho. Respiro su aroma limpio y saludable. Huele a ropa recién lavada y a gel caro. Es embriagador. Inhalo profundamente.

—¿Está bien? —me susurra.

Con un brazo me mantiene sujeta, pegada a él, y con los dedos de la otra mano me recorre suavemente la cara para asegurarse de que no me he hecho daño. Su pulgar me roza el labio inferior y contiene la respiración.

Me mira fijamente a los ojos, y por un momento, o quizá durante una eternidad, le sostengo la mirada inquieta y ardiente, pero al final centro la atención en su bonita boca. Y por primera vez en veintiún años quiero que me besen. Quiero sentir su boca en la mía.

Bésame, maldita sea!, le suplico, pero no puedo moverme. Un extraño y desconocido deseo me paraliza. Estoy totalmente cautivada. Observo fascinada la boca de Christian Grey, y él me observa a mí con una mirada velada, con ojos cada vez más impenetrables. Respira más deprisa de lo normal, y yo he dejado de respirar. Estoy entre tus brazos. Bésame, por favor. Cierra los ojos, respira muy hondo y mueve ligeramente la cabeza, como si respondiera a mi silenciosa petición. Cuando vuelve a abrirlos, ha recuperado la determinación, ha tomado una férrea decisión.

—Anastasia, deberías mantenerte alejada de mí. No soy un hombre para ti —suspira.

¿Qué? ¿A qué viene esto? Se supone que soy yo la que debería decidirlo. Frunzo el ceño y muevo la cabeza en señal de negación.

—Respira, Anastasia, respira. Voy a ayudarte a ponerte en pie y a dejarte marchar —me dice en voz baja.

Y me aparta suavemente.

Me ha subido la adrenalina por todo el cuerpo, por el ciclista que casi me atropella o por la embriagadora proximidad de Christian, y me siento paralizada y débil.

¡NO!, grita mi mente mientras se aparta dejándome desamparada. Apoya las manos en mis hombros, a cierta distancia, y observa atentamente mi reacción. Y lo único que puedo pensar es que quería que me besara, que era obvio, pero no lo ha hecho. No me desea. La verdad es que no me desea. He fastidiado soberanamente la cita.

—Quiero decirte una cosa —le digo tras recuperar la voz—: Gracias —musito hundida en la humillación.

¿Cómo he podido malinterpretar hasta tal punto la situación entre nosotros? Tengo que apartarme de él.

—¿Por qué?

Frunce el ceño. No ha retirado las manos de mis hombros.

—Por salvarme —susurro.

—Ese idiota iba contra dirección. Me alegro de haber estado aquí. Me dan escalofríos solo de pensar lo que podría haberte pasado. ¿Quieres venir a sentarte un momento en el hotel?

Me suelta y baja las manos. Estoy frente a él y me siento como una tonta.

Intento aclararme las ideas. Solo quiero marcharme. Todas mis vagas e incoherentes esperanzas se han frustrado. No me desea. ¿En qué estaba pensando?, me riño a mí misma. ¿Qué iba a interesarle de ti a Christian Grey?, se burla mi subconsciente. Me rodeo con los brazos, me giro hacia la carretera y veo aliviada que en el semáforo ha aparecido el hombrecillo verde. Cruzo rápidamente, consciente de que Grey me sigue. Frente al hotel, vuelvo un instante la cara hacia él, pero no puedo mirarlo a los ojos.

—Gracias por el té y por la sesión de fotos —murmuro.

—Anastasia... Yo...

Se calla. Su tono angustiado me llama la atención, de modo que lo miro involuntariamente. Se pasa la mano por el pelo con mirada desolada. Parece destrozado, frustrado y con expresión alterada. Su prudente control ha desaparecido.

—¿Qué, Christian? —le pregunto bruscamente al ver que no dice nada.

Quiero marcharme. Necesito llevarme mi frágil orgullo herido y mimarlo para que se cure.

—Buena suerte en los exámenes —murmura.

¿Cómo? ¿Por eso parece tan desolado? ¿Es esta su fantástica despedida? ¿Desearme suerte en los exámenes?

—Gracias —le contesto sin disimular el sarcasmo—. Adiós, señor Grey.

Doy media vuelta, me sorprende un poco no tropezar y, sin volver a dirigirle la mirada, desaparezco por la acera en dirección al parking subterráneo.

Ya en el oscuro y frío cemento del parking, bajo su débil luz de fluorescente, me apoyo en la pared y me cubro la cara con las manos. ¿En qué estaba pensando?

No puedo evitar que se me llenen los ojos de lágrimas. ¿Por qué lloro? Me dejo caer al suelo, enfadada conmigo misma por esta absurda reacción. Levanto las rodillas y las rodeo con los brazos. Quiero hacerme lo más pequeña posible. Quizá este disparatado dolor sea menor cuanto más pequeña me haga. Apoyo la cabeza en las rodillas y dejo que las irracionales lágrimas fluyan sin freno. Estoy llorando la pérdida de algo que nunca he tenido. Qué ridículo. Lamentando la pérdida de algo que nunca ha existido... mis esperanzas frustradas, mis sueños frustrados y mis expectativas destrozadas.

Nunca me habían rechazado. Bueno, siempre era una de las últimas a las que elegían para jugar al baloncesto o al voleibol, pero eso lo entendía. Correr y hacer algo más a la vez, como botar o lanzar una pelota, no es lo mío. Soy una auténtica negada para cualquier deporte.

Pero en el plano sentimental, nunca me he expuesto. Toda mi vida he sido muy insegura. Soy demasiado pálida, demasiado delgada, demasiado desaliñada, torpe y tantos otros defectos más, así que siempre he sido yo la que ha rechazado a cualquier posible admirador. En mi clase de química hubo un tipo al que le gustaba, pero nadie había despertado mi interés... Nadie excepto el maldito Christian Grey. Quizá debería ser más agradable con gente como Paul Clayton y José Rodríguez, aunque estoy segura de que ninguno de ellos ha acabado llorando solo en la oscuridad. Quizá solo necesite pegarme una buena llantera.

¡Basta! ¡Basta ya!, me grita metafóricamente mi subconsciente con los brazos cruzados, apoyada en una pierna y dando golpecitos en el suelo con la otra. Métete en el coche, vete a casa y ponte a estudiar. Olvídalo... ¡Ahora mismo! Y deja ya de autocompadecerte, de castigarte y toda esta mierda.

Respiro hondo varias veces y me levanto. Ánimo, Steele. Me dirijo al coche de Kate secándome las lágrimas. No volveré a pensar en él. Anotaré este incidente en la lista de las experiencias de la vida y me centraré en los exámenes.

Cuando llego, Kate está sentada a la mesa del comedor con el portátil. La sonrisa con la que me recibe se desvanece en cuanto me ve.

—Ana, ¿qué pasa?

Oh, no... La santa inquisidora Katherine Kavanagh. Muevo la cabeza como hace ella cuando quiere dar a entender que no está para historias, pero no sirve de nada.

—Has llorado.

A veces tiene un don especial para decir lo que es obvio.

—¿Qué te ha hecho ese hijo de puta? —gruñe con una cara que da miedo.

—Nada, Kate.

En realidad, ese es el problema. Al pensarlo, sonrío con ironía.

—¿Y por qué has llorado? Tú nunca lloras —me dice en tono más suave.

Se levanta. Sus ojos verdes me miran preocupados. Me abraza. Tengo que decir lo que sea para quitármela de encima.

—Casi me atropella un ciclista.

Es lo mejor que se me ocurre decirle para que por un momento se olvide de Grey.

—Dios mío, Ana... ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Se aparta un poco y me echa un rápido vistazo para comprobar si todo está bien.

—No. Christian me ha salvado —susurro—. Pero me he pegado un susto de muerte.

—No me extraña. ¿Qué tal el café? Sé que odias el café.

—He tomado un té. Ha ido bien. Nada que comentar, la verdad. No sé por qué me lo ha pedido.

—Le gustas, Ana —me dice soltándome.

—Ya no. No voy a volver a verlo.

Sí, consigo sonar como si no me importara.

—¿Cómo?

Maldita sea. Está intrigada. Me meto en la cocina para que no pueda verme la cara.

—Sí... No tiene demasiado que ver conmigo, Kate —le digo lo más fríamente que puedo.

—¿Qué quieres decir?

—Kate, es obvio.

Me vuelvo y me coloco frente a ella, que está de pie en la puerta de la cocina.

—Para mí no —me dice—. Vale, tiene más dinero que tú, pero tiene más dinero que casi todo el mundo en este país.

—Kate, es...

Me encojo de hombros.

—¡Ana, por favor! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Eres una cría —me interrumpe.

Oh, no. Ya estamos otra vez con ese rollo.

—Kate, por favor, tengo que estudiar —la corto.

Pone mala cara.

—¿Quieres ver el artículo? Está acabado. José ha hecho algunas fotos buenísimas.

¿Tengo ahora que ver al guapo de Christian Grey, quien no siente el menor interés por mí?

—Claro.

Me saco una sonrisa de la manga y me acerco al portátil. Y ahí está, mirándome en blanco y negro, mirándome y encontrándome indigna de su interés.

Finjo leer el artículo, pero no aparto los ojos de su firme mirada gris. Busco en la foto alguna pista de por qué no es un hombre para mí, como me ha dicho. Y de repente me parece obvio. Es demasiado guapo. Somos polos opuestos, y de dos mundos muy diferentes. Me veo a mí misma como a Ícaro cuando se acerca demasiado al sol, se quema y se estrella. Tiene razón. No es un hombre para mí. Es lo que ha querido decirme, y eso

hace más fácil aceptar su rechazo... Bueno, casi. Podré soportarlo. Lo entiendo.

—Muy bueno, Kate —logro decirle—. Me voy a estudiar.

Me propongo no volver a pensar en él de momento. Abro los apuntes y empiezo a leer.

Solo cuando estoy en la cama, intentando dormir, permito que mis pensamientos se trasladen a mi extraña mañana. No dejo de pensar en lo que me ha dicho de que no tiene novias, y me enfado por no haber tenido en cuenta esa información antes de estar entre sus brazos, suplicándole mentalmente con todos los poros de mi piel que me besara. Lo había dicho. No me quería como novia. Me tumbo de lado. Me pregunto si quizá no tiene relaciones sexuales. Cierro los ojos y empiezo a quedarme dormida. Quizá esté reservándose. Bueno, no para ti. Mi adormilada subconsciente me da un último golpe antes de sumergirse en mis sueños.

Y esa noche sueño con ojos grises y dibujos de hojas en la espuma de la leche, y corro por lugares apenas iluminados por una luz fantasmagórica, y no sé si corro en dirección a algo o huyendo de algo... No queda claro.

Suelto el bolígrafo. Se acabó. He terminado mi último examen. Sonrío de oreja a oreja. Probablemente sea la primera vez que sonrío en toda la semana. Es viernes, y esta noche lo celebraremos. Lo celebraremos por todo lo alto. Seguramente hasta me emborracharé. Nunca me he emborrachado. Miro a Kate, que está en el otro extremo de la clase, todavía escribiendo como una loca. Faltan cinco minutos para que se acabe el examen. Esto

es todo. Se acabó mi carrera académica. Ya no tendré que volver a sentarme en filas de alumnos nerviosos. En mi mente doy graciosas volteretas, aunque sé de sobra que mis volteretas solo pueden ser graciosas en mi mente. Kate deja de escribir y suelta el bolígrafo. Me mira también con una sonrisa de oreja a oreja.

De camino a casa, en su Mercedes, nos negamos a hablar del examen. Kate está mucho más preocupada por lo que va a ponerse esta noche. Yo intento encontrar las llaves en el bolso.

—Ana, hay un paquete para ti.

Kate está en la escalera, frente a la puerta de la calle, con un paquete envuelto en papel de embalar. Qué raro. No recuerdo haber encargado nada en Amazon.

Kate me da el paquete y coge mis llaves para abrir la puerta. El paquete está dirigido a la señorita Anastasia Steele. No lleva remitente. Quizá sea de mi madre o de Ray.

—Seguramente será de mis padres.

—¡Ábrelo! —exclama Kate nerviosa.

Se mete en la cocina para ir a buscar el champán con el que vamos a celebrar que hemos terminado los exámenes.

Abro el paquete y encuentro un estuche de piel que contiene tres viejos libros, aparentemente idénticos, con cubiertas de tela, en perfecto estado, y una tarjeta de color blanco. En una cara, en tinta negra y una bonita caligrafía, se lee:

Reconozco la cita de Tess. Me sorprende la casualidad de que hace un momento haya pasado tres horas escribiendo sobre las novelas de Thomas Hardy en mi examen final. Quizá no sea casualidad... quizá sea

deliberado. Miro los libros con atención. Tres volúmenes de Tess, la de los d'Urberville. Abro la cubierta de uno. En la primera página, en una tipografía antigua, leo:

¡Son primeras ediciones! Deben de valer una fortuna. E inmediatamente sé quién me las ha mandado. Kate observa los libros por encima de mi hombro. Coge la tarjeta.

—Primeras ediciones —susurro.

—No... —dice abriendo los ojos incrédula—. ¿Grey?

Asiento.

—No se me ocurre nadie más.

—¿Qué quiere decir la tarjeta?

—No tengo ni idea. Creo que es una advertencia... La verdad es que sigue previniéndome. No tengo ni idea de por qué. No es que me haya dedicado a tirarle la puerta abajo precisamente —digo frunciendo el ceño.

—Sé que no quieres hablar de él, Ana, pero no hay duda de que le interesas, te advierta o no.

No me he permitido pensar demasiado en Christian Grey en la última semana. Bueno... sus ojos grises siguen invadiendo mis sueños, y sé que tardaré una eternidad en eliminar de mi cerebro la sensación de sus brazos rodeándome y su maravilloso olor. ¿Por qué me ha mandado estos libros? Me dijo que yo no era para él.

—He encontrado una primera edición de Tess en venta, en Nueva York, por catorce mil dólares, pero los tuyos están en mucho mejor estado. Deben de haber costado más —me dice Kate consultando a su buen amigo Google.

—La cita... Tess se lo dice a su madre después de lo que le hace Alec d'Urberville.

—Lo sé —me contesta Kate, pensativa—. ¿Qué intenta decir?

—Ni lo sé ni me importa. No puedo aceptarlos. Se los devolveré con otra cita tan desconcertante como esta de alguna parte confusa del libro.

—¿El pasaje en el que Angel Clare la manda a la mierda? —me pregunta Kate muy seria.

—Sí, ese —le contesto riéndome.

Quiero a Kate. Es leal y me apoya. Envuelvo los libros y los dejo en la mesa del comedor. Kate me ofrece una copa de champán.

—Por el final de los exámenes y nuestra nueva vida en Seattle —dice con una sonrisa.

—Por el final de los exámenes, nuestra nueva vida en Seattle y por que todo nos vaya bien.

Chocamos las copas y bebemos.

El bar es ruidoso y está lleno de gente, de futuros licenciados que han salido a pillar una buena cogorza. José ha venido con nosotras. No se graduará hasta el año que viene, pero le apetecía salir. Nos trae una jarra de margaritas para ponernos en la onda de nuestra recién estrenada libertad. Mientras me bebo la quinta copa, pienso que no es buena idea beber tantos margaritas después del champán.

—¿Y ahora qué, Ana? —me grita José.

—Kate y yo nos vamos a vivir a Seattle. Los padres de Kate le han comprado un piso.

—Dios mío, cómo viven algunos... Pero volveréis para mi exposición, ¿no?

—Por supuesto, José. No me la perdería por nada del mundo —le contesto sonriendo.

Me pasa el brazo por la cintura y me acerca a él.

—Es muy importante para mí que vengas, Ana —me susurra al oído—. ¿Otro margarita?

—José Luis Rodríguez... ¿estás intentando emborracharme? Porque creo que lo estás consiguiendo —le digo riéndome—. Creo que mejor me tomo una cerveza. Voy a buscar una jarra para todos.

—¡Más bebida, Ana! —grita Kate.

Kate es fuerte como un toro. Ha pasado el brazo por los hombros de Levi, un compañero de la clase de inglés y su fotógrafo habitual en la revista de la facultad, que ha dejado de hacer fotos de los borrachos que lo rodean. Solo tiene ojos para Kate, que se ha puesto un top minúsculo, vaqueros ajustados y tacones altos.

Lleva el pelo recogido, con unos mechones rizados que le caen con gracia alrededor de la cara. Está despampanante, como siempre. Yo soy más bien de Converse y camisetas, pero me he puesto los vaqueros que más me favorecen. Me aparto de José y me levanto de nuestra mesa.

Uf, me da vueltas la cabeza.

Tengo que agarrarme al respaldo de la silla. Los cócteles con tequila no son una buena idea.

Me dirijo a la barra y decido que debería ir al baño ahora que todavía me mantengo en pie. Bien pensado, Ana. Me abro camino entre el gentío tambaleándome.

Por supuesto hay cola, pero al menos el pasillo está tranquilo y fresco. Saco el móvil para pasar el rato mientras espero. A ver... ¿cuál ha sido mi última llamada?

¿A José? Antes hay un número que no sé de quién es. Ah, sí. Grey. Creo que es su número. Me río. No

tengo ni idea de la hora que es. Quizá lo despierte. Quizá pueda explicarme por qué me ha mandado esos libros y el críptico mensaje. Si quiere que me mantenga alejada de él, debería dejarme en paz. Reprimo una sonrisa de borracha y pulso el botón de llamar. Contesta a la segunda señal.

—¿Anastasia?

Le ha sorprendido que lo llamara. Bueno, la verdad es que a mí me sorprende estar llamándolo. A continuación mi ofuscado cerebro se pregunta cómo sabe que soy yo.

—¿Por qué me has mandado esos libros? —le pregunto arrastrando las palabras.

—Anastasia, ¿estás bien? Tienes una voz rara —me dice en tono muy preocupado.

—La rara no soy yo, sino tú —le digo animada por el alcohol.

—Anastasia, ¿has bebido?

—¿A ti qué te importa?

—Tengo... curiosidad. ¿Dónde estás?

—En un bar.

—¿En qué bar? —me pregunta nervioso.

—Un bar de Portland.

—¿Cómo vas a volver a casa?

—Ya me las apañaré.

La conversación no está yendo como esperaba.

—¿En qué bar estás?

—¿Por qué me has mandado esos libros, Christian?

—Anastasia, ¿dónde estás? Dímelo ahora mismo.

Su tono es tan... tan dictatorial. El controlador obsesivo de siempre. Lo imagino como a un director de cine de los viejos tiempos, con pantalones de montar, un

megáfono pasado de moda y una fusta. La imagen me provoca una carcajada.

—Eres tan... dominante —le digo riéndome.

—Ana, contéstame: ¿dónde cojones estás?

Christian Grey diciendo palabrotas. Vuelvo a reírme.

—En Portland... Bastante lejos de Seattle.

—¿Dónde exactamente?

—Buenas noches, Christian.

—¡Ana!

Cuelgo. Vaya, no me ha dicho nada de los libros. Frunzo el ceño. Misión no cumplida. Estoy bastante borracha, la verdad. La cabeza me da vueltas mientras avanzo en la cola. Bueno, el objetivo era emborracharse, y lo he conseguido. Ya veo lo que es... Me temo que no merece la pena repetirlo. La cola ha avanzado y ya me toca. Observo embobada el póster de la puerta del cuarto de baño, que ensalza las virtudes del sexo seguro. Maldita sea, ¿acabo de llamar a Christian Grey?

Mierda. Me suena el teléfono, pego un salto y grito del susto.

—Hola —digo en voz baja.

No había previsto que me llamara.

—Voy a buscarte —me dice.

Y cuelga. Solo Christian Grey podría hablar con tanta tranquilidad y parecer tan amenazador a la vez.

Maldita sea. Me subo los vaqueros. El corazón me late a toda prisa. ¿Viene a buscarme? Oh, no. Voy a vomitar... no... Estoy bien. Espera. Me estoy montando una película. No le he dicho dónde estaba. No puede encontrarme. Además, tardaría horas en llegar desde Seattle, y para entonces haría mucho que nos habríamos

marchado. Me lavo las manos y me miro en el espejo. Estoy roja y ligeramente desenfocada. Uf... tequila.

Espero una eternidad en la barra, hasta que me dan una jarra grande de cerveza, y por fin vuelvo a la mesa.

—Has tardado un siglo —me riñe Kate—. ¿Dónde estabas?

—Haciendo cola para el baño.

José y Levi discuten acaloradamente sobre el equipo de béisbol de nuestra ciudad. José interrumpe su diatriba para servirnos cerveza, y doy un trago largo.

—Kate, creo que saldré un momento a tomar el aire.

—Ana, no aguantas nada...

—Solo cinco minutos.

Vuelvo a abrirme camino entre el gentío. Empiezo a sentir náuseas, la cabeza me da vueltas y me siento inestable. Más inestable de lo habitual.

Mientras bebo al aire libre, en la zona de aparcamiento, soy consciente de lo borracha que estoy. No veo bien. La verdad es que lo veo todo doble, como en las viejas reposiciones de los dibujos animados de Tom y Jerry. Creo que voy a vomitar. ¿Cómo he podido acabar así?

—Ana, ¿estás bien?

José ha salido del bar y se ha acercado a mí.

—Creo que he bebido un poco más de la cuenta —le contesto sonriendo.

—Yo también —murmura. Sus ojos oscuros me miran fijamente—. ¿Te echo una mano? —me pregunta avanzando hasta mí y rodeándome con sus brazos.

—José, estoy bien. No pasa nada.

Intento apartarlo sin demasiada energía.

—Ana, por favor —me susurra.

Me agarra y me acerca a él.

—José, ¿qué estás haciendo?

—Sabes que me gustas, Ana. Por favor.

Con una mano me mantiene pegada a él, y con la otra me agarra de la barbilla y me levanta la cara. ¡Va a besarme...!

—No, José, para... No.

Lo empujo, pero es todo músculos, así que no consigo moverlo. Me ha metido la mano por el pelo y me sujeta la cabeza para que no la mueva.

—Por favor, Ana, cariño —me susurra con los labios muy cerca de los míos.

Respira entrecortadamente y su aliento es demasiado dulzón. Huele a margarita y a cerveza. Empieza a recorrerme la mandíbula con los labios, acercándose a la comisura de mi boca. Estoy muy nerviosa, borracha y fuera de control. Me siento agobiada.

—José, no —le suplico.

No quiero. Eres mi amigo y creo que voy a vomitar.

—Creo que la señorita ha dicho que no —dice una voz tranquila en la oscuridad.

¡Dios mío! Christian Grey. Está aquí. ¿Cómo? José me suelta.

—Grey —dice José lacónicamente.

Miro angustiada a Christian, que observa furioso a José. Mierda. Siento una arcada y me inclino hacia delante. Mi cuerpo no puede seguir tolerando el alcohol y vomito en el suelo aparatosamente.

—¡Uf, Dios mío, Ana!

José se aparta de un salto con asco. Grey me sujeta el pelo, me lo aparta de la cara y suavemente me lleva

hacia un parterre al fondo del aparcamiento. Observo agradecida que está relativamente oscuro.

—Si vas a volver a vomitar, hazlo aquí. Yo te agarro.

Ha pasado un brazo por encima de mis hombros, y con la otra mano me sujeta el pelo, como si quisiera hacerme una coleta, para que no se me vaya a la cara.

Intento apartarlo torpemente, pero vuelvo a vomitar... y otra vez. Oh, mierda... ¿Cuánto va a durar esto? Aunque tengo el estómago vacío y no sale nada, espantosas arcadas me sacuden el cuerpo. Me prometo a mí misma que jamás volveré a beber. Es demasiado vergonzoso para explicarlo. Por fin dejo de sentir arcadas.

He apoyado las manos en el parterre, pero apenas me sujetan. Vomitar tanto es agotador. Grey me suelta y me ofrece un pañuelo. Solo él podría tener un pañuelo de lino recién lavado y con sus iniciales bordadas. CTG. No sabía que todavía podían comprarse estas cosas. Por un instante, mientras me limpio la boca, me pregunto a qué responde la T. No me atrevo a mirarlo. Estoy muerta de vergüenza. Me doy asco. Quiero que las azaleas del parterre me engullan y desaparecer de aquí.

José sigue merodeando junto a la puerta del bar, mirándonos. Me lamento y apoyo la cabeza en las manos. Debe de ser el peor momento de mi vida. La cabeza sigue dándome vueltas mientras intento recordar un momento peor, y solo se me ocurre el del rechazo de Christian, pero este es cincuenta veces más humillante. Me arriesgo a lanzarle una rápida mirada. Me observa fijamente con semblante sereno, inexpresivo. Me giro y miro a José, que también parece bastante avergonzado e intimidado por Grey, como yo. Lo fulmino con la mirada.

Se me ocurren unas cuantas palabras para calificar a mi supuesto amigo, pero no puedo decirlas delante del empresario Christian Grey. Ana, ¿a quién pretendes engañar? Acaba de verte vomitando en el suelo y en la flora local. Tu conducta poco refinada ha sido más que evidente.

—Bueno... Nos vemos dentro —masculla José.

Pero no le hacemos caso, así que vuelve a entrar en el bar. Estoy sola con Grey. Mierda, mierda. ¿Qué puedo decirle? Puedo disculparme por haberlo llamado.

—Lo siento —susurro mirando fijamente el pañuelo, que no dejo de retorcer entre los dedos.

Qué suave es.

—¿Qué sientes, Anastasia?

Maldita sea, quiere su recompensa.

—Sobre todo haberte llamado. Estar mareada. Uf, la lista es interminable —murmuro sintiendo que me pongo roja.

Por favor, por favor, que me muera ahora mismo.

—A todos nos ha pasado alguna vez, quizá no de manera tan dramática como a ti —me contesta secamente—. Es cuestión de saber cuáles son tus límites, Anastasia. Bueno, a mí me gusta traspasar los límites, pero la verdad es que esto es demasiado. ¿Sueles comportarte así?

Me zumba la cabeza por el exceso de alcohol y el enfado. ¿Qué narices le importa? No lo he invitado a venir. Parece un hombre maduro riñéndome como si fuera una cría descarriada. A una parte de mí le apetece decirle que si quiero emborracharme cada noche es cosa mía y que a él no le importa, pero no tengo valor.

No ahora, cuando acabo de vomitar delante de él.
¿Por qué sigue aquí?

—No —le digo arrepentida—. Nunca me había emborrachado, y ahora mismo no me apetece nada que se repita.

De verdad que no entiendo por qué está aquí. Empiezo a marearme. Se da cuenta, me agarra antes de que me caiga, me levanta y me apoya contra su pecho, como si fuera una niña.

—Vamos, te llevaré a casa —murmura.

—Tengo que decírselo a Kate.

Vuelvo a estar en sus brazos.

—Puede decírselo mi hermano.

—¿Qué?

—Mi hermano Elliot está hablando con la señorita Kavanagh.

—¿Cómo?

No lo entiendo.

—Estaba conmigo cuando me has llamado.

—¿En Seattle? —le pregunto confundida.

—No. Estoy en el Heathman.

¿Todavía? ¿Por qué?

—¿Cómo me has encontrado?

—He rastreado la localización de tu móvil, Anastasia.

Claro. ¿Cómo es posible? ¿Es legal? Acosador, me susurra mi subconsciente entre la nube de tequila que sigue flotándome en el cerebro, pero por alguna razón, porque es él, no me importa.

—¿Has traído chaqueta o bolso?

—Sí, las dos cosas. Christian, por favor, tengo que decírselo a Kate. Se preocupará.

Aprieta los labios y suspira ruidosamente.

—Si no hay más remedio...

Me suelta, me coge de la mano y se dirige hacia el bar. Me siento débil, todavía borracha, incómoda, agotada, avergonzada y, por extraño que parezca, encantada de la vida. Me lleva de la mano. Es un confuso abanico de emociones. Necesitaré al menos una semana para procesarlas.

En el bar hay mucho ruido, está lleno de gente y ha empezado a sonar la música, así que la pista de baile está llena. Kate no está en nuestra mesa, y José ha desaparecido. Levi, que está solo, parece perdido y desamparado.

—¿Dónde está Kate? —grito a Levi.

La cabeza empieza a martillearme al ritmo del potente bajo de la música.

—Bailando —me contesta Levi.

Me doy cuenta de que está enfadado y de que mira a Christian con recelo. Busco mi chaqueta negra y me cuelgo el pequeño bolso cruzado, que me queda a la altura de la cadera. Estoy lista para marcharme en cuanto haya hablado con Kate.

Toco el brazo de Christian, me inclino hacia él y le grito al oído que Kate está en la pista. Le rozo el pelo con la nariz y respiro su aroma limpio y fresco. Todas las sensaciones prohibidas y desconocidas que he intentado negarme salen a la superficie y recorren mi cuerpo agotado. Me ruborizo, y en lo más profundo de mi cuerpo los músculos se tensan agradablemente.

Pone los ojos en blanco, vuelve a cogermme de la mano y se dirige a la barra. Lo atienden inmediatamente. El señor Grey, el obseso del control, no tiene que

esperar. ¿Todo le resulta tan fácil? No oigo lo que pide. Me ofrece un vaso grande de agua con hielo.

—Bebe —me ordena.

Los focos giran al ritmo de la música creando extrañas luces y sombras de colores por el bar y sobre los clientes. Grey pasa del verde al azul, el blanco y el rojo demoniaco. Me mira fijamente. Doy un pequeño sorbo.

—Bébetela toda —me grita.

Qué autoritario. Se pasa la mano por el pelo rebelde. Parece nervioso, enfadado. ¿Qué le pasa aparte de que una estúpida chica borracha lo haya llamado en plena noche y haya pensado que tenía que ir a rescatarla? Y ha resultado que sí tenía que rescatarla de su excesivamente cariñoso amigo. Y luego ha tenido que ver cómo la chica se mareaba. Oh, Ana... ¿conseguirás olvidar esto algún día? Mi subconsciente chasquea la lengua y me observa por encima de sus gafas de media luna. Me tambaleo un poco, y Grey apoya la mano en mi hombro para sujetarme. Le hago caso y me bebo el vaso entero. Hace que me maree. Me quita el vaso y lo deja en la barra. Observo a través de una especie de nebulosa cómo va vestido: una ancha camisa blanca de lino, vaqueros ajustados, Converse negras y americana oscura de raya diplomática. Lleva el cuello de la camisa desabrochado, y veo asomar algunos pelos dispersos. Aun en mi aturdido estado, me parece que es guapísimo.

Vuelve a cogerme de la mano y me lleva hacia la pista. Mierda. Yo no bailo. Se da cuenta de que no quiero, y bajo las luces de colores veo su sonrisa divertida y burlona. Tira fuerte de mi mano y vuelvo a caer entre sus brazos. Empieza a moverse y me arrastra

en su movimiento. Vaya, sabe bailar, y no puedo creerme que esté siguiendo sus pasos. Quizá sigo el ritmo porque estoy borracha. Me aprieta contra su cuerpo... Si no me sujetara con tanta fuerza, seguro que me desplomaría a sus pies. Desde el fondo de mi mente resuena lo que suele advertirme mi madre: «Nunca te fíes de un hombre que baile bien».

Atravesamos la multitud de gente que baila hasta el otro extremo de la pista y encontramos a Kate y a Elliot, el hermano de Christian. La música retumba a todo volumen fuera y dentro de mi cabeza. Oh, no. Kate está moviendo ficha. Baila sacando el culo, y eso solo lo hace cuando alguien le gusta. Cuando alguien le gusta mucho. Eso quiere decir que mañana seremos tres a la hora del desayuno. ¡Kate!

Christian se inclina y grita a Elliot al oído. No oigo lo que le dice. Elliot es alto, ancho de hombros, pelo rubio y rizado, y con ojos perversamente brillantes. El parpadeo de los focos me impide ver de qué color. Elliot se ríe, tira de Kate y la arrastra hasta sus brazos, donde ella parece estar encantada de la vida... ¡Kate! Aun en mi etílico estado, me escandalizo. Acaba de conocerlo. Asiente a lo que Elliot le dice, me sonrío y se despide de mí con la mano. Christian nos saca de la pista moviéndose con presteza.

Pero no he hablado con Kate. ¿Está bien? Ya veo cómo van a acabar las cosas entre esos dos. Tengo que darle una charla sobre sexo seguro. Espero que lea el póster de la puerta de los lavabos. Los pensamientos me estallan en el cerebro, luchan contra la confusa sensación de borrachera. Aquí hace mucho calor, hay mucho ruido, demasiados colores... demasiadas luces. Me

da vueltas la cabeza. Oh, no... Siento que el suelo sube al encuentro de mi cara, o eso parece. Lo último que oigo antes de desmayarme en los brazos de Christian Grey es la palabrota que suelta:

—¡Joder!

Todo está en silencio, con las luces apagadas. Estoy muy cómoda y calentita en esta cama. Qué bien... Abro los ojos, y por un momento estoy tranquila y serena, disfrutando del entorno, que no conozco. No tengo ni idea de dónde estoy. El cabezal de la cama tiene la forma de un sol enorme. Me resulta extrañamente familiar. La habitación es grande y está lujosamente decorada en tonos marrones, dorados y beis. La he visto antes. ¿Dónde? Mi ofuscado cerebro busca entre sus recuerdos recientes. ¡Maldita sea! Estoy en el hotel Heathman... en una suite. Estuve en una parecida a esta con Kate. Esta parece más grande. Oh, mierda.

Estoy en la suite de Christian Grey. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Poco a poco empiezan a torturarme imágenes fragmentarias de la noche. La borrachera —oh, no, la borrachera—, la llamada —oh, no, la llamada—, la vomitera —oh, no, la vomitera—... José y después Christian. Oh, no. Me muero de vergüenza. No recuerdo cómo he llegado aquí. Llevo puesta la camiseta, el sujetador y las bragas. Ni calcetines ni vaqueros. Maldita sea.

Echo un vistazo a la mesita de noche. Hay un vaso de zumo de naranja y dos pastillas. Ibuprofeno. El obseso del control está en todo. Me incorporo en la cama y me tomo las pastillas. La verdad es que no me siento tan mal, seguramente mucho mejor de lo que merezco. El zumo de naranja está riquísimo. Me quita la sed y me refresca.

Oigo unos golpes en la puerta. El corazón me da un brinco y no me sale la voz, pero aun así Christian abre la puerta y entra.

Vaya, ha estado haciendo ejercicio. Lleva unos pantalones de chándal grises que le caen ligeramente sobre las caderas y una camiseta gris de tirantes empapada en sudor, como su pelo. Christian Grey ha sudado. La idea me resulta extraña. Respiro profundamente y cierro los ojos. Me siento como una niña de dos años. Si cierro los ojos, no estoy.

—Buenos días, Anastasia. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor de lo que merezco —murmuro.

Levanto la mirada hacia él. Deja una bolsa grande de una tienda de ropa en una silla y agarra ambos extremos de la toalla que lleva alrededor del cuello. Sus impenetrables ojos grises me miran fijamente. No tengo ni idea de lo que está pensando, como siempre. Sabe esconder lo que piensa y lo que siente.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —le pregunto en voz baja, compungida.

Se sienta a un lado de la cama. Está tan cerca de mí que podría tocarlo, podría olerlo. Madre mía... Sudor, gel y Christian. Un cóctel embriagador, mucho mejor que el margarita, y ahora lo sé por experiencia.

—Después de que te desmayaras no quise poner en peligro la tapicería de piel de mi coche llevándote a tu casa, así que te traje aquí —me contesta sin inmutarse.

—¿Me metiste tú en la cama?

—Sí —me contesta impasible.

—¿Volví a vomitar? —le pregunto en voz más baja.

—No.

—¿Me quitaste la ropa? —susurro.

—Sí.

Me mira alzando una ceja y me pongo más roja que nunca.

—¿No habremos...?

Lo digo susurrando, con la boca seca de vergüenza, pero no puedo terminar la frase. Me miro las manos.

—Anastasia, estabas casi en coma. La necrofilia no es lo mío. Me gusta que mis mujeres estén conscientes y sean receptivas —me contesta secamente.

—Lo siento mucho.

Sus labios esbozan una sonrisa burlona.

—Fue una noche muy divertida. Tardaré en olvidarla.

Yo también... Oh, está riéndose de mí, el muy... Yo no le pedí que viniera a buscarme. No entiendo por qué tengo que acabar sintiéndome la mala de la película.

—No tenías por qué seguirme la pista con algún artilugio a lo James Bond que estés desarrollando para vendérselo al mejor postor —digo bruscamente.

Me mira fijamente, sorprendido y, si no me equivoco, algo ofendido.

—En primer lugar, la tecnología para localizar móviles está disponible en internet. En segundo lugar, mi empresa no invierte en ningún aparato de vigilancia, ni los fabrica. Y en tercer lugar, si no hubiera ido a buscarte, seguramente te habrías despertado en la cama del fotógrafo y, si no recuerdo mal, no estabas muy entusiasmada con sus métodos de cortejarte —me dice mordazmente.

¡Sus métodos de cortejarme! Levanto la mirada hacia Christian, que me mira fijamente con ojos brillantes, ofendidos. Intento morderme el labio, pero no consigo reprimir la risa.

—¿De qué crónica medieval te has escapado? Pareces un caballero andante.

Veo que se le pasa el enfado. Sus ojos se dulcifican, su expresión se vuelve más cálida y en sus labios parece esbozarse una sonrisa.

—No lo creo, Anastasia. Un caballero oscuro, quizá — me dice con una sonrisa burlona, cabeceando—. ¿Cenaste ayer?

Su tono es acusador. Niego con la cabeza. ¿Qué gran pecado he cometido ahora? Se le tensa la mandíbula, pero su rostro sigue impassible.

—Tienes que comer. Por eso te pusiste tan mal. De verdad, es la primera norma cuando bebes.

Se pasa la mano por el pelo, pero ahora porque está muy nervioso.

—¿Vas a seguir riñéndome?

—¿Estoy riñéndote?

—Creo que sí.

—Tienes suerte de que solo te riña.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si fueras mía, después del numerito que montaste ayer no podrías sentarte en una semana. No cenaste, te emborrachaste y te pusiste en peligro.

Cierra los ojos. Por un instante el terror se refleja en su rostro y se estremece. Cuando abre los ojos, me mira fijamente.

—No quiero ni pensar lo que podría haberte pasado.

Lo miro con expresión ceñuda. ¿Qué le pasa? ¿A él qué le importa? Si fuera suya... Bueno, pues no lo soy. Aunque quizá me gustaría serlo. La idea se abre camino entre mi enfado por sus arrogantes palabras. Me ruborizo por culpa de mi caprichosa subconsciente, que da saltos

de alegría con una falda hawaiana roja solo de pensar que podría ser suya.

—No me habría pasado nada. Estaba con Kate.

—¿Y el fotógrafo? —me pregunta bruscamente.

Mmm... José. En algún momento tendré que enfrentarme a él.

—José simplemente se pasó de la raya.

Me encojo de hombros.

—Bueno, la próxima vez que se pase de la raya quizá alguien debería enseñarle modales.

—Eres muy partidario de la disciplina —le digo entre dientes.

—Oh, Anastasia, no sabes cuánto.

Cierra un poco los ojos y se ríe perversamente. Me deja desarmada. De repente estoy confundida y enfadada, y al momento estoy contemplando su preciosa sonrisa. Uau... Estoy embelesada, porque no suele sonreír. Casi olvido lo que está diciéndome.

—Voy a ducharme. Si no prefieres ducharte tú primero...

Ladea la cabeza, todavía sonriendo. El corazón me late a toda prisa, y el bulbo raquídeo se niega a hacer las conexiones oportunas para que respire. Su sonrisa se hace más amplia. Se acerca a mí, se inclina y me pasa el pulgar por la mejilla y por el labio inferior.

—Respira, Anastasia —me susurra. Y luego se incorpora y se aparta—. En quince minutos traerán el desayuno. Tienes que estar muerta de hambre.

Se mete en el cuarto de baño y cierra la puerta.

Suelto el aire que he estado reteniendo. ¿Por qué es tan alucinantemente atractivo? Ahora mismo me metería en la ducha con él. Nunca había sentido algo así por

nadie. Se me han disparado las hormonas. Me arde la piel por donde ha pasado su dedo, en la mejilla y el labio. Una incómoda y dolorosa sensación me hace retorcerme. No entiendo esta reacción. Mmm... Deseo. Es deseo. Así se siente el deseo.

Me tumbo sobre las suaves almohadas de plumas. Si fueras mía... Ay, ¿qué estaría dispuesta a hacer para ser suya? Es el único hombre que ha conseguido que sienta la sangre recorriendo mis venas. Pero también me pone de los nervios. Es difícil, complejo y poco claro. De pronto me rechaza, más tarde me manda libros que valen catorce mil dólares, y después me sigue la pista como un acosador. Y pese a todo, he pasado la noche en la suite de su hotel y me siento segura.

Protegida. Le preocupo lo suficiente para que venga a rescatarme de algo que equivocadamente creyó que era peligroso. Para nada es un caballero oscuro. Es un caballero blanco con armadura brillante, resplandeciente. Un héroe romántico. Sir Gawain o sir Lancelot.

Salgo de su cama y busco frenéticamente mis vaqueros. Se abre la puerta del cuarto de baño y aparece él, mojado y resplandeciente por la ducha, todavía sin afeitarse, con una toalla alrededor de la cintura, y ahí estoy yo... en bragas, mirándolo boquiabierto y sintiéndome muy incómoda. Le sorprende verme levantada.

—Si estás buscando tus vaqueros, los he mandado a la lavandería —me dice con una mirada impenetrable—. Estaban salpicados de vómito.

—Ah.

Me pongo roja. ¿Por qué demonios tiene siempre que pillarme descolocada?

—He mandado a Taylor a comprar otros y unas zapatillas de deporte. Están en esa bolsa.

Ropa limpia. Un plus inesperado.

—Bueno... Voy a ducharme —musito—. Gracias.

¿Qué otra cosa puedo decir? Cojo la bolsa y entro corriendo en el cuarto de baño para alejarme de la perturbadora proximidad de Christian desnudo. El David de Miguel Ángel no tiene nada que hacer a su lado.

El cuarto de baño está lleno de vapor. Me quito la ropa y me meto rápidamente en la ducha, impaciente por sentir el chorro de agua limpia sobre mi cuerpo.

Levanto la cara hacia el anhelado torrente. Deseo a Christian Grey. Lo deseo desesperadamente. Es sencillo. Por primera vez en mi vida quiero irme a la cama con un hombre. Quiero sentir sus manos y su boca en mi cuerpo.

Ha dicho que le gusta que sus mujeres estén conscientes. Entonces seguramente sí se acuesta con mujeres. Pero no ha intentado besarme, como Paul y José. No lo entiendo. ¿Me desea? No quiso besarme la semana pasada. ¿Le resulto repulsiva? Pero estoy aquí, y me ha traído él. No entiendo a qué juega. ¿Qué piensa? Has dormido en su cama toda la noche y no te ha tocado, Ana. Saca tus conclusiones. Mi subconsciente asoma su fea e insidiosa cara. No le hago caso.

El agua caliente me relaja. Mmm... Podría quedarme debajo del chorro, en este cuarto de baño, para siempre. Cojo el gel, que huele a Christian. Es un olor exquisito. Me froto todo el cuerpo imaginándome que es él quien lo hace, que él me frota este gel que huele de maravilla por el cuerpo, por los pechos, por la barriga y entre los muslos con sus manos de largos dedos. Madre mía. Se

me dispara el corazón. Es una sensación muy... muy placentera.

Llama a la puerta y doy un respingo.

—Ha llegado el desayuno.

—Va... Vale —tartamudeo arrancándome cruelmente de mi ensoñación erótica.

Salgo de la ducha y cojo dos toallas. Con una me envuelvo el pelo al más puro estilo Carmen Miranda, y con la otra me seco a toda prisa obviando la placentera sensación de la toalla frotando mi piel hipersensible.

Abro la bolsa. Taylor me ha comprado no solo unos vaqueros y unas Converse, sino también una camisa azul cielo, calcetines y ropa interior. Madre mía.

Sujetador y bragas limpios... Aunque describirlos de manera tan mundana y utilitaria no les hace justicia. Es lencería de lujo europea, de diseño exquisito. Encaje y seda azul celeste. Uau. Me quedo impresionada y algo intimidada. Y además es exactamente de mi talla. Pues claro. Me ruborizo pensando en el rapado en una tienda de lencería comprándome estas prendas. Me pregunto a qué otras cosas se dedica en sus horas de trabajo.

Me visto rápidamente. El resto de la ropa también me queda perfecta. Me seco el pelo con la toalla e intento desesperadamente controlarlo, pero, como siempre, se niega a colaborar. Mi única opción es hacerme una coleta, pero no tengo goma. Debo de tener una en el bolso, pero vete a saber dónde está. Respiro profundamente. Ha llegado el momento de enfrentarse al señor Turbador.

Me alivia encontrar la habitación vacía. Busco rápidamente mi bolso, pero no está por aquí. Vuelvo a respirar hondo y voy a la sala de estar de la suite. Es

enorme. Hay una lujosa zona para sentarse, llena de sofás y blandos cojines, una sofisticada mesita con una pila de grandes libros ilustrados, una zona de estudio con el último modelo de iMac y una enorme televisión de plasma en la pared. Christian está sentado a la mesa del comedor, al otro extremo de la sala, leyendo el periódico. La estancia es más o menos del tamaño de una cancha de tenis. No es que juegue al tenis, pero he ido a ver jugar a Kate varias veces. ¡Kate!

—Mierda, Kate —digo con voz ronca.

Christian alza los ojos hacia mí.

—Sabe que estás aquí y que sigues viva. Le he mandado un mensaje a Elliot —me dice con cierta sorna.

Oh, no. Recuerdo su ardiente baile de ayer, sacando partido a todos sus movimientos exclusivos para seducir al hermano de Christian Grey, nada menos. ¿Qué va a pensar de que esté aquí? Nunca he pasado una noche fuera de casa. Está todavía con Elliot. Solo ha hecho algo así dos veces, y las dos me ha tocado aguantar el espantoso pijama rosa durante una semana cuando cortaron. Va a pensar que también yo me he enrollado con Christian.

Christian me mira impaciente. Lleva una camisa blanca de lino con el cuello y los puños desabrochados.

—Siéntate —me ordena, señalando hacia la mesa.

Cruzo la sala y me siento frente a él, como me ha indicado. La mesa está llena de comida.

—No sabía lo que te gusta, así que he pedido un poco de todo.

Me dedica una media sonrisa a modo de disculpa.

—Eres un despilfarrador —murmuro apabullada por la cantidad de platos, aunque tengo hambre.

—Lo soy —dice en tono culpable.

Opto por tortitas, sirope de arce, huevos revueltos y beicon. Christian intenta ocultar una sonrisa mientras vuelve la mirada a su tortilla. La comida está deliciosa.

—¿Té? —me pregunta.

—Sí, por favor.

Me tiende una pequeña tetera llena de agua caliente, y en el platillo hay una bolsita de Twinings English Breakfast. Vaya, se acuerda del té que me gusta.

—Tienes el pelo muy mojado —me regaña.

—No he encontrado el secador —susurro incómoda.

No lo he buscado.

Christian aprieta los labios, pero no dice nada.

—Gracias por la ropa.

—Es un placer, Anastasia. Este color te sienta muy bien.

Me ruborizo y me miro fijamente los dedos.

—¿Sabes? Deberías aprender a encajar los piropos —me dice en tono fustigador.

—Debería darte algo de dinero por la ropa.

Me mira como si estuviera ofendiéndolo. Sigo hablando.

—Ya me has regalado los libros, que no puedo aceptar, por supuesto. Pero la ropa... Por favor, déjame que te la pague —le digo intentando convencerlo con una sonrisa.

—Anastasia, puedo permitírmelo, créeme.

—No se trata de eso. ¿Por qué tendrías que comprarme esta ropa?

—Porque puedo.

Sus ojos despiden un destello malicioso.

—El hecho de que puedas no implica que debas —le respondo tranquilamente.

Me mira alzando una ceja, con ojos brillantes, y de repente me da la sensación de que estamos hablando de otra cosa, pero no sé de qué. Y eso me recuerda...

—¿Por qué me mandaste los libros, Christian? —le pregunto en tono suave.

Deja los cubiertos y me mira fijamente, con una insondable emoción ardiendo en sus ojos. Maldita sea... Se me seca la boca.

—Bueno, cuando casi te atropelló el ciclista... y yo te sujetaba entre mis brazos y me mirabas diciéndome: «Bésame, bésame, Christian»... —Se calla un instante y se encoge de hombros—. Bueno, creí que te debía una disculpa y una advertencia. —Se pasa una mano por el pelo—. Anastasia, no soy un hombre de flores y corazones. No me interesan las historias de amor. Mis gustos son muy peculiares. Deberías mantenerte alejada de mí. —Cierra los ojos, como si se negara a aceptarlo—. Pero hay algo en ti que me impide apartarme. Supongo que ya lo habías imaginado.

De repente ya no siento hambre. ¡No puede apartarse de mí!

—Pues no te apartes —susurro.

Se queda boquiabierto y con los ojos como platos.

—No sabes lo que dices.

—Pues explícamelo.

Nos miramos fijamente. Ninguno de los dos toca la comida.

—Entonces sí que vas con mujeres... —le digo.

Sus ojos brillan divertidos.

—Sí, Anastasia, voy con mujeres.

Hace una pausa para que asimile la información y de nuevo me ruborizo. Se ha vuelto a romper el filtro que separa mi cerebro de la boca. No puedo creerme que haya dicho algo así en voz alta.

—¿Qué planes tienes para los próximos días? —me pregunta en tono suave.

—Hoy trabajo, a partir del mediodía. ¿Qué hora es? —exclamo asustada.

—Poco más de las diez. Tienes tiempo de sobra. ¿Y mañana?

Ha colocado los codos sobre la mesa y apoya la barbilla en sus largos y finos dedos.

—Kate y yo vamos a empezar a empaquetar. Nos mudamos a Seattle el próximo fin de semana, y yo trabajo en Clayton's toda esta semana.

—¿Ya tenéis casa en Seattle?

—Sí.

—¿Dónde?

—No recuerdo la dirección. En el distrito de Pike Market.

—No está lejos de mi casa —dice sonriendo—. ¿Y en qué vas a trabajar en Seattle?

¿Dónde quiere ir a parar con todas estas preguntas? El santo inquisidor Christian Grey es casi tan pesado como la santa inquisidora Katherine Kavanagh.

—He mandado solicitudes a varios sitios para hacer prácticas. Aún tienen que responderme.

—¿Y a mi empresa, como te comenté?

Me ruborizo... Pues claro que no.

—Bueno... no.

—¿Qué tiene de malo mi empresa?

—¿Tu empresa o tu «compañía»? —le pregunto con una risa maliciosa.

—¿Está riéndose de mí, señorita Steele?

Ladea la cabeza y creo que parece divertido, pero es difícil saberlo. Me ruborizo y desvío la mirada hacia mi desayuno. No puedo mirarlo a los ojos cuando habla en ese tono.

—Me gustaría morder ese labio —susurra turbadoramente.

No soy consciente de que estoy mordiéndome el labio inferior. Tras un leve respingo, me quedo boquiabierta. Es lo más sexy que me han dicho nunca. El corazón me late a toda velocidad y creo que estoy jadeando. Dios mío, estoy temblando, totalmente perdida, y ni siquiera me ha tocado. Me remuevo en la silla y busco su impenetrable mirada.

—¿Por qué no lo haces? —le desafío en voz baja.

—Porque no voy a tocarte, Anastasia... no hasta que tenga tu consentimiento por escrito —me dice esbozando una ligera sonrisa.

¿Qué?

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho.

Suspira y mueve la cabeza, divertido pero también impaciente.

—Tengo que mostrártelo, Anastasia. ¿A qué hora sales del trabajo esta tarde?

—A las ocho.

—Bien, podríamos ir a cenar a mi casa de Seattle esta noche o el sábado que viene, y te lo explicaría. Tú decides.

—¿Por qué no puedes decírmelo ahora?

—Porque estoy disfrutando de mi desayuno y de tu compañía. Cuando lo sepas, seguramente no querrás volver a verme.

¿Qué significa todo esto? ¿Trafica con niños de algún recóndito rincón del mundo para prostituirlos? ¿Forma parte de alguna peligrosa banda criminal mafiosa?

Eso explicaría por qué es tan rico. ¿Es profundamente religioso? ¿Es impotente? Seguro que no... Podría demostrármelo ahora mismo. Me incomodo pensando en todas las posibilidades. Esto no me lleva a ninguna parte. Me gustaría resolver el enigma de Christian Grey cuanto antes. Si eso implica que su secreto es tan grave que no voy a querer volver a saber nada de él, entonces, la verdad, será todo un alivio. ¡No te engañes!, me grita mi subconsciente. Tendrá que ser algo muy malo para que salgas corriendo.

—Esta noche.

Levanta una ceja.

—Como Eva, quieres probar cuanto antes el fruto del árbol de la ciencia.

Suelta una risa maliciosa.

—¿Está riéndose de mí, señor Grey? —le pregunto en tono suave.

Pedante gilipollas.

Me mira entornando los ojos y saca su BlackBerry. Pulsa un número.

—Taylor, voy a necesitar el Charlie Tango.

¡Charlie Tango! ¿Quién es ese?

—Desde Portland a... digamos las ocho y media... No, se queda en el Escala... Toda la noche.

¡Toda la noche!

—Sí. Hasta mañana por la mañana. Pilotaré de Portland a Seattle.

¿Pilotará?

—Piloto disponible desde las diez y media.

Deja el teléfono en la mesa. Ni por favor, ni gracias.

—¿La gente siempre hace lo que les dices?

—Suelen hacerlo si no quieren perder su trabajo — me contesta inexpresivo.

—¿Y si no trabajan para ti?

—Bueno, puedo ser muy convincente, Anastasia. Deberías terminarte el desayuno. Luego te llevaré a casa. Pasaré a buscarte por Clayton's a las ocho, cuando salgas. Volaremos a Seattle.

Parpadeo.

—¿Volaremos?

—Sí. Tengo un helicóptero.

Lo miro boquiabierto. Segunda cita con el misterioso Christian Grey. De un café a un paseo en helicóptero. Uau.

—¿Iremos a Seattle en helicóptero?

—Sí.

—¿Por qué?

Sonríe perversamente.

—Porque puedo. Termínate el desayuno.

¿Cómo voy a comer ahora? Voy a ir a Seattle en helicóptero con Christian Grey. Y quiere morderme el labio... Me estremezco al pensarlo.

—Come —me dice bruscamente—. Anastasia, no soporto tirar la comida... Come.

—No puedo comerme todo esto —digo mirando lo que queda en la mesa.

—Cómete lo que hay en tu plato. Si ayer hubieras comido como es debido, no estarías aquí y yo no tendría que mostrar mis cartas tan pronto.

Aprieta los labios. Parece enfadado.

runzo el ceño y miro la comida que hay en mi plato, ya fría. Estoy demasiado nerviosa para comer, Christian. ¿No lo entiendes?, explica mi subconsciente. Pero

soy demasiado cobarde para decirlo en voz alta, sobre todo cuando parece tan hosco. Mmm... como un niño pequeño. La idea me parece divertida.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me pregunta.

Como no me atrevo a decírselo, no levanto los ojos del plato. Mientras me como el último trozo de tortita, alzo la mirada. Me observa con ojos escrutadores.

—Buena chica —me dice—. Te llevaré a casa en cuanto te hayas secado el pelo. No quiero que te pongas enferma.

Sus palabras tienen algo de promesa implícita. ¿Qué quiere decir? Me levanto de la mesa. Por un segundo me pregunto si debería pedirle permiso, pero descarto

la idea. Me parece que sentaría un precedente peligroso. Me dirijo a su habitación, pero una idea me detiene.

—¿Dónde has dormido?

Me giro para mirarlo. Está todavía sentado a la mesa del comedor. No veo mantas ni sábanas por la sala. Quizá las haya recogido ya.

—En mi cama —me responde, de nuevo con mirada impasible.

—Oh.

—Sí, para mí también ha sido toda una novedad —me dice sonriendo.

—Dormir con una mujer... sin sexo.

Sí, digo «sexo». Y me ruborizo, por supuesto.

—No —me contesta moviendo la cabeza y frunciendo el ceño, como si acabara de recordar algo desagradable—. Sencillamente dormir con una mujer.

Coge el periódico y sigue leyendo.

¿Qué narices significa eso? ¿Nunca ha dormido con una mujer? ¿Es virgen? Lo dudo, la verdad. Me quedo mirándolo sin terminar de creérmelo. Es la persona más enigmática que he conocido nunca. Caigo en la cuenta de que he dormido con Christian Grey y me daría cabezazos contra la pared. ¿Cuánto habría dado por estar consciente y verlo dormir? Verlo vulnerable. Me cuesta imaginarlo. Bueno, se supone que lo descubriré todo esta misma noche.

Ya en el dormitorio, busco en una cómoda y encuentro el secador. Me seco el pelo como puedo, dándole forma con los dedos. Cuando he terminado, voy al cuarto de baño. Quiero cepillarme los dientes. Veo el cepillo de Christian. Sería como metérmelo a él en la boca. Mmm... Miro rápidamente hacia la puerta, sintiéndome culpable, y toco las cerdas del cepillo. Están húmedas. Debe de haberlo utilizado ya. Lo cojo a toda prisa, extendiendo pasta de dientes y me los cepillo en un santiamén. Me siento como una chica mala. Resulta muy emocionante.

Recojo la camiseta, el sujetador y las bragas de ayer, los meto en la bolsa que me ha traído Taylor y vuelvo a la sala de estar a buscar el bolso y la chaqueta. Para mi gran alegría, llevo una goma de pelo en el bolso. Christian me observa con expresión impenetrable mientras me hago una coleta. Noto cómo sus ojos me

siguen mientras me siento a esperar que termine. Está hablando con alguien por su BlackBerry.

—¿Quieren dos?... ¿Cuánto van a costar?... Bien, ¿y qué medidas de seguridad tenemos allí?... ¿Irán por Suez?... ¿Ben Sudan es seguro?... ¿Y cuándo llegan a Darfur?... De acuerdo, adelante. Mantenme informado de cómo van las cosas.

Cuelga.

—¿Estás lista? —me pregunta.

Asiento. Me pregunto de qué iba la conversación. Se pone una americana azul marino de raya diplomática, coge las llaves del coche y se dirige a la puerta.

—Usted primero, señorita Steele —murmura abriéndome la puerta.

Tiene un aspecto elegante, aunque informal.

Me quedo mirándolo un segundo más de la cuenta. Y pensando que he dormido con él esta noche, y que, pese a los tequilas y las vomiteras, sigue aquí. No solo eso, sino que además quiere llevarme a Seattle. ¿Por qué a mí? No lo entiendo. Cruzo la puerta recordando sus palabras: «Hay algo en ti...». Bueno, el sentimiento es mutuo, señor Grey, y quiero descubrir cuál es tu secreto.

Recorremos el pasillo en silencio hasta el ascensor. Mientras esperamos, levanto un instante la cabeza hacia él, que está mirándome de reojo. Sonrío y él frunce los labios.

Llega el ascensor y entramos. Estamos solos. De pronto, por alguna inexplicable razón, probablemente por estar tan cerca en un lugar tan reducido, la atmósfera entre nosotros cambia y se carga de eléctrica y excitante anticipación. Se me acelera la respiración y el corazón

me late a toda prisa. Gira un poco la cara hacia mí con ojos totalmente impenetrables. Me muerdo el labio.

—A la mierda el papeleo —brama.

Se abalanza sobre mí y me empuja contra la pared del ascensor. Antes de que me dé cuenta, me sujeta las dos muñecas con una mano, me las levanta por encima de la cabeza y me inmoviliza contra la pared con las caderas. Madre mía. Con la otra mano me agarra del pelo, tira hacia abajo para levantarme la cara y pega sus labios a los míos. Casi me hace daño. Gimo, lo que le permite aprovechar la ocasión para meterme la lengua y recorrerme la boca con experta pericia. Nunca me han besado así. Mi lengua acaricia tímidamente la suya y se une a ella en una lenta y erótica danza de roces y sensaciones, de sacudidas y empujes. Levanta la mano y me agarra la mandíbula para que no mueva la cara. Estoy indefensa, con las manos unidas por encima de la cabeza, la cara sujeta y sus caderas inmovilizándome.

Siento su erección contra mi vientre. Dios mío... Me desea. Christian Grey, el dios griego, me desea, y yo lo deseo a él, aquí... ahora, en el ascensor.

—Eres... tan... dulce —murmura entrecortadamente.

El ascensor se detiene, se abre la puerta, y en un abrir y cerrar de ojos me suelta y se aparta de mí. Tres hombres trajeados nos miran y entran sonriéndose. Me late el corazón a toda prisa. Me siento como si hubiera subido corriendo por una gran pendiente. Quiero inclinarme y sujetarme las rodillas, pero sería demasiado obvio.

Lo miro. Parece absolutamente tranquilo, como si hubiera estado haciendo el crucigrama del Seattle Times. Qué injusto. ¿No le afecta lo más mínimo mi presencia?

Me mira de reojo y deja escapar un ligero suspiro. Vale, le afecta, y la pequeña diosa que llevo dentro menea las caderas y baila una samba para celebrar la victoria. Los hombres de negocios se bajan en la primera planta. Solo nos queda una.

—Te has lavado los dientes —me dice mirándome fijamente.

—He utilizado tu cepillo.

Sus labios esbozan una media sonrisa.

—Ay, Anastasia Steele, ¿qué voy a hacer contigo?

Las puertas se abren en la planta baja, me coge de la mano y tira de mí.

—¿Qué tendrán los ascensores? —murmura para sí mismo cruzando el vestíbulo a grandes zancadas.

Lucho por mantener su paso, porque todo mi raciocinio se ha quedado desparramado por el suelo y las paredes del ascensor número 3 del hotel Heathman.

Christian abre la puerta del copiloto del Audi 4 x 4 negro y subo. Menudo cochazo. No ha mencionado el arretrato pasional del ascensor. ¿Debería decir algo yo? ¿Deberíamos comentarlo o fingir que no ha pasado nada? Apenas parece real, mi primer beso con forcejeo. A medida que avanzan los minutos, le asigno un carácter mítico, como una leyenda del rey Arturo o de la Atlántida. No ha sucedido, nunca ha existido. Quizá me lo he imaginado. No. Me toco los labios, hinchados por el beso. Sin la menor duda ha sucedido. Soy otra mujer. Deseo a este hombre desesperadamente, y él me ha deseado a mí.

Lo miro. Christian está como siempre, correcto y ligeramente distante.

No entiendo nada.

Arranca el motor y abandona su plaza de parking. Enciende el equipo de música. El dulce y mágico sonido de dos mujeres cantando invade el coche. Uau... Mis sentidos están alborotados, así que me afecta el doble. Los escalofríos me recorren la columna vertebral. Christian conduce de forma tranquila y confiada hacia la Southwest Park Avenue.

—¿Qué es lo que suena?

—Es el «Dúo de las flores» de Delibes, de la ópera Lakmé. ¿Te gusta?

—Christian, es precioso.

—Sí, ¿verdad?

Sonríe y me lanza una rápida mirada. Y por un momento parece de su edad, joven, despreocupado y guapo hasta perder el sentido. ¿Es esta la clave para

acceder a él? ¿La música? Escucho las voces angelicales, sugerentes y seductoras.

—¿Puedes volver a ponerlo?

—Claro.

Christian pulsa un botón, y la música vuelve a acariciarme. Invade mis sentidos de forma lenta, suave y dulce.

—¿Te gusta la música clásica? —le pregunto intentando hacer una incursión en sus gustos personales.

—Mis gustos son eclécticos, Anastasia. De Thomas Tallis a los Kings of Leon. Depende de mi estado de ánimo. ¿Y los tuyos?

—Los míos también. Aunque no conozco a Thomas Tallis.

Se gira, me mira un instante y vuelve a fijar los ojos en la carretera.

—Algún día te tocaré algo de él. Es un compositor británico del siglo XVI. Música coral eclesiástica de la época de los Tudor. —Me sonrío—. Suena muy esotérico, lo sé, pero es mágica.

Pulsa un botón y empiezan a sonar los Kings of Leon. A estos los conozco. «Sex on Fire.» Muy oportuno. De pronto el sonido de un teléfono móvil interrumpe la música. Christian pulsa un botón del volante.

—Grey —contesta bruscamente.

—Señor Grey, soy Welch. Tengo la información que pidió.

Una voz áspera e incorpórea que llega por los altavoces.

—Bien. Mándemela por e-mail. ¿Algo más?

—Nada más, señor.

Pulsa el botón, la llamada se corta y vuelve a sonar la música. Ni adiós ni gracias. Me alegro mucho de no haberme planteado la posibilidad de trabajar para él.

Me estremezco solo de pensarlo. Es demasiado controlador y frío con sus empleados. El teléfono vuelve a interrumpir la música.

—Grey.

—Le han mandado por e-mail el acuerdo de confidencialidad, señor Grey.

Es una voz de mujer.

—Bien. Eso es todo, Andrea.

—Que tenga un buen día, señor.

Christian cuelga pulsando el botón del volante. La música apenas ha empezado a sonar cuando vuelve a sonar el teléfono. ¿En esto consiste su vida, en contestar una y otra vez al teléfono?

—Grey —dice bruscamente.

—Hola, Christian. ¿Has echado un polvo?

—Hola, Elliot... Estoy con el manos libres, y no voy solo en el coche.

Christian suspira.

—¿Quién va contigo?

Christian mueve la cabeza.

—Anastasia Steele.

—¡Hola, Ana!

¡Ana!

—Hola, Elliot.

—Me han hablado mucho de ti —murmura Elliot con voz ronca.

Christian frunce el ceño.

—No te creas una palabra de lo que te cuente Kate —dice Ana.

Elliot se ríe.

—Estoy llevando a Anastasia a su casa —dice Christian recalcando mi nombre completo—. ¿Quieres que te recoja?

—Claro.

—Hasta ahora.

Christian cuelga y vuelve a sonar la música.

—¿Por qué te empeñas en llamarme Anastasia?

—Porque es tu nombre.

—Prefiero Ana.

—¿De verdad?

Casi hemos llegado a mi casa. No hemos tardado mucho.

—Anastasia... —me dice pensativo.

Lo miro con mala cara, pero no me hace caso.

—Lo que ha pasado en el ascensor... no volverá a pasar. Bueno, a menos que sea premeditado —dice él.

Detiene el coche frente a mi casa. Me doy cuenta de pronto de que no me ha preguntado dónde vivo. Ya lo sabe. Claro que sabe dónde vivo, porque me envió los libros. ¿Cómo no iba a saberlo un acosador que sabe rastrear la localización de un móvil y que tiene un helicóptero?

¿Por qué no va a volver a besarme? Hago un gesto de disgusto al pensarlo. No lo entiendo. La verdad es que debería apellidarse Enigmático, no Grey. Sale del coche y lo rodea caminando con elegancia hasta mi puerta, que abre. Siempre es un perfecto caballero, excepto quizá en raros y preciosos momentos en los ascensores. Me ruborizo al recordar su boca pegada a la mía y se me pasa por la cabeza la idea de que yo no he podido tocarlo. Quería deslizar mis dedos por su pelo

alborotado, pero no podía mover las manos. Me siento, en retrospectiva, frustrada.

—A mí me ha gustado lo que ha pasado en el ascensor —murmuro saliendo del coche.

No estoy segura de si oigo un jadeo ahogado, pero decido hacer caso omiso y subo los escalones de la entrada.

Kate y Elliot están sentados a la mesa. Los libros de catorce mil dólares no siguen allí, afortunadamente. Tengo planes para ellos. Kate muestra una sonrisa ridícula y poco habitual en ella, y su melena despeinada le da un aire muy sexy. Christian me sigue hasta el comedor, y aunque Kate sonrío con cara de habérselo pasado en grande toda la noche, lo mira con desconfianza.

—Hola, Ana.

Se levanta para abrazarme y al momento se separa un poco y me mira de arriba abajo. Frunce el ceño y se gira hacia Christian.

—Buenos días, Christian —le dice en tono ligeramente hostil.

—Señorita Kavanagh —le contesta en su envarado tono formal.

—Christian, se llama Kate —refunfuña Elliot.

—Kate.

Christian asiente con educación y mira a Elliot, que se ríe y se levanta para abrazarme él también.

—Hola, Ana.

Sonríe y sus ojos azules brillan. Me cae bien al instante. Es obvio que no tiene nada que ver con Christian, pero, claro, son hermanos adoptivos.

—Hola, Elliot.

Le sonrío y me doy cuenta de que estoy mordiéndome el labio.

—Elliot, tenemos que irnos —dice Christian en tono suave.

—Claro.

Se gira hacia Kate, la abraza y le da un beso interminable.

Vaya... meteos en una habitación. Me miro los pies, incómoda. Levanto los ojos hacia Christian, que está mirándome fijamente. Le sostengo la mirada. ¿Por qué no me besas así? Elliot sigue besando a Kate, la empuja hacia atrás y la hace doblarse de forma tan teatral que el pelo casi le toca el suelo.

—Nos vemos luego, nena —le dice sonriente.

Kate se derrite. Nunca antes la había visto derritiéndose así. Me vienen a la cabeza las palabras «hermosa» y «complaciente». Kate, complaciente. Elliot debe de ser buenísimo. Christian resopla y me mira con expresión impenetrable, aunque quizá le divierte un poco la situación. Me coge un mechón de pelo que se me ha salido de la coleta y me lo coloca detrás de la oreja. Se me corta la respiración e inclino la cabeza hacia sus dedos. Sus ojos se suavizan y me pasa el pulgar por el labio inferior. La sangre me quema las venas. Y al instante retira la mano.

—Nos vemos luego, nena —murmura.

No puedo evitar reírme, porque la frase no va con él. Pero aunque sé que está burlándose, aquellas palabras se quedan clavadas dentro de mí.

—Pasaré a buscarte a las ocho.

Se da media vuelta, abre la puerta de la calle y sale al porche. Elliot lo sigue hasta el coche, pero se vuelve y

le lanza otro beso a Kate. Siento una inesperada punzada de celos.

—¿Por fin? —me pregunta Kate con evidente curiosidad mientras los observamos subir al coche y alejarse.

—No —contesto bruscamente, con la esperanza de que eso impida que siga preguntándome.

Entramos en casa.

—Pero es evidente que tú sí —le digo.

No puedo disimular la envidia. Kate siempre se las arregla para cazar hombres. Es irresistible, guapa, sexy, divertida, atrevida... Todo lo contrario que yo. Pero la sonrisa con la que me contesta es contagiosa.

—Y he quedado con él esta noche.

Aplaude y da saltitos como una niña pequeña. No puede reprimir su entusiasmo y su alegría, y yo no puedo evitar alegrarme por ella. Será interesante ver a Kate contenta.

—Esta noche Christian va a llevarme a Seattle.

—¿A Seattle?

—Sí.

—¿Y quizá allí...?

—Eso espero.

—Entonces te gusta, ¿no?

—Sí.

—¿Te gusta lo suficiente para...?

—Sí.

Alza las cejas.

—Uau. Por fin Ana Steele se enamora de un hombre, y es Christian Grey, el guapo y sexy multimillonario.

—Claro, claro, es solo por el dinero.

Sonrío hasta que al final nos da un ataque de risa a las dos.

—¿Esa blusa es nueva? —me pregunta.

Le cuento los poco excitantes detalles de mi noche.

—¿Te ha besado ya? —me pregunta mientras prepara un café.

Me ruborizo.

—Una vez.

—¡Una vez! —exclama.

Asiento bastante avergonzada.

—Es muy reservado.

Kate frunce el ceño.

—Qué raro.

—No creo que la palabra sea «raro», la verdad.

—Tenemos que asegurarnos de que esta noche estés irresistible —me dice muy decidida.

Oh, no... Ya veo que va a ser un tiempo perdido, humillante y doloroso.

—Tengo que estar en el trabajo dentro de una hora.

—Me bastará con ese ratito. Vamos.

Kate me coge de la mano y me lleva a su habitación.

Aunque en Clayton's tenemos trabajo, las horas pasan muy lentas. Como estamos en plena temporada de verano, tengo que pasar dos horas reponiendo las estanterías después de haber cerrado la tienda. Es un trabajo mecánico que me deja tiempo para pensar. La verdad es que en todo el día no he podido hacerlo.

Siguiendo los incansables y francamente fastidiosos consejos de Kate, me he depilado las piernas, las axilas y las cejas, así que tengo toda la piel irritada. Ha sido una experiencia muy desagradable, pero Kate me asegura que es lo que los hombres esperan en estas

circunstancias. ¿Qué más esperará Christian? Tengo que convencer a Kate de que quiero hacerlo. Por alguna extraña razón no se fía de él, quizá porque es tan estirado y formal. Afirma que no sabría decir por qué, pero le he prometido que le mandaría un mensaje en cuanto llegara a Seattle. No le he dicho nada del helicóptero para que no le diera un pasmo.

También está el tema de José. Tengo tres mensajes y siete llamadas perdidas tuyas en el móvil. También ha llamado a casa dos veces. Kate no ha querido concretarle dónde estaba, así que sabrá que está cubriéndome, porque Kate siempre es muy franca. Pero he decidido dejarle sufrir un poco. Todavía estoy enfadada con él.

Christian comentó algo sobre unos papeles, y no sé si estaba de broma o si voy a tener que firmar algo. Me desespera tener que andar conjeturando todo el tiempo. Y para colmo de desdichas, estoy muy nerviosa. Hoy es el gran día. ¿Estoy preparada por fin? La diosa que llevo dentro me observa golpeando impaciente el suelo con un pie. Hace años que está preparada, y está preparada para cualquier cosa con Christian Grey, aunque todavía no entiendo qué ve en mí... la timorata Ana Steele... No tiene sentido.

Es puntual, por supuesto, y cuando salgo de Clayton's está esperándome, apoyado en la parte de atrás del coche. Se incorpora para abrirme la puerta y me sonríe cordialmente.

—Buenas tardes, señorita Steele —me dice.

—Señor Grey.

Inclino la cabeza educadamente y entro en el asiento trasero del coche. Taylor está sentado al volante.

—Hola, Taylor —le digo.

—Buenas tardes, señorita Steele —me contesta en tono educado y profesional.

Christian entra por la otra puerta y me aprieta la mano suavemente. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —me pregunta.

—Interminable —le contesto con voz ronca, demasiado baja y llena de deseo.

—Sí, a mí también se me ha hecho muy largo.

—¿Qué has hecho? —logro preguntarle.

—He ido de excursión con Elliot.

Me golpea los nudillos con el pulgar una y otra vez. El corazón deja de latirme y mi respiración se acelera. ¿Cómo es posible que me afecte tanto? Solo está tocando una pequeña parte de mi cuerpo, y ya se me han disparado las hormonas.

El helipuerto está cerca, así que, antes de que me dé cuenta, ya hemos llegado. Me pregunto dónde estará el legendario helicóptero. Estamos en una zona de la ciudad llena de edificios, y hasta yo sé que los helicópteros necesitan espacio para despegar y aterrizar. Taylor aparca, sale y me abre la puerta. Al momento

Christian está a mi lado y vuelve a cogerme de la mano.

—¿Preparada? —me pregunta.

Asiento. Quisiera decirle: «Para todo», pero estoy demasiado nerviosa para articular palabra.

—Taylor.

Hace un gesto al chófer, entramos en el edificio y nos dirigimos hacia los ascensores. ¡Un ascensor! El recuerdo del beso de la mañana vuelve a obsesionarme.

No he pensado en otra cosa en todo el día. En Clayton's no podía quitármelo de la cabeza. El señor Clayton ha tenido que gritarme dos veces para que volviera a la Tierra. Decir que he estado distraída sería quedarse muy corto. Christian me mira con una ligera sonrisa en los labios. ¡Ajá! También él está pensando en lo mismo.

—Son solo tres plantas —me dice con ojos divertidos. Tiene telepatía, seguro. Es espeluznante.

Intento mantener el rostro impassible cuando entramos en el ascensor. Las puertas se cierran y ahí está la extraña atracción eléctrica, crepitando entre nosotros, apoderándose de mí. Cierro los ojos en un vano intento de pasarla por alto. Me aprieta la mano con fuerza, y cinco segundos después las puertas se abren en la terraza del edificio. Y ahí está, un helicóptero blanco con las palabras GREY ENTERPRISES HOLDINGS, INC. en color azul y el logotipo de la empresa a un lado. Seguro que esto es despilfarrar los recursos de la empresa.

Me lleva a un pequeño despacho en el que un hombre mayor está sentado a una mesa.

—Aquí tiene su plan de vuelo, señor Grey. Lo hemos revisado todo. Está listo, esperándole, señor. Puede despegar cuando quiera.

—Gracias, Joe —le contesta Christian con una cálida sonrisa.

Vaya, alguien que merece que Christian lo trate con educación. Quizá no trabaja para él. Observo al anciano asombrada.

—Vamos —me dice Christian.

Y nos dirigimos al helicóptero. De cerca es mucho más grande de lo que pensaba. Suponía que sería un modelo pequeño, para dos personas, pero tiene como mínimo siete asientos. Christian abre la puerta y me señala un asiento de los de delante.

—Siéntate. Y no toques nada —me ordena subiendo detrás de mí.

Cierra de un portazo. Me alegro de que toda la zona alrededor esté iluminada, porque de lo contrario apenas vería nada en la cabina. Me acomodo en el asiento que me ha indicado y él se inclina hacia mí para atarme el cinturón de seguridad. Es un arnés de cuatro bandas, todas ellas unidas en una hebilla central. Aprieta tanto las dos bandas superiores que apenas puedo moverme. Está pegado a mí, muy concentrado en lo que hace. Si pudiera inclinarme un poco hacia delante, hundiría la nariz entre su pelo. Huele a limpio, a fresco, a gloria, pero estoy firmemente atada al asiento y no puedo moverme. Levanta la mirada hacia mí y sonrío, como si le divirtiera esa broma que solo él entiende. Le brillan los ojos. Está tentadoramente cerca. Contengo la respiración mientras me aprieta una de las bandas superiores.

—Estás segura. No puedes escaparte —me susurra—. Respira, Anastasia —añade en tono dulce.

Se incorpora, me acaricia la mejilla y me pasa sus largos dedos por debajo de la mandíbula, que sujeta con el pulgar y el índice. Se inclina hacia delante y me da un rápido y casto beso. Me quedo impactada, revolviéndome por dentro ante el excitante e inesperado contacto de sus labios.

—Me gusta este arnés —me susurra.
¿Qué?

Se acomoda a mi lado, se ata a su asiento y empieza un largo protocolo de comprobar indicadores, mover palancas y pulsar botones del alucinante despliegue de esferas, luces y mandos. En varias esferas parpadean lucecitas, y todo el cuadro de mandos está iluminado.

—Ponte los cascos —me dice señalando unos auriculares frente a mí.

Me los pongo y el rotor empieza a girar. Es ensordecedor. Se pone también él los auriculares y sigue moviendo palancas.

—Estoy haciendo todas las comprobaciones previas al vuelo.

Oigo la incorpórea voz de Christian por los auriculares. Me giro y le sonrío.

—¿Sabes lo que haces? —le pregunto.

Se gira y me sonrío.

—He sido piloto cuatro años, Anastasia. Estás a salvo conmigo —me dice sonriéndome de oreja a oreja—. Bueno, mientras estemos volando —añade guiñándome un ojo.

¡Christian me ha guiñado un ojo!

—¿Lista?

Asiento con los ojos muy abiertos.

—De acuerdo, torre de control. Aeropuerto de Portland, aquí Charlie Tango Golf-Golf Echo Hotel, listo para despegar. Espero confirmación, cambio.

—Charlie Tango, adelante. Aquí aeropuerto de Portland, avance por uno-cuatro-mil, dirección cero-uno-cero, cambio.

—Recibido, torre, aquí Charlie Tango. Cambio y corto. En marcha —añade dirigiéndose a mí.

El helicóptero se eleva por los aires lenta y suavemente.

Portland desaparece ante nosotros mientras nos introducimos en el espacio aéreo, aunque mi estómago se queda anclado en Oregón. ¡Uau! Las luces van reduciéndose hasta convertirse en un ligero parpadeo a nuestros pies. Es como mirar al exterior desde una pecera. Una vez en lo alto, la verdad es que no se ve nada. Está todo muy oscuro. Ni siquiera la luna ilumina un poco nuestro trayecto. ¿Cómo puede ver por dónde vamos?

—Inquietante, ¿verdad? —me dice Christian por los auriculares.

—¿Cómo sabes que vas en la dirección correcta?

—Aquí —me contesta señalando con su largo dedo un indicador con una brújula electrónica—. Es un Eurocopter EC135. Uno de los más seguros. Está equipado para volar de noche. —Me mira y sonrío—. En mi edificio hay un helipuerto. Allí nos dirigimos.

Pues claro que en su edificio hay un helipuerto. Me siento totalmente fuera de lugar. Las luces del panel de control le iluminan ligeramente la cara. Está muy concentrado y no deja de controlar las diversas esferas situadas frente a él. Observo sus rasgos con todo detalle. Tiene un perfil muy bonito, la nariz recta y la mandíbula cuadrada. Me gustaría deslizar la lengua por su mandíbula. No se ha afeitado, y su barba de dos días hace la perspectiva doblemente tentadora. Mmm...

Me gustaría sentir su aspereza bajo mi lengua y mis dedos, contra mi cara.

—Cuando vuelas de noche, no ves nada. Tienes que confiar en los aparatos —dice interrumpiendo mi fantasía erótica.

—¿Cuánto durará el vuelo? —consigo decir, casi sin aliento.

No estaba pensando en sexo, para nada.

—Menos de una hora... Tenemos el viento a favor.

En Seattle en menos de una hora... No está nada mal. Claro, estamos volando.

Queda menos de una hora para que lo descubra todo. Siento todos los músculos de la barriga contraídos. Tengo un grave problema con las mariposas. Se me reproducen en el estómago. ¿Qué me tendrá preparado?

—¿Estás bien, Anastasia?

—Sí.

Le contesto con la máxima brevedad porque los nervios me oprimen.

Creo que sonrío, pero es difícil asegurarlo en la oscuridad. Christian acciona otro botón.

—Aeropuerto de Portland, aquí Charlie Tango, en uno-cuatro-mil, cambio.

Intercambia información con el control de tráfico aéreo. Me suena todo muy profesional. Creo que estamos pasando del espacio aéreo de Portland al del aeropuerto de Seattle.

—Entendido, Seattle, preparado, cambio y corto.

Señala un puntito de luz en la distancia y dice:

—Mira. Aquello es Seattle.

—¿Siempre impresionas así a las mujeres? ¿«Ven a dar una vuelta en mi helicóptero»? —le pregunto realmente interesada.

—Nunca he subido a una mujer al helicóptero, Anastasia. También esto es una novedad —me contesta en tono tranquilo, aunque serio.

Vaya, no me esperaba esta respuesta. ¿También una novedad? Ah, ¿se referirá a lo de dormir con una mujer?

—¿Estás impresionada?

—Me siento sobrecogida, Christian.

Sonríe.

—¿Sobrecogida?

Por un instante vuelve a tener su edad.

Asiento.

—Lo haces todo... tan bien.

—Gracias, señorita Steele —me dice educadamente.

Creo que le ha gustado mi comentario, pero no estoy segura.

Durante un rato atravesamos la oscura noche en silencio. El punto de luz de Seattle es cada vez mayor.

—Torre de Seattle a Charlie Tango. Plan de vuelo al Escala en orden. Adelante, por favor. Preparado. Cambio.

—Aquí Charlie Tango, entendido, Seattle. Preparado, cambio y corto.

—Está claro que te divierte —murmuro.

—¿El qué?

Me mira. A la tenue luz de los instrumentos parece burlón.

—Volar —le contesto.

—Exige control y concentración... ¿cómo no iba a encantarme? Aunque lo que más me gusta es planear.

—¿Planear?

—Sí. Vuelo sin motor, para que me entiendas. Planeadores y helicópteros. Piloto las dos cosas.

—Vaya.

Aficiones caras. Recuerdo que me lo dijo en la entrevista. A mí me gusta leer, y de vez en cuando voy al cine. Nada que ver.

—Charlie Tango, adelante, por favor, cambio.

La voz incorpórea del control de tráfico aéreo interrumpe mis fantasías. Christian contesta en tono seguro de sí mismo.

Seattle está cada vez más cerca. Ahora estamos a las afueras. ¡Uau! Es absolutamente impresionante. Seattle de noche, desde el cielo...

—Es bonito, ¿verdad? —me pregunta Christian en un murmullo.

Asiento entusiasmada. Parece de otro mundo, irreal, y siento como si estuviera en un estudio de cine gigante, quizá de la película favorita de José, Blade Runner.

El recuerdo de José intentando besarme me incomoda. Empiezo a sentirme un poco cruel por no haber contestado a sus llamadas. Seguro que puede esperar hasta mañana.

—Llegaremos en unos minutos —murmura Christian.

Y de repente siento que me zumban los oídos, que se me dispara el corazón y que la adrenalina me recorre el cuerpo. Empieza a hablar de nuevo con el control de tráfico aéreo, pero ya no lo escucho. Creo que voy a desmayarme. Mi destino está en sus manos.

Volamos entre edificios, y frente a nosotros veo un rascacielos con un helipuerto en la azotea. En ella está pintada en color azul la palabra ESCALA. Está cada vez más cerca, se va haciendo cada vez más grande... como mi ansiedad. Espero que no se dé cuenta. No quiero decepcionarlo. Ojalá hubiera hecho caso a Kate y me hubiera puesto uno de sus vestidos, pero me gustan mis

vaqueros negros, y llevo una camisa verde y una chaqueta negra de Kate. Voy bastante elegante. Me agarro al extremo de mi asiento cada vez con más fuerza. Tú puedes, tú puedes, me repito como un mantra mientras nos acercamos al rascacielos.

El helicóptero reduce la velocidad y se queda suspendido en el aire. Christian aterriza en la pista de la azotea del edificio. Tengo un nudo en el estómago. No sabría decir si son nervios por lo que va a suceder, o alivio por haber llegado vivos, o miedo a que la cosa no vaya bien. Apaga el motor, y el movimiento y el ruido del rotor van disminuyendo hasta que lo único que oigo es el sonido de mi respiración entrecortada. Christian se quita los auriculares y se inclina para quitarme los míos.

—Hemos llegado —me dice en voz baja.

Su mirada es intensa, la mitad en la oscuridad y la otra mitad iluminada por las luces blancas de aterrizaje. Una metáfora muy adecuada para Christian: el caballero oscuro y el caballero blanco. Parece tenso. Aprieta la mandíbula y entrecierra los ojos. Se desabrocha el cinturón de seguridad y se inclina para desabrocharme el mío. Su cara está a centímetros de la mía.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer. Lo sabes, ¿verdad?

Su tono es muy serio, incluso angustiado, y sus ojos, ardientes. Me pilla por sorpresa.

—Nunca haría nada que no quisiera hacer, Christian.

Y mientras lo digo, siento que no estoy del todo convencida, porque en estos momentos seguramente haría cualquier cosa por el hombre que está sentado a mi lado. Pero mis palabras funcionan y Christian se calma.

Me mira un instante con cautela y luego, pese a ser tan alto, se mueve con elegancia hasta la puerta del helicóptero y la abre. Salta, me espera y me coge de la mano para ayudarme a bajar a la pista. En la azotea del edificio hace mucho viento y me pone nerviosa el hecho de estar en un espacio abierto a unos treinta pisos de altura. Christian me pasa el brazo por la cintura y tira de mí.

—Vamos —me grita por encima del ruido del viento.

Me arrastra hasta un ascensor, teclea un número en un panel, y la puerta se abre. En el ascensor, completamente revestido de espejos, hace calor. Puedo ver a Christian hasta el infinito mire hacia donde mire, y lo bonito es que también me tiene cogida hasta el infinito. Teclea otro código, las puertas se cierran y el ascensor empieza a bajar.

Al momento estamos en un vestíbulo totalmente blanco. En medio hay una mesa redonda de madera oscura con un enorme ramo de flores blancas. Las paredes están llenas de cuadros. Abre una puerta doble, y el blanco se prolonga por un amplio pasillo que nos lleva hasta la entrada de una habitación inmensa. Es el salón principal, de techos altísimos. Calificarlo de «enorme» sería quedarse muy corto. La pared del fondo es de cristal y da a un balcón con magníficas vistas a la ciudad.

A la derecha hay un imponente sofá en forma de U en el que podrían sentarse cómodamente diez personas. Frente a él, una chimenea ultramoderna de acero inoxidable... o a saber, quizá sea de platino. El fuego encendido llamea suavemente. A la izquierda, junto a la entrada, está la zona de la cocina. Toda blanca, con la

encimera de madera oscura y una barra en la que pueden sentarse seis personas.

Junto a la zona de la cocina, frente a la pared de cristal, hay una mesa de comedor rodeada de dieciséis sillas. Y en el rincón hay un enorme piano negro y resplandeciente. Claro... seguramente también toca el piano. En todas las paredes hay cuadros de todo tipo y tamaño. En realidad, el apartamento parece más una galería que una vivienda.

—¿Me das la chaqueta? —me pregunta Christian.

Niego con la cabeza. He cogido frío en la pista del helicóptero.

—¿Quieres tomar una copa? —me pregunta.

Parpadeo. ¿Después de lo que pasó ayer? ¿Está de broma o qué? Por un segundo pienso en pedirle un margarita, pero no me atrevo.

—Yo tomaré una copa de vino blanco. ¿Quieres tú otra?

—Sí, gracias —murmuro.

Me siento incómoda en este enorme salón. Me acerco a la pared de cristal y me doy cuenta de que la parte inferior del panel se abre al balcón en forma de acordeón. Abajo se ve Seattle, iluminada y animada. Retrocedo hacia la zona de la cocina —tardo unos segundos, porque está muy lejos de la pared de cristal—, donde Christian está abriendo una botella de vino. Se ha quitado la chaqueta.

—¿Te parece bien un Pouilly Fumé?

—No tengo ni idea de vinos, Christian. Estoy segura de que será perfecto.

Hablo en voz baja y entrecortada. El corazón me late muy deprisa. Quiero salir corriendo. Esto es lujo de

verdad, de una riqueza exagerada, tipo Bill Gates. ¿Qué estoy haciendo aquí? Sabes muy bien lo que estás haciendo aquí, se burla mi subconsciente. Sí, quiero irme a la cama con Christian Grey.

—Toma —me dice tendiéndome una copa de vino.

Hasta las copas son lujosas, de cristal grueso y muy modernas. Doy un sorbo. El vino es ligero, fresco y delicioso.

—Estás muy callada y ni siquiera te has puesto roja. La verdad es que creo que nunca te había visto tan pálida, Anastasia —murmura—. ¿Tienes hambre?

Niego con la cabeza. No de comida.

—¿Qué casa tan grande.

—¿Grande?

—Grande.

—Es grande —admite con una mirada divertida.

Doy otro sorbo de vino.

—¿Sabes tocar? —le pregunto señalando el piano.

—Sí.

—¿Bien?

—Sí.

—Claro, cómo no. ¿Hay algo que no hagas bien?

—Sí... un par o tres de cosas.

Da un sorbo de vino sin quitarme los ojos de encima. Siento que su mirada me sigue cuando me giro y observo el inmenso salón. Pero no debería llamarlo «sala».

No es un salón, sino una declaración de principios.

—¿Quieres sentarte?

Asiento con la cabeza. Me coge de la mano y me lleva al gran sofá de color crema. Mientras me siento, me asalta la idea de que parezco Tess Durbeyfield

observando la nueva casa del notario Alec d'Urberville. La idea me hace sonreír.

—¿Qué te parece tan divertido?

Está sentado a mi lado, mirándome. Ha apoyado el codo derecho en el respaldo del sofá, con la mano bajo la barbilla.

—¿Por qué me regalaste precisamente Tess, la de los d'Urberville? —le pregunto.

Christian me mira fijamente un momento. Creo que le ha sorprendido mi pregunta.

—Bueno, me dijiste que te gustaba Thomas Hardy.

—¿Solo por eso?

Hasta yo soy consciente de que mi voz suena decepcionada. Aprieta los labios.

—Me pareció apropiado. Yo podría empujarte a algún ideal imposible, como Angel Clare, o corromperte del todo, como Alec d'Urberville —murmura.

Sus ojos brillan, impenetrables y peligrosos.

—Si solo hay dos posibilidades, elijo la corrupción —susurro mirándole.

Mi subconsciente me observa asombrada. Christian se queda boquiabierto.

—Anastasia, deja de morderte el labio, por favor. Me desconcentras. No sabes lo que dices.

—Por eso estoy aquí.

Frunce el ceño.

—Sí. ¿Me disculpas un momento?

Desaparece por una gran puerta al otro extremo del salón. A los dos minutos vuelve con unos papeles en las manos.

—Esto es un acuerdo de confidencialidad. —Se encoge de hombros y parece ligeramente incómodo—. Mi abogado ha insistido.

Me lo tiende. Estoy totalmente perpleja.

—Si eliges la segunda opción, la corrupción, tendrás que firmarlo.

—¿Y si no quiero firmar nada?

—Entonces te quedas con los ideales de Angel Clare, bueno, al menos en la mayor parte del libro.

—¿Qué implica este acuerdo?

—Implica que no puedes contar nada de lo que suceda entre nosotros. Nada a nadie.

Lo observo sin dar crédito. Mierda. Tiene que ser malo, malo de verdad, y ahora tengo mucha curiosidad por saber de qué se trata.

—De acuerdo, lo firmaré.

Me tiende un bolígrafo.

—¿Ni siquiera vas a leerlo?

—No.

Frunce el ceño.

—Anastasia, siempre deberías leer todo lo que firmas —me riñe.

—Christian, lo que no entiendes es que en ningún caso hablaría de nosotros con nadie. Ni siquiera con Kate. Así que lo mismo da si firmo un acuerdo o no. Si es tan importante para ti o para tu abogado... con el que es obvio que hablas de mí, de acuerdo. Lo firmaré.

Me observa fijamente y asiente muy serio.

—Buena puntualización, señorita Steele.

Firmo con gesto grandilocuente las dos copias y le devuelvo una. Doblo la otra, me la meto en el bolso y

doy un largo sorbo de vino. Parezco mucho más valiente de lo que en realidad me siento.

—¿Quiere decir eso que vas a hacerme el amor esta noche, Christian?

¡Maldita sea! ¿Acabo de decir eso? Abre ligeramente la boca, pero enseguida se recompone.

—No, Anastasia, no quiere decir eso. En primer lugar, yo no hago el amor. Yo follo... duro. En segundo lugar, tenemos mucho más papeleo que arreglar. Y en tercer lugar, todavía no sabes de lo que se trata. Todavía podrías salir corriendo. Ven, quiero mostrarte mi cuarto de juegos.

Me quedo boquiabierta. ¡Follo duro! Madre mía. Suena de lo más excitante. Pero ¿por qué vamos a ver un cuarto de juegos? Estoy perpleja.

—¿Quieres jugar con la Xbox? —le pregunto.

Se ríe a carcajadas.

—No, Anastasia, ni a la Xbox ni a la PlayStation. Ven.

Se levanta y me tiende la mano. Dejo que me lleve de nuevo al pasillo. A la derecha de la puerta doble por la que entramos hay otra puerta que da a una escalera.

Subimos al piso de arriba y giramos a la derecha. Se saca una llave del bolsillo, la gira en la cerradura de otra puerta y respira hondo.

—Puedes marcharte en cualquier momento. El helicóptero está listo para llevarte a donde quieras. Puedes pasar la noche aquí y marcharte mañana por la mañana.

Lo que decidas me parecerá bien.

—Abre la maldita puerta de una vez, Christian.

Abre la puerta y se aparta a un lado para que entre yo primero. Vuelvo a mirarlo. Quiero saber lo que hay ahí dentro. Respiro hondo y entro.

Y siento como si me hubiera transportado al siglo XVI, a la época de la Inquisición española.

Lo primero que noto es el olor: piel, madera y cera con un ligero aroma a limón. Es muy agradable, y la luz es tenue, sutil. En realidad no veo de dónde sale, de algún sitio junto a la cornisa, y emite un resplandor ambiental. Las paredes y el techo son de color burdeos oscuro, que da a la espaciosa habitación un efecto uterino, y el suelo es de madera barnizada muy vieja. En la pared, frente a la puerta, hay una gran X de madera, de caoba muy brillante, con esposas en los extremos para sujetarse. Por encima hay una gran rejilla de hierro suspendida del techo, como mínimo de dos metros cuadrados, de la que cuelgan todo tipo de cuerdas, cadenas y grilletes brillantes. Cerca de la puerta, dos grandes postes relucientes y ornamentados, como balaustres de una barandilla pero más grandes, cuelgan a lo largo de la pared como barras de cortina. De ellos pende una impresionante colección de palos, látigos, fustas y curiosos instrumentos con plumas.

Junto a la puerta hay un mueble de caoba maciza con cajones muy estrechos, como si estuvieran destinados a guardar muestras en un viejo museo. Por un instante me pregunto qué hay dentro. ¿Quiero saberlo? En la esquina del fondo veo un banco acolchado de piel de color granate, y pegado a la pared, un estante de madera que parece una taquera para palos de billar, pero que al observarlo con más atención descubro que contiene varas de diversos tamaños y grosores. En la esquina opuesta hay una sólida mesa de casi dos metros de largo —madera brillante con patas talladas—, y debajo, dos taburetes a juego.

Pero lo que domina la habitación es una cama. Es más grande que las de matrimonio, con dosel de cuatro postes tallado de estilo rococó. Parece de finales del siglo XIX. Debajo del dosel veo más cadenas y esposas relucientes. No hay ropa de cama... solo un colchón cubierto de piel roja, y varios cojines de satén rojo en un extremo.

A unos metros de los pies de la cama hay un gran sofá Chesterfield granate, plantificado en medio de la sala, frente a la cama. Extraña distribución... eso de poner un sofá frente a la cama. Y sonrío para mis adentros. Me parece raro el sofá, cuando en realidad es el mueble más normal de toda la habitación. Alzo los ojos y observo el techo. Está lleno de mosquetones, a intervalos irregulares. Me pregunto por un segundo para qué sirven. Es extraño, pero toda esa madera, las paredes oscuras, la tenue luz y la piel granate hacen que la habitación parezca dulce y romántica... Sé que es cualquier cosa menos eso. Es lo que Christian entiende por dulzura y romanticismo.

Me giro y está mirándome fijamente, como suponía, con expresión impenetrable. Avanzo por la habitación y me sigue. El artilugio de plumas me ha intrigado.

Me decido a tocarlo. Es de ante, como un pequeño gato de nueve colas, pero más grueso y con pequeñas bolas de plástico en los extremos.

—Es un látigo de tiras —dice Christian en voz baja y dulce.

Un látigo de tiras... Vaya. Creo que estoy en estado de shock. Mi subconsciente ha emigrado, o se ha quedado muda, o sencillamente se ha caído en redondo y se ha muerto. Estoy paralizada. Puedo observar y

asimilar, pero no articular lo que siento ante todo esto, porque estoy en estado de shock. ¿Cuál es la reacción adecuada cuando descubres que tu posible amante es un sádico o un masoquista total? Miedo... sí... esa parece ser la sensación principal. Ahora me doy cuenta.

Pero extrañamente no de él. No creo que me hiciera daño. Bueno, no sin mi consentimiento. Un sinfín de preguntas me nublan la mente. ¿Por qué? ¿Cómo?

¿Cuándo? ¿Con qué frecuencia? ¿Quién? Me acerco a la cama y paso las manos por uno de los postes. Es muy grueso, y el tallado es impresionante.

—Di algo —me pide Christian en tono engañosamente dulce.

—¿Se lo haces a gente o te lo hacen a ti?

Frunce la boca, no sé si divertido o aliviado.

—¿A gente? —Pestañea un par de veces, como si estuviera pensando qué contestarme—. Se lo hago a mujeres que quieren que se lo haga.

No lo entiendo.

—Si tienes voluntarias dispuestas a aceptarlo, ¿qué hago yo aquí?

—Porque quiero hacerlo contigo, lo deseo.

—Oh.

Me quedo boquiabierta. ¿Por qué?

Me dirijo a la otra esquina de la sala, paso la mano por el banco acolchado, alto hasta la cintura, y deslizo los dedos por la piel. Le gusta hacer daño a las mujeres.

La idea me deprime.

—¿Eres un sádico?

—Soy un Amo.

Sus ojos grises se vuelven abrasadores, intensos.

—¿Qué significa eso? —le pregunto en un susurro.

—Significa que quiero que te rindas a mí en todo voluntariamente.

Lo miro frunciendo el ceño, intentando asimilar la idea.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Por complacerme —murmura ladeando la cabeza.

Veo que esboza una sonrisa.

¡Complacerle! ¡Quiere que lo complazca! Creo que me quedo boquiabierta. Complacer a Christian Grey. Y en ese momento me doy cuenta de que sí, de que es exactamente lo que quiero hacer. Quiero que disfrute conmigo. Es una revelación.

—Digamos, en términos muy simples, que quiero que quieras complacerme —me dice en voz baja, hipnótica.

—¿Cómo tengo que hacerlo?

Siento la boca seca. Ojalá tuviera más vino. De acuerdo, entiendo lo de complacerle, pero el gabinete de tortura isabelino me ha dejado desconcertada. ¿Quiero saber la respuesta?

—Tengo normas, y quiero que las acates. Son normas que a ti te benefician y a mí me proporcionan placer. Si cumples esas normas para complacerme, te recompensaré. Si no, te castigaré para que aprendas —susurra.

Mientras me habla, miro el estante de las varas.

—¿Y en qué momento entra en juego todo esto? —le pregunto señalando con la mano alrededor del cuarto.

—Es parte del paquete de incentivos. Tanto de la recompensa como del castigo.

—Entonces disfrutarás ejerciendo tu voluntad sobre mí.

—Se trata de ganarme tu confianza y tu respeto para que me permitas ejercer mi voluntad sobre ti. Obtendré un gran placer, incluso una gran alegría, si te sometes. Cuanto más te sometas, mayor será mi alegría. La ecuación es muy sencilla.

—De acuerdo, ¿y qué saco yo de todo esto?

Se encoge de hombros y parece hacer un gesto de disculpa.

—A mí —se limita a contestarme.

Dios mío... Christian me observa pasándose la mano por el pelo.

—Anastasia, no hay manera de saber lo que piensas —murmura nervioso—. Volvamos abajo, así podré concentrarme mejor. Me desconcentro mucho contigo aquí.

Me tiende una mano, pero ahora no sé si cogerla.

Kate me había dicho que era peligroso, y tenía mucha razón. ¿Cómo lo sabía? Es peligroso para mi salud, porque sé que voy a decir que sí. Y una parte de mí no quiere. Una parte de mí quiere gritar y salir corriendo de este cuarto y de todo lo que representa. Me siento muy desorientada.

—No voy a hacerte daño, Anastasia.

Sé que no me miente. Le cojo de la mano y salgo con él del cuarto.

—Quiero mostrarte algo, por si aceptas.

En lugar de bajar las escaleras, gira a la derecha del cuarto de juegos, como él lo llama, y avanza por un pasillo. Pasamos junto a varias puertas hasta que llegamos a la última. Al otro lado hay un dormitorio con una cama de matrimonio. Todo es blanco... todo: los muebles, las paredes, la ropa de cama. Es aséptica y

fría, pero con una vista preciosa de Seattle desde la pared de cristal.

—Esta será tu habitación. Puedes decorarla a tu gusto y tener aquí lo que quieras.

—¿Mi habitación? ¿Esperas que me venga a vivir aquí? —le pregunto sin poder disimular mi tono horrorizado.

—A vivir no. Solo, digamos, del viernes por la noche al domingo. Tenemos que hablar del tema y negociarlo. Si aceptas —añade en voz baja y dubitativa.

—¿Dormiré aquí?

—Sí.

—No contigo.

—No. Ya te lo dije. Yo no duermo con nadie. Solo contigo cuando te has emborrachado hasta perder el sentido —me dice en tono de reprimenda.

Aprieto los labios. Hay algo que no me encaja. El amable y cuidadoso Christian, que me rescata cuando estoy borracha y me sujeta amablemente mientras vomito en las azaleas, y el monstruo que tiene un cuarto especial lleno de látigos y cadenas.

—¿Dónde duermes tú?

—Mi habitación está abajo. Vamos, debes de tener hambre.

—Es raro, pero creo que se me ha quitado el hambre —murmuro de mala gana.

—Tienes que comer, Anastasia —me regaña.

Me coge de la mano y volvemos al piso de abajo.

De vuelta en el salón increíblemente grande, me siento muy inquieta. Estoy al borde de un precipicio y tengo que decidir si quiero saltar o no.

—Soy totalmente consciente de que estoy llevándote por un camino oscuro, Anastasia, y por eso quiero de verdad que te lo pienses bien. Seguro que tienes cosas que preguntarme —me dice soltándome la mano y dirigiéndose con paso tranquilo a la cocina.

Tengo cosas que preguntarle. Pero ¿por dónde empiezo?

—Has firmado el acuerdo de confidencialidad, así que puedes preguntarme lo que quieras y te contestaré.

Estoy junto a la barra de la cocina y observo cómo abre el frigorífico y saca un plato de quesos con dos enormes racimos de uvas blancas y rojas. Deja el plato en la encimera y empieza a cortar una baguette.

—Siéntate —me dice señalando un taburete junto a la barra.

Obedezco su orden. Si voy a aceptarlo, tendré que acostumbrarme. Me doy cuenta de que se ha mostrado dominante desde que lo conocí.

—Has hablado de papeleo.

—Sí.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, aparte del acuerdo de confidencialidad, a un contrato que especifique lo que haremos y lo que no haremos. Tengo que saber cuáles son tus límites, y tú tienes que saber cuáles son los míos. Se trata de un consenso, Anastasia.

—¿Y si no quiero?

—Perfecto —me contesta prudentemente.

—Pero ¿no tendremos la más mínima relación? —le pregunto.

—No.

—¿Por qué?

—Es el único tipo de relación que me interesa.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Soy así.

—¿Y cómo llegaste a ser así?

—¿Por qué cada uno es como es? Es muy difícil saberlo. ¿Por qué a unos les gusta el queso y otros lo odian? ¿Te gusta el queso? La señora Jones, mi ama de llaves, ha dejado queso para la cena.

Saca dos grandes platos blancos de un armario y coloca uno delante de mí.

Y ahora nos ponemos a hablar del queso... Maldita sea...

—¿Qué normas tengo que cumplir?

—Las tengo por escrito. Las veremos después de cenar.

Comida... ¿Cómo voy a comer ahora?

—De verdad que no tengo hambre —susurro.

—Vas a comer —se limita a responderme.

El dominante Christian. Ahora está todo claro.

—¿Quieres otra copa de vino?

—Sí, por favor.

Me sirve otra copa y se sienta a mi lado. Doy un rápido sorbo.

—Te sentará bien comer, Anastasia.

Cojo un pequeño racimo de uvas. Con esto sí que puedo. Él entorna los ojos.

—¿Hace mucho que estás metido en esto? —le pregunto.

—Sí.

—¿Es fácil encontrar a mujeres que lo acepten?

Me mira y alza una ceja.

—Te sorprenderías —me contesta fríamente.

—Entonces, ¿por qué yo? De verdad que no lo entiendo.

—Anastasia, ya te lo he dicho. Tienes algo. No puedo apartarme de ti. —Sonríe irónicamente—. Soy como una polilla atraída por la luz. —Su voz se enturbia—. Te deseo con locura, especialmente ahora, cuando vuelves a morderte el labio.

Respira hondo y traga saliva.

El estómago me da vueltas. Me desea... de una manera rara, es cierto, pero este hombre guapo, extraño y pervertido me desea.

—Creo que le has dado la vuelta a ese cliché —refunfuño.

Yo soy la polilla y él es la luz, y voy a quemarme. Lo sé.

—¡Come!

—No. Todavía no he firmado nada, así que creo que haré lo que yo decida un rato más, si no te parece mal.

Sus ojos se dulcifican y sus labios esbozan una sonrisa.

—Como quiera, señorita Steele.

—¿Cuántas mujeres? —pregunto de sopetón, pero siento mucha curiosidad.

—Quince.

Vaya, menos de las que pensaba.

—¿Durante largos periodos de tiempo?

—Algunas sí.

—¿Alguna vez has hecho daño a alguna?

—Sí.

¡Maldita sea!

—¿Grave?

—No.

—¿Me harás daño a mí?

—¿Qué quieres decir?

—Si vas a hacerme daño físicamente.

—Te castigaré cuando sea necesario, y será doloroso. Creo que estoy mareándome. Tomo otro sorbo de vino. El alcohol me dará valor.

—¿Alguna vez te han pegado? —le pregunto.

—Sí.

Vaya, me sorprende. Antes de que haya podido preguntarle por esta última revelación, interrumpe el curso de mis pensamientos.

—Vamos a hablar a mi estudio. Quiero mostrarte algo.

Me cuesta mucho procesar todo esto. He sido tan inocente que pensaba que pasaría una noche de pasión desenfrenada en la cama de este hombre, y aquí estamos, negociando un extraño acuerdo.

Lo sigo hasta su estudio, una amplia habitación con otro ventanal desde el techo hasta el suelo que da al balcón. Se sienta a la mesa, me indica con un gesto que tome asiento en una silla de cuero frente a él y me tiende una hoja de papel.

—Estas son las normas. Podemos cambiarlas. Forman parte del contrato, que también te daré. Léelas y las comentamos.

NORMAS

Obediencia:

La Sumisa obedecerá inmediatamente todas las instrucciones del Amo, sin dudar, sin reservas y de forma expeditiva. La Sumisa aceptará toda actividad sexual que el Amo considere oportuna y placentera, excepto las

actividades contempladas en los límites infranqueables (Apéndice 2). Lo hará con entusiasmo y sin dudar.

Sueño:

La Sumisa garantizará que duerme como mínimo siete horas diarias cuando no esté con el Amo.

Comida:

Para cuidar su salud y su bienestar, la Sumisa comerá frecuentemente los alimentos incluidos en una lista (Apéndice 4). La Sumisa no comerá entre horas, a excepción de fruta.

Ropa:

Durante la vigencia del contrato, la Sumisa solo llevará ropa que el Amo haya aprobado. El Amo ofrecerá a la Sumisa un presupuesto para ropa, que la Sumisa debe utilizar. El Amo acompañará a la Sumisa a comprar ropa cuando sea necesario. Si el Amo así lo exige, mientras el contrato esté vigente, la Sumisa se pondrá los adornos que le exija el Amo, en su presencia o en cualquier otro momento que el Amo considere oportuno.

Ejercicio:

El Amo proporcionará a la Sumisa un entrenador personal cuatro veces por semana, en sesiones de una hora, a horas convenidas por el entrenador personal y la Sumisa. El entrenador personal informará al Amo de los avances de la Sumisa.

Higiene personal y belleza:

La Sumisa estará limpia y depilada en todo momento. La Sumisa irá a un salón de belleza elegido por el Amo cuando este lo decida y se someterá a cualquier tratamiento que el Amo considere oportuno.

Seguridad personal:

La Sumisa no beberá en exceso, ni fumará, ni tomará sustancias psicotrópicas, ni correrá riesgos innecesarios.

Cualidades personales:

La Sumisa solo mantendrá relaciones sexuales con el Amo. La Sumisa se comportará en todo momento con respeto y humildad. Debe comprender que su conducta influye directamente en la del Amo. Será responsable de cualquier fechoría, maldad y mala conducta que lleve a cabo cuando el Amo no esté presente.

El incumplimiento de cualquiera de las normas anteriores será inmediatamente castigado, y el Amo determinará la naturaleza del castigo.

Madre mía.

—¿Límites infranqueables? —le pregunto.

—Sí. Lo que no harás tú y lo que no haré yo. Tenemos que especificarlo en nuestro acuerdo.

—No estoy segura de que vaya a aceptar dinero para ropa. No me parece bien.

Me muevo incómoda. La palabra «puta» me resuena en la cabeza.

—Quiero gastar dinero en ti. Déjame comprarte ropa. Quizá necesite que me acompañes a algún acto, y quiero que vayas bien vestida. Estoy seguro de que con tu sueldo, cuando encuentres trabajo, no podrás costearte la ropa que me gustaría que llevaras.

—¿No tendré que llevarla cuando no esté contigo?

—No.

—De acuerdo.

Hazte a la idea de que será como un uniforme.

—No quiero hacer ejercicio cuatro veces por semana.

—Anastasia, necesito que estés ágil, fuerte y resistente. Confía en mí. Tienes que hacer ejercicio.

—Pero seguro que no cuatro veces por semana. ¿Qué te parece tres?

—Quiero que sean cuatro.

—Creía que esto era una negociación.

Frunce los labios.

—De acuerdo, señorita Steele, vuelve a tener razón. ¿Qué te parece una hora tres días por semana, y media hora otro día?

—Tres días, tres horas. Me da la impresión de que te ocuparás de que haga ejercicio cuando esté aquí.

Sonríe perversamente y le brillan los ojos, como si se sintiera aliviado.

—Sí, lo haré. De acuerdo. ¿Estás segura de que no quieres hacer las prácticas en mi empresa? Eres buena negociando.

—No, no creo que sea buena idea.

Observo la hoja con sus normas. ¡Depilarme! ¿Depilarme el qué? ¿Todo? ¡Uf!

—Pasemos a los límites. Estos son los míos —me dice tendiéndome otra hoja de papel.

LÍMITES INFRANQUEABLES

Actos con fuego.

Actos con orina, defecación y excrementos.

Actos con agujas, cuchillos, perforaciones y sangre.

Actos con instrumental médico ginecológico.

Actos con niños y animales.

Actos que dejen marcas permanentes en la piel.

Actos relativos al control de la respiración.

Actividad que implique contacto directo con corriente eléctrica (tanto alterna como continua), fuego o llamas en el cuerpo.

Uf. ¡Tiene que escribirlos! Por supuesto... todos estos límites parecen sensatos y necesarios, la verdad... Seguramente cualquier persona en su sano juicio no querría meterse en este tipo de cosas. Pero se me ha revuelto el estómago.

—¿Quieres añadir algo? —me pregunta amablemente.

Mierda. No tengo ni idea. Estoy totalmente perpleja. Me mira y arruga la frente.

—¿Hay algo que no quieras hacer?

—No lo sé.

—¿Qué es eso de que no lo sabes?

Me remuevo incómoda y me muerdo el labio.

—Nunca he hecho cosas así.

—Bueno, ¿ha habido algo que no te ha gustado hacer en el sexo?

Por primera vez en lo que parecen siglos, me ruborizo.

—Puedes decírmelo, Anastasia. Si no somos sinceros, no va a funcionar.

Vuelvo a removerme incómoda y me contemplo los dedos nudosos.

—Dímelo —me pide.

—Bueno... Nunca me he acostado con nadie, así que no lo sé —le digo en voz baja.

Levanto los ojos hacia él, que me mira boquiabierto, paralizado y pálido, muy pálido.

—¿Nunca? —susurra.

Asiento.

—¿Eres virgen?

Asiento con la cabeza y vuelvo a ruborizarme. Cierra los ojos y parece estar contando hasta diez. Cuando los abre, me mira enfadado.

—¿Por qué cojones no me lo habías dicho? —gruñe.

Christian recorre su estudio de un lado a otro pasándose las manos por el pelo. Las dos manos... lo que quiere decir que está doblemente enfadado. Su férreo control habitual parece haberse resquebrajado.

—No entiendo por qué no me lo has dicho —me riñe.

—No ha salido el tema. No tengo por costumbre ir contando por ahí mi vida sexual. Además... apenas nos conocemos.

Me contemplo las manos. ¿Por qué me siento culpable? ¿Por qué está tan rabioso? Lo miro.

—Bueno, ahora sabes mucho más de mí —me dice bruscamente. Y aprieta los labios—. Sabía que no tenías mucha experiencia, pero... ¡virgen! —Lo dice como si fuera un insulto—. Mierda, Ana, acabo de mostrarte... —se queja—. Que Dios me perdone. ¿Te han besado alguna vez, sin contarme a mí?

—Pues claro —le contesto intentando parecer ofendida.

Vale... quizá un par de veces.

—¿Y no has perdido la cabeza por ningún chico guapo? De verdad que no lo entiendo. Tienes veintiún años, casi veintidós. Eres guapa.

Vuelve a pasarse la mano por el pelo.

Guapa. Me ruborizo de alegría. Christian Grey me considera guapa. Entrelazo los dedos y los miro fijamente intentando disimular mi estúpida sonrisa. Quizá es miope. Mi adormecida subconsciente asoma la cabeza. ¿Dónde estaba cuando la necesitaba?

—¿Y de verdad estás hablando de lo que quiero hacer cuando no tienes experiencia? —Junta las cejas—. ¿Por qué has eludido el sexo? Cuéntamelo, por favor.

Me encojo de hombros.

—Nadie me ha... en fin...

Nadie me ha hecho sentir así, solo tú. Y resulta que tú eres una especie de monstruo.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —le susurro.

—No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado conmigo mismo. Había dado por sentado... —Suspira, me mira detenidamente y mueve la cabeza—. ¿Quieres marcharte? —me pregunta en tono dulce.

—No, a menos que tú quieras que me marche —murmuro.

No, por favor... No quiero marcharme.

—Claro que no. Me gusta tenerte aquí —me dice frunciendo el ceño, y echa un vistazo al reloj—. Es tarde. —Y vuelve a levantar los ojos hacia mí—. Estás mordiéndote el labio —me dice con voz ronca y mirándome pensativo.

—Perdona.

—No te disculpes. Es solo que yo también quiero morderlo... fuerte.

Me quedo boquiabierta... ¿Cómo puede decirme esas cosas y pretender que no me afecten?

—Ven —murmura.

—¿Qué?

—Vamos a arreglar la situación ahora mismo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué situación?

—Tu situación, Ana. Voy a hacerte el amor, ahora.

—Oh.

Siento que el suelo se mueve. Soy una situación. Contengo la respiración.

—Si quieres, claro. No quiero tentar a la suerte.

—Creía que no hacías el amor. Creía que tú solo follabas duro.

Trago saliva. De pronto se me ha secado la boca.

Me lanza una sonrisa perversa que me recorre el cuerpo hasta llegar a...

—Puedo hacer una excepción, o quizá combinar las dos cosas. Ya veremos. De verdad quiero hacerte el amor. Ven a la cama conmigo, por favor. Quiero que nuestro acuerdo funcione, pero tienes que hacerte una idea de dónde estás metiéndote. Podemos empezar tu entrenamiento esta noche... con lo básico. No quiere decir que venga con flores y corazones. Es un medio para llegar a un fin, pero quiero ese fin y espero que tú lo quieras también —me dice con mirada intensa.

Me ruborizo... Madre mía... Mis deseos se hacen realidad.

—Pero no he hecho todo lo que pides en tu lista de normas —le digo con voz entrecortada e insegura.

—Olvídate de las normas. Olvídate de todos esos detalles por esta noche. Te deseo. Te he deseado desde que te caíste en mi despacho, y sé que tú también me deseas. No estarías aquí charlando tranquilamente sobre castigos y límites infranqueables si no me desearas. Ana, por favor, quédate conmigo esta noche.

Me tiende la mano con ojos brillantes, ardientes... excitados, y la cojo. Tira de mí hasta rodearme entre sus brazos. El movimiento me pilla por sorpresa y de pronto siento todo su cuerpo pegado al mío. Me recorre la nuca con los dedos, enrolla mi coleta entorno a la muñeca y

tira suavemente para obligarme a levantar la cara. Está mirándome.

—Eres una chica muy valiente —me susurra—. Me tienes fascinado.

Sus palabras son como un artilugio incendiario. Me arde la sangre. Se inclina, me besa suavemente y me chupa el labio inferior.

—Quiero morder este labio —murmura sin despegarse de mi boca.

Y tira de él con los dientes cuidadosamente. Gimo y sonrío.

—Por favor, Ana, déjame hacerte el amor.

—Sí —susurro.

Para eso estoy aquí. Veo su sonrisa triunfante cuando me suelta, me coge de la mano y me conduce a través de la casa.

Su dormitorio es grande. Desde los ventanales se ven los iluminados rascacielos de Seattle. Las paredes son blancas, y los accesorios, azul claro. La enorme cama es ultramoderna, de madera maciza de color gris, con cuatro postes pero sin dosel. En la pared de la cabecera hay un impresionante paisaje marino.

Estoy temblando como una hoja. Ya está. Por fin, después de tanto tiempo, voy a hacerlo, y nada menos que con Christian Grey. Respiro entrecortadamente y no puedo apartar los ojos de él. Se quita el reloj y lo deja encima de una cómoda a juego con la cama. Luego se quita la americana y la deja en una silla. Lleva la camisa blanca de lino y unos vaqueros. Es guapo hasta perder el sentido. Su pelo cobrizo está alborotado y le cuelga la camisa... Sus ojos grises son audaces y brillantes. Se quita las Converse y se inclina para quitarse también los

calcetines. Los pies de Christian Grey... Uau... ¿Qué tendrán los pies descalzos? Se gira y me mira con expresión dulce.

—Supongo que no tomas la píldora.

¿Qué? Mierda.

—Me temo que no.

Abre el primer cajón y saca una caja de condones. Me mira fijamente.

—Tienes que estar preparada —murmura—. ¿Quieres que cierre las persianas?

—No me importa —susurro—. Creía que no permitías a nadie dormir en tu cama.

—¿Quién ha dicho que vamos a dormir? —murmura.

—Oh.

Madre mía.

Se acerca a mí despacio. Está muy seguro de sí mismo, muy sexy, y le brillan los ojos. El corazón se me dispara y la sangre me bombea por todo el cuerpo. El deseo, un deseo caliente e intenso, me invade el vientre. Se detiene frente a mí y me mira a los ojos. Oh, es tan sexy...

—Vamos a quitarte la chaqueta, si te parece —me dice en voz baja.

Agarra las solapas y muy suavemente me desliza la chaqueta por los hombros y la deja en la silla.

—¿Tienes idea de lo mucho que te deseo, Ana Steele? —me susurra.

Se me corta la respiración. No puedo apartar mis ojos de los suyos. Alza una mano y me pasa suavemente los dedos por la mejilla hasta el mentón.

—¿Tienes idea de lo que voy a hacerte? —añade acariciándome la barbilla.

Los músculos de mi parte más profunda y oscura se tensan con infinito placer. El dolor es tan dulce y tan agudo que quiero cerrar los ojos, pero los suyos, que me miran ardientes, me hipnotizan. Se inclina y me besa. Sus labios exigentes, firmes y lentos se acoplan a los míos. Empieza a desabrocharme la blusa besándome ligeramente la mandíbula, la barbilla y las comisuras de la boca. Me la quita muy despacio y la deja caer al suelo. Se aparta un poco y me observa. Por suerte, llevo el sujetador azul cielo de encaje, que me queda estupendo.

—Ana... —me dice—. Tienes una piel preciosa, blanca y perfecta. Quiero besártela centímetro a centímetro.

Me ruborizo. Madre mía... ¿Por qué me dijo que no podía hacer el amor? Haré lo que me pida. Me agarra de la coleta, la deshace y jadea cuando la melena me cae en cascada sobre los hombros.

—Me gustan las morenas —murmura.

Mete las dos manos entre mis cabellos y me sujeta la cabeza. Su beso es exigente, su lengua y sus labios, persuasivos. Gimo y mi lengua indecisa se encuentra con la suya. Me rodea con sus brazos, me acerca su cuerpo y me aprieta muy fuerte. Una mano sigue en mi pelo, y la otra me recorre la columna hasta la cintura y sigue avanzando, sigue la curva de mi trasero y me empuja suavemente contra sus caderas. Siento su erección, que empuja lánguidamente contra mi cuerpo.

Vuelvo a gemir sin apartar los labios de su boca. Apenas puedo resistir las desenfrenadas sensaciones —¿o son hormonas?— que me devastan el cuerpo. Lo deseo con locura. Lo cojo por los brazos y siento sus bíceps. Es sorprendentemente fuerte... musculoso. Con gesto indeciso, subo las manos hasta su cara y su pelo

alborotado, que es muy suave. Tiro suavemente de él, y Christian gime. Me conduce despacio hacia la cama, hasta que la siento detrás de las rodillas. Creo que va a empujarme, pero no lo hace. Me suelta y de pronto se arrodilla. Me sujeta las caderas con las dos manos y desliza la lengua por mi ombligo, avanza hasta la cadera mordisqueándome y después me recorre la barriga en dirección a la otra cadera.

—Ah —gimo.

No esperaba verlo de rodillas frente a mí y sentir su lengua recorriendo mi cuerpo. Es excitante. Apoyo las manos en su pelo y tiro suavemente intentando calmar mi acelerada respiración. Levanta la cara y sus ardientes ojos grises me miran a través de las pestañas, increíblemente largas. Sube las manos, me desabrocha el botón de los vaqueros y me baja lentamente la cremallera. Sin apartar sus ojos de los míos, introduce muy despacio las manos en mi pantalón, las pega a mi cuerpo, las desliza hasta el trasero y avanza hasta los muslos arrastrando con ellas los vaqueros. No puedo dejar de mirarlo. Se detiene y, sin apartar los ojos de mí ni un segundo, se lame los labios. Se inclina hacia delante y pasa la nariz por el vértice en el que se unen mis muslos. Lo siento junto a mi sexo.

—Hueles muy bien —murmura.

Cierra los ojos, con expresión de puro placer, y siento como una sacudida. Extiende un brazo, tira del edredón, me empuja suavemente y caigo sobre la cama.

Todavía de rodillas, me coge un pie, me desabrocha la Converse y me la quita, junto con el calcetín. Me apoyo en los codos y me incorporo para ver lo que hace.

Jadeo, muerta de deseo. Me agarra el pie por el talón y me recorre el empeine con la uña del pulgar. Es casi doloroso, pero siento que el recorrido se proyecta sobre mi ingle. Gimo. Sin apartar los ojos de mí, vuelve a recorrerme el empeine, esta vez con la lengua, y después con los dientes. Mierda. ¿Cómo puedo sentirlo entre las piernas? Caigo sobre la cama gimiendo. Oigo su risa ahogada.

—Ana, no te imaginas lo que podría hacer contigo — me susurra.

Me quita la otra zapatilla y el calcetín, y después se levanta y me quita los vaqueros. Estoy tumbada en su cama, en bragas y sujetador, y él me mira detenidamente.

—Eres muy hermosa, Anastasia Steele. Me muero por estar dentro de ti.

¡Vaya manera de hablar! Es todo un seductor. Me corta la respiración.

—Muéstrame cómo te das placer.

¿Qué? Frunzo el ceño.

—No seas tímida, Ana. Muéstramelo — me susurra.

Muevo la cabeza.

—No entiendo lo que quieres decir — le contesto con voz ronca, tan empapada de deseo que apenas la reconozco.

—¿Cómo te corres sola? Quiero verlo.

Muevo la cabeza.

—No me corro sola — murmuro.

Alza las cejas, atónito por un momento, sus ojos se vuelven impenetrables y niega con la cabeza como si no pudiera creérselo.

—Bueno, veremos qué podemos hacer —me dice en voz baja, desafiante, en un tono de amenaza exquisitamente sensual.

Se desabrocha los botones de los vaqueros y se los quita despacio sin apartar los ojos de los míos. Se inclina sobre mí, me agarra de los tobillos, me separa rápidamente las piernas y avanza por la cama entre ellas. Se queda suspendido encima de mí. Me retuerzo de deseo.

—No te muevas —murmura.

Se inclina, me besa la parte interior de un muslo y va subiendo, sin dejar de besarme, hasta mis bragas de encaje.

Ay... No puedo quedarme quieta. ¿Cómo no voy a moverme? Me retuerzo debajo de él.

—Vamos a tener que trabajar para que aprendas a quedarte quieta, nena.

Sigue besándome la barriga y me introduce la lengua en el ombligo. Sus labios ascienden hacia el torso. Me arde la piel. Estoy sofocada. Por un momento siento mucho calor, luego frío, y araño la sábana sobre la que estoy tumbada. Christian se tumba a mi lado y me recorre con la mano desde la cadera hasta el pecho, pasando por la cintura. Me observa con expresión impenetrable y me rodea suavemente los pechos con las manos.

—Encajan perfectamente en mi mano, Anastasia —murmura.

Mete el dedo índice por la copa de mi sujetador, la baja muy despacio y deja mi pecho al aire, empujado hacia arriba por la varilla y la tela. Desplaza el dedo a mi otro seno y repite el proceso. Los pechos se me hinchan

y los pezones se me endurecen bajo su insistente mirada. El sujetador mantiene alzados mis senos.

—Muy bonitos —suspira admirado.

Y los pezones se me endurecen todavía más.

Me chupa suavemente un pezón, desliza una mano al otro pecho, y con el pulgar rodea muy despacio el otro pezón y tira de él. Gimo y siento que una dulce sensación me desciende hasta la ingle. Estoy muy húmeda. Oh, por favor, suplico para mis adentros agarrando con fuerza la sábana. Cierra los labios alrededor de mi otro pezón, y cuando lo lame, casi siento una convulsión.

—Vamos a ver si conseguimos que te corras así —me susurra.

Y sigue con su lenta y sensual incursión. Mis pezones sienten sus hábiles dedos y sus labios, que encienden mis terminaciones nerviosas hasta el punto de que todo mi cuerpo gime en una dulce agonía, pero él no se detiene.

—Oh... por favor —le suplico.

Tiro la cabeza hacia atrás, con la boca abierta, y gimo. Siento las piernas entumecidas. Maldita sea, ¿qué está pasándome?

—Déjate ir, nena —murmura.

Me aprieta un pezón con los dientes, con el pulgar y el índice tira fuerte del otro, y me dejo caer en sus manos. Mi cuerpo se agita y estalla en mil pedazos. Me besa profundamente, metiéndome la lengua en la boca para absorber mis gritos.

¡Dios mío! Ha sido fantástico. Ahora ya sé a qué viene tanto asombro ante mi reacción. Me mira con una

sonrisa satisfecha, aunque estoy segura de que no es más que gratitud y admiración por mí.

—Eres muy receptiva —me dice—. Tendrás que aprender a controlarlo, y será muy divertido enseñarte.

Vuelve a besarme.

Mi respiración es todavía irregular mientras me recupero del orgasmo. Desliza una mano hasta mi cintura, mis caderas, y la posa en mis partes íntimas... Ay.

Introduce un dedo por el encaje y lentamente empieza a trazar círculos alrededor de mi sexo. Cierra los ojos por un instante y contiene la respiración.

—Estás muy húmeda. No sabes cuánto te deseo.

Introduce un dedo dentro de mí, y yo grito mientras lo saca y vuelve a meterlo. Me frota el clítoris con la palma de la mano, y grito de nuevo. Sigue introduciéndome el dedo, cada vez con más fuerza. Gimo.

De repente se sienta, me quita las bragas y las tira al suelo. Se quita también él los calzoncillos y libera su erección. ¡Madre mía! Alarga el brazo hasta la mesita de noche, coge un paquetito plateado y se mueve entre mis piernas para que las abra. Se arrodilla y desliza un condón por su largo miembro. Oh, no... ¿Cómo va a entrar?

—No te preocupes —me susurra mirándome a los ojos—. Tú también te dilatas.

Se inclina apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza, de modo que queda suspendido por encima de mí. Me mira a los ojos con la mandíbula apretada y los ojos ardientes. En este momento me doy cuenta de que todavía lleva puesta la camisa.

—¿De verdad quieres hacerlo? —me pregunta en voz baja.

—Por favor —le suplico.

—Levanta las rodillas —me ordena en tono suave.

Obedezco de inmediato.

—Ahora voy a follarla, señorita Steele —murmura colocando la punta de su miembro erecto delante de mi sexo—. Duro —susurra.

Y me penetra bruscamente.

—¡Aaay! —grito.

Al desgarrar mi virginidad, siento una extraña sensación en lo más profundo de mí, como un pellizco. Se queda inmóvil y me observa con ojos en los que brilla el triunfo.

Tiene la boca ligeramente abierta y le cuesta respirar. Gime.

—Estás muy cerrada. ¿Estás bien?

Asiento con los ojos en blanco y agarrándome a sus brazos. Me siento llena por dentro. Sigue inmóvil para que me aclimate a la invasiva y abrumadora sensación de tenerlo dentro de mí.

—Voy a moverme, nena —me susurra un momento después en tono firme.

Oh.

Retrocede con exquisita lentitud. Cierra los ojos, gime y vuelve a penetrarme. Grito por segunda vez, y se detiene.

—¿Más? —me susurra con voz salvaje.

—Sí —le contesto.

Vuelve a penetrarme y a detenerse.

Gimo. Mi cuerpo lo acepta... Oh, quiero que siga.

—¿Otra vez? —me pregunta.

—Sí —le contesto en tono de súplica.

Y se mueve, pero esta vez no se detiene. Se apoya en los codos, de modo que siento su peso sobre mí, aprisionándome. Al principio se mueve despacio, entra y sale de mi cuerpo. Y a medida que voy acostumbrándome a la extraña sensación, empiezo a mover las caderas hacia las suyas. Acelera. Gimo y me embiste con fuerza, cada vez más deprisa, sin piedad, a un ritmo implacable, y yo mantengo el ritmo de sus embestidas. Me agarra la cabeza con las manos, me besa bruscamente y vuelve a tirar de mi labio inferior con los dientes. Se retira un poco y siento que algo crece en lo más profundo de mí, como antes. Voy poniéndome tensa a medida que me penetra una y otra vez. Me tiembla el cuerpo, me arquea. Estoy bañada en sudor. No sabía que sería así... No sabía que la sensación podía ser tan agradable. Mis pensamientos se dispersan... No hay más que sensaciones... Solo él... Solo yo... Ay, por favor... Mi cuerpo se pone rígido.

—Córrete para mí, Ana —susurra sin aliento.

Y me dejo ir en cuanto lo dice, llego al clímax y estallo en mil pedazos bajo su cuerpo. Y mientras se corre también él, grita mi nombre, da una última embestida se queda inmóvil, como si se vaciara dentro de mí.

Todavía jadeo, intento ralentizar la respiración y los latidos del corazón, y mis pensamientos se sumen en el caos. Uau... ha sido algo increíble. Abro los ojos.

Christian ha apoyado su frente en la mía. Tiene los ojos cerrados y su respiración es irregular. Parpadea, abre los ojos y me lanza una mirada turbia, aunque dulce.

Sigue dentro de mí. Se inclina, me besa suavemente en la frente y, muy despacio, empieza a salir de mi cuerpo.

—Oooh.

Es una sensación extraña, que me hace estremecer.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta Christian mientras se tumba a mi lado apoyándose en un codo.

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—¿Estás de verdad preguntándome si me has hecho daño?

—No me vengas con ironías —me dice con una sonrisa burlona—. En serio, ¿estás bien?

Sus ojos son intensos, perspicaces, incluso exigentes.

Me tiendo a su lado sintiendo los miembros desmadejados, con los huesos como de goma, pero estoy relajada, muy relajada. Le sonrío. No puedo dejar de sonreír. Ahora entiendo a qué viene tanto alboroto. Dos orgasmos... todo tu ser completamente descontrolado, como cuando una lavadora centrifuga. Uau. No tenía ni idea de lo que mi cuerpo era capaz, de que podía tensarse tanto y liberarse de forma tan violenta, tan gratificante. El placer ha sido indescriptible.

—Estás mordiéndote el labio, y no me has contestado.

Frunce el ceño. Le sonrío con gesto travieso. Está imponente con su pelo alborotado, sus ardientes ojos grises entrecerrados y su expresión seria e impenetrable.

—Me gustaría volver a hacerlo —susurro.

Por un momento creo ver una fugaz expresión de alivio en su cara. Luego cambia rápidamente de expresión y me mira con ojos velados.

—¿Ahora mismo, señorita Steele? —musita en tono frío. Se inclina sobre mí y me besa suavemente en la comisura de la boca—. ¿No eres un poquito exigente? Date la vuelta.

Parpadeo varias veces, pero al final me doy la vuelta. Me desabrocha el sujetador y me desliza la mano desde la espalda hasta el trasero.

—Tienes una piel realmente preciosa —murmura.

Mete una pierna entre las mías y se queda medio tumbado sobre mi espalda. Siento la presión de los botones de su camisa mientras me retira el pelo de la cara y me besa en el hombro.

—¿Por qué no te has quitado la camisa? —le pregunto.

Se queda inmóvil. Acto seguido se quita la camisa y vuelve a tumbarse encima de mí. Siento su cálida piel sobre la mía. Mmm... Es una maravilla. Tiene el pecho cubierto de una ligera capa de pelo, que me hace cosquillas en la espalda.

—Así que quieres que vuelva a follarte... —me susurra al oído.

Y empieza a besarme muy suavemente alrededor de la oreja y en el cuello. Me levanta las rodillas y se me corta la respiración... ¿Qué está haciendo ahora? Se mete entre mis piernas, se pega a mi espalda y me pasa la mano por el muslo hasta el trasero. Me acaricia despacio las nalgas y después desliza los dedos entre mis piernas.

—Voy a follarte desde atrás, Anastasia —murmura.

Con la otra mano me agarra del pelo a la altura de la nuca y tira ligeramente para colocarme. No puedo mover la cabeza. Estoy inmovilizada debajo de él, indefensa.

—Eres mía —susurra—. Solo mía. No lo olvides.

Su voz es embriagadora, y sus palabras, seductoras. Noto cómo crece su erección contra mi muslo.

Desliza los dedos y me acaricia suavemente el clítoris, trazando círculos muy despacio. Siento su respiración en la cara mientras me pellizca lentamente la mandíbula.

—Hueles de maravilla.

Me acaricia detrás de la oreja con la nariz. Frota las manos contra mi cuerpo una y otra vez. En un instinto reflejo, empiezo a trazar círculos con las caderas, al compás de su mano, y un placer enloquecedor me recorre las venas como si fuera adrenalina.

—No te muevas —me ordena en voz baja, aunque imperiosa.

Y lentamente me introduce el pulgar y lo gira acariciando las paredes de mi vagina. El efecto es alucinante. Toda mi energía se concentra en esa pequeña parte de mi cuerpo. Gimo.

—¿Te gusta? —me pregunta en voz baja pasándome los dientes por la oreja.

Y empieza a mover el pulgar lentamente, dentro, fuera, dentro, fuera... con los dedos todavía trazando círculos.

Cierro los ojos e intento controlar mi respiración, intento absorber las desordenadas y caóticas sensaciones que sus dedos desatan en mí mientras el fuego me recorre el cuerpo. Vuelvo a gemir.

—Estás muy húmeda y eres muy rápida. Muy receptiva. Oh, Anastasia, me gusta, me gusta mucho —susurra.

Quiero mover las piernas, pero no puedo. Me tiene aprisionada y mantiene un ritmo constante, lento y tortuoso. Es absolutamente maravilloso. Gimo de nuevo y de pronto se mueve.

—Abre la boca —me pide.

Y me introduce en la boca el pulgar. Pestañeo frenéticamente.

—Mira cómo sabes —me susurra al oído—. Chúpame, nena.

Me presiona la lengua con el pulgar, cierro la boca alrededor de su dedo y chupo salvajemente. Siento el sabor salado de su pulgar y la acidez ligeramente metálica de la sangre. Madre mía. Esto no está bien, pero es terriblemente erótico.

—Quiero follarte la boca, Anastasia, y pronto lo haré —me dice con voz ronca, salvaje, y respiración entrecortada.

¡Follarme la boca! Gimo y le muerdo. Pega un grito ahogado y me tira del pelo con más fuerza, me hace daño, así que le suelto el dedo.

—Mi niña traviesa —susurra.

Alarga la mano hacia la mesita de noche y coge un paquetito plateado.

—Quieta, no te muevas —me ordena soltándome el pelo.

Rasga el paquetito plateado mientras yo jadeo y siento el calor recorriendo mis venas. La espera es excitante. Se inclina, su peso vuelve a caer sobre mí y me agarra del pelo para inmovilizarme la cabeza. No

puedo moverme. Me tiene seductoramente atrapada y está listo para volver a penetrarme.

—Esta vez vamos a ir muy despacio, Anastasia —me dice.

Y me penetra despacio, muy despacio, hasta el fondo. Su miembro se extiende y me invade por dentro implacablemente. Gimo con fuerza. Esta vez lo siento más profundo, exquisito. Vuelvo a gemir, y a un ritmo muy lento traza círculos con las caderas y retrocede, se detiene un momento y vuelve a penetrarme. Repite el movimiento una y otra vez. Me vuelve loca. Sus provocadoras embestidas, deliberadamente lentas, y la intermitente sensación de plenitud son irresistibles.

—Se está tan bien dentro de ti —gime.

Y mis entrañas empiezan a temblar. Retrocede y espera.

—No, nena, todavía no —murmura.

Cuando dejo de temblar, comienza de nuevo el maravilloso proceso.

—Por favor —le suplico.

Creo que no voy a aguantar mucho más. Mi cuerpo tenso se desespera por liberarse.

—Te quiero dolorida, nena —murmura.

Y sigue con su dulce y pausado suplicio, adelante y atrás.

—Quiero que, cada vez que te muevas mañana, recuerdes que he estado dentro de ti. Solo yo. Eres mía.

Gimo.

—Christian, por favor —susurro.

—¿Qué quieres, Anastasia? Dímelo.

Vuelvo a gemir. Se retira y vuelve a penetrarme lentamente, de nuevo trazando círculos con las caderas.

—Dímelo —murmura.

—A ti, por favor.

Aumenta el ritmo progresivamente y su respiración se vuelve irregular. Empiezo a temblar por dentro, y Christian acelera la acometida.

—Eres... tan... dulce —murmura al ritmo de sus embestidas—. Te... deseo... tanto...

Gimo.

—Eres... mía... Córrete para mí, nena —ruge.

Sus palabras son mi perdición, me lanzan por el precipicio. Siento que mi cuerpo se convulsiona y me corro gritando una balbuceante versión de su nombre contra el colchón. Christian embiste hasta el fondo dos veces más y se queda paralizado, se deja ir y se derrama dentro de mí. Se desploma sobre mi cuerpo, con la cara hundida en mi pelo.

—Joder, Ana —jadea.

Se retira inmediatamente y cae rodando en su lado de la cama. Subo las rodillas hasta el pecho, totalmente agotada, y al momento me sumerjo en un profundo sueño.

Cuando me despierto, todavía no ha amanecido. No tengo ni idea de cuánto tiempo he dormido. Estiro las piernas debajo del edredón y me siento dolorida, exquisitamente dolorida. No veo a Christian por ningún sitio. Me siento en la cama y contemplo la ciudad frente a mí. Hay menos luces encendidas en los rascacielos y el amanecer se insinúa ya hacia el este. Oigo música, notas cadenciosas de piano. Un dulce y triste lamento. Bach, creo, pero no estoy segura.

Echo el edredón a un lado y me dirijo sin hacer ruido al pasillo que lleva al gran salón. Christian está sentado

al piano, totalmente absorto en la melodía que está tocando. Su expresión es triste y desamparada, como la música. Toca maravillosamente bien. Me apoyo en la pared y lo escucho embelesada. Es un músico extraordinario. Está desnudo, con el cuerpo bañado en la cálida luz de una lámpara solitaria junto al piano. Como el resto del salón está oscuro, parece aislado en su pequeño foco de luz, intocable... solo en una burbuja.

Avanzo en silencio hacia él, atraída por la sublime y melancólica música. Estoy fascinada. Observo sus largos y hábiles dedos recorriendo y presionando suavemente las teclas, y pienso que esos mismos dedos han recorrido y acariciado con destreza mi cuerpo. Me ruborizo al pensarlo, sofoco un grito y aprieto los muslos. Christian levanta sus insondables ojos grises con expresión indescifrable.

—Perdona —susurro—. No quería molestarte.

Frunce ligeramente el ceño.

—Está claro que soy yo el que tendría que pedirte perdón —murmura.

Deja de tocar y apoya las manos en las piernas.

De pronto me doy cuenta de que lleva puestos unos pantalones de pijama. Se pasa los dedos por el pelo y se levanta. Los pantalones le caen de esa manera tan sexy... Madre mía. Se me seca la boca cuando rodea tranquilamente el piano y se acerca a mí. Es ancho de hombros y estrecho de caderas, y al andar se le tensan los abdominales. Es impresionante...

—Deberías estar en la cama —me riñe.

—Un tema muy hermoso. ¿Bach?

—La transcripción es de Bach, pero originariamente es un concierto para oboe de Alessandro Marcello.

—Precioso, aunque muy triste, una melodía muy melancólica.

Esboza una media sonrisa.

—A la cama —me ordena—. Por la mañana estarás agotada.

—Me he despertado y no estabas.

—Me cuesta dormir. No estoy acostumbrado a dormir con nadie —murmura.

No logro discernir cuál es su estado de ánimo. Parece algo decaído, pero es difícil asegurarlo en la oscuridad. Quizá se deba al tono del tema que estaba tocando. Me rodea con un brazo y me lleva cariñosamente a la habitación.

—¿Cuándo empezaste a tocar? Tocas muy bien.

—A los seis años.

Christian a los seis años... Imagino a un precioso niño de pelo cobrizo y ojos grises, y se me cae la baba... Un niño de cabello alborotado al que le gusta la música increíblemente triste.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta ya de vuelta en la habitación.

Enciende una lamparita.

—Estoy bien.

Los dos miramos la cama al mismo tiempo. Las sábanas están manchadas de sangre, como una prueba de mi virginidad perdida. Me ruborizo, incómoda, y me echo el edredón por encima.

—Bueno, la señora Jones tendrá algo en lo que pensar —refunfuña Christian frente a mí.

Me coloca la mano debajo de la barbilla, me levanta la cara y me mira fijamente. Me observa con ojos intensos. Me doy cuenta de que es la primera vez que le

veo el pecho desnudo. Alargo la mano de forma instintiva. Quiero pasarle los dedos por el oscuro pelo del pecho, pero de inmediato da un paso atrás.

—Métete en la cama —me dice bruscamente. Y luego suaviza un poco el tono—: Me acostaré contigo.

Retiro la mano y frunzo levemente el ceño. Creo que no le he tocado el torso ni una sola vez. Abre un cajón, saca una camiseta y se la pone rápidamente.

—A la cama —vuelve a ordenarme.

Salto a la cama intentando no pensar en la sangre. Se tumba también él y me rodea con los brazos por detrás, de manera que no le veo la cara. Me besa el pelo con suavidad e inhala profundamente.

—Duérmete, dulce Anastasia —murmura.

Cierro los ojos, pero no puedo evitar sentir cierta melancolía, no sé si por la música o por su conducta. Christian Grey tiene un lado triste.

La luz que inunda la habitación me arranca del profundo sueño. Me desperezco y abro los ojos. Es una bonita mañana de mayo, con Seattle a mis pies. Uau, qué vista. Christian Grey está profundamente dormido a mi lado. Uau, qué vista. Me sorprende que esté todavía en la cama. Como está de cara a mí, tengo la oportunidad de examinarlo bien por primera vez. Su hermoso rostro parece más joven, relajado. Sus labios, gruesos y perfilados, están ligeramente abiertos, y el pelo, limpio y brillante, alborotado. ¿Cómo puede ser alguien tan guapo y aun así ser legal? Recuerdo su cuarto del piso de arriba... Quizá no sea tan legal. Tengo mucho en que pensar. Siento la tentación de alargar la mano y tocarlo, pero está precioso dormido, como un niño pequeño. No tengo que preocuparme de lo que digo, de lo que dice él, de sus planes, especialmente de sus planes para mí.

Podría pasarme el día contemplándolo, pero tengo mis necesidades... fisiológicas. Salgo despacio de la cama, veo su camisa blanca en el suelo y me la pongo.

Me dirijo a una puerta pensando que puede ser el cuarto de baño, pero lo que encuentro es un vestidor tan grande como mi habitación. Filas y filas de trajes caros, de camisas, zapatos y corbatas. ¿Para qué necesita tanta ropa? Chasqueo la lengua. La verdad es que el ropero de Kate seguramente no tiene nada que envidiar a este. ¡Kate! Oh, no. No me acordé de ella en toda la noche. Se suponía que tenía que mandarle un mensaje. Mierda. Va a enfadarse conmigo. Por un segundo me pregunto cómo le irá con Elliot.

Vuelvo al dormitorio, en el que Christian sigue dormido. Abro la otra puerta. Es el cuarto de baño, más grande que mi habitación. ¿Para qué necesita tanto espacio un hombre solo? Dos lavabos, observo con ironía. Si nunca duerme con nadie, uno de los dos no se habrá utilizado.

Me miro en el enorme espejo. ¿Parezco diferente? Me siento diferente. Para ser sincera, estoy un poco dolorida, y los músculos... es como si no hubiera hecho ejercicio en la vida. En la vida has hecho ejercicio, me dice mi subconsciente, que se ha despertado y me mira frunciendo los labios y dando golpecitos en el suelo con el pie. Acabas de acostarte con él. Has entregado tu virginidad a un hombre que no te ama, que tiene planes muy raros para ti, que quiere convertirte en una especie de pervertida esclava sexual.

¿ESTÁS LOCA?, me grita.

Sigo mirándome en el espejo y me estremezco. Tengo que asimilar todo esto. Sinceramente, me he encaprichado de un hombre guapísimo, que está forrado y que tiene un cuarto rojo del dolor esperándome. Me estremezco. Estoy desconcertada y confundida. Tengo el pelo hecho un desastre, como siempre. El pelo revuelto no me queda nada bien. Intento poner orden en ese caos con los dedos, pero no lo consigo y me rindo... Quizá tenga alguna goma en el bolso.

Me muero de hambre. Vuelvo a la habitación. El bello durmiente sigue dormido, así que lo dejo y voy a la cocina.

Oh, no... Kate. Dejé el bolso en el estudio de Christian. Voy a buscarlo y saco el móvil. Tres mensajes.

Todo OK Ana

Donde estas Ana

Maldita sea Ana

Llamo a Kate, pero no me contesta y le dejo un mensaje en el contestador diciéndole que estoy viva y que Barbazul no ha acabado conmigo, bueno, al menos no en el sentido que podría preocuparle... o quizá sí. Estoy muy confundida. Tengo que intentar aclararme y analizar mis sentimientos hacia Christian Grey. Es imposible. Muevo la cabeza dándome por vencida. Necesito estar sola, lejos de aquí, para pensar.

Encuentro en el bolso dos gomas para el pelo y rápidamente me hago dos trenzas. ¡Sí! Quizá cuanto más niña parezca, más a salvo estaré de Barbazul. Saco el iPod del bolso y me pongo los auriculares. No hay nada como la música para cocinar. Me meto el iPod en el bolsillo de la camisa de Christian, subo el volumen y empiezo a bailar.

Dios, qué hambre tengo.

La cocina me intimida un poco. Es elegante y moderna, con armarios sin tiradores. Tardo unos segundos en llegar a la conclusión de que tengo que presionar en las puertas para que se abran. Quizá debería prepararle el desayuno a Christian. El otro día comió una tortilla... Bueno, ayer, en el Heathman. Hay que ver la de cosas que han pasado desde ayer. Abro el frigorífico, veo que hay muchos huevos y decido que quiero tortitas y beicon. Empiezo a hacer la masa bailando por la cocina.

Está bien tener algo que hacer, porque eso te concede algo de tiempo para pensar, pero sin profundizar demasiado. La música que resuena en mis oídos también me ayuda a alejar los pensamientos

profundos. Vine a pasar la noche en la cama de Christian Grey y lo he conseguido, aunque no permita a nadie dormir en su cama. Sonrío. Misión cumplida. Genial. Sonrío. Genial, genial, y empiezo a divagar recordando la noche. Sus palabras, su cuerpo, su manera de hacer el amor...

Cierro los ojos, mi cuerpo vibra al recordarlo y los músculos de mi vientre se contraen. Mi subconsciente me pone mala cara. Su manera de follar, no de hacer el amor, me grita como una arpía. No le hago caso, pero en el fondo sé que tiene razón. Muevo la cabeza para concentrarme en lo que estoy haciendo.

La cocina es de lo más sofisticado. Confío en que sabré cómo funciona. Necesito un sitio para dejar las tortitas y que no se enfríen. Empiezo con el beicon. Amy Studt me canta al oído una canción sobre gente inadaptada, una canción que siempre ha significado mucho para mí, porque soy una inadaptada. Nunca he encajado en ningún sitio, y ahora... tengo que considerar una proposición indecente del mismísimo rey de los inadaptados. ¿Por qué es Christian así? ¿Por naturaleza o por educación? Nunca he conocido a nadie igual.

Meto el beicon en el grill y, mientras se hace, bato los huevos. Me vuelvo y veo a Christian sentado en un taburete, con los codos encima de la barra y la cara apoyada en las manos. Lleva la camiseta con la que ha dormido. El pelo revuelto le queda realmente bien, como la barba de dos días. Parece divertido y sorprendido a la vez. Me quedo paralizada y me pongo roja. Luego me calmo y me quito los auriculares. Me tiemblan las rodillas solo de verlo.

—Buenos días, señorita Steele. Está muy activa esta mañana —me dice en tono frío.

—He... He dormido bien —le digo tartamudeando. Intenta disimular su sonrisa.

—No imagino por qué. —Se calla un instante y frunce el ceño—. También yo cuando volví a la cama.

—¿Tienes hambre?

—Mucha —me contesta con una mirada intensa. Creo que no se refiere a la comida.

—¿Tortitas, beicon y huevos?

—Suenan muy bien.

—No sé dónde están los manteles individuales.

Me encojo de hombros e intento desesperadamente no parecer nerviosa.

—Yo me ocupo. Tú cocina. ¿Quieres que ponga música para que puedas seguir bailando?

Me miro los dedos, perfectamente consciente de que me estoy ruborizando.

—No te cortes por mí. Es muy entretenido —me dice en tono burlón.

Arrugo los labios. Entretenido, ¿verdad? Mi subconsciente se parte de risa. Me giro y sigo batiendo los huevos, seguramente con más fuerza de la necesaria. Al momento está a mi lado y me tira de una trenza.

—Me encantan —susurra—. Pero no van a servirte de nada.

Mmm, Barbazul...

—¿Cómo quieres los huevos? —le pregunto bruscamente.

—Muy batidos —me contesta con una mueca irónica. Sigo con lo que estaba haciendo intentando ocultar mi sonrisa. Es difícil no volverse loca por él,

especialmente cuando está tan juguetón, lo cual no es nada frecuente. Abre un cajón, saca dos manteles individuales negros y los coloca en la barra. Echo el huevo batido en una sartén, saco el beicon del grill, le doy la vuelta y vuelvo a meterlo.

Cuando me vuelvo, hay zumo de naranja en la barra, y Christian está preparando café.

—¿Quieres un té?

—Sí, por favor. Si tienes.

Cojo un par de platos y los dejo encima de la placa para mantenerlos calientes. Christian abre un armario y saca una caja de té Twinings English Breakfast.

Frunzo los labios.

—El final estaba cantado, ¿no?

—¿Tú crees? No tengo tan claro que hayamos llegado todavía al final, señorita Steele —murmura.

¿Qué quiere decir? ¿Habla de nuestra negociación? Bueno... quiero decir... de nuestra relación... o lo que sea. Sigue igual de críptico que siempre. Sirvo el desayuno en los platos calientes, que dejo encima de los manteles individuales. Abro el frigorífico y saco sirope de arce.

Miro a Christian, que está esperando a que me siente.

—Señorita Steele —me dice señalando un taburete.

—Señor Grey.

Asiento dándole las gracias. Al sentarme hago una ligera mueca de dolor.

—¿Estás muy dolorida? —me pregunta mientras toma también asiento él.

Me ruborizo. ¿Por qué me hace preguntas tan personales?

—Bueno, a decir verdad, no tengo con qué compararlo —le contesto—. ¿Querías ofrecerme tu compasión? —le pregunto en tono demasiado dulce.

Creo que intenta reprimir una sonrisa, pero no estoy segura.

—No. Me preguntaba si debemos seguir con tu entrenamiento básico.

—Oh.

Lo miro estupefacta, contengo la respiración y me estremezco. Oh... me encantaría. Sofoco un gemido.

—Come, Anastasia.

Se me ha vuelto a quitar el hambre... Más... más sexo... Sí, por favor.

—Por cierto, esto está buenísimo —me dice sonriendo.

Pincho un trocito de tortilla, pero apenas puedo tragar. ¡Entrenamiento básico! «Quiero follarte la boca». ¿Forma eso parte del entrenamiento básico?

—Deja de morderte el labio. Me desconcentras, y resulta que me he dado cuenta de que no llevas nada debajo de mi camisa, y eso me desconcentra todavía más.

Sumerjo la bolsa de té en la tetera que me ha traído Christian. La cabeza me da vueltas.

—¿En qué tipo de entrenamiento básico estás pensando? —le pregunto.

Hablo en un volumen un poco alto, lo cual traiciona mi deseo de parecer natural, como si no me importara demasiado, y lo más tranquila posible, pese a que las hormonas están causando estragos por todo mi cuerpo.

—Bueno, como estás dolorida, he pensado que podríamos dedicarnos a las técnicas orales.

Me atraganto con el té y lo miro boquiabierta y con los ojos como platos. Me da un golpecito en la espalda y me acerca el zumo de naranja. No tengo ni idea de en qué está pensando.

—Si quieres quedarte, claro —añade.

Lo miro intentando recuperar la serenidad. Su expresión es impenetrable. Es muy frustrante.

Lo miro intentando recuperar la serenidad. Su expresión es impenetrable. Es muy frustrante.

—Me gustaría quedarme durante el día, si no hay problema. Mañana tengo que trabajar.

—¿A qué hora tienes que estar en el trabajo?

—A las nueve.

—Te llevaré al trabajo mañana a las nueve.

Frunzo el ceño. ¿Quiere que me quede otra noche?

—Tengo que volver a casa esta noche. Necesito cambiarme de ropa.

—Podemos comprarte algo.

No tengo dinero para comprar ropa. Levanta la mano, me agarra de la barbilla y tira para que mis dientes suelten el labio inferior. No era consciente de que me lo estaba mordiendo.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Tengo que volver a casa esta noche.

Me mira muy serio.

—De acuerdo, esta noche —acepta—. Ahora acábate el desayuno.

La cabeza y el estómago me dan vueltas. Se me ha quitado el hambre. Contemplo la mitad de mi desayuno, que sigue en el plato. No me apetece comer ahora.

—Come, Anastasia. Anoche no cenaste.

—No tengo hambre, de verdad —susurro.

Me mira muy serio.

—Me gustaría mucho que te terminaras el desayuno.

—¿Qué problema tienes con la comida? —le suelto de pronto.

Arruga la frente.

—Ya te dije que no soporto tirar la comida. Come — me dice bruscamente, con expresión sombría, dolida.

Maldita sea. ¿De qué va todo esto? Cojo el tenedor y como despacio, intentando masticar. Si va a ser siempre tan raro con la comida, tendré que recordar no llenarme tanto el plato. Su semblante se dulcifica a medida que voy comiéndome el desayuno. Lo observo retirar su plato. Espera a que termine y retira el mío también.

—Tú has cocinado, así que yo recojo la mesa.

—Muy democrático.

—Sí —me dice frunciendo el ceño—. No es mi estilo habitual. En cuanto acabe tomaremos un baño.

—Ah, vale.

Vaya... Preferiría una ducha. El sonido de mi teléfono me saca de la ensoñación. Es Kate.

—Hola.

Me alejo de él y me dirijo hacia las puertas de cristal del balcón.

—Ana, ¿por qué no me mandaste un mensaje anoche?

Está enfadada.

—Perdona. Me superaron los acontecimientos.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente.

—¿Por fin?

Intenta sonsacarme información. Oigo su tono expectante y muevo la cabeza.

—Kate, no quiero comentarlo por teléfono.

Christian alza los ojos hacia mí.

—Sí... Estoy segura.

¿Cómo puede estar segura? Está tirándose un farol, pero no puedo hablar del tema. He firmado un maldito acuerdo.

—Kate, por favor.

—¿Qué tal ha ido? ¿Estás bien?

—Te he dicho que estoy perfectamente.

—¿Ha sido tierno?

—¡Kate, por favor!

No puedo reprimir mi enfado.

—Ana, no me lo ocultes. Llevo casi cuatro años esperando este momento.

—Nos vemos esta noche.

Y cuelgo.

Va a ser difícil manejar este tema. Es muy obstinada y quiere que se lo cuente todo con detalles, pero no puedo contárselo porque he firmado un... ¿cómo se llama? Un acuerdo de confidencialidad. Va a darle un ataque, y con razón. Tengo que pensar en algo. Vuelvo la cabeza y observo a Christian moviéndose con soltura por la cocina.

—¿El acuerdo de confidencialidad lo abarca todo? —le pregunto indecisa.

—¿Por qué?

Se vuelva y me mira mientras guarda la caja del té. Me ruborizo.

—Bueno, tengo algunas dudas, ya sabes... sobre sexo —le digo mirándome los dedos—. Y me gustaría comentarlas con Kate.

—Puedes comentarlas conmigo.

—Christian, con todo el respeto...

Me quedo sin voz. No puedo comentarlas contigo. Me darías tu visión del sexo, que es parcial, distorsionada y pervertida. Quiero una opinión imparcial.

—Son solo cuestiones técnicas. No diré nada del cuarto rojo del dolor.

Levanta las cejas.

—¿Cuarto rojo del dolor? Se trata sobre todo de placer, Anastasia. Créeme. Y además —añade en tono más duro—, tu compañera de piso está revolcándose con mi hermano. Preferiría que no hablaras con ella, la verdad.

—¿Sabe algo tu familia de tus... preferencias?

—No. No son asunto suyo. —Se acerca a mí—. ¿Qué quieres saber? —me pregunta.

Me desliza los dedos suavemente por la mejilla hasta el mentón, que levanta para mirarme directamente a los ojos. Me estremezco por dentro. No puedo mentir a este hombre.

—De momento nada en concreto —susurro.

—Bueno, podemos empezar preguntándote qué tal lo has pasado esta noche.

La curiosidad le arde en los ojos. Está impaciente por saberlo. Uau.

—Bien —murmuro.

Esboza una ligera sonrisa.

—Yo también —me dice en voz baja—. Nunca había echado un polvo vainilla, y no ha estado nada mal. Aunque quizá es porque ha sido contigo.

Desliza el pulgar por mi labio inferior.

Respiro hondo. ¿Un polvo vainilla?

—Ven, vamos a bañarnos.

Se inclina y me besa. El corazón me da un brinco y el deseo me recorre el cuerpo y se concentra... en mi parte más profunda.

La bañera es blanca, profunda y ovalada, muy de diseño. Christian se inclina y abre el grifo de la pared embaldosada. Vierte en el agua un aceite de baño que parece carísimo. A medida que se llena la bañera va formándose espuma, y un dulce y seductor aroma a jazmín invade el baño. Christian me mira con ojos impenetrables, se quita la camiseta y la tira al suelo.

—Señorita Steele —me dice tendiéndome la mano.

Estoy al lado de la puerta, con los ojos muy abiertos y recelosa, con las manos alrededor del cuerpo. Me acerco admirando furtivamente su cuerpo. Le cojo de la mano y me sujeta mientras me meto en la bañera, todavía con su camisa puesta. Hago lo que me dice. Voy a tener que acostumbrarme si acabo aceptando su escandalosa oferta... Solo si... El agua caliente es tentadora.

—Gírate y mírame —me ordena en voz baja.

Hago lo que me pide. Me observa con atención.

—Sé que ese labio está delicioso, doy fe de ello, pero ¿puedes dejar de mordértelo? —me dice apretando los dientes—. Cuando te lo muerdes, tengo ganas de follarte, y estás dolorida, ¿no?

Dejo de morderme el labio porque me quedo boquiabierta, impactada.

—Eso es —me dice—. ¿Lo has entendido?

Me mira. Asiento frenéticamente. No tenía ni idea de que yo pudiera afectarle tanto.

—Bien.

Se acerca, saca el iPod del bolsillo de la camisa y lo deja junto al lavabo.

—Agua e iPods... no es una combinación muy inteligente —murmura.

Se inclina, agarra la camisa blanca por debajo, me la quita y la tira al suelo.

Se retira para contemplarme. Dios mío, estoy completamente desnuda. Me pongo roja y bajo la mirada hacia las manos, que están a la altura de la barriga. Deseo desesperadamente desaparecer dentro del agua caliente y la espuma, pero sé que no va a querer que lo haga.

—Oye —me llama.

Lo miro. Tiene la cara inclinada hacia un lado.

Anastasia, eres muy guapa, toda tú. No bajes la cabeza como si estuvieras avergonzada. No tienes por qué avergonzarte, y te aseguro que es todo un placer poder contemplarte.

Me sujeta la barbilla y me levanta la cabeza para que lo mire. Sus ojos son dulces y cálidos, incluso ardientes. Está muy cerca de mí. Podría alargar el brazo y tocarlo.

—Ya puedes sentarte —me dice interrumpiendo mis erráticos pensamientos.

Me agacho y me meto en el agradable agua caliente. Oh... me escuece, y no me lo esperaba, pero huele de maravilla. El escozor inicial no tarda en disminuir. Me tumbo boca arriba, cierro los ojos un instante y me relajo en la tranquilizadora calidez. Cuando los abro, está mirándome fijamente.

—¿Por qué no te bañas conmigo? —me atrevo a preguntarle, aunque con voz ronca.

—Sí, muévete hacia delante —me ordena.

Se quita los pantalones de pijama y se mete en la bañera detrás de mí. El agua sube de nivel cuando se sienta y tira de mí para que me apoye en su pecho. Coloca sus largas piernas encima de las mías, con las rodillas flexionadas y los tobillos a la misma altura que los míos, y me abre las piernas con los pies. Me quedo boquiabierta. Mete la nariz entre mi pelo e inhala profundamente.

—Qué bien hueles, Anastasia.

Un temblor me recorre todo el cuerpo. Estoy desnuda en una bañera con Christian Grey. Y él también está desnudo. Si alguien me lo hubiera dicho ayer, cuando me desperté en la suite del hotel, no le habría creído.

Coge una botella de gel del estante junto a la bañera y se echa un chorrito en la mano. Se frota las manos para hacer una ligera capa de espuma, me las coloca alrededor del cuello y empieza a extenderme el jabón por la nuca y los hombros, masajeándolos con fuerza con sus largos y fuertes dedos. Gimo. Me encanta sentir sus manos.

—¿Te gusta?

Casi puedo oír su sonrisa.

—Mmm.

Desciende hasta mis brazos, luego por debajo hasta las axilas, frotándome suavemente. Me alegro mucho de que Kate insistiera en que me depilara. Desliza las manos por mis pechos, y respiro hondo cuando sus dedos los rodean y empiezan a masajearlos suavemente, sin agarrarlos. Arqueo el cuerpo instintivamente y aprieto los pechos contra sus manos. Tengo los pezones sensibles, muy sensibles, sin duda por el poco delicado trato que recibieron anoche. No se entretiene demasiado

en ellos. Desliza las manos hasta mi vientre. Se me acelera la respiración y el corazón me late a toda prisa. Siento su erección contra mi trasero. Me excita que lo que le haga sentirse así sea mi cuerpo. Claro... no tu cabeza, se burla mi subconsciente. Aparto el inoportuno pensamiento.

Se detiene y coge una toallita mientras yo jadeo pegada a él, muerta de deseo. Apoyo las manos en sus muslos, firmes y musculosos. Echa más gel en la toallita, se inclina y me frota entre las piernas. Contengo la respiración. Sus dedos me estimulan hábilmente desde dentro de la tela, una maravilla, y mis caderas empiezan a moverse a su ritmo, presionando contra su mano. A medida que las sensaciones se apoderan de mí, inclino la cabeza hacia atrás con los ojos casi en blanco y la boca entreabierta. Gimo. Dentro de mí aumenta la presión, lenta e inexorablemente... Madre mía.

—Siéntelo, nena —me susurra Christian al oído, y me roza suavemente el lóbulo con los dientes—. Siéntelo para mí.

Sus piernas inmovilizan las mías contra las paredes de la bañera, las aprisionan, lo que le da libre acceso a la parte más íntima de mí.

—Oh... por favor —susurro.

El cuerpo se me queda rígido e intento estirar las piernas. Soy una esclava sexual de este hombre, que no me deja mover.

—Creo que ya estás lo suficientemente limpia —murmura.

Y se detiene.

¿Qué? ¡No! ¡No! ¡No! Mi respiración es irregular.

—¿Por qué te paras? —le pregunto jadeando.

—Porque tengo otros planes para ti, Anastasia.

¿Qué...? Vaya... pero... estaba... No es justo.

—Date la vuelta. Yo también tengo que lavarme —
murmura.

¡Oh! Me doy la vuelta y me quedo pasmada al ver que se agarra con fuerza el miembro erecto. Abro la boca.

—Quiero que, para empezar, conozcas bien la parte más valiosa de mi cuerpo, mi favorita. Le tengo mucho cariño.

Es enorme, cada vez más. El miembro erecto queda por encima del agua, que le llega a las caderas. Levanto los ojos un segundo y observo su sonrisa perversa.

Le divierte mi expresión atónita. Me doy cuenta de que estoy mirando fijamente su miembro. Trago saliva. ¡Todo eso ha estado dentro de mí! Parece imposible.

Quiere que lo toque. Mmm... de acuerdo, adelante.

Le sonrío, cojo el gel y me echo un chorrillo en la mano. Hago lo mismo que él: me froto el jabón en las manos hasta que se forma espuma. No aparto los ojos de los suyos. Entreabro los labios para que me resulte más fácil respirar... y deliberadamente me muerdo el labio inferior y luego paso la lengua por encima, por la zona que acabo de morderme. Me mira con ojos serios, impenetrables, que se abren mientras deslizo la lengua por el labio. Me inclino y le rodeo el miembro con una mano, imitando la manera en que se lo agarra él mismo. Cierra un momento los ojos. Uau... es mucho más duro de lo que pensaba. Aprieto y él coloca su mano sobre la mía.

—Así —susurra.

Y mueve la mano arriba y abajo sujetándome con fuerza los dedos, que a su vez aprietan con fuerza su miembro. Cierra de nuevo los ojos y contiene la respiración. Cuando vuelve a abrirlos, su mirada es de un gris abrasador.

—Muy bien, nena.

Me suelta la mano, deja que siga yo sola y cierra los ojos mientras la muevo arriba y abajo. Flexiona ligeramente las caderas hacia mi mano, y de forma refleja lo aprieto con más fuerza. Desde lo más profundo de la garganta se le escapa un ronco gemido. Fóllame la boca... Mmm. Lo recuerdo metiéndome el pulgar en la boca y pidiéndome que se lo chupara con fuerza. Abre la boca a medida que su respiración se acelera. Tiene los ojos cerrados. Me inclino, coloco los labios alrededor de su miembro y chupo de forma vacilante, deslizando la lengua por la punta.

—Uau... Ana.

Abre mucho los ojos y sigo chupando.

Mmm... Es duro y blando a la vez, como acero recubierto de terciopelo, y sorprendentemente sabroso, salado y suave.

—Dios —gime.

Y vuelve a cerrar los ojos.

Introduzco la boca hasta el fondo y vuelve a gemir. ¡Ja! La diosa que llevo dentro está encantada. Puedo hacerlo. Puedo follármelo con la boca. Vuelvo a girar la lengua alrededor de la punta, y él se arquea y levanta las caderas. Ha abierto los ojos, que despiden fuego. Vuelve a arquearse apretando los dientes. Me apoyo en sus muslos y clavo la boca hasta el fondo. Siento en las

manos que sus piernas se tensan. Me coge de las trenzas y empieza a moverse.

—Oh... nena... es fantástico —murmura.

Chupo más fuerte y paso la lengua por la punta de su impresionante erección. Se la presiono con la boca cubriéndome los dientes con los labios. Él espira con la boca entreabierta y gime.

—Dios, ¿hasta dónde puedes llegar? —susurra.

Mmm... Empujo con fuerza y siento su miembro en el fondo de la garganta, y luego en los labios otra vez. Paso la lengua por la punta. Es como un polo con sabor a... Christian Grey. Chupo cada vez más deprisa, empujando cada vez más hondo y girando la lengua alrededor. Mmm... No tenía ni idea de que proporcionar placer podía ser tan excitante, verlo retorcerse sutilmente de deseo carnal. La diosa que llevo dentro baila merengue con algunos pasos de salsa.

—Anastasia, voy a correrme en tu boca —me advierte jadeando—. Si no quieres, para.

Vuelve a empujar las caderas, con los ojos muy abiertos, cautelosos y llenos de lascivo deseo... Y me desea a mí. Desea mi boca... Madre mía.

Me agarra del pelo con fuerza. Yo puedo. Empujo todavía con más fuerza y de pronto, en un momento de insólita seguridad en mí misma, descubro los dientes.

Llega al límite. Grita, se queda inmóvil y siento un líquido caliente y salado deslizándose por mi garganta. Me lo trago rápidamente. Uf... No sé si he hecho bien.

Pero me basta con mirarlo para que no me importe... He conseguido que perdiera el control en la bañera. Me incorporo y lo observo con una sonrisa triunfal que me

eleva las comisuras de la boca. Respira entrecortadamente. Abre los ojos y me mira.

—¿No tienes arcadas? —me pregunta atónito—. Dios, Ana... ha estado... muy bien, de verdad, muy bien. Aunque no lo esperaba. —Frunce el ceño—. ¿Sabes? No dejas de sorprenderme.

Sonrío y me muerdo el labio conscientemente. Me mira interrogante.

—¿Lo habías hecho antes?

—No.

No puedo ocultar un ligero matiz de orgullo en mi negativa.

—Bien —me dice complacido y, según creo, aliviado—. Otra novedad, señorita Steele. —Me evalúa con la mirada—. Bueno, tienes un sobresaliente en técnicas orales. Ven, vamos a la cama. Te debo un orgasmo.

¡Otro orgasmo!

Sale rápidamente de la bañera y me ofrece la primera imagen íntegra del Adonis de divinas proporciones que es Christian Grey. La diosa que llevo dentro ha dejado de bailar y lo observa también, boquiabierta y babeando. Su erección se ha reducido, pero sigue siendo importante... Uau. Se enrolla una toalla pequeña en la cintura para cubrirse mínimamente y saca otra más grande y suave, de color blanco, para mí. Salgo de la bañera y le cojo la mano que me tiende. Me envuelve en la toalla, me abraza y me besa con fuerza, metiéndome la lengua en la boca. Deseo estirar los brazos y abrazarlo... tocarlo... pero los tengo atrapados dentro de la toalla. No tardo en perderme en su beso. Me sujeta la cabeza con las manos, me recorre la boca con

la lengua y me da la sensación de que está expresándome su gratitud... ¿quizá por mi primera felación?

Se aparta un poco, con las manos a ambos lados de mi cara, y me mira a los ojos. Parece perdido.

—Dime que sí —susurra fervientemente.

Frunzo el ceño, porque no lo entiendo.

—¿A qué?

—A nuestro acuerdo. A ser mía. Por favor, Ana —susurra suplicante, recalcando el «por favor» y mi nombre.

Vuelve a besarme con pasión, y luego se aparta y me mira parpadeando. Me coge de la mano y me conduce de vuelta al dormitorio. Me tambaleo un poco, así que lo sigo mansamente, aturdida. Lo desea de verdad.

Ya en el dormitorio, me observa junto a la cama.

—¿Confías en mí? —me pregunta de pronto.

Asiento con los ojos muy abiertos, y de pronto me doy cuenta de que efectivamente confío en él. ¿Qué va a hacerme ahora? Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo.

—Buena chica —me dice pasándome el pulgar por el labio inferior.

Se acerca al armario y vuelve con una corbata gris de seda.

—Junta las manos por delante —me ordena quitándome la toalla y tirándola al suelo.

Hago lo que me pide. Me rodea las muñecas con la corbata y hace un nudo apretado. Los ojos le brillan de excitación. Tira de la corbata para asegurarse de que el nudo no se mueve. Tiene que haber sido boyscout para saber hacer estos nudos. ¿Y ahora qué? Se me ha

disparado el pulso y el corazón me late a un ritmo frenético. Desliza los dedos por mis trenzas.

—Pareces muy joven con estas trenzas —murmura acercándose a mí.

Retrocedo instintivamente hasta que siento la cama detrás de las rodillas. Se quita la toalla, pero no puedo apartar los ojos de su cara. Su expresión es ardiente, llena de deseo.

—Oh, Anastasia, ¿qué voy a hacer contigo? —me susurra.

Me tiende sobre la cama, se tumba a mi lado y me levanta las manos por encima de la cabeza.

—Deja las manos así. No las muevas. ¿Entendido?

Sus ojos abrasan los míos y su intensidad me deja sin aliento. No es un hombre al que quisiera hacer enfadar.

—Contéstame —me pide en voz baja.

—No moveré las manos —le contesto sin aliento.

—Buena chica —murmura.

Y deliberadamente se pasa la lengua por los labios muy despacio. Me fascina su lengua recorriendo lentamente su labio superior. Me mira a los ojos, me observa, me examina. Se inclina y me da un casto y rápido beso en los labios.

—Voy a besarle todo el cuerpo, señorita Steele —me dice en voz baja.

Me agarra de la barbilla y me la levanta, lo que le da acceso a mi cuello. Sus labios se deslizan por él, descienden por mi cuello besándome, chupándome y mordisqueándome. Todo mi cuerpo vibra expectante. El baño me ha dejado la piel hipersensible. La sangre

caliente desciende lentamente hasta mi vientre, entre las piernas, hasta mi sexo. Gimo.

Quiero tocarlo. Muevo las manos, pero, como estoy atada, le toco el pelo con bastante torpeza. Deja de besarme, levanta los ojos y mueve la cabeza de un lado a otro chasqueando la lengua. Me sujeta las manos y vuelve a colocármelas por encima de la cabeza.

—Si mueves las manos, tendremos que volver a empezar —me regaña suavemente.

Oh, le gusta hacerme rabiar.

—Quiero tocarte —le digo jadeando sin poder controlarme.

—Lo sé —murmura—. Pero deja las manos quietas.

Oh... es muy frustrante. Sus manos descienden por mi cuerpo hasta mis pechos mientras sus labios se deslizan por mi cuello. Me lo acaricia con la punta de la nariz, y luego, con la boca, da inicio a una lenta travesía hacia el sur y sigue el rastro de sus manos por el esternón hasta mis pechos. Me besa y me mordisquea uno, luego el otro, y me chupa suavemente los pezones. Maldita sea. Mis caderas empiezan a balancearse y a moverse por su cuenta, siguiendo el ritmo de su boca, y yo intento desesperadamente recordar que tengo que mantener las manos por encima de la cabeza.

—No te muevas —me advierte.

Siento su cálida respiración sobre mi piel. Llega a mi ombligo, introduce la lengua y me roza la barriga con los dientes. Mi cuerpo se arquea.

—Mmm. Qué dulce es usted, señorita Steele.

Desliza la nariz desde mi ombligo hasta mi vello púbico mordiéndome suavemente y provocándome con

la lengua. De pronto se arrodilla a mis pies, me agarra de los tobillos y me separa las piernas.

Madre mía. Me coge del pie izquierdo, me dobla la rodilla y se lleva el pie a la boca. Sin dejar de observar mis reacciones, besa todos mis dedos y luego me muerde suavemente las yemas. Cuando llega al meñique, lo muerde con más fuerza. Siento una convulsión y gimo suavemente. Desliza la lengua por el empeine... y ya no puedo seguir mirándolo. Es demasiado erótico. Voy a explotar. Aprieto los ojos e intento absorber y soportar todas las sensaciones que me provoca. Me besa el tobillo y sigue su recorrido por la pantorrilla hasta la rodilla, donde se detiene. Entonces empieza con el pie derecho, y repite todo el seductor y asombroso proceso.

Me muerde el meñique, y el mordisco se proyecta en lo más profundo de mi vientre.

—Por favor —gimo.

—Lo mejor para usted, señorita Steele —me dice.

Esta vez no se detiene en la rodilla. Sigue por la parte interior del muslo y a la vez me separa más las piernas. Sé lo que va a hacer, y parte de mí quiere apartarlo, porque me muero de vergüenza. Va a besarme el sexo. Lo sé. Pero otra parte de mí disfruta esperándolo. Se gira hacia la otra rodilla y sube hasta el muslo besándome, chupándome, lamiéndome, y de pronto está entre mis piernas, deslizando la nariz por mi sexo, arriba y abajo, muy suavemente, con mucha delicadeza.

Me retuerzo... Madre mía.

Se detiene y espera a que me calme. Levanto la cabeza y lo miro con la boca abierta. Mi acelerado corazón intenta tranquilizarse.

—¿Sabe lo embriagador que es su olor, señorita Steele? —murmura.

Sin apartar sus ojos de los míos, introduce la nariz en mi vello púbico e inhala.

Me ruborizo, siento que voy a desmayarme y cierro los ojos al instante. No puedo verlo haciendo algo así.

Me recorre muy despacio el sexo. Oh, joder...

—Me gusta —me dice tirando suavemente de mi vello púbico—. Quizá lo conservaremos.

—Oh... por favor —le suplico.

—Mmm... Me gusta que me supliques, Anastasia.

Gimo.

—No suelo pagar con la misma moneda, señorita Steele —susurra deslizándose por mi sexo—, pero hoy me ha complacido, así que tiene que recibir su recompensa.

Oigo en su voz la sonrisa perversa, y mientras mi cuerpo palpita con sus palabras, empieza a rodearme el clítoris con la lengua muy despacio, sujetándome los muslos con las manos.

—¡Ahhh! —gimo.

Mi cuerpo se arquea y se convulsiona al contacto de su lengua.

Sigue torturándome con la lengua una y otra vez. Pierdo la conciencia de mí misma. Todas las partículas de mi ser se concentran en el pequeño punto neurálgico por encima de los muslos. Las piernas se me quedan rígidas. Oigo su gemido mientras me introduce un dedo.

—Nena, me encanta que estés tan mojada para mí.

Mueve el dedo trazando un amplio círculo, expandiéndome, empujándome, y su lengua sigue el compás del dedo alrededor de mi clítoris. Gimo. Es demasiado... Mi cuerpo me suplica que lo alivie, y no puedo seguir negándome. Me dejo ir. El orgasmo se apodera de mí y pierdo todo pensamiento coherente, me retuerzo por dentro una y otra vez. ¡Madre mía! Grito, y el mundo se desmorona y desaparece de mi vista mientras la fuerza de mi clímax lo anula y lo vacía todo.

Mis jadeos apenas me permiten oír cómo rasga el paquetito plateado. Me penetra lentamente y empieza a moverse. Oh... Dios mío. La sensación es dolorosa y dulce, fuerte y suave a la vez.

—¿Cómo estás? —me pregunta en voz baja.

—Bien. Muy bien —le contesto.

Y empieza a moverse muy deprisa, hasta el fondo, me embiste una y otra vez, implacable, empuja y vuelve a empujar hasta que vuelvo a estar al borde del abismo. Gimoteo.

—Córrete para mí, nena.

Me habla al oído con voz áspera, dura y salvaje, y exploto mientras bombea rápidamente dentro de mí.

—Un polvo de agradecimiento —susurra.

Empuja fuerte una vez más y gime al llegar al clímax apretándose contra mí. Luego se queda inmóvil, con el cuerpo rígido.

Se desploma encima de mí. Siento su peso aplastándome contra el colchón. Paso mis manos atadas alrededor de su cuello y lo abrazo como puedo. En este momento sé que haría cualquier cosa por este hombre. Soy suya. La maravilla que está enseñándome es mucho más de lo que jamás habría podido imaginar. Y quiere ir

más allá, mucho más allá, a un lugar que mi inocencia ni siquiera puede imaginar. Oh... ¿qué debo hacer?

Se apoya en los codos, y sus intensos ojos grises me miran fijamente.

—¿Ves lo buenos que somos juntos? —murmura—. Si te entregas a mí, será mucho mejor. Confía en mí, Anastasia. Puedo transportarte a lugares que ni siquiera sabes que existen.

Sus palabras se hacen eco de mis pensamientos. Pega su nariz a la mía. Todavía no me he recuperado de mi insólita reacción física y lo miro con la mente en blanco, buscando algún pensamiento coherente.

De pronto oímos voces en el salón, al otro lado del dormitorio. Tardo un momento en procesar lo que estoy oyendo.

—Si todavía está en la cama, tiene que estar enfermo. Nunca está en la cama a estas horas. Christian nunca se levanta tarde.

—Señora Grey, por favor.

—Taylor, no puedes impedirme ver a mi hijo.

—Señora Grey, no está solo.

—¿Qué quiere decir que no está solo?

—Está con alguien.

—Oh...

Hasta yo me doy cuenta de que le cuesta creérselo.

Christian parpadea y me mira con los ojos como platos, fingiendo estar aterrorizado.

—¡Mierda! Mi madre.

De repente sale de mi cuerpo y me estremezco. Se sienta en la cama y tira el condón usado en una papelera.

—Vamos, tenemos que vestirnos... si quieres conocer a mi madre.

Sonríe, se levanta de la cama y se pone los vaqueros... sin calzoncillos. Intento incorporarme, pero sigo atada.

—Christian... no puedo moverme.

Su sonrisa se acentúa. Se inclina y me desata la corbata, que me ha dejado la marca de la tela en las muñecas. Es... sexy. Me observa divertido, con ojos danzarines. Me besa rápidamente en la frente y me sonríe.

—Otra novedad —admite.

No tengo ni idea de lo que quiere decir.

—No tengo ropa limpia.

De pronto el pánico se apodera de mí, y teniendo en cuenta la experiencia que acabo de vivir, el pánico me parece insoportable. ¡Su madre! Maldita sea. No tengo ropa limpia y prácticamente nos ha pillado in fraganti.

—Quizá debería quedarme aquí.

—No, claro que no —me contesta en tono amenazador—. Puedes ponerte algo mío.

Se ha puesto una camiseta y se pasa la mano por el pelo revuelto. Aunque estoy muy nerviosa, me quedo embobada. Su belleza es arrebatadora.

—Anastasia, estarías preciosa hasta con un saco. No te preocupes, por favor. Me gustaría que conocieras a mi madre. Vístete. Voy a calmarla un poco. —Aprieta los

labios—. Te espero en el salón dentro de cinco minutos. Si no, vendré a buscarte y te arrastraré llevés lo que llevés puesto. Mis camisetas están en ese cajón. Las camisas, en el armario. Sírvete tú misma.

Me mira un instante inquisitivo y sale de la habitación.

Maldita sea, la madre de Christian. Es mucho más de lo que esperaba. Quizá conocerla me permita colocar algunas piezas del puzle. Podría ayudarme a entender por qué Christian es como es... De pronto quiero conocerla. Recojo mi blusa del suelo y me alegra descubrir que ha sobrevivido a la noche sin apenas arrugas.

Encuentro el sujetador azul debajo de la cama y me visto a toda prisa. Pero si hay algo que odio es no llevar las bragas limpias. Me dirijo a la cómoda de Christian y busco entre sus calzoncillos. Me pongo unos Calvin Klein ajustados, los vaqueros y las Converse.

Cojo la chaqueta, corro al cuarto de baño y observo mis ojos demasiado brillantes, mi cara colorada... y mi pelo. Dios mío... Las trenzas despeinadas tampoco me quedan bien. Busco un cepillo, pero solo encuentro un peine. Menos da una piedra. Me recojo el pelo rápidamente, mirando desesperada la ropa que llevo. Quizá debería aceptar la oferta de Christian. Mi subconsciente frunce los labios y articula la palabra «ja». No le hago caso. Me pongo la chaqueta y me alegro de que los puños cubran las marcas de la corbata. Nerviosa, me miro por última vez en el espejo. Es lo que hay. Me dirijo al salón.

—Aquí está —dice Christian levantándose del sofá.

Me mira con expresión cálida y agradecida. La mujer rubia que está a su lado se gira y me dedica una amplia sonrisa. Se levanta también. Va impecable, con un vestido de punto marrón claro y zapatos a juego, arreglada y elegante. Está muy guapa, y me mortifico un poco pensando que yo voy hecha un desastre.

—Mamá, te presento a Anastasia Steele. Anastasia, esta es Grace Trevelyan-Grey.

La doctora Trevelyan-Grey me tiende la mano. T... ¿de Trevelyan? Su inicial.

—Encantada de conocerte —murmura.

Si no me equivoco, en su voz hay un matiz de sorpresa, quizá de inmenso alivio, y sus ojos castaños emiten un cálido destello. Le estrecho la mano y no puedo evitar sonreír, devolverle su calidez.

—Doctora Trevelyan-Grey —digo en voz baja.

—Llámame Grace. —Sonríe, y Christian frunce el ceño—. Suelen llamarme doctora Trevelyan, y la señora Grey es mi suegra. —Me guiña un ojo—. Bueno, ¿y cómo os conocisteis? —pregunta mirando interrogante a Christian, incapaz de ocultar su curiosidad.

—Anastasia me hizo una entrevista para la revista de la facultad, porque esta semana voy a entregar los títulos.

Mierda, mierda. Lo había olvidado.

—Así que te gradúas esta semana... —me dice Grace.

—Sí.

Empieza a sonar mi móvil. Apuesto a que es Kate.

—Disculpadme.

El teléfono está en la cocina. Me acerco y lo cojo de la barra sin mirar quién me llama.

—Kate.

—¡Dios mío! ¡Ana!

Maldita sea, es José. Parece desesperado.

—¿Dónde estás? Te he llamado veinte veces. Tengo que verte. Quiero pedirte perdón por lo del viernes. ¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

—Mira, José, ahora no es un buen momento.

Miro muy nerviosa a Christian, que me observa atentamente, con rostro impasible, mientras murmura algo a su madre. Le doy la espalda.

—¿Dónde estás? Kate me ha dado largas —se queja.

—En Seattle.

—¿Qué haces en Seattle? ¿Estás con él?

—José, te llamo más tarde. No puedo hablar ahora.

Y cuelgo.

Vuelvo con toda tranquilidad con Christian y su madre. Grace está en pleno parloteo.

—... y Elliot me llamó para decirme que estabas por aquí... Hace dos semanas que no te veo, cariño.

—¿Elliot lo sabía? —pregunta Christian mirándome con expresión indescifrable.

—Pensé que podríamos comer juntos, pero ya veo que tienes otros planes, así que no quiero interrumpiros.

Coge su largo abrigo de color crema, se lo pone y le acerca la mejilla. Christian la besa rápidamente. Ella no le toca.

—Tengo que llevar a Anastasia a Portland.

—Claro, cariño. Anastasia, un placer conocerte. Espero que volvamos a vernos.

Me tiende la mano con ojos brillantes, y se la estrecho.

Taylor aparece procedente... ¿de dónde?

—Señora Grey...

—Gracias, Taylor.

La sigue por el salón y cruza detrás de ella la doble puerta que da al vestíbulo. ¿Taylor ha estado aquí todo el tiempo? ¿Cuánto lleva aquí? ¿Dónde ha estado?

Christian me mira.

—Así que te ha llamado el fotógrafo...

Mierda.

—Sí.

—¿Qué quería?

—Solo pedirme perdón, ya sabes... por lo del viernes.

Christian arruga la frente.

—Ya veo —se limita a decirme.

Taylor vuelve a aparecer.

—Señor Grey, hay un problema con el envío a Darfur.

Christian asiente bruscamente haciéndole callar.

—¿El Charlie Tango ha vuelto a Boeing Field?

—Sí, señor. —Me mira e inclina la cabeza—. Señorita Steele.

Le sonrío torpemente, se gira y se marcha.

—¿Taylor vive aquí?

—Sí —me contesta cortante.

¿Qué le pasa ahora?

Christian va a la cocina, coge su BlackBerry y echa un vistazo a los e-mails, supongo. Está muy serio. Hace una llamada.

—Ros, ¿cuál es el problema? —pregunta bruscamente.

Escucha sin dejar de mirarme con ojos interrogantes. Yo estoy en medio del enorme salón preguntándome qué hacer, totalmente cohibida y fuera de lugar.

—No voy a poner en peligro a la tripulación. No, cancélalo... Lo lanzaremos desde el aire... Bien.

Cuelga. La calidez de sus ojos ha desaparecido. Parece hostil. Me lanza una rápida mirada, se dirige a su estudio y vuelve al momento.

—Este es el contrato. Léelo y lo comentamos el fin de semana que viene. Te sugiero que investigues un poco para que sepas de lo que estamos hablando. —Se calla un momento—. Bueno, si aceptas, y espero de verdad que aceptes —añade en tono más suave, nervioso.

—¿Que investigue?

—Te sorprendería saber lo que puedes encontrar en internet —murmura.

¡Internet! No tengo ordenador, solo el portátil de Kate, y, por supuesto, no puedo utilizar el de Clayton's para este tipo de «investigación».

—¿Qué pasa? —me pregunta ladeando la cabeza.

—No tengo ordenador. Suelo utilizar los de la facultad. Veré si puedo utilizar el portátil de Kate.

Me tiende un sobre de papel manila.

—Seguro que puedo... bueno... prestarte uno. Recoge tus cosas. Volveremos a Portland en coche y comeremos algo por el camino. Voy a vestirme.

—Tengo que hacer una llamada —murmuro.

Solo quiero oír la voz de Kate. Christian pone mala cara.

—¿Al fotógrafo?

Se le tensa la mandíbula y le arden los ojos. Parpadeo.

—No me gusta compartir, señorita Steele. Recuérdelo —me advierte con estremecedora tranquilidad.

Me lanza una larga y fría mirada y se dirige al dormitorio.

Maldita sea. Solo quería llamar a Kate. Quiero llamarla delante de él, pero su repentina actitud distante me ha dejado paralizada. ¿Qué ha pasado con el hombre generoso, relajado y sonriente que me hacía el amor hace apenas media hora?

—¿Lista? —me pregunta Christian junto a la puerta doble del vestíbulo.

Asiento, insegura. Ha recuperado su tono distante, educado y convencional. Ha vuelto a ponerse la máscara. Lleva una bolsa de piel al hombro. ¿Para qué la necesita? Quizá va a quedarse en Portland. Entonces recuerdo la entrega de títulos. Sí, claro... Estará en Portland el jueves. Lleva una cazadora negra de cuero.

Vestido así, sin duda no parece un multimillonario. Parece un chico descarriado, quizá una rebelde estrella de rock o un modelo de pasarela. Suspiro por dentro deseando tener una décima parte de su elegancia. Es tan tranquilo y controlado... Frunzo el ceño al recordar su arrebató por la llamada de José... Bueno, al menos parece que lo es.

Taylor está esperando al fondo.

—Mañana, pues —le dice a Taylor.

—Sí, señor —le contesta Taylor asintiendo—. ¿Qué coche va a llevarse?

Me lanza una rápida mirada.

—El R8.

—Buen viaje, señor Grey. Señorita Steele.

Taylor me mira con simpatía, aunque quizá en lo más profundo de sus ojos se esconda una pizca de lástima.

Sin duda cree que he sucumbido a los turbios hábitos sexuales del señor Grey. Bueno, a sus excepcionales hábitos sexuales... ¿o quizá el sexo sea así para todo el mundo? Frunzo el ceño al pensarlo. No tengo nada con lo que compararlo y por lo visto no puedo preguntárselo a Kate. Así que tendré que hablar del tema con Christian. Sería perfectamente natural poder hablar de ello con alguien... pero no puedo hablar con Christian si de repente se muestra extrovertido y al minuto siguiente distante.

Taylor nos sujeta la puerta para que salgamos. Christian llama al ascensor.

—¿Qué pasa, Anastasia? —me pregunta.

¿Cómo sabe que estoy dándole vueltas a algo? Alza una mano y me levanta la barbilla.

—Deja de morderte el labio o te follaré en el ascensor, y me dará igual si entra alguien o no.

Me ruborizo, pero sus labios esbozan una ligera sonrisa. Al final parece que está recuperando el sentido del humor.

—Christian, tengo un problema.

—¿Ah, sí? —me pregunta observándome con atención.

Llega el ascensor. Entramos y Christian pulsa el botón del parking.

—Bueno...

Me ruborizo. ¿Cómo explicárselo?

—Necesito hablar con Kate. Tengo muchas preguntas sobre sexo, y tú estás demasiado implicado. Si quieres que haga todas esas cosas, ¿cómo voy a saber...? —me interrumpo e intento encontrar las palabras adecuadas—. Es que no tengo puntos de referencia.

Pone los ojos en blanco.

—Si no hay más remedio, habla con ella —me contesta enfadado—. Pero asegúrate de que no comente nada con Elliot.

Su insinuación me hace dar un respingo. Kate no es así.

—Kate no haría algo así, como yo no te diría a ti nada de lo que ella me cuente de Elliot... si me contara algo —añado rápidamente.

—Bueno, la diferencia es que a mí no me interesa su vida sexual —murmura Christian en tono seco—. Elliot es un capullo entrometido. Pero háblale solo de lo que hemos hecho hasta ahora —me advierte—. Seguramente me cortarían los huevos si supiera lo que quiero hacer contigo —añade en voz tan baja que no estoy segura de si pretendía que lo oyera.

—De acuerdo —acepto sonriéndole aliviada.

No quiero ni pensar en que Kate vaya a cortar los huevos a Christian.

Frunce los labios y mueve la cabeza.

—Cuanto antes te sometas a mí mejor, y así acabamos con todo esto —murmura.

—¿Acabamos con qué?

—Con tus desafíos.

Me pasa una mano por la mejilla y me besa rápidamente en los labios. Las puertas del ascensor se abren. Me coge de la mano y tira de mí hacia el parking.

¿Mis desafíos? ¿De qué habla?

Cerca del ascensor veo el Audi 4 x 4 negro, pero cuando pulsa el mando para que se abran las puertas, se encienden las luces de un deportivo negro reluciente.

Es uno de esos coches que debería tener tumbada en el capó a una rubia de largas piernas vestida solo con una banda de miss.

—Bonito coche —murmuro en tono frío.

Me mira y sonrío.

—Lo sé —me contesta.

Y por un segundo vuelve el dulce, joven y despreocupado Christian. Me inspira ternura. Está entusiasmado. Los chicos y sus juguetes. Pongo los ojos en blanco, pero no puedo ocultar mi sonrisa. Me abre la puerta y entro. Uau... es muy bajo. Rodea el coche con paso seguro y, cuando llega al otro lado, dobla su largo cuerpo con elegancia. ¿Cómo lo consigue?

—¿Qué coche es?

—Un Audi R8 Spyder. Como hace un día precioso, podemos bajar la capota. Ahí hay una gorra. Bueno, debería haber dos.

Gira la llave de contacto, y el motor ruge a nuestras espaldas. Deja la bolsa entre los dos asientos, pulsa un botón y la capota retrocede lentamente. Pulsa otro, y la voz de Bruce Springsteen nos envuelve.

—Va a tener que gustarte Bruce.

Me sonrío, saca el coche de la plaza de parking y sube la empinada rampa, donde nos detenemos a esperar que se levante la puerta.

Y salimos a la soleada mañana de mayo de Seattle. Abro la guantera y saco las gorras. Son del equipo de los Mariners. ¿Le gusta el béisbol? Le tiendo una gorra y se la pone. Paso el pelo por la parte de atrás de la mía y me bajo la visera.

La gente nos mira al pasar. Por un momento pienso que lo miran a él... Luego, una paranoica parte de mí

cree que me miran a mí porque saben lo que he estado haciendo en las últimas doce horas, pero al final me doy cuenta de que lo que miran es el coche. Christian parece ajeno a todo, perdido en sus pensamientos.

Hay poco tráfico, así que no tardamos en llegar a la interestatal 5 en dirección sur, con el viento soplando por encima de nuestras cabezas. Bruce canta que arde de deseo. Muy oportuno. Me ruborizo escuchando la letra. Christian me mira. Como lleva puestas las Ray-Ban, no veo su expresión. Frunce los labios, apoya una mano en mi rodilla y me la aprieta suavemente. Se me corta la respiración.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

No de comida.

—No especialmente.

Sus labios vuelven a tensarse en una línea firme.

—Tienes que comer, Anastasia —me reprende—. Conozco un sitio fantástico cerca de Olympia. Pararemos allí.

Me aprieta la rodilla de nuevo, su mano vuelve a sujetar el volante y pisa el acelerador. Me veo impulsada contra el respaldo del asiento. Madre mía, cómo corre este coche.

El restaurante es pequeño e íntimo, un chalet de madera en medio de un bosque. La decoración es rústica: sillas diferentes, mesas con manteles a cuadros y flores silvestres en pequeños jarrones. CUISINE SAUVAGE, alardea un cartel por encima de la puerta.

—Hacía tiempo que no venía. No se puede elegir... Preparan lo que han cazado o recogido.

Alza las cejas fingiendo horrorizarse y no puedo evitar reírme. La camarera nos pregunta qué vamos a

beber. Se ruboriza al ver a Christian y se esconde debajo de su largo flequillo rubio para evitar mirarlo a los ojos. ¡Le gusta! ¡No solo me pasa a mí!

—Dos vasos de Pinot Grigio —dice Christian en tono autoritario.

Pongo mala cara.

—¿Qué pasa? —me pregunta bruscamente.

—Yo quería una Coca-Cola light —susurro.

Arruga la frente y mueve la cabeza.

—El Pinot Grigio de aquí es un vino decente. Irá bien con la comida, nos traigan lo que nos traigan —me dice en tono paciente.

—¿Nos traigan lo que nos traigan?

—Sí.

Esboza su deslumbrante sonrisa ladeando la cabeza y se me hace un nudo en el estómago. No puedo evitar devolvérsela.

—A mi madre le has gustado —me dice de pronto.

—¿En serio?

Sus palabras hacen que me ruborice de alegría.

—Claro. Siempre ha pensado que era gay.

Abro la boca al acordarme de aquella pregunta... en la entrevista. Oh, no.

—¿Por qué pensaba que eras gay? —le pregunto en voz baja.

—Porque nunca me ha visto con una chica.

—Vaya... ¿con ninguna de las quince?

Sonríe.

—Tienes buena memoria. No, con ninguna de las quince.

—Oh.

—Mira, Anastasia, para mí también ha sido un fin de semana de novedades —me dice en voz baja.

—¿Sí?

—Nunca había dormido con nadie, nunca había tenido relaciones sexuales en mi cama, nunca había llevado a una chica en el Charlie Tango y nunca le había presentado una mujer a mi madre. ¿Qué estás haciendo conmigo?

La intensidad de sus ojos ardientes me corta la respiración.

Llega la camarera con nuestros vasos de vino, e inmediatamente doy un pequeño sorbo. ¿Está siendo franco o se trata de un simple comentario fortuito?

—Me lo he pasado muy bien este fin de semana, de verdad —digo en voz baja.

Vuelve a arrugar la frente.

—Deja de morderte el labio —gruñe—. Yo también —añade.

—¿Qué es un polvo vainilla? —le pregunto, aunque solo sea para no pensar en su intensa, ardiente y sexy mirada.

Se ríe.

—Sexo convencional, Anastasia, sin juguetes ni accesorios. —Se encoge de hombros—. Ya sabes... bueno, la verdad es que no lo sabes, pero eso es lo que significa.

—Oh.

Creía que lo que habíamos hecho eran polvos de exquisita tarta de chocolate fundido con una guinda encima. Pero ya veo que no me entero.

La camarera nos trae sopa, que ambos miramos con cierto recelo.

—Sopa de ortigas —nos informa la camarera.

Se da media vuelta y regresa enfadada a la cocina. No creo que le guste que Christian no le haga ni caso. Pruebo la sopa, que está riquísima. Christian y yo nos miramos a la vez, aliviados. Suelto una risita, y él ladea la cabeza.

—Qué sonido tan bonito —murmura.

—¿Por qué nunca has echado polvos vainilla? ¿Siempre has hecho... bueno... lo que hagas? —le pregunto intrigada.

Asiente lentamente.

—Más o menos —me contesta con cautela.

Por un momento frunce el ceño y parece librar una especie de batalla interna. Luego levanta los ojos, como si hubiera tomado una decisión.

—Una amiga de mi madre me sedujo cuando yo tenía quince años.

—Oh.

¡Dios mío, tan joven!

—Sus gustos eran muy especiales. Fui su sumiso durante seis años.

Se encoge de hombros.

—Oh.

Su confesión me deja helada, aturdida.

—Así que sé lo que implica, Anastasia —me dice con una mirada significativa.

Lo observo fijamente, incapaz de articular palabra... Hasta mi subconsciente está en silencio.

—La verdad es que no tuve una introducción al sexo demasiado corriente.

Me pica la curiosidad.

—¿Y nunca saliste con nadie en la facultad?

—No —me contesta negando con la cabeza para enfatizar su respuesta.

La camarera entra para retirar nuestros platos y nos interrumpe un momento.

—¿Por qué? —le pregunto cuando ya se ha ido.

Sonríe burlón.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Porque no quise. Solo la deseaba a ella. Además, me habría matado a palos.

Sonríe con cariño al recordarlo.

Oh, demasiada información de golpe... pero quiero más.

—Si era una amiga de tu madre, ¿cuántos años tenía?

Sonríe.

—Los suficientes para saber lo que se hacía.

—¿Sigues viéndola?

—Sí.

—¿Todavía... bueno...?

Me ruborizo.

—No —me dice negando con la cabeza y con una sonrisa indulgente—. Es una buena amiga.

—¿Tu madre lo sabe?

Me mira como diciéndome que no sea idiota.

—Claro que no.

La camarera vuelve con sendos platos de venado, pero se me ha quitado el hambre. Toda una revelación. Christian, sumiso... Madre mía. Doy un largo trago de Pinot Grigio... Christian tenía razón, por supuesto: está exquisito. Dios, tengo que pensar en todo lo que me ha contado. Necesito tiempo para procesarlo, cuando esté

sola, porque ahora me distrae su presencia. Es tan irresistible, tan macho alfa, y de repente lanza este bombazo. Él sabe lo que es ser sumiso.

—Pero no estarías con ella todo el tiempo... —le digo confundida.

Bueno, estaba solo con ella, aunque no la veía todo el tiempo. Era... difícil. Después de todo, todavía estaba en el instituto, y más tarde en la facultad. Come, Anastasia.

—No tengo hambre, Christian, de verdad.

Lo que me ha contado me ha dejado aturdida.

Su expresión se endurece.

—Come —me dice en tono tranquilo, demasiado tranquilo.

Lo miro. Este hombre... abusaron sexualmente de él cuando era adolescente... Su tono es amenazador.

—Espera un momento —susurro.

Pestañea un par de veces.

—De acuerdo —murmura.

Y sigue comiendo.

Así será la cosa si firmo. Tendré que cumplir sus órdenes. Frunzo el ceño. ¿Es eso lo que quiero? Cojo el tenedor y el cuchillo, y empiezo a cortar el venado. Está delicioso.

—¿Así será nuestra... bueno... nuestra relación? ¿Estarás dándome órdenes todo el rato? —le pregunto en un susurro, sin apenas atreverme a mirarlo.

—Sí —murmura.

—Ya veo.

—Es más, querrás que lo haga —añade en voz baja.

Lo dudo, sinceramente. Pincho otro trozo de venado y me lo acerco a los labios.

—Es mucho decir —murmuro.

Y me lo meto en la boca.

—Lo es.

Cierra los ojos un segundo. Cuando los abre, está muy serio.

—Anastasia, tienes que seguir tu instinto. Investiga un poco, lee el contrato... No tengo problema en comentar cualquier detalle. Estaré en Portland hasta el viernes, por si quieres que hablemos antes del fin de semana. —Sus palabras me llegan en un torrente apresurado—. Llámame... Podríamos cenar... ¿digamos el miércoles? De verdad quiero que esto funcione. Nunca he querido nada tanto.

Sus ojos reflejan su ardiente sinceridad y su deseo. Es básicamente lo que no entiendo. ¿Por qué yo? ¿Por qué no una de las quince? Oh, no... ¿En eso voy a convertirme? ¿En un número? ¿La dieciséis, nada menos?

—¿Qué pasó con las otras quince? —le pregunto de pronto.

Alza las cejas sorprendido y mueve la cabeza con expresión resignada.

—Cosas distintas, pero al fin y al cabo se reduce a... —Se detiene, creo que intentando encontrar las palabras—. Incompatibilidad.

Se encoge de hombros.

—¿Y crees que yo podría ser compatible contigo?

—Sí.

—Entonces ya no ves a ninguna de ellas.

—No, Anastasia. Soy monógamo.

Vaya... toda una noticia.

—Ya veo.

—Investiga un poco, Anastasia.

Dejo el cuchillo y el tenedor. No puedo seguir comiendo.

—¿Ya has terminado? ¿Eso es todo lo que vas a comer?

Asiento. Me pone mala cara, pero decide callarse. Dejo escapar un pequeño suspiro de alivio. Con tanta información se me ha revuelto el estómago y estoy un poco mareada por el vino. Lo observo devorando todo lo que tiene en el plato. Come como una lima. Debe de hacer mucho ejercicio para mantener la figura. De pronto recuerdo cómo le cae el pijama..., y la imagen me desconcentra. Me remuevo incómoda. Me mira y me ruborizo.

—Daría cualquier cosa por saber lo que estás pensando ahora mismo —murmura.

Me ruborizo todavía más.

Me lanza una sonrisa perversa.

—Ya me imagino... —me provoca.

—Me alegro de que no puedas leerme el pensamiento.

—El pensamiento no, Anastasia, pero tu cuerpo... lo conozco bastante bien desde ayer —me dice en tono sugerente.

¿Cómo puede cambiar de humor tan rápido? Es tan volátil... Cuesta mucho seguirle el ritmo.

Llama a la camarera y le pide la cuenta. Cuando ha pagado, se levanta y me tiende la mano.

—Vamos.

Me coge de la mano y volvemos al coche. Lo inesperado de él es este contacto de su piel, normal, íntimo. No puedo reconciliar este gesto corriente y tierno

con lo que quiere hacer en aquel cuarto... el cuarto rojo del dolor.

Hacemos el viaje de Olympia a Vancouver en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Cuando aparca frente a la puerta de casa, son las cinco de la tarde.

Las luces están encendidas, así que Kate está dentro, sin duda empaquetando, a menos que Elliot todavía no se haya marchado. Christian apaga el motor, y entonces caigo en la cuenta de que tengo que separarme de él.

—¿Quieres entrar? —le pregunto.

No quiero que se marche. Quiero seguir más tiempo con él.

—No. Tengo trabajo —me dice mirándome con expresión insondable.

Me miro las manos y entrelazo los dedos. De pronto me pongo en plan sensibilero. Se va a marchar. Me coge de la mano, se la lleva lentamente a la boca y me la besa con ternura, un gesto dulce y pasado de moda. Me da un vuelco el corazón.

—Gracias por este fin de semana, Anastasia. Ha sido... estupendo. ¿Nos vemos el miércoles? Pasaré a buscarte por el trabajo o por donde me digas.

—Nos vemos el miércoles —susurro.

Vuelve a besarme la mano y me la deja en el regazo. Sale del coche, se acerca a mi puerta y me la abre. ¿Por qué de pronto me siento huérfana? Se me hace un nudo en la garganta. No quiero que me vea así. Sonrío forzosamente, salgo del coche y me dirijo a la puerta sabiendo que tengo que enfrentarme a Kate, que temo enfrentarme a Kate. A medio camino me giro y lo miro. Alegra esa cara, Steele, me riño a mí misma.

—Ah... por cierto, me he puesto unos calzoncillos tuyos.

Le sonrío y tiro de la goma de los calzoncillos para que los vea. Christian abre la boca, sorprendido. Una reacción genial. Mi humor cambia de inmediato y entro en casa pavoneándome. Una parte de mí quiere levantar el puño y dar un salto. ¡SÍ! La diosa que llevo dentro está encantada.

Kate está en el comedor metiendo sus libros en cajas.

—¿Ya estás aquí? ¿Dónde está Christian? ¿Cómo estás? —me pregunta en tono febril, nervioso.

Viene hacia mí, me coge por los hombros y examina minuciosamente mi cara antes incluso de que la haya saludado.

Mierda... Tengo que lidiar con la insistencia y la tenacidad de Kate, y llevo en el bolso un documento legal firmado que dice que no puedo hablar. No es una saludable combinación.

—Bueno, ¿cómo ha ido? No he dejado de pensar en ti todo el rato... después de que Elliot se marchara, claro —me dice sonriendo con picardía.

No puedo evitar sonreír por su preocupación y su acuciante curiosidad, pero de pronto me da vergüenza y me ruborizo. Lo que ha sucedido ha sido muy íntimo.

Ver y saber lo que Christian esconde. Pero tengo que darle algunos detalles, porque si no, no va a dejarme en paz.

—Ha ido bien, Kate. Muy bien, creo —le digo en tono tranquilo, intentando ocultar mi sonrisa.

—¿Estás segura?

—No tengo nada con lo que compararlo, ¿verdad? —
le digo encogiéndome de hombros a modo de disculpa.

—¿Te has corrido?

Maldita sea, qué directa es. Me pongo roja.

—Sí —murmuro nerviosa.

Kate me empuja hasta el sofá y nos sentamos. Me
coge de las manos.

—Muy bien. —Me mira como si no se lo creyera—. Ha
sido tu primera vez. Uau... Christian debe de saber lo que
se hace.

Oh, Kate, si tú supieras...

—Mi primera vez fue terrorífica —sigue diciendo,
poniendo cara triste de máscara de comedia.

—¿Sí?

Me interesa. Nunca me lo había contado.

—Sí. Steve Patrone. En el instituto. Un atleta
gilipollas. —Encoge los hombros—. Fue muy brusco, y yo
no estaba preparada. Estábamos los dos borrachos. Ya
sabes... el típico desastre adolescente después de la
fiesta de fin de curso. Uf, tardé meses en decidirme a
volver a intentarlo. Y no con ese inútil. Yo era demasiado
joven. Has hecho bien en esperar.

—Kate, eso suena espantoso.

Parece melancólica.

—Sí, tardé casi un año en tener mi primer orgasmo
con penetración, y llegas tú... y a la primera.

Asiento con timidez. La diosa que llevo dentro está
sentada en la postura del loto y parece serena, aunque
tiene una astuta sonrisa autocomplaciente en la cara.

—Me alegro de que hayas perdido la virginidad con
un hombre que sabe lo que se hace. —Me guiña un ojo—
. ¿Y cuándo vuelves a verlo?

—El miércoles. Iremos a cenar.

—Así que todavía te gusta...

—Sí, pero no sé qué va a pasar.

—¿Por qué?

—Es complicado, Kate. Ya sabes... Su mundo es totalmente diferente del mío.

Buena excusa. Y creíble. Mucho mejor que «tiene un cuarto rojo del dolor y quiere convertirme en su esclava sexual».

—Vamos, por favor, no permitas que el dinero sea un problema, Ana. Elliot me ha dicho que es muy raro que Christian salga con una chica.

—¿Eso te ha dicho? —le pregunto en tono demasiado agudo.

¡Se te ve el plumero, Steele! Mi subconsciente me mira moviendo su largo dedo y luego se transforma en la balanza de la justicia para recordarme que Christian podría demandarme si hablo demasiado. Ja... ¿Qué va a hacer? ¿Quedarse con todo mi dinero? Tengo que acordarme de buscar en Google «penas por incumplir un acuerdo de confidencialidad» cuando haga mi «investigación». Es como si me hubieran puesto deberes. Quizá hasta me saco un título. Me ruborizo recordando mi sobresaliente por el experimento en la bañera de esta mañana.

—Ana, ¿qué pasa?

—Estaba recordando algo que me ha dicho Christian.

—Pareces distinta —me dice Kate con cariño.

—Me siento distinta. Dolorida —le confieso.

—¿Dolorida?

—Un poco.

Me ruborizo.

—Yo también. Hombres... —dice con una mueca de disgusto—. Son como animales.

Nos reímos las dos.

—¿Tú también estás dolorida? —le pregunto sorprendida.

—Sí... de tanto darle.

Y me echo a reír.

—Cuéntame cosas de Elliot —le pido cuando paro por fin.

Siento que me relajo por primera vez desde que estaba haciendo cola en el lavabo del bar... antes de la llamada de teléfono con la que empezó todo esto... cuando admiraba al señor Grey desde la distancia. Días felices y sin complicaciones.

Kate se ruboriza. Oh, Dios mío... Katherine Agnes Kavanagh se convierte en Anastasia Rose Steele. Me lanza una mirada ingenua. Nunca antes la había visto
Kate se ruboriza. Oh, Dios mío... Katherine Agnes Kavanagh se convierte en Anastasia Rose Steele. Me lanza una mirada ingenua. Nunca antes la había visto reaccionar así por un hombre. Abro tanto la boca que la mandíbula me llega al suelo. ¿Dónde está Kate? ¿Qué habéis hecho con ella?

—Ana —me dice entusiasmada—, es tan... tan... Lo tiene todo. Y cuando... oh... es fantástico.

Está tan alterada que apenas puede hilvanar una frase.

—Creo que lo que intentas decirme es que te gusta. Asiente y se ríe como una loca.

—He quedado con él el sábado. Nos ayudará con la mudanza.

Junta las manos, se levanta del sofá y se dirige a la ventana haciendo piruetas. La mudanza. Mierda, lo había olvidado, y eso que hay cajas por todas partes.

—Muy amable por su parte —le digo.

Así lo conoceré. Quizá pueda darme más pistas sobre su extraño e inquietante hermano.

—Bueno, ¿qué hicisteis anoche? —le pregunto.

Ladea la cabeza hacia mí y alza las cejas en un gesto que viene a decir: «¿Tú qué crees, idiota?».

—Más o menos lo mismo que vosotros, pero nosotros cenamos antes —me dice riéndose—. ¿De verdad estás bien? Pareces un poco agobiada.

—Estoy agobiada. Christian es muy intenso.

—Sí, ya me hice una idea. Pero ¿se ha portado bien contigo?

—Sí —la tranquilizo—. Me muero de hambre. ¿Quieres que prepare algo?

Asiente y mete un par de libros en una caja.

—¿Qué quieres hacer con los libros de catorce mil dólares? —me pregunta.

—Se los voy a devolver.

—¿De verdad?

—Es un regalo exagerado. No puedo aceptarlo, y menos ahora.

Sonrío, y Kate asiente con la cabeza.

—Lo entiendo. Han llegado un par de cartas para ti, y José no ha dejado de llamar. Parecía desesperado.

—Lo llamaré —murmuro evasiva.

Si le cuento a Kate lo de José, se lo merienda. Cojo las cartas de la mesa y las abro.

—Vaya, ¡tengo entrevistas! Dentro de dos semanas, en Seattle, para hacer las prácticas.

—¿Con qué editorial?

—Con las dos.

—Te dije que tu expediente académico te abriría puertas, Ana.

Kate ya tiene su puesto para hacer las prácticas en The Seattle Times, por supuesto. Su padre conoce a alguien que conoce a alguien.

—¿Qué le parece a Elliot que te vayas de vacaciones?

—le pregunto.

Kate se dirige hacia la cocina, y por primera vez desde que he llegado parece desconsolada.

—Lo entiende. Una parte de mí no quiere marcharse, pero es tentador tumbarse al sol un par de semanas. Además, mi madre no deja de insistir, porque cree que serán nuestras últimas vacaciones en familia antes de que Ethan y yo empecemos a trabajar en serio.

Nunca he salido del Estados Unidos continental. Kate se va dos semanas a Barbados con sus padres y su hermano, Ethan. Pasaré dos semanas sola, sin Kate, en la nueva casa. Será raro. Ethan ha estado viajando por el mundo desde el año pasado, después de graduarse. Por un momento me pregunto si lo veré antes de que se vayan de vacaciones. Es un tipo majísimo. El teléfono me saca de mi ensoñación.

—Será José.

Suspiro. Sé que tengo que hablar con él. Levanto el teléfono.

—Hola.

—¡Ana, has vuelto! —exclama José aliviado.

—Obviamente —le contesto con cierto sarcasmo.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Puedo verte? Siento mucho lo del viernes. Estaba borracho... y tú... bueno. Ana, perdóname, por favor.

—Claro que te perdono, José. Pero que no se repita. Sabes cuáles son mis sentimientos por ti.

Suspira profundamente, con tristeza.

—Lo sé, Ana. Pero pensé que si te besaba, quizá tus sentimientos cambiarían.

—José, te quiero mucho, eres muy importante para mí. Eres como el hermano que nunca he tenido. Y eso no va a cambiar. Lo sabes.

Siento hacerle daño, pero es la verdad.

—Entonces, ¿sales con él? —me pregunta con desdén.

—José, no salgo con nadie.

—Pero has pasado la noche con él.

—¡No es asunto tuyo!

—¿Es por el dinero?

—¡José! ¿Cómo te atreves? —le grito, atónita por su atrevimiento.

—Ana —dice con voz quejumbrosa, en tono de disculpa.

Ahora mismo no estoy para aguantar sus mezquinos celos. Sé que está dolido, pero ya tengo bastante con lidiar con Christian Grey.

—Quizá podríamos tomar un café mañana. Te llamaré —le digo en tono conciliador.

Es mi amigo y le tengo mucho cariño, pero en estos momentos no estoy para aguantar estas cosas.

—Vale, mañana. ¿Me llamas tú?

Su voz esperanzada me conmueve.

—Sí... Buenas noches, José.

Cuelgo sin esperar su respuesta.

—¿De qué va todo esto? —me pregunta Katherine con las manos en las caderas.

Decido que lo mejor es decirle la verdad. Parece más obstinada que nunca.

—El viernes intentó besarme.

—¿José? ¿Y Christian Grey? Ana, tus feromonas deben de estar haciendo horas extras. ¿En qué estaba pensando ese imbécil?

Mueve la cabeza enfadada y sigue empaquetando.

Tres cuartos de hora después hacemos una pausa para degustar la especialidad de la casa, mi lasaña. Kate abre una botella de vino y nos sentamos a comer entre las cajas, bebiendo vino tinto barato y viendo programas de televisión basura. La normalidad. Es bien recibida y tranquilizadora después de las últimas cuarenta y ocho horas de... locura. Es mi primera comida en dos días sin preocupaciones, sin que me insistan y en paz. ¿Qué problema tiene Christian con la comida? Kate recoge los platos mientras yo acabo de empaquetar lo que queda en el salón. Solo hemos dejado el sofá, la tele y la mesa. ¿Qué más podríamos necesitar? Solo falta por empaquetar el contenido de nuestras habitaciones y la cocina, y tenemos toda la semana por delante.

Vuelve a sonar el teléfono. Es Elliot. Kate me guiña un ojo y se mete en su habitación dando saltitos como una quinceañera. Sé que debería estar escribiendo su discurso por haber sido la mejor alumna de la promoción, pero parece que Elliot es más importante. ¿Qué pasa con los Grey? ¿Qué los hace tan absorbentes, tan devoradores y tan irresistibles? Doy otro trago de vino.

Hago zapping en busca de algún programa, pero en el fondo sé que estoy demorándome a propósito. El contrato echa humo dentro de mi bolso. ¿Tendré las fuerzas y lo que hay que tener para leerlo esta noche?

Apoyo la cabeza en las manos. Tanto José como Christian quieren algo de mí. Con José es fácil, pero Christian... Manejar y entender a Christian es otra cosa.

Una parte de mí quiere salir corriendo y esconderse. ¿Qué voy a hacer? Pienso en sus ardientes ojos grises, en su intensa y provocativa mirada, y me pongo tensa.

Sofoco un grito. Ni siquiera está aquí y ya estoy a cien. No puede ser solo sexo, ¿verdad? Pienso en sus bromas amables de esta mañana, en el desayuno, en su alegría al verme encantada con el viaje en helicóptero, en cómo tocaba el piano, esa música tan triste, dulce y conmovedora...

Es un hombre muy complicado. Y ahora he empezado a entender por qué. Un chico privado de adolescencia, del que abusa sexualmente una malvada señora Robinson... No es extraño que parezca mayor de lo que es. Me entristece pensar en lo que debe de haber pasado. Soy demasiado ingenua para saber exactamente de qué se trata, pero la investigación arrojará algo de luz. Aunque ¿de verdad quiero saber? ¿Quiero explorar ese mundo del que no sé nada? Es un paso muy importante.

Si no lo hubiera conocido, seguiría tan feliz, ajena a todo esto. Mi mente se traslada a la noche de ayer y a esta mañana... a la increíble y sensual sexualidad que he experimentado. ¿Quiero despedirme de ella? ¡No!, exclama mi subconsciente... La diosa que llevo dentro,

sumida en un silencio zen, asiente para mostrar que está de acuerdo con ella.

Kate vuelve al comedor sonriendo de oreja a oreja. Quizá esté enamorada. La miro boquiabierta. Nunca se ha comportado así.

—Ana, me voy a la cama. Estoy muy cansada.

—Yo también, Kate.

Me abraza.

—Me alegro de que hayas vuelto sana y salva. Hay algo raro en Christian —añade en voz baja, en tono de disculpa.

Sonrío para tranquilizarla, aunque pienso: ¿Cómo demonios lo sabe? Por eso será una buenísima periodista, por su infalible intuición.

Cojo el bolso y me voy a mi habitación con paso desganado. Los esfuerzos sexuales de las últimas horas y el total y absoluto dilema al que me enfrento me han dejado agotada. Me siento en la cama, saco con cautela del bolso el sobre de papel manila y le doy vueltas entre las manos. ¿Estoy segura de que quiero saber hasta dónde llega la depravación de Christian? Resulta tan intimidante... Respiro hondo y rasgo el sobre con el corazón en un puño.

En el sobre hay varios papeles. Los saco, con el corazón latiéndome muy deprisa, me siento en la cama y empiezo a leer.

CONTRATO

A día _____ de 2011 («fecha de inicio»)

ENTRE

EL SR. CHRISTIAN GREY, con domicilio en el Escala 301, Seattle, 98889 Washington

(«el Amo»)

Y LA SRTA. ANASTASIA STEELE, con domicilio en SW Green Street 1114, apartamento 7, Haven Heights, Vancouver, 98888 Washington

(«la Sumisa»)

LAS PARTES ACUERDAN LO SIGUIENTE

1. Los puntos siguientes son los términos de un contrato vinculante entre el Amo y la Sumisa.

TÉRMINOS FUNDAMENTALES

2. El propósito fundamental de este contrato es permitir que la Sumisa explore su sensualidad y sus límites de forma segura, con el debido respeto y miramiento por sus necesidades, sus límites y su bienestar.

3. El Amo y la Sumisa acuerdan y admiten que todo lo que suceda bajo los términos de este contrato será consensuado y confidencial, y estará sujeto a los límites acordados y a los procedimientos de seguridad que se contemplan en este contrato. Pueden añadirse límites y procedimientos de seguridad adicionales.

4. El Amo y la Sumisa garantizan que no padecen infecciones sexuales ni enfermedades graves, incluyendo VIH, herpes y hepatitis, entre otras. Si durante la vigencia del contrato (como se define abajo) o de cualquier ampliación del mismo una de las partes es diagnosticada o tiene conocimiento de padecer alguna de estas enfermedades, se compromete a informar a la otra inmediatamente y en todo caso antes de que se produzca cualquier tipo de contacto entre las partes.

5. Es preciso cumplir las garantías y los acuerdos anteriormente mencionados (y todo límite y procedimiento de seguridad adicional acordado en la cláusula 3). Toda infracción invalidará este contrato con carácter inmediato, y ambas partes aceptan asumir totalmente ante la otra las consecuencias de la infracción.

6. Todos los puntos de este contrato deben leerse e interpretarse a la luz del propósito y los términos fundamentales establecidos en las cláusulas 2-5.

FUNCIONES

7. El Amo será responsable del bienestar y del entrenamiento, la orientación y la disciplina de la Sumisa. Decidirá el tipo de entrenamiento, la orientación y la disciplina, y el momento y el lugar de administrarlos, atendiendo a los términos acordados, los límites y los procedimientos de seguridad establecidos en este contrato o añadidos en la cláusula 3.

8. Si en algún momento el Amo no mantiene los términos acordados, los límites y los procedimientos de seguridad establecidos en este contrato o añadidos en la cláusula 3, la Sumisa tiene derecho a finalizar este

contrato inmediatamente y a abandonar su servicio al Amo sin previo aviso.

9. Atendiendo a esta condición y a las cláusulas 2-5, la Sumisa tiene que obedecer en todo al Amo. Atendiendo a los términos acordados, los límites y los procedimientos de seguridad establecidos en este contrato o añadidos en la cláusula 3, debe ofrecer al Amo, sin preguntar ni dudar, todo el placer que este le exija, y debe aceptar, sin preguntar ni dudar, el entrenamiento, la orientación y la disciplina en todas sus formas.

INICIO Y VIGENCIA

10. El Amo y la Sumisa firman este contrato en la fecha de inicio, conscientes de su naturaleza y comprometiéndose a acatar sus condiciones sin excepción.

11. Este contrato será efectivo durante un periodo de tres meses desde la fecha de inicio («vigencia del contrato»). Al expirar la vigencia, las partes comentarán si este contrato y lo dispuesto por ellos en el mismo son satisfactorios y si se han satisfecho las necesidades de cada parte. Ambas partes pueden proponer ampliar el contrato y ajustar los términos o los acuerdos que en él se establecen. Si no se llega a un acuerdo para ampliarlo, este contrato concluirá y ambas partes serán libres para seguir su vida por separado.

DISPONIBILIDAD

12. La Sumisa estará disponible para el Amo desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde, todas las semanas durante la vigencia del contrato, a horas a especificar por el Amo («horas asignadas»). Pueden acordarse mutuamente más horas asignadas adicionales.

13. El Amo se reserva el derecho a rechazar el servicio de la Sumisa en cualquier momento y por las razones que sean. La Sumisa puede solicitar su liberación en cualquier momento, liberación que quedará a criterio del Amo y estará exclusivamente sujeta a los derechos de la Sumisa contemplados en las cláusulas 2-5 y 8.

UBICACIÓN

14. La Sumisa estará disponible a las horas asignadas y a las horas adicionales en los lugares que determine el Amo. El Amo correrá con todos los costes de viaje en los que incurra la Sumisa con este fin.

PRESTACIÓN DE SERVICIOS

15. Las dos partes han discutido y acordado las siguientes prestaciones de servicios, y ambas deberán cumplirlas durante la vigencia del contrato. Ambas partes aceptan que pueden surgir cuestiones no contempladas en los términos de este contrato ni en la prestación de servicios, y que determinadas cuestiones podrán renegociarse. En estas circunstancias, podrán proponerse cláusulas adicionales a modo de enmienda. Ambas partes deberán acordar, redactar y firmar toda cláusula adicional o enmienda, que estará sujeta a los términos fundamentales establecidos en las cláusulas 2-5.

AMO

15.1. El Amo debe priorizar en todo momento la salud y la seguridad de la Sumisa. El Amo en ningún momento exigirá, solicitará, permitirá ni pedirá a la Sumisa que participe en las actividades detalladas en el Apéndice 2 o en toda actividad que cualquiera de las dos partes considere insegura. El Amo no llevará a cabo, ni

permitirá que se lleve a cabo, ninguna actividad que pueda herir gravemente a la Sumisa o poner en peligro su vida. Los restantes subapartados de esta cláusula 15 deben leerse atendiendo a esta condición y a los acuerdos fundamentales de las cláusulas 2-5.

15.2. El Amo acepta el control, el dominio y la disciplina de la Sumisa durante la vigencia del contrato. El Amo puede utilizar el cuerpo de la Sumisa en cualquier momento durante las horas asignadas, o en horas adicionales acordadas, de la manera que considere oportuno, en el sexo o en cualquier otro ámbito.

15.3. El Amo ofrecerá a la Sumisa el entrenamiento y la orientación necesarios para servir adecuadamente al Amo.

15.4. El Amo mantendrá un entorno estable y seguro en el que la Sumisa pueda llevar a cabo sus obligaciones para servir al Amo.

15.5. El Amo puede disciplinar a la Sumisa cuanto sea necesario para asegurarse de que la Sumisa entiende totalmente su papel de sumisión al Amo y para desalentar conductas inaceptables. El Amo puede azotar, zurrar, dar latigazos y castigar físicamente a la Sumisa si lo considera oportuno por motivos de disciplina, por placer o por cualquier otra razón, que no está obligado a exponer.

15.6. En el entrenamiento y en la administración de disciplina, el Amo garantizará que no queden marcas en el cuerpo de la Sumisa ni heridas que exijan atención médica.

15.7. En el entrenamiento y en la administración de disciplina, el Amo garantizará que la disciplina y los instrumentos utilizados para administrarla sean seguros,

no los utilizará de manera que provoquen daños serios y en ningún caso podrá traspasar los límites establecidos y detallados en este contrato.

15.8. En caso de enfermedad o herida, el Amo cuidará a la Sumisa, vigilará su salud y su seguridad, y solicitará atención médica cuando lo considere necesario.

15.9. El Amo cuidará de su propia salud y buscará atención médica cuando sea necesario para evitar riesgos.

15.10. El Amo no prestará su Sumisa a otro Amo.

15.11. El Amo podrá sujetar, esposar o atar a la Sumisa en todo momento durante las horas asignadas o en cualquier hora adicional por cualquier razón y por largos periodos de tiempo, prestando la debida atención a la salud y la seguridad de la Sumisa.

15.12. El Amo garantizará que todo el equipamiento utilizado para el entrenamiento y la disciplina se mantiene limpio, higiénico y seguro en todo momento.

SUMISA

15.13. La Sumisa acepta al Amo como su dueño y entiende que ahora es de su propiedad y que está a su disposición cuando al Amo le plazca durante la vigencia del contrato en general, pero especialmente en las horas asignadas y en las horas adicionales acordadas.

15.14. La Sumisa obedecerá las normas establecidas en el Apéndice 1 de este contrato.

15.15. La Sumisa servirá al Amo en todo aquello que el Amo considere oportuno y debe hacer todo lo posible por complacer al Amo en todo momento.

15.16. La Sumisa tomará las medidas necesarias para cuidar su salud, solicitará o buscará atención médica cuando la necesite, y en todo momento

mantendrá informado al Amo de cualquier problema de salud que pueda surgir.

15.17. La Sumisa garantizará que toma anticonceptivos orales, y que los toma como y cuando es debido para evitar quedarse embarazada.

15.18. La Sumisa aceptará sin cuestionar todas y cada una de las acciones disciplinarias que el Amo considere necesarias, y en todo momento recordará su papel y su función ante el Amo.

15.19. La Sumisa no se tocará ni se proporcionará placer sexual sin el permiso del Amo.

15.20. La Sumisa se someterá a toda actividad sexual que exija el Amo, sin dudar y sin discutir.

15.21. La Sumisa aceptará azotes, zurras, bastonazos, latigazos o cualquier otra disciplina que el Amo decida administrar, sin dudar, preguntar ni quejarse.

15.22. La Sumisa no mirará directamente a los ojos al Amo excepto cuando se le ordene. La Sumisa debe agachar los ojos, guardar silencio y mostrarse respetuosa en presencia del Amo.

15.23. La Sumisa se comportará siempre con respeto hacia el Amo y solo se dirigirá a él como señor, señor Grey o cualquier otro apelativo que le ordene el Amo.

15.24. La Sumisa no tocará al Amo sin su expreso consentimiento.

ACTIVIDADES

16. La Sumisa no participará en actividades o actos sexuales que cualquiera de las dos partes considere inseguras ni en las actividades detalladas en el Apéndice 2.

17. El Amo y la Sumisa han comentado las actividades establecidas en el Apéndice 3 y hacen constar por escrito en el Apéndice 3 su acuerdo al respecto.

PALABRAS DE SEGURIDAD

18. El Amo y la Sumisa admiten que el Amo puede solicitar a la Sumisa acciones que no puedan llevarse a cabo sin incurrir en daños físicos, mentales, emocionales, espirituales o de otro tipo en el momento en que se le solicitan. En este tipo de circunstancias, la Sumisa puede utilizar una palabra de seguridad. Se incluirán dos palabras de seguridad en función de la intensidad de las demandas.

19. Se utilizará la palabra de seguridad «Amarillo» para indicar al Amo que la Sumisa está llegando al límite de resistencia.

20. Se utilizará la palabra de seguridad «Rojo» para indicar al Amo que la Sumisa ya no puede tolerar más exigencias. Cuando se diga esta palabra, la acción del Amo cesará totalmente con efecto inmediato.

CONCLUSIÓN

21. Los abajo firmantes hemos leído y entendido totalmente lo que estipula este contrato. Aceptamos libremente los términos de este contrato y con nuestra firma damos nuestra conformidad.

El Amo: Christian Grey

Fecha

La Sumisa: Anastasia Steele

Fecha

APÉNDICE 1

NORMAS

Obediencia:

La Sumisa obedecerá inmediatamente todas las instrucciones del Amo, sin dudar, sin reservas y de forma expeditiva. La Sumisa aceptará toda actividad sexual que el Amo considere oportuna y placentera, excepto las actividades contempladas en los límites infranqueables (Apéndice 2). Lo hará con entusiasmo y sin dudar.

Sueño:

La Sumisa garantizará que duerme como mínimo ocho horas diarias cuando no esté con el Amo.

Comida:

Para cuidar su salud y su bienestar, la Sumisa comerá frecuentemente los alimentos incluidos en una lista (Apéndice 4). La Sumisa no comerá entre horas, a excepción de fruta.

Ropa:

Durante la vigencia del contrato, la Sumisa solo llevará ropa que el Amo haya aprobado. El Amo ofrecerá a la Sumisa un presupuesto para ropa, que la Sumisa debe utilizar. El Amo acompañará a la Sumisa a comprar ropa cuando sea necesario. Si el Amo así lo exige, mientras el contrato esté vigente, la Sumisa se pondrá los adornos que le exija el Amo, en su presencia o en cualquier otro momento que el Amo considere oportuno.

Ejercicio:

El Amo proporcionará a la Sumisa un entrenador personal cuatro veces por semana, en sesiones de una hora, a horas convenidas por el entrenador personal y la Sumisa. El entrenador personal informará al Amo de los avances de la Sumisa.

Higiene personal y belleza:

La Sumisa estará limpia y depilada en todo momento. La Sumisa irá a un salón de belleza elegido

por el Amo cuando este lo decida y se someterá a cualquier tratamiento que el Amo considere oportuno. El Amo correrá con todos los gastos.

Seguridad personal:

La Sumisa no beberá en exceso, ni fumará, ni tomará sustancias psicotrópicas, ni correrá riesgos innecesarios.

Cualidades personales:

La Sumisa solo mantendrá relaciones sexuales con el Amo. La Sumisa se comportará en todo momento con respeto y humildad. Debe comprender que su conducta influye directamente en la del Amo. Será responsable de cualquier fechoría, maldad y mala conducta que lleve a cabo cuando el Amo no esté presente.

El incumplimiento de cualquiera de las normas anteriores será inmediatamente castigado, y el Amo determinará la naturaleza del castigo.

APÉNDICE 2

Límites infranqueables

Actos con fuego.

Actos con orina, defecación y excrementos.

Actos con agujas, cuchillos, perforaciones y sangre.

Actos con instrumental médico ginecológico.

Actos con niños y animales.

Actos que dejen marcas permanentes en la piel.

Actos relativos al control de la respiración.

Actividad que implique contacto directo con corriente eléctrica (tanto alterna como continua), fuego o llamas en el cuerpo.

APÉNDICE 3

Límites tolerables

A discutir y acordar por ambas partes:

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

- Masturbación
- Penetración vaginal
- Cunnilingus
- Fisting vaginal
- Felación
- Penetración anal
- Ingestión de semen
- Fisting anal

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

- Vibradores
- Consoladores
- Tapones anales
- Otros juguetes vaginales/anales

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

- Bondage con cuerda
- Bondage con cinta adhesiva
- Bondage con muñequeras
- Otros tipos de bondage de cuero
- Bondage con esposas y grilletes

¿Acepta la Sumisa los siguientes tipos de bondage?

- Manos al frente
- Muñecas con tobillos
- Tobillos
- A objetos, muebles, etc.
- Codos
- Barras rígidas
- Manos a la espalda
- Suspensión
- Rodillas

¿Acepta la Sumisa que se le venden los ojos?

¿Acepta la Sumisa que se la amordace?

¿Cuánto dolor está dispuesta a experimentar la Sumisa?

1 equivale a que le gusta mucho y 5, a que le disgusta mucho:

1—2—3—4—5

¿Acepta la Sumisa las siguientes formas de dolor/castigo/disciplina?

- Azotes
- Azotes con pala
- Azotes con pala
- Latigazos
- Azotes con vara
- Mordiscos
- Pinzas para pezones
- Pinzas genitales
- Hielo
- Cera caliente
- Otros tipos/métodos de dolor

Dios mío. Ni siquiera tengo fuerzas para echar un vistazo a la lista de los alimentos. Trago saliva y tengo la boca seca. Vuelvo a leerlo.

Me da vueltas la cabeza. ¿Cómo voy a aceptar todo esto? Y al parecer es en mi beneficio, para que explore mi sensualidad y mis límites de forma segura... ¡Por favor! Es de risa. Servirlo y obedecerlo en todo. ¡En todo! Muevo la cabeza sin terminar de creérmelo. En realidad, ¿los votos del matrimonio no utilizan palabras como... obediencia? Me desconcierta. ¿Todavía dicen eso las parejas? Solo tres meses... ¿Por eso ha habido tantas? ¿No se las queda mucho tiempo? ¿O ellas tuvieron bastante con tres meses? ¿Todos los fines de semana? Es demasiado. No podré ver a Kate ni a los

amigos que pueda hacer en mi nuevo trabajo, suponiendo que encuentre trabajo. Quizá debería reservarme un fin de semana al mes para mí. Quizá cuando tenga la regla... Parece... práctico. ¡Es mi dueño!

¡Tendré que hacer lo que le plazca! Dios mío.

Me estremezco al pensar en que me azote o me pegue. Probablemente los azotes no sean tan graves, aunque sí humillantes. ¿Y atarme? Bueno, ya me ha atado las manos. Fue... bueno, fue excitante, muy excitante, así que quizá tampoco sea tan grave. No me prestará a otro Amo... Maldita sea, por supuesto que no. Sería totalmente inaceptable. ¿Por qué me tomo siquiera la molestia de pensar en todo esto?

No puedo mirarlo a los ojos. ¡Qué raro! Es la única manera de tener alguna posibilidad de saber lo que está pensando. Pero ¿a quién intento engañar? Nunca sé lo que está pensando, pero me gusta mirarle a los ojos. Son bonitos, cautivadores, inteligentes, profundos y oscuros, con secretos de dominación. Pienso en su mirada ardiente, aprieto los muslos y me estremezco.

Y no puedo tocarlo. Bueno, esto no me sorprende. Y esas estúpidas normas... No, no, no puedo. Me cubro la cara con las manos. No es manera de mantener una relación. Necesito dormir un poco. Estoy agotada. Las travesuras físicas que he hecho en las últimas veinticuatro horas han sido francamente agotadoras. Y mentalmente... Oh, es demasiado. Como diría José, una auténtica jodienda mental. Quizá por la mañana no me parezca una broma de mal gusto.

Me levanto y me cambio rápidamente. Quizá debería pedirle prestado a Kate su pijama rosa de franela. Necesito el contacto de algo mimoso y tranquilizador.

Voy al baño a lavarme los dientes en camiseta y pantalones cortos de pijama.

Me miro en el espejo del baño. No puedes estar planteándotelo en serio... Mi subconsciente parece cuerda y racional, no mordaz, como suele ser. La diosa que llevo dentro no deja de dar saltitos y palmas como una niña de cinco años. Por favor, di que sí... si no, acabaremos solas con un montón de gatos y tus novelas por única compañía.

El único hombre que me ha atraído, y llega con un maldito contrato, un látigo y un sinfín de puntos y cláusulas. Bueno, al menos he conseguido lo que quería este fin de semana. La diosa que llevo dentro deja de saltar y sonrío con serenidad. ¡Oh, sí...!, articula con los labios asintiendo con aire de suficiencia. Me ruborizo al recordar sus manos y su boca sobre mí, su cuerpo dentro del mío. Cierro los ojos y siento en lo más hondo la exquisita tensión de mis músculos. Quiero hacerlo una y otra vez. Quizá si solo me quedo con el sexo... ¿lo aceptaría? Me temo que no.

¿Soy sumisa? Quizá lo parezco. Quizá le di esa impresión en la entrevista. Soy tímida, sí... pero ¿sumisa? Dejo que Kate me avasalle... ¿Es lo mismo? Y esos límites tolerables... Alucino, aunque me tranquiliza saber que tenemos que discutirlos.

Vuelvo a mi habitación. Es demasiado en lo que pensar. Necesito aclararme, planteármelo por la mañana, cuando esté fresca. Guardo los transgresores documentos en el bolso. Mañana... mañana será otro día. Me meto en la cama, apago la luz y me tumbo mirando al techo. Ojalá no lo hubiera conocido nunca. La diosa

que llevo dentro cabecea. Las dos sabemos que es mentira. Nunca me había sentido tan viva.

Cierro los ojos y me sumerjo en un sueño profundo en el que de vez en cuando veo camas de cuatro postes, grilletes e intensos ojos grises.

A la mañana siguiente Kate me despierta.

—Ana, llevo llamándote un buen rato. ¿Te has desmayado?

Mis ojos se niegan a abrirse. No solo se ha levantado, sino que ha salido a correr. Echo un vistazo al despertador. Las ocho de la mañana. Vaya, he dormido más de nueve horas.

—¿Qué pasa? —balbuceo medio dormida.

—Ha llegado un tipo con un paquete para ti. Tienes que firmar.

—¿Qué?

—Vamos. Es grande. Parece interesante.

Da unos saltitos entusiasmada y vuelve al comedor. Salgo de la cama y cojo la bata, que está colgada en la puerta. En el comedor hay un chico elegante con coleta y una caja grande en las manos.

—Hola —murmuro.

—Te prepararé un té —me dice Kate metiéndose en la cocina.

—¿La señorita Steele?

E inmediatamente sé quién me manda el paquete.

—Sí —le contesto con recelo.

—Traigo un paquete para usted, pero tengo que instalarlo y enseñarle a utilizarlo.

—¿En serio? ¿A estas horas?

—Yo cumplo órdenes, señora.

Me dedica una sonrisa encantadora pero expeditiva, como diciendo que no le venga con chorradas.

¿Acaba de llamarme «señora»? ¿He envejecido diez años en una noche? De ser así, es culpa del contrato. Frunzo los labios disgustada.

—De acuerdo, ¿qué es?

—Un MacBook Pro.

—Cómo no —digo poniendo los ojos en blanco.

—Todavía no está en las tiendas, señora. Es lo último de Apple.

¿Por qué no me sorprende? Suspiro ruidosamente.

—Colóquelo ahí, en la mesa del comedor.

Voy a la cocina a reunirme con Kate.

—¿Qué es? —me pregunta con los ojos brillantes.

Se ha hecho una coleta. También ella ha dormido bien.

—Un portátil de Christian.

—¿Por qué te manda un portátil? Sabes que puedes utilizar el mío.

No para lo que él tiene en mente.

—Bueno, es solo un préstamo. Quería que lo probara.

Mi excusa parece poco convincente, pero Kate asiente. Vaya... He mentido a Katherine Kavanagh. Una novedad. Me pasa mi taza de té.

El portátil es brillante, plateado y bastante bonito, con una pantalla grandísima. A Christian Grey le gustan las cosas a gran escala... Pienso en donde vive, en su casa.

—Lleva el último OS y todo un paquete de programas, más un disco duro de 1,5 terabytes, así que

tendrá mucho espacio, 32 gigas de RAM... ¿Para qué va a utilizarlo?

—Bueno... para mandar e-mails.

—¡E-mails! —exclama pasmado, alzando las cejas con una ligera mirada demente.

—Y quizá navegar por internet... —añado encogiéndome de hombros, como disculpándome.

Suspira.

—Bueno, tiene rúter inalámbrico N, y lo he instalado con las especificaciones de su cuenta. Este cacharro está preparado para funcionar prácticamente en todo el mundo —me explica mirándolo con cierto deseo.

—¿Mi cuenta?

—Su nueva dirección de e-mail.

¿Tengo dirección de e-mail?

Pulsa un icono de la pantalla y sigue hablándome, pero yo ni caso. No entiendo una palabra de lo que dice y, para ser sincera, no me interesa. Dime solo cómo encenderlo y apagarlo... Lo demás ya lo descubriré. Al fin y al cabo, llevo cuatro años utilizando el de Kate. Kate silba impresionada en cuanto lo ve.

—Es tecnología de última generación —me dice alzando las cejas—. A la mayoría de las mujeres les regalan flores o alguna joya —me provoca intentando no sonreír.

Le pongo mala cara, pero no puedo aguantar seria. A las dos nos da un ataque de risa, y el tipo del ordenador nos mira perplejo, con la boca abierta. Termina y me pide que firme el albarán de entrega.

Mientras Kate lo acompaña a la puerta, me siento con mi taza de té, abro el programa de correo y descubro que está esperándome un e-mail de Christian.

El corazón me da un brinco. Tengo un correo electrónico de Christian Grey. Lo abro, nerviosa.

De: Christian Grey

Fecha: 22 de mayo de 2011 23:15

Para: Anastasia Steele

Asunto: Su nuevo ordenador

Querida señorita Steele:

Confío en que haya dormido bien. Espero que haga buen uso de este portátil, como comentamos.

Estoy impaciente por cenar con usted el miércoles.

Hasta entonces, estaré encantado de contestar a cualquier pregunta vía e-mail, si lo desea.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Pulso «Responder».

De: Anastasia Steele

Fecha: 23 de mayo de 2011 08:20

Para: Christian Grey

Asunto: Tu nuevo ordenador (en préstamo)

He dormido muy bien, gracias... por alguna extraña razón... Señor.

Creí entender que el ordenador era en préstamo, es decir, no es mío.

Ana

Su respuesta llega casi al momento.

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 08:22

Para: Anastasia Steele

Asunto: Su nuevo ordenador (en préstamo)

El ordenador es en préstamo. Indefinidamente, señorita Steele.

Observo en su tono que ha leído la documentación que le di.

¿Tiene alguna pregunta?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

No puedo evitar sonreír.

De: Anastasia Steele

Fecha: 23 de mayo de 2011 08:25

Para: Christian Grey

Asunto: Mentes inquisitivas

Tengo muchas preguntas, pero no me parece adecuado hacértelas vía e-mail, y algunos tenemos que trabajar para ganarnos la vida.

No quiero ni necesito un ordenador indefinidamente.

Hasta luego. Que tengas un buen día... Señor.

Ana

Su respuesta vuelve a ser instantánea y hace que sonría.

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 08:26

Para: Anastasia Steele

Asunto: Tu nuevo ordenador (de nuevo en préstamo)

Hasta luego, nena.

P.D.: Yo también trabajo para ganarme la vida.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Cierro el ordenador sonriendo como una idiota. ¿Cómo puedo resistirme al juguetero Christian? Voy a llegar tarde al trabajo. Bueno, es mi última semana...

Seguramente el señor y la señora Clayton harán un poco la vista gorda. Corro a la ducha sin poder quitarme la sonrisa de oreja a oreja. ¡Me ha escrito e-mails! Me

siento como una niña aturdida. Y todas las angustias por el contrato desaparecen. Mientras me lavo el pelo, intento pensar en lo que podría preguntarle por e-mail, aunque seguramente estas cosas es mejor hablarlas. Supongamos que alguien hackea su cuenta... Me ruborizo solo de pensarlo. Me visto rápidamente, me despido a gritos de Kate y salgo para trabajar mi última semana en Clayton's.

José me llama a las once.

—Hola, ¿vamos a tomar un café?

Su tono es el del José de siempre, mi amigo José, no un... ¿cómo lo llamó Christian? Un pretendiente. Uf.

—Claro. Estoy en el trabajo. ¿Puedes pasarte por aquí, digamos, a las doce?

—Vale, nos vemos a las doce.

Cuelga y yo vuelvo a reponer las brochas y a pensar en Christian Grey y su contrato.

José es puntual. Entra en la tienda dando saltitos vacilantes como un cachorro de ojos oscuros.

—Ana.

En cuanto esboza su deslumbrante sonrisa hispanoamericana, se me pasa el enfado.

—Hola, José. —Lo abrazo—. Me muero de hambre. Voy a decirle a la señora Clayton que salgo a comer.

De camino a la cafetería, cojo a José del brazo. Me alegra mucho que actúe con... normalidad, como un amigo al que conozco y al que entiendo.

—Ana —murmura—, ¿de verdad me has perdonado?

—José, sabes que nunca podré estar mucho tiempo enfadada contigo.

Sonríe.

Estoy impaciente por llegar a casa para ver si tengo un e-mail de Christian, y quizá pueda empezar mi investigación. Kate ha salido, así que enciendo el nuevo ordenador y abro el programa de correo. Por supuesto, en la bandeja de entrada tengo un e-mail de Christian. Casi salto de la silla de alegría.

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 17:24

Para: Anastasia Steele

Asunto: Trabajar para ganarse la vida

Querida señorita Steele:

Espero que haya tenido un buen día en el trabajo.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Pulso «Responder».

De: Anastasia Steele

Fecha: 23 de mayo de 2011 17:48

Para: Christian Grey

Asunto: Trabajar para ganarse la vida

Señor... He tenido un día excelente en el trabajo.

Gracias.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 17:50

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¡A trabajar!

Señorita Steele:

Me alegro mucho de que haya tenido un día excelente.

Mientras escribe e-mails no está investigando.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 23 de mayo de 2011 17:53

Para: Christian Grey

Asunto: Pesado

Señor Grey: deja de mandarme e-mails y podré empezar a hacer los deberes. Me gustaría sacar otro sobresaliente.

Ana

Me abrazo a mí misma.

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 17:55

Para: Anastasia Steele

Asunto: Impaciente

Señorita Steele:

Deje de escribirme e-mails... y haga los deberes.

Me gustaría ponerle otro sobresaliente.

El primero fue muy merecido. ;)

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Christian Grey acaba de enviarme un guiño... Madre mía. Abro el Google.

De: Anastasia Steele

Fecha: 23 de mayo de 2011 17:59

Para: Christian Grey

Asunto: Investigación en internet

Señor Grey:

¿Qué me sugieres que ponga en el buscador?

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 18:02

Para: Anastasia Steele

Asunto: Investigación en internet

Señorita Steele:

Empiece siempre con la Wikipedia.

No quiero más e-mails a menos que tenga preguntas.

¿Entendido?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 23 de mayo de 2011 18:04

Para: Christian Grey

Asunto: ¡Autoritario!

Sí... señor.

Eres muy autoritario.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 18:06

Para: Anastasia Steele

Asunto: Controlando

Anastasia, no te imaginas cuánto.

Bueno, quizá ahora te haces una ligera idea.

Haz los deberes.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Tecleo «sumiso» en la Wikipedia.

Media hora después estoy un poco mareada y francamente impactada. ¿De verdad quiero meterme todo eso en la cabeza? ¿Es esto lo que hace en el cuarto rojo del dolor? Contemplo la pantalla, y una parte de mí, una húmeda parte de mí, de la que no he sido consciente hasta hace muy poco, se ha puesto a cien. Madre mía, algunas cosas son EXCITANTES. Pero ¿son para mí? Dios

mío... ¿podría hacerlo? Necesito espacio. Tengo que pensar.

Por primera vez en mi vida salgo a correr voluntariamente. Busco mis asquerosas zapatillas, que nunca uso, unos pantalones de chándal y una camiseta. Me hago dos trenzas, me ruborizo con los recuerdos que vuelven a mi mente y enciendo el iPod. No puedo sentarme frente a esa maravilla de la tecnología y seguir viendo o leyendo más material inquietante. Necesito quemar parte de esta excesiva y enervante energía. La verdad es que me apetece correr hasta el hotel Heathman y pedirle al obseso del control que me eche un polvo. Pero está a ocho kilómetros, y dudo que pueda llegar a correr dos, no digamos ya ocho, y por supuesto podría rechazarme, lo que sería muy humillante.

Cuando abro la puerta, Kate está saliendo de su coche. Casi se le caen las bolsas al verme. Ana Steele con zapatillas de deporte. La saludo con la mano y no me paro para que no me pregunte. De verdad necesito estar un rato sola. Con Snow Patrol sonando en mis oídos, me introduzco en el anochecer ópalo y aguamarina.

Cruzo el parque. ¿Qué voy a hacer? Lo deseo, pero ¿en esos términos? La verdad es que no lo sé. Quizá debería negociar lo que quiero. Revisar ese ridículo contrato línea a línea y decir lo que me parece aceptable y lo que no. He descubierto en internet que legalmente no tiene ningún valor. Seguro que él lo sabe.

Supongo que solo sirve para sentar las bases de la relación. Detalla lo que puedo esperar de él y lo que él espera de mí: mi sumisión total. ¿Estoy preparada para ofrecérsela? ¿Y estoy capacitada?

Una pregunta me reconcome: ¿por qué es él así? ¿Porque lo sedujeron cuando era muy joven? No lo sé. Sigue siendo todo un misterio.

Me paro junto a un gran abeto, apoyo las manos en las rodillas y respiro hondo, me lleno de aire los pulmones. Me siento bien, es catártico. Siento que mi determinación se fortalece. Sí. Tengo que decirle lo que me parece bien y lo que no. Tengo que mandarle por e-mail lo que pienso y ya lo discutiremos el miércoles.

Respiro hondo, como para limpiarme por dentro, y doy la vuelta hacia casa.

Kate ha ido a comprar ropa, cómo no, para sus vacaciones en Barbados. Sobre todo bikinis y pareos a juego. Estará fantástica con todos esos modelitos, pero aun así se los prueba todos y me obliga a sentarme y a comentarle qué me parecen. No hay muchas maneras de decir: «Estás fantástica, Kate». Aunque está delgada, tiene unas curvas para perder el sentido. No lo hace a propósito, lo sé, pero al final arrastro mi penoso culo cubierto de sudor hasta la habitación con la excusa de ir a empaquetar más cajas. ¿Podría sentirme menos a la altura? Me llevo conmigo la alucianante tecnología inalámbrica, enciendo el portátil y escribo a Christian.

De: Anastasia Steele

Fecha: 23 de mayo de 2011 20:33

Para: Christian Grey

Asunto: Universitaria escandalizada

Bien, ya he visto bastante.

Ha sido agradable conocerte.

Ana

Pulso «Enviar» riéndome de mi travesura. ¿Le va a parecer a él tan divertida? Oh, mierda... seguramente no.

Christian Grey no es famoso por su sentido del humor. Aunque sé que lo tiene, porque lo he vivido. Quizá me he pasado. Espero su respuesta.

Espero y espero. Miro el despertador. Han pasado diez minutos.

Para olvidarme de la angustia que se abre camino en mi estómago, me pongo a hacer lo que le he dicho a Kate que haría: empaquetar las cosas de mi habitación.

Empiezo metiendo mis libros en una caja. Hacia las nueve sigo sin noticias. Quizá ha salido. Malhumorada, hago un puchero, me pongo los auriculares del iPod, escucho a los Snow Patrol y me siento a mi mesa a releer el contrato y a anotar mis observaciones y comentarios.

No sé por qué levanto la mirada, quizá capto de reojo un ligero movimiento, no lo sé, pero cuando la levanto, Christian está en la puerta de mi habitación mirándome fijamente. Lleva sus pantalones grises de franela y una camisa blanca de lino, y agita suavemente las llaves del coche. Me quito los auriculares y me quedo helada. ¡Joder!

—Buenas noches, Anastasia —me dice en tono frío y expresión cauta e impenetrable.

La capacidad de hablar me abandona. Maldita Kate, lo ha dejado entrar sin avisarme. Por un segundo soy consciente de que yo estoy hecha un asco, toda sudada y sin duchar, y él está guapísimo, con los pantalones un poco caídos, y para colmo, en mi habitación.

—He pensado que tu e-mail merecía una respuesta en persona —me explica en tono seco.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla, dos veces. Esto sí que es una broma. Por nada del mundo se me había ocurrido que pudiera dejarlo todo para pasarse por aquí.

—¿Puedo sentarme? —me pregunta, ahora con ojos divertidos.

Gracias, Dios mío... Quizá la broma le ha parecido graciosa.

Asiento. Mi capacidad de hablar sigue sin hacer acto de presencia. Christian Grey está sentado en mi cama...

—Me preguntaba cómo sería tu habitación —me dice.

Miro a mi alrededor pensando por dónde escapar. No, sigue sin haber nada más que la puerta y la ventana. Mi habitación es funcional, pero acogedora: pocos muebles blancos de mimbre y una cama doble blanca, de hierro, con una colcha de patchwork que hizo mi madre cuando estaba en su etapa de labores hogareñas.

Es azul cielo y crema.

—Es muy serena y tranquila —murmura.

No en este momento... no contigo aquí.

Al final mi bulbo raquídeo recupera la determinación.

Respiro.

—¿Cómo...?

Me sonrío.

—Todavía estoy en el Heathman.

Eso ya lo sabía.

—¿Quieres tomar algo?

Tengo que decir que la educación siempre se impone.

—No, gracias, Anastasia.

Esboza una deslumbrante media sonrisa con la cabeza ligeramente ladeada.

Bueno, seguramente sea yo quien necesita una copa.

—Así que ha sido agradable conocerme...

Maldita sea, ¿se ha ofendido? Me miro los dedos. A ver cómo salgo de esta. Si le digo que solo era una broma, no creo que le guste mucho.

—Pensaba que me contestarías por e-mail —le digo en voz muy baja, patética.

—¿Estás mordiéndote el labio a propósito? —me pregunta muy serio.

Pestañeo, abro la boca y suelto el labio.

—No era consciente de que me lo estaba mordiendo —murmuro.

El corazón me late muy deprisa. Siento la tensión, esa exquisita electricidad estática que invade el espacio. Está sentado muy cerca de mí, con sus ojos grises impenetrables, los codos apoyados en las rodillas y las piernas separadas. Se inclina, me deshace una trenza muy despacio y me separa el pelo con los dedos. Se me corta la respiración y no puedo moverme. Observo hipnotizada su mano moviéndose hacia la otra trenza, tirando de la goma y deshaciendo la trenza con sus largos y hábiles dedos.

—Veo que has decidido hacer un poco de ejercicio —me dice en voz baja y melodiosa, colocándome el pelo detrás de la oreja—. ¿Por qué, Anastasia?

Me rodea la oreja con los dedos y muy suavemente, rítmicamente, tira del lóbulo. Es muy excitante.

—Necesitaba tiempo para pensar —susurro.

Me siento como un ciervo ante los faros de un coche, como una polilla junto a una llama, como un pájaro frente a una serpiente... y él sabe exactamente lo que está haciendo.

—¿Pensar en qué, Anastasia?

—En ti.

—¿Y has decidido que ha sido agradable conocerme?
¿Te refieres a conocerme en sentido bíblico?

Mierda. Me ruborizo.

—No pensaba que fueras un experto en la Biblia.

—Iba a catequesis los domingos, Anastasia. Aprendí mucho.

—No recuerdo haber leído nada sobre pinzas para pezones en la Biblia. Quizá te dieron la catequesis con una traducción moderna.

Sus labios se arquean dibujando una ligera sonrisa y dirijo la mirada a su boca.

—Bueno, he pensado que debía venir a recordarte lo agradable que ha sido conocerme.

Dios mío. Lo miro boquiabierto, y sus dedos se desplazan de mi oreja a mi barbilla.

—¿Qué le parece, señorita Steele?

Sus ojos brillantes destilan una expresión de desafío. Tiene los labios entreabiertos. Está esperando, alerta para atacar. El deseo —agudo, líquido y provocativo— arde en lo más profundo de mi vientre. Me adelanto y me lanzo hacia él. De repente se mueve, no tengo ni idea de cómo, y en un abrir y cerrar de ojos estoy en la cama, inmovilizada debajo de él, con las manos extendidas y sujetas por encima de la cabeza, con su mano libre agarrándome la cara y su boca buscando la mía.

Me mete la lengua, me reclama y me posee, y yo me deleito en su fuerza. Lo siento por todo mi cuerpo. Me desea, y eso provoca extrañas y exquisitas sensaciones dentro de mí. No a Kate, con sus minúsculos bikinis, ni a una de las quince, ni a la malvada señora Robinson. A

mí. Este hermoso hombre me desea a mí. La diosa que llevo dentro brilla tanto que podría iluminar todo Portland. Deja de besarme. Abro los ojos y lo veo mirándome fijamente.

—¿Confías en mí? —me pregunta.

Asiento con los ojos muy abiertos, con el corazón rebotándose en las costillas y la sangre tronando por todo mi cuerpo.

Estira el brazo y del bolsillo del pantalón saca su corbata de seda gris... la corbata gris que deja pequeñas marcas del tejido en mi piel. Se sienta rápidamente a horcajadas sobre mí y me ata las muñecas, pero esta vez anuda el otro extremo de la corbata a un barrote del cabezal blanco de hierro. Tira del nudo para comprobar que es seguro. No voy a ir a ninguna parte. Estoy atada a mi cama, y muy excitada.

Se levanta y se queda de pie junto a la cama, mirándome con ojos turbios de deseo. Su mirada es de triunfo y a la vez de alivio.

—Mejor así —murmura.

Esboza una maliciosa sonrisa de superioridad. Se inclina y empieza a desatarme una zapatilla. Oh, no... no... los pies no. Acabo de correr.

—No —protesto y doy patadas para que me suelte.

Se detiene.

—Si forcejeas, te ataré también los pies, Anastasia. Si haces el menor ruido, te amordazaré. No abras la boca. Seguramente ahora mismo Katherine está ahí fuera escuchando.

¡Amordazarme! ¡Kate! Me callo.

Me quita las zapatillas y los calcetines, y me baja muy despacio el pantalón de chándal. Oh... ¿qué bragas

llevo? Me levanta, retira la colcha y el edredón de debajo de mí y me coloca boca arriba sobre las sábanas.

—Veamos. —Se pasa la lengua lentamente por el labio inferior—. Estás mordíéndote el labio, Anastasia. Sabes el efecto que tiene sobre mí.

Me presiona la boca con su largo dedo índice a modo de advertencia.

Dios mío. Apenas puedo contenerme, estoy indefensa, tumbada, viendo cómo se mueve tranquilamente por mi habitación. Es un afrodisiaco embriagador. Se quita sin prisas los zapatos y los calcetines, se desabrocha los pantalones y se quita la camisa.

—Creo que has visto demasiado.

Se ríe maliciosamente. Vuelve a sentarse encima de mí, a horcajadas, y me levanta la camiseta. Creo que va a quitármela, pero la enrolla a la altura del cuello y luego la sube de manera que me deja al descubierto la boca y la nariz, pero me cubre los ojos. Y como está tan bien enrollada, no veo nada.

—Mmm —susurra satisfecho—. Esto va cada vez mejor. Voy a tomar una copa.

Se inclina, me besa suavemente en los labios y dejo de sentir su peso. Oigo el leve chirrido de la puerta de la habitación. Tomar una copa. ¿Dónde? ¿Aquí? ¿En Portland? ¿En Seattle? Aguzo el oído. Distingo ruidos sordos y sé que está hablando con Kate... Oh, no... Está prácticamente desnudo. ¿Qué va a decir Kate?

Oigo un golpe seco. ¿Qué es eso? Regresa, la puerta vuelve a chirriar, oigo sus pasos por la habitación y el sonido de hielo tintineando en un vaso. ¿Qué está bebiendo? Cierra la puerta y oigo cómo se acerca

quitándose los pantalones, que caen al suelo. Sé que está desnudo. Y vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí.

—¿Tienes sed, Anastasia? —me pregunta en tono burlón.

—Sí —le digo, porque de repente se me ha quedado la boca seca.

Oigo el tintineo del hielo en el vaso. Se inclina y, al besarme, me derrama en la boca un líquido delicioso y vigorizante. Es vino blanco. No lo esperaba y es muy excitante, aunque está helado, y los labios de Christian también están fríos.

—¿Más? —me pregunta en un susurro.

Asiento. Sabe todavía mejor porque viene de su boca. Se inclina y bebo otro trago de sus labios... Madre mía.

—No nos pasemos. Sabemos que tu tolerancia al alcohol es limitada, Anastasia.

No puedo evitar reírme, y él se inclina y suelta otra deliciosa bocanada. Se mueve, se coloca a mi lado y siento su erección en la cadera. Oh, lo quiero dentro de mí.

—¿Te parece esto agradable? —me pregunta, y noto cierto tono amenazante en su voz.

Me pongo tensa. Vuelve a mover el vaso, me besa y, junto con el vino, me suelta un trocito de hielo en la boca. Muy despacio empieza a descender con los labios desde mi cuello, pasando por mis pechos, hasta mi torso y mi vientre. Me mete un trozo de hielo en el ombligo, donde se forma un pequeño charco de vino muy frío que provoca un incendio que se propaga hasta lo más profundo de mi vientre. Uau.

—Ahora tienes que quedarte quieta —susurra—. Si te mueves, llenarás la cama de vino, Anastasia.

Mis caderas se flexionan automáticamente.

—Oh, no. Si derrama el vino, la castigaré, señorita Steele.

Gimo, intento controlarme y lucho desesperadamente contra la necesidad de mover las caderas. Oh, no... por favor.

Me baja con un dedo las copas del sujetador y deja mis pechos al aire, expuestos y vulnerables. Se inclina, besa y tira de mis pezones con los labios fríos, helados. Lucho contra mi cuerpo, que intenta responder arqueándose.

—¿Te gusta esto? —me pregunta tirándome de un pezón.

Vuelvo a oír el tintineo del hielo, y luego lo siento alrededor de mi pezón derecho, mientras tira a la vez del izquierdo con los labios. Gimo y lucho por no moverme. Una desesperante y dulce tortura.

—Si derramas el vino, no dejaré que te corras.

—Oh... por favor... Christian... señor... por favor.

Está volviéndome loca. Puedo oírlo sonreír.

El hielo de mi pezón está derritiéndose. Estoy muy caliente... caliente, helada y muerta de deseo. Lo quiero dentro de mí. Ahora.

Me desliza muy despacio los dedos helados por el vientre. Como tengo la piel hipersensible, mis caderas se flexionan y el líquido del ombligo, ahora menos frío, me gotea por la barriga. Christian se mueve rápidamente y lo lame, me besa, me muerde suavemente, me chupa.

—Querida Anastasia, te has movido. ¿Qué voy a hacer contigo?

Jadeo en voz alta. En lo único que puedo concentrarme es en su voz y su tacto. Nada más es real. Nada más importa. Mi radar no registra nada más. Desliza los dedos por dentro de mis bragas y me alivia oír que se le escapa un profundo suspiro.

—Oh, nena —murmura.

Y me introduce dos dedos.

Sofoco un grito.

—Estás lista para mí tan pronto... —me dice.

Mueve sus tentadores dedos despacio, dentro y fuera, y yo empujo hacia él alzando las caderas.

—Eres una glotona —me regaña suavemente.

Traza círculos alrededor de mi clítoris con el pulgar y luego lo presiona.

Jadeo y mi cuerpo da sacudidas bajo sus expertos dedos. Estira un brazo y me retira la camiseta de los ojos para que pueda verlo. La tenue luz de la lámpara me hace parpadear. Deseo tocarlo.

—Quiero tocarte —le digo.

—Lo sé —murmura.

Se inclina y me besa sin dejar de mover los dedos rítmicamente dentro de mi cuerpo, trazando círculos y presionando con el pulgar. Con la otra mano me recoge el pelo hacia arriba y me sujeta la cabeza para que no la mueva. Replica con la lengua el movimiento de sus dedos. Empiezo a sentir las piernas rígidas de tanto empujar hacia su mano. La aparta, y yo vuelvo al borde del abismo. Lo repite una y otra vez. Es tan frustrante... Oh, por favor, Christian, grito por dentro.

—Este es tu castigo, tan cerca y de pronto tan lejos. ¿Te parece esto agradable? —me susurra al oído.

Agotada, gimoteo y tiro de mis brazos atados. Estoy indefensa, perdida en una tortura erótica.

—Por favor —le suplico.

Al final se apiada de mí.

—¿Cómo quieres que te folle, Anastasia?

Oh... mi cuerpo empieza a temblar y vuelve a quedarse inmóvil.

—Por favor.

—¿Qué quieres, Anastasia?

—A ti... ahora —grito.

—Dime cómo quieres que te folle. Hay una variedad infinita de maneras —me susurra al oído.

Alarga la mano hacia el paquetito plateado de la mesita de noche. Se arrodilla entre mis piernas y, muy despacio, me quita las bragas sin dejar de mirarme con ojos brillantes. Se pone el condón. Lo miro fascinada, anonadada.

—¿Te parece esto agradable? —me dice acariciándose.

—Era una broma —gimoteo.

Por favor, fóllame, Christian.

Alza las cejas deslizando la mano arriba y abajo por su impresionante miembro.

—¿Una broma? —me pregunta en voz amenazadoramente baja.

—Sí. Por favor, Christian —le ruego.

—¿Y ahora te ríes?

—No —gimoteo.

La tensión sexual está a punto de hacerme estallar. Me mira un momento, evaluando mi deseo, y de pronto me agarra y me da la vuelta. Me pilla por sorpresa, y como tengo las manos atadas, tengo que apoyarme en

los codos. Me empuja las rodillas para alzarme el trasero y me da un fuerte azote. Antes de que pueda reaccionar, me penetra. Grito, por el azote y por su repentina embestida, y me corro inmediatamente, me desmorono debajo de él, que sigue embistiéndome exquisitamente. No se detiene. Estoy destrozada. No puedo más... y él empuja una y otra vez... y siento que vuelve a inundarme otra vez... no puede ser... no...

—Vamos, Anastasia, otra vez —ruge entre dientes.

Y por increíble que parezca, mi cuerpo responde, se convulsiona y vuelvo a alcanzar el clímax gritando su nombre. Me rompo de nuevo en mil pedazos y Christian se para, se deja ir por fin y se libera en silencio. Cae encima de mí jadeando.

—¿Te ha gustado? —me pregunta con los dientes apretados.

Madre mía.

Estoy tumbada en la cama, devastada, jadeando y con los ojos cerrados cuando se aparta de mí muy despacio. Se levanta y empieza a vestirse. Cuando ha acabado, vuelve a la cama, me desata y me quita la camiseta. Flexiono los dedos y me froto las muñecas, sonriendo al ver que se me ha marcado el dibujo del tejido.

Me ajusto el sujetador mientras él tira de la colcha y del edredón para taparme. Lo miro aturdida y él me devuelve la sonrisa.

—Ha sido realmente agradable —susurro sonriendo tímidamente.

—Ya estamos otra vez con la palabrita.

—¿No te gusta que lo diga?

—No, no tiene nada que ver conmigo.

—Vaya... No sé... parece tener un efecto beneficioso sobre ti.

—¿Soy un efecto beneficioso? ¿Eso es lo que soy ahora? ¿Podría herir más mi amor propio, señorita Steele?

—No creo que tengas ningún problema de amor propio.

Pero soy consciente de que lo digo sin convicción. Algo se me pasa rápidamente por la cabeza, una idea fugaz, pero se me escapa antes de que pueda atraparla.

—¿Tú crees? —me pregunta en tono amable.

Está tumbado a mi lado, vestido, con la cabeza apoyada en el codo, y yo solo llevo puesto el sujetador.

—¿Por qué no te gusta que te toquen?

—Porque no. —Se inclina sobre mí y me besa suavemente en la frente—. Así que ese e-mail era lo que tú llamas una broma.

Sonrío a modo de disculpa y me encojo de hombros.

—Ya veo. Entonces todavía estás planteándote mi proposición...

—Tu proposición indecente... Sí, me la estoy planteando. Pero tengo cosas que comentar.

Me sonrío aliviado.

—Me decepcionarías si no tuvieras cosas que comentar.

—Iba a mandártelas por correo, pero me has interrumpido.

—Coitus interruptus.

—¿Lo ves?, sabía que tenías algo de sentido del humor escondido por ahí —le digo sonriendo.

—No es tan divertido, Anastasia. He pensado que estabas diciéndome que no, que ni siquiera querías comentarlo.

Se queda en silencio.

—Todavía no lo sé. No he decidido nada. ¿Vas a ponerme un collar?

Alza las cejas.

—Has estado investigando. No lo sé, Anastasia. Nunca le he puesto un collar a nadie.

Oh... ¿Debería sorprenderme? Sé tan poco sobre las sesiones... No sé.

—¿A ti te han puesto un collar? —le pregunto en un susurro.

—Sí.

—¿La señora Robinson?

—¡La señora Robinson!

Se ríe a carcajadas, y parece joven y despreocupado, con la cabeza echada hacia atrás. Su risa es contagiosa.

Le sonrío.

—Le diré cómo la llamas. Le encantará.

—¿Sigues en contacto con ella? —le pregunto sin poder disimular mi temor.

—Sí —me contesta muy serio.

Oh... De pronto una parte de mí se vuelve loca de celos. El sentimiento es tan fuerte que me perturba.

—Ya veo —le digo en tono tenso—. Así que tienes a alguien con quien comentar tu alternativo estilo de vida, pero yo no puedo.

Frunce el ceño.

—Creo que nunca lo he pensado desde ese punto de vista. La señora Robinson formaba parte de este estilo de vida. Te dije que ahora es una buena amiga. Si

quieres, puedo presentarte a una de mis ex sumisas. Podrías hablar con ella.

¿Qué? ¿Lo dice a propósito para que me enfade?

—¿Esto es lo que tú llamas una broma?

—No, Anastasia —me contesta perplejo.

—No... me las arreglaré yo sola, muchas gracias —le contesto bruscamente, tirando de la colcha hasta mi barbilla.

Me observa perdido, sorprendido.

—Anastasia, no... —No sabe qué decir. Una novedad, creo—. No quería ofenderte.

—No estoy ofendida. Estoy consternada.

—¿Consternada?

—No quiero hablar con ninguna ex novia tuya... o esclava... o sumisa... como las llames.

—Anastasia Steele, ¿estás celosa?

Me pongo colorada.

—¿Vas a quedarte?

—Mañana a primera hora tengo una reunión en el Heathman. Además ya te dije que no duermo con mis novias, o esclavas, o sumisas, ni con nadie. El viernes y el sábado fueron una excepción. No volverá a pasar.

Oigo la firme determinación detrás de su dulce voz ronca.

Frunzo los labios.

—Bueno, estoy cansada.

—¿Estás echándome?

Alza las cejas perplejo y algo afligido.

—Sí.

—Bueno, otra novedad. —Me mira interrogante—. ¿No quieres que comentemos nada? Sobre el contrato.

—No —le contesto de mal humor.

—Ay, cuánto me gustaría darte una buena tunda. Te sentirías mucho mejor, y yo también.

—No puedes decir esas cosas... Todavía no he firmado nada.

—Pero soñar es humano, Anastasia. —Se inclina y me agarra de la barbilla—. ¿Hasta el miércoles? —murmura.

Me besa rápidamente en los labios.

—Hasta el miércoles —le contesto—. Espera, salgo contigo. Dame un minuto.

Me siento, cojo la camiseta y lo empujo para que se levante de la cama. Lo hace de mala gana.

—Pásame los pantalones de chándal, por favor.

Los recoge del suelo y me los tiende.

—Sí, señora.

Intenta ocultar su sonrisa, pero no lo consigue.

Lo miro con mala cara mientras me pongo los pantalones. Tengo el pelo hecho un desastre y sé que después de que se marche voy a tener que enfrentarme a la santa inquisidora Katherine Kavanagh. Cojo una goma para el pelo, me dirijo a la puerta y la abro para ver si está Kate. No está en el comedor. Creo que la oigo hablando por teléfono en su habitación. Christian me sigue. Durante el breve recorrido entre mi habitación y la puerta de la calle mis pensamientos y mis sentimientos fluyen y se transforman. Ya no estoy enfadada con él. De pronto me siento insoportablemente tímida. No quiero que se marche. Por primera vez me gustaría que fuera normal, me gustaría mantener una relación normal que no exigiera un acuerdo de diez páginas, azotes y mosquetones en el techo de su cuarto de juegos.

Le abro la puerta y me miro las manos. Es la primera vez que me traigo un chico a mi casa, y creo que ha estado genial. Pero ahora me siento como un recipiente, como un vaso vacío que se llena a su antojo. Mi subconsciente mueve la cabeza. Querías correr al Heathman en busca de sexo... y te lo han traído a casa. Cruza los brazos y golpea el suelo con el pie, como preguntándose de qué me quejo. Christian se detiene junto a la puerta, me agarra de la barbilla y me obliga a mirarlo.

Arruga la frente.

—¿Estás bien? —me pregunta acariciándome la barbilla con el pulgar.

—Sí —le contesto, aunque la verdad es que no estoy tan segura.

Siento un cambio de paradigma. Sé que si acepto, me hará daño. Él no puede, no le interesa o no quiere ofrecermé nada más... pero yo quiero más. Mucho más.

El ataque de celos que he sentido hace un momento me dice que mis sentimientos por él son más profundos de lo que me he reconocido a mí misma.

—Nos vemos el miércoles —me dice.

Se inclina y me besa con ternura. Pero mientras está besándome, algo cambia. Sus labios me presionan imperiosamente. Sube una mano desde la barbilla hasta un lado de la cara, y con la otra me sujeta la otra mejilla. Su respiración se acelera. Se inclina hacia mí y me besa más profundamente. Le cojo de los brazos. Quiero deslizar las manos por su pelo, pero me resisto porque sé que no le gustaría. Pega su frente a la mía con los ojos cerrados.

—Anastasia —susurra con voz quebrada—, ¿qué estás haciendo conmigo?

—Lo mismo podría decirte yo —le susurro a mi vez.

Respira hondo, me besa en la frente y se marcha. Avanza con paso decidido hacia el coche pasándose la mano por el pelo. Mientras abre la puerta, levanta la mirada y me lanza una sonrisa arrebatadora. Totalmente deslumbrada, le devuelvo una leve sonrisa y vuelvo a pensar en Ícaro acercándose demasiado al sol. Cierro la puerta de la calle mientras se mete en su coche deportivo. Siento una irresistible necesidad de llorar. Una triste y solitaria melancolía me oprime el corazón.

Vuelvo a mi habitación, cierro la puerta y me apoyo en ella intentando racionalizar mis sentimientos, pero no puedo. Me dejo caer al suelo, me cubro la cara con las manos y empiezan a saltárseme las lágrimas.

Kate llama a la puerta suavemente.

—¿Ana? —susurra.

Abro la puerta. Me mira y me abraza.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha hecho ese repulsivo cabrón guaperas?

—Nada que no quisiera que me hiciera, Kate.

Me lleva hasta la cama y nos sentamos.

—Tienes el pelo de haber echado un polvo espantoso.

Aunque estoy desconsolada, me río.

—Ha sido un buen polvo, para nada espantoso.

Kate sonrío.

—Mejor. ¿Por qué lloras? Tú nunca lloras.

Coge el cepillo de la mesita de noche, se sienta a mi lado y empieza a desenredarme los nudos muy despacio.

—¿No me dijiste que habías quedado con él el miércoles?

—Sí, en eso habíamos quedado.

—¿Y por qué se ha pasado hoy por aquí?

—Porque le he mandado un e-mail.

—¿Pidiéndole que se pasara?

—No, diciéndole que no quería volver a verlo.

—¿Y se presenta aquí? Ana, es genial.

—La verdad es que era una broma.

—Vaya, ahora sí que no entiendo nada.

Me armo de paciencia y le explico de qué iba mi e-mail sin entrar en detalles.

—Pensaste que te respondería por correo.

—Sí.

—Pero lo que ha hecho ha sido presentarse aquí.

—Sí.

—Te habrá dicho que está loco por ti.

Frunzo el ceño. ¿Christian loco por mí? Difícilmente. Solo está buscando un nuevo juguete, un nuevo y adecuado juguete con el que acostarse y al que hacerle cosas indescriptibles. Se me encoge el corazón y me duele. Esa es la verdad.

—Ha venido a follarme, eso es todo.

—¿Quién dijo que el romanticismo había muerto? — murmura horrorizada.

He dejado impresionada a Kate. No pensaba que eso fuera posible. Me encojo de hombros a modo de disculpa.

—Utiliza el sexo como un arma.

—¿Te echa un polvo para someterte?

Mueve la cabeza contrariada. Pestañeo y siento que estoy poniéndome colorada. Oh... has dado en el clavo, Katherine Kavanagh, vas a ganar el Pulitzer.

—Ana, no lo entiendo. ¿Y le dejas que te haga el amor?

—No, Kate, no hacemos el amor... follamos... como dice Christian. No le interesa el amor.

—Sabía que había algo raro en él. Tiene problemas con el compromiso.

Asiento, como si estuviera de acuerdo, pero por dentro suspiro. Ay, Kate... Ojalá pudiera contártelo todo sobre este tipo extraño, triste y perverso, y ojalá tú pudieras decirme que lo olvidara, que dejara de ser una idiota.

—Me temo que la situación es bastante abrumadora —murmuro.

Me quedo muy, muy corta.

Como no quiero seguir hablando de Christian, le pregunto por Elliot. Con solo mencionar su nombre, la actitud de Katherine cambia radicalmente. Se le ilumina la cara y me sonrío.

—El sábado vendrá temprano para ayudarnos a cargar.

Estrecha el cepillo con fuerza contra su pecho —vaya, le ha pillado fuerte—, y siento una vaga y familiar punzada de envidia. Kate ha encontrado a un hombre normal y parece muy feliz.

Me giro hacia ella y la abrazo.

—Ah, casi me olvido. Tu padre ha llamado cuando estabas... bueno, ocupada. Parece que Bob ha tenido un pequeño accidente, así que tu madre y él no podrán venir a la entrega de títulos. Pero tu padre estará aquí el jueves. Quiere que lo llames.

—Vaya... Mi madre no me ha llamado para decírmelo. ¿Está bien Bob?

—Sí. Llámala mañana. Ahora es tarde.

—Gracias, Kate. Ya estoy bien. Mañana llamaré también a Ray. Creo que me voy a acostar.

Sonríe, pero arruga los ojos preocupada.

Cuando ya se ha marchado, me siento, vuelvo a leer el contrato y voy tomando notas. Una vez que he terminado, enciendo el ordenador dispuesta a responderle.

En mi bandeja de entrada hay un e-mail de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 23 de mayo de 2011 23:16

Para: Anastasia Steele

Asunto: Esta noche

Señorita Steele:

Espero impaciente sus notas sobre el contrato.

Entretanto, que duermas bien, nena.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 24 de mayo de 2011 00:02

Para: Christian Grey

Asunto: Objeciones

Querido señor Grey:

Aquí está mi lista de objeciones. Espero que el miércoles las discutamos con calma en nuestra cena.

Los números remiten a las cláusulas:

2: No tengo nada claro que sea exclusivamente en MI beneficio, es decir, para que explore mi sensualidad y mis límites. Estoy segura de que para eso no necesitaría un contrato de diez páginas. Seguramente es para TU beneficio.

4: Como sabes, solo he practicado sexo contigo. No tomo drogas y nunca me han hecho una transfusión. Seguramente estoy más que sana. ¿Qué pasa contigo?

8: Puedo dejarlo en cualquier momento si creo que no te ciñes a los límites acordados. De acuerdo, eso me parece muy bien.

9: ¿Obedecerte en todo? ¿Aceptar tu disciplina sin dudar? Tenemos que hablarlo.

11: Periodo de prueba de un mes, no de tres.

12: No puedo comprometerme todos los fines de semana. Tengo vida propia, y seguiré teniéndola. ¿Quizá tres de cada cuatro?

15.2: Utilizar mi cuerpo de la manera que consideres oportuna, en el sexo o en cualquier otro ámbito... Por favor, define «en cualquier otro ámbito».

15.5: Toda la cláusula sobre la disciplina en general. No estoy segura de que quiera ser azotada, zurrada o castigada físicamente. Estoy segura de que esto infringe las cláusulas 2-5. Y además eso de «por cualquier otra razón» es sencillamente mezquino... y me dijiste que no eras un sádico.

15.10: Como si prestarme a alguien pudiera ser una opción. Pero me alegro de que lo dejes tan claro.

15.14: Sobre las normas comento más adelante.

15.19: ¿Qué problema hay en que me toque sin tu permiso? En cualquier caso, sabes que no lo hago.

15.21: Disciplina: véase arriba cláusula 15.5.

15.22: ¿No puedo mirarte a los ojos? ¿Por qué?

15.24: ¿Por qué no puedo tocarte?

Normas:

Dormir: aceptaré seis horas.

Comida: no voy a comer lo que ponga en una lista. O la lista de los alimentos se elimina, o rompo el contrato.

Ropa: de acuerdo, siempre y cuando solo tenga que llevar tu ropa cuando esté contigo.

Ejercicio: habíamos quedado en tres horas, pero sigue poniendo cuatro.

Límites tolerables:

¿Tenemos que pasar por todo esto? No quiero fisting de ningún tipo. ¿Qué es la suspensión? Pinzas genitales... debes de estar de broma.

¿Podrías decirme cuáles son tus planes para el miércoles? Yo trabajo hasta las cinco de la tarde.

Buenas noches.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 24 de mayo de 2011 00:07

Para: Anastasia Steele

Asunto: Objeciones

Señorita Steele:

Es una lista muy larga. ¿Por qué está todavía despierta?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 24 de mayo de 2011 00:10

Para: Christian Grey

Asunto: Quemándome las cejas

Señor:

Si no recuerdo mal, estaba con esta lista cuando un obseso del control me interrumpió y me llevó a la cama.

Buenas noches.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 24 de mayo de 2011 00:12

Para: Anastasia Steele

Asunto: Deja de quemarte las cejas

ANASTASIA, VETE A LA CAMA.

Christian Grey

Obseso del control y presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Vaya... en mayúsculas, como si me gritara. Apago el ordenador. ¿Cómo puede intimidarme estando a ocho kilómetros? Todavía triste, me meto en la cama e inmediatamente caigo en un sueño profundo, aunque intranquilo.

Al día siguiente, al volver a casa del trabajo, llamo a mi madre. Como en Clayton's el día ha sido relativamente tranquilo, he tenido mucho tiempo para pensar.

A Estoy inquieta, nerviosa, porque mañana tengo que enfrentarme con el obseso del control, y en el fondo estoy preocupada porque quizá he sido demasiado negativa en mi respuesta al contrato. Quizá él decida cancelarlo.

Mi madre está muy triste, siente mucho no poder venir a la entrega de títulos. Bob se ha torcido un ligamento y cojea. La verdad es que es muy torpe, como yo.

Se recuperará sin problemas, pero tiene que hacer reposo, y mi madre tiene que atenderlo todo el tiempo.

—Ana, cariño, lo siento muchísimo —se lamenta mi madre al teléfono.

—No pasa nada, mamá. Ray estará aquí.

—Ana, pareces distraída... ¿Estás bien, mi niña?

—Sí, mamá.

Ay, si tú supieras... He conocido a un tipo escandalosamente rico que quiere mantener conmigo una especie de extraña y perversa relación sexual en la que yo no tengo ni voz ni voto.

—¿Has conocido a algún chico?

—No, mamá.

Ahora mismo no me apetece hablar del tema.

—Bueno, cariño, el jueves pensaré en ti. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Cierro los ojos. Sus cariñosas palabras me reconfortan.

—Yo también te quiero, mamá. Saluda a Bob de mi parte. Espero que se recupere pronto.

—Seguro, cariño. Adiós.

—Adiós.

Mientras hablaba con ella, he entrado en mi habitación. Enciendo el cacharro infernal y abro el programa de correo. Tengo un e-mail de Christian, de última hora de anoche o primera hora de esta mañana, según cómo se mire. Al momento se me acelera el corazón y oigo la sangre bombeándome en los oídos. Maldita sea... quizá me dice que no... seguro... quizá ha cancelado la cena. La idea me resulta dolorosa. La descarto rápidamente y abro el mensaje.

De: Christian Grey

Fecha: 24 de mayo de 2011 01:27

Para: Anastasia Steele

Asunto: Sus objeciones

Querida señorita Steele:

Tras revisar con más detalle sus objeciones, me permito recordarle la definición de sumiso.

sumiso: adjetivo

1. inclinado o dispuesto a someterse; que obedece humildemente: sirvientes sumisos.

2. que indica sumisión: una respuesta sumisa.

Origen: 1580-1590; someterse, sumisión

Sinónimos: 1. obediente, complaciente, humilde. 2. pasivo, resignado, paciente, dócil, contenido. Antónimos: 1. rebelde, desobediente.

Por favor, téngalo en mente cuando nos reunamos el miércoles.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Lo primero que siento es alivio. Al menos está dispuesto a comentar mis objeciones y todavía quiere que nos veamos mañana. Lo pienso un poco y le contesto.

De: Anastasia Steele

Fecha: 24 de mayo de 2011 18:29

Para: Christian Grey

Asunto: Mis objeciones... ¿Qué pasa con las suyas?

Señor:

Le ruego que observe la fecha de origen: 1580-1590. Quisiera recordarle al señor, con todo respeto, que estamos en 2011. Desde entonces hemos avanzado un largo camino.

Me permito ofrecerle una definición para que la tenga en cuenta en nuestra reunión:

compromiso: sustantivo

1. llegar a un entedimiento mediante concesiones mutuas; alcanzar un acuerdo ajustando exigencias o principios en conflicto u oposición mediante la recíproca modificación de las demandas. 2. el resultado de dicho acuerdo. 3. poner en peligro, exponer a un peligro, una sospecha, etc.: poner en un compromiso la integridad de alguien.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 24 de mayo de 2011 18:32

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Qué pasa con mis objeciones?

Bien visto, como siempre, señorita Steele. Pasaré a buscarla por su casa a las siete en punto.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.
De: Anastasia Steele
Fecha: 24 de mayo de 2011 18:40
Para: Christian Grey
Asunto: 2011 – Las mujeres sabemos conducir
Señor:

Tengo coche y sé conducir.
Preferiría que quedáramos en otro sitio.
¿Dónde nos encontramos?
¿En tu hotel a las siete?

Ana

De: Christian Grey
Fecha: 24 de mayo de 2011 18:43
Para: Anastasia Steele
Asunto: Jovencitas testarudas

Querida señorita Steele:

Me remito a mi e-mail del 24 de mayo de 2011,
enviado a la 01:27, y a la definición que contiene.

¿Cree que será capaz de hacer lo que se le diga?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 24 de mayo de 2011 18:49

Para: Christian Grey

Asunto: Hombres intratables

Señor Grey:

Preferiría conducir.

Por favor.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 24 de mayo de 2011 18:52

Para: Anastasia Steele

Asunto: Hombres exasperantes

Muy bien.

En mi hotel a las siete.

Nos vemos en el Marble Bar.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Hasta por e-mail se pone de mal humor. ¿No entiende que puedo necesitar salir corriendo? No es que mi Escarabajo sea muy rápido... pero aun así necesito una vía de escape.

De: Anastasia Steele

Fecha: 24 de mayo de 2011 18:55

Para: Christian Grey

Asunto: Hombres no tan intratables

Gracias.

Ana x

De: Christian Grey

Fecha: 24 de mayo de 2011 18:59

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mujeres exasperantes

De nada.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Llamo a Ray, que está a punto de ver un partido de los Sounders, un equipo de fútbol de Salt Lake City, así que afortunadamente nuestra conversación es breve. Vendrá el jueves para la entrega de títulos. Después quiere llevarme a comer a algún sitio. Siento una gran ternura hablando con Ray y se me hace un nudo en la garganta. Siempre ha estado a mi lado pese a los devaneos amorosos de mi madre. Tenemos un vínculo

especial, que es muy importante para mí. Aunque es mi padrastro, siempre me ha tratado como a una hija, y tengo muchas ganas de verlo. Hace mucho que no lo veo. Lo que ahora mismo necesito es su fuerza tranquila.

La echo en falta. Quizá pueda canalizar a mi Ray interior para mi cita de mañana.

Kate y yo nos dedicamos a empaquetar y compartimos una botella de vino barato, como tantas veces. Cuando por fin casi he terminado de empaquetar mi habitación y me voy a la cama, estoy más calmada. La actividad física de meter todo en cajas ha sido una buena distracción, y estoy cansada. Quiero descansar. Me acurruco en la cama y enseguida me quedo dormida.

Paul ha vuelto de Princeton antes de trasladarse a Nueva York a hacer prácticas en una entidad financiera. Se pasa el día siguiéndome por la tienda y pidiéndome que quedemos. Es un pesado.

—Paul, te lo he dicho ya cien veces: esta noche he quedado.

—No, no has quedado. Lo dices para darme largas. Siempre me das largas.

Sí... parece que lo has pillado.

—Paul, siempre he pensado que no era buena idea salir con el hermano del jefe.

—Dejas de trabajar aquí el viernes. Y mañana no trabajas.

—Y desde el sábado estaré en Seattle, y tú te irás pronto a Nueva York. Ni a propósito podríamos estar más lejos. Además, es verdad que tengo una cita esta noche.

—¿Con José?

—No.

—¿Con quién?

—Paul... —Suspiro desesperada. No va a darse por vencido—. Con Christian Grey.

No puedo evitar el tono de fastidio. Pero funciona. Paul se queda boquiabierto y mudo. Vaya, hasta su nombre deja a la gente sin palabras.

—¿Has quedado con Christian Grey? —me pregunta cuando se ha recuperado de la impresión.

Su tono de incredulidad es evidente.

—Sí.

—Ya veo.

Paul se queda alicaído, incluso aturdido, y a una pequeña parte de mí le molesta que le haya sorprendido tanto. A la diosa que llevo dentro también. Dedica a Paul un gesto muy feo y vulgar con los dedos.

Al final me deja tranquila, y a las cinco en punto salgo corriendo de la tienda.

Kate me ha prestado dos vestidos y dos pares de zapatos para esta noche y para el acto de mañana. Ojalá me entusiasmara más la ropa y pudiera hacer un esfuerzo extra, pero la verdad es que la ropa no es lo mío. ¿Qué es lo tuyo, Anastasia? La pregunta a media voz de Christian me persigue. Intento acallar mis nervios y elijo el vestido color ciruela para esta noche. Es discreto y parece adecuado para una cita de negocios. Después de todo, voy a negociar un contrato.

Me ducho, me depilo las piernas y las axilas, me lavo el pelo y luego me paso una buena media hora secándomelo para que caiga ondulado sobre mis pechos y mi espalda. Me sujeto el cabello con un peine de púas para mantenerlo retirado de la cara y me aplico rímel y brillo de labios. Casi nunca me maquillo. Me intimida.

Ninguna de mis heroínas literarias tiene que maquillarse. Quizá sabría algo más del tema si lo hicieran. Me pongo los zapatos de tacón a juego con el vestido, y hacia las seis y media estoy lista.

—¿Cómo estoy? —le pregunto a Kate.

Se ríe.

—Vas a arrasar, Ana. —Asiente satisfecha—. Estás de escándalo.

—¡De escándalo! Pretendo ir discreta y parecer una mujer de negocios.

—También, pero sobre todo estás de escándalo. Este vestido le va muy bien a tu tono de piel. Y se te marca todo —me dice con una sonrisita.

—¡Kate! —la riño.

—Las cosas como son, Ana. La impresión general es... muy buena. Con vestido, lo tendrás comiendo en tu mano.

Aprieto los labios. Ay, no entiendes nada.

—Deséame suerte.

—¿Necesitas suerte para quedar con él? —me pregunta frunciendo el ceño, confundida.

—Sí, Kate.

—Bueno, pues entonces suerte.

Me abraza y salgo de casa.

Tengo que quitarme los zapatos para conducir. Wanda, mi Escarabajo azul marino, no fue diseñado para que lo condujeran mujeres con tacones. Aparco frente al Heathman a las siete menos dos minutos exactamente y le doy las llaves al aparcacoches. Mira con mala cara mi Escarabajo, pero no le hago caso. Respiro hondo, me preparo mentalmente para la batalla y me dirijo al hotel.

Christian está inclinado sobre la barra, bebiendo un vaso de vino blanco. Va vestido con su habitual camisa blanca de lino, vaqueros negros, corbata negra y americana negra. Lleva el pelo tan alborotado como siempre. Suspiro. Me quedo unos segundos parada en la entrada del bar, observándolo, admirando la vista. Él lanza una mirada, creo que nerviosa, hacia la puerta y al verme se queda inmóvil. Pestañea un par de veces y después esboza lentamente una sonrisa indolente y sexy que me deja sin palabras y me derrite por dentro. Avanzo hacia él haciendo un enorme esfuerzo para no mordirme el labio, consciente de que yo, Anastasia

Steele de Patosilandia, llevo tacones. Se levanta y viene hacia mí.

—Estás impresionante —murmura inclinándose para besarme rápidamente en la mejilla—. Un vestido, señorita Steele. Me parece muy bien.

Me coge de la mano, me lleva a un reservado y hace un gesto al camarero.

—¿Qué quieres tomar?

Esbozo una ligera sonrisa mientras me siento en el reservado. Bueno, al menos me pregunta.

—Tomaré lo mismo que tú, gracias.

¿Lo ves? Sé hacer mi papel y comportarme. Divertido, pide otro vaso de Sancerre y se sienta frente a mí.

—Tienen una bodega excelente —me dice.

Apoya los codos en la mesa y junta los dedos de ambas manos a la altura de la boca. En sus ojos brilla una incomprensible emoción. Y ahí está... esa habitual descarga eléctrica que conecta con lo más profundo de mí. Me remuevo incómoda ante su mirada escrutadora,

con el corazón latiéndome a toda prisa. Tengo que mantener la calma.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta amablemente.

—Sí.

Se inclina hacia delante.

—Yo también —susurra con complicidad.

Clavo mis ojos en los suyos. ¿Él? ¿Nervioso? Nunca. Pestañeo y me dedica su preciosa sonrisa de medio lado. Llega el camarero con mi vino, un platito con frutos secos y otro con aceitunas.

—¿Cómo lo hacemos? —le pregunto—. ¿Revisamos mis puntos uno a uno?

—Siempre tan impaciente, señorita Steele.

—Bueno, puedo preguntarte por el tiempo.

Sonríe y coge una aceituna con sus largos dedos. Se la mete en la boca, y mis ojos se demoran en ella, en esa boca que ha estado sobre la mía... en todo mi cuerpo. Me ruborizo.

—Creo que el tiempo hoy no ha tenido nada de especial —me dice riéndose.

—¿Está riéndose de mí, señor Grey?

—Sí, señorita Steele.

—Sabes que ese contrato no tiene ningún valor legal.

—Soy perfectamente consciente, señorita Steele.

—¿Pensabas decírmelo en algún momento?

Frunce el ceño.

—¿Crees que estoy coaccionándote para que hagas algo que no quieres hacer, y que además pretendo tener algún derecho legal sobre ti?

—Bueno... sí.

—No tienes muy buen concepto de mí, ¿verdad?

—No has contestado a mi pregunta.

—Anastasia, no importa si es legal o no. Es un acuerdo al que me gustaría llegar contigo... lo que me gustaría conseguir de ti y lo que tú puedes esperar de mí. Si no te gusta, no lo firmes. Si lo firmas y después decides que no te gusta, hay suficientes cláusulas que te permitirán dejarlo. Aun cuando fuera legalmente vinculante, ¿crees que te llevaría a juicio si decides marcharte?

Doy un largo trago de vino. Mi subconsciente me da un golpecito en el hombro. Tienes que estar atenta. No bebas demasiado.

—Las relaciones de este tipo se basan en la sinceridad y en la confianza —sigue diciéndome—. Si no confías en mí... Tienes que confiar en mí para que sepa en qué medida te estoy afectando, hasta dónde puedo llegar contigo, hasta dónde puedo llevarte... Si no puedes ser sincera conmigo, entonces es imposible.

Vaya, directamente al grano. Hasta dónde puede llevarme. Dios mío. ¿Qué quiere decir?

—Es muy sencillo, Anastasia. ¿Confías en mí o no? — me pregunta con ojos ardientes.

—¿Has mantenido este tipo de conversación con... bueno, con las quince?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya eran sumisas. Sabían lo que querían de la relación conmigo, y en general lo que yo esperaba. Con ellas fue una simple cuestión de afinar los límites tolerables, ese tipo de detalles.

—¿Vas a buscarlas a alguna tienda? ¿Sumisas 'R' Us? Se ríe.

—No exactamente.

—Pues ¿cómo?

—¿De eso quieres que hablemos? ¿O pasamos al meollo de la cuestión? A las objeciones, como tú dices.

Trago saliva. ¿Confío en él? ¿A eso se reduce todo, a la confianza? Sin duda debería ser cosa de dos. Recuerdo su mosqueo cuando llamé a José.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, y me distrae de mis pensamientos.

Oh, no... la comida.

—No.

—¿Has comido hoy?

Lo miro. Sinceramente... Maldita sea, no va a gustarle mi respuesta.

—No —le contesto en voz baja.

Me mira con expresión muy seria.

—Tienes que comer, Anastasia. Podemos cenar aquí o en mi suite. ¿Qué prefieres?

—Creo que mejor nos quedamos en terreno neutral.

Sonríe con aire burlón.

—¿Crees que eso me detendría? —me pregunta en voz baja, como una sensual advertencia.

Abro los ojos como platos y vuelvo a tragar saliva.

—Eso espero.

—Vamos, he reservado un comedor privado.

Me sonrío enigmáticamente y sale del reservado tendiéndome una mano.

—Tráete el vino —murmura.

Le cojo de la mano, salgo y me paro a su lado. Me suelta la mano, me toma del brazo, cruzamos el bar y subimos una gran escalera hasta un entresuelo. Un chico con uniforme del Heathman se acerca a nosotros.

—Señor Grey, por aquí, por favor.

Lo seguimos por una lujosa zona de sofás hasta un comedor privado, con una sola mesa. Es pequeño, pero suntuoso. Bajo una lámpara de araña encendida, la mesa está cubierta por lino almidonado, copas de cristal, cubertería de plata y un ramo de rosas blancas. Un encanto antiguo y sofisticado impregna la sala, forrada con paneles de madera. El camarero me retira la silla y me siento. Me coloca la servilleta en las rodillas. Christian se sienta frente a mí. Lo miro.

—No te muerdas el labio —susurra.

Frunzo el ceño. Maldita sea. Ni siquiera me he dado cuenta de que estaba haciéndolo.

—Ya he pedido la comida. Espero que no te importe.

La verdad es que me parece un alivio. No estoy segura de que pueda tomar más decisiones.

—No, está bien —le contesto.

—Me gusta saber que puedes ser dócil. Bueno, ¿dónde estábamos?

—En el meollo de la cuestión.

Doy otro largo trago de vino. Está buenísimo. A Christian Grey se le dan bien los vinos. Recuerdo el último trago que me ofreció, en mi cama. El inoportuno pensamiento hace que me ruborice.

—Sí, tus objeciones.

Se mete la mano en el bolsillo interior de la americana y saca una hoja de papel. Mi e-mail.

—Cláusula 2. De acuerdo. Es en beneficio de los dos. Volveré a redactarlo.

Pestañeo. Dios mío... vamos a ir punto por punto. No me siento tan valiente estando con él. Parece tomárselo muy en serio. Me armo de valor con otro trago de vino. Christian sigue.

—Mi salud sexual. Bueno, todas mis compañeras anteriores se hicieron análisis de sangre, y yo me hago pruebas cada seis meses de todos estos riesgos que comentas. Mis últimas pruebas han salido perfectas. Nunca he tomado drogas. De hecho, estoy totalmente en contra de las drogas, y mi empresa lleva una política antidrogas muy estricta. Insisto en que se hagan pruebas aleatorias y por sorpresa a mis empleados para detectar cualquier posible consumo de drogas.

Uau... La obsesión controladora llega a la locura. Lo miro perpleja.

—Nunca me han hecho una transfusión. ¿Contesta eso a tu pregunta?

Asiento, impasible.

—El siguiente punto ya lo he comentado antes. Puedes dejarlo en cualquier momento, Anastasia. No voy a detenerte. Pero si te vas... se acabó. Que lo sepas.

—De acuerdo —le contesto en voz baja.

Si me voy, se acabó. La idea me resulta inesperadamente dolorosa.

El camarero llega con el primer plato. ¿Cómo voy a comer? Madre mía... ha pedido ostras sobre hielo.

—Espero que te gusten las ostras —me dice Christian en tono amable.

—Nunca las he probado.

Nunca.

—¿En serio? Bueno. —Coge una—. Lo único que tienes que hacer es metértelas en la boca y tragártelas. Creo que lo conseguirás.

Me mira y sé a qué está aludiendo. Me pongo roja como un tomate. Me sonrío, exprime zumo de limón en su ostra y se la mete en la boca.

—Mmm, riquísima. Sabe a mar —me dice sonriendo—. Vamos —me anima.

—¿No tengo que masticarla?

—No, Anastasia.

Sus ojos brillan divertidos. Parece muy joven.

Me muerdo el labio, y su expresión cambia instantáneamente. Me mira muy serio. Estiro el brazo y cojo mi primera ostra. Vale... esto no va a salir bien. Le echo zumo de limón y me la meto en la boca. Se desliza por mi garganta, toda ella mar, sal, la fuerte acidez del limón y su textura carnosa... Oooh. Me chupo los labios.

Christian me mira fijamente, con ojos impenetrables.

—¿Y bien?

—Me comeré otra —me limito a contestarle.

—Buena chica —me dice orgulloso.

—¿Has pedido ostras a propósito? ¿No dicen que son afrodisiacas?

—No, son el primer plato del menú. No necesito afrodisiacos contigo. Creo que lo sabes, y creo que a ti te pasa lo mismo conmigo —me dice tranquilamente—. ¿Dónde estábamos?

Echa un vistazo a mi e-mail mientras cojo otra ostra.

A él le pasa lo mismo. Lo altero... Uau.

—Obedecerme en todo. Sí, quiero que lo hagas. Necesito que lo hagas. Considéralo un papel, Anastasia.

—Pero me preocupa que me hagas daño.

—Que te haga daño ¿cómo?

—Daño físico.

Y emocional.

—¿De verdad crees que te haría daño? ¿Que traspasaría un límite que no pudieras aguantar?

—Me dijiste que habías hecho daño a alguien.

—Sí, pero fue hace mucho tiempo.

—¿Qué pasó?

—La colgué del techo del cuarto de juegos. Es uno de los puntos que preguntabas, la suspensión. Para eso son los mosquetones. Con cuerdas. Y apreté demasiado una cuerda.

Levanto una mano suplicándole que se calle.

—No necesito saber más. Entonces no vas a colgarme...

—No, si de verdad no quieres. Puedes pasarlo a la lista de los límites infranqueables.

—De acuerdo.

—Bueno, ¿crees que podrás obedecerme?

Me lanza una mirada intensa. Pasan los segundos.

—Podría intentarlo —susurro.

—Bien —me dice sonriendo—. Ahora la vigencia. Un mes no es nada, especialmente si quieres un fin de semana libre cada mes. No creo que pueda aguantar lejos de ti tanto tiempo. Apenas lo consigo ahora.

Se calla.

¿No puede aguantar lejos de mí? ¿Qué?

—¿Qué te parece un día de un fin de semana al mes para ti? Pero te quedas conmigo una noche entre semana.

—De acuerdo.

—Y, por favor, intentémoslo tres meses. Si no te gusta, puedes marcharte en cualquier momento.

—¿Tres meses?

Me siento presionada. Doy otro largo trago de vino y me concedo el gusto de otra ostra. Podría aprender a que me gustaran.

—El tema de la posesión es meramente terminológico y remite al principio de obediencia. Es para situarte en el estado de ánimo adecuado, para que entiendas de dónde vengo. Y quiero que sepas que, en cuanto cruces la puerta de mi casa como mi sumisa, haré contigo lo que me dé la gana. Tienes que aceptarlo de buena gana. Por eso tienes que confiar en mí. Te follaré cuando quiera, como quiera y donde quiera. Voy a disciplinarte, porque vas a meter la pata. Te adiestraré para que me complazcas.

»Pero sé que todo esto es nuevo para ti. De entrada iremos con calma, y yo te ayudaré. Avanzaremos desde diferentes perspectivas. Quiero que confíes en mí, pero sé que tengo que ganarme tu confianza, y lo haré. El «en cualquier otro ámbito»... de nuevo es para ayudarte a meterte en situación. Significa que todo está permitido.

Se muestra apasionado, cautivador. Está claro que es su obsesión, su manera de ser... No puedo apartar los ojos de él. Lo quiere de verdad. Se calla y me mira.

—¿Sigues aquí? —me pregunta en un susurro, con voz intensa, cálida y seductora.

Da un trago de vino sin apartar su penetrante mirada de mis ojos.

El camarero se acerca a la puerta, y Christian asiente ligeramente para indicarle que puede retirar los platos.

—¿Quieres más vino?

—Tengo que conducir.

—¿Agua, pues?

Asiento.

—¿Normal o con gas?

—Con gas, por favor.

El camarero se marcha.

—Estás muy callada —me susurra Christian.

—Tú estás muy hablador.

Sonríe.

—Disciplina. La línea que separa el placer del dolor es muy fina, Anastasia. Son las dos caras de una misma moneda. La una no existe sin la otra. Puedo enseñarte lo placentero que puede ser el dolor. Ahora no me crees, pero a eso me refiero cuando hablo de confianza. Habrá dolor, pero nada que no puedas soportar. Volvemos al tema de la confianza. ¿Confías en mí, Ana?

¡Ana!

—Sí, confío en ti —le contesto espontáneamente, sin pensarlo.

Y es cierto. Confío en él.

—De acuerdo —me dice aliviado—. Lo demás son simples detalles.

—Detalles importantes.

—Vale, comentémoslos.

Me da vueltas la cabeza con tantas palabras. Tendría que haberme traído la grabadora de Kate para poder volver a oír después lo que me dice. Demasiada información, demasiadas cosas que procesar. El camarero vuelve a aparecer con el segundo plato: bacalao, espárragos y puré de patatas con salsa holandesa. En mi vida había tenido menos hambre.

—Espero que te guste el pescado —me dice Christian en tono amable.

Pincho mi comida y bebo un largo trago de agua con gas. Me gustaría mucho que fuera vino.

—Hablemos de las normas. ¿Rompes el contrato por la comida?

—Sí.

—¿Puedo cambiarlo y decir que comerás como mínimo tres veces al día?

—No.

No voy a ceder en este tema. Nadie va a decirme lo que tengo que comer. Cómo follo, de acuerdo, pero lo que como... no, ni hablar.

—Necesito saber que no pasas hambre.

Frunzo el ceño. ¿Por qué?

—Tienes que confiar en mí —le digo.

Me mira un instante y se relaja.

—Touché, señorita Steele —me dice en tono tranquilo—. Acepto lo de la comida y lo de dormir.

—¿Por qué no puedo mirarte?

—Es cosa de la relación de sumisión. Te acostumbrarás.

¿Seguro?

—¿Por qué no puedo tocarte?

—Porque no.

Aprieta los labios con obstinación.

—¿Es por la señora Robinson?

Me mira con curiosidad.

—¿Por qué lo piensas? —E inmediatamente lo entiende—. ¿Crees que me traumatizó?

Asiento.

—No, Anastasia, no es por ella. Además, la señora Robinson no me aceptaría estas chorradas.

Ah... pero yo sí tengo que aceptarlas. Pongo mala cara.

—Entonces no tiene nada que ver con ella...

—No. Y tampoco quiero que te toques.

¿Qué? Ah, sí, la cláusula de que no puedo masturbarme.

—Por curiosidad... ¿por qué?

—Porque quiero para mí todo tu placer —me dice en tono ronco, aunque decidido.

No sé qué contestar. Por un lado, ahí está con su «Quiero morderte ese labio»; por el otro, es muy egoísta. Frunzo el ceño y pincho un trozo de bacalao intentando evaluar mentalmente qué me ha concedido. La comida y dormir. Va a tomárselo con calma, y aún no hemos hablado de los límites tolerables. Pero no estoy segura de que pueda afrontar ese tema con la comida en la mesa.

—Te he dado muchas cosas en las que pensar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quieres que pasemos ya a los límites tolerables?

—Espera a que acabemos de comer.

Sonríe.

—¿Te da asco?

—Algo así.

—No has comido mucho.

—Lo suficiente.

—Tres ostras, cuatro trocitos de bacalao y un espárrago. Ni puré de patatas, ni frutos secos, ni aceitunas. Y no has comido en todo el día. Me has dicho que podía confiar en ti.

Vaya, ha hecho el inventario completo.

—Christian, por favor, no suelo mantener conversaciones de este tipo todos los días.

—Necesito que estés sana y en forma, Anastasia.

—Lo sé.

—Y ahora mismo quiero quitarte ese vestido.

Trago saliva. Quitarme el vestido de Kate. Siento un tirón en lo más profundo de mi vientre. Algunos músculos con los que ahora estoy más familiarizada se contraen con sus palabras. Pero no puedo aceptarlo. Vuelve a utilizar contra mí su arma más potente. Es fabuloso practicando el sexo... Hasta yo me he dado cuenta de ello.

—No creo que sea una buena idea —murmuro—. Todavía no hemos comido el postre.

—¿Quieres postre? —me pregunta resoplando.

—Sí.

—El postre podrías ser tú —murmura sugerentemente.

—No estoy segura de que sea lo bastante dulce.

—Anastasia, eres exquisitamente dulce. Lo sé.

—Christian, utilizas el sexo como arma. No me parece justo —susurro contemplándome las manos.

Luego lo miro a los ojos. Alza las cejas, sorprendido, y veo que está sopesando mis palabras. Se presiona la barbilla, pensativo.

—Tienes razón. Lo hago. Cada uno utiliza en la vida lo que sabe, Anastasia. Eso no quita que te desee muchísimo. Aquí. Ahora.

¿Cómo es posible que me seduzca solo con la voz? Estoy ya jadeando, con la sangre circulándome a toda prisa por las venas, y los nervios estremeciéndose.

—Me gustaría probar una cosa —me dice.

Frunzo el ceño. Acaba de darme un montón de ideas que tengo que procesar, y ahora esto.

—Si fueras mi sumisa, no tendrías que pensarlo. Sería fácil —me dice con voz dulce y seductora—. Todas estas decisiones... todo el agotador proceso racional

quedaría atrás. Cosas como «¿Es lo correcto?», «¿Puede suceder aquí?», «¿Puede suceder ahora?». No tendrías que preocuparte de esos detalles. Lo haría yo, como tu amo. Y ahora mismo sé que me deseas, Anastasia.

Arrugo el ceño todavía más. ¿Cómo está tan seguro?

—Estoy tan seguro porque...

Maldita sea, contesta a las preguntas que no le hago. ¿Es también adivino?

—... tu cuerpo te delata. Estás apretando los muslos, te has puesto roja y tu respiración ha cambiado.

Vale, es demasiado.

—¿Cómo sabes lo de mis muslos? —le pregunto en voz baja, en tono incrédulo.

Pero si están debajo de la mesa, por favor.

—He notado que el mantel se movía, y lo he deducido basándome en años de experiencia. No me equivoco, ¿verdad?

Me ruborizo y me miro las manos. Su juego de seducción me lo pone muy difícil. Él es el único que conoce y entiende las normas. Yo soy demasiado ingenua e inexperta. Mi único punto de referencia es Kate, pero ella no aguanta chorradas de los hombres. Las demás referencias que tengo son del mundo de la ficción: Elizabeth Bennet estaría indignada, Jane Eyre, aterrorizada, y Tess sucumbiría, como yo.

—No me he terminado el bacalao.

—¿Prefieres el bacalao frío a mí?

Levanto la cabeza de golpe y lo miro. Un deseo imperioso brilla en sus ojos ardientes como plata fundida.

—Pensaba que te gustaba que me acabara toda la comida del plato.

—Ahora mismo, señorita Steele, me importa una mierda su comida.

—Christian, no juegas limpio, de verdad.

—Lo sé. Nunca he jugado limpio.

La diosa que llevo dentro frunce el ceño e intenta convencerme. Tú puedes. Juega a su juego. ¿Puedo? De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer? Mi inexperiencia es mi cruz. Pincho un espárrago, lo miro y me muerdo el labio. Luego, muy despacio, me meto la punta del espárrago en la boca y la chupo.

Christian abre los ojos de manera imperceptible, pero yo lo noto.

—Anastasia, ¿qué haces?

Muerdo la punta.

—Estoy comiéndome un espárrago.

Christian se remueve en su silla.

—Creo que está jugando conmigo, señorita Steele.

Finjo inocencia.

—Solo estoy terminándome la comida, señor Grey.

En ese preciso momento el camarero llama a la puerta y entra sin esperar respuesta. Mira un segundo a Christian, que le pone mala cara pero asiente enseguida, así que el camarero recoge los platos. La llegada del camarero ha roto el hechizo, y me aferro a ese instante de lucidez. Tengo que marcharme. Si me quedo, nuestro encuentro solo podrá terminar de una manera, y necesito poner ciertas barreras después de una conversación tan intensa. Mi cabeza se rebela tanto como mi cuerpo se muere de deseo. Necesito algo de distancia para pensar en todo lo que me ha dicho. Todavía no he tomado una decisión, y su atractivo y su destreza sexual no me lo ponen nada fácil.

—¿Quieres postre? —me pregunta Christian, tan caballeroso como siempre, pero con ojos todavía ardientes.

—No, gracias. Creo que tengo que marcharme —le digo mirándome las manos.

—¿Marcharte? —me pregunta sin poder ocultar su sorpresa.

El camarero se retira a toda prisa.

—Sí.

Es la decisión correcta. Si me quedo en este comedor con él, me follará. Me levanto con determinación.

—Mañana tenemos los dos la ceremonia de la entrega de títulos.

Christian se levanta automáticamente, poniendo de manifiesto años de arraigada urbanidad.

—No quiero que te vayas.

—Por favor... Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Porque me has planteado muchas cosas en las que pensar... y necesito cierta distancia.

—Podría conseguir que te quedaras —me amenaza.

—Sí, no te sería difícil, pero no quiero que lo hagas.

Se pasa la mano por el pelo mirándome detenidamente.

—Mira, cuando viniste a entrevistarme y te caíste en mi despacho, todo eran «Sí, señor», «No, señor». Pensé que eras una sumisa nata. Pero, la verdad, Anastasia, no estoy seguro de que tengas madera de sumisa —me dice en tono tenso acercándose a mí.

—Quizá tengas razón —le contesto.

—Quiero tener la oportunidad de descubrir si la tienes —murmura mirándome. Levanta un brazo, me

acaricia la cara y me pasa el pulgar por el labio inferior—. No sé hacerlo de otra manera, Anastasia. Soy así.

—Lo sé.

Se inclina para besarme, pero se detiene antes de que sus labios rocen los míos. Busca mis ojos con la mirada, como pidiéndome permiso. Alzo los labios hacia él y me besa, y como no sé si volveré a besarlo más, me dejo ir. Mis manos se mueven por sí solas, se deslizan por su pelo, lo atraen hacia mí. Mi boca se abre y mi lengua acaricia la suya. Me agarra por la nuca para besarme más profundamente, respondiendo a mi ardor. Me desliza la otra mano por la espalda, y al llegar al final de la columna, la detiene y me aprieta contra su cuerpo.

—¿No puedo convencerte de que te quedas? —me pregunta sin dejar de besarme.

—No.

—Pasa la noche conmigo.

—¿Sin tocarte? No.

—Eres imposible —se queja. Se echa hacia atrás y me mira fijamente—. ¿Por qué tengo la impresión de que estás despidiéndote de mí?

—Porque voy a marcharme.

—No es eso lo que quiero decir, y lo sabes.

—Christian, tengo que pensar en todo esto. No sé si puedo mantener el tipo de relación que quieres.

Cierra los ojos y presiona su frente contra la mía, lo cual nos da a ambos la oportunidad de relajar la respiración. Un momento después me besa en la frente, respira hondo, con la nariz hundida en mi pelo, me suelta y da un paso atrás.

—Como quiera, señorita Steele —me dice con rostro impasible—. La acompaño hasta el vestíbulo.

Me tiende la mano. Me inclino, cojo el bolso y le doy la mano. Maldita sea, esto podría ser todo. Lo sigo dócilmente por la gran escalera hasta el vestíbulo. Siento picores en el cuero cabelludo, la sangre me bombea muy deprisa. Podría ser el último adiós si decido no aceptar. El corazón se me contrae dolorosamente en el pecho. Qué giro tan radical... Qué gran diferencia puede suponer para una chica un momento de lucidez.

—¿Tienes el ticket del aparcacoches?

Saco del bolso el ticket y se lo doy. Christian se lo entrega al portero. Lo miro mientras esperamos.

—Gracias por la cena —murmuro.

—Ha sido un placer como siempre, señorita Steele — me contesta educadamente, aunque parece sumido en sus pensamientos, abstraído por completo.

Lo observo detenidamente y memorizo su hermoso perfil. Me obsesiona la desagradable idea de que podría no volver a verlo. Es demasiado doloroso para planteármelo. De pronto se gira y me mira con expresión intensa.

—Esta semana te mudas a Seattle. Si tomas la decisión correcta, ¿podré verte el domingo? —me pregunta en tono inseguro.

—Ya veremos. Quizá —le contesto.

Por un momento parece aliviado, pero enseguida frunce el ceño.

—Ahora hace fresco. ¿No has traído chaqueta?

—No.

Mueve la cabeza enfadado y se quita la americana.

—Toma. No quiero que cojas frío.

Parpadeo mientras la sostiene para que me la ponga. Y al pasar los brazos por las mangas, recuerdo el

momento en su despacho en que me puso la chaqueta sobre los hombros —el día en que lo conocí—, y la impresión que me causó. Nada ha cambiado. En realidad, ahora es más intenso. Su americana está caliente, me viene muy grande y huele a él... delicioso.

Llega mi coche. Christian se queda boquiabierto.

—¿Ese es tu coche?

Está horrorizado. Me coge de la mano y sale conmigo a la calle. El aparcacoches sale, me tiende las llaves, y Christian le da una propina.

—¿Está en condiciones de circular? —me pregunta fulminándome con la mirada.

—Sí.

—¿Llegará hasta Seattle?

—Claro que sí.

—¿Es seguro?

—Sí —le contesto irritada—. Vale, es viejo, pero es mío y funciona. Me lo compró mi padrastro.

—Anastasia, creo que podremos arreglarlo.

—¿Qué quieres decir? —De pronto lo entiendo—. Ni se te ocurra comprarme un coche.

Me mira con el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

—Ya veremos —me contesta.

Hace una mueca mientras me abre la puerta del conductor y me ayuda a entrar. Me quito los zapatos y bajo la ventanilla. Me mira con expresión impenetrable y ojos turbios.

—Conduce con prudencia —me dice en voz baja.

—Adiós, Christian —le digo con voz ronca, como si estuviera a punto de llorar.

No, no voy a llorar. Le sonrío ligeramente.

Mientras me alejo, siento una presión en el pecho, empiezan a aflorar las lágrimas y trato de ahogar el llanto. Las lágrimas no tardan en rodar por mis mejillas, aunque la verdad es que no entiendo por qué lloro. Me he mantenido firme. Él me lo ha explicado todo, y ha sido claro. Me desea, pero necesito más. Necesito que me desee como yo lo deseo y lo necesito, y en el fondo sé que no es posible. Estoy abrumada.

Ni siquiera sé cómo catalogarlo. Si acepto... ¿será mi novio? ¿Podré presentárselo a mis amigos? ¿Saldré con él de copas, al cine o a jugar a los bolos? Creo que no, la verdad. No me dejará tocarlo ni dormir con él. Sé que no he hecho estas cosas en el pasado, pero quiero hacerlas en el futuro. Y no es este el futuro que él tiene previsto.

¿Qué pasa si digo que sí, y dentro de tres meses él dice que no, que se ha cansado de intentar convertirme en algo que no soy? ¿Cómo voy a sentirme? Me habré implicado emocionalmente durante tres meses y habré hecho cosas que no estoy segura de que quiera hacer. Y si después me dice que no, que se ha acabado el acuerdo, ¿cómo voy a sobrellevar el rechazo? Quizá lo mejor sea retirarse ahora, que mantengo mi autoestima más o menos intacta.

Pero la idea de no volver a verlo me resulta insoportable. ¿Cómo se me ha metido en la piel en tan poco tiempo? No puede ser solo el sexo, ¿verdad? Me paso la mano por los ojos para secarme las lágrimas. No quiero analizar lo que siento por él. Me asusta lo que podría descubrir. ¿Qué voy a hacer?

Aparco frente a nuestra casa. No veo luces encendidas, así que Kate debe de haber salido. Es un alivio. No quiero que vuelva a pillarme llorando. Mientras

me desnudo, enciendo el cacharro infernal y encuentro un mensaje de Christian en la bandeja de entrada.

De: Christian Grey

Fecha: 25 de mayo de 2011 22:01

Para: Anastasia Steele

Asunto: Esta noche

No entiendo por qué has salido corriendo esta noche. Espero sinceramente haber contestado a todas tus preguntas de forma satisfactoria. Sé que tienes que plantearte muchas cosas y espero fervientemente que consideres en serio mi propuesta. Quiero de verdad que esto funcione. Nos lo tomaremos con calma.

Confía en mí.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Este e-mail me hace llorar más. No soy una fusión empresarial. No soy una adquisición. Leyendo este correo, cualquiera diría que sí. No le contesto. No sé qué decirle, la verdad. Me pongo el pijama y me meto en la cama envuelta en su americana. Tumbada, en la oscuridad, pienso en todas las veces que me ha advertido que me mantuviera alejada de él.

«Anastasia, deberías mantenerte alejada de mí. No soy un hombre para ti.»

«Yo no tengo novias.»

«No soy un hombre de flores y corazones.»

«Yo no hago el amor.»

«No sé hacerlo de otra manera.»

Es lo último a lo que me aferro mientras lloro en silencio, con la cara hundida en la almohada. Tampoco yo sé hacerlo de otra manera. Quizá juntos podamos encontrar otro camino.

Christian está frente a mí con una fusta de cuero trenzado. Solo lleva puestos unos Levi's viejos, gastados y rotos. Golpea despacio la fusta contra la palma de su mano sin dejar de mirarme. Esboza una sonrisa triunfante. No puedo moverme. Estoy desnuda y atada con grilletes, despatarrada en una enorme cama de cuatro postes. Se acerca a mí y me desliza la punta de la fusta desde la frente hasta la nariz, de manera que percibo el olor del cuero, y luego sigue hasta mis labios entreabiertos, que jadean. Me mete la punta en la boca y siento el sabor intenso del cuero.

—Chupa —me ordena en voz baja.

Obedezco y cierro los labios alrededor de la punta.

—Basta —me dice bruscamente.

Vuelvo a jadear mientras me saca la fusta de la boca y me la desliza desde la barbilla hasta el final del cuello. Le da vueltas despacio y sigue arrastrando la punta de la fusta por mi cuerpo, por el esternón, entre los pechos y por el torso, hasta el ombligo. Jadeo, me retuerzo y tiro de los grilletes, que me destrozan las muñecas y los tobillos. Me rodea el ombligo con la punta de cuero y sigue deslizándola por mi vello púbico hasta el clítoris. Sacude la fusta y me golpea con fuerza en el clítoris, y me corro gloriosamente gritando que me desate.

De pronto me despierto jadeando, bañada en sudor y sintiendo los espasmos posteriores al orgasmo. Dios mío. Estoy totalmente desorientada. ¿Qué demonios ha pasado? Estoy en mi cama sola. ¿Cómo? ¿Por qué? Me incorporo de un salto, conmocionada... Uau. Es de día. Miro el despertador: las ocho. Me cubro la cara con las

manos. No sabía que yo pudiera tener sueños sexuales. ¿Ha sido por algo que comí? Quizá las ostras y la investigación, que han acabado manifestándose en mi primer sueño erótico. Es desconcertante. No tenía ni idea de que pudiera correrme en sueños.

Kate se acerca a mí corriendo cuando entro tambaleándome en la cocina.

—Ana, ¿estás bien? Te veo rara. ¿Llevas puesta la americana de Christian?

—Estoy bien.

Maldita sea. Debería haberme mirado en el espejo. Evito sus ojos verdes, que me atraviesan. Todavía no me he recuperado del sueño.

—Sí, es la americana de Christian.

Frunce el ceño.

—¿Has dormido?

—No muy bien.

Cojo la tetera. Necesito un té.

—¿Qué tal la cena?

Ya empieza...

—Comimos ostras. Y luego bacalao, así que diría que hubo bastante pescado.

—Uf... Odio las ostras, pero no estoy preguntándote por la comida. ¿Qué tal con Christian? ¿De qué hablasteis?

—Se mostró muy atento.

Me callo. ¿Qué puedo decirle? No tiene VIH, le interesa la interpretación, quiere que obedezca todas sus órdenes, hizo daño a una mujer a la que colgó del techo de su cuarto de juegos y quería follarme en el comedor privado. ¿Sería un buen resumen? Intento

desesperadamente recordar algo de mi cita con Christian que pueda comentar con Kate.

—No le gusta Wanda.

—¿A quién le gusta, Ana? No es nada nuevo. ¿Por qué estás tan evasiva? Suéltalo, amiga mía.

—Kate, hablamos de un montón de cosas. Ya sabes... de lo quisquilloso que es con la comida. Por cierto, le gustó mucho tu vestido.

La tetera ya está hirviendo, así que me preparo una taza.

—¿Te apetece un té? ¿Quieres leerme tu discurso de hoy?

—Sí, por favor. Anoche estuve preparándolo en el Becca's. Voy a buscarlo. Y sí, me apetece mucho un té.

Kate sale corriendo de la cocina.

Uf, he conseguido darle esquinazo a Katherine Kavanagh. Abro un panecillo y lo meto en la tostadora. Me ruborizo pensando en mi intenso sueño. ¿Qué demonios ha pasado?

Anoche me costó dormirme. Estuve dando vueltas a diversas opciones. Estoy muy confundida. La idea que tiene Christian de una relación se parece mucho a una oferta de empleo, con sus horarios, la descripción del trabajo y un procedimiento de resolución de conflictos bastante riguroso. No imaginaba así mi primera historia de amor... pero, claro, a Christian no le interesan las historias de amor. Si le dijera que quiero algo más, seguramente me diría que no... y me arriesgaría a perder lo que me ha ofrecido. Es lo que más me preocupa, porque no quiero perderlo. Pero no estoy segura de tener estómago para ser su sumisa... En el fondo, lo que me tira para atrás son las varas y los látigos. Como soy débil

físicamente, haría lo que fuera por evitar el dolor. Pienso en mi sueño... ¿Sería así? La diosa que llevo dentro da saltos con pompones de animadora gritándome que sí.

Kate vuelve a la cocina con su portátil. Me concentro en mi panecillo. Empieza a leer su discurso, y yo la escucho pacientemente.

Estoy vestida y lista cuando llega Ray. Abro la puerta de la calle y lo veo en el porche con un traje que no le queda nada bien. Siento una cálida oleada de gratitud y de amor hacia este hombre sencillo y me lanzo a sus brazos, una muestra de cariño poco habitual en mí. Se queda desconcertado, perplejo.

—Hola, Annie, yo también me alegro de verte — murmura abrazándome.

Me aparta un poco, y con las manos en mis hombros me mira de arriba abajo con el ceño fruncido.

—¿Estás bien, hija?

—Claro, papá. ¿No puedo alegrarme de ver a mi padre?

Sonríe arrugando las comisuras de sus ojos oscuros y me sigue hasta el comedor.

—Estás muy guapa —me dice.

—El vestido es de Kate —le digo bajando la mirada hacia el vestido gris de seda con la espalda descubierta.

Frunce el ceño.

—¿Dónde está Kate?

—Ha ido al campus. Va a pronunciar un discurso, así que tiene que estar allí antes.

—¿Vamos tirando?

—Papá, tenemos media hora. ¿Quieres un té? Cuéntame cómo está todo el mundo en Montesano. ¿Cómo te ha ido el viaje?

Ray deja el coche en el aparcamiento del campus y seguimos a la multitud con birretes negros y rojos hasta el gimnasio.

—Suerte, Annie. Pareces muy nerviosa. ¿Tienes que hacer algo?

Dios mío... ¿Por qué le ha dado hoy a Ray por ser observador?

—No, papá. Es un gran día.

Y voy a ver a Christian Grey.

—Sí, mi niña se ha graduado. Estoy orgulloso de ti, Annie.

—Gracias, papá.

Cuánto quiero a este hombre...

El gimnasio está lleno de gente. Ray va a sentarse a las gradas con los demás padres y asistentes, y yo me dirijo a mi asiento. Llevo mi toga negra y mi birrete, y siento que me protegen, que me permiten ser anónima. Todavía no hay nadie en el estrado, pero parece que no consigo calmarme. Me late el corazón a toda prisa y me cuesta respirar. Está por aquí, en algún sitio. Me pregunto si Kate está hablando con él, quizá interrogándolo. Me dirijo hacia mi asiento entre compañeros cuyos apellidos también empiezan por S. Estoy en la segunda fila, lo que me ofrece cierto anonimato. Miro hacia atrás y veo a Ray en las gradas, arriba del todo. Lo saludo con un gesto. Me contesta agitando tímidamente la mano. Me siento y espero.

El auditorio no tarda en llenarse y el rumor de voces nerviosas aumenta progresivamente. La primera fila de asientos ya está ocupada. Yo estoy sentada entre dos chicas de otro departamento a las que no conozco. Es

evidente que son muy amigas, y hablan muy nerviosas conmigo en medio.

A las once en punto aparece el rector desde detrás del estrado, seguido por los tres vicerrectores y los profesores, todos ataviados en negro y rojo. Nos levantamos y aplaudimos a nuestro personal docente. Algunos profesores asienten y saludan con la mano, y otros parecen aburridos. El profesor Collins, mi tutor y mi profesor preferido, tiene pinta de acabar de levantarse, como siempre. Al fondo del escenario están Kate y Christian. Christian lleva un traje gris a medida, y a las luces del auditorio brillan en su pelo mechones cobrizos. Parece muy serio y autosuficiente. Al sentarse, se desabrocha la americana y veo su corbata. Oh, Dios... ¡esa corbata! Me froto las muñecas en un gesto reflejo. No puedo apartar los ojos de él. Sin duda se ha puesto esa corbata a propósito. Aprieto los labios. El público se sienta y cesan los aplausos.

—¡Mira a aquel tipo! —cuchichea entusiasmada una de las chicas sentadas a mi lado.

—¡Está buenísimo! —le contesta la otra.

Me pongo tensa. Estoy segura de que no hablan del profesor Collins.

—Tiene que ser Christian Grey.

—¿Está libre?

Se me ponen los pelos de punta.

—Creo que no —murmuro.

—Oh —exclaman las chicas mirándome sorprendidas.

—Creo que es gay —mascullo.

—Qué lástima —se lamenta una de las chicas.

Mientras el rector se levanta y da comienzo al acto con su discurso, veo que Christian recorre

disimuladamente la sala con la mirada. Me hundo en mi asiento y encojo los hombros para que no me vea. Fracaso estrepitosamente, porque un segundo después sus ojos encuentran los míos. Me mira con rostro impasible, totalmente inescrutable. Me remuevo incómoda en mi asiento, hipnotizada por su mirada, y me ruborizo ligeramente. De pronto recuerdo mi sueño de esta mañana y se me contraen los músculos del vientre. Respiro hondo. Sus labios esbozan una leve y efímera sonrisa. Cierra un instante los ojos y al abrirlos recupera su expresión indiferente. Lanza una rápida mirada al rector y luego fija la vista al frente, en el emblema de la universidad colgado en la entrada. No vuelve a dirigir sus ojos hacia mí. El rector continúa con su monótono discurso, y Christian sigue sin mirarme. Mira fijamente hacia delante.

¿Por qué no me mira? ¿Habrá cambiado de idea? Me inunda una oleada de inquietud. Quizá el hecho de que me marchara anoche fue el final también para él. Se ha aburrido de esperar a que me decida. Oh, no, quizá lo he fastidiado todo. Recuerdo su e-mail de anoche. Quizá esté enfadado porque no le he contestado.

De pronto la señorita Katherine Kavanagh avanza por el estrado y la sala irrumpe en aplausos. El rector se sienta y Kate se echa la bonita melena hacia atrás y coloca sus papeles en el atril. Se toma su tiempo y no se siente intimidada por el millar de personas que están mirándola. Cuando está lista, sonrío, levanta la mirada hacia la multitud fascinada y empieza su discurso con elocuencia. Está tranquila y se muestra divertida. Las chicas sentadas a mi lado se ríen a carcajadas con su primera broma. Oh, Katherine Kavanagh, tú si que sabes

pronunciar un discurso. En esos momentos estoy tan orgullosa de ella que mis dispersos pensamientos sobre Christian quedan a un lado. Aunque ya he oído su discurso, lo escucho atentamente. Domina la sala y se mete al público en el bolsillo.

Su tema es «¿Qué esperar después de la facultad?». Sí, ¿qué esperar? Christian mira a Kate alzando las cejas, creo que sorprendido. Podría haber ido a entrevistarlo Kate, y ahora podría estar haciéndole proposiciones indecentes a ella. La guapa Kate y el guapo Christian juntos. Y yo podría estar como las dos chicas sentadas a mi lado, admirándolo desde la distancia. Pero sé que Kate no le habría dado ni la hora. ¿Cómo lo llamó el otro día? Repulsivo. La idea de que Kate y Christian se enfrenten me incomoda. Tengo que decir que no sé por quién de los dos apostaría.

Kate termina su discurso con una floritura, y espontáneamente todo el mundo se levanta, la aplaude y la vitorea. Su primera ovación con el público en pie. Le sonrío y la aclamo, y ella me devuelve una sonrisa. Buen trabajo, Kate. Se sienta, el público también, y el rector se levanta y presenta a Christian... Oh, Dios, Christian va a dar un discurso. El rector hace un breve resumen de los logros de Christian: presidente de su extraordinariamente próspera empresa, un hombre que ha llegado donde está por sus propios méritos...

—... y también un importante benefactor de nuestra universidad. Por favor, demos la bienvenida al señor Christian Grey.

El rector estrecha la mano a Christian, y la gente empieza a aplaudir. Se me hace un nudo en la garganta. Se acerca al atril y recorre la sala con la mirada. Parece

tan seguro de sí mismo frente a nosotros como Kate hace un momento. Las dos chicas sentadas a mi lado se inclinan hacia delante embelesadas. De hecho, creo que la mayoría de las mujeres del público, y algunos hombres, se inclinan un poco en sus asientos. Christian empieza a hablar en tono suave, mesurado y cautivador.

—Estoy profundamente agradecido y emocionado por el gran honor que me han concedido hoy las autoridades de la Universidad Estatal de Washington, honor que me ofrece la excepcional posibilidad de hablar del impresionante trabajo que lleva a cabo el departamento de ciencias medioambientales de la universidad. Nuestro propósito es desarrollar métodos de cultivo viables y ecológicamente sostenibles para países del tercer mundo. Nuestro objetivo último es ayudar a erradicar el hambre y la pobreza en el mundo. Más de mil millones de personas, principalmente en el África subsahariana, el sur de Asia y Latinoamérica, viven en la más absoluta miseria. El mal funcionamiento de la agricultura es generalizado en estas zonas, y el resultado es la destrucción ecológica y social. Sé lo que es pasar hambre. Para mí, se trata de una travesía muy personal...

Se me desencaja la mandíbula. ¿Qué? Christian ha pasado hambre. Maldita sea. Bueno, eso explica muchas cosas. Y recuerdo la entrevista. De verdad quiere alimentar al mundo. Me devano los sesos desesperadamente intentando recordar el artículo de Kate. Fue adoptado a los cuatro años, creo. No me imagino que Grace lo matara de hambre, así que debió de ser antes, cuando era muy pequeño. Trago saliva y se me encoge el corazón pensando en un niño de ojos

grises hambriento. Oh, no. ¿Qué vida tuvo antes de que los Grey lo adoptaran y lo rescataran?

Me invade una indignación salvaje. El filantrópico Christian pobre, jodido y pervertido. Aunque estoy segura de que él no se vería así a sí mismo y rechazaría todo sentimiento de lástima o piedad. De repente estalla un aplauso general y todo el mundo se levanta. Yo hago lo mismo, aunque no he escuchado la mitad de su discurso. Se dedica a esa gran labor, a dirigir una empresa enorme y al mismo tiempo a perseguirme. Resulta abrumador. Recuerdo los breves retazos de las conversaciones que le he oído sobre Darfur... Ahora encaja todo. Comida.

Sonríe brevemente ante el cálido aplauso —incluso Kate está aplaudiendo— y vuelve a su asiento. No mira en dirección a mí, y yo estoy descentrada intentando asimilar toda esta nueva información sobre él.

Un vicerrector se levanta y empieza el largo y tedioso proceso de entrega de títulos. Hay que repartir más de cuatrocientos, así que pasa más de una hora hasta que oigo mi nombre. Avanzo hacia el estrado entre las dos chicas, que se ríen tontamente. Christian me lanza una mirada cálida, aunque comedida.

—Felicidades, señorita Steele —me dice estrechándome la mano. Siento la descarga de su carne en la mía—. ¿Tienes problemas con el ordenador?

Frunzo el ceño mientras me entrega el título.

—No.

—Entonces, ¿no haces caso de mis e-mails?

—Solo vi el de las fusiones y adquisiciones.

Me mira con curiosidad.

—Luego —me dice.

Y tengo que avanzar, porque estoy obstruyendo la cola.

Vuelvo a mi asiento. ¿E-mails? Debe de haber mandado otro. ¿Qué decía?

La ceremonia concluye una hora después. Es interminable. Al final, el rector conduce a los miembros del cuerpo docente fuera del estrado, precedidos por Christian y Kate, y todo el mundo vuelve a aplaudir calurosamente. Christian no me mira, aunque me gustaría que lo hiciera. La diosa que llevo dentro no está nada contenta.

Mientras espero de pie para poder salir de nuestra fila de asientos, Kate me llama. Se acerca hacia mí desde detrás del estrado.

—Christian quiere hablar contigo —me grita.

Las dos chicas, que ahora están de pie a mi lado, se giran y me miran.

—Me ha mandado a que te lo diga —sigue diciendo.

Oh...

—Tu discurso ha sido genial, Kate.

—Sí, ¿verdad? —Sonríe—. ¿Vienes? Puede ser muy insistente.

Pone los ojos en blanco y me río.

—Ni te lo imaginas. Pero no puedo dejar a Ray solo mucho rato.

Levanto la mirada hacia Ray y le indico abriendo la palma que me espere cinco minutos. Asiente, me hace un gesto con la mano y sigo a Kate hasta el pasillo de detrás del estrado. Christian está hablando con el rector y con dos profesores. Levanta los ojos al verme.

—Discúlpenme, señores —le oigo murmurar.

Viene hacia mí y sonrío brevemente a Kate.

—Gracias —le dice.

Y antes de que Kate pueda responder, me coge del brazo y me lleva hacia lo que parece un vestuario de hombres. Comprueba que está vacío y cierra la puerta con pestillo.

Maldita sea, ¿qué se propone? Parpadeo cuando se gira hacia mí.

—¿Por qué no me has mandado un e-mail? ¿O un mensaje al móvil?

Me mira furioso. Yo estoy desconcertada.

—Hoy no he mirado ni el ordenador ni el teléfono.

Mierda, ¿ha estado llamándome? Pruebo con la técnica de distracción que tan bien me funciona con Kate.

—Tu discurso ha estado muy bien.

—Gracias.

—Ahora entiendo tus problemas con la comida.

Se pasa una mano por el pelo, muy nervioso.

—Anastasia, no quiero hablar de eso ahora. —Cierra los ojos y parece afligido—. Estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Porque volviste a casa en esa trampa mortal a la que tú llamas coche.

—¿Qué? No es ninguna trampa mortal. Está perfectamente. José suele hacerle la revisión.

—¿José, el fotógrafo?

Christian arruga la frente y se le hiela la expresión. Mierda.

—Sí, el Escarabajo era de su madre.

—Sí, y seguramente también de su abuela y de su bisabuela. No es un coche seguro.

—Lo tengo desde hace más de tres años. Siento que te hayas preocupado. ¿Por qué no me has llamado? Está exagerando demasiado.

Respira hondo.

—Anastasia, necesito una respuesta. La espera está volviéndome loco.

—Christian... Mira, he dejado a mi padrastro solo.

—Mañana. Quiero una respuesta mañana.

—De acuerdo, mañana. Ya te diré algo.

Retrocede y me mira más calmado, con los hombros relajados.

—¿Te quedas a tomar algo? —me pregunta.

—No sé lo que quiere hacer Ray.

—¿Tu padrastro? Me gustaría conocerlo.

Oh, no... ¿por qué?

—Creo que no es buena idea.

Christian abre el pestillo de la puerta muy serio.

—¿Te avergüenzas de mí?

—¡No! —Ahora me toca a mí desesperarme—. ¿Y cómo te presento a mi padre? ¿«Este es el hombre que me ha desvirgado y que quiere mantener conmigo una relación sadomasoquista»? No llevas puestas las zapatillas de deporte.

Christian me mira y sus labios esbozan una sonrisa. Y aunque estoy enfadada con él, involuntariamente mi cara se la devuelve.

—Para que lo sepas, corro muy deprisa. Dile que soy un amigo, Anastasia.

Abre la puerta y sale. La cabeza me da vueltas. El rector, los tres vicerrectores, cuatro profesores y Kate se me quedan mirando cuando paso a toda prisa por

delante de ellos. Mierda. Dejo a Christian con los profesores y voy a buscar a Ray.

«Dile que soy un amigo.»

Amigo con derecho a roce, me dice mi subconsciente con mala cara. Lo sé, lo sé. Me quito de encima el desagradable pensamiento. ¿Cómo voy a presentárselo a Ray? La sala sigue todavía medio llena, y Ray no se ha movido de su sitio. Me ve, me hace un gesto con la mano y empieza a bajar.

—Annie, felicidades —me dice pasándome el brazo por los hombros.

—¿Te apetece venir a tomar algo al entoldado?

—Claro. Hoy es tu día. Vamos.

—No tenemos que ir si no quieres.

Por favor, di que no...

—Annie, he estado dos horas y media sentado, escuchando todo tipo de parloteos. Necesito una copa.

Le cojo del brazo y avanzamos entre la multitud a través de la cálida tarde. Pasamos junto a la cola del fotógrafo oficial.

—Ah, lo olvidaba... —Ray se saca una cámara digital del bolsillo—. Una foto para el álbum, Annie.

Pongo los ojos en blanco mientras me saca una foto.

—¿Puedo quitarme ya la toga y el birrete? Me siento medio tonta.

Eres medio tonta... Mi subconsciente está de lo más sarcástico. Así que vas a presentar a Ray al hombre con el que follas... Estará muy orgulloso. Mi subconsciente me observa por encima de sus gafas de media luna. A veces la odio.

El entoldado es inmenso y está lleno de gente: alumnos, padres, profesores y amigos, todos charlando

alegremente. Ray me pasa una copa de champán, o de vino espumoso barato, me temo. No está frío y es dulzón. Pienso en Christian... No va a gustarle.

—¡Ana!

Al girarme, Ethan Kavanagh me coge de improviso entre sus brazos. Me levanta y me da vueltas en el aire sin que se me derrame el vino. Toda una proeza.

—¡Felicidades! —exclama sonriéndome, con sus ojos verdes brillantes.

Qué sorpresa. Su pelo rubio está alborotado y sexy. Es tan guapo como Kate. El parecido es asombroso.

—¡Uau, Ethan! Qué alegría verte. Papá, este es Ethan, el hermano de Kate. Ethan, te presento a mi padre, Ray Steele.

Se dan la mano. Mi padre evalúa fríamente al señor Kavanagh.

—¿Cuándo has llegado de Europa? —le pregunto.

—Hace una semana, pero quería darle una sorpresa a mi hermanita —me dice en tono de complicidad.

—Qué detalle —le digo sonriendo.

—Era la que iba a pronunciar el discurso de graduación. No podía perdérmelo.

Parece inmensamente orgulloso de su hermana.

—Su discurso ha sido genial.

—Es verdad —confirma Ray.

Ethan me tiene cogida por la cintura cuando levanto la mirada y me encuentro con los gélidos ojos grises de Christian Grey. Kate está a su lado.

—Hola, Ray. —Kate besa en las mejillas a mi padre, que se ruboriza—. ¿Conoces al novio de Ana? Christian Grey.

Maldita sea... ¡Kate! ¡Mierda! Me arden las mejillas.

—Señor Steele, encantado de conocerlo —dice Christian tranquilamente, con calidez, sin que le haya alterado la presentación de Kate.

Tiende la mano a Ray, que se la estrecha sin dar la menor muestra de sorprenderse por lo que acaba de enterarse.

Muchas gracias, Katherine Kavanagh, pienso echando chispas. Creo que mi subconsciente se ha desmayado.

—Señor Grey —murmura Ray.

Su expresión es indescifrable. Solo abre un poco sus grandes ojos castaños, que se giran hacia mí como preguntándome cuándo pensaba darle la noticia. Me muerdo el labio.

—Y este es mi hermano, Ethan Kavanagh —dice Kate a Christian.

Este dirige su gélida mirada a Ethan, que sigue cogiéndome por la cintura.

—Señor Kavanagh.

Se saludan. Christian me tiende la mano.

—Ana, cariño —murmura.

Casi me muero al oírlo.

Me aparto de Ethan, al que Christian dedica una sonrisa glacial, y me coloco a su lado. Kate me sonrío. La muy zorra sabe perfectamente lo que está haciendo.

—Ethan, mamá y papá quieren hablar con nosotros —dice Kate llevándose a su hermano.

—¿Desde cuándo os conocéis, chicos? —pregunta Ray mirando impasible primero a Christian y luego a mí.

He perdido la capacidad de hablar. Quiero que me trague la tierra. Christian me roza la espalda desnuda con el pulgar y luego deja la mano apoyada en mi hombro.

—Unas dos semanas —dice en tono tranquilo—. Nos conocimos cuando Anastasia vino a entrevistarme para la revista de la facultad.

—No sabía que trabajabas para la revista de la facultad, Ana.

El tono de Ray es de ligero reproche. Es evidente que está molesto. Mierda.

—Kate estaba enferma —murmuro.
No logro decir nada más.

—Su discurso ha estado muy bien, señor Grey.

—Gracias. Tengo entendido que es usted un entusiasta de la pesca.

Ray alza las cejas y esboza una sonrisa poco habitual, auténtica. Y de pronto se ponen a hablar de pesca. De hecho, enseguida siento que sobro. Se ha metido a mi padre en el bolsillo... Como hizo contigo, me reprocha mi subconsciente. Su poder no tiene límites. Me disculpo y voy a buscar a Kate.

Kate está hablando con sus padres, que están encantados de verme, como siempre, y me saludan cariñosamente. Intercambiamos varias frases de cortesía, sobre todo acerca de sus próximas vacaciones a Barbados y nuestro traslado.

—Kate, ¿cómo has podido soltar eso delante de Ray?
—le pregunto entre dientes en la primera ocasión en que nadie puede oírnos.

—Porque sabía que tú no lo harías, y quiero echar una mano con los problemas de compromiso de Christian
—me contesta sonriendo dulcemente.

Frunzo el ceño. ¡Soy yo la que no va a comprometerse con él, estúpida!

—Y el tío se ha quedado tan tranquilo, Ana. No te preocupes. Míralo... Christian no aparta la mirada de ti.

Me giro y veo que Ray y Christian están mirándome.

—No te ha quitado los ojos de encima.

—Será mejor que vaya a rescatar a Ray, o a Christian. No sé a cuál de los dos. Esto no va a quedar así, Katherine Kavanagh.

—Ana, te he hecho un favor —me dice cuando ya me he dado la vuelta.

—Hola —les saludo a los dos con una sonrisa.

Parece que todo va bien. Christian está sonriendo por alguna broma entre ellos, y mi padre parece increíblemente relajado, teniendo en cuenta que se trata de socializar. ¿De qué han hablado, aparte de pesca?

—Ana, ¿dónde está el cuarto de baño? —me pregunta Ray.

—Al fondo a la izquierda.

—Vuelvo enseguida. Divertíos, chicos.

Ray se aleja. Miro nerviosa a Christian. Nos quedamos un momento quietos mientras un fotógrafo nos hace una foto.

—Gracias, señor Grey.

El fotógrafo se escabulle a toda prisa. El flash me ha dejado parpadeando.

—Así que también has cautivado a mi padre...

—¿También?

Le arden los ojos y alza una ceja interrogante. Me ruborizo. Levanta una mano y desliza los dedos por mi mejilla.

—Ojalá supiera lo que estás pensando, Anastasia —susurra en tono turbador.

Me coloca la mano en la barbilla y me levanta la cara. Nos miramos fijamente a los ojos.

Se me dispara el corazón. ¿Cómo puede tener este efecto sobre mí, incluso en este entoldado lleno de gente?

—Ahora mismo estoy pensando: Bonita corbata —le digo.

Se ríe.

—Últimamente es mi favorita.

Me arden las mejillas.

—Estás muy guapa, Anastasia. Este vestido con la espalda descubierta te sienta muy bien. Me apetece acariciarte la espalda y sentir tu hermosa piel.

De pronto es como si estuviéramos solos. Solos él y yo. Se me altera todo el cuerpo, me hormiguean todas las terminaciones nerviosas, y la electricidad que se crea entre nosotros me empuja hacia él.

—Sabes que irá bien, ¿verdad, nena? —me susurra.

Cierro los ojos y me derrito por dentro.

—Pero quiero más —le contesto en voz baja.

—¿Más?

Me mira desconcertado y sus ojos se vuelven impenetrables. Asiento y trago saliva. Ahora ya lo sabe.

—Más —repite en voz baja, como si estuviera sopesando la palabra, una palabra corta y sencilla, pero demasiado cargada de promesas. Me pasa el pulgar por el labio inferior—. Quieres flores y corazones.

Vuelvo a asentir. Pestañea y observo en sus ojos su lucha interna.

—Anastasia —me dice en tono dulce—, no sé mucho de ese tema.

—Yo tampoco.

Sonríe ligeramente.

—Tú no sabes mucho de nada —murmura.

—Tú sabes todo lo malo.

—¿Lo malo? Para mí no lo es —me contesta moviendo la cabeza, y parece sincero—. Pruébalo —me susurra.

Me desafía. Ladea la cabeza y esboza su deslumbrante sonrisa de medio lado.

Respiro hondo. Soy Eva en el Edén, y él es la serpiente. No puedo resistirme.

—De acuerdo —susurro.

—¿Qué?

Me observa muy atento. Trago saliva.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—¿Estás de acuerdo?

Es evidente que no termina de creérselo.

—Dentro de los límites tolerables, sí. Lo intentaré.

Hablo en voz muy baja. Christian cierra los ojos y me abraza.

—Ana, eres imprevisible. Me dejas sin aliento.

Da un paso atrás y de pronto Ray ya está de vuelta. El ruido en el interior del entoldado aumenta progresivamente y me invade los oídos. No estamos solos. Dios mío, acabo de aceptar ser su sumisa. Christian sonrío a Ray con la alegría danzando en sus ojos.

—Annie, ¿vamos a comer algo?

—Vamos.

Guiño un ojo a Ray intentando recuperar la serenidad. ¿Qué has hecho?, me grita mi subconsciente. La diosa que llevo dentro da volteretas dignas de una gimnasta olímpica rusa.

—Christian, ¿quieres venir con nosotros? —le pregunta Ray.

¡Christian! Lo miro suplicándole que no venga. Necesito espacio para pensar... ¿Qué deminios he hecho?

—Gracias, señor Steele, pero tengo planes. Encantado de conocerlo.

—Lo mismo digo —le contesta Ray—. Cuídame a mi niña.

—Esa es mi intención.

Se estrechan la mano. Estoy mareada. Ray no tiene ni idea de cómo va a cuidarme Christian. Este me coge de la mano, se la lleva a los labios y me besa los nudillos con ternura sin apartar sus abrasadores ojos de los míos.

—Nos vemos luego, señorita Steele —me dice en un tono lleno de promesas.

Se me encoge el estómago al pensarlo. ¿Podré esperar?

Ray me coge del brazo y nos dirigimos a la salida del entoldado.

—Parece un chico muy formal. Y adinerado. No lo has hecho tan mal, Annie. Aunque no entiendo por qué he tenido que enterarme por Katherine... —me reprende.

Me encojo de hombros a modo de disculpa.

—Bueno —dice—, cualquier hombre al que le guste pescar a mí me parece bien.

Vaya, a Ray le parece bien. Si él supiera...

Al anochecer Ray me lleva a casa.

—Llama a tu madre —me dice.

—Lo haré. Gracias por venir, papá.

—No me lo habría perdido por nada del mundo, Annie. Estoy muy orgulloso de ti.

Oh, no. No voy a emocionarme ahora... Se me hace un nudo en la garganta y lo abrazo muy fuerte. Me rodea con sus brazos, perplejo, y entonces no puedo evitarlo. Se me saltan las lágrimas.

—Hey, Annie, cariño —me dice Ray—. Ha sido un gran día, ¿verdad? ¿Quieres que entre y te prepare un té?

Aunque tengo los ojos llenos de lágrimas, me río. Para Ray, el té siempre es la solución. Recuerdo a mi madre quejándose de él, diciendo que cuando se trataba de consolar a alguien con un té, el té siempre se le daba muy bien, pero el consuelo no tanto.

—No, papá, estoy bien. Me he alegrado mucho de verte. En cuanto me instale en Seattle, iré a verte.

—Suerte con las entrevistas. Ya me contarás cómo te van.

—Claro, papá.

—Te quiero, Annie.

—Yo también te quiero, papá.

Me sonrío con ojos cálidos y brillantes, y se mete en el coche. Le digo adiós con la mano mientras se adentra en la oscuridad, y luego entro lánguidamente en casa.

Lo primero que hago es mirar el móvil. No tiene batería, así que tengo que ir a buscar el cargador y enchufarlo antes de ver los mensajes. Cuatro llamadas perdidas, dos mensajes en el contestador y dos mensajes de texto. Tres llamadas perdidas de Christian... sin mensajes en el contestador. Una llamada perdida de José, y su voz deseándome lo mejor en la ceremonia de graduación.

Abro los mensajes de texto.

Has llegado bien?

Llamame

Los dos son de Christian. ¿Por qué no me llamó a casa? Voy a mi habitación y enciendo el cacharro infernal.

De: Christian Grey

Fecha: 25 de mayo de 2011 23:58

Para: Anastasia Steele

Asunto: Esta noche

Espero que hayas llegado bien a casa en ese coche tuyo.

Dime si estás bien.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Dios... ¿Por qué le preocupa tanto mi Escarabajo? Me ha servido lealmente durante tres años, y José siempre me ha ayudado a ponerlo a punto. El siguiente e-mail de Christian es de hoy.

De: Christian Grey

Fecha: 26 de mayo de 2011 17:22

Para: Anastasia Steele

Asunto: Límites tolerables

¿Qué puedo decir que no haya dicho ya?

Encantado de comentarlo contigo cuando quieras.

Hoy estabas muy guapa.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Quiero verlo, así que pulso «Responder».

De: Anastasia Steele

Fecha: 26 de mayo de 2011 19:23

Para: Christian Grey

Asunto: Límites tolerables

Si quieres, puedo ir a verte esta noche y lo comentamos.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 26 de mayo de 2011 19:27

Para: Anastasia Steele

Asunto: Límites tolerables

Voy yo a tu casa. Cuando te dije que no me gustaba que llevaras ese coche, lo decía en serio.

Nos vemos enseguida.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Maldita sea... Viene hacia aquí. Tengo que prepararle una cosa. Las primeras ediciones de los libros de Thomas Hardy siguen en las estanterías del comedor. No puedo aceptarlas. Envuelvo los libros en papel de embalar y escribo una cita de Tess:

Acepto las condiciones, Angel, porque tú sabes mejor cuál tiene que ser mi castigo. Lo único que te pido es... que no sea más duro de lo que pueda soportar.

Hola.

Me siento terriblemente cortada cuando abro la puerta. Christian está en el porche, con sus vaqueros y su cazadora de cuero.

—Hola —dice, y su radiante sonrisa le ilumina el rostro.

Me detengo un instante para admirar su belleza. Madre mía, está buenísimo vestido de cuero.

—Pasa.

—Si me lo permites —contesta, divertido. Cuando entra, le veo una botella de champán en la mano—. He pensado que podríamos celebrar tu graduación. No hay nada como un buen Bollinger.

—Interesante elección de palabras —comento con sequedad.

Él sonríe.

—Me encanta la chispa que tienes, Anastasia.

—No tenemos más que tazas. Ya hemos empaquetado todos los vasos y copas.

—¿Tazas? Por mí, bien.

Me dirijo a la cocina. Nerviosa, sintiendo las mariposas en el estómago; es como tener una pantera o un puma en mi salón.

—¿Quieres platito también?

—Con la taza me vale, Anastasia —me responde Christian distraídamente desde el salón.

Cuando vuelvo, está escudriñando el paquete marrón de libros. Dejo las tazas en la mesa.

—Eso es para ti —murmuro algo ansiosa.

Mierda... Seguro que esto termina en pelea.

—Mmm, me lo figuro. Una cita muy oportuna. —
Pasea ausente el largo índice por el texto—. Pensé que
era d'Urberville, no Angel. Has elegido la corrupción.

—Me dedica una breve sonrisa lobuna—. Solo tú
podías encontrar algo de resonancias tan acertadas.

—También es una súplica —le susurro.

¿Por qué estoy tan nerviosa? Tengo la boca seca.

—¿Una súplica? ¿Para que no me pase contigo?

Asiento con la cabeza.

—Compré esto para ti —dice él en voz baja y con
mirada impasible—. No me pasaré contigo si lo aceptas.

Trago saliva compulsivamente.

—Christian, no puedo aceptarlo, es demasiado.

—Ves, a esto me refería, me desafías. Quiero que te
lo quedes, y se acabó la discusión. Es muy sencillo. No
tienes que pensar en nada de esto. Como sumisa mía,
tendrías que agradecermelo. Límitate a aceptar lo que te
compre, porque me complace que lo hagas.

—Aún no era tu sumisa cuando lo compraste —
susurro.

—No... pero has accedido, Anastasia.

Su mirada se vuelve recelosa.

Suspiro. No me voy a salir con la mía, así que
pasamos al plan B.

—Entonces, ¿es mío y puedo hacer lo que quiera con
ello?

Me mira con desconfianza, pero cede.

—Sí.

—En ese caso, me gustaría donarlo a una ONG, a
una que trabaja en Darfur y a la que parece que le tienes
cariño. Que lo subasten.

—Si eso es lo que quieres hacer...

Aprieta los labios. Parece decepcionado.

Me sonrojo.

—Me lo pensaré —murmuro.

No quiero decepcionarlo, y entonces recuerdo sus palabras. «Quiero que quieras complacerme.»

—No pienses, Anastasia. En esto, no.

Lo dice sereno y serio.

¿Cómo no voy a pensar? Te puedes hacer pasar por un coche, ser otra de sus posesiones, ataca de nuevo mi subconsciente con su desagradable mordacidad. La ignoro. Ay, ¿podríamos rebobinar? El ambiente es ahora muy tenso. No sé qué hacer. Me miro fijamente los dedos. ¿Cómo salvo la situación?

Deja la botella de champán en la mesa y se sitúa delante de mí. Me coge la cara por la barbilla y me levanta la cabeza. Me mira con expresión grave.

—Te voy a comprar muchas cosas, Anastasia. Acostúmbrate. Me lo puedo permitir. Soy un hombre muy rico. —Se inclina y me planta un beso rápido y casto en los labios—. Por favor.

Me suelta.

Vaya, me susurra mi subconsciente.

—Eso hace que me sienta ruin —musito.

—No debería. Le estás dando demasiadas vueltas, Anastasia. No te juzgues por lo que puedan pensar los demás. No malgastes energía. Esto es porque nuestro contrato te produce cierto reparo; es algo de lo más normal. No sabes en qué te estás metiendo.

Frunzo el ceño, tratando de procesar sus palabras.

—Va, déjalo ya —me ordena con delicadeza, cogiéndome otra vez la barbilla y tirando de ella suave para que deje de morderme el labio inferior—. No hay

nada ruin en ti, Anastasia. No quiero que pienses eso. No he hecho más que comprarte unos libros antiguos que pensé que te gustarían, nada más. Bebamos un poco de champán. —Su mirada se vuelve cálida y tierna, y yo le sonrío tímidamente—. Eso está mejor —murmura.

Coge el champán, le quita el aluminio y la malla, retuerce la botella más que el corcho y la abre con un pequeño estallido y una floritura experta con la que no se derrama ni una gota. Llena las tazas a la mitad.

—Es rosado —comento sorprendida.

—Bollinger Grande Année Rosé 1999, una añada excelente —dice con entusiasmo.

—En taza.

Sonríe.

—En taza. Felicidades por tu graduación, Anastasia.

Brindamos y él da un sorbo, pero yo no puedo dejar pensar de que, en realidad, celebramos mi capitulación.

—Gracias —susurro, y doy un sorbo. Desde luego está delicioso—. ¿Repasamos los límites tolerables?

Sonríe, y yo me ruborizo.

—Siempre tan entusiasta.

Christian me coge de la mano y me lleva al sofá, donde se sienta y tira de mí para que tome asiento a su lado.

—Tu padrastro es un hombre muy taciturno.

Ah... así que pasamos de los límites tolerables. Pero quiero quitármelo ya de encima; la angustia me está matando.

—Lo tienes comiendo de tu mano —digo con un mohín.

Christian ríe suavemente.

—Solo porque sé pescar.

—¿Cómo has sabido que le gusta pescar?

—Me lo dijiste tú. Cuando fuimos a tomar un café.

—¿Ah, sí? —Doy otro sorbo. Uau, se acuerda de los detalles. Mmm... este champán es buenísimo—. ¿Probaste el vino de la recepción?

Christian hace una mueca.

—Sí. Estaba asqueroso.

—Pensé en ti cuando lo probé. ¿Cómo es que sabes tanto de vinos?

—No sé tanto, Anastasia, solo sé lo que me gusta. — Sus ojos grises brillan, casi plateados, y vuelvo a ruborizarme—. ¿Más? —pregunta refiriéndose al champán.

—Por favor.

Christian se levanta con elegancia y coge la botella. Me llena la taza. ¿Me querrá achispar? Lo miro recelosa.

—Esto está muy vacío. ¿Te mudas ya?

—Más o menos.

—¿Trabajas mañana?

—Sí, es mi último día en Clayton's.

—Te ayudaría con la mudanza, pero le he prometido a mi hermana que iría a buscarla al aeropuerto.

Vaya, eso es nuevo.

—Mia llega de París el sábado a primera hora. Mañana me vuelvo a Seattle, pero tengo entendido que Elliot os va a echar una mano.

—Sí, Kate está muy entusiasmada al respecto.

Christian frunce el ceño.

—Sí, Kate y Elliot, ¿quién lo iba a decir? —masculla, y no sé por qué no parece que le haga mucha gracia.

—¿Y qué vas a hacer con lo del trabajo de Seattle?

¿Cuándo vamos a hablar de los límites? ¿A qué juega?

—Tengo un par de entrevistas para puestos de becaria.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —pregunta arqueando una ceja.

—Eh... te lo estoy diciendo ahora.

Entorna los ojos.

—¿Dónde?

No sé bien por qué, quizá para evitar que haga uso de su influencia, no quiero decírselo.

—En un par de editoriales.

—¿Es eso lo que quieres hacer, trabajar en el mundo editorial?

Asiento con cautela.

—¿Y bien?

Me mira pacientemente a la espera de más información.

—Y bien ¿qué?

—No seas retorcida, Anastasia, ¿en qué editoriales?

—me reprende.

—Unas pequeñas —murmuro.

—¿Por qué no quieres que lo sepa?

—Tráfico de influencias.

Frunce el ceño.

—Pues sí que eres retorcida.

Y se echa a reír.

—¿Retorcida? ¿Yo? Dios mío, qué morro tienes. Bebe, y hablemos de esos límites.

Saca otra copia de mi e-mail y de la lista. ¿Anda por ahí con esas listas en los bolsillos? Creo que lleva una en

la americana que tengo yo. Mierda, más vale que no se me olvide. Apuro la taza.

Me echa un vistazo rápido.

—¿Más?

—Por favor.

Me dedica una de esas sonrisas de suficiencia tuyas, sostiene en alto la botella de champán, y se detiene.

—¿Has comido algo?

Ay, no... ya estamos otra vez.

—Sí. Me he dado un banquete con Ray.

Lo miro poniendo los ojos en blanco. El champán me está desinhibiendo.

Se inclina hacia delante, me coge la barbilla y me mira fijamente a los ojos.

—La próxima vez que me pongas los ojos en blanco te voy a dar unos azotes.

¿Qué?

—Ah —susurro, y detecto la excitación en sus ojos.

—Ah —replica, imitándome—. Así se empieza, Anastasia.

El corazón me martillea en el pecho y el nudo del estómago se me sube a la garganta. ¿Por qué me excita tanto eso?

Me llena la taza, y me lo bebo casi todo. Escarmentada, lo miro.

—Me sigues ahora, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Respóndeme.

—Sí... te sigo.

—Bien. —Me dedica una sonrisa cómplice—. De los actos sexuales... lo hemos hecho casi todo.

Me acerco a él en el sofá y echo un vistazo a la lista.

APÉNDICE 3

Límites tolerables

A discutir y acordar por ambas partes:

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

- Masturbación
- Penetración vaginal
- Cunnilingus
- Fisting vaginal
- Felación
- Penetración anal
- Ingestión de semen
- Fisting anal

—De puño nada, dices. ¿Hay algo más a lo que te opongas? —pregunta con ternura.

Trago saliva.

—La penetración anal tampoco es que me entusiasme.

—Por lo del puño paso, pero no querría renunciar a tu culo, Anastasia. Bueno, ya veremos. Además, tampoco es algo a lo que podamos lanzarnos sin más. — Me sonrío maliciosamente—. Tu culo necesitará algo de entrenamiento.

—¿Entrenamiento? —susurro.

—Oh, sí. Habrá que prepararlo con mimo. La penetración anal puede resultar muy placentera, créeme. Pero si lo probamos y no te gusta, no tenemos por qué volver a hacerlo.

Me sonrío.

Lo miro espantada. ¿Cree que me va a gustar? ¿Cómo sabe él que resulta placentero?

—¿Tú lo has hecho? —le susurro.

—Sí.

Madre mía. Ahogo un jadeo.

—¿Con un hombre?

—No. Nunca he hecho nada con un hombre. No me va.

—¿Con la señora Robinson?

—Sí.

Madre mía... ¿cómo? Frunzo el ceño. Sigue repasando la lista.

—Y la ingestión de semen... Bueno, eso se te da de miedo.

Me sonrojo, y la diosa que llevo dentro se infla de orgullo.

—Entonces... —Me mira sonriente—. Tragar semen, ¿vale?

Asiento con la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos, y vuelvo a apurar mi taza.

—¿Más? —me pregunta.

—Más. —Y de pronto, mientras me rellena la taza, recuerdo la conversación que hemos mantenido antes. ¿Se refiere a eso o solo al champán? ¿Forma parte del juego todo esto del champán?

—¿Juguetes sexuales? —pregunta.

Me encojo de hombros, mirando la lista.

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

- Vibradores
- Consoladores
- Tapones anales
- Otros juguetes vaginales/anales

—¿Tapones anales? ¿Eso sirve para lo que pone en el envase?

Arrugo la nariz, asqueada.

—Sí. —Sonríe—. Y hace referencia a la penetración anal de antes. Al entrenamiento.

—Ah... ¿y el «otros»?

—Cuentas, huevos... ese tipo de cosas.

—¿Huevos? —inquiero alarmada.

—No son huevos de verdad —ríe a carcajadas, meneando la cabeza.

Lo miro con los labios fruncidos.

—Me alegra ver que te hago tanta gracia.

No logro ocultar que me siento dolida.

Deja de reírse.

—Mis disculpas. Lo siento, señorita Steele —dice tratando de parecer arrepentido, pero sus ojos aún chispean—. ¿Algún problema con los juguetes?

—No —espeto.

—Anastasia —dice, zalamero—, lo siento. Créeme. No pretendía burlarme. Nunca he tenido esta conversación de forma tan explícita. Eres tan inexperta... Lo siento.

Me mira con ojos grandes, grises, sinceros.

Me relajo un poco y bebo otro sorbo de champán.

—Vale... bondage —dice volviendo a la lista.

La examino, y la diosa que llevo dentro da saltitos como una niña a la espera de un helado.

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

- Bondage con cuerda
- Bondage con cinta adhesiva
- Bondage con muñequeras de cuero
- Otros tipos de bondage
- Bondage con esposas y grilletes

Christian me mira arqueando las cejas.

—¿Y bien?

—De acuerdo —susurro y vuelvo a mirar rápidamente la lista.

¿Acepta la Sumisa los siguientes tipos de bondage?

- Manos al frente
- Muñecas con tobillos
- Tobillos
- A objetos, muebles, etc.
- Codos
- Barras rígidas
- Manos a la espalda
- Suspensión
- Rodillas

¿Acepta la Sumisa que se le venden los ojos?

¿Acepta la Sumisa que se la amordace?

—Ya hemos hablado de la suspensión y, si quieres ponerla como límite infranqueable, me parece bien. Lleva mucho tiempo y, de todas formas, solo te tengo a ratos pequeños. ¿Algo más?

—No te rías de mí, pero ¿qué es una barra rígida?

—Prometo no reírme. Ya me he disculpado dos veces. —Me mira furioso—. No me obligues a hacerlo de nuevo —me advierte. Y tengo la sensación de encogerme visiblemente... madre mía, qué tirano—. Una barra rígida es una barra con esposas para los tobillos y/o las muñecas. Es divertido.

—Vale... De acuerdo con lo de amordazarme... Me preocupa no poder respirar.

—A mí también me preocuparía que no respiraras. No quiero asfixiarte.

—Además, ¿cómo voy a usar las palabras de seguridad estando amordazada?

Hace una pausa.

—Para empezar, confío en que nunca tengas que usarlas. Pero si estás amordazada, lo haremos por señas —dice sin más.

Lo miro espantada. Pero, si estoy atada, ¿cómo lo voy a hacer? Se me empieza a nublar la mente... Mmm, el alcohol.

—Lo de la mordaza me pone nerviosa.

—Vale. Tomo nota.

Lo miro fijamente y entonces empiezo a comprender.

—¿Te gusta atar a tus sumisas para que no puedan tocarte?

Me mira abriendo mucho los ojos.

—Esa es una de las razones —dice en voz baja.

—¿Por eso me has atado las manos?

—Sí.

—No te gusta hablar de eso —murmuro.

—No, no me gusta. ¿Te apetece más champán? Te está envalentonando, y necesito saber lo que piensas del dolor.

Maldita sea... esta es la parte chungueta. Me rellena la taza, y doy un sorbo.

—A ver, ¿cuál es tu actitud general respecto a sentir dolor? —Christian me mira expectante—. Te estás mordiendo el labio —me dice en tono amenazante.

Paro de inmediato, pero no sé qué decir. Me ruborizo y me miro las manos.

—¿Recibías castigos físicos de niña?

—No.

—Entonces, ¿no tienes ningún ámbito de referencia?

—No.

—No es tan malo como crees. En este asunto, tu imaginación es tu peor enemigo —susurra.

—¿Tienes que hacerlo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es parte del juego, Anastasia. Es lo que hay. Te veo nerviosa. Repasemos los métodos.

Me enseña la lista. Mi subconsciente sale corriendo, gritando, y se esconde detrás del sofá.

- Azotes
- Azotes con pala
- Latigazos
- Azotes con vara
- Mordiscos
- Pinzas para pezones
- Pinzas genitales
- Hielo
- Cera caliente
- Otros tipos/métodos de dolor

—Vale, has dicho que no a las pinzas genitales. Muy bien. Lo que más duele son los varazos.

Palidezco.

—Ya iremos llegando a eso.

—O mejor no llegamos —susurro.

—Esto forma parte del trato, nena, pero ya iremos llegando a todo eso. Anastasia, no te voy a obligar a nada horrible.

—Todo esto del castigo es lo que más me preocupa —digo con un hilo de voz.

—Bueno, me alegro de que me lo hayas dicho. Quitamos los varazos de la lista de momento. Y, a medida que te vayas sintiendo más cómoda con todo lo demás, incrementaremos la intensidad. Lo haremos despacio.

Trago saliva, y él se inclina y me besa en la boca.

—Ya está, no ha sido para tanto, ¿no?

Me encojo de hombros, con el corazón en la boca otra vez.

—A ver, quiero comentarte una cosa más antes de llevarte a la cama.

—¿A la cama? —pregunto parpadeando muy deprisa, y la sangre me bombea por todo el cuerpo, calentándome sitios que no sabía que existían hasta hace muy poco.

—Vamos, Anastasia, después de repasar todo esto, quiero follarte hasta la semana que viene, desde ahora mismo. Debe de haber tenido algún efecto en ti también.

Me estremezco. La diosa que llevo dentro jadea.

—¿Ves? Además, quiero probar una cosa.

—¿Me va a doler?

—No... deja de ver dolor por todas partes. Más que nada es placer. ¿Te he hecho daño hasta ahora?

Me ruborizo.

—No.

—Pues entonces. A ver, antes me hablabas de que querías más.

Se interrumpe, de pronto indeciso.

Madre mía... ¿adónde va a llegar esto?

Me agarra la mano.

—Podríamos probarlo durante el tiempo en que no seas mi sumisa. No sé si funcionará. No sé si podremos separar las cosas. Igual no funciona. Pero estoy dispuesto a intentarlo. Quizá una noche a la semana. No sé.

Madre mía... me quedo boquiabierta, mi subconsciente está en estado de shock. ¡Christian Grey

acepta más! ¡Está dispuesto a intentarlo! Mi subconsciente se asoma por detrás del sofá, con una expresión aún conmocionada en su rostro de arpía.

—Con una condición.

Estudia con recelo mi expresión de perplejidad.

—¿Qué? —digo en voz baja.

Lo que sea. Te doy lo que sea.

—Que aceptes encantada el regalo de graduación que te hago.

—Ah.

Y muy en el fondo sé lo que es. Brota el temor en mi vientre.

Me mira fijamente, evaluando mi reacción.

—Ven —murmura, y se levanta y tira de mí.

Se quita la cazadora, me la echa por los hombros y se dirige a la puerta.

Aparcado fuera hay un descapotable rojo de tres puertas, un Audi.

—Para ti. Feliz graduación —susurra, estrechándome en sus brazos y besándome el pelo.

Me ha comprado un puñetero coche, completamente nuevo, a juzgar por su aspecto. Vaya... si ya me costó aceptar los libros. Lo miro alucinada, intentando desesperadamente decidir cómo me siento. Por un lado, me horroriza; por otro, lo agradezco, me flipa que realmente lo haya hecho, pero la emoción predominante es el enfado. Sí, estoy enfadada, sobre todo después de todo lo que le dije de los libros... pero, claro, ya lo ha comprado. Cogiéndome de la mano, me lleva por el camino de entrada hasta esa nueva adquisición.

—Anastasia, ese Escarabajo tuyo es muy viejo y francamente peligroso. Jamás me lo perdonaría si te pasara algo cuando para mí es tan fácil solucionarlo...

Él me mira, pero, de momento, yo no soy capaz de mirarlo. Contemplo en silencio el coche, tan asombrosamente nuevo y de un rojo tan luminoso.

—Se lo comenté a tu padrastro. Le pareció una idea genial —me susurra.

Me vuelvo y lo miro furiosa, boquiabierta de espanto.

—¿Le mencionaste esto a Ray? ¿Cómo has podido?

Me cuesta que me salgan las palabras. ¿Cómo te atreves? Pobre Ray. Siento náuseas, muerta de vergüenza por mi padre.

—Es un regalo, Anastasia. ¿Por qué no me das las gracias y ya está?

—Sabes muy bien que es demasiado.

—Para mí, no; para mi tranquilidad, no.

Lo miro ceñuda, sin saber qué decir. ¡Es que no lo entiende! Él ha tenido dinero toda la vida. Vale, no toda la vida —de niño, no—, y entonces mi perspectiva cambia. La idea me serena y veo el coche con otros ojos, sintiéndome culpable por mi arrebatado de resentimiento. Su intención es buena, desafortunada, pero con buen fondo.

—Te agradezco que me lo prestes, como el portátil. Suspira hondo.

—Vale. Te lo presto. Indefinidamente.

Me mira con recelo.

—No, indefinidamente, no. De momento. Gracias.

Frunce el ceño. Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias por el coche, señor —digo con toda la ternura de la que soy capaz.

Me agarra de pronto y me estrecha contra su cuerpo, con una mano en la espalda reteniéndome y la otra agarrándome el pelo.

—Eres una mujer difícil, Ana Steele.

Me besa apasionadamente, obligándome a abrir la boca con la lengua, sin contemplaciones.

Me excito al instante y le devuelvo el beso con idéntica pasión. Lo deseo inmensamente, a pesar del coche, de los libros, de los límites tolerables... de los varazos... lo deseo.

—Me está costando una barbaridad no follarte encima del capó de este coche ahora mismo, para demostrarte que eres mía y que, si quiero comprarte un puto coche, te compro un puto coche —gruñe—. Venga, vamos dentro y desnúdate.

Me planta un beso rápido y brusco.

Vaya, sí que está enfadado. Me coge de la mano y me lleva de nuevo dentro y derecha al dormitorio... sin ningún tipo de preámbulo. Mi subconsciente está otra vez detrás del sofá, con la cabeza escondida entre las manos. Christian enciende la luz de la mesilla y se detiene, mirándome fijamente.

—Por favor, no te enfades conmigo —le susurro.

Me mira impasible; sus ojos grises son como fríos pedazos de cristal ahumado.

—Siento lo del coche y lo de los libros... —Me interrumpo. Guarda silencio, pensativo—. Me das miedo cuando te enfadas —digo en voz baja, mirándolo.

Cierra los ojos y mueve la cabeza. Cuando los abre, su expresión se ha suavizado. Respira hondo y traga saliva.

—Date la vuelta —susurra—. Quiero quitarte el vestido.

Otro cambio brusco de humor; me cuesta seguirlo. Obediente, me vuelvo y el corazón se me alborota; el deseo reemplaza de inmediato a la inquietud, me recorre la sangre y se instala, oscuro e intenso, en mi vientre. Me recoge el pelo de la espalda de forma que me cuelga por el hombro derecho, enroscándose en mi pecho.

Me pone el dedo índice en la nuca y lo arrastra dolorosamente por mi columna vertebral. Su uña me araña la piel.

—Me gusta este vestido —murmura—. Me gusta ver tu piel inmaculada.

Acerca el dedo al borde de mi vestido, a mitad de la espalda, lo engancha y tira de él para arrimarme a su cuerpo. Inclinandose, me huele el pelo.

—Qué bien hueles, Anastasia. Muy agradable.

Me roza la oreja con la nariz, desciende por mi cuello y va regándome el hombro de besos tiernos, suavísimos.

Se altera mi respiración, se vuelve menos honda, precipitada, llena de expectación. Tengo sus dedos en la cremallera. La baja, terriblemente despacio, mientras sus labios se deslizan, lamiendo, besando, succionando hasta el otro hombro. Esto se le da seductoramente bien. Mi cuerpo vibra y empiezo a estremecerme lánguidamente bajo sus caricias.

—Vas... a... tener... que... a...prender... a estarte... quieta —me susurra, besándome la nuca entre cada palabra.

Tira del cierre del cuello y el vestido cae y se arremolina a mis pies.

—Sin sujetador, señorita Steele. Me gusta.

Alarga las manos y me coge los pechos, y los pezones se yerguen bajo su tacto.

—Levanta los brazos y cógete a mi cabeza —me susurra al cuello.

Obedezco de inmediato y mis pechos se elevan y se acomodan en sus manos; los pezones se me endurecen aún más. Hundo los dedos en su cabeza y, con mucha delicadeza, le tiro del suave y sexy pelo. Ladeo la cabeza para facilitarle el acceso a mi cuello.

—Mmm... —me ronronea detrás de la oreja mientras empieza a pellizcarme los pezones con sus dedos largos, imitando los movimientos de mis manos en su pelo.

Percibo la sensación con nitidez en la entrepierna, y gimo.

—¿Quieres que te haga correrte así? —me susurra.

Arqueo la espalda para acomodar mis pechos a sus manos expertas.

—Le gusta esto, ¿verdad, señorita Steele?

—Mmm...

—Dilo.

Continúa la tortura lenta y sensual, pellizcando suavemente.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí... señor.

—Buena chica.

Me pellizca con fuerza, y mi cuerpo se retuerce convulso contra el suyo.

Jadeo por el exquisito y agudo dolor placentero. Lo noto pegado a mí. Gimo y le tiro del pelo con fuerza.

—No creo que estés lista para correrte aún —me susurra dejando de mover las manos, me muerde flojito el lóbulo de la oreja y tira—. Además, me has disgustado.

Oh, no... ¿qué querrá decir con eso?, me pregunto envuelta en la bruma del intenso deseo mientras gruño de placer.

—Así que igual no dejo que te corras.

Vuelve a centrar sus dedos en mis pezones, tirando, retorciéndolos, masajeándolos. Aprieto el trasero contra su cuerpo y lo muevo de un lado a otro.

Noto su sonrisa en el cuello mientras sus manos se desplazan a mis caderas. Me mete los dedos por las bragas, por detrás, tira de ellas, clava los pulgares en el tejido, las desgarras y las lanza frente a mí para que las vea... Dios mío. Baja las manos a mi sexo y, desde atrás, me mete despacio un dedo.

—Oh, sí. Mi dulce niña ya está lista —me dice dándome la vuelta para que lo mire. Su respiración se ha acelerado. Se mete el dedo en la boca—. Qué bien sabe, señorita Steele.

Suspira. Madre mía, el dedo le debe de saber salado... a mí.

—Desnúdame —me ordena en voz baja, mirándome fijamente, con los ojos entreabiertos.

Lo único que llevo puesto son los zapatos... bueno, los zapatos de taconazo de Kate. Estoy desconcertada. Nunca he desnudado a un hombre.

—Puedes hacerlo —me incita suavemente.

Pestañeo deprisa. ¿Por dónde empiezo? Alargo las manos a su camiseta y me las coge, sonriéndome seductor.

—Ah, no. —Menea la cabeza, sonriente—. La camiseta, no; para lo que tengo planeado, vas a tener que acariciarme.

Los ojos le brillan de excitación.

Vaya, esto es nuevo: puedo acariciarlo con la ropa puesta. Me coge una mano y la planta en su erección.

—Este es el efecto que me produce, señorita Steele. Jadeo y le envuelvo el paquete con los dedos. Él sonríe.

—Quiero metértela. Quítame los vaqueros. Tú mandas.

Madre mía, yo mando. Me deja boquiabierta.

—¿Qué me vas a hacer? —me tienta.

Uf, la de cosas que se me ocurren... La diosa que llevo dentro ruge y, no sé bien cómo, fruto de la frustración, el deseo y la pura valentía Steele, lo tiro a la cama.

Ríe al caer y yo lo miro desde arriba, sintiéndome victoriosa. La diosa que llevo dentro está a punto de estallar. Le quito los zapatos, deprisa, torpemente, y los calcetines. Me mira; los ojos le brillan de diversión y de deseo. Lo veo... glorioso... mío. Me subo a la cama y me monto a horcajadas encima de él para desabrocharle los vaqueros, deslizando los dedos por debajo de la cinturilla, notando, ¡sí!, su vello púbico. Cierra los ojos y mueve las caderas.

—Vas a tener que aprender a estarte quieto —lo reprendo, y le tiro del vello.

Se le entrecorta la respiración, y me sonríe.

—Sí, señorita Steele —murmura con los ojos encendidos—. Condón, en el bolsillo —susurra.

Le hurgo en el bolsillo, despacio, observando su rostro mientras voy palpando. Tiene la boca abierta. Saco los dos paquetitos con envoltorio de aluminio que encuentro y los dejo en la cama, a la altura de sus caderas. ¡Dos! Mis dedos ansiosos buscan el botón de la cinturilla y lo desabrocho, después de manosearlo un poco. Estoy más que excitada.

—Qué ansiosa, señorita Steele —susurra con la voz teñida de complacencia.

Le bajo la cremallera y de pronto me encuentro con el problema de cómo bajarle los pantalones... Mmm. Me deslizo hasta abajo y tiro. Apenas se mueven.

Frunzo el ceño. ¿Cómo puede ser tan difícil?

—No puedo estarme quieto si te vas a morder el labio —me advierte, y luego levanta la pelvis de la cama para que pueda bajarle los pantalones y los boxers a la vez, uau... liberarlo. Tira la ropa al suelo de una patada.

Cielo santo, todo eso para jugar yo solita. De pronto, es como si fuera Navidad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me dice, todo rastro de diversión ya desaparecido.

Alargo la mano y lo acaricio, observando su expresión mientras lo hago. Su boca forma una O, e inspira hondo. Su piel es tan tersa y suave... y recia... mmm, qué deliciosa combinación. Me inclino hacia delante, el pelo me cae por la cara; y me lo meto en la boca. Chupo, con fuerza. Cierra los ojos, sus caderas se agitan debajo de mí.

—Dios, Ana, tranquila —gruñe.

Me siento poderosa; qué sensación tan estimulante, la de provocarlo y probarlo con la boca y la lengua. Se tensa mientras chupo arriba y abajo, empujándolo hasta el fondo de la garganta, con los labios apretados... una y otra vez.

—Para, Ana, para. No quiero correrme.

Me incorporo, mirándolo extrañada y jadeando como él, pero confundida. ¿No mandaba yo? La diosa que llevo dentro se siente como si le hubieran quitado el helado de las manos.

—Tu inocencia y tu entusiasmo me desarman — jadea—. Tú, encima... eso es lo que tenemos que hacer.

Ah...

—Toma, pónmelo.

Me pasa un condón.

Maldita sea. ¿Cómo? Rasgo el paquete y me encuentro con la goma pegajosa entre las manos.

—Pellizca la punta y ve estirándolo. No conviene que quede aire en el extremo de ese mamón —resopla.

Así que, muy despacio, concentradísima, hago lo que me dice.

—Dios mío, me estás matando, Anastasia —gruñe.

Admiro mi obra y a él. Ciertamente es un espécimen masculino fabuloso. Mirarlo me excita muchísimo.

—Venga. Quiero hundirme en ti —susurra.

Me lo quedo mirando, atemorizada, y él se incorpora de pronto, de modo que estamos nariz con nariz.

—Así —me dice y, pasando una mano por mis caderas, me levanta un poco; con la otra, se coloca debajo de mí y, muy despacio, me penetra con suavidad.

Gruño cuando me dilata, llenándome, y la boca se me desencaja ante esa sensación abrumadora, agonizante, sublime y dulce. Ah... por favor.

—Eso es, nena, siénteme, entero —gime y cierra los ojos un instante.

Y lo tengo dentro, ensartado hasta el fondo, y él me tiene inmóvil, segundos... minutos... no tengo ni idea, mirándome fijamente a los ojos.

—Así entra más adentro —masculla.

Dobla y mece las caderas con ritmo, y yo gimo... madre mía... la sensación se propaga por todo mi vientre... a todas partes. ¡Joder!

—Otra vez —susurro.

Sonríe despacio y me complace.

Gimiendo, alzo la cabeza, el pelo me cae por la espalda, y muy despacio él se deja caer sobre la cama.

—Muévete tú, Anastasia, sube y baja, lo que quieras. Cógeme las manos —me dice con voz ronca, grave, sensualísima.

Me agarro con fuerza, como si me fuera la vida en ello. Muy despacio, subo y vuelvo a bajar. Le arden los ojos de salvaje expectación. Su respiración es entrecortada, como la mía, y levanta la pelvis cuando yo bajo, haciéndome subir de nuevo. Cogemos el ritmo... arriba, abajo, arriba, abajo... una y otra vez... y me gusta... mucho. Entre mis jadeos, la penetración honda y desbordante, la ardiente sensación que me recorre entera y que crece rápidamente, lo miro, nuestras miradas se encuentran... y veo asombro en sus ojos, asombro ante mí.

Me lo estoy follando. Mando yo. Es mío, y yo suya. La idea me empuja, me exalta, me catapulta, y me

corro... entre gritos incoherentes. Me agarra por las caderas y, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás, con la mandíbula apretada, se corre en silencio. Me derrumbo sobre su pecho, sobrecogida, en algún lugar entre la fantasía y la realidad, un lugar sin límites tolerables ni infranqueables.

Poco a poco el mundo exterior invade mis sentidos y, madre mía, menuda invasión. Floto, con las extremidades desmadejadas y lánguidas, completamente exhausta. Estoy tumbada encima de él, con la cabeza en su pecho, y huele de maravilla: a ropa limpia y fresca y a algún gel corporal caro, y al mejor y más seductor aroma del planeta... a Christian. No quiero moverme, quiero respirar ese elixir eternamente. Lo acaricio con la nariz y pienso que ojalá no tuviera el obstáculo de su camiseta. Mientras el resto de mi cuerpo recobra la cordura, extiendo la mano sobre su pecho. Es la primera vez que se lo toco. Tiene un pecho firme, fuerte. De pronto levanta la mano y me agarra la mía, pero suaviza el efecto llevándosela a la boca y besándome con ternura los nudillos. Luego se revuelve y se me pone encima, de forma que ahora me mira desde arriba.

—No —murmura, y me besa suavemente.

—¿Por qué no te gusta que te toquen? —susurro, contemplando desde abajo sus ojos grises.

—Porque estoy muy jodido, Anastasia. Tengo muchas más sombras que luces. Cincuenta sombras más.

Ah... Su sinceridad me desarma por completo. Lo miro extrañada.

—Tuve una introducción a la vida muy dura. No quiero aburrirte con los detalles. No lo hagas y ya está.

Frota su nariz con la mía, luego sale de mí y se incorpora.

—Creo que ya hemos cubierto lo más esencial. ¿Qué tal ha ido?

Parece plenamente satisfecho de sí mismo y suena muy pragmático a la vez, como si acabara de poner una marca en una lista de objetivos. Aún estoy aturdida con el comentario sobre la «introducción a la vida muy dura». Resulta tan frustrante... Me muero por saber más, pero no me lo va a contar. Ladeo la cabeza, como él, y hago un esfuerzo inmenso por sonreírle.

—Si piensas que he llegado a creerme que me cedías el control es que no has tenido en cuenta mi nota media.
—Le sonrío tímidamente—. Pero gracias por dejar que me hiciera ilusiones.

—Señorita Steele, no es usted solo una cara bonita. Ha tenido seis orgasmos hasta la fecha y los seis me pertenecen —presume, de nuevo jugueteón.

Me sonrojo y me asombro a la vez, mientras él me mira desde arriba. Frunce el ceño.

—¿Tienes algo que contarme? —me dice de pronto muy serio.

Lo miro ceñuda. Mierda.

—He soñado algo esta mañana.

—¿Ah, sí?

Me mira furioso.

Mierda, mierda. ¿A que ya la he liado?

—Me he corrido en sueños.

—¿En sueños?

—Y me he despertado.

—Apuesto a que sí. ¿Qué soñabas?

Mierda.

—Contigo.

—¿Y qué hacía yo?

Me vuelvo a tapar los ojos con el brazo y, como si fuera una niña pequeña, acaricio por un instante la fantasía de que, si yo no lo veo, él a mí tampoco.

—Anastasia, ¿qué hacía yo? No te lo voy a volver a preguntar.

—Tenías una fusta.

Me aparta el brazo.

—¿En serio?

—Sí.

Estoy muy colorada.

—Vaya, aún me queda esperanza contigo — murmura—. Tengo varias fustas.

—¿Marrón, de cuero trenzado?

Ríe.

—No, pero seguro que puedo hacerme con una.

Se inclina hacia delante, me da un beso breve, se pone de pie y coge sus boxers. Oh, no... se va. Miro rápidamente la hora: son solo las diez menos veinte. Salgo también escopeteada de la cama y cojo mis pantalones de chándal y mi camiseta de tirantes, y luego me siento en la cama, con las piernas cruzadas, observándolo.

No quiero que se vaya. ¿Qué puedo hacer?

—¿Cuándo te toca la regla? —interrumpe mis pensamientos.

¿Qué?

—Me revienta ponerme estas cosas —protesta, sosteniendo en alto el condón.

Lo deja en el suelo y se pone los vaqueros.

—¿Eh? —dice al ver que no respondo, y me mira expectante, como si esperara mi opinión sobre el tiempo.

Madre mía, eso es algo tan personal...

—La semana que viene.

Me miro las manos.

—Vas a tener que buscarte algún anticonceptivo.

Qué mandón es. Lo miro trastornada. Se sienta en la cama para ponerse los calcetines y los zapatos.

—¿Tienes médico?

Niego con la cabeza. Ya estamos otra vez con las fusiones y adquisiciones, otro cambio de humor de ciento ochenta grados.

Frunce el ceño.

—Puedo pedirle a la mía que pase a verte por tu piso. El domingo por la mañana, antes de que vengas a verme tú. O le puedo pedir que te visite en mi casa, ¿qué prefieres?

Sin agobios, ¿no? Otra cosa que me va a pagar... claro que esto es por él.

—En tu casa.

Así me aseguro de que lo veré el domingo.

—Vale. Ya te diré a qué hora.

—¿Te vas?

No te vayas... Quédate conmigo, por favor.

—Sí.

¿Por qué?

—¿Cómo vas a volver? —le susurro.

—Taylor viene a recogerme.

—Te puedo llevar yo. Tengo un coche nuevo precioso.

Me mira con expresión tierna.

—Eso ya me gusta más, pero me parece que has bebido demasiado.

—¿Me has achispado a propósito?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque les das demasiadas vueltas a las cosas y te veo tan reticente como a tu padrastro. Con una gota de alcohol ya estás hablando por los codos, y yo necesito que seas sincera conmigo. De lo contrario, te cierras como una ostra y no tengo ni idea de lo que piensas. In vino veritas, Anastasia.

—¿Y crees que tú eres siempre sincero conmigo?

—Me esfuerzo por serlo. —Me mira con recelo—. Esto solo saldrá bien si somos sinceros el uno con el otro.

—Quiero que te quedes y uses esto.

Sostengo en alto el segundo condón.

Me sonrío divertido y le brillan los ojos.

—Anastasia, esta noche me he pasado mucho de la raya. Tengo que irme. Te veo el domingo. Tendré listo el contrato revisado y entonces podremos empezar a jugar de verdad.

—¿A jugar?

Dios mío. Se me sube el corazón a la boca.

—Me gustaría tener una sesión contigo, pero no lo haré hasta que hayas firmado, para asegurarme de que estás lista.

—Ah. ¿O sea que podría alargar esto si no firmo?

Me mira pensativo, luego se dibuja una sonrisa en sus labios.

—Supongo que sí, pero igual reviento de la tensión.

—¿Reventar? ¿Cómo?

La diosa que llevo dentro ha despertado y escucha atenta.

Asiente despacio y sonrío, provocador.

—La cosa podría ponerse muy fea.

Su sonrisa es contagiosa.

—¿Cómo... fea?

—Ah, ya sabes, explosiones, persecuciones en coche, secuestro, cárcel...

—¿Me vas a secuestrar?

—Desde luego —afirma sonriendo.

—¿A retenerme en contra de mi voluntad?

Madre mía, cómo me pone esto.

—Por supuesto. —Asiente con la cabeza—. Y luego viene el IPA 24/7.

—Me he perdido —digo con el corazón retumbando en el pecho.

¿Lo dirá en serio?

—Intercambio de Poder Absoluto, las veinticuatro horas.

Le brillan los ojos y percibo su excitación incluso desde donde estoy.

Madre mía.

—Así que no tienes elección —me dice con aire burlón.

—Claro —digo sin poder evitar el sarcasmo mientras alzo la vista a las alturas.

—Ay, Anastasia Steele, ¿me acabas de poner los ojos en blanco?

Mierda.

—¡No! —chillo.

—Me parece que sí. ¿Qué te he dicho que haría si volvías a poner los ojos en blanco?

Joder. Se sienta al borde de la cama.

—Ven aquí —me dice en voz baja.

Palidezco. Uf, va en serio. Me siento y lo miro, completamente inmóvil.

—Aún no he firmado —susurro.

—Te he dicho lo que haría. Soy un hombre de palabra. Te voy a dar unos azotes, y luego te voy a follar muy rápido y muy duro. Me parece que al final vamos a necesitar ese condón.

Me habla tan bajito, en un tono tan amenazador, que me excita muchísimo. Las entrañas casi se me retuercen de deseo puro, vivo y pujante. Me mira, esperando, con los ojos encendidos. Descruzo las piernas tímidamente. ¿Salgo corriendo? Se acabó: nuestra relación pende de un hilo, aquí, ahora. ¿Le dejo que lo haga o me niego y se terminó? Porque sé que, si me niego, se acabó. ¡Hazlo!, me suplica la diosa que llevo dentro. Mi subconsciente está tan paralizada como yo.

—Estoy esperando —dice—. No soy un hombre paciente.

Oh, Dios, por todos los santos... Jadeo, asustada, excitada. La sangre me bombea frenéticamente por todo el cuerpo, siento las piernas como flanes. Despacio, me voy acercando a él hasta situarme a su lado.

—Buena chica —masculla—. Ahora ponte de pie.

Mierda. ¿Por qué no acaba ya con esto? No sé si voy a sostenerme en pie. Titubeando, me levanto. Me tiende la mano y yo le doy el condón. De pronto me agarra y me tumba sobre su regazo. Con un solo movimiento suave, ladea el cuerpo de forma que mi tronco descansa sobre la cama, a su lado. Me pasa la pierna derecha por encima de las mías y planta el brazo izquierdo sobre mi cintura, sujetándome para que no me mueva. Joder.

—Sube las manos y colócalas a ambos lados de la cabeza —me ordena.

Obedezco inmediatamente.

—¿Por qué hago esto, Anastasia? —pregunta.

—Porque he puesto los ojos en blanco.

Casi no puedo hablar.

—¿Te parece que eso es de buena educación?

—No.

—¿Vas a volver a hacerlo?

—No.

—Te daré unos azotes cada vez que lo hagas, ¿me has entendido?

Muy despacio, me baja los pantalones de chándal. Jo, qué degradante. Degradante, espeluznante y excitante. Se está pasando un montón con esto. Tengo el corazón en la boca. Me cuesta respirar. Mierda... ¿me va a doler?

Me pone la mano en el trasero desnudo, me manosea con suavidad, acariciándome en círculos con la mano abierta. De pronto su mano ya no está ahí... y entonces me da, fuerte. ¡Au! Abro los ojos de golpe en respuesta al dolor e intento levantarme, pero él me pone la mano entre los omoplatos para impedirlo. Vuelve a acariciarme donde me ha pegado; le ha cambiado la respiración: ahora es más fuerte y agitada. Me pega otra vez, y otra, rápido, seguido. Dios mío, duelo. No rechisto, con la cara contraída de dolor. Retorciéndome, trato de esquivar los golpes, espoleada por el subidón de adrenalina que me recorre el cuerpo entero.

—Estate quieta —protesta—, o tendré que azotarte más rato.

Primero me frota, luego viene el golpe. Empieza a seguir un ritmo: caricia, manoseo, azote. Tengo que concentrarme para sobrellevar el dolor. Procuro no pensar en nada y digerir la desagradable sensación. No

me da dos veces seguidas en el mismo sitio: está extendiendo el dolor.

—¡Aaaggg! —grito al quinto azote, y caigo en la cuenta de que he ido contando mentalmente los golpes.

—Solo estoy calentando.

Me vuelve a dar y me acaricia con suavidad. La combinación de dolorosos azotes y suaves caricias me nubla la mente por completo. Me pega otra vez; cada vez me cuesta más aguantar. Me duele la cara de tanto contraerla. Me acaricia y me suelta otro golpe. Vuelvo a gritar.

—No te oye nadie, nena, solo yo.

Y me azota otra vez, y otra. Muy en el fondo, deseo rogarle que pare. Pero no lo hago. No quiero darle esa satisfacción. Prosigue con su ritmo implacable. Grito seis veces más. Dieciocho azotes en total. Me arde el cuerpo entero, me arde por su despiadada agresión.

—Ya está —dice con voz ronca—. Bien hecho, Anastasia. Ahora te voy a follar.

Me acaricia con suavidad el trasero, que me arde mientras me masajea en círculos y hacia abajo. De pronto me mete dos dedos, cogiéndome completamente por sorpresa. Ahogo un grito; la nueva agresión se abre paso a través de mi entumecido cerebro.

—Siente esto. Mira cómo le gusta esto a tu cuerpo, Anastasia. Te tengo empapada.

Hay asombro en su voz. Mueve los dedos, metiendo y sacando deprisa.

Gruño y me quejo. No, seguro que no... Entonces los dedos desaparecen, y yo me quedo con las ganas.

—La próxima vez te haré contar. A ver, ¿dónde está ese condón?

larga la mano para cogerlo y luego me levanta despacio para ponerme boca abajo sobre la cama. Lo oigo bajarse la cremallera y rasgar el envoltorio del preservativo. Me baja los pantalones de chándal de un tirón y me levanta las rodillas, acariciándome despacio el trasero dolorido.

—Te la voy a meter. Te puedes correr —masculla.

¿Qué? Como si tuviera otra elección...

Y me penetra, hasta el fondo, y yo gimo ruidosamente. Se mueve, entra y sale a un ritmo rápido e intenso, empujando contra mi trasero dolorido. La sensación es más que deliciosa, cruda, envilecedora, devastadora. Tengo los sentidos asolados, desconectados, me concentro únicamente en lo que me está haciendo, en lo que siento, en ese tirón ya familiar en lo más hondo de mi vientre, que se agudiza, se acelera. NO... y mi cuerpo traicionero estalla en un orgasmo intenso y desgarrador.

—¡Ay, Ana! —grita cuando se corre él también, agarrándome fuerte mientras se vacía en mi interior.

Se desploma a mi lado, jadeando intensamente, y me sube encima de él y hunde la cara en mi pelo, estrechándome en sus brazos.

—Oh, nena —dice—. Bienvenida a mi mundo.

Nos quedamos ahí tumbados, jadeando los dos, esperando a que nuestra respiración se normalice. Me acaricia el pelo con suavidad. Vuelvo a estar tendida sobre su pecho. Pero esta vez no tengo fuerzas para levantar la mano y palparlo. Uf, he sobrevivido. No ha sido para tanto. Tengo más aguante de lo que pensaba. La diosa que llevo dentro está postrada, o al menos

calladita. Christian me acaricia de nuevo el pelo con la nariz, inhalando hondo.

—Bien hecho, nena —susurra con una alegría muda en la voz.

Sus palabras me envuelven como una toalla suave y mullida del hotel Heathman, y me encanta verlo contento.

Me coge el tirante de la camiseta.

—¿Esto es lo que te pones para dormir? —me pregunta en tono amable.

—Sí —respondo medio adormilada.

—Deberías llevar seda y satén, mi hermosa niña. Te llevaré de compras.

—Me gusta lo que llevo —mascullo, procurando sin éxito sonar indignada.

Me da otro beso en la cabeza.

—Ya veremos —dice.

Seguimos así unos minutos más, horas, a saber; creo que me quedo traspuesta.

—Tengo que irme —dice e, inclinándose hacia delante, me besa con suavidad en la frente—. ¿Estás bien? —añade en voz baja.

Medito la respuesta. Me duele el trasero. Bueno, lo tengo al rojo vivo. Sin embargo, asombrosamente, aunque agotada, me siento radiante. El pensamiento me resulta aleccionador, inesperado. No lo entiendo.

—Estoy bien —susurro.

No quiero decir más.

Se levanta.

—¿Dónde está el baño?

—Por el pasillo, a la izquierda.

Recoge el otro condón y sale del dormitorio. Me incorporo con dificultad y vuelvo a ponerme los pantalones de chándal. Me rozan un poco el trasero aún escocido. Me confunde mucho mi reacción. Recuerdo que me dijo —aunque no recuerdo cuándo— que me sentiría mucho mejor después de una buena paliza.

¿Cómo puede ser? De verdad que no lo entiendo. Sin embargo, curiosamente, es cierto. No puedo decir que haya disfrutado de la experiencia —de hecho, aún haría lo que fuera por evitar que se repitiera—, pero ahora... tengo esa sensación rara y serena de recordarlo todo con una plenitud absolutamente placentera. Me cojo la cabeza con las manos. No lo entiendo.

Christian vuelve a entrar en la habitación. No puedo mirarlo a los ojos. Bajo la vista a mis manos.

—He encontrado este aceite para niños. Déjame que te dé un poco en el trasero.

¿Qué?

—No, ya se me pasará.

—Anastasia —me advierte, y estoy a punto de poner los ojos en blanco, pero me reprimo enseguida.

Me coloco mirando hacia la cama. Se sienta a mi lado y vuelve a bajarme con cuidado los pantalones. Sube y baja, como las bragas de una puta, observa con amargura mi subconsciente. Le digo mentalmente adónde se puede ir. Christian se echa un poco de aceite en la mano y me embadurna el trasero con delicada ternura: de desmaquillador a bálsamo para un culo azotado... ¿quién iba a pensar que resultaría un líquido tan versátil?

—Me gusta tocarte —murmura.

Y debo coincidir con él: a mí también que lo haga.

—Ya está —dice cuando termina, y vuelve a subirme los pantalones.

Miro de reojo el reloj. Son las diez y media.

—Me marcho ya.

—Te acompaño.

Sigo sin poder mirarlo.

Lográndome de la mano, me lleva hasta la puerta. Por suerte, Kate aún no está en casa. Aún debe de andar cenando con sus padres y con Ethan. Me alegra de verdad que no estuviera por aquí y pudiera oír mi castigo.

—¿No tienes que llamar a Taylor? —pregunto, evitando el contacto visual.

—Taylor lleva aquí desde las nueve. Mírame —me pide.

Me esfuerzo por mirarlo a los ojos, pero, cuando lo hago, veo que él me contempla admirado.

—No has llorado —murmura, y luego de pronto me agarra y me besa apasionadamente—. Hasta el domingo —susurra en mis labios, y me suena a promesa y a amenaza.

Lo veo enfilarse el camino de entrada y subirse al enorme Audi negro. No mira atrás. Cierro la puerta y me quedo indefensa en el salón de un piso en el que solo pasaré dos noches más. Un sitio en el que he vivido feliz casi cuatro años. Pero hoy, por primera vez, me siento sola e incómoda aquí, a disgusto conmigo misma.

¿Tanto me he distanciado de la persona que soy? Sé que, bajo mi exterior entumecido, no muy lejos de la superficie, acecha un mar de lágrimas. ¿Qué estoy haciendo? La paradoja es que ni siquiera puedo

sentarme y hartarme de llorar. Tengo que estar de pie. Sé que es tarde, pero decido llamar a mi madre.

—¿Cómo estás, cielo? ¿Qué tal la graduación? —me pregunta entusiasmada al otro lado de la línea.

Su voz me resulta balsámica.

—Siento llamarte tan tarde —le susurro.

Hace una pausa.

—¿Ana? ¿Qué pasa? —dice, de pronto muy seria.

—Nada, mamá, me apetecía oír tu voz.

Guarda silencio un instante.

—Ana, ¿qué ocurre? Cuéntamelo, por favor.

Su voz suena suave y tranquilizadora, y sé que le preocupa. Sin previo aviso, se me empiezan a caer las lágrimas. He llorado tanto en los últimos días...

—Por favor, Ana —me dice, y su angustia refleja la mía.

—Ay, mamá, es por un hombre.

—¿Qué te ha hecho?

Su alarma es palpable.

—No es eso.

Aunque en realidad, sí lo es. Oh, mierda. No quiero preocuparla. Solo quiero que alguien sea fuerte por mí en estos momentos.

—Ana, por favor, me estás preocupando.

Inspiro hondo.

—Es que me he enamorado de un tío que es muy distinto de mí y no sé si deberíamos estar juntos.

—Ay, cielo, ojalá pudiera estar contigo. Siento mucho haberme perdido tu graduación. Te has enamorado de alguien, por fin. Cielo, los hombres tienen lo suyo. Son de otra especie. ¿Cuánto hace que lo conoces?

Desde luego Christian es de otra especie... de otro planeta.

—Casi tres semanas o así.

—Ana, cariño, eso no es nada. ¿Cómo se puede conocer a nadie en ese tiempo? Tómalo con calma y mantenlo a raya hasta que decidas si es digno de ti.

Uau. La repentina perspicacia de mi madre me desconcierta, pero, en este caso, llega tarde. ¿Que si es digno de mí? Interesante concepto. Siempre me pregunto si yo soy digna de él.

—Cielo, te noto triste. Ven a casa, haznos una visita. Te echo de menos, cariño. A Bob también le encantaría verte. Así te distancias un poco y quizá puedas ver las cosas con un poco de perspectiva. Necesitas un descanso. Has estado muy liada.

Madre mía, qué tentación. Huir a Georgia. Disfrutar de un poco de sol, salir de copas. El buen humor de mi madre, sus brazos amorosos...

—Tengo dos entrevistas de trabajo en Seattle el lunes.

—Qué buena noticia.

Se abre la puerta y aparece Kate, sonriéndome. Su expresión se vuelve sombría cuando ve que he estado llorando.

—Mamá, tengo que colgar. Me pensaré lo de ir a veros. Gracias.

—Cielo, por favor, no dejes que un hombre te trastoque la vida. Eres demasiado joven. Sal a divertirte.

—Sí, mamá. Te quiero.

—Te quiero muchísimo, Ana. Cuídate, cielo.

Cuelgo y me enfrento a Kate, que me mira furiosa.

—¿Te ha vuelto a disgustar ese capullo indecentemente rico?

—No... es que... eh... sí.

—Mándalo a paseo, Ana. Desde que lo conociste, estás muy trastornada. Nunca te había visto así.

El mundo de Katherine Kavanagh es muy claro: blanco o negro. No tiene los tonos de gris vagos, misteriosos e intangibles que colorean el mío. «Bienvenida a mi mundo.»

—Siéntate, vamos a hablar. Nos tomamos un vino. Ah, ya has bebido champán. —Examina la botella—. Del bueno, además.

Sonrío sin ganas, mirando aprensiva el sofá. Me acerco a él con cautela. Uf, sentarme.

—¿Te encuentras bien?

—Me he caído de culo.

No se le ocurre poner en duda mi explicación, porque soy una de las personas más descoordinadas del estado de Washington. Jamás pensé que un día me vendría bien. Me siento, con mucho cuidado, y me sorprende agradablemente ver que estoy bien. Procuro prestar atención a Kate, pero la cabeza se me va al Heathman: «Si fueras mía, después del numerito que montaste ayer no podrías sentarte en una semana». Me lo dijo entonces, pero en aquel momento yo no pensaba más que en ser suya. Todas las señales de advertencia estaban ahí, y yo estaba demasiado despistada y demasiado enamorada para reparar en ellas.

Kate vuelve al salón con una botella de vino tinto y las tazas lavadas.

—Venga.

Me ofrece una taza de vino. No sabrá tan bueno como el Bolly.

—Ana, si es el típico capullo que pasa de comprometerse, mándalo a paseo. Aunque la verdad es que no entiendo por qué tendría que suceder. En el entoldado no te quitaba los ojos de encima, te vigilaba como un halcón. Yo diría que estaba completamente embobado, pero igual tiene una forma curiosa de demostrarlo.

¿Embobado? ¿Christian? ¿Una forma curiosa de demostrarlo? Ya te digo.

—Es complicado, Kate. ¿Qué tal tu noche? — pregunto.

No puedo hablar de esto con Kate sin revelarles demasiado, pero basta con una pregunta sobre su día para que se olvide del tema. Resulta tranquilizador sentarse a escuchar su parloteo habitual. La gran noticia es que Ethan igual se viene a vivir con nosotras cuando vuelvan de vacaciones. Será divertido: con Ethan es un no parar de reír. Frunzo el ceño. No creo que a Christian le parezca bien. Me da igual. Tendrá que tragar. Me tomo un par de tazas de vino y decido irme a la cama. Ha sido un día muy largo. Kate me da un abrazo y coge el teléfono para llamar a Elliot.

Después de lavarme los dientes, echo un vistazo al cacharro infernal. Hay un correo de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 26 de mayo de 2011 23:14

Para: Anastasia Steele

Asunto: Usted

Querida señorita Steele:

Es sencillamente exquisita. La mujer más hermosa, inteligente, ingeniosa y valiente que he conocido jamás. Tómese un ibuprofeno (no es un mero consejo). Y no vuelva a coger el Escarabajo. Me enteraré.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¡Que no vuelva a coger mi coche! Tecleo mi respuesta.

De: Anastasia Steele

Fecha: 26 de mayo de 2011 23:20

Para: Christian Grey

Asunto: Halagos

Querido señor Grey:

Con halagos no llegarás a ninguna parte, pero, como ya has estado en todas, da igual. Tendré que coger el Escarabajo para llevarlo a un concesionario y venderlo, de modo que no voy hacer ni caso de la bobada que me propones. Prefiero el tinto al ibuprofeno.

Ana

P.D.: Para mí, los varazos están dentro de los límites INFRANQUEABLES.

Le doy a «Enviar».

De: Christian Grey

Fecha: 26 de mayo de 2011 23:26

Para: Anastasia Steele

Asunto: Las mujeres frustradas no saben aceptar cumplidos

Querida señorita Steele:

No son halagos. Debería acostarse.

Acepto su incorporación a los límites infranqueables.

No beba demasiado.

Taylor se encargará de su coche y lo revenderá a buen precio.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 26 de mayo de 2011 23:40

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Será Taylor el hombre adecuado para esa tarea?

Querido señor:

Me asombra que te importe tan poco que tu mano derecha conduzca mi coche, pero sí que lo haga una mujer a la que te follas de vez en cuando. ¿Cómo sé yo que Taylor me va a conseguir el mejor precio por el coche? Siempre me he dicho, seguramente antes de conocerte, que estaba conduciendo una auténtica ganga.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 26 de mayo de 2011 23:44

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¡Cuidado!

Querida señorita Steele:

Doy por sentado que es el TINTO lo que le hace hablar así, y que el día ha sido muy largo. Aunque me siento tentado de volver allí y asegurarme de que no se siente en una semana, en vez de una noche.

Taylor es ex militar y capaz de conducir lo que sea, desde una moto a un tanque Sherman. Su coche no supone peligro alguno para él.

Por favor, no diga que es «una mujer a la que me follo de vez en cuando», porque, la verdad, me

ENFURECE, y le aseguro que no le gustaría verme enfadado.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 26 de mayo de 2011 23:57

Para: Christian Grey

Asunto: Cuidado, tú

Querido señor Grey:

No estoy segura de que yo te guste, sobre todo ahora.

Señorita Steele

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 00:03

Para: Anastasia Steele

Asunto: Cuidado, tú

¿Por qué no me gustas?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 00:09

Para: Christian Grey

Asunto: Cuidado, tú

Porque nunca te quedas en casa.

Hala, eso le dará algo en lo que pensar. Cierro el cacharro con una indiferencia que no siento y me meto en la cama. Apago la lamparita y me quedo mirando al techo. Ha sido un día muy largo, un vaivén emocional constante. Me ha gustado pasar un rato con Ray. Lo he visto bien y, curiosamente, le ha gustado Christian.

Jo, y la cotilla de Kate... Oír a Christian decir que había pasado hambre. ¿De qué coño va todo eso? Dios, y

el coche. Ni siquiera le he comentado a Kate lo del coche nuevo. ¿En qué estaría pensando Christian?

Y encima esta noche me ha pegado de verdad. En mi vida me habían pegado. ¿Dónde me he metido? Muy despacio, las lágrimas, retenidas por la llegada de Kate, empiezan a rodarme por los lados de la cara hasta las orejas. Me he enamorado de alguien tan emocionalmente cerrado que no conseguiré más que sufrir —en el fondo, lo sé—, alguien que, según él mismo admite, está completamente jodido. ¿Por qué está tan jodido? Debe de ser horrible estar tan tocado como él; la idea de que de niño fuera víctima de crueldades insoportables me hace llorar aún más. Quizá si fuera más normal no le interesarías, contribuye con sarcasmo mi subconsciente a mis reflexiones. Y en lo más profundo de mi corazón sé que es cierto. Me doy la vuelta, se abren las compuertas... y, por primera vez en años, lloro desconsoladamente con la cara hundida en la almohada.

Los gritos de Kate me distraen momentáneamente de mis oscuros pensamientos.

«¿Qué coño crees que haces aquí?»

«¡Vale, pues no puedes!»

«¿Qué coño le has hecho ahora?»

«Desde que te conoció, se pasa el día llorando.»

«¡No puedes venir aquí!»

Christian irrumpe en mi dormitorio y, sin ceremonias, enciende la luz del techo, obligándome a apretar los ojos.

—Dios mío, Ana —susurra.

La apaga otra vez y, en un segundo, lo tengo a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto espantada entre sollozos.

Mierda, no puedo parar de llorar.

Enciende la lamparita y me hace guiñar los ojos de nuevo. Viene Kate y se queda en el umbral de la puerta.

—¿Quieres que eche a este gilipollas de aquí? —me dice irradiando una hostilidad termonuclear.

Christian la mira arqueando una ceja, sin duda asombrado por el halagador epíteto y su brutal antipatía. Niego con la cabeza y ella me pone los ojos en blanco.

Huy, yo no haría eso delante del señor G.

—Dame una voz si me necesitas —me dice más serena—. Grey, estás en mi lista negra y te tengo vigilado —le susurra furiosa.

Él la mira extrañado, y ella da media vuelta y entorna la puerta, pero no la cierra.

Christian me mira con expresión grave, el rostro demacrado. Lleva la americana de raya diplomática y del bolsillo interior saca un pañuelo y me lo da. Creo que aún tengo el otro por alguna parte.

—¿Qué pasa? —me pregunta en voz baja.

—¿A qué has venido? —le digo yo, ignorando su pregunta.

Mis lágrimas han cesado milagrosamente, pero las convulsiones siguen sacudiendo mi cuerpo.

—Parte de mi papel es ocuparme de tus necesidades. Me has dicho que querías que me quedara, así que he venido. Y te encuentro así. —Me mira extrañado, verdaderamente perplejo—. Seguro que es culpa mía, pero no tengo ni idea de por qué. ¿Es porque te he pegado?

Me incorporo, con una mueca de dolor por mi trasero escocido. Me siento y lo miro.

—¿Te has tomado un ibuprofeno?

Niego con la cabeza. Entorna los ojos, se pone de pie y sale de la habitación. Lo oigo hablar con Kate, pero no lo que dicen. Al poco, vuelve con pastillas y una taza de agua.

—Tómame esto —me ordena con delicadeza mientras se sienta en la cama a mi lado.

Hago lo que me dice.

—Cuéntame —susurra—. Me habías dicho que estabas bien. De haber sabido que estabas así, jamás te habría dejado.

Me miro las manos. ¿Qué puedo decir que no haya dicho ya? Quiero más. Quiero que se quede porque él quiera quedarse, no porque esté hecha una magdalena.

Y no quiero que me pegue, ¿acaso es mucho pedir?

—Doy por sentado que, cuando me has dicho que estabas bien, no lo estabas.

Me ruborizo.

—Pensaba que estaba bien.

—Anastasia, no puedes decirme lo que crees que quiero oír. Eso no es muy sincero —me reprende—. ¿Cómo voy a confiar en nada de lo que me has dicho?

Lo miro tímidamente y lo veo ceñudo, con una mirada sombría en los ojos. Se pasa ambas manos por el pelo.

—¿Cómo te has sentido cuando te estaba pegando y después?

—No me ha gustado. Preferiría que no volvieras a hacerlo.

—No tenía que gustarte.

—¿Por qué te gusta a ti?

Lo miro.

Mi pregunta lo sorprende.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Ah, créeme, me muero de ganas.

Y no puedo evitar el sarcasmo.

Vuelve a fruncir los ojos.

—Cuidado —me advierte.

Palidezco.

—¿Me vas a pegar otra vez?

—No, esta noche no.

Uf... Mi subconsciente y yo suspiramos de alivio.

—¿Y bien? —insisto.

—Me gusta el control que me proporciona, Anastasia. Quiero que te comportes de una forma concreta y, si no lo haces, te castigaré, y así aprenderás a comportarte como quiero. Disfruto castigándote. He querido darte unos azotes desde que me preguntaste si era gay.

Me sonrojo al recordarlo. Uf, hasta yo quise darme de tortas por esa pregunta. Así que la culpable de esto es Katherine Kavanagh: si hubiera ido ella a la entrevista y le hubiera hecho la pregunta, sería ella la que estaría aquí sentada con el culo dolorido. No me gusta la idea. ¿No es un lío todo esto?

—Así que no te gusta como soy.

Se me queda mirando, perplejo de nuevo.

—Me pareces encantadora tal como eres.

—Entonces, ¿por qué intentas cambiarme?

—No quiero cambiarte. Me gustaría que fueras respetuosa y que siguieras las normas que te he impuesto y no me desafiaras. Es muy sencillo —dice.

—Pero ¿quieres castigarme?

—Sí, quiero.

—Eso es lo que no entiendo.

Suspira y vuelve a pasarse las manos por el pelo.

—Así soy yo, Anastasia. Necesito controlarte. Quiero que te comportes de una forma concreta, y si no lo haces... Me encanta ver cómo se sonroja y se calienta tu hermosa piel blanca bajo mis manos. Me excita.

Madre mía. Ya voy entendiendo algo...

—Entonces, ¿no es el dolor que me provocas?

Traga saliva.

—Un poco, el ver si lo aguantas, pero no es la razón principal. Es el hecho de que seas mía y pueda hacer contigo lo que quiera: control absoluto de otra persona. Y eso me pone. Muchísimo, Anastasia. Mira, no me estoy explicando muy bien. Nunca he tenido que hacerlo. No he meditado mucho todo esto. Siempre he estado con gente de mi estilo. —Se encoge de hombros, como disculpándose—. Y aún no has respondido a mi pregunta: ¿cómo te has sentido después?

—Confundida.

—Te ha excitado, Anastasia.

Cierra los ojos un instante y, cuando vuelve a abrirlos y me mira, le arden. Su expresión despierta mi lado oscuro, enterrado en lo más hondo de mi vientre: mi libido, despierta domada por él, pero aún insaciable.

—No me mires así —susurra.

Frunzo el ceño. Dios mío, ¿qué he hecho ahora?

—No llevo condones, Anastasia, y sabes que estás disgustada. En contra de lo que piensa tu compañera de piso, no soy ningún degenerado. Entonces, ¿te has sentido confundida?

Me estremezco bajo su intensa mirada.

—No te cuesta nada sincerarte conmigo por escrito. Por e-mail, siempre me dices exactamente lo que sientes. ¿Por qué no puedes hacer eso cara a cara? ¿Tanto te intimido?

Intento quitar una mancha imaginaria de la colcha azul y crema de mi madre.

—Me cautivas, Christian. Me abrumas. Me siento como Ícaro volando demasiado cerca del sol —le susurro. Ahoga un jadeo.

—Pues me parece que eso lo has entendido al revés —dice.

—¿El qué?

—Ay, Anastasia, eres tú la que me ha hechizado. ¿Es que no es obvio?

No, para mí no. Hechizado. La diosa que llevo dentro está boquiabierta. Ni siquiera ella se lo cree.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. Mándame un correo, por favor. Pero ahora mismo. Me gustaría dormir un poco. ¿Me puedo quedar?

—¿Quieres quedarte?

No puedo ocultar la ilusión que me hace.

—Querías que viniera.

—No has respondido a mi pregunta.

—Te mandaré un correo —masculla malhumorado.

Poniéndose en pie, se vacía los bolsillos: BlackBerry, llaves, cartera y dinero. Por Dios, los hombres llevan un montón de mierda en los bolsillos. Se quita el reloj, los zapatos, los calcetines, y deja la americana encima de mi silla. Rodea la cama hasta el otro lado y se mete dentro.

—Túmbate —me ordena.

Me deslizo despacio bajo las sábanas con una mueca de dolor, mirándolo fijamente. Madre mía, se queda. Me

siento paralizada de gozoso asombro. Se incorpora sobre un codo, me mira.

—Si vas a llorar, llora delante de mí. Necesito saberlo.

—¿Quieres que lllore?

—No en particular. Solo quiero saber cómo te sientes. No quiero que te me escapes entre los dedos. Apaga la luz. Es tarde y los dos tenemos que trabajar mañana.

Ya lo tengo aquí, tan dominante como siempre, pero no me quejo: está en mi cama. No acabo de entender por qué. Igual debería llorar más a menudo delante de él. Apago la luz de la mesita.

—Quédate en tu lado y date la vuelta —susurra en la oscuridad.

Pongo los ojos en blanco a sabiendas de que no puede verme, pero hago lo que me dice. Con sumo cuidado, se acerca, me rodea con los brazos y me estrecha contra su pecho.

—Duerme, nena —susurra, y noto su nariz en mi pelo, inspirando hondo.

Dios mío. Christian Grey se queda a dormir. Al abrigo de sus brazos, me sumo en un sueño tranquilo.

La llama de la vela quema demasiado. Parpadea y fluctúa con el aire abrasador, un aire que no alivia el calor. Las suaves alas de gasa se baten de un lado a otro en la oscuridad, rociando de escamas polvorientas el círculo de luz. Me esfuerzo por resistir, pero me atrae. Luego todo es muy luminoso y vuelo demasiado cerca del sol, deslumbrada por la luz, abrasándome y derritiéndome de calor, agotada de intentar mantenerme en el aire. Estoy ardiendo. El calor es asfixiante, sofocante. Me despierta.

Abro los ojos y me encuentro abrazada por Christian Grey. Me envuelve como el patriota victorioso lo hace en su bandera. Está profundamente dormido, con la cabeza en mi pecho, el brazo por encima de mí, estrechándome contra su cuerpo, con una pierna echada por encima de las mías. Me asfixia con el calor de su cuerpo, y me pesa. Me tomo un momento para digerir que aún está en mi cama y dormido como un tronco, y que ya hay luz fuera, luz de día. Ha pasado la noche entera conmigo.

Tengo el brazo derecho extendido, sin duda en busca de algún sitio fresco y, mientras proceso el hecho de que aún está conmigo, se me ocurre que puedo tocarlo.

Está dormido. Tímidamente, levanto la mano y paseo las yemas de los dedos por su espalda. Oigo un gruñido gutural de angustia, y se revuelve. Me acaricia el pecho con la nariz e inspira hondo mientras se despierta. Sus ojos grises, soñolientos y parpadeantes, se topan con los míos por debajo de su mata de pelo alborotado.

—Buenos días —masculla, y frunce el ceño—. Dios, hasta mientras duermo me siento atraído por ti.

Se mueve despacio, despegando sus extremidades de mí mientras se orienta. Noto su erección contra mi cadera. Percibe mi cara de asombro y me dedica una sonrisa lenta y sensual.

—Mmm, esto prometo, pero creo que deberíamos esperar al domingo.

Se inclina hacia delante y me acaricia la oreja con la nariz.

Me ruborizo, aunque ya estoy roja como un tomate por su calor corporal.

—Estás ardiendo —susurro.

—Tú tampoco te quedas corta —me susurra él, y se aprieta contra mi cuerpo, sugerente.

Me sonrojo aún más. No me refería a eso. Se incorpora sobre un codo y me mira, divertido. Se inclina y, para mi sorpresa, me planta un suave beso en los labios.

—¿Has dormido bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza, mirándolo, y me doy cuenta de que he dormido muy bien salvo por la última media hora, en la que tenía demasiado calor.

—Yo también. —Frunce el ceño—. Sí, muy bien. —Arquea la ceja, a la vez sorprendido y confuso—. ¿Qué hora es?

Miro el despertador.

—Son las siete y media.

—Las siete y media... ¡mierda! —Salta de la cama y se pone los vaqueros.

Ahora me toca a mí sonreír divertida mientras me incorporo. Christian Grey llega tarde y está nervioso. Esto es algo que no he visto antes. De pronto caigo en la cuenta de que el trasero ya no me duele.

—Eres muy mala influencia para mí. Tengo una reunión. Tengo que irme. Debo estar en Portland a las ocho. ¿Te estás riendo de mí?

—Sí.

Sonríe.

—Llego tarde. Yo nunca llego tarde. También esto es una novedad, señorita Steele.

Se pone la americana, se agacha y me coge la cabeza con ambas manos

—El domingo —dice, y la palabra está preñada de una promesa tácita.

Las entrañas se me expanden y luego se contraen de deliciosa expectación. La sensación es exquisita.

Madre mía, si mi cabeza pudiera estar a la altura de mi cuerpo. Se inclina y me da un beso rápido. Coge sus cosas de la mesita y los zapatos, que no se pone.

—Taylor vendrá a encargarse de tu Escarabajo. Lo dije en serio. No lo cojas. Te veo en mi casa el domingo. Te diré la hora por correo.

Y, como un torbellino, desaparece.

Christian Grey ha pasado la noche conmigo, y me siento descansada. Y no ha habido sexo, solo hemos hecho la cucharita. Me dijo que nunca había dormido con nadie, pero ya ha dormido tres veces conmigo. Sonrío y salgo despacio de la cama. Estoy más animada de lo que he estado en las últimas veinticuatro horas o así.

Me dirijo a la cocina; necesito una taza de té.

Después de desayunar, me ducho y me visto rápidamente para mi último día en Clayton's. Es el fin de una era: adiós a los señores Clayton, a la universidad, a Vancouver, a mi piso, a mi Escarabajo. Echo un vistazo al cacharro: son las 07:52. Tengo tiempo.

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:05

Para: Christian Grey

Asunto: Asalto y agresión: efectos secundarios

Querido señor Grey:

Querías saber por qué me sentí confundida después de que me... ¿qué eufemismo utilizo: me dieras unos azotes, me castigaras, me pegaras, me agredieras? Pues bien, durante todo el inquietante episodio, me sentí humillada, degradada y ultrajada. Y para mayor vergüenza, tienes razón, estaba excitada, y eso era algo que no esperaba. Como bien sabes, todo lo sexual es nuevo para mí. Ojalá tuviera más experiencia y, en consecuencia, estuviera más preparada. Me extrañó que me excitara.

Lo que realmente me preocupó fue cómo me sentí después. Y eso es más difícil de explicar con palabras. Me hizo feliz que tú lo fueras. Me alivió que no fuera tan doloroso como había pensado que sería. Y mientras estuve tumbada entre tus brazos, me sentí... plena. Pero esa sensación me incomoda mucho, incluso hace que me sienta culpable. No me encaja y, en consecuencia, me confunde. ¿Responde eso a tu pregunta?

Espero que el mundo de las fusiones y adquisiciones esté siendo tan estimulante como siempre, y que no hayas llegado demasiado tarde.

Gracias por quedarte conmigo.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:24

Para: Anastasia Steele

Asunto: Libere su mente

Interesante, aunque el asunto del mensaje sea algo exagerado, señorita Steele.

Respondiendo a su pregunta: yo diría «azotes», y eso es lo que fueron.

¿Así que se sintió humillada, degradada, injuriada y agredida? ¡Es tan Tess Durbeyfield...! Si no recuerdo mal, fue usted la que optó por la corrupción. ¿De verdad se siente así o cree que debería sentirse así? Son dos cosas muy distintas. Si es así como se siente, ¿cree que podría intentar abrazar esas sensaciones y digerirlas, por mí? Eso es lo que haría una sumisa.

Agradezco su inexperiencia. La valoro, y estoy empezando a entender lo que significa. En pocas palabras: significa que es mía en todos los sentidos.

Sí, estaba excitada, lo que a su vez me excitó a mí; no hay nada malo en eso.

«Feliz» es un adjetivo que apenas alcanza a expresar lo que sentí. «Extasiado» se aproxima más.

Los azotes de castigo duelen bastante más que los sensuales, así que nunca le dolerá más de eso, salvo, claro, que cometa alguna infracción importante, en cuyo caso me serviré de algún instrumento para castigarla. Luego me dolía mucho la mano. Pero me gusta.

También yo me sentí pleno, más de lo que jamás podrías imaginar.

No malgaste sus energías con sentimientos de culpa y pecado. Somos mayores de edad y lo que hagamos a puerta cerrada es cosa nuestra. Debe liberar su mente y escuchar a su cuerpo.

El mundo de las fusiones y adquisiciones no es ni mucho menos tan estimulante como usted, señorita Steele.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Oh, Dios... «mía en todos los sentidos». Se me entrecorta la respiración.

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:26

Para: Christian Grey

Asunto: Mayores de edad

¿No estás en una reunión?

Me alegro mucho de que te doliera la mano.

Y, si escuchara a mi cuerpo, ahora mismo estaría en Alaska.

Ana

P.D.: Me pensaré lo de abrazar esas sensaciones.

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:35

Para: Anastasia Steele

Asunto: No ha llamado a la poli

Señorita Steele:

Ya que lo pregunta, estoy en una reunión, hablando del mercado de futuros.

Por si no lo recuerda, se acercó a mí sabiendo muy bien lo que iba a hacer.

En ningún momento me pidió que parara; no utilizó ninguna palabra de seguridad.

Es adulta; toma sus propias decisiones.

Sinceramente, espero con ilusión la próxima vez que se me caliente la mano.

Es evidente que no está escuchando a la parte correcta de su cuerpo.

En Alaska hace mucho frío y no es un buen escondite. La encontraría.

Puedo rastrear su móvil, ¿recuerda?

Váyase a trabajar.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Miro ceñuda la pantalla. Tiene razón, claro. Yo decido. Mmm. ¿Dirá en serio lo de ir a buscarme? ¿Debería optar por escaparme una temporada? Contemplo un instante la posibilidad de aceptar el ofrecimiento de mi madre. Le doy a «Responder».

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:36

Para: Christian Grey

Asunto: Acosador

¿Has buscado ayuda profesional para esa tendencia al acoso?

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:38

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Acosador, yo?

Le pago al eminente doctor Flynn una pequeña fortuna para que se ocupe de mi tendencia al acoso y de las otras.

Vete a trabajar.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:40

Para: Christian Grey

Asunto: Charlatanes caros

Si me lo permites, te sugiero que busques una segunda opinión.

No estoy segura de que el doctor Flynn sea muy eficiente.

Señorita Steele

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:43

Para: Anastasia Steele

Asunto: Segundas opiniones

Te lo permita o no, no es asunto tuyo, pero el doctor Flynn es la segunda opinión.

Vas a tener que acelerar en tu coche nuevo y ponerte en peligro innecesariamente. Creo que eso va contra las normas.

VETE A TRABAJAR.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:47

Para: Christian Grey

Asunto: MAYÚSCULAS CHILLONAS

Como soy el blanco de tu tendencia al acoso, creo que sí es asunto mío. No he firmado aún, así que las normas me la repampinflan. Y no entro hasta las nueve y media.

Señorita Steele

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:49

Para: Anastasia Steele

Asunto: Lingüística descriptiva

¿«Repampinflan»? Dudo mucho que eso venga en el diccionario.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:52

Para: Christian Grey

Asunto: Lingüística descriptiva

Sale después de «acosador» y de «controlador obsesivo».

Y la lingüística descriptiva está dentro de mis límites infranqueables.

¿Me dejas en paz de una vez? Me gustaría irme a trabajar en mi coche nuevo.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 08:56

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mujeres difíciles pero divertidas

Me escuece la palma de la mano.

Conduzca con cuidado, señorita Steele.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Es una gozada conducir el Audi. Tiene dirección asistida. Wanda, mi Escarabajo, no tiene nada de eso, así que se acabó el único ejercicio físico que hacía al día, que era el de conducir. Ah, pero, según las normas de Christian, tendré que lidiar con un entrenador personal. Frunzo el ceño. Odio hacer ejercicio.

Mientras conduzco, trato de analizar los correos que hemos intercambiado. A veces es un hijo de puta condescendiente. Luego pienso en Grace y me siento culpable. Claro que ella no lo parió. Uf, eso es todo un mundo de dolor desconocido para mí. Sí, soy adulta, gracias por recordármelo, Christian Grey, y yo decido.

El problema es que yo solo quiero a Christian, no todo su... bagaje, y ahora mismo tiene la bodega completa de un 747. ¿Que me relaje y lo acepte, como una sumisa? Dije que lo intentaría, pero es muchísimo pedir.

Me meto en el aparcamiento de Clayton's. Mientras entro, caigo en que me cuesta creer que hoy sea mi último día. Por suerte, hay jaleo en la tienda y el tiempo pasa rápido. A la hora de comer, el señor Clayton me llama desde el almacén. Está al lado de un mensajero en moto.

—¿Señorita Steele? —pregunta el mensajero.

Miro intrigada al señor Clayton, que se encoge de hombros, tan perplejo como yo. Se me cae el alma a los pies. ¿Qué me habrá mandado Christian ahora? Firmo el albarán del paquetito y lo abro enseguida. Es una BlackBerry. Se me desploma el ánimo por completo. La enciendo.

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 11:15.

Para: Anastasia Steele

Asunto: BlackBerry PRESTADA

Quiero poder localizarte a todas horas y, como esta es la forma de comunicación con la que más te sinceras, he pensado que necesitabas una BlackBerry.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 27 de mayo de 2011 13:22

Para: Christian Grey

Asunto: Consumismo desenfrenado

Me parece que te hace falta llamar al doctor Flynn ahora mismo.

Tu tendencia al acoso se está descontrolando.

Estoy en el trabajo. Te mando un correo cuando llegue a casa.

Gracias por este otro cacharrito.

No me equivocaba cuando te dije que eres un consumista compulsivo.

¿Por qué haces esto?

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 13:24

Para: Anastasia Steele

Asunto: Muy sagaz para ser tan joven

Una muy buena puntualización, como de costumbre, señorita Steele.

El doctor Flynn está de vacaciones.

Y hago esto porque puedo.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Me meto el cacharrito en el bolsillo, y ya lo odio. Escribir a Christian me resulta adictivo, pero se supone que estoy trabajando. Me vibra una vez en el trasero — qué propio, me digo con ironía—, pero me armo de valor y lo ignoro.

A las cuatro, los señores Clayton reúnen a los demás empleados de la tienda y, con un discurso emotivo y embarazoso, me entregan un cheque por importe de trescientos dólares. En ese momento, se amontonan en mi interior los acontecimientos de las tres últimas semanas: exámenes, graduación, multimillonarios jodidos e intensos, desfloramiento, límites tolerables e

infranqueables, cuartos de juego sin consolas, paseos en helicóptero, y el hecho de que mañana me mudo.

Asombrosamente, logro mantener la compostura. Mi subconsciente está pasmada. Abrazo con fuerza a los Clayton. Han sido unos jefes amables y generosos, y los echaré de menos.

Kate está saliendo del coche cuando llego a casa.

—¿Qué es eso? —pregunta acusadora, señalando el Audi.

No puedo resistirme.

—Un coche —espeto. Entrecierra los ojos y, por un momento, me pregunto si también ella me va a tumbar en sus rodillas—. Mi regalo de graduación —digo con fingido desenfado.

Sí, me regalan coches caros todos los días. Se queda boquiabierta.

—Ese capullo generoso y arrogante, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—He intentado rechazarlo, pero, francamente, es inútil esforzarse.

Kate frunce los labios.

—No me extraña que estés abrumada. He visto que al final se quedó.

—Sí.

Sonrío melancólica.

—¿Terminamos de empaquetar?

Asiento y la sigo dentro. Miro el correo de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 13:40

Para: Anastasia Steele

Asunto: Domingo

¿Quedamos el domingo a la una?

La doctora te esperará en el Escala a la una y media.
Yo me voy a Seattle ahora.

Confío en que la mudanza vaya bien, y estoy deseando que llegue el domingo.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Madre mía, como si hablara del tiempo. Decido contestarle cuando hayamos terminado de empaquetar. Tan pronto resulta divertidísimo como se pone en plan formal e insoportable. Cuesta seguirlo. La verdad, es como si le hubiera enviado un correo a un empleado. Para fastidiar, pongo los ojos en blanco y me voy a empaquetar con Kate.

Kate y yo estamos en la cocina cuando alguien llama a la puerta. Veo a Taylor en el porche, impoluto con su traje. Detecto vestigios de su pasado militar en el corte de pelo al cero, su físico cuidado y su mirada fría.

—Señorita Steele —dice—, he venido a por su coche.

—Ah, sí, claro. Pasa, iré a por las llaves.

Seguramente esto va mucho más allá de la llamada del deber. Vuelvo a preguntarme en qué consistirá exactamente el trabajo de Taylor. Le doy las llaves y nos acercamos en medio de un silencio incómodo —para mí— al Escarabajo azul claro. Abro la puerta y saco la linterna de la guantera. Ya está. No llevo ninguna otra cosa personal dentro de Wanda. Adiós, Wanda. Gracias. Acaricio su techo mientras cierro la puerta del copiloto.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para el señor Grey? —le pregunto.

—Cuatro años, señorita Steele.

De pronto siento una necesidad irrefrenable de bombardearlo a preguntas. Lo que debe saber este

hombre de Christian, todos sus secretos. Claro que probablemente habrá firmado un acuerdo de confidencialidad. Lo miro nerviosa. Tiene la misma expresión taciturna de Ray, y me empieza a caer bien.

—Es un buen hombre, señorita Steele —dice, y sonrío.

Luego se despide con un gesto, sube a mi coche y se aleja en él.

El piso, el Escarabajo, los Clayton... todo ha cambiado ya. Meneo la cabeza mientras vuelvo a entrar en casa. Y el mayor cambio de todos es Christian Grey.

Taylor piensa que es «un buen hombre». ¿Puedo creerle?

A las ocho, cenamos comida china con José. Hemos terminado. Ya lo hemos empaquetado todo y estamos listas para el traslado. José trae varias botellas de cerveza; Kate y yo nos sentamos en el sofá, él se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas, entre las dos. Vemos telebasura, bebemos cerveza y, a medida que va avanzando la noche y la cerveza va haciendo efecto, bulliciosos y emotivos, vamos rescatando recuerdos. Han sido cuatro años estupendos.

Mi relación con José ha vuelto a la normalidad, olvidado ya el conato de beso. Bueno, lo he metido debajo de la alfombra en la que está tumbada la diosa que llevo dentro, comiendo uvas y tamborileando con los dedos, esperando con impaciencia el domingo. Llaman a la puerta y el corazón se me sube a la boca. ¿Será...?

Abre Kate y Elliot prácticamente la coge en volandas. La envuelve en un abrazo hollywoodiense que enseguida se convierte en un apasionado estrujón europeo.

Por favor, marchaos a un hotel. José y yo nos miramos. Me espanta su falta de pudor.

—¿Nos vamos al bar? —le pregunto a José, que asiente enérgicamente.

A los dos nos incomoda demasiado el erotismo desenfrenado que se despliega ante nosotros. Kate me mira, sonrojada y con los ojos brillantes.

—José y yo vamos a tomar algo.

Le pongo los ojos en blanco. ¡Ja! Aún puedo poner los ojos en blanco cuando me plazca.

—Vale.

Sonríe.

—Hola, Elliot. Adiós, Elliot.

Me guiña uno de sus enormes ojos azules, y José y yo salimos por la puerta, riendo como dos adolescentes.

Mientras bajamos la calle despacio en dirección al bar, me cojo del brazo de José. Dios, es una persona tan normal. No había sabido valorarlo hasta ahora.

—Vendrás de todas formas a la inauguración de mi exposición, ¿verdad?

—Desde luego, José. ¿Cuándo es?

—El 9 de junio.

—¿En qué día cae?

De repente me entra el pánico.

—Es jueves.

—Sí, sin problema... ¿Y tú vendrás a vernos a Seattle?

—Tratad de impedírmelo.

Sonríe.

Es tarde cuando vuelvo del bar. No veo a Kate ni Elliot por ninguna parte, pero los oigo. Madre mía. Espero no ser tan escandalosa. Sé que Christian no lo es.

Me ruborizo de pensarlo y huyo a mi habitación. Tras un abrazo breve y por suerte nada embarazoso, José se ha ido. No sé cuándo volveré a verlo, probablemente en la exposición de sus fotografías; aún me asombra que por fin haya conseguido exponer. Lo echaré de menos, y echaré de menos su encanto pueril. No he sido capaz de contarle lo del Escarabajo. Sé que se pondrá frenético cuando se entere, y con un tío que se me enfade tengo más que suficiente. Ya en mi cuarto, echo un ojo al cacharro infernal y, por supuesto, tengo correo de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 27 de mayo de 2011 22:14

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Dónde estás?

«Estoy en el trabajo. Te mando un correo cuando llegue a casa.»

¿Aún sigues en el trabajo, o es que has empaquetado el teléfono, la BlackBerry y el MacBook?

Llámame o me veré obligado a llamar a Elliot.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Maldita sea... José... mierda.

Cojo el teléfono. Cinco llamadas perdidas y un mensaje de voz. Tímidamente, escucho el mensaje. Es Christian.

«Me parece que tienes que aprender a lidiar con mis expectativas. No soy un hombre paciente. Si me dices que te pondrás en contacto conmigo cuando termines de trabajar, ten la decencia de hacerlo. De lo contrario, me preocupo, y no es una emoción con la que esté familiarizado, por lo que no la llevo bien. Llámame.»

Mierda, mierda. ¿Es que nunca me va a dar un respiro? Miro ceñuda el teléfono. Me asfixia. Con una honda sensación de miedo en la boca del estómago, localizo su número y pulso la tecla de llamada. Mientras espero a que conteste, se me sube el corazón a la boca. Seguramente le encantaría darme una paliza de cincuenta mil demonios. La idea me deprime.

—Hola —dice en voz baja, y su tono me descoloca, porque me lo esperaba furibundo, pero el caso es que suena aliviado.

—Hola —susurro.

—Me tenías preocupado.

—Lo sé. Siento no haberte respondido, pero estoy bien.

Hace una pausa breve.

—¿Lo has pasado bien esta noche? —me pregunta de lo más comedido.

—Sí. Hemos terminado de empaquetar y Kate y yo hemos cenado comida china con José.

Aprieto los ojos con fuerza al mencionar a José. Christian no dice nada.

—¿Qué tal tú? —le pregunto para llenar el repentino silencio abismal y ensordecedor.

No pienso consentir que haga que me sienta culpable por lo de José.

Por fin, suspira.

—He asistido a una cena con fines benéficos. Aburridísima. Me he ido en cuanto he podido.

Lo noto tan triste y resignado que se me encoge el corazón. Lo recuerdo hace algunas noches, sentado al piano de su enorme salón, acompañado por la

insoponible melancolía agridulce de la música que tocaba.

—Ojalá estuvieras aquí —susurro, porque de pronto quiero abrazarlo. Consolarlo. Aunque no me deje. Necesito tenerlo cerca.

—¿En serio? —susurra mansamente.

Madre mía. Si no parece él; se me eriza el cuero cabelludo de repentina aprensión.

—Sí —le digo.

Al cabo de una eternidad, suspira.

—¿Nos veremos el domingo?

—Sí, el domingo —susurro, y un escalofrío me recorre el cuerpo entero.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Mi apelativo lo pilla desprevenido, lo sé por su hondo suspiro.

—Buena suerte con la mudanza de mañana, Anastasia.

Su voz es suave, y los dos nos quedamos pegados al teléfono como adolescentes, sin querer colgar.

—Cuelga tú —le susurro.

Por fin, noto que sonrío.

—No, cuelga tú.

Ahora sé que está sonriendo.

—No quiero.

—Yo tampoco.

—¿Estabas enfadado conmigo?

—Sí.

—¿Todavía lo estás?

—No.

—Entonces, ¿no me vas a castigar?

—No. Yo soy de aquí te pillo, aquí te mato.

—Ya lo he notado.

—Ya puede colgar, señorita Steele.

—¿En serio quiere que lo haga, señor?

—Vete a la cama, Anastasia.

—Sí, señor.

Ninguno de los dos cuelga.

—¿Alguna vez crees que serás capaz de hacer lo que te digan?

Parece divertido y exasperado a la vez.

—Puede. Lo sabremos después del domingo.

Y pulso la tecla de colgar.

Elliot admira su obra. Nos ha reconectado la tele al satélite del piso de Pike Place Market. Kate y yo nos tiramos al sofá, riendo como bobas, impresionadas por su habilidad con el taladro eléctrico. La tele de plasma queda rara sobre el fondo de ladrillo visto del almacén reconvertido, pero ya me acostumbraré.

—¿Ves, nena? Fácil.

Le dedica una sonrisa de dientes blanquísimos a Kate y ella casi literalmente se derrite en el sofá.

Les pongo los ojos en blanco a los dos.

—Me encantaría quedarme, nena, pero mi hermana ha vuelto de París y esta noche tengo cena familiar ineludible.

—¿No puedes pasarte luego? —pregunta Kate tímidamente, con una dulzura impropia de ella.

Me levanto y me acerco a la zona de la cocina fingiendo que voy a desempaquetar una de las cajas. Se van a poner pegajosos.

—A ver si me puedo escapar —promete.

—Bajo contigo—dice Kate sonriendo.

—Hasta luego, Ana —se despide Elliot con una amplia sonrisa.

—Adiós, Elliot. Saluda a Christian de mi parte.

—¿Solo saludar? —Arquea las cejas como insinuando algo.

—Sí.

Me guiña el ojo y me pongo colorada mientras él sale del piso con Kate.

Elliot es un encanto, muy distinto de Christian. Es agradable, abierto, cariñoso, muy cariñoso, demasiado cariñoso, con Kate. No se quitan las manos de encima el uno al otro; lo cierto es que llega a resultar violento... y yo me pongo verde de envidia.

Kate vuelve unos veinte minutos después con pizza; nos sentamos, rodeadas de cajas, en nuestro nuevo y diáfano espacio, y nos la comemos directamente de la caja. La verdad es que el padre de Kate se ha portado. El piso no es un palacio, pero sí lo bastante grande: tres dormitorios y un salón inmenso con vistas a Pike Place Market. Son todo suelos de madera maciza y ladrillo rojo, y las superficies de la cocina son de hormigón pulido, muy práctico, muy actual. A las dos nos encanta el hecho de que vamos a estar en pleno centro de la ciudad.

A las ocho suena el interfono. Kate da un bote y a mí se me sube el corazón a la boca.

—Un paquete, señorita Steele, señorita Kavanagh.

La decepción corre de forma libre e inesperada por mis venas. No es Christian.

—Segundo piso, apartamento dos.

Kate abre al mensajero. El chaval se queda boquiabierto al ver a Kate, con sus vaqueros ajustados, su camiseta y el pelo recogido en un moño con algunos mechones sueltos. Tiene ese efecto en los hombres. El chico sostiene una botella de champán con un globo en forma de helicóptero atado a ella. Kate lo despide con una sonrisa deslumbrante y me lee la tarjeta.

Señoritas:

Buena suerte en su nuevo hogar.

Christian Grey

Kate mueve la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Es que no puede poner solo «de Christian»? ¿Y qué es este globo tan raro en forma de helicóptero?

—Charlie Tango.

—¿Qué?

—Christian me llevó a Seattle en su helicóptero.

Me encojo de hombros.

Kate me mira boquiabierta. Debo decir que me encantan estas ocasiones, porque son pocas: Katherine Kavanagh, muda y pasmada. Me doy el gustazo de disfrutar del instante.

—Pues sí, tiene helicóptero y lo pilota él —digo orgullosa.

—Cómo no... Ese capullo indecentemente rico tiene helicóptero. ¿Por qué no me lo habías contado?

Kate me mira acusadora, pero sonrío, cabeceando con incredulidad.

—He tenido demasiadas cosas en la cabeza últimamente.

Frunce el ceño.

—¿Te las apañarás sola mientras estoy fuera?

—Claro —respondo tranquilizadora.

Ciudad nueva, en paro... un novio de lo más raro.

—¿Le has dado nuestra dirección?

—No, pero el acoso es una de sus especialidades — barrunto sin darle importancia.

Kate frunce aún más el ceño.

—Por qué será que no me sorprende. Me inquieta, Ana. Por lo menos el champán es bueno, y está frío.

Por supuesto, solo Christian enviaría champán frío, o le pediría a su secretaria que lo hiciera... o igual a Taylor. Lo abrimos allí mismo y localizamos nuestras tazas; son lo último que hemos empaquetado.

—Bollinger Grande Année Rosé 1999, una añada excelente.

Sonríó a Kate y brindamos.

Me despierto temprano en la mañana de un domingo gris después de una noche de sueño asombrosamente reparador, y me quedo tumbada mirando fijamente mis cajas. Deberías ir desempaquetando tus cosas, me regaña mi subconsciente, juntando y frunciendo sus labios de arpía. No, hoy es el día. La diosa que llevo dentro está fuera de sí, dando saltitos primero con un pie y luego con el otro. La expectación, pesada y portentosa, se cierne sobre mi cabeza como una oscura nube de tormenta tropical. Siento las mariposas en el estómago, además del dolor más oscuro, carnal y cautivador que me produce el tratar de imaginar qué me hará. Luego, claro, tengo que firmar ese condenado contrato... ¿o no? Oigo el sonido de correo entrante en el cacharro infernal, que está en el suelo junto a la cama.

De: Christian Grey

Fecha: 29 de mayo de 2011 08:04

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mi vida en cifras

Si vienes en coche, vas a necesitar este código de acceso para el garaje subterráneo del Escala: 146963.

Aparca en la plaza 5: es una de las mías.

El código del ascensor: 1880.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 29 de mayo de 2011 08:08

Para: Christian Grey

Asunto: Una añada excelente

Sí, señor. Entendido.

Gracias por el champán y el globo de Charlie Tango, que tengo atado a mi cama.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 29 de mayo de 2011 08:11

Para: Anastasia Steele

Asunto: Envidia

De nada.

No llegues tarde.

Afortunado Charlie Tango.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Pongo los ojos en blanco ante lo dominante que es, pero la última línea me hace sonreír. Me dirijo al baño, preguntándome si Elliot volvería anoche y esforzándome por controlar los nervios.

¡Puedo conducir el Audi con tacones! Justo a las 12.55 h entro en el garaje del Escala y aparco en la plaza 5. ¿Cuántas plazas tiene? El Audi SUV está ahí, el R8 y

dos Audi SUV más pequeños. Compruebo cómo llevo el rímel, que rara vez uso, en el espejito iluminado de la visera de mi asiento. En el Escarabajo no tenía.

¡Ánimo! La diosa que llevo dentro agita los pompones; la tengo en modo animadora. En el reflejo infinito de espejos del ascensor me miro el vestido color ciruela... bueno, el vestido color ciruela de Kate. La última vez que me lo puse Christian quiso quitármelo enseguida. Me excito al recordarlo. Qué sensación tan deliciosa... y luego recupero el aliento. Llevo la ropa interior que Taylor me compró. Me sonrojo al imaginar a ese hombre de pelo rapado recorrer los pasillos de Agent Provocateur o dondequiera que lo comprara. Se abren las puertas y me encuentro en el vestíbulo del apartamento número uno.

Cuando salgo del ascensor, veo a Taylor delante de la puerta de doble hoja.

—Buenas tardes, señorita Steele —dice.

—Llámame Ana, por favor.

—Ana.

Sonríe.

—El señor Grey la espera.

Apuesto a que sí.

Christian está sentado en el sofá del salón, leyendo la prensa del domingo. Alza la vista cuando Taylor me hace pasar. La estancia es exactamente como la recordaba; aunque solo hace una semana que estuve aquí, me parece que haga mucho más. Christian parece tranquilo y sereno; de hecho, está divino. Viste vaqueros y una camisa suelta de lino blanco; no lleva zapatos ni calcetines. Tiene el pelo revuelto y despeinado, y en sus ojos hay un brillo malicioso. Se levanta y se acerca

espacio a mí, con una sonrisa satisfecha en esos labios tan bien esculpidos.

Yo sigo inmóvil a la puerta del salón, paralizada por su belleza y la dulce expectación ante lo que se avecina. La corriente que hay entre nosotros está ahí, encendiéndose lentamente en mi vientre, atrayéndome hacia él.

—Mmm... ese vestido —murmura complacido mientras me examina de arriba abajo—. Bienvenida de nuevo, señorita Steele —susurra y, cogiéndome de la barbilla, se inclina y me deposita un beso suave en la boca.

El contacto de sus labios y los míos resuena por todo mi cuerpo. Se me entrecorta la respiración.

—Hola —respondo ruborizándome.

—Llegas puntual. Me gusta la puntualidad. Ven. —Me coge de la mano y me lleva al sofá—. Quiero enseñarte algo —dice mientras nos sentamos.

Me pasa el Seattle Times. En la página ocho, hay una fotografía de los dos en la ceremonia de graduación. Madre mía. Salgo en el periódico. Leo el pie de foto.

Christian Grey y su amiga en la ceremonia de graduación de la Universidad Estatal de Washington, en Vancouver.

Me echo a reír.

—Así que ahora soy tu «amiga».

—Eso parece. Y sale en el periódico, así que será cierto.

Sonríe satisfecho.

Está sentado a mi lado, completamente vuelto hacia mí, con una pierna metida debajo de la otra. Alarga la mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja

con el índice. Mi cuerpo revive con sus caricias, ansioso y expectante.

—Entonces, Anastasia, ahora tienes mucho más claro cuál es mi rollo que la otra vez que estuviste aquí.

—Sí.

¿Adónde pretende llegar?

—Y aun así has vuelto.

Asiento tímidamente con la cabeza y sus ojos se encienden. Mueve la cabeza, como si le costara digerir la idea.

—¿Has comido? —me pregunta de repente.

Mierda.

—No.

—¿Tienes hambre?

Se está esforzando por no parecer enfadado.

—De comida, no —susurro, y se le inflan las aletas de la nariz.

Se inclina hacia delante y me susurra al oído.

—Tan impaciente como siempre, señorita Steele. ¿Te cuento un secreto? Yo también. Pero la doctora Greene no tardará en llegar. —Se incorpora—. Deberías comer algo —me reprende moderadamente.

Se me enfría la sangre hasta ahora encendida. Madre mía, la visita médica. Lo había olvidado.

—Háblame de la doctora Greene —digo para distraernos a los dos.

—Es la mejor especialista en ginecología y obstetricia de Seattle. ¿Qué más puedo decir?

Se encoge de hombros.

—Pensaba que me iba a atender «tu» doctora. Y no me digas que en realidad eres una mujer, porque no te creo.

Me lanza una mirada de no digas chorradas.

—Creo que es preferible que te vea un especialista, ¿no? —me dice con suavidad.

Asiento. Madre mía, si de verdad es la mejor ginecóloga y la ha citado para que venga a verme en domingo, ¡a la hora de comer!, no quiero ni imaginarme la pasta que le habrá costado. Christian frunce el ceño de pronto, como si hubiera recordado algo desagradable.

—Anastasia, a mi madre le gustaría que vinieras a cenar esta noche. Tengo entendido que Elliot se lo va a pedir a Kate también. No sé si te apetece. A mí se me hace raro presentarte a mi familia.

¿Raro? ¿Por qué?

—¿Te avergüenzas de mí? —digo sin poder disimular que estoy dolida.

—Por supuesto que no —contesta poniendo los ojos en blanco.

—¿Y por qué se te hace raro?

—Porque no lo he hecho nunca.

—¿Por qué tú si puedes poner los ojos en blanco y yo no?

Me mira extrañado.

—No me he dado cuenta de que lo hacía.

—Tampoco yo, por lo general —espeto.

Christian me mira furioso, estupefacto. Taylor aparece en la puerta.

—Ha llegado la doctora Greene, señor.

—Acompáñala a la habitación de la señorita Steele.

¡La habitación de la señorita Steele!

—¿Preparada para usar algún anticonceptivo? —me pregunta mientras se pone de pie y me tiende la mano.

—No irás a venir tú también, ¿no? —pregunto espantada.

Se echa a reír.

—Pagaría un buen dinero por mirar, créeme, Anastasia, pero no creo que a la doctora le pareciera bien.

Acepto la mano que me tiende, y Christian tira de mí hacia él y me besa apasionadamente. Me aferro a sus brazos, sorprendida. Me sostiene la cabeza con la mano hundida en mi pelo y me atrae hacia él, pegando su frente a la mía.

—Cuánto me alegro de que hayas venido —susurra—. Estoy impaciente por desnudarte.

La doctora Greene es alta y rubia y va impecable, vestida con un traje de chaqueta azul marino. Me recuerda a las mujeres que trabajan en la oficina de Christian.

Es como un modelo de retrato robot, otra rubia perfecta. Lleva la melena recogida en un elegante moño. Tendrá unos cuarenta y pocos.

—Señor Grey.

Estrecha la mano que le tiende Christian.

—Gracias por venir habiéndola avisado con tan poca antelación —dice Christian.

—Gracias a usted por compensármelo sobradamente, señor Grey. Señorita Steele.

Sonríe; su mirada es fría y observadora.

Nos damos la mano y enseguida sé que es una de esas mujeres que no soportan a la gente estúpida. Al igual que Kate. Me cae bien de inmediato. Le dedica a Christian una mirada significativa y, tras un instante incómodo, él capta la indirecta.

—Estaré abajo —murmura, y sale de lo que va a ser mi dormitorio.

—Bueno, señorita Steele. El señor Grey me paga una pequeña fortuna para que la atienda. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

Tras un examen en profundidad y una larga charla, la doctora Greene y yo nos decidimos por la minipíldora. Me hace una receta previamente abonada y me indica que vaya a recoger las píldoras mañana. Me encanta su seriedad: me ha sermoneado hasta ponerse azul como su traje sobre la importancia de tomarla siempre a la

misma hora. Y noto que se muere de curiosidad por saber qué «relación» tengo con el señor Grey. Yo no le doy detalles. No sé por qué intuyo que no estaría tan serena y relajada si hubiera visto el cuarto rojo del dolor. Me ruborizo al pasar por delante de su puerta cerrada y volvemos abajo, a la galería de arte que es el salón de Christian.

Está leyendo, sentado en el sofá. Un aria conmovedora suena en el equipo de música, flotando alrededor de Christian, envolviéndolo con sus notas, llenando la estancia de una melodía dulce y vibrante. Por un momento, parece sereno. Se vuelve cuando entramos, nos mira y me sonrío cariñoso.

—¿Ya habéis terminado? —pregunta como si estuviera verdaderamente interesado.

Apunta el mando hacia la elegante caja blanca bajo la chimenea que alberga su iPod y la exquisita melodía se atenúa, pero sigue sonando de fondo. Se pone de pie y se acerca despacio.

—Sí, señor Grey. Cuídela; es una joven hermosa e inteligente.

Christian se queda tan pasmado como yo. Qué comentario tan inapropiado para una doctora. ¿Acaso le está lanzando una advertencia no del todo sutil? Christian se recompone.

—Eso me propongo —masculla él, divertido.

Lo miro y me encojo de hombros, cortada.

—Le enviaré la factura —dice ella muy seca mientras le estrecha la mano.

Se vuelve hacia mí.

—Buenos días, y buena suerte, Ana.

Me sonrío mientras nos damos la mano, y se le forman unas arruguitas en torno a los ojos,

Surge Taylor de la nada para conducirla por la puerta de doble hoja hasta el ascensor. ¿Cómo lo hace? ¿Dónde se esconde?

—¿Cómo ha ido? —pregunta Christian.

—Bien, gracias. Me ha dicho que tengo que abstenerme de practicar cualquier tipo de actividad sexual durante las cuatro próximas semanas.

A Christian se le descuelga la mandíbula y yo, que ya no puedo aguantarme más, le sonrío como una boba.

—¡Has picado!

Entrecierra los ojos y dejo de reír de inmediato. De hecho, parece bastante enfadado. Oh, mierda. Mi subconsciente se esconde en un rincón y yo, blanca como el papel, me lo imagino tumbándome otra vez en sus rodillas.

—¡Has picado! —me dice, y sonrío satisfecho. Me agarra por la cintura y me estrecha contra su cuerpo—. Es usted incorregible, señorita Steele —murmura, mirándome a los ojos mientras me hunde los dedos en el pelo y me sostiene con firmeza.

Me besa, con fuerza, y yo me aferro a sus brazos musculosos para no caerme.

—Aunque me encantaría hacértelo aquí y ahora, tienes que comer, y yo también. No quiero que te me desmayes después —me dice a los labios.

—¿Solo me quieres por eso... por mi cuerpo? —susurro.

—Por eso y por tu lengua viperina —contesta.

Me besa apasionadamente, y luego me suelta de pronto, me coge de la mano y me lleva a la cocina. Estoy alucinando. Tan pronto estamos bromeando como...

Me abanico la cara encendida. Christian es puro sexo ambulante, y ahora tengo que recobrar el equilibrio y comer algo. El aria aún suena de fondo.

—¿Qué música es esta?

—Es una pieza de Villa-Lobos, de sus Bachianas Brasileiras. Buena, ¿verdad?

—Sí —musito, completamente de acuerdo.

La barra del desayuno está preparada para dos. Christian saca un cuenco de ensalada del frigorífico.

—¿Te va bien una ensalada César?

Uf, nada pesado, menos mal.

—Sí, perfecto, gracias.

Lo veo moverse con elegancia por la cocina. Parece que se siente muy a gusto con su cuerpo, pero luego no quiere que lo toquen, así que igual, en el fondo, no está tan a gusto. Todos necesitamos del prójimo... salvo, quizá, Christian Grey.

—¿En qué piensas? —dice, sacándome de mi ensimismamiento.

Me ruborizo.

—Observaba cómo te mueves.

Arquea una ceja, divertido.

—¿Y? —pregunta con sequedad.

Me ruborizo aún más.

—Eres muy elegante.

—Vaya, gracias, señorita Steele —murmura. Se sienta a mi lado con una botella de vino en la mano—. ¿Chablis?

—Por favor.

—Sírvelte ensalada —dice en voz baja—. Dime, ¿por qué método has optado?

La pregunta me deja descolocada temporalmente, hasta que caigo en la cuenta de que me habla de la visita de la doctora Greene.

—La minipíldora.

Frunce el ceño.

—¿Y te acordarás de tomártela todos los días a la misma hora?

Maldita sea, pues claro que sí. ¿Cómo lo sabe? Me acaloro de pensarlo: probablemente de una o más de las quince.

—Ya te encargarás tú de recordármelo —espeto.

Me mira entre divertido y condescendiente.

—Me pondré una alarma en la agenda. —Sonríe satisfecho—. Come.

La ensalada César está deliciosa. Para mi sorpresa, estoy muerta de hambre y, por primera vez desde que hemos comido juntos, termino antes que él. El vino tiene un sabor fresco, limpio y afrutado.

—¿Impaciente como de costumbre, señorita Steele? —sonríe mirando mi plato vacío.

Lo miro con los ojos entornados.

—Sí —susurro.

Se le entrecorta la respiración. Y, mientras me mira fijamente, noto que la atmósfera entre los dos va cambiando, evolucionando... se carga. Su mirada pasa de impenetrable a ardiente, y me arrastra consigo. Se levanta, reduciendo la distancia entre los dos, y me baja del taburete a sus brazos.

—¿Quieres hacerlo? —dice mirándome fijamente.

—No he firmado nada.

—Lo sé... pero últimamente te estás saltando todas las normas.

—¿Me vas a pegar?

—Sí, pero no para hacerte daño. Ahora mismo no quiero castigarte. Si te hubiera pillado anoche... bueno, eso habría sido otra historia.

Madre mía. Quiere hacerme daño... ¿y qué hago yo ahora? Me cuesta disimular el horror que me produce.

—Que nadie intente convencerte de otra cosa, Anastasia: una de las razones por las que la gente como yo hace esto es porque le gusta infligir o sentir dolor. Así de sencillo. A ti no, así que ayer dediqué un buen rato a pensar en todo esto.

Me arrima a su cuerpo y su erección me aprieta el vientre. Debería salir corriendo, pero no puedo. Me atrae a un nivel primario e insondable que no alcanzo a comprender.

—¿Llegaste a alguna conclusión? —susurro.

—No, y ahora mismo no quiero más que atarte y follarte hasta dejarte sin sentido. ¿Estás preparada para eso?

—Sí —digo mientras todo mi cuerpo se tensa al instante.

Uau...

—Bien. Vamos.

Me coge de la mano y, dejando todos los platos sucios en la barra de desayuno, nos dirigimos arriba.

Se me empieza a acelerar el corazón. Ya está. Lo voy a hacer de verdad. La diosa que llevo dentro da vueltas como una bailarina de fama mundial, encadenando piruetas. Christian abre la puerta de su cuarto de juegos,

se aparta para dejarme pasar y una vez más me encuentro en el cuarto rojo del dolor.

Sigue igual: huele a cuero, a pulimento de aroma cítrico y a madera noble, todo muy sensual. Me corre la sangre hirviendo por todo el organismo: adrenalina mezclada con lujuria y deseo. Un cóctel poderoso y embriagador. La actitud de Christian ha cambiado por completo, ha ido variando paulatinamente, y ahora es más dura, más cruel. Me mira y veo sus ojos encendidos, lascivos... hipnóticos.

—Mientras estés aquí dentro, eres completamente mía —dice, despacio, midiendo cada palabra—. Harás lo que me apetezca. ¿Entendido?

Su mirada es tan intensa... Asiento, con la boca seca, con el corazón desbocado, como si se me fuera a salir del pecho.

—Quítate los zapatos —me ordena en voz baja.

Trago saliva y, algo torpemente, me los quito. Se agacha, los coge y los deja junto a la puerta.

—Bien. No titubees cuando te pido que hagas algo. Ahora te voy a quitar el vestido, algo que hace días que vengo queriendo hacer, si no me falla la memoria. Quiero que estés a gusto con tu cuerpo, Anastasia. Tienes un cuerpo que me gusta mirar. Es una gozada contemplarlo. De hecho, podría estar mirándolo todo el día, y quiero que te desinhibas y no te avergüences de tu desnudez. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Se inclina hacia mí con mirada feroz.

—Sí, señor.

—¿Lo dices en serio? —espeta.

—Sí, señor.

—Bien. Levanta los brazos por encima de la cabeza.

Hago lo que me pide y él se agacha y agarra el bajo. Despacio, me sube el vestido por los muslos, las caderas, el vientre, los pechos, los hombros y la cabeza.

Retrocede para examinarme y, con aire ausente, lo dobla sin quitarme el ojo de encima. Lo deja sobre la gran cómoda que hay junto a la puerta. Alarga la mano y me coge por la barbilla, abrasándome con su tacto.

—Te estás mordiendo el labio —dice—. Sabes cómo me pone eso —añade con voz ronca—. Date la vuelta.

Me doy la vuelta al momento, sin titubear. Me desabrocha el sujetador, coge los dos tirantes y tira de ellos hacia abajo, rozándome la piel con los dedos y con las uñas de los pulgares mientras me lo quita. El contacto me produce escalofríos y despierta todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Está detrás de mí, tan cerca que noto el calor que irradia de él, y me calienta, me calienta entera. Me echa el pelo hacia atrás para que me caiga todo por la espalda, me coge un mechón de la nuca y me ladea la cabeza. Recorre con la nariz mi cuello descubierto, inhalando todo el tiempo, y luego asciende de nuevo a la oreja. Los músculos de mi vientre se contraen, impulsados por el deseo. Maldita sea, apenas me ha tocado y ya lo deseo.

—Hueles tan divinamente como siempre, Anastasia —susurra al tiempo que me besa con suavidad debajo de la oreja.

Gimo.

—Calla —me dice—. No hagas ni un solo ruido.

Me recoge el pelo a la espalda y, para mi sorpresa, sus dedos rápidos y hábiles empiezan a hacerme una

gruesa trenza. Cuando termina, me la sujeta con una goma que no había visto y le da un tirón, con lo que me veo obligada a echarme hacia atrás.

—Aquí dentro me gusta que lleves trenza —susurra.

Mmm... ¿por qué?

Me suelta el pelo.

—Date la vuelta —me ordena.

Hago lo que me manda, con la respiración agitada por una mezcla de miedo y deseo. Una mezcla embriagadora.

—Cuando te pida que entres aquí, vendrás así. Solo en braguitas. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Me mira furibundo.

—Sí, señor.

Se dibuja una sonrisa en sus labios.

—Buena chica. —Sus ojos ardientes atraviesan los míos—. Cuando te pida que entres aquí, espero que te arrodilles allí. —Señala un punto junto a la puerta—. Hazlo.

Extrañada, proceso sus palabras, me doy la vuelta y, con torpeza, me arrodillo como me ha dicho.

—Te puedes sentar sobre los talones.

Me siento.

—Las manos y los brazos pegados a los muslos. Bien. Separa las rodillas. Más. Más. Perfecto. Mira al suelo.

Se acerca a mí y, en mi campo de visión, le veo los pies y las espinillas. Los pies descalzos. Si quiere que me acuerde de todo, debería dejarme tomar apuntes. Se agacha y me coge de la trenza otra vez, luego me echa

la cabeza hacia atrás para que lo mire. No duele por muy poco.

—¿Podrás recordar esta posición, Anastasia?

—Sí, señor.

—Bien. Quédate ahí, no te muevas.

Sale del cuarto.

Estoy de rodillas, esperando. ¿Adónde habrá ido? ¿Qué me va a hacer? Pasa el tiempo. No tengo ni idea de cuánto tiempo me deja así... ¿unos minutos, cinco, diez? La respiración se me acelera cada vez más; la impaciencia me devora de dentro afuera.

De pronto vuelve, y súbitamente me noto más tranquila y más excitada, todo a la vez. ¿Podría estar más excitada? Le veo los pies. Se ha cambiado de vaqueros.

Estos son más viejos, están rasgados, gastados, demasiado lavados. Madre mía, cómo me ponen estos vaqueros. Cierra la puerta y cuelga algo en ella.

—Buena chica, Anastasia. Estás preciosa así. Bien hecho. Ponte de pie.

Me levanto, pero sigo mirando al suelo.

—Me puedes mirar.

Alzo la vista tímidamente y veo que él me está mirando fijamente, evaluándome, pero con una expresión tierna. Se ha quitado la camisa. Dios mío, quiero tocarlo.

Lleva desabrochado el botón superior de los vaqueros.

—Ahora voy a encadenarte, Anastasia. Dame la mano derecha.

Le doy la mano. Me vuelve la palma hacia arriba y, antes de que pueda darme cuenta, me golpea en el

centro con una fusta que ni siquiera le había visto en la mano derecha. Sucede tan deprisa que apenas me sorprende. Y lo que es más asombroso, no me duele. Bueno, no mucho, solo me escuece un poco.

—¿Cómo te ha sentado eso?

Lo miro confundida.

—Respóndeme.

—Bien.

Frunzo el ceño.

—No frunzas el ceño.

Extrañada, pruebo a mostrarme impasible. Funciona.

—¿Te ha dolido?

—No.

—Esto te va a doler. ¿Entendido?

—Sí —digo vacilante.

¿De verdad me va a doler?

—Va en serio —me dice.

Maldita sea. Apenas puedo respirar. ¿Acaso sabe lo que pienso? Me enseña la fusta. Marrón, de cuero trenzado. Lo miro de pronto y veo deseo en sus ojos brillantes, deseo y una pizca de diversión.

—Nos proponemos complacer, señorita Steele —murmura—. Ven.

Me coge del codo y me coloca debajo de la rejilla. Alarga la mano y baja unos grilletes con muñequeras de cuero negro.

—Esta rejilla está pensada para que los grilletes se muevan a través de ella.

Levanto la vista. Madre mía, es como un plano del metro.

—Vamos a empezar aquí, pero quiero follarte de pie, así que terminaremos en aquella pared.

Señala con la fusta la gran X de madera de la pared.

—Ponte las manos por encima de la cabeza.

Lo complazco inmediatamente, con la sensación de que abandono mi cuerpo y me convierto en una observadora ocasional de los acontecimientos que se desarrollan a mi alrededor. Esto es mucho más que fascinante, mucho más que erótico. Es con mucho lo más excitante y espeluznante que he hecho nunca. Me estoy poniendo en manos de un hombre hermoso que, según él mismo me ha confesado, está jodido de cincuenta mil formas. Trato de contener el momentáneo espasmo de miedo. Kate y Elliot saben que estoy aquí.

Mientras me ata las muñequeras, se sitúa muy cerca. Tengo su pecho pegado a la cara. Su proximidad es deliciosa. Huele a gel corporal y a Christian, una mezcla embriagadora, y eso me vuelve a traer al presente. Quiero pasear la nariz y la lengua por ese suave tapizado de vello pectoral. Bastaría con que me inclinara hacia delante...

Retrocede y me mira, con ojos entornados, lascivos, carnales, y yo me siento impotente, con las manos atadas, pero al contemplar su hermoso rostro y percibir lo mucho que me desea, noto que se me humedece la entrepierna. Camina despacio a mi alrededor.

—Está fabulosa atada así, señorita Steele. Y con esa lengua viperina quieta de momento. Me gusta.

De pie delante de mí, me mete los dedos por las bragas y, sin ninguna prisa, me las baja por las piernas, quitándomelas angustiosamente despacio, hasta que termina arrodillado delante de mí. Sin quitarme los ojos de encima, estruja mis bragas en su mano, se las lleva a la nariz e inhala hondo. Dios mío, ¿en serio ha hecho

eso? Me sonríe perversamente y se las mete en el bolsillo de los vaqueros.

Se levanta despacio, como un guepardo, me apunta al ombligo con el extremo de la fusta y va describiendo  rculos, provocándome. Al contacto con el cuero, me estremezco y gimo. Vuelve a caminar a mi alrededor, arrastrando la fusta por mi cintura. En la segunda vuelta, de pronto la sacude y me azota por debajo del trasero... en el sexo. Grito de sorpresa y todas mis terminaciones nerviosas se ponen alerta. Tiro de las ataduras. La conmoción me recorre entera, y es una sensación de lo más dulce, extraña y placentera.

—Calla —me susurra mientras camina a mi alrededor otra vez, con la fusta algo más alta recorriendo mi cintura.

Esta vez, cuando me atiza en el mismo sitio, lo espero. Todo mi cuerpo se sacude por el azote dolorosamente dulce.

Mientras da vueltas a mi alrededor, me atiza de nuevo, esta vez en el pezón, y yo echo la cabeza hacia atrás ante el zumbido de mis terminaciones nerviosas. Me da en el otro: un castigo breve, rápido y dulce. Su ataque me endurece y alarga los pezones, y gimo ruidosamente, tirando de las muñequeras de cuero.

— Te gusta esto? —me dice.

—Sí.

Me vuelve a azotar en el culo. Esta vez me duele.

—S ,  qu ?

—S , señor —gimoteo.

Se detiene, pero ya no lo veo. Tengo los ojos cerrados, intentando digerir la multitud de sensaciones que recorren mi cuerpo. Muy despacio, me roc a de

pequeños picotazos con la fusta por el vientre, hacia abajo. Sé adónde se dirige y trato de mentalizarme, pero cuando me atiza en el clítoris, grito con fuerza.

—¡Por favor! —gruño.

—Calla —me ordena, y me vuelve a dar en el trasero.

No esperaba que esto fuera así... Estoy perdida. Perdida en un mar de sensaciones. De pronto arrastra la fusta por mi sexo, entre el vello púbico, hasta la entrada de la vagina.

—Mira lo húmeda que te ha puesto esto, Anastasia. Abre los ojos y la boca.

Hago lo que me dice, completamente seducida. Me mete la punta de la fusta en la boca, como en mi sueño. Madre mía.

—Mira cómo sabes. Chupa. Chupa fuerte, nena.

Cierro la boca alrededor de la fusta y lo miro fijamente. Noto el fuerte sabor del cuero y el sabor salado de mis fluidos. Le centellean los ojos. Está en su elemento.

Me saca la fusta de la boca, se inclina hacia delante, me agarra y me besa con fuerza, invadiéndome la boca con su lengua. Me rodea con los brazos y me estrecha contra su cuerpo. Su pecho aprisiona el mío y yo me muero de ganas por tocar, pero con las manos atadas por encima de la cabeza, no puedo.

—Oh, Anastasia, sabes fenomenal —me dice—. ¿Hago que te corras?

—Por favor —le suplico.

La fusta me sacude el trasero. ¡Au!

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, señor —gimoteo.

Me sonrío, triunfante.

—¿Con esto?

Sostiene en alto la fusta para que pueda verla.

—Sí, señor.

—¿Estás segura?

Me mira muy serio.

—Sí, por favor, señor.

—Cierra los ojos.

Cierro los ojos al cuarto, a él, a la fusta. De nuevo empieza a soltarme picotazos con la fusta en el vientre. Desciende, golpecitos suaves en el clítoris, una, dos, tres veces, una y otra vez, hasta que al final... ya, no aguanto más, y me corro, de forma espectacular, escandalosa, encorvándome debilitada. Las piernas me flaquean y él me rodea con sus brazos. Me disuelvo en ellos, apoyando la cabeza en su pecho, maullando y gimoteando mientras las réplicas del orgasmo me consumen. Me levanta, y de pronto nos movemos, mis brazos aún atados por encima de la cabeza, y entonces noto la fría madera de la cruz barnizada contra mi espalda, y él se está desabrochando los botones de los vaqueros. Me apoya un instante en la cruz mientras se pone un condón, luego me coge por los muslos y me levanta otra vez.

—Levanta las piernas, nena, enróscamelas en la cintura.

Me siento muy débil, pero hago lo que me dice mientras él me engancha las piernas a sus caderas y se sitúa debajo de mí. Con una fuerte embestida me penetra, y vuelvo a gritar y él suelta un gemido ahogado en mi oído. Mis brazos descansan en sus hombros mientras entra y sale. Dios, llega mucho más adentro de esta forma.

Noto que vuelvo a acercarme al clímax. Maldita sea, no... otra vez, no... no creo que mi cuerpo soporte otro orgasmo de esa magnitud. Pero no tengo elección... y con una inevitabilidad que empieza a resultarme familiar, me dejo llevar y vuelvo a correrme, y resulta placentero, agonizante, intenso. Pierdo por completo la conciencia de mí misma. Christian me sigue y, mientras se corre, grita con los dientes apretados y se abraza a mí con fuerza.

Me la saca rápidamente y me apoya contra la cruz, su cuerpo sosteniendo el mío. Desabrocha las muñequeras, me suelta las manos y los dos nos desplomamos en el suelo. Me atrae a su regazo, meciéndome, y apoyo la cabeza en su pecho. Si tuviera fuerzas lo acariciaría, pero no las tengo. Solo ahora me doy cuenta de que aún lleva los vaqueros puestos.

—Muy bien, nena —murmura—. ¿Te ha dolido?

—No —digo.

Apenas puedo mantener los ojos abiertos. ¿Por qué estoy tan cansada?

—¿Esperabas que te doliera? —susurra mientras me estrecha en sus brazos, apartándome de la cara unos mechones de pelo sueltos.

—Sí.

—¿Lo ves, Anastasia? Casi todo tu miedo está solo en tu cabeza. —Hace una pausa—. ¿Lo harías otra vez?

Medito un instante, la fatiga nublándome el pensamiento... ¿Otra vez?

—Sí —le digo en voz baja.

Me abraza con fuerza.

—Bien. Yo también —musita, luego se inclina y me besa con ternura en la nuca—. Y aún no he terminado contigo.

Que aún no ha terminado conmigo. Madre mía. Yo no aguanto más. Me encuentro agotada y hago un esfuerzo sobrehumano por no dormirme. Descanso en su pecho con los ojos cerrados, y él me envuelve toda, con brazos y piernas, y me siento... segura, y a gusto. ¿Me dejará dormir, acaso soñar? Tuerzo la boca ante semejante idea y, volviendo la cara hacia el pecho de Christian, inhalo su aroma único y lo acaricio con la nariz, pero él se tensa de inmediato... oh, mierda. Abro los ojos y lo miro. Él me está mirando fijamente.

—No hagas eso —me advierte.

Me sonrojo y vuelvo a mirarle el pecho con anhelo. Quiero pasarle la lengua por el vello, besarlo y, por primera vez, me doy cuenta de que tiene algunas tenues cicatrices pequeñas y redondas, esparcidas por el pecho. ¿Varicela? ¿Sarampión?, pienso distraídamente.

—Arrodíllate junto a la puerta —me ordena mientras se incorpora, apoyando las manos en mis rodillas y liberándome del todo.

Siento frío de pronto; la temperatura de su voz ha descendido varios grados.

Me levanto torpemente, me escabullo hacia la puerta y me arrodillo como me ha ordenado. Me noto floja, exhausta y tremendamente confundida. ¿Quién iba a pensar que encontraría semejante gratificación en este cuarto? ¿Quién iba a pensar que resultaría tan agotador? Siento todo mi cuerpo saciado, deliciosamente pesado. La diosa que llevo dentro tiene puesto un cartel de NO MOLESTAR en la puerta de su cuarto.

Christian se mueve por la periferia de mi campo de visión. Se me empiezan a cerrar los ojos.

—La aburro, ¿verdad, señorita Steele?

Me despierto de golpe y tengo a Christian delante, de brazos cruzados, mirándome furioso. Mierda, me ha pillado echando una cabezadita; esto no va a terminar bien. Su mirada se suaviza cuando lo miro.

—Levántate —me ordena.

Me pongo en pie con cautela. Me mira y esboza una sonrisa.

—Estás destrozada, ¿verdad?

Asiento tímidamente, ruborizándome.

—Aguante, señorita Steele. —Frunce los ojos—. Yo aún no he tenido bastante de ti. Pon las manos al frente como si estuvieras rezando.

Lo miro extrañada. ¡Rezando! Rezando para que tengas compasión de mí. Hago lo que me pide. Coge una brida para cables y me sujeta las muñecas con ella, apretando el plástico. Madre mía. Lo miro de pronto.

—¿Te resulta familiar? —pregunta sin poder ocultar la sonrisa.

Dios... las bridas de plástico para cables. ¡Aprovisionándose en Clayton's! Ahogo un gemido y la adrenalina me recorre de nuevo el cuerpo entero; ha conseguido llamar mi atención, ya estoy despierta.

—Tengo unas tijeras aquí. —Las sostiene en alto para que yo las vea—. Te las puedo cortar en un segundo.

Intento separar las muñecas, poniendo a prueba la atadura y, al hacerlo, se me clava el plástico en la piel. Resulta doloroso, pero si me relajo mis muñecas están bien; la atadura no me corta la piel.

—Ven.

Me coge de las manos y me lleva a la cama de cuatro postes. Me doy cuenta ahora de que tiene puestas sábanas de un rojo oscuro y un grillete en cada esquina.

—Quiero más... muchísimo más —me susurra al oído. Y el corazón se me vuelve a acelerar. Madre mía.

—Pero seré rápido. Estás cansada. Agárrate al poste —dice.

Frunzo el ceño. ¿No va a ser en la cama entonces? Al agarrarme al poste de madera labrado, descubro que puedo separar las manos.

—Más abajo —me ordena—. Bien. No te sueltes. Si lo haces, te azotaré. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien.

Se sitúa detrás de mí y me agarra por las caderas, y entonces, rápidamente, me levanta hacia atrás, de modo que me encuentro inclinada hacia delante, agarrada al poste.

—No te sueltes, Anastasia —me advierte—. Te voy a follar duro por detrás. Sujétate bien al poste para no perder el equilibrio. ¿Entendido?

—Sí.

Me azota en el culo con la mano abierta. Au... Duele.

—Sí, señor —musito enseguida.

—Separa las piernas. —Me mete una pierna entre las mías y, agarrándome de las caderas, empuja mi pierna derecha a un lado—. Eso está mejor. Después de esto, te dejaré dormir.

¿Dormir? Estoy jadeando. No pienso en dormir ahora. Levanta la mano y me acaricia suavemente la espalda.

—Tienes una piel preciosa, Anastasia —susurra e, inclinándose, me riega de suaves y ligerísimos besos la columna.

Al mismo tiempo, pasa las manos por delante, me palpa los pechos, me agarra los pezones entre los dedos y me los pellizca suavemente.

Contengo un gemido y noto que mi cuerpo entero reacciona, revive una vez más para él.

Me mordisquea y me chupa la cintura, sin dejar de pellizcarme los pezones, y mis manos aprietan con fuerza el poste exquisitamente tallado. Aparta las manos y lo oigo rasgar una vez más el envoltorio del condón y quitarse los vaqueros de una patada.

—Tienes un culo muy sexy y cautivador, Anastasia Steele. La de cosas que me gustaría hacerle. —Acaricia y moldea cada una de mis nalgas, luego sus manos se deslizan hacia abajo y me mete dos dedos—. Qué húmeda... Nunca me decepciona, señorita Steele —susurra, y percibo fascinación en su voz—. Agárrate fuerte... esto va a ser rápido, nena.

Me sujeta las caderas y se sitúa, y yo me preparo para la embestida, pero entonces alarga la mano y me agarra la trenza casi por el extremo y se la enrosca en la muñeca hasta llegar a mi nuca, sosteniéndome la cabeza. Muy despacio, me penetra, tirándome a la vez del pelo... Ay, hasta el fondo. La saca muy despacio, y con la otra mano me agarra por la cadera, sujetando fuerte, y luego entra de golpe, empujándome hacia delante.

—¡Aguanta, Anastasia! —me grita con los dientes apretados.

Me agarro más fuerte al poste y me pego a su cuerpo todo lo que puedo mientras continúa su despiadada arremetida, una y otra vez, clavándome los dedos en la cadera. Me duelen los brazos, me tiemblan las piernas,

me escuece el cuero cabelludo de los tirones... y noto que nace de nuevo esa sensación en lo más hondo de mi ser. Oh, no... y por primera vez, temo el orgasmo... si me corro... me voy a desplomar. Christian sigue embistiendo contra mí, dentro de mí, con la respiración entrecortada, gimiendo, gruñendo. Mi cuerpo responde... ¿cómo? Noto que se acelera. Pero, de pronto, tras metérmela hasta el fondo, Christian se detiene.

—Vamos, Ana, dámelo —gruñe y, al oírlo decir mi nombre, pierdo el control y me vuelvo toda cuerpo y torbellino de sensaciones y dulce, muy dulce liberación, y después pierdo total y absolutamente la conciencia.

Cuando recupero el sentido, estoy tumbada encima de él. Él está en el suelo y yo encima de él, con la espalda pegada a su pecho, y miro al techo, en un estado de glorioso poscoito, espléndida, destrozada. Ah, los mosquetones, pienso distraída; me había olvidado de ellos.

—Levanta las manos —me dice en voz baja.

Me pesan los brazos como si fueran de plomo, pero los levanto. Abre las tijeras y pasa una hoja por debajo del plástico.

—Declaro inaugurada esta Ana —dice, y corta el plástico.

Río como una boba y me froto las muñecas al fin libres. Noto que sonrío.

—Qué sonido tan hermoso —dice melancólico.

Se incorpora levantándome con él, de forma que una vez más me encuentro sentada en su regazo.

—Eso es culpa mía —dice, y me empuja suavemente para poder masajearme los hombros y los brazos.

Con delicadeza, me ayuda a recuperar un poco la movilidad.

¿El qué?

Me vuelvo a mirarlo, intentando entender a qué se refiere.

—Que no rías más a menudo.

—No soy muy risueña —susurro adormecida.

—Oh, pero cuando ocurre, señorita Steele, es una maravilla y un deleite contemplarlo.

—Muy florido, señor Grey —murmuro, procurando mantener los ojos abiertos.

Su mirada se hace más tierna, y sonrío.

—Parece que te han follado bien y te hace falta dormir.

—Eso no es nada florido —protesto en broma.

Sonríe y, con cuidado, me levanta de encima de él y se pone de pie, espléndidamente desnudo. Por un instante, deseo estar más despierta para apreciarlo de verdad. Coge los vaqueros y se los pone a pelo.

—No quiero asustar a Taylor, ni tampoco a la señora Jones —masculla.

Mmm... ya deben de saber que es un cabrón perverso. La idea me preocupa.

Se agacha para ayudarme a ponerme en pie y me lleva hasta la puerta, de la que cuelga una bata de suave acolchado gris. Me viste pacientemente como si fuera una niña. No tengo fuerzas para levantar los brazos. Cuando estoy tapada y decente, se inclina y me da un suave beso, y en sus labios se dibuja una sonrisa.

—A la cama —dice.

Oh... no...

—Para dormir —añade tranquilizador al ver mi expresión.

De repente, me coge en brazos y, acurrucada contra su pecho, me lleva a la habitación del pasillo donde esta mañana me ha examinado la doctora Greene. La cabeza me cuelga lánguidamente contra su torso. Estoy agotada. No recuerdo haber estado nunca tan cansada. Retira el edredón y me tumba y, lo que es aún más asombroso, se mete en la cama conmigo y me estrecha entre sus brazos.

—Duerme, preciosa —me susurra, y me besa el pelo.

Y, antes de que me dé tiempo a hacer algún comentario ingenioso, estoy dormida.

Unos labios tiernos me acarician la sien, dejando un reguero de besitos a su paso, y en el fondo quiero volverme y responder, pero sobre todo quiero seguir dormida. Gimo y me refugio debajo de la almohada.

—Anastasia, despierta —me dice Christian en voz baja, zalamero.

—No —gimoteo.

—En media hora tenemos que irnos a cenar a casa de mis padres —añade divertido.

Abro los ojos a regañadientes. Fuera ya es de noche. Christian está inclinado sobre mí, mirándome fijamente.

—Vamos, bella durmiente. Levanta. —Se agacha y me besa de nuevo—. Te he traído algo de beber. Estaré abajo. No vuelvas a dormirte o te meterás en un lío —me amenaza, pero en un tono moderado.

Me da otro besito y se va, y me deja intentando abrir del todo los ojos en la fría y oscura habitación.

Estoy despejada, pero de pronto me pongo nerviosa. Madre mía, ¡voy a conocer a sus padres! Hace nada me estaba atizando con una fusta y me tenía atada con unas bridas para cables que yo misma le vendí, por el amor de Dios... y ahora voy a conocer a sus padres. Será la primera vez que Kate los vea también; al menos ella estará allí... qué alivio. Giro los hombros. Los tengo rígidos. Su insistencia en que tenga un entrenador personal ya no me parece tan disparatada; de hecho, va a ser imprescindible si quiero albergar la menor esperanza de seguir su ritmo.

Salgo despacio de la cama y observo que mi vestido cuelga fuera del armario y mi sujetador está en la silla. ¿Dónde tengo las bragas? Miro debajo de la silla.

Nada. Entonces me acuerdo de que se las metió en el bolsillo de los vaqueros. El recuerdo me ruboriza: después de que él... me cuesta incluso pensar en ello; de que él fuera tan... bárbaro. Frunzo el ceño. ¿Por qué no me ha devuelto las bragas?

Me meto en el baño, desconcertada por la ausencia de ropa interior. Mientras me seco después de una gozosa pero brevísima ducha, caigo en la cuenta de que lo ha hecho a propósito. Quiere que pase vergüenza teniendo que pedirle que me devuelva las bragas, y poder decirme que sí o que no. La diosa que llevo dentro me sonríe. Dios... yo también puedo jugar a ese juego. Decido en ese mismo instante que no se las voy a pedir, que no voy a darle esa satisfacción; iré a conocer a sus padres sans culottes. ¡Anastasia Steele!, me reprende mi subconsciente, pero no le hago ni caso; casi me abrazo de alegría porque sé que eso la va a desquiciar.

De nuevo en el dormitorio, me pongo el sujetador, me pongo el vestido y me encaramo en mis zapatos. Me deshago la trenza y me cepillo el pelo rápidamente, luego le echo un vistazo a la bebida que me ha traído. Es de color rosa pálido. ¿Qué será? Zumo de arándanos con gaseosa. Mmm... está deliciosa y sacia mi sed.

Vuelvo corriendo al baño y me miro en el espejo: ojos brillantes, mejillas ligeramente sonrosadas, sonrisa algo pícara por mi plan de las bragas. Me dirijo abajo.

Quince minutos. No está nada mal, Ana.

Christian está de pie delante del ventanal, vestido con esos pantalones de franela gris que me encantan,

esos que le caen de una forma tan increíblemente sexy, y, por supuesto, una camisa de lino blanco. ¿No tiene nada de otros colores? Frank Sinatra canta suavemente por los altavoces del sistema sonido surround.

Se vuelve y me sonrío cuando entro. Me mira expectante.

—Hola —digo en voz baja, y mi sonrisa de esfinge se encuentra con la suya.

—Hola —contesta—. ¿Cómo te encuentras?

Le brillan los ojos de regocijo.

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Fenomenal, señorita Steele.

Es obvio que espera que le diga algo.

—Frank. Jamás te habría tomado por fan de Sinatra.

Me mira arqueando las cejas, pensativo.

—Soy ecléctico, señorita Steele —musita, y se acerca a mí como una pantera hasta que lo tengo delante, con una mirada tan intensa que me deja sin aliento.

Frank empieza de nuevo a cantar... un tema antiguo, uno de los favoritos de Ray: «Witchcraft». Christian pasea despacio las yemas de los dedos por mi mejilla, y la sensación me recorre el cuerpo entero hasta llegar ahí abajo.

—Baila conmigo —susurra con voz ronca.

Se saca el mando del bolsillo, sube el volumen y me tiende la mano, sus ojos grises prometedores, apasionados, risueños. Resulta absolutamente cautivador, y me tiene embrujada. Poso mi mano en la suya. Me dedica una sonrisa indolente y me atrae hacia él, pasándome la mano por la cintura.

Le pongo la mano libre en el hombro y le sonrío, contagiada de su ánimo juguetón. Empieza a mecerse, y

allá vamos. Uau, sí que baila bien. Recorremos el salón entero, del ventanal a la cocina y vuelta al salón, girando y cambiando de rumbo al ritmo de la música. Me resulta tan fácil seguirlo...

Nos deslizamos alrededor de la mesa del comedor hasta el piano, adelante y atrás frente a la pared de cristal, con Seattle centelleando allá fuera, como el fondo oscuro y mágico de nuestro baile. No puedo controlar mi risa alegre. Cuando la canción termina, me sonrío.

—No hay bruja más linda que tú —murmura, y me da un tierno beso—. Vaya, esto ha devuelto el color a sus mejillas, señorita Steele. Gracias por el baile. ¿Vamos a conocer a mis padres?

—De nada, y sí, estoy impaciente por conocerlos —contesto sin aliento.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, sí —respondo con dulzura.

—¿Estás segura?

Asiento con todo el desenfado del que soy capaz bajo su intenso y risueño escrutinio. Se dibuja en su rostro una enorme sonrisa y niega con la cabeza.

—Muy bien. Si así es como quiere jugar, señorita Steele.

Me toma de la mano, coge su chaqueta, colgada de uno de los taburetes de la barra, y me conduce por el vestíbulo hasta el ascensor. Ah, las múltiples caras de Christian Grey... ¿Seré algún día capaz de entender a este hombre tan voluble?

Lo miro de reojo en el ascensor. Algo le hace gracia: un esbozo de sonrisa coquetea en su preciosa boca. Temo que sea a mi costa. ¿Cómo se me ha ocurrido?

Voy a ver a sus padres y no llevo ropa interior. Mi subconsciente me pone una inútil cara de «Te lo dije». En la relativa seguridad de su casa, me parecía una idea divertida, provocadora. Ahora casi estoy en la calle... ¡sin bragas! Me mira de reojo, y ahí está, la corriente creciendo entre los dos. Desaparece la expresión risueña de su rostro y su semblante se nubla, sus ojos se oscurecen... oh, Dios.

Las puertas del ascensor se abren en la planta baja. Christian menea apenas la cabeza, como para librarse de sus pensamientos y, caballeroso, me cede el paso. ¿A quién quiere engañar? No es precisamente un caballero. Tiene mis bragas.

Taylor se acerca en el Audi grande. Christian me abre la puerta de atrás y yo entro con toda la elegancia de la que soy capaz, teniendo presente que voy sin bragas como una cualquiera. Doy gracias por que el vestido de Kate sea tan ceñido y me llegue hasta las rodillas.

Cogemos la interestatal 5 a toda velocidad, los dos en silencio, sin duda cohibidos por la presencia de Taylor en el asiento del piloto. El estado de ánimo de Christian es casi tangible y parece cambiar; su buen humor se disipa poco a poco cuando tomamos rumbo al norte. Lo veo pensativo, mirando por la ventanilla, y soy consciente de que se aleja de mí. ¿Qué estará pensando? No se lo puedo preguntar. ¿Qué puedo decir delante de Taylor?

—¿Dónde has aprendido a bailar? —inquiero tímidamente.

Se vuelve a mirarme, su expresión indescifrable bajo la luz intermitente de las farolas que vamos dejando atrás.

—¿En serio quieres saberlo? —me responde en voz baja.

Se me cae el alma al suelo. Ya no quiero saberlo, porque me lo puedo imaginar.

—Sí —susurro a regañadientes.

—A la señora Robinson le gustaba bailar.

Vaya, mis peores sospechas se confirman. Ella le enseñó, y la idea me deprime: yo no puedo enseñarle nada. No tengo ninguna habilidad especial.

—Debía de ser muy buena maestra.

—Lo era.

Siento que me pica el cuero cabelludo. ¿Se llevó lo mejor de él? ¿Antes de que se volviera tan cerrado? ¿O consiguió sacarlo de su ostracismo? Tiene un lado tan divertido y travieso... Sonríó sin querer al recordarme en sus brazos mientras me llevaba dando vueltas por el salón, tan inesperadamente, con mis bragas guardadas en algún sitio.

Y luego está el cuarto rojo del dolor. Me froto las muñecas pensativa... es el resultado de que te hayan atado las manos con una fina cinta de plástico. Ella le enseñó todo eso también, o lo estropeó, dependiendo del punto de vista. O quizá habría llegado a ser como es a pesar de la señora R. En ese instante me doy cuenta de que la odio. Espero no conocerla nunca, porque, de hacerlo, no soy responsable de mis actos. No recuerdo haber sentido nunca semejante animadversión por nadie, y menos por alguien a quien no conozco. Mirando sin ver

por la ventanilla, alimento mi rabia y mis celos irracionales.

Mi pensamiento vuelve a centrarse en esta tarde. Teniendo en cuenta cuáles creo que son sus preferencias, me parece que ha sido benévolo conmigo. ¿Estaría dispuesta a hacerlo otra vez? No voy a fingir remilgos que no siento. Pues claro que lo haría, si él me lo pidiera... siempre que no me haga daño y sea la única forma de estar con él.

Eso es lo importante. Quiero estar con él. La diosa que llevo dentro suspira de alivio. Llego a la conclusión de que rara vez usa la cabeza para pensar, sino más bien otra parte esencial de su anatomía, que últimamente anda bastante expuesta.

—No lo hagas —murmura.

Frunzo el ceño y me vuelvo hacia él.

—¿Que no haga el qué?

No lo he tocado.

—No les des tantas vueltas a las cosas, Anastasia. — Alarga el brazo, me coge la mano, se la lleva a los labios y me besa los nudillos con suavidad—. Lo he pasado estupendamente esta tarde. Gracias.

Y ya ha vuelto a mí otra vez. Lo miro extrañada y sonrío tímidamente. Me confunde. Le pregunto algo que me ha estado intrigando.

—¿Por qué has usado una brida?

Me sonrío.

—Es rápido, es fácil y es una sensación y una experiencia distinta para ti. Sé que parece bastante brutal, pero me gusta que las sujeciones sean así. — Sonríe levemente—. Lo más eficaz para evitar que te muevas.

Me sonrojo y miro nerviosa a Taylor, que se muestra impasible, con los ojos en la carretera. ¿Qué se supone que debo decir a eso? Christian se encoge de hombros con gesto inocente.

—Forma parte de mi mundo, Anastasia.

Me aprieta la mano, me suelta, y vuelve a mirar por la ventana.

Su mundo, claro, al que yo quiero pertenecer, pero ¿con sus condiciones? Pues no lo sé. No ha vuelto a mencionar ese maldito contrato. Mis reflexiones íntimas no me animan mucho. Miro por la ventanilla y el paisaje ha cambiado. Cruzamos uno de los puentes, rodeados de una profunda oscuridad. La noche sombría refleja mi estado de ánimo introspectivo, cercándome, asfixiándome.

Miro un instante a Christian, y veo que me está mirando.

—¿Un dólar por tus pensamientos? —dice.

Suspiro y frunzo el ceño.

—¿Tan malos son? —dice.

—Ojalá supiera lo que piensas tú.

Sonríe.

—Lo mismo digo, nena —susurra mientras Taylor nos adentra a toda velocidad en la noche con rumbo a Bellevue.

Son casi las ocho cuando el Audi gira por el camino de entrada a una gran mansión de estilo colonial. Impresionante, hasta las rosas que rodean la puerta. De libro ilustrado.

—¿Estás preparada para esto? —me pregunta Christian mientras Taylor se detiene delante de la imponente puerta principal.

Asiento con la cabeza y él me aprieta la mano otra vez para tranquilizarme.

—También es la primera vez para mí —susurra, y sonrío maliciosamente—. Apuesto a que ahora te gustaría llevar tu ropita interior —dice, provocador.

Me ruborizo. Me había olvidado de que no llevo bragas. Por suerte, Taylor ha salido del coche para abrirme la puerta y no ha podido oír nada de esto. Miro ceñuda a Christian, que sonrío de oreja a oreja mientras yo me vuelvo y salgo del coche.

La doctora Grace Trevelyan-Grey nos espera en la puerta. Lleva un vestido de seda azul claro que le da un aire elegante y sofisticado. Detrás de ella está el señor Grey, supongo, alto, rubio y tan guapo a su manera como Christian.

—Anastasia, ya conoces a mi madre, Grace. Este es mi padre, Carrick.

—Señor Grey, es un placer conocerlo.

Sonrío y le estrecho la mano que me tiende.

—El placer es todo mío, Anastasia.

—Por favor, llámeme Ana.

Sus ojos azules son dulces y afables.

—Ana, cuánto me alegro de volver a verte. —Grace me envuelve en un cálido abrazo—. Pasa, querida.

—¿Ya ha llegado? —oigo gritar desde dentro de la casa.

Miro nerviosa a Christian.

—Esa es Mia, mi hermana pequeña —dice en tono casi irritado, pero no lo suficiente.

Cierto afecto subyace bajo sus palabras; se le suaviza la voz y le chispean los ojos al pronunciar su nombre. Es obvio que Christian la adora. Un gran

descubrimiento. Y ella llega arrasando por el pasillo, con su pelo negro como el azabache, alta y curvilínea. Debe de ser de mi edad.

—¡Anastasia! He oído hablar tanto de ti...

Me abraza fuerte.

Madre mía. No puedo evitar sonreír ante su desbordante entusiasmo.

—Ana, por favor —murmuro mientras me arrastra al enorme vestíbulo.

Todo son suelos de maderas nobles y alfombras antiquísimas, con una escalera de caracol que lleva al segundo piso.

—Christian nunca ha traído a una chica a casa —dice Mia, y sus ojos oscuros brillan de emoción.

Veo que Christian pone los ojos en blanco y arquea una ceja. Él me mira risueño.

—Mia, cálmate —la reprende Grace discretamente—. Hola, cariño —dice mientras besa a Christian en ambas mejillas.

Él le sonrío cariñoso y luego le estrecha la mano a su padre.

Nos dirigimos todos al salón. Mia no me ha soltado la mano. La estancia es espaciosa, decorada con gusto en tonos crema, marrón y azul claro, cómoda, discreta y con mucho estilo. Kate y Elliot están acurrucados en un sofá, con sendas copas de champán en la mano. Kate se levanta como un resorte para abrazarme y Mia por fin me suelta la mano.

—¡Hola, Ana! —Sonríe—. Christian —le saluda, con un gesto cortés de la cabeza.

—Kate —la saluda Christian igual de formal.

Frunzo el ceño ante este intercambio. Elliot me abraza con efusión. ¿Qué es esto, «la semana de abrazar a Ana»? No estoy acostumbrada a semejantes despliegues de afecto. Christian se sitúa a mi lado y me pasa el brazo por la cintura. Me pone la mano en la cadera y, extendiendo los dedos, me atrae hacia sí.

Todos nos miran. Me incomoda.

—¿Algo de beber? —El señor Grey parece recuperarse—. ¿Prosecco?

—Por favor —decimos Christian y yo al unísono.

Uf... qué raro ha quedado esto. Mia aplaude.

—Pero si hasta decís las mismas cosas. Ya voy yo.

Y sale disparada de la habitación.

Me pongo como un tomate y, al ver a Kate sentada con Elliot, se me ocurre de pronto que la única razón por la que Christian me ha invitado es porque Kate está aquí. Probablemente Elliot le preguntara a Kate con ilusión y naturalidad si quería conocer a sus padres. Christian se vio atrapado, consciente de que me enteraría por Kate. La idea me enfurece. Se ha visto obligado a invitarme. El pensamiento me resulta triste y deprimente. Mi subconsciente asiente, sabia, con cara de «por fin te has dado cuenta, boba».

—La cena está casi lista —dice Grace saliendo de la habitación detrás de Mia.

Christian me mira y frunce el ceño.

—Siéntate —me ordena, señalándome el sofá mullido, y yo hago lo que me pide, cruzando con cuidado las piernas.

Él se sienta a mi lado pero no me toca.

—Estábamos hablando de las vacaciones, Ana —me dice amablemente el señor Grey—. Elliot ha decidido irse con Kate y su familia a Barbados una semana.

Miro a Kate y ella sonrío, con los ojos brillantes y muy abiertos. Está encantada. ¡Katherine Kavanagh, muestra algo de dignidad!

—¿Te tomarás tú un tiempo de descanso ahora que has terminado los estudios? —me pregunta el señor Grey.

—Estoy pensando en irme unos días a Georgia —respondo.

Christian me mira boquiabierto, parpadeando un par de veces, con una expresión indescifrable. Oh, mierda. Esto no se lo había mencionado.

—¿A Georgia? —murmura.

—Mi madre vive allí y hace tiempo que no la veo.

—¿Cuándo pensabas irte? —pregunta con voz grave.

—Mañana, a última hora de la tarde.

Mia vuelve al salón y nos ofrece sendas copas de champán llenas de Prosecco de color rosa pálido.

—¡Por que tengáis buena salud!

El señor Grey alza su copa. Un brindis muy propio del marido de una doctora; me hace sonreír.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Christian en voz asombrosamente baja.

Maldita sea... se ha enfadado.

—Aún no lo sé. Dependerá de cómo vayan mis entrevistas de mañana.

Christian aprieta la mandíbula y Kate pone esa cara suya de metomentodo y me sonrío con desmesurada dulzura.

—Ana se merece un descanso —le suelta sin rodeos a Christian.

¿Por qué se muestra tan hostil con él? ¿Qué problema tiene?

—¿Tienes entrevistas? —me pregunta el señor Grey.

—Sí, mañana, para un puesto de becaria en dos editoriales.

—Te deseo toda la suerte del mundo.

—La cena está lista —anuncia Grace.

Nos levantamos todos. Kate y Elliot salen de la habitación detrás del señor Grey y de Mia. Yo me dispongo a seguirlos, pero Christian me agarra de la mano y me para en seco.

—¿Cuándo pensabas decirme que te marchabas? —inquire con urgencia.

Lo hace en voz baja, pero está disimulando su enfado.

—No me marchó, voy a ver a mi madre y solamente estaba valorando la posibilidad.

—¿Y qué pasa con nuestro contrato?

—Aún no tenemos ningún contrato.

Frunce los ojos y entonces parece recordar. Me suelta la mano y, cogiéndome por el codo, me conduce fuera de la habitación.

—Esta conversación no ha terminado —me susurra amenazador mientras entramos en el comedor.

Eh, para. No te enfades tanto y devuélveme las bragas. Lo miro furiosa.

El comedor me recuerda nuestra cena íntima en el Heathman. Una lámpara de araña de cristal cuelga sobre la mesa de madera noble y en la pared hay un inmenso espejo labrado y muy ornamentado. La mesa está puesta

con un mantel de lino blanquísimo y un cuenco con petunias de color rosa claro en el centro.

Impresionante.

Ocupamos nuestros sitios. El señor Grey se sienta a la cabecera, yo a su derecha y Christian a mi lado. El señor Grey coge la botella de vino tinto y le ofrece a Kate. Mia se sienta al lado de Christian, le coge la mano y se la aprieta fuerte. Christian le sonríe cariñoso.

—¿Dónde conociste a Ana? —le pregunta Mia.

—Me entrevistó para la revista de la Universidad Estatal de Washington.

—Que Kate dirige —añado, confiando en poder desviar la conversación de mí.

Mia sonríe entusiasmada a Kate, que está sentada enfrente, al lado de Elliot, y empiezan a hablar de la revista de la universidad.

—¿Vino, Ana? —me pregunta el señor Grey.

—Por favor.

Le sonrío. El señor Grey se levanta para llenar las demás copas.

Miro de reojo a Christian y él se vuelve a mirarme, con la cabeza ladeada.

—¿Qué? —pregunta.

—No te enfades conmigo, por favor —le susurro.

—No estoy enfadado contigo.

Lo miro fijamente. Suspira.

—Sí, estoy enfadado contigo.

Cierra los ojos un instante.

—¿Tanto como para que te pique la palma de la mano? —pregunto nerviosa.

—¿De qué estáis cuchicheando los dos? —interviene Kate.

Me sonrojo y Christian le lanza una feroz mirada de «métete en tus asuntos, Kavanagh». Hasta Kate parece encogerse bajo su mirada.

—De mi viaje a Georgia —digo agradablemente, esperando diluir la hostilidad que hay entre los dos.

Kate sonrío, con un brillo perverso en los ojos.

—¿Qué tal en el bar el viernes con José?

Madre mía, Kate. La miro con los ojos como platos. ¿Qué hace? Me devuelve la mirada y me doy cuenta de que está intentando que Christian se ponga celoso.

Qué poco lo conoce... Y yo que pensaba que me iba a librar de esta.

—Muy bien —murmuro.

Christian se me arrima.

—Como para que me pique la palma de la mano —me susurra—. Sobre todo ahora —añade sereno y muy serio.

Oh, no. Me estremezco.

Reaparece Grace con dos bandejas, seguida de una joven preciosa con coletas rubias y vestida elegantemente de azul claro, que lleva una bandeja de platos. Sus ojos localizan de inmediato a Christian. Se ruboriza y lo mira entornando los ojos de largas pestañas impregnadas de rímel. ¿Qué?

En algún lugar de la casa empieza a sonar el teléfono.

—Disculpadme.

El señor Grey se levanta de nuevo y sale.

—Gracias, Gretchen —le dice Grace amablemente, frunciendo el ceño al ver salir al señor Grey—. Deja la bandeja en el aparador, por favor.

Gretchen asiente y, tras otra mirada furtiva a Christian, se marcha.

Así que los Grey tienen servicio, y el servicio mira de reojo a mi futuro amo. ¿Podría ir peor esta velada? Me miro ceñuda las manos, que tengo en el regazo.

Vuelve el señor Grey.

—Preguntan por ti, cariño. Del hospital —le dice a Grace.

—Empezad sin mí, por favor.

Grace sonríe mientras me pasa un plato y se va.

Huele delicioso: chorizo y vieiras con pimientos rojos asados y chalotas, salpicado de perejil. A pesar de que tengo el estómago revuelto por las amenazas de Christian, de las miradas subrepticias de la bella Coletitas y del desastre de mi ropa interior desaparecida, me muero de hambre. Me ruborizo al caer en la cuenta de que ha sido el esfuerzo físico de esta tarde lo que me ha dado tanto apetito.

Al poco regresa Grace, con el ceño fruncido. El señor Grey ladea la cabeza... como Christian.

—¿Va todo bien?

—Otro caso de sarampión —suspira Grace.

—Oh, no.

—Sí, un niño. El cuarto caso en lo que va de mes. Si la gente vacunara a sus hijos... —Menea la cabeza con tristeza, luego sonríe—. Cuánto me alegro de que nuestros hijos nunca pasaran por eso. Gracias a Dios, nunca cogieron nada peor que la varicela. Pobre Elliot —dice mientras se sienta, sonriendo indulgente a su hijo. Elliot frunce el ceño a medio bocado y se remueve incómodo en el asiento—. Christian y Mia tuvieron

suerte. Ellos la cogieron muy flojita, algún granito nada más.

Mia ríe como una boba y Christian pone los ojos en blanco.

—Papá, ¿viste el partido de los Mariners? —pregunta Elliot, visiblemente ansioso por cambiar de tema.

Los aperitivos están deliciosos, así que me concentro en comer mientras Elliot, el señor Grey y Christian hablan de béisbol. Christian parece sereno y relajado cuando habla con su familia. La cabeza me va a mil. Maldita sea Kate, ¿a qué juega? ¿Me castigará Christian? Tiemblo solo de pensarlo. Aún no he firmado ese contrato. Quizá no lo firme. Quizá me quede en Georgia; allí no podrá venir a por mí.

—¿Qué tal en vuestra nueva casa, querida? —me pregunta Grace educadamente.

Agradezco la pregunta, que me distrae de mis pensamientos contradictorios, y le hablo de la mudanza.

Cuando terminamos los entrantes, aparece Gretchen y, una vez más, lamento no poder tocar a Christian con libertad para hacerle saber que, aunque lo hayan jodido de cincuenta mil maneras, es mío. Se dispone a recoger los platos, acercándose demasiado a Christian para mi gusto. Por suerte, él parece no prestarle ninguna atención, pero la diosa que llevo dentro está que arde, y no en el buen sentido de la palabra.

Kate y Mia se deshacen en elogios de París.

—¿Has estado en París, Ana? —pregunta Mia inocentemente, sacándome de mi celoso ensimismamiento.

—No, pero me encantaría ir.

Sé que soy la única de la mesa que jamás ha salido del país.

—Nosotros fuimos de luna de miel a París.

Grace sonrío al señor Grey, que le devuelve la sonrisa.

Resulta casi embarazoso. Es obvio que se quieren mucho, y me pregunto un instante cómo será crecer con tus dos progenitores presentes.

—Es una ciudad preciosa —coincide Mia—. A pesar de los parisinos. Christian, deberías llevar a Ana a París —afirma rotundamente.

—Me parece que Anastasia preferiría Londres —dice Christian con dulzura.

Vaya, se acuerda. Me pone la mano en la rodilla; me sube los dedos por el muslo. El cuerpo entero se me tensa en respuesta. No, aquí no, ahora no. Me ruborizo y me remuevo en el asiento, tratando de zafarme de él. Me agarra el muslo, inmovilizándome. Cojo mi copa de vino, desesperada.

Vuelve miss Coletitas Europeas, toda miradas coquetas y vaivén de caderas, trayendo el plato principal: ternera Wellington, me parece. Por suerte, se limita a servir los platos y se marcha, aunque se entretiene más de la cuenta con el de Christian. Me observa intrigado al verme seguirla con la mirada mientras cierra la puerta del comedor.

—¿Qué tienen de malo los parisinos? —le pregunta Elliot a su hermana—. ¿No sucumbieron a tus encantos?

—Huy, qué va. Además, monsieur Floubert, el ogro para el que trabajaba, era un tirano dominante.

Me da un golpe de tos y casi espurreo el vino.

—Anastasia, ¿te encuentras bien? —me pregunta Christian solícito, quitándome la mano del muslo.

Su voz vuelve a sonar risueña. Oh, menos mal. Asiento con la cabeza y él me da una palmadita suave en la espalda, y no retira la mano hasta que está seguro de que me he recuperado.

La ternera está deliciosa, servida con boniatos asados, zanahoria, calabacín y judías verdes. Me sabe aún mejor porque Christian consigue mantener el buen humor el resto de la comida. Sospecho que por lo bien que estoy comiendo. La conversación fluye entre los Grey, cálida y afectuosa, bromeando unos con otros.

Durante el postre, una mousse de limón, Mia nos obsequia con anécdotas de París y, en un momento dado, empieza a hablar en perfecto francés. Todos nos quedamos mirándola y ella se queda un tanto perpleja, hasta que Christian le explica, en un francés igualmente perfecto, lo que ha hecho, y entonces ella rompe a reír como una boba. Tiene una risa muy contagiosa y enseguida estallamos todos en carcajadas.

Elliot habla largo y tendido de su último proyecto arquitectónico, una nueva comunidad ecológica al norte de Seattle. Miro a Kate y veo que sigue con atención todas y cada una de sus palabras, con los ojos encendidos de deseo o de amor, aún no lo tengo claro. Él le sonrío y es como si se recordaran tácitamente alguna promesa. Luego, nena, le está diciendo él sin hablar, y de pronto estoy excitada, muy excitada. Me acaloro solo de mirarlos.

Suspiro y miro de reojo a mi Cincuenta Sombras. Podría estar mirándolo eternamente. Tiene una barba incipiente y me muero de ganas de rascarla, de sentirla

en mi cara, en mis pechos... en mi entrepierna. Me sonroja el rumbo de mis pensamientos. Me mira y levanta la mano para cogerme del mentón.

—No te muerdas el labio —me susurra con voz ronca—. Me dan ganas de hacértelo.

Grace y Mia recogen las copas del postre y se dirigen a la cocina mientras el señor Grey, Kate y Elliot hablan de las ventajas del uso de paneles solares en el estado de Washington. Christian, fingiéndose interesado en el tema, vuelve a ponerme la mano en la rodilla y empieza a subir por el muslo. Se me entrecorta la respiración y junto las piernas para evitar que llegue más lejos. Detecto su sonrisa pícara.

—¿Quieres que te enseñe la finca? —me pregunta en voz alta.

Sé que debo decir que sí, pero no me fío de él. Sin embargo, antes de que pueda responder, él se pone de pie y me tiende la mano. Poso la mía en ella y noto cómo se me contraen todos los músculos del vientre en respuesta a su mirada oscura y voraz.

—Si me disculpa... —le digo al señor Grey y salgo del comedor detrás de Christian.

Me lleva por el pasillo hasta la cocina, donde Mia y Grace cargan el lavavajillas. A Coletitas Europeas no se la ve por ninguna parte.

—Voy a enseñarle el patio a Anastasia —le dice Christian inocentemente a su madre.

Ella nos indica la salida con una sonrisa mientras Mia vuelve al comedor.

Salimos a un patio de losa gris iluminado por focos incrustados en el suelo. Hay arbustos en maceteros de piedra gris y una mesa metálica muy elegante, con sus

sillas, en un rincón. Christian pasa por delante de ella, sube unos escalones y sale a una amplia extensión de césped que llega hasta la bahía. Madre mía, es precioso. Seattle centellea en el horizonte y la luna fría y brillante de mayo dibuja un resplandeciente sendero plateado en el agua hasta un muelle en el que hay amarrados dos barcos. Junto al embarcadero, hay una casita. Es un lugar tan pintoresco, tan tranquilo... Me detengo, boquiabierta, un instante.

Christian tira de mí y los tacones se me hunden en la hierba tierna.

—Para, por favor.

Lo sigo tambaleándome.

Se detiene y me mira; su expresión es indescifrable.

—Los tacones. Tengo que quitarme los zapatos.

—No te molestes —dice.

Se agacha, me coge y me carga al hombro. Chillo fuerte del susto, y él me da una palmada fuerte en el trasero.

—Baja la voz —gruñe.

Oh, no... esto no pinta bien, a mi subconsciente le tiemblan las piernas. Está enfadado por algo: podría ser por lo de José, lo de Georgia, lo de las bragas, que me haya mordido el labio. Dios, mira que es fácil de enfadar.

—¿Adónde me llevas? —digo.

—Al embarcadero —espeta.

Me agarro a sus caderas, porque estoy cabeza abajo, y él avanza decidido a grandes zancadas por el césped a la luz de la luna.

—¿Por qué?

Me falta el aliento, ahí colgada de su hombro.

—Necesito estar a solas contigo.

—¿Para qué?

—Porque te voy a dar unos azotes y luego te voy a follar.

—¿Por qué? —gimoteo.

—Ya sabes por qué —me susurra furioso.

—Pensé que eras un hombre impulsivo —suplico sin aliento.

—Anastasia, estoy siendo impulsivo, te lo aseguro.
Madre mía.

Christian cruza como un ciclón la puerta de madera de la casita del embarcadero y se detiene a pulsar unos interruptores. Los fluorescentes hacen un clic y zumban secuencialmente, y una luz blanca y cruda inunda el inmenso edificio de madera. Desde mi posición cabeza abajo, veo una impresionante lancha motora en el muelle, flotando suavemente sobre el agua oscura, pero apenas me da tiempo a fijarme antes de que me lleve por unas escaleras de madera hasta un cuarto en el piso de arriba.

Se detiene en el umbral, pulsa otro interruptor — halógenos esta vez, más suaves, con regulador de intensidad—, y estamos en una buhardilla de techos inclinados. Está decorada en el estilo náutico de Nueva Inglaterra: azul marino y tonos crema, con pinceladas de rojo. El mobiliario es escaso; solo veo un par de sofás.

Christian me pone de pie sobre el suelo de madera. No me da tiempo a examinar mi entorno: no puedo dejar de mirarlo a él. Me tiene hipnotizada. Lo observo como uno observaría a un depredador raro y peligroso, a la espera de que ataque. Respira con dificultad, aunque, claro, me ha llevado a cuevas por todo el césped y ha subido un tramo de escaleras. En sus ojos grises arde la rabia, el deseo y una lujuria pura, sin adulterar.

Madre mía. Podría arder por combustión espontánea solo con su mirada.

—No me pegues, por favor —le susurro suplicante.

Frunce el ceño y abre mucho los ojos. Parpadea un par de veces.

—No quiero que me azotes, aquí no, ahora no. Por favor, no lo hagas.

Lo dejo boquiabierto y, echándole valor, alargo la mano tímidamente y le acaricio la mejilla, siguiendo el borde de la patilla hasta la barba de tres días del mentón.

Es una mezcla curiosa entre suave e hirsuta. Cerrando despacio los ojos, apoya la cara en mi mano y se le entrecorta la respiración. Levanto la otra mano y le acaricio el pelo. Me encanta su pelo. Su leve gemido apenas es audible y, cuando abre los ojos, me mira receloso, como si no entendiera lo que estoy haciendo.

Me acerco más y, pegada a él, tiro con suavidad de su pelo, acerco su boca a la mía y lo beso, introduciendo la lengua entre sus labios hasta entrar en su boca.

Gruñe, y me abraza, me aprieta contra su cuerpo. Me hunde las manos en el pelo y me devuelve el beso, fuerte y posesivo. Su lengua y la mía se enredan, se consumen la una a la otra. Sabe de maravilla.

De pronto se aparta. Los dos respiramos con dificultad y nuestros jadeos se suman. Bajo las manos a sus brazos y él me mira furioso.

—¿Qué me estás haciendo? —susurra confundido.

—Besarte.

—Me has dicho que no.

—¿Qué? ¿No a qué?

—En el comedor, cuando has juntado las piernas.

Ah... así que es eso.

—Estábamos cenando con tus padres.

Lo miro fijamente, atónita.

—Nadie me ha dicho nunca que no. Y eso... me excita.

Abre mucho los ojos de asombro y lujuria. Una mezcla embriagadora. Trago saliva instintivamente. Me baja la mano al trasero. Me atrae con fuerza hacia sí, contra su erección.

Madre mía.

—¿Estás furioso y excitado porque te he dicho que no? —digo alucinada.

—Estoy furioso porque no me habías contado lo de Georgia. Estoy furioso porque saliste de copas con ese tío que intentó seducirte cuando estabas borracha y te dejó con un completo desconocido cuando te pusiste enferma. ¿Qué clase de amigo es ese? Y estoy furioso y excitado porque has juntado las piernas cuando he querido tocarte.

Le brillan los ojos peligrosamente mientras me sube despacio el bajo del vestido.

—Te deseo, y te deseo ahora. Y si no me vas a dejar que te azote, aunque te lo mereces, te voy a follar en el sofá ahora mismo, rápido, para darme placer a mí, no a ti.

El vestido apenas me tapa ya el trasero desnudo. De pronto, me coge el sexo con la mano y me mete un dedo muy despacio. Con la otra mano, me sujeta firmemente por la cintura. Contengo un gemido.

—Esto es mío —me susurra con rotundidad—. Todo mío. ¿Entendido?

Introduce y saca el dedo mientras me mira, evaluando mi reacción, con los ojos encendidos.

—Sí, tuyo —digo, mientras el deseo, ardiente y pesado, recorre mi torrente sanguíneo, trastocándolo todo: mis terminaciones nerviosas, mi respiración, mi

corazón, que palpita como si quisiera salirseme del pecho, y la sangre, que me zumba en los oídos.

De pronto se mueve haciendo varias cosas a la vez: saca los dedos dejándome a medias, se baja la cremallera del pantalón, me empuja al sofá y se tumba encima de mí.

—Las manos sobre la cabeza —me ordena apretando los dientes, mientras se arrodilla, me separa más las piernas e introduce la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

Saca un condón, me mira con deseo, se quita la americana a tirones y la deja caer al suelo. Se pone el condón en la imponente erección.

Me llevo las manos a la cabeza y sé que lo hace para que no lo toque. Estoy excitadísima. Noto que mis caderas lo buscan ya; quiero que esté dentro de mí, así, duro y fuerte. Oh, solo de pensarlo...

—No tenemos mucho tiempo. Esto va a ser rápido, y es para mí, no para ti. ¿Entendido? Como te corras, te doy unos azotes —dice apretando los dientes.

Madre mía... ¿y cómo paro?

De un solo empujón, me penetra hasta el fondo. Gruño alto, un sonido gutural, y saboreo la plenitud de su posesión. Pone las manos encima de las mías, sobre mi cabeza; con los codos me mantiene sujetos los brazos, y con las piernas me inmoviliza por completo. Estoy atrapada. Lo tengo por todas partes, envolviéndome, casi asfixiándome. Pero también es una delicia: este es mi poder, esto es lo que le puedo hacer, y me produce una sensación hedonista, triunfante. Se mueve rápido, con furia, dentro de mí; siento su respiración acelerada en el oído y mi cuerpo entero

responde, fundiéndose alrededor de su miembro. No me tengo que correr. No.

Pero recibo cada uno de sus embates, en perfecto contrapunto. Bruscamente y de repente, con una embestida final, para y se corre, soltando el aire entre los dientes.

Se relaja un instante, de forma que siento el peso delicioso de todo su cuerpo sobre mí. No estoy dispuesta a dejarlo marchar; mi cuerpo busca alivio, pero él pesa demasiado y en ese momento no puedo empujar mis caderas contra él. De repente se retira, dejándome dolorida y queriendo más. Me mira furioso.

—No te masturbes. Quiero que te sientas frustrada. Así es como me siento yo cuando no me cuentas las cosas, cuando me niegas lo que es mío.

Se le encienden de nuevo los ojos, enfadado otra vez.

Asiento con la cabeza, jadeando. Se levanta, se quita el condón, le hace un nudo en el extremo y se lo guarda en el bolsillo de los pantalones. Lo miro, con la respiración aún alterada, e involuntariamente aprieto las piernas, tratando de encontrar algo de alivio. Christian se sube la bragueta, se peina un poco con la mano y se agacha para coger su americana. Luego se vuelve a mirarme, con una expresión más tierna.

—Más vale que volvamos a la casa.

Me incorporo, algo inestable, aturdida.

—Toma, ponte esto.

Del bolsillo interior de la americana saca mis bragas. Las cojo sin sonreír; en el fondo sé que me he llevado un polvo de castigo, pero he conseguido una pequeña victoria en el asunto de las bragas. La diosa que llevo

dentro asiente, de acuerdo conmigo, y en su rostro se dibuja una sonrisa de satisfacción. No has tenido que pedirselas.

—¡Christian! —grita Mia desde el piso de abajo.

Christian se vuelve y me mira con una ceja arqueada.

—Justo a tiempo. Dios, qué pesadita es cuando quiere.

Lo miro ceñuda, devuelvo deprisa las braguitas a su legítimo lugar y me levanto con toda la dignidad de la que soy capaz en mi estado. A toda prisa, intento arreglarme el pelo revuelto.

—Estamos aquí arriba, Mia —le grita él—. Bueno, señorita Steele, ya me siento mejor, pero sigo queriendo darle unos azotes —me dice en voz baja.

—No creo que lo merezca, señor Grey, sobre todo después de tolerar su injustificado ataque.

—¿Injustificado? Me has besado.

Se esfuerza por parecer ofendido.

Frunzo los labios.

—Ha sido un ataque en defensa propia.

—Defensa ¿de qué?

—De ti y de ese cosquilleo en la palma de tu mano.

Ladea la cabeza y me sonrío mientras Mia sube ruidosamente las escaleras.

—Pero ¿ha sido tolerable? —me pregunta en voz baja.

Me ruborizo.

—Apenas —susurro, pero no puedo contener la sonrisa de satisfacción.

—Ah, aquí estáis —dice Mia sonriéndonos.

—Le estaba enseñando a Anastasia todo esto.

Christian me tiende la mano; su mirada es intensa.

Acepto su mano y él aprieta suavemente la mía.

—Kate y Elliot están a punto de marcharse. ¿Habéis visto a esos dos? No paran de sobarse. —Mia se finge asqueada, mira a Christian y luego a mí—. ¿Qué habéis estado haciendo aquí?

Vaya, qué directa. Me pongo como un tomate.

—Le estaba enseñando a Anastasia mis trofeos de remo —contesta Christian sin pensárselo un segundo, con cara de póquer total—. Vamos a despedirnos de Kate y Elliot.

¿Trofeos de remo? Tira suavemente de mí hasta situarme delante de él y, cuando Mia se vuelve para salir, me da un azote en el trasero. Ahogo un grito, sorprendida.

—Lo volveré a hacer, Anastasia, y pronto —me amenaza al oído.

Luego me abraza, con mi espalda pegada a su pecho, y me besa el pelo.

De vuelta en la casa, Kate y Elliot se están despidiendo de Grace y el señor Grey. Kate me da un fuerte abrazo.

—Tengo que hablar contigo de lo antipática que eres con Christian —le susurro furiosa al oído, y ella me abraza otra vez.

—Le viene bien un poco de hostilidad; así se ve cómo es en realidad. Ten cuidado, Ana... es demasiado controlador —me susurra—. Te veo luego.

YO SÉ CÓMO ES EN REALIDAD, ¡TÚ NO!, le grito mentalmente. Soy consciente de que lo hace con buena intención, pero a veces se pasa de la raya, y esta vez se ha pasado mucho. La miro ceñuda y ella me saca la

lengua, haciéndome sonreír sin querer. La Kate traviesa es una novedad; será influencia de Elliot. Los despedimos desde la puerta, y Christian se vuelve hacia mí.

—Nosotros también deberíamos irnos... Tienes las entrevistas mañana.

Mia me abraza cariñosamente cuando nos despedimos.

—¡Pensábamos que nunca encontraría una chica! — comenta con entusiasmo.

Yo me sonrojo y Christian vuelve a poner los ojos en blanco. Frunzo los labios. ¿Por qué él sí puede y yo no? Quiero ponerle los ojos en blanco yo también, pero no me atrevo, y menos después de la amenaza en la casita del embarcadero.

—Cuídate, Ana, querida —me dice amablemente Grace.

Christian, avergonzado o frustrado por la efusiva atención que recibo del resto de los Grey, me coge de la mano y me acerca a su lado.

—No me la espantéis ni me la miméis demasiado — protesta.

—Christian, déjate de bromas —lo reprende Grace con indulgencia y una mirada llena de amor por él.

No sé por qué, pero me parece que no bromea. Observo subrepticamente su interacción. Es obvio que Grace lo adora, que siente por él el amor incondicional de una madre. Él se inclina y la besa con cierta rigidez.

—Mamá —dice, y percibo un matiz extraño en su voz... ¿veneración, quizá?

—Señor Grey... adiós y gracias por todo.

Le tiendo la mano, pero también me abraza!

—Por favor, llámame Carrick. Confío en que volvamos a verte muy pronto, Ana.

Terminada la despedida, Christian me lleva hasta el coche, donde nos espera Taylor. ¿Habrá estado esperando ahí todo el tiempo? Taylor me abre la puerta y entro en la parte trasera del Audi.

Noto que los hombros se me relajan un poco. Dios, qué día. Estoy agotada, física y emocionalmente. Tras una breve conversación con Taylor, Christian se sube al coche a mi lado. Se vuelve para mirarme.

—Bueno, parece que también le has caído bien a mi familia —murmura.

¿También? La deprimente idea de por qué me ha invitado me vuelve de forma espontánea e inoportuna a la cabeza. Taylor arranca el coche y se aleja del círculo de luz del camino de entrada para adentrarse en la oscuridad de la carretera. Me giro hacia Christian y lo encuentro mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunta en voz baja.

Titubeo un instante. No... Se lo voy a decir. Siempre se queja de que no le cuento las cosas.

—Me parece que te has visto obligado a traerme a conocer a tus padres —le susurro con voz trémula—. Si Elliot no se lo hubiera propuesto a Kate, tú jamás me lo habrías pedido a mí.

No le veo la cara en la oscuridad, pero ladea la cabeza, sobresaltado.

—Anastasia, me encanta que hayas conocido a mis padres. ¿Por qué eres tan insegura? No deja de asombrarme. Eres una mujer joven, fuerte, independiente, pero tienes muy mala opinión de ti misma. Si no hubiera querido que los conocieras, no

estarías aquí. ¿Así es como te has sentido todo el rato que has estado allí?

¡Vaya! Quería que fuera, y eso es toda una revelación. No parece incomodarlo responderme, como sucedería si me ocultara la verdad. Parece complacido de verdad de que haya ido. Una sensación de bienestar se propaga lentamente por mis venas. Mueve la cabeza y me coge la mano. Yo miro nerviosa a Taylor.

—No te preocupes por Taylor. Contéstame.

Me encojo de hombros.

—Pues sí. Pensaba eso. Y otra cosa, yo solo he comentado lo de Georgia porque Kate estaba hablando de Barbados. Aún no me he decidido.

—¿Quieres ir a ver a tu madre?

—Sí.

Me mira con una expresión extraña, como si librara una especie de lucha interior.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta al fin.

¿Qué?

—Eh... no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Confiaba en poder alejarme un poco de toda esta... intensidad para poder reflexionar.

Se me queda mirando.

—¿Soy demasiado intenso?

Me echo a reír.

—¡Eso es quedarse corto!

A la luz de las farolas que vamos pasando, veo que tuerce la boca.

—¿Se está riendo de mí, señorita Steele?

—No me atrevería, señor Grey —le respondo con fingida seriedad.

—Me parece que sí y creo que sí te ríes de mí, a menudo.

—Es que eres muy divertido.

—¿Divertido?

—Oh, sí.

—¿Divertido por peculiar o por gracioso?

—Uf... mucho de una cosa y algo de la otra.

—¿Qué parte de cada una?

—Te dejo que lo adivines tú.

—No estoy seguro de poder averiguar nada contigo, Anastasia —dice socarrón, y luego prosigue en voz baja—: ¿Sobre qué tienes que reflexionar en Georgia?

—Sobre lo nuestro —susurro.

Me mira fijamente, impasible.

—Dijiste que lo intentarías —murmura.

—Lo sé.

—¿Tienes dudas?

—Puede.

Se revuelve en el asiento, como si estuviera incómodo.

—¿Por qué?

Madre mía. ¿Cómo se ha vuelto tan seria esta conversación de repente? Se me ha echado encima como un examen para el que no estoy preparada. ¿Qué le digo?

Porque creo que te quiero y tú solo me ves como un juguete. Porque no puedo tocarte, porque me aterra demostrarte algo de afecto por si te enfadas, me riñes o, peor aún, me pegas... ¿Qué le digo?

Miro un instante por la ventanilla. El coche vuelve a cruzar el puente. Los dos estamos envueltos en una oscuridad que enmascara nuestros pensamientos y

nuestros sentimientos, pero para eso no nos hace falta que sea de noche.

—¿Por qué, Anastasia? —me insiste.

Me encojo de hombros, atrapada. No quiero perderlo. A pesar de sus exigencias, de su necesidad de control, de sus aterradores vicios. Nunca me había sentido tan viva como ahora. Me emociona estar sentada a su lado. Es tan imprevisible, sexy, listo, divertido... Pero sus cambios de humor... ah, y además quiere hacerme daño. Dice que tendrá en cuenta mis reservas, pero sigue dándome miedo. Cierro los ojos. ¿Qué le digo? En el fondo, querría más, más afecto, más del Christian travieso, más... amor.

Me aprieta la mano.

—Háblame, Anastasia. No quiero perderte. Esta última semana...

Estamos llegando al final del puente y la carretera vuelve a estar bañada en la luz de neón de las farolas, de forma que su rostro se ve intermitentemente en sombras e iluminado. Y la metáfora resulta tan acertada. Este hombre, al que una vez creí un héroe romántico, un caballero de resplandeciente armadura, o el caballero oscuro, como dijo él mismo, no es un héroe, sino un hombre con graves problemas emocionales, y me está arrastrando a su lado oscuro. ¿No podría yo llevarlo hasta la luz?

—Sigo queriendo más —le susurro.

—Lo sé —dice—. Lo intentaré.

Lo miro extrañada y él me suelta la mano y me coge la barbilla, soltándome el labio que me estaba mordiendo.

—Por ti, Anastasia, lo intentaré.

Irradia sinceridad.

Y no hace falta que me diga más. Me desabrocho el cinturón de seguridad, me acerco a él y me subo a su regazo, cogiéndolo completamente por sorpresa.

Enrosco los brazos alrededor de su cuello y lo beso con intensidad, con vehemencia y en un nanosegundo él me responde.

—Quédate conmigo esta noche —me dice—. Si te vas, no te veré en toda la semana. Por favor.

—Sí —accedo—. Yo también lo intentaré. Firmaré el contrato.

Lo decido sin pensar.

Me mira fijamente.

—Firma después de Georgia. Piénsatelo. Piénsatelo mucho, nena.

—Lo haré.

Y seguimos así sentados dos o tres kilómetros.

—Deberías ponerte el cinturón de seguridad —susurra reprobadoramente con la boca hundida en mi cabello, pero no hace ningún ademán de retirarme de su regazo.

Me acurruco contra su cuerpo, con los ojos cerrados, con la nariz en su cuello, embebiéndome de esa fragancia sexy a gel de baño almizclado y a Christian, apoyando la cabeza en su hombro. Dejo volar mi imaginación y fantaseo con que me quiere. Ah... y parece tan real, casi tangible, que una parte pequeñísima de mi desagradable subconsciente se comporta de forma completamente inusual y se atreve a albergar esperanzas. Procuro no tocarle el pecho, pero me refugio en sus brazos mientras me abraza con fuerza.

Y demasiado pronto, me veo arrancada de mi quimera.

—Ya estamos en casa —murmura Christian, y la frase resulta tentadora, cargada de potencial.

En casa, con Christian. Salvo que su casa es una galería de arte, no un hogar.

Taylor nos abre la puerta y yo le doy las gracias tímidamente, consciente de que ha podido oír nuestra conversación, pero su amable sonrisa tranquiliza sin revelar nada. Una vez fuera del coche, Christian me escudriña. Oh, no, ¿qué he hecho ahora?

—¿Por qué no llevas chaqueta?

Se quita la suya, ceñudo, y me la echa por los hombros.

Siento un gran alivio.

—La tengo en mi coche nuevo —contesto adormilada y bostezando.

Me sonrío maliciosamente.

—¿Cansada, señorita Steele?

—Sí, señor Grey. —Me siento turbada ante su provocador escrutinio. Aun así, creo que debo darle una explicación—. Hoy me han convencido de que hiciera cosas que jamás había creído posibles.

—Bueno, si tienes muy mala suerte, a lo mejor consigo convencerte de hacer alguna cosa más — promete mientras me coge de la mano y me lleva dentro del edificio.

Madre mía... ¿Otra vez?

En el ascensor, lo miro. Había dado por supuesto que quería que durmiera con él y ahora recuerdo que él no duerme con nadie, aunque lo haya hecho conmigo unas cuantas veces. Frunzo el ceño y, de pronto, su mirada se

oscurece. Levanta la mano y me coge la barbilla, soltándome el labio que me mordía.

—Algún día te follaré en este ascensor, Anastasia, pero ahora estás cansada, así que creo que nos conformaremos con la cama.

Inclinándose, me muerde el labio inferior con los dientes y tira suavemente. Me derrito contra su cuerpo y dejo de respirar a la vez que las entrañas se me revuelven de deseo. Le correspondo, clavándole los dientes en el labio superior, provocándole, y él gruñe. Cuando se abren las puertas del ascensor, me lleva de la mano hacia el vestíbulo y cruzamos la puerta de doble hoja hasta el pasillo.

—¿Necesitas una copa o algo?

—No.

—Bien. Vámonos a la cama.

Arqueo las cejas.

—¿Te vas a conformar con una simple y aburrida relación vainilla?

Ladea la cabeza.

—Ni es simple ni aburrida... tiene un sabor fascinante —dice.

—¿Desde cuándo?

—Desde el sábado pasado. ¿Por qué? ¿Esperabas algo más exótico?

La diosa que llevo dentro asoma la cabeza por el borde de la barricada.

—Ay, no. Ya he tenido suficiente exotismo por hoy.

La diosa que llevo dentro me hace pucheros, sin lograr en absoluto ocultar su desilusión.

—¿Seguro? Aquí tenemos para todos los gustos... por lo menos treinta y un sabores.

Me sonrío lascivo.

—Ya lo he observado —replico con sequedad.

Menea la cabeza.

—Venga ya, señorita Steele, mañana le espera un gran día. Cuanto antes se acueste, antes la follaré y antes podrá dormirse.

—Es usted todo un romántico, señor Grey.

—Y usted tiene una lengua viperina, señorita Steele. Voy a tener que someterla de alguna forma. Ven.

Me lleva por el pasillo hasta su dormitorio y abre la puerta de una patada.

—Manos arriba —me ordena.

Obedezco y, con un solo movimiento pasmosamente rápido, me quita el vestido como un mago, agarrándolo por el bajo y sacándomelo suavemente por la cabeza.

—¡Tachán! —dice travieso.

Río y aplaudo educadamente. Él hace una elegante reverencia, riendo también. ¿Cómo voy a resistirme a él cuando es así? Deja mi vestido en la silla solitaria que hay junto a la cómoda.

—¿Cuál es el siguiente truco? —inquiero provocadora.

—Ay, mi querida señorita Steele. Métete en la cama —gruñe—, que enseguida lo vas a ver.

—¿Crees que por una vez debería hacerme la dura? —pregunto coqueta.

Abre mucho los ojos, asombrado, y veo en ellos un destello de excitación.

—Bueno... la puerta está cerrada; no sé cómo vas a evitarme —dice burlón—. Me parece que el trato ya está hecho.

—Pero soy buena negociadora.

—Y yo. —Me mira, pero, al hacerlo, su expresión cambia; la confusión se apodera de él y la atmósfera de la habitación varía bruscamente, tensándose—. ¿No quieres follar? —pregunta.

—No —digo.

—Ah.

Frunce el ceño.

Vale, allá va... respira hondo.

—Quiero que me hagas el amor.

Se queda inmóvil y me mira alucinado. Su expresión se oscurece. Mierda, esto no pinta bien. ¡Dale un minuto!, me espeta mi subconsciente.

—Ana, yo...

Se pasa las manos por el pelo. Las dos. Está verdaderamente desconcertado.

—Pensé que ya lo habíamos hecho —dice al fin.

—Quiero tocarte.

Se aparta un paso de mí, involuntariamente; por un instante parece asustado, luego se refrena.

—Por favor —le susurro.

Se recupera.

—Ah, no, señorita Steele, ya le he hecho demasiadas concesiones esta noche. La respuesta es no.

—¿No?

—No.

Vaya, contra eso no puedo discutir... ¿o sí?

—Mira, estás cansada, y yo también. Vámonos a la cama y ya está —dice, observándome con detenimiento.

—¿Así que el que te toquen es uno de tus límites infranqueables?

—Sí. Ya lo sabes.

—Dime por qué, por favor.

—Ay, Anastasia, por favor. Déjalo ya —masculla exasperado.

—Es importante para mí.

Vuelve a pasarse ambas manos por el pelo y maldice por lo bajo. Da media vuelta y se acerca a la cómoda, saca una camiseta y me la tira. La cojo, pensativa.

—Póntela y métete en la cama —me espeta molesto.

Frunzo el ceño, pero decido complacerlo. Volviéndome de espaldas, me quito rápidamente el sujetador y me pongo la camiseta lo más rápido que puedo para cubrir mi desnudez. Me dejo las bragas puestas... he ido sin ellas casi toda la noche.

—Necesito ir al baño —digo con un hilo de voz.

Frunce el ceño, aturdido.

—¿Ahora me pides permiso?

—Eh... no.

—Anastasia, ya sabes dónde está el baño. En este extraño momento de nuestro acuerdo, no necesitas permiso para usarlo.

No puede ocultar su enfado. Se quita la camiseta y yo me meto corriendo en el baño.

Me miro en el espejo gigante, asombrada de seguir teniendo el mismo aspecto. Después de todo lo que he hecho hoy, ahí está la misma chica corriente de siempre mirándome pasmada. ¿Qué esperabas, que te salieran cuernos y una colita puntiaguda?, me espeta mi subconsciente. ¿Y qué narices haces? Las caricias son uno de sus límites infranqueables. Demasiado pronto, imbécil. Para poder correr tiene que andar primero. Mi subconsciente está furiosa, su ira es como la de Medusa: el pelo ondeante, las manos aferrándose la cara como en El grito de Edvard Munch. La ignoro, pero se niega a

volver a su caja. Estás haciendo que se enfade; piensa en todo lo que ha dicho, hasta dónde ha cedido. Miro ceñuda mi reflejo. Necesito poder ser cariñosa con él, entonces quizá él me corresponda.

Niego con la cabeza, resignada, y cojo el cepillo de dientes de Christian. Mi subconsciente tiene razón, claro. Lo estoy agobiando. Él no está preparado y yo tampoco. Hacemos equilibrios sobre el delicado balancín de nuestro extraño acuerdo, cada uno en un extremo, vacilando, y el balancín se inclina y se mece entre los dos. Ambos necesitamos acercarnos más al centro. Solo espero que ninguno de los dos se caiga al intentarlo. Todo esto va muy rápido. Quizá necesite un poco de distancia. Georgia cada vez me atrae más. Cuando estoy empezando a lavarme los dientes, llama a la puerta.

—Pasa —espurreo con la boca llena de pasta.

Christian aparece en el umbral de la puerta con ese pantalón de pijama que se le desliza por las caderas y que hace que todas las células de mi organismo se pongan en estado de alerta. Lleva el torso descubierto y me embebo como si estuviera muerta de sed y él fuera agua clara de un arroyo de montaña. Me mira impasible, luego sonrío satisfecho y se sitúa a mi lado. Nuestros ojos se encuentran en el espejo, gris y azul. Termino con su cepillo de dientes, lo enjuago y se lo doy, sin dejar de mirarlo. Sin mediar palabra, coge el cepillo y se lo mete en la boca. Le sonrío yo también y, de repente, me mira con un brillo risueño en los ojos.

—Si quieres, puedes usar mi cepillo de dientes —me dice en un dulce tono jocoso.

—Gracias, señor —sonrío con ternura y salgo al dormitorio.

A los pocos minutos viene él.

—Que sepas que no es así como tenía previsto que fuera esta noche —masculla malhumorado.

—Imagina que yo te dijera que no puedes tocarme.

Se mete en la cama y se sienta con las piernas cruzadas.

—Anastasia, ya te lo he dicho. De cincuenta mil formas. Tuve un comienzo duro en la vida; no hace falta que te llene la cabeza con toda esa mierda. ¿Para qué?

—Porque quiero conocerte mejor.

—Ya me conoces bastante bien.

—¿Cómo puedes decir eso?

Me pongo de rodillas, mirándolo.

Me pone los ojos en blanco, frustrado.

—Estás poniendo los ojos en blanco. La última vez que yo hice eso terminé tumbada en tus rodillas.

—Huy, no me importaría volver a hacerlo.

Eso me da una idea.

—Si me lo cuentas, te dejo que lo hagas.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Me estás haciendo una oferta? —me pregunta pasmado e incrédulo.

Asiento con la cabeza. Sí... esa es la forma

—Negociando.

—Esto no va así, Anastasia.

—Vale. Cuéntamelo y luego te pongo los ojos en blanco.

Ríe y percibo un destello del Christian despreocupado. Hacía un rato que no lo veía. Se pone serio otra vez.

—Siempre tan ávida de información. —Me mira pensativo. Al poco, se baja con elegancia de la cama—. No te vayas —dice, y sale del dormitorio.

La inquietud me atraviesa como una lanza, y me abrazo a mi propio cuerpo. ¿Qué hace? ¿Tendrá algún plan malvado? Mierda. Supón que vuelve con una vara o algún otro instrumento de perversión? Madre mía, ¿qué voy a hacer entonces? Cuando vuelve, lleva algo pequeño en las manos. No veo lo que es, pero me muero de curiosidad.

—¿A qué hora es tu primera entrevista de mañana? —pregunta en voz baja.

—A las dos.

Lentamente se dibuja en su rostro una sonrisa perversa.

—Bien.

Y ante mis ojos, cambia sutilmente. Se vuelve duro, intratable... sensual. Es el Christian dominante.

—Sal de la cama. Ponte aquí de pie. —Señala a un lado de la cama y yo me bajo y me coloco en un abrir y cerrar de ojos. Me mira fijamente, y en sus ojos brilla una promesa—. ¿Confías en mí? —me pregunta en voz baja.

Asiento con la cabeza. Me tiende la mano y en la palma lleva dos bolas de plata redondas y brillantes unidas por un grueso hilo negro.

—Son nuevas —dice con énfasis.

Lo miro inquisitiva.

—Te las voy a meter y luego te voy a dar unos azotes, no como castigo, sino para darte placer y dármelo yo.

Se interrumpe y sopesa la reacción de mis ojos muy abiertos.

¡Metérmelas! Ahogo un jadeo y se tensan todos los músculos de mi vientre. La diosa que llevo dentro está haciendo la danza de los siete velos.

—Luego follaremos y, si aún sigues despierta, te contaré algunas cosas sobre mis años de formación. ¿De acuerdo?

¡Me está pidiendo permiso! Con la respiración acelerada, asiento. Soy incapaz de hablar.

—Buena chica. Abre la boca.

¿La boca?

—Más.

Con mucho cuidado, me mete las bolas en la boca.

—Necesitan lubricación. Chúpalas —me ordena con voz dulce.

Las bolas están frías, son lisas y pesan muchísimo, y tienen un sabor metálico. Mi boca seca se llena de saliva cuando explora los objetos extraños. Los ojos de Christian no se apartan de los míos. Dios mío, me estoy excitando. Me estremezco.

—No te muevas, Anastasia —me advierte—. Para.

Me las saca de la boca. Se acerca a la cama, retira el edredón y se sienta al borde.

—Ven aquí.

Me sitúo delante de él.

—Date la vuelta, inclínate hacia delante y agárrate los tobillos.

Lo miro extrañada y su expresión se oscurece.

—No titubees —me regaña con fingida serenidad y se mete las bolas en la boca.

Joder, esto es más sexy que la pasta de dientes. Sigo sus órdenes inmediatamente. Uf, ¿me llegaré a los tobillos? Descubro que sí, con facilidad. La camiseta se me escurre por la espalda, dejando al descubierto mi trasero. Menos mal que me he dejado las bragas puestas, aunque supongo que no me van a durar mucho.

Me posa la mano con reverencia en el trasero y me lo acaricia suavemente. Entre mis piernas solo atisbo a ver las suyas, nada más. Cierro los ojos con fuerza cuando me aparta con delicadeza las bragas y me pasea un dedo despacio por el sexo. Mi cuerpo se prepara con una mezcla embriagadora de gran impaciencia y excitación. Me mete un dedo y lo mueve en círculos con deliciosa lentitud. Oh, qué gusto. Gimo.

Se me entrecorta la respiración y lo oigo gemir mientras repite el movimiento. Retira el dedo y muy despacio inserta los objetos, primero una bola, luego la otra.

Madre mía. Están a la temperatura del cuerpo, calentadas por nuestras bocas. Es una curiosa sensación: una vez que están dentro, no me las siento, aunque sé que están ahí.

Me recoloca las bragas, se inclina hacia delante y sus labios depositan un beso tierno en mi trasero.

—Ponte derecha —me ordena y, temblorosa, me enderezo.

¡Huy! Ahora sí que las siento... o algo. Me agarra por las caderas para sujetarme mientras recupero el equilibrio.

—¿Estás bien? —me pregunta muy serio.

—Sí.

—Vuélvete.

Me giro hacia él.

Las bolas tiran hacia abajo y, sin querer, mi vientre se contrae alrededor de ellas. La sensación me sobresalta, pero no en el mal sentido de la palabra.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Raro.

—¿Raro bueno o raro malo?

—Raro bueno —confieso ruborizándome.

—Bien. —Asoma a sus ojos un vestigio de humor—.

Quiero un vaso de agua. Ve a traerme uno, por favor.

Oh.

—Y cuando vuelvas, te tumbaré en mis rodillas.

Piensa en eso, Anastasia.

¿Agua? Quiere agua ahora? ¿Para qué?

Cuando salgo del dormitorio, me queda clarísimo por qué quiere que me pasee; al hacerlo, las bolas me pesan dentro, me masajean internamente. Es una sensación muy rara y no del todo desagradable. De hecho, se me acelera la respiración cuando me estiro para coger un vaso del armario de la cocina, y ahogo un jadeo. Madre mía. Igual tendría que dejarme esto puesto. Hacen que me sienta deseada.

Cuando vuelvo, me observa detenidamente.

—Gracias —dice, y me coge el vaso de agua.

Despacio, da un sorbo y deja el vaso en la mesita de noche. En ella hay un condón, listo y esperando, como yo. Entonces sé que está haciendo esto para generar expectación. El corazón se me ha acelerado un poco. Centra su mirada de ojos grises en mí.

—Ven. Ponte a mi lado. Como la otra vez.

Me acerco a él, la sangre me zumba por todo el cuerpo, y esta vez... estoy caliente. Excitada.

—Pídemelo —me dice en voz baja.

Frunzo el ceño. ¿Que le pida el qué?

—Pídemelo —repite, algo más duro.

¿El qué? ¿Un poco de agua? ¿Qué quiere?

—Pídemelo, Anastasia. No te lo voy a repetir más.

Hay una amenaza velada en sus palabras, y entonces caigo. Quiere que le pida que me dé unos azotes.

Madre mía. Me mira expectante, con la mirada cada vez más fría. Mierda.

—Azótame, por favor... señor —susurro.

Cierra los ojos un instante, saboreando mis palabras. Alarga el brazo, me agarra la mano izquierda y, tirando de mí, me arrastra a sus rodillas. Me dejo caer sobre su regazo, y me sujeta. Se me sube el corazón a la boca cuando empieza a acariciarme el trasero. Me tiene ladeada otra vez, de forma que mi torso descansa en la cama, a su lado. Esta vez no me echa la pierna por encima, sino que me aparta el pelo de la cara y me lo recoge detrás de la oreja. Acto seguido, me agarra el pelo a la altura de la nuca para sujetarme bien. Tira suavemente y echo la cabeza hacia atrás.

—Quiero verte la cara mientras te doy los azotes, Anastasia —murmura sin dejar de frotarme suavemente el trasero.

Desliza la mano entre mis nalgas y me aprieta el sexo, y la sensación global es... Gimo. Oh, la sensación es exquisita.

—Esta vez es para darnos placer, Anastasia, a ti y a mí —susurra.

Levanta la mano y la baja con una sonora palmada en la confluencia de los muslos, el trasero y el sexo. Las bolas se impulsan hacia delante, dentro de mí, y me

pierdo en un mar de sensaciones: el dolor del trasero, la plenitud de las bolas en mi interior y el hecho de que me esté sujetando. Mi cara se contrae mientras mis sentidos tratan de digerir todas estas sensaciones nuevas. Registro en alguna parte de mi cerebro que no me ha atizado tan fuerte como la otra vez. Me acaricia el trasero otra vez, paseando la mano abierta por mi piel, por encima de la ropa interior.

¿Por qué no me ha quitado las bragas? Entonces su mano desaparece y vuelve a azotarme. Gimo al propagarse la sensación. Inicia un patrón de golpes: izquierda, derecha y luego abajo. Los de abajo son los mejores. Todo se mueve hacia delante en mi interior, y entre palmadas, me acaricia, me manosea, de forma que es como si me masajeara por dentro y por fuera. Es una sensación erótica muy estimulante y, por alguna razón, porque soy yo la que ha impuesto las condiciones, no me preocupa el dolor. No es doloroso en sí... bueno, sí, pero no es insoportable. Resulta bastante manejable y, sí, placentero... incluso. Gruño. Sí, con esto sí que puedo.

Hace una pausa para bajarme despacio las bragas. Me retuerzo en sus piernas, no porque quiera escapar de los golpes sino porque quiero más... liberación, algo.

Sus caricias en mi piel sensibilizada se convierten en un cosquilleo de lo más sensual. Resulta abrumador, y empieza de nuevo. Unas cuantas palmadas suaves y luego cada vez más fuertes, izquierda, derecha y abajo. Oh, esos de abajo. Gimo.

—Buena chica, Anastasia —gruñe, y se altera su respiración.

Me azota un par de veces más, luego tira del pequeño cordel que sujeta las bolas y me las saca de un

tirón. Casi alcanzo el clímax; la sensación que me produce no es de este mundo. Con movimientos rápidos, me da la vuelta suavemente. Oigo, más que ver, cómo rompe el envoltorio del condón y, de pronto, lo tengo tumbado a mi lado. Me coge las manos, me las sube por encima de la cabeza y se desliza sobre mí, dentro de mí, despacio, ocupando el lugar que han dejado vacío las bolas. Gimo con fuerza.

—Oh, nena —me susurra mientras retrocede y avanza a un ritmo lento y sensual, saboreándome, sintiéndome.

Es la manera más suave en que me lo ha hecho nunca, y no tardo nada en caer por el precipicio, presa de una espiral de delicioso, violento y agotador orgasmo.

Cuando me contraigo a su alrededor, disparo su propio clímax, y se desliza dentro de mí, sosegándose, pronunciando mi nombre entre jadeos, fruto de un asombro prodigioso y desesperado.

—¡Ana!

Guarda silencio, jadeando encima de mí, con las manos aún trenzadas en las mías por encima de mi cabeza. Por fin se vuelve y me mira.

—Me ha gustado —susurra, y me besa tiernamente.

No se entretiene con más besos dulces, sino que se levanta, me tapa con el edredón y se mete en el baño. Cuando vuelve, trae un frasco de loción blanca. Se sienta en la cama a mi lado.

—Date la vuelta —me ordena y, a regañadientes, me pongo boca abajo.

La verdad, no sé para qué tanto lío. Tengo mucho sueño.

—Tienes el culo de un color espléndido —dice en tono aprobador, y me extiende la loción refrescante por el trasero sonrosado.

—Déjalo ya, Grey —digo bostezando.

—Señorita Steele, es usted única estropeando un momento.

—Teníamos un trato.

—¿Cómo te sientes?

—Estafada.

Suspira, se tiende en la cama a mi lado y me estrecha en sus brazos. Con cuidado de no rozarme el trasero escocido, vuelve a hacerme la cucharita. Me besa muy suavemente detrás de la oreja.

—La mujer que me trajo al mundo era una puta adicta al crack, Anastasia. Duérmete.

Dios mío... ¿y eso qué significa?

—¿Era?

—Murió.

—¿Hace mucho?

Suspira.

—Murió cuando yo tenía cuatro años. No la recuerdo. Carrick me ha dado algunos detalles. Solo recuerdo ciertas cosas. Por favor, duérmete.

—Buenas noches, Christian.

—Buenas noches, Ana.

Y me duermo, aturdida y agotada, y sueño con un niño de cuatro años y ojos grises en un lugar oscuro, terrible y triste.

Hay luz por todas partes. Una luz intensa, cálida, penetrante, y me esfuerzo por mantenerla a raya unos cuantos minutos más. Quiero esconderme, solo unos minutos más, pero el resplandor es demasiado fuerte y, al final, sucumbo al despertar. Una gloriosa mañana de Seattle me saluda: el sol entra por el ventanal e inunda la habitación de una luz demasiado intensa. ¿Por qué no bajamos las persianas anoche? Estoy en la enorme cama de Christian Grey, pero él no está.

Me quedo tumbada un rato, contemplando por el ventanal desde mi encumbrada y privilegiada posición el perfil urbano de Seattle. La vida en las nubes produce desde luego una sensación de irrealidad. Una fantasía — un castillo en el aire, alejado del suelo, a salvo de la cruda realidad— lejos del abandono, del hambre, de madres que se prostituyen por crack. Me estremezco al pensar lo que debió de pasar de niño, y entiendo por qué vive aquí, aislado, rodeado de belleza, de valiosas obras de arte, tan alejado de sus comienzos... toda una declaración de intenciones. Frunzo el ceño, porque eso sigue sin explicar por qué no puedo tocarlo.

Curiosamente, yo me siento igual aquí arriba, en su torre de marfil. Lejos de la realidad. Estoy en este piso de fantasía, teniendo un sexo de fantasía con mi novio de fantasía, cuando la cruda realidad es que él quiere un contrato especial, aunque diga que intentará darme más. ¿Qué significa eso? Eso es lo que tengo que aclarar entre nosotros, para ver si aún estamos en extremos opuestos del balancín o nos vamos acercando.

Salgo de la cama sintiéndome agarrotada y, a falta de una expresión mejor, bien machacada. Sí, debe de ser de tanto sexo. Mi subconsciente frunce los labios en señal de desaprobación. Yo le pongo los ojos en blanco, alegrándome de que cierto obseso del control de mano muy suelta no esté en la habitación, y decido preguntarle por el entrenador personal. Eso, si firmo. La diosa que llevo dentro me mira desesperada. Pues claro que vas a firmar. Las ignoro a las dos y, tras una visita rápida al baño, salgo en busca de Christian.

No está en la galería de arte, pero una mujer elegante de mediana edad está limpiando en la zona de la cocina. Al verla, me paro en seco. Es rubia, lleva el pelo corto y tiene los ojos azules; viste una impecable blusa blanca y lisa y una falda de tubo azul marino. Esboza una amplia sonrisa al verme.

—Buenos días, señorita Steele. ¿Le apetece desayunar? —me pregunta en un tono agradable pero profesional, y yo alucino.

¿Qué hace esta atractiva rubia en la cocina de Christian? No llevo puesta más que la camiseta que me dejó. Me siento cohibida por mi desnudez.

—Me temo que juega usted con ventaja —digo en voz baja, incapaz de ocultar la angustia que me produce.

—Ah, lo siento muchísimo... Soy la señora Jones, el ama de llaves del señor Grey.

Ah.

—¿Qué tal? —consigo decir.

—¿Le apetece desayunar, señora?

¡Señora!

—Me gustaría tomar un poco de té, gracias. ¿Sabe dónde está el señor Grey?

—En su estudio.

—Gracias.

Salgo disparada hacia el estudio, muerta de vergüenza. ¿Por qué Christian solo contrata a rubias atractivas? Y una idea desagradable me viene a la cabeza: ¿serán todas ex sumisas? Me niego a acariciar una idea tan espantosa. Asomo la cabeza tímidamente por la puerta. Está al teléfono, de cara al ventanal, vestido con pantalones negros y camisa blanca. Aún tiene el pelo mojado de la ducha y eso me distrae por completo de mis pensamientos negativos.

—Salvo que mejore el balance de pérdidas y ganancias de la compañía, no me interesa, Ros. No vamos a cargar con un peso muerto. No me pongas más excusas tontas. Que me llame Marco, es todo o nada. Sí, dile a Barney que el prototipo pinta bien, aunque la interfaz no me convence. No, le falta algo. Quiero verlo esta tarde para discutirlo. A él y a su equipo; podemos hacer una tormenta de ideas. Vale. Pásame con Andrea otra vez. —Espera, mirando por el ventanal, amo y señor del universo contemplando a la pobre gente bajo su castillo en el cielo—. Andrea...

Al levantar la vista, me ve en la puerta. Una sensual sonrisa se extiende lentamente por su hermoso rostro, y me quedo sin habla al tiempo que se me derriten las entrañas. Es sin lugar a dudas el hombre más hermoso del planeta, demasiado hermoso para los seres vulgares de allá abajo, demasiado hermoso para mí. No, la diosa que llevo dentro me mira ceñuda, demasiado hermoso para mí, no. En cierto modo, es mío... de momento. La idea me produce un escalofrío y disipa mi irracional inseguridad.

Sigue hablando, sin dejar de mirarme.

—Cancela toda mi agenda de esta mañana, pero que me llame Bill. Estaré allí a las dos. Tengo que hablar con Marco esta tarde, eso me llevará al menos media hora. Ponme a Barney y a su equipo después de Marco, o quizá mañana, y búscame un hueco para quedar con Claude todos los días de esta semana. Dile que espere. Ah. No, no quiero publicidad para Darfur. Dile a Sam que se encargue él de eso. No. ¿Qué evento? ¿El sábado que viene? Espera.»¿Cuándo vuelves de Georgia? —me pregunta.

—El viernes.

Retoma la conversación telefónica.

—Necesitaré una entrada más, porque voy acompañado. Sí, Andrea, eso es lo que he dicho, acompañado, la señorita Anastasia Steele vendrá conmigo. Eso es todo. —Cuelga—. Buenos días, señorita Steele.

—Señor Grey —sonrió tímidamente.

Rodea el escritorio con su habitual elegancia y se sitúa delante de mí. Me acaricia suavemente la mejilla con el dorso de los dedos.

—No quería despertarte, se te veía tan serena. ¿Has dormido bien?

—He descansado, gracias. Solo he venido a saludar antes de darme una ducha.

Lo miro, me embebo de él. Se inclina y me besa con suavidad, y no puedo controlarme. Me cuelgo de su cuello y mis dedos se enredan en su pelo aún húmedo.

Con el cuerpo pegado al suyo, le devuelvo el beso. Lo deseo. Mi ataque lo toma por sorpresa, pero, tras un instante, responde con un grave gruñido gutural. Desliza

las manos por mi pelo y desciende por la espalda para agarrarme el trasero desnudo, explorándome la boca con la lengua. Se aparta, con los ojos entrecerrados.

—Vaya, parece que el descanso te ha sentado bien — murmura—. Te sugiero que vayas a ducharte, ¿o te echo un polvo ahora mismo encima de mi escritorio?

—Prefiero lo del escritorio —le susurro temeraria mientras el deseo invade mi organismo como la adrenalina, despertándolo todo a su paso.

Me mira perplejo un milisegundo.

—Esto le gusta de verdad, ¿no, señorita Steele? Te estás volviendo insaciable —masculla.

—Lo que me gusta eres tú —le digo.

Sus ojos se agrandan y se oscurecen mientras me masajea el trasero desnudo.

—Desde luego, solo yo —gruñe, y de pronto, con un movimiento rápido, aparta todos los planos y documentos del escritorio, que se esparcen por el suelo, y luego me coge en brazos y me tumba en el lado corto de la mesa, de forma que la cabeza casi me cuelga por el borde—. Tú lo has querido, nena —masculla, sacándose un preservativo del bolsillo del pantalón al tiempo que se baja la cremallera.

Vaya con el boyscout. Desliza el condón por su miembro erecto y me mira.

—Espero que estés lista —dice con una sonrisa lasciva.

Y en un instante está dentro de mí y, sujetándome con fuerza las muñecas a los costados, me penetra hasta el fondo.

Gimo... oh, sí.

—Dios, Ana. Sí que estás lista —susurra con veneración.

Enroscándole las piernas en la cintura, lo abrazo de la única forma que puedo mientras él, de pie, me mira, con un brillo intenso en esos ojos grises, apasionado y posesivo. Empieza a moverse, a moverse de verdad. Esto no es hacer el amor, esto es follar, y me encanta. Gimo. Es tan crudo, tan carnal, me excita tanto. Gozo de su penetración, su pasión sacia la mía. Se mueve con facilidad, gozándome, disfrutando de mí, con la boca algo abierta a medida que se le acelera la respiración.

Gira las caderas de un lado a otro y me produce una sensación deliciosa.

Cierro los ojos, notando que se aproxima el clímax, esa deliciosa avalancha lenta y creciente, que me eleva más y más hasta el castillo en el aire. Oh, sí... su empuje aumenta un poco. Gimo fuerte. Soy toda sensación, toda él; disfruto de cada embate, de cada vez que me llega hasta el fondo. Coge ritmo, empuja más rápido, más fuerte, y todo mi cuerpo se mueve a su compás, y noto que se me agarrotan las piernas, y mis entrañas se estremecen y se aceleran.

—Vamos, nena, dámelo todo —me incita entre dientes, y el deseo ardiente de su voz, la tensión, me abocan al precipicio.

Lanzo una súplica silenciosa y apasionada cuando toco el sol y me quemo, y me desplomo a su alrededor, caigo, de vuelta a una cima intensa y luminosa en la Tierra. Embiste y para en seco al llegar al clímax y, tirándome de las muñecas, se desploma con elegancia, calladamente, sobre mí.

Uau... esto no me lo esperaba. Poco a poco, vuelvo a materializarme en la Tierra.

—¿Qué diablos me estás haciendo? —dice besuqueándome el cuello—. Me tienes completamente hechizado, Ana. Ejerces alguna magia poderosa.

Me suelta las muñecas y le paso los dedos por el pelo, descendiendo de las alturas. Aprieto las piernas alrededor de su cintura.

—Soy yo la hechizada —susurro.

Me mira, me contempla, con expresión desconcertada, alarmada incluso. Poniéndome las manos a ambos lados de la cara, me sujeta la cabeza.

—Tú... eres... mía —dice, marcando bien cada palabra—. ¿Entendido?

Lo dice tan serio, tan exaltado... con tal fanatismo. La fuerza de su súplica me resulta tan inesperada, tan apabullante. Me pregunto por qué se siente así.

—Sí, tuya —le susurro, completamente desconcertada por su fervor.

—¿Seguro que tienes que irte a Georgia?

Asiento despacio. Y, en ese breve instante, veo alterarse su expresión y noto cómo cambia su actitud. Se retira bruscamente y yo hago una mueca de dolor.

—¿Te duele? —pregunta inclinándose sobre mí.

—Un poco —confieso.

—Me gusta que te duela. —Sus ojos abrasan—. Te recordará que he estado ahí, solo yo.

Me coge por la barbilla y me besa con violencia, luego se endereza y me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Miro el envoltorio del condón que tengo al lado.

—Siempre preparado —murmuro.

Me mira confundido mientras se sube la bragueta. Sostengo en alto el envoltorio vacío.

—Un hombre siempre puede tener esperanzas, Anastasia, incluso sueña, y a veces los sueños se hacen realidad.

Suena tan raro, con esa mirada encendida. No lo entiendo. Mi dicha poscoital se esfuma rápidamente. ¿Qué problema tiene?

—Así que hacerlo en tu escritorio... ¿era un sueño? — le pregunto con sequedad, probando a bromear para aliviar la tensión que hay entre nosotros.

Me dedica una sonrisa enigmática que no le llega a los ojos y sé inmediatamente que no es la primera vez que lo ha hecho en su escritorio. La idea me desagrada.

Me retuerzo incómoda al tiempo que mi dicha poscoital se esfuma del todo.

—Más vale que vaya a darme una ducha.

Me levanto y me dispongo a marcharme.

Frunce el ceño y se pasa una mano por el pelo.

—Tengo un par de llamadas más que hacer. Desayunaré contigo cuando salgas de la ducha. Creo que la señora Jones te ha lavado la ropa de ayer. Está en el armario.

¿Qué? ¿Cuándo lo ha hecho? Por Dios, ¿nos habrá oído? Me ruborizo.

—Gracias —murmuro.

—No se merecen —dice automáticamente, pero noto cierto tonillo en su voz.

—No te estoy dando las gracias por follarme. Aunque ha sido muy...

—¿Qué? —me suelta, y entonces me doy cuenta de que estoy frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que estás siendo aún más raro de lo habitual.

—¿Te parezco raro?

Trata de reprimir una sonrisa.

—A veces.

Me estudia un instante, pensativo.

—Como de costumbre, me sorprende, señorita Steele.

—¿En qué le sorprendo?

—Digamos que esto ha sido un regalito inesperado.

—La idea es complacernos, señor Grey.

Ladeo la cabeza como hace él a menudo, devolviéndole sus palabras.

—Y me complaces, desde luego —dice, pero lo noto inquieto—. Pensaba que ibas a darte una ducha.

Vaya, me está echando.

—Sí... eh... luego te veo.

Salgo de su despacho completamente anonadada.

Christian parecía confundido. ¿Por qué? Debo decir que, como experiencia física, ha sido muy satisfactoria. En cambio, emocionalmente... bueno, me desconcierta su reacción, y eso es tan enriquecedor emocionalmente como nutritivo el algodón de azúcar.

La señora Jones sigue en la cocina.

—¿Le apetece el té ahora, señorita Steele?

—Me voy a duchar primero, gracias —murmuro, y me apresuro a salir de allí con el rostro aún encendido.

En la ducha, trato de averiguar qué le pasa a Christian. Es la persona más complicada que conozco y

no alcanzo a comprender sus estados de ánimo cambiantes.

Parecía estar bien cuando he entrado en su estudio. Lo hemos hecho... y luego ya no estaba bien. No, no lo entiendo. Recorro a mi subconsciente. Me la encuentro silbando con las manos a la espalda, mirando a cualquier parte menos a mí. No tiene ni idea, y la diosa que llevo dentro sigue disfrutando de los restos de la dicha poscoital. No... ninguna de nosotras tiene ni idea.

Me seco el pelo con la toalla, me lo cepillo con el único peine que tiene Christian y me lo recojo en un moño. El vestido ciruela de Kate está colgado, lavado y planchado, en el armario, junto con mi sujetador y mis bragas también limpios. La señora Jones es una maravilla. Me calzo los zapatos de Kate, me arreglo un poco el vestido, respiro hondo y vuelvo a salir del enorme dormitorio.

Christian sigue sin aparecer, y la señora Jones está revisando lo que hay en la despensa.

—¿Quiere ya el té, señorita Steele? —pregunta.

—Por favor.

Le sonrío. Me siento algo más a gusto ahora que voy vestida.

—¿Le apetece comer algo?

—No, gracias.

—Pues claro que vas a comer algo —espeta Christian, resplandeciente—. Le gustan las tortitas con huevos y beicon, señora Jones.

—Sí, señor Grey. ¿Qué va a tomar usted, señor?

—Tortilla, por favor, y algo de fruta. —No me quita los ojos de encima, su expresión es indescifrable—.

Siéntate —me ordena, señalando uno de los taburetes de la barra.

Obedezco, y él se sienta a mi lado mientras la señora Jones prepara el desayuno. Uf, me pone nerviosa que alguien más oiga lo que hablamos.

—¿Ya has comprado el billete de avión?

—No, lo compraré cuando llegue a casa, por internet. Se apoya en mi hombro y se frota la barbilla en él.

—¿Tienes dinero?

Oh, no.

—Sí —digo poniendo un tono de resignada paciencia, como si hablara con un niño pequeño.

Me arquea una ceja reprobatoria. Mierda.

—Sí tengo, gracias —rectifico enseguida.

—Tengo un jet. No se va a usar hasta dentro de tres días; está a tu disposición.

Lo miro boquiabierto. Pues claro que tiene un jet, y yo tengo que resistir la inclinación natural de mi cuerpo a poner los ojos en blanco. Me entran ganas de reír.

Pero no lo hago, porque no sé de qué humor está.

—Ya hemos abusado bastante de la flota aérea de tu empresa. No me gustaría volver a hacerlo.

—La empresa es mía, el jet también.

Parece ofendido. ¡Ah, los chicos y sus juguetitos!

—Gracias por el ofrecimiento, pero prefiero coger un vuelo regular.

Me da la impresión de que quiere seguir discutiéndolo, pero al final no lo hace.

—Como quieras. —Suspira—. ¿Tienes que prepararte mucho para las entrevistas?

—No.

—Bien. No vas a decirme de qué editoriales se trata, ¿verdad?

—No.

Se dibuja en sus labios una sonrisa reticente.

—Soy un hombre de recursos, señorita Steele.

—Soy perfectamente consciente de eso, señor Grey. ¿Me vas a rastrear el móvil? —pregunto inocentemente.

—La verdad es que esta tarde voy a estar muy liado, así que tendré que pedirle a alguien que lo haga por mí.

Sonríe con picardía.

Lo dirá en broma, ¿no?

—Si puedes poner a alguien a hacer eso, es que te sobra personal, desde luego.

—Le mandaré un correo a la jefa de recursos humanos y le pediré que revise el recuento de personal.

Tuerce la boca para ocultar la sonrisa.

Ay, menos mal que ha recobrado el sentido del humor.

La señora Jones nos sirve el desayuno y comemos en silencio durante unos minutos. Tras recoger los cacharros, la mujer se retira discretamente de la zona del salón. Lo miro.

—¿Qué pasa, Anastasia?

—¿Sabes?, al final no me has dicho por qué no te gusta que te toquen.

Palidece y su reacción me hace sentirme culpable por preguntar.

—Te he contado más de lo que le he contado nunca a nadie —dice en voz baja mientras me mira impasible.

Y tengo claro que nunca le ha hecho confidencias a nadie. ¿No tiene amigos íntimos? Quizá se lo contara a la señora Robinson. Quiero preguntárselo, pero no puedo...

no puedo meterme así en su vida. Niego con la cabeza al darme cuenta. Está solo, pero de verdad.

—¿Pensarás en nuestro contrato mientras estás fuera? —pregunta.

—Sí.

—¿Me vas a echar de menos?

Lo miro, sorprendida por la pregunta.

—Sí —respondo con sinceridad.

¿Cómo puede haber llegado a significar tanto para mí en tan poco tiempo? Se me ha metido bajo la piel, literalmente. Sonríe y se le ilumina la mirada.

—Yo también te voy a echar de menos. Más de lo que imaginas —me dice.

Se me alegra el corazón al oír sus palabras. Lo está intentando, de verdad. Me acaricia suavemente la mejilla, se inclina y me besa con ternura.

A última hora de la tarde espero sentada y nerviosa al señor J. Hyde en el vestíbulo de Seattle Independent Publishing. Es mi segunda entrevista de hoy y la que más me interesa. La primera ha ido bien, pero era para un grupo mayor, con oficinas en todo el país, y yo no sería más que una de las muchas ayudantes editoriales.

Imagino que semejante máquina corporativa me engulliría y me escupiría bastante rápido. En SIP es donde quiero estar. Es pequeña y poco convencional, aboga por los autores locales y tiene una interesante y peculiar lista de clientes.

El lugar resulta un tanto austero, pero creo que es una declaración de intenciones más que un indicio de frugalidad. Estoy sentada en uno de los dos sillones Chesterfield de piel verde oscuro, muy similares al sofá

que tiene Christian en su cuarto de juegos. Acaricio la piel, apreciativa, y me pregunto distraída qué hará Christian en ese sofá. Divago pensando en las posibilidades... no, más vale que no piense en eso ahora. Me sonrojan mis pensamientos descarriados e inoportunos.

La recepcionista es una joven afroamericana con grandes pendientes de plata y el pelo largo y liso. Tiene cierto aire bohemio; es de esa clase de mujeres con las que podría llevarme bien. La idea me reconforta. De vez en cuando me mira, apartando la vista del ordenador, y me sonrío tranquilizadora. Yo le devuelvo la sonrisa tímidamente.

Ya tengo el vuelo reservado, mi madre está encantada de que vaya a verla, he hecho la maleta y Kate ha accedido a acompañarme al aeropuerto. Christian me ha ordenado que me lleve la BlackBerry y el Mac. Pongo los ojos en blanco al recordar su despotismo, pero ahora me doy cuenta de que él es así. Le gusta controlarlo todo, incluida yo. Sin embargo, también puede ser tan impredecible y desconcertantemente agradable... Puede ser tierno, alegre, e incluso dulce. Y, cuando lo es, resulta tan imprevisible e inesperado... Ha insistido en acompañarme hasta el coche, que estaba aparcado en el garaje. Por Dios, que solo me voy unos días; se comporta como si me marchara durante varias semanas. Me tiene siempre desconcertada.

—¿Ana Steele?

Una mujer de melena negra prerrafaelita, de pie junto al mostrador de recepción, me saca de mi ensimismamiento. Tiene el mismo aire bohemio y etéreo que la recepcionista. Tendrá unos treinta y muchos,

quizá cuarenta y pocos; resulta muy difícil de saber con mujeres de cierta edad.

—Sí —respondo, y me levanto desmañadamente.

Me dedica una sonrisa educada, sus fríos ojos castaños me escudriñan. Visto uno de los conjuntos de Kate, un pichi negro con una blusa blanca y mis zapatos negros de tacón. Muy de entrevista, creo yo. Llevo el pelo recogido en un moño prieto y, por una vez, los mechones se están comportando. Me tiende la mano.

—Hola, Ana, me llamo Elizabeth Morgan. Soy la jefa de recursos humanos de SIP.

—¿Cómo está?

Le estrecho la mano. La veo muy informal para ser jefa de recursos humanos.

—Sígueme, por favor.

Pasamos la puerta de doble hoja que hay detrás de la zona de recepción y entramos en una oficina grande y diáfana de decoración luminosa, y de ahí a una pequeña sala de reuniones. Las paredes son de color verde claro y están llenas de fotos de cubiertas de libros. A la cabecera de la mesa de conferencias de madera de arce está sentado un hombre joven, pelirrojo, con la melena recogida en una coleta. En ambas orejas le brillan unos pequeños aros de plata. Viste camisa azul claro, sin corbata, y pantalones de algodón gris oscuro. Cuando me acerco a él, se levanta y me mira con unos ojos azul oscuro insondables.

—Ana Steele, soy Jack Hyde, director de adquisiciones de SIP. Encantado de conocerte.

Nos damos la mano. Su mirada oscura me resulta impenetrable, aunque suficientemente afable, creo.

—¿Vienes de muy lejos? —me pregunta amablemente.

—No, acabo de mudarme a la zona de Pike Street Market.

—Ah, entonces vives muy cerca. Siéntate, por favor. Me siento, y Elizabeth toma asiento a mi lado.

—Dinos, ¿por qué quieres trabajar como becaria en SIP, Ana? —pregunta.

Pronuncia mi nombre con suavidad y ladea la cabeza, como alguien que yo me sé; resulta inquietante. Esforzándome por ignorar el recelo irracional que me inspira, me lanzo a soltarle mi discurso cuidadosamente preparado, consciente de que un rubor sonrosado se extiende por mis mejillas. Los miro a los dos, recordando la charla de Katherine Kavanagh sobre cómo salir airoso de una entrevista: «¡Mantén el contacto visual, Ana!». Dios, qué mandona puede ser ella también, a veces. Jack y Elizabeth me escuchan con atención.

—Tienes una nota media impresionante. ¿De qué actividades extracurriculares has disfrutado en tu universidad?

¿Disfrutar? Lo miro extrañada. Qué extraña elección léxica. Entro en detalles sobre mi puesto de bibliotecaria en la biblioteca central del campus y mi experiencia entrevistando a un déspota indecentemente rico para la revista de la universidad. Paso por alto el hecho de que, en realidad, no fui yo quien escribió el artículo. Menciono las dos sociedades literarias a las que pertenecía y concluyo con mi trabajo en Clayton's y todos los conocimientos inútiles que ahora poseo sobre ferretería y bricolaje. Los dos se ríen, que es lo que esperaba. Poco a poco, me relajo y empiezo a sentirme a gusto.

Jack Hyde me hace preguntas agudas e inteligentes, pero no me amilano; mantengo el tipo y, cuando hablamos de mis preferencias literarias y mis libros favoritos, creo que me defiendo bastante bien. A Jack, en cambio, solo parece gustarle la literatura estadounidense posterior a 1950. Nada más. Ningún clásico, ni siquiera Henry James, ni Upton Sinclair, ni F. Scott Fitzgerald. Elizabeth no dice nada, solo asiente de vez en cuando y toma notas. Jack, pese a su afán por la controversia, es agradable a su manera, y mi recelo inicial se disipa a medida que hablamos.

—¿Y dónde te ves dentro de cinco años? —pregunta.

Con Christian Grey, me viene sin querer la idea a la cabeza. La divagación me hace fruncir el ceño.

—De editora, quizá. Tal vez de agente literario, no estoy segura. Estoy abierta a todas las posibilidades.

Jack sonrío.

—Muy bien, Ana. No tengo más preguntas. ¿Y tú? —me plantea directamente.

—¿Cuándo habría que empezar? —inquiero.

—Lo antes posible —interviene Elizabeth—. ¿Cuándo podrías tú?

—Estoy disponible a partir de la semana que viene.

—Está bien saberlo —dice Jack.

—Si nadie tiene nada más que decir —Elizabeth nos mira a los dos—, creo que damos por terminada la entrevista.

Sonríe amablemente.

—Ha sido un placer conocerte, Ana —dice Jack en voz baja cogiéndome la mano.

Me la aprieta con suavidad, así que lo miro con cierta extrañeza cuando me despido.

Camino del coche, me noto intranquila, pero no sé por qué. Creo que la entrevista ha ido bien, pero es difícil saberlo. Las entrevistas me parecen algo tan artificial; todo el mundo comportándose de la mejor forma posible e intentando desesperadamente esconderse tras una fachada profesional. ¿Encajo en el perfil?

Habrá que esperar para saberlo.

Me subo a mi Audi A3 y me dirijo a casa, pero con tranquilidad. He reservado un vuelo nocturno con escala en Atlanta, pero no sale hasta las 22.25 h, así que tengo tiempo de sobra.

Cuando llego, Kate está desempaquetando cajas en la cocina.

—¿Qué tal te ha ido? —me pregunta emocionada.

Solo Kate puede estar guapísima con una camiseta gigante, unos vaqueros gastados y un pañuelo azul marino en la cabeza.

—Bien, gracias, Kate. No sé si este conjunto era lo bastante apropiado para la segunda entrevista.

—¿Y eso?

—Me habría venido mejor algo bohemio y elegante.

Kate arquea una ceja.

—Tú y tus bohemios elegantes. —Ladea la cabeza, iagh! ¿Por qué todo el mundo me recuerda a mi Cincuenta favorito?—. En realidad, Ana, tú eres una de las pocas personas que puede conseguir ese look.

Sonrío.

—Me ha gustado mucho el segundo sitio. Creo que podría encajar allí. Eso sí, el tipo que me ha entrevistado era un tanto inquietante.

Me interrumpo. Mierda, que estás hablando con Parabólica Kavanagh. ¡Cállate, Ana!

—¿Y eso?

El radar de Katherine Kavanagh, detector de datos interesantes, entra en acción de inmediato en busca de ese dato que solo resurgirá en algún momento inoportuno y comprometedor, lo cual me recuerda algo.

—Por cierto, ¿podrías dejar de provocar a Christian? Tu comentario sobre José en la cena de anoche no venía a cuento. Es un tipo celoso. Lo que haces no está bien, ¿sabes?

—Mira, si no fuera el hermano de Elliot, le habría dicho cosas peores. Es un controlador obsesivo. No entiendo cómo lo aguantas. Pretendía ponerlo celoso, ayudarlo un poco a decidirse. —Levanta las manos con aire defensivo—. Pero si no quieres que me meta, no lo haré —añade enseguida al verme fruncir el ceño.

—Muy bien. La vida con Christian ya es bastante complicada de por sí, créeme.

Dios, sueno como él.

—Ana. —Hace una pausa, mirándome fijamente—. Estás bien, ¿no? ¿No irás a casa de tu madre para escapar?

Me ruborizo.

—No, Kate. Fuiste tú la que dijo que necesitaba un descanso.

Se acerca y me coge de las manos, un gesto impropio de Kate. Oh, no... Me voy a echar a llorar.

—Te veo... no sé... distinta. Espero que estés bien y que, sean cuales sean los problemas que tengas con el señor Millonetis, puedas hablarlo conmigo. Y que sepas que yo no pretendo provocarlo, aunque, la verdad, con él es como pescar en una pecera. Mira, Ana, si algo va mal, cuéntamelo. No te voy a juzgar. Procuraré entenderlo.

Contengo las lágrimas.

—Ay, Kate... —La abrazo—. Creo que me he enamorado de él de verdad.

—Ana, eso lo ve cualquiera. Y él se ha enamorado de ti. Está loco por ti. No te quita los ojos de encima.

Río tímidamente.

—¿Tú crees?

—¿No te lo ha dicho?

—No con tantas palabras.

—¿Se lo has dicho tú?

—No con tantas palabras.

Me encojo de hombros, como disculpándome.

—¡Ana! Uno de los dos tiene que dar el primer paso, si no nunca llegaréis a ninguna parte.

¿Qué, que le diga lo que siento?

—Me da miedo espantarlo.

—¿Y cómo sabes que él no siente lo mismo?

—¿Christian, miedo? No me lo imagino asustado de nada.

Pero, mientras lo digo, me lo imagino de niño. Quizá el miedo fuera lo único que conocía entonces. Solo de pensarlo, se me encoge el corazón de pena.

Kate me observa con los labios y los ojos fruncidos, como mi subconsciente... solo le faltan las gafas de media luna.

—Os hace falta sentaros a charlar.

—No hemos hablado mucho últimamente.

Me sonrojo. Otras cosas sí. Comunicación no verbal, y no ha estado nada mal. Bueno, ha estado más que bien.

Sonríe.

—¡Por el sexo! Si eso va bien, tienes media batalla ganada, Ana. Voy a buscar algo de comida china. ¿Lo tienes ya todo listo para el viaje?

—Casi. Aún nos quedan un par de horas o así.

—No... vuelvo dentro de veinte minutos.

Coge la cazadora y se va; se olvida de cerrar la puerta. La cierro y me voy a mi cuarto, rumiando sus palabras.

¿Tiene miedo Christian de lo que siente por mí? ¿Siente algo por mí? Parece muy entusiasmado, dice que soy suya... pero eso forma parte de su yo dominante y obsesivo que debe tenerlo y poseerlo todo, seguro. Me doy cuenta de que, mientras esté fuera, tendré que repasar todas nuestras conversaciones y ver si puedo detectar algún indicio claro.

«Yo también te voy a echar de menos. Más de lo que imaginas.» «Me tienes completamente hechizado.»

Niego con la cabeza. No quiero pensar en eso ahora. La BlackBerry se está cargando, así que no la he mirado en toda la tarde. Me acerco con cautela y me desilusiona ver que no hay mensajes. Enciendo el cacharro infernal y tampoco hay mensajes. Es la misma dirección de e-mail, Ana, me dice mi subconsciente poniéndome los ojos en blanco y, por primera vez, entiendo por qué Christian quiere darme unos azotes cada vez que lo hago.

Vale. Bueno, pues le escribo un correo yo.

De: Anastasia Steele

Fecha: 30 de mayo de 2011 18:49

Para: Christian Grey

Asunto: Entrevistas

Querido señor:

Las entrevistas de hoy han ido bien.

He pensado que igual te interesaba.

¿Qué tal tu día?

Ana

Me siento y miro furiosa la pantalla. Las respuestas de Christian suelen ser instantáneas. Espero y espero, y por fin oigo el tono de mensaje entrante.

De: Christian Grey

Fecha: 30 de mayo de 2011 19:03

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mi día

Querida señorita Steele:

Todo lo que hace me interesa. Es la mujer más fascinante que conozco.

Me alegro de que sus entrevistas hayan ido bien.

Mi mañana ha superado todas mis expectativas.

Mi tarde, en comparación, ha sido de lo más aburrida.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 30 de mayo de 2011 19:05

Para: Christian Grey

Asunto: Mañana maravillosa

Querido señor:

También la mañana ha sido extraordinaria para mí, aunque te hayas mostrado raro después del impecable polvo sobre el escritorio. No creas que no me he dado cuenta.

Gracias por el desayuno. O gracias a la señora Jones.

Me gustaría hacerte algunas preguntas sobre ella (sin que vuelvas a ponerte raro conmigo).

Ana

Titubeo antes de pulsar la tecla de envío y me tranquiliza pensar que mañana a estas horas estaré en la otra punta del continente.

De: Christian Grey

Fecha: 30 de mayo de 2011 19:10

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Tú en una editorial?

Anastasia:

«Ponerse raro» no es una forma verbal aceptable y no debería usarla alguien que quiere entrar en el mundo editorial.

¿Impecable? ¿Comparado con qué, dime, por favor? ¿Y qué es lo que quieres preguntarme de la señora Jones? Me tienes intrigado.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 30 de mayo de 2011 19:17

Para: Christian Grey

Asunto: Tú y la señora Jones

Querido señor:

La lengua evoluciona y avanza. Es algo vivo. No está encerrada en una torre de marfil, rodeada de carísimas obras de arte, con vistas a casi todo Seattle y con un helipuerto en la azotea.

Impecable en comparación con las otras veces que hemos... ¿cómo lo llamas tú...?, ah, sí, follado. De hecho, los polvos han sido todos impecables, punto, en mi modesta opinión,... pero, claro, como bien sabes, tengo una experiencia muy limitada.

¿La señora Jones es una ex sumisa tuya?

Ana

Titubeo una vez más antes de darle a la tecla de envío, pero al final le doy.

De: Christian Grey

Fecha: 30 de mayo de 2011 19:22

Para: Anastasia Steele

Asunto: Lenguaje. ¡Esa boquita...!

Anastasia:

La señora Jones es una empleada muy valiosa. Nunca he mantenido con ella más relación que la profesional. No contrato a nadie con quien haya mantenido relaciones sexuales. Me sorprende que se te haya ocurrido algo así. La única persona con la que haría una excepción a esta norma eres tú, porque eres una joven brillante con notables aptitudes para la negociación. No obstante, como sigas utilizando semejante lenguaje, voy a tener que reconsiderar la posibilidad de incorporarte a mi plantilla. Me alegra que tengas una experiencia limitada. Tu experiencia seguirá estando limitada... solo a mí. Tomaré «impecable» como un cumplido... aunque contigo nunca sé si es eso lo que quieres decir o si el sarcasmo está hablando por ti, como de costumbre.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc., desde su torre de marfil

De: Anastasia Steele

Fecha: 30 de mayo de 2011 19:27

Para: Christian Grey

Asunto: Ni por todo el té de China

Querido señor Grey:

Creo que ya le he manifestado mis reservas respecto a trabajar en su empresa. Mi opinión no ha cambiado, ni

va a cambiar, ni cambiará, jamás. Ahora te tengo que dejar porque Kate ya ha vuelto con la cena. Mi sarcasmo y yo te deseamos buenas noches.

Me pondré en contacto contigo cuando esté en Georgia.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 30 de mayo de 2011 19:29

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Ni por el té Twinings English Breakfast?

Buenas noches, Anastasia.

Espero que tu sarcasmo y tú tengáis un buen vuelo.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Kate y yo paramos en la zona de estacionamiento frente a la terminal de salidas del Sea-Tac. Se inclina desde su asiento para abrazarme.

—Pásatelo bien en Barbados, Kate. Que tengas unas vacaciones maravillosas.

—Te veo a la vuelta. No dejes que Millonetis te amargue la existencia.

—No lo haré.

Nos abrazamos una vez más, y me quedo sola. Me dirijo a facturación y me pongo en la cola, esperando con mi equipaje de cabina. No me he molestado en coger una maleta, solo una elegante mochila que Ray me regaló por mi último cumpleaños.

—Billete, por favor.

El joven aburrido del otro lado del mostrador me tiende la mano sin mirarme siquiera.

Con idéntica desgana le entrego mi billete y el carnet de conducir como documento de identidad. Espero que me toque ventanilla, si es posible.

—Muy bien, señorita Steele. La han pasado a primera clase.

—¿Qué?

—Señora, si es tan amable, pase a la sala VIP y espere allí a que salga su vuelo.

Parece haber despertado y me sonrío como si yo fuera Santa Claus y el conejo de Pascua todo en uno.

—Tiene que haber algún error.

—No, no. —Vuelve a mirar la pantalla del ordenador—. Anastasia Steele: a primera clase —lee, y me dirige una sonrisa afectada.

Aghhh... Entorno los ojos. Me da mi tarjeta de embarque y me dirijo a la sala VIP, rezongando por lo bajo. Maldito Christian Grey, metomentodo controlador.

¿Es que no me puede dejar en paz?

Me han hecho la manicura, me han dado un masaje y me he tomado dos copas de champán. La sala VIP tiene muchas ventajas. Con cada sorbo de Moët, me cualquier parte del planeta.

Me siento un poco más inclinada a perdonar a Christian por su intervención. Abro el MacBook con la confianza de poner a prueba la teoría de que funciona en

De: Anastasia Steele

Fecha: 30 de mayo de 2011 21:53

Para: Christian Grey

Asunto: Detalles superextravagantes

Querido señor Grey:

Lo que verdaderamente me alarma es cómo has sabido qué vuelo iba a coger.

Tu tendencia al acoso no conoce límites. Espero que el doctor Flynn haya vuelto de vacaciones.

Me han hecho la manicura, me han dado un masaje en la espalda y me he tomado dos copas de champán, una forma agradabilísima de empezar mis vacaciones.

Gracias.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 30 de mayo de 2011 21:59

Para: Anastasia Steele

Asunto: No se merecen

Querida señorita Steele:

El doctor Flynn ha vuelto y tengo cita con él esta semana.

¿Quién le ha dado un masaje en la espalda?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc., con amigos en los sitios adecuados

¡Ajá! Hora de vengarse. Ya han llamado a nuestro vuelo, así que ahora podré contestarle desde el avión. Será más seguro. Estoy a punto de abrazarme de perversa alegría.

Hay muchísimo sitio en primera. Con un cóctel de champán en la mano, me instalo en el suntuoso asiento de cuero junto a la ventanilla mientras la cabina empieza a llenarse poco a poco. Llamo a Ray para decirle dónde estoy; una llamada compasivamente breve, porque es muy tarde para él.

—Te quiero, papá —susurro.

—Y yo a ti, Annie. Saluda a tu madre. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuelgo.

Ray está en buena forma. Miro mi Mac y, con el mismo regocijo infantil creciente, lo abro y entro en el programa de correo.

De: Anastasia Steele

Fecha: 30 de mayo de 2011 22:22

Para: Christian Grey

Asunto: Manos fuertes y capaces

Querido señor:

Me ha dado un masaje en la espalda un joven muy agradable. Verdaderamente agradable. No me habría topado con Jean-Paul en la sala de embarque normal, así que te agradezco de nuevo el detalle.

No sé si me van a dejar mandar correos cuando hayamos despegado; además, necesito dormir para estar guapa, porque últimamente no he dormido mucho.

Dulces sueños, señor Grey... pienso en ti.

Ana

Uf, cómo se va a enfadar... y estaré en el aire, lejos de su alcance. Le está bien empleado. Si hubiera estado en la sala de embarque normal, Jean-Paul no me habría puesto las manos encima. Era un joven muy agradable, de esos rubios y permanentemente bronceados; en serio, ¿quién puede estar bronceado en Seattle?

Qué absurdo. Creo que era gay, pero eso me lo guardo para mí. Me quedo mirando el correo. Kate tiene razón. Con él, es como pescar en una pecera. Mi subconsciente me mira con la boca espantosamente torcida: ¿en serio quieres provocarlo? ¡Lo que ha hecho es un detallazo, lo sabes! Le importas y quiere que viajes por todo lo alto. Sí, pero me lo podía haber preguntado, o habérmelo dicho, y no hacerme quedar como una auténtica lela en el mostrador de facturación.

Pulso la tecla de envío y espero, sintiéndome una niña muy mala.

—Señorita Steele, tiene que apagar el portátil durante el despegue —me dice amablemente una azafata supermaquillada.

Me da un susto de muerte. Mi conciencia culpable me castiga.

—Ah, lo siento.

Mierda. Ahora me va a tocar esperar para saber si me ha contestado. La azafata me da una manta suave y una almohada, mostrándome su dentadura perfecta. Me echo la manta por las rodillas. Es agradable que te mimen de vez en cuando.

La primera clase se ha llenado, salvo el asiento de al lado del mío, que sigue sin ocupar. Ay, no. Se me pasa

una idea perturbadora por la cabeza. Igual ese sitio es el de Christian. Mierda, no, no será capaz. ¿O sí? Le dije que no quería que viniera conmigo. Miro impaciente el reloj y entonces la voz mecánica del personal de pista anuncia: «Tripulación: armar rampas y cross check».

¿Qué significa eso? ¿Van a cerrar las puertas? Siento que se me eriza el vello mientras espero sentada con palpitante inquietud. El asiento de al lado del mío es el único desocupado de los dieciséis de la cabina de primera. El avión arranca con una sacudida y yo suspiro de alivio, pero también siento una leve punzada de desilusión: no habrá Christian en cuatro días. Miro de reojo la BlackBerry.

De: Christian Grey

Fecha: 30 de mayo de 2011 22:25

Para: Anastasia Steele

Asunto: Disfruta mientras puedas

Querida señorita Steele:

Sé lo que se propone y, créame, lo ha conseguido. La próxima vez irá en la bodega de carga, atada y amordazada y metida en un cajón. Le aseguro que encargarme de que viaje en esas condiciones me producirá muchísimo más placer que cambiarle el billete por uno de primera clase.

Espero ansioso su regreso.

Christian Grey

Presidente de mano suelta de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Dios mío. Ese es el problema del humor de Christian, que nunca estoy segura de si bromea o si está enfadadísimo. Sospecho que, en esta ocasión, está

enfadadísimo. Subrepticamente, para que no me vea la azafata, tecleo una respuesta bajo la manta.

De: Anastasia Steele

Fecha: 30 de mayo de 2011 22:30

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Bromeas?

¿Ves?, no tengo ni idea de si estás bromeando o no. Si no bromeas, mejor me quedo en Georgia. Los cajones están en mi lista de límites infranqueables. Siento haberte enfadado. Dime que me perdonas.

A

De: Christian Grey

Fecha: 30 de mayo de 2011 22:31

Para: Anastasia Steele

Asunto: Bromeo

¿Cómo es que estás mandando correos? ¿Estás poniendo en peligro la vida de todos los pasajeros, incluida la tuya, usando la BlackBerry? Creo que eso contraviene una de las normas.

Christian Grey

Presidente de manos sueltas (ambas) de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¡Ambas! Guardo la BlackBerry, me recuesto en el asiento mientras el avión entra en pista y saco mi ejemplar de Tess... una lectura ligera para el viaje. Una vez en el aire, echo mi asiento para atrás y no tardo en quedarme dormida.

La azafata me despierta cuando iniciamos el descenso en Atlanta. Son las 5.45 h, hora local, pero solo he dormido unas cuatro horas o así. Estoy grogui, pero agradezco el zumo de naranja que me ofrece la azafata. Miro nerviosa la BlackBerry. No hay más correos de

Christian. Bueno, son casi las tres de la mañana en Seattle, y seguramente quiere evitar que me cargue los sistemas de navegación o lo que sea que impide que vuelen los aviones cuando hay móviles encendidos.

La espera en Atlanta es de solo una hora. Y de nuevo disfruto del refugio de la sala VIP. Me siento tentada de dormirme acurrucada en uno de esos sofás tan blanditos que se hunden suavemente bajo mi peso, pero no voy a estar aquí tanto rato. Para mantenerme despierta, inicio en el portátil un interminable monólogo interior dirigido a Christian.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 06:52 EST

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Te gusta asustarme?

Sabes cuánto me desagrada que te gastes dinero en mí. Sí, eres muy rico, pero aun así me incomoda; es como si me pagaras por el sexo. No obstante, me gusta viajar en primera —mucho más civilizado que el autocar—, así que gracias. Lo digo en serio, y he disfrutado del masaje de Jean-Paul, que era gay. He omitido ese detalle en mi correo anterior para provocarte, porque estaba molesta contigo, y lo siento.

Pero, como de costumbre, tu reacción es desmedida. No me puedes decir esas cosas (atada y amordazada en un cajón; ¿lo decías en serio o era una broma?), porque me asustan, me asustas. Me tienes completamente cautivada, considerando la posibilidad de llevar contigo un estilo de vida que no sabía ni que existía hasta la semana pasada, y vas y me escribes algo así, y me dan ganas de salir corriendo espantada. No lo haré, desde luego, porque te echaría de menos. Te echaría mucho de

menos. Quiero que lo nuestro funcione, pero me aterra la intensidad de lo que siento por ti y el camino tan oscuro por el que me llevas. Lo que me ofreces es erótico y sensual, y siento curiosidad, pero también tengo miedo de que me hagas daño, física y emocionalmente. A los tres meses, podrías pasar de mí y ¿cómo me quedaría yo? Claro que supongo que ese es un riesgo que se corre en cualquier relación. Esta no es precisamente la clase de relación que yo imaginaba que tendría, menos aún siendo la primera. Me supone un acto de fe inmenso.

Tenías razón cuando dijiste que no hay una pizca de sumisión en mí, y ahora coincido contigo. Dicho esto, quiero estar contigo, y si eso es lo que tengo que hacer para conseguirlo, me gustaría intentarlo, aunque me parece que lo haré de pena y terminaré llena de moratones... y la idea no me atrae en absoluto.

Estoy muy contenta de que hayas accedido a intentar darme más. Solo me falta decidir lo que entiendo por «más», y esa es una de las razones por las que quería distanciarme un poco.

Me deslumbras de tal modo que me cuesta pensar con claridad cuando estamos juntos.

Nos llaman para embarcar. Tengo que irme.

Luego más.

Tu Ana

Le doy a la tecla de envío y me dirijo medio adormilada a la puerta de embarque para subirme a otro avión. Este solo tiene seis asientos en primera y, en cuanto despegamos, me acurruco bajo mi suave manta y me quedo dormida.

Tras un sueño demasiado corto me despierta la azafata con más zumo de naranja, ya que iniciamos la aproximación al Savannah International. Sorbo despacio, exhausta, y me permito sentir un poco de emoción. Voy a ver a mi madre después de seis meses. Mirando de reojo la BlackBerry, recuerdo que le he enviado un largo y farragoso correo a Christian, pero no hay respuesta. Son las cinco de la madrugada en Seattle; con un poco de suerte, aún estará dormido y no interpretando alguna pieza lúgubre al piano.

Lo bueno de las mochilas de cabina es que una puede salir volando del aeropuerto sin tener que esperar una eternidad junto a las cintas de equipaje. Lo bueno de viajar en primera es que te dejan bajar del avión antes que a nadie.

Mi madre me espera con Bob, y estoy encantada de verlos. No sé si es por el agotamiento, por el largo viaje o por toda la situación con Christian, pero en cuanto estoy en los brazos de mi madre me echo a llorar.

—Ay, Ana, cielo. Debes de estar muy cansada.

Mira inquieta a Bob.

—No, mamá, es que... me alegro mucho de verte.

La abrazo con fuerza.

Me hace sentir tan bien, tan protegida, como en casa. La suelto a regañadientes y Bob me da un incómodo abrazo con un solo brazo. No parece tenerse bien en pie, y entonces recuerdo que se ha hecho daño en una pierna.

—Bienvenida a casa, Ana. ¿Por qué lloras? — pregunta.

—Oh, Bob, también me alegro de verte a ti.

Contemplo su apuesto rostro de mandíbula cuadrada y sus chispeantes ojos azules que me miran con cariño. Me gusta este marido, mamá. Te lo puedes quedar.

Me coge la mochila.

—Por Dios, Ana, ¿qué llevas aquí?

Será el Mac. Los dos me agarran por la cintura mientras nos dirigimos al aparcamiento.

Siempre olvido el calor insoportable que hace en Savannah. Al salir de los confines refrigerados de la terminal de llegadas, nos cae encima la manta de calor de Georgia. Buf... Es agotador. Tengo que zafarme de los brazos de mamá y de Bob para quitarme la sudadera con capucha. Menos mal que me he traído pantalones cortos. A veces echo de menos el calor seco de Las Vegas, donde viví con mamá y Bob cuando tenía diecisiete años, pero a este calor húmedo, incluso a las ocho y media de la mañana, cuesta acostumbrarse. Cuando me encuentro al fin en el asiento de atrás del Tahoe de Bob, maravillosamente refrigerado, me quedo sin fuerzas, y el pelo se me empieza a encrespar a causa del calor. Desde el monovolumen, les envió un mensaje rápido a Ray, a Kate y a Christian:

He llegado sana y salva a Savannah. A :)

De pronto pienso en José mientras pulso la tecla de envío y, en medio de la neblina de mi fatiga, recuerdo que su exposición es la semana que viene. ¿Debería invitar a Christian, sabiendo que no le cae bien José? ¿Aún querrá verme Christian después del e-mail que le he mandado? Me estremezco de pensarlo, y me lo quito de la cabeza. Ya me ocuparé de eso luego. Ahora voy a disfrutar de la compañía de mi madre.

—Cielo, debes de estar cansada. ¿Quieres dormir un rato cuando lleguemos a casa?

—No, mamá. Me apetece ir a la playa.

Llevo mi tankini azul de top atado al cuello, mientras sorbo una Coca-Cola light tumbada en una hamaca mirando el océano Atlántico. Y pensar que ayer, sin ir más lejos, contemplaba el Sound abriéndose al Pacífico. Mi madre gandulea a mi lado, protegiéndose del sol con un sombrero flexible desmesuradamente grande y unas gafas de sol enormes, tipo Jackie O, sorbiendo su propia Coca-Cola. Estamos en la playa de Tybee Island, a tres manzanas de casa. Me tiene cogida de la mano. Mi fatiga ha disminuido y, mientras me empapo de sol, me siento a gusto, segura y animada. Por primera vez en una eternidad, empiezo a relajarme.

—Bueno, Ana... háblame de ese hombre que te tiene tan loca.

¡Loca! ¿Cómo lo sabe? ¿Qué le digo? No puedo hablar de Christian con mucho detalle por el acuerdo de confidencialidad, pero, en cualquier caso, ¿le hablaría a mi madre de él? Palidezco de pensarlo.

—¿Y bien? —insiste, y me aprieta la mano.

—Se llama Christian. Es guapísimo. Es rico... demasiado rico. Es muy complicado y temperamental.

Sí, me siento tremendamente orgullosa de mi definición escueta y precisa. Me vuelvo de lado para mirarla, justo cuando ella hace lo mismo. Me mira con sus ojos de un azul transparente.

—Centrémonos en lo de complicado y temperamental.

Oh, no...

—Sus cambios de humor me confunden, mamá. Tuvo una infancia difícil y es muy cerrado, es muy difícil entenderle.

—¿Te gusta?

—Más que eso.

—¿En serio? —me dice, mirándome boquiabierta.

—Sí, mamá.

—En realidad, cielo, los hombres no son complicados. Son criaturas muy simples y cuadrículadas. Por lo general dicen lo que quieren decir. Y nosotras nos pasamos horas intentando analizar lo que han dicho, cuando lo cierto es que resulta obvio. Yo, en tu lugar, me lo tomaría al pie de la letra. Igual te ayuda.

La miro alucinada. Parece un buen consejo. Tomarme a Christian al pie de la letra. Enseguida me vienen a la cabeza algunas de las cosas que me ha dicho.

«No quiero perderte...»

«Me tienes embrujado...»

«Me tienes completamente hechizado...»

«Yo también te voy a echar de menos, más de lo que te imaginas...»

Miro a mi madre. Ella se ha casado cuatro veces. A lo mejor sí sabe algo de los hombres, después de todo.

—Casi todos los hombres son volubles, cariño, algunos más que otros. Mira a tu padre, por ejemplo...

Se le ablanda y entristece la mirada siempre que piensa en mi padre. En mi verdadero padre, ese hombre mítico al que no llegué a conocer y al que nos arrebataron de forma tan cruel, siendo marine, en unas maniobras de combate. En parte, creo que mamá ha estado buscando a alguien como él todo este tiempo;

puede que ya haya encontrado en Bob lo que buscaba. Lástima que no lo encontrara en Ray.

—Yo solía pensar que tu padre era voluble, pero ahora, cuando vuelvo la vista atrás, pienso que solamente estaba demasiado agobiado con su trabajo e intentando ganarse la vida para mantenernos. — Suspira—. Era tan joven... los dos lo éramos. Igual ese fue el problema.

Mmm... Christian no es precisamente viejo. Sonrío cariñosa a mi madre. Se pone muy sentimental cuando habla de mi padre, pero estoy segura de que los cambios de humor del marine no tenían nada que ver con los de Christian.

—Bob quiere llevarnos a cenar esta noche. A su club de golf.

—¡No me digas! ¿Bob ha empezado a jugar al golf? —pregunto en tono burlón e incrédulo.

—Dímelo a mí —gruñe mi madre, poniendo los ojos en blanco.

Tras un almuerzo ligero de vuelta en casa, empiezo a deshacer la mochila. Me voy a obsequiar con una siesta. Mamá se ha ido a moldear velas o lo que sea que haga con ellas, y Bob está en el trabajo, así que tengo un rato para recuperar horas de sueño. Abro el Mac y lo enciendo. Son las dos de la tarde en Georgia, las once de la mañana en Seattle. Me pregunto si Christian me habrá contestado. Nerviosa, abro el correo.

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 07:30

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¡Por fin!

Anastasia:

Me fastidia que, en cuanto pones distancia entre nosotros, te comuniqués abierta y sinceramente conmigo. ¿Por qué no lo haces cuando estamos juntos?

Sí, soy rico. Acostúmbrate. ¿Por qué no voy a gastar dinero en ti? Le hemos dicho a tu padre que soy tu novio. ¿No es eso lo que hacen los novios? Como amo tuyo, espero que aceptes lo que me gaste en ti sin rechistar. Por cierto, díselo también a tu madre.

No sé cómo responder a lo que me dices de que te sientes como una puta. Ya sé que no me lo has dicho con esas palabras, pero es lo mismo. Ignoro qué puedo decir o hacer para que dejes de sentirte así. Me gustaría que tuvieras lo mejor en todo. Trabajo muchísimo, y me gusta gastarme el dinero en lo que me apetezca. Podría comprarte la ilusión de tu vida, Anastasia, y quiero hacerlo. Llámalo redistribución de la riqueza, si lo prefieres. O simplemente ten presente que jamás pensaría en ti de la forma que dices y me fastidia que te veas así.

Para ser una joven tan guapa, ingeniosa e inteligente, tienes verdaderos problemas de autoestima y me estoy pensando muy seriamente concertarte una cita con el doctor Flynn.

Siento haberte asustado. La idea de haberte inspirado miedo me resulta horrenda. ¿De verdad crees que te dejaría viajar como una presa? Te he ofrecido mi jet privado, por el amor de Dios. Sí, era una broma, y muy mala, por lo visto. No obstante, la verdad es que imaginarte atada y amordazada me pone (esto no es broma: es cierto). Puedo prescindir del cajón; los cajones no me atraen. Sé que no te agrada la idea de que te amordace; ya lo hemos hablado: cuando lo haga

—si lo hago—, ya lo hablaremos. Lo que parece que no te queda claro es que, en una relación amo/sumiso, es el sumiso el que tiene todo el poder. Tú, en este caso. Te lo voy a repetir: eres tú la que tiene todo el poder. No yo. En la casita del embarcadero te negaste. Yo no puedo tocarte si tú te niegas; por eso debemos tener un contrato, para que decidas qué quieres hacer y qué no. Si probamos algo y no te gusta, podemos revisar el contrato. Depende de ti, no de mí. Y si no quieres que te ate, te amordace y te meta en un cajón, jamás sucederá.

Yo quiero compartir mi estilo de vida contigo. Nunca he deseado nada tanto. Francamente, me admira que una joven tan inocente como tú esté dispuesta a probar. Eso me dice más de ti de lo que te puedas imaginar. No acabas de entender, pese a que te lo he dicho en innumerables ocasiones, que tú también me tienes hechizado. No quiero perderte. Me angustia que hayas cogido un avión y vayas a estar a casi cinco mil kilómetros de mí varios días porque no puedes pensar con claridad cuando me tienes cerca. A mí me pasa lo mismo, Anastasia.

Pierdo la razón cuando estamos juntos; así de intenso es lo que siento por ti.

Entiendo tu inquietud. He intentado mantenerme alejado de ti; sabía que no tenías experiencia —aunque jamás te habría perseguido de haber sabido lo inocente que eras—, y aun así me desarmas por completo como nadie lo ha hecho antes. Tu correo, por ejemplo: lo he leído y releído un montón de veces, intentando comprender tu punto de vista. Tres meses me parece una cantidad arbitraria de tiempo. ¿Qué te parece seis

meses, un año? ¿Cuánto tiempo quieres? ¿Cuánto necesitas para sentirte cómoda? Dime.

Comprendo que esto es un acto de fe inmenso para ti. Debo ganarme tu confianza, pero, por la misma razón, tú debes comunicarte conmigo si no lo hago. Pareces fuerte e independiente, pero luego leo lo que has escrito y veo otro lado tuyo. Debemos orientarnos el uno al otro, Anastasia, y solo tú puedes darme pistas. Tienes que ser sincera conmigo y los dos debemos encontrar un modo de que nuestro acuerdo funcione.

Te preocupa no ser dócil. Bueno, quizá sea cierto. Dicho esto, debo reconocer que solo adoptas la conducta propia de una sumisa en el cuarto de juegos. Parece que ese es el único sitio en el que me dejas ejercer verdadero control sobre ti y el único en el que haces lo que te digo. «Ejemplar» es el calificativo que se me ocurre. Y yo jamás te llenaría de moratones.

Me va más el rosa. Fuera del cuarto de juegos, me gusta que me desafíes. Es una experiencia nueva y refrescante, y no me gustaría que eso cambiara. Así que sí, dime a qué te refieres cuando me pides más. Me esforzaré por ser abierto y procuraré darte el espacio que necesitas y mantenerme alejado de ti mientras estés en Georgia. Espero con ilusión tu próximo correo.

Entretanto, diviértete. Pero no demasiado.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Madre mía. Ha escrito una redacción como las del colegio, y casi todo lo que dice es bueno. Con el corazón en la boca, releo su epístola y me acurruco en la cama del cuarto de invitados prácticamente abrazada a mi Mac. ¿Que prorroguemos nuestro contrato a un año?

¡Que soy yo la que tiene el poder! Voy a tener que meditar sobre eso. Que me lo tome al pie de la letra, eso es lo que me ha dicho mamá. No quiere perderme. ¡Ya me lo ha dicho dos veces! También, que quiere que esto funcione. ¡Ay, Christian, y yo! ¡Que va a procurar mantenerse alejado! ¿Significa eso que a lo mejor no lo consigue? De pronto, deseo que así sea. Quiero verlo. No llevamos separados ni veinticuatro horas, y al pensar que voy a estar cuatro días sin él me doy cuenta de lo mucho que lo echo de menos. De lo mucho que lo quiero.

—Ana, cielo —me dice una voz suave y cálida, llena de amor y de dulces recuerdos de tiempos pasados.

Una mano suave me acaricia la cara. Mi madre me despierta y yo estoy abrazada al portátil, cogida a él como una lapa.

—Ana, cariño —sigue con su voz suave y cantarina mientras resurjo del sueño, parpadeando a la pálida luz rosada del atardecer.

—Hola, mamá.

Me desperezo y sonrío.

—Nos vamos a cenar en media hora. ¿Aún quieres venir? —pregunta amable.

—Sí, claro, desde luego.

Me esfuerzo en vano por contener un bostezo.

—Vaya, un artilugio impresionante —dice, señalando el portátil.

Mierda.

—Ah, ¿esto? —digo haciéndome un poco la tonta.

¿Se lo olerá mamá? Parece que se ha vuelto más perspicaz desde que tengo «novio».

—Me lo ha prestado Christian. Pensé que podría pilotar una nave espacial con él, pero solo lo uso para enviar correos y navegar por internet.

En serio, no es nada. Mirándome con recelo, se sienta en la cama y me coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—¿Te ha escrito?

Mierda, mierda.

—Sí.

Esta vez no sé hacerme la tonta, y me sonrojo.

—A lo mejor te echa de menos, ¿no?

—Eso espero, mamá.

—¿Qué te dice?

Mierda, mierda, mierda. Busco desesperadamente algo de ese correo que pueda contarle a mi madre. No creo que le apetezca oír hablar de amos, ni de bondage y mordazas, claro que el acuerdo de confidencialidad tampoco me permite contárselo.

—Me ha dicho que me divierta, pero no demasiado.

—Parece razonable. Te dejo para que te arregles, cielo. —Se inclina y me besa en la frente—. Me alegro mucho de que hayas venido, Ana. Me encanta tenerte aquí.

Y, después de tan afectuosa declaración, se va.

Uf, Christian y razonable... dos conceptos que siempre había creído incompatibles; aunque, después del último correo, igual todo es posible. Meneo la cabeza.

Necesito tiempo para digerir sus palabras. Hasta después de la cena... tal vez entonces le pueda responder. Salgo de la cama, me quito rápidamente la camiseta y los pantalones cortos y me dirijo a la ducha.

Me he traído el vestido gris de Kate con la espalda descubierta que llevé en la graduación. Es la única prenda de vestir que metí en la mochila. Lo bueno de la humedad es que las arrugas han desaparecido, así que creo que me lo pondré para ir al club de golf. Mientras me visto, abro el portátil. No hay nada nuevo de Christian y siento una punzada de desilusión. Muy rápido, le escribo un correo.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:08 EST

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Elocuente?

Señor, eres un escritor elocuente. Tengo que ir a cenar al club de golf de Bob y, para que lo sepas, estoy poniendo los ojos en blanco solo de pensarlo. Pero, de momento, tú y tu mano suelta estáis muy lejos de mí. Me ha encantado tu correo. Te contesto en cuanto pueda. Ya te echo de menos.

Disfruta de tu tarde.

Tu Ana

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 16:10

Para: Anastasia Steele

Asunto: Su trasero

Querida señorita Steele:

Me tiene distraído el asunto de este correo. Huelga decir que, de momento, está a salvo.

Disfrute de la cena. Yo también la echo de menos, sobre todo su trasero y esa lengua viperina suya.

Mi tarde será aburrida y solo me la alegrará pensar en usted y en sus ojos en blanco. Creo que fue usted

quien juiciosamente me hizo ver que también yo tengo esa horrenda costumbre.

Christian Grey

Presidente que acostumbra a poner los ojos en blanco, de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:14 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Ojos en blanco

Querido señor Grey:

Deja de mandarme correos. Intento arreglarme para la cena. Me distraes mucho, hasta cuando estás en la otra punta del país. Y sí, ¿quién te da unos azotes a ti cuando eres tú el que pone los ojos en blanco?

Tu Ana

Le doy a la tecla de envío e inmediatamente me viene a la cabeza la imagen de esa bruja malvada de la señora Robinson. No quiero ni imaginarlo. A Christian golpeado por alguien de la edad de mi madre; qué barbaridad. Una vez más me pregunto cuánto daño le habrá hecho esa mujer. Aprieto los labios de rabia.

Necesito un muñeco al que clavarle alfileres; igual así logro descargar parte de la ira que siento por esa desconocida.

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 16:18

Para: Anastasia Steele

Asunto: Su trasero

Querida señorita Steele:

Me gusta más mi asunto que el tuyo, en muchos sentidos. Por suerte, soy el dueño de mi propio destino y

nadie me castiga. Salvo mi madre, de vez en cuando, y el doctor Flynn, claro. Y tú.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:22 EST

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Castigarte yo?

Querido señor:

¿Cuándo he tenido yo valor de castigarle, señor Grey? Me parece que me confunde con otra, lo cual resulta preocupante.

En serio, tengo que arreglarme.

Tu Ana

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 16:25

Para: Anastasia Steele

Asunto: Tu trasero

Querida señorita Steele:

Lo hace constantemente por escrito. ¿Me deja que le suba la cremallera del vestido?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Por alguna extraña razón, sus palabras saltan de la pantalla y me hacen jadear. Oh... está juguetón.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:28 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Para mayores de 18 años

Preferiría que me la bajaras.

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 16:31

Para: Anastasia Steele
Asunto: Cuidado con lo que deseas...
YO TAMBIÉN.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:33 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Jadeando

Muy despacio...

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 16:35

Para: Anastasia Steele

Asunto: Gruñendo

Ojalá estuviera allí.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:37 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Gimiendo

OJALÁ.

—¡Ana!

Mi madre me llama y doy un respingo. Mierda. ¿Por qué me siento tan culpable?

—Ya voy, mamá.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:39 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Gimiendo

Tengo que irme.

Hasta luego, nene.

Salgo corriendo al pasillo, donde me esperan Bob y mi madre. Esta frunce el ceño.

—Cariño... ¿te encuentras bien? Te veo un poco acalorada.

—Estoy bien, mamá.

—Estás preciosa, cariño.

—Ah, este vestido es de Kate. ¿Te gusta?

Frunce el ceño aún más.

—¿Por qué llevas un vestido de Kate?

Oh... no.

—Pues porque a ella este no le gusta y a mí sí —
improvisó.

Me escudriña mientras Bob rezuma impaciencia con su mirada de perrillo faldero hambriento.

—Mañana te llevo de compras —dice.

—Ay, mamá, no hace falta. Tengo mucha ropa.

—¿Es que no puedo hacer algo por mi hija? Venga, que Bob está muerto de hambre.

—Cierto —gimotea Bob, frotándose el estómago y poniendo carita de pena.

Río como una boba cuando él pone los ojos en blanco, y luego salimos por la puerta.

Más tarde, mientras estoy en la ducha refrescándome bajo el agua tibia, pienso en lo mucho que ha cambiado mi madre. En la cena ha estado en su elemento: divertida y coqueta, rodeada de montones de amigos del club de golf. Bob se ha mostrado cariñoso y atento. Parece que se llevan bien. Me alegro mucho por mi madre. Significa que puedo dejar de preocuparme por ella y de cuestionar sus decisiones, y olvidar los días oscuros del marido número tres. Bob le va a durar.

Además, ahora me da buenos consejos. ¿Cuándo ha empezado a suceder eso? Desde que conocí a Christian. ¿Y eso por qué?

Cuando termino, me seco rápidamente, ansiosa por volver con Christian. Hay un correo esperándome, enviado justo después de que me fuera a cenar, hace un par de horas.

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 16:41

Para: Anastasia Steele

Asunto: Plagio

Me has robado la frase.

Y me has dejado colgado.

Disfruta de la cena.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 22:18 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Mira quién habla

Señor, si no recuerdo mal, la frase era de Elliot.

¿Sigues colgado?

Tu Ana

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:22

Para: Anastasia Steele

Asunto: Pendiente

Señorita Steele:

Ha vuelto. Se ha ido tan de repente... justo cuando la cosa empezaba a ponerse interesante.

Elliot no es muy original. Le habrá robado esa frase a alguien.

¿Qué tal la cena?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 22:26 EST

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Pendiente?

La cena me ha llenado; te gustará saber que he comido hasta hartarme.

¿Se estaba poniendo interesante? ¿En serio?

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:30

Para: Anastasia Steele

Asunto: Pendiente, sin duda

¿Te estás haciendo la tonta? Me parece que acababas de pedirme que te bajara la cremallera del vestido.

Y yo estaba deseando hacerlo. Me alegra saber que estás comiendo bien.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 22:36 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Bueno, siempre nos queda el fin de semana

Pues claro que como... Solo la incertidumbre que siento cuando estoy contigo me quita el apetito.

Y yo jamás me haría la tonta, señor Grey.

Seguramente ya te habrás dado cuenta. ;)

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:40

Para: Anastasia Steele

Asunto: Estoy impaciente

Lo tendré presente, señorita Steele, y, por supuesto, utilizaré esa información en mi beneficio.

Lamento saber que le quito el apetito. Pensaba que tenía un efecto más concupiscente en usted. Eso me ha pasado a mí también, y bien placentero que ha sido.

Espero impaciente la próxima ocasión.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 22:36 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Flexibilidad léxica

¿Has estado echando mano otra vez al diccionario de sinónimos?

De: Christian Grey

Fecha: 31 de mayo de 2011 19:40

Para: Anastasia Steele

Asunto: Me ha pillado

Qué bien me conoce, señorita Steele.

Voy a cenar con una vieja amistad, así que estaré conduciendo.

Hasta luego, nena©.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¿Qué vieja amistad? No sabía que Christian tuviera viejas amistades, salvo... ella. Miro ceñuda la pantalla. ¿Por qué tiene que seguir viéndola? Sufro un repentino y agudo ataque de celos. Quiero atizarle a algo, preferiblemente a la señora Robinson. Furiosa, apago el portátil y me meto en la cama.

Debería contestar su largo correo de esta mañana, pero de pronto estoy demasiado enfadada. ¿Por qué no

la ve como lo que es: una pederasta? Apago la luz, furibunda, y me quedo mirando a la oscuridad. ¿Cómo se atrevió esa mujer? ¿Cómo osó aprovecharse de un adolescente vulnerable? ¿Seguirá haciéndolo? ¿Por qué lo dejaron? Se me pasan por la cabeza varios escenarios posibles: si fue él quien se hartó de ella, entonces ¿por qué continúan siendo amigos?; o bien fue ella la que se hartó. ¿Estará casada? ¿Divorciada? Dios. ¿Tendrá hijos? ¿Tendrá algún hijo de Christian? Mi subconsciente asoma su feo rostro, me sonrío lasciva, y yo me quedo pasmada y asqueada solo de pensarlo. ¿Sabrá de ella el doctor Flynn?

Me obligo a salir de la cama y vuelvo a encender el cacharro infernal. Tengo una misión que cumplir. Tamborileo los dedos impaciente mientras espero a que aparezca la pantalla azul. Entro en la sección de imágenes de Google y tecleo «Christian Grey» en el recuadro de búsqueda. La pantalla se llena de pronto de imágenes de Christian: con corbata negra, trajeado, Dios... las fotos que tomó José en el Heathman, con su camisa blanca y sus pantalones de franela. ¿Cómo han llegado esas imágenes a internet? Vaya, está fenomenal.

Voy bajando de prisa: algunas con socios comerciales, y una foto tras otra del hombre más fotogénico que conozco íntimamente. ¿Íntimamente? ¿Conozco a Christian íntimamente? Lo conozco sexualmente, y deduzco que aún me queda mucho por descubrir en ese aspecto. Sé que es voluble, difícil, divertido, frío, cariñoso... el pobre es un amasijo ambulante de contradicciones. Paso a la siguiente página y recuerdo que Kate mencionó que no había podido encontrar ninguna foto suya con acompañante, de ahí

que planteara la pregunta de si era gay. Entonces, en la tercera página, veo una foto mía, con él, en mi graduación. Su única foto con una mujer, y soy yo.

¡Madre mía! ¡Estoy en Google! Nos miro. Parezco sorprendida por la cámara, nerviosa, descolocada. Eso fue justo antes de que accediera a probar. Christian, en cambio, está guapísimo, sereno, y lleva esa corbata... Lo contemplo, ese rostro hermoso, un rostro hermoso que podría estar mirando ahora mismo a la maldita señora Robinson. Guardo la foto en mi carpeta de descargas y sigo repasando las dieciocho páginas... nada. No voy a encontrar a la señora Robinson en Google.

Pero necesito saber si está con ella. Le escribo un correo rápido a Christian.

De: Anastasia Steele

Fecha: 31 de mayo de 2011 23:58 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Compañeros de cena apropiados

Espero que esa amistad tuya y tú hayáis pasado una velada agradable.

Ana

P.D.: ¿Era la señora Robinson?

Le doy a la tecla de envío y vuelvo a la cama desanimada, decidida a preguntarle a Christian por su relación con esa mujer. Por un lado, estoy desesperada por saber más; por otro, quiero olvidar que me lo ha contado. Y encima me ha venido la regla, así que tengo que acordarme de tomarme la píldora por la mañana.

Programo rápidamente una alarma en el calendario de la BlackBerry. La dejo en la mesita, me tumbo y, por fin, termino sumiéndome en un sueño inquieto,

deseando que estuviéramos en la misma ciudad, no a casi cinco mil kilómetros de distancia.

Después de una mañana de compras y otra tarde de playa, mi madre ha decidido que deberíamos salir de copas esta noche. Así que dejamos a Bob delante del televisor, y al rato ya estamos en el lujoso bar del hotel más exclusivo de Savannah. Yo voy por el segundo Cosmopolitan; mi madre, por el tercero. Continúa desvelándome su percepción del frágil ego masculino. Resulta desconcertante.

—Verás, Ana, los hombres piensan que todo lo que sale de la boca de una mujer es un problema que hay que resolver. No se enteran de que lo que nos gusta es darles vueltas a las cosas, hablar un poco y luego olvidar. A ellos les va más la acción.

—Mamá, ¿por qué me cuentas todo eso? —pregunto sin poder ocultar mi exasperación.

Lleva así todo el día.

—Cariño, te veo tan perdida. Nunca has traído a un chico a casa. Ni siquiera tuviste novio cuando vivíamos en Las Vegas. Pensé que habría algo con ese chico que conociste en la universidad, José.

—Mamá, José no es más que un amigo.

—Ya lo sé, cielo, pero pasa algo, y tengo la impresión de que no me lo estás contando todo.

Me mira, con el rostro fruncido de preocupación maternal.

—Necesitaba distanciarme un poco de Christian para aclararme, nada más. A veces me agobia un poco.

—¿Te agobia?

—Sí. Pero lo echo de menos.

Frunzo el ceño. No he sabido nada de Christian en todo el día. Ni un correo, nada. Estoy tentada de llamarlo para ver si está bien. Mi mayor temor es que haya tenido un accidente; el segundo mayor temor es que la señora Robinson haya vuelto a clavarle sus garras. Sé que no es racional, pero, en lo que a ella respecta, parece que he perdido la perspectiva.

—Cariño, tengo que ir al lavabo.

La breve ausencia de mi madre me proporciona otra ocasión para echar un vistazo a la BlackBerry. Llevo todo el día mirando a escondidas el correo. Por fin... ¡Christian me ha contestado!

De: Christian Grey

Fecha: 1 de junio de 2011 21:40 EST

Para: Anastasia Steele

Asunto: Compañeros de cena

Sí, he cenado con la señora Robinson. No es más que una vieja amiga, Anastasia.

Estoy deseando volver a verte. Te echo de menos.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

En efecto, estaba cenando con ella. Confirmados mis peores temores, noto que la adrenalina y la rabia se apoderan de mi cuerpo y se me eriza el vello. ¿Será posible? Estoy fuera dos días y ya se larga con esa zorra malvada.

De: Anastasia Steele

Fecha: 1 de junio de 2011 21:42 EST

Para: Christian Grey

Asunto: VIEJOS compañeros de cena

Esa no es solo una vieja amiga.

¿Ha encontrado ya otro adolescente al que hincarle el diente?

¿Te has hecho demasiado mayor para ella?

¿Por eso terminó vuestra relación?

Pulso la tecla de envío justo cuando vuelve mi madre.

—Ana, qué pálida estás. ¿Qué ha pasado?

Niego con la cabeza.

—Nada. Vamos a tomarnos otra copa —mascullo malhumorada.

Frunce el ceño, pero alza la vista, llama a uno de los camareros y le señala nuestras copas. Él asiente con la cabeza. Entiende la seña universal de «otra ronda de lo mismo, por favor». Mientras ella hace esto, vuelvo a mirar rápidamente la BlackBerry.

De: Christian Grey

Fecha: 1 de junio de 2011 21:45 EST

Para: Anastasia Steele

Asunto: Cuidado...

No me apetece hablar de esto por e-mail.

¿Cuántos Cosmopolitan te vas a beber?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Dios mío, está aquí.

Miro nerviosa por todo el bar, pero no lo veo.

—Ana, ¿qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

—Es Christian; está aquí.

—¿Qué? ¿En serio?

Mira también por todo el bar.

No le he hablado a mi madre de la tendencia al acoso de Christian.

Lo veo. El corazón me da un brinco y empieza a agitarse violentamente en mi pecho cuando se acerca a nosotras. Ha venido... por mí. La diosa que llevo dentro se levanta como una loca de su chaise longue. Christian se desliza entre la multitud; los halógenos empotrados reflejan en su pelo destellos de cobre bruñido y rojo.

En sus luminosos ojos grises veo brillar... ¿rabia? ¿Tensión? Aprieta la boca, la mandíbula tensa. Oh, mierda... no. Ahora mismo estoy tan furiosa con él, y encima está aquí. ¿Cómo me voy a enfadar con él delante de mi madre?

Llega a nuestra mesa, mirándome con recelo. Viste, como de costumbre, camisa de lino blanco y vaqueros.

—Hola —chillo, incapaz de ocultar mi asombro por verlo aquí en carne y hueso.

—Hola —responde, e inclinándose me besa en la mejilla, pillándome por sorpresa.

—Christian, esta es mi madre, Carla.

Mis arraigados modales toman el mando.

Se gira para saludar a mi madre.

—Encantado de conocerla, señora Adams.

¿Cómo sabe el apellido de mi madre? Le dedica esa sonrisa de infarto, cosecha Christian Grey, destinada a la

rendición total sin rehenes. Mi madre no tiene escapatoria. La mandíbula se le descuelga hasta la mesa. Por Dios, controla un poco, mamá. Ella acepta la mano que le tiende y se la estrecha. No le contesta. Vaya, lo de quedarse mudo de asombro es genético; no tenía ni idea.

—Christian —consigue decir por fin, sin aliento.

Él le dedica una sonrisa de complicidad, sus ojos grises centelleantes. Los miro con el gesto fruncido.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta suena más frágil de lo que pretendía, y su sonrisa desaparece, y su expresión se vuelve cautelosa. Estoy emocionada de verlo, pero completamente descolocada, y la rabia por lo de la señora Robinson aún me hierve en las venas. No sé si quiero ponerme a gritarle o arrojarme a sus brazos (aunque no creo que le gustara ninguna de las dos opciones), y quiero saber cuánto tiempo lleva vigilándonos. Además, estoy algo nerviosa por el e-mail que acabo de enviarle.

—He venido a verte, claro. —Me mira impasible. Huy, ¿qué estará pensando?—. Me alojo en este hotel.

—¿Te alojas aquí?

Sueno como una universitaria de segundo año colocada de anfetamidas, demasiado estridente hasta para mis oídos.

—Bueno, ayer me dijiste que ojalá estuviera aquí. —Hace una pausa para evaluar mi reacción—. Nos proponemos complacer, señorita Steele —dice en voz baja sin rastro alguno de humor.

Mierda, ¿está furioso? ¿Será por los comentarios sobre la señora Robinson? ¿O tal vez porque estoy a

punto de tomarme el cuarto Cosmo? Mi madre nos mira nerviosa.

—¿Por qué no te tomas una copa con nosotras, Christian?

Le hace una seña al camarero, que se planta a nuestro lado en un nanosegundo.

—Tomaré un gin-tonic —dice Christian—. Hendricks si tienen, o Bombay Sapphire. Pepino con el Hendricks, lima con el Bombay.

Madre mía... Solo Christian podría pedir una copa como si fuera un plato elaborado.

—Y otros dos Cosmos, por favor —añado, mirando nerviosa a Christian.

He salido de copas con mi madre; no se puede enfadar por eso.

—Acércate una silla, Christian.

—Gracias, señora Adams.

Christian coge una silla y se sienta con elegancia a mi lado.

—¿Así que casualmente te alojas en el hotel donde estamos tomando unas copas? —digo, esforzándome por sonar desenfadada.

—O casualmente estáis tomando unas copas en el hotel donde yo me alojo —me contesta él—. Acabo de cenar, he venido aquí y te he visto. Andaba distraído pensando en tu último correo, levanto la vista y ahí estabas. Menuda coincidencia, ¿verdad?

Ladea la cabeza y detecto un amago de sonrisa. Gracias a Dios... puede que al final hasta salvemos la noche.

—Mi madre y yo hemos ido de compras esta mañana y a la playa por la tarde. Luego hemos decidido salir de

copas esta noche —murmuro, porque tengo la sensación de que le debo una explicación.

—¿Ese top es nuevo? —Señala mi blusón de seda verde recién estrenado—. Te sienta bien ese color. Y te ha dado un poco el sol. Estás preciosa.

Me ruborizo. El cumplido me deja sin habla.

—Bueno, pensaba hacerte una visita mañana, pero mira por dónde...

Alarga el brazo y me coge la mano, me la aprieta con suavidad, me acaricia los nudillos con el pulgar... y siento de nuevo el tirón. Esa descarga eléctrica que corre bajo mi piel bajo la suave presión de su pulgar se dispara a mi torrente sanguíneo y me recorre el cuerpo entero, calentándolo todo a su paso. Hacía más de dos días que no lo veía. Madre mía... cómo lo deseo. Se me entrecorta la respiración. Lo miro pestañeando, sonrío tímidamente, y veo dibujarse una sonrisa en sus labios.

—Quería darte una sorpresa. Pero, como siempre, me la has dado tú a mí, Anastasia, cuando te he visto aquí.

Miro de reojo a mi madre, que tiene los ojos clavados en Christian... ¡sí, clavados! Vale ya, mamá. Ni que fuera una criatura exótica nunca vista. A ver, ya sé que hasta ahora no había tenido novio y que a Christian solo lo llamo así por llamarlo de alguna manera, pero ¿tan increíble es que yo haya podido atraer a un hombre? ¿A este hombre? Pues sí, francamente... tú míralo bien, me suelta mi subconsciente. ¡Oh, cállate! ¿Quién te ha dado vela en este entierro? Miro ceñuda a mi madre, pero ella no parece darse por enterada.

—No quiero robarte tiempo con tu madre. Me tomaré una copa y me retiraré. Tengo trabajo pendiente — declara muy serio.

—Christian, me alegro mucho de conocerte — interviene mi madre, recuperando al fin el habla—. Ana me ha hablado muy bien de ti.

Él le sonrío.

—¿En serio?

Christian arquea una ceja, con una expresión risueña en el rostro, y yo vuelvo a ruborizarme.

Llega el camarero con nuestras copas.

—Hendricks, señor —declara con una floritura triunfante.

—Gracias —murmura Christian en reconocimiento.

Sorbo nerviosa mi nuevo Cosmo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Georgia, Christian? —pregunta mamá.

—Hasta el viernes, señora Adams.

—¿Cenarás con nosotros mañana? Y, por favor, llámame Carla.

—Me encantaría, Carla.

—Estupendo. Si me disculpáis un momento, tengo que ir al lavabo.

Pero si acabas de ir, mamá. La miro desesperada cuando se levanta y se marcha, dejándonos solos.

—Así que te has enfadado conmigo por cenar con una vieja amiga.

Christian vuelve su mirada ardiente y recelosa hacia mí y, llevándose mi mano a los labios, me besa suavemente los nudillos uno por uno.

Dios... ¿tiene que hacer esto ahora?

—Sí —mascullo mientras la sangre me recorre ardiente el cuerpo entero.

—Nuestra relación sexual terminó hace tiempo, Anastasia —me susurra—. Yo solo te deseo a ti. ¿Aún no te has dado cuenta?

Lo miro extrañada.

—Para mí es una pederasta, Christian.

Contengo el aliento a la espera de su reacción.

Christian palidece.

—Eso es muy crítico por tu parte. No fue así —susurra conmocionado, soltándome la mano.

¿Crítico?

—Ah, ¿cómo fue entonces? —pregunto.

Los Cosmos me envalentonan.

Me mira ceñudo, desconcertado. Prosigo:

—Se aprovechó de un chico vulnerable de quince años. Si hubieras sido una chiquilla de quince años y la señora Robinson un señor Robinson que la hubiera arrastrado al sadomasoquismo, ¿te parecería bien? ¿Si hubiera sido Mia, por ejemplo?

Da un respingo y me mira ceñudo.

—Ana, no fue así.

Le lanzo una mirada feroz.

—Vale, yo no lo sentí así —prosigue en voz baja—. Ella fue una fuerza positiva. Lo que necesitaba.

—No lo entiendo.

Ahora me toca a mí mostrarme desconcertada.

—Anastasia, tu madre no tardará en volver. No me apetece hablar de esto ahora. Más adelante, quizá. Si no quieres que esté aquí, tengo un avión esperándome en Hilton Head. Me puedo ir.

Se ha enfadado conmigo... no.

—No, no te vayas. Por favor. Me encanta que hayas venido. Solo quiero que entiendas que me enfurece que, en cuanto me voy, quedes con ella para cenar. Piensa en cómo te pones tú cuando me acerco a José. José es un buen amigo. Nunca he tenido una relación sexual con él. Mientras que tú y ella...

Me interrumpo, no queriendo concederle más espacio a ese pensamiento.

—¿Estás celosa?

Me mira atónito, y sus ojos se ablandan un poco, se enternecen.

—Sí, y furiosa por lo que te hizo.

—Anastasia, ella me ayudó. Y eso es todo lo que voy a decir al respecto. En cuanto a tus celos, ponte en mi lugar. No he tenido que justificar mis actos delante de nadie en los últimos siete años. De nadie en absoluto. Hago lo que me place, Anastasia. Me gusta mi independencia. No he ido a ver a la señora Robinson para fastidiarte. He ido porque, de vez en cuando, salimos a cenar. Es amiga y socia.

¿Socia? Dios mío. Esto es nuevo.

Me mira y analiza mi expresión.

—Sí, somos socios. Ya no hay sexo entre nosotros. Desde hace años.

—¿Por qué terminó vuestra relación?

Frunce la boca y le brillan los ojos.

—Su marido se enteró.

¡Madre mía!

—¿Te importa que hablemos de esto en otro momento, en un sitio más discreto? —gruñe.

—Dudo que consigas convencerme de que no es una especie de pedófila.

—Yo no la veo así. Nunca lo he hecho. ¡Y basta ya! —
espeta.

—¿La querías?

—¿Cómo vais?

Mi madre reaparece sin que ninguno de los dos nos
hayamos percatado.

Me planto una falsa sonrisa en los labios mientras
Christian y yo nos enderezamos precipitadamente en el
asiento, como si estuviéramos haciendo algo malo. Mi
madre me mira.

—Bien, mamá.

Christian sorbe su copa, observándome
detenidamente con expresión cautelosa. ¿Qué estará
pensando? ¿La quiso? Me parece que, como diga que sí,
me voy a enfadar, y mucho.

—Bueno, señoras, os dejo disfrutar de vuestra
velada.

No, no, no me puede dejar así, con la duda.

—Por favor, que carguen estas copas en mi cuenta,
habitación 612. Te llamo por la mañana, Anastasia.
Hasta mañana, Carla.

—Oh, me encanta que alguien te llame por tu
nombre completo, hija.

—Un nombre precioso para una chica preciosa —
murmura Christian, estrechando la mano que mi madre
le tiende, y ella sonrío con afectación.

Ay, mamá... ¿tú también, traidora? Me levanto y lo
miro, implorándole que responda a mi pregunta, y él me
da un casto beso en la mejilla.

—Hasta luego, nena —me susurra al oído.

Y se va.

Maldito capullo controlador. La rabia retorna con plena fuerza. Me dejo caer en la silla y me vuelvo hacia mi madre.

—Vaya, me has dejado anonadada, Ana. Menudo partidazo. Eso sí, no sé qué os traéis entre manos. Me parece que tenéis que hablar. Uf, la tensión subyacente... es insoportable.

Se abanica exageradamente.

—¡MAMÁ!

—Ve a hablar con él.

—No puedo. He venido aquí a verte a ti.

—Ana, has venido aquí porque estás hecha un lío con ese chico. Es evidente que estáis locos el uno por el otro. Tienes que hablar con él. Ha volado cinco mil kilómetros para verte, por el amor de Dios. Y ya sabes lo horroroso que es volar.

Me ruborizo. No le he dicho que tiene un avión privado.

—¿Qué? —me suelta.

—Tiene su propio avión —mascullo, avergonzada—, y son menos de cinco mil kilómetros, mamá.

¿Por qué me avergüenzo? Mi madre arquea ambas cejas.

—Uau —exclama—. Ana, os pasa algo. Llevo intentando averiguar lo que es desde que llegaste. Pero el único modo de solucionar el problema, sea cual sea, es hablarlo con él. Piensa todo lo que quieras, pero hasta que no hables con él no vas a conseguir nada.

La miro ceñuda.

—Ana, cielo, siempre le has dado muchas vueltas a todo. Fíate de tu instinto. ¿Qué te dice, cariño?

Me miro los dedos.

—Creo que estoy enamorada de él —murmuro.

—Lo sé, cariño. Y él de ti.

—¡No!

—Sí, Ana. Dios... ¿qué más necesitas? ¿Un rótulo luminoso en su frente?

La miro aturdida y se me llenan los ojos de lágrimas.

—No llores, cielo.

—Yo no creo que me quiera.

—Independientemente de lo rico que sea, uno no lo deja todo, se sube en su avión privado y cruza el país para tomar el té de la tarde. ¡Ve con él! Este sitio es muy bonito, muy romántico. Además, es territorio neutral.

Me revuelvo incómoda bajo su mirada. Quiero y no quiero ir.

—Cariño, no te preocupes por tener que volver conmigo. Quiero que seas feliz, y ahora mismo creo que la clave de tu felicidad está arriba, en la habitación 612. Si quieres venir a casa luego, la llave está debajo de la yuca del porche principal. Si te quedas... bueno, ya eres mayorcita. Pero toma precauciones.

Me pongo roja como un tomate. Por Dios, mamá.

—Vamos a terminarnos los Cosmos primero.

—Esa es mi chica.

Y sonrío.

Llamo tímidamente a la puerta de la habitación 612 y espero. Christian abre la puerta. Está hablando por el móvil. Me mira extrañado, completamente sorprendido, sostiene la puerta abierta y me invita a entrar en su habitación.

—¿Están listas todas las indemnizaciones? ¿Y el coste? —Silba entre dientes—. Uf, nos ha salido caro el error. ¿Y Lucas?

Echo un vistazo a la habitación. Es una suite, como la del Heathman. La decoración de esta es ultramoderna, muy actual. Todo púrpuras y dorados mate con motivos en bronce en las paredes. Christian se acerca a un mueble de madera noble, tira y abre una puerta tras la que se oculta el minibar. Me hace una señal para que me sirva, luego entra en el dormitorio. Supongo que para que no pueda oír la conversación. Me encojo de hombros. No dejó de hablar cuando entré en su estudio el otro día. Oigo correr el agua; está llenando la bañera. Me sirvo un zumo de naranja. Vuelve al salón.

—Que Andrea me mande las gráficas. Barney me dijo que había resuelto el problema. —Christian ríe—. No, el viernes. Estoy interesado en un terreno de por aquí. Sí, que me llame Bill. No, mañana. Quiero ver lo que podría ofrecernos Georgia si nos instalamos aquí.

Christian no me quita los ojos de encima. Me da un vaso y me indica dónde hay una cubitera.

—Si los incentivos son lo bastante atractivos, creo que deberíamos considerarlo, aunque aquí hace un calor de mil demonios. Detroit tiene sus ventajas, sí, y es más fresco. —Su rostro se oscurece un instante—. ¿Por qué? Que me llame Bill. Mañana. No demasiado temprano.

Cuelga y se me queda mirando con una expresión indescifrable, y se hace el silencio entre nosotros.

Muy bien... me toca hablar.

—No has respondido a mi pregunta —murmuro.

—No —dice en voz baja, y me mira con una mezcla de asombro y recelo.

—¿No has respondido a mi pregunta o no, no la querías?

Se cruza de brazos y se apoya en la pared; una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿A qué has venido, Anastasia?

—Ya te lo he dicho.

Suspira hondo.

—No, no la quería.

Me mira ceñudo, divertido pero perplejo.

Acabo de darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Al soltar el aire, me desinflo como un saco viejo. Uf, gracias a Dios... ¿Cómo me habría sentido si me hubiera dicho que quería a esa bruja?

—Tú eres mi diosa de ojos verdes, Anastasia. ¿Quién lo habría dicho?

—¿Se burla de mí, señor Grey?

—No me atrevería.

Niega con la cabeza, solemne, pero veo un destello de picardía en sus ojos.

—Huy, claro que sí, y de hecho lo haces, a menudo.

Sonríe satisfecho al ver que le devuelvo las palabras que me ha dicho él antes. Su mirada se oscurece.

—Por favor, deja de morderte el labio. Estás en mi habitación, hace casi tres días que no te veo y he hecho un largo viaje en avión para verte.

Su tono pasa de suave a sensual.

Le suena la BlackBerry, distrayéndonos a los dos, y la apaga sin mirar siquiera quién es. Se me entrecorta la respiración. Sé cómo va a terminar esto... pero se supone que íbamos a hablar. Se acerca a mí con su mirada sexy de depredador.

—Quiero hacerlo, Anastasia. Ahora. Y tú también. Por eso has venido.

—Quería saber la respuesta, de verdad —alego en mi defensa.

—Bueno, ahora que lo sabes, ¿te quedas o te vas?
Me ruborizo cuando se planta delante de mí.

—Me quedo —murmuro, mirándolo nerviosa.

—Me alegro. —Me mira fijamente—. Con lo enfadada que estabas conmigo... —dice.

—Sí.

—No recuerdo que nadie se haya enfadado nunca conmigo, salvo mi familia. Me gusta.

Me acaricia la mejilla con las yemas de los dedos. Madre mía, esa proximidad, ese aroma a Christian. Se supone que íbamos a hablar, pero tengo el corazón desbocado y la sangre me corre como loca por todo el cuerpo; el deseo crece, se expande... por todo mi ser. Christian se inclina y me pasea la nariz por el hombro hasta la base de la oreja, hundiendo despacio los dedos en mi pelo.

—Deberíamos hablar —susurro.

—Luego.

—Quiero decirte tantas cosas.

—Yo también.

Me planta un suave beso debajo del lóbulo de la oreja mientras aprieta el puño enredado en mi pelo. Me echa la cabeza hacia atrás para tener acceso a mi cuello.

Me araña la barbilla con los dientes y me besa el cuello.

—Te deseo —dice.

Gimo, subo las manos y me aferro a sus brazos.

—¿Estás con la regla?

Sigue besándome.

Maldita sea. ¿No se le escapa nada?

—Sí —susurro, cortada.

—¿Tienes dolor menstrual?

—No.

Me sonrojo. Dios...

Para y me mira.

—¿Te has tomado la píldora?

—Sí.

Qué vergüenza, por favor.

—Vamos a darnos un baño.

¿Eh?

Me coge de la mano y me lleva al dormitorio. Dominan la estancia la cama inmensa y unas cortinas de lo más recargado. Pero no nos detenemos ahí. Me lleva al baño que tiene dos zonas, todo de color verde mar y crudo. Es enorme. En la segunda zona, una bañera encastrada lo bastante grande para cuatro personas, con escalones de piedra al interior, se está llenando de agua. El vapor se eleva suavemente por encima de la espuma y veo que hay un asiento de piedra por todo su perímetro. En los bordes titilan unas velas. Uau... ha hecho todo esto mientras hablaba por teléfono.

—¿Llevas una goma para el pelo?

Lo miro extrañada, me busco en el bolsillo de los vaqueros y saco una.

—Recógetelo —me ordena con delicadeza.

Hago lo que me pide.

Hace un calor sofocante junto a la bañera y el blusón se me empieza a pegar. Se agacha y cierra el grifo. Me lleva a la primera zona del baño, se coloca detrás de mí y los dos nos miramos en el espejo mural que hay sobre los dos lavabos de vidrio.

—Quítate las sandalias —murmura, y yo lo complazco enseguida y las deajo en el suelo de arenisca—. Levanta los brazos —me dice.

Obedezco y me saca el blusón por la cabeza de forma que me quedo desnuda de cintura para arriba ante él. Sin quitarme los ojos de encima, alarga la mano por delante, me desabrocha el botón de los vaqueros y me baja la cremallera.

—Te lo voy a hacer en el baño, Anastasia.

Se inclina y me besa el cuello. Ladeo la cabeza y le facilito el acceso. Engancha los pulgares en mis vaqueros y me los baja poco a poco, agachándose detrás de mí al tiempo que me los baja, junto con las bragas, hasta el suelo.

—Saca los pies de los vaqueros.

Agarrándome al borde del lavabo, hago lo que me dice. Ahora estoy desnuda, mirándome, y él está arrodillado a mi espalda. Me besa y luego me mordisquea el trasero, haciéndome gemir. Se levanta y vuelve a mirarme fijamente en el espejo. Procuro estarme quieta, ignorando mi natural inclinación a taparme. Me planta las manos en el vientre; son tan grandes que casi me llegan de cadera a cadera.

—Mírate. Eres preciosa —murmura—. Siéntete. —Me coge ambas manos con las suyas, las palmas pegadas al dorso de las mías, los dedos trenzados con los míos para mantenerlos estirados. Me las posa en el vientre—. Siente lo suave que es tu piel —me dice en voz baja y grave. Me mueve las manos lentamente, en círculos, luego asciende hasta mis pechos—. Siente lo turgentes que son tus pechos.

Me pone las manos de forma que me coja los pechos. Me acaricia suavemente los pezones con los pulgares, una y otra vez.

Gimo con la boca entreabierta y arqueo la espalda de forma que los pechos me llenan las manos. Me pellizca los pezones con sus pulgares y los míos, tirando con delicadeza, para que se alarguen más. Observo fascinada a la criatura lasciva que se retuerce delante de mí. Oh, qué sensación tan deliciosa... Gruño y cierro los ojos, porque no quiero seguir viendo cómo se excita esa mujer libidinosa del espejo con sus propias manos, con las manos de él, acariciándome como lo haría él, sintiendo lo excitante que es. Solo siento sus manos y sus órdenes suaves y serenas.

—Muy bien, nena —murmura.

Me lleva las manos por los costados, desde la cintura hasta las caderas, por el vello púbico. Desliza una pierna entre las mías, separándome los pies, abriéndome, y me pasa mis manos por mi sexo, primero una mano y luego la otra, marcando un ritmo. Es tan erótico... Soy una auténtica marioneta y él es el maestro titiritero.

—Mira cómo resplandeces, Anastasia —me susurra mientras me riega de besos y mordisquitos el hombro.

Gimo. De pronto me suelta.

—Sigue tú —me ordena, y se aparta para observarme.

Me acaricio. No... Quiero que lo haga él. No es lo mismo. Estoy perdida sin él. Se saca la camisa por la cabeza y se quita rápidamente los vaqueros.

—¿Prefieres que lo haga yo?

Sus ojos grises abrasan los míos en el espejo.

—Sí, por favor —digo.

Vuelve a rodearme con los brazos, me coge las manos otra vez y continúa acariciándome el sexo, el clítoris. El vello de su pecho me raspa, su erección presiona contra mí. Hazlo ya, por favor. Me mordisquea la nuca y cierro los ojos, disfrutando de las múltiples sensaciones: el cuello, la entrepierna, su cuerpo pegado a mí.

Para de pronto y me da la vuelta, me apresa con una mano ambas muñecas a la espalda y me tira de la coleta con la otra. Me acaloro al contacto con su cuerpo; él me besa apasionadamente, devorando mi boca con la suya, inmovilizándome.

Su respiración es entrecortada, como la mía.

—¿Cuándo te ha venido la regla, Anastasia? —me pregunta de repente, mirándome.

—Eh... ayer —mascullo, excitadísima.

—Bien.

Me suelta y me da la vuelta.

—Agárrate al lavabo —me ordena y vuelve a echarme hacia atrás las caderas, como hizo en el cuarto de juegos, de forma que estoy doblada.

Me pasa la mano entre las piernas y tira del cordón azul. ¿Qué? Me quita el tampón con cuidado y lo tira al váter, que tiene cerca. Dios mío. La madre del... Y de

golpe me penetra... ¡ah! Piel con piel, moviéndose despacio al principio, suavemente, probándome, empujando... madre mía. Me agarro con fuerza al lavabo,

jadeando, pegándome a él, sintiéndolo dentro de mí. Oh, esa dulce agonía... sus manos ancladas a mis caderas. Imprime un ritmo castigador, dentro, fuera, luego

me pasa la mano por delante, al clítoris, y me lo masajea... oh, Dios. Noto que me acelero.

—Muy bien, nena —dice con voz ronca mientras empuja con vehemencia, ladeando las caderas, y eso basta para catapultarme a lo más alto.

Uau... y me corro escandalosamente, aferrada al lavabo mientras me dejo arrastrar por el orgasmo, y todo se revuelve y se tensa a la vez. Él me sigue,

agarrándome con fuerza, pegándose a mi cuerpo cuando llega al clímax, pronunciando mi nombre como si fuera un ensalmo o una invocación.

—¡Oh, Ana! —me jadea al oído, su respiración entrecortada en perfecta sinergia con la mía—. Oh, nena, ¿alguna vez me saciaré de ti? —susurra.

Nos dejamos caer despacio al suelo y él me envuelve con sus brazos, apresándome. ¿Será siempre así? Tan incontenible, devorador, desconcertante, seductor. Yo

quería hablar, pero hacer el amor con él me agota y me aturde, y también yo me pregunto si algún día llegaré a saciarme de él.

Me acurruco en su regazo, con la cabeza pegada a su pecho, mientras nos serenamos. Con disimulo, inhalo su aroma a Christian, dulce y embriagador. No debo

acariciarlo. No debo acariciarlo. Repito mentalmente el mantra, aunque me siento tentada de hacerlo. Quiero alzar la mano y trazar figuras en su pecho con las

yemas de los dedos, pero me contengo, porque sé que le fastidiaría que lo hiciera. Guardamos silencio los dos, absortos en nuestros pensamientos. Yo estoy absorta

en él, entregada a él.

De repente, me acuerdo de que tengo la regla.

—Estoy manchando —murmuro.

—A mí no me molesta —me dice.

—Ya lo he notado —digo sin poder controlar el tono seco de mi voz.

Se tensa.

—¿Te molesta a ti? —me pregunta en voz baja.

¿Que si me molesta? Quizá debería... ¿o no? No, no me molesta. Me echo hacia atrás y levanto la vista, y él me mira desde arriba, con esos ojos grises algo nebulosos.

—No, en absoluto.

Sonríe satisfecho.

—Bien. Vamos a darnos un baño.

Me libera y me deja en el suelo a fin de ponerse de pie. Mientras se mueve a mi lado, vuelvo a reparar en esas pequeñas cicatrices redondas y blancas de su

pecho. No son de varicela, me digo distraída. Grace dijo que a él casi no le había afectado. Por Dios... tienen que ser quemaduras. ¿Quemaduras de qué? Palidezco

al caer en la cuenta, presa de la conmoción y la repugnancia que me produce. A lo mejor existe una explicación razonable y yo estoy exagerando. Brota feroz en mi

pecho una esperanza: la esperanza de estar equivocada.

—¿Qué pasa? —me pregunta Christian alarmado.

—Tus cicatrices —le susurro—. No son de varicela.

Lo veo cerrarse como una ostra en milésimas de segundo; su actitud, antes relajada, serena y tranquila, se vuelve defensiva, furiosa incluso. Frunce el ceño, su

rostro se oscurece y su boca se convierte en una fina línea prieta.

—No, no lo son —espetta, pero no me da más explicaciones.

Se pone en pie, me tiende la mano y me ayuda a levantarme.

—No me mires así —me dice con frialdad, como reprendiéndome, y me suelta la mano.

Me sonrojo, arrepentida, y me miro los dedos, y entonces sé, tengo claro, que alguien le apagaba cigarrillos sobre la piel. Siento náuseas.

—¿Te lo hizo ella? —susurro sin apenas darme cuenta.

No dice nada, así que me obligo a mirarlo. Él me clava los ojos, furibundo.

—¿Ella? ¿La señora Robinson? No es una salvaje, Anastasia. Claro que no fue ella. No entiendo por qué te empeñas en demonizarla.

Ahí lo tengo, desnudo, espléndidamente desnudo, manchado de mi sangre... y por fin vamos a tener esa conversación. Yo también estoy desnuda, ninguno de

los dos tiene donde esconderse, salvo quizá en la bañera. Respiro hondo, paso por delante de él y me meto en el agua. La encuentro deliciosamente templada, relajante y profunda. Me disuelvo en la espuma fragante y lo miro, oculta entre las pompas.

—Solo me pregunto cómo serías si no la hubieras conocido, si ella no te hubiera introducido en ese... estilo de vida.

Suspira y se mete en la bañera, enfrente de mí, con la mandíbula apretada por la tensión, los ojos vidriosos. Cuando sumerge con elegancia su cuerpo en el agua,

procura no rozarme siquiera. Dios... ¿tanto lo he enojado?

Me mira impasible, con expresión insondable, sin decir nada. De nuevo se hace el silencio entre nosotros, pero yo no voy a romperlo. Te toca ti, Grey... esta vez

no voy a ceder. Mi subconsciente está nerviosa, se muerde las uñas con desesperación. A ver quién puede más. Christian y yo nos miramos; no pienso claudicar. Al

final, tras lo que parece una eternidad, mueve la cabeza y sonrío.

final, tras lo que parece una eternidad, mueve la cabeza y sonrío.

—De no haber sido por la señora Robinson, probablemente habría seguido los pasos de mi madre biológica.

¡Uf...! Lo miro extrañada. ¿En la adicción al crack o en la prostitución? ¿En ambas, quizá?

—Ella me quería de una forma que yo encontraba... aceptable —añade encogiéndose de hombros.

¿Qué coño significa eso?

—¿Aceptable? —susurro.

—Sí. —Me mira fijamente—. Me apartó del camino de autodestrucción que yo había empezado a seguir sin darme cuenta. Resulta muy difícil crecer en una familia perfecta cuando tú no eres perfecto.

Oh, no. Se me seca la boca mientras digiero esas palabras. Me mira con una expresión indescifrable. No me va a contar más. Qué frustrante. Mi mente no para de

dar vueltas... lo veo tan lleno de desprecio por sí mismo. Y la señora Robinson lo quería. Maldita sea... ¿lo seguirá queriendo? Me siento como si me hubieran dado una patada en el estómago.

—¿Aún te quiere?

—No lo creo, no de ese modo. —Frunce el ceño como si nunca se le hubiera ocurrido—. Ya te digo que fue hace mucho. Es algo del pasado. No podría

cambiarlo aunque quisiera, que no quiero. Ella me salvó de mí mismo. —Está exasperado y se pasa una mano mojada por el pelo—. Nunca he hablado de esto con

nadie. —Hace una pausa—. Salvo con el doctor Flynn, claro. Y la única razón por la que te lo cuento a ti ahora es que quiero que confíes en mí.

—Yo ya confío en ti, pero quiero conocerte mejor, y siempre que intento hablar contigo, me distraes. Hay muchísimas cosas que quiero saber.

—Oh, por el amor de Dios, Anastasia. ¿Qué quieres saber? ¿Qué tengo que hacer?

Le arden los ojos y, aunque no alza la voz, sé que está haciendo un esfuerzo por controlar su genio.

Me miro las manos, perfectamente visibles debajo del agua ahora que la espuma ha empezado a dispersarse.

—Solo pretendo entenderlo; eres todo un enigma. No te pareces a nadie que haya conocido. Me alegro de que me cuentes lo que quiero saber.

Uf... quizá sean los Cosmopolitan que me envalentonan, pero de repente no soporto la distancia que nos separa. Me muevo por el agua hasta su lado y me pego

a él, de forma que estamos piel con piel. Se tensa y me mira con recelo, como si fuera a morderle. Vaya, qué cambio tan inesperado... La diosa que llevo dentro lo escudriña en silencio, asombrada.

—No te enfades conmigo, anda —le susurro.

—No estoy enfadado contigo, Anastasia. Es que no estoy acostumbrado a este tipo de conversación, a este interrogatorio. Esto solo lo hago con el doctor Flynn y con...

Se calla y frunce el ceño.

—Con ella. Con la señora Robinson. ¿Hablas con ella? —inquiero, procurando controlar mi genio yo también.

—Sí, hablo con ella.

—¿De qué?

Se recoloca para poder mirarme, haciendo que el agua se derrame por los bordes hasta el suelo. Me pasa el brazo por los hombros y lo apoya en el borde de la bañera.

—Eres insistente, ¿eh? —murmura algo irritado—. De la vida, del universo... de negocios. La señora Robinson y yo hace tiempo que nos conocemos, Anastasia.

Hablamos de todo.

—¿De mí? —susurro.

—Sí.

Sus ojos grises me observan con atención.

Me muerdo el labio inferior en un intento de contener el súbito ataque de rabia que se apodera de mí.

—¿Por qué habláis de mí?

Me esfuerzo por no sonar consternada ni malhumorada, pero no lo consigo. Sé que debería parar. Lo estoy presionando demasiado. Mi subconsciente está

poniendo otra vez la cara de El grito de Munch.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Anastasia.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a que nunca has conocido a nadie que no firmara automáticamente todo tu papeleo sin preguntar primero?

Menea la cabeza.

—Necesito consejo.

—¿Y te lo da doña Pedófila? —espeto.

El control de mi genio es menos fuerte de lo que pensaba.

—Anastasia... basta ya —me suelta muy serio, frunciendo los ojos.

Piso terreno cenagoso; me estoy metiendo en la boca del lobo.

—O te voy a tener que tumbar en mis rodillas. No tengo ningún interés romántico o sexual en ella. Ninguno. Es una amiga querida y apreciada, y socia mía.

Nada más. Tenemos un pasado en común, hubo algo entre nosotros que a mí me benefició muchísimo, aunque a ella le destrozara el matrimonio, pero esa parte de nuestra relación ya terminó.

Dios, otra cosa que no entiendo. Ella encima estaba casada. ¿Cómo pudieron mantener lo suyo tanto tiempo?

—¿Y tus padres nunca se enteraron?

—No —gruñe—. Ya te lo he dicho.

Y sé que he llegado al límite. No puedo preguntarle nada más de ella porque va a perder los nervios conmigo.

—¿Has terminado? —espeto.

—De momento.

—De momento.

Respira hondo y se relaja visiblemente delante de mí, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Vale, ahora me toca a mí —murmura, y su mirada feroz se vuelve gélida, especulativa—. No has contestado a mi e-mail.

Me ruborizo. Ay, odio cuando el foco se dirige contra mí, y tengo la sensación de que se va a enfadar cada vez que hablemos de algo. Meneo la cabeza. Igual es

así como le hacen sentirse mis preguntas; no está acostumbrado a que lo desafíen. La idea resulta reveladora, perturbadora e inquietante.

—Iba a contestar. Pero has venido.

—¿Habrías preferido que no viniera? —dice, de nuevo impasible.

—No, me encanta que hayas venido —murmuro.

—Bien. —Me dedica una sincera sonrisa de alivio—. A mí me encanta haber venido, a pesar de tu interrogatorio. Aunque acepte que me acribilles a preguntas,

no creas que disfrutas de algún tipo de inmunidad diplomática solo porque haya venido hasta aquí para verte. Para nada, señorita Steele. Quiero saber lo que sientes.

Oh, no...

—Ya te lo he dicho. Me gusta que estés conmigo. Gracias por venir hasta aquí —digo, poco convincente.

—Ha sido un placer.

Le brillan los ojos cuando se inclina y me besa suavemente. Noto que reacciono enseguida. El agua aún está tibia y en el baño sigue habiendo vapor. Para, se aparta y me mira.

—No. Me parece que necesito algunas respuestas antes de que hagamos más.

¿Más? Ya estamos otra vez con la palabrita. Y quiere respuestas... ¿a qué? Yo no tengo un pasado plagado de secretos, ni una infancia terrible. ¿Qué podría querer saber de mí que no sepa ya?

Suspiro, resignada.

—¿Qué quieres saber?

—Bueno, para empezar, qué piensas de nuestro contrato.

Lo miro extrañada. Hora de decir verdades. Mi subconsciente y la diosa que llevo dentro se miran nerviosas. Venga, vamos a decir la verdad.

—No creo que pueda firmar por un periodo mayor de tiempo. Un fin de semana entero siendo alguien que no soy.

Me ruborizo y me miro las manos.

Me levanta la barbilla y veo que me sonrío, divertido.

—No, yo tampoco creo que pudieras.

En cierta medida, me siento ofendida y desafiada.

—¿Te estás riendo de mí?

—Sí, pero sin mala intención —dice, sonriendo apenas.

Se inclina y me besa suave, brevemente.

—No eres muy buena sumisa —susurra sosteniéndome la barbilla, con un brillo jocoso en los ojos.

Me lo quedo mirando, asombrada, y empiezo a reír... y él ríe también.

—A lo mejor no tengo un buen maestro.

Suelta un bufido.

—A lo mejor. Igual debería ser más estricto contigo.

Ladea la cabeza y me sonrío ladino.

Trago saliva. Dios, no. Pero, al mismo tiempo, los músculos del vientre se me contraen de forma deliciosa. Esa es su forma de demostrarme que le importo.

Quizá, comprendo de pronto, su única forma de demostrar que le importo. Me mira fijamente, estudiando mi reacción.

—¿Tan mal lo pasaste cuando te di los primeros azotes?

Lo miro extrañada. ¿Lo pasé mal? Recuerdo que mi reacción me confundió. Me dolió, pero, pensándolo bien, no fue para tanto. Él no paraba de decirme que

estaba todo en mi cabeza. Y la segunda vez... Uf, esa estuvo bien... fue muy excitante.

—No, la verdad es que no —susurro.

—¿Es más por lo que implica? —inquire.

—Supongo. Lo de sentir placer cuando uno no debería.

—Recuerdo que a mí me pasaba lo mismo. Lleva un tiempo procesarlo.

Dios mío. Eso fue cuando él era un chaval.

—Siempre puedes usar las palabras de seguridad, Anastasia. No lo olvides. Y si sigues las normas, que satisfacen mi íntima necesidad de controlarte y protegerte,

quizá logremos avanzar.

—¿Por qué necesitas controlarme?

—Porque satisface una necesidad íntima mía que no fue satisfecha en mis años de formación.

—Entonces, ¿es una especie de terapia?

—No me lo había planteado así, pero sí, supongo que sí.

Eso sí puedo entenderlo. Me será de ayuda.

—Pero el caso es que en un momento me dices «No me desafíes», y al siguiente me dices que te gusta que te desafíe. Resulta difícil traspasar con éxito esa línea

tan fina.

Me mira un instante, luego frunce el ceño.

—Lo entiendo. Pero, hasta la fecha, lo has hecho estupendamente.

—Pero ¿a qué coste personal? Estoy hecha un auténtico lío, me veo atada de pies y manos.

—Me gusta eso de atarte de pies y manos.

Sonríe maliciosamente.

—¡No lo decía en sentido literal!

Y le salpico agua, exasperada.

Me mira, arqueando una ceja.

—¿Me has salpicado?

—Sí.

Oh, no... esa mirada.

—Ay, señorita Steele. —Me agarra y me sube a su regazo, derramando agua por todo el suelo—. Creo que ya hemos hablado bastante por hoy.

Me planta una mano a cada lado de la cabeza y me besa. Apasionadamente. Se apodera de mi boca. Girándome la cabeza, controlándome. Gimo en sus labios.

Esto es lo que le gusta. Lo que se le da bien. Me enciendo por dentro y hundo los dedos en su pelo, amarrándolo a mí, y le devuelvo el beso y le digo que yo

también lo deseo de la única forma que sé. Gruñe, me coge y me sube a horcajadas, arrodillada sobre él, con su erección debajo de mí. Se echa hacia atrás y me mira, con los ojos entrecerrados, brillantes y lascivos. Bajo las manos para agarrarme al borde de la bañera, pero él me coge por las muñecas y me las sujeta a la

espalda con una sola mano.

—Te la voy a meter —me susurra, y me levanta de forma que quedo suspendida encima de él—. ¿Lista?

—Sí —le susurro y me monta en su miembro, despacio, deliciosamente despacio... entrando hasta el fondo... observándome mientras me toma.

Gruño, cerrando los ojos, y saboreo la sensación, la absoluta penetración. Él mueve las caderas y yo gimo, inclinándome hacia delante y descansando la frente en la suya.

—Suéltame las manos, por favor —le susurro.

—No me toques —me suplica y, soltándome las manos, me agarra las caderas.

Me aferro al borde de la bañera, subo y luego bajo despacio, abriendo los ojos para verlo. Me observa, con la boca entreabierta, la respiración entrecortada,

contenida, la lengua entre los dientes. Resulta tan... excitante. Estamos mojados y resbaladizos, frotándonos el uno contra el otro. Me inclino y lo beso. Él cierra los

ojos. Tímidamente, subo las manos a su cabeza y le acaricio el pelo, sin apartar mi boca de la suya. Eso sí está permitido. Le gusta. Y a mí también. Nos movemos

al unísono. Tirándole del pelo, le echo la cabeza hacia atrás y lo beso más apasionadamente,

montándolo, cada vez más rápido, siguiendo su ritmo. Gimo en su

boca. Él empieza a subirme más y más deprisa, agarrándome por las caderas. Me devuelve el beso. Somos todo bocas y lenguas húmedas, pelos revueltos y

balanceo de caderas. Todo sensación... devorándolo todo una vez más. Estoy a punto... Empiezo a reconocer esa deliciosa contracción... acelerándose. Y el agua

gira a nuestro alrededor, formando nuestro propio remolino, un torbellino de emoción, a medida que nuestros movimientos se vuelven más frenéticos... salpicando

agua por todas partes, reflejando lo que sucede en mi interior... pero me da igual.

Amo a este hombre. Amo su pasión, el efecto que tengo en él. Adoro que haya volado hasta aquí para verme. Adoro que se preocupe por mí... que le importe.

Es algo tan inesperado, tan satisfactorio. Él es mío y yo soy suya.

—Eso es, nena —jadea.

Y me corro; el orgasmo me arrasa, un clímax turbulento y apasionado que me devora entera. De pronto, me estrecha contra su cuerpo, enrosca los brazos a mi

cintura y se corre él también.

—¡Ana, nena! —grita, y la suya es una invocación feroz, que me llega a lo más hondo del alma.

Estamos tumbados, mirándonos, de ojos grises a azules, cara a cara, en la inmensa cama, los dos abrazados a nuestras almohadas. Desnudos. Sin tocarnos. Solo

mirándonos y admirándonos, tapados con la sábana.

—¿Quieres dormir? —pregunta Christian con voz tierna y llena de preocupación.

—No. No estoy cansada.

Me siento extrañamente revigorizada. Me ha venido tan bien hablar que no quiero parar.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta.

—Hablar.

Sonríe.

—¿De qué?

—De cosas.

—¿De qué cosas?

—De ti.

—De mí ¿qué?

—¿Cuál es tu película favorita?

Sonríe.

—Actualmente, El piano.

Su sonrisa es contagiosa.

—Por supuesto. Qué boba soy. ¿Por esa banda sonora triste y emotiva que sin duda sabes interpretar? Cuántos logros, señor Grey.

—Y el mayor eres tú, señorita Steele.

—Entonces soy la número diecisiete.

Me mira ceñudo, sin comprender.

Me mira ceñudo, sin comprender.

—¿Diecisiete?

—El número de mujeres con las que... has tenido sexo.

Esboza una sonrisa y los ojos le brillan de incredulidad.

—No exactamente.

—Tú me dijiste que habían sido quince.

Mi confusión es obvia.

—Me refería al número de mujeres que habían estado en mi cuarto de juegos. Pensé que era eso lo que querías saber. No me preguntaste con cuántas mujeres había tenido sexo.

—Ah. —Madre mía. Hay más... ¿Cuántas? Lo miro intrigada—. ¿Vainilla?

—No. Tú eres mi única relación vainilla —dice negando con la cabeza y sin dejar de sonreírme.

¿Por qué lo encuentra tan divertido? ¿Y por qué le sonrío yo también como una idiota?

—No puedo darte una cifra. No he ido haciendo muescas en el poste de la cama ni nada parecido.

—¿De cuántas hablamos: decenas, cientos... miles?

Voy abriendo los ojos a mediada que la cifra aumenta.

—Decenas. Nos quedamos en las decenas, por desgracia.

—¿Todas sumisas?

—Sí.

—Deja de sonreírme —finjo reprenderlo, tratando en vano de mantenerme seria.

—No puedo. Eres divertida.

—¿Divertida por peculiar o por graciosa?

—Un poco de ambas, creo —contesta, como le contesté yo a él.

—Eso es bastante insolente, viniendo de ti.

Se acerca y me besa la punta de la nariz.

—Esto te va a sorprender, Anastasia. ¿Preparada?

Asiento, con los ojos como platos y sin poder quitarme la sonrisa bobalicona de la cara.

—Todas eran sumisas en prácticas, cuando yo estaba haciendo mis prácticas. Hay sitios en Seattle y alrededores a los que se puede ir a practicar. A aprender a

hacer lo que yo hago —dice.

¿Qué?

—Ah.

Lo miro extrañada.

—Pues sí, yo he pagado por sexo, Anastasia.

—Eso no es algo de lo que estar orgulloso —murmuro con cierta arrogancia—. Y tienes razón, me has dejado pasmada. Y enfadada por no poder dejarte pasmada yo.

—Te pusiste mis calzoncillos.

—¿Eso te sorprendió?

—Sí.

La diosa que llevo dentro hace un salto con pértiga de cinco metros.

—Y fuiste sin bragas a conocer a mis padres.

—¿Eso te sorprendió?

—Sí.

Uf, acaba de batir la marca de los cinco metros.

—Parece que solo puedo sorprenderte en el ámbito de la ropa interior.

—Me dijiste que eras virgen. Esa es la mayor sorpresa que me han dado nunca.

—Sí, tu cara era un poema. De foto —digo riendo como una boba.

—Me dejaste que te excitara con una fusta.

—¿Eso te sorprendió?

—Pues sí.

—Bueno, igual te dejo que lo vuelvas a hacer.

—Huy, eso espero, señorita Steele. ¿Este fin de semana?

—Vale —accedo tímidamente.

—¿Vale?

—Sí. Volveré al cuarto rojo del dolor.

—Me llamas por mi nombre.

—¿Eso te sorprende?

—Me sorprende lo mucho que me gusta.

—Christian.

Sonríe.

—Mañana quiero hacer una cosa —dice con los ojos brillantes de emoción.

—¿El qué?

—Una sorpresa. Para ti —añade en voz baja y suave.

Arqueo una ceja y contengo un bostezo, todo a la vez.

—¿La aburro, señorita Steele? —me pregunta socarrón.

—Nunca.

Se acerca y me besa suavemente los labios.

—Duerme —me ordena, y luego apaga la luz.

Y en ese momento tranquilo en que cierro los ojos, agotada y satisfecha, pienso que estoy en el ojo del huracán. Y, pese a todo lo que me ha dicho, y lo que no me ha dicho, dudo que alguna vez haya sido tan feliz.

24

Christian está en una jaula con barrotes de acero. Lleva sus vaqueros gastados y rajados, el pecho y los

pies deliciosamente desnudos, y me mira fijamente. Tiene

C grabada en su hermoso rostro esa sonrisa suya de saber algo que los demás no saben, y sus ojos son de un gris intenso. En las manos lleva un cuenco de fresas.

Se acerca con atlética elegancia al frente de la jaula, mirándome fijamente. Coge una fresa grande y madura y saca la mano por entre los barrotes.

—Come —me dice, sus labios acariciando cada sonido de la palabra.

Intento acercarme a él, pero estoy atada, una fuerza invisible me retiene sujetándome por la muñeca. Suéltame.

—Ven, come —dice, regalándome una de sus deliciosas sonrisas de medio lado.

Tiro y tiro... ¡suéltame! Quiero chillar y gritar, pero no me sale ningún sonido. Estoy muda. Christian estira un poco más el brazo y la fresa me roza los labios.

—Come, Anastasia.

Su boca pronuncia mi nombre alargando de forma sensual cada sílaba.

Abro la boca y muerdo, la jaula desaparece y dejo de estar atada. Alargo la mano para acariciarlo, pasear los dedos por el vello de su pecho.

—Anastasia.

No... Gimo.

—Vamos, nena.

No... Quiero acariciarte.

—Despierta.

No. Por favor... Abro a regañadientes los ojos una décima de segundo. Estoy en la cama y alguien me besuquea la oreja.

—Despierta, nena —me susurra, y el efecto de su voz dulce se extiende como caramelo caliente por mis venas.

Es Christian. Dios... aún es de noche, y el recuerdo de mi sueño persiste, desconcertante y tentador, en mi cabeza.

—Ay, nooo... —protesto.

Quiero volver a su pecho, a mi sueño. ¿Por qué me despierta? Es de madrugada, o eso parece. Madre mía. ¿No querrá sexo ahora?

—Es hora de levantarse, nena. Voy a encender la lamparita —me dice en voz baja.

—No —protesto de nuevo.

—Quiero perseguir el amanecer contigo —dice besándome la cara, los párpados, la punta de la nariz, la boca, y entonces abro los ojos. La lamparita está encendida—. Buenos días, preciosa —murmura.

Protesto, y él sonríe.

—No eres muy madrugadora —susurra.

Deslumbrada por la luz, entreabro los ojos y veo a Christian inclinado sobre mí, sonriendo. Divertido. Divertido conmigo. ¡Vestido! De negro.

—Pensé que querías sexo —me quejo.

—Anastasia, yo siempre quiero sexo contigo. Reconforta saber que a ti te pasa lo mismo —dice con sequedad.

Lo miro mientras mis ojos se adaptan a la luz y aún lo veo risueño... menos mal.

—Pues claro que sí, solo que no tan tarde.

—No es tarde, es temprano. Vamos, levanta. Vamos a salir. Te tomo la palabra con lo del sexo.

—Estaba teniendo un sueño tan bonito —gimoteo.

—¿Con qué soñabas? —pregunta paciente.

—Contigo.

Me ruborizo.

—¿Qué hacía esta vez?

—Intentabas darme de comer fresas.

En sus labios se dibuja un conato de sonrisa.

—El doctor Flynn tendría para rato con eso. Levanta, vístete. No te molestes en ducharte, ya lo haremos luego.

¡Lo haremos!

Me incorporo y la sábana resbala hasta mi cintura, dejando al descubierto mi cuerpo. Él se levanta para dejarme salir de la cama y me mira con deseo.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media de la mañana.

—Pues parece que sean las tres.

—No tenemos mucho tiempo. Te he dejado dormir todo lo posible. Vamos.

—¿No puedo ducharme?

Suspira.

—Si te duchas, voy a querer ducharme contigo, y tú y yo sabemos lo que pasará, que se nos irá el día. Vamos.

Está emocionado. Su rostro resplandece de ilusión y nerviosismo, como el de un niño. Me hace sonreír.

—¿Qué vamos a hacer?

—Es una sorpresa. Ya te lo he dicho.

No puedo evitar mirarlo con una amplia sonrisa.

—Vale.

Salgo de la cama y busco mi ropa, que, cómo no, está perfectamente doblada en la silla que hay junto a la cama. Además, me ha dejado uno de sus boxers de algodón, de Ralph Lauren, nada menos. Me los pongo, y me sonrío. Mmm, otra prenda íntima de Christian Grey, otro trofeo más que añadir a mi colección, junto

con el coche, la BlackBerry, el Mac, su americana negra y un juego de valiosos incunables. Cabeceo al pensar en su generosidad, y frunzo el ceño cuando me viene

a la mente una escena de Tess: la de las fresas. Me recuerda a mi sueño. Al infierno el doctor Flynn, hasta Freud tendría para rato con eso, y luego probablemente moriría intentando desentrañar a mi Cincuenta Sombras.

—Te dejo tranquila un rato ahora que ya te has levantado.

Christian se va al salón y yo voy al baño. Tengo necesidades que atender y quiero lavarme un poco. Siete minutos después estoy en el salón, aseada, peinada y vestida con mis vaqueros, mi blusa y la ropa interior de Christian Grey. Christian me mira desde la mesita de comedor en la que está desayunando. ¡Desayunando!

A estas horas.

—Come —dice.

Madre mía... mi sueño. Me lo quedo mirando, recordando sus labios y su lengua al pronunciar mi nombre. Mmm, esa lengua experimentada...

—Anastasia —me dice muy serio, sacándome de mi ensoñación.

Realmente es demasiado temprano para mí. ¿Cómo manejo esta situación?

—Tomaré un poco de té. ¿Me puedo llevar un cruasán para luego?

Me mira con recelo y le sonrío con ternura.

—No me agües la fiesta, Anastasia —me advierte en voz baja.

—Comeré algo luego, cuando se me haya despertado el estómago. Hacia las siete y media, ¿vale?

—Vale.

Y me lanza una miradita suspicaz.

En serio... Tengo que esforzarme mucho para no ponerle mala cara.

—Me dan ganas de ponerte los ojos en blanco.

—Por favor, no te cortes, alégrame el día —me dice muy serio.

Miro al techo.

—Bueno, unos azotes me despertarían, supongo.

Frunzo los labios en silenciosa actitud pensativa.

Christian se queda boquiabierto.

—Por otra parte, no quiero que te calientes y te molestes por mí. El ambiente ya está bastante caldeado aquí.

Me encojo de hombros con aire indiferente.

Christian cierra la boca y se esfuerza en vano por parecer disgustado. Veo asomar la sonrisa al fondo de sus ojos.

—Como de costumbre, es usted muy difícil, señorita Steele. Bébetelo té.

Ve la etiqueta de Twinings y se me alegra el corazón. ¿Ves?, sí que le importas, me dice por lo bajo mi subconsciente. Me siento y lo miro, embebiéndome de

su belleza. ¿Alguna vez me saciaré de este hombre?
Cuando salimos de la habitación, Christian me lanza una sudadera.

—La vas a necesitar.

Lo miro perpleja.

—Confía en mí.

Sonríe, se inclina y me da un beso rápido en los labios, luego me coge de la mano y nos vamos.

Fuera, al relativo frío de la tenue luz que precede al alba, el aparcacoches le entrega a Christian las llaves de un coche deportivo de capota de lona. Miro

arqueando una ceja a Christian, y él me sonríe satisfecho.

—A veces es genial que sea quien soy, ¿eh? —dice con una sonrisa cómplice que no puedo evitar emular.

Cuando está contento y relajado, es un encanto. Me abre la puerta con una reverencia exagerada y subo. Está de excelente humor.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

Sonriente, arranca el coche y salimos a Savannah Parkway. Programa el GPS, luego pulsa un botón en el volante y una pieza clásica orquestal inunda el vehículo.

—¿Qué es? —pregunto mientras el sonido dulcísimo de un centenar de violines nos envuelve.

—Es de La Traviata, una ópera de Verdi.

Madre mía, es preciosa.

—¿La Traviata? He oído hablar de ella, pero no sé dónde. ¿Qué significa?

Christian me mira de reojo y sonríe.

—Bueno, literalmente, «la descarriada». Está basada en La dama de las camelias, de Alejandro Dumas.

—Ah, la he leído.

—Lo suponía.

—Lo suponía.

—La desgraciada cortesana. —Me estremezco incómoda en el mullido asiento de cuero. ¿Intenta decirme algo?—. Mmm, es una historia deprimente —murmuro.

—¿Demasiado deprimente? ¿Quieres poner otra cosa? Está sonando en el iPod.

Christian exhibe otra vez su sonrisa secreta.

No veo el iPod por ninguna parte. Toca la pantalla del panel de mandos que hay entre los dos y, tachán, aparece la lista de temas.

—Elige tú.

Esboza una sonrisa y sé de inmediato que es un desafío.

El iPod de Christian Grey... esto va a ser interesante. Me muevo por la pantalla y encuentro la canción perfecta. Le doy al «Play». Jamás habría imaginado que él

podiera ser fan de Britney. El ritmo electrónico y bailable nos sobresalta, y Christian baja el volumen. Igual es demasiado temprano para esto: Britney en su faceta

más sensual.

—Conque «Toxic», ¿eh? —sonríe Christian.

—No sé por qué lo dices —respondo haciéndome la inocente.

Baja un poco más la música y, en mi interior, me abrazo a mí misma. La diosa que llevo dentro se ha subido al podio y espera su medalla de oro. Ha bajado la música. ¡Victoria!

—Yo no he puesto esa canción en mi iPod —dice en tono despreocupado, y pisa tan fuerte el pedal que, cuando el coche acelera por la autovía, me voy hacia atrás en el asiento.

¿Qué? El muy capullo sabe bien lo que hace. ¿Quién la ha puesto? Y encima tengo que seguir oyendo a Britney, que parece que no va a callarse nunca. ¿Quién, quién?

Termina la canción y el iPod, en modo aleatorio, pasa a un tema tristón de Damien Rice. ¿Quién? ¿Quién? Miro por la ventanilla, con el estómago revuelto.

¿Quién?

—Fue Leila —responde a mis pensamientos no manifiestos.

¿Cómo lo hace?

—¿Leila?

—Una ex, ella puso la canción en el iPod.

Damien gorjea de fondo y yo me quedo pasmada. Una ex... ¿ex sumisa? Una ex...

—¿Una de las quince?

—Sí.

—¿Qué le pasó?

—Lo dejamos.

—¿Por qué?

Oh, Dios. Es demasiado temprano para esta clase de conversación. Pero parece relajado, hasta feliz, y lo que es más, hablador.

—Quería más.

Su voz suena profunda, introspectiva incluso, y deja la frase suspendida entre los dos, terminándola de nuevo con esa poderosa palabrita.

—¿Y tú no? —le suelto antes de poder activar mi filtro de pensamientos.

Mierda, ¿acaso quiero saberlo?

Niega con la cabeza.

—Yo nunca he querido más, hasta que te conocí a ti.

Doy un respingo, anonadada. ¿No es eso lo que yo quiero? ¡Él también quiere más! ¡Quiere más! La diosa que llevo dentro se ha bajado del podio de un salto

mortal y se ha puesto a dar volteretas laterales por todo el estadio. No soy solo yo.

—¿Qué pasó con las otras catorce? —pregunto.

Venga, está hablando, aprovéchate.

—¿Quieres una lista? ¿Divorciada, decapitada, muerta?

—No eres Enrique VIII.

—Vale. Sin seguir ningún orden en particular, solo he tenido relaciones largas con cuatro mujeres, aparte de Elena.

—¿Elena?

—Para ti, la señora Robinson.

Esboza esa sonrisa suya del que sabe algo que los demás ignoran.

¡Elena! Vaya. La malvada tiene nombre, y de resonancias exóticas. De pronto imagino a una espléndida vampiresa de piel clara, pelo negro como el azabache y

labios de un rojo rubí, y sé que es hermosa. No debo obsesionarme. No debo obsesionarme.

—¿Qué fue de esas cuatro? —pregunto para distraer mi mente.

—Qué inquisitiva, qué ávida de información, señorita Steele —me reprende en tono burlón.

—Mira quién habla, don Cuándo-te-toca-la-regla.

—Anastasia, un hombre debe saber esas cosas.

—¿Ah, sí?

—Yo sí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te quedes embarazada.

—¡Ni yo quiero quedarme! Bueno, al menos hasta dentro de unos años.

Christian parpadea perplejo, luego se relaja visiblemente. Vale. Christian no quiere tener hijos. ¿Solo ahora o nunca? Me tiene alucinada su súbito arranque de sinceridad sin precedentes. ¿Será por el madrugón? ¿El agua de Georgia? ¿El aire de este estado? ¿Qué más quiero saber? Carpe diem.

—Bueno, ¿qué pasó entonces con las otras cuatro? —pregunto.

—Una conoció a otro. Las otras tres querían... más. A mí entonces no me apetecía más.

—¿Y las demás? —insisto.

Me mira un instante y niega con la cabeza.

—No salió bien.

Vaya, un montón de información que procesar. Miro por el retrovisor del coche y detecto el suave crescendo de rosas y aguamarina en el cielo a nuestra espalda.

El amanecer nos sigue.

—¿Adónde vamos? —pregunto, perpleja. Estamos en la interestatal 95 y nos dirigimos hacia el sur, es lo único que sé.

—Vamos a un campo de aviación.

—No iremos a volver a Seattle, ¿verdad? —digo alarmada.

No me he despedido de mi madre. Y además nos espera para cenar.

Se echa a reír.

—No, Anastasia, vamos a disfrutar de mi segundo pasatiempo favorito.

—¿Segundo? —lo miro ceñuda.

—Sí. Esta mañana te he dicho cuál era mi favorito.

Contemplo su magnífico perfil, ceñuda, devanándome los sesos.

—Disfrutar de ti, señorita Steele. Eso es lo primero de mi lista. De todas las formas posibles.

Ah.

—Sí, también yo lo tengo en mi lista de perversiones favoritas —murmuro ruborizándome.

—Me complace saberlo —responde con sequedad.

—¿A un campo de aviación, dices?

Me sonrío.

—Vamos a planear.

El término me suena vagamente. Me lo ha mencionado antes.

—Vamos a perseguir el amanecer, Anastasia.

Se vuelve y me sonrío mientras el GPS lo insta a girar a la derecha hacia lo que parece un complejo industrial. Se detiene a la puerta de un gran edificio blanco

con un rótulo que reza BRUNSWICK SOARING ASSOCIATION.

¡Vuelo sin motor! ¿Es lo que vamos a hacer?

Christian apaga el motor.

—¿Estás preparada para esto? —pregunta.

—¿Pilotas tú?

—Sí.

—¡Sí, por favor!

No titubeo. Sonríe, se inclina y me besa.

—Otra primera vez, señorita Steele —dice mientras sale del coche.

¿Primera vez? ¿Cómo que primera? La primera vez que pilota un planeador... ¡mierda! No, dice que ya lo ha hecho antes. Me relajo. Rodea el coche y me abre

la puerta. El cielo ha adquirido un sutil tono opalescente, reluce y resplandece suavemente tras las esporádicas nubes de aspecto infantil. El amanecer se nos echa

encima.

Cogiéndome de la mano, Christian me lleva por detrás del edificio hasta una gran zona asfaltada donde hay aparcados varios aviones. Junto a ellos hay un

hombre de cabeza rapada y mirada huraña, acompañado de Taylor.

¡Taylor! ¿Es que Christian no va a ninguna parte sin él? Le dedico una sonrisa de oreja a oreja y él me la devuelve, amable.

—Señor Grey, este es su piloto de remolque, el señor Mark Benson —dice Taylor.

Christian y Benson se dan la mano e inician una conversación que suena muy técnica acerca de velocidad del viento, direcciones y cosas por el estilo.

—Hola, Taylor —digo tímidamente.

—Señorita Steele. —Me saluda con la cabeza y yo frunzo el ceño—. Ana —rectifica—. Ha estado de un humor de perros estos últimos días. Me alegro de que estemos aquí —me dice en tono conspirador.

Vaya, esto es nuevo. ¿Por qué? ¡No será por mí! ¡Jueves de revelaciones! Debe de haber algo en el agua de Savannah que les suelta la lengua a estos hombres.

—Anastasia —me llama Christian—. Ven.

Me tiende la mano.

—Hasta luego.

Sonrío a Taylor, quien, tras un rápido gesto de despedida vuelve al aparcamiento.

—Señor Benson, esta es mi novia, Anastasia Steele.

—Encantado de conocerlo —murmuro mientras nos damos la mano.

Benson me dedica una espléndida sonrisa.

Benson me dedica una espléndida sonrisa.

—Igualmente —dice, y distingo por su acento que es británico.

Le doy la mano a Christian y noto que se me agarran los nervios al estómago. ¡Uau, vamos a hacer vuelo sin motor! Cruzamos con Mark Benson la zona

asfaltada hasta la pista. Christian y él siguen hablando. Yo capto lo esencial. Vamos a ir en un Blanik L-23, que, por lo visto, es mejor que el L-13, aunque esto es

discutible. Benson pilotará una Piper Pawnee. Lleva ya unos cinco años pilotando planeadores. No entiendo nada, pero mirar a Christian y verlo tan animado, tan en su elemento, es todo un placer.

El avión en cuestión es alargado, de líneas puras, y blanco con rayas naranjas. Tiene una pequeña cabina con dos asientos, uno delante del otro. Está sujeto mediante un largo cable blanco a un avión convencional pequeño de una sola hélice. Benson levanta la cubierta cóncava de plexiglás que enmarca la cabina para

que podamos subir.

—Primero hay que ponerse los paracaídas.

¡Paracaídas!

—Ya lo hago yo —lo interrumpe Christian, y le coge los arneses a Benson, que le sonrío amable.

—Voy a por el lastre —dice Benson, y se dirige al avión.

—Te gusta atarme a cosas —observo con sequedad.

—Señorita Steele, no tiene usted ni idea. Toma, mete brazos y piernas por las correas.

Hago lo que me dice, apoyándome en su hombro. Christian se pone algo rígido, pero no se mueve. En cuanto he metido las piernas por las correas, me sube el paracaídas y meto los brazos por las de los hombros. Con destreza, me abrocha los arneses y aprieta todas las correas.

—Hala, ya estás —dice con aire tranquilo, pero le brillan los ojos—. ¿Llevas la goma del pelo de ayer?

Asiento.

—¿Quieres que me recoja el pelo?

—Sí.

Hago enseguida lo que me pide.

—Venga, adentro —me ordena.

Tan mandón como siempre... Me dispongo a sentarme atrás.

—No, delante. El piloto va detrás.

—Pero ¿verás algo?

—Veré lo suficiente. —Sonríe.

Creo que nunca lo había visto tan contento, mandón pero contento. Subo y me instalo en el asiento de cuero. Para mi sorpresa, es muy cómodo. Christian se inclina hacia delante, me echa el arnés por los hombros, busca entre mis piernas el cinturón inferior y lo encaja en el que descansa sobre mi vientre. Aprieta todas las

correas de sujeción.

—Mmm, dos veces en la misma mañana; soy un hombre con suerte —susurra, y me besa deprisa—. No va a durar mucho: veinte, treinta minutos a lo sumo. Las masas de aire no son muy buenas a esta hora de la mañana, pero las vistas desde allá arriba son impresionantes. Espero que no estés nerviosa.

—Emocionada.

Le dedico una sonrisa radiante.

¿De dónde ha salido esa sonrisa tan ridícula? En realidad, una parte de mí está aterrada. La diosa que llevo dentro se ha escondido bajo la manta detrás del sofá.

—Bien.

Me devuelve la sonrisa, acariciándome la cara, y luego desaparece de mi vista.

Lo oigo y lo siento instalarse a mi espalda. Me ha atado tan fuerte que no puedo ni volverme a mirarlo, claro... ¡Típico! Estamos casi a ras de suelo. Delante de mí hay un panel de indicadores y palancas, y una especie de manubrio grande que dejo bien quietecito.

Aparece Mark Benson, sonriente, comprueba mis correas, se inclina hacia delante y mira algo en el suelo de la cabina. Creo que es el lastre.

—Muy bien, todo en orden. ¿Es la primera vez? —me pregunta.

—Sí.

—Te va a encantar.

—Gracias, señor Benson.

—Llámame Mark. —Se vuelve hacia Christian—. ¿Todo bien?

—Sí. Vamos.

Me alegro de no haber comido nada. Estoy nerviosísima y dudo que a mi estómago le apeteciera mucho mezclar comida, nervios y paseo por los aires. Una vez

más, me pongo en las manos expertas de este hermoso hombre. Mark baja la cubierta de la cabina, se dirige tranquilamente al avión de delante y se sube a él.

La hélice de la Piper se pone en marcha y el estómago inquieto se me sube a la garganta. Dios... lo estoy haciendo. Mark entra despacio en pista y, cuando el

cable se tensa, arrancamos nosotros también, de un tirón. Ya estamos en marcha. Oigo parlotear por la radio que tengo a mi espalda. Creo que es Mark dirigiéndose

a la torre, pero no distingo lo que dice. Según va acelerando la Piper, nosotros también. Avanzamos a trompicones y la avioneta que llevamos delante aún no ha

despegado. Dios, ¿es que no vamos a elevarnos nunca? De pronto, el estómago se me va de la boca y se me baja en picado a los pies: estamos en el aire.

—¡Allá vamos, nena! —me grita Christian desde atrás.

Estamos los dos solos, en nuestra burbuja. Solo oigo el viento que nos azota y el zumbido lejano del motor de la Piper.

Me agarro al borde del asiento con las dos manos, tan fuerte que se me ponen blancos los nudillos. Nos dirigimos al oeste, hacia el interior, lejos del sol naciente, ganando altura, dejando atrás campos, bosques, viviendas y la interestatal 95.

Madre mía. Esto es alucinante; por encima de nosotros no hay más que cielo. La luz es extraordinaria, difusa y cálida, y recuerdo las divagaciones de José sobre

«la hora mágica», una hora del día que adoran los fotógrafos. Es esta... justo después del amanecer, y yo estoy en ella, con Christian.

De pronto, me acuerdo de la exposición de José. Mmm. Tengo que decírselo a Christian. Me pregunto un instante cómo se lo tomará. Pero no voy a preocuparme de eso ahora; estoy disfrutando del viaje. Según vamos ascendiendo, se me taponan los oídos y el suelo queda cada vez más lejos. Qué paz. Entiendo perfectamente

por qué le gusta estar aquí arriba. Lejos de la BlackBerry y de toda la presión de su trabajo.

La radio crepita y Mark nos dice que estamos a mil metros de altitud. Joder, eso es muy alto. Miro a tierra y ya no puedo distinguir nada de allá abajo.

—Suéltanos —dice Christian a la radio, y de pronto la Piper desaparece y con ella la sensación de arrastre que nos proporcionaba la avioneta.

Flotamos, flotamos sobre Georgia.

Madre mía, qué emocionante. El planeador se ladea y gira al descender el ala, y nos dirigimos en espiral hacia el sol. Ícaro. Eso es. Vuelo cerca del sol, pero él

está conmigo, y me guía. Me acelero de pensarlo. Describimos una espiral tras otra y las vistas con esta luz del día son espectaculares.

—¡Agárrate fuerte! —me grita, y volvemos a descender... solo que esta vez no para. De pronto me veo cabeza abajo, mirando al suelo a través de la cubierta de la cabina.

Chillo como una posesa y estiro automáticamente los brazos, apoyando las manos en el plexiglás como para frenar la caída. Lo oigo reírse. ¡Cabrón! Pero su alegría es contagiosa, y también yo me río cuando endereza el planeador.

—¡Menos mal que no he desayunado! —le grito.

—Sí, pensándolo bien, menos mal, porque voy a volver a hacerlo.

Desciende en picado una vez más hasta ponernos cabeza abajo. Esta vez, como estoy preparada, me quedo colgando del arnés, y eso me hace reír como una boba. Vuelve a nivelar el planeador.

—¿A que es precioso? —me grita.

—Sí.

Volamos, planeando majestuosamente por el aire, escuchando el viento y el silencio, a la luz de primera hora de la mañana. ¿Se puede pedir más?

—¿Ves la palanca de mando que tienes delante? —me grita ahora.

Miro la palanca que vibra entre mis piernas. Oh, no, ¿qué pretenderá que haga?

—Agárrala.

Mierda. Me va a hacer pilotar el planeador. ¡No!

—Vamos, Anastasia, agárrala —me insta con mayor vehemencia.

La agarro tímidamente y noto las cabezadas y guiñadas de lo que supongo que son los timones y las palas o lo que sea que mantenga esta cosa en el aire.

—Agárrala fuerte... manténla firme. ¿Ves el dial de en medio, delante de ti? Que la aguja no se mueva del centro.

Tengo el corazón en la boca. Madre mía. Estoy pilotando un planeador... estoy planeando.

—Buena chica.

Christian parece encantado.

—Me extraña que me dejes tomar el control —grito.

—Te extrañaría saber las cosas que te dejaría hacer, señorita Steele. Ya sigo yo.

Noto que la palanca se mueve de pronto y la suelto mientras descendemos en espiral varios metros; los oídos se me vuelven a taponar. El suelo está cada vez más

cerca y parece que nos vamos a estrellar. Dios... es aterrador.

—BMA, habla BG N Papa Tres Alfa, entrando a favor del viento en pista siete izquierda a hierba, BMA —dice Christian con su tono autoritario de siempre.

La torre le responde por la radio, pero no entiendo lo que dicen. Planeamos de nuevo, describiendo un gran círculo, y vamos aproximándonos a tierra. Veo el

campo de aviación, las pistas de aterrizaje, y sobrevolamos de nuevo la interestatal 95.

—Agárrate, nena, que vienen baches.

Después de un círculo más, descendemos y, de repente, tocamos tierra con un breve golpetazo, y nos deslizamos sobre la hierba. Madre mía. Me castañetean los

dientes mientras avanzamos dando tumbos a una velocidad alarmante, hasta que por fin nos detenemos. El planeador se bambolea, luego se ladea a la derecha.

Tomo una buena bocanada de aire mientras Christian se agacha y levanta la cubierta de la cabina, baja y se estira.

—¿Qué tal? —me pregunta, y los ojos le brillan de un gris plateado deslumbrante mientras se inclina para desabrocharme.

—Ha sido fantástico. Gracias —susurro.

—¿Ha sido más? —pregunta, con la voz teñida de esperanza.

—Mucho más —le digo, y sonrío.

—Vamos.

Me tiende la mano y salgo de la cabina.

En cuanto salgo, me agarra y me estrecha contra su cuerpo. Hunde sus manos en mi pelo y tira de él para echarme la cabeza hacia atrás; desliza la otra mano

hasta el final de la espalda. Me besa... un beso largo, vehemente y apasionado, invadiéndome la boca con su lengua. Su respiración se acelera, su ardor, su

erección... Dios mío, que estamos en medio del campo. Pero me da igual. Le engancho el pelo, amarrándolo a mí. Lo deseo, aquí, ahora, en el suelo. Se aparta y

me mira; sus ojos se ven ahora oscuros y luminosos a la luz de primera hora, repletos de sensualidad cruda y arrogante. Uau. Me deja sin aliento.

—Desayuno —susurra, haciéndolo sonar deliciosamente erótico.

¿Cómo puede hacer que unos huevos con beicon suenen a fruta prohibida? Es una destreza extraordinaria. Da media vuelta, me coge de la mano y nos dirigimos al coche.

—¿Y el planeador?

—Ya se ocuparán de él —dice con aire displicente—. Ahora vamos a comer algo.

Su tono no deja lugar a dudas.

Su tono no deja lugar a dudas.

¡Comer! Me habla de comida cuando lo único que me apetece de verdad es él.

—Vamos.

Sonríe.

Nunca lo he visto así, y es una auténtica gozada. Me sorprende caminando a su lado, de la mano, con una sonrisa bobalicona pintada en la cara. Me recuerda a cuando tenía diez años y pasaba el día en Disneylandia con Ray. Era un día perfecto, y me parece que este también lo va a ser.

De nuevo en el coche, mientras volvemos a Savannah por la interestatal 95, me suena la alarma del móvil. Ah, sí, la píldora.

—¿Qué es eso? —pregunta Christian, curioso, mirándome.

Hurgo en el bolso en busca de la cajita.

—Una alarma para tomarme la píldora —murmuro mientras se me encienden las mejillas.

Esboza una sonrisa.

—Bien hecho. Odio los condones.

Me ruborizo un poco más. Suena tan condescendiente como siempre.

—Me ha gustado que me presentaras a Mark como tu novia —digo.

—¿No es eso lo que eres? —dice arqueando una ceja.

—¿Lo soy? Pensé que tú querías una sumisa.

—Quería, Anastasia, y quiero. Pero ya te lo he dicho: yo también quiero más.

Madre mía. Empieza a ceder; me invade la esperanza y me deja sin aliento.

—Me alegra mucho que quieras más —susurro.

—Nos proponemos complacer, señorita Steele.

Sonríe satisfecho mientras nos detenemos en un International House of Pancakes.

—Un IHOP.

Le devuelvo la sonrisa. No me lo puedo creer. ¿Quién iba a decirlo? Christian Grey en un IHOP.

Son las ocho y media, pero el restaurante está tranquilo. Huele a fritanga dulce y a desinfectante. Uf, no es un aroma tentador. Christian me lleva hasta un cubículo.

—Jamás te habría imaginado en un sitio como este —le digo mientras nos sentamos.

—Mi padre solía traernos a uno de estos siempre que mi madre se iba a un congreso médico. Era nuestro secreto.

Me sonrío con los ojos brillantes, luego coge una carta, pasándose una mano por el cabello alborotado, y le echa un vistazo.

Ah, yo también quiero pasarle las manos por el pelo. Cojo una carta y la examino. Me doy cuenta de que estoy muerta de hambre.

—Yo ya sé lo que quiero —dice con voz grave y ronca.

Alzo la vista y me está mirando de esa forma que me contrae todos los músculos del vientre y me deja sin aliento, sus ojos oscuros y ardientes. Madre mía. Le

devuelvo la mirada, con la sangre corriéndome rauda por las venas en respuesta a su llamada.

—Yo quiero lo mismo que tú —susurro.

Inspira hondo.

—¿Aquí? —me pregunta provocador arqueando una ceja, con una sonrisa perversa y la punta de la lengua asomando entre los dientes.

Madre mía... sexo en el IHOP. Su expresión cambia, se oscurece.

—No te muerdas el labio —me ordena—. Aquí, no; ahora no. —Su mirada se endurece momentáneamente y, por un instante, lo encuentro deliciosamente

peligroso—. Si no puedo hacértelo aquí, no me tientes.

—Hola, soy Leandra. ¿Qué les apetece... tomar... esta mañana...? —farfulla al ver a don Guapísimo enfrente de mí.

Se pone como un tomate y, en el fondo, no me cuesta entenderla, porque a mí sigue produciéndome ese efecto. Su presencia me permite escapar brevemente de la mirada sensual de Christian.

—¿Anastasia? —me pregunta, ignorándola, y dudo que nadie pudiera pronunciar mi nombre de forma más carnal que él en este momento.

Trago saliva, rezando para no ponerme del mismo color que la pobre Leandra.

—Ya te he dicho que quiero lo mismo que tú — respondo en voz baja, grave, y él me lanza una mirada voraz.

Uf, la diosa que llevo dentro se desmaya. ¿Estoy preparada para este juego?

Leandra me mira a mí, luego a él, y después a mí otra vez. Está casi del mismo color que su resplandeciente melena pelirroja.

—¿Quieren que les deje unos minutos más para decidir?

—No. Sabemos lo que queremos.

En el rostro de Christian se dibuja una sexy sonrisita.

—Vamos a tomar dos tortitas normales con sirope de arce y beicon al lado, dos zumos de naranja, un café cargado con leche desnatada y té inglés, si tenéis — dice Christian sin quitarme los ojos de encima.

—Gracias, señor. ¿Eso es todo? —susurra Leandra, mirando a todas partes menos a nosotros.

Los dos nos volvemos a mirarla y ella se pone otra vez como un tomate y sale corriendo.

—¿Sabes?, no es justo.

Miro la mesa de formica y trazo dibujitos en ella con el dedo índice, procurando sonar desenfadada.

—¿Qué es lo que no es justo?

—El modo en que desarmas a la gente. A las mujeres. A mí.

—El modo en que desarmas a la gente. A las mujeres. A mí.

—¿Te desarmo?

Resoplo.

—Constantemente.

—No es más que el físico, Anastasia —dice en tono displicente.

—No, Christian, es mucho más que eso.

Frunce el ceño.

—Tú me desarmas totalmente, señorita Steele. Por tu inocencia. Que supera cualquier barrera.

—¿Por eso has cambiado de opinión?

—¿Cambiado de opinión?

—Sí... sobre... lo nuestro.

Se acaricia la barbilla pensativo con sus largos y hábiles dedos.

—No creo que haya cambiado de opinión en sí. Solo tenemos que redefinir nuestros parámetros, trazar de nuevo los frentes de batalla, por así decirlo. Podemos

conseguir que esto funcione, estoy seguro. Yo quiero que seas mi sumisa y tenerte en mi cuarto de juegos. Y castigarte cuando incumplas las normas. Lo demás...

bueno, creo que se puede discutir. Esos son mis requisitos, señorita Steele. ¿Qué te parece?

—Entonces, ¿puedo dormir contigo? ¿En tu cama?

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

—Pues acepto. Además, duermo muy bien cuando estás conmigo. No tenía ni idea.

Arruga la frente y su voz se apaga.

—Me aterraba que me dejaras si no accedía a todo —susurro.

—No me voy a ir a ninguna parte, Anastasia. Además... —Se interrumpe y, después de pensarlo un poco, añade—: Estamos siguiendo tu consejo, tu definición:

compromiso. Lo que me dijiste por correo. Y, de momento, a mí me funciona.

—Me encanta que quieras más —murmuro tímidamente.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí. Lo sé.

Me sonrío satisfecho. Me oculta algo. ¿Qué?

En ese momento llega Leandra con el desayuno, poniendo fin a nuestra conversación. Me ruge el estómago, recordándome que estoy muerta de hambre.

Christian observa con enojosa complacencia cómo devoro el plato entero.

—¿Te puedo invitar? —le pregunto.

—Invitar ¿a qué?

—Pagarte el desayuno.

Resopla.

—Me parece que no —suelta con un bufido.

—Por favor. Quiero hacerlo.

Me mira ceñudo.

—¿Quieres castrarme del todo?

—Este es probablemente el único sitio en el que puedo permitirme pagar.

—Anastasia, te agradezco la intención. De verdad. Pero no.

Frunzo los labios.

—No te enfurruñes —me amenaza, con un brillo inquietante en los ojos.

Como era de esperar, no me pregunta la dirección de mi madre. Ya la sabe, como buen acosador que es. Cuando se detiene frente a la puerta de la casa, no hago ningún comentario. ¿Para qué?

—¿Quieres entrar? —le pregunto tímidamente.

—Tengo que trabajar, Anastasia, pero esta noche vengo. ¿A qué hora?

Hago caso omiso de la desagradable punzada de desilusión. ¿Por qué quiero pasar hasta el último segundo con este dios del sexo tan controlador? Ah, sí, porque

me he enamorado de él y sabe volar.

—Gracias... por el más.

—Un placer, Anastasia.

Me besa e inhala su sensual olor a Christian.

—Te veo luego.

—Intenta impedírmelo —me susurra.

Le digo adiós con la mano mientras su coche se pierde en la luz del sol de Georgia. Llevo su sudadera y su ropa interior, y tengo mucho calor.

En la cocina, mi madre está hecha un manojo de nervios. No tiene que agasajar a un multimillonario todos los días, y está bastante estresada.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunta, y me sonrojo, porque debe de saber lo que estuve haciendo anoche.

—Estoy bien. Christian me ha llevado a planear esta mañana.

Confío en que ese nuevo dato la distraiga.

—¿A planear? ¿En uno de esos avioncitos sin motor? Asiento con la cabeza.

—Uuau.

Se queda sin habla, toda una novedad en mi madre. Me mira pasmada, pero al final se recupera y retoma la línea de interrogatorio inicial.

—¿Qué tal anoche? ¿Hablasteis?

Dios... Me pongo como un tomate.

—Hablamos... anoche y hoy. La cosa va mejorando.

—Me alegro.

Devuelve su atención a los cuatro libros de cocina que tiene abiertos sobre la mesa.

—Mamá, si quieres cocino yo esta noche.

—Ay, cielo, es un detalle por tu parte, pero quiero hacerlo yo.

—Vale.

Hago una mueca, consciente de que la cocina de mi madre es un poco a lo que salga. Igual ha mejorado desde que se mudó a Savannah con Bob. Hubo un

tiempo en que no me habría atrevido a someter a nadie al suplicio de uno de sus platos, ni siquiera a... a ver, alguien a quien odie... ah, sí, a la señora Robinson, a

Elena. Bueno, quizá a ella sí. ¿Conoceré algún día a esa maldita mujer?

Decido enviarle un breve e-mail de agradecimiento a Christian.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 10:20 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Planear mejor que apalear

A veces sabes cómo hacer pasar un buen rato a una chica.

Gracias.

Ana x

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 10:24 EST

Para: Anastasia Steele

Asunto: Planear mejor que apalear

Prefiero cualquiera de las dos cosas a tus ronquidos.

Yo también lo he pasado bien.

Pero siempre lo paso bien cuando estoy contigo.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 10:26 EST

Para: Christian Grey

Asunto: RONQUIDOS

YO NO RONCO. Y si lo hiciera, no es muy galante por tu parte comentarlo.

¡Qué poco caballeroso, señor Grey! Además, que sepas que estás en el Profundo Sur.

Ana

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 10:28 EST

Para: Anastasia Steele

Asunto: Somniloquia

Yo nunca he dicho que fuera un caballero, Anastasia, y creo que te lo he demostrado en numerosas ocasiones. No me intimidan tus mayúsculas CHILLONAS. Pero reconozco que era

una mentirijilla piadosa: no, no roncas, pero sí hablas dormida. Y es fascinante.

una mentirijilla piadosa: no, no roncas, pero sí hablas dormida. Y es fascinante.

¿Qué hay de mi beso?

Christian Grey

Sinvergüenza y presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

Maldita sea. Sé que hablo en sueños. Kate me lo ha comentado montones de veces. ¿Qué caray habré dicho? Oh, no.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 10:32 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Desembucha

Eres un sinvergüenza y un canalla; de caballero, nada, desde luego.

A ver, ¿qué he dicho? ¡No hay besos hasta que me lo cuentes!

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 10:35 EST

Para: Anastasia Steele

Asunto: Bella durmiente parlante

Sería una descortesía por mi parte contártelo; además, ya he recibido mi castigo.

Pero, si te portas bien, a lo mejor te lo cuento esta noche. Tengo que irme a una reunión.

Hasta luego, nena.

Christian Grey

Sinvergüenza, canalla y presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

¡Genial! Voy a permanecer totalmente incomunicada hasta la noche. Estoy que echo humo. Dios... Supongamos que he dicho en sueños que lo odio, o peor aún,

que lo quiero. Uf, espero que no. No estoy preparada para decirle eso, y estoy convencida de que él no está preparado para oírlo, si es que alguna vez quiere oírlo.

Miro ceñuda el ordenador y decido que, cocine lo que cocine mi madre, voy a hacer pan, para descargar mi frustración amasando.

Mi madre se ha decidido por un gazpacho y bistecs a la barbacoa marinados en aceite de oliva, ajo y limón. A Christian le gusta la carne, y es fácil de hacer. Bob se ha ofrecido voluntario para encargarse de la barbacoa. ¿Qué tendrán los hombres con el fuego?, me pregunto mientras sigo a mi madre por el súper con el carrito de la compra.

Mientras echamos un vistazo a la sección de carnes, me suena el móvil. Rebusco en el bolso, pensando que podría ser Christian. No reconozco el número.

—¿Diga? —respondo sin aliento.

—¿Anastasia Steele?

—Sí.

—Soy Elizabeth Morgan, de SIP.

—Ah... hola.

—Llamo para ofrecerte el puesto de ayudante del señor Hyde. Nos gustaría que empezaras el lunes.

—Uau. Eso es estupendo. ¡Gracias!

—¿Conoces las condiciones salariales?

—Sí. Sí... bueno, que acepto vuestra propuesta. Me encantaría trabajar para vosotros.

—Fabuloso. Entonces... ¿nos vemos el lunes a las ocho y media?

—Nos vemos. Adiós. Y gracias.

Sonrío feliz a mi madre.

—¿Tienes trabajo?

Asiento emocionada y ella se pone a chillar y a abrazarme en medio del súper.

—¡Enhorabuena, cariño! ¡Hay que comprar champán! Va dando palmas y brincos por los pasillos. ¿Qué tiene, cuarenta y dos años o doce?

Miro el móvil y frunzo el ceño: hay una llamada perdida de Christian. Él nunca me telefonea. Lo llamo enseguida.

—Anastasia —responde de inmediato.

—Hola —murmuro tímidamente.

—Tengo que volver a Seattle. Ha surgido algo. Voy camino de Hilton Head. Pídele disculpas a tu madre de mi parte, por favor; no puedo ir a cenar.

Parece muy agobiado.

—Nada serio, espero.

—Ha surgido un problema del que debo ocuparme. Te veo mañana. Mandaré a Taylor a recogerte al aeropuerto si no puedo ir yo.

Suena frío. Enfadado, incluso. Pero, por primera vez, no pienso automáticamente que es por mi culpa.

—Vale. Espero que puedas resolver el problema. Que tengas un buen vuelo.

—Tú también, nena —me susurra y, con esas palabras, mi Christian vuelve un instante.

Luego cuelga.

Oh, no. El último «problema» con el que tuvo que lidiar fue el de mi virginidad. Dios, espero que no sea nada de eso. Miro a mi madre. Su júbilo anterior se ha transformado en preocupación.

—Es Christian. Tiene que volver a Seattle. Te pide disculpas.

—¡Vaya! Qué lástima, cariño. Podemos hacer la barbacoa de todas formas. Además, ahora tenemos algo que celebrar: ¡tu nuevo empleo! Tienes que contármelo todo al respecto.

A última hora de la tarde, mamá y yo estamos tumbadas junto a la piscina. Mamá se ha relajado tanto después de saber que el señor Millonetis no viene a cenar que

está tendida completamente horizontal. Tirada al sol, empeñada en librarme de mi palidez, pienso en anoche y en el desayuno de hoy. Pienso en Christian y no

puedo quitarme la sonrisa tonta de los labios. Vuelve una y otra vez a mi cara, espontánea y desconcertante, cuando recuerdo nuestras varias conversaciones y lo que hicimos... lo que me hizo.

Parece que ha habido un cambio sustancial en la actitud de Christian. Él lo niega, pero reconoce que está intentando darme más. ¿Qué puede haber cambiado?

¿Qué ha variado entre aquel largo correo que me envió y cuando nos vimos ayer? ¿Qué ha hecho? Me incorporo de pronto y casi tiro el refresco. Cenó con... ella.

Con Elena.

¡Maldita sea!

Se me eriza el vello al caer en la cuenta. ¿Le diría algo ella? Ah... si hubiera podido ser una mosca pegada en la pared durante su cena... Habría caído en su sopa o en su copa de vino para que se atragantara.

—¿Qué pasa, cielo? —me pregunta mi madre, saliendo de golpe de su sopor.

—Cosas mías, mamá. ¿Qué hora es?

—Serán las seis y media, cariño.

Mmm... no habrá aterrizado aún. ¿Se lo puedo preguntar? ¿Debería preguntárselo? A lo mejor ella no tiene nada que ver. Espero fervientemente que sea así.

¿Qué habré dicho en sueños? Mierda... algún comentario inoportuno cuando soñaba con él, seguro. Sea lo que sea, o lo que fuera, confío en que ese cambio repentino sea cosa de él y no se deba a ella.

Me estoy achicharrando con este maldito calor. Necesito darme otro chapuzón.

Mientras me preparo para acostarme, enciendo el ordenador. No he tenido noticias de Christian. Ni siquiera me ha escrito para decirme si ha llegado bien.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 22:32 EST

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Has llegado bien?

Querido señor:

Por favor, hazme saber si has llegado bien. Empiezo a preocuparme. Pienso en ti.

Tu Ana x

A los tres minutos, oigo que me entra un correo.

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 19:36

Para: Anastasia Steele

Asunto: Lo siento

Querida señorita Steele:

He llegado bien; por favor, discúlpeme por no haberle dicho nada. No quiero causarle preocupaciones; me reconforta saber que le importo. Yo también pienso en usted y, como siempre,

estoy deseando volver a verla mañana.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.
Suspiro. Christian ha vuelto a su habitual corrección.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 22:40 EST

Para: Christian Grey

Asunto: El problema

Querido señor Grey:

Me parece que es más que evidente que me importas mucho. ¿Cómo puedes dudarlo?

Espero que tengas controlado «el problema».

Tu Ana x

P.D.: ¿Me vas a contar lo que dije en sueños?

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 19:45

Para: Anastasia Steele

Asunto: Me acojo a la Quinta Enmienda

Querida señorita Steele:

Me encanta saber que le importo tanto. «El problema» aún no se ha resuelto.

En cuanto a su posdata, la respuesta es no.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 22:48 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Alego locura transitoria

Espero que fuera divertido, pero que sepas que no me responsabilizo de lo que pueda salir por mi boca mientras estoy inconsciente. De hecho, probablemente me oyeras mal.

A un hombre de tu avanzada edad sin duda le falla un poco el oído.

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 19:52

Para: Anastasia Steele

Asunto: Me declaro culpable

Querida señorita Steele:

Perdone, ¿podría hablarme más alto? No la oigo.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 22:54 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Alego de nuevo locura transitoria

Me estás volviendo loca.

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 19:59

Para: Anastasia Steele

Asunto: Eso espero...

Querida señorita Steele:

Eso es precisamente lo que me proponía hacer el viernes por la noche. Lo estoy deseando. ;)

Eso es precisamente lo que me proponía hacer el viernes por la noche. Lo estoy deseando. ;)

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 2 de junio de 2011 23:02 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Grrrrrr

Que sepas que estoy furiosa contigo.

Buenas noches.

Señorita A. R. Steele

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 20:05

Para: Anastasia Steele

Asunto: Gata salvaje

¿Me está sacando las uñas, señorita Steele?

Yo también tengo gato para defenderme.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

¿Que también tiene gato? Nunca he visto un gato en su casa. No, no le voy a contestar. Cómo me exaspera a veces... De cincuenta mil maneras distintas. Me

meto en la cama y me quedo tumbada mirando furiosa al techo mientras mis ojos se adaptan a la oscuridad. Oigo que me entra otro correo. No voy a mirarlo. No, ni

hablar. No, no voy a mirarlo. ¡Agh...! Soy tan boba que no puedo resistirme al hechizo de las palabras de Christian Grey.

De: Christian Grey

Fecha: 2 de junio de 2011 20:20

Para: Anastasia Steele

Asunto: Lo que dijiste en sueños

Anastasia:

Preferiría oírte decir en persona lo que te oí decir cuando dormías, por eso no quiero contártelo. Vete a la cama. Más vale que mañana estés descansada para lo que te tengo preparado.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

Oh, no... ¿Qué dije? Seguro que es tan malo como pienso.

25

i madre me abraza fuerte.

—Haz caso a tu corazón, cariño, y por favor, procura no darle demasiadas vueltas a las cosas. Relájate y disfruta. Eres muy joven, cielo. Aún te queda mucha vida por delante, vívela. Te mereces lo mejor.

Sus sentidas palabras susurradas al oído me confortan. Me besa el pelo.

—Ay, mamá.

Me cuelgo de su cuello y, de repente, los ojos se me llenan de lágrimas.

—Cariño, ya sabes lo que dicen: hay que besar a muchos sapos para encontrar al príncipe azul.

Le dedico una sonrisa torcida, agridulce.

—Me parece que he besado a un príncipe, mamá. Espero que no se convierta en sapo.

Me regala las más tierna, maternal e incondicionalmente amorosa de sus sonrisas, y mientras nos abrazamos de nuevo me maravillo de lo muchísimo que quiero a

M

esta mujer.

—Ana, están llamando a tu vuelo —me dice Bob nervioso.

—¿Vendrás a verme, mamá?

—Por supuesto, cariño... pronto. Te quiero.

—Yo también.

Cuando me suelta, tiene los ojos enrojecidos de las lágrimas contenidas. Odio tener que dejarla. Abrazo a Bob, doy media vuelta y me encamino a la puerta de embarque; hoy no tengo tiempo para la sala VIP. Me propongo no mirar atrás, pero lo hago... y veo a Bob abrazando a mamá, que llora desconsolada con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Ya no puedo contener más las mías. Agacho la cabeza y cruzo la puerta de embarque, sin levantar la vista del blanco y resplandeciente suelo, borroso a través de mis ojos empañados.

Una vez a bordo, rodeada del lujo de primera clase, me acurruco en el asiento e intento recomponerme. Siempre me resulta doloroso separarme de mi madre; es

atolondrada, desorganizada, pero de pronto perspicaz, y me quiere. Con un amor incondicional, el que todo niño merece de sus padres. El rumbo que toman mis

pensamientos me hace fruncir el ceño, saco la BlackBerry y la miro consternada.

¿Qué sabe Christian del amor? Parece que no recibió el amor incondicional al que tenía derecho durante su infancia. Se me encoge el corazón y, como un céfiro

suave, me vienen a la cabeza las palabras de mi madre: «Sí, Ana. Dios, ¿qué más necesitas? ¿Un rótulo luminoso en su frente?». Cree que Christian me quiere,

pero, claro, ella es mi madre, ¿cómo no va a pensarlo? Para ella, me merezco lo mejor. Frunzo el ceño. Es verdad, y, en un instante de asombrosa lucidez, lo veo. Es

muy sencillo: yo quiero su amor. Necesito que Christian Grey me quiera. Por eso recelo tanto de nuestra relación, porque, a un nivel profundo y esencial, reconozco

en mi interior un deseo incontrolable y profundamente arraigado de ser amada y protegida.

Y, debido a sus cincuenta sombras, me contengo. El sexo es una distracción del verdadero problema. El sexo es alucinante, y él es rico, y guapo, pero todo eso

no vale nada sin su amor, y lo más desesperante es que no sé si es capaz de amar. Ni siquiera se quiere a sí mismo. Recuerdo el desprecio que sentía por sí mismo, y

que el amor de ella era la única manifestación de afecto que encontraba «aceptable». Castigado —azotado, golpeado, lo que fuera que conllevara su relación—, no

se considera digno de amor. ¿Por qué se siente así? ¿Cómo puede sentirse así? Sus palabras resuenan en mi cabeza: «Resulta muy difícil crecer en una familia perfecta cuando tú no eres perfecto».

Cierro los ojos, imagino su dolor, y no alcanzo a comprenderlo. Me estremezco al pensar que quizá he hablado demasiado. ¿Qué le habré confesado a Christian en sueños? ¿Qué secretos le habré revelado?

Miro fijamente la BlackBerry con la vaga esperanza de que me ofrezca respuestas. Como era de esperar, no se muestra muy comunicativa. Aún no hemos

iniciado el despegue, así que decido mandarle un correo a mi Cincuenta Sombras.

De: Anastasia Steele

Fecha: 3 de junio de 2011 12:53 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Rumbo a casa

Querido señor Grey:

Ya estoy de nuevo cómodamente instalada en primera, lo cual te agradezco. Cuento los minutos que me quedan para verte esta noche y quizá torturarte para sonsacarte la verdad sobre mis revelaciones nocturnas.

Tu Ana x

De: Christian Grey

Fecha: 3 de junio de 2011 09:58

Para: Anastasia Steele

Asunto: Rumbo a casa

Anastasia, estoy deseando verte.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

Su respuesta me hace fruncir el ceño. Suena cortante y formal, no está escrita en su habitual estilo conciso pero ingenioso.

De: Anastasia Steele

Fecha: 3 de junio de 2011 13:01 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Rumbo a casa

Queridísimo señor Grey:

Confío en que todo vaya bien con respecto al «problema». El tono de tu correo resulta preocupante.

Ana x

De: Christian Grey

Fecha: 3 de junio de 2011 10:04

Para: Anastasia Steele

Asunto: Rumbo a casa

Anastasia:

El problema podría ir mejor. ¿Has despegado ya? Si lo has hecho, no deberías estar mandándome e-mails. Te estás poniendo en peligro y contraviniendo directamente la norma relativa

a tu seguridad personal. Lo de los castigos iba en serio.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

Mierda. Muy bien. Dios... ¿Qué le pasa? ¿Será «el problema»? Igual Taylor ha desertado, o Christian ha perdido unos cuantos millones en la Bolsa... a saber.

De: Anastasia Steele

Fecha: 3 de junio de 2011 13:06 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Reacción desmesurada

Querido señor Cascarrabias:

Las puertas del avión aún están abiertas. Llevamos retraso, pero solo de diez minutos. Mi bienestar y el de los pasajeros que me rodean está asegurado. Puedes guardarte esa mano

suelta de momento.

Señorita Steele

De: Christian Grey

Fecha: 3 de junio de 2011 10:08

Para: Anastasia Steele

Asunto: Disculpas; mano suelta guardada

Os echo de menos a ti y a tu lengua viperina, señorita Steele.

Quiero que lleguéis a casa sanas y salvas.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 3 de junio de 2011 13:10 EST

Para: Christian Grey

Asunto: Disculpas aceptadas

Están cerrando las puertas. Ya no vas a oír ni un solo pitido más de mí, y menos con tu sordera.

Hasta luego.

Ana x

Apago la BlackBerry, incapaz de librarme de la angustia. A Christian le pasa algo. Puede que «el problema» se le haya escapado de las manos. Me recuesto en el

asiento, mirando el compartimento portaequipajes donde he guardado mis bolsas. Esta mañana, con la ayuda de mi madre, le he comprado a Christian un pequeño

obsequio para agradecerle los viajes en primera y el vuelo sin motor. Sonríó al recordar la experiencia del planeador... una auténtica gozada. Aún no sé si le daré la

tontería que le he comprado. Igual le parece infantil; o, si está de un humor raro, igual no. Por una parte estoy deseando volver, pero por otra temo lo que me espera

al final del viaje. Mientras repaso mentalmente las distintas posibilidades acerca de cuál puede ser «el problema», caigo en la cuenta de que, una vez más, el único

sitio libre es el que está a mi lado. Meneo la cabeza al pensar que quizá Christian haya pagado por la plaza contigua para que no hable con nadie. Descarto la idea

por absurda: seguro que no puede haber nadie tan controlador, tan celoso. Cuando el avión entra en pista, cierro los ojos.

Ocho horas después, salgo a la terminal de llegadas del Sea-Tac y me encuentro a Taylor esperándome, sosteniendo en alto un letrero que reza SEÑORITA A. STEELE.

¡Qué fuerte! Pero me alegro de verlo.

—¡Hola, Taylor!

—Señorita Steele —me saluda con formalidad, pero detecto un destello risueño en sus intensos ojos marrones.

Va tan impecable como siempre: elegante traje gris marengo, camisa blanca y corbata también gris.

—Ya te conozco, Taylor, no necesitabas el cartel. Además, te agradecería que me llamaras Ana.

—Ana. ¿Me permite que le lleve el equipaje?

—No, ya lo llevo yo. Gracias.

Aprieta los labios visiblemente.

—Pero si te quedas más tranquilo llevándolo tú... —farfullo.

—Gracias. —Me coge la mochila y el trolley recién comprado para la ropa que me ha regalado mi madre—. Por aquí, señora.

Suspiro. Es tan educado... Recuerdo, aunque querría borrarlo de mi memoria, que este hombre me ha comprado ropa interior. De hecho —y eso me inquieta—, es el único hombre que me ha comprado ropa interior. Ni siquiera Ray ha tenido que pasar nunca por ese apuro. Nos dirigimos en silencio al Audi SUV negro que

espera fuera, en el aparcamiento del aeropuerto, y me abre la puerta. Mientras subo, me pregunto si ha sido buena idea haberme puesto una falda tan corta para mi regreso a Seattle. En Georgia me parecía elegante y apropiada; aquí me siento como desnuda. En cuanto Taylor mete mi equipaje en el maletero, salimos para el Escala.

Avanzamos despacio, atrapados en el tráfico de hora punta. Taylor no aparta la vista de la carretera. Describirlo como taciturno sería quedarse muy corto.

No soporto más el silencio.

—¿Qué tal Christian, Taylor?

—El señor Grey está preocupado, señorita Steele.

Huy, debe de referirse al «problema». He dado con una mina de oro.

—¿Preocupado?

—Sí, señora.

Miro ceñuda a Taylor y él me devuelve la mirada por el retrovisor; nuestros ojos se encuentran. No me va a contar más. Maldita sea, es tan hermético como el propio controlador obsesivo.

—¿Se encuentra bien?

—Eso creo, señora.

—¿Te sientes más cómodo llamándome señorita Steele?

—Sí, señora.

—Ah, bien.

Eso pone fin por completo a nuestra conversación, así que seguimos en silencio. Empiezo a pensar que el reciente desliz de Taylor, cuando me dijo que Christian

había estado de un humor de perros, fue una anomalía. A lo mejor se avergüenza de ello, le preocupa haber sido desleal. El silencio me resulta asfixiante.

—¿Podrías poner música, por favor?

—Desde luego, señora. ¿Qué le apetece oír?

—Algo relajante.

Veo dibujarse una sonrisa en los labios de Taylor cuando nuestras miradas vuelven a cruzarse brevemente en el retrovisor.

—Sí, señora.

Pulsa unos botones en el volante y los suaves acordes del Canon de Pachelbel inundan el espacio que nos separa. Oh, sí... esto es lo que me estaba haciendo falta.

—Gracias.

Me recuesto en el asiento mientras nos adentramos en Seattle, a un ritmo lento pero constante, por la interestatal 5.

Veinticinco minutos después, me deja delante de la impresionante fachada del Escala.

—Adelante, señora —dice, sujetándome la puerta—. Ahora le subo el equipaje.

Su expresión es tierna, cálida, afectuosa incluso, como la de tu tío favorito.

Uf... Tío Taylor, vaya idea.

—Gracias por venir a recogerme.

—Un placer, señorita Steele.

Sonríe, y yo entro en el edificio. El portero me saluda con la cabeza y con la mano.

Mientras subo a la planta treinta, siento el cosquilleo de un millar de mariposas extendiendo sus alas y revoloteando erráticamente por mi estómago. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Sé que es porque no tengo ni idea de qué humor va a estar Christian cuando llegue. La diosa que llevo dentro confía en que tenga ganas de una cosa en concreto; mi subconsciente, como yo, está hecha un manojo de nervios.

Se abren las puertas del ascensor y me encuentro en el vestíbulo. Se me hace tan raro que no me reciba Taylor. Está aparcando el coche, claro. En el salón, veo a Christian hablando en voz baja por la BlackBerry mientras contempla el perfil de Seattle por el ventanal. Lleva un traje gris con la americana desabrochada y se está

pasando la mano por el pelo. Está inquieto, tenso incluso. ¿Qué pasa? Inquieto o no, sigue siendo un placer mirarlo. ¿Cómo puede resultar tan... irresistible?

—Ni rastro... Vale... Sí.

Se vuelve y me ve, y su actitud cambia por completo. Pasa de la tensión al alivio y luego a otra cosa: una mirada que llama directamente a la diosa que llevo dentro, una mirada de sensual carnalidad, de ardientes ojos grises.

Se me seca la boca y renace el deseo en mí... uf.

—Mantenme informado —espeta y cuelga mientras avanza con paso decidido hacia mí.

Espero paralizada a que cubra la distancia que nos separa, devorándome con la mirada. Madre mía, algo ocurre... la tensión de su mandíbula, la angustia de sus ojos. Se quita la americana, la corbata y, por el camino, las cuelga del sofá. Luego me envuelve con sus

brazos y me estrecha contra su cuerpo, con fuerza, rápido,

agarrándome de la coleta para levantarme la cabeza, y me besa como si le fuera la vida en ello. ¿Qué diablos pasa? Me quita con violencia la goma del pelo, pero

me da igual. Su forma de besarme me resulta primaria, desesperada. Por lo que sea, en este momento me necesita, y yo jamás me he sentido tan deseada. Resulta

oscuro, sensual, alarmante, todo a la vez. Le devuelvo el beso con idéntico fervor, hundiendo los dedos en su pelo, retorciéndoselo. Nuestras lenguas se entrelazan,

la pasión y el ardor estallan entre los dos. Sabe divino, ardiente, sexy, y su aroma —todo gel de baño y Christian— me excita muchísimo. Aparta su boca de la mía

y se me queda mirando, presa de una emoción inefable.

—¿Qué pasa? —le digo.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto. Dúchate conmigo. Ahora.

No tengo claro si me lo pide o me lo ordena.

—Sí —susurro y, cogiéndome de la mano, me saca del salón y me lleva a su dormitorio, al baño.

Una vez allí, me suelta y abre el grifo de la ducha superespaciosa. Se vuelve despacio y me mira, excitado.

—Me gusta tu falda. Es muy corta —dice con voz grave—. Tienes unas piernas preciosas.

Se quita los zapatos y se agacha para quitarse también los calcetines, sin apartar la vista de mí. Su

mirada voraz me deja muda. Uau, que te desee tanto este dios

griego... Lo imito y me quito las bailarinas negras. De pronto, me coge y me empuja contra la pared. Me besa, la cara, el cuello, los labios... me agarra del pelo.

Siento los azulejos fríos y suaves en la espalda cuando se arrima tanto a mí que me deja emparedada entre su calor y la fría porcelana. Tímidamente, me aferro a sus

brazos y él gruñe cuando aprieto con fuerza.

—Quiero hacértelo ya. Aquí, rápido, duro —dice, y me planta las manos en los muslos y me sube la falda—. ¿Aún estás con la regla?

—No —contesto ruborizándome.

—Bien.

Desliza los dedos por las bragas blancas de algodón y, de pronto, se pone en cuclillas para arrancármelas de un tirón. Tengo la falda totalmente subida y

arrugada, de forma que estoy desnuda de cintura para abajo, jadeando, excitada. Me agarra por las caderas, empujándome de nuevo contra la pared, y me besa en el

punto donde se encuentran mis piernas. Cogiéndome por la parte superior de ambos muslos, me separa las piernas. Gruño con fuerza al notar que su lengua me

acaricia el clítoris. Dios... Echo la cabeza hacia atrás sin querer y gimo, agarrándome a su pelo.

Su lengua es despiadada, fuerte y persistente, empapándome, dando vueltas y vueltas sin parar. Es delicioso y la sensación es tan intensa que casi resulta

dolorosa. Me empiezo a acelerar; entonces, para. ¿Qué? ¡No! Jadeo con la respiración entrecortada, y lo miro impaciente. Me coge la cara con ambas manos, me sujeta con firmeza y me besa con violencia, metiéndome la lengua en la boca para que saboree mi propia excitación. Luego se baja la cremallera y libera su erección, me agarra los muslos por detrás y me levanta.

—Enrosca las piernas en mi cintura, nena —me ordena, apremiante, tenso.

Hago lo que me dice y me cuelgo de su cuello, y él, con un movimiento rápido y resuelto, me penetra hasta el fondo. ¡Ah! Gime, yo gruño. Me agarra por el

trasero, clavándome los dedos en la suave carne, y empieza a moverse, despacio al principio, con un ritmo fijo, pero, en cuanto pierde el control, se acelera, cada

vez más. ¡Ahhh! Echo la cabeza hacia atrás y me concentro en esa sensación invasora, castigadora, celestial, que me empuja y me empuja hacia delante, cada vez

más alto y, cuando ya no puedo más, estallo alrededor de su miembro, entrando en la espiral de un orgasmo intenso y devorador. Él se deja llevar con un hondo

gemido y hunde la cabeza en mi cuello igual que hunde su miembro en mí, gruñendo escandalosamente mientras se deja ir.

Apenas puede respirar, pero me besa con ternura, sin moverse, sin salir de mí, y yo lo miro extrañada, sin llegar a verlo. Cuando al fin consigo enfocarlo, se retira

despacio y me sujeta con fuerza para que pueda poner los pies en el suelo. El baño está lleno de vapor y hace mucho calor. Me sobra la ropa.

—Parece que te alegra verme —murmuro con una sonrisa tímida.

Tuerce la boca, risueño.

Tuerce la boca, risueño.

—Sí, señorita Steele, creo que mi alegría es más que evidente. Ven, deja que te lleve a la ducha.

Se desabrocha los tres botones siguientes de la camisa, se quita los gemelos, se saca la camisa por la cabeza y la tira al suelo. Luego se quita los pantalones del

traje y los boxers de algodón y los aparta con el pie. Empieza a desabrocharme los botones de la blusa blanca mientras lo observo; ansío poder tocarle el pecho, pero me contengo.

—¿Qué tal tu viaje? —me pregunta a media voz.

Parece mucho más tranquilo ahora que ha desaparecido su inquietud, que se ha disuelto en nuestra unión sexual.

—Bien, gracias —murmuro, aún sin aliento—. Gracias otra vez por los billetes de primera. Es una forma mucho más agradable de viajar. —Le sonrío

tímidamente—. Tengo algo que contarte —añado nerviosa.

—¿En serio?

Me mira mientras me desabrocha el último botón, me desliza la blusa por los brazos y la tira con el resto de la ropa.

—Tengo trabajo.

Se queda inmóvil, luego me sonrío con ternura.

—Enhorabuena, señorita Steele. ¿Me vas a decir ahora dónde? —me provoca.

—¿No lo sabes?

Niega con la cabeza, ceñudo.

—¿Por qué iba a saberlo?

—Dada tu tendencia al acoso, pensé que igual...

Me callo al ver que le cambia la cara.

—Anastasia, jamás se me ocurriría interferir en tu carrera profesional, salvo que me lo pidieras, claro.

Parece ofendido.

—Entonces, ¿no tienes ni idea de qué editorial es?

—No. Sé que hay cuatro editoriales en Seattle, así que imagino que es una de ellas.

—SIP.

—Ah, la más pequeña, bien. Bien hecho. —Se inclina y me besa la frente—. Chica lista. ¿Cuándo empiezas?

—El lunes.

—Qué pronto, ¿no? Más vale que disfrute de ti mientras pueda. Date la vuelta.

Me desconcierta la naturalidad con que me manda, pero hago lo que me dice, y él me desabrocha el sujetador y me baja la cremallera de la falda. Me la baja y

aprovecha para agarrarme el trasero y besarme el hombro. Se inclina sobre mí y me huele el pelo, inspirando hondo. Me aprieta las nalgas.

—Me embriagas, señorita Steele, y me calmas. Una mezcla interesante.

Me besa el pelo. Luego me coge de la mano y me mete en la ducha.

—Au —chillo.

El agua está prácticamente hirviendo. Christian me sonríe mientras el agua le cae por encima.

—No es más que un poco de agua caliente.

Y, en el fondo, tiene razón. Sienta de maravilla quitarse de encima el sudor de la calurosa Georgia y el del intercambio sexual que acabamos de tener.

—Date la vuelta —me ordena, y yo obedezco y me pongo de cara a la pared—. Quiero lavarte —murmura.

Coge el gel y se echa un chorrito en la mano.

—Tengo algo más que contarte —susurro mientras me enjabona los hombros.

—¿Ah, sí? —dice.

Respiro hondo y me armo de valor.

—La exposición fotográfica de mi amigo José se inaugura el jueves en Portland.

Se detiene, sus manos se quedan suspendidas sobre mis pechos. He dado especial énfasis a la palabra «amigo».

—Sí, ¿y qué pasa? —pregunta muy serio.

—Le dije que iría. ¿Quieres venir conmigo?

Después de lo que me parece una eternidad, poco a poco empieza a lavarme otra vez.

—¿A qué hora?

—La inauguración es a las siete y media.

Me besa la oreja.

—Vale.

En mi interior, mi subconsciente se relaja, se desploma y cae pesadamente en el viejo y maltrecho sillón.

—¿Estabas nerviosa porque tenías que preguntármelo?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Anastasia, se te acaba de relajar el cuerpo entero —me dice con sequedad.

—Bueno, parece que eres... un pelín celoso.

—Lo soy, sí —dice amenazante—. Y harás bien en recordarlo. Pero gracias por preguntar. Iremos en el Charlie Tango.

Ah, en el helicóptero, claro... Seré tonta... Otro vuelo... ¡guay! Sonrío.

—¿Te puedo lavar yo a ti? —le pregunto.

—Me parece que no —murmura, y me besa suavemente el cuello para mitigar el dolor de la negativa.

Hago pucheros a la pared mientras él me acaricia la espalda con jabón.

—¿Me dejarás tocarte algún día? —inquiero audazmente.

Vuelve a detenerse, la mano clavada en mi trasero.

—Apoya las manos en la pared, Anastasia. Voy a penetrarte otra vez —me susurra al oído agarrándome de las caderas, y sé que la discusión ha terminado.

Más tarde, estamos sentados en la cocina, en albornoz, después de habernos comido la deliciosa pasta alle vongole de la señora Jones.

—¿Más vino? —pregunta Christian con un destello de sus ojos grises.

—Un poquito, por favor.

El Sancerre es vigorizante y delicioso. Christian me sirve y luego se sirve él.

—¿Cómo va el «problema» que te trajo a Seattle? —pregunto tímidamente.

Frunce el ceño.

—Descontrolado —señala con amargura—. Pero tú no te preocupes por eso, Anastasia. Tengo planes para ti esta noche.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te quiero en el cuarto de juegos dentro de quince minutos.

Se levanta y me mira.

—Puedes prepararte en tu habitación. Por cierto, el vestidor ahora está lleno de ropa para ti. No admito discusión al respecto.

Frunce los ojos, retándome a que diga algo. Al ver que no lo hago, se va con paso airado a su despacho.

¡Yo! ¿Discutir? ¿Contigo, Cincuenta Sombras? Por el bien de mi trasero, no. Me quedo sentada en el taburete, momentáneamente estupefacta, tratando de digerir

esta última información. Me ha comprado ropa. Pongo los ojos en blanco de forma exagerada, sabiendo bien que no puede verme. Coche, móvil, ordenador, ropa...

lo próximo: un maldito piso, y entonces ya seré una querida en toda regla.

¡Jo! Mi subconsciente está en modo criticón. La ignoro y subo a mi cuarto. Porque sigo teniendo mi cuarto. ¿Por qué? Pensé que había accedido a dejarme

dormir con él. Supongo que no está acostumbrado a compartir su espacio personal, claro que yo tampoco. Me consuela la idea de tener al menos un sitio donde esconderme de él.

Al examinar la puerta de mi habitación, descubro que tiene cerradura pero no llave. Me digo que quizá la señora Jones tenga una copia. Le preguntaré. Abro la

puerta del vestidor y vuelvo a cerrarla rápidamente. Maldita sea... se ha gastado un dineral. Me recuerda al de Kate, con toda esa ropa perfectamente alineada y

colgada de las barras. En el fondo, sé que todo me va a quedar bien, pero no tengo tiempo para eso ahora: esta noche tengo que ir a arrodillarme al cuarto rojo del...

dolor... o del placer, espero.

Estoy en bragas, arrodillada junto a la puerta. Tengo el corazón en la boca. Madre mía, pensaba que con lo del baño habría tenido bastante. Este hombre es

insaciable, o quizá todos los hombres lo sean. No lo sé, no tengo con quién compararlo. Cierro los ojos y procuro calmarme, conectar con la sumisa que hay en mi interior. Anda por ahí, en alguna parte, escondida detrás de la diosa que llevo dentro.

La expectación me burbujea por las venas como un refresco efervescente. ¿Qué me irá a hacer? Respiro hondo, despacio, pero no puedo negarlo: estoy nerviosa, excitada, húmeda ya. Esto es tan... Quiero pensar que está mal, pero de algún modo sé que no es así. Para Christian está bien. Es lo que él quiere y, después de estos últimos días... después de todo lo que ha hecho, tengo que echarle valor y aceptar lo que decida que necesita, sea lo que sea.

Recuerdo su mirada cuando he llegado hoy, su expresión anhelante, la forma resuelta en que se ha dirigido hacia mí, como si yo fuera un oasis en el desierto.

Haría casi cualquier cosa por volver a ver esa expresión. Aprieto los muslos de placer al pensarlo, y eso me recuerda que debo separar las piernas. Lo hago.

¿Cuánto me hará esperar? La espera me está matando, me mata de deseo turbio y provocador. Echo un vistazo al cuarto apenas iluminado: la cruz, la mesa, el sofá,

el banco... la cama. Se ve inmensa, y está cubierta con sábanas rojas de satén. ¿Qué artilugio usará hoy?

Se abre la puerta y Christian entra como una exhalación, ignorándome por completo. Agacho la cabeza enseguida, me miro las manos y separo con cuidado las

piernas. Christian deja algo sobre la enorme cómoda que hay junto a la puerta y se acerca despacio a la cama. Me permito mirarlo un instante y casi se me para el

corazón. Va descalzo, con el torso descubierto y esos vaqueros gastados con el botón superior desabrochado. Dios, está tan bueno... Mi subconsciente se abanica

con desesperación y la diosa que llevo dentro se balancea y convulsiona con un primitivo ritmo carnal. La veo muy dispuesta. Me humedezco los labios

instintivamente. La sangre me corre deprisa por todo el cuerpo, densa y cargada de lascivia. ¿Qué me va a hacer?

Da media vuelta y se dirige tranquilamente hasta la cómoda. Abre uno de los cajones y empieza a sacar cosas y a colocarlas encima. Me pica la curiosidad, me

mata, pero resisto la imperiosa necesidad de echar un vistazo. Cuando termina lo que está haciendo, se coloca delante de mí. Le veo los pies descalzos y quiero

besarle hasta el último centímetro, pasarle la lengua por el empuje, chuparle cada uno de los dedos.

—Estás preciosa —dice.

Mantengo la cabeza agachada, consciente de que me mira fijamente y de que estoy prácticamente desnuda. Noto que el rubor se me extiende despacio por la

cara. Se inclina y me coge la barbilla, obligándome a mirarlo.

—Eres una mujer hermosa, Anastasia. Y eres toda mía —murmura—. Levántate —me ordena en voz baja, rebotando de prometedora sensualidad.

Temblando, me pongo de pie.

—Mírame —dice, y alzo la vista a sus ojos ardientes.

Es su mirada de amo: fría, dura y sexy, con sombras del pecado inimaginable en una sola mirada provocadora. Se me seca la boca y sé enseguida que voy a hacer

lo que me pida. Una sonrisa casi cruel se dibuja en sus labios.

—No hemos firmado el contrato, Anastasia, pero ya hemos hablado de los límites. Además, te recuerdo que tenemos palabras de seguridad, ¿vale?

Madre mía... ¿qué habrá planeado para que vaya a necesitar las palabras de seguridad?

Madre mía... ¿qué habrá planeado para que vaya a necesitar las palabras de seguridad?

—¿Cuáles son? —me pregunta de manera autoritaria.

Frunzo un poco el ceño al oír la pregunta y su gesto se endurece visiblemente.

—¿Cuáles son las palabras de seguridad, Anastasia? —dice muy despacio.

—Amarillo —musito.

—¿Y? —insiste, apretando los labios.

—Rojo —digo.

—No lo olvides.

Y no puedo evitarlo... arqueo una ceja y estoy a punto de recordarle mi nota media, pero el repentino destello de sus gélidos ojos grises me detiene en seco.

—Cuidado con esa boquita, señorita Steele, si no quieres que te folle de rodillas. ¿Entendido?

Trago saliva instintivamente. Vale. Parpadeo muy rápido, arrepentida. En realidad, me intimida más su tono de voz que la amenaza en sí.

—¿Y bien?

—Sí, señor —mascullo atropelladamente.

—Buena chica. —Hace una pausa y me mira—. No es que vayas a necesitar las palabras de seguridad porque te vaya a doler, sino que lo que voy a hacerte va a

ser intenso, muy intenso, y necesito que me guíes. ¿Entendido?

Pues no. ¿Intenso? Uau.

—Vas a necesitar el tacto, Anastasia. No vas a poder verme ni oírme, pero podrás sentirme.

Frunzo el ceño. ¿No voy a oírle? ¿Y cómo voy a saber lo que quiere? Se vuelve. Encima de la cómoda hay una lustrosa caja plana de color negro mate. Cuando

pasa la mano por delante, la caja se divide en dos, se abren dos puertas y queda a la vista un reproductor de cedés con un montón de botones. Christian pulsa varios

de forma secuencial. No pasa nada, pero él parece satisfecho. Yo estoy desconcertada. Cuando se vuelve de nuevo a mirarme, le veo esa sonrisita suya de «Tengo un secreto».

—Te voy a atar a la cama, Anastasia, pero primero te voy a vendar los ojos y no vas a poder oírme. —Me enseña el iPod que lleva en la mano—. Lo único que vas a oír es la música que te voy a poner.

Vale. Un interludio musical. No es precisamente lo que esperaba. ¿Alguna vez hace lo que yo espero? Dios, espero que no sea rap.

—Ven.

Me coge de la mano y me lleva a la antiquísima cama de cuatro postes. Hay grilletes en los cuatro extremos: unas cadenas metálicas finas con muñequeras de

cuero brillan sobre el satén rojo.

Uf, se me va a salir el corazón del pecho. Me derrito de dentro afuera; el deseo me recorre el cuerpo entero. ¿Se puede estar más excitada?

—Ponte aquí de pie.

Estoy mirando hacia la cama. Se inclina hacia delante y me susurra al oído:

—Espera aquí. No apartes la vista de la cama. Imagínate ahí tumbada, atada y completamente a mi merced.

Madre mía.

Se aleja un momento y lo oigo coger algo cerca de la puerta. Tengo todos los sentidos hiperalerta; se me agudiza el oído. Ha cogido algo del colgador de los

látigos y las palas que hay junto a la puerta. Madre mía. ¿Qué me va a hacer?

Lo noto a mi espalda. Me coge el pelo, me hace una coleta y empieza a trenzármelo.

—Aunque me gustan tus trencitas, Anastasia, estoy impaciente por tenerte, así que tendrá que valer con una —dice con voz grave, suave.

Me roza la espalda de vez en cuando con sus dedos hábiles mientras me hace la trenza, y cada caricia accidental es como una dulce descarga eléctrica en mi piel.

Me sujeta el extremo con una goma, luego tira suavemente de la trenza de forma que me veo obligada a pegarme a su cuerpo. Tira de nuevo, esta vez hacia un lado,

y yo ladeo la cabeza y le doy acceso a mi cuello. Se inclina y me lo llena de pequeños besos, recorriéndolo desde la base de la oreja hasta el hombro con los dientes y la lengua. Tararea en voz baja mientras lo hace y el sonido me resuena por dentro. Justo ahí... ahí abajo, en mis entrañas. Gimo suavemente sin poder evitarlo.

—Calla —dice respirando contra mi piel.

Levanta las manos delante de mí; sus brazos acarician los míos. En la mano derecha lleva un látigo de tiras. Recuerdo el nombre de mi primera visita a este cuarto.

—Tócalo —susurra, y me suena como el mismísimo diablo.

Mi cuerpo se incendia en respuesta. Tímidamente, alargo el brazo y rozo los largos flecos. Tiene muchas frondas largas, todas de suave ante con pequeñas cuentas en los extremos.

—Lo voy a usar. No te va a doler, pero hará que te corra la sangre por la superficie de la piel y te la sensibilice.

Ay, dice que no me va a doler.

—¿Cuáles son las palabras de seguridad, Anastasia?

—Eh... «amarillo» y «rojo», señor —susurro.

—Buena chica.

Deja el látigo sobre la cama y me pone las manos en la cintura.

—No las vas a necesitar —me susurra.

Entonces me agarra las bragas y me las baja del todo. Me las saco torpemente por los pies, apoyándome en el recargado poste.

—Estate quieta —me ordena, luego me besa el trasero y me da dos pellizquitos; me tenso—. Túmbate. Boca arriba —añade, dándome una palmada fuerte en el trasero que me hace respingar.

Me apresuro a subirme al colchón duro y rígido y me tumbo, mirando a Christian. Noto en la piel el satén suave y frío de la sábana. Lo veo impassible, salvo por la mirada: en sus ojos brilla una emoción contenida.

la mirada: en sus ojos brilla una emoción contenida.

—Las manos por encima de la cabeza —me ordena, y le obedezco.

Dios... mi cuerpo está sediento de él. Ya lo deseo.

Se vuelve y, por el rabillo del ojo, lo veo dirigirse de nuevo a la cómoda y volver con el iPod y lo que parece un antifaz para dormir, similar al que usé en mi

vuelo a Atlanta. Al pensarlo, me dan ganas de sonreír, pero no consigo que los labios me respondan. La impaciencia me consume. Sé que mi rostro está

completamente inmóvil y que lo miro con los ojos como platos.

Se sienta al borde de la cama y me enseña el iPod. Lleva conectados unos auriculares y tiene una extraña antena. Qué raro... Ceñuda, intento averiguar para qué es.

—Esto transmite al equipo del cuarto lo que se reproduce en el iPod —dice, dando unos golpecitos en la pequeña antena y respondiendo así a mi pregunta no formulada—. Yo voy a oír lo mismo que tú, y tengo un mando a distancia para controlarlo.

Me dedica su habitual sonrisa de «Yo sé algo que tú no» y me enseña un pequeño dispositivo plano que parece una calculadora modernísima. Se inclina sobre mí, me mete con cuidado los auriculares de botón en los oídos y deja el iPod sobre la cama por encima de mi cabeza.

—Levanta la cabeza —me ordena, y lo hago inmediatamente.

Despacio, me pone el antifaz, pasándome el elástico por la nuca. Ya no veo. El elástico del antifaz me sujeta los auriculares. Lo oigo levantarse de la cama, pero el sonido es apagado. Me ensordece mi propia respiración, entrecortada y errática, reflejo de mi nerviosismo. Christian me coge el brazo izquierdo, me lo estira con

cuidado hasta la esquina izquierda de la cama y me abrocha la muñequera de cuero. Cuando termina, me acaricia el brazo entero con sus largos dedos. ¡Oh! La caricia me produce una deliciosa sensación entre el escalofrío y las cosquillas. Lo oigo rodear la cama despacio hasta el otro lado, donde me coge el brazo derecho

para atármelo. De nuevo pasea sus dedos largos por él. Madre mía, estoy a punto de estallar. ¿Por qué resulta esto tan erótico?

Se desplaza a los pies de la cama y me coge ambos tobillos.

—Levanta la cabeza otra vez —me ordena.

Obedezco, y me arrastra de forma que los brazos me quedan completamente extendidos y casi tirantes por las muñequeras. Dios... no puedo mover los brazos.

Un escalofrío de inquietud mezclado con una tentadora excitación me recorre el cuerpo entero y me pone aún más húmeda. Gruño. Separándome las piernas, me ata

primero el tobillo derecho y luego el izquierdo, de modo que quedo bien sujeta, abierta de brazos y piernas, y completamente a su merced. Me desconcierta no

poder verlo. Escucho con atención... ¿qué hace? No oigo nada, solo mi respiración y los fuertes latidos de mi corazón, que bombea la sangre con furia contra mis tímpanos.

De pronto, el suave silbido del iPod cobra vida. Desde dentro de mi cabeza, una sola voz angelical canta sin acompañamiento una nota larga y dulce, a la que se

une de inmediato otra voz y luego más —madre mía, un coro celestial—, cantando a capela un himnario antiquísimo. ¿Cómo se llama esto? Jamás he oído nada

semejante. Algo casi insoportablemente suave se pasea por mi cuello, deslizándose despacio por la clavícula, por los pechos, acariciándome, irguiéndome los pezones... es suavísimo, inesperado. ¡Algo de piel! ¿Un guante de pelo?

Christian pasea la mano, sin prisa y deliberadamente, por mi vientre, trazando círculos alrededor de mi ombligo, luego de cadera a cadera, y yo trato de adivinar

adónde irá después, pero la música metida en mi cabeza me transporta. Sigue la línea de mi vello púbico, pasa entre mis piernas, por mis muslos; baja por uno, sube

por el otro, y casi me hace cosquillas, pero no del todo. Se unen más voces al coro celestial, cada una con fragmentos distintos, fundiéndose gozosa y dulcemente en

una melodía mucho más armoniosa que nada que yo haya oído antes. Pillo una palabra —«deus»— y me doy cuenta de que cantan en latín. El guante de pelo sigue

bajándose por los brazos, acariciándose la cintura, subiéndome de nuevo por los pechos. Su roce me endurece los pezones y jadeo, preguntándose adónde irá su

mano después. De pronto, el guante de pelo desaparece y noto que las frondas del látigo de tiras fluyen por mi piel, siguiendo el mismo camino que el guante, y me

resulta muy difícil concentrarme con la música que suena en mi cabeza: es como un centenar de voces cantando, tejiendo un tapiz etéreo de oro y plata, exquisito y

sedoso, que se mezcla con el tacto del suave ante en mi piel, recorriéndome... Madre mía. Súbitamente, desaparece. Luego, de golpe, un latigazo seco en el vientre.

—¡Aaaggghhh! —grito.

Me coge por sorpresa. No me duele exactamente; más bien me produce un fuerte hormigueo por todo el cuerpo. Y entonces me vuelve a azotar. Más fuerte.

—¡Aaahhh!

Quiero moverme, retorcerme, escapar, o disfrutar de cada golpe, no lo sé... resulta tan irresistible... No puedo tirar de los brazos, tengo las piernas atrapadas,

estoy bien sujeta. Vuelve a atizarme, esta vez en los pechos. Grito. Es una dulce agonía, soportable... placentera; no, no de forma inmediata, pero, con cada nuevo

golpe, mi piel canta en perfecto contrapunto con la música que me suena en la cabeza, y me veo arrastrada a una parte oscurísima de mi psique que se rinde a esta

sensación tan erótica. Sí... ya lo capto. Me azota en la cadera, luego asciende con golpes rápidos por el vello púbico, sigue por los muslos, por la cara interna, sube

de nuevo, por las caderas. Continúa mientras la música alcanza un clímax y entonces, de repente, para de sonar. Y él también se detiene. Luego comienza el canto

otra vez, in crescendo, y él me rocía de golpes y yo gruño y me retuerzo. De nuevo para, y no se oye nada, salvo mi respiración entrecortada y mis jadeos

descontrolados. Eh... ¿qué pasa? ¿Qué va a hacer ahora? La excitación es casi insoportable. He entrado en una zona muy oscura, muy carnal.

Noto que la cama se mueve y que él se coloca por encima de mí, y el himno vuelve a empezar. Lo tiene en modo repetición. Esta vez son su nariz y sus labios los

que me acarician... se pasean por mi cuello y mi clavícula, besándome, chupándome... descienden por mis pechos... ¡Ah! Tira de un pezón y luego del otro,

paseándome la lengua alrededor de uno mientras me pellizca despiadadamente el otro con los dedos... Gimo, muy fuerte, creo, aunque no me oigo. Estoy perdida, perdida en él... perdida en esas voces astrales y seráficas... perdida en todas estas sensaciones de las que no puedo escapar... completamente a merced de sus manos expertas.

Desciende hasta el vientre, trazando círculos con la lengua alrededor del ombligo, siguiendo el camino del látigo y del guante. Gimo. Me besa, me chupa, me

mordisquea... sigue bajando... y de pronto tengo su lengua ahí, en la conjunción de los muslos. Echo la cabeza hacia atrás y grito, a punto de estallar, al borde del

orgasmo... Y entonces para.

¡No! La cama se mueve y Christian se arrodilla entre mis piernas. Se inclina hacia un poste y, de pronto, el grillete del tobillo desaparece. Subo la pierna hasta el

centro de la cama, la apoyo contra él. Se inclina hacia el otro lado y me libera la otra pierna. Me frota ambas piernas, estrujándolas, masajeándolas, reavivándolas.

centro de la cama, la apoyo contra él. Se inclina hacia el otro lado y me libera la otra pierna. Me frota ambas piernas, estrujándolas, masajeándolas, reavivándolas.

Luego me agarra por las caderas y me levanta de forma que ya no tengo la espalda pegada a la cama;

estoy arqueada y apoyada solo en los hombros. ¿Qué?
Se

coloca de rodillas entre mis piernas... y con una rápida y certera embestida me penetra... oh, Dios... y vuelvo a gritar. Se inician las convulsiones de mi orgasmo

inminente, y entonces para. Cesan las convulsiones... oh, no... va a seguir torturándome.

—¡Por favor! —gimoteo.

Me agarra con más fuerza... ¿para advertirme? No sé. Me clava los dedos en el trasero mientras yo jadeo, así que decido estarme quieta. Muy lentamente,

empieza a moverse otra vez: sale, entra... angustiosamente despacio. ¡Madre mía... por favor! Grito por dentro y, según aumenta el número de voces de la pieza

coral, va incrementando él su ritmo, de forma infinitesimal, controladísimo, completamente al son de la música. Ya no aguanto más.

—Por favor —le suplico, y con un solo movimiento rápido vuelve a dejarme en la cama y se cierne sobre mí, con las manos a los lados de mi pecho, aguantando su propio peso, y empuja.

Cuando la música llega a su clímax, me precipito... en caída libre... al orgasmo más intenso y angustioso que he tenido jamás, y Christian me sigue, embistiendo

fuerte tres veces más... hasta que finalmente se queda inmóvil y se derrumba sobre mí.

Cuando recobro la conciencia y vuelvo de dondequiera que haya estado, Christian sale de mí. La música ha cesado y noto cómo él se estira sobre mi cuerpo para

soltarme la muñequera derecha. Gruño al sentir al fin la mano libre. Enseguida me suelta la otra, retira con cuidado el antifaz de mis ojos y me quita los auriculares de los oídos. Parpadeo a la luz tenue del cuarto y alzo la vista hacia su intensa mirada de ojos grises.

—Hola —murmura.

—Hola —le respondo tímidamente.

En sus labios se dibuja una sonrisa. Se inclina y me besa suavemente.

—Lo has hecho muy bien —susurra—. Date la vuelta.

Madre mía... ¿qué me va a hacer ahora? Su mirada se enternece.

—Solo te voy a dar un masaje en los hombros.

—Ah, vale.

Me vuelvo, agarrotada, boca abajo. Estoy exhausta. Christian se sienta a horcajadas sobre mi cintura y empieza a masajearme los hombros. Gimo fuerte; tiene unos dedos fuertes y experimentados. Se inclina y me besa la cabeza.

—¿Qué música era esa? —logro balbucear.

—Es el motete a cuarenta voces de Thomas Tallis, titulado Spem in alium.

—Ha sido... impresionante.

—Siempre he querido follar al ritmo de esa pieza.

—¿No me digas que también ha sido la primera vez?

—En efecto, señorita Steele.

Vuelvo a gemir mientras sus dedos obran su magia en mis hombros.

—Bueno, también es la primera vez que yo follo con esa música —murmuro soñolienta.

—Mmm... tú y yo nos estamos estrenando juntos en muchas cosas —dice con total naturalidad.

—¿Qué te he dicho en sueños, Chris... eh... señor?

Interrumpe un momento el masaje.

—Me has dicho un montón de cosas, Anastasia. Me has hablado de jaulas y fresas, me has dicho que querías más y que me echabas de menos.

Ah, gracias a Dios.

—¿Y ya está? —pregunto con evidente alivio.

Christian concluye su espléndido masaje y se tumba a mi lado, hincando el codo en la cama para levantar la cabeza. Me mira ceñudo.

—¿Qué pensabas que habías dicho?

Oh, mierda.

—Que me parecías feo y arrogante, y que eras un desastre en la cama.

Frunce aún más la frente.

—Vale, está claro que todo eso es cierto, pero ahora me tienes intrigado de verdad. ¿Qué es lo que me ocultas, señorita Steele?

Parpadeo con aire inocente.

—No te oculto nada.

—Anastasia, mientes fatal.

—Pensaba que me ibas a hacer reír después del sexo.

—Pues por ahí vamos mal. —Esboza una sonrisa—. No sé contar chistes.

—¡Señor Grey! ¿Una cosa que no sabes hacer? —digo sonriendo, y él me sonrío también.

—Los cuento fatal.

Adopta un aire tan digno que me echo a reír.

—Yo también los cuento fatal.

—Me encanta oírte reír —murmura, se inclina y me besa—. ¿Me ocultas algo, Anastasia? Voy a tener que torturarte para sonsacártelo.

26

e despierto sobresaltada. Creo que acabo de rodar por las escaleras en sueños y me incorporo como un resorte, momentáneamente desorientada. Es de noche y

M estoy sola en la cama de Christian. Algo me ha despertado, algún pensamiento angustioso. Echo un vistazo al despertador que tiene en la mesita. Son las cinco

de la mañana, pero me siento descansada. ¿Por qué? Ah, será por la diferencia horaria; en Georgia serían las ocho. Madre mía, tengo que tomarme la píldora.

Salgo de la cama, agradecida de que algo me haya despertado. Oigo a lo lejos el piano. Christian está tocando. Eso no me lo pierdo. Me encanta verlo tocar.

Desnuda, cojo el albornoz de la silla y salgo despacio al pasillo mientras me lo pongo, escuchando el sonido mágico del lamento melodioso que proviene del salón.

En la estancia a oscuras, Christian toca, sentado en medio de una burbuja de luz que despide destellos cobrizos de su pelo. Parece que va desnudo, pero yo sé que

lleva los pantalones del pijama. Está concentrado, tocando maravillosamente, absorto en la melancolía de la música. Indecisa, lo observo entre las sombras; no

quiero interrumpirlo. Me gustaría abrazarlo. Parece perdido, incluso abatido, y tremendamente solo... o quizá sea la música, que rezuma tristeza. Termina la pieza,

hace una pausa de medio segundo y empieza a tocarla otra vez. Me acerco a él con cautela, como la polilla a la luz... la idea me hace sonreír. Alza la vista hacia mí

y frunce el ceño, antes de centrarse de nuevo en sus manos.

Mierda, ¿se habrá enfadado porque lo molesto?

—Deberías estar durmiendo —me reprende suavemente.

Sé que algo lo preocupa.

—Y tú —replico con menos suavidad.

Vuelve a alzar la vista, esbozando una sonrisa.

—¿Me está regañando, señorita Steele?

—Sí, señor Grey.

—No puedo dormir —me contesta ceñudo, y detecto de nuevo en su cara un asomo de irritación o de enfado.

¿Conmigo? Seguramente no.

Ignoro la expresión de su rostro y, armándome de valor, me siento a su lado en la banqueta del piano y apoyo la cabeza en su hombro desnudo para observar

cómo sus dedos ágiles y diestros acarician las teclas. Hace una pausa apenas perceptible y prosigue hasta el final de la pieza.

—¿Qué era lo que tocabas?

—Chopin. Op. 28. Preludio n.º 4 en mi menor, por si te interesa —murmura.

—Siempre me interesa lo que tú haces.

Se vuelve y me da un beso en el pelo.

—Siento haberte despertado.

—No has sido tú. Toca la otra.

—¿La otra?

—La pieza de Bach que tocaste la primera noche que me quedé aquí.

—Ah, la de Marcello.

Empieza a tocar lenta, pausadamente. Noto el movimiento de sus manos en el hombro en el que me apoyo, y cierro los ojos. Las notas tristes y conmovedoras

nos envuelven poco a poco y resuenan en las paredes. Es una pieza de asombrosa belleza, más triste aún que la de Chopin; me dejo llevar por la hermosura del

lamento. En cierta medida, refleja cómo me siento. El hondo y punzante anhelo que siento de conocer mejor a este hombre extraordinario, de intentar comprender su tristeza. La pieza termina demasiado pronto.

—¿Por qué solo tocas música triste?

Me incorporo en el asiento y lo veo encogerse de hombros, receloso, en respuesta a mi pregunta.

—¿Así que solo tenías seis años cuando empezaste a tocar? —inquiero.

Asiente con la cabeza, aún más receloso. Al poco, añade:

—Aprendí a tocar para complacer a mi nueva madre.

—¿Para encajar en la familia perfecta?

—Sí, algo así —contesta evasivo—. ¿Por qué estás despierta? ¿No necesitas recuperarte de los excesos de ayer?

—Para mí son las ocho de la mañana. Además, tengo que tomarme la píldora.

Arquea la ceja, sorprendido.

—Me alegro de que te acuerdes —murmura, y veo que lo he impresionado—. Solo a ti se te ocurre empezar a tomar una píldora de horario específico en una zona horaria distinta. Quizá deberías esperar media hora hoy y otra media hora mañana, hasta que al final terminaras tomándotela a una hora razonable.

—Buena idea —digo—. Vale, ¿y qué hacemos durante esa media hora?

Le guiño el ojo con expresión inocente.

—Se me ocurren unas cuantas cosas.

Sonríe lascivo. Yo lo miro impasible mientras mis entrañas se contraen y se derritan bajo su mirada de complicidad.

—Aunque también podríamos hablar —propongo a media voz.

Frunce el ceño.

—Prefiero lo que tengo en mente.

Me sube a su regazo.

—Tú siempre antepondrías el sexo a la conversación.

Río y me aferro a sus brazos.

—Cierto. Sobre todo contigo. —Inhala mi pelo y empieza a regarme de besos desde debajo de la oreja hasta el cuello—. Quizá encima del piano —susurra.

Madre mía. Se me tensa el cuerpo entero de pensarlo. Encima del piano. Uau.

—Quiero que me aclares una cosa —susurro mientras se me empieza a acelerar el pulso, y la diosa que llevo dentro cierra los ojos y saborea la caricia de sus labios en los míos.

Interrumpe momentáneamente su sensual asalto.

—Siempre tan ávida de información, señorita Steele. ¿Qué quieres que te aclare? —me dice soltando su aliento sobre la base del cuello, y sigue besándome con

suavidad.

—Lo nuestro —le susurro, y cierro los ojos.

—Mmm... ¿Qué pasa con lo nuestro?

Deja de regarme de besos el hombro.

—El contrato.

Levanta la cabeza para mirarme, con un brillo divertido en los ojos, y suspira. Me acaricia la mejilla con la yema de los dedos.

—Bueno, me parece que el contrato ha quedado obsoleto, ¿no crees? —dice con voz grave y ronca y una expresión tierna en la mirada.

—¿Obsoleto?

—Obsoleto.

Sonríe. Lo miro atónita, sin entender.

—Pero eras tú el interesado en que lo firmara.

—Eso era antes. Pero las normas no. Las normas siguen en pie.

Su gesto se endurece un poco.

—¿Antes? ¿Antes de qué?

—Antes... —Se interrumpe, y la expresión de recelo vuelve a su rostro—. Antes de que hubiera más.

Se encoge de hombros.

—Ah.

—Además, ya hemos estado en el cuarto de juegos dos veces, y no has salido corriendo espantada.

—¿Esperas que lo haga?

—Nada de lo que haces es lo que espero, Anastasia —dice con sequedad.

—A ver si lo he entendido: ¿quieres que me atenga a lo que son las normas del contrato en todo momento, pero que ignore el resto de lo estipulado?

—Salvo en el cuarto de juegos. Ahí quiero que te atengas al espíritu general del contrato, y sí, quiero que te atengas a las normas en todo momento. Así me aseguro de que estarás a salvo y podré tenerte siempre que lo desee.

—¿Y si incumplo alguna de las normas?

—Entonces te castigaré.

—Pero ¿no necesitarás mi permiso?

—Sí, claro.

—¿Y si me niego?

Me mira un instante, confundido.

—Si te niegas, te niegas. Tendré que encontrar una forma de convencerte.

Me aparto de él y me pongo de pie. Necesito un poco de distancia. Lo veo fruncir el ceño. Parece perplejo y receloso otra vez.

—Vamos, que lo del castigo se mantiene.

—Sí, pero solo si incumples las normas.

—Tendría que releérmelas —digo, intentando recordar los detalles.

—Voy a por ellas —dice, de pronto muy formal.

Uf. Qué serio se ha puesto esto. Se levanta del piano y se dirige con paso ágil a su despacho. Se me eriza el vello. Dios... necesito un té. Estamos hablando del

futuro de nuestra «relación» a las 5.45 de la mañana, cuando además a él le preocupa algo más... ¿es esto sensato? Me dirijo a la cocina, que aún está a oscuras.

¿Dónde está el interruptor? Lo encuentro, enciendo y lleno de agua la tetera. ¡La píldora! Hurgo en el bolso, que dejé sobre la barra del desayuno, y la encuentro enseguida. Me la trago y ya está. Cuando termino, Christian ha vuelto y está sentado en uno de los taburetes, mirándome fijamente.

—Aquí tienes.

Me pasa un folio mecanografiado y observo que ha tachado algunas cosas.

NORMAS

Obediencia:

La Sumisa obedecerá inmediatamente todas las instrucciones del Amo, sin dudar, sin reservas y de forma expeditiva. La Sumisa aceptará toda actividad sexual que el Amo considere

oportuna y placentera, excepto las actividades contempladas en los límites infranqueables (Apéndice 2). Lo hará con entusiasmo y sin dudar.

Sueño:

La Sumisa garantizará que duerme como mínimo ocho siete horas diarias cuando no esté con el Amo.

Comida:

Comida:

Para cuidar su salud y su bienestar, la Sumisa comerá frecuentemente los alimentos incluidos en una lista (Apéndice 4). La Sumisa no comerá entre horas, a excepción de fruta.

Ropa:

Mientras esté con el Amo, la Sumisa solo llevará ropa que este haya aprobado. El Amo ofrecerá a la Sumisa un

presupuesto para ropa, que la Sumisa debe utilizar. El Amo acompañará

a la Sumisa a comprar ropa cuando sea necesario.

Ejercicio:

El Amo proporcionará a la Sumisa un entrenador personal cuatro tres veces por semana, en sesiones de una hora, a horas convenidas por el entrenador personal y la Sumisa. El

entrenador personal informará al Amo de los avances de la Sumisa.

Higiene personal y belleza:

La Sumisa estará limpia y depilada en todo momento. La Sumisa irá a un salón de belleza elegido por el Amo cuando este lo decida y se someterá a cualquier tratamiento que el Amo considere oportuno.

Seguridad personal:

La Sumisa no beberá en exceso, ni fumará, ni tomará sustancias psicotrópicas, ni correrá riesgos innecesarios.

Cualidades personales:

La Sumisa solo mantendrá relaciones sexuales con el Amo. La Sumisa se comportará en todo momento con respeto y humildad. Debe comprender que su conducta influye directamente

en la del Amo. Será responsable de cualquier fechoría, maldad y mala conducta que lleve a cabo cuando el Amo no esté presente.

El incumplimiento de cualquiera de las normas anteriores será inmediatamente castigado, y el Amo determinará la naturaleza del castigo.

—¿Así que lo de la obediencia sigue en pie?

—Oh, sí.

Sonríe.

Muevo la cabeza divertida y, sin darme cuenta, pongo los ojos en blanco.

—¿Me acabas de poner los ojos en blanco, Anastasia? —dice.

Oh, mierda.

—Puede, depende de cómo te lo tomes.

—Como siempre —dice meneando la cabeza, con los ojos encendidos de emoción.

Trago saliva instintivamente y un escalofrío me recorre el cuerpo entero.

—Entonces...

Madre mía, ¿qué voy a hacer?

—¿Sí?

Se humedece el labio inferior.

—Quieres darme unos azotes.

—Sí. Y lo voy a hacer.

—¿Ah, sí, señor Grey? —lo desafío, devolviéndole la sonrisa.

Yo también sé jugar a esto.

—¿Me lo vas a impedir?

—Vas a tener que pillarme primero.

Me mira un poco asombrado, sonrío y se levanta despacio.

—¿Ah, sí, señorita Steele?

La barra del desayuno se interpone entre los dos. Nunca antes había agradecido tanto su existencia como en este momento.

—Además, te estás mordiendo el labio —añade, desplazándose despacio hacia su izquierda mientras yo me desplazo hacia la mía.

—No te atreverás —lo provoco—. A fin de cuentas, tú también pones los ojos en blanco —intento razonar con él.

Continúa desplazándose hacia su izquierda, igual que yo.

—Sí, pero con este jueguito acabas de subir el nivel de excitación.

Le arden los ojos y emana de él una impaciencia descontrolada.

—Soy bastante rápida, que lo sepas.

Trato de fingir indiferencia.

—Y yo.

Me está persiguiendo en su propia cocina.

—¿Vas a venir sin rechistar? —pregunta.

—¿Lo hago alguna vez?

—¿Qué quieres decir, señorita Steele? —Sonríe—. Si tengo que ir a por ti, va a ser peor.

—Eso será si me coges, Christian. Y ahora mismo no tengo intención de dejarme coger.

—Anastasia, te puedes caer y hacerte daño. Y eso sería una infracción directa de la norma siete, ahora la seis.

—Desde que te conocí, señor Grey, estoy en peligro permanente, con normas o sin ellas.

—Así es.

Hace una pausa y frunce el ceño.

De pronto, se abalanza sobre mí y yo chillo y salgo corriendo hacia la mesa del comedor. Logro escapar e interponer la mesa entre los dos. El corazón me va a

mil y la adrenalina me recorre el cuerpo entero. Uau, qué excitante. Vuelvo a ser una niña, aunque eso no esté bien. Lo observo con atención mientras se acerca

decidido a mí. Me aparto un poco.

—Desde luego, sabes cómo distraer a un hombre, Anastasia.

—Lo que sea por complacer, señor Grey. ¿De qué te distraigo?

—De la vida. Del universo —señala con un gesto vago.

—Parecías muy preocupado mientras tocabas.

Se detiene y se cruza de brazos, con expresión divertida.

—Podemos pasarnos así el día entero, nena, pero terminaré pillándote y, cuando lo haga, será peor para ti.

—No, ni hablar.

No debo confiarme demasiado, me repito a modo de mantra. Mi subconsciente se ha puesto las Nike y se ha colocado ya en los tacos de salida.

—Cualquiera diría que no quieres que te pille.

—No quiero. De eso se trata. Para mí lo del castigo es como para ti el que te toque.

Su actitud cambia por completo en un nanosegundo. Se acabó el Christian juguetero; me mira fijamente como si acabara de darle un bofetón. Se ha puesto blanco.

—¿Eso es lo que sientes? —susurra.

Esas cinco palabras y la forma en que las pronuncia me dicen muchísimo. De él y de cómo se siente. De sus temores y sus aversiones. Frunzo el ceño. No, yo no me siento tan mal. Para nada. ¿O sí?

—No. No me afecta tanto; es para que te hagas una idea —murmuro, mirándolo angustiada.

—Ah —dice.

Mierda. Lo veo total y absolutamente perdido, como si hubiera tirado de la alfombra bajo sus pies.

Respiro hondo, rodeo la mesa, me planto delante de él y lo miro a los ojos, ahora inquietos.

—¿Tanto lo odias? —dice, aterrado.

—Bueno... no —lo tranquilizo. Dios... ¿eso es lo que siente cuando lo tocan?—. No. No lo tengo muy claro. No es que me guste, pero tampoco lo odio.

—Pero anoche, en el cuarto de juegos, parecía...

—Lo hago por ti, Christian, porque tú lo necesitas. Yo no. Anoche no me hiciste daño. El contexto era muy distinto, y eso puedo racionalizarlo a nivel íntimo,

porque confío en ti. Sin embargo, cuando quieres castigarme, me preocupa que me hagas daño.

Los ojos se le oscurecen, como presos de una terrible tormenta interior. Pasa un rato antes de que responda a media voz:

—Yo quiero hacerte daño, pero no quiero provocarte un dolor que no seas capaz de soportar.

¡Dios!

—¿Por qué?

Se pasa la mano por el pelo y se encoge de hombros.

—Porque lo necesito. —Hace una pausa y me mira angustiada; luego cierra los ojos y niega con la cabeza—. No te lo puedo decir —susurra.

—¿No puedes o no quieres?

—No quiero.

—Entonces sabes por qué.

—Sí.

—Pero no me lo quieres decir.

—Si te lo digo, saldrás corriendo de aquí y no querrás volver nunca más. —Me mira con cautela—. No puedo correr ese riesgo, Anastasia.

—Quieres que me quede.

—Más de lo que puedas imaginar. No podría soportar perderte.

Oh, Dios.

Me mira y, de pronto, me estrecha en sus brazos y me besa apasionadamente. Me pilla completamente por sorpresa, y percibo en ese beso su pánico y su desesperación.

—No me dejes. Me dijiste en sueños que nunca me dejarías y me rogaste que nunca te dejara yo a ti —me susurra a los labios.

Vaya... mis confesiones nocturnas.

—No quiero irme.

Se me encoge el corazón, como si se volviera del revés.

Este hombre me necesita. Su temor es obvio y manifiesto, pero está perdido... en algún lugar en su oscuridad. Su mirada es la de un hombre asustado, triste y

torturado. Yo puedo aliviarlo, acompañarlo momentáneamente en su oscuridad y llevarlo hacia la luz.

—Enséñame —le susurro.

—¿El qué?

—Enséñame cuánto puede doler.

—¿Qué?

—Castígame. Quiero saber lo malo que puede llegar a ser.

Christian se aparta de mí, completamente confundido.

—¿Lo intentarías?

—Sí. Te dije que lo haría.

Pero mi motivo es otro. Si hago esto por él, quizá me deje tocarlo.

Me mira extrañado.

—Ana, me confundes.

—Ana, me confundes.

—Yo también estoy confundida. Intento entender todo esto. Así sabremos los dos, de una vez por todas, si puedo seguir con esto o no. Si yo puedo, quizá tú...

Mis propias palabras me traicionan y él me mira espantado. Sabe que me refiero a lo de tocarlo. Por un instante, parece consternado, pero entonces asoma a su rostro una expresión resuelta, frunce los ojos y me mira especulativo, como sopesando las alternativas.

De repente me agarra con fuerza por el brazo, da media vuelta, me saca del salón y me lleva arriba, al cuarto de juegos. Placer y dolor, premio y castigo... sus palabras de hace ya tanto tiempo resuenan en mi cabeza.

—Te voy a enseñar lo malo que puede llegar a ser y así te decides. —Se detiene junto a la puerta—. ¿Estás preparada para esto?

Asiento, decidida, y me siento algo mareada y débil al tiempo que palidezco.

Abre la puerta y, sin soltarme el brazo, coge lo que parece un cinturón del colgador de al lado de la puerta, antes de llevarme al banco de cuero rojo del fondo de la habitación.

—Inclínate sobre el banco —me susurra.

Vale. Puedo con esto. Me inclino sobre el cuero suave y mullido. Me ha dejado quedarme con el albornoz puesto. En algún rincón silencioso de mi cerebro,

estoy vagamente sorprendida de que no me lo haya hecho quitar. Maldita sea, esto me va a doler, lo sé.

—Estamos aquí porque tú has accedido, Anastasia. Además, has huido de mí. Te voy a pegar seis veces y tú vas a contarlas conmigo.

¿Por qué no lo hace ya de una vez? Siempre tiene que montar el numerito cuando me castiga. Pongo los ojos en blanco, consciente de que no me ve.

Levanta el bajo del albornoz y, no sé bien por qué, eso me resulta más íntimo que ir desnuda. Me acaricia el trasero suavemente, pasando la mano caliente por ambas nalgas hasta el principio de los muslos.

—Hago esto para que recuerdes que no debes huir de mí, y, por excitante que sea, no quiero que vuelvas a hacerlo nunca más —susurra.

Soy consciente de la paradoja. Yo corría para evitar esto. Si me hubiera abierto los brazos, habría corrido hacia él, no habría huido de él.

—Además, me has puesto los ojos en blanco. Sabes lo que pienso de eso.

De pronto ha desaparecido ese temor nervioso y crispado de su voz. Él ha vuelto de dondequiera que estuviese. Lo noto en su tono, en la forma en que me apoya

los dedos en la espalda, sujetándome, y la atmósfera de la habitación cambia por completo.

Cierro los ojos y me preparo para el golpe. Llego con fuerza, en todo el trasero, y la dentellada del

cinturón es tan terrible como temía. Grito sin querer y tomo

una bocanada enorme de aire.

—¡Cuenta, Anastasia! —me ordena.

—¡Uno! —le grito, y suena como un improperio.

Me vuelve a pegar y el dolor me resuena pulsátil por toda la marca del cinturón. Santo Dios... esto duele.

—¡Dos! —chillo.

Me hace bien chillar.

Su respiración es agitada y entrecortada, la mía es casi inexistente; busco desesperadamente en mi psique alguna fuerza interna. El cinturón se me clava de nuevo en la carne.

—¡Tres!

Se me saltan las lágrimas. Dios, esto es peor de lo que pensaba, mucho peor que los azotes. No se está cortando nada.

—¡Cuatro! —grito cuando el cinturón se me vuelve a clavar en las nalgas. Las lágrimas ya me corren por la cara. No quiero llorar. Me enfurece estar llorando.

Christian me vuelve a pegar.

—¡Cinco! —Mi voz es un sollozo ahogado, estrangulado, y en este momento creo que lo odio. Uno más, puedo aguantar uno más. Siento que el trasero me arde.

—¡Seis! —susurro cuando vuelvo a sentir ese dolor espantoso, y lo oigo soltar el cinturón a mi espalda, y me estrecha en sus brazos, sin aliento, todo

compasión... y yo no quiero saber nada de él—. Suéltame... no...

Intento zafarme de su abrazo, apartarme de él. Me revuelvo.

—¡No me toques! —le digo con furia contenida.

Me enderezo y lo miro fijamente, y él me observa espantado, aturdido, como si yo fuera a echar a correr. Me limpio rabiosa las lágrimas de los ojos con el dorso de las manos y le lanzo una mirada feroz.

—¿Esto es lo que te gusta de verdad? ¿Verme así?

Me restriego la nariz con la manga del albornoz.

Me observa desconcertado.

—Eres un maldito hijo de puta.

—Ana —me suplica, conmocionado.

—¡No hay «Ana» que valga! ¡Tienes que solucionar tus mierdas, Grey!

Dicho esto, doy media vuelta, salgo del cuarto de juegos y cierro la puerta despacio.

Agarrada al pomo, sin volverme, me recuesto un instante en la puerta. ¿Adónde voy? ¿Salgo corriendo? ¿Me quedo? Estoy furiosa, las lágrimas me corren por las mejillas y me las limpio con rabia. Solo quiero acurrucarme en algún sitio. Acurrucarme y recuperarme de algún modo. Sanar mi fe destrozada y hecha añicos.

¿Cómo he podido ser tan estúpida? Pues claro que duele.

Tímidamente, me toco el trasero. ¡Aaah! Duele. ¿Adónde voy? A su cuarto, no. A mi cuarto, o el que será mi cuarto... no, es mío... era mío. Por eso quería que tuviera uno. Sabía que iba a querer distanciarme de él.

Me encamino con paso rígido en esa dirección, consciente de que puede que Christian me siga. El dormitorio aún está a oscuras; el amanecer no es más que un

susurro en el horizonte. Me meto torpemente en la cama, procurando no apoyarme en el trasero sensible y dolorido. Me dejo el albornoz puesto, envolviéndome con fuerza en él, me acurruco y entonces me dejo ir... sollozando con fuerza contra la almohada.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué he dejado que me hiciera eso? Quería entrar en el lado oscuro para saber lo malo que podía llegar a ser, pero es demasiado oscuro para mí. Yo no puedo con esto. Pero es lo que él quiere; esto es lo que le excita de verdad.

Esto sí que es despertar a la realidad, y de qué manera... Lo cierto es que él me lo ha advertido una y otra vez. Christian no es normal. Tiene necesidades que yo

no puedo satisfacer. Me doy cuenta ahora. No quiero que vuelva a pegarme así nunca más. Pienso en el par de veces en que me ha golpeado y en lo suave que ha sido conmigo en comparación. ¿Le bastará con eso? Lloro aún más fuerte contra la almohada. Lo voy a perder. No querrá estar conmigo si no puedo darle esto.

¿Por qué, por qué, por qué he tenido que enamorarme de Cincuenta Sombras? ¿Por qué? ¿Por qué no puedo amar a José, o a Paul Clayton, o a alguien como yo?

Ay, lo alterado que estaba cuando me he ido. He sido muy cruel, la saña con que me ha pegado me ha dejado conmocionada... ¿me perdonará? ¿Lo perdonaré

yo? Mi cabeza es un auténtico caos confuso; los pensamientos resuenan y retumban en su interior. Mi subconsciente meneaba la cabeza con tristeza y la diosa que

llevo dentro ha desaparecido por completo. Qué día tan terrible y aciago para mi alma. Me siento tan sola. Necesito a mi madre. Recuerdo sus palabras de

despedida en el aeropuerto: «Haz caso a tu corazón, cariño, y, por favor, procura no darle demasiadas vueltas a las cosas. Relájate y disfruta. Eres muy joven, cielo.

Aún te queda mucha vida por delante, vívela. Te mereces lo mejor».

He hecho caso a mi corazón y ahora tengo el culo dolorido y el ánimo destrozado. Tengo que irme. Eso es... tengo que irme. Él no me conviene y yo no le

convengo a él. ¿Cómo vamos a conseguir que esto funcione? La idea de no volver a verlo casi me ahoga... mi Cincuenta Sombras.

Oigo abrirse la puerta. Oh, no... ya está aquí. Deja algo en la mesita y el colchón se hunde bajo su peso al meterse en la cama a mi espalda.

—Tranquila —me dice, y yo quiero apartarme de él, irme a la otra punta de la cama, pero estoy paralizada. No puedo moverme y me quedo quieta, rígida, sin

ceder en absoluto—. No me rechaces, Ana, por favor —me susurra.

Me abraza con ternura y, hundiendo la nariz en mi pelo, me besa el cuello.

—No me odies —me susurra, inmensamente triste.

Se me encoge el corazón otra vez y sucumbo a una nueva oleada de sollozos silenciosos. Él sigue besándome suavemente, con ternura, pero yo me mantengo distante y recelosa.

Pasamos una eternidad así tumbados, sin decir nada ni el uno ni el otro. Él se limita a abrazarme y yo, poco a poco, me relajo y dejo de llorar. Amanece y la luz

suave del alba se hace más intensa a medida que avanza el día, y nosotros seguimos tumbados, en silencio.

—Te he traído ibuprofeno y una pomada de árnica —dice al cabo de un buen rato.

Me vuelvo muy despacio en sus brazos para poder mirarlo. Tengo la cabeza apoyada en su brazo. Su mirada es dura y cautelosa.

Contemplo su hermoso rostro. No dice nada, pero me mira fijamente, sin pestañear apenas. Ay, es tan arrebatadoramente guapo. En tan poco tiempo, he llegado a

quererlo tanto. Alargo el brazo, le acaricio la mejilla y paseo la yema de los dedos por su barba de pocos días. Él cierra los ojos y suspira.

—Lo siento —le susurro.

Él abre los ojos y me mira atónito.

—¿El qué?

—Lo que he dicho.

—No me has dicho nada que no supiera ya. —Y el alivio suaviza su mirada—. Siento haberte hecho daño.

Me encojo de hombros.

—Te lo he pedido yo. —Y ahora lo sé. Trago saliva. Ahí va... Tengo que soltar mi parte—. No creo que pueda ser todo lo que quieres que sea —susurro.

Abre mucho los ojos, parpadea y vuelve a su rostro esa expresión de miedo.

—Ya eres todo lo que quiero que seas.

¿Qué?

—No lo entiendo. No soy obediente, y puedes estar seguro de que jamás volveré a dejarte hacerme eso. Y eso es lo que necesitas; me lo has dicho tú.

Cierra otra vez los ojos y veo que una miríada de emociones le cruza el rostro. Cuando los vuelve a abrir, su expresión es triste. Oh, no...

—Tienes razón. Debería dejarte ir. No te convengo.

Se me eriza el vello y todos los folículos pilosos de mi cuerpo entran en estado de alerta; el mundo se derrumba bajo mis pies y deja ante mí un inmenso abismo al

que precipitarme. Oh, no...

—No quiero irme —susurro.

Mierda... eso es. Dejarlo seguir.

Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—Yo tampoco quiero que te vayas —me dice con voz áspera. Alarga la mano y me limpia una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Desde que te conozco, me siento más vivo.

Recorre con el pulgar el contorno de mi labio inferior.

—Yo también —digo—. Me he enamorado de ti, Christian.

De nuevo abre mucho los ojos, pero esta vez es de puro e indecible miedo.

—No —susurra como si lo hubiera dejado de un golpe sin aliento.

Oh, no...

—No puedes quererme, Ana. No... es un error —dice horrorizado.

—¿Un error? ¿Qué error?

—Mírate. No puedo hacerte feliz.

Parece angustiado.

—Pero tú me haces feliz —contesto frunciendo el ceño.

—En este momento, no. No cuando haces lo que yo quiero que hagas.

—En este momento, no. No cuando haces lo que yo quiero que hagas.

Oh, Dios... Esto se acaba. A esto se reduce todo: incompatibilidad... y de pronto todas esas pobres sumisas me vienen a la cabeza.

—Nunca conseguiremos superar esto, ¿verdad? —le susurro, estremecida de miedo.

Menea la cabeza con tristeza. Cierro los ojos. No soporto mirarlo.

—Bueno, entonces más vale que me vaya — murmuro, haciendo una mueca de dolor al incorporarme.

—No, no te vayas —me pide aterrado.

—No tiene sentido que me quede.

De pronto me siento cansadísima, y quiero irme ya. Salgo de la cama y Christian me sigue.

—Voy a vestirme. Quisiera un poco de intimidad — digo con voz apagada y hueca mientras me marcho y lo dejo solo en el dormitorio.

Al bajar, echo un vistazo al salón y pienso que hace solo unas horas descansaba la cabeza en su hombro mientras tocaba el piano. Han pasado muchas cosas

desde entonces. He tenido los ojos bien abiertos y he podido vislumbrar la magnitud de su depravación, y ahora sé que no es capaz de amar, no es capaz de dar ni

recibir amor. El mayor de mis temores se ha hecho realidad. Y, por extraño que parezca, lo encuentro liberador.

El dolor es tan intenso que me niego a reconocerlo. Me siento entumecida. De algún modo he escapado de mi cuerpo y soy de pronto una observadora accidental de la tragedia que se está desencadenando. Me ducho rápida y metódicamente, pensando solo en el instante que viene a continuación. Ahora aprieta el frasco de gel.

Vuelve a dejar el frasco de gel en el estante. Frótate la cara, los hombros... y así sucesivamente, todas las acciones mecánicas simples que requieren pensamientos mecánicos simples.

Termino de ducharme y, como no me he lavado el pelo, me seco enseguida. Me visto en el baño, y saco los vaqueros y la camiseta de mi maleta pequeña. Los vaqueros me rozan el trasero, pero, la verdad, es un dolor que agradezco, porque me distrae de lo que le está pasando a mi corazón astillado y roto en mil pedazos.

Me agacho para cerrar la maleta y veo la bolsa con el regalo para Christian: una maqueta del planeador Blanik L23, para que la construya él. Me voy a echar a llorar otra vez. Ay, no... eran tiempos más felices, cuando aún cabía la esperanza de tener algo más. Saco el regalo de la maleta, consciente de que tengo que dárselo. Arranco una hoja de mi cuaderno, le escribo una nota rápida y se la dejo encima de la caja:

Esto me recordó un tiempo feliz.

Gracias.

Ana

Me miro en el espejo. Veo un fantasma pálido y angustiado. Me recojo el pelo en un moño sin hacer caso de lo hinchados que tengo los ojos de tanto llorar. Mi

subconsciente asiente con la cabeza en señal de aprobación. Hasta ella sabe que no es el momento de ponerse crítica. Me cuesta creer que mi mundo se esté derrumbando a mi alrededor, convertido en un montón de cenizas estériles, y que todas mis esperanzas hayan fracasado cruelmente. No, no, no lo pienses. Ahora

no, aún no. Inspiro hondo, cojo la maleta y, después de dejar la maqueta del planeador con mi nota encima de su almohada, me dirijo al salón.

Christian está hablando por teléfono. Viste vaqueros negros y una camiseta. Va descalzo.

—¿Que ha dicho qué? —grita, sobresaltándome—. Pues nos podía haber dicho la puta verdad. Dame su número de teléfono; necesito llamarlo... Welch, esto es una cagada monumental. —Alza la vista y no aparta su mirada oscura y pensativa de mí—. Encontradla —espeta, y cuelga.

Me acerco al sofá y cojo mi mochila, esforzándome por ignorarlo. Saco el Mac, vuelvo a la cocina y lo dejo con cuidado encima de la barra de desayuno, junto con la BlackBerry y las llaves del coche. Cuando me vuelvo me mira fijamente, con expresión atónita y horrorizada.

—Necesito el dinero que le dieron a Taylor por el Escarabajo —digo con voz clara y serena, desprovista de emoción... extraordinaria.

—Ana, yo no quiero esas cosas, son tuyas —dice en tono de incredulidad—. Llévatelas.

—No, Christian. Las acepté a regañadientes, y ya no las quiero.

—Ana, sé razonable —me reprende, incluso ahora.

—No quiero nada que me recuerde a ti. Solo necesito el dinero que le dieron a Taylor por mi coche —repito con voz monótona.

Se me queda mirando.

—¿Intentas hacerme daño de verdad?

—No. —Lo miro ceñuda. Claro que no....Yo te quiero—. No. Solo intento protegerme —susurro.

Porque tú no me quieres como te quiero yo.

—Ana, quédate esas cosas, por favor.

—Christian, no quiero discutir. Solo necesito el dinero.

Entorna los ojos, pero ya no me intimida. Bueno, solo un poco. Lo miro impasible, sin pestañear ni acobardarme.

—¿Te vale un cheque? —dice mordaz.

—Sí. Creo que podré fiarme.

Christian no sonrío, se limita a dar media vuelta y meterse en su estudio. Echo un último vistazo detenido al piso, a los cuadros de las paredes, todos abstractos,

serenos, modernos... fríos incluso. Muy propio, pienso distraída. Mis ojos se dirigen hacia el piano. Mierda... si hubiera cerrado la boca, habríamos hecho el amor

encima del piano. No, habríamos follado encima del piano. Bueno, yo habría hecho el amor. La idea se impone con tristeza en mi pensamiento y en lo que queda de

mi corazón. Él nunca me ha hecho el amor, ¿no? Para él siempre ha sido follar.

Vuelve y me entrega un sobre.

—Taylor consiguió un buen precio. Es un clásico. Se lo puedes preguntar a él. Te llevará a casa.

Señala con la cabeza por encima de mi hombro. Me vuelvo y veo a Taylor en el umbral de la puerta, trajeado e impecable como siempre.

—No hace falta. Puedo irme sola a casa, gracias.

Me vuelvo para mirar a Christian y veo en sus ojos la furia apenas contenida.

—¿Me vas a desafiar en todo?

—¿Por qué voy a cambiar mi manera de ser?

Me encojo levemente de hombros, como disculpándome.

Él cierra los ojos, frustrado, y se pasa la mano por el pelo.

—Por favor, Ana, deja que Taylor te lleve a casa.

—Iré a buscar el coche, señorita Steel —anuncia Taylor en tono autoritario.

Christian le hace un gesto con la cabeza, y cuando me giro hacia él, ya ha desaparecido.

Me vuelvo a mirar a Christian. Estamos a menos de metro y medio de distancia. Avanza e, instintivamente, yo retrocedo. Se detiene y la angustia de su expresión es palpable; los ojos le arden.

—No quiero que te vayas —murmura con voz anhelante.

—No puedo quedarme. Sé lo que quiero y tú no puedes dármelo, y yo tampoco puedo darte lo que tú quieres.

Da otro paso hacia delante y yo levanto las manos.

—No, por favor. —Me aparto de él. No pienso permitirle que me toque ahora, eso me mataría—. No puedo seguir con esto.

Cojo la maleta y la mochila y me dirijo al vestíbulo. Me sigue, manteniendo una distancia prudencial. Pulsa el botón de llamada del ascensor y se abre la puerta.

Entro.

—Adiós, Christian —murmuro.

—Adiós, Ana —dice a media voz, y su aspecto es el de un hombre completamente destrozado, un hombre inmensamente dolido, algo que refleja cómo me siento por dentro.

Aparto la mirada de él antes de que pueda cambiar de opinión e intente consolarlo.

Se cierran las puertas del ascensor, que me lleva hasta las entrañas del sótano y de mi propio infierno personal.

Taylor me sostiene la puerta y entro en la parte de atrás del coche. Evito el contacto visual. El bochorno y la vergüenza se apoderan de mí. Soy un fracaso total.

Confiaba en arrastrar a mi Cincuenta Sombras a la luz, pero la tarea ha resultado estar más allá de mis escasas habilidades. Intento con todas mis fuerzas mantener a

raya mis emociones. Mientras salimos a Fourth Avenue, miro sin ver por la ventanilla, y la enormidad de lo que acabo de hacer se abate poco a poco sobre mí.

Mierda... lo he dejado. Al único hombre al que he amado en mi vida. El único hombre con el que me he acostado. Un dolor desgarrador me parte en dos, gimo y revientan las compuertas. Las lágrimas empiezan a rodar inoportuna e involuntariamente por mis mejillas; me las seco precipitadamente con los dedos, mientras

hurgo en el bolso en busca de las gafas de sol. Cuando nos detenemos en un semáforo, Taylor me

tiende un pañuelo de tela. No dice nada, ni me mira, y yo lo

acepto agradecida.

—Gracias —musito, y ese pequeño acto de bondad es mi perdición.

Me recuesto en el lujoso asiento de cuero y lloro.

El apartamento está tristemente vacío y resulta poco acogedor. No he vivido en él lo suficiente para sentirme en casa. Voy directa a mi cuarto y allí, colgando

flácidamente del extremo de la cama, está el triste y desinflado globo con forma de helicóptero: Charlie Tango, con el mismo aspecto, por dentro y por fuera, que

yo. Lo arranco furiosa de la barra de la cama, tirando del cordel, y me abrazo a él. Ay... ¿qué he hecho?

Me dejo caer sobre la cama, con zapatos y todo, y lloro desconsoladamente. El dolor es indescriptible... físico y mental... metafísico... lo siento por todo mi ser y

me cala hasta la médula. Sufrimiento. Esto es sufrimiento. Y me lo he provocado yo misma. Desde lo más profundo me llega un pensamiento desagradable e

inesperado de la diosa que llevo dentro, que tuerce la boca con gesto despectivo: el dolor físico de las dentelladas del cinturón no es nada, nada, comparado con esta

devastación. Me acurruco, abrazándome con desesperación al globo casi desinflado y al pañuelo de Taylor, y me abandono al sufrimiento.

E.L. James ha desempeñado varios cargos ejecutivos en televisión. Está casada, tiene dos hijos y vive en Londres. De niña, soñaba con escribir historias que cautivaran a los lectores, pero postergó sus sueños para dedicarse a la familia y a su carrera. Finalmente reunió el coraje para escribir su primera novela, *Cincuenta*

sombras de Grey. Es también la autora de *Cincuenta sombras más oscuras* y *Cincuenta sombras liberadas*. Con motivo del fenómeno editorial que ha supuesto la trilogía «*Cincuenta sombras*», con gran repercusión en los medios y que ya ha vendido millones de ejemplares, la revista *Time* ha nombrado a E.L. James una de las

cien personas más influyentes del año. Los derechos de traducción se han vendido a cuarenta países, y Universal Pictures y Focus Features han comprado los derechos cinematográficos.

Título original: *Fifty Shades of Grey*

Edición en formato digital: junio de 2012

© 2011, Fifty Shades Ltd.

El autor publicó previamente una serie por entregas online de esta historia, con diferentes personajes y con el título *Master of the Universe*, bajo el seudónimo

Snowqueen's Icedragon

© 2012, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Pilar de la Peña Minguell y Helena Trías Bello, por la traducción

Diseño de la cubierta: © Jennifer McGuire

Ilustración de la cubierta: © Papuga2006 / Dreamstime.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por

cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del

copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-4919-5

Composición digital: Barcelona edicions digitals.

www.megustaleer.com

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una joint venture entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor

empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en

www.randomhousemondadori.com.

E.L. JAMES

CINCUENTA SOMBRAS

MÁS OSCURAS

Traducción de

Montse Roca

Índice

Cubierta

Cincuenta sombras más oscuras

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

Para Z. y J.

Tenéis mi amor incondicional, siempre

Agradecimientos

Siento que debo una gratitud inmensa a Sarah, Kay y Jada. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí.

MUCHÍSIMAS gracias también a Kathleen y Kristi, que trabajaron a destajo y pusieron el material en orden.

Gracias también a Niall, mi marido, mi amante y mi mejor amigo (casi siempre).

Y un gran y agradecido saludo a todas las mujeres maravillosas, maravillosas, de todo el mundo que he tenido el placer de conocer desde que empecé todo esto, y de quienes ahora me considero amiga, incluidas Ale, Alex, Amy, Andrea, Angela, Azucena, Babs, Bee, Belinda, Betsy, Brandy, Britt, Caroline, Catherine, Dawn, Gwen, Hannah, Janet, Jen, Jenn, Jill, Kathy, Katie, Kellie, Kelly, Liz, Mandy, Margaret, Natalia, Nicole, Nora, Olga, Pam, Pauline, Raina, Raizie, Rajka, Rhian, Ruth, Steph, Susi, Tasha, Taylor y Una. Y también a tantas y tantas mujeres (y hombres) con talento, divertidas y afectuosas que he conocido en la red. Vosotras ya sabéis de quiénes hablo.

Gracias a Morgan y a Jenn por todo lo referido a Heathman.

Y finalmente, gracias a ti, Janine, mi editora. Molas un montón. Eso es todo.

Prólogo

Él ha vuelto. Mamá está dormida o vuelve a estar enferma.

Yo me escondo y me acurruco debajo de la mesa de la cocina. Veo a mamá a través de mis dedos. Está dormida en el sofá. Su mano cae sobre la alfombra verde y pegajosa, y él lleva sus botas grandes con la hebilla brillante y está de pie junto a mamá, gritando.

Pega a mamá con un cinturón. «¡Levanta! ¡Levanta! Eres una jodida puta. Eres una jodida puta. Eres una jodida puta. Eres una jodida puta. Eres una jodida puta.»

Mamá hace un ruido, como si sollozara. «Para. Por favor, para.» Mamá no grita. Mamá se acurruca más.

Yo tengo los dedos metidos en las orejas, y cierro los ojos. El ruido cesa.

Él se da la vuelta y veo sus botas cuando irrumpe en la cocina.

Todavía lleva el cinturón. Intenta encontrarme.

Se agacha y sonrío. Huele mal. A cigarrillos y alcohol. «Aquí estás, mierdecilla.»

Un gemido escalofriante le despierta. ¡Dios! Está empapado en sudor y su corazón late desaforadamente. ¿Qué coño? Se sienta de un salto en la cama y se coge la cabeza con ambas manos. Dios... Han vuelto. El ruido era yo. Respira profunda y acompasadamente, para

despejarse la mente y las fosas nasales del olor a bourbon barato y a cigarrillos Camel rancios.

He sobrevivido al tercer día post-Christian, y a mi primer día en el trabajo. Me ha ido bien distraerme. El tiempo ha pasado volando entre una nebulosa de caras nuevas, trabajo por hacer y el señor Jack Hyde. El señor Jack Hyde... se apoya en mi mesa, y sus ojos azules brillan cuando baja la mirada y me sonrío.

—Un trabajo excelente, Ana. Me parece que formaremos un gran equipo.

Yo tuerzo los labios hacia arriba y consigo algo parecido a una sonrisa.

—Yo ya me voy, si te parece bien —murmuro.

—Claro, son las cinco y media. Nos veremos mañana.

—Buenas tardes, Jack.

—Buenas tardes, Ana.

Recojo mi bolso, me pongo la chaqueta y me dirijo a la puerta. Una vez en la calle, aspiro profundamente el aire de Seattle a primera hora de la tarde. Eso no basta para llenar el vacío de mi pecho, un vacío que siento desde el sábado por la mañana, una grieta desgarradora que me recuerda lo que he perdido. Camino hacia la parada del autobús con la cabeza gacha, mirándome los pies y pensando cómo será estar sin mi querido Wanda, mi viejo Escarabajo... o sin el Audi.

Descarto inmediatamente esa posibilidad. No. No pienso en él. Naturalmente que puedo permitirme un

coche; un coche nuevo y bonito. Sospecho que él ha sido muy generoso con el pago, y eso me deja un sabor amargo en la boca, pero aparto esa idea e intento mantener la mente en blanco y tan aturdida como sea posible. No puedo pensar en él. No quiero empezar a llorar otra vez... en plena calle, no.

El apartamento está vacío. Echo de menos a Kate, y la imagino tumbada en una playa de Barbados bebiendo sorbitos de un combinado frío. Enciendo la pantalla plana del televisor para que el ruido llene el vacío y dé cierta sensación de compañía, pero ni la escucho ni la miro. Me siento y observo fijamente la pared de ladrillo. Estoy entumecida. Solo siento dolor. ¿Cuánto tendré que soportar esto?

El timbre de la puerta me saca de golpe de mi abatimiento y siento un brinco en el corazón. ¿Quién puede ser? Pulso el interfono.

—Un paquete para la señorita Steele —contesta una voz monótona e impersonal, y la decepción me parte en dos.

Bajo las escaleras, indiferente, y me encuentro con un chico apoyado en la puerta principal que masca chicle de forma ruidosa y lleva una gran caja de cartón. Firmo la entrega del paquete y me lo llevo arriba. Es una caja enorme y, curiosamente, liviana. Dentro hay dos docenas de rosas de tallo largo y una tarjeta.

Felicidades por tu primer día en el trabajo.

Espero que haya ido bien.

Y gracias por el planeador. Has sido muy amable.

Ocupa un lugar preferente en mi mesa.

Christian

Me quedo mirando la tarjeta impresa, la grieta de mi pecho se ensancha. Sin duda, esto lo ha enviado su asistente. Probablemente Christian ha tenido muy poco que ver. Me duele demasiado pensar eso. Observo las rosas: son preciosas, y no soy capaz de tirarlas a la basura. Voy hacia la cocina, diligente, a buscar un jarrón.

Y así se establece un patrón: despertar, trabajar, llorar, dormir. Bueno, tratar de dormir. No consigo huir de él ni en sueños. Sus ardientes ojos grises, su mirada perdida, su cabello castaño y brillante, todo me persigue. Y la música... tanta música... no soporto oír ningún tipo de música. Procuro evitarla a toda costa. Incluso las melodías de los anuncios me hacen temblar.

No he hablado con nadie, ni siquiera con mi madre, ni con Ray. Ahora mismo soy incapaz de tener una conversación banal. No, no quiero nada de eso. Me he convertido en mi propia isla independiente. Una tierra saqueada y devastada por la guerra, donde no crece nada y cuyo porvenir es inhóspito. Sí, esa soy yo. Puedo interactuar de forma impersonal en el trabajo, pero nada más. Si hablo con mamá, sé que acabaré más destrozada aún... y ya no me queda nada por destrozarse.

Me cuesta comer. El miércoles a la hora del almuerzo conseguí comerme una taza de yogur, y era lo primero que había comido desde el viernes. Estoy sobreviviendo gracias a una recién descubierta tolerancia a base de cafés con leche y Coca-Cola light. Lo que me mantiene en marcha es la cafeína, pero me provoca ansiedad.

Jack ha empezado a estar muy encima de mí, me molesta, me hace preguntas personales. ¿Qué quiere? Yo me muestro educada, pero he de mantenerle a distancia.

Me siento y reviso un montón de correspondencia dirigida a él, y me gusta distraerme con esa tarea insignificante. Suena un aviso de correo electrónico y rápidamente compruebo de quién es.

Santo cielo. Un correo de Christian. Oh, no, aquí no... en el trabajo no.

De: Christian Grey

Fecha: 8 de junio de 2011 14:05

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mañana

Querida Anastasia:

Perdona esta intromisión en el trabajo. Espero que esté yendo bien. ¿Recibiste mis flores?

Me he dado cuenta de que mañana es la inauguración de la exposición de tu amigo en la galería, y estoy seguro de que no has tenido tiempo de comprarte un coche, y eso está lejos. Me encantaría acompañarte... si te apetece.

Házmelo saber.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Dejo mi mesa a toda prisa, corro al lavabo y me escondo en uno de los compartimentos. La exposición de José. Maldita sea. La había olvidado por completo y le prometí que iría. Oh, no, Christian tiene razón, ¿cómo voy a ir hasta allí?

Me aprieto las sienes. ¿Por qué no me ha telefoneado José? Ahora que lo pienso... ¿por qué no ha telefoneado nadie? He estado tan absorta que no me he dado cuenta de que mi móvil no sonaba.

¡Maldita sea! ¡Soy una idiota! Aún está desviado a la BlackBerry. Dios santo. Christian ha estado recibiendo mis llamadas; a menos que haya tirado la BlackBerry. ¿Cómo ha conseguido mi dirección electrónica?

Sabe qué número calzo; no creo que una dirección de correo electrónico le suponga un gran problema.

¿Puedo volver a verle? ¿Puedo soportarlo? ¿Quiero verle? Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, mientras la tristeza y la añoranza destrozan mis entrañas. Claro que sí.

Quizá, quizá puedo decirle que he cambiado de idea... No, no, no. No puedo estar con alguien que siente placer haciéndome daño, alguien que no puede quererme.

Fogonazos de recuerdos torturan mi mente: el planeador, cogerse las manos, besarse, la bañera, su

delicadeza, su humor, y su mirada sexy, oscura, pensativa. Le echo de menos. Hace cinco días, cinco días de agonía que me han parecido eternos.

Por las noches lloro hasta quedarme dormida, deseando no haberme marchado, deseando que él fuera diferente, deseando que estuviéramos juntos. ¿Cuánto durará este sentimiento horrible y abrumador? Vivo un calvario.

Me rodeo el cuerpo con los brazos, me abrazo fuerte, me sostengo a mí misma. Le echo de menos. Realmente le echo de menos... le quiero. Sencillamente.

¡Anastasia Steele, estás en el trabajo! He de ser fuerte, pero quiero ir a la exposición de José y, en el fondo, mi lado masoquista quiere ver a Christian. Inspiro profundamente y vuelvo a mi mesa.

De: Anastasia Steele

Fecha: 8 de junio de 2011 14:25

Para: Christian Grey

Asunto: Mañana

Hola, Christian:

Gracias por las flores; son preciosas.

Sí, te agradecería que me acompañaras.

Gracias.

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

Reviso mi móvil y veo que las llamadas siguen desviadas a la BlackBerry. Jack está en una reunión, así que llamo rápidamente a José.

—Hola, José, soy Ana.

—Hola, desaparecida.

Su tono es tan cariñoso y agradable que casi basta con eso para provocarme otra crisis.

—No puedo hablar mucho. ¿A qué hora he de estar mañana en tu exposición?

—Pero ¿vendrás?

Parece emocionado.

—Sí, claro.

Al imaginar su gesto de satisfacción, sonrío sinceramente por primera vez en cinco días.

—A las siete y media.

—Pues nos vemos allí. Adiós, José.

—Adiós, Ana.

De: Christian Grey

Fecha: 8 de junio de 2011 14:27

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mañana

Querida Anastasia:

¿A qué hora paso a recogerte?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 8 de junio de 2011 14:32

Para: Christian Grey

Asunto: Mañana

La exposición de José se inaugura a las 19.30. ¿A qué hora te parece bien?

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 8 de junio de 2011 14:34

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mañana

Querida Anastasia:

Portland está bastante lejos. Debería recogerte a las 17.45.

Tengo muchas ganas de verte.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 8 de junio de 2011 14:38

Para: Christian Grey

Asunto: Mañana

Hasta entonces, pues.

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

Oh, Dios. Voy a ver a Christian, y por primera vez en cinco días, mi estado de ánimo mejora un ápice y me atrevo a preguntarme cómo habrá estado él.

¿Me ha echado de menos? Seguramente no como yo a él. ¿Ha encontrado a una nueva sumisa de dondequiera que las saque? Esa idea me hace tanto daño que la desecho inmediatamente. Miro el montón de correspondencia que he de clasificar para Jack, y me pongo a ello, mientras lucho por expulsar a Christian fuera de mi mente una vez más.

Por la noche doy vueltas y vueltas en la cama intentando dormir. Es la primera vez en varios días que no he llorado hasta quedarme dormida.

Visualizo mentalmente la cara de Christian la última vez que le vi, cuando me marché de su apartamento. Su expresión torturada me persigue. Recuerdo que él no quería que me fuera, lo cual me resultó muy extraño. ¿Por qué iba a quedarme si las cosas habían llegado a un punto muerto? Los dos evitábamos nuestros propios conflictos: mi miedo al castigo, su miedo a... ¿qué? ¿Al amor?

Me doy la vuelta, me invade una tristeza insoportable, y me abrazo a la almohada. Él no merece que le quieran. ¿Por qué se siente así? ¿Tiene algo que ver con su infancia? ¿Con su madre biológica, la puta adicta al crack? Esos pensamientos me acechan hasta la madrugada, cuando finalmente caigo agotada en un sueño convulso.

El día pasa muy, muy despacio, y Jack se muestra inusualmente atento. Sospecho que es por el vestido morado y las botas negras de tacón alto que le he robado del armario a Kate, pero trato de no pensar demasiado en eso. Decido ir a comprarme ropa con mi primera paga. El vestido me queda más holgado de lo debido, pero finjo que no me doy cuenta.

Por fin son las cinco y media, recojo mi chaqueta y mi bolso, e intento mantener la calma. ¡Voy a verle!

—¿Sales con alguien esta noche? —pregunta Jack cuando pasa junto a mi mesa al salir.

—Sí. No. La verdad es que no.

Arquea una ceja y me mira, claramente intrigado.

—¿Un novio?

Me ruborizo.

—No, un amigo. Un ex novio.

—A lo mejor mañana te apetece ir a tomar una copa después del trabajo. Has tenido una primera semana magnífica, Ana. Deberíamos celebrarlo.

Sonríe, y en su cara aparece una emoción desconocida que me incomoda.

Se mete las manos en los bolsillos y sale tranquilamente por la puerta. Veo su espalda que se aleja y frunzo el ceño. ¿Tomar copas con el jefe es buena idea?

Meneo la cabeza. Primero he de enfrentarme a una noche con Christian Grey. ¿Cómo voy a hacerlo? Corro al lavabo a darme los últimos toques.

Me examino la cara con severidad en el enorme espejo de la pared durante un buen rato. Estoy pálida

como siempre, con unos círculos negros alrededor de los ojos demasiado grandes. Se me ve demacrada, angustiada. Ojalá supiera maquillarme. Me pongo un poco de rímel y lápiz de ojos y me pellizco las mejillas, confiando en que cojan un poco de color. Me arreglo el pelo para que me caiga con naturalidad por la espalda, e inspiro profundamente. Tendrá que bastar con eso.

Cruzo nerviosa el vestíbulo y, al pasar por recepción, saludo con una sonrisa a Claire. Creo que ella y yo podríamos ser amigas. Jack está hablando con Elizabeth mientras yo voy hacia la puerta, y él corre a abrírmela con una sonrisa enorme.

—Pasa, Ana —murmura.

—Gracias —sonrío, avergonzada.

Fuera, junto al bordillo, Taylor espera. Abre la puerta de atrás del coche. Vacilante, me giro para mirar de reojo a Jack, que ha salido detrás de mí. Está contemplando el Audi SUV, consternado.

Me giro de nuevo, me encamino hacia el coche y subo detrás, y allí está él sentado —Christian Grey—, con su traje gris, sin corbata y el cuello de la camisa blanca desabrochado. Sus ojos grises brillan.

Se me seca la boca. Está soberbio, pero me mira con mala cara. ¿Por qué?

—¿Cuánto hace que no has comido? —me suelta en cuanto entro y Taylor cierra la puerta.

Maldita sea.

—Hola, Christian. Yo también me alegro de verte.

—No estoy de humor para aguantar tu lengua viperina. Contéstame.

Sus ojos centellean.

Por Dios...

—Mmm... He comido un yogur al mediodía. Ah... y un plátano.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste de verdad? —pregunta, mordaz.

Taylor ocupa discretamente su puesto al volante, pone en marcha el coche y se incorpora al tráfico.

Yo levanto la vista y Jack me hace un gesto, aunque no sé qué ve a través del cristal oscuro. Le devuelvo el saludo.

—¿Quién es ese? —suelta Christian.

—Mi jefe.

Miro a hurtadillas al guapísimo hombre que tengo al lado y que contrae los labios con firmeza.

—¿Bueno? ¿Tu última comida?

—Christian, la verdad es que eso no es asunto tuyo —murmuro, sintiéndome extraordinariamente valiente.

—Todo lo que haces es asunto mío. Dime.

No, no lo es. Yo gruño fastidiada, pongo los ojos en blanco, y Christian entorna la mirada. Y por primera vez en mucho tiempo tengo ganas de reír. Intento reprimir esa risita que amenaza con escaparse. Christian suaviza el gesto mientras yo me esfuerzo en poner cara seria, y veo que la sombra de una sonrisa aflora a sus maravillosos labios perfilados.

—¿Bien? —pregunta en un tono más conciliador.

—Pasta *alla vongole*, el viernes pasado —susurro.

Él cierra los ojos, y la ira, y posiblemente el pesar, barren su rostro.

—Ya —dice con una voz totalmente inexpresiva—. Diría que desde entonces has perdido cinco kilos,

seguramente más. Por favor, come, Anastasia —me reprende.

Yo bajo la vista hacia los dedos, que mantengo unidos en el regazo. ¿Por qué siempre hace que me sienta como una niña descarriada?

Se gira hacia mí.

—¿Cómo estás? —pregunta, todavía con voz suave.

Pues, la verdad, estoy destrozada...Trago saliva.

—Si te dijera que estoy bien, te mentiría.

Él inspira intensamente.

—Yo estoy igual —musita, se inclina hacia mí y me coge la mano—. Te echo de menos —añade.

Oh, no. Piel con piel.

—Christian, yo...

—Ana, por favor. Tenemos que hablar.

Voy a llorar. No.

—Christian, yo... por favor... he llorado mucho —añado, intentando controlar mis emociones.

—Oh, cariño, no. —Tira de mi mano y sin darme cuenta estoy sobre su regazo. Me ha rodeado con sus brazos y ha hundido la nariz en mi pelo—. Te he echado tanto de menos, Anastasia —susurra.

Yo quiero zafarme de él, mantener cierta distancia, pero me envuelve con sus brazos. Me aprieta contra su pecho. Me derrito. Oh, aquí es donde quiero estar.

Apoyo la cabeza en él y me besa el pelo repetidas veces. Este es mi hogar. Huele a lino, a suavizante, a gel, y a mi aroma favorito... Christian. Durante un segundo me permito fantasear con que todo irá bien, y eso apacigua mi alma inquieta.

Unos minutos después, Taylor aparca junto a la acera, aunque todavía no hemos salido de la ciudad.

—Ven —Christian me aparta de su regazo—, hemos llegado.

¿Qué?

—Al helipuerto... en lo alto de este edificio.

Christian mira hacia la alta torre a modo de explicación.

Claro. El *Charlie Tango*. Taylor abre la puerta y salgo. Me dedica una sonrisa afectuosa y paternal que hace que me sienta segura. Yo le sonrío a mi vez.

—Debería devolverte el pañuelo.

—Quédeselo, señorita Steele, con mis mejores deseos.

Me ruborizo mientras Christian rodea el coche y me coge de la mano. Intrigado, mira a Taylor, que le devuelve una mirada impasible que no trasluce nada.

—¿A las nueve? —le dice Christian.

—Sí, señor.

Christian asiente, se da la vuelta y me conduce a través de la puerta doble al majestuoso vestíbulo. Yo me deleito con el tacto de su mano ancha y sus dedos largos y hábiles, curvados sobre los míos. Noto ese tirón familiar... me siento atraída, como Ícaro hacia su sol. Yo ya me he quemado, y sin embargo aquí estoy otra vez.

Al llegar al ascensor, él pulsa el botón de llamada. Yo le observo a hurtadillas y él exhibe su enigmática media sonrisa. Cuando se abren las puertas, me suelta la mano y me hace pasar.

Las puertas se cierran y me atrevo a mirarle otra vez. Él baja los ojos hacia mí, esos vívidos ojos grises, y ahí está, esa electricidad en el aire que nos rodea.

Palpable. Casi puedo saborear cómo late entre nosotros y nos atrae mutuamente.

—Oh, Dios —jadeo, y disfruto un segundo de la intensidad de esta atracción primitiva y visceral.

—Yo también lo noto —dice con ojos intensos y turbios.

Un deseo oscuro y letal inunda mi entrepierna. Él me sujeta la mano y me acaricia los nudillos con el pulgar, y todos los músculos de mis entrañas se tensan deliciosa e intensamente.

¿Cómo puede seguir provocándome esto?

—Por favor, no te muerdas el labio, Anastasia —susurra.

Levanto la mirada hacia él y me suelto el labio. Le deseo. Aquí, ahora, en el ascensor. ¿Cómo iba a ser de otro modo?

—Ya sabes qué efecto tiene eso en mí —murmura.

Oh, todavía ejerzo efecto sobre él. La diosa que llevo dentro despierta de sus cinco días de enfurruñamiento.

De golpe se abren las puertas, se rompe el hechizo y estamos en la azotea. Hace viento y, a pesar de la chaqueta negra, tengo frío. Christian me rodea con el brazo, me atrae hacia él y vamos a toda prisa hasta el centro del helipuerto, donde está el *Charlie Tango* con sus hélices girando despacio.

Un hombre alto y rubio, de mandíbula cuadrada y con traje oscuro, baja de un salto, se agacha y corre hacia nosotros. Le estrecha la mano a Christian y grita por encima del ruido de las hélices.

—Listo para despegar, señor. ¡Todo suyo!

—¿Lo has revisado todo?

—Sí, señor.

—¿Lo recogerás hacia las ocho y media?

—Sí, señor.

—Taylor te espera en la entrada.

—Gracias, señor Grey. Que tenga un vuelo agradable hasta Portland. Señora —me saluda.

Christian asiente sin soltarme, se agacha y me lleva hasta la puerta del helicóptero.

Una vez dentro me abrocha fuerte el arnés, y tensa las correas. Me dedica una mirada de complicidad y esa sonrisa secreta suya.

—Esto debería impedir que te muevas del sitio —murmura—. Debo decir que me gusta cómo te queda el arnés. No toques nada.

Yo me pongo muy colorada, y él desliza el dedo índice por mi mejilla antes de pasarme los cascos. A mí también me gustaría tocarte, pero no me dejarás. Frunzo el ceño. Además, ha apretado tanto las correas que apenas puedo moverme.

Ocupa su asiento y se ata también, luego empieza a hacer todas las comprobaciones previas al despegue. Es tan competente... Resulta muy seductor. Se pone los cascos, gira un mando y las hélices cogen velocidad, ensordeciéndome.

Se vuelve hacia mí y me mira.

—¿Lista, cariño?

Su voz resuena a través de los cascos.

—Sí.

Esboza esa sonrisa juvenil... que llevo tanto tiempo sin ver.

—Torre de Sea-Tac, aquí *Charlie Tango* Golf... Golf Echo Hotel, listo para despegar hacia Portland vía PDX. Solicito confirmación, corto.

La voz impersonal del controlador aéreo contesta con las instrucciones.

—Roger, torre, *Charlie Tango* preparado.

Christian gira dos mandos, sujeta la palanca, y el helicóptero se eleva suave y lentamente hacia el cielo crepuscular.

Seattle y mi estómago quedan allá abajo, y hay tanto que ver...

—Nosotros ya hemos perseguido el amanecer, Anastasia, ahora el anochecer.

Su voz me llega a través de los cascos. Me giro para mirarle, boquiabierta.

¿Qué significa eso? ¿Cómo es capaz de decir cosas tan románticas? Sonríe, y no puedo evitar corresponderle con timidez.

—Esta vez se ven más cosas aparte de la puesta de sol —dice.

La última vez que volamos a Seattle era de noche, pero la vista de este atardecer es espectacular, de otro mundo, literalmente. Sobrevolamos los edificios más altos, y subimos más y más.

—El Escala está por ahí. —Señala hacia el edificio—. Boeing allá, y ahora verás la Aguja Espacial.

Estiro el cuello.

—Nunca he estado allí.

—Yo te llevaré... podemos ir a comer.

—Christian, lo hemos dejado.

—Ya lo sé. Pero de todos modos puedo llevarte allí y alimentarte.

Me mira fijamente.

Yo muevo la cabeza, enrojezco, y opto por una actitud algo menos beligerante.

—Esto de aquí arriba es precioso, gracias.

—Es impresionante, ¿verdad?

—Es impresionante que puedas hacer esto.

—¿Un halago de su parte, señorita Steele? Es que soy un hombre con muy diversos talentos.

—Soy muy consciente de ello, señor Grey.

Se vuelve y sonrío satisfecho, y por primera vez en cinco días me tranquilizo un poco. A lo mejor esto no estará tan mal.

—¿Qué tal el nuevo trabajo?

—Bien, gracias. Interesante.

—¿Cómo es tu jefe?

—Ah, está bien.

¿Cómo voy a decirle a Christian que Jack me incomoda? Se gira hacia mí y se me queda mirando.

—¿Qué pasa?

—Aparte de lo obvio, nada.

—¿Lo obvio?

—Ay, Christian, la verdad es que a veces eres realmente obtuso.

—¿Obtuso? ¿Yo? Tengo la impresión de que no me gusta ese tono, señorita Steele.

—Vale, pues entonces olvídalo.

Tuerce los labios a modo de sonrisa.

—He echado de menos esa lengua viperina.

Ahogo un jadeo y quiero chillar: ¡Yo he echado de menos... todo lo tuyo, no solo tu lengua! Pero me quedo callada, y miro a través de la pecera de vidrio que es el parabrisas del *Charlie Tango*, mientras seguimos

hacia el sur. A nuestra derecha se ve el crepúsculo y el sol que se hunde en el horizonte —una naranja enorme, resplandeciente y abrasadora—, y es evidente que yo, Ícaro otra vez, vuelo demasiado cerca.

El crepúsculo nos ha seguido desde Seattle, y el cielo está repleto de ópalos, rosas y aguamarinas perfectamente mezclados, como solo sabe hacerlo la madre naturaleza. La tarde es clara y fría, y las luces de Portland centellean y parpadean para darnos la bienvenida cuando Christian aterriza en el helipuerto. Estamos en lo alto de ese extraño edificio de Portland de ladrillo marrón del que partimos por primera vez hace menos de tres semanas.

La verdad es que hace muy poco. Sin embargo, siento que conozco a Christian de toda la vida. Él maniobra para detener el *Charlie Tango*, y finalmente las hélices se paran, y lo único que oigo por los auriculares es mi propia respiración. Mmm. Esto me recuerda por un momento la experiencia Thomas Tallis. Palidezco. Ahora mismo no tengo ningunas ganas de pensar en eso.

Christian se desata el arnés y se inclina para desabrocharme el mío.

—¿Ha tenido buen viaje, señorita Steele? —pregunta con voz amable y un brillo en sus ojos grises.

—Sí, gracias, señor Grey —contesto, educada.

—Bueno, vayamos a ver las fotos del chico.

Tiende la mano, coge la mía y bajo del *Charlie Tango*.

Un hombre de pelo canoso con barba se acerca para recibirnos con una enorme sonrisa. Le reconozco:

es el mismo anciano de la última vez que estuvimos aquí.

—Joe.

Christian sonrío y me suelta la mano para estrechar la del hombre con afecto.

—Vigíalo para Stephan. Llegará hacia las ocho o las nueve.

—Eso haré, señor Grey. Señora —dice, y me hace un gesto con la cabeza—. El coche espera abajo, señor. Ah, y el ascensor está estropeado, tendrán que bajar por las escaleras.

—Gracias, Joe.

Christian me coge de la mano, y vamos hacia las escaleras de emergencia.

—Con esos tacones tienes suerte de que solo haya tres pisos —masculla con tono de reproche.

No me digas.

—¿No te gustan las botas?

—Me gustan mucho, Anastasia. —Se le enturbia la mirada y creo que va a añadir algo, pero se calla—. Ven. Iremos despacio. No quiero que te caigas y te rompas la crisma.

Permanecemos sentados en silencio mientras nuestro chófer nos conduce a la galería. Mi ansiedad ha vuelto en plena forma, y me doy cuenta de que el rato que hemos pasado en el *Charlie Tango* ha sido la calma que precede a la tormenta. Christian está callado y pensativo... inquieto incluso; la atmósfera relajada que había entre ambos ha desaparecido. Hay tantas cosas que quiero decir, pero el trayecto es demasiado corto. Christian mira meditabundo por la ventanilla.

—José es solo un amigo —murmuro.

Christian se gira y me mira, pero sus ojos oscuros y cautelosos no dejan entrever nada. Su boca... ay, su boca es provocativa y perturbadora. La recuerdo sobre mí... por todas partes. Me arde la piel. Él se revuelve en el asiento y frunce el ceño.

—Tienes unos ojos preciosos, que ahora parecen demasiado grandes para tu cara, Anastasia. Por favor, dime que comerás.

—Sí, Christian, comeré —contesto de forma automática y displicente.

—Lo digo en serio.

—¿Ah, sí?

No puedo reprimir el tono desdeñoso. Sinceramente, qué cínico es este hombre... este hombre que me ha hecho pasar un calvario estos últimos días. No, eso no es verdad, yo misma me he sometido al calvario. No. Ha sido él. Muevo la cabeza, confusa.

—No quiero pelearme contigo, Anastasia. Quiero que vuelvas, y te quiero sana —dice en voz baja.

—Pero no ha cambiado nada.

Tú sigues siendo Cincuenta Sombras.

—Hablabamos a la vuelta. Ya hemos llegado.

El coche aparca frente a la galería, y Christian baja y me deja con la palabra en la boca. Me abre la puerta del coche y salgo.

—¿Por qué haces eso? —digo, en voz más alta de lo que pretendía.

—¿Hacer qué? —replica sorprendido.

—Decir algo como eso y luego callarte.

—Anastasia, estamos aquí, donde tú quieres estar. Ahora centrémonos en esto y después hablamos.

No me apetece demasiado montar un numerito en la calle.

Me ruborizo y miro alrededor. Tiene razón. Es demasiado público. Me mira y aprieto los labios.

—De acuerdo —acepto de mal humor.

Me da la mano y me conduce al interior del edificio.

Estamos en un almacén rehabilitado: paredes de ladrillo, suelos de madera oscura, techos blancos y tuberías del mismo color. Es espacioso y moderno, y hay bastantes personas deambulando por la galería, bebiendo vino y admirando la obra de José. Al darme cuenta de que José ha cumplido su sueño, mis problemas se desvanecen por un momento. ¡Así se hace, José!

—Buenas noches y bienvenidos a la exposición de José Rodríguez —nos da la bienvenida una mujer joven vestida de negro, con el pelo castaño muy corto, los labios pintados de rojo brillante y unos enormes pendientes de aro.

Me echa un breve vistazo, luego otro a Christian, mucho más prolongado de lo estrictamente necesario, después vuelve a mirarme, pestañea y se ruboriza.

Arqueo una ceja. Es mío... o lo era. Me esfuerzo por no mirarla mal, y cuando sus ojos vuelven a centrarse, pestañea de nuevo.

—Ah, eres tú, Ana. Nos encanta que tú también formes parte de todo esto.

Sonríe, me entrega un folleto y me lleva a una mesa con bebidas y un refrigerio.

—¿La conoces?

Christian frunce el ceño.

Yo digo que no con la cabeza, igualmente desconcertada.

Él encoge los hombros, con aire distraído.

—¿Qué quieres beber?

—Una copa de vino blanco, gracias.

Hace un gesto de contrariedad, pero se muerde la lengua y se dirige al servicio de bar.

—¡Ana!

José se acerca presuroso a través de un nutrido grupo de gente.

¡Madre mía! Lleva traje. Tiene buen aspecto y me sonrío. Me abre los brazos, me estrecha con fuerza. Y hago cuanto puedo para no echarme a llorar. Mi amigo, mi único amigo ahora que Kate está fuera. Tengo los ojos llenos de lágrimas.

—Ana, me alegro muchísimo de que hayas venido —me susurra al oído, y de pronto se calla, me aparta un poco y me observa.

—¿Qué?

—Oye, ¿estás bien? Pareces... bueno, rara. Dios mío, ¿has perdido peso?

Parpadeo para no llorar. Él también... no.

—Estoy bien, José. Y muy contenta por ti. Felicidades por la exposición.

Al ver la preocupación reflejada en su cara tan familiar, se me quiebra la voz, pero he de guardar la compostura.

—¿Cómo has venido? —pregunta.

—Me ha traído Christian —digo con repentino recelo.

—Ah. —A José le cambia la cara, se le ensombrece el gesto y me suelta—. ¿Dónde está?

—Por ahí, pidiendo las bebidas.

Cabeceo en dirección a Christian, y veo que está charlando tranquilamente con alguien en la cola. Cuando dirijo los ojos hacia él, levanta la vista y nos sostenemos la mirada. Y durante ese breve instante me quedo paralizada, contemplando a ese hombre increíblemente guapo que me observa con cierta emoción mal disimulada. Su expresión ardiente me abrasa por dentro y por un momento ambos nos perdemos en nuestras miradas.

Dios... Ese maravilloso hombre quiere que vuelva con él, y en lo más profundo de mi ser una dulce sensación de felicidad se abre lentamente como una campánula al amanecer.

—¡Ana! —José me distrae y me siento arrastrada otra vez al aquí y ahora—. Estoy encantado de que hayas venido... Escucha, tengo que avisarte...

De repente, la señorita de cabello muy corto y carmín rojo le interrumpe.

—José, la periodista del *Portland Printz* ha venido a verte. Vamos.

Me dedica una sonrisa cortés.

—¿Has visto cómo mola esto? La fama. —José sonríe de oreja a oreja, y es tan feliz que no puedo evitar hacer lo mismo—. Luego te veo, Ana.

Me besa la mejilla y veo cómo se acerca con paso resuelto a una mujer que está al lado de un fotógrafo alto y desgarrado.

Hay obras fotográficas de José por todas partes, algunas de ellas colocadas sobre unos lienzos enormes. Las hay monocromas y en color. Muchos de los paisajes poseen una belleza etérea. Hay una fotografía del lago

de Vancouver tomada a primera hora de la tarde, en la que unas nubes rosadas se reflejan en la quietud del agua. Y durante un segundo, me siento transportada por esa tranquilidad y esa paz. Es algo extraordinario.

Christian aparece a mi lado, inspiro profundamente y trago saliva, intentando recuperar parte del equilibrio perdido. Me pasa mi copa de vino blanco.

—¿Está a la altura?

Mi voz tiene un tono más normal.

Él me mira desconcertado.

—El vino.

—No. No suele estarlo en este tipo de eventos. El chico tiene bastante talento, ¿verdad?

Christian está contemplando la foto del lago.

—¿Por qué crees que le pedí que te hiciera un retrato? —digo, sin poder evitar un deje de orgullo.

Él, impasible, aparta los ojos de la fotografía y me mira.

—¿Christian Grey? —El fotógrafo del *Portland Printz* se acerca a Christian—. ¿Puedo hacerle una fotografía, señor?

—Claro.

Christian esconde el rictus. Yo doy un paso atrás, pero él me sujeta la mano y me pone a su lado. El fotógrafo nos mira a ambos, incapaz de disimular la sorpresa.

—Gracias, señor Grey. —Dispara un par de fotos—. ¿Señorita...? —pregunta.

—Steele —contesto.

—Gracias, señorita Steele.

Y se marcha a toda prisa.

—Busqué en internet fotos tuyas con alguna chica. No hay ninguna. Por eso Kate creía que eras gay.

Los labios de Christian esbozan una sonrisa.

—Eso explica tu inapropiada pregunta. No. Yo no salgo con chicas, Anastasia... solo contigo. Pero eso ya lo sabes —dice con ojos vehementes, sinceros.

—¿Así que nunca sales por ahí con tus... —miro alrededor inquieta para comprobar que nadie puede oírnos—... sumisas?

—A veces. Pero eso no son citas. De compras, ya sabes.

Encoge los hombros sin dejar de mirarme a los ojos.

Ah, o sea que solo en el cuarto de juegos... su cuarto rojo del dolor y su apartamento. No sé qué sentir ante eso.

—Solo contigo, Anastasia —susurra.

Yo enrojeczo y me miro los dedos. A su manera, le importo.

—Este amigo tuyo parece más un fotógrafo de paisajes que de retratos. Vamos a ver.

Me tiende la mano y yo la acepto.

Damos una vuelta, vemos varias obras más, y me fijo en una pareja que me saluda con un gesto de la cabeza y una sonrisa enorme, como si me conocieran. Debe de ser porque estoy con Christian, pero el chico me mira con total descaro. Es extraño.

Damos la vuelta a la esquina y entonces veo por qué la gente me ha estado mirando de esa forma tan rara. En la pared del fondo hay colgados siete enormes retratos... míos.

Empalidezco de golpe y me los quedo mirando atónita, estupefacta. Yo: haciendo pucheros, riendo, frunciendo el ceño, seria, risueña. Son todos primeros planos enormes, todos en blanco y negro.

¡Vaya! Recuerdo a José trajinando por ahí con la cámara cuando vino a verme un par de veces, y cuando había ido con él para hacer de chófer y de ayudante. Yo creía que eran simples instantáneas. No fotos ingenuamente robadas.

Petrificado, Christian mira fijamente todas las fotografías, una por una.

—Por lo visto no soy el único —musita en tono enigmático, con los labios apretados.

Creo que está enfadado.

—Perdona —dice, y su centelleante mirada gris me deja paralizada momentáneamente.

Se da la vuelta y se dirige al mostrador de recepción.

¿Qué le pasa ahora? Anonadada, le veo charlar animadamente con la señorita de cabello muy corto y carmín rojo. Saca la cartera y entrega una tarjeta de crédito.

Dios mío. Debe de haber comprado una de las fotografías.

—Hola, tú eres la musa. Son unas fotos fantásticas.

Es un chico con una melena rubia y brillante, que me sobresalta. Noto una mano en el codo: es Christian, ha vuelto.

—Eres un tipo con suerte.

El melenas rubio sonrío a Christian, que le mira con frialdad.

—Pues sí —masculla de mal humor, y me lleva aparte.

—¿Acabas de comprar una de estas?

—¿Una de estas? —replica, sin dejar de mirarlas.

—¿Has comprado más de una?

Pone los ojos en blanco.

—Las he comprado todas, Anastasia. No quiero que un desconocido se te coma con los ojos en la intimidad de su casa.

Mi primera reacción es reírme.

—¿Prefieres ser tú? —inquiero.

Se me queda mirando. Mi audacia le ha cogido desprevenido, creo, pero intenta disimular que le hace gracia.

—Francamente, sí.

—Pervertido —le digo, y me muerdo el labio inferior para no sonreír.

Se queda con la boca abierta; ahora es obvio que esto le divierte. Se rasca la barbilla, pensativo.

—Eso no puedo negarlo, Anastasia.

Mueve la cabeza con una mirada más dulce, risueña.

—Me gustaría hablarlo contigo luego, pero he firmado un acuerdo de confidencialidad.

Suspira, y su expresión se ensombrece al mirarme.

—Lo que me gustaría hacerle a esa lengua tan viperina.

Jadeo, sé muy bien a qué se refiere.

—Eres muy grosero.

Intento parecer escandalizada y lo consigo. ¿Es que no conoce límites?

Me sonrío con ironía, y después tuerce el gesto.

—Se te ve muy relajada en esas fotos, Anastasia. Yo no suelo verte así.

¿Qué? ¡Vaya! Cambio de tema —sin la menor lógica— de las bromas a la seriedad.

Me ruborizo y bajo la mirada. Me echa la cabeza hacia atrás, e inspiro profundamente al sentir el tacto de sus dedos.

—Yo quiero que te relajes conmigo —susurra.

Ha desaparecido cualquier rastro de broma.

Vuelvo a sentir un aleteo de felicidad interior. Pero ¿cómo puede ser esto? Creo que tenemos problemas.

—Si quieres eso, tienes que dejar de intimidarme —replico.

—Tú tienes que aprender a expresarte y a decirme cómo te sientes —replica a su vez con los ojos centelleantes.

Suspiro.

—Christian, tú me querías sumisa. Ahí está el problema. En la definición de sumisa... me lo dijiste una vez en un correo electrónico. —Hago una pausa para tratar de recordar las palabras—. Me parece que los sinónimos eran, y cito: «obediente, complaciente, humilde, pasiva, resignada, paciente, dócil, contenida». No debía mirarte. Ni hablarte a menos que me dieras permiso. ¿Qué esperabas? —digo entre dientes.

Continúo, y él frunce aún más el ceño.

—Estar contigo es muy desconcertante. No quieres que te desafíe, pero después te gusta mi «lengua viperina». Exiges obediencia, menos cuando no la

quieres, para así poder castigarme. Cuando estoy contigo nunca sé a qué atenerme, sencillamente.

Entorna los ojos.

—Bien expresado, señorita Steele, como siempre.

—Su voz es gélida—. Venga, vamos a comer.

—Solo hace media hora que hemos llegado.

—Ya has visto las fotos, ya has hablado con el chico.

—Se llama José.

—Has hablado con José... ese hombre que la última vez que le vi intentaba meterte la lengua en la boca a la fuerza cuando estabas borracha y mareada —gruñe.

—Él nunca me ha pegado —le replico.

Christian me mira enfadado, la ira saliéndole por todos los poros.

—Esto es un golpe bajo, Anastasia —me susurra, amenazante.

Me pongo pálida, y Christian, crispado de rabia apenas contenida, se pasa las manos por el pelo. Le sostengo la mirada.

—Te llevo a comer algo. Parece que estés a punto de desmayarte. Busca a ese chico y despídete.

—¿Podemos quedarnos un rato más, por favor?

—No. Ve... ahora... a despedirte.

Me hierve la sangre y le miro fijamente. Señor Maldito Obseso del Control. La ira es buena. La ira es mejor que los lloriqueos.

Desvío la mirada despacio y recorro la sala en busca de José. Está hablando con un grupo de chicas. Camino hacia él y me alejo de Cincuenta. ¿Solo porque

me ha acompañado hasta aquí tengo que hacer lo que me diga? ¿Quién demonios se cree que es?

Las jóvenes están embebidas en la conversación de José, en todas y cada una de sus palabras. Una de ellas reprime un grito cuando me acerco, sin duda me reconoce de los retratos.

—José.

—Ana. Perdonadme, chicas.

José les sonrío y me pasa un brazo sobre los hombros. En cierto sentido tiene gracia: José, siempre tan tranquilo y discreto, impresionando a las damas.

—Pareces enfadada —dice.

—Tengo que irme —musito ofuscada.

—Acabas de llegar.

—Ya lo sé, pero Christian tiene que volver. Las fotos son fantásticas, José... eres muy bueno.

Él sonrío de oreja a oreja.

—Me ha encantado verte.

Me da un abrazo enorme, me coge en volandas y me da una vuelta, de manera que veo a Christian al fondo de la galería. Pone mala cara, y me doy cuenta de que es porque estoy en brazos de José. Así que, con un movimiento perfectamente calculado, le echo los brazos alrededor del cuello. Me parece que Christian está a punto de tener un ataque. Se le oscurecen los ojos hasta un punto bastante siniestro, y se acerca muy despacio hacia nosotros.

—Gracias por avisarme de lo de mis retratos —mascullo.

—Hostia. Lo siento, Ana. Debería habértelo dicho. ¿Te gustan?

Su pregunta me deja momentáneamente desconcertada.

—Mmm... no lo sé —contesto con franqueza.

—Bueno, están todos vendidos, así que a alguien le gustan. ¿A que es fantástico? Eres una chica de póster.

Y me abraza más fuerte. Cuando Christian llega me fulmina con la mirada, aunque por suerte José no le ve.

José me suelta.

—No seas tan cara de ver, Ana. Ah, señor Grey, buenas noches.

—Señor Rodríguez, realmente impresionante. Lo siento pero no podemos quedarnos, hemos de volver a Seattle —dice Christian con educada frialdad, enfatizando sutilmente el plural mientras me coge de la mano—. ¿Anastasia?

—Adiós, José. Felicidades otra vez.

Le doy un beso fugaz en la mejilla y, sin que apenas me dé cuenta, Christian me saca a rastras del edificio. Sé que arde de rabia en silencio, pero yo también.

Echa un vistazo arriba y abajo de la calle; luego, de pronto, se dirige hacia la izquierda y me lleva hasta un callejón silencioso, y me empuja bruscamente contra la pared. Me sujeta la cara entre las manos, obligándome a alzar la vista hacia sus ojos fervientes y decididos.

Yo jadeo y su boca se abate sobre la mía. Me besa con violencia. Nuestros dientes chocan un segundo y luego me mete la lengua entre los labios.

El deseo estalla en todo mi cuerpo como en el Cuatro de Julio, y respondo a sus besos con idéntico

ardor, entrelazo las manos en su pelo y tiro de él con fuerza. Él gruñe, y ese sonido sordo y sexy del fondo de su garganta reverbera en mi interior, y Christian desliza la mano por mi cuerpo, hasta la parte de arriba del muslo, y sus dedos hurgan en mi piel a través del vestido morado.

Yo vierto toda la angustia y el desengaño de los últimos días en nuestro beso, le ato a mí... y en ese momento de pasión ciega, me doy cuenta de que él hace lo mismo, de que siente lo mismo.

Christian interrumpe el beso, jadeante. Sus ojos hierven de deseo, encendiendo la sangre ya ardiente que palpita por todo mi cuerpo. Tengo la boca entreabierta e intento recuperar un aire precioso, hacer que vuelva a mis pulmones.

—Tú... eres... mía —gruñe, enfatizando cada palabra. Me aparta de un empujón y se dobla con las manos apoyadas en las rodillas, como si hubiera corrido una maratón—. Por Dios santo, Ana.

Yo me apoyo en la pared jadeando e intento controlar la desatada reacción de mi cuerpo, trato de recuperar el equilibrio.

—Lo siento —balbuceo en cuanto recobro el aliento.

—Más te vale. Sé lo que estabas haciendo. ¿Deseas al fotógrafo, Anastasia? Es evidente que él siente algo por ti.

Muevo la cabeza con aire culpable.

—No. Solo es un amigo.

—Durante toda mi vida adulta he intentado evitar cualquier tipo de emoción intensa. Y sin embargo tú... tú me provocas sentimientos que me son totalmente

ajenos. Es muy... —arruga la frente, buscando la palabra—... perturbador. A mí me gusta el control, Ana, y contigo eso... —se incorpora, me mira intensamente—... simplemente se evapora.

Hace un gesto vago con la mano, luego se la pasa por el pelo y respira profundamente. Me coge la mano.

—Vamos, tenemos que hablar, y tú tienes que comer.

Me lleva a un restaurante pequeño e íntimo.

—Habrá que conformarse con este sitio —refunfuña Christian—. Tenemos poco tiempo.

A mí el local me parece bien. Sillas de madera, manteles de lino y paredes del mismo color que el cuarto de juegos de Christian —rojo sangre intenso—, con espejitos dorados colocados arbitrariamente, velas blancas y jarroncitos con rosas blancas. Ella Fitzgerald se oye bajito de fondo, cantándole a esa cosa llamada amor. Es muy romántico.

El camarero nos conduce a una mesa para dos en un pequeño reservado, y yo me siento, con aprensión, preguntándome qué va a decir.

—No tenemos mucho tiempo —le dice Christian al camarero cuando nos sentamos—, así que los dos tomaremos un solomillo al punto, con salsa bearnesa si tienen, con patatas fritas y verduras, lo que tenga el chef; y tráigame la carta de vinos.

—Ahora mismo, señor.

El camarero, sorprendido por la fría y tranquila eficiencia de Christian, desaparece. Christian pone su BlackBerry sobre la mesa. Madre mía, ¿es que no puedo escoger?

—¿Y si a mí no me gusta el solomillo?

Suspira.

—No empieces, Anastasia.

—No soy una niña pequeña, Christian.

—Pues deja de actuar como si lo fueras.

Es como si me hubiera abofeteado. Le miro y pestañeo. De modo que será así, una conversación agitada, tensa, aunque en un escenario muy romántico, pero sin flores ni corazones, eso seguro.

—¿Soy una cría porque no me gusta el solomillo?

—murmuro, intentando ocultar que estoy dolida.

—Por ponerme celoso aposta. Es infantil hacer eso. ¿Tan poco te importan los sentimientos de tu amigo como para manipularle de esa manera?

Christian aprieta los labios, que se convierten en una fina línea, y frunce el ceño mientras el camarero vuelve con la carta de vinos.

Me ruborizo. No había pensado en eso. Pobre José... Desde luego, no quiero darle esperanzas. De repente me siento avergonzada. Christian tiene parte de razón: fue muy desconsiderado hacer eso. Examina la carta de vinos.

—¿Te gustaría escoger el vino? —pregunta y arquea las cejas, expectante, es la arrogancia personificada.

Sabe que no entiendo nada de vinos.

—Escoge tú —contesto, hosca pero escarmentada.

—Dos copas de Shiraz del valle de Barossa, por favor.

—Esto... ese vino solo lo servimos por botella, señor.

—Pues una botella —espeta Christian.

—Señor —se retira dócilmente, y no le culpo por ello.

Miro ceñuda a Cincuenta. ¿Qué le carcome? Ah, probablemente sea yo, y en algún lugar de lo más profundo de mi mente, la diosa que llevo dentro se alza somnolienta y sonrío. Ha estado durmiendo una temporada.

—Estás muy arisco.

Me mira impasible.

—Me pregunto por qué será.

—Bueno, está bien establecer el tono para una charla íntima y sincera sobre el futuro, ¿no te parece?

Le sonrío con dulzura.

Aprieta la boca dibujando una línea firme, pero luego, casi de mala gana, sus labios se curvan hacia arriba y sé que está intentando disimular una sonrisa.

—Lo siento —dice.

—Disculpas aceptadas, y me complace informarte de que no he decidido convertirme en vegetariana desde la última vez que comimos.

—Eso es discutible, dado que esa fue la última vez que comiste.

—Ahí esta otra vez esa palabra: «discutible».

—Discutible —dice con buen humor, y su mirada se suaviza. Se pasa la mano por el pelo y vuelve a ponerse serio—. Ana, la última vez que hablamos me dejaste. Estoy un poco nervioso. Te he dicho que quiero que vuelvas, y tú has dicho... nada.

Tiene una mirada intensa y expectante, y un candor que me desarma totalmente. ¿Qué demonios digo a eso?

—Te he extrañado... te he extrañado realmente, Christian. Estos últimos días han sido... difíciles.

Trago saliva, y siento crecer un nudo en la garganta al recordar mi desesperada angustia desde que le dejé.

Esta última semana ha sido la peor de mi vida, un dolor casi indescriptible. No se puede comparar con nada. Pero la realidad me golpea y me devuelve a mi sitio.

—No ha cambiado nada. Yo no puedo ser lo que tú quieres que sea —digo, forzando a las palabras a pasar a través del nudo de mi garganta.

—Tú eres lo que yo quiero que seas —dice en voz baja y enfática.

—No, Christian, no lo soy.

—Estás enfadada por lo que pasó la última vez. Me porté como un idiota. Y tú... tú también. ¿Por qué no usaste la palabra de seguridad, Anastasia?

Su tono ha cambiado, ahora es acusador.

¿Qué? Vaya... cambio de rumbo.

—Contéstame.

—No lo sé. Estaba abrumada. Intenté ser lo que tú querías que fuera, intenté soportar el dolor, y se me fue de la cabeza. ¿Sabes...?, lo olvidé —susurro, avergonzada, y encojo los hombros a modo de disculpa.

Quizá podríamos habernos evitado todo este drama.

—¡Lo olvidaste! —me suelta horrorizado, se agarra a los lados de la mesa y me mira fijamente.

Yo me marchito bajo esa mirada. ¡Maldita sea! Vuelve a estar furioso. La diosa que llevo dentro también me observa. ¿Ves dónde te has metido tú solita?

—¿Cómo voy a confiar en ti? —dice ahora en voz baja—. ¿Podré confiar alguna vez?

Llega el camarero con nuestro vino y nosotros seguimos mirándonos, ojos azules a grises. Ambos llenos de reproches no expresados, mientras el camarero saca el corcho con innecesaria ceremonia y sirve un poco de vino en la copa de Christian. Automáticamente, Christian la coge y bebe un sorbo.

—Está bien —dice cortante.

El camarero nos llena las copas con cuidado, deja la botella en la mesa y se retira a toda prisa. Christian no ha apartado la vista de mí en todo el rato. Yo soy la primera en rendirme, rompo el contacto visual, levanto mi copa y bebo un buen trago. Sin saborearlo apenas.

—Lo siento —murmuro.

De pronto me siento estúpida. Le dejé porque creía que éramos incompatibles, pero ¿me está diciendo que podría haberle parado?

—¿Qué sientes?

—No haber usado la palabra de seguridad.

Él cierra los ojos, parece aliviado.

—Podríamos habernos evitado todo este sufrimiento —musita.

—Parece que tú estás bien.

Más que bien. Pareces tú.

—Las apariencias engañan —dice en voz baja—. Estoy de todo menos bien. Tengo la sensación de que el sol se ha puesto y no ha salido durante cinco días, Ana. Vivo en una noche perpetua.

Me quita la respiración oír que lo reconoce. Oh, Dios, como yo.

—Me dijiste que nunca te irías, pero en cuanto la cosa se pone dura, coges la puerta y te vas.

—¿Cuándo dije que nunca me iría?

—En sueños. Creo que fue la cosa más reconfortante que he oído en mucho tiempo, Anastasia. Y me sentí relajado.

Se me encoge el corazón y cojo la copa de vino.

—Dijiste que me querías —susurra—. ¿Eso pertenece ya al pasado? —dice en voz baja, cargada de ansiedad.

—No, Christian, no.

Se le ve tan vulnerable al exhalar...

—Bien —murmura.

Esa revelación me deja atónita. Ha cambiado de opinión. Antes, cuando le decía que le quería, se quedaba horrorizado. El camarero vuelve. Nos coloca rápidamente los platos delante y se esfuma de inmediato.

Dios mío. Comida.

—Come —ordena Christian.

En el fondo estoy hambrienta, pero ahora mismo tengo un nudo en el estómago. Estar sentada frente al único hombre al que he amado en mi vida, hablando de nuestro incierto futuro, no favorece un apetito saludable. Miro mi comida con recelo.

—Que Dios me ayude, Anastasia; si no comes, te tumbaré encima de mis rodillas aquí en este restaurante, y no tendrá nada que ver con mi gratificación sexual. ¡Come!

No te sulfures, Grey. Mi subconsciente me mira por encima de sus gafas de media luna. Ella está totalmente de acuerdo con Cincuenta Sombras.

—Vale, comeré. Calma los picores de tu mano suelta, por favor.

Él no sonrío y sigue observándome. Yo cojo de mala gana el cuchillo y el tenedor y corto el solomillo. Oh, está tan bueno que se deshace en la boca. Tengo hambre, hambre de verdad. Mastico y él se relaja de forma evidente.

Cenamos en silencio. La música ha cambiado. Se oye de fondo una suave voz de mujer, y sus palabras son el eco de mis pensamientos. Desde que él entró en mi vida, ya nunca seré la misma.

Miro a Cincuenta. Está comiendo y mirándome. Hambre, anhelo, ansiedad, combinados en una mirada ardiente.

—¿Sabes quién canta? —pregunto, intentando mantener una conversación normal.

Christian se para y escucha.

—No... pero sea quien sea es buena.

—A mí también me gusta.

Finalmente, esboza su enigmática sonrisa privada. ¿Qué está planeando?

—¿Qué? —pregunto.

Él menea la cabeza.

—Come —dice gentilmente.

Me he comido la mitad del plato. No puedo más. ¿Cómo podría negociarlo?

—No puedo más. ¿He comido bastante para el señor?

Él me observa impasible sin contestar, y consulta su reloj.

—De verdad que estoy llena —añado, y bebo un sorbo del delicioso vino.

—Hemos de irnos enseguida. Taylor está aquí, y mañana tienes que levantarte pronto para ir a trabajar.

—Tú también.

—Yo funciono habiendo dormido mucho menos que tú, Anastasia. Al menos has comido algo.

—¿Volveremos con el *Charlie Tango*?

—No, creo que me tomaré una copa. Taylor nos recogerá. Además, así al menos te tendré en el coche para mí solo durante unas horas. ¿Qué podemos hacer aparte de hablar?

Oh, ese es su plan.

Christian llama al camarero para pedirle la cuenta, luego coge su BlackBerry y hace una llamada.

—Estamos en Le Picotin, Tercera Avenida Sudoeste.

Y cuelga. Sigue siendo muy cortante por teléfono.

—Eres muy cortante con Taylor; de hecho, con la mayoría de la gente.

—Simplemente voy directo al grano, Anastasia.

—Esta noche no has ido al grano. No ha cambiado nada, Christian.

—Tengo que hacerte una proposición.

—Esto empezó con una proposición.

—Una proposición diferente.

Vuelve el camarero, y Christian le entrega su tarjeta de crédito sin mirar la cuenta. Me analiza con la mirada mientras el camarero pasa la tarjeta. Su teléfono vibra una vez, y él lo observa detenidamente.

¿Tiene una proposición? ¿Y ahora qué? Me vienen a la mente un par de posibilidades: un secuestro, trabajar para él. No, nada tiene sentido. Christian acaba de pagar.

—Vamos. Taylor está fuera.

Nos levantamos y me coge la mano.

—No quiero perderte, Anastasia.

Me besa los nudillos con cariño, y la caricia de sus labios en mi piel reverbera en todo mi cuerpo.

El Audi espera fuera. Christian me abre la puerta. Subo y me hundo en la piel suntuosa. Él se dirige al asiento del conductor, Taylor sale del coche y hablan un momento. Eso no es habitual en ellos. Estoy intrigada. ¿De qué hablan? Al cabo de un momento suben los dos y observo a Christian, que luce su expresión impasible y mira al frente.

Me concedo un momento para examinar su perfil: nariz recta, labios carnosos y perfilados, el pelo que le cae deliciosamente sobre la frente. Seguro que este hombre divino no es para mí.

Una música suave inunda la parte de atrás del coche, una espectacular pieza orquestal que no conozco, y Taylor se incorpora al escaso tráfico en dirección a la interestatal 5 y a Seattle.

Christian se gira para mirarme.

—Como iba diciendo, Anastasia, tengo que hacerte una proposición.

Miro de reojo a Taylor, nerviosa.

—Taylor no te oye —asegura Christian.

—¿Cómo?

—Taylor —le llama Christian.

Taylor no contesta. Vuelve a llamarle, y sigue sin responder. Christian se inclina y le da un golpecito en el hombro. Taylor se quita un tapón del oído que yo no había visto.

—¿Sí, señor?

—Gracias, Taylor. No pasa nada; sigue escuchando.

—Señor.

—¿Estás contenta? Está escuchando su iPod. Puccini. Olvida que está presente. Como yo.

—¿Tú le has pedido expresamente que lo hiciera?

—Sí.

Ah.

—Vale. ¿Tu propuesta?

De repente, Christian adopta una actitud decidida y profesional. Dios... Vamos a negociar un pacto. Yo escucho atentamente.

—Primero, deja que te pregunte una cosa. ¿Tú quieres una relación vainilla convencional y sosa, sin sexo pervertido ni nada?

Me quedo con la boca abierta.

—¿Sexo pervertido? —levanto la voz.

—Sexo pervertido.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

Miro nerviosa a Taylor.

—Bueno, pues sí. Contesta —dice tranquilamente.

Me ruborizo. La diosa que llevo dentro está ahora inclinada de rodillas ante mí, con las manos unidas en un gesto de súplica.

—A mí me gusta tu perversión sexual —susurro.

—Eso pensaba. Entonces, ¿qué es lo que no te gusta?

No poder tocarte. Que disfrutes con mi dolor, los azotes con el cinturón...

—La amenaza de un castigo cruel e inusual.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bueno, tienes todas esas varas y fustas y esas cosas en tu cuarto de juegos, que me dan un miedo espantoso. No quiero que uses eso conmigo.

—Vale, o sea que nada de fustas ni varas... ni tampoco cinturones —dice sardónico.

Yo le observo desconcertada.

—¿Estás intentando redefinir los límites de la dureza?

—En absoluto. Solo intento entenderte, tener una idea más clara de lo que te gusta o no.

—Fundamentalmente, Christian, lo que me cuesta más aceptar es que disfrutes haciéndome daño. Y pensar que lo harás porque he traspasado determinada línea arbitraria.

—Pero no es arbitraria, hay una lista de normas escritas.

—Yo no quiero una lista de normas.

—¿Ninguna?

—Nada de normas.

Niego con la cabeza, pero estoy muy asustada.
¿Qué pretende con esto?

—Pero ¿no te importa si te doy unos azotes?

—¿Unos azotes con qué?

—Con esto.

Levanta la mano.

Me siento avergonzada e incómoda.

—No, la verdad es que no. Sobre todo con esas bolas de plata...

Gracias a Dios que está oscuro; al recordar aquella noche me arde la cara y se me quiebra la voz. Sí... hazlo otra vez.

Él me sonrío.

—Sí, aquello estuvo bien.

—Más que bien —musito.

—O sea que eres capaz de soportar cierto grado de dolor.

Me encojo de hombros.

—Sí, supongo.

¿Qué pretende con todo esto? Mi nivel de ansiedad ha subido varios grados en la escala de Richter.

Él se acaricia el mentón, sumido en sus pensamientos.

—Anastasia, quiero volver a empezar. Pasar por la fase vainilla y luego, cuando confíes más en mí y yo confíe en que tú serás sincera y te comunicarás conmigo, quizá podamos ir a más y hacer algunas de las cosas que a mí me gusta hacer.

Yo le miro con la boca abierta y la mente totalmente en blanco, como un ordenador que se ha quedado colgado. Creo que está angustiado, pero no puedo verle bien, porque estamos sumidos en la noche de Oregón. Y al final se me ocurre... eso es.

Él desea la luz, pero ¿puedo pedirle que haga esto por mí? ¿Y es que acaso a mí no me gusta la oscuridad? Cierta oscuridad, en ciertos momentos. Recuerdos de la noche de Thomas Tallis vagan sugerentes por mi mente.

—¿Y los castigos?

—Nada de castigos —Niega con la cabeza—. Ni uno.

—¿Y las normas?

—Nada de normas.

—¿Ninguna? Pero tú necesitas ciertas cosas.

—Te necesito más a ti, Anastasia. Estos últimos días han sido infernales. Todos mis instintos me dicen que te deje marchar, que no te merezco.

»Esas fotos que te hizo ese chico... comprendo cómo te ve. Estás tan guapa y se te ve tan relajada... No es que ahora no estés preciosa, pero estás aquí sentada y veo tu dolor. Es duro saber que he sido yo quien te ha hecho sentir así.

»Pero yo soy un hombre egoísta. Te deseé desde que apareciste en mi despacho. Eres exquisita, sincera, cálida, fuerte, lista, seductoramente inocente; la lista es infinita. Me tienes cautivado. Te deseo, e imaginar que te posea otro es como si un cuchillo hurgara en mi alma oscura.

Se me seca la boca. Dios... Si esto no es una declaración de amor, no sé qué es. Y las palabras surgen a borbotones de mi boca, como de una presa que revienta.

—Christian, ¿por qué piensas que tienes un alma oscura? Yo nunca lo diría. Triste quizá, pero eres un buen hombre. Lo noto... eres generoso, eres amable, y nunca me has mentado. Y yo no lo he intentado realmente en serio.

»El sábado pasado fue una terrible conmoción para todo mi ser. Fue como si sonara la alarma y despertara: me di cuenta de que hasta entonces tú habías sido condescendiente conmigo y de que yo no podía ser la persona que tú querías que fuera. Luego, después de marcharme, caí en la cuenta de que el daño que me habías infligido no era tan malo como el dolor de perderte. Yo quiero complacerte, pero es duro.

—Tú me complaces siempre —susurra—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Nunca sé qué estás pensando. A veces te cierras tanto... como una isla. Me intimidas. Por eso me callo. No sé de qué humor vas a estar. Pasas del negro al blanco y de nuevo al negro en una fracción de segundo. Eso me confunde, y no me dejas tocarte, y yo tengo un inmenso deseo de demostrarte cuánto te quiero.

Él me mira en la oscuridad y parpadea, con recelo creo, y ya no soy capaz de contenerme más. Me desabrocho el cinturón y me coloco en su regazo, por sorpresa, y le cojo la cabeza con ambas manos.

—Te quiero, Christian Grey. Y tú estás dispuesto a hacer todo esto por mí. Soy yo quien no lo merece, y lo único que lamento es no poder hacer todas esas cosas por ti. A lo mejor, con el tiempo... pero sí, acepto tu proposición. ¿Dónde firmo?

Él desliza sus brazos a mi alrededor y me estrecha contra sí.

—Oh, Ana —gime, y hunde la nariz en mi cabello. Permanecemos sentados, abrazándonos mutuamente, escuchando la música del coche... una pieza de piano relajante... reflejo de nuestros sentimientos, la dulce calma después de la tormenta. Me acurruco en sus brazos, apoyo la cabeza en el hueco de su cuello.

—Que me toques es un límite infranqueable para mí, Anastasia —murmura.

—Lo sé. Me gustaría entender por qué.

Al cabo de un momento, suspira y dice en voz baja:

—Tuve una infancia espantosa. Uno de los chulos de la puta adicta al crack... —Se le quiebra la voz, y su cuerpo se tensa al recordar algún terror inimaginable—. No puedo recordar aquello —susurra, estremeciéndose.

De pronto se me encoge el corazón al recordar esas horribles marcas de quemaduras que tiene en la piel. Oh, Christian. Me abrazo a su cuello con más fuerza.

—¿Te maltrataba? ¿Tu madre? —le digo con voz queda y preñada de lágrimas.

—No, que yo recuerde. No se ocupaba de mí. No me protegía de su chulo. —Resopla—. Creo que era yo quien la cuidaba a ella. Cuando al final consiguió matarse, pasaron cuatro días hasta que alguien avisó y nos encontraron... eso lo recuerdo.

No puedo evitar un gemido de horror. Cielo santo... Siento la bilis subirme a la garganta.

—Eso es espantoso, terrible —susurro.

—Cincuenta sombras —murmura.

Aprieto los labios contra su cuello, buscando y ofreciendo consuelo, mientras imagino a un crío de ojos grises, sucio y solo, junto al cuerpo de su madre muerta.

Oh, Christian. Aspiro su aroma. Huele divinamente, es mi fragancia favorita en el mundo entero. Él tensa los brazos a mi alrededor y besa mi cabello, y yo me quedo sentada y envuelta en su abrazo mientras Taylor nos conduce a través de la noche.

Cuando me despierto, estamos cruzando Seattle.

—Eh —dice Christian en voz baja.

—Perdona —balbuceo mientras me incorporo, parpadeo y me desperezco, aún en sus brazos, sobre su regazo.

—Estaría eternamente mirando cómo duermes, Ana.

—¿He dicho algo?

—No. Casi hemos llegado a tu casa.

—Oh, ¿no vamos a la tuya?

—No.

Enderezco la espalda y le miro.

—¿Por qué no?

—Porque mañanas tienes que trabajar.

—Oh —digo con un mohín.

—¿Por qué, tenías algo en mente?

Me ruborizo.

—Bueno, puede...

Se echa a reír.

—Anastasia, no pienso volver a tocarte, no hasta que me lo supliques.

—¡Qué!

—Así empezarás a comunicarte conmigo. La próxima vez que hagamos el amor, tendrás que decirme exactamente qué quieres, con todo detalle.

—Oh.

Me aparta de su regazo en cuanto Taylor aparca delante de mi apartamento. Christian baja de un salto y me abre la puerta del coche.

—Tengo una cosa para ti.

Se dirige a la parte de atrás del coche, abre el maletero y saca un gran paquete de regalo. ¿Qué demonios es eso?

—Ábrelo cuando estés dentro.

—¿No vas a pasar?

—No, Anastasia.

—¿Y cuándo te veré?

—Mañana.

—Mi jefe quiere que salga a tomar una copa con él mañana.

Christian endurece el gesto.

—¿Eso quiere?

Su voz está impregnada de una amenaza latente.

—Para celebrar mi primera semana —añado enseguida.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—Podría pasar a recogerte por allí.

—Vale... Te mandaré un correo o un mensaje.

—Bien.

Me acompaña hasta la entrada del vestíbulo y espera mientras saco las llaves del bolso. Cuando abro la puerta, se inclina, me coge la barbilla y me echa la cabeza hacia atrás. Deja la boca suspendida sobre la mía, cierra los ojos y dibuja un reguero de besos desde el rabillo de un ojo hasta la comisura de mi boca.

Siento que mis entrañas se abren y se derriten, y se me escapa un leve quejido.

—Hasta mañana —musita él.

—Buenas noches, Christian.

Percibo el anhelo en mi voz.

Él sonrío.

—Entra —ordena.

Yo cruzo el vestíbulo cargada con el misterioso paquete.

—Hasta luego, nena —dice, luego se da la vuelta con su elegancia natural y vuelve al coche.

Una vez dentro del apartamento, abro la caja del regalo y descubro mi portátil MacBook Pro, la BlackBerry y otra caja rectangular. ¿Qué es esto? Desenvuelvo el papel de plata. Dentro hay un estuche de piel negra alargado.

Lo abro y es un iPad. Madre mía... un iPad. Sobre la pantalla hay una tarjeta blanca con un mensaje escrito a mano por Christian:

*Anastasia... esto es para ti.
Sé lo que quieres oír.
La música que hay aquí lo dice por mí.
Christian*

Tengo una recopilación grabada por Christian Grey en forma de iPad de última generación. Meneo la cabeza con disgusto por el despilfarro, pero en el fondo me encanta. Jack tiene uno en la oficina, así que sé cómo funciona.

Lo enciendo y, cuando aparece la imagen del escritorio, reprimo un grito: una pequeña maqueta de planeador. Dios. Es el Blanik L23 que le regalé, montado en una peana de vidrio, sobre lo que creo que es el escritorio del estudio de Christian. Me quedo boquiabierta.

¡Lo montó! Lo montó de verdad. Ahora recuerdo que lo mencionó en la nota de las flores. Me flaquean las piernas, y en este instante sé que ha pensado mucho en ese regalo.

Deslizo la flecha de la parte inferior de la pantalla para desbloquearla y vuelvo a ahogar un gemido. El fondo de pantalla es una foto de Christian y de mí en el entoldado de la fiesta de mi graduación. Es la que publicó el *Seattle Times*. Christian está tan guapo que no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. ¡Sí, y es mío!

Doy un golpecito con el dedo y la imagen de pantalla cambia, y aparecen varias nuevas. Una aplicación Kindle, iBooks, Words... lo que sea todo eso.

Por Dios. ¿La Biblioteca Británica? Pulso el icono y aparece un menú: COLECCIÓN HISTÓRICA. Me desplazo hacia abajo y selecciono NOVELAS DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX. Otro menú. Presiono en el título: *EL AMERICANO* DE HENRY JAMES. Se abre una nueva ventana, que me ofrece una copia del libro escaneada para lectura. Cielo santo... ¡es una primera edición, publicada en 1879, y la tengo en mi iPad! Me ha comprado la Biblioteca Británica, y solo he de darle a un botón.

Salgo rápidamente, sabiendo que soy capaz de perderme en esta aplicación eternamente. Localizo una aplicación de «buena alimentación» que hace que ponga los ojos en blanco y sonría al mismo tiempo, otra de noticias, una del tiempo, pero él en su nota hablaba de música. Vuelvo a la pantalla principal, pulso el icono de iPod y aparece una lista de títulos. Voy pasando las canciones y la selección me hace sonreír. Thomas Tallis... me costará olvidarme de eso. Al fin y al cabo la oí dos veces, mientras me azotaba y me follaba.

«Witchcraft.» Mi sonrisa se expande... bailando alrededor del gran salón. La pieza de Bach de Marcello... Oh, no, eso es demasiado triste para mi estado de ánimo

actual. Mmm. Jeff Buckley... sí, he oído hablar de él. Snow Patrol, mi grupo favorito, y una canción titulada «Principles of Lust» de Enigma. Típico de Christian. Sonrío. Otra llamada «Possession»... oh, sí, muy Cincuenta Sombras. Y unas cuantas más que no conozco.

Selecciono una canción que me llama la atención, y le doy al play. Se titula «Try» de Nelly Furtado. Ella empieza a cantar, y su voz es como un pañuelo de seda que se enrolla a mi alrededor y me envuelve. Me tumbo en la cama.

¿Esto significa que Christian va a intentarlo? ¿Intentará esta relación nueva? Me embebo de la letra mirando al techo, intentando entender este giro. Él me extrañó. Yo le extrañé. Debe de sentir algo por mí. A la fuerza. Este iPad, estas canciones, estas aplicaciones... lo nuestro le importa. Le importa de verdad. Mi corazón se llena de esperanza.

Termina la canción y tengo los ojos rebosantes de lágrimas. Rápidamente selecciono otra: «The Scientist» de Coldplay, uno de los grupos preferidos de Kate. Conozco el tema, pero nunca he escuchado la letra de verdad. Cierro los ojos y dejo que las palabras me inunden y me invadan.

Empiezan a brotar las lágrimas. No puedo contenerlas. Si esto no es una disculpa, ¿qué es? Oh, Christian.

¿O es una invitación? ¿Contestará a mis preguntas? ¿Estoy sacando demasiadas conclusiones de esto? Probablemente, esté sacando demasiadas conclusiones de esto.

Me enjugo las lágrimas. Tengo que mandarle un e-mail para darle las gracias. Salto de la cama para coger el cacharro.

Coldplay sigue sonando, mientras me siento en la cama con las piernas cruzadas. El Mac se enciende y me conecto.

De: Anastasia Steele
Fecha: 9 de junio de 2011 23:56
Para: Christian Grey
Asunto: IPAD

Me has hecho llorar otra vez.
Me encanta el iPad.
Me encantan las canciones.
Me encanta la aplicación de la Biblioteca Británica.
Te quiero.
Gracias.
Buenas noches.

Ana xx

De: Christian Grey
Fecha: 10 de junio de 2011 00:03
Para: Anastasia Steele
Asunto: iPad

Me encanta que te guste. Yo también me he comprado uno.

Ahora, si estuviera allí, te secaría las lágrimas a besos.

Pero no estoy... así que vete a dormir.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Su respuesta me hace sonreír... siempre tan dominante, siempre tan Christian. ¿Esto cambiará, también? Y en ese momento me doy cuenta de que espero que no. Me gusta tal cual es —autoritario—, mientras yo pueda enfrentarme sin miedo al castigo.

De: Anastasia Steele

Fecha: 10 de junio de 2011 00:07

Para: Christian Grey

Asunto: Señor Gruñón

Suenas igual de dominante que siempre, posiblemente tenso y probablemente malhumorado, señor Grey.

Yo sé algo que podría aliviar eso. Pero es verdad que no estás aquí... no me dejarías quedarme y esperas que te suplique...

Sueña con ello, señor.

Ana xx

P.D.: Veo que también has incluido la versión de Stalker's Anthem de «Every Breath You Take». Disfruto

mucho de tu sentido del humor, pero ¿lo sabe el doctor Flynn?

De: Christian Grey

Fecha: 10 de junio de 2011 00:10

Para: Anastasia Steele

Asunto: Tranquilidad tipo zen

Mi queridísima señorita Steele:

En las relaciones vainilla también hay azotes, ¿sabes? Normalmente consentidos y en un contexto sexual... pero yo estaría muy contento de hacer una excepción con usted.

Te tranquilizará saber que el doctor Flynn también disfruta con mi sentido del humor.

Ahora, por favor, vete a dormir; si no, mañana no servirás para nada.

Por cierto... suplicarás, créeme. Y lo estoy deseando.

Christian Grey

Presidente tenso de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 10 de junio de 2011 00:12

Para: Christian Grey

Asunto: Buenas noches, dulces sueños

Bueno, ya que lo has pedido con tanta amabilidad, y como me encanta tu deliciosa amenaza, me acurrucaré con el iPad que me has dado con tanto cariño y me quedaré dormida ojeando la Biblioteca Británica, escuchando la música que habla por ti.

A xxx

De: Christian Grey

Fecha: 10 de junio de 2011 00:15

Para: Anastasia Steele

Asunto: Una petición más

Sueña conmigo.

x

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¿Soñar contigo, Christian Grey? Siempre.

Me pongo rápidamente el pijama, me cepillo los dientes y me meto en la cama. Me pongo los auriculares, saco el globo deshinchado del *Charlie Tango* de debajo de la almohada y me abrazo a él.

Estoy radiante de alegría, y mi boca entreabierta dibuja una sonrisa enorme y bobalicona. Cómo cambia todo en un día. ¿Cómo voy a poder dormir?

José González empieza a cantar una melodía cadenciosa con un hipnótico acorde de guitarra, y me sumerjo lentamente en el sueño, maravillada de que el mundo se haya arreglado en una noche, y

preguntándome vagamente si debería hacer una lista de temas para Christian.

Lo único bueno de estar sin coche es que, en el autobús que me lleva al trabajo, puedo enchufar los auriculares al iPad que llevo en el bolso y escuchar todas las maravillosas piezas que Christian me ha grabado. Cuando llego a la oficina, tengo una estúpida sonrisa dibujada en la cara.

Jack levanta los ojos hacia mí, atónito.

—Buenos días, Ana. Estás... radiante.

Su comentario me sonroja. ¡Qué inapropiado!

—He dormido bien, gracias, Jack. Buenos días.

Frunce el ceño.

—¿Puedes leer esto por mí y redactarme los informes correspondientes para la hora de comer, por favor? —Me entrega cuatro manuscritos. Ante mi gesto de horror, añade—: Solo los primeros capítulos.

—Claro.

Sonrío aliviada, y él me responde con una gran sonrisa.

Conecto el ordenador para empezar a trabajar, mientras me termino el café con leche y me como un plátano. Hay un correo electrónico de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 10 de junio de 2011 08:05

Para: Anastasia Steele

Asunto: Ayúdame...

Espero que hayas desayunado.
Te eché en falta anoche.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 10 de junio de 2011 08:33

Para: Christian Grey

Asunto: Libros viejos...

Estoy comiéndome un plátano mientras tecleo. Llevaba varios días sin desayunar, de manera que supone un paso adelante. Me encanta la aplicación de la Biblioteca Británica... he empezado a releer *Robinson Crusoe*... y, naturalmente, te quiero.

Ahora déjame en paz: intento trabajar.

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 10 de junio de 2011 08:36

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Eso es lo único que has comido?

Puedes esforzarte más. Necesitarás energía para suplicar.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 10 de junio de 2011 08:39
Para: Christian Grey
Asunto: Pesado

Señor Grey, intento trabajar para ganarme la vida... y es usted quien suplicará.

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 10 de junio de 2011 08:36
Para: Anastasia Steele
Asunto: ¡Vamos!

Vaya, señorita Steele, me encantan los desafíos...

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Estoy sentada frente a la pantalla sonriendo como una idiota. Pero tengo que leer esos capítulos para Jack y escribir informes sobre todos ellos. Coloco los manuscritos sobre mi mesa y empiezo.

A la hora de comer voy a la tienda a buscar un bocadillo de pastrami mientras escucho la lista de temas de mi iPad. El primero es de Nitin Sawhney, una pieza tradicional titulada «Homelands»... es buena. El señor Grey tiene un gusto musical ecléctico. Vuelvo hacia atrás y escucho una pieza clásica: «Fantasía sobre un tema de Thomas Tallis», de Ralph Vaughan Williams. Oh, Cincuenta tiene sentido del humor, y le quiero por eso. ¿Se me borrará esta estúpida sonrisa de la cara alguna vez?

La tarde pasa lentamente. En un momento de inactividad, decido escribirle un correo a Christian.

De: Anastasia Steele
Fecha: 10 de junio de 2011 16:05
Para: Christian Grey
Asunto: Aburrida...

Estoy mano sobre mano.
¿Cómo estás?
¿Qué estás haciendo?

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 10 de junio de 2011 16:15
Para: Christian Grey
Asunto: Tus manos

Deberías venir a trabajar conmigo.
No estarías mano sobre mano.
Estoy seguro de que yo podría darles mejor uso.
De hecho, se me ocurren varias opciones...
Yo estoy con fusiones y adquisiciones rutinarias.
Todo es muy árido.
Tus correos electrónicos en SIP se monitorizan.

Christian Grey
Presidente distraído de Grey Enterprises
Holdings, Inc.

Oh, Dios. No tenía ni idea. ¿Cómo demonios lo sabe él? Observo la pantalla con el ceño fruncido, reviso rápidamente los e-mails que he enviado y los voy borrando.

A las cinco y media en punto, Jack se acerca a mi mesa. Lleva un atuendo informal de viernes, es decir, unos tejanos y una camisa negra.

—¿Una copa, Ana? Solemos ir a tomar una rápida al bar de enfrente.

—¿Solemos...? —pregunto, esperanzada.

—Sí, vamos casi todos... ¿vienes?

Por alguna razón desconocida, que no quiero analizar demasiado a fondo, me invade una sensación de alivio.

—Me encantaría. ¿Cómo se llama el bar?

—Fifty's.

—Me tomas el pelo.

Me mira extrañado.

—No. ¿Tiene algún significado para ti?

—No, perdona. Nos vemos ahora allí.

—¿Qué te apetecerá beber?

—Una cerveza, por favor.

—Muy bien.

Voy al baño y le mando un e-mail a Christian desde la BlackBerry.

De: Anastasia Steele

Fecha: 10 de junio de 2011 17:36

Para: Christian Grey

Asunto: Encajarás perfectamente

Vamos a ir a un bar que se llama Fifty's.

Para mí esto es una mina inagotable de bromas y risas.

Tengo muchas ganas de encontrarme allí contigo, señor Grey.

A x

De: Christian Grey

Fecha: 10 de junio de 2011 17:38

Para: Anastasia Steele

Asunto: Riesgos

Las minas son muy, muy peligrosas.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 10 de junio de 2011 17:40
Para: Christian Grey
Asunto: ¿Riesgos?

¿Qué quieres decir con eso?

De: Christian Grey
Fecha: 10 de junio de 2011 17:42
Para: Anastasia Steele
Asunto: Simplemente...

Era un comentario, señorita Steele.
Hasta pronto.
Más pronto que tarde, nena.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Me miro en el espejo. Cómo puede cambiar todo en un día. Tengo más color en las mejillas y me brillan los ojos. Es el efecto Christian Grey. Discutir un poco con él por e-mail provoca eso en una chica. Sonríe ante mi imagen y me aliso la camisa azul claro... la que Taylor compró para mí. Llevo también mis vaqueros favoritos. La mayoría de las mujeres de la oficina llevan tejanos o faldas anchas. Tendré que invertir también en un par de faldas anchas. Puede que lo haga este fin de semana e

ingrese el talón que Christian me dio por Wanda, mi Escarabajo.

Cuando salgo del edificio, oigo que gritan mi nombre.

—¿Señorita Steele?

Me vuelvo, sorprendida, y una chica joven con la piel cenicienta se me acerca con cautela. Parece un fantasma... tan pálida y extrañamente inexpresiva.

—¿Señorita Anastasia Steele? —repite, y sus facciones permanecen estáticas aunque esté hablando.

—¿Sí?

Se para en la acera y se me queda mirando como a un metro de distancia, y yo, totalmente inmóvil, le devuelvo la mirada. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

—¿Puedo ayudarte? —pregunto.

¿Cómo sabe mi nombre?

—No... solo quería verte.

Habla con una voz muy baja, inquietante. Y tiene un pelo oscuro como el mío, que contrasta radicalmente con su piel blanca. Sus ojos son castaños, color whisky, pero inexpresivos. No hay la menor chispa de vida en ellos. La tristeza aparece grabada en su precioso y pálido rostro.

—Lo siento... pero estoy en desventaja —le digo educadamente, intentando ignorar el escalofrío de advertencia que me sube por la columna vertebral.

La miro de cerca, y tiene un aspecto raro, descuidado y desvalido. La ropa que lleva le va dos tallas grande, incluida la gabardina de marca.

Se echa a reír, con un sonido extraño y discordante que incrementa mi ansiedad.

—¿Qué tienes tú que yo no tenga? —pregunta con tristeza.

Mi ansiedad se convierte en miedo.

—Perdona... ¿quién eres?

—¿Yo? No soy nadie.

Levanta un brazo para pasarse la mano por la melena que le llega al hombro, y al hacerlo se le levanta la manga de la gabardina y se le ve un sucio vendaje alrededor de la muñeca.

Dios...

—Que tenga un buen día, señorita Steele.

Da media vuelta y sube andando la calle mientras yo me quedo clavada en el sitio. Veo cómo su delgada silueta desaparece de mi vista, perdiéndose entre los trabajadores que salen en masa de sus despachos.

¿De qué iba eso?

Confusa, cruzo la calle hasta el bar, intentando asimilar lo que acaba de pasar, mientras mi subconsciente levanta su fea cabeza y me dice entre dientes: Ella tiene algo que ver con Christian.

El Fifty's es un bar impersonal y cavernoso, con banderines y pósters de béisbol colgados en las paredes. Jack está en la barra con Elizabeth y Courtney, la otra ayudante editorial, dos tipos de contabilidad y Claire, de recepción, con sus característicos aros de plata.

—¡Hola, Ana!

Jack me pasa una botella de Bud.

—Salud... gracias —murmuro, afectada todavía por mi encuentro con la Chica Fantasma.

—Salud.

Chocamos las botellas y él sigue conversando con Elizabeth. Claire me sonríe con simpatía.

— C mo te ha ido tu primera semana? — pregunta.

—Bien, gracias. Todo el mundo ha sido muy amable.

—Hoy se te ve mucho más contenta.

—Es viernes —balbuceo enseguida—.  Y tú, tienes planes para el fin de semana?

Mi táctica de distracción patentada funciona, estoy salvada. Resulta que Claire tiene seis hermanos y se va a Tacoma a una gran reunión familiar. Se muestra bastante locuaz y me doy cuenta de que no he hablado con ninguna mujer de mi edad desde que Kate se fue a Barbados.

Con aire distraído, me pregunto cómo estar  Kate... y Elliot. Tengo que acordarme de preguntarle a Christian si ha sabido algo de ellos. Ah, y Ethan, el hermano de Kate, volver  el martes que viene, y se instalará en nuestro apartamento. No creo que a Christian le guste demasiado eso. Mi encuentro de antes con la extraña Chica Fantasma va desapareciendo de mi mente.

Mientras charlo con Claire, Elizabeth me pasa otra cerveza.

—Gracias —le sonrío.

Resulta muy fácil charlar con Claire —se nota que le gusta hablar—, y me bebo una tercera cerveza sin darme cuenta, cortesía de uno de los chicos de contabilidad.

Cuando Elizabeth y Courtney se van, Jack se viene con Claire y conmigo. ¿Dónde está Christian? Uno de los tipos de contabilidad se pone a hablar con Claire.

—Ana, ¿crees que tomaste una buena decisión viniendo a trabajar con nosotros?

Jack habla en un tono suave y está un poco demasiado cerca. Pero he notado que tiene tendencia a hacer eso con todo el mundo, incluso en la oficina.

—Esta semana he estado muy a gusto, gracias, Jack. Sí, creo que tomé la decisión correcta.

—Eres una chica muy lista, Ana. Llegarás lejos. Me ruborizo.

—Gracias —mascullo, porque no sé qué más decir.

—¿Vives lejos?

—En el barrio de Pike Market.

—No muy lejos de mi casa. —Sonriendo, se acerca aún más y se apoya en la barra, casi acorralándome—. ¿Tienes planes este fin de semana?

—Bueno... eh...

Le siento antes de verle. Es como si todo mi cuerpo estuviera sintonizado con el hecho de su presencia. Se relaja y se despierta a la vez, una dualidad interior y rara... y noto esa extraña corriente eléctrica.

Christian me pasa el brazo alrededor del hombro como una muestra de afecto aparentemente relajada, pero yo sé que no es así. Está reclamando un derecho, y en esta ocasión, es muy bien recibido. Me besa suavemente el pelo.

—Hola, nena —murmura.

Al sentir su brazo que me rodea no puedo evitar sentir alivio, y excitación. Me acerca hacia sí, y yo

levanto la vista para mirarle mientras él observa a Jack, impasible. Entonces se gira hacia mí y me dedica una media sonrisa fugaz, seguida de un beso rápido. Lleva una americana azul marino de raya diplomática, con unos vaqueros y una camisa blanca desabrochada. Está para comérselo.

Jack se aparta, incómodo.

—Jack, este es Christian —balbuceo en tono de disculpa. ¿Por qué me estoy disculpando?—. Christian, Jack.

—Yo soy el novio —dice Christian con una sonrisita fría que no alcanza a sus ojos, mientras le estrecha la mano a Jack.

Yo levanto la vista hacia mi jefe, que está evaluando mentalmente al magnífico espécimen varonil que tiene delante.

—Yo soy el jefe —replica Jack, arrogante—. Ana me habló de un ex novio.

Ay, Dios. No te conviene jugar a este juego con Cincuenta.

—Bueno, ya no soy un ex —responde Christian tranquilamente—. Vamos, nena, hemos de irnos.

—Por favor, quedaos a tomar una copa con nosotros —dice Jack con amabilidad.

No creo que sea buena idea. ¿Por qué resulta tan incómodo esto? Miro de reojo a Claire, que, naturalmente, contempla a Christian con la boca abierta y franco deleite carnal. ¿Cuándo dejará de preocuparme el efecto que provoca en otras mujeres?

—Tenemos planes —apunta Christian con su sonrisa enigmática.

¿Ah, sí? Y un escalofrío de expectación recorre mi cuerpo.

—Quizá en otra ocasión —añade—. Vamos —me dice cogiéndome la mano.

—Hasta el lunes.

Sonrío a Jack, a Claire y al tipo de contabilidad, tratando de ignorar el gesto de disgusto de Jack, y salgo por la puerta detrás de Christian.

Taylor está al volante del Audi, que espera junto a la acera.

—¿Por qué me ha parecido eso un concurso de a ver quién mea más lejos? —le pregunto a Christian cuando me abre la puerta del coche.

—Porque lo era —murmura, me dedica su sonrisa enigmática y luego cierra la puerta.

—Hola, Taylor —le digo, y nuestras miradas se encuentran en el retrovisor.

—Señorita Steele —me saluda Taylor con una amplia sonrisa.

Christian se sienta a mi lado, me sujeta la mano y me besa suavemente los nudillos.

—Hola —dice bajito.

Mis mejillas se tiñen de rosa, sé que Taylor nos oye, y agradezco que no vea la mirada abrasadora y terriblemente excitante que me dedica Christian. Tengo que echar mano de toda mi contención para no lanzarme sobre él aquí mismo, en el asiento de atrás del coche.

Oh, el asiento de atrás del coche... mmm.

—Hola —jadeo, con la boca seca.

—¿Qué te gustaría hacer esta noche?

—Creí que dijiste que teníamos planes.

—Oh, yo sé lo que me gustaría hacer, Anastasia. Te pregunto qué quieres hacer tú.

Yo le sonrío radiante.

—Ya veo —dice con una perversa risita—. Pues... a suplicar entonces. ¿Quieres suplicar en mi casa o en la tuya?

Inclina la cabeza y me dedica esa sonrisa tan sexy suya.

—Creo que eres muy presuntuoso, señor Grey. Pero, para variar, podríamos hacerlo en mi apartamento.

Me muerdo el labio deliberadamente y su expresión se ensombrece.

—Taylor, a casa de la señorita Steele, por favor.

—Señor —asiente Taylor, y se incorpora al tráfico.

—¿Qué tal te ha ido el día? —pregunta.

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Bien, gracias.

Su enorme sonrisa se refleja en la mía, y vuelve a besarme la mano.

—Estás guapísima —dice.

—Tú también.

—Tu jefe, Jack Hyde, ¿es bueno en su trabajo?

¡Vaya! Esto sí que es un cambio de tema repentino. Frunzo el ceño.

—¿Por qué? ¿Esto tiene algo que ver con vuestro concurso de meadas?

Christian sonrío maliciosamente.

—Ese hombre quiere meterse en tus bragas, Anastasia —dice con sequedad.

Siento que las mejillas me arden, abro la boca nerviosa, y echo un vistazo a Taylor.

—Bueno, que quiera lo que le dé la gana... ¿por qué estamos hablando de esto? Ya sabes que él no me interesa en absoluto. Solo es mi jefe.

—Esa es la cuestión. Quiere lo que es mío. Necesito saber si hace bien su trabajo.

Me encojo de hombros.

—Creo que sí.

¿Adónde quiere ir a parar con esto?

—Bien, más le vale dejarte en paz, o acabará de patitas en la calle.

—Christian, ¿de qué hablas? No ha hecho nada malo...

Todavía. Solo se acerca demasiado.

—Si hace cualquier intento o acercamiento, me lo dices. Se llama conducta inmoral grave... o acoso sexual.

—Solo ha sido una copa después del trabajo.

—Lo digo en serio. Un movimiento en falso y se va a la calle.

—Tú no tienes poder para eso. —¡Por Dios! Y antes de ponerle los ojos en blanco, caigo en la cuenta, y es como si chocara contra un camión de mercancías a toda velocidad—. ¿O sí, Christian?

Me dedica su sonrisa enigmática.

—Vas a comprar la empresa —murmuro horrorizada.

En respuesta al pánico de mi voz aparece su sonrisa.

—No exactamente.

—La has comprado. SIP. Ya.

Me mira cauteloso y pestañea.

—Es posible.

—¿La has comprado o no?

—La he comprado.

¿Qué demonios...?

—¿Por qué? —grito, espantada.

Oh, sinceramente, esto ya es demasiado.

—Porque puedo, Anastasia. Necesito que estés a salvo.

—¡Pero dijiste que no interferirías en mi carrera profesional!

—Y no lo haré.

Aparto mi mano de la suya.

—Christian...

Me faltan las palabras.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Sí. Claro que estoy enfadada contigo. —Estoy furiosa—. Quiero decir, ¿qué clase de ejecutivo responsable toma decisiones basadas en quien se esté tirando en ese momento?

Palidezco y vuelvo a mirar inquieta y de reojo a Taylor, que nos ignora estoicamente.

Maldición. ¡Vaya un momento para que se estropee el filtro de control cerebro-boca!

Christian abre la suya, luego vuelve a cerrarla y me mira con mala cara. Yo le devuelvo la mirada. Mientras ambos nos fulminamos con la vista, la atmósfera en el interior del coche se degrada de reunión cariñosa a gélida, con palabras implícitas y reproches en potencia.

Afortunadamente, nuestro incómodo trayecto en coche no dura mucho, y Taylor aparca por fin frente a mi apartamento.

Yo salgo a toda prisa del vehículo, sin esperar a que nadie me abra la puerta.

Oigo que Christian le dice a Taylor entre dientes:
—Creo que más vale que esperes aquí.

Noto que le tengo detrás, mientras rebusco en el bolso intentando encontrar las llaves de la puerta principal.

—Anastasia —dice con calma, como si yo fuera una especie de animal acorralado.

Suspiro y me giro para mirarle a la cara. Estoy tan enfadada con él que mi rabia es palpable... una criatura tenebrosa que amenaza con ahogarme.

—Primero, hace tiempo que no te follo... mucho tiempo, tal como yo lo siento; y segundo, quería entrar en el negocio editorial. De las cuatro empresas que hay Seattle, SIP es la más rentable, pero está pasando por un mal momento y va a estancarse... necesita diversificarse.

Yo le miro fija, gélidamente. Sus ojos son tan intensos, amenazadores incluso, pero endiabladamente sexys. Podría perderme en sus grises profundidades.

—Así que ahora eres mi jefe —replico.

—Técnicamente, soy el jefe del jefe de tu jefe.

—Y, técnicamente, esto es conducta inmoral grave: el hecho de que me esté tirando al jefe del jefe de mi jefe.

—En este momento, estás discutiendo con él — responde Christian irritado.

—Eso es porque es un auténtico gilipollas — mascullo.

Christian, atónito, da un paso hacia atrás. Ay, Dios. ¿He ido demasiado lejos?

—¿Un gilipollas? —murmura mientras su cara adquiere una expresión divertida.

¡Maldita sea! ¡Estoy enfadada contigo, no me hagas reír!

—Sí.

Me esfuerzo por mantener mi actitud de ultraje moral.

—¿Un gilipollas? —repite Christian.

Esta vez sus labios se tuercen para disimular una sonrisa.

—¡No me hagas reír cuando estoy enfadada contigo! —grito.

Y él sonrío, enseñando toda la dentadura con esa sonrisa deslumbrante de muchachote americano, y yo no puedo contenerme. Sonrío y me echo a reír también. ¿Cómo podría no afectarme la alegría que veo en su sonrisa?

—El que tenga una maldita sonrisa estúpida en la cara no significa que no esté cabreadísima contigo —digo sin aliento, intentando reprimir mi risita tonta de animadora de instituto.

Aunque yo nunca fui animadora, pienso con amargura.

Se inclina y creo que va a besarme, pero no lo hace. Me huele el pelo e inspira profundamente.

—Eres imprevisible, señorita Steele, como siempre. —Se incorpora de nuevo y me observa, con una chispa de humor en los ojos—. ¿Piensas invitarme o vas a enviarme a casa por ejercer mi derecho democrático, como ciudadano americano, empresario y consumidor, de comprar lo que me dé la real gana?

—¿Has hablado con el doctor Flynn de eso?

Se ríe.

—¿Vas a dejarme entrar o no, Anastasia?

Yo intento ponerle mala cara —morderme el labio ayuda—, pero sonrío al abrir la puerta. Christian se da la vuelta, le hace un gesto a Taylor, y el Audi se marcha.

Es raro estar con Christian Grey en el apartamento. Parece un sitio muy pequeño para él.

Sigo enfadada: su acoso no tiene límites, y ahora caigo que es así como supo que los correos de SIP estaban monitorizados. Seguramente sabe más de SIP que yo. Esa idea me resulta desagradable.

¿Qué puedo hacer? ¿Por qué tiene esa necesidad de mantenerme a salvo? Soy una adulta —más o menos—, por el amor de Dios... ¿Qué puedo hacer para tranquilizarle?

Observo su cara mientras se pasea por la habitación como un animal enjaulado, y mi rabia disminuye. Verle aquí, en mi espacio, cuando creí que habíamos terminado, es reconfortante. Más que reconfortante... le quiero, y mi corazón se expande con un júbilo exaltado y embriagador. Él echa un vistazo por todas partes, examinando el entorno.

—Es bonito —dice.

—Los padres de Kate lo compraron para ella.

Asiente abstraído y sus vivaces ojos grises descansan en los míos, me miran.

—Esto... ¿quieres beber algo? —susurro, ruborizada por los nervios.

—No, gracias, Anastasia.

Su mirada se ensombrece.

¿Por qué estoy tan nerviosa?

—¿Qué te gustaría hacer, Anastasia? —pregunta dulcemente mientras camina hacia mí, salvaje y

ardiente—. Yo sé lo que quiero hacer —añade en voz baja.

Me echo hacia atrás y choco contra el cemento de la cocina tipo isla.

—Sigo enfadada contigo.

—Lo sé.

Me sonrío con un amago de disculpa y yo me derrito... bueno, quizá no esté tan enfadada.

—¿Te apetece comer algo? —pregunto.

Él asiente despacio.

—Sí, a ti —murmura.

Mi cuerpo se tensa de cintura para abajo. Solo su voz basta para seducirme, pero esa mirada, esa hambrienta mirada de deseo urgente... Oh, Dios.

Está de pie delante de mí, sin llegar a tocarme. Baja la vista, me mira a los ojos y el calor que irradia su cuerpo me inunda. Siento un ardor sofocante que me aturde y las piernas como si fueran de gelatina, mientras un deseo oscuro me recorre las entrañas. Le deseo.

—¿Has comido hoy? —murmura.

—Un bocadillo al mediodía —susurro.

No quiero hablar de comida.

Entorna los ojos.

—Tienes que comer.

—La verdad es que ahora no tengo hambre... de comida.

—¿De qué tiene hambre, señorita Steele?

—Creo que ya lo sabe, señor Grey.

Se inclina y nuevamente creo que va a besarme, pero no lo hace.

—¿Quieres que te bese, Anastasia? —me susurra bajito al oído.

—Sí —digo sin aliento.

—¿Dónde?

—Por todas partes.

—Vas a tener que especificar un poco más. Ya te dije que no pienso tocarte hasta que me supliques y me digas qué debo hacer.

Estoy perdida; no está jugando limpio.

—Por favor —murmuro.

—Por favor, ¿qué?

—Tócame.

—¿Dónde, nena?

Está tan tentadoramente cerca, su aroma es tan embriagador... Alargo la mano, y él se aparta inmediatamente.

—No, no —me recrimina, y abre los ojos con una repentina expresión de alarma.

—¿Qué?

No... vuelve.

—No.

Niega con la cabeza.

—¿Nada de nada?

No puedo reprimir el anhelo de mi voz.

Me mira desconcertado y su duda me envalentona. Doy un paso hacia él, y se aparta, levanta las manos para defenderse, pero sonriendo.

—Oye, Ana...

Es una advertencia, y se pasa la mano por el pelo, exasperado.

—A veces no te importa —comento quejosa—. Quizá debería ir a buscar un rotulador y podríamos hacer un mapa de las zonas prohibidas.

Arquea una ceja.

—No es mala idea. ¿Dónde está tu dormitorio?
Señalo con la cabeza. ¿Está cambiando de tema
aposta?

—¿Has seguido tomando la píldora?

Maldita sea. La píldora.

Al ver mi gesto le cambia la cara.

—No —mascullo.

—Ya —dice, y junta los labios en una fina línea—.
Ven, comamos algo.

—¡Creía que íbamos a acostarnos! Yo quiero
acostarme contigo.

—Lo sé, nena.

Sonríe y de repente viene hacia mí, me sujeta las
muñecas, me atrae a sus brazos y me estrecha contra su
cuerpo.

—Tú tienes que comer, y yo también —murmura,
y baja hacia mí sus ardientes ojos grises—. Además... la
expectación es clave en la seducción, y la verdad es que
ahora mismo estoy muy interesado en posponer la
gratificación.

Ah... ¿desde cuándo?

—Yo ya he sido seducida y quiero mi gratificación
ahora. Te suplicaré, por favor —digo casi gimoteante.

Me sonrío con ternura.

—Come. Estás demasiado flaca.

Me besa la frente y me suelta.

Esto es un juego, parte de algún plan diabólico.
Le frunzo el ceño.

—Sigo enfadada porque compraras SIP, y ahora
estoy enfadada porque me haces esperar —digo
haciendo un puchero.

—La damita está enfadada, ¿eh? Después de comer te sentirás mejor.

—Ya sé después de qué me sentiré mejor.

—Anastasia Steele, estoy escandalizado —dice en tono burlón.

—Deja de burlarte de mí. No estás jugando limpio.

Disimula la sonrisa mordiéndose el labio inferior. Tiene un aspecto sencillamente adorable... de Christian travieso que juega con mi libido. Si mis armas de seducción fueran mejores, sabría qué hacer, pero no poder tocarle lo hace aún más difícil.

La diosa que llevo dentro entorna los ojos y parece pensativa. Hemos de trabajar en eso.

Mientras Christian y yo nos miramos fijamente —yo ardiente, molesta y anhelante, y él, relajado, divirtiéndose a mi costa—, caigo en la cuenta de que no tengo comida en el piso.

—Podría cocinar algo... pero tendremos que ir a comprar.

—¿A comprar?

—La comida.

—¿No tienes nada aquí?

Se le endurece el gesto.

Yo niego con la cabeza. Dios, parece bastante enfadado.

—Pues vamos a comprar —dice en tono severo y, girando sobre sus talones, va hacia la puerta y me la abre de par en par.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en un supermercado?

Christian parece fuera de lugar, pero me sigue diligentemente, cargando con la cesta de la compra.

—No me acuerdo.

—¿La señora Jones se encarga de todas las compras?

—Creo que Taylor la ayuda. No estoy seguro.

—¿Te parece bien algo salteado? Es rápido.

—Un salteado suena bien.

Christian sonrío, sin duda imaginando qué hay detrás de mi deseo de preparar algo rápido.

—¿Hace mucho que trabajan para ti?

—Taylor, cuatro años, me parece. La señora Jones más o menos lo mismo. ¿Por qué no tenías comida en el apartamento?

—Ya sabes por qué —murmuro, ruborizada.

—Fuiste tú quien me dejó —masculla, molesto.

—Ya lo sé —replico en voz muy baja; no quiero que me lo recuerde.

Llegamos a la caja y nos ponemos en la cola sin hablar.

Si no me hubiera ido, ¿me habrías ofrecido la alternativa vainilla?, me pregunto vagamente.

—¿Tienes algo para beber? —dice, devolviéndome al presente.

—Cerveza... creo.

—Compraré un poco de vino.

Ay, Dios. No estoy segura de qué tipo de vino tienen en el supermercado Ernie's. Christian vuelve con las manos vacías y una mueca de disgusto.

—Aquí al lado hay una buena licorería —digo enseguida.

—Veré qué tienen.

Quizá deberíamos ir a su piso, y así no pasaríamos por todo este lío. Le veo salir por la puerta muy decidido, con su elegancia natural. Dos mujeres que entran se paran y se quedan mirando. Ah, sí, mirad a mi Cincuenta Sombras, pienso con cierto desaliento.

Le deseo tal como le recuerdo, en mi cama, pero se está haciendo mucho de rogar. A lo mejor yo debería hacer lo mismo. La diosa que llevo dentro asiente frenéticamente. Y mientras hago cola, se nos ocurre un plan. Mmm...

Christian entra las bolsas de la compra al apartamento. Ha cargado con ellas todo el camino desde que salimos de la tienda. Se le ve muy raro, muy distinto de su porte habitual de presidente.

—Se te ve muy... doméstico.

—Nadie me había acusado de eso antes —dice con sequedad.

Coloca las bolsas sobre la encimera de la isla de la cocina. Mientras yo empiezo a vaciarlas, él saca una botella de vino y busca un sacacorchos.

—Este sitio aún es nuevo para mí. Me parece que el abridor está en ese cajón de allí —digo, señalando con la barbilla.

Esto parece tan... normal. Dos personas que se están conociendo, que se disponen a comer. Y, sin embargo, es tan raro. El miedo que siempre sentía en su presencia ha desaparecido. Ya hemos hecho tantas cosas juntos que me ruborizo solo de pensarlo, y aun así apenas le conozco.

—¿En qué estás pensando?

Christian interrumpe mis fantasías mientras se quita la americana de rayas y la deja sobre el sofá.

—En lo poco que te conozco, en realidad.

Se me queda mirando y sus ojos se apaciguan.

—Me conoces mejor que nadie.

—No creo que eso sea verdad.

De pronto, y totalmente en contra de mi voluntad, la señora Robinson aparece en mi mente.

—La cuestión, Anastasia, es que soy una persona muy, muy cerrada.

Me ofrece una copa de vino blanco.

—Salud —dice.

—Salud —contesto, y bebo un sorbo mientras él mete la botella en la nevera.

—¿Puedo ayudarte con eso? —pregunta.

—No, no hace falta... siéntate.

—Me gustaría ayudar.

Parece sincero.

—Puedes picar las verduras.

—No sé cocinar —dice, mirando con suspicacia el cuchillo que le doy.

—Supongo que no lo necesitas.

Le pongo delante una tabla para cortar y unos pimientos rojos. Los mira, confundido.

—¿Nunca has picado una verdura?

—No.

Lo miro riendo.

—¿Te estás riendo de mí?

—Por lo visto hay algo que yo sé hacer y tú no. Reconozcámoslo, Christian, creo que esto es nuevo. Ven, te enseñaré.

Le rozo y se aparta. La diosa que llevo dentro se incorpora y observa.

—Así —digo, mientras corto el pimiento rojo y aparto las semillas con cuidado.

—Parece bastante fácil.

—No deberías tener ningún problema para conseguirlo —le aseguro con ironía.

Él me observa impasible un momento y después se pone a ello, mientras yo comienzo a preparar los dados de pollo. Empieza a cortar, con cuidado, despacio. Por favor... así estaremos aquí todo el día.

Me lavo las manos y busco el wok, el aceite y los demás ingredientes que necesito, rozándole repetidas veces: con la cadera, el brazo, la espalda, las manos. Toquecitos inocentes. Cada vez que lo hago, él se queda muy quieto.

—Sé lo que estás haciendo, Anastasia —murmura sombrío, mientras sigue aún con el primer pimiento.

—Creo que se llama cocinar —digo, moviendo las pestañas.

Cojo otro cuchillo y me coloco a su lado para pelar y cortar el ajo, las chalotas y las judías verdes, chocando con él a cada momento.

—Lo haces bastante bien —musita mientras empieza con el segundo pimiento rojo.

—¿Picar? —Le miro y aleteo las pestañas—. Son años de práctica.

Vuelvo a rozarle, esta vez con el trasero. Él se queda inmóvil otra vez.

—Si vuelves a hacer eso, Anastasia, te follaré en el suelo de la cocina.

Oh, vaya, esto funciona.

—Primero tendrás que suplicarme.

—¿Me estás desafiando?

—Puede.

Deja el cuchillo y, lentamente, da un paso hacia mí. Le arden los ojos. Se inclina a mi lado, apaga el gas. El aceite del wok deja de crepitar casi al instante.

—Creo que comeremos después —dice—. Mete el pollo en la nevera.

Esta es una frase que nunca habría esperado oír de labios de Christian Grey, y solo él puede hacer que suene erótica, muy erótica. Cojo el bol con los dados de pollo, le pongo un plato encima con manos algo temblorosas y lo guardo en la nevera. Cuando me doy la vuelta, él está a mi lado.

—¿Así que vas a suplicar? —susurro, mirando audazmente sus ojos turbios.

—No, Anastasia. —Menea la cabeza—. Nada de súplicas.

Su voz es tenue y seductora.

Y nos quedamos mirándonos el uno al otro, embebiéndonos el uno del otro... el ambiente se va cargando, casi saltan chispas, sin que ninguno diga nada, solo mirando. Me muerdo el labio cuando el deseo por ese hombre me domina con ánimo de venganza, incendia mi cuerpo, me roba el aliento, me inunda de cintura para abajo. Veo mis reacciones reflejadas en su semblante, en sus ojos.

De golpe, me agarra por las caderas y me arrastra hacia él, mientras yo hundo las manos en su cabello y su boca me reclama. Me empuja contra la nevera, y oigo la vaga protesta de la hilera de botellas y tarros en el interior, mientras su lengua encuentra la

mía. Yo jadeo en su boca, y una de sus manos me sujeta el pelo y me echa hacia atrás la cabeza mientras nos besamos salvajemente.

—¿Qué quieres, Anastasia? —jadea.

—A ti —gimo.

—¿Dónde?

—En la cama.

Me suelta, me coge en brazos y me lleva deprisa y sin aparente esfuerzo a mi dormitorio. Me deja de pie junto a la cama, se inclina y enciende la luz de la mesita. Echa una ojeada rápida a la habitación y se apresura a correr las cortinas beis.

—¿Ahora qué? —dice en voz baja.

—Hazme el amor.

—¿Cómo?

Madre mía.

—Tienes que decírmelo, nena.

Por Dios...

—Desnúdame —digo ya jadeando.

Él sonríe, mete el dedo índice en el escote de mi blusa y tira hacia él.

—Buena chica —murmura, y sin apartar sus ardientes ojos de mí, empieza a desabrocharme despacio.

Con cuidado, apoyo las manos en sus brazos para mantener el equilibrio. Él no protesta. Sus brazos son una zona segura. Cuando ha terminado con los botones, me saca la blusa por encima de los hombros, y yo le suelto para dejar que la prenda caiga al suelo. Él se inclina hasta la cintura de mis vaqueros, desabrocha el botón y baja la cremallera.

—Dime lo que quieres, Anastasia.

Le centellean los ojos. Separa los labios y respira entrecortadamente.

—Bésame desde aquí hasta aquí —susurro deslizando un dedo desde la base de la oreja hasta la garganta.

Él me aparta el pelo de esa línea de fuego y se inclina, dejando un rastro de besos suaves y cariñosos por el trazado de mi dedo, y luego de vuelta.

—Mis vaqueros y las bragas —murmuro, y él, pegado a mi cuello, sonrío antes de dejarse caer de rodillas ante mí.

Oh, me siento tan poderosa. Mete los pulgares en mis pantalones y me los quita con cuidado por las piernas junto con mis bragas. Yo doy un paso al lado para librarme de los zapatos y la ropa, de manera que me quedo solo con el sujetador. Él se para y alza la mirada expectante, pero no se levanta.

—¿Ahora qué, Anastasia?

—Bésame —musito.

—¿Dónde?

—Ya sabes dónde.

—¿Dónde?

Ah, es implacable. Avergonzada, señalo rápidamente la cúspide de mis muslos y él sonrío de par en par. Cierro los ojos, mortificada pero al mismo tiempo increíblemente excitada.

—Oh, encantado —dice entre risas.

Me besa y despliega la lengua, su lengua experta en dar placer. Yo gimo y me agarro a su cabello. Él no para, me rodea el clítoris con la lengua y me vuelve loca, una vez y otra, una vuelta y otra. Ahhh... solo hace... ¿cuánto? Oh...

—Christian, por favor —suplico.

No quiero correrme de pie. No tengo fuerzas.

—¿Por favor qué, Anastasia?

—Hazme el amor.

—Es lo que hago —susurra, exhalando suavemente en mi entrepierna.

—No. Te quiero dentro de mí.

—¿Estás segura?

—Por favor.

No cesa en su exquisita y dulce tortura. Gimo en voz alta.

—Christian... por favor.

Se levanta y me mira de arriba abajo, y en sus labios brilla la prueba de mi excitación.

Es tan erótico...

—¿Y bien? —pregunta.

—¿Y bien, qué? —digo sin aliento y mirándole con un ansia febril.

—Yo sigo vestido.

Le miro boquiabierto y confundida.

¿Desnudarle? Sí, eso puedo hacerlo. Me acerco a su camisa y él da un paso atrás.

—Ah, no —me riñe.

Por Dios, quiere decir los vaqueros.

Uf... y eso me da una idea. La diosa que llevo dentro me aclama a gritos y me pongo de rodillas ante él. Con dedos temblorosos y bastante torpeza, le desabrocho el cinturón y la bragueta, después tiro de sus vaqueros y sus calzoncillos hacia abajo, y lo libero. Uau.

Alzo la vista a través de las pestañas, y él me está mirando con... ¿qué? ¿Inquietud? ¿Asombro? ¿Sorpresa?

Da un paso a un lado para zafarse de los pantalones, se quita los calcetines, y yo lo tomo en mi mano, y aprieto y tiro hacia atrás como él me ha enseñado. Gime y se tensa, respirando con dificultad entre los dientes apretados. Con mucho tiento, me meto su miembro en mi boca y chupo... fuerte. Mmm, sabe tan bien...

—Ah. Ana... oh, despacio.

Me coge la cabeza tiernamente, y yo le empujo más al fondo de mi boca, y junto los labios, tan fuerte como puedo, me cubro los dientes y chupo fuerte.

—Joder —masculla.

Oh, es un sonido agradable, sugerente y sexy, así que vuelvo a hacerlo, hundo la boca hasta el fondo y hago girar la lengua alrededor de la punta. Mmm... me siento como Afrodita.

—Ana, ya basta. Para.

Vuelvo a hacerlo (suplica, Grey, suplica), y otra vez.

—Ana, ya has demostrado lo que querías —gruñe entre dientes—. No quiero correrme en tu boca.

Lo hago otra vez, y él se inclina, me agarra por los hombros, me pone en pie de golpe y me tira sobre la cama. Se quita la camisa por la cabeza, y luego, como un buen chico, se agacha para sacar un paquetito plateado del bolsillo de sus vaqueros tirados en el suelo. Está jadeando, como yo.

—Quítate el sujetador —ordena.

Me incorporo y hago lo que me dice.

—Tumbate. Quiero mirarte.

Me tumbo, y alzo la vista hacia él mientras saca el condón. Le deseo tanto. Me mira y se relame.

—Eres preciosa, Anastasia Steele.

Se inclina sobre la cama, y lentamente se arrastra sobre mí, besándome al hacerlo. Besa mis dos pechos y juguetea con mis pezones por turnos, mientras yo jadeo y me retuerzo debajo de él, pero no se detiene.

No... Para. Te deseo.

—Christian, por favor.

—¿Por favor, qué? —murmura entre mis pechos.

—Te quiero dentro de mí.

—¿Ah, sí?

—Por favor.

Sin dejar de mirarme, me separa las piernas con las suyas y se mueve hasta quedar suspendido sobre mí. Sin apartar sus ojos de los míos, se hunde en mi interior con un ritmo deliciosamente lento.

Cierro los ojos, deleitándome en la lentitud, en la sensación exquisita de su posesión, e instintivamente arqueo la pelvis para recibirle, para unirme a él, gimiendo en voz alta. Él se retira suavemente y vuelve a colmarme muy despacio. Mis dedos encuentran el camino hasta su pelo sedoso y rebelde, y él sigue moviéndose muy despacio, dentro y fuera una y otra vez.

—Más rápido, Christian, más rápido... por favor.

Baja la vista, me mira triunfante y me besa con dureza, y luego empieza a moverse de verdad —catigador, implacable... oh, Dios—, y sé que esto no durará mucho. Adopta un ritmo palpitante. Yo empiezo a acelerarme, mis piernas se tensan debajo de él.

—Vamos, nena —gime—. Dámelo.

Sus palabras son mi detonante, y estallo de forma escandalosa, arrolladora, en un millón de pedazos en torno a él, y él me sigue gritando mi nombre.

—¡Ana! ¡Oh, joder, Ana!

Se derrumba encima de mí, hundiendo la cabeza en mi cuello.

Cuando recobro la cordura, abro los ojos y alzo la mirada a la cara del hombre que amo. Christian tiene una expresión suave, tierna. Frota su nariz contra la mía, se apoya en los codos y, tomando mis manos entre las suyas, las coloca junto a mi cabeza. Sospecho que, por desgracia, lo hace para que no le toque. Me besa los labios con dulzura mientras sale de mí.

—He echado de menos esto —dice en voz baja.

—Yo también —susurro.

Me coge por la barbilla y me besa con fuerza. Un beso apasionado y suplicante, ¿pidiendo qué? No lo sé, y eso me deja sin aliento.

—No vuelvas a dejarme —me implora, mirándome con seriedad a lo más profundo de mis ojos.

—Vale —murmuro, y le sonrío. Me responde con una sonrisa deslumbrante: de alivio, euforia y placer adolescente, combinados en una mirada encantadora que derretiría el más frío de los corazones—. Gracias por el iPad.

—No se merecen, Anastasia.

—¿Cuál es tu canción favorita de todas las que hay?

—Eso sería darte demasiada información. — Sonríe satisfecho—. Venga, prepárame algo de comer, muchacha, estoy hambriento —añade, incorporándose de repente en la cama y arrastrándome con él.

—¿Muchacha? —digo con una risita.

—Muchacha. Comida, ahora, por favor.

—Ya que lo pide con tanta amabilidad, señor... Me pondré ahora mismo.

Al levantarme rápidamente de la cama, la almohada se mueve y aparece debajo el globo deshinchado del helicóptero. Christian lo coge y me mira, desconcertado.

—Ese es mi globo —digo con afán posesivo mientras cojo mi bata y me envuelvo con ella.

Oh, Dios... ¿por qué ha tenido que encontrar eso?

—¿En tu cama? —murmura.

—Sí. —Me ruborizo—. Me ha hecho compañía.

—Qué afortunado, *Charlie Tango* —dice con aire sorprendido.

Sí, soy una sentimental, Grey, porque te quiero.

—Mi globo —digo otra vez, doy media vuelta y me encamino hacia la cocina, y él se queda sonriendo de oreja a oreja.

Christian y yo estamos sentados en la alfombra persa de Kate, comiendo con palillos salteado de pollo con fideos de unos boles blancos de porcelana y bebiendo Pinot Grigio blanco frío. Christian está apoyado en el sofá con sus largas piernas estiradas hacia delante. Tiene el pelo alborotado, lleva los vaqueros y la camisa, y nada más. De fondo suena el Buena Vista Social Club del iPod de Christian.

—Esto está muy bueno —dice elogiosamente mientras ataca la comida.

Yo estoy sentada a su lado con las piernas cruzadas, comiendo vorazmente como si estuviera muerta de hambre y admirando sus pies desnudos.

—Casi siempre cocino yo. Kate no sabe cocinar.

—¿Te enseñó tu madre?

—La verdad es que no —digo con sorna—. Cuando empecé a interesarme por la cocina, mi madre estaba viviendo con su marido número tres en Mansfield, Texas. Y Ray... bueno, él habría sobrevivido a base de tostadas y comida preparada de no ser por mí.

Christian se me queda mirando.

—¿No vivías en Texas con tu madre?

—Su marido, Steve, y yo... no nos llevábamos bien. Y yo echaba de menos a Ray. El matrimonio con Steve no duró mucho. Creo que mi madre acabó recuperando el sentido común. Nunca habla de él —añado en voz baja.

Creo que esa es una etapa oscura de su vida de la que nunca hablamos.

—¿Así que te quedaste en Washington a vivir con tu padrastro?

—Viví muy poco tiempo en Texas y luego volví con Ray.

—Lo dices como si hubieras cuidado de él —observa con ternura.

—Supongo —digo encogiéndome de hombros.

—Estás acostumbrada a cuidar a la gente.

El deje de su voz me llama la atención y levanto la vista.

—¿Qué pasa? —pregunto, sorprendida por su expresión cauta.

—Yo quiero cuidarte.

En sus ojos luminosos brilla una emoción inefable.

El ritmo de mi corazón se acelera.

—Ya lo he notado —musito—. Solo que lo haces de una forma extraña.

Arquea una ceja.

—No sé hacerlo de otro modo —dice quedamente.

—Sigo enfadada contigo porque compraras SIP.

Sonríe.

—Lo sé, pero no me iba a frenar porque tú te enfadaras, nena.

—¿Qué voy a decirles a mis compañeros de trabajo, a Jack?

Entorna los ojos.

—Ese cabrón más vale que vigile.

—¡Christian! —le riño—. Es mi jefe.

Christian aprieta con fuerza los labios, que se convierten en una línea muy fina. Parece un colegial tozudo.

—No se lo digas —dice.

—¿Que no les diga qué?

—Que soy el propietario. El principio de acuerdo se firmó ayer. La noticia no se puede hacer pública hasta dentro de cuatro semanas, durante las cuales habrá algunos cambios en la dirección de SIP.

—Oh... ¿me quedaré sin trabajo? —pregunto, alarmada.

—Sinceramente, lo dudo —dice Christian con sarcasmo, intentando disimular una sonrisa.

—Si me marchó y encuentro otro trabajo, ¿comprarás esa empresa también? —insinúa burlona.

—No estarás pensando en irte, ¿verdad?

Su expresión cambia, vuelve a ser cautelosa.

—Posiblemente. No creo que me hayas dejado otra opción.

—Sí, compraré esa empresa también —dice categórico.

Yo vuelvo a mirarle ceñuda. Es una situación en la que tengo las de perder.

—¿No crees que estás siendo excesivamente protector?

—Sí, soy perfectamente consciente de que eso es lo que parece.

—Que alguien llame al doctor Flynn —murmuro.

Él deja en el suelo el bol vacío y me mira impasible. Suspiro. No quiero discutir. Me levanto y lo recojo.

—¿Quieres algo de postre?

—¡Ahora te escucho! —dice con una sonrisa lasciva.

—Yo no. —¿Por qué yo no? La diosa que llevo dentro despierta de su letargo y se sienta erguida, toda oídos—. Tenemos helado. De vainilla —digo con una risita.

—¿En serio? —La sonrisa de Christian se ensancha—. Creo que podríamos hacer algo con eso.

¿Qué? Me lo quedo mirando estupefacta y él se pone de pie ágilmente.

—¿Puedo quedarme? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Toda la noche.

—Lo había dado por sentado —digo ruborizándome.

—Bien. ¿Dónde está el helado?

—En el horno.

Le sonrío con dulzura.

Inclina la cabeza a un lado, suspira y cabecea.

—El sarcasmo es la expresión más baja de la inteligencia, señorita Steele.

Sus ojos centellean.

Oh, Dios. ¿Qué planea?

—Todavía puedo tumbarte en mis rodillas.

Yo pongo los boles en el fregadero.

—¿Tienes esas bolas plateadas?

Él se palpa el torso, el estómago y los bolsillos de los vaqueros.

—Muy graciosa. No voy por ahí con un juego de recambio. En el despacho no me sirven de mucho.

—Me alegra mucho oír eso, señor Grey, y creí que habías dicho que el sarcasmo era la expresión más baja de la inteligencia.

—Bien, Anastasia, mi nuevo lema es: «Si no puedes vencerles, únete a ellos».

Le miro boquiabierta. No puedo creer que acabe de decir eso. Y él me sonrío satisfecho y por lo visto perversamente encantado consigo mismo. Se da la vuelta, abre el congelador y saca una tarrina del mejor Ben & Jerry's de vainilla.

—Esto servirá. —Me mira con sus ojos turbios—. Ben & Jerry's & Ana —añade, diciendo cada palabra muy despacio, pronunciando claramente todas las sílabas.

Ay, madre. Creo que nunca más podré cerrar la boca. Él abre el cajón de los cubiertos y coge una cuchara. Cuando levanta la vista, tiene los ojos

entornados y desliza la lengua por encima de los dientes de arriba. Oh, esa lengua.

Siento que me falta el aire. Un deseo oscuro, atrayente y lascivo circula abrasador por mis venas. Vamos a divertirnos, con comida.

—Espero que estés calentita —susurra—. Voy a enfriarte con esto. Ven.

Me tiende la mano y le entrego la mía.

Una vez en mi dormitorio, coloca el helado en la mesita, aparta el edredón de la cama, saca las dos almohadas y las apila en el suelo.

—Tienes sábanas de recambio, ¿verdad?

Asiento, observándole fascinada. Christian coge el *Charlie Tango*.

—No enredes con mi globo —le advierto.

Tuerce el labio hacia arriba a modo de media sonrisa.

—Ni se me ocurriría, nena, pero quiero enredar contigo y esas sábanas.

Siento una convulsión en todo el cuerpo.

—Quiero atarte.

Oh.

—De acuerdo —susurro.

—Solo las manos. A la cama. Necesito que estés quieta.

—De acuerdo —asiento otra vez, incapaz de nada más.

Él se acerca a mí, sin dejar de mirarme.

—Usaremos esto.

Coge el cinturón de mi bata con destreza lenta y seductora, deshace el nudo y lo saca de la prenda con delicadeza.

Se me abre la bata, y yo permanezco paralizada bajo su ardiente mirada. Al cabo de un momento, me quita la prenda por los hombros. Esta cae a mis pies, de manera que quedo desnuda ante él. Me acaricia la cara con el dorso de los nudillos, y su roce resuena en lo más profundo de mi entrepierna. Se inclina y me besa los labios fugazmente.

—Túmbate en la cama, boca arriba —murmura, y su mirada se oscurece e incendia la mía.

Hago lo que me dice. Mi habitación está sumida en la oscuridad, salvo por la luz tenue y desvaída de mi lamparita.

Normalmente odio esas bombillas que ahorran energía, porque son muy débiles, pero estando desnuda aquí, con Christian, agradezco esa luz vaga. Él está de pie junto a la cama, contemplándome.

—Podría pasarme el día mirándote, Anastasia —dice, y se sube a la cama, sobre mi cuerpo, a horcajadas—. Los brazos por encima de la cabeza —ordena.

Obedezco y él me ata el extremo del cinturón de mi bata en la muñeca izquierda y pasa el resto entre las barras metálicas del cabezal de la cama. Tensa el cinturón, de forma que mi brazo izquierdo queda flexionado por encima de mí, y luego me ata la mano derecha, y vuelve a tensar la banda.

En cuanto me tiene atada, mirándole, se relaja visiblemente. Le gusta amarrarme. Así no puedo tocarle. Se me ocurre entonces que tampoco ninguna de sus sumisas debe de haberle tocado nunca... y lo que es más, nunca deben de haber tenido la posibilidad de hacerlo. Él

nunca ha perdido el control y siempre se ha mantenido a distancia. Por eso le gustan sus normas.

Se baja de encima de mí y se inclina para darme un besito en los labios. Luego se levanta y se quita la camisa por encima de la cabeza. Se desabrocha los vaqueros y los tira al suelo.

Está gloriosamente desnudo. La diosa que llevo dentro hace un triple salto mortal para bajar de las barras asimétricas, y de pronto se me seca la boca. Realmente es extraordinariamente hermoso. Tiene una silueta de trazo clásico. Espaldas anchas y musculosas y caderas estrechas: el triángulo invertido. Es obvio que lo trabaja. Podría pasarme el día entero mirándole. Se desplaza a los pies de la cama, me sujeta los tobillos y tira de mí hacia abajo, bruscamente, de manera que tengo los brazos tirantes y no puedo moverme.

—Así mejor —asegura.

Coge la tarrina de helado, se sube a la cama con delicadeza y vuelve a ponerse a horcajadas encima de mí. Retira la tapa de la tarrina muy despacio y hunde la cuchara en ella.

—Mmm... todavía está bastante duro —dice arqueando una ceja. Saca una cucharada de vainilla y se la mete en la boca—. Delicioso —susurra y se relame—. Es asombroso lo buena que puede estar esta vainilla sosa y aburrida. —Baja la vista hacia mí y sonrío, burlón—. ¿Quieres un poco?

Está tan absolutamente sexy, tan joven y desenfadado... sentado sobre mí y comiendo de una tarrina de helado, con los ojos brillantes y el rostro resplandeciente. Oh, ¿qué demonios va a hacerme? Como si no lo supiera... Asiento, tímida.

Saca otra cucharada y me la ofrece, así que abro la boca, y entonces él vuelve a metérsela rápidamente en la suya.

—Está demasiado bueno para compartirlo —dice con una sonrisa pícaro.

—Eh —protesto.

—Vaya, señorita Steele, ¿le gusta la vainilla?

—Sí —digo con más energía de la pretendida, e intento en vano quitármelo de encima.

Se echa a reír.

—Tenemos ganas de pelea, ¿eh? Yo que tú no haría eso.

—Helado —ruego.

—Bueno, porque hoy me has complacido mucho, señorita Steele.

Cede y me ofrece otra cucharada. Esta vez me deja comer.

Me entran ganas de reír. Realmente está disfrutando, y su buen humor es contagioso. Coge otra cucharada y me da un poco más, y luego otra vez. Vale, basta.

—Mmm, bueno, este es un modo de asegurarme de que comes: alimentarte a la fuerza. Podría acostumbrarme a esto.

Coge otra cucharada y me ofrece más. Esta vez mantengo la boca cerrada y muevo la cabeza, y él deja que se derrita lentamente en la cuchara, de manera que empieza a gotear sobre mi cuello, sobre mi pecho. Él lo recoge con la lengua, lo lame muy despacio. El anhelo incendia mi cuerpo.

—Mmm... Si viene de ti todavía está mejor, señorita Steele.

Yo tiro de mis ataduras y la cama cruje de forma alarmante, pero no me importa... ardo de deseo, me está consumiendo. Él coge otra cucharada y deja que el helado gotee sobre mis pechos. Luego, con el dorso de la cuchara, lo extiende sobre cada pecho y pezón.

Oh... está frío. Ambos pezones se yerguen y endurecen bajo la vainilla fría.

—¿Tienes frío? —pregunta Christian en voz baja y se inclina para lamirme y chuparme todo el helado, y su boca está caliente comparada con la temperatura de la tarrina.

Es una tortura. A medida que va derritiéndose, el helado se derrama en regueros por mi cuerpo hasta la cama. Sus labios siguen con su pausado martirio, chupando con fuerza, rozando suavemente... ¡Oh, Dios! Estoy jadeando.

—¿Quieres un poco?

Y antes de que pueda negarme o aceptar su oferta, me mete la lengua en la boca, y está fría y es hábil y sabe a Christian y a vainilla. Deliciosa.

Y justo cuando me estoy acostumbrando a esa sensación, él vuelve a sentarse y desliza una cucharada de helado por el centro de mi cuerpo, sobre mi vientre y dentro de mi ombligo, donde deposita una gran porción. Oh, está más frío que antes, pero, extrañamente, me arde sobre la piel.

—A ver, no es la primera vez que haces esto. —A Christian le brillan los ojos—. Vas a tener que quedarte quieta, o toda la cama se llenará de helado.

Me besa ambos pechos y me chupa con fuerza los dos pezones, luego sigue el reguero del helado por mi cuerpo, hacia abajo, chupando y lamiendo por el camino.

Y yo lo intento: intento quedarme quieta, pese a la embriagadora combinación del frío y sus caricias que me inflaman. Pero mis caderas empiezan a moverse de forma involuntaria, rotando con su propio ritmo, atrapadas en el embrujo de la vainilla fría. Él baja más y empieza a comer el helado de mi vientre, gira la lengua dentro y alrededor de mi ombligo.

Gimo. Dios... Está frío, es tórrido, es tentador, pero él no para. Sigue el rastro del helado por mi cuerpo hasta abajo, hasta mi vello púbico, hasta mi clítoris. Y grito, fuerte.

—Calla —dice Christian en voz baja, mientras su lengua mágica procede a lamer la vainilla, y ahora lo ansío calladamente.

—Oh... por favor... Christian.

—Lo sé, nena, lo sé —musita, y su lengua sigue obrando su magia.

No para, simplemente no para, y mi cuerpo asciende... arriba, más arriba. Él desliza un dedo dentro de mí, luego otro, y con lentitud agónica, los mueve dentro y fuera.

—Justo aquí —murmura, y acaricia rítmicamente la pared frontal de mi vagina, mientras sigue lamiendo y chupando de un modo implacable y exquisito.

E inesperadamente estallo en un orgasmo alucinante que aturde todos mis sentidos y arrasa todo lo que sucede ajeno a mi cuerpo, mientras no paro de retorcerme y gemir. Santo Dios, qué rápido ha sido...

Soy vagamente consciente de que él ha parado. Está sobre mí, poniéndose un condón, y luego me penetra, rápido y enérgico.

—¡Oh, sí! —gruñe al hundirse en mí.

Está pegajoso: los restos de helado derretido se desparraman entre los dos. Es una sensación extrañamente perturbadora, pero en la que no puedo sumergirme más de unos segundos, cuando de pronto Christian sale de mi cuerpo y me da la vuelta.

—Así —murmura, y bruscamente vuelve a estar en mi interior, pero no inicia su habitual ritmo de castigo inmediatamente.

Se inclina sobre mí, me desata las manos y me incorpora con un movimiento enérgico, de manera que quedo prácticamente sentada encima de él. Sube las manos, cubre con ellas mis pechos y tira levemente de mis pezones. Yo gimo y echo la cabeza hacia atrás, sobre su hombro. Me roza el cuello con la boca, me muerde, y flexiona las caderas, deliciosamente despacio, colmándome una y otra vez.

—¿Sabes cuánto significas para mí? —me jadea otra vez al oído.

—No —digo sin aliento.

Él sonrío de nuevo pegado a mi cuello, me rodea la barbilla y el cuello con los dedos, y me retiene con fuerza durante un momento.

—Sí, lo sabes. No te dejaré marchar.

Gruño cuando él incrementa el ritmo.

—Eres mía, Anastasia.

—Sí, tuya —jadeo.

—Yo cuido de lo que es mío —sisea, y me muerde la oreja.

Grito.

—Eso es, nena, quiero oírte.

Me pasa una mano por la cintura mientras con la otra me sujeta la cadera y me penetra con más fuerza,

obligándome a gritar otra vez. Y empieza su ritmo de castigo. Se le acelera la respiración, es más brusca, entrecortada, acompasada con la mía. Siento en las entrañas esa sensación apremiante y familiar. ¡Otra vez!

Solo soy sensaciones. Esto es lo que él me provoca: toma mi cuerpo y lo posee totalmente, de modo que solo puedo pensar en él. Su magia es poderosa, arrebatadora. Yo soy una mariposa presa en su red, sin capacidad ni ganas de escapar. Soy suya... absolutamente suya.

—Vamos, nena—gruñe entre dientes cuando llega el momento y, como la aprendiz de brujo que soy, me libero y nos dejamos ir juntos.

Estoy acurrucada en sus brazos sobre sábanas pegajosas. Él tiene la frente pegada a mi espalda y la nariz hundida en mi pelo.

—Lo que siento por ti me asusta —susurro.

—A mí también —dice en voz baja y sin moverse.

—¿Y si me dejas?

Es una idea terrorífica.

—No me voy a ir a ninguna parte. No creo que nunca me canse de ti, Anastasia.

Me doy la vuelta y le miro. Tiene una expresión seria, sincera. Me inclino y le beso con cariño. Él sonríe y extiende la mano para recogerme el pelo detrás de la oreja.

—Nunca había sentido lo que sentí cuando te fuiste, Anastasia. Removería cielo y tierra para no volver a sentirme así.

Suena muy triste, abrumado incluso.

Vuelvo a besarle. Quiero animarnos de algún modo, pero Christian lo hace por mí.

—¿Vendrás mañana a la fiesta de verano de mi padre? Es una velada benéfica anual. Yo dije que iría.

Sonrío, con repentina timidez.

—Claro que iré.

Oh, no. No tengo nada que ponerme.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Dime —insiste.

—No tengo nada que ponerme.

Christian parece momentáneamente incómodo.

—No te enfades, pero sigo teniendo toda esa ropa para ti en casa. Estoy seguro de que hay un par de vestidos.

Frunzo los labios.

—¿Ah, sí? —comento en tono sardónico.

No quiero pelearme con él esta noche. Necesito una ducha.

La chica que se parece a mí espera fuera frente a la puerta de SIP. Un momento... ella es yo. Estoy pálida y sucia, y la ropa que llevo me viene grande. La estoy mirando a ella, que viste mi ropa... saludable y feliz.

—¿Qué tienes tú que yo no tenga? —le pregunto.

—¿Quién eres?

—No soy nadie... ¿Quién eres tú? ¿También eres nadie...?

—Pues ya somos dos...no lo digas, nos harían desaparecer, sabes...

Sonríe despacio, con una mueca diabólica que se extiende por toda su cara, y es tan escalofriante que me pongo a chillar.

—¡Por Dios, Ana!

Christian me zarandea para que despierte.

Estoy tan desorientada. Estoy en casa... a oscuras... en la cama con Christian. Sacudo la cabeza, intentando despejar la mente.

—Nena, ¿estás bien? Has tenido una pesadilla.

—Ah.

Enciende la lámpara y nos baña con su luz tenue. Él baja la vista hacia mí con cara de preocupación.

—La chica —murmuro.

—¿Qué pasa? ¿Qué chica? —pregunta con dulzura.

—Había una chica en la puerta de SIP cuando salí esta tarde. Se parecía a mí... bueno, no.

Christian se queda inmóvil, y cuando la luz de la lámpara de la mesita se intensifica, veo que está lívido.

—¿Cuándo fue eso? —susurra consternado.

Se sienta y me mira fijamente.

—Cuando salí de trabajar esta tarde. ¿Tú sabes quién es?

—Sí.

Se pasa la mano por el pelo.

—¿Quién?

Sus labios se convierten en una línea tensa, pero no dice nada.

—¿Quién? —insisto.

—Es Leila.

Yo trago saliva. ¡La ex sumisa! Recuerdo que Christian habló de ella antes de que voláramos en el planeador. De pronto, su cuerpo emana tensión. Algo pasa.

—¿La chica que puso «Toxic» en tu iPod?

Me mira angustiado.

—Sí. ¿Dijo algo?

—Dijo: «¿Qué tienes tú que yo no tenga?», y cuando le pregunté quién era, dijo: «Nadie».

Christian cierra los ojos, como si le doliera. ¿Qué ha pasado? ¿Qué significa ella para él?

Me pica el cuero cabelludo mientras la adrenalina me recorre el cuerpo. ¿Y si le importa mucho? ¿Quizá la echa de menos? Sé tan poco de sus anteriores... esto... relaciones. Seguro que ella firmó un contrato, e hizo lo que él quería, encantada de darle lo que necesitaba.

Oh, no... y yo no puedo. La idea me da náuseas.

Christian sale de la cama, se pone los vaqueros y va al salón. Echo un vistazo al despertador y veo que son las cinco de la mañana. Me levanto, me pongo su camisa blanca y le sigo.

Vaya, está al teléfono.

—Sí, en la puerta de SIP, ayer... por la tarde — dice en voz baja. Se vuelve hacia mí y, mientras me dirijo hacia la cocina, me pregunta—: ¿A qué hora exactamente?

—Hacia... ¿las seis menos diez? —balbuceo.

¿A quién demonios llama a estas horas? ¿Qué ha hecho Leila? Christian transmite esa información a quien sea que esté al aparato, sin apartar los ojos de mí, con expresión grave y sombría.

—Averigua cómo... Sí... No me lo parecía, pero tampoco habría pensado que ella haría eso. —Cierra los ojos, como si sintiera dolor—. No sé cómo acabará esto... Sí, hablaré con ella... Sí... Lo sé... Averigua cuanto puedas y házmelo saber. Y encuéntrala, Welch... tiene problemas. Encuéntrala.

Cuelga.

—¿Quieres un té? —pregunto.

Té, la respuesta de Ray a cualquier crisis y la única cosa que sabe hacer en la cocina. Lleno el hervidor de agua.

—La verdad es que me gustaría volver a la cama. Su mirada me dice que no es para dormir.

—Bueno, yo necesito un poco de té. ¿Te tomarías una taza conmigo?

Quiero saber qué está pasando. No conseguirás despistarme con sexo.

Él se pasa la mano por el pelo, exasperado.

—Sí, por favor —dice, pero veo que esto le irrita.

Pongo el hervidor al fuego y me ocupo de las tazas y la tetera. Mi ansiedad ha superado el nivel de ataque inminente. ¿Va a explicarme el problema? ¿O voy a tener que sonsacárselo?

Percibo que me está mirando: capto su incertidumbre, y su rabia es palpable. Levanto la vista, y sus ojos brillan de aprensión.

—¿Qué pasa? —pregunto con cariño.

Él sacude la cabeza.

—¿No piensas contármelo?

Suspira y cierra los ojos.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no debería importarte. No quiero que te veas involucrada en esto.

—No debería importarme, pero me importa. Ella me encontró y me abordó a la puerta de mi oficina. ¿Cómo es que me conoce? ¿Cómo es que sabe dónde trabajo? Me parece que tengo derecho a saber qué está pasando.

Él vuelve a pasarse la mano por el pelo, con evidente frustración, como si librara una batalla interior.

—¿Por favor? —pregunto bajito.

Su boca se convierte en una línea tensa, y me mira poniendo los ojos en blanco.

—De acuerdo —dice, resignado—. No tengo ni idea de cómo te encontré. A lo mejor por la fotografía de nosotros en Portland, no sé.

Vuelve a suspirar y noto que dirige su frustración hacia sí mismo.

Espero con paciencia y vierto el agua hirviendo en la tetera, mientras él camina nervioso de un lado para otro. Al cabo de un momento, continúa:

—Mientras yo estaba contigo en Georgia, Leila se presentó sin avisar en mi apartamento y le montó una escena a Gail.

—¿Gail?

—La señora Jones.

—¿Qué quieres decir con que «le montó una escena»?

Me mira, tanteando.

—Dime. Te estás guardando algo.

Mi tono suena más contundente de lo que pretendía.

Él parpadea, sorprendido.

—Ana, yo...

Se calla.

—¿Por favor?

Suspira, derrotado.

—Hizo un torpe intento de cortarse las venas.

—¡Oh, Dios!

Eso explica el vendaje de la muñeca.

—Gail la llevó al hospital. Pero Leila se marchó antes de que yo llegara.

Santo Dios. ¿Qué significa eso? ¿Suicida? ¿Por qué?

—El psiquiatra que la examinó dijo que era la típica llamada de auxilio. No creía que corriera auténtico peligro. Dijo que en realidad no quería suicidarse. Pero yo no estoy tan seguro. Desde entonces he intentado localizarla para proporcionarle ayuda.

—¿Le dijo algo a la señora Jones?

Me mira fijamente. Se le ve muy incómodo.

—No mucho —admite finalmente, pero sé bien que me oculta algo.

Intento tranquilizarme sirviendo el té en las tazas. ¿Así que Leila quiere volver a la vida de Christian y opta por un intento de suicidio para llamar su atención? Santo cielo... resulta aterrador. Pero efectivo. ¿Christian se va de Georgia para estar a su lado, pero ella desaparece antes de que él llegue? Qué extraño...

—¿No puedes localizarla? ¿Y qué hay de su familia?

—No sabe dónde está. Ni su marido tampoco.

—¿Marido?

—Sí —dice en tono abstraído—, lleva unos dos años casada.

¿Qué?

—¿Así que estaba casada cuando estuvo contigo? Dios. Realmente, Christian no tiene escrúpulos.

—¡No! Por Dios, no. Estuvo conmigo hace casi tres años. Luego se marchó y se casó con ese tipo poco después.

—Oh. Entonces, ¿por qué trata de llamar tu atención ahora?

Mueve la cabeza con pesar.

—No lo sé. Lo único que hemos conseguido averiguar es que hace unos meses abandonó a su marido.

—A ver si lo entiendo. ¿No fue tu sumisa hace unos tres años?

—Dos años y medio más o menos.

—Y quería más.

—Sí.

—Pero ¿tu no querías?

—Eso ya lo sabes.

—Así que te dejó.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué quiere volver contigo ahora?

—No lo sé.

Sin embargo, el tono de su voz me dice que, como mínimo, tiene una teoría.

—Pero sospechas...

Entorna los ojos con rabia evidente.

—Sospecho que tiene algo que ver contigo.

¿Conmigo? ¿Qué puede querer de mí? «¿Qué tienes tú que yo no tenga?»

Miro fijamente a Cincuenta, esplendorosamente desnudo de cintura para arriba. Le tengo: es mío. Esto es lo que tengo, y sin embargo ella se parecía a mí: el mismo cabello oscuro y la misma piel pálida. Frunzo el ceño al pensar en eso. Sí... ¿Qué tengo yo que ella no tenga?

—¿Por qué no me lo contaste ayer? —pregunta con dulzura.

—Me olvidé de ella. —Encojo los hombros en un gesto de disculpa—. Ya sabes, la copa después del trabajo para celebrar mi primera semana. Luego llegaste al bar con tu... arranque de testosterona con Jack, y luego nos vinimos aquí. Se me fue de la cabeza. Tú sueles hacer que me olvide de las cosas.

—¿Arranque de testosterona? —dice torciendo el gesto.

—Sí. El concurso de meadas.

—Ya te enseñaré yo lo que es un arranque de testosterona.

—¿No preferirías una taza de té?

—No, Anastasia, no lo prefiero.

Sus ojos encienden mis entrañas, me abrasa con esa mirada de «Te deseo y te deseo ahora». Dios... es tan excitante.

—Olvídate de ella. Ven.

Me tiende la mano.

Cuando le doy la mano, la diosa que llevo dentro da tres volteretas sobre el suelo del gimnasio.

Me despierto, tengo demasiado calor, y estoy abrazada a Christian Grey, desnudo. Aunque está profundamente dormido, me tiene sujeta entre sus

brazos. La débil luz de la mañana se filtra por las cortinas. Tengo la cabeza apoyada en su pecho, la pierna entrelazada con la suya y el brazo sobre su vientre.

Levanto un poco la cabeza, temerosa de despertarle. Parece tan joven, y duerme tan relajado, tan absolutamente bello. No puedo creer que este Adonis sea mío, todo mío.

Mmm... Alargo la mano y le acaricio el torso con cuidado, deslizando los dedos sobre su vello, y él no se mueve. Dios santo. Casi no puedo creerlo. Es realmente mío... durante estos preciosos momentos. Me inclino sobre él y beso tiernamente una de sus cicatrices. Él gime bajito, pero no se despierta, y sonrío. Le beso otra y abre los ojos.

—Hola —digo con una sonrisita culpable.

—Hola —contesta receloso—. ¿Qué estás haciendo?

—Mirarte.

Deslizo los dedos siguiendo el rastro hacia su vello púbico. Él atrapa mi mano, entorna los ojos y luego sonrío con su deslumbrante sonrisa de Christian satisfecho. Entonces me relajo. Mis caricias secretas siguen siendo secretas.

Oh... ¿por qué no me dejarás tocarte?

De pronto se coloca encima de mí, apoyando mi espalda contra el colchón y sujetándome las manos, a modo de advertencia. Me roza la nariz con la suya.

—Me parece que ha estado haciendo algo malo, señorita Steele —me acusa, pero sin perder la sonrisa.

—Me encanta hacer cosas malas cuando estoy contigo.

—¿Te encanta? —pregunta, y me besa levemente los labios—. ¿Sexo o desayuno? —pregunta con sus ojos oscuros, pero rebosantes de humor.

Clava su erección en mí y yo levanto la pelvis para acogerla.

—Buena elección —murmura con los labios pegados a mi cuello, y sus besos empiezan a trazar un sendero hasta mi pecho.

Estoy de pie delante de mi cómoda, mirándome al espejo e intentando dar algo de forma a mi pelo... pero es demasiado largo. Llevo unos vaqueros y una camiseta, y detrás de mí Christian, recién duchado, se está vistiendo. Contemplo ávidamente su cuerpo.

—¿Con qué frecuencia haces ejercicio? —pregunto.

—Todos los días laborables —dice mientras se abrocha la bragueta.

—¿Qué haces?

—Correr, pesas, kickboxing...

Se encoge de hombros.

—¿Kickboxing?

—Sí, tengo un entrenador personal, un ex atleta olímpico que me enseña. Se llama Claude. Es muy bueno. Te gustará.

Me doy la vuelta para mirarle, mientras empieza a abotonarse la camisa blanca.

—¿Qué quieres decir con que me gustará?

—Te gustará como entrenador.

—¿Para qué iba a necesitar yo un entrenador personal? Tú ya me mantienes en forma —le digo en broma.

Se acerca con andar pausado, me rodea con sus brazos, y sus ojos turbios se encuentran con los míos en el espejo.

—Pero, nena, yo quiero que estés en forma para lo que tengo pensado.

Recuerdos del cuarto de juegos invaden mi mente y me ruborizo. Sí... el cuarto rojo del dolor es agotador. ¿Va a llevarme allí otra vez? ¿Quiero yo volver allí?

¡Pues claro que quieres!, me grita la diosa que llevo dentro.

Yo miro fijamente esos ojos grises fascinantes e indescifrables.

—Sé que tienes ganas —me susurra.

Enrojezco, y la desagradable idea de que probablemente Leila era capaz de hacerlo se cuela de forma involuntaria e inoportuna en mi mente. Aprieto los labios y Christian me mira inquieto.

—¿Qué? —pregunta preocupado.

—Nada. —Niego con la cabeza—. Está bien, conoceré a Claude.

—¿En serio?

El rostro de Christian se ilumina con incrédulo asombro. Su expresión me hace sonreír. Parece que le ha tocado la lotería, aunque seguramente él nunca ha comprado un billete... no lo necesita.

—Sí, vaya... Si te hace tan feliz... —digo en tono burlón.

Él tensa los brazos que me rodean y me besa el cuello.

—No tienes ni idea —susurra—. ¿Y qué te gustaría hacer hoy?

Me acaricia con la boca, provocándome un delicioso cosquilleo por todo el cuerpo.

—Me gustaría cortarme el pelo y... mmm... tengo que ingresar un talón y comprarme un coche.

—Ah —dice con cierto deje de suficiencia, y se muerde el labio.

Aparta una mano de mí, la mete en el bolsillo de sus vaqueros y me entrega las llaves de mi pequeño Audi.

—Aquí tienes —dice en voz baja con gesto incierto.

—¿Qué quieres decir con «Aquí tienes»?

Vaya. Parezco enfadada. Maldita sea. Estoy enfadada. ¡Cómo se atreve!

—Taylor lo trajo ayer.

Abro la boca y la cierro, y repito dos veces el proceso, pero me he quedado sin palabras. Me está devolviendo el coche. Maldición, maldición... ¿Por qué no lo he visto venir? Bueno, yo también puedo jugar a este juego. Rebusco en el bolsillo de mis pantalones y saco el sobre con su talón.

—Toma, esto es tuyo.

Christian me mira intrigado, y al reconocer el sobre levanta ambas manos y se separa de mí.

—No, no. Ese dinero es tuyo.

—No. Me gustaría comprarte el coche.

Cambia completamente de expresión. La furia — sí, la furia— se apodera de su rostro.

—No, Anastasia. Tu dinero, tu coche —replica.

—No, Christian. Mi dinero, tu coche. Te lo compraré.

—Yo te regalé ese coche por tu graduación.

—Si me hubieras comprado una pluma... eso hubiera sido un regalo de graduación apropiado. Tú me compraste un Audi.

—¿De verdad quieres discutir esto?

—No.

—Bien... pues aquí tienes las llaves.
Las deja sobre la cómoda.

—¡No me refería a esto!

—Fin de la discusión, Anastasia. No me presiones.

Le miro airada y entonces se me ocurre una cosa. Cojo el sobre y lo parto en dos trozos, y luego en dos más, y lo tiro a la papelera. Ah, qué bien sienta esto.

Christian me observa impasible, pero sé que acabo de prender la mecha y que debería retroceder. Él se acaricia la barbilla.

—Desafiante como siempre, señorita Steele — dice con sequedad.

Gira sobre sus talones y se va a la otra habitación. Esta no es la reacción que esperaba. Yo me imaginaba una catástrofe a gran escala. Me miro al espejo, encojo los hombros y decido hacerme una cola de caballo.

Me pica la curiosidad. ¿Qué estará haciendo Cincuenta? Le sigo a la otra habitación, y veo que está hablando por teléfono.

—Sí, veinticuatro mil dólares. Directamente.

Me mira, sigue impasible.

—Bien... ¿El lunes? Estupendo... No, eso es todo, Andrea.

Cuelga el teléfono.

—Ingresado en tu cuenta, el lunes. No juegues conmigo.

Está enfurecido, pero no me importa.

—¡Veinticuatro mil dólares! —casi grito—. ¿Y tú cómo sabes mi número de cuenta?

Mi ira coge a Christian por sorpresa.

—Yo lo sé todo de ti, Anastasia —dice tranquilamente.

—Es imposible que mi coche costara veinticuatro mil dólares.

—En principio te daría la razón, pero tanto si vendes como si compras, la clave está en conocer el mercado. Había un lunático por ahí que quería ese cacharro, y estaba dispuesto a pagar esa cantidad de dinero. Por lo visto, es un clásico. Pregúntale a Taylor si no me crees.

Lo fulmino con la mirada y él me responde del mismo modo, dos tontos tozudos y enfadados desafiándose con los ojos.

Y entonces lo noto: el tirón, esa electricidad entre nosotros, tangible, que nos arrastra a ambos. De pronto él me agarra y me empuja contra la puerta, con su boca sobre la mía, reclamándome con ansia. Con una mano en mi trasero apretándome contra su entrepierna, y con la otra en la nuca tirándome del pelo y la cabeza hacia atrás. Yo enredo los dedos en su cabello y me aferro a él con fuerza. Con la respiración entrecortada, Christian presiona su cuerpo contra el mío, me aprisiona. Le siento. Me desea, y al notar que me necesita, la excitación se me sube a la cabeza y empieza a darme vueltas.

—¿Por qué... por qué me desafías? —masculla entre sus apasionados besos.

La sangre bulle en mis venas. ¿Siempre tendrá ese efecto sobre mí? ¿Y yo sobre él?

—Porque puedo —digo sin aliento.

Siento más que veo su sonrisa pegada a mi cuello, y entonces apoya su frente contra la mía.

—Dios, quiero poseerte ahora, pero ya no me quedan condones. Nunca me canso de ti. Eres una mujer desquiciante, enloquecedora.

—Y tú me vuelves loca —murmuro—. En todos los sentidos.

Sacude la cabeza.

—Ven. Vamos a desayunar. Y conozco un local donde puedes cortarte el pelo.

—Vale —asiento, y sin más se acaba nuestra pelea.

—Pago yo.

Y cojo la cuenta del desayuno antes que él.

Me pone mala cara.

—Hay que ser más rápido, Grey.

—Tienes razón —dice en tono agrio, pero me parece que está bromeando.

—No pongas esa cara. Tengo veinticuatro mil dólares más que esta mañana. Puedo permitírmelo. —Echo un vistazo a la cuenta—. Veintidós dólares con sesenta y siete centavos por desayunar.

—Gracias —dice a regañadientes.

Oh, el colegial tozudo ha vuelto.

—¿Y ahora adónde?

—¿De verdad quieres cortarte el pelo?

—Sí, míralo.

—Yo te veo guapísima. Como siempre.

Me ruborizo y bajo la mirada a mis dedos, entrelazados en el regazo.

—Y esta noche es la gala benéfica de tu padre.

—Recuerda que es de etiqueta.

—¿Dónde es?

—En casa de mis padres. Hay una carpa. Ya sabes, con toda la parafernalia.

—¿Para qué fundación benéfica es?

Christian se pasa las manos por los muslos, parece incómodo.

—Se llama «Afrontarlo Juntos». Es una fundación que ayuda a los padres con hijos jóvenes drogadictos a que estos se rehabiliten.

—Parece una buena causa —comento.

—Venga, vamos.

Se levanta. Consigue eludir el tema de conversación y me tiende la mano. Cuando se la acepto, entrelaza sus dedos con los míos, fuerte.

Resulta tan extraño... Es tan abierto en ciertos aspectos y tan cerrado en otros... Me lleva fuera del restaurante y caminamos por la calle. Hace una mañana cálida, preciosa. Brilla el sol y el aire huele a café y a pan recién hecho.

—¿Adónde vamos?

—Sorpresa.

Ah, vale. No me gustan nada las sorpresas.

Recorreremos dos manzanas y las tiendas empiezan a ser claramente más exclusivas. Aún no he tenido oportunidad de explorar los alrededores, pero la verdad es que esto está a la vuelta de la esquina de

donde yo vivo. A Kate le encantará. Está lleno de pequeñas boutiques que colmarán su pasión por la moda. De hecho, yo necesito un par de faldas holgadas para el trabajo.

Christian se para frente a un gran salón de belleza de aspecto refinado, y me abre la puerta. Se llama Esclava. El interior es todo blanco y tapicería de piel. En la blanca y austera recepción hay sentada una chica rubia con un uniforme blanco impoluto. Nos mira cuando entramos.

—Buenos días, señor Grey —dice vivaz, y el color aflora a sus mejillas mientras le mira arrobada.

Es el usual efecto Grey, ¡pero ella le conoce! ¿De qué?

—Hola, Greta.

Y él la conoce a ella. ¿Qué pasa aquí?

—¿Lo de siempre, señor? —pregunta educadamente.

Lleva un pintalabios muy rosa.

—No —dice él enseguida, y me mira de reojo, nervioso.

¿Lo de siempre? ¿Qué significa eso?

Santo Dios. ¡Es la regla número seis, el puñetero salón de belleza! ¡Toda esa tontería de la depilación... maldita sea!

¿Aquí es donde traía a todas sus sumisas? ¿Quizá también a Leila? ¿Cómo demonios se supone que tengo que reaccionar a esto?

—La señorita Steele te dirá lo que quiere.

Le miro airada. Está endilgándome las normas disimuladamente. He aceptado lo del entrenador personal... ¿y ahora esto?

—¿Por qué aquí? —le siseo.

—El local es mío, y tengo tres más como este.

—¿Es tuyo? —farfullo, sorprendida.

Vaya, esto no me lo esperaba.

—Sí. Es como actividad suplementaria. Cualquier cosa, todo lo que quieras, te lo pueden hacer aquí, por cuenta de la casa. Todo tipo de masajes: sueco, shiatsu, con piedras volcánicas, reflexología, baños de algas, tratamientos faciales, todas esas cosas que os gustan a las mujeres... todo. Aquí te lo harán.

Agita con aire displicente su mano de dedos largos.

—¿Depilación?

Se echa a reír.

—Sí, depilación también. Completa —susurra en tono conspiratorio, disfrutando de mi incomodidad.

Me ruborizo y miro a Greta, que me observa expectante.

—Querría cortarme el pelo, por favor.

—Por supuesto, señorita Steele.

Greta, toda ella carmín rosa y resolutiva eficiencia germánica, consulta la pantalla de su ordenador.

—Franco estará libre en cinco minutos.

—Franco es muy bueno —dice Christian para tranquilizarme.

Yo intento asimilar todo esto. Christian Grey, presidente ejecutivo, posee una cadena de salones de belleza.

Le miro y de repente le veo palidecer: algo, o alguien, ha llamado su atención. Me doy la vuelta para ver qué está mirando. Por una puerta del fondo del salón

acaba de aparecer una sofisticada rubia platino. La cierra y se pone a hablar con una de las estilistas.

La rubia platino es alta y encantadora, está muy bronceada y tendrá unos treinta y cinco o cuarenta años, resulta difícil de decir. Lleva el mismo uniforme que Greta, pero en negro. Es despampanante. Su cabello, cortado en una melena cálida y recta, brilla como un halo. Al darse la vuelta, ve a Christian y le dedica una sonrisa, una sonrisa cálida y resplandeciente.

—Perdona —balbucea Christian, apurado.

Cruza el salón con zancadas rápidas, pasa junto a las estilistas, todas de blanco, junto a las aprendizas de los lavacabezas, hasta llegar junto a ella. Estoy demasiado lejos para oír la conversación. La rubia platino le saluda con evidentes muestras de afecto, le besa en ambas mejillas, apoya las manos en sus antebrazos, y los dos hablan animadamente.

—¿Señorita Steele?

Greta, la recepcionista, intenta que le haga caso.

—Un momento, por favor.

Observo a Christian, fascinada.

La rubia platino se da la vuelta y me mira. Él está explicándole algo, y ella asiente, levanta las manos entrelazadas y le sonrío. Él le devuelve la sonrisa: está claro que se conocen bien. ¿Quizá trabajaron juntos durante un tiempo? Tal vez ella regente el local; al fin y al cabo, desprende cierto aire de autoridad.

Entonces caigo en la cuenta. Resulta obvio, demoledor, y lo comprendo de un modo visceral en el fondo de mis entrañas. Es ella. Despampanante, mayor, preciosa.

Es la señora Robinson.

Greta, ¿con quién está hablando el señor Grey?

Mi rebelde cabellera empieza a picarme y quiere abandonar el edificio, mientras mi subconsciente me grita que le haga caso. Pero yo aparento bastante indiferencia.

—Ah, es la señora Lincoln. Es la propietaria, junto con el señor Grey.

Greta parece muy dispuesta a hablar.

—¿La señora Lincoln?

Creía que la señora Robinson estaba divorciada. Quizá haya vuelto a casarse con algún pobre infeliz.

—Sí. No suele venir, pero hoy uno de nuestros especialistas está enfermo, y ella le sustituye.

—¿Sabe usted el nombre de pila de la señora Lincoln?

Greta levanta la vista, me mira ceñuda y frunce esos labios rosa brillante, censurando mi curiosidad. Maldita sea, puede que haya ido demasiado lejos.

—Elena —dice de mala gana.

Al verificar que mi sexto sentido no me ha abandonado, me invade una extraña sensación de alivio.

¿Sexto sentido?, se burla mi subconsciente. ¡Sentido pedófilo!

Ellos siguen inmersos en la conversación. Christian le cuenta algo apresuradamente a Elena. Ella parece preocupada, asiente, hace muecas y meneas la

cabeza. Alarga la mano y le acaricia el brazo con dulzura mientras se muerde el labio. Asiente de nuevo, me mira y me dedica una sonrisa tranquilizadora.

Yo solo soy capaz de mirarla con cara de palo. Creo que estoy escandalizada. ¿Cómo se le ha ocurrido traerme aquí?

Ella le susurra algo a Christian, que dirige la mirada brevemente hacia donde yo estoy, y luego se vuelve hacia Elena y contesta. Ella asiente y creo que le desea suerte, pero mi habilidad para leer los labios no es muy buena.

Cincuenta vuelve con paso firme y la ansiedad marcada en el rostro. Maldita sea, claro. La señora Robinson vuelve a la trastienda y cierra la puerta.

Christian frunce el ceño.

—¿Estás bien? —pregunta, tenso y cauto.

—La verdad es que no. ¿No has querido presentarme?

Mi voz suena fría, dura.

Él se queda con la boca abierta, como si hubiera tirado de la alfombra debajo de sus pies.

—Pero yo creía...

—Para ser un hombre tan brillante, a veces... — Me fallan las palabras—. Me gustaría marcharme, por favor.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué —digo, poniendo los ojos en blanco.

Él baja su mirada ardiente hacia mí.

—Lo siento, Ana. No sabía que ella estaría aquí. Nunca está. Ha abierto una sucursal nueva en el Bravern

Center, y normalmente está allí. Hoy se ha puesto alguien enfermo.

Doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta.

—Greta, no necesitaremos a Franco —espeta Christian cuando cruzamos el umbral.

Tengo que reprimir el impulso de salir corriendo. Quiero huir lejos de aquí. Siento unas irresistibles ganas de llorar. Lo único que necesito es escapar de toda esta jodida situación.

Christian camina a mi lado sin decir palabra, mientras yo trato de aclararme la mente. Me abrazo el cuerpo como para protegerme y avanzo con la cabeza gacha, esquivando los árboles de la Segunda Avenida. Él, prudente, no intenta tocarme. Mi mente hierve de preguntas sin respuesta. ¿Se dignará hablar el señor Evasivas?

—¿Solías traer aquí a tus sumisas? —le increpo.

—A algunas sí —dice en voz baja y crispada.

—¿A Leila?

—Sí.

—El local parece muy nuevo.

—Lo han remodelado hace poco.

—Ya. O sea que la señora Robinson conocía a todas tus sumisas.

—Sí.

—¿Y ellas conocían su historia?

—No. Ninguna. Solo tú.

—Pero yo no soy tu sumisa.

—No, está clarísimo que no lo eres.

Me paro y le miro. Tiene los ojos muy abiertos, temerosos, y aprieta los labios en una línea dura e inexpresiva.

—¿No ves lo jodido que es esto? —digo en voz baja, fulminándolo con la mirada.

—Sí. Lo siento.

Y tiene la deferencia de aparentar arrepentimiento.

—Quiero cortarme el pelo, a ser posible en algún sitio donde no te hayas tirado ni al personal ni a la clientela.

No rechista.

—Y ahora, si me perdonas...

—No te marchas, ¿verdad?

—No, solo quiero que me hagan un puñetero corte de pelo. En un sitio donde pueda cerrar los ojos, y que alguien me lave el pelo, y pueda olvidarme de esta carga tan pesada que va contigo.

Él se pasa la mano por el cabello.

—Puedo hacer que Franco vaya a mi apartamento, o al tuyo —sugiere.

—Es muy atractiva.

Parpadea, un tanto extrañado.

—Sí, mucho.

—¿Sigue casada?

—No. Se divorció hace unos cinco años.

—¿Por qué no estás con ella?

—Porque lo nuestro se acabó. Ya te lo he contado.

De repente arquea una ceja. Levanta un dedo y se saca la BlackBerry del bolsillo de la americana. Debe de estar en silencio, porque no la he oído sonar.

—Welch —dice sin más, y luego escucha.

Estamos parados en plena Segunda Avenida y yo me pongo a contemplar el árbol joven que tengo delante, uno verde de hojas ternísimas.

La gente pasa con prisa a nuestro lado, absorta en sus obligaciones propias de un sábado por la mañana. Pensando en sus problemas personales, sin duda. Me pregunto si incluirán el acoso de ex sumisas, a ex amas despampanantes y a un hombre que no tiene ningún respeto por la ley sobre privacidad vigente en Estados Unidos.

—¿Que murió en un accidente de coche? ¿Cuándo?

Christian interrumpe mis ensoñaciones.

Oh, no. ¿Quién? Escucho con más atención.

—Es la segunda vez que ese cabrón no lo ha visto venir. Tiene que saberlo. ¿Es que no siente nada por ella? —Christian, disgustado, menea la cabeza—. Esto empieza a cuadrar... no... explica el porqué, pero no dónde.

Mira a nuestro alrededor como si buscara algo, y, sin darme cuenta, yo hago lo mismo. Nada me llama la atención. Solo hay transeúntes, tráfico y árboles.

—Ella está aquí —continúa Christian—. Nos está vigilando... Sí... No. Dos o cuatro, las veinticuatro horas del día... Todavía no he abordado eso.

Christian me mira directamente.

¿Abordado qué? Frunzo el ceño y me mira con recelo.

—Qué... —murmura y palidece, con los ojos muy abiertos—. Ya veo. ¿Cuándo?... ¿Tan poco hace? Pero ¿cómo?... ¿Sin antecedentes?... Ya. Envíame un e-mail con el nombre, la dirección y fotos si las tienes... las

veinticuatro horas del día, a partir de esta tarde. Ponte en contacto con Taylor.

Cuelga.

—¿Y bien? —pregunto, exasperada.

¿Va a explicármelo?

—Era Welch.

—¿Quién es Welch?

—Mi asesor de seguridad.

—Vale. ¿Qué ha pasado?

—Leila dejó a su marido hace unos tres meses y se largó con un tipo que murió en un accidente de coche hace cuatro semanas.

—Oh.

—El imbécil del psiquiatra debería haberlo previsto —dice enfadado—. El dolor... ese es el problema. Vamos.

Me tiende la mano y yo le entrego la mía automáticamente, pero enseguida la retiro.

—Espera un momento. Estábamos en mitad de una conversación sobre «nosotros». Sobre ella, tu señora Robinson.

Christian endurece el gesto.

—No es mi señora Robinson. Podemos hablar de esto en mi casa.

—No quiero ir a tu casa. ¡Quiero cortarme el pelo! —grito.

Si pudiera concentrarme solo en eso...

Él vuelve a sacarse la BlackBerry del bolsillo y marca un número.

—Greta, Christian Grey. Quiero a Franco en mi casa dentro de una hora. Consúltalo con la señora Lincoln... Bien. —Guarda el teléfono—. Vendrá a la una.

—¡Christian...! —farfullo, exasperada.

—Anastasia, es evidente que Leila sufre un brote psicótico. No sé si va detrás de mí o de ti, ni hasta dónde está dispuesta a llegar. Iremos a tu casa, recogeremos tus cosas, y puedes quedarte en la mía hasta que la hayamos localizado.

—¿Por qué iba a querer yo hacer eso?

—Así podré protegerte.

—Pero...

Me mira fijamente.

—Vas a volver a mi apartamento aunque tenga que llevarte arrastrándote de los pelos.

Le miro atónita... esto es alucinante. Cincuenta Sombras en glorioso tecnicolor.

—Creo que estás exagerando.

—No estoy exagerando. Vamos. Podemos seguir nuestra conversación en mi casa.

Me cruzo de brazos y me quedo mirándole. Esto ha ido demasiado lejos.

—No —proclamo tercamente.

Tengo que defender mi postura.

—Puedes ir por tu propio pie o puedo llevarte yo. Lo que tú prefieras, Anastasia.

—No te atreverás —le desafío.

No me montará una escenita en plena Segunda Avenida...

Esboza media sonrisa, que sin embargo no alcanza a sus ojos.

—Ay, nena, los dos sabemos que, si me lanzas el guante, estaré encantado de recogerlo.

Nos miramos... y de repente se agacha, me coge por los muslos y me levanta. Y, sin darme cuenta, me carga sobre sus hombros.

—¡Bájame! —chillo.

Oh, qué bien sienta chillar.

Él empieza a recorrer la Segunda Avenida a grandes zancadas, sin hacerme el menor caso. Me sujeta fuerte con un brazo alrededor de los muslos y, con la mano libre, me va dando palmadas en el trasero.

—¡Christian! —grito. La gente nos mira. ¿Puede haber algo más humillante?—. ¡Iré andando! ¡Iré andando!

Me baja y, antes de que se incorpore, salgo disparada en dirección a mi apartamento, furiosa, sin hacerle caso. Naturalmente al cabo de un momento le tengo al lado, pero sigo ignorándole. ¿Qué voy a hacer? Estoy furiosa, aunque no estoy del todo segura de qué es lo que me enfurece... son tantas cosas.

Mientras camino muy decidida de vuelta a casa, pienso en la lista:

1. Cargarme a hombros: inaceptable para cualquiera mayor de seis años.
2. Llevarme al salón que comparte con su antigua amante: ¿cómo puede ser tan estúpido?
3. El mismo sitio al que llevaba a sus sumisas: de nuevo, tremendamente estúpido.
4. No darse cuenta siquiera de que no era buena idea: y se supone que es un tipo brillante.
5. Tener ex novias locas. ¿Puedo culparle por eso? Estoy tan furiosa... Sí, puedo.

6. Saber el número de mi cuenta corriente: eso es acoso, como mínimo.

7. Comprar SIP: tiene más dinero que sentido común.

8. Insistir en que me instale en su casa: la amenaza de Leila debe de ser peor de lo que él temía... ayer no dijo nada de eso.

Y entonces caigo en la cuenta. Algo ha cambiado. ¿Qué puede ser? Me paro en seco, y Christian se detiene a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Arquea una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Con Leila.

—Ya te lo he contado.

—No, no me lo has contado. Hay algo más. Ayer no me insististe para que fuera a tu casa. Así que... ¿qué ha pasado?

Se remueve, incómodo.

—¡Christian! ¡Dímelo! —exijo.

—Ayer consiguió que le dieran un permiso de armas.

Oh, Dios. Le miro fijamente, parpadeo y, en cuanto asimilo la noticia, noto que la sangre deja de circular por mis mejillas. Siento que podría desmayarme. ¿Y si quiere matarle? ¡No!

—Eso solo significa que puede comprarse un arma —musito.

—Ana —dice con un tono de enorme preocupación. Apoya las manos en mis hombros y me

atrae hacia él—. No creo que haga ninguna tontería, pero... simplemente no quiero que corras el riesgo.

—Yo no... pero ¿y tú? —murmuro.

Me mira con el ceño fruncido. Le rodeo con los brazos, le abrazo fuerte y apoyo la cara en su pecho. No parece que le importe.

—Vamos a tu casa —susurra.

Se inclina, me besa el cabello, y ya está. Mi furia ha desaparecido por completo, pero no está olvidada. Se disipa ante la amenaza de que pueda pasarle algo a Christian. La sola idea me resulta insoportable.

Una vez en casa, preparo con cara seria una maleta pequeña, y meto en mi mochila el Mac, la BlackBerry, el iPad y el globo del *Charlie Tango*.

—¿El *Charlie Tango* también viene? —pregunta Christian.

Asiento y me dedica una sonrisita indulgente.

—Ethan vuelve el martes —musito.

—¿Ethan?

—El hermano de Kate. Se quedará aquí hasta que encuentre algo en Seattle.

Christian me mira impasible, pero capto la frialdad que asoma en sus ojos.

—Bueno, entonces está bien que te vengas conmigo. Así él tendrá más espacio —dice tranquilamente.

—No sé si tiene llaves. Tendré que volver cuando llegue.

Christian no dice nada.

—Ya está todo.

Coge mi maleta y nos dirigimos hacia la puerta. Mientras nos encaminamos a la parte de atrás del edificio para acceder al aparcamiento, noto que no dejo de mirar por encima del hombro. No sé si me he vuelto paranoica o si realmente alguien me vigila. Christian abre la puerta del copiloto del Audi y me mira, expectante.

—¿Vas a entrar? —pregunta.

—Creía que conduciría yo.

—No. Conduciré yo.

—¿Le pasa algo a mi forma de conducir? No me digas que sabes qué nota me pusieron en el examen de conducir... no me sorprendería, vista tu tendencia al acoso.

A lo mejor sabe que pasé por los pelos la prueba teórica.

—Sube al coche, Anastasia —espeta, furioso.

—Vale.

Me apresuro a subir. Francamente, ¿quién no lo haría?

Quizá él tenga la misma sensación inquietante de que alguien siniestro nos observa... bueno, una morena pálida de ojos castaños que tiene un aspecto perturbadoramente parecido al mío, y que seguramente esconde un arma.

Christian se incorpora al tráfico.

—¿Todas tus sumisas eran morenas?

Inmediatamente frunce el ceño y me mira.

—Sí —murmura.

Parece vacilar, y lo imagino pensando: ¿Adónde quiere llegar con esto?

—Solo preguntaba.

—Ya te lo dije. Prefiero a las morenas.

—La señora Robinson no es morena.

—Seguramente sea esa la razón —masculla—. Con ella ya tuve bastantes rubias para toda la vida.

—Estás de broma —digo entre dientes.

—Sí, estoy de broma —replica, molesto.

Miro impasible por la ventanilla, en todas direcciones, buscando chicas morenas, pero ninguna es Leila.

Así que solo le gustan morenas... me pregunto por qué. ¿Acaso la extraordinariamente glamurosa (a pesar de ser mayor) señora Robinson realmente le dejó sin más ganas de rubias? Sacudo la cabeza... El paranoico Christian Grey.

—Cuéntame cosas de ella.

—¿Qué quieres saber?

Tuerce el gesto, intentando advertirme con su tono de voz.

—Háblame de vuestro acuerdo empresarial.

Se relaja visiblemente, contento de hablar de trabajo.

—Yo soy el socio capitalista. No me interesa especialmente el negocio de la estética, pero ella ha convertido el proyecto en un éxito. Yo me limité a invertir y la ayudé a ponerlo en marcha.

—¿Por qué?

—Se lo debía.

—¿Ah?

—Cuando dejé Harvard, ella me prestó cien mil dólares para empezar mi negocio.

Vaya... Es rica, también.

—¿Lo dejaste?

—No era para mí. Estuve dos años. Por desgracia, mis padres no fueron tan comprensivos.

Frunzo el ceño. El señor Grey y la doctora Grace Trevelyan en actitud reprobadora... soy incapaz de imaginarlo.

—No parece que te haya ido demasiado mal haberlo dejado. ¿Qué asignaturas escogiste?

—Ciencias políticas y Economía.

Mmm... claro.

—¿Así que es rica? —murmuro.

—Era una esposa florero aburrida, Anastasia. Su marido era un magnate... de la industria maderera. — Sonríe con aire desdeñoso—. No la dejaba trabajar. Ya sabes, era muy controlador. Algunos hombres son así.

Me lanza una rápida sonrisa de soslayo.

—¿En serio? ¿Un hombre controlador? Yo creía que eso era una criatura mítica. —No creo que mi tono pudiera ser más sarcástico.

La sonrisa de Christian se expande.

—¿El dinero que te prestó era de su marido?

Asiente, y en sus labios aparece una sonrisita maliciosa.

—Eso es horrible.

—Él también tenía sus líos —dice Christian misteriosamente, mientras entra en el aparcamiento subterráneo del Escala.

Ah...

—¿Cuáles?

Christian mueve la cabeza, como si recordara algo especialmente amargo, y aparca al lado del Audi Quattro SUV.

—Vamos. Franco no tardará.

En el ascensor, Christian me observa.

—¿Sigues enfadada conmigo? —pregunta con naturalidad.

—Mucho.

Asiente.

—Vale —dice, y mira al frente.

Cuando llegamos, Taylor nos está esperando en el vestíbulo. ¿Cómo consigue anticiparse siempre? Coge mi maleta.

—¿Welch ha dicho algo? —pregunta Christian.

—Sí, señor.

—¿Y?

—Todo está arreglado.

—Excelente. ¿Cómo está tu hija?

—Está bien, gracias, señor.

—Bien. El peluquero vendrá a la una: Franco De Luca.

—Señorita Steele —me saluda Taylor haciendo un gesto con la cabeza.

—Hola, Taylor. ¿Tienes una hija?

—Sí, señora.

—¿Cuántos años tiene?

—Siete años.

Christian me mira con impaciencia.

—Vive con su madre —explica Taylor.

—Ah, entiendo.

Taylor me sonrío. Esto es algo inesperado. ¿Taylor es padre? Sigo a Christian al gran salón, intrigada por la noticia.

Echo un vistazo alrededor. No había estado aquí desde que me marché.

—¿Tienes hambre?

Niego con la cabeza. Christian me observa un momento y decide no discutir.

—Tengo que hacer unas llamadas. Ponte cómoda.

—De acuerdo.

Desaparece en su estudio, y me deja plantada en la inmensa galería de arte que él considera su casa, preguntándome qué hacer.

¡Ropa! Cojo mi mochila, subo las escaleras hasta mi dormitorio y reviso el vestidor. Sigue lleno de ropa: toda por estrenar y todavía con las etiquetas de los precios. Tres vestidos largos de noche. Tres de cóctel, y tres más de diario. Todo esto debe de haber costado una fortuna.

Miro la etiqueta de uno de los vestidos de noche: 2.998 dólares. Madre mía. Me siento en el suelo.

Esta no soy yo. Me cojo la cabeza entre las manos e intento procesar todo lo ocurrido en las últimas horas. Es agotador. ¿Por qué, ay, por qué me he enamorado de alguien que está tan loco... guapísimo, terriblemente sexy, más rico que Crespo, pero que está como una cabra?

Saco la BlackBerry de la mochila y llamo a mi madre.

—¡Ana, cariño! Hace mucho que no sabía nada de ti. ¿Cómo estás, cielo?

—Oh, ya sabes...

—¿Qué pasa? ¿Sigue sin funcionar lo de Christian?

—Es complicado, mamá. Creo que está loco. Ese es el problema.

—Dímelo a mí. Hombres... a veces no hay quién les entienda. Bob está pensando ahora si ha sido buena idea que nos hayamos mudado a Georgia.

—¿Qué?

—Sí, empieza a hablar de volver a Las Vegas.

Ah, hay alguien más que tiene problemas. No soy la única.

Christian aparece en el umbral.

—Estás aquí. Creí que te habías marchado.

Levanto la mano para indicarle que estoy al teléfono.

—Lo siento, mamá, tengo que colgar. Te volveré a llamar pronto.

—Muy bien, cariño... Cuídate. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero, mamá.

Cuelgo y observo a Cincuenta, que tuerce el gesto, extrañamente incómodo.

—¿Por qué te escondes aquí? —pregunta.

—No me escondo. Me desespero.

—¿Te desesperas?

—Por todo esto, Christian.

Hago un gesto vago en dirección a toda esa ropa.

—¿Puedo pasar?

—Es tu vestidor.

Vuelve a poner mala cara y se sienta, con las piernas cruzadas, frente a mí.

—Solo son vestidos. Si no te gustan, los devolveré.

—Es muy complicado tratar contigo, ¿sabes?

Él parpadea y se rasca la barbilla... la barbilla sin afeitar. Mis dedos se mueren por tocarla.

—Lo sé. Me estoy esforzando —murmura.

—Eres muy difícil.

—Tú también, señorita Steele.

—¿Por qué haces esto?

Abre mucho los ojos y reaparece esa mirada de cautela.

—Ya sabes por qué.

—No, no lo sé.

Se pasa una mano por el pelo.

—Eres una mujer frustrante.

—Podrías tener a una preciosa sumisa morena. Una que, si le pidieras que saltara, te preguntaría: «¿Desde qué altura?», suponiendo, claro, que tuviera permiso para hablar. Así que, ¿por qué yo, Christian? Simplemente no lo entiendo.

Me mira un momento, y no tengo ni idea de qué está pensando.

—Tú haces que mire el mundo de forma distinta, Anastasia. No me quieres por mi dinero. Tú me das... esperanza —dice en voz baja.

¿Qué? El señor Críptico ha vuelto.

—¿Esperanza de qué?

Se encoge de hombros.

—De más. —Habla con voz queda y tranquila—. Y tienes razón: estoy acostumbrado a que las mujeres hagan exactamente lo que yo digo, cuando yo lo digo, y estrictamente lo que yo quiero que hagan. Eso pierde interés enseguida. Tú tienes algo, Anastasia, que me atrae a un nivel profundo que no entiendo. Es como el canto de sirena. No soy capaz de resistirme a ti y no quiero perderte. —Alarga la mano y toma la mía—. No te vayas, por favor... Ten un poco de fe en mí y un poco de paciencia. Por favor.

Parece tan vulnerable... Es perturbador. Me arrodillo, me inclino y le beso suavemente en los labios.

—De acuerdo, fe y paciencia. Eso puedo soportarlo.

—Bien. Porque Franco ha llegado.

Franco es bajito, moreno y gay. Me encanta.

—¡Qué pelo tan bonito! —exclama con un acento italiano escandaloso y probablemente falso.

Apuesto a que es de Baltimore o de un sitio parecido, pero su entusiasmo es contagioso. Christian nos conduce a ambos a su cuarto de baño, sale a toda prisa y vuelve a entrar con una silla de su habitación.

—Os dejo solos —masculla.

—*Grazie*, señor Grey. —Franco se vuelve hacia mí—. *Bene*, Anastasia, ¿qué haremos contigo?

Christian está sentado en su sofá, revisando algo que parecen hojas de cálculo con mucha concentración. Una melodiosa pieza de música clásica suena de fondo en la habitación. Una mujer canta apasionadamente, vertiendo su alma en la canción. Es desgarrador. Christian levanta la mirada y sonrío, distrayéndome de la música.

—¡Ves! Te dije que le gustaría —comenta Franco, entusiasmado.

—Estás preciosa, Ana —dice Christian, visiblemente complacido.

—Mi trabajo aquí ya ha acabado —exclama Franco.

Christian se levanta y se acerca a nosotros.

—Gracias, Franco.

Franco se gira, me da un abrazo exagerado y me besa en ambas mejillas.

—¡No vuelvas a dejar que nadie más te corte el pelo, *bellissima* Ana!

Me echo a reír, ligeramente avergonzada por esa familiaridad. Christian le acompaña a la puerta del vestíbulo y vuelve al cabo de un momento.

—Me alegro de que te lo hayas dejado largo — dice mientras avanza hacia mí con una mirada centelleante.

Coge un mechón entre los dedos.

—Qué suave —murmura, y baja los ojos hacia mí—. ¿Sigues enfadada conmigo?

Asiento y sonrío.

—¿Por qué estás enfadada, concretamente?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Quieres una lista?

—¿Hay una lista?

—Una muy larga.

—¿Podemos hablarlo en la cama?

—No —digo con un mohín infantil.

—Durante el almuerzo, pues. Tengo hambre, y no solo de comida —añade con una sonrisa lasciva.

—No voy a dejar que me encandiles con tu destreza sexual.

Él reprime una sonrisa.

—¿Qué te molesta concretamente, señorita Steele? Suéltalo.

Muy bien.

—¿Qué me molesta? Bueno, está tu flagrante invasión de mi vida privada, el hecho de que me llevaras a un sitio donde trabaja tu ex amante y donde solías

llevar a todas tus amantes para que las depilaran, el que me cargaras a hombros en plena calle como si tuviera seis años... y, por encima de todo, ¡que dejaras que tu señora Robinson te tocara!

Mi voz ha ido subiendo en un crescendo.

Él levanta las cejas, y su buen humor desaparece.

—Menuda lista. Pero te lo aclararé una vez más: ella no es mi señora Robinson.

—Ella puede tocarte —repito.

Tuerce los labios.

—Ella sabe dónde.

—¿Eso qué quiere decir?

Se pasa ambas manos por el pelo y cierra un segundo los ojos, como si buscara algún tipo de consejo divino. Traga saliva.

—Tú y yo no tenemos ninguna norma. Yo nunca he tenido ninguna relación sin normas, y nunca sé cuándo vas a tocarme. Eso me pone nervioso. Tus caricias son completamente... —Se para, buscando las palabras—. Significan más... mucho más.

¿Más? Su respuesta es absolutamente inesperada, me deja perpleja, y esa palabrita con un significado enorme queda suspendida entre los dos.

Mis caricias significan... más. Ay, Dios. ¿Cómo voy a resistirme si me dice esas cosas? Sus ojos grises buscan los míos y me observan con aprensión.

Alargo la mano con cuidado y esa aprensión se convierte en alarma. Christian da un paso atrás y yo bajo la mano.

—Límite infranqueable —murmura, con una expresión dolida y aterrorizada.

No puedo evitar sentir una decepción aplastante.

—¿Cómo te sentirías tú si no pudieras tocarme?

—Destrozado y despojado —contesta inmediatamente.

Oh, mi Cincuenta Sombras. Sacudo la cabeza, le dedico una leve sonrisa tranquilizadora y se relaja.

—Algún día tendrás que contarme exactamente por qué esto es un límite infranqueable, por favor.

—Algún día —murmura, y se diría que en una milésima de segundo ha superado su vulnerabilidad.

¿Cómo puede cambiar tan deprisa? Es la persona más voluble que conozco.

—Veamos el resto de tu lista... Invadir tu privacidad. —Al considerar este tema, tuerce el gesto—. ¿Por qué sé tu número de cuenta?

—Sí, es indignante.

—Yo investigo el historial y los datos de todas mis sumisas. Te lo enseñaré.

Da media vuelta y se dirige a su estudio.

Yo le sigo obediente, aturdida. De un archivador cerrado con llave, saca una carpeta. Con una etiqueta impresa: ANASTASIA ROSE STEELE.

Madre mía. Le miro fijamente.

Él se encoge de hombros a modo de disculpa.

—Puedes quedártelo —dice tranquilamente.

—Bueno, vaya, gracias —replico.

Hojeo el contenido. Tiene una copia de mi certificado de nacimiento, por Dios santo, mis límites infranqueables, el acuerdo de confidencialidad, el contrato —Dios...—, mi número de la seguridad social, mi currículum, informes laborales...

—¿Así que sabías que trabajaba en Clayton's?

—Sí.

—No fue una coincidencia. No pasabas por allí...

—No.

No sé si enfadarme o sentirme halagada.

—Esto es muy jodido. ¿Sabes?

—Yo no lo veo así. He de ser cuidadoso con lo que hago.

—Pero esto es privado.

—No hago un uso indebido de la información. Esto es algo que puede conseguir cualquiera que esté medianamente interesado, Anastasia. Yo necesito información para tener el control. Siempre he actuado así.

Me mira inescrutable, con cierta cautela.

—Sí haces un uso indebido de la información. Ingresaste en mi cuenta veinticuatro mil dólares que yo no quería.

Sus labios se convierten en una fina línea.

—Ya te lo dije. Es lo que Taylor consiguió por tu coche. Increíble, ya lo sé, pero así es.

—Pero el Audi...

—Anastasia, ¿tienes idea del dinero que gano?

Me ruborizo.

—¿Por qué debería saberlo? No tengo por qué saber las cifras de tu cuenta bancaria, Christian.

Su mirada se dulcifica.

—Lo sé. Esa es una de las cosas que adoro de ti. Me lo quedo mirando, sorprendida. ¿Que adora de mí?

—Anastasia, yo gano unos cien mil dólares a la hora.

Abro la boca. Eso es una cantidad de dinero obscena.

—Veinticuatro mil dólares no es nada. El coche, los libros de Tess, la ropa, no son nada.

Su tono es dulce.

Le observo. Realmente no tiene ni idea. Es extraordinario.

—Si fueras yo, ¿cómo te sentirías si te obsequiaran con toda esta... generosidad?

Me mira inexpresivo y ahí está, en pocas palabras, la raíz de su problema: empatía o carencia de la misma. Entre nosotros se hace el silencio.

Al final, se encoge de hombros.

—No sé —dice, y parece sinceramente perplejo.

Se me encoge el corazón. Este es, seguramente, el quid de sus cincuenta sombras: no puede ponerse en mi lugar. Bien, ahora lo sé.

—Pues no es agradable. Quiero decir... que eres muy generoso, pero me incomoda. Ya te lo he dicho muchas veces.

Suspira.

—Yo quiero darte el mundo entero, Anastasia.

—Yo solo te quiero a ti, Christian. Lo demás me sobra.

—Es parte del trato. Parte de lo que soy.

Ah, esto no va a ninguna parte.

—¿Comemos? —pregunto.

La tensión entre los dos es agotadora.

Tuerce el gesto.

—Claro.

—Cocino yo.

—Bien. Si no, hay comida en la nevera.

—¿La señora Jones libra los fines de semana? ¿O sea que la mayoría de los fines de semana comes platos fríos?

—No.

—¿Ah, no?

Suspira.

—Mis sumisas cocinan, Anastasia.

—Ah, claro. —Me sonrojo. ¿Cómo puedo ser tan tonta? Le sonrío con dulzura—. ¿Qué le gustaría comer al señor?

—Lo que la señora encuentre —dice con malicia.

Inspecciono el impresionante contenido del frigorífico. Me decido por una tortilla española. Incluso hay patatas congeladas, perfecto. Es rápido y fácil. Christian sigue en su estudio, sin duda invadiendo la privacidad de algún pobre e ingenuo idiota y recopilando información. La idea es desagradable y me deja mal sabor de boca. La cabeza me da vueltas. Realmente no tiene límites.

Si voy a cocinar necesito música, ¡y voy a cocinar de forma insumisa! Me acerco al equipo que hay junto a la chimenea y cojo el iPod de Christian. Apuesto a que aquí hay más temas seleccionados por Leila, y me da terror pensarlo.

¿Dónde estará ella?, me pregunto. ¿Qué quiere?

Me estremezco. Menudo legado, no me cabe en la cabeza.

Repaso la larga lista. Quiero algo animado. Mmm. Beyoncé... no parece muy del gusto de Christian. «Crazy in Love.» ¡Oh, sí! Muy apropiado. Aprieto el botón y subo el volumen.

Vuelvo dando pasitos de baile hasta la cocina, encuentro un bol, abro la nevera y saco los huevos. Los casco y empiezo a batir, sin parar de bailar.

Vuelvo a repasar el contenido del frigorífico, cojo patatas, jamón y —isí!— guisantes del congelador. Todo esto irá bien. Localizo una sartén, la pongo sobre el fuego, añado un poco de aceite de oliva y vuelvo a batir.

Empatía cero, medito. ¿Eso solo le pasa a Christian? Quizá todos los hombres sean así, y a todos les desconcierten las mujeres. No lo sé. Puede que no sea una revelación tan importante.

Ojalá Kate estuviera en casa; ella lo sabría. Lleva demasiado tiempo en Barbados. Debería estar de vuelta el fin de semana próximo, después de esas vacaciones extra con Elliot. Me pregunto si seguirán sintiendo la misma atracción sexual mutua.

«Una de las cosas que adoro de ti.»

Dejo de batir. Lo dijo. ¿Quiere decir eso que hay otras cosas? Sonrío por primera vez desde que vi a la señora Robinson... una sonrisa genuina, de corazón, de oreja a oreja.

Christian me rodea con sus brazos sigilosamente y doy un respingo.

—Interesante elección musical —ronronea, y me besa detrás de la oreja—. Qué bien huele tu pelo.

Hunde la nariz e inspira profundamente.

El deseo se desata en mi vientre. No. Rechazo su abrazo.

—Sigo enfadada.

Frunce el ceño.

—¿Cuánto más va a durar esto? —pregunta, pasándose una mano por el pelo.

Me encojo de hombros.

—Por lo menos hasta que comamos.

Un gesto risueño se dibuja en su boca. Se da la vuelta, coge el mando de la encimera y apaga la música.

—¿Pusiste tú eso en tu iPod? —pregunto.

Niega con la cabeza, con expresión lúgubre, y entonces sé que fue ella: la Chica Fantasma.

—¿No crees que en aquel momento intentaba decirte algo?

—Bueno, visto a posteriori, probablemente —dice en tono inexpresivo.

Lo cual demuestra mi teoría: empatía cero. Mi subconsciente cruza los brazos y chasquea los labios con gesto de disgusto.

—¿Por qué la tienes todavía?

—Me gusta bastante la canción. Pero si te incomoda la borro.

—No, no pasa nada. Me gusta cocinar con música.

—¿Qué te gustaría oír?

—Sorpréndeme.

Sonríe satisfecho y se dirige hacia el iPod mientras yo continuo batiendo.

Al cabo de un momento la voz dulce, celestial y conmovedora de Nina Simone inunda el salón. Es una de las preferidas de Ray: «I Put a Spell on You». Te he lanzado un hechizo...

Me ruborizo y me vuelvo a mirar a Christian. ¿Qué intenta decirme? Él me lanzó un hechizo hace mucho tiempo. Oh, Dios... su mirada ha cambiado, la levedad del momento ha desaparecido, sus ojos son más oscuros, más intensos.

Le miro, embelesada, mientras despacio, como el depredador que es, me acecha al ritmo de la lenta y sensual cadencia de la música. Va descalzo, solo lleva una camisa blanca por fuera de los vaqueros, y tiene una actitud provocativa.

Nina canta «Tú eres mío» mientras él se pone a mi lado, con intenciones claras.

—Christian, por favor —susurro, con el batidor ya inútil en mi mano.

—¿Por favor qué?

—No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Esto.

Se planta frente a mí y baja la vista para mirarme.

—¿Estás segura?

Exhala y alarga la mano, me coge el batidor y lo vuelve a dejar en el bol con los huevos. Mi corazón da un vuelco. No quiero esto... Sí quiero esto... desesperadamente.

Resulta tan frustrante. Es tan atractivo y deseable... Aparto la mirada de su embrujador aspecto.

—Te deseo, Anastasia —musita—. Lo adoro y lo odio, y adoro discutir contigo. Esto es muy nuevo para mí. Necesito saber que estamos bien. Solo sé hacerlo de esta forma.

—Mis sentimientos por ti no han cambiado —murmuro.

Su proximidad es irresistible, excitante. Esa atracción familiar está ahí, todas mis terminaciones nerviosas me empujan hacia él, la diosa que llevo dentro se siente de lo más libidinosa. Contemplo la sombra del

vello asomando por su camisa y me muerdo el labio, indefensa, dominada por el deseo... quiero saborearle, justo ahí.

Está muy cerca, pero no me toca. Su ardor calienta mi piel.

—No voy a tocarlo hasta que me digas que sí, que lo haga —murmura—. Pero ahora mismo, después de una mañana realmente espantosa, quiero hundirme en ti y olvidarme de todo excepto de nosotros.

Oh... Nosotros. Una combinación mágica, un pequeño y potente pronombre que zanja el asunto. Levanto la cabeza para contemplar su hermoso aunque grave semblante.

—Voy a tocarlo la cara —suspiro.

Y veo la sorpresa reflejada brevemente en sus ojos antes de percibir que lo acepta.

Levanto la mano, le acaricio la mejilla, y paso los dedos por su barba incipiente. Él cierra los ojos, suspira y acerca la cara a mi caricia.

Se inclina despacio, y automáticamente mis labios ascienden para unirse a los suyos. Se cierne sobre mí.

—Sí o no, Anastasia.

—Sí.

Su boca se cierra suavemente sobre la mía, logra separar mis labios mientras sus brazos me rodean y me atrae hacia sí. Me pasa la mano por la espalda, enreda los dedos en el cabello de mi nuca y tira con delicadeza, mientras pone la otra mano sobre mi trasero y me aprieta contra él. Yo gimo bajito.

—Señor Grey.

Taylor tose y Christian me suelta inmediatamente.

—Taylor —dice con voz gélida.

Me doy la vuelta y veo a Taylor, incómodo, de pie en el umbral. Christian y Taylor se miran y se comunican de algún modo, sin palabras.

—En mi estudio —espeta Christian.

Y Taylor cruza con brío el salón.

—Lo dejaremos para otro momento —me susurra Christian, antes de salir detrás de Taylor.

Yo respiro profundamente para tranquilizarme. ¿Es que no soy capaz de resistirme a él ni un minuto? Sacudo la cabeza, indignada conmigo misma, agradeciendo la interrupción de Taylor, y me avergüenza pensarlo.

Me pregunto qué haría Taylor para interrumpir en el pasado. ¿Qué habrá visto? No quiero pensar en eso. Comida. Haré la comida. Me dedico a cortar las patatas. ¿Qué querría Taylor? Mi mente se acelera... ¿tendrá que ver con Leila?

Diez minutos después, reaparecen, justo cuando la tortilla está lista. Christian me mira; parece preocupado.

—Les informaré en diez minutos —le dice a Taylor.

—Estaremos listos —contesta Taylor, y sale de la estancia.

Yo saco dos platos calientes y los coloco sobre la encimera de la isla de la cocina.

—¿Comemos?

—Por favor —dice Christian, y se sienta en uno de los taburetes de la barra.

Ahora me observa detenidamente.

—¿Problemas?

—No.

Tuerzo el gesto. No va a contármelo. Sirvo la comida y me siento a su lado, resignada a seguir sin saberlo.

Christian da un mordisco y dice, complacido:

—Está muy buena. ¿Te apetece una copa de vino?

—No, gracias.

He de mantener la cabeza clara contigo, Grey.

La tortilla sabe bien, pero no tengo mucha hambre. Sin embargo, como, sabiendo que si no Christian me dará la lata. Al final él interrumpe nuestro silencio reflexivo y pone la pieza clásica que oí antes.

—¿Qué es? —pregunto.

—Canteloube, *Canciones de la Auvernia*. Esta se llama «Bailero».

—Es preciosa. ¿Qué idioma es?

—Francés antiguo; occitano, de hecho.

—Tú hablas francés. ¿Entiendes lo que dice?

Recuerdo el francés perfecto que habló durante la cena con sus padres...

—Algunas palabras, sí. —Christian sonrío, visiblemente relajado—. Mi madre tenía un mantra: «un instrumento musical, un idioma extranjero, un arte marcial». Elliot habla español; Mia y yo, francés, Elliot toca la guitarra, yo el piano, y Mia el violonchelo.

—Uau. ¿Y las artes marciales?

—Elliot hace yudo. Mia se plantó a los doce años y se negó.

Sonríe al recordarlo.

—Ojalá mi madre hubiera sido tan organizada.

—La doctora Grace es formidable en lo que se refiere a los logros de sus hijos.

—Debe de estar muy orgullosa de ti. Yo lo estaría.

En la cara de Christian aparece un destello sombrío, y parece momentáneamente incómodo. Me mira receloso, como si estuviera en un territorio ignoto.

—¿Has decidido qué te pondrás esta noche? ¿O he de escoger yo algo por ti? —dice en un tono repentinamente brusco.

¡Uf! Parece enfadado. ¿Por qué? ¿Qué he dicho?

—Eh... aún no. ¿Tú escogiste toda esa ropa?

—No, Anastasia, no. Le di una lista y tu talla a una asesora personal de compras de Neiman Marcus. Debería quedarte bien. Para tu información, he contratado seguridad adicional para esta noche y los próximos días. Leila anda deambulando por las calles de Seattle y es impredecible, así que lo más sensato es ser precavido. No quiero que salgas sola. ¿De acuerdo?

Pestañeo.

—De acuerdo.

¿Qué ha pasado con lo de «Tengo que poseerte ahora», Grey?

—Bien. Voy a informarles. No tardaré mucho.

—¿Están aquí?

—Sí.

¿Dónde?

Recoge su plato, lo deja en el fregadero y sale de la estancia. ¿De qué demonios ha ido todo eso? Es como si hubiera varias personas distintas en un mismo cuerpo.

¿No es eso un síntoma de esquizofrenia? Tengo que buscarlo en Google.

Recojo mi plato, lo lavo rápidamente, y vuelvo a mi dormitorio llevando conmigo el dossier ANASTASIA ROSE STEELE. Entro en el vestidor y saco los tres vestidos largos de noche. A ver... ¿cuál?

Tumbada en la cama, contemplo mi Mac, mi iPad y mi BlackBerry. Estoy abrumada con tanta tecnología. Empiezo a transferir la lista de temas de Christian del iPad al Mac, luego abro Google para navegar por la red.

Estoy echada sobre la cama enfrascada en la pantalla del Mac cuando entra Christian.

—¿Qué estás haciendo? —inquire con dulzura.

Paso un momento de pánico, preguntándome si debo dejarle ver la web que estoy consultando: «Trastorno de personalidad múltiple: los síntomas».

Se tumba a mi lado y echa un vistazo a la página, divertido.

—¿Esta web es por algún motivo? —pregunta en tono despreocupado.

El brusco Christian ha desaparecido; el juguetero Christian ha vuelto. ¿Cómo voy a seguir este ritmo?

—Investigo. Sobre una personalidad difícil.

Le dedico mi mirada más inexpresiva.

Tuerce el labio reprimiendo una sonrisa.

—¿Una personalidad difícil?

—Mi proyecto favorito.

—¿Ahora soy un proyecto? Una actividad suplementaria. Un experimento científico, quizá. Y yo

que creía que lo era todo. Señorita Steele, está hiriendo mis sentimientos.

—¿Cómo sabes que eres tú?

—Mera suposición.

—Es verdad que tú eres el único jodido y volátil controlador obsesivo que conozco íntimamente.

—Creía que era la única persona que conocías íntimamente —dice arqueando una ceja.

Me ruborizo.

—Sí, eso también.

—¿Has llegado ya a alguna conclusión?

Me giro y le miro. Está tumbado de lado junto a mí, con la cabeza apoyada en el codo y con una expresión tierna, alegre.

—Creo que necesitas terapia intensiva.

Alarga la mano y me recoge cariñosamente un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Yo creo que te necesito a ti. Aquí.

Me entrega una barra de pintalabios.

Yo frunzo el ceño, perpleja. Es un rojo fulana, no es mi color en absoluto.

—¿Quieres que me ponga esto? —grito.

Se echa a reír.

—No, Anastasia, si no quieres, no. No creo que te vaya este color —añade con sequedad.

Se sienta en la cama con las piernas cruzadas y se quita la camisa. Oh, Dios...

—Me gusta tu idea de un mapa de ruta.

Le miro desconcertada. ¿Mapa de ruta?

—De zonas restringidas —dice a modo de explicación.

—Oh. Lo dije en broma.

—Yo lo digo en serio.

—¿Quieres que te las dibuje, con carmín?

—Luego se limpia. Al final.

Eso significa que puedo tocarle donde quiera. Una sonrisita maravillada asoma en mis labios.

—¿Y con algo más permanente, como un rotulador?

—Podría hacerme un tatuaje.

Hay una chispa de ironía en sus ojos.

¿Christian Grey con un tatuaje? ¿Estropear su precioso cuerpo que ya tiene tantas marcas? ¡Ni hablar!

—¡Nada de tatuajes! —digo riendo, para disimular mi horror.

—Pintalabios, pues.

Sonríe.

Apago el Mac, lo dejo a un lado. Esto puede ser divertido.

—Ven. —Me tiende la mano—. Siéntate encima de mí.

Me quito los zapatos, me siento y me arrastro hacia él. Christian se tumba en la cama, pero mantiene las rodillas dobladas.

—Apóyate en mis piernas.

Me siento encima de él a horcajadas, como me ha dicho. Tiene los ojos muy abiertos y cautos. Pero también divertidos.

—Pareces... entusiasmada con esto —comenta con ironía.

—Siempre me encanta obtener información, señor Grey, y más si eso significa que podrás relajarte, porque yo ya sabré dónde están los límites.

Menea la cabeza, como si no pudiera creer que está a punto de dejarme dibujar por todo su cuerpo.

—Destapa el pintalabios —ordena.

Oh, está en plan supermandón, pero no me importa.

—Dame la mano.

Yo le doy la otra mano.

—La del pintalabios —dice poniendo los ojos en blanco.

—¿Vas a ponerme esa cara?

—Sí.

—Eres muy maleducado, señor Grey. Yo sé de alguien que se pone muy violento cuando le hacen eso.

—¿Ah, sí? —replica irónico.

Le doy la mano con el pintalabios, y de repente se incorpora y estamos frente a frente.

—¿Preparada? —pregunta con un murmullo quedo y ronco, que tensa y comprime todas mis entrañas.

Oh, Dios.

—Sí —musito.

Su proximidad es seductora, su cuerpo torneado tan cerca, ese aroma Christian mezclado con mi gel. Conduce mi mano hasta la curva de su hombro.

—Aprieta —susurra.

Me lleva desde el contorno de su hombro, alrededor del hueco del brazo y después hacia un lado de su torso, y a mí se me seca la boca. El pintalabios deja a su paso una franja ancha, de un rojo intenso. Christian se detiene bajo sus costillas y me conduce por encima del estómago. Se tensa y me mira a los ojos,

aparentemente impasible, pero, bajo esa expresión pretendidamente neutra, detecto autocontrol.

Contiene su aversión, aprieta la mandíbula, y aparece tensión alrededor de sus ojos. En mitad del estómago murmura:

—Y sube por el otro lado.

Y me suelta la mano.

Yo copio la línea que he trazado sobre su costado izquierdo. La confianza que me está dando es embriagadora, pero la atempera el hecho de que llevo la cuenta de su dolor. Siete pequeñas marcas blancas y redondas salpican su torso, y es profundamente mortificador contemplar esa diabólica y odiosa profanación de su maravilloso cuerpo. ¿Quién le haría eso a un niño?

—Bueno, ya estoy —murmuro, reprimiendo la emoción.

—No, no estás —replica, y dibuja una línea con el dedo índice alrededor de la base de su cuello.

Yo resigo la línea del dedo con una franja escarlata. Al acabar, miro la inmensidad gris de sus ojos.

—Ahora la espalda —susurra.

Se remueve, de manera que he de bajarme de él, luego se da la vuelta y se sienta en la cama con las piernas cruzadas, de espaldas a mí.

—Sigue la línea desde mi pecho, y da toda la vuelta hasta el otro lado —dice con voz baja y ronca.

Hago lo que dice hasta que una línea púrpura divide su espalda por la mitad, y al hacerlo cuento más cicatrices que mancillan su precioso cuerpo. Nueve en total.

Santo cielo. Tengo que reprimir un abrumador impulso de besar cada una de ellas, y evitar que el llanto inunde mis ojos. ¿Qué clase de animal haría esto? Mientras completo el circuito alrededor de su espalda, él mantiene la cabeza gacha y el cuerpo rígido.

—¿Alrededor del cuello también? —musito.

Asiente, y dibujo otra franja que converge con la primera que le rodea la base del cuello, por debajo del pelo.

—Ya está —susurro, y parece que lleve un peculiar chaleco de color piel con un ribete de rojo fulana.

Baja los hombros y se relaja, y se da la vuelta para mirarme otra vez.

—Estos son los límites —dice en voz baja.

Las pupilas de sus ojos oscuros se dilatan... ¿de miedo? ¿De lujuria? Yo quiero caer en sus brazos, pero me reprimo y le miro asombrada.

—Me parece muy bien. Ahora mismo quiero lanzarme en tus brazos —susurro.

Me sonrío con malicia y levanta las manos en un gesto de consentimiento.

—Bien, señorita Steele, soy todo tuyo.

Yo grito con placer infantil, me arrojo a sus brazos y le tumbo en la cama. Se gira y suelta una carcajada juvenil llena de alivio, ahora que la pesadilla ha terminado. Y, sin saber cómo, acabo debajo de él.

—Y ahora, lo que habíamos dejado para otro momento... —murmura, y su boca reclama la mía una vez más.

Mi mano se agarra al cabello de Christian, mientras mi boca se aferra febril a la suya, absorbiéndole, deleitándose al sentir su lengua contra la mía. Y él hace lo mismo, me devora. Es el paraíso.

De pronto me levanta un poco, coge el bajo de mi camiseta, me la quita de un tirón y la tira al suelo.

—Quiero sentirte —me dice con avidez junto a mi boca, mientras mueve las manos por mi espalda para desabrocharme el sujetador, hasta quitármelo con un imperceptible movimiento y tirarlo a un lado.

Me empuja de nuevo sobre la cama, me aprieta contra el colchón y lleva su boca y sus manos a mis pechos. Yo enredo los dedos en su cabello mientras él coge uno de mis pezones entre los labios y tira fuerte.

Grito, y la sensación se apodera de todo mi cuerpo, y vigoriza y tensa los músculos alrededor de mis ingles.

—Sí, nena, déjame oírte —murmura junto a mi piel ardiente.

Dios, quiero tenerle dentro, ahora. Juega con mi pezón con la boca, tira, y hace que me retuerza y me contorsione y suspire por él. Noto su deseo mezclado con... ¿qué? Veneración. Es como si me estuviera adorando.

Me provoca con los dedos, mi pezón se endurece y se yergue bajo sus expertas caricias. Busca con la

mano mis vaqueros, desabrocha el botón con destreza, baja la cremallera, introduce la mano dentro de mis bragas y desliza los dedos sobre mi sexo.

Respira entre los dientes y deja que su dedo penetre suavemente en mi interior. Yo empujo la pelvis hacia arriba, hasta la base de su mano, y él responde y me acaricia.

—Oh, nena —exhala y se cierne sobre mí, mirándome intensamente a los ojos—. Estás tan húmeda —dice con fascinación en la voz.

—Te deseo —musito.

Su boca busca de nuevo la mía, y siento su anhelante desesperación, su necesidad de mí.

Esto es nuevo —nunca había sido así, salvo quizá cuando volví de Georgia—, y sus palabras de antes vuelven lentamente a mí... «Necesito saber que estamos bien. Solo sé hacerlo de esta forma.»

Pensar en eso me desarma. Saber que le afecto de ese modo, que puedo proporcionarle tanto consuelo haciendo esto... Él se sienta, agarra mis vaqueros por los bajos y me los quita de un tirón, y luego las bragas.

Sin dejar de mirarme fijamente, se pone de pie, saca un envoltorio plateado del bolsillo y me lo lanza, y después se quita los pantalones y los calzoncillos con un único y rápido movimiento.

Yo rasgo el paquetito con avidez, y cuando él vuelve a tumbarse a mi lado, le coloco el preservativo despacio. Me agarra las dos manos y se tumba de espaldas.

—Tú encima —ordena, y me coloca a horcajadas de un tirón—. Quiero verte.

Oh...

Me conduce, y yo me dejo deslizar dentro de él con cierta indecisión. Cierra los ojos y flexiona las caderas para encontrarse conmigo, y me colma, me dilata, y cuando exhala su boca dibuja una O perfecta.

Oh, es una sensación tan agradable... poseerle y que me posea.

Me coge las manos, y no sé si es para que mantenga el equilibrio o para impedir que le toque, aun cuando ya he trazado mi mapa.

—Me gusta mucho sentirte —murmura.

Yo me alzo de nuevo, embriagada por el poder que tengo sobre él, viendo cómo Christian Grey se descontrola debajo de mí. Me suelta las manos y me sujeta las caderas, y yo apoyo las manos en sus brazos. Me penetra bruscamente y me hace gritar.

—Eso es, nena, siénteme —dice con voz entrecortada.

Yo echo la cabeza atrás y hago exactamente eso. Eso que él hace tan bien.

Me muevo, acompasándome a su ritmo con perfecta simetría, ajena a cualquier pensamiento lógico. Solo soy sensación, perdida en este abismo de placer. Arriba y abajo... una y otra vez... Oh, sí... Abro los ojos, bajo la vista hacia él con la respiración jadeante, y veo que me está mirando con ardor.

—Mi Ana —musita.

—Sí —digo con la voz desgarrada—. Siempre.

Él lanza un gemido, vuelve a cerrar los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Oh, Dios... Ver a Christian desatado basta para sellar mi destino, y alcanzo el clímax entre gritos, todo me da vueltas y, exhausta, me derrumbo sobre él.

—Oh, nena —gime cuando se abandona y, sin soltarme, se deja ir.

Tengo la cabeza apoyada sobre su pecho, en la zona prohibida. Mi mejilla anida en el vello mullido de su esternón. Jadeo, radiante, y reprimo el impulso de juntar los labios y besarle.

Estoy tumbada sobre él, recuperando el aliento. Me acaricia el pelo y me pasa la mano por la espalda y me toca, mientras su respiración se va tranquilizando.

—Eres preciosa.

Levanto la cabeza para mirarle con semblante escéptico. Él responde frunciendo el ceño e inmediatamente se sienta y, cogiéndome por sorpresa, me rodea con el brazo y me sujeta firmemente. Yo me aferro a sus bíceps; estamos frente a frente.

—Eres... preciosa —repite con tono enfático.

—Y tú eres a veces extraordinariamente dulce.

Y le beso con ternura.

Me levanta para hacer que salga de él, y yo me estremezco. Se inclina hacia delante y me besa con suavidad.

—No tienes ni idea de lo atractiva que eres, ¿verdad?

Me ruborizo. ¿Por qué sigue con eso?

—Todos esos chicos que van detrás de ti... ¿eso no te dice nada?

—¿Chicos? ¿Qué chicos?

—¿Quieres la lista? —dice con desagrado—. El fotógrafo está loco por ti; el tipo de la ferretería; el hermano mayor de tu compañera de piso. Tu jefe —añade con amargura.

—Oh, Christian, eso no es verdad.

—Créeme. Te desean. Quieren lo que es mío.

Me acerca de golpe y yo levanto los brazos, colocándolos sobre sus hombros con las manos en su cabello, y le miro con ironía.

—Mía —repite, con un destello de posesión en la mirada.

—Sí, tuya —le tranquilizo sonriendo.

Parece apaciguado, y yo me siento muy cómoda en su regazo, acostada en una cama a plena luz del día, un sábado por la tarde... ¿Quién lo hubiera dicho? Su exquisito cuerpo conserva las marcas de pintalabios. Veo que han quedado algunas manchas en la funda del edredón, y por un momento me pregunto qué hará la señora Jones con ellas.

—La línea sigue intacta —murmuro, y con el índice resigo osadamente la marca de su hombro. Él parpadea y de pronto se pone rígido—. Quiero explorar.

Me mira suspicaz.

—¿El apartamento?

—No. Estaba pensando en el mapa del tesoro que he dibujado en tu cuerpo.

Mis dedos arden por tocarle.

Arquea las cejas, intrigado, y la incertidumbre le hace pestañear. Yo froto mi nariz contra la suya.

—¿Y qué supondría eso exactamente, señorita Steele?

Retiro la mano de su hombro y deslizo los dedos por su cara.

—Solo quiero tocarte por todas las partes que pueda.

Christian atrapa mi dedo con los dientes y me muerde suavemente.

—Ay —protesto, y él sonríe y de su garganta brota un gemido sordo.

—De acuerdo —dice y me suelta el dedo, pero su voz revela aprensión—. Espera.

Se incorpora un poco debajo de mí, vuelve a levantarme, se quita el preservativo y lo tira al suelo, junto a la cama.

—Odio estos chismes. Estoy pensando en llamar a la doctora Greene para que te ponga una inyección.

—¿Tú crees que la mejor ginecóloga de Seattle va a venir corriendo?

—Puedo ser muy persuasivo —murmura, mientras me recoge un mechón detrás de la oreja—. Franco te ha cortado muy bien el pelo. Me encanta este escalado.

¿Qué?

—Deja de cambiar de tema.

Me coloca otra vez a horcajadas sobre él. Me apoyo en sus piernas flexionadas, con los pies a ambos lados de sus caderas. Él se recuesta sobre los brazos.

—Toca lo que quieras —dice muy serio.

Parece nervioso, pero intenta disimularlo.

Sin dejar de mirarle a los ojos, me inclino y paso el dedo por debajo de la marca de pintalabios, sobre sus esculturales abdominales. Se estremece y paro.

—No es necesario —susurro.

—No, está bien. Es que tengo que... adaptarme. Hace mucho tiempo que no me acaricia nadie —murmura.

—¿La señora Robinson? —digo sin pensar, y curiosamente consigo hacerlo en un tono libre de amargura o rencor.

Él asiente; es evidente que se siente incómodo.

—No quiero hablar de ella. Nos amargaría el día.

—Yo no tengo ningún problema.

—Sí lo tienes, Ana. Te sulfuras cada vez que la menciono. Mi pasado es mi pasado. Y eso es así. No puedo cambiarlo. Tengo suerte de que tú no tengas pasado, porque si no fuera así me volvería loco.

Yo frunzo el ceño, pero no quiero discutir.

—¿Te volverías loco? ¿Más que ahora? —digo sonriendo, confiando en aliviar la tensión.

Tuerce la boca.

—Loco por ti.

La felicidad inunda mi corazón.

—¿Debo telefonar al doctor Flynn?

—No creo que haga falta —dice secamente.

Se mueve otra vez y baja las piernas. Yo vuelvo a posar los dedos en su vientre y dejo que deambulen sobre su piel. De nuevo se estremece.

—Me gusta tocarte.

Mis dedos bajan hasta su ombligo y al vello que nace ahí. Él separa los labios y su respiración se altera, sus ojos se oscurecen y noto debajo de mí cómo crece su erección. Por Dios... Segundo asalto.

—¿Otra vez? —musito.

Sonríe.

—Oh, sí, señorita Steele, otra vez.

Qué forma tan deliciosa de pasar una tarde de sábado. Estoy bajo la ducha, lavándome distraídamente,

con cuidado de no mojarme el pelo recogido y pensando en las dos últimas horas. Parece que Christian y la vainilla se llevan bien.

Hoy ha revelado mucho de sí mismo. Tengo que hacer un gran esfuerzo para intentar asimilar toda la información y reflexionar sobre lo que he aprendido: la cantidad de dinero que gana —vaya, es obscenamente rico, algo sencillamente extraordinario en alguien tan joven— y los dossiers que tiene sobre mí y todas sus morenas sumisas. Me pregunto si estarán todos en ese archivador.

Mi subconsciente me mira con gesto torvo y menea la cabeza: Ni se te ocurra. Frunzo el ceño. ¿Solo un pequeño vistazo?

Y luego está Leila: posiblemente armada por ahí, en alguna parte... amén de su lamentable gusto musical, todavía presente en el iPod de Christian. Y algo aún peor: la pedófila señora Robinson: es algo que no me cabe en la cabeza, y tampoco quiero. No quiero que ella sea un fantasma de resplandeciente cabellera dentro de nuestra relación. Él tiene razón y me subo por las paredes cuando pienso en ella, así que quizá lo mejor sea no hacerlo.

Salgo de la ducha y me seco, y de pronto me invade una angustia inesperada.

Pero ¿quién no se subiría por las paredes? ¿Qué persona normal, cuerda, le haría eso a un chico de quince años? ¿Cuánto ha contribuido ella a su devastación? No puedo entender a esa mujer. Y lo que es peor: según él, ella le ha ayudado. ¿Cómo?

Pienso en sus cicatrices, esa desgarradora manifestación física de una infancia terrorífica y un

recordatorio espantoso de las cicatrices mentales que debe de tener. Mi dulce y triste Cincuenta Sombras. Ha dicho cosas tan cariñosas hoy... Está loco por mí.

Me miro al espejo. Sonrío al recordar sus palabras, mi corazón rebosa de nuevo, y mi cara se transforma con una sonrisa bobalicona. Quizá conseguiremos que esto funcione. Pero ¿cuánto más estará dispuesto a hacerlo sin querer golpearme porque he rebasado alguna línea arbitraria?

Mi sonrisa se desvanece. Esto es lo que no sé. Esta es la sombra que pende sobre nosotros. Sexo pervertido sí, eso puedo hacerlo, pero ¿qué más?

Mi subconsciente me mira de forma inexpresiva, y por una vez no me ofrece consejos sabios y sardónicos. Vuelvo a mi habitación para vestirme.

Christian está en el piso de abajo arreglándose, haciendo no sé bien qué, así que dispongo del dormitorio para mí sola. Aparte de todos los vestidos del armario, los cajones están llenos de ropa interior nueva. Escojo un bustier negro todavía con la etiqueta del precio: quinientos cuarenta dólares. Está ribeteado con una filigrana de plata y lleva unas braguitas minúsculas a juego. También unas medias con ligeros de color carne, muy finas, de seda pura. Vaya, son... ajustadas y bastante... picantes...

Estoy sacando el vestido del armario cuando Christian entra sin llamar. ¡Vaya, está impresionante! Se queda inmóvil, mirándome, sus ojos grises resplandecientes, hambrientos. Noto que todo mi cuerpo se ruboriza. Lleva una camisa blanca con el cuello abierto y pantalones sastre, negros. Veo que la línea del pintalabios sigue en su sitio, y él no deja de mirarme.

—¿Puedo ayudarle, señor Grey? Deduzco que su visita tiene otro objetivo, aparte de mirarme embobado...

—Estoy disfrutando bastante de la fascinante visión, señorita Steele, gracias —comenta turbadoramente, y da un paso más, arrobado—. Recuérdame que le mande una nota personal de agradecimiento a Caroline Acton.

Tuerzo el gesto. ¿Quién demonios es esa?

—La asesora personal de compras de Neiman — contesta como si me leyera el pensamiento.

—Ah.

—Estoy realmente anonadado.

—Ya lo veo. ¿Qué quieres, Christian? —pregunto, dedicándole mi mirada displicente.

Él contraataca con su media sonrisa y saca las bolas de plata del bolsillo, y me quedo petrificada. ¡Santo Dios! ¿Quiere azotarme? ¿Ahora? ¿Por qué?

—No es lo que piensas —dice enseguida.

—Acláramelo —musito.

—Pensé que podrías ponerte esto esta noche.

Y todas las implicaciones de la frase permanecen suspendidas entre nosotros mientras voy asimilando la idea.

—¿A la gala benéfica?

Estoy atónita.

Él asiente despacio y sus ojos se ensombrecen.

Oh, Dios.

—¿Me pegarás después?

—No.

Por un momento siento una leve punzada de decepción.

Él se ríe.

—¿Es eso lo que quieres?

Trago saliva. No lo sé.

—Bueno, tranquila que no voy a tocarte de ese modo, aunque me supliques.

Oh. Esto es nuevo.

—¿Quieres jugar a este juego? —continúa, con las bolas en la mano—. Siempre puedes quitártelas si no aguantas más.

Le fulmino con la mirada. Está tan increíblemente seductor: un tanto descuidado, el pelo revuelto, esos ojos oscuros que dejan traslucir pensamientos eróticos, esa boca maravillosamente esculpida, y esa sonrisa tan sexy y divertida en los labios.

—De acuerdo —acepto en voz baja.

¡Dios, sí! La diosa que llevo dentro ha recuperado la voz y grita por las esquinas.

—Buena chica. —Christian sonrío—. Ven aquí y te las colocaré, cuando te hayas puesto los zapatos.

¿Los zapatos? Me giro para mirar los zapatos de ante gris perla de tacón alto, que combinan con el vestido que he elegido.

¡Síguele la corriente!

Extiende la mano para ayudarme a mantener el equilibrio mientras me pongo los zapatos Christian Louboutin, un robo de tres mil doscientos noventa y cinco dólares. Ahora debo de ser unos diez centímetros más alta que él.

Me lleva junto a la cama pero no se sienta, sino que se dirige hacia la única silla de la habitación. La coge y la coloca delante de mí.

—Cuando yo haga una señal, te agachas y te apoyas en la silla. ¿Entendido? —dice con voz grave.

—Sí.

—Bien. Ahora abre la boca —ordena, sin levantar la voz.

Hago lo que me dice, pensando que va a meterme las bolas en la boca otra vez para lubricarlas. Pero no, desliza su dedo índice entre mis labios.

Oh...

—Chupa —dice.

Me inclino hacia delante, le sujeto la mano y obedezco. Puedo ser muy obediente cuando quiero.

Sabe a jabón... mmm. Chupo con fuerza, y me reconforta ver que abre los ojos de par en par, separa los labios y aspira. Creo que ya no necesitaré ningún tipo de lubricante. Se mete las bolas en la boca mientras le rodeo el dedo con la lengua y le practico una felación. Cuando intenta retirarlo, le clavo los dientes.

Sonríe y mueve la cabeza con gesto reprobatorio, de manera que le suelto. Hace un gesto con la cabeza, y me inclino y me agarro a ambos lados de la silla. Aparta mis bragas a un lado y me mete un dedo muy lentamente, haciéndolo girar despacio, de manera que lo siento en todo mi cuerpo. No puedo evitar que se me escape un gemido.

Retira el dedo un momento y, con mucha suavidad, inserta las bolas una a una y empuja para meterlas hasta el fondo. En cuanto están en su sitio, vuelve a colocarme y ajustarme las bragas y me besa el trasero. Desliza las manos por mis piernas, del tobillo a la cadera, y besa con ternura la parte superior de ambos muslos, a la altura de las ligas.

—Tienes unas bonitas piernas, señorita Steele —susurra.

Se yergue y, sujetándome las caderas, tira hacia él para que note su erección.

—Puede que cuando volvamos a casa te posea así, Anastasia. Ya puedes incorporarte.

Siento el peso de las bolas empujando y tirando dentro de mí, y me siento terriblemente excitada, mareada. Christian se inclina detrás de mí y me besa en el hombro.

—Compré esto para que los llevaras en la gala del sábado pasado. —Me rodea con su brazo y extiende la mano. En la palma hay una cajita roja con la palabra «Cartier» impresa en la tapa—. Pero me dejaste, así que nunca tuve ocasión de dártelo.

¡Oh!

—Esta es mi segunda oportunidad —musita nervioso, con la voz preñada de una emoción desconocida.

Cojo la caja y la abro, vacilante. Dentro resplandece un par de largos pendientes. Cada uno tiene cuatro diamantes, uno en la base, luego un fino hilo, y después tres diamantes perfectamente espaciados. Son preciosos, simples y clásicos. Los que yo misma habría escogido si alguna vez tuviera la oportunidad de comprar en Cartier.

—Son maravillosos —musito, y los adoro porque son los pendientes que nos dan una segunda oportunidad—. Gracias.

El cuerpo de Christian, pegado al mío, se destensa, se relaja, y vuelve a besarme en el hombro.

—¿Te pondrás el vestido de satén plateado? —pregunta.

—Sí. ¿Te parece bien?

—Claro. Te dejo para que te arregles.
Y se encamina hacia la puerta sin mirar atrás.

He entrado en un universo alternativo. La joven que me devuelve la mirada desde el espejo parece digna de la alfombra roja. Su vestido de satén plateado, sin tirantes y largo hasta los pies, es sencillamente espectacular. Puede que yo misma escriba a Caroline Acton. Es entallado y realza las escasas curvas que tengo.

Mi pelo, suelto en delicadas ondas alrededor de la cara, cae por encima de mis hombros hasta los senos. Me lo recojo por detrás de la oreja para enseñar los pendientes de nuestra segunda oportunidad. Me he maquillado lo mínimo: lápiz de ojos, rímel, un toque de colorete y pintalabios rosa pálido.

La verdad es que no necesito el colorete. El constante movimiento de las bolas de plata me provoca un leve rubor. Sí, son la garantía de que esta noche tendré color en las mejillas. Meneo la cabeza pensando en las audaces ocurrencias eróticas de Christian, me inclino para recoger el chal de satén y el bolso de mano plateado, y voy a buscar a mi Cincuenta Sombras.

Está en el pasillo, hablando con Taylor y otros tres hombres, de espaldas a mí. Las expresiones de sorpresa y admiración de estos alertan a Christian de mi presencia. Se da la vuelta mientras yo me quedo ahí plantada, esperando incómoda.

Se me seca la boca. Está impresionante... Esmoquin negro, pajarita negra, y su semblante de asombro y admiración al verme. Camina hacia mí y me besa el pelo.

—Anastasia. Estás deslumbrante.

Su cumplido delante de Taylor y los otros tres hombres hace que me ruborice.

—¿Una copa de champán antes de salir?

—Por favor —musito, con celeridad excesiva.

Christian le hace una señal a Taylor, que se dirige al vestíbulo con sus tres acompañantes.

Christian saca una botella de champán de la nevera.

—¿El equipo de seguridad? —pregunto.

—Protección personal. Están a las órdenes de Taylor, que también está entrenado para ello.

Christian me ofrece una copa de champán.

—Es muy versátil.

—Sí, lo es. —Christian sonrío—. Estás adorable, Anastasia. Salud.

Levanta la copa y la entrechoca con la mía. El champán es de color rosa pálido. Tiene un delicioso sabor chispeante y ligero.

—¿Cómo estás? —me pregunta con la mirada encendida.

—Bien, gracias.

Le sonrío con dulzura, sin expresar nada y sabiendo perfectamente que se refiere a las bolas de plata.

Hace un gesto de satisfacción.

—Toma, necesitarás esto. —Me tiende una bolsa de terciopelo que estaba sobre la encimera, en la isla de la cocina—. Ábrela —dice entre sorbos de champán.

Intrigada, cojo la bolsa y saco una elaborada máscara de disfraz plateada, coronada con un penacho de plumas azul cobalto.

—Es un baile de máscaras —dice con naturalidad.

—Ya veo.

Es preciosa. Ribeteada con un lazo de plata y una exquisita filigrana alrededor de los ojos.

—Esto realzará tus maravillosos ojos, Anastasia.

Yo le sonrío con timidez.

—¿Tú llevarás una?

—Naturalmente. Tienen una cualidad muy liberadora —añade, arqueando una ceja y sonriendo.

Oh. Esto va a ser divertido.

—Ven. Quiero enseñarte una cosa.

Me tiende la mano y me lleva hacia el pasillo, hasta una puerta junto a la escalera. La abre y me encuentro ante una habitación enorme, de un tamaño aproximado al de su cuarto de juegos, que debe de quedar justo encima de esta sala. Está llena de libros. Vaya, una biblioteca con todas las paredes atestadas, desde el suelo hasta el techo. En el centro hay una mesa de billar enorme, iluminada con una gran lámpara de Tiffany en forma de prisma triangular.

—¡Tienes una biblioteca! —exclamo asombrada y abrumada por la emoción.

—Sí, Elliot la llama «el salón de las bolas». El apartamento es muy espacioso. Hoy, cuando has mencionado lo de explorar, me he dado cuenta de que nunca te lo había enseñado. Ahora no tenemos tiempo, pero pensé que debía mostrarte esta sala, y puede que en un futuro no muy lejano te desafíe a una partida de billar.

Sonrío de oreja a oreja.

—Cuando quieras.

Siento un inmenso regocijo interior. A José y a mí nos encanta el billar. Nos hemos pasado los últimos tres años jugando, y soy toda una experta. José ha sido un magnífico maestro.

—¿Qué? —pregunta Christian, divertido.

¡Oh, no!, me reprocho. Realmente debería dejar de expresar cada emoción en el momento en que la siento.

—Nada —contesto enseguida.

Christian entorna los ojos.

—Bien, quizá el doctor Flynn pueda desentrañar tus secretos. Esta noche le conocerás.

—¿A ese charlatán tan caro?

—Oh, vaya.

—El mismo. Se muere por conocerte.

Mientras vamos en la parte de atrás del Audi en dirección norte, Christian me da la mano y me acaricia los nudillos con el pulgar. Me estremezco, noto la sensación en mi entrepierna. Reprimo el impulso de gemir, ya que Taylor está delante sin los auriculares del iPod, junto a uno de esos agentes de seguridad que creo que se llama Sawyer.

Estoy empezando a notar un dolor sordo y placentero en el vientre, provocado por las bolas. Me pregunto cuánto podré resistir sin algún... ¿alivio? Cruzo las piernas. Al hacerlo, se me ocurre de pronto algo que lleva dándome vueltas en la cabeza.

—¿De dónde has sacado el pintalabios? —le pregunto a Christian en voz baja.

Sonríe y señala al frente.

—De Taylor —articula en silencio.

Me echo a reír.

—Oh...

Y me paro en seco... las bolas.

Me muerdo el labio. Christian me mira risueño y con un brillo malicioso en los ojos. Sabe perfectamente lo que se hace, como el animal sexy que es.

—Relájate —musita—. Si te resulta excesivo...

Se le quiebra la voz y me besa con dulzura cada nudillo, por turnos, y luego me chupa la punta del meñique.

Ahora sé que lo hace a propósito. Cierro los ojos mientras un deseo oscuro se expande por mi cuerpo. Me rindo momentáneamente a esa sensación, y comprimo los músculos de las entrañas.

Cuando abro los ojos, Christian me está observando fijamente, como un príncipe tenebroso. Debe de ser por el esmoquin y la pajarita, pero parece mayor, sofisticado, un libertino fascinantemente apuesto con intenciones licenciosas. Sencillamente, me deja sin respiración. Estoy subyugada por su sexualidad, y, si tengo que darle crédito, él es mío. Esa idea hace que brote una sonrisa en mi cara, y él me responde con otra resplandeciente.

—¿Y qué nos espera en esa gala?

—Ah, lo normal —dice Christian jovial.

—Para mí no es normal.

Sonríe cariñosamente y vuelve a besarme la mano

—Un montón de gente exhibiendo su dinero. Subasta, rifa, cena, baile... mi madre sabe cómo organizar una fiesta —dice complacido, y por primera vez

en todo el día me permito sentir cierta ilusión ante la velada.

Una fila de lujosos coches sube por el sendero de la mansión Grey. Grandes farolillos de papel rosa pálido cuelgan a lo largo del camino, y, mientras nos acercamos lentamente con el Audi, veo que están por todas partes. Bajo la temprana luz del anochecer parecen algo mágico, como si entráramos en un reino encantado. Miro de reojo a Christian. Qué apropiado para mi príncipe... y florece en mí una alegría infantil que eclipsa cualquier otro sentimiento.

—Pongámonos las máscaras.

Christian esboza una amplia sonrisa y se coloca su sencilla máscara negra, y mi príncipe se transforma en alguien más oscuro, más sensual.

Lo único que veo de su cara es su preciosa boca perfilada y su enérgica barbilla. Mi corazón late desbocado al verle. Me pongo la máscara, ignorando el profundo anhelo que invade todo mi cuerpo.

Taylor aparca en el camino de la entrada, y un criado abre la puerta del lado de Christian. Sawyer se apresura a bajar para abrir la mía.

—¿Lista? —pregunta Christian.

—Más que nunca.

—Estás radiante, Anastasia.

Me besa la mano y sale del coche.

Una alfombra verde oscuro se extiende sobre el césped por un lateral de la mansión hasta los impresionantes terrenos de la parte de atrás. Christian me rodea con el brazo en ademán protector, apoyando la mano en mi cintura, y, bajo la luz de los farolillos que iluminan el camino, recorreremos la alfombra verde junto

con un nutrido reguero de gente formado por la élite más granada de Seattle, ataviados con sus mejores galas y luciendo máscaras de todo tipo. Dos fotógrafos piden a los invitados que posen para las fotos con el emparrado de hiedra al fondo.

—¡Señor Grey! —grita uno de ellos.

Christian asiente, me atrae hacia sí y posamos rápidamente para una foto. ¿Cómo saben que es él? Por su característica mata de rebelde cabello cobrizo, sin duda.

—¿Dos fotógrafos? —le pregunto.

—Uno es del *Seattle Times*; el otro es para tener un recuerdo. Luego podremos comprar una copia.

Oh, mi foto en la prensa otra vez. Leila acude fugazmente a mi mente. Así es como me descubrió, por un posado con Christian. La idea resulta inquietante, aunque me consuela saber que estoy irreconocible gracias a la máscara.

Al final de la fila de invitados, sirvientes con uniformes blancos portan bandejas con resplandecientes copas de champán, y agradezco a Christian que me pase una para distraerme de mis sombríos pensamientos.

Nos acercamos a una gran pérgola blanca, donde cuelgan versiones más pequeñas de los mismos farolillos de papel. Bajo ella, brilla una pista de baile con suelo ajedrezado en blanco y negro, rodeada por una valla baja con entradas por tres lados. En cada una hay dos elaboradas esculturas de unos cisnes de hielo. El cuarto lado de la pérgola está ocupado por un escenario, en el que un cuarteto de cuerda interpreta una pieza suave, hechizante, etérea, que no reconozco. El escenario parece dispuesto para una gran banda, pero de momento

no se ve rastro de los músicos, así que imagino que la actuación será más tarde. Christian me coge de la mano y me lleva entre los cisnes hasta la pista, donde los demás invitados se están congregando, charlando y bebiendo copas de champán.

Más allá, hacia la orilla, se alza una inmensa carpa, abierta por el lado más cercano a nosotros, de modo que puedo vislumbrar las mesas y las sillas formalmente dispuestas. ¡Hay muchísimas!

—¿Cuánta gente vendrá? —le pregunto a Christian, impresionada por el tamaño de la carpa.

—Creo que unos trescientos. Tendrás que preguntárselo a mi madre —me dice sonriendo.

—¡Christian!

Una mujer joven aparece entre la multitud y le echa los brazos al cuello, e inmediatamente sé que es Mia. Lleva un elegante traje largo de gasa color rosa pálido, con una máscara veneciana exquisitamente trabajada a juego. Está deslumbrante. Y, por un momento, me siento más agradecida que nunca por el vestido que Christian me ha proporcionado.

—¡Ana! ¡Oh, querida, estás guapísima! —Me da un breve abrazo—. Tienes que venir a conocer a mis amigos. Ninguno se cree que Christian tenga por fin novia.

Aterrada, miro a Christian, que se encoge de hombros como diciendo «Ya sé que es imposible, yo tuve que convivir con ella durante años», y deja que Mia me conduzca hasta un grupo de mujeres jóvenes, todas con trajes caros e impecablemente acicaladas.

Mia hace rápidamente las presentaciones. Tres de ellas se muestran dulces y agradables, pero Lily, creo

que se llama, me mira con expresión agria bajo su máscara roja.

—Naturalmente todas pensábamos que Christian era gay —dice con sarcasmo, disimulando su rencor con una gran sonrisa falsa.

Mia le hace un mohín.

—Lily... compórtate. Está claro que Christian tiene un gusto excelente para las mujeres, pero estaba esperando a que apareciera la adecuada, ¡y esa no eras tú!

Lily se pone del color de su máscara, y yo también. ¿Puede haber una situación más incómoda?

—Señoritas, ¿podría recuperar a mi acompañante, por favor?

Christian desliza el brazo alrededor de mi cintura y me atrae hacia él. Las cuatro jóvenes se ruborizan y sonríen nerviosas: el invariable efecto de su perturbadora sonrisa. Mia me mira, pone los ojos en blanco, y no me queda otro remedio que echarme a reír.

—Encantada de conoceros —digo mientras Christian tira de mí—. Gracias —le susurro, cuando estamos ya a cierta distancia.

—He visto que Lily estaba con Mia. Es una persona horrible.

—Le gustas —digo secamente.

Él se estremece.

—Pues el sentimiento no es mutuo. Ven, te voy a presentar a algunas personas.

Paso la siguiente media hora inmersa en un torbellino de presentaciones. Conozco a dos actores de Hollywood, a otros dos presidentes ejecutivos y a varias

eminencias médicas. Por Dios... es imposible que me acuerde de tantos nombres.

Christian no se separa de mí, y se lo agradezco. Francamente, la riqueza, el glamour y el nivel de puro derroche del evento me intimidan. Nunca he asistido a un acto parecido en mi vida.

Los camareros vestidos de blanco circulan grácilmente con más botellas de champán entre la multitud creciente de invitados, y me llenan la copa con una regularidad preocupante. No debo beber demasiado. No debo beber demasiado, me repito a mí misma, pero empiezo a sentirme algo aturdida, y no sé si es por el champán, por la atmósfera cargada de misterio y excitación que crean las máscaras, o por las bolas de plata que llevo en secreto. Resulta cada vez más difícil ignorar el dolor sordo que se extiende bajo mi cintura.

—¿Así que trabaja en SIP? —me pregunta un caballero calvo con una máscara de oso que le cubre la mitad de la cara... ¿o es de perro?—. He oído rumores acerca de una OPA hostil.

Me ruborizo. Una OPA hostil lanzada por un hombre que tiene más dinero que sentido común, y que es un acosador nato.

—Yo solo soy una humilde ayudante, señor Eccles. No sé nada de esas cosas.

Christian no dice nada y sonrío beatíficamente a Eccles.

—¡Damas y caballeros! —El maestro de ceremonias, con una impresionante máscara de arlequín blanca y negra, nos interrumpe—. Por favor, vayan ocupando sus asientos. La cena está servida.

Christian me da la mano y seguimos al bullicioso gentío hasta la inmensa carpa.

El interior es impresionante. Tres enormes lámparas de araña lanzan destellos irisados sobre las telas de seda marfileña que conforman el techo y las paredes. Debe de haber unas treinta mesas como mínimo, que me recuerdan al salón privado del hotel Heathman: copas de cristal, lino blanco y almidonado cubriendo las sillas y las mesas, y en el centro, un exquisito arreglo de peonías rosa pálido alrededor de un candelabro de plata. Al lado hay una cesta de exquisiteces envueltas en hilo de seda.

Christian consulta el plano de la distribución y me lleva a una mesa del centro. Mia y Grace Trevelyan-Grey ya están sentadas, enfrascadas en una conversación con un joven al que no conozco. Grace lleva un deslumbrante vestido verde menta con una máscara veneciana a juego. Está radiante, se la ve muy relajada, y me saluda con afecto.

—¡Ana, qué gusto volver a verte! Y además tan espléndida.

—Madre —la saluda Christian con formalidad, y la besa en ambas mejillas.

—¡Ay, Christian, qué protocolario! —le reprocha ella en broma.

Los padres de Grace, el señor y la señora Trevelyan, vienen a sentarse a nuestra mesa. Tienen un aspecto exuberante y juvenil, aunque resulte difícil asegurarlo bajo sus máscaras de bronce a juego. Se muestran encantados de ver a Christian.

—Abuela, abuelo, me gustaría presentaros a Anastasia Steele.

La señora Trevelyan me acapara de inmediato.

—¡Oh, por fin ha encontrado a alguien, qué encantadora, y qué linda! Bueno, espero que le conviertas en un hombre decente —comenta efusivamente mientras me da la mano.

Qué vergüenza... Doy gracias al cielo por la máscara.

Grace acude en mi rescate.

—Madre, no incomodes a Ana.

—No hagas caso a esta vieja tonta, querida. —El señor Trevelyan me estrecha la mano—. Se cree que, como es tan mayor, tiene el derecho divino a decir cualquier tontería que se le pase por esa cabecita loca.

—Ana, este es mi acompañante, Sean.

Mia presenta tímidamente al joven. Al darme la mano, me dedica una sonrisa traviesa y un brillo divertido baila en sus ojos castaños.

—Encantado de conocerte, Sean.

Christian estrecha la mano de Sean y le observa con suspicacia. No me digas que la pobre Mia tiene que sufrir también a su sobreprotector hermano. Sonrío a Mia con expresión compasiva.

Lance y Janine, unos amigos de Grace, son la última pareja en sentarse a nuestra mesa, pero el señor Carrick Grey sigue sin aparecer.

De pronto, se oye el zumbido de un micrófono, y la voz del señor Grey retumba por encima del sistema de megafonía, logrando acallar el murmullo de voces. Carrick, de pie sobre un pequeño escenario en un extremo de la carpa, luce una impresionante máscara dorada de Polichinela.

—Damas y caballeros, quiero darles la bienvenida a nuestro baile benéfico anual. Espero que disfruten de lo que hemos preparado para ustedes esta noche, y que se rasquen los bolsillos para apoyar el fantástico trabajo que hace nuestro equipo de Afrontarlo Juntos. Como saben, esta es una causa a la que estamos muy vinculados y que tanto mi esposa como yo apoyamos de todo corazón.

Nerviosa, observo de reojo a Christian, que mira impasible, creo, hacia el escenario. Se da cuenta y me sonrío.

—Ahora les dejo con el maestro de ceremonias. Por favor, tomen asiento y disfruten —concluye Carrick.

Después de un aplauso cortés, regresa el bullicio a la carpa. Estoy sentada entre Christian y su abuelo. Contemplo admirada la tarjetita blanca en la que aparece mi nombre escrito con elegante caligrafía plateada, mientras un camarero enciende el candelabro con una vela larga. Carrick se une a nosotros, y me sorprende besándome en ambas mejillas.

—Me alegro de volver a verte, Ana —murmura.

Está realmente magnífico con su extraordinaria máscara dorada.

—Damas y caballeros, escojan por favor quién presidirá su mesa —dice el maestro de ceremonias.

—¡Oh... yo, yo! —dice Mia inmediatamente, dando saltitos entusiasmados en su asiento.

—En el centro de sus mesas encontrarán un sobre —continúa el maestro de ceremonias—. ¿Serían todos ustedes tan amables de sacar, pedir, tomar prestado o si es preciso robar un billete de la suma más alta posible, escribir su nombre en él y meterlo dentro

del sobre? Presidentes de mesa, por favor, vigilen atentamente los sobres. Más tarde los necesitaremos.

Maldición... He venido sin dinero. ¡Qué tonta... es una gala benéfica!

Christian saca dos billetes de cien dólares de su cartera.

—Toma —dice.

¿Qué?

—Luego te lo devuelvo —susurro.

Él tuerce levemente la boca. Sé que no le ha gustado, pero no dice nada. Escribo mi nombre con su pluma —es negra, con una flor blanca en el capuchón—, y Mia va pasando el sobre.

Encuentro delante de mí otro tarjetón con el menú impreso en letras plateadas.

BAILE DE MÁSCARAS A BENEFICIO DE

AFRONTARLO JUNTOS

MENÚ

TARTAR DE SALMÓN CON NATA LÍQUIDA Y

PEPINOS SOBRE TOSTADA DE BRIOCHE

ALBAN ESTATE ROUSSANNE 2006

MAGRET DE PATO DE MUSCOVY ASADO

PURÉ CREMOSO DE ALCACHOFAS DE JERUSALÉN

GRAS

CEREZAS PICOTAS ASADAS CON TOMILLO, FOIE

CHÂTEAUNEF-DU-PAPE VIEILLES VIGNES 2006

DOMAINE DE LA JANASSE

MOUSSE CAMELIZADA DE NUECES

ARCE

HIGOS CONFITADOS, SABAYON, HELADO DE

VIN DE CONSTANCE 2004 KLEIN CONSTANTIA

SURTIDO DE QUESOS Y PANES LOCALES

ALBAN ESTATE GRENACHE 2006

CAFÉ Y PETITS FOURS



Bueno, eso justifica la cantidad de copas de cristal de todos los tamaños que atiborran el espacio que tengo asignado en la mesa. Nuestro camarero ha vuelto, y nos ofrece vino y agua. A mis espaldas, están cerrando los faldones de la carpa por donde hemos entrado, mientras que, en la parte delantera, dos miembros del servicio retiran la lona para revelar antes nuestros ojos la puesta de sol sobre Seattle y la bahía Meydenbauer.

La vista es absolutamente impresionante, con las luces centelleantes de Seattle a lo lejos y la calma anaranjada y crepuscular de la bahía reflejando el cielo opalino. Qué maravilla. Resulta tan tranquilo y relajante...

Diez camareros, llevando cada uno una bandeja, se colocan de pie entre los asientos. Acto seguido, cada uno va sirviendo los entrantes en silencio y con una sincronización total, y luego desaparece. El salmón tiene un aspecto delicioso, y me doy cuenta de que estoy hambrienta.

—¿Tienes hambre? —musita Christian para que solo pueda oírle yo.

Sé que no se refiere a la comida, y los músculos del fondo de mi vientre responden.

—Mucha —susurro, y le miro desafiante.

Christian separa los labios e inspira.

¡Ja! ¿Lo ves? Yo también sé jugar a este juego.

El abuelo de Christian enseguida me da conversación. Es un anciano encantador, muy orgulloso de su hija y de sus tres nietos.

Me resulta extraño pensar en Christian de niño. El recuerdo de las cicatrices de sus quemaduras me viene repentinamente a la mente, pero lo desecho de inmediato. Ahora no quiero pensar en eso, aunque sea el auténtico motivo de esta velada, por irónico que resulte.

Ojalá Kate estuviera aquí con Elliot. Ella encajaría muy bien: si Kate tuviera delante esta gran cantidad de tenedores y cuchillos no se amilanaría... y además, tomaría el mando de la mesa. Me la imagino discutiendo con Mia sobre quién debería presidir la mesa, y esa imagen me hace sonreír.

La conversación fluye agradablemente entre los comensales. Mia se muestra muy amena, como siempre, eclipsando bastante al pobre Sean, que básicamente se limita a permanecer callado, como yo. La abuela de Christian es la más locuaz. También tiene un sentido del humor mordaz, normalmente a costa de su marido. Empiezo a sentir un poco de lástima por el señor Trevelyan.

Christian y Lance charlan animadamente sobre un dispositivo que la empresa de Christian está desarrollando, inspirado en el principio de E. F. Schumacher de «Lo pequeño es hermoso». Es difícil seguir lo que dicen. Por lo visto Christian pretende impulsar el desarrollo de las comunidades más pobres del planeta por medio de la tecnología eólica: mediante dispositivos que no necesitan electricidad, ni pilas, y cuyo mantenimiento es mínimo.

Verle tan implicado es algo fascinante. Está apasionadamente comprometido en mejorar la vida de los más desfavorecidos. A través de su empresa de telecomunicaciones, pretende ser el primero en sacar al mercado un teléfono móvil eólico.

Vaya... No tenía ni idea. Quiero decir que conocía su pasión por querer alimentar al mundo, pero esto...

Lance parece incapaz de comprender esa idea de Christian de ceder tecnología sin patentarla. Me pregunto vagamente cómo ha conseguido ganar Christian tanto dinero, si está tan dispuesto a cederlo todo.

A lo largo de la cena, un flujo constante de hombres con elegantes esmóquines y máscaras oscuras se acerca a la mesa, deseosos de conocer a Christian. Le estrechan la mano e intercambian amables comentarios. Él me presenta a algunos, pero no a otros. Me intriga saber el cómo y el porqué de tal distinción.

Durante una de esas conversaciones, Mia se inclina hacia delante y me sonrío.

—Ana, ¿colaborarás en la subasta?

—Por supuesto —le contesto con excesiva prontitud.

Cuando llega el momento de los postres, ya se ha hecho de noche y yo me siento francamente incómoda. Tengo que librarme de las bolas. El maestro de ceremonias se acerca a nuestra mesa antes de que pueda retirarme, y con él, si no me equivoco, viene miss Coletitas Europeas.

¿Cómo se llamaba? Hansel, Gretel... Gretchen.

Va enmascarada, naturalmente, pero sé que es ella porque no le quita la vista de encima a Christian. Se

ruboriza, y yo, egoístamente, estoy más que encantada de que él no la reconozca en absoluto.

El maestro de ceremonias nos pide el sobre y, con una floritura elocuente y experta, le pide a Grace que saque el billete ganador. Es el de Sean, y le premian con la cesta envuelta en seda.

Yo aplaudo educadamente, pero me resulta imposible seguir concentrándome en el ritual.

—Si me perdonas —susurro a Christian.

Me mira atentamente.

—¿Tienes que ir al tocador?

Yo asiento.

—Te acompañaré —dice con aire misterioso.

Cuando me pongo de pie, todos los demás hombres de la mesa se levantan también. Oh, cuánto ceremonial.

—¡No, Christian!, tú no. Yo acompañaré a Ana.

Mia se pone de pie antes de que Christian pueda protestar. Él tensa la mandíbula y sé que está contrariado. Y, francamente, yo también. Tengo... necesidades. Me encojo de hombros a modo de disculpa y él se sienta enseguida, resignado.

Cuando volvemos me siento un poco mejor, aunque el alivio de quitarme las bolas no ha sido tan inmediato como esperaba. Ahora las tengo perfectamente guardadas en mi bolso de mano.

¿Por qué creí que podría soportarlas toda la noche? Sigo anhelante... quizá pueda convencer a Christian para que me acompañe más tarde a la casita del embarcadero. Al pensarlo me ruborizo, y cuando me siento le observo de reojo. Él me mira de frente, y la sombra de una sonrisa brota en sus labios.

Uf... ya no está enfadado por haber perdido la oportunidad; aunque quizá yo sí lo esté. Me siento frustrada; irritada incluso. Christian me aprieta la mano y ambos escuchamos atentos a Carrick, que está de nuevo en el escenario hablando sobre Afrontarlo Juntos. Christian me pasa otra tarjeta: una lista con los precios de la subasta. La repaso rápidamente.

REGALOS SUBASTADOS, Y SUS GENEROSOS

*DONANTES, A BENEFICIO DE AFRONTARLO
JUNTOS*

BATE DE BÉISBOL FIRMADO POR LOS MARINERS

—DR. EMILY MAINWARING

BOLSO, CARTERA Y LLAVERO GUCCI

—ANDREA WASHINGTON

VALE PARA DOS PERSONAS POR UN DÍA EN EL

ESCLAVA DE BRAVERN CENTER

—ELENA LINCOLN

DISEÑO DE PAISAJE Y JARDÍN

—GIA MATTEO

ESTUCHE DE SELECCIÓN DE PRODUCTOS DE
BELLEZA COCO DE MER

—ELIZABETH AUSTIN

ESPEJO VENECIANO

—SR. Y SRA. J. BAILEY

DOS CAJAS DE VINO DE ALBAN ESTATES A
ESCOGER

—ALBAN ESTATES

2 TICKETS VIP PARA XTY EN CONCIERTO

—SRTA. L. YESYOV

JORNADA EN LAS CARRERAS DE DAYTONA

—EMC BRITT INC.

PRIMERA EDICIÓN DE *ORGULLO Y PREJUICIO* DE
JANE AUSTEN

—DR. A. F. M. LACE-FIELD

DÍA CONducir un ASTON MARTIN DB7 DURANTE UN

—SR. y SRA. L. W. NORA

ÓLEO, *EN EL AZUL* DE J. TROUTON

—KELLY TROUTON

CLASE DE VUELO SIN MOTOR

—ESCUELA DE VUELO SOARING SEATTLE

FIN DE SEMANA PARA DOS EN EL HOTEL
HEATHMAN DE PORTLAND

—HOTEL HEATHMAN

ESTANCIA DE FIN DE SEMANA EN ASPEN,
COLORADO (6 PLAZAS)

—SR. C. GREY

ESTANCIA DE UNA SEMANA A BORDO DEL YATE
SUSIECUE (6 PLAZAS), AMARRADO EN STA. LUCÍA

—DC Y SRA. LARIN

UNA SEMANA EN EL LAGO ADRIANA, MONTANA
(8, PLAZAS)

—SR. Y DRA. GREY



Madre mía... Miro a Christian con expresión atónita.

—¿Tú tienes una propiedad en Aspen? —siseo.

La subasta está en marcha y tengo que hablar en voz baja.

Él asiente, sorprendido e irritado por mi salida de tono, creo. Se lleva un dedo a los labios para hacerme callar.

—¿Tienes propiedades en algún otro sitio?

Él asiente e inclina la cabeza en señal de advertencia.

La sala entera irrumpe en aplausos y vítores: uno de los regalos ha sido adjudicado por doce mil dólares.

—Te lo contaré luego —dice Christian en voz baja. Y añade, malhumorado—: Yo quería ir contigo.

Bueno, pero no has venido. Hago un mohín y me doy cuenta de que sigo quejosa, y es sin duda por el frustrante efecto de las bolas. Y cuando veo el nombre de la señora Robinson en la lista de generosos donantes, me pongo aún de más mal humor.

Echo un vistazo alrededor de la carpa para ver si la localizo, pero no consigo ver su deslumbrante cabello. Seguramente Christian me habría avisado si ella estuviera invitada esta noche. Permanezco sentada, dándole vueltas a la cabeza y aplaudiendo cuando corresponde, a medida que los lotes se van vendiendo por cantidades de dinero astronómicas.

Le toca el turno a la estancia en la propiedad de Christian en Aspen, que alcanza los veinte mil dólares.

—A la una, a las dos... —anuncia el maestro de ceremonias.

Y en ese momento no sé qué es lo que se apodera de mí, pero de repente oigo mi propia voz resonando claramente sobre el gentío.

—¡Veinticuatro mil dólares!

Todas las máscaras de la mesa se vuelven hacia mí, sorprendidas, maravilladas, pero la mayor reacción de todas se produce a mi lado. Noto que da un respingo y siento cómo su cólera me inunda como las olas de una gran marea.

—Veinticuatro mil dólares, ofrecidos por la encantadora dama de plata, a la una, a las dos... ¡Adjudicado!

Maldita sea... ¿realmente acabo de hacer eso? Debe de ser el alcohol. He bebido bastante champán, más cuatro copas de cuatro vinos distintos. Levanto la vista hacia Christian, que está aplaudiendo.

Dios... va a enfadarse mucho, ahora que estábamos tan bien. Mi subconsciente ha decidido finalmente hacer acto de presencia, y luce la cara de *El grito* de Edvard Munch.

Christian se inclina hacia mí, con una falsa sonrisa estampada en la cara. Me besa en la mejilla y después se acerca más para susurrarme al oído, con una voz muy fría y controlada:

—No sé si adorarte puesto de rodillas o si darte unos azotes que te dejen sin aliento.

Oh, yo sé lo que quiero ahora mismo. Levanto los ojos parpadeantes para mirarle a través de la máscara. Ojalá pudiera interpretar su expresión.

—Prefiero la segunda opción, gracias —susurro desesperada, mientras el aplauso se va apagando.

Él separa los labios e inspira bruscamente. Oh, esa boca escultural... la quiero sobre mí, ahora. Muero por él. Me obsequia con una radiante sonrisa que me deja sin respiración.

—Estás sufriendo, ¿eh? Veremos qué podemos hacer para solucionar eso —insinúa, mientras desliza el índice por mi barbilla.

Su caricia resuena en el fondo de mis entrañas, allí donde el dolor ha germinado y se ha extendido. Quiero abalanzarme sobre él aquí, ahora mismo, pero volvemos a sentarnos para ver cómo subastan el siguiente lote.

Me cuesta mucho permanecer quieta. Christian me rodea el hombro con el brazo y me acaricia la espalda continuamente con el pulgar, provocando deliciosos hormigueos que bajan por mi espina dorsal. Sujeta mi mano con la que tiene libre, se la lleva a los labios y luego la deja sobre su regazo.

Lenta y furtivamente, de manera que no me doy cuenta de su juego hasta que ya es demasiado tarde, va subiendo mi mano por su pierna hasta llegar a su erección. Ahogo un grito, y con el pánico impreso en los ojos miro alrededor de la mesa, pero todo el mundo está concentrado en el escenario. Gracias a Dios que llevo máscara.

Aprovecho la ocasión y le acaricio despacio, dejando que mis dedos exploren. Christian mantiene su mano sobre la mía, ocultando mis audaces dedos, mientras su pulgar se desliza suavemente sobre mi nuca. Abre la boca y jadea imperceptiblemente, y esa es la única reacción que capto a mi inexperta caricia. Pero significa mucho. Me desea. Mi cuerpo se contrae por debajo de la cintura. Empieza a ser insoportable.

El último lote de la subasta es una semana en el lago Adriana. Naturalmente, el señor y la doctora Grey tienen una casa en aquel hermoso paraje de Montana, y la puja sube rápidamente, pero yo apenas soy consciente de ello. Le noto crecer bajo mis dedos y eso hace que me sienta muy poderosa.

—¡Adjudicado por ciento diez mil dólares! —
proclama triunfalmente el maestro de ceremonias.

Toda la sala prorrumpe en aplausos, y yo me sumo a ellos de mala gana, igual que Christian, poniendo fin a nuestra diversión.

Se vuelve hacia mí con una expresión sugerente en los labios.

—¿Lista? —musita sobre la efusiva ovación.

—Sí —respondo en voz queda.

—¡Ana! —grita Mia—. ¡Ha llegado el momento!
¿Qué? No. Otra vez no.

—¿El momento de qué?

—La Subasta del Baile Inaugural. ¡Vamos!

Se levanta y me tiende la mano.

Yo miro de reojo a Christian, que está, creo, frunciéndole el ceño a Mia, y no sé si reír o llorar, pero al final opto por la primera opción. Rompo a reír en un estallido catártico de colegiala nerviosa, al vernos frustrados nuevamente por ese torbellino de energía rosa que es Mia Grey. Christian me observa fijamente y, al cabo de un momento, aparece la sombra de una sonrisa en sus labios.

—El primer baile será conmigo, ¿de acuerdo? Y no será en la pista —me dice lascivo al oído.

Mi risita remite en cuanto la expectativa aviva las llamas del deseo. ¡Oh, sí! La diosa que llevo dentro ejecuta una perfecta pirueta en el aire con sus patines sobre hielo.

—Me apetece mucho.

Me inclino y le beso castamente en los labios. Echo un vistazo alrededor y me doy cuenta de que el resto de los comensales de la mesa están atónitos.

Naturalmente, nunca habían visto a Christian acompañado de una chica.

Él esboza una amplia sonrisa y parece... feliz.

—Vamos, Ana —insiste Mia.

Acepto la mano que me tiende y la sigo al escenario, donde se han congregado otras diez jóvenes más, y veo con cierta inquietud que Lily es una de ellas.

—¡Caballeros, el momento cumbre de la velada! —grita el maestro de ceremonias por encima del bullicio—. ¡El momento que todos estaban esperando! ¡Estas doce encantadoras damas han aceptado subastar su primer baile al mejor postor!

Oh, no. Enrojezco de la cabeza a los pies. No me había dado cuenta de qué iba todo esto. ¡Qué humillante!

—Es por una buena causa —sisea Mia al notar mi incomodidad—. Además, ganará Christian —añade poniendo los ojos en blanco—. Me resulta inconcebible que permita que alguien puje más que él. No te ha quitado los ojos de encima en toda la noche.

Eso es... Tú concéntrate solo en que es para una buena causa, y en que Christian ganará. Después de todo, no le viene de unos pocos dólares.

¡Pero eso implica que se gaste más dinero en ti!, me gruñe mi subconsciente. Pero yo no quiero bailar con ningún otro... no podría bailar con ningún otro, y además, no se va a gastar el dinero en mí, va a donarlo a la beneficencia. ¿Como los veinticuatro mil dólares que ya se ha gastado en ti?, prosigue mi subconsciente, entornando los ojos.

Maldita sea. Parece que me he dejado llevar con esa puja impulsiva. ¿Y por qué estoy discutiendo conmigo misma?

—Ahora, caballeros, acérquense por favor y echen un buen vistazo a quien podría acompañarles en su primer baile. Doce muchachas hermosas y complacientes.

¡Santo Dios! Me siento como si estuviera en un mercado de carne. Contemplo horrorizada a la veintena de hombres, como mínimo, que se aproxima a la zona del escenario, Christian incluido. Se pasean con despreocupada elegancia entre las mesas, deteniéndose a saludar una o dos veces por el camino. En cuanto los interesados están reunidos alrededor del escenario, el maestro de ceremonias procede.

—Damas y caballeros, de acuerdo con la tradición del baile de máscaras, mantendremos el misterio oculto tras las mismas y utilizaremos únicamente los nombres de pila. En primer lugar tenemos a la encantadora Jada.

Jada también se ríe nerviosamente como una colegiala. Tal vez yo no esté tan fuera de lugar. Va vestida de pies a la cabeza de tafetán azul marino con una máscara a juego. Dos jóvenes dan un paso al frente, expectantes. Qué afortunada, Jada...

—Jada habla japonés con fluidez, tiene el título de piloto de combate y es gimnasta olímpica... mmm. — El maestro de ceremonias guiña un ojo—. Caballeros, ¿cuál es la oferta inicial?

Jada se queda boquiabierta ante las palabras del maestro de ceremonias: obviamente, todo lo que ha

dicho en su presentación no son más que bobadas graciosas. Sonríe con timidez a los dos postores.

—¡Mil dólares! —grita uno.

La puja alcanza rápidamente los cinco mil dólares.

—A la una... a las dos... adjudicada... —proclama a voz en grito el maestro de ceremonias—... ¡al caballero de la máscara!

Y naturalmente, como todos los caballeros llevan máscara, estallan las carcajadas y los aplausos jocosos. Jada sonríe radiante a su comprador y abandona a toda prisa el escenario.

—¿Lo ves...? ¡Es divertido! —murmura Mia, y añade—: Espero que Christian consiga tu primer baile, porque... no quiero que haya pelea.

—¿Pelea? —replico horrorizada.

—Oh, sí. Cuando era más joven era muy temperamental —dice con un ligero estremecimiento.

¿Christian metido en una pelea? ¿El refinado y sofisticado Christian, aficionado a la música coral del periodo Tudor? No me entra en la cabeza. El maestro de ceremonias me distrae de mis pensamientos con la siguiente presentación: una joven vestida de rojo, con una larga melena azabache.

—Caballeros, permitan que les presente ahora a la maravillosa Mariah. Ah... ¿qué podemos decir de Mariah? Es una experta espadachina, toca el violonchelo como una auténtica concertista y es campeona de salto con pértiga... ¿Qué les parece, caballeros? ¿Cuánto estarían dispuestos a ofrecer por un baile con la deliciosa Mariah?

Mariah se queda mirando al maestro de ceremonias, y entonces alguien grita, muy fuerte:

—¡Tres mil dólares!

Es un hombre enmascarado con cabello rubio y barba.

Se produce una contraoferta, y Mariah acaba siendo adjudicada por cuatro mil dólares.

Christian no me quita los ojos de encima. El pedenciero Trevelyan-Grey... ¿quién lo habría dicho?

—¿Cuánto hace de eso? —le pregunto a Mia.

Me mira, desconcertada.

—¿Cuántos años tenía Christian cuando se metía en peleas?

—Al principio de la adolescencia. Solía volver a casa con el labio partido y los ojos morados, y mis padres estaban desesperados. Le expulsaron de dos colegios. Llegó a causar serios daños a algunos de sus oponentes.

La miro boquiabierta.

—¿Él no te lo había contado? —Suspira—. Tenía bastante mala fama entre mis amigos. Durante años fue considerado una auténtica *persona non grata*. Pero a los quince o dieciséis años se le pasó.

Y se encoge de hombros.

Santo Dios... Otra pieza del rompecabezas que encaja en su sitio.

—Entonces, ¿cuánto ofrecen por la despampanante Jill?

—Cuatro mil dólares —dice una voz ronca desde el lado izquierdo de la multitud.

Jill suelta un gritito, encantada.

Yo dejo de prestar atención a la subasta. Así que Christian era un chico problemático en el colegio, que se metía en peleas. Me pregunto por qué. Le miro fijamente. Lily nos vigila atentamente.

—Y ahora, permítanme que les presente a la preciosa Ana.

Oh, no... esa soy yo. Nerviosa, miro de reojo a Mia, que me empuja al centro de escenario. Afortunadamente no me caigo, pero quedo expuesta a la vista de todo el mundo, terriblemente avergonzada. Cuando miro a Christian, me sonrío satisfecho. Cabrón...

—La preciosa Ana toca seis instrumentos musicales, habla mandarín con fluidez y le encanta el yoga... Bien, caballeros...

Y antes de que termine la frase, Christian interrumpe al maestro de ceremonias fulminándolo con la mirada:

—Diez mil dólares.

Oigo el grito entrecortado y atónito de Lily a mis espaldas.

Oh, no...

—Quince mil.

¿Qué? Todos nos volvemos a la vez hacia un hombre alto e impecablemente vestido, situado a la izquierda del escenario. Yo miro perpleja a Cincuenta. Madre mía, ¿qué hará ante esto? Pero él se rasca la barbilla y obsequia al desconocido con una sonrisa irónica. Es obvio que Christian le conoce. El hombre le responde con una cortés inclinación de cabeza.

—¡Bien, caballeros! Por lo visto esta noche contamos en la sala con unos contendientes de altura.

El maestro de ceremonias se gira para sonreír a Christian y la emoción emana a través de su máscara de arlequín. Se trata de un gran espectáculo, aunque en realidad sea a costa mía. Tengo ganas de llorar.

—Veinte mil —contraataca Christian tranquilamente.

El bullicio del gentío ha enmudecido. Todo el mundo nos mira a mí, a Christian y al misterioso hombre situado junto al escenario.

—Veinticinco mil —dice el desconocido.

¿Puede haber una situación más bochornosa?

Christian le observa impasible, pero se está divirtiendo. Todos los ojos están fijos en él. ¿Qué va a hacer? Tengo un nudo en la garganta. Me siento mareada.

—Cien mil dólares —dice, y su voz resuena alta y clara por toda la carpa.

—¿Qué diablos...? —masculla perceptiblemente Lily detrás de mí, y un murmullo general de asombro jubiloso se alza entre la multitud.

El desconocido levanta las manos en señal de derrota, riendo, y Christian le dirige una amplia sonrisa. Por el rabillo del ojo, veo a Mia dando saltitos de regocijo.

—¡Cien mil dólares por la encantadora Ana! A la una... a las dos...

El maestro de ceremonias mira al desconocido, que niega con la cabeza con fingido reproche, pero se inclina caballerosamente.

—¡Adjudicada! —grita triunfante.

Entre un ensordecedor clamor de vítores y aplausos, Christian avanza, me da la mano y me ayuda a

bajar del escenario. Me mira con semblante irónico mientras yo bajo, me besa el dorso de la mano, la coloca alrededor de su brazo y me conduce fuera de la carpa.

—¿Quién era ese? —pregunto.

Me mira.

—Alguien a quien conocerás más tarde. Ahora quiero enseñarte una cosa. Disponemos de treinta minutos antes de que termine la subasta. Después tenemos que regresar para poder disfrutar de ese baile por el que he pagado.

—Un baile muy caro —musito en tono reprobatorio.

—Estoy seguro de que valdrá la pena, hasta el último centavo.

Me sonrío maliciosamente. Oh, tiene una sonrisa maravillosa, y vuelvo a sentir ese dolor que florece con plenitud en mis entrañas.

Estamos en el jardín. Yo creía que iríamos a la casita del embarcadero, y siento una punzada de decepción al ver que nos dirigimos hacia la gran pérgola, donde ahora se está instalando la banda. Hay por lo menos veinte músicos, y unos cuantos invitados merodeando por el lugar, fumando a hurtadillas. Pero como toda la acción está teniendo lugar en la carpa, nadie se fija mucho en nosotros.

Christian me lleva a la parte de atrás de la casa y abre una puerta acristalada que da a un salón enorme y confortable que yo no había visto antes. Él atraviesa la sala desierta hacia una gran escalinata con una elegante barandilla de madera pulida. Me toma de la mano que tenía enlazada en su brazo y me conduce al segundo piso, y luego por el siguiente tramo de escaleras hasta el

tercero. Abre una puerta blanca y me hace pasar a un dormitorio.

—Esta era mi habitación —dice en voz baja, quedándose junto a la puerta y cerrándola a sus espaldas.

Es amplia, austera, con muy poco mobiliario. Las paredes son blancas, al igual que los muebles; hay una espaciosa cama doble, una mesa y una silla, y estantes abarrotados de libros y diversos trofeos, al parecer de kickboxing. De las paredes cuelgan carteles de cine: *Matrix*, *El club de la lucha*, *El show de Truman*, y dos pósters de luchadores. Uno se llama Giuseppe DeNatale; nunca he oído hablar de él.

Lo que más llama mi atención es un panel de corcho sobre el escritorio, cubierto con miles de fotos, banderines de los Mariners y entradas de conciertos. Es un fragmento de la vida del joven Christian. Dirijo de nuevo la mirada hacia el impresionante y apuesto hombre que ahora está en el centro de la habitación. Él me mira con aire misterioso, pensativo y sexy.

—Nunca había traído a una chica aquí —murmura.

—¿Nunca? —susurro.

Niega con la cabeza.

Trago saliva convulsamente, y el dolor que ha estado molestándome las dos últimas horas ruge ahora, salvaje y anhelante. Verle ahí plantado sobre la moqueta azul marino con esa máscara... supera lo erótico. Le deseo. Ahora. De la forma que sea. He de reprimirme para no lanzarme sobre él y desgarrarle la ropa. Él se acerca a mí lento y cadencioso.

—No tenemos mucho tiempo, Anastasia, y tal como me siento ahora mismo, no necesitaremos mucho. Date la vuelta. Deja que te quite el vestido. —Yo me giro, mirando hacia la puerta, y agradezco que haya echado el pestillo. Él se inclina y me susurra al oído—: Déjate la máscara.

Yo respondo con un gemido, y mi cuerpo se tensa.

Él sujeta la parte de arriba de mi vestido, desliza los dedos sobre mi piel y su caricia resuena en todo mi cuerpo. Con movimiento rápido abre la cremallera. Sosteniendo el vestido, me ayuda a quitármelo, luego se da la vuelta y lo deja con destreza sobre el respaldo de la silla. Se quita la chaqueta, la coloca sobre mi vestido. Se detiene y me observa un momento, embebiéndose de mí. Yo me quedo en ropa interior y medias a juego, deleitándome en su mirada sensual.

—¿Sabes, Anastasia? —dice en voz baja mientras avanza hacia mí y se desata la pajarita, de manera que cuelga a ambos lados del cuello, y luego se desabrocha los tres botones de arriba de la camisa—. Estaba tan enfadado cuando compraste mi lote en la subasta que me vinieron a la cabeza ideas de todo tipo. Tuve que recordarme a mí mismo que el castigo no forma parte de las opciones. Pero luego te ofreciste. —Baja la vista hacia mí a través de la máscara—. ¿Por qué hiciste eso? —musita.

—¿Ofrecerme? No lo sé. Frustración... demasiado alcohol... una buena causa —musito sumisa, y me encojo de hombros.

¿Quizá para llamar su atención?

En aquel momento le necesitaba. Ahora le necesito más. El dolor ha empeorado y sé que él puede aliviarlo, calmar su rugido, y la bestia que hay en mí saliva por la bestia que hay en él. Christian aprieta los labios, ahora no son más que una fina línea, y se lame despacio el labio superior. Quiero esa lengua en mi interior.

—Me juré a mí mismo que no volvería a pegarte, aunque me lo suplicaras.

—Por favor —suplico.

—Pero luego me di cuenta de que en este momento probablemente estés muy incómoda, y eso no es algo a lo que estés acostumbrada.

Me sonrío con complicidad, ese cabrón arrogante, pero no me importa porque tiene toda la razón.

—Sí —musito.

—Así que puede que haya cierta... flexibilidad. Si lo hago, has de prometerme una cosa.

—Lo que sea.

—Utilizarás las palabras de seguridad si las necesitas, y yo simplemente te haré el amor, ¿de acuerdo?

—Sí.

Estoy jadeando. Quiero sus manos sobre mí.

Él traga saliva, luego me da la mano y se dirige hacia la cama. Aparta el cobertor, se sienta, coge una almohada y la coloca a un lado. Levanta la vista para verme de pie a su lado, y de pronto tira fuerte de mi mano, de manera que caigo sobre su regazo. Se mueve un poco hasta que mi cuerpo queda apoyado sobre la cama y mi pecho está encima de la almohada. Se inclina

hacia delante, me aparta el pelo del hombro y pasa los dedos por el penacho de plumas de mi máscara.

—Pon las manos detrás de la espalda — murmura.

¡Oh...! Se quita la pajarita y la utiliza para atarme rápidamente las muñecas, de modo que mis manos quedan atadas sobre la parte baja de la espalda.

—¿Realmente deseas esto, Anastasia?

Cierro los ojos. Es la primera vez desde que le conozco que realmente quiero esto. Lo necesito.

—Sí —susurro.

—¿Por qué? —pregunta en voz baja mientras me acaricia el trasero con la palma de la mano.

Yo gimo en cuanto su mano entra en contacto con mi piel. No sé por qué... Tú me dijiste que no pensara demasiado. Después de un día como hoy... con la discusión sobre el dinero, Leila, la señora Robinson, ese dossier sobre mí, el mapa de zonas prohibidas, esta espléndida fiesta, las máscaras, el alcohol, las bolas de plata, la subasta... deseo esto.

—¿He de tener un motivo?

—No, nena, no hace falta —dice—. Solo intento entenderte.

Su mano izquierda se curva sobre mi cintura, sujetándome sobre su regazo, y entonces levanta la palma derecha de mi trasero y golpea con fuerza, justo donde se unen mis muslos. Ese dolor conecta directamente con el de mi vientre.

Oh, Dios... gimo con fuerza. Él vuelve a pegarme, exactamente en el mismo sitio. Suelto otro gemido.

—Dos —susurra—. Con doce bastará.

¡Oh...! Tengo una sensación muy distinta a la de la última vez: tan carnal, tan... necesaria. Christian me acaricia el culo con los largos dedos de sus manos, y mientras tanto yo estoy indefensa, atada y sujeta contra el colchón, a su merced, y por mi propia voluntad. Me azota otra vez, ligeramente hacia el costado, y otra, en el otro lado, luego se detiene, me baja las medias lentamente y me las quita. Desliza suavemente otra vez la palma de la mano sobre mi trasero antes de seguir golpeando... cada escozor del azote alivia mi anhelo, o lo acrecienta... no lo sé. Me someto al ritmo de los cachetes, absorbiendo cada uno de ellos, saboreando cada uno de ellos.

—Doce —murmura en voz baja y ronca.

Vuelve a acariciarme el trasero, baja la mano hasta mi sexo y hunde lentamente dos dedos en mi interior, y los mueve en círculo, una y otra y otra vez, torturándome.

Lanzo un gruñido cuando siento que mi cuerpo me domina, y llego al clímax, y luego otra vez, convulsionándome alrededor de sus dedos. Es tan intenso, inesperado y rápido...

—Muy bien, nena —musita satisfecho.

Me desata las muñecas, manteniendo los dedos dentro de mí mientras sigo tumbada sobre él, jadeando, agotada.

—Aún no he acabado contigo, Anastasia —dice, y se mueve sin retirar los dedos.

Desliza mis rodillas hasta el suelo, de manera que ahora estoy inclinada y apoyada sobre la cama. Se arrodilla en el suelo detrás de mí y se baja la cremallera.

Saca los dedos de mi interior, y escucho el familiar sonido cuando rasga el paquetito plateado.

—Abre las piernas —gruñe, y yo obedezco.

Y, de un golpe, me penetra por detrás.

—Esto va a ser rápido, nena —murmura, y, sujetándome las caderas, sale de mi interior y vuelve a entrar con ímpetu.

—Ah —grito, pero la plenitud es celestial.

Impacta directamente contra el vientre dolorido, una y otra vez, y lo alivia con cada embestida dura y dulce. La sensación es alucinante, justo lo que necesito. Y me echo hacia atrás para unirme a él en cada embate.

—Ana, no —resopla, e intenta inmovilizarme.

Pero yo le deseo tanto que me acoplo a él en cada embestida.

—Mierda, Ana —sisea cuando se corre, y el atormentado sonido me lanza de nuevo a una espiral de orgasmo sanador, que sigue y sigue, haciendo que me retuerza y dejándome exhausta y sin respiración.

Christian se inclina, me besa el hombro y luego sale de mí. Me rodea con sus brazos, apoya la cabeza en mitad de mi espalda, y nos quedamos así, los dos arrodillados junto a la cama. ¿Cuánto? ¿Segundos? Minutos incluso, hasta que se calma nuestra respiración. El dolor en el vientre ha desaparecido, y lo que siento es una serenidad satisfecha y placentera.

Christian se mueve y me besa la espalda.

—Creo que me debe usted un baile, señorita Steele —musita.

—Mmm —contesto, saboreando la ausencia de dolor y regodeándome en esa sensación.

Él se sienta sobre los talones y tira de mí para colocarme en su regazo.

—No tenemos mucho tiempo. Vamos.

Me besa el pelo y me obliga a ponerme de pie.

Yo protesto, pero vuelvo a sentarme en la cama, recojo las medias del suelo y me las pongo. Me acerco doliente a la silla para recuperar mi vestido. Caigo en la cuenta distraídamente de que no me he quitado los zapatos durante nuestro ilícito encuentro. Christian se está anudando la pajarita, después de haberse arreglado un poco él y también la cama.

Y mientras vuelvo a ponerme el vestido, miro las fotografías del panel. Christian cuando era un adolescente hosco, pero aun así igual de atractivo que ahora: con Elliot y Mia en las pistas de esquí; solo en París, con el Arco de Triunfo de fondo; en Londres; en Nueva York; en el Gran Cañón; en la ópera de Sidney; incluso en la Muralla China. El amo Grey ha viajado mucho desde muy joven.

Hay entradas de varios conciertos: U2, Metallica, The Verve, Sheryl Crow; la Filarmónica de Nueva York interpretando *Romeo y Julieta* de Prokofiev... ¡qué mezcla tan ecléctica! Y en una esquina, una foto tamaño carnet de una joven. En blanco y negro. Me suena, pero que me aspen si la identifico. No es la señora Robinson, gracias a Dios.

—¿Quién es? —pregunto.

—Nadie importante —contesta mientras se pone la chaqueta y se ajusta la pajarita—. ¿Te subo la cremallera?

—Por favor. Entonces, ¿por qué la tienes en el panel?

—Un descuido por mi parte. ¿Qué tal la pajarita? Levanta la barbilla como un niño pequeño, y yo sonrío y se la arreglo.

—Ahora está perfecta.

—Como tú —murmura, me atrae hacia él y me besa apasionadamente—. ¿Estás mejor?

—Mucho mejor, gracias, señor Grey.

—El placer ha sido mío, señorita Steele.

Los invitados se están congregando en la gran pérgola. Christian me mira complacido —hemos llegado justo a tiempo—, y me conduce a la pista de baile.

—Y ahora, damas y caballeros, ha llegado el momento del primer baile. Señor y doctora Grey, ¿están listos?

Carrick asiente y rodea con sus brazos a Grace.

—Damas y caballeros de la Subasta del Baile Inaugural, ¿están preparados?

Todos asentimos. Mia está con alguien que no conozco. Me pregunto qué ha pasado con Sean.

—Pues empecemos. ¡Adelante, Sam!

Un joven aparece en el escenario en medio de un cálido aplauso, se vuelve hacia la banda que está a sus espaldas y chasquea los dedos. Los conocidos acordes de «I've Got You Under My Skin» inundan el aire.

Christian me mira sonriendo, me toma en sus brazos y empieza a moverse. Oh, baila tan bien que es muy fácil seguirle. Nos sonreímos mutuamente como tontos, mientras me hace girar alrededor de la pista.

—Me encanta esta canción —murmura Christian, y baja los ojos hacia mí—. Resulta muy apropiada.

Ya no sonrío, está serio.

—Yo también te tengo bajo la piel —respondo—. Al menos te tenía en tu dormitorio.

Frunce los labios, pero es incapaz de disimular su regocijo.

—Señorita Steele —me reprocha en tono de broma—, no tenía ni idea de que pudiera ser tan grosera.

—Señor Grey, yo tampoco. Creo que es a causa de todas mis experiencias recientes. Han sido muy educativas.

—Para ambos.

Christian vuelve a estar serio, y se diría que estamos los dos solos con la banda. En nuestra burbuja privada.

Cuando termina la canción, los dos aplaudimos. Sam, el cantante, saluda con elegancia y presenta a su banda.

—¿Puedo interrumpir?

Reconozco al hombre que pujó por mí en la subasta. Christian me suelta de mala gana, pero parece también divertido.

—Adelante. Anastasia, este es John Flynn. John, Anastasia.

¡Oh, no!

Christian sonríe y se aleja con paso tranquilo hacia un lateral de la pista de baile.

—¿Cómo estás, Anastasia? —dice el doctor Flynn en tono afable, y me doy cuenta de que es inglés.

—Hola —balbuceo.

La banda inicia otra canción, y el doctor Flynn me toma entre sus brazos. Es mucho más joven de lo que imaginaba, aunque no puedo verle la cara. Lleva una máscara parecida a la de Christian. Es alto, pero no tanto

como Christian, ni tampoco se mueve con su gracia natural.

¿Qué le digo? ¿Por qué Christian está tan jodido? ¿Por qué ha apostado por mí? Eso es lo único que quiero preguntarle, pero me parece una grosería en cierto sentido.

—Estoy encantado de conocerte por fin, Anastasia. ¿Lo estás pasando bien? —pregunta.

—Lo estaba —murmuro.

—Oh, espero no ser el responsable de tu cambio de humor.

Me obsequia con una sonrisa breve y afectuosa que hace que me sienta algo más a gusto.

—Usted es el psiquiatra, doctor Flynn. Dígame lo usted.

Sonríe.

—Ese es el problema, ¿verdad? ¿Que soy psiquiatra?

Se me escapa una risita.

—Me siento un poco intimidada y avergonzada, porque me preocupa lo que pueda revelarme. Y la verdad es que lo único que quiero hacer es preguntarle acerca de Christian.

Sonríe.

—En primer lugar, estamos en una fiesta, de manera que no estoy de servicio —musita con aire cómplice—. Y, en segundo, lo cierto es que no puedo hablar contigo sobre Christian. Además —bromea—, le necesitamos al menos hasta Navidad.

Doy un respingo, atónita.

—Es una broma de médicos, Anastasia.

Me ruborizo, incómoda, y me siento un poco ofendida. Está bromeando a costa de Christian.

—Acaba de confirmar lo que he estado diciéndole a Christian... que no es usted más que un charlatán carísimo —le reprocho.

El doctor Flynn reprime una carcajada.

—Puede que tengas parte de razón.

—¿Es usted inglés?

—Sí. Nacido en Londres.

—¿Y cómo acabó usted aquí?

—Por una feliz circunstancia.

—No es muy extrovertido, ¿verdad?

—No tengo mucho que contar. La verdad es que soy una persona muy aburrida.

—Eso es ser muy autocrítico.

—Típico de los británicos. Forma parte de nuestro carácter nacional.

—Ah.

—Y podría acusarte a ti de lo mismo, Anastasia.

—¿De ser también una persona aburrida, doctor Flynn?

Suelta un bufido.

—No, Anastasia, de no ser extrovertida.

—No tengo mucho que contar —replico sonriendo.

—Lo dudo, sinceramente.

Y, de forma inesperada, frunce el ceño.

Me ruborizo, pero entonces la música cesa y Christian vuelve a aparecer a mi lado. El doctor Flynn me suelta.

—Ha sido un placer conocerte, Anastasia.

Vuelve a sonreírme afectuosamente, y tengo la sensación de haber pasado una especie de prueba encubierta.

—John —le saluda Christian con un gesto de la cabeza.

—Christian —le devuelve el saludo el doctor Flynn, luego gira sobre sus talones y desaparece entre la multitud.

Christian me coge entre sus brazos para el siguiente baile.

—Es mucho más joven de lo que esperaba —le digo en un murmullo—. Y tremendamente indiscreto.

—¿Indiscreto? —pregunta Christian, ladeando la cabeza.

—Ah, sí, me lo ha contado todo.

Christian se pone rígido.

—Bien, en ese caso iré a buscar tu bolso. Estoy seguro de que ya no querrás tener nada que ver conmigo —añade en voz baja.

Me paro en seco.

—¡No me ha contado nada!

Mi voz rezuma pánico.

Christian parpadea y el alivio inunda su cara. Me acoge de nuevo en sus brazos.

—Entonces disfrutemos del baile.

Me dedica una sonrisa radiante, me hace girar al compás de la música, y yo me tranquilizo.

¿Por qué ha pensado que querría dejarle? No tiene sentido.

Bailamos dos temas más, y me doy cuenta de que tengo que ir al baño.

—No tardaré.

Al dirigirme hacia el tocador, recuerdo que me he dejado el bolso sobre la mesa de la cena, así que vuelvo a la carpa. Al entrar veo que sigue iluminada pero prácticamente desierta, salvo por una pareja al fondo... ¡que debería buscarse una habitación! Recojo mi bolso.

—¿Anastasia?

Una voz suave me sobresalta, me doy la vuelta y veo a una mujer con un vestido de terciopelo negro, largo y ceñido. Lleva una máscara singular. Le cubre la cara hasta la nariz, pero también el cabello. Está hecha de elaboradas filigranas de oro, algo realmente extraordinario.

—Me alegro mucho de encontrarte a solas —dice en voz baja—. Me he pasado toda la velada queriendo hablar contigo.

—Perdone, pero no sé quién es.

Se aparta la máscara de la cara y se suelta el pelo.

¡Oh, no! Es la señora Robinson.

—Lamento haberte sobresaltado.

La miro boquiabierta. Madre mía... ¿qué diablos querrá esta mujer de mí?

No sé qué dicta el protocolo acerca de relacionarse socialmente con pederastas. Ella me sonrío con dulzura y me indica con un gesto que me siente a su mesa. Y, dado que carezco de todo punto de referencia y estoy anonadada, hago lo que me pide por educación, agradeciendo no haberme quitado la máscara.

—Seré breve, Anastasia. Sé lo que piensas de mí... Christian me lo contó.

La observo impasible, sin expresar nada, pero me alegro de que lo sepa. Así me ahorro tener que

decírselo y ella puede ir al grano. Hay una parte de mí que se muere por saber qué tendrá que decirme.

Hace una pequeña pausa y echa un vistazo por encima de mi hombro.

—Taylor nos está vigilando.

Echo un vistazo de reojo y le veo examinando la carpa desde el umbral. Sawyer le acompaña. Miran a todas partes salvo a nosotras.

—No tenemos mucho tiempo —dice apresuradamente—. Ya debes tener claro que Christian está enamorado de ti. Nunca le había visto así, nunca —añade, enfatizando la última palabra.

¿Qué? ¿Que me quiere? No. ¿Por qué me dice ella esto? ¿Para tranquilizarme? No entiendo nada.

—Él no te lo dirá porque probablemente ni siquiera sea consciente de ello, a pesar de que se lo he dicho, pero Christian es así. No acepta con facilidad ningún tipo de emoción o sentimiento positivo que pueda experimentar. Se maneja mucho mejor con lo negativo. Aunque seguramente eso ya lo has comprobado por ti misma. No se valora en absoluto.

Todo me da vueltas. ¿Christian me quiere? ¿Él no me lo ha dicho, y esta mujer tiene que explicarle qué es lo que siente? Todo esto me supera.

Un aluvión de imágenes acude a mi mente: el iPad, el planeador, coger un avión privado para ir a verme, todos sus actos, su posesividad, cien mil dólares por un baile... ¿Es eso amor?

Y oírlo de boca de esta mujer, que ella tenga que confirmármelo, es, francamente, desagradable. Preferiría oírsele a él.

Se me encoge el corazón. Christian cree que no vale nada. ¿Por qué?

—Yo nunca le he visto tan feliz, y es evidente que tú también sientes algo por él. —Una sonrisa fugaz brota en sus labios—. Eso es estupendo, y os deseo lo mejor a los dos. Pero lo que quería decir es que, si vuelves a hacerle daño, iré a por ti, señorita, y eso no te gustará nada.

Me mira fijamente, perforándome el cerebro con sus gélidos ojos azules que intentan llegar más allá de la máscara. Su amenaza es tan sorprendente, tan descabellada, que se me escapa sin querer una risita incrédula. De todas las cosas que podía decirme, esta era la que menos esperaba de ella.

—¿Te parece gracioso, Anastasia? —masculla consternada—. Tú no le viste el sábado pasado.

Palidezco y me pongo seria. No es agradable imaginar a Christian infeliz, y el sábado pasado le abandoné. Tuvo que recurrir a ella. Esa idea me descompone. ¿Por qué estoy aquí sentada escuchando toda esta basura, y de ella, nada menos? Me levanto despacio, sin dejar de mirarla.

—Me sorprende su desfachatez, señora Lincoln. Christian y yo no tenemos nada que ver con usted. Y si le abandono y usted viene a por mí, la estaré esperando, no tenga ninguna duda de ello. Y quizá le pague con su misma moneda, para resarcir al pobre chico de quince años del que usted abusó y al que probablemente destrozó aún más de lo que ya estaba.

Se queda estupefacta.

—Y ahora, si me perdona, tengo mejores cosas que hacer en vez de perder el tiempo con usted.

Me doy la vuelta, sintiendo una descarga de rabia y adrenalina por todo el cuerpo, y me dirijo hacia la entrada de la carpa, donde están Taylor y Christian, que acaba de llegar, con aspecto nervioso y preocupado.

—Estás aquí —musita, y frunce el ceño al ver a Elena.

Yo paso por su lado sin detenerme, sin decir nada, dándole la oportunidad de escoger entre ella y yo. Elige bien.

—Ana —me llama. Me paro y le miro mientras él acude a mi lado—. ¿Qué ha pasado?

Y baja los ojos para observarme, con la inquietud grabada en la cara.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu ex? —replico con acidez.

Él tuerce la boca y su mirada se torna gélida.

—Te lo estoy preguntando a ti.

No levanta la voz, pero el tono resulta mucho más amenazador.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada.

Muy bien, ya veo que esto acabará en una pelea si no se lo digo.

—Me ha amenazado con ir a por mí si vuelvo a hacerte daño... armada con un látigo, seguramente —le suelto.

El alivio se refleja en su cara y dulcifica el gesto con expresión divertida.

—Seguro que no se te ha pasado por alto la ironía de la situación —dice, y noto que hace esfuerzos para que no se le escape la risa.

—¡Esto no tiene gracia, Christian!

—No, tienes razón. Hablaré con ella —dice, adoptando un semblante serio, pero sonriendo aún para sí.

—Eso ni pensarlo —replico cruzando los brazos, nuevamente indignada.

Parpadea, sorprendido ante mi arrebató.

—Mira, ya sé que estás atado a ella financieramente, si me permites el juego de palabras, pero...

Me callo. ¿Qué le estoy pidiendo que haga? ¿Abandonarla? ¿Dejar de verla? ¿Puedo hacer eso?

—Tengo que ir al baño —digo al fin con gesto adusto.

Él suspira e inclina la cabeza a un lado. ¿Se puede ser más sensual? ¿Es la máscara, o simplemente él?

—Por favor, no te enfades. Yo no sabía que ella estaría aquí. Dijo que no vendría. —Emplea un tono apaciguador, como si hablara con una niña. Alarga la mano y resigue con el pulgar el mohín que dibuja mi labio inferior—. No dejes que Elena nos estropee la noche, por favor, Anastasia. Solo es una vieja amiga.

«Vieja», esa es la palabra clave, pienso con crueldad mientras él me levanta la barbilla y sus labios rozan mi boca con dulzura. Yo suspiro y pestañeo, rendida. Él se yergue y me sujeta del codo.

—Te acompañaré al tocador y así no volverán a interrumpirte.

Me conduce a través del jardín hasta los lujosos baños portátiles. Mia me dijo que los habían instalado para la gala, pero no sabía que hubiera modelos de lujo.

—Te espero aquí, nena —murmura.

Cuando salgo, estoy de mejor humor. He decidido no dejar que la señora Robinson me arruine la noche, porque seguramente eso es lo que ella quiere. Christian se ha alejado un poco y habla por teléfono, apartado de un reducido grupo que está charlando y riendo. A medida que me acerco, oigo lo que dice.

—¿Por qué cambiaste de opinión? Creía que estábamos de acuerdo. Bien, pues déjala en paz —dice muy seco—. Esta es la primera relación que he tenido en mi vida, y no quiero que la pongas en peligro basándote en una preocupación por mí totalmente infundada. Déjala... en... paz. Lo digo en serio, Elena. —Se calla y escucha—. No, claro que no. —Y frunce ostensiblemente el ceño al decirlo. Levanta la vista y me ve mirándole—. Tengo que dejarte. Buenas noches.

Aprieta el botón y cuelga.

Yo inclino la cabeza a un lado y arqueo una ceja. ¿Por qué la ha telefoneado?

—¿Cómo está la vieja amiga?

—De mal humor —responde mordaz—. ¿Te apetece volver a bailar? ¿O quieres irte? —Consulta su reloj—. Los fuegos artificiales empiezan dentro de cinco minutos.

—Me encantan los fuegos artificiales.

—Pues nos quedaremos a verlos. —Me pasa un brazo alrededor del hombro y me atrae hacia él—. No dejes que ella se interponga entre nosotros, por favor.

—Se preocupa por ti —musito.

—Sí, y yo por ella... como amiga.

—Creo que para ella es más que una amistad. Tuerce el gesto.

—Anastasia, Elena y yo... es complicado. Compartimos una historia. Pero solo es eso, historia. Como ya te he dicho muchas veces, es una buena amiga. Nada más. Por favor, olvídate de ella.

Me besa el cabello, y, para no estropear nuestra noche, decido dejarlo correr. Tan solo intento entender.

Caminamos de la mano hacia la pista de baile. La banda sigue en plena actuación.

—Anastasia.

Me doy la vuelta y ahí está Carrick.

—Me preguntaba si me harías el honor de concederme el próximo baile.

Me tiende la mano. Christian se encoge de hombros, sonrío y me suelta, y yo dejo que Carrick me lleve a la pista de baile. Sam, el líder de la banda, empieza a cantar «Come Fly with Me», y Carrick me pasa el brazo por la cintura y me conduce girando suavemente hacia el gentío.

—Quería agradecerte tu generosa contribución a nuestra obra benéfica, Anastasia.

Por el tono, sospecho que está dando un rodeo para preguntarme si puedo permitírmelo.

—Señor Grey...

—Llámame Carrick, por favor, Ana.

—Estoy encantada de poder contribuir. Recibí un dinero que no esperaba, y no lo necesito. Y la causa lo vale.

Él me sonrío, y yo sopeso la conveniencia de hacerle un par de preguntas inocentes. *Carpe diem*, sisea mi subconsciente, ahuecando la mano en torno a su boca.

—Christian me ha hablado un poco de su pasado, así que considero muy apropiado apoyar este proyecto —añado, esperando que eso anime a Carrick a desvelarme algo del misterio que rodea a su hijo.

Él se muestra sorprendido.

—¿Te lo ha contado? Eso es realmente insólito. Está claro que ejerces un efecto positivo en él, Anastasia. No creo haberle visto nunca tan... tan... optimista.

Me ruborizo.

—Lo siento, no pretendía incomodarte.

—Bueno, según mi limitada experiencia, él es un hombre muy peculiar —apunto.

—Sí —corrobora Carrick.

—Por lo que me ha contado Christian, los primeros años de su infancia fueron espantosamente traumáticos.

Carrick frunce el ceño, y me preocupa haber ido demasiado lejos.

—Mi esposa era la doctora de guardia cuando le trajo la policía. Estaba en los huesos, y seriamente deshidratado. No hablaba. —Carrick, sumido en ese terrible recuerdo, ajeno al alegre compás de la música que nos rodea, tuerce otra vez el gesto—. De hecho, estuvo casi dos años sin hablar. Lo que finalmente le sacó de su mutismo fue tocar el piano. Ah, y la llegada de Mia, naturalmente.

Me sonrío con cariño.

—Toca maravillosamente bien. Y ha conseguido tantas cosas en la vida que debe de estar muy orgulloso de él —digo con la voz casi quebrada.

¡Dios santo! Estuvo dos años sin hablar.

—Inmensamente. Es un joven muy decidido, muy capaz, muy brillante. Pero, entre tú y yo, Anastasia, verlo cómo está esta noche... relajado, comportándose como alguien de su edad... eso es lo que realmente nos emociona a su madre y a mí. Eso es lo que estábamos comentando hoy mismo. Y creo que debemos darte las gracias por ello.

Una sensación de rubor me invade de la cabeza a los pies. ¿Qué debo decir ahora?

—Siempre ha sido un chico muy solitario. Nunca creímos que le veríamos con alguien. Sea lo que sea lo que estás haciendo con él, por favor, sigue haciéndolo. Nos gusta verle feliz. —De pronto se calla, como si fuera él quien hubiera ido demasiado lejos—. Lo siento, no pretendía incomodarte.

Niego con la cabeza.

—A mí también me gusta verle feliz —musito, sin saber qué más decir.

—Bien, estoy encantado de que hayas venido esta noche. Ha sido un auténtico placer veros a los dos juntos.

Mientras los últimos acordes de «Come Fly with Me» se apagan, Carrick me suelta y se inclina educadamente, y yo hago una reverencia, imitando su cortesía.

—Ya está bien de bailar con ancianos.

Christian ha vuelto a aparecer. Carrick se echa a reír.

—No tan «anciano», hijo. Todo el mundo sabe que he tenido mis momentos.

Carrick me guiña un ojo con aire pícaro, y se aleja con paso tranquilo y elegante.

—Me parece que le gustas a mi padre —susurra Christian mientras observa a Carrick mezclándose entre el gentío.

—¿Cómo no voy a gustarle? —comento, coqueta, aleteando las pestañas.

—Bien dicho, señorita Steele. —Y me arrastra a sus brazos en cuanto la banda empieza a tocar «It Had to Be You»—. Baila conmigo —susurra, seductor.

—Con mucho gusto, señor Grey —le respondo sonriendo, y él me lleva de nuevo en volandas a través de la pista.

A medianoche bajamos paseando hasta la orilla, entre la carpa y el embarcadero, donde los demás asistentes a la fiesta se han reunido para contemplar los fuegos artificiales. El maestro de ceremonias, de nuevo al mando, ha permitido que nos quitáramos las máscaras para poder ver mejor el espectáculo. Christian me rodea con el brazo, pero soy muy consciente de que Taylor y Sawyer están cerca, probablemente porque ahora estamos en medio de una multitud. Miran hacia todas partes excepto al embarcadero, donde dos pirotécnicos vestidos de negro están haciendo los últimos preparativos. Al ver a Taylor, pienso en Leila. Quizá esté aquí. Oh, Dios... La idea me provoca escalofríos, y me acurruco junto a Christian. Él baja la mirada y me abraza más fuerte.

—¿Estás bien, nena? ¿Tienes frío?

—Estoy bien.

Echo un vistazo hacia atrás y veo, cerca de nosotros, a los otros dos guardaespaldas, cuyos nombres

he olvidado. Christian me coloca delante de él y me rodea los hombros con los brazos.

De repente, los compases de una pieza clásica retumban en el embarcadero y dos cohetes se elevan en el aire, estallando con una detonación ensordecedora sobre la bahía e iluminándola por entero con una deslumbrante panoplia de chispas naranjas y blancas, que se reflejan como una fastuosa lluvia luminosa sobre las tranquilas aguas de la bahía. Contemplo con la boca abierta cómo se elevan varios cohetes más, que estallan en el aire en un caleidoscopio de colores.

No recuerdo haber visto nunca una exhibición pirotécnica tan impresionante, excepto quizá en televisión, y allí nunca se ven tan bien. Está todo perfectamente acompasado con la música. Una salva tras otra, una explosión tras otra, y luces incesantes que despiertan las exclamaciones admiradas de la multitud. Es algo realmente sobrecogedor.

Sobre el puente de la bahía, varias fuentes de luz plateada se alzan unos seis metros en el aire, cambiando de color: del azul al rojo, luego al naranja y de nuevo al gris plata... y cuando la música alcanza el crescendo, estallan aún más cohetes.

Empieza a dolerme la mandíbula por culpa de la bobalicona sonrisa de asombro que tengo grabada en la cara. Miro de reojo a Cincuenta, y él está igual, maravillado como un niño ante el sensacional espectáculo. Para acabar, una andanada de seis cohetes surca el aire y explotan simultáneamente bañándonos en una espléndida luz dorada, mientras la multitud irrumpe en un aplauso frenético y entusiasta.

—Damas y caballeros —proclama el maestro de ceremonias cuando los vítores decrecen—. Solo un apunte más que añadir a esta extraordinaria velada: su generosidad ha alcanzado la cifra total de un millón ochocientos cincuenta y tres mil dólares!

Un aplauso espontáneo brota de nuevo, y sobre el puente aparece un mensaje con las palabras «Gracias de parte de Afrontarlo Juntos», formadas por líneas centellantes de luz plateada que brillan y refulgen sobre el agua.

—Oh, Christian... esto es maravilloso.

Levanto la vista, fascinada, y él se inclina para besarme.

—Es hora de irse —murmura, y una enorme sonrisa se dibuja en su hermoso rostro al pronunciar esas palabras tan prometedoras.

De repente, me siento muy cansada.

Alza de nuevo la vista, buscando entre la multitud que empieza a dispersarse, y ahí está Taylor. Se dicen algo sin pronunciar palabra.

—Quedémonos por aquí un momento. Taylor quiere que esperemos hasta que la gente se vaya.

Ah.

—Creo que ha envejecido cien años por culpa de los fuegos artificiales —añade.

—¿No le gustan los fuegos artificiales?

Christian me mira con cariño y niega con la cabeza, pero no aclara nada.

—Así que Aspen, ¿eh? —dice, y sé que intenta distraerme de algo.

Funciona.

—Oh... no he pagado la puja —digo apurada.

—Puedes mandar el talón. Tengo la dirección.

—Estabas realmente enfadado.

—Sí, lo estaba.

Sonrío.

—La culpa es tuya y de tus juguetitos.

—Te sentías bastante abrumada por toda la situación, señorita Steele. Y el resultado ha sido de lo más satisfactorio, si no recuerdo mal. —Sonríe lascivo—. Por cierto, ¿dónde están?

—¿Las bolas de plata? En mi bolso.

—Me gustaría recuperarlas. —Me mira risueño—. Son un artilugio demasiado potente para dejarlo en tus inocentes manos.

—¿Tienes miedo de que vuelva a sentirme abrumada, con otra persona quizá?

Sus ojos brillan peligrosamente.

—Espero que eso no pase —dice con un deje de frialdad en la voz—. Pero no, Ana. Solo deseo tu placer.

Uau.

—¿No te fías de mí?

—Se sobreentiende. Y bien, ¿vas a devolvérmelas?

—Me lo pensaré.

Me mira con los ojos entornados.

Vuelve a sonar música en la pista de baile, pero ahora es un disc-jockey el que ha puesto un tema disco, con un bajo que marca un ritmo implacable.

—¿Quieres bailar?

—Estoy muy cansada, Christian. Me gustaría irme, si no te importa.

Christian mira a Taylor, este asiente, y nos encaminamos hacia la casa siguiendo a un grupo de

invitados bastante ebrios. Agradezco que Christian me dé la mano; me duelen los pies por culpa de estos zapatos tan prietos y con unos tacones tan altos.

Mia se acerca dando saltitos.

—No os iréis ya, ¿verdad? Ahora empieza la música auténtica. Vamos, Ana —me dice, cogiéndome de la mano.

—Mia —la reprende Christian—, Anastasia está muy cansada. Nos vamos a casa. Además, mañana tenemos un día importante.

¿Ah, sí?

Mia hace un mohín, pero sorprendentemente no presiona a Christian.

—Tenéis que venir algún día de la próxima semana. Ana, tal vez podríamos ir juntas de compras.

—Claro, Mia.

Sonrío, aunque en el fondo de mi mente me preguntó cómo, porque yo tengo que trabajar para vivir.

Me da un beso fugaz y luego abraza fuerte a Christian, para sorpresa de ambos. Y algo todavía más extraordinario: apoya las manos en las solapas de su chaqueta y él, indulgente, se limita a bajar la vista hacia ella.

—Me gusta verte tan feliz —le dice Mia con dulzura y le besa en la mejilla—. Adiós, que os divirtáis.

Y corre a reunirse con sus amigos que la esperan, entre ellos Lily, quien, despojada de la máscara, tiene una expresión aún más amarga si cabe.

Me pregunto vagamente dónde estará Sean.

—Les diremos buenas noches a mis padres antes de irnos. Ven.

Christian me lleva a través de un grupo de invitados hasta donde están Grace y Carrick, que se despiden de nosotros con simpatía y cariño.

—Por favor, vuelve cuando quieras, Anastasia, ha sido un placer tenerte aquí —dice Grace afectuosamente.

Me siento un poco superada tanto por su reacción como por la de Carrick. Por suerte, los padres de Grace ya se han ido, así que al menos me he ahorrado su efusividad.

Christian y yo vamos tranquilamente de la mano hasta la entrada de la mansión, donde una fila interminable de coches espera para recoger a los invitados. Miro a Cincuenta. Parece feliz y relajado. Es un auténtico placer verle así, aunque sospecho que no tiene nada de extraño después de un día tan extraordinario.

—¿Vas bien abrigada? —me pregunta.

—Sí, gracias —respondo, envolviéndome en mi chal de satén.

—He disfrutado mucho de la velada, Anastasia. Gracias.

—Yo también. De unas partes más que de otras —digo sonriendo.

Él también sonrío y asiente, y luego arquea una ceja.

—No te muerdas el labio —me advierte de un modo que me altera la sangre.

—¿Qué querías decir con que mañana es un día importante? —pregunto, para distraer mi mente.

—La doctora Greene vendrá para solucionar lo tuyo. Además, tengo una sorpresa para ti.

—¡La doctora Greene!

Me paro en seco.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque odio los preservativos —dice tranquilamente.

Sus ojos, que brillan bajo la suave luz de los farolillos de papel, escrutan mi reacción.

—Es mi cuerpo —murmuro, molesta porque no me lo haya consultado.

—También es mío —susurra.

Le miro fijamente mientras varios invitados pasan por nuestro lado sin hacernos caso. Su expresión es muy seria. Sí, mi cuerpo es suyo... él lo sabe mejor que yo.

Alargo la mano y él parpadea levemente, pero se queda quieto. Cojo una punta de la pajarita, tiro de ella y la desato, dejando a la vista el botón superior de su camisa. Lo desabrocho con cuidado.

—Así estás muy sensual —susurro.

De hecho, siempre está sensual, pero así aún más.

Sonríe.

—Tengo que llevarte a casa. Ven.

Cuando llegamos al coche, Sawyer le entrega un sobre a Christian. Frunce el ceño y me mira cuando Taylor me abre la puerta para que suba. Por alguna razón, Taylor parece aliviado. Christian entra en el coche y me da el sobre, sin abrir, mientras Taylor y Sawyer ocupan sus asientos delante.

—Va dirigido a ti. Alguien del servicio se lo dio a Sawyer. Sin duda, de parte de otro corazón cautivo.

Christian hace una mueca. Es obvio que la idea le desagrada.

Miro la nota. ¿De quién será? La abro y me apresuro a leerla bajo la escasa luz. Oh, no... ¡es de ella! ¿Por qué no me deja en paz?

Puede que te haya juzgado mal. Y está claro que tú me has juzgado mal a mí. Llámame si necesitas llenar alguno de los espacios en blanco; podríamos quedar para comer. Christian no quiere que hable contigo, pero estaría encantada de poder ayudar. No me malinterpretes, apruebo lo vuestro, créeme... pero si le haces daño, no sé lo que haría... Ya le han hecho bastante daño. Llámame: (206) 279-6261.

Sra. Robinson

¡Maldita sea, ha firmado como «Sra. Robinson»! Él se lo contó. Cabrón...

—¿Se lo dijiste?

—¿Decirle qué?

—Que yo la llamo señora Robinson —replico.

—¿Es de Elena? —Christian se queda estupefacto—. Esto es ridículo —exclama. Se pasa una mano por el cabello y le noto indignado—. Mañana hablaré con ella. O el lunes —masculla malhumorado.

Y aunque me avergüenza admitirlo, una parte muy pequeña de mí se alegra. Mi subconsciente asiente sagazmente. Elena le está irritando, y eso solo puede ser bueno... seguro. Decido no decir nada más de momento, pero me guardo la nota en el bolso y, para asegurarme de que recupere el buen humor, le devuelvo las bolas.

—Hasta la próxima —murmuro.

Él me mira; es difícil ver su cara en la oscuridad, pero creo que está complacido. Me coge la mano y la aprieta.

Contemplo la noche a través de la ventanilla, pensando en este día tan largo. He aprendido mucho sobre él, he recopilado muchos detalles que faltaban — los salones, el mapa corporal, su infancia—, pero todavía queda mucho por descubrir. ¿Y qué hay de la señora R.? Sí, se preocupa por él, y además mucho, se diría. Eso lo veo claro, y también que él se preocupa por ella... pero no del mismo modo. Ya no sé qué pensar. Tanta información me empieza a dar dolor de cabeza.

Christian me despierta justo cuando paramos frente al Escala.

—¿Tengo que llevarte en brazos? —pregunta, cariñoso.

Yo meneo la cabeza medio dormida. Ni hablar.

Al entrar en el ascensor, me apoyo en él y recuesto la cabeza en su hombro. Sawyer está delante de nosotros y no deja de removerse, incómodo.

—Ha sido un día largo, ¿eh, Anastasia?

Asiento.

—¿Cansada?

Asiento.

—No estás muy habladora.

Asiento y sonrío.

—Ven. Te llevaré a la cama.

Me da la mano y salimos del ascensor, pero cuando Sawyer levanta la mano nos paramos en el vestíbulo. Y basta esa fracción de segundo para

despertarme totalmente. Sawyer le habla a la manga de su chaqueta. No tenía ni idea de que llevara una radio.

—Entendido, T. —dice, y se vuelve hacia nosotros—. Señor Grey, han rajado los neumáticos y han embadurnado de pintura el Audi de la señorita Steele.

Qué horror... ¡Mi coche! ¿Quién habrá sido? Y en cuanto me formulo la pregunta mentalmente, sé la respuesta: Leila. Levanto la vista hacia Christian, que está pálido.

—A Taylor le preocupa que quien lo haya hecho pueda haber entrado en el apartamento y que aún siga ahí. Quiere asegurarse.

—Entiendo. —Christian suspira—. ¿Y qué piensa hacer?

—Está subiendo en el ascensor de servicio con Ryan y Reynolds. Lo registrarán todo y luego nos darán luz verde. Yo esperaré con ustedes, señor.

—Gracias, Sawyer. —Christian tensa el brazo que me rodea el hombro—. El día de hoy no para de mejorar. —Suspira amargamente, con la boca pegada a mi cabello—. Escuchad, yo no soporto quedarme aquí esperando. Sawyer, ocúpate de la señorita Steele. No dejes que entre hasta que esté todo controlado. Estoy seguro de que Taylor exagera. Ella no puede haber entrado en el apartamento.

¿Qué?

—No, Christian... tienes que quedarte aquí conmigo —le ruego.

Christian me suelta.

—Haz lo que dicen, Anastasia. Espera aquí.

¡No!

—¿Sawyer? —dice Christian.

Sawyer abre la puerta del vestíbulo para dejar que Christian entre en el apartamento, y después cierra la puerta y se coloca delante de ella, mirándome impasible.

Oh, no... ¡Christian! Imágenes terribles de todo tipo acuden a mi mente, pero lo único que puedo hacer es quedarme a esperar.

Sawyer vuelve a hablarle a su manga.

—Taylor, el señor Grey ha entrado en el apartamento.

Parpadea, coge el auricular y se lo saca del oído, probablemente porque acaba de recibir un contundente improprio por parte de Taylor.

Oh, no... si Taylor está preocupado...

—Por favor, déjeme entrar —le ruego.

—Lo siento, señorita Steele. No tardaremos mucho. —Sawyer levanta ambas manos en gesto exculpatório—. Taylor y los chicos están entrando ahora mismo en el apartamento.

Ahhh... Me siento tan impotente. De pie y completamente inmóvil, escucho muy atenta, pendiente del menor sonido, pero lo único que oigo es mi propia respiración convulsa. Es fuerte y entrecortada, me pica el cuero cabelludo, tengo la boca seca y me siento mareada. Por favor, que no le pase nada a Christian, rezo en silencio.

No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado, y seguimos sin oír nada. Probablemente eso sea buena señal: no hay disparos. Me pongo a dar vueltas alrededor de la mesa del vestíbulo y a contemplar los cuadros de las paredes para intentar distraer mi mente.

La verdad es que nunca me había fijado: hay dieciséis, todas obras figurativas y de temática religiosa: la Madona y el Niño. Qué extraño...

Christian no es religioso... ¿o sí? Todas las pinturas del gran salón son abstractas; estas son muy distintas. No consiguen distraer mi mente durante mucho rato. ¿Dónde está Christian?

Observo a Sawyer, que me mira impasible.

—¿Qué está pasando?

—No hay novedades, señorita Steele.

De repente, se mueve el pomo de la puerta. Sawyer se gira rápidamente y saca una pistola de la cartuchera del hombro.

Me quedo petrificada. Christian aparece en el umbral.

—Vía libre —dice.

Mira a Sawyer con el ceño fruncido, y este aparta la pistola y da un paso atrás para dejarme pasar.

—Taylor ha exagerado —gruñe Christian, y me tiende la mano.

Yo le miro con la boca abierta, incapaz de moverme, absorbiendo cada detalle: su cabello despeinado, la tensión que expresan sus ojos, la rigidez en la mandíbula, los dos botones desabrochados del cuello de la camisa. Parece que haya envejecido diez años. Sus ojos me observan con aire sombrío y preocupado.

—No pasa nada, nena. —Se me acerca, me rodea con sus brazos y me besa en el pelo—. Ven, estás cansada. Vamos a la cama.

—Estaba tan angustiada —murmuro con la cabeza apoyada en su torso, disfrutando de su abrazo e inhalando su dulce aroma.

—Lo sé. Todos estamos nerviosos.

Sawyer ha desaparecido, seguramente está dentro del apartamento.

—Sinceramente, señor Grey, sus ex están resultando ser muy problemáticas —musito con ironía.

Christian se relaja.

—Sí, es verdad.

Me suelta, me da la mano y me lleva por el pasillo hasta el gran salón.

—Taylor y su equipo están revisando todos los armarios y rincones. Yo no creo que esté aquí.

—¿Por qué iba a estar aquí? No tiene sentido.

—Exacto.

—¿Podría entrar?

—No veo cómo. Pero Taylor a veces es excesivamente prudente.

—¿Has registrado tu cuarto de juegos? —susurro. Inmediatamente Christian me mira y arquea una ceja.

—Sí, está cerrado con llave... pero Taylor y yo lo hemos revisado.

Lanzo un suspiro, profundo y purificador.

—¿Quieres una copa o algo? —pregunta Christian.

—No. —Me siento exhausta—. Solo quiero irme a la cama.

La expresión de Christian se dulcifica.

—Ven. Deja que te lleve a la cama. Se te ve agotada.

Yo tuerzo el gesto. ¿Él no viene? ¿Quiere dormir solo?

Cuando me lleva a su dormitorio me siento aliviada. Dejo mi bolso de mano sobre la cómoda, lo abro para vaciar el contenido, y veo la nota de la señora Robinson.

—Mira. —Se la paso a Christian—. No sé si quieres leerla. Yo prefiero no hacer caso.

Christian le echa una breve ojeada y aprieta la mandíbula.

—No estoy seguro de qué espacios en blanco pretende llenar —dice con desdén—. Tengo que hablar con Taylor. —Baja la vista hacia mí—. Deja que te baje la cremallera del vestido.

—¿Vas a llamar a la policía por lo del coche? —le pregunto mientras me doy la vuelta.

Él me aparta el pelo, desliza los dedos suavemente sobre mi espalda desnuda y me baja la cremallera.

—No, no quiero que la policía esté involucrada en esto. Leila necesita ayuda, no la intervención de la policía, y yo no les quiero por aquí. Simplemente hemos de redoblar nuestros esfuerzos para encontrarla.

Se inclina y me planta un beso cariñoso en el hombro.

—Acuéstate —ordena, y luego se va.

Me tumbo y miro al techo, esperando a que vuelva. Cuántas cosas han pasado hoy, hay tanto que procesar... ¿Por dónde empiezo?

Me despierto de golpe, desorientada. ¿Me he quedado dormida? Parpadeo al mirar hacia la tenue luz

del pasillo que se filtra a través de la puerta entreabierta del dormitorio, y observo que Christian no está conmigo. ¿Dónde está? Levanto la vista. Plantada, a los pies de la cama, hay una sombra. ¿Una mujer, quizá? ¿Vestida de negro? Es difícil de decir.

Aturdida, alargo la mano y enciendo la luz de la mesita, y me doy rápidamente la vuelta para mirar, pero allí no hay nadie. Meneo la cabeza. ¿Lo he imaginado? ¿Soñado?

Me siento y miro alrededor de la habitación, dominada por una sensación de intranquilidad vaga e insistente... pero estoy sola.

Me froto los ojos. ¿Qué hora es? ¿Dónde está Christian? Miro el despertador: son las dos y cuarto de la madrugada.

Salgo aún aturdida de la cama y voy a buscarle, desconcertada por mi imaginación hiperactiva. Ahora veo cosas. Debe de ser la reacción a los espectaculares acontecimientos de la velada.

El salón está vacío, y solo hay encendida una de las tres lámparas pendulares sobre la barra del desayuno. Pero la puerta de su estudio está entreabierta y le oigo hablar por teléfono.

—No sé por qué me llamas a estas horas. No tengo nada que decirte... Bueno, pues dímelo ahora. No tienes por qué dejar una nota.

Me quedo parada en la puerta, escuchando con cierto sentimiento de culpa. ¿Con quién habla?

—No, escúchame tú. Te lo pedí y ahora te lo advierto. Déjala tranquila. Ella no tiene nada que ver contigo. ¿Lo entiendes?

Suena beligerante y enfadado. No sé si llamar a la puerta.

—Ya lo sé. Pero lo digo en serio, Elena, joder. Déjala en paz. ¿Lo quieres por triplicado? ¿Me oyes?... Bien. Buenas noches.

Cuelga de golpe el teléfono del escritorio.

Oh, maldita sea. Llamo discretamente a la puerta.

—¿Qué? —gruñe, y me dan ganas de correr a esconderme.

Se sienta a su escritorio con la cabeza entre las manos. Alza la vista con expresión feroz, pero al verme dulcifica el gesto enseguida. Tiene los ojos muy abiertos y cautelosos. De pronto se le ve tan cansado, que se me encoge el corazón.

Parpadea, y me mira de arriba abajo, demorándose en mis piernas desnudas. Me he puesto una de sus camisetas.

—Deberías llevar algo de seda o satén, Anastasia —susurra—. Pero, incluso con mi camiseta, estás preciosa.

Oh, un cumplido inesperado.

—Te he echado en falta —digo—. Ven a la cama.

Se levanta despacio de la silla. Todavía lleva la camisa blanca y los pantalones negros. Pero ahora sus ojos brillan, cargados de promesas... aunque también tienen un matiz de tristeza. Se queda de pie frente a mí, mirándome fijamente pero sin tocarme.

—¿Sabes lo que significas para mí? —murmura—. Si te pasara algo por culpa mía...

Se le quiebra la voz, arruga la frente y aparece en su rostro un destello de dolor casi palpable. Parece tan vulnerable, y su temor es tan evidente...

—No me pasará nada —le aseguro con dulzura. Me acerco para acariciarle la cara, paso los dedos sobre la sombra de barba de sus mejillas. Es sorprendentemente suave—. Te crece enseguida la barba —musito, incapaz de ocultar mi fascinación por el hermoso y dolido hombre que tengo delante.

Resigo el perfil de su labio inferior y luego bajo los dedos hasta su garganta, hasta un leve resto de pintalabios en la base del cuello. Se le acelera la respiración. Mis dedos llegan hasta su camisa y bajan hasta el primer botón abrochado.

—No voy a tocarte. Solo quiero desabrocharte la camisa —murmuro.

Él abre mucho los ojos y me mira con expresión alarmada. Pero no se mueve y no me lo impide. Yo desabotono muy despacio el primero, mantengo la tela separada de la piel y bajo cautelosamente hasta el siguiente, y repito la operación lentamente, muy concentrada en lo que hago.

No quiero tocarle. Bueno, sí... pero no lo haré. En el cuarto botón reaparece la línea roja, y levanto los ojos y le sonrío con timidez.

—Volvemos a estar en territorio familiar.

Trazo la línea con los dedos antes de desabrochar el último botón. Le abro la camisa y paso a los gemelos, y retiro las dos gemas de negro bruñido, una después de otra.

—¿Puedo quitarte la camisa? —pregunto en voz baja.

Él asiente, todavía con los ojos muy abiertos, mientras yo se la quito por encima de los hombros. Se libera las manos y se queda desnudo ante mí de cintura para arriba. Es como si, una vez sin camisa, hubiese recuperado la calma, y me sonrío satisfecho.

—¿Y qué pasa con mis pantalones, señorita Steele? —pregunta, arqueando la ceja.

—En el dormitorio. Te quiero en la cama.

—¿Sabe, señorita Steele? Es usted insaciable.

—No entiendo por qué.

Le cojo de la mano, le saco del estudio y le llevo al dormitorio. La habitación está helada.

—¿Tú has abierto la puerta del balcón? —me pregunta con gesto preocupado cuando entramos en su cuarto.

—No, no recuerdo haberlo hecho. Recuerdo que examiné la habitación cuando me desperté. Y la puerta estaba cerrada, seguro.

Oh, no... Se me hiela la sangre, y miro a Christian pálida y con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —inquieta, con los ojos muy fijos en mí.

—Cuando me desperté... había alguien aquí —digo en un susurro—. Pensé que eran imaginaciones mías.

—¿Qué? —Parece horrorizado, sale al balcón, mira fuera, y luego vuelve a entrar en la habitación y echa el cerrojo de la puerta—. ¿Estás segura? ¿Quién era? —pregunta con voz de alarma.

—Una mujer, creo. Estaba oscuro. Me acababa de despertar.

—Vístete —me ordena—. ¡Ahora!

—Mi ropa está arriba —señalo quejumbrosa.

Abre uno de los cajones de la cómoda y saca un par de pantalones de deporte.

—Ponte esto.

Son enormes, pero no es momento de poner objeciones. Saca también una camiseta y se la pone rápidamente. Coge el teléfono que tiene al lado y aprieta dos botones.

—Sigue aquí, joder —masculla al auricular.

Unos tres segundos después, Taylor y otro guardaespaldas irrumpen en el dormitorio de Christian, quien les informa brevemente de lo ocurrido.

—¿Cuánto hace? —me pregunta Taylor en tono muy expeditivo. Todavía lleva puesta la americana. ¿Es que este hombre nunca duerme?

—Unos diez minutos —balbuceo, sintiéndome culpable por algún motivo.

—Ella conoce el apartamento como la palma de su mano —dice Christian—. Estará escondida en alguna parte. Encontradla. Me llevo a Anastasia de aquí. ¿Cuándo vuelve Gail?

—Mañana por la noche, señor.

—Que no vuelva hasta que el apartamento sea seguro. ¿Entendido? —ordena Christian.

—Sí, señor. ¿Irá usted a Bellevue?

—No pienso cargar a mis padres con este problema. Hazme una reserva en algún lado.

—Sí, señor. Le llamaré para decirle dónde.

—¿No estamos exagerando un poco? —pregunto. Christian me fulmina con la mirada.

—Puede que vaya armada —replica.

—Christian, estaba ahí parada a los pies de la cama. Podría haberme disparado si hubiera querido.

Christian hace una breve pausa para refrenar su mal humor, o al menos eso parece.

—No estoy dispuesto a correr ese riesgo —dice en voz baja pero amenazadora—. Taylor, Anastasia necesita zapatos.

Christian se mete en el vestidor mientras el otro guardaespaldas me vigila. No recuerdo cómo se llama, Ryan quizá. No deja de mirar al pasillo y las ventanas del balcón, alternativamente. Pasados un par de minutos Christian vuelve a salir con tejanos y el bléiser de rayas y una bandolera de piel. Me pone una chaqueta tejana sobre los hombros.

—Vamos.

Me sujeta fuerte de la mano y casi tengo que correr para seguir su paso enérgico hasta el gran salón.

—No puedo creer que pudiera estar escondida aquí —musito, mirando a través de las puertas del balcón.

—Este sitio es muy grande. Todavía no lo has visto todo.

—¿Por qué no la llamas, simplemente, y le dices que quieres hablar con ella?

—Anastasia, está trastornada, y puede ir armada —dice irritado.

—¿De manera que nosotros huimos y ya está?

—De momento... sí.

—¿Y si intenta disparar a Taylor?

—Taylor sabe mucho del manejo de armas —replica de mala gana—, y será más rápido con la pistola que ella.

—Ray estuvo en el ejército. Me enseñó a disparar.

Christian levanta las cejas y, por un momento, parece totalmente perplejo.

—¿Tú con un arma? —dice incrédulo.

—Sí. —Me siento ofendida—. Yo sé disparar, señor Grey, de manera que más le vale andarse con cuidado. No solo debería preocuparse de ex sumisas trastornadas.

—Lo tendré en cuenta, señorita Steele —contesta secamente, aunque divertido, y me gusta saber que, incluso en esta situación absurdamente tensa, puedo hacerle sonreír.

Taylor nos espera en el vestíbulo y me entrega mi pequeña maleta y mis Converse negras. Me deja atónita que haya hecho mi equipaje con algo de ropa. Le sonrío con tímida gratitud, y él corresponde enseguida para tranquilizarme. E, incapaz de reprimirme, le doy un fuerte abrazo. Le he cogido por sorpresa y, cuando le suelto, tiene las mejillas sonrojadas.

—Ten mucho cuidado —murmuro.

—Sí, señorita Steele —musita.

Christian me mira con el ceño fruncido, y luego a Taylor, con aire confuso, mientras este sonrío imperceptiblemente y se ajusta la corbata.

—Hazme saber dónde nos alojaremos —dice Christian.

Taylor se saca la cartera de la americana y le entrega a Christian una tarjeta de crédito.

—Quizá necesitará esto cuando llegue.

Christian asiente.

—Bien pensado.

Llega Ryan.

—Sawyer y Reynolds no han encontrado nada —
le dice a Taylor.

—Acompaña al señor Grey y a la señorita Steele
al parking —ordena Taylor.

El parking está desierto. Bueno, son casi las tres
de la madrugada. Christian me hace entrar a toda prisa
en el asiento del pasajero del R8, y mete mi maleta y su
bolsa en el maletero de delante. A nuestro lado está el
Audi, hecho un auténtico desastre: con todas las ruedas
rajadas y embadurnado de pintura blanca. La visión
resulta aterradora, y agradezco a Christian que me lleve
lejos de aquí.

—El lunes tendrás el coche de sustitución —dice
Christian, abatido, al sentarse a mi lado.

—¿Cómo supo ella que era mi coche?

Él me mira ansioso y suspira.

—Ella tenía un Audi 3. Les compro uno a todas
mis sumisas... es uno de los coches más seguros de su
gama.

Ah.

—Entonces no era un regalo de graduación.

—Anastasia, a pesar de lo que yo esperaba, tú
nunca has sido mi sumisa, de manera que técnicamente
sí es un regalo de graduación.

Sale de la plaza de aparcamiento y se dirige a
toda velocidad hacia la salida.

A pesar de lo que él esperaba. Oh, no... Mi
subconsciente meneaba la cabeza con tristeza. Siempre
volvemos a lo mismo.

—¿Sigues esperándolo? —susurro.

Suena el teléfono del coche.

—Grey —responde Christian.

—Fairmont Olympic. A mi nombre.

—Gracias, Taylor. Y, Taylor... ten mucho cuidado. Taylor se queda callado.

—Sí, señor —dice en voz baja, y Christian cuelga.

Las calles de Seattle están desiertas, y Christian recorre a toda velocidad la Quinta Avenida hacia la interestatal 5. Una vez en la carretera, con rumbo hacia el norte, aprieta el acelerador tan a fondo que el impulso me empuja contra el respaldo de mi asiento.

Le miro de reojo. Está sumido en sus pensamientos, irradiando un silencio absoluto y meditabundo. No ha contestado a mi pregunta. Mira a menudo el retrovisor, y me doy cuenta de que comprueba que no nos sigan. Quizá por eso vamos por la interestatal 5. Yo creía que el Fairmont estaba en Seattle.

Miro por la ventanilla, e intento ordenar mi mente exhausta e hiperactiva. Si ella quería hacerme daño, tuvo su gran oportunidad en el dormitorio.

—No. No es eso lo que espero, ya no. Creí que había quedado claro.

Christian interrumpe con voz dulce mis pensamientos.

Le miro y me envuelvo con la chaqueta tejana, aunque no sé si el frío proviene de mi interior o del exterior.

—Me preocupa, ya sabes... no ser bastante para ti.

—Eres mucho más que eso. Por el amor de Dios, Anastasia, ¿qué más tengo que hacer?

Háblame de ti. Dime que me quieres.

—¿Por qué creíste que te dejaría cuando te dije que el doctor Flynn me había contado todo lo que había que saber de ti?

Él suspira profundamente, cierra los ojos un momento y se queda un buen rato sin contestar.

—Anastasia, no puedes ni imaginar siquiera hasta dónde llega mi depravación. Y eso no es algo que quiera compartir contigo.

—¿Y realmente crees que te dejaría si lo supiera? —digo en voz alta, sin dar crédito. ¿Es que no comprende que le quiero?—. ¿Tan mal piensas de mí?

—Sé que me dejarías —dice con pesar.

—Christian... eso me resulta casi inconcebible. No puedo imaginar estar sin ti.

Nunca...

—Ya me dejaste una vez... No quiero volver a pasar por eso.

—Elena me dijo que estuvo contigo el sábado pasado —susurro.

—No es cierto —dice, torciendo el gesto.

—¿No fuiste a verla cuando me marché?

—No —replica enfadado—. Ya te he dicho que no... y no me gusta que duden de mí —advierte—. No fui a ninguna parte el pasado fin de semana. Me quedé en casa montando el planeador que me regalaste. Me llevó mucho tiempo —añade en voz baja.

Mi corazón se encoge de nuevo. La señora Robinson dijo que estuvo con él.

¿Estuvo con él o no? Ella miente. ¿Por qué?

—Al contrario de lo que piensa Elena, no acudo corriendo a ella con todos mis problemas, Anastasia. No recurro a nadie. Quizá ya te hayas dado cuenta de que

no hablo demasiado —dice, agarrando con fuerza el volante.

—Carrick me ha dicho que estuviste dos años sin hablar.

—¿Eso te ha dicho?

Christian aprieta los labios en una fina línea.

—Yo le presioné un poco para que me diera información.

Me miro los dedos, avergonzada.

—¿Y qué más te ha dicho mi padre?

—Me ha contado que tu madre fue la doctora que te examinó cuando te llevaron al hospital. Después de que te encontraran en tu casa.

Christian sigue totalmente inexpresivo... cauto.

—Dijo que estudiar piano te ayudó. Y también

Mia.

Al oír ese nombre, sus labios dibujan una sonrisa de cariño. Al cabo de un momento, dice:

—Debía de tener unos seis meses cuando llegó. Yo estaba emocionado, Elliot no tanto. Él ya había tenido que aceptar mi llegada. Era perfecta. —Su voz, tan dulce y triste, resulta sobrecogedora—. Ahora ya no tanto, claro —musita, y recuerdo aquellos momentos en el baile en que consiguió frustrar nuestras lascivas intenciones.

Se me escapa la risa.

Christian me mira de reojo.

—¿Le parece divertido, señorita Steele?

—Parecía decidida a que no estuviéramos juntos.

Él suelta una risa apática.

—Sí, es bastante hábil. —Alarga la mano y me acaricia la rodilla—. Pero al final lo conseguimos. —

Sonríe y vuelve a echar una mirada al retrovisor—. Creo que no nos han seguido.

Da la vuelta para salir de la interestatal 5 y se dirige otra vez al centro de Seattle.

—¿Puedo preguntarte algo sobre Elena?

Estamos parados ante un semáforo.

Me mira con recelo.

—Si no hay más remedio... —concede de mala gana, pero no dejo que su enfado me detenga.

—Hace tiempo me dijiste que ella te quería de un modo que para ti era aceptable. ¿Qué querías decir con eso?

—¿No es evidente? —pregunta.

—Para mí no.

—Yo estaba descontrolado. No podía soportar que nadie me tocara. Y sigo igual. Y pasé una etapa difícil en la adolescencia, cuando tenía catorce o quince años y las hormonas revolucionadas. Ella me enseñó una forma de liberar la presión.

Oh.

—Mia me dijo que eras un camorrista.

—Dios, ¿por qué ha de ser tan charlatana mi familia? Aunque la culpa es tuya. —Estamos parados ante otro semáforo y me mira con los ojos entornados—. Tú engatusas a la gente para sacarle información.

Menea la cabeza fingiendo disgusto.

—Mia me lo contó sin que le dijera nada. De hecho, se mostró bastante comunicativa. Estaba preocupada porque provocaras una pelea si no me conseguías en la subasta —apunto indignada.

—Ah, nena, de eso no había el menor peligro. No permitiría que nadie bailara contigo.

—Se lo permitiste al doctor Flynn.

—Él siempre es la excepción que confirma la regla.

Christian toma el impresionante y frondoso camino de entrada que lleva al hotel Fairmont Olympic, y se detiene cerca de la puerta principal, junto a una pintoresca fuente de piedra.

—Vamos.

Baja del coche y saca el equipaje. Un mozo acude corriendo, con cara de sorpresa, sin duda por la hora tan tardía de nuestra llegada. Christian le lanza las llaves del coche.

—A nombre de Taylor —dice.

El mozo asiente y no puede reprimir su alegría cuando se sube al R8 y arranca. Christian me da la mano y se dirige al vestíbulo.

Mientras estoy a su lado en la recepción del hotel, me siento totalmente ridícula. Ahí estoy yo, en el hotel más prestigioso de Seattle, vestida con una chaqueta tejana que me queda grande, unos enormes pantalones de deporte y una camiseta vieja, al lado de este hermoso y elegante dios griego. No me extraña que la recepcionista nos mire a uno y a otro como si la suma no cuadrara. Naturalmente, Christian la intimida. Se ruboriza y tartamudea, y yo pongo los ojos en blanco. Madre mía, si hasta le tiemblan las manos...

—¿Necesita... que le ayuden... con las maletas, señor Taylor? —pregunta, y vuelve a ponerse colorada.

—No, ya las llevaremos la señora Taylor y yo.

¡Señora Taylor! Pero si ni siquiera llevo anillo... Pongo las manos detrás de la espalda.

—Están en la suite Cascade, señor Taylor, piso once. Nuestro botones les ayudará con el equipaje.

—No hace falta —dice Christian cortante—. ¿Dónde están los ascensores?

La ruborizada señorita se lo indica, y Christian vuelve a cogermelo de la mano. Echo un breve vistazo al vestíbulo, suntuoso, impresionante, lleno de butacas mullidas y desierto, excepto por una mujer de cabello oscuro sentada en un acogedor sofá, dando de comer pequeños bocaditos a su perro. Levanta la vista y nos sonríe cuando nos ve pasar hacia los ascensores. ¿Así que el hotel acepta mascotas? ¡Qué raro para un sitio tan majestuoso!

La suite consta de dos dormitorios y un salón comedor, provisto de un piano de cola. En el enorme salón principal arde un fuego de leña. Por Dios... la suite es más grande que mi apartamento.

—Bueno, señora Taylor, no sé usted, pero yo necesito una copa —murmura Christian mientras se asegura de cerrar la puerta.

Deja mi maleta y su bolsa sobre la otomana, a los pies de la gigantesca cama de matrimonio con dosel, y me lleva de la mano hasta el gran salón, donde brilla el fuego de la chimenea. La imagen resulta de lo más acogedora. Me acerco y me caliento las manos mientras Christian prepara bebidas para ambos.

—¿Armañac?

—Por favor.

Al cabo de un momento se reúne conmigo junto al fuego y me ofrece una copa de brandy.

—Menudo día, ¿eh?

Asiento y sus ojos me miran penetrantes, preocupados.

—Estoy bien —susurro para tranquilizarle—. ¿Y tú?

—Bueno, ahora mismo me gustaría beberme esto y luego, si no estás demasiado cansada, llevarte a la cama y perderme en ti.

—Me parece que eso podremos arreglarlo, señor Taylor —le sonrío tímidamente, mientras él se quita los zapatos y los calcetines.

—Señora Taylor, deje de morderse el labio —susurra.

Bebo un sorbo de armañac, ruborizada. Es delicioso y se desliza por mi garganta dejando una sedosa y caliente estela. Cuando levanto la vista, Christian está bebiendo un sorbo de brandy y mirándome con ojos oscuros, hambrientos.

—Nunca dejas de sorprenderme, Anastasia. Después de un día como el de hoy... o más bien ayer, no lloriqueas ni sales corriendo despavorida. Me tienes alucinado. Eres realmente fuerte.

—Tú eres el motivo fundamental de que me quede —murmuro—. Ya te lo dije, Christian, no me importa lo que hayas hecho, no pienso irme a ninguna parte. Ya sabes lo que siento por ti.

Tuerce la boca como si dudara de mis palabras, y arquea una ceja como si le doliera oír lo que estoy diciendo. Oh, Christian, ¿qué tengo que hacer para que te des cuenta de lo que siento?

Dejar que te pegue, dice maliciosamente mi subconsciente. Y yo le frunzo el ceño.

—¿Dónde vas a colgar los retratos que me hizo José? —digo para intentar que mejore su ánimo.

—Eso depende.

Relaja el gesto. Es obvio que este tema de conversación le apetece mucho más.

—¿De qué?

—De las circunstancias —dice con aire misterioso—. Su exposición sigue abierta, así que no tengo que decidirlo todavía.

Ladeo la cabeza y entorno los ojos.

—Puede poner la cara que quiera, señorita Steele. No diré nada —bromea.

—Puedo torturarte para sacarte la verdad.

Levanta una ceja.

—Francamente, Anastasia, creo que no deberías hacer promesas que no puedas cumplir.

Oh, ¿eso es lo que piensa? Dejo mi copa en la repisa de la chimenea, alargo el brazo y, ante la sorpresa de Christian, cojo la suya y la pongo junto a la mía.

—Eso habrá que verlo —murmuro.

Y con total osadía —espoleada sin duda por el brandy—, le tomo de la mano y le llevo al dormitorio. Me detengo a los pies de la cama. Christian intenta que no se le escape la risa.

—¿Qué vas a hacer conmigo ahora que me tienes aquí, Anastasia? —susurra en tono burlón.

—Lo primero, desnudarte. Quiero terminar lo que empecé antes.

Apoyo las manos en las solapas de su chaqueta, con cuidado de no tocarle, y él no pestañea pero contiene la respiración.

Le retiro la chaqueta de los hombros con delicadeza, y él sigue observándome. De sus ojos, cada vez más abiertos y ardientes, ha desaparecido cualquier rastro de humor, y me miran... ¿cautos...? Su mirada tiene tantas interpretaciones. ¿Qué está pensando? Dejo su chaqueta en la otomana.

—Ahora la camiseta —murmuro.

La cojo por el bajo y la levanto. Él me ayuda, alzando los brazos y retrocediendo, para que me sea más fácil quitársela. Una vez que lo he conseguido, baja los ojos y me mira atento. Ahora solo lleva esos provocadores vaqueros que le sientan tan bien. Se ve la franja de los calzoncillos.

Mis ojos ascienden ávidos por su estómago prieto hasta los restos de la frontera de carmín, borrosa y corrida, y luego hasta el torso. Solo pienso en recorrer con la lengua el vello de su pecho para disfrutar de su sabor.

—¿Y ahora qué? —pregunta con los ojos en llamas.

—Quiero besarte aquí.

Deslizo el dedo sobre su vientre, de un lado de la cadera al otro.

Separa los labios e inspira entrecortadamente.

—No pienso impedírtelo —musita.

Le cojo la mano.

—Pues será mejor que te tumbes —murmuro, y le llevo a un lado de nuestra enorme cama de matrimonio.

Parece desconcertado, y se me ocurre que quizá nadie ha llevado la iniciativa con él desde... ella. No, no vayas por ahí.

Aparto la colcha y él se sienta en el borde de la cama, mirándome, esperando, con ese gesto serio y cauteloso. Yo me pongo delante de él y me quito su chaqueta tejana, dejándola caer al suelo, y luego sus pantalones de deporte.

Él se frota las yemas de los dedos con el pulgar. Sé que se muere por tocarme, pero reprime el impulso. Yo suspiro profundamente y, armándome de valor, me quito la camiseta hasta quedar totalmente desnuda ante él. Sin apartar los ojos de los míos, él traga saliva y abre los labios.

—Eres Afrodita, Anastasia —murmura.

Tomo su cara entre las manos, le levanto la cabeza y me inclino para besarle. Un leve gruñido brota de su garganta.

Cuando le beso en los labios, me sujeta las caderas y, casi sin darme cuenta, me tumba debajo de él, y me obliga a separar las piernas con las suyas, de forma que queda encajado sobre mi cuerpo, entre mis piernas. Desliza su mano sobre mi muslo, por encima de la cadera y a lo largo del vientre hasta alcanzar uno de mis pechos, y lo oprime, lo masajea y tira tentadoramente de mi pezón.

Yo gimo y alzo la pelvis involuntariamente, me pego a él y me froto deliciosamente contra la costura de su cremallera y contra su creciente erección. Deja de besarme y baja la vista hacia mí, perplejo y sin aliento. Flexiona las caderas y su erección empuja contra mí... Sí, justo ahí.

Cierro los ojos y jadeo, y él vuelve a hacerlo, pero esta vez yo también empujo, y saboreo su respuesta en forma de quejido mientras vuelve a

besarme. Él sigue con esa lenta y deliciosa tortura... frotándome, frotándose. Y siento que tiene razón: perderme en él... es embriagador hasta el punto de excluir todo lo demás. Todas mis preocupaciones quedan eliminadas. Estoy aquí, en este momento, con él: la sangre hierve en mis venas, zumba con fuerza en mis oídos mezclada con el sonido de nuestra respiración jadeante. Hundo mis manos en su cabello, reteniéndole pegado a mi boca y consumiéndole con una lengua tan avariciosa como la suya. Deslizo los dedos por sus brazos hasta la parte baja de su espalda, hasta la cintura de sus vaqueros, e intrépidamente introduzco mis manos anhelantes por dentro, acuciándole, acuciándole... olvidándolo todo, salvo nosotros.

—Conseguirás intimidarme, Ana —murmura de pronto; a continuación, se aparta de mí y se pone de rodillas. Se baja los pantalones con destreza y me entrega un paquetito plateado—. Tú me deseas, nena, y está claro que yo te deseo a ti. Ya sabes qué hacer.

Con dedos ansiosos y diestros, rasgo el envoltorio y le coloco el preservativo. Él me sonríe con la boca abierta y los ojos enturbiados, llenos de promesa carnal. Se inclina sobre mí, me frota la nariz con la suya, y despacio, con los ojos cerrados, entra deliciosamente en mí.

Me aferro a sus brazos y levanto la barbilla, gozando de la exquisita sensación de que me posea. Me pasa los dientes por el mentón, se retira, y vuelve a deslizarse en mi interior... muy despacio, con mucha suavidad, mucha ternura, mientras con los codos y las manos a ambos lados de mi cara oprime mi cuerpo con el suyo.

—Tú haces que me olvide de todo. Eres la mejor terapia —jadea, y se mueve a un ritmo dolorosamente lento, saboreándose centímetro a centímetro.

—Por favor, Christian... más deprisa —murmuro, deseando más, ahora, ya.

—Oh, no, nena, necesito ir despacio.

Me besa suavemente, mordisquea con cuidado mi labio inferior y absorbe mis leves quejidos.

Yo hundo más las manos en su cabello y me rindo a su ritmo, mientras lenta y firmemente mi cuerpo asciende más y más alto hasta alcanzar la cima, y luego se precipita brusca y rápidamente mientras llego al clímax en torno a él.

—Oh, Ana...

Y con mi nombre en sus labios como una bendición, alcanza el orgasmo.

Tiene la cabeza apoyada en mi vientre y me rodea con sus brazos. Mis dedos juegan con su cabello revuelto, y seguimos así, tumbados, durante no sé cuánto tiempo. Es muy tarde y estoy muy cansada, pero solo deseo disfrutar de la tranquila serenidad de haber hecho el amor con Christian, porque eso es lo que hemos hecho: hacer el amor, dulce y tierno.

Él también ha recorrido un largo camino, como yo, en muy poco tiempo. Tanto, que digerirlo resulta casi excesivo. Por culpa de ese espantoso pasado suyo, estoy perdiendo de vista ese recorrido, simple y sincero, que ha hecho conmigo.

—Nunca me cansaré de ti. No me dejes —murmura, y me besa en el vientre.

—No pienso irme a ninguna parte, y creo recordar que era yo la que quería besarte en el vientre — refunfuño medio dormida.

Él sonrío pegado a mi piel.

—Ahora nada te lo impide, nena.

—Estoy tan cansada que no creo que pueda moverme.

Christian suspira y se mueve de mala gana, se tumba a mi lado, apoya la cabeza sobre el codo y tira de la colcha para taparnos. Me mira con ojos centelleantes, cálidos, amorosos.

—Ahora duérmete, nena.

Me besa el pelo, me rodea con el brazo y me dejo llevar por el sueño.

Cuando abro los ojos, la luz que inunda la habitación me hace parpadear con fuerza. Siento la cabeza totalmente embotada por la falta de sueño. ¿Dónde estoy? Ah... el hotel...

—Hola —murmura Christian, sonriéndome con cariño.

Está tumbado a mi lado en la cama, completamente vestido. ¿Cuánto lleva ahí? ¿Me ha estado observando todo ese tiempo? De pronto, esa mirada insistente me provoca una timidez increíble y me arde la cara.

—Hola —murmuro, y doy gracias por estar tumbada boca abajo—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí mirándome?

—Podría estar contemplándote durante horas, Anastasia. Pero solo llevo aquí unos cinco minutos. —Se

inclina y me besa con dulzura—. La doctora Greene llegará enseguida.

—Oh.

Había olvidado esa inapropiada intromisión de Christian.

—¿Has dormido bien? —pregunta dulcemente—. Roncabas tanto que parecía que así era, la verdad.

Oh, el Cincuenta juguetón y bromista.

—¡Yo no ronco! —replico irritada.

—No. No roncas.

Me sonrío. Alrededor del cuello sigue visible una tenue línea de pintalabios rojo.

—¿Te has duchado?

—No. Te estaba esperando.

—Ah... vale. ¿Qué hora es?

—Las diez y cuarto. Me dictaba el corazón que no debía despertarte más pronto.

—Me dijiste que no tenías corazón.

Sonríe con tristeza, pero no contesta.

—Han traído el desayuno. Para ti tortitas y beicon. Venga, levanta, que empiezo a sentirme solo.

Me da un palmetazo en el culo que me hace pegar un salto y levantarme de la cama.

Mmm... una demostración de afecto al estilo Christian.

Me desperezo, y me doy cuenta de que me duele todo... sin duda como resultado de tanto sexo, y de bailar y andar todo el día por ahí con unos carísimos zapatos de tacón alto. Salgo a rastras de la cama y voy hacia el suntuoso cuarto de baño totalmente equipado, mientras repaso mentalmente los acontecimientos del día anterior. Cuando salgo, me pongo uno de los extraordinariamente

sedosos albornoces que están colgados en una barra dorada del baño.

Leila, la chica que se parece a mí: esa es la imagen más perturbadora que suscita todo tipo de conjeturas en mi cerebro, eso y su fantasmagórica presencia en el dormitorio de Christian. ¿Qué buscaba? ¿A mí? ¿A Christian? ¿Para hacer qué? ¿Y por qué diablos ha destrozado mi coche?

Christian dijo que me proporcionaría otro Audi, como el de todas sus sumisas. No me gusta esa idea. Pero, como fui tan generosa con el dinero que él me dio, ya no puedo hacer nada.

Entro en el salón principal de la suite: ni rastro de Christian. Finalmente le localizo en el comedor. Me siento a la mesa, agradeciendo el impresionante desayuno que tengo delante. Christian está leyendo los periódicos del domingo y bebiendo café. Ya ha terminado de desayunar. Me sonrío.

—Come. Hoy necesitas estar fuerte —bromea.

—¿Y eso por qué? ¿Vas a encerrarme en el dormitorio?

La diosa que llevo dentro se despierta bruscamente, desaliñada y con pinta de acabar de practicar sexo.

—Por atractiva que resulte la idea, tenía pensado salir hoy. A tomar un poco el aire.

—¿No es peligroso? —pregunto en tono ingenuo, intentando que mi voz no suene irónica, sin conseguirlo.

Christian cambia de cara y su boca se convierte en una fina línea.

—El sitio al que vamos, no. Y este asunto no es para tomárselo en broma —añade con severidad, entornando los ojos.

Me ruborizo y bajo la vista a mi desayuno. Después de todo lo que pasó ayer y de lo tarde que nos acostamos, no tengo ganas ahora de que me riñan. Me como el desayuno en silencio y de mal humor.

Mi subconsciente me mira y menea la cabeza. Cincuenta no bromea con mi seguridad; a estas alturas ya debería saberlo. Tengo ganas de mirarle con los ojos en blanco para hacerle ver que está exagerando pero me contengo.

De acuerdo, estoy cansada y molesta. Ayer tuve un día muy largo y he dormido poco. Y además, ¿por qué él tiene que estar fresco como una rosa? La vida es tan injusta...

Llaman a la puerta.

—Esa será la doctora —masculla Christian, y es evidente que sigue ofendido por mi irónico comentario.

Se levanta bruscamente de la mesa.

¿Es que no podemos tener una mañana normal y tranquila? Inspiro fuerte y, dejando el desayuno a medias, me levanto para recibir a la doctora Antibaby.

Estamos en el dormitorio, y la doctora Greene me mira con la boca abierta. Va vestida de modo más informal que la última vez, con un conjunto de cachemira rosa pálido, pantalones negros y la melena rubia suelta.

—¿Y dejaste de tomarla así, sin más?

Me ruborizo, sintiéndome como una idiota.

—Sí.

¿De dónde me sale esa vocecita?

—Podrías estar embarazada —dice sin rodeos.

¡Qué! El mundo se hunde bajo mis pies. Mi subconsciente tiene arcadas y cae al suelo en redondo, y sé que yo también voy a vomitar. ¡No!

—Toma, orina aquí.

Hoy está en plan profesional implacable.

Yo acepto dócilmente el vasito de plástico que me ofrece y entro dando tumbos al cuarto de baño. No. No. No. Ni hablar... ni hablar... Por favor. No.

¿Qué hará Cincuenta? Palidezco. Se pondrá como loco.

—¡No, por favor! —musito como si rezara.

Le entrego la muestra a la doctora Greene, y ella introduce con cuidado en el líquido un bastoncito blanco.

—¿Cuándo te empezó el periodo?

¿Cómo puedo pensar ahora en esas menudencias, aquí plantada y pendiente exclusivamente de ese bastoncito blanco?

—Esto... ¿el miércoles? No este último, el anterior. El uno de junio.

—¿Y cuándo dejaste de tomar la píldora?

—El domingo. El domingo pasado.

Frunce los labios.

—No debería pasar nada —afirma con sequedad—. Por la cara que pones, deduzco que un embarazo imprevisto no te haría ninguna ilusión. Así que la medroxiprogesterona te irá bien por si no te acuerdas de tomar la píldora todos los días.

Me mira con gesto severo y una expresión autoritaria que me hace temblar. Saca el bastoncito blanco y lo examina.

—No hay peligro. Todavía no estás ovulando, de modo que, si tomas precauciones, no deberías quedarte embarazada. Pero voy a aclararte una cosa sobre esta inyección. La última vez la descartamos por los efectos secundarios, pero, francamente, tener un hijo es un efecto secundario más grave y dura muchos años.

Sonríe, satisfecha consigo misma y su bromita, pero yo estoy demasiado estupefacta como para contestar.

La doctora Greene procede a explicarme los efectos secundarios, y yo sigo sentada, paralizada y aliviada, sin escuchar ni una sola de las palabras que me dice. Creo que preferiría que apareciera cualquier mujer extraña a los pies de mi cama, antes que tener que confesarle a Christian que estoy embarazada.

—¡Ana! —me espeta la doctora Greene, despertándome de mis cavilaciones—. Acabemos de una vez con esto.

Y yo me subo de buen grado la manga.

Christian despide a la doctora en la puerta, cierra y me mira con recelo.

—¿Todo bien?

Yo asiento, y él echa la cabeza a un lado con expresión tensa y preocupada.

—¿Qué pasa, Anastasia? ¿Qué te ha dicho la doctora Greene?

Niego con la cabeza.

—Puedes estar tranquilo durante siete días.

—¿Siete días?

—Sí.

—Ana, ¿qué pasa?

Trago saliva.

—No hay ningún problema. Por favor, Christian, olvídalo.

Christian se acerca a mí con semblante sombrío. Me sujeta la barbilla, me echa la cabeza hacia atrás y me mira a los ojos intensamente, intentando descifrar mi expresión de pánico.

—Cuéntamelo —insiste.

—No hay nada que contar. Me gustaría vestirme.

—Echo la cabeza hacia atrás para evitar su mirada.

Suspira, se pasa la mano por el pelo y me mira con el ceño fruncido.

—Vamos a ducharnos —dice finalmente.

—Claro —digo con aire ausente, y él tuerce el gesto.

—Vamos.

Y me coge la mano con fuerza, malhumorado. Va dando largas zancadas hasta el baño, llevándome casi a rastras. Por lo visto, no soy la única que está disgustada. Abre el grifo de la ducha y se desnuda deprisa antes de volverse hacia mí.

—No sé por qué te has enfadado, o si solo estás de mal humor porque has dormido poco —dice mientras me desata el albornoz—. Pero quiero que me lo cuentes. Me imagino todo tipo de cosas y eso no me gusta.

Le miro con los ojos en blanco, y él me hace un gesto reprobador con los ojos entornados. ¡Maldita sea! Vale... allá voy.

—La doctora Greene me ha reñido porque me olvidé de tomar la píldora. Ha dicho que podría estar embarazada.

—¿Qué?

De pronto se pone pálido, lívido, con las manos como paralizadas.

—Pero no lo estoy. Me ha hecho la prueba. Pero eso me ha afectado mucho, nada más. Es increíble que haya sido tan estúpida.

Se relaja visiblemente.

—¿Seguro que no lo estás?

—Seguro.

Respira hondo.

—Bien. Sí, ya entiendo que una noticia así puede ser muy perturbadora.

Frunzo el ceño... ¿perturbadora?

—Lo que me preocupaba sobre todo era tu reacción.

Me mira sorprendido, confuso.

—¿Mi reacción? Bueno, me siento aliviado, claro... dejarte embarazada habría sido el colmo del descuido y del mal gusto.

—Pues quizá deberíamos abstenernos —replico.

Me mira fijamente un momento, desconcertado, como si yo fuera una especie de raro experimento científico.

—Estás de mal humor esta mañana.

—Me ha afectado mucho, nada más —repito en tono arisco.

Me coge por las solapas del albornoz, me atrae hacia él y me abraza con cariño, me besa el pelo y aprieta mi cabeza contra su pecho. Me quedo absorta en el vello de su torso, que me hace cosquillas en la mejilla. ¡Ah, si pudiera acariciarle...!

—Ana, yo no estoy acostumbrado a esto — murmura—. Mi inclinación natural sería darte una paliza, pero dudo que quieras eso.

Por Dios...

—No, no lo quiero. Pero esto ayuda.

Abrazo más fuerte a Christian, y permanecemos un buen rato entrelazados en ese peculiar abrazo, Christian desnudo y yo en albornoz. Una vez más me siento desarmada ante su sinceridad. No sabe nada de relaciones personales, y yo tampoco, salvo lo que he aprendido de él. Bueno, él me ha pedido fe y paciencia; quizá yo debería hacer lo mismo.

—Ven, vamos a ducharnos —dice Christian finalmente, y me suelta.

Da un paso atrás y me quita el albornoz. Entro tras él bajo el torrente de agua, y levanto la cara hacia la cascada. Cabemos los dos bajo esa inmensa roseta. Christian coge el champú y empieza a lavarse el pelo. Me lo pasa y yo procedo a hacer lo mismo.

Oh, esto es muy agradable. Cierro los ojos y me rindo al placer del agua caliente y purificadora. Mientras me aclaro la espuma siento sus manos sobre mí enjabonándome el cuerpo: los hombros, los brazos, las axilas, los senos, la espalda. Me da la vuelta con delicadeza y me atrae hacia él, mientras sigue bajando por mi cuerpo: el estómago, el vientre, sus dedos hábiles entre mis piernas... mmm... mi trasero. Oh, es muy agradable y muy íntimo. Me da la vuelta para tenerme de frente otra vez.

—Toma —dice en voz baja, y me entrega el gel—. Quiero que me limpies los restos de pintalabios.

Inmediatamente abro los ojos y los clavo en los suyos. Me mira intensamente, mojado, hermoso. Con sus preciosos y brillantes ojos grises que no traslucen nada.

—No te apartes mucho de la línea, por favor — apunta, tenso.

—De acuerdo —murmuro, intentando absorber la enormidad de lo que acaba de pedirme que haga: tocarle en el límite de la zona prohibida.

Me echo un poco de jabón en la mano y froto ambas palmas para hacer espuma; luego las pongo sobre sus hombros y, con cuidado, lavo la raya de carmín de cada costado. Él se queda quieto y cierra los ojos con el rostro impasible, pero respira entrecortadamente, y sé que no es por deseo sino por miedo. Y eso me hiere en lo más profundo.

Con dedos temblorosos resigo cuidadosamente la línea por el costado de su torso, enjabonando y frotando suavemente, y él traga saliva con la barbilla rígida como si apretara los dientes. ¡Ahhh! Se me encoge el corazón y tengo la garganta seca. Oh, no... Estoy a punto de romper a llorar.

Dejo de echarme más jabón en la mano y noto que se relaja. No puedo mirarle. No soporto ver su dolor: es abrumador. Ahora soy yo quien traga saliva.

—¿Listo? —murmuro, y mi tono trasluce con toda claridad la tensión del momento.

—Sí —accede con voz ronca y preñada de miedo.

Coloco con suavidad las manos a ambos lados de su torso, y él vuelve a quedarse paralizado.

Esto me supera por completo. Me abrumba su confianza en mí, me abrumba su miedo, el daño que le

han hecho a este hombre maravilloso, perdido e imperfecto.

Tengo los ojos bañados en lágrimas, que se derraman por mi rostro mezcladas con el agua de la ducha. ¡Oh, Christian! ¿Quién te hizo esto?

Con cada respiración entrecortada su diafragma se mueve convulso, y siento su cuerpo rígido, que emana oleadas de tensión mientras mis manos resiguen y borran la línea. Oh, si pudiera borrar tu dolor, lo haría... Haría cualquier cosa, y lo único que deseo es besar todas y cada una de las cicatrices, borrar a besos esos años de espantoso abandono. Pero ahora no puedo hacerlo, y las lágrimas caen sin control por mis mejillas.

—No, por favor, no llores —susurra con voz angustiada mientras me envuelve con fuerza entre sus brazos—. Por favor, no llores por mí.

Y estallo en sollozos, escondo la cara en su cuello, mientras pienso en un niño perdido en un océano de miedo y dolor, asustado, abandonado, maltratado... herido más allá de lo humanamente soportable.

Se aparta, me sujeta la cabeza entre las manos y la echa hacia atrás mientras se inclina para besarme.

—No llores, Ana, por favor —murmura junto a mi boca—. Fue hace mucho tiempo. Anhele que me toques y acaricies, pero soy incapaz de soportarlo, simplemente. Me supera. Por favor, por favor, no llores.

—Yo también quiero tocarte. Más de lo que te imaginas. Verte así... tan dolido y asustado, Christian... me hiere profundamente. Te amo tanto...

Me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Lo sé, lo sé.

—Es muy fácil quererte. ¿Es que no lo entiendes?

—No, nena. No lo entiendo.

—Pues lo es. Yo te quiero, y tu familia también. Y Elena y Leila, aunque lo demuestren de un modo extraño, pero también te quieren. Mereces ser querido.

—Basta. —Pone un dedo sobre mis labios y niega con la cabeza en un gesto agónico—. No puedo oír esto. Yo no soy nada, Anastasia. Soy un hombre vacío por dentro. No tengo corazón.

—Sí, sí lo tienes. Y yo lo quiero, lo quiero todo él. Eres un hombre bueno, Christian, un hombre bueno de verdad. No lo dudes. Mira lo que has hecho... lo que has conseguido —digo entre sollozos—. Mira lo que has hecho por mí... a lo que has renunciado por mí —susurro—. Yo lo sé. Sé lo que sientes por mí.

Baja la vista y me mira, con ojos muy abiertos y aterrados. Solo se oye el chorro de agua cayendo sobre nosotros.

—Tú me quieres —musito.

Abre aún más los ojos, y también la boca. Inspira profundamente, como si le faltara el aire. Parece torturado... vulnerable.

—Sí —murmura—. Te quiero.

No puedo reprimir el júbilo. Mi subconsciente me mira con la boca abierta, en silencio, atónita, y, con una amplia sonrisa grabada en la cara, levanto la vista anhelante hacia los ojos torturados de Christian.

Su expresión tierna y dulce, como si buscara absolución, me conmueve a un nivel profundo y primario; sus dos pequeñas palabras son como maná celestial. Siento de nuevo el escozor del llanto en los ojos. Sí, me quieres. Sé que me quieres.

Ser consciente de ello es muy liberador, como si me hubiera deshecho de un peso aplastante. Este hombre hermoso y herido, a quien un día consideré mi héroe romántico —fuerte, solitario, misterioso—, posee todos esos rasgos, pero también es frágil e inestable, y lleno de odio hacia sí mismo. Mi corazón está rebosante de alegría, pero también de dolor por su sufrimiento. Y en este momento sé que mi corazón es lo bastante grande para los dos. Confío... en que sea lo bastante grande para los dos.

Alzo la mano para tocar su querido y apuesto rostro, y le beso con dulzura, vertiendo todo el amor que siento en esta cariñosa caricia. Quiero devorarlo bajo esta cascada de agua caliente. Christian gime y me rodea entre sus brazos, y se aferra a mí como si fuera el aire que necesita para respirar.

—Oh, Ana —musita con voz ronca—. Te deseo, pero no aquí.

—Sí —murmuro febril junto a su boca.

Cierra el grifo de la ducha y me da la mano, me lleva fuera y me envuelve con el albornoz. Coge una toalla, se la anuda en la cintura, y luego con otra más pequeña empieza a secarme el pelo cuidadosamente. Cuando se da por satisfecho, me pone la toalla alrededor de la cabeza, de modo que en el enorme espejo que hay sobre el lavamanos parece que lleve un velo. Él está detrás de mí y nuestras miradas convergen en el espejo, gris ardiente contra azul brillante, y se me ocurre una idea.

—¿Puedo corresponderte? —pregunto.

Él asiente, aunque frunce ligeramente el ceño. Cojo otra toalla esponjosa del montón que hay apilado junto al tocador, me pongo de puntillas a su lado y empiezo a secarle el pelo. Él se inclina hacia delante para facilitarme la tarea, y cuando capto ocasionalmente su mirada bajo la toalla, veo que me sonrío como un crío.

—Hace mucho tiempo que nadie me hacía esto. Mucho tiempo —susurra, y entonces tuerce el gesto—. De hecho, no creo que nadie me haya secado nunca el pelo.

—Seguro que Grace sí lo hacía. ¿No te secaba el pelo cuando eras pequeño?

Niega con la cabeza, dificultándome la labor.

—No. Ella respetó mis límites desde el primer día, aunque le resultara doloroso. Fui un niño muy autosuficiente —dice en voz baja.

Siento una punzada en el pecho al pensar en aquel crío de cabello cobrizo que se ocupaba de sí mismo

porque a nadie más le importaba. Es una idea terriblemente triste. Pero no quiero que mi melancolía me prive de esta intimidad floreciente.

—Bueno, me siento honrada —bromeo en tono cariñoso.

—Puede estarlo, señorita Steele. O quizá sea yo el honrado.

—Eso ni lo dude, señor Grey —replico.

Termino de secarle el cabello, cojo otra toalla pequeña y me coloco detrás de él. Nuestros ojos vuelven a encontrarse en el espejo, y su mirada atenta e intrigada me impulsa a hablar.

—¿Puedo probar una cosa?

Al cabo de un momento, asiente. Con cautela, muy dulcemente, hago que la toalla descienda con suavidad por su brazo izquierdo, secando el agua que empapa su piel. Levanto la vista y escruto su expresión en el espejo. Parpadea y me mira con sus ojos ardientes.

Yo me inclino hacia delante, le beso el bíceps, y él entreabre levemente los labios. Le seco el otro brazo de igual modo, dejando un rastro de besos alrededor del bíceps, y en sus labios aparece una sonrisa fugaz. Cuidadosamente, le paso la toalla por la espalda bajo la tenue línea de carmín, que aún sigue visible. En la ducha no le froté por detrás.

—Toda la espalda —dice en voz baja—, con la toalla.

Inspira y aprieta los labios, y le seco rápidamente con cuidado de tocarle solo con la toalla.

Tiene una espalda tan atractiva: ancha, con hombros contorneados y todos los músculos

perfectamente definidos. Realmente se cuida. Solo las cicatrices estropean esa maravillosa visión.

Me esfuerzo por ignorarlas y reprimo el abrumador impulso de besarlas todas y cada una. Cuando termino, él exhala con fuerza y yo me inclino hacia delante para recompensarle con un beso en el hombro. Le rodeo con los brazos y le seco el estómago. Nuestros ojos se encuentran nuevamente en el espejo, y tiene una expresión divertida, pero también cauta.

—Toma esto. —Le doy una toallita de manos y él arquea las cejas, desconcertado—. ¿Te acuerdas en Georgia? Hiciste que me tocara utilizando tus manos —añado.

Se le ensombrece la cara, pero no hago caso de su reacción y le rodeo con mis brazos. Los dos nos miramos en el espejo: su belleza, su desnudez, yo con el pelo cubierto... tenemos un aspecto casi bíblico, como una pintura barroca del Antiguo Testamento.

Le cojo la mano, que me confía de buen grado, y se la muevo sobre el torso para secarlo con la toalla de forma lenta y algo torpe. Una, dos pasadas... y luego otra vez. Él está completamente inmóvil y rígido por la tensión, salvo sus ojos, que siguen mi mano que rodea la suya con firmeza.

Mi subconsciente observa con gesto de aprobación, su boca generalmente fruncida ahora sonríe, y yo me siento como la suprema maestra titiritera. De la espalda de Christian emanan oleadas de ansiedad, pero no deja de mirarme, aunque con ojos más sombríos, más letales... que revelan sus secretos, quizá.

¿Quiero entrar en ese territorio? ¿Quiero enfrentarme a sus demonios?

—Creo que ya estás seco —murmuro, dejando caer la mano y observando la inmensidad gris de su mirada en el espejo.

Tiene la respiración acelerada y los labios entreabiertos.

—Te necesito, Anastasia.

—Yo también te necesito.

Y al pronunciar esas palabras me impresiona su certeza absoluta. No puedo imaginarme sin Christian, nunca.

—Déjame amarte —dice con voz ronca.

—Sí —contesto, y me da la vuelta, me toma entre sus brazos y sus labios buscan los míos, implorándome, adorándome, apreciándome... amándome.

Me pasa los dedos a lo largo de la columna mientras nos miramos mutuamente, sumidos en la dicha poscoital, plenos. Tumbados juntos, yo boca abajo abrazando la almohada, él de costado, y yo gozando de la ternura de su caricia. Sé que ahora mismo necesita tocarme. Soy un bálsamo para él, una fuente de consuelo, ¿y cómo voy a negárselo? Yo siento exactamente lo mismo hacia él.

—Así que puedes ser tierno.

—Mmm... eso parece, señorita Steele.

Sonrío complacida.

—No lo fuiste especialmente la primera vez que... hicimos esto.

—¿No? —dice malicioso—. Cuando te robé la virtud.

—No creo que la robaras —musito con picardía. Por Dios, no soy una doncella indefensa—. Creo que yo te entregué mi virtud bastante libremente y de buen grado. Yo también lo deseaba y, si no recuerdo mal, disfruté bastante.

Le sonrío con timidez y me muerdo el labio.

—Como yo, si mal no recuerdo, señorita Steele. Mi único objetivo es complacer —añade y adquiere una expresión seria y relajada—. Y eso significa que eres mía, totalmente.

Ha desaparecido todo rastro de ironía y me mira fijamente.

—Sí, lo soy —le contesto en un murmullo—. Me gustaría preguntarte una cosa.

—Adelante.

—Tu padre biológico... ¿sabes quién era?

La idea lleva un tiempo rondándome por la cabeza.

Arquea una ceja y luego niega.

—No tengo ni idea. No era ese salvaje que le hacía de chulo, lo cual está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Por una cosa que me dijo mi padre... Carrick.

Observo expectante a mi Cincuenta, a la espera.

—Siempre ávida por saber, Anastasia. —Suspira y mueve la cabeza—. El chulo encontró el cuerpo de la puta adicta al crack y telefoneó a las autoridades. Aunque tardaron cuatro días en encontrarlo. Él se fue, cerró la puerta... y me dejó con... con su cadáver.

Se le enturbia la mirada al recordarlo.

Inspiro con fuerza. Pobre criatura... la mera idea de semejante horror resulta dolorosamente inconcebible.

—La policía le interrogó después. Él negó rotundamente que tuviera algo que ver conmigo, y Carrick me dijo que no nos parecíamos en absoluto.

—¿Recuerdas cómo era?

—Anastasia, esa es una parte de mi vida en la que no suelo pensar a menudo. Sí, recuerdo cómo era. Nunca le olvidaré. —La expresión de Christian se ensombrece y endurece, volviendo su rostro más anguloso, con una gélida mirada de rabia en sus ojos—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Perdona. No quería entristecerte.

Niega con la cabeza.

—Es el pasado, Ana. No quiero pensar en eso ahora.

—Bueno... ¿y cuál es esa sorpresa? —digo para cambiar de tema antes de que las sombras de Cincuenta se vuelvan contra mí.

Inmediatamente se le ilumina la cara.

—¿Te apetece salir a tomar un poco de aire fresco? Quiero enseñarte una cosa.

—Claro.

Me maravilla la rapidez con que cambia de humor... tan voluble como siempre. Me mira risueño, con esa sonrisa espontánea y juvenil de «Solo soy un chaval de veintisiete años», y mi corazón da un salto. Así que se trata de algo muy importante para él, lo noto. Me da un cachete en el trasero, juguetón.

—Vístete. Con unos vaqueros ya va bien. Espero que Taylor te haya metido algunos en la maleta.

Se levanta y se pone los calzoncillos. Oh... podría estar sentada aquí todo el día, viéndole moverse por la habitación.

—Arriba —ordena, tan autoritario como siempre.
Le miro, sonriente.

—Estoy admirando las vistas.

Y alza los ojos al cielo con aire resignado y divertido.

Mientras nos vestimos, me doy cuenta de que nos movemos con la sincronización de dos personas que se conocen bien, ambos muy atentos y pendientes del otro, intercambiando de vez en cuando una sonrisa tímida y una tierna caricia. Y caigo en la cuenta de que esto es tan nuevo para él como para mí.

—Sécate el pelo —ordena Christian cuando estamos vestidos.

—Dominante como siempre —le digo bromeando, y se inclina para besarme la cabeza.

—Eso no cambiará nunca, nena. No quiero que te pongas enferma.

Pongo los ojos en blanco, y él tuerce la boca, con expresión divertida.

—Sigo teniendo las manos muy largas, ¿sabe, señorita Steele?

—Me alegra oírlo, señor Grey. Empezaba a pensar que habías perdido nervio —replico.

—Puedo demostrarte que no es así en cuanto te apetezca.

Christian saca de su bolsa un jersey grande de punto trenzado color beis, y se lo echa con elegancia sobre los hombros. Con la camiseta blanca, los vaqueros, el pelo cuidadosamente despeinado y ahora esto, parece salido de las páginas de una lujosa revista de moda.

Debería estar prohibido ser tan extraordinariamente guapo. Y no sé si es la distracción

momentánea, la mera perfección de su aspecto o ser consciente de que me quiere, pero su amenaza ya no me da miedo. Así es él, mi Cincuenta Sombras.

Mientras cojo el secador, vislumbro ante mí un rayo de esperanza tangible. Encontraremos la vía intermedia. Lo único que hemos de hacer es tener en cuenta las necesidades del otro y acoplarlas. De eso soy capaz, ¿verdad?

Me observo en el espejo del vestidor. Llevo la camisa azul claro que Taylor me compró y que ha metido en mi maleta. Tengo el pelo hecho un desastre, la cara enrojecida, los labios hinchados... Me los palpo, recordando los besos abrasadores de Christian, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa. «Sí, te quiero», me dijo.

—¿Dónde vamos exactamente? —pregunto mientras esperamos en el vestíbulo al empleado del aparcamiento.

Christian se da golpecitos en un lado de la nariz y me guiña un ojo con aire conspiratorio, como si hiciera esfuerzos desesperados por contener su alegría. Francamente, esto es bastante impropio de mi Cincuenta.

Estaba así cuando fuimos a volar en planeador; quizá sea eso lo que vamos a hacer. Yo también le sonrío, radiante. Y me mira con ese aire de superioridad que le confiere esa sonrisa suya de medio lado. Se inclina y me besa tiernamente.

—¿Tienes idea de lo feliz que me haces? —pregunta en voz baja.

—Sí... lo sé perfectamente. Porque tú provocas el mismo efecto en mí.

El empleado del aparcamiento aparece a gran velocidad con el coche de Christian y una enorme sonrisa en la cara. Vaya, hoy todo el mundo parece muy feliz.

—Un coche magnífico, señor —comenta al entregarle las llaves a Christian.

Él le guiña un ojo y le da una propina escandalosamente generosa.

Yo le frunzo el ceño. Por Dios...

Mientras avanzamos entre el tráfico, Christian está sumido en sus pensamientos. Por los altavoces suena la voz de una mujer joven, con un timbre precioso, rico, melodioso, y me pierdo en esa voz triste y conmovedora.

—Tengo que desviarme un momento. No tardaremos —dice con aire ausente, y me distrae de la canción.

Oh, ¿por qué? Estoy intrigada por conocer cuál es la sorpresa. La diosa que llevo dentro está dando saltitos como una niña de cinco años.

—Claro —murmuro.

Aquí pasa algo. De pronto parece muy serio y decidido.

Entra en el aparcamiento de un enorme concesionario, para el coche y se gira hacia mí con expresión cauta.

—Hay que comprarte un coche —dice.

Le miro con la boca abierta. ¿Ahora? ¿En domingo? ¿Qué demonios...? Y esto es un concesionario de Saab.

—¿Un Audi no? —es la única tontería que se me ocurre decir, y el pobre, bendito sea, se ruboriza.

Christian, avergonzado... ¡Esto es algo insólito!

—Pensé que te apetecería variar —musita incómodo, como si no supiera dónde meterse.

Oh, por favor... No hay que dejar pasar esta oportunidad única de burlarse de él.

—¿Un Saab? —pregunto.

—Sí. Un 9-3. Vamos.

—¿A ti qué te pasa con los coches extranjeros?

—Los alemanes y los suecos fabrican los coches más seguros del mundo, Anastasia.

¿Ah, sí?

—Creí que ya habías encargado otro Audi A3 para mí.

Me mira con aire enigmático y divertido.

—Eso puede anularse. Vamos.

Baja tranquilamente del coche, se acerca a mi lado y me abre la puerta.

—Te debo un regalo de graduación —dice en voz baja, y me tiende la mano.

—Christian, de verdad, no tienes por qué hacer esto.

—Sí, quiero hacerlo. Por favor. Vamos.

Su tono no admite réplica.

Yo me resigno a mi destino. ¿Un Saab? ¿Quiero yo un Saab? Me gustaba bastante el Audi Especial para Sumisas. Era muy práctico.

Claro que ahora está cubierto por una tonelada de pintura blanca... Me estremezco. Y ella aún anda suelta por ahí.

Acepto la mano de Christian, y nos dirigimos a la sala de exposición.

Troy Turniansky, el encargado de las ventas, se pega como una lapa a Cincuenta. Huele la venta. Tiene un peculiar acento que parece del otro lado del Atlántico... ¿inglés, quizá? Es difícil saberlo.

—¿Un Saab, señor? ¿De segunda mano?

Se frota las manos con fruición.

—Nuevo.

Christian se pone muy serio.

¡Nuevo!

—¿Ha pensado en algún modelo, señor?

Y encima es un pelota suavón.

—Un sedán deportivo 9-3 2.0T.

—Excelente elección, señor.

—¿De qué color, Anastasia? —me pregunta Christian, ladeando la cabeza.

—Eh... ¿negro? —Me encojo de hombros—. De verdad, no hace falta que hagas esto.

Tuerce el gesto.

—El negro no se ve bien de noche.

Oh, por Dios. Resisto la tentación de poner los ojos en blanco.

—Tú tienes un coche negro.

Me mira con expresión ceñuda.

—Pues amarillo canario —digo, encogiéndome de hombros.

Christian hace una mueca de desagrado: está claro que el amarillo canario no es su estilo.

—¿De qué color quieres tú que sea el coche? —le pregunto como si fuera un niño pequeño, lo cual es cierto en muchos aspectos.

Y ese inoportuno pensamiento me pone triste y me da que pensar.

—Plateado o blanco.

—Plateado, pues. Sabes que me quedaría con el Audi —añado, escarmentada por mis pensamientos.

Troy palidece al percatarse de que puede perder la venta.

—¿Quizá preferiría el descapotable, señora? —pregunta, dando nerviosas y entusiastas palmaditas.

Mi subconsciente está avergonzada y disgustada, mortificada por todo este asunto de la compra del coche, pero la diosa que llevo dentro le hace un placaje y la tira al suelo. ¿Un descapotable? ¡Para morirse...!

Christian frunce el ceño y me echa un vistazo.

—¿El descapotable? —pregunta, arqueando una ceja.

Me ruborizo. Es como si tuviera una línea erótica directa con la diosa que llevo dentro, algo que sin duda es muy cierto. A veces resulta muy incómodo. Me miro las manos.

Christian se vuelve hacia Troy.

—¿Qué dicen las estadísticas de seguridad del descapotable?

Troy capta la vulnerabilidad de Christian y, lanzándose a muerte, le recita todo tipo de cifras y estadísticas.

A Christian le preocupa mi seguridad, está claro. Para él eso es como una religión y, como el fanático que es, escucha atentamente la consabida perorata de Troy. No cabe duda de que a Cincuenta le importa.

«Sí, te quiero.» Recuerdo las palabras entrecortadas que susurró esta mañana y una emoción

resplandeciente se expande por mis venas como miel derretida. Este hombre, este regalo de Dios a las mujeres, me quiere.

Me doy cuenta de que estoy mirándole sonriendo embobada, y cuando se percata de ello se queda desconcertado, aunque también divertido por mi expresión. Yo solo tengo ganas de abrazarme a mí misma, de lo feliz que soy.

—Yo también quiero un poco de eso que se ha tomado, señorita Steele, sea lo que sea —cuchichea mientras Troy va hacia su ordenador.

—Lo que me he tomado eres tú, señor Grey.

—¿En serio? Pues la verdad es que parece que estés embriagada. —Me da un beso fugaz—. Y gracias por aceptar el coche. Esta vez ha sido más fácil que la anterior.

—Bueno, este no es un Audi A3.

Sonríe satisfecho.

—Ese no es un coche para ti.

—A mí me gustaba.

—Señor, ¿el 9-3? He localizado uno en nuestro concesionario de Beverly Hills. En un par de días podemos tenerlo aquí.

Troy está radiante por el éxito.

—¿De gama alta?

—Sí, señor.

—Excelente.

Christian saca la tarjeta de crédito, ¿o es la de Taylor? Pensar en eso me pone nerviosa. Me pregunto cómo estará Taylor, y si habrá encontrado a Leila en el apartamento. Me masajeo la frente. Sí, está también todo el bagaje que lleva consigo Christian.

—Si quiere acompañarme, señor... —Troy echa un vistazo al nombre de la tarjeta—... Grey.

Christian me abre la puerta, y yo ocupo el asiento del pasajero.

—Gracias —le digo en cuanto se sienta a mi lado. Él sonríe.

—Lo hago con mucho gusto, Anastasia.

Christian enciende el motor y vuelve a sonar la música.

—¿Quién es? —pregunto.

—Eva Cassidy.

—Tiene una voz preciosa.

—Sí, la tenía.

—Oh.

—Murió joven.

—Oh.

—¿Tienes hambre? No te terminaste el desayuno. Me mira de reojo con expresión reprobatoria.

Oh, oh...

—Sí.

—Entonces comamos primero.

Christian conduce hacia los muelles y después hacia el norte, por el viaducto Alaskan Way. Es otro día precioso en Seattle. Llevamos varias semanas con buen tiempo, y eso no es habitual.

Christian parece feliz y relajado mientras circulamos por la autovía escuchando la voz dulce y melancólica de Eva Cassidy. ¿Me había sentido así de cómoda con él antes? No lo sé.

Ahora sé que no me castigará y sus cambios de humor me preocupan menos, y también él parece más

tranquilo conmigo. Gira a la izquierda, por la carretera de la costa, y finalmente deja el coche en un aparcamiento frente a un puerto deportivo enorme.

—Comeremos aquí. Espera, te abriré la puerta — dice de un modo que me indica que no es aconsejable moverse, y le veo rodear el coche.

¿Es que nunca se cansará de esto?

Caminamos de la mano hacia la zona del muelle, donde el puerto se extiende frente a nosotros.

—Cuántos barcos —comento, admirada.

Hay centenares, de todas las formas y tamaños, meciéndose sobre las tranquilas aguas del puerto deportivo. Fuera, en el estrecho de Puget, hay docenas de veleros oscilando al viento, gozando del buen tiempo. Es la viva imagen del disfrute al aire libre. Se ha levantado un poco de viento, así que me pongo la chaqueta sobre los hombros.

—¿Tienes frío? —me pregunta, y me atrae hacia sí.

—No, simplemente disfrutaba de la vista.

—Yo me pasaría el día contemplándola. Ven por aquí.

Christian me lleva a un bar inmenso situado frente al mar y se dirige hacia la barra. La decoración es más del estilo de Nueva Inglaterra que de la costa Oeste: paredes blancas encaladas, mobiliario azul claro y parafernalia marina colgada por todas partes. Es un local luminoso y alegre.

—¡Señor Grey! —El barman saluda afectuosamente a Christian—. ¿Qué puedo ofrecerle hoy?

—Dante, buenos días. —Christian asiente y los dos nos encaramamos a los taburetes de la barra—. La encantadora dama es Anastasia Steele.

—Bienvenida al local de SP —me dice Dante con una cálida sonrisa.

Es negro y guapísimo, y me examina con sus ojos oscuros y, por lo que parece, da su visto bueno. Lleva un gran diamante en la oreja que centellea cuando me mira. Me cae bien al instante.

—¿Qué les apetece beber?

Miro a Christian, que me observa expectante. Oh, va a dejarme escoger.

—Por favor, llámame Ana, y tomaré lo mismo que Christian.

Sonrío con timidez a Dante. Cincuenta sabe mucho más de vinos que yo.

—Yo tomaré una cerveza. Este es el único bar de Seattle donde puedes encontrar Adnam Explorer.

—¿Una cerveza?

—Sí —me dice risueño—. Dos Explorer, por favor, Dante.

Dante asiente y coloca las cervezas en la barra.

—Aquí también sirven una sopa de marisco deliciosa —comenta Christian.

Me lo está preguntando.

—Sopa de marisco y cerveza suena estupendo —le digo sonriente.

—¿Dos sopas de marisco? —pregunta Dante.

—Por favor —le pide Christian con amabilidad.

Nos pasamos la comida charlando, como no habíamos hecho nunca. Christian está a gusto y tranquilo; tiene un aspecto juvenil, feliz y animado, pese

a todo lo que pasó ayer. Me cuenta la historia de Grey Enterprises Holdings, Inc., y, cuanto más habla, más noto su pasión por reflotar empresas con problemas, su confianza en la tecnología que está desarrollando y sus sueños de convertir en productivos extensos territorios del tercer mundo. Le escucho embelesada. Es divertido, inteligente, filantrópico y hermoso, y me quiere.

Llegado el momento, me acribilla a preguntas sobre Ray y mi madre, sobre el hecho de crecer en los frondosos bosques de Montesano, y sobre mis breves estancias en Texas y Las Vegas. Se interesa por saber mis películas y mis libros preferidos, y me sorprende comprobar cuánto tenemos en común.

Mientras hablamos, se me ocurre pensar que ha pasado de ser el Alec de Thomas Hardy a ser Angel, de la corrupción y la degradación a los más altos ideales en un espacio de tiempo muy corto.

Terminamos de comer pasadas las dos. Christian paga la cuenta a Dante, que se despide de nosotros afectuosamente.

—Este sitio es estupendo. Gracias por la comida —le digo a Christian, que me da la mano al salir del bar.

—Volveremos —dice y caminamos por el muelle—. Quería enseñarte una cosa.

—Ya lo sé... y estoy impaciente por verla, sea lo que sea.

Paseamos de la mano por el puerto deportivo. Hace una tarde muy agradable. La gente está disfrutando del domingo, paseando a los perros, contemplando los barcos, vigilando a sus hijos que corren por el paseo.

A medida que avanzamos por el puerto, los barcos son cada vez más grandes. Christian me conduce a un muelle y se detiene delante de un enorme catamarán.

—Pensé que podríamos salir a navegar esta tarde. Este barco es mío.

Madre mía. Debe de medir como mínimo doce metros, quizá unos quince. Dos elegantes cascos blancos, una cubierta, una cabina espaciosa, y sobresaliendo por encima todo de ello un impresionante mástil. Yo no sé nada de barcos, pero me doy cuenta de que este es especial.

—Uau... —musito maravillada.

—Construido por mi empresa —dice con orgullo, y siento henchirse mi corazón—. Diseñado hasta el último detalle por los mejores arquitectos navales del mundo y construido aquí en Seattle, en mi astillero. Dispone de sistema de pilotaje eléctrico híbrido, orzas asimétricas, una vela cuadra en el mástil...

—Vale... ya me he perdido, Christian.

Sonríe de oreja a oreja.

—Es un barco magnífico.

—Parece realmente fabuloso, señor Grey.

—Lo es, señorita Steele.

—¿Cómo se llama?

Me lleva a un costado para que pueda ver el nombre: *Grace*. Me quedo muy sorprendida.

—¿Le pusiste el nombre de tu madre?

—Sí. —Inclina la cabeza a un lado, un tanto desconcertado—. ¿Por qué te extraña?

Me encojo de hombros. No deja de sorprenderme: él siempre actúa de un modo tan ambivalente en su presencia...

—Yo adoro a mi madre, Anastasia. ¿Por qué no le iba a poner su nombre a un barco?

Me ruborizo.

—No, no es eso... es que...

Maldita sea, ¿cómo podría expresarlo?

—Anastasia, Grace Trevelyan me salvó la vida. Se lo debo todo.

Yo le miro fijamente, y me dejo invadir por la veneración implícita en ese dulce reconocimiento. Y me resulta evidente, por primera vez, que él quiere a su madre. ¿Por qué entonces esa ambigüedad extraña y tensa hacia ella?

—¿Quieres subir a bordo? —pregunta emocionado y con los ojos brillantes.

—Sí, por favor —contesto sonriente.

Parece encantado. Me da la mano, sube dando zancadas por la pequeña plancha y me lleva a bordo. Llegamos a cubierta, situada bajo un toldo rígido.

En un lado hay una mesa y una banqueta en forma de U forrada de piel de color azul claro, con espacio para ocho personas como mínimo. Echo un vistazo al interior de la cabina a través de las puertas correderas y doy un respingo, sobresaltada al ver que allí hay alguien. Un hombre alto y rubio abre las puertas y sale a cubierta: muy bronceado, con el pelo rizado y los ojos castaños, vestido con un polo rosa de manga corta descolorido, pantalones cortos y náuticos. Debe de tener unos treinta y cinco años, más o menos.

—Mac —saluda Christian con una sonrisa.

—¡Señor Grey! Me alegro de volver a verle.
Se dan la mano.

—Anastasia, este es Liam McConnell. Liam, esta es mi novia, Anastasia Steele.

¡Novia! La diosa que llevo dentro realiza un ágil arabesco. Sigue sonriendo por lo del descapotable. Tengo que acostumbrarme a esto: no es la primera vez que lo dice, pero oírse lo pronunciar sigue siendo emocionante.

—¿Cómo está usted?

Liam y yo nos damos la mano.

—Llámeme Mac —me dice con amabilidad, y no consigo identificar su acento—. Bienvenida a bordo, señorita Steele.

—Ana, por favor —musito y enrojezco.

Tiene unos ojos castaños muy profundos.

—¿Qué tal se está portando, Mac? —interviene Christian enseguida, y por un momento creo que está hablando de mí.

—Está preparada para el baile, señor —responde Mac en tono jovial.

Ah, el barco. El *Grace*. Qué tonta soy.

—En marcha, pues.

—¿Van a salir?

—Sí. —Christian le dirige a Mac una sonrisa maliciosa—. ¿Una vuelta rápida, Anastasia?

—Sí, por favor.

Le sigo al interior de la cabina. Frente a nosotros hay un sofá de piel beis en forma de L, y sobre él, un enorme ventanal curvo ofrece una vista panorámica del puerto deportivo. A la izquierda está la zona de la cocina, muy elegante y bien equipada, toda de madera clara.

—Este es el salón principal. Junto con la cocina — dice Christian, señalándola con un vago gesto.

Me coge de la mano y me lleva por la cabina principal. Es sorprendentemente espaciosa. El suelo es de la misma madera clara. Tiene un diseño moderno y elegante y una atmósfera luminosa y diáfana, aunque todo es muy funcional y no parece que Christian pase mucho tiempo aquí.

—Los baños están en el otro lado.

Señala dos puertas, y luego abre otra más pequeña y de aspecto muy peculiar que tenemos enfrente y entra. Se trata de un lujoso dormitorio. Oh...

Hay una enorme cama empotrada y todo es de tejidos azul pálido y madera clara, como su dormitorio en el Escala. Es evidente que Christian escoge un motivo y lo mantiene.

—Este es el dormitorio principal. —Baja la mirada hacia mí, sus ojos grises centellean—. Eres la primera chica que entra aquí, aparte de las de mi familia. — Sonríe—. Ellas no cuentan.

Su mirada ardiente hace que me ruborice y se me acelere el pulso. ¿De veras? Otra primera vez. Me atrae a sus brazos, sus dedos juguetean con mi cabello y me da un beso, intenso y largo. Cuando me suelta, ambos estamos sin aliento.

—Quizá deberíamos estrenar esta cama — murmura junto a mi boca.

¡Oh, en el mar!

—Pero no ahora mismo. Ven, Mac estará soltando amarras.

Hago caso omiso de la punzada de desilusión, él me da la mano y volvemos a cruzar el salón. Me señala otra puerta.

—Allí hay un despacho, y aquí delante dos cabinas más.

—¿Cuánta gente puede dormir en el barco?

—Es un catamarán con seis camarotes, aunque solo he subido a bordo a mi familia. Me gusta navegar solo. Pero no cuando tú estás aquí. Tengo que mantenerte vigilada.

Revuelve en un arcón y saca un chaleco salvavidas de un rojo intenso.

—Toma.

Me lo pasa por la cabeza y tensa todas las correas, y la sombra de una sonrisa aparece en sus labios.

—Te encanta atarme, ¿verdad?

—De todas las formas posibles —dice con una chispa maliciosa en la mirada.

—Eres un perverso.

—Lo sé.

Arquea las cejas y su sonrisa se ensancha.

—Mi perverso —susurro.

—Sí, tuyo.

Una vez que me ha atado, me agarra por los costados del chaleco y me besa.

—Siempre —musita y, sin darme tiempo a responder, me suelta.

¡Siempre! Dios santo.

—Ven.

Me coge de la mano, salimos y subimos unos pocos escalones hasta una pequeña cabina en la cubierta

superior, donde hay un gran timón y un asiento elevado. Mac está manipulando unos cabos en la proa del barco.

—¿Es aquí donde aprendiste todos tus trucos con las cuerdas? —le pregunto a Christian con aire inocente.

—Los ballestrinques me han venido muy bien — dice, y me escruta con la mirada—. Señorita Steele, parece que he despertado su curiosidad. Me gusta verte así, curiosa. Tendré mucho gusto en enseñarte lo que puedo hacer con una cuerda.

Me sonrío con picardía y yo, impasible, le miro como si me hubiera disgustado. Le cambia la cara.

—Has picado —le digo sonriendo.

Christian tuerce la boca y entorna los ojos.

—Tendré que ocuparme de ti más tarde, pero ahora mismo, tengo que pilotar un barco.

Se sienta a los mandos, aprieta un botón y el motor se pone en marcha con un rugido.

Mac se dirige raudo hacia un costado del barco, me sonrío y salta a la cubierta inferior, donde empieza a desatar un cabo. A lo mejor él también sabe hacer un par de trucos con las cuerdas. La inoportuna idea hace que me ruborice.

Mi subconsciente me mira ceñuda. Yo le respondo encogiéndome de hombros y miro hacia Christian: le echo la culpa a Cincuenta. Él coge el receptor y llama por radio al guardacostas, y Mac grita que estamos preparados para zarpar.

Una vez más, me fascina la destreza de Christian. Es tan competente. ¿Hay algo que este hombre no pueda hacer? Entonces recuerdo su concienzuda intentona de cortar y trocear un pimiento el pasado viernes en mi apartamento. Y sonrío al pensarlo.

Christian conduce lentamente el *Grace* del embarcadero en dirección a la bocana del puerto. A nuestras espaldas queda el reducido grupo de gente que se ha congregado en el muelle para vernos partir. Los niños pequeños nos saludan y yo les devuelvo el saludo.

Christian mira por encima del hombro, y luego hace que me siente entre sus piernas y señala las diversas esferas y dispositivos del puente de mando.

—Coge el timón —me ordena tan autoritario como siempre, y yo hago lo que me pide.

—A la orden, capitán —digo con una risita nerviosa.

Coloca sus manos sobre las mías, manteniendo el rumbo para salir de la bahía, y en cuestión de minutos estamos en mar abierto, surcando las azules y frías aguas del estrecho de Puget. Lejos del muro protector del puerto, el viento es más fuerte y navegamos sobre un mar encrespado y rizado.

No puedo evitar sonreír al notar el entusiasmo de Christian; esto es tan emocionante... Trazamos una gran curva hasta situarnos rumbo oeste hacia la península Olympic, con el viento detrás.

—Hora de navegar —dice Christian, lleno de excitación—. Toma, cógelo tú. Mantén el rumbo.

¿Qué?

Sonríe al ver mi cara de horror.

—Es muy fácil, nena. Sujeta el timón y no dejes de mirar por la proa hacia el horizonte. Lo harás muy bien, como siempre. Cuando se icen las velas, notarás el tirón. Límitate a mantenerlo firme. Yo te haré esta señal —hace un movimiento con la mano plana como de rajarse el cuello—, y entonces puedes parar el motor. Es

este botón de aquí. —Señala un gran interruptor negro—. ¿Entendido?

—Sí —asiento frenética y aterrorizada.

¡Madre mía... yo no tenía pensado hacer nada!

Me besa y baja rápidamente de la silla de capitán, y luego salta a la parte delantera del barco, donde se encuentra Mac, y empieza a desplegar velas, a desatar cabos y a manipular cabrestantes y poleas. Ambos trabajan bien juntos, como un equipo, intercambiando a gritos diversos términos náuticos, y es reconfortante ver a Cincuenta interactuar con alguien con tanta espontaneidad.

Quizá Mac sea amigo de Cincuenta. Por lo que yo sé, no parece que tenga muchos, pero la verdad es que yo tampoco. Bueno, al menos aquí en Seattle. Mi única amiga está de vacaciones, poniéndose morena en Saint James, en la costa oeste de Barbados.

Al pensar en Kate siento una punzada de dolor. Echo en falta a mi compañera de piso más de lo que creía cuando se fue. Espero que cambie de opinión y que regrese pronto a casa con su hermano Ethan, en lugar de prolongar su estancia con el hermano de Christian, Elliot.

Christian y Mac izan la vela mayor. Se hincha y se infla a merced del impetuoso viento, y de repente el barco da bandazos y acelera. Yo lo siento en el timón. ¡Uau!

Ellos se ponen a trajinar en la proa, y yo contemplo fascinada cómo la gran vela se iza en el mástil. El viento la agarra, expandiéndola y tensándola.

—¡Mantenlo firme, nena, y apaga el motor! —me grita Christian por encima del viento, y me hace la señal de desconectar las máquinas.

Yo apenas oigo su voz, pero asiento entusiasmada, y contemplo al hombre que amo, con el pelo totalmente alborotado, muy emocionado, sujetándose ante los cabeceos y los virajes del barco.

Aprieto el botón, cesa el rugido del motor, y el *Grace* navega hacia la península Olympic, deslizándose por el agua como si volara. Yo tengo ganas de chillar y gritar y jalear: esta es una de las experiencias más excitantes de mi vida... salvo quizá la del planeador, y puede que la del cuarto rojo del dolor.

¡Madre mía, cómo se mueve este barco! Me mantengo firme, sujetando el timón y tratando de conservar el rumbo, y Christian vuelve a colocarse detrás de mí y pone sus manos sobre las mías.

—¿Qué te parece? —me pregunta, gritando sobre el rugido del viento y el mar.

—¡Christian, esto es fantástico!

Esboza una radiante sonrisa de oreja a oreja.

—Ya verás cuando ice la vela globo.

Señala con la barbilla a Mac, que está desplegando la vela globo, de un rojo oscuro e intenso. Me recuerda las paredes del cuarto de juegos.

—Un color interesante —grito.

Él hace una mueca felina y me guiña un ojo. Oh, no es casualidad.

La vela globo, con su peculiar forma, grande y elíptica, se hincha y hace que el *Grace* coja gran velocidad. El barco toma el rumbo, navegando a toda marcha hacia el Sound.

—Velaje asimétrico. Para correr más —contesta Christian a mi pregunta implícita.

—Es alucinante.

No se me ocurre nada mejor que decir. Mientras brincamos sobre las aguas, en dirección a las majestuosas montañas Olympic y a la isla de Bainbridge, yo sigo con una sonrisa de lo más bobalicona en la cara. Al mirar hacia atrás, veo Seattle empequeñecerse en la distancia y, más allá, el monte Rainier.

Nunca me había dado cuenta realmente de lo hermoso y agreste que es el paisaje de los alrededores de Seattle: verde, exuberante y apacible, con enormes árboles de hoja perenne y acantilados rocosos con paredes escarpadas que se alzan aquí y allá. En esta gloriosa tarde soleada el entorno posee una belleza salvaje pero serena, que me corta la respiración. Tanta quietud resulta asombrosa en comparación con la velocidad con que surcamos las aguas.

—¿A qué velocidad vamos?

—A quince nudos.

—No tengo ni idea de qué quiere decir eso.

—Unos veintiocho kilómetros por hora.

—¿Solo? Parece mucho más.

Me acaricia la mano, sonriendo.

—Estás preciosa, Anastasia. Es agradable ver tus mejillas con algo de color... y no porque te ruborices. Tienes el mismo aspecto que en las fotos de José.

Me doy la vuelta y le beso.

—Sabes cómo hacer que una chica lo pase bien, señor Grey.

—Mi único objetivo es complacer, señorita Steele.

—Me aparta el pelo y me besa la parte baja de la nuca,

provocándome unos deliciosos escalofríos que me recorren toda la columna—. Me gusta verte feliz — murmura, y me abraza más fuerte.

Contemplo la inmensidad del agua azul, preguntándome qué debo haber hecho para que la suerte me haya sonreído y me haya enviado a este hombre.

Sí, eres una zorra con suerte, me replica mi subconsciente. Pero aún te queda mucho por hacer con él. No va a aceptar siempre esta chorrada de relación vainilla... vas a tener que transigir. Fulmino mentalmente con la mirada a ese rostro insolente y mordaz, y apoyo la cabeza en el torso de Christian. En el fondo sé que mi subconsciente tiene razón, aunque me niego a pensar en ello. No quiero estropearme el día.

Al cabo de una hora atracamos en una cala pequeña y guarecida de la isla de Bainbridge. Mac ha bajado a la playa en la lancha —no sé bien para qué—, pero me lo imagino, porque en cuanto pone en marcha el motor fueraborda, Christian me coge de la mano y prácticamente me arrastra al interior de su camarote: es un hombre con una misión.

Ahora está de pie ante mí, emanando su embriagadora sensualidad mientras sus dedos hábiles se afanan en desatar las correas de mi chaleco salvavidas. Lo deja a un lado y me mira intensamente con sus ojos oscuros, dilatados.

Ya estoy perdida y apenas me ha tocado. Levanta la mano y desliza los dedos por mi barbilla, a lo largo del cuello, sobre el esternón, hasta alcanzar el

primer botón de mi blusa azul, y siento que su caricia me abrasa.

—Quiero verte —musita, y desabrocha con destreza el botón.

Se inclina y besa con suavidad mis labios abiertos. Jadeo ansiosa, excitada por la poderosa combinación de su cautivadora belleza, su cruda sexualidad en el confinamiento de este camarote, y el suave balanceo del barco. Él retrocede un paso.

—Desnúdate para mí —susurra con los ojos incandescentes.

Ah... Obedezco encantada. Sin apartar mis ojos de él, desabrocho despacio cada botón, saboreando su tórrida mirada. Oh, esto es embriagador. Veo su deseo: es palpable en su rostro... y en todo su cuerpo.

Dejo caer la camisa al suelo y me dispongo a desabrocharme los vaqueros.

—Para —ordena—. Siéntate.

Me siento en el borde de la cama y, con un ágil movimiento, él se arrodilla delante de mí, me desanuda primero una zapatilla, luego la otra, y me las quita junto con los calcetines. Me coge el pie izquierdo, lo levanta, me da un suave beso en la base del pulgar y luego me roza con la punta de los dientes.

—¡Ah! —gimo al notar el efecto en mi entrepierna.

Se pone de pie con elegancia, me tiende la mano y me aparta de la cama.

—Continúa —dice, y retrocede un poco para contemplarme.

Yo me bajo la cremallera de los vaqueros, meto los pulgares en la cintura y deslizo la prenda por mis

piernas. En sus labios juguetea una sonrisa, pero sus ojos siguen sombríos.

Y no sé si es porque me hizo el amor esta mañana, y me refiero a hacerme realmente el amor, con dulzura, con cariño, o si es por su declaración apasionada —«sí... te quiero»—, pero no siento la menor vergüenza. Quiero ser sexy para este hombre. Merece que sea sexy para él... y hace que me sienta sexy. Vale, esto es nuevo para mí, pero estoy aprendiendo gracias a su experta tutela. Y la verdad es que para él es algo nuevo también. Eso equilibra las cosas entre los dos, un poco, creo.

Llevo un par de prendas de mi ropa interior nueva: un mini-tanga blanco de encaje y un sujetador a juego, de una lujosa marca y todavía con la etiqueta del precio. Me quito los vaqueros y me quedo allí plantada para él, con la lencería por la que ha pagado, pero ya no me siento vulgar... me siento suya.

Me desabrocho el sujetador por la espalda, bajo los tirantes por los brazos y lo dejo sobre mi blusa. Me bajo el tanga despacio, lo dejo caer hasta los tobillos y salgo de él con un elegante pasito, sorprendida por mi propio estilo.

Estoy de pie ante él, desnuda y sin la menor vergüenza, y sé que es porque me quiere. Ya no tengo que esconderme. Él no dice nada, se limita a mirarme fijamente. Solo veo su deseo, su adoración incluso, y algo más, la profundidad de su necesidad... la profundidad de su amor por mí.

Él se lleva la mano hasta la cintura, se levanta el jersey beis y se lo quita por la cabeza, seguido de la camiseta, sin apartar de mí sus vívidos ojos grises.

Luego se quita los zapatos y los calcetines, antes de disponerse a desabrochar el botón de sus vaqueros.

Doy un paso al frente, y susurro:

—Déjame.

Frunce momentáneamente los labios en una muda exclamación, y sonrío:

—Adelante.

Avanzo hacia él, introduzco mis osados dedos por la cintura de sus pantalones y tiro de ellos, para obligarle a acercarse más. Jadea involuntariamente ante mi inesperada audacia y luego me mira sonriendo. Desabrocho el botón, pero antes de bajar la cremallera dejo que mis dedos se demoren, resiguiendo su erección a través de la suave tela. Él flexiona las caderas hacia la palma de mi mano y cierra los ojos unos segundos, disfrutando de mi caricia.

—Eres cada vez más audaz, Ana, más valiente — musita, sujetándome la cara con las dos manos e inclinándose para besarme con ardor.

Pongo las manos en sus caderas, la mitad sobre su piel fría y la otra mitad sobre la cintura caída de sus vaqueros.

—Tú también —murmuro pegada a sus labios, mientras mis pulgares trazan lentos círculos sobre su piel y él sonrío.

—Allá voy.

Llevo las manos hasta la parte delantera de sus pantalones y bajo la cremallera. Mis intrépidos dedos atraviesan su vello púbico hasta su erección, y la cojo con firmeza.

Su garganta emite un ruido sordo, impregnándome con su suave aliento, y vuelve a

besarme con ternura. Mientras muevo mi mano por su miembro, rodeándolo, acariciándolo, apretándolo, él me rodea con el brazo y apoya la palma de la mano derecha con los dedos separados en mitad de mi espalda. Con la mano izquierda en mi pelo, me retiene pegada a sus labios.

—Oh, te deseo tanto, nena —gime, y de repente se echa hacia atrás para quitarse pantalones y calzoncillos con un movimiento ágil y rápido.

Es una maravilla poder contemplar sin ropa cada milímetro de su cuerpo.

Es perfecto. Solo las cicatrices profanan su belleza, pienso con tristeza. Y son mucho más profundas que las de la simple piel.

—¿Qué pasa, Ana? —murmura, y me acaricia tiernamente la mejilla con los nudillos.

—Nada. Ámame, ahora.

Me coge en sus brazos y me besa, entrelazando sus dedos en mis cabellos. Nuestras lenguas se enroscan, me lleva otra vez a la cama, me coloca encima con delicadeza y luego se tumba a mi lado.

Me recorre la línea de la mandíbula con la nariz mientras yo hundo las manos en su pelo.

—¿Sabes hasta qué punto es exquisito tu aroma, Ana? Es irresistible.

Sus palabras logran, como siempre, inflamarme la sangre, acelerarme el pulso, y él desliza la nariz por mi garganta y a través de mis senos, mientras me besa con reverencia.

—Eres tan hermosa —murmura, y me atrapa un pezón con la boca y chupa despacio.

Gimo y mi cuerpo se arquea sobre la cama.

—Quiero oírte, nena.

Baja las manos a mi cintura, y yo me regodeo con el tacto de sus caricias, piel con piel... su ávida boca en mis pechos y sus largos y diestros dedos acariciándome, tocándome, amándome. Se mueven sobre mis muslos, sobre mi trasero, y bajan por mi pierna hasta la rodilla, sin dejar en ningún momento de besarme y chuparme los pechos.

Me coge por la rodilla, y de pronto me levanta la pierna y se la coloca alrededor de las caderas, provocándome un gemido, y no la veo, pero siento en la piel la sonrisa con que reacciona. Rueda sobre la cama, de manera que me quedo a horcajadas sobre él, y me entrega un envoltorio de aluminio.

Me echo hacia atrás y tomo su miembro en mis manos, y simplemente soy incapaz de resistirme ante su esplendor. Me inclino y lo beso, lo tomo en mi boca, enrolló la lengua a su alrededor y chupo con fuerza. Él jadea y flexiona las caderas para penetrar más a fondo en mi boca.

Mmm... sabe bien. Lo deseo dentro de mí. Vuelvo a incorporarme y le miro fijamente. Está sin aliento, tiene la boca abierta y me mira intensamente.

Abro rápidamente el envoltorio del preservativo y se lo coloco. Él me tiende las manos. Le cojo una y, con la otra, me pongo encima de él y, lentamente, le hago mío.

Él cierra los ojos y su garganta emite un gruñido sordo.

Sentirle en mí... expandiéndose... colmándome... —gimo suavemente—, es una sensación divina. Coloca

sus manos sobre mis caderas y empieza a moverse arriba y abajo, penetrándome con ímpetu.

Ah... es delicioso.

—Oh, nena —susurra, y de repente se sienta y quedamos frente a frente, y la sensación es extraordinaria... de plenitud.

Gimo y me aferro a sus antebrazos, y él me sujeta la cabeza con las manos y me mira a los ojos... intensos y grises, ardientes de deseo.

—Oh, Ana. Cómo me haces sentir —murmura, y me besa con pasión y anhelo ciego.

Yo le devuelvo los besos, aturdida por la deliciosa sensación de tenerle hundido en mi interior.

—Oh, te quiero —musito.

Él emite un quejido, como si le doliera oír las palabras que susurro, y rueda sobre la cama, arrastrándome con él sin romper nuestro preciado contacto, de manera que quedo debajo de él, y le rodeo la cintura con las piernas.

Christian baja la mirada hacia mí con maravillada adoración, y estoy segura de reflejar su misma expresión cuando alargo la mano para acariciar su bellissimo rostro. Empieza a moverse muy despacio, y al hacerlo cierra los ojos y suspira levemente.

El suave balanceo del barco y la paz y el silencio del camarote, se ven únicamente interrumpidos por nuestras respiraciones entremezcladas, mientras él se mueve despacio dentro y fuera de mí, tan controlado y tan agradable... una sensación gloriosa. Pone su brazo sobre mi cabeza, con la mano en mi pelo, y con la otra me acaricia la cara mientras se inclina para besarme.

Estoy envuelta totalmente en él, mientras me ama, entrando y saliendo lentamente de mí, y me saborea. Yo le toco... dentro de los límites estrictos: los brazos, el cabello, la parte baja de la espalda, su hermoso trasero... Y cuando aumenta más y más el ritmo de sus envites, se me acelera la respiración. Me besa en la boca, en la barbilla, en la mandíbula, y después me mordisquea la oreja. Oigo su respiración entrecortada cada vez que me penetra con ímpetu.

Mi cuerpo empieza a temblar. Oh... esa sensación que ahora conozco tan bien... se acerca... Oh...

—Eso es, nena... Entrégate a mí... Por favor... Ana —murmura, y sus palabras son mi perdición.

—¡Christian! —grito, y él gime cuando nos corremos juntos.

Mac no tardará en volver —dice en voz baja.

—Mmm...

Abro los ojos parpadeantes y me encuentro con su dulce mirada gris. Dios... los suyos tienen un color extraordinario; sobre todo aquí, en mar abierto: reflejan la luz que reverbera en el agua y en el interior de la cabina a través de los pequeños ojos de buey.

—Aunque me encantaría estar aquí tumbado contigo toda la tarde, Mac necesitará que le ayude con el bote. —Christian se inclina sobre mí y me besa dulcemente—. Estás tan hermosa ahora mismo, Ana, toda despeinada y tan sexy. Hace que te desee aún más.

Sonríe y se levanta de la cama. Yo me tumbo boca abajo y admiro las vistas.

—Tú tampoco estás mal, capitán.

Chasqueo los labios admirada y él sonríe satisfecho.

Le veo deambular con elegancia por el camarote mientras se viste. Ese maravilloso hombre acaba de hacerme el amor tiernamente otra vez. Apenas puedo creer la suerte que tengo. Apenas puedo creer que ese hombre sea mío. Se sienta a mi lado para ponerse los zapatos.

—Capitán, ¿eh? —dice con sequedad—. Bueno, soy el amo y señor de este barco.

Ladeo la cabeza.

—Tú eres el amo y señor de mi corazón, señor Grey. Y de mi cuerpo... y de mi alma.

Mueve la cabeza, incrédulo, y se inclina para besarme.

—Estaré en cubierta. Hay una ducha en el baño, si te apetece. ¿Necesitas algo? ¿Una copa? —pregunta solícito, y lo único que soy capaz de hacer es sonreírle.

¿Es este el mismo hombre? ¿Es el mismo Cincuenta?

—¿Qué pasa? —dice como reacción a mi bobalicona sonrisa.

—Tú.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Christian?

Tuerce la boca y sonrío con tristeza.

—No está muy lejos, nena —dice suavemente, y hay un deje melancólico en su voz que hace que inmediatamente lamente haberle hecho esa pregunta. Pero Christian sacude la cabeza para desechar la idea—. No tardarás en verle —dice sonriendo—, sobre todo si no te levantas.

Se acerca y me da un cachete fuerte en el culo, y yo chillo y me río al mismo tiempo.

—Ya me tenías preocupada.

—¿Ah, sí? —Christian arquea una ceja—. Emites señales contradictorias, Anastasia. ¿Cómo podría un hombre seguirte el ritmo? —Se inclina y vuelve a besarme—. Hasta luego, nena —añade y, con una sonrisa deslumbrante, se levanta y me deja a solas con mis dispersos pensamientos.

Cuando salgo a cubierta, Mac está de nuevo a bordo, pero enseguida se retira a la cubierta superior en cuanto abro las puertas del salón. Christian está con su BlackBerry. ¿Hablando con quién?, me pregunto. Se me acerca, me atrae hacia él y me besa el cabello.

—Una noticia estupenda... bien. Sí... ¿De verdad? ¿La escalera de incendios?... Entiendo... Sí, esta noche.

Aprieta el botón de fin de llamada, y el ruido de los motores al ponerse en marcha me sobresalta. Mac debe de estar arriba, en el puente de mando.

—Hora de volver —dice Christian, y me besa una vez más mientras me coloca de nuevo el chaleco salvavidas.

Cuando volvemos al puerto deportivo, con el sol a nuestra espalda poniéndose en el horizonte, pienso en esta tarde maravillosa. Bajo la atenta y paciente tutela de Christian, he estibado una vela mayor, un foque y una vela balón, y he aprendido a hacer un nudo cuadrado, un ballestrinque y un nudo margarita. Él ha mantenido los labios prietos durante toda la clase.

—Puede que un día de estos te ate a ti —mascullo en tono gruñón.

Él tuerce el gesto, divertido.

—Primero tendrá que atraparme, señorita Steele.

Sus palabras me traen a la cabeza la imagen de él persiguiéndome por todo el apartamento, la excitación, y después sus espantosas consecuencias. Frunzo el ceño y me estremezco. Después de aquello, le dejé.

¿Le dejaría otra vez ahora que ha reconocido que me quiere? Levanto la vista hacia sus claros ojos grises.

¿Sería capaz de dejarle otra vez... me hiciera lo que me hiciese? ¿Podría traicionarle de ese modo? No. No creo que pudiera.

Me ha dado otro completo tour por este magnífico barco, explicándome todos los detalles del diseño, las técnicas innovadoras y los materiales de alta calidad que se utilizaron para construirlo. Recuerdo aquella primera entrevista, cuando le conocí. Entonces descubrí ya su pasión por los barcos. Creí que reservaba su entrega incondicional a los cargueros transoceánicos que construye su empresa... pero no, también los elegantes catamaranes de encanto tan sensual.

Y, por supuesto, me ha hecho el amor con dulzura, sin prisas. Recuerdo mi cuerpo arqueado y anhelante bajo sus expertas manos. Es un amante excepcional, de eso estoy segura... aunque, claro, no tengo con quién compararle. Pero Kate hubiera alardeado más si esto fuera siempre así: no es propio de ella callarse los detalles.

Pero ¿durante cuánto tiempo le bastará con esto? No lo sé, y el pensamiento resulta muy perturbador.

Ahora se sienta y me rodea con sus brazos, y yo permanezco en la seguridad de su abrazo durante horas —o eso me parece—, en un silencio cómodo y fraterno, mientras el *Grace* se desliza y se acerca más y más a Seattle. Yo llevo el timón, y Christian me avisa cada vez que tengo que ajustar el rumbo.

—Hay una poesía en navegar tan antigua como el mundo —me dice al oído.

—Eso suena a cita.

Noto que sonrío.

—Lo es. Antoine de Saint-Exupéry.

—Oh... me encanta *El principito*.

—A mí también.

Comienza a caer la noche cuando Christian, con sus manos todavía sobre las mías, nos conduce al interior de la bahía. Las luces de los barcos parpadean y se reflejan en el agua oscura, pero todavía hay algo de claridad: el atardecer es agradable y luminoso, el preludio de lo que sin duda será una puesta de sol espectacular.

Una pequeña multitud se congrega en el muelle cuando Christian hace girar despacio el barco, en un espacio relativamente pequeño. Lo hace con destreza, atracando de nuevo en el embarcadero del que habíamos zarpado. Mac salta a tierra y amarra el *Grace* a un noray.

—Ya estamos de vuelta —murmura Christian.

—Gracias —susurro tímidamente—. Ha sido una tarde perfecta.

Christian me sonrío.

—Yo pienso lo mismo. Quizá deberíamos matricularte en una escuela náutica, y así podríamos salir durante unos días, tú y yo solos.

—Me encantaría. Podríamos estrenar el dormitorio una y otra vez.

Se inclina y me besa bajo la oreja.

—Mmm... estoy deseándolo, Anastasia —susurra, y consigue que se me erice todo el vello del cuerpo.

¿Cómo lo hace?

—Vamos, el apartamento es seguro. Podemos volver.

—¿Y las cosas que tenemos en el hotel?

—Taylor ya las ha recogido.

¡Oh! ¿Cuándo?

—Hoy a primera hora —contesta Christian antes de que le plantee la pregunta—, después de haber examinado el *Grace* con su equipo.

—¿Y ese pobre hombre cuándo duerme?

—Duerme. —Christian, desconcertado, arquea una ceja—. Simplemente cumple con su deber, Anastasia, y lo hace muy bien. Es una suerte contar con Jason.

—¿Jason?

—Jason Taylor.

Pensaba que Taylor era su nombre de pila. Jason... Es un nombre que le pega: serio y responsable, fiable. Por alguna razón, eso me hace sonreír.

Christian me mira pensativo y comenta:

—Tú aprecias a Taylor.

—Supongo que sí.

Su comentario me confunde. Él frunce el ceño.

—No me siento atraída por él, si es eso lo que te hace poner mala cara. Déjalo ya.

Christian hace algo parecido a un mohín, como enfurruñado.

Dios... a veces es como un niño.

—Opino que Taylor cuida muy bien de ti. Por eso me gusta. Me parece un hombre que inspira confianza, amable y leal. Lo aprecio en un sentido paternal.

—¿Paternal?

—Sí.

—Bien, paternal.

Christian parece analizar la palabra y su significado. Me echo a reír.

—Oh, Christian, por favor, madura un poco.

Él abre la boca, sorprendido ante mi salida, pero luego piensa en lo que he dicho y tuerce el gesto.

—Lo intento —dice finalmente.

—Se nota. Y mucho —le digo con cariño, pero después pongo los ojos en blanco.

—Qué buenos recuerdos me trae verte hacer ese gesto, Anastasia —dice con una gran sonrisa.

—Bueno, si te portas bien a lo mejor revivimos alguno de esos recuerdos —replico con aire cómplice.

Él hace una mueca irónica.

—¿Portarme bien? —Levanta las cejas—. Francamente, señorita Steele, ¿qué le hace pensar que quiera revivirlos?

—Seguramente porque, cuando lo he dicho, tus ojos han brillado como luces navideñas.

—Qué bien me conoces ya —dice con cierta sequedad.

—Me gustaría conocerte mejor.

Sonríe con dulzura.

—Y a mí a ti, Anastasia.

—Gracias, Mac.

Christian estrecha la mano de McConnell y baja al muelle.

—Siempre es un placer, señor Grey. Adiós. Y, Ana, encantado de conocerte.

Le doy la mano con timidez. Debe de saber a qué nos hemos dedicado Christian y yo mientras él estaba en tierra.

—Que tengas un buen día, Mac, y gracias.

Me sonrío y me guiña el ojo, haciendo que me ruborice. Christian me coge de la mano y subimos por el muelle hacia el paseo marítimo.

—¿De dónde es Mac? —pregunto, intrigada por su acento.

—Irlandés... del norte de Irlanda —concreta Christian.

—¿Es amigo tuyo?

—¿Mac? Trabaja para mí. Ayudó a construir el *Grace*.

—¿Tienes muchos amigos?

Frunce el ceño.

—La verdad es que no. Dedicándome a lo que me dedico... no puedo cultivar muchas amistades. Solo está...

Se calla y se pone muy serio, y soy consciente de que iba a mencionar a la señora Robinson.

—¿Tienes hambre? —pregunta para cambiar de tema.

Asiento. La verdad es que estoy hambrienta.

—Cenaremos donde dejé el coche. Vamos.

Al lado del SP hay un pequeño bistró italiano llamado Bee's. Me recuerda al local de Portland: unas pocas mesas y reservados, con una decoración muy moderna y alegre, y una gran fotografía en blanco y negro de una celebración de principios de siglo a modo de mural.

Christian y yo nos sentamos en un reservado, y echamos un vistazo al menú mientras degustamos un Frascati suave y delicioso. Cuando levanto la vista de la carta, después de haber elegido lo que quiero, Christian me está mirando fijamente, pensativo.

—¿Qué pasa?

—Estás muy guapa, Anastasia. El aire libre te sienta bien.

Me ruborizo.

—Pues la verdad es que me arde la cara por el viento. Pero he pasado una tarde estupenda. Una tarde perfecta. Gracias.

En sus ojos brilla el cariño.

—Ha sido un placer —musita.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Estoy decidida a obtener información.

—Lo que quieras, Anastasia. Ya lo sabes.

Ladea la cabeza. Está encantador.

—No parece tener muchos amigos. ¿Por qué?

Encoge los hombros y frunce el ceño.

—Ya te lo he dicho, la verdad es que no tengo tiempo. Están mis socios empresariales... aunque eso es muy distinto a tener amigos, supongo. Tengo a mi familia y ya está. Aparte de Elena.

Ignoro que ha mencionado a esa bruja.

—¿Ningún amigo varón de tu misma edad para salir a desahogarte?

—Tú ya sabes cómo me gusta desahogarme, Anastasia. —Christian hace una leve mueca—. Y me he dedicado a trabajar, a levantar mi empresa. —Parece desconcertado—. No hago nada más; salvo navegar y volar de vez en cuando.

—¿Ni siquiera en la universidad?

—La verdad es que no.

—¿Solo Elena, entonces?

Asiente, con cautela.

—Debes de sentirte solo.

Sus labios esbozan una media sonrisa melancólica.

—¿Qué te apetece comer? —pregunta, volviendo a cambiar de tema.

—Me inclino por el risotto.

—Buena elección.

Christian avisa al camarero y da por terminada la conversación.

Después de pedir, me revuelvo incómoda en la silla y fijo la mirada en mis manos entrelazadas. Si tiene ganas de hablar, he de aprovecharlo.

Tengo que hablar con él de cuáles son sus expectativas, sus... necesidades.

—Anastasia, ¿qué pasa? Dime.

Levanto la vista hacia su rostro preocupado.

—Dime —repite con más contundencia, y su preocupación se convierte ¿en qué... miedo... ira?

Suspiro profundamente.

—Lo que más me inquieta es que no tengas bastante con esto. Ya sabes... para desahogarte.

Tensa la mandíbula y su mirada se endurece.

—¿He manifestado de algún modo que no tenga bastante con esto?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo piensas?

—Sé cómo eres. Lo que... eh... necesitas — balbuceo.

Cierra los ojos y se masajea la frente con sus largos dedos.

—¿Qué tengo que hacer? —dice en voz tan baja que resulta alarmante, como si estuviera enfadado, y se me encoge el corazón.

—No, me has malinterpretado: te has comportado maravillosamente, y sé que solo han pasado unos días, pero espero no estar obligándote a ser alguien que no eres.

—Sigo siendo yo, Anastasia... con todas las cincuenta sombras de mi locura. Sí, tengo que luchar contra el impulso de ser controlador... pero es mi naturaleza, la manera en que me enfrento a la vida. Sí, espero que te comportes de una determinada manera, y cuando no lo haces supone un desafío para mí, pero también es un soplo de aire fresco. Seguimos haciendo lo que me gusta hacer a mí. Dejaste que te golpeará ayer después de aquella espantosa puja. —Esboza una sonrisa placentera al recordarlo—. Yo disfruto castigándote. No creo que ese impulso desaparezca nunca... pero me esfuerzo, y no es tan duro como creía.

Me estremezco y enrojezco al recordar nuestro encuentro clandestino en el dormitorio de su infancia.

—Eso no me importó —musito con timidez.

—Lo sé. —Sus labios se curvan en una sonrisa reacia—. A mí tampoco. Pero te diré una cosa, Anastasia: todo esto es nuevo para mí, y estos últimos días han sido los mejores de mi vida. No quiero que cambie nada.

¡Oh!

—También han sido los mejores de mi vida, sin duda —murmuro, y se le ilumina la cara.

La diosa que llevo dentro asiente febril, dándome fuertes codazos. Vale, vale, ya lo sé...

—Entonces, ¿no quieres llevarme a tu cuarto de juegos?

Traga saliva y palidece, con el rostro totalmente serio.

—No, no quiero.

—¿Por qué no? —musito.

No es la respuesta que esperaba.

Y sí, ahí está... esa punzada de decepción. La diosa que llevo dentro hace un mohín y da patadas en el suelo con los brazos cruzados, como una cría enfurruñada.

—La última vez que estuvimos allí me abandonaste —dice en voz baja—. Pienso huir de cualquier cosa que pueda provocar que vuelvas a dejarme. Cuanto te fuiste me quedé destrozado. Ya te lo he contado. No quiero volver a sentirme así. Ya te he dicho lo que siento por ti.

Sus ojos grises, enormes e intensos, rezuman sinceridad.

—Pero no me parece justo. Para ti no puede ser bueno... estar constantemente preocupado por cómo me siento. Tú has hecho todos esos cambios por mí, y yo... creo que debería corresponderte de algún modo. No sé, quizá... intentar... algunos juegos haciendo distintos personajes —tartamudeo, con la cara del color de las paredes del cuarto de juegos.

¿Por qué es tan difícil hablar de esto? He practicado todo tipo de sexo pervertido con este hombre, cosas de las que ni siquiera había oído hablar hace unas semanas, cosas que nunca había creído posibles, y, sin embargo, lo más difícil de todo es hablar de esto con él.

—Ya me correspondes, Ana, más de lo que crees. Por favor, no te sientas así.

El Christian despreocupado ha desaparecido. Ahora tiene los ojos muy abiertos con expresión alarmada, y verlo así resulta desgarrador.

—Nena, solo ha pasado un fin de semana. Démonos tiempo. Cuando te marchaste, pensé mucho en nosotros. Necesitamos tiempo. Tú necesitas confiar en mí y yo en ti. Quizá más adelante podamos permitirnoslo, pero me gusta cómo eres ahora. Me gusta verte tan contenta, tan relajada y despreocupada, sabiendo que yo tengo algo que ver en ello. Yo nunca he... —Se calla y se pasa la mano por el pelo—. Para correr, primero tenemos que aprender a andar.

De repente sonrío.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Flynn. Dice eso constantemente. Nunca creí que le citarías.

—Un flynnismo.

Christian se ríe.

—Exacto.

Llega el camarero con los entrantes y la brocheta, y en cuanto cambiamos de conversación Christian se relaja.

Cuando nos colocan delante nuestros pantagruélicos platos, no puedo evitar pensar en cómo he visto a Christian hoy: relajado, feliz y despreocupado. Como mínimo ahora se ríe, vuelve a estar a gusto.

Cuando empieza a interrogarme sobre los lugares donde he estado, suspiro de alivio en mi fuero interno. El tema se acaba enseguida, ya que no he estado en ningún sitio fuera del Estados Unidos continental. En cambio, él ha viajado por todo el mundo, e iniciamos una charla más alegre y sencilla sobre todos los lugares que él ha visitado.

Después de la sabrosa y contundente cena, Christian conduce de vuelta al Escala. Por los altavoces se oye la voz dulce y melodiosa de Eva Cassidy, y eso me proporciona un apacible interludio para pensar. He tenido un día asombroso; la doctora Greene; nuestra ducha; la admisión de Christian; hacer el amor en el hotel y en el barco; comprar el coche. Incluso el propio Christian se ha mostrado tan distinto... Es como si se hubiera desprendido de algo, o hubiera redescubierto algo... no sé.

¿Quién habría imaginado que pudiera ser tan dulce? ¿Lo sabría él?

Cuando le miro, él también parece absorto en sus pensamientos. Y caigo en la cuenta de que él no ha tenido en realidad una adolescencia... una normal, al menos.

Mi mente vaga errática hasta la fiesta de la noche anterior y mi baile con el doctor Flynn, y el miedo de Christian a que este me lo hubiera contado todo sobre él. Christian sigue ocultándome algo. ¿Cómo podemos avanzar en nuestra relación si él se siente de ese modo?

Cree que podría dejarle si le conociera. Cree que podría dejarle si fuera tal como es. Oh, este hombre es muy complicado.

A medida que nos acercamos a su casa, empieza a irradiar una tensión que se hace palpable. Desde el coche examina las aceras y los callejones laterales, sus ojos escudriñan todos los rincones, y sé que está buscando a Leila. Yo empiezo también a mirar. Todas las chicas morenas son sospechosas, pero no la vemos.

Cuando entramos en el garaje, su boca se ha convertido en una línea tensa y adusta. Me pregunto por

qué hemos vuelto aquí si va a estar tan nervioso y cauto. Sawyer está en el garaje, vigilando, y se acerca a abrirme la puerta en cuanto Christian aparca al lado del SUV. El Audi destrozado ya no está.

—Hola, Sawyer —le saludo.

—Señorita Steele. —Asiente—. Señor Grey.

—¿Ni rastro? —pregunta Christian.

—No, señor.

Christian asiente, me coge la mano y vamos hacia el ascensor. Sé que su cerebro no para de trabajar; está totalmente abstraído. En cuanto entramos se vuelve hacia mí.

—No tienes permiso para salir de aquí sola bajo ningún concepto. ¿Entendido? —me espeta.

—De acuerdo.

Vaya... tranquilo. Sin embargo, su actitud me hace sonreír. Tengo ganas de abrazarme a mí misma: este hombre, tan dominante y brusco conmigo... Me asombra que hace solo una semana me pareciera tan amenazador cuando me hablaba de ese modo. Pero ahora le comprendo mucho mejor. Ese es su mecanismo para afrontar las situaciones. Está muy preocupado por lo de Leila, me quiere y quiere protegerme.

—¿Qué te hace tanta gracia? —murmura con un deje de ironía en la voz.

—Tú.

—¿Yo, señorita Steele? ¿Por qué le hago gracia? —dice con un mohín.

Los mohines de Christian son tan... sensuales.

—No pongas morritos.

—¿Por qué? —pregunta, cada vez más divertido.

—Porque provoca el mismo efecto en mí que el que tiene en ti que yo haga esto.

Y me muerdo el labio inferior.

Él arquea las cejas, sorprendido y complacido al mismo tiempo.

—¿En serio?

Vuelve a hacer un mohín y se inclina para darme un beso fugaz y casto.

Yo alzo los labios para unirlos a los suyos, y durante la milésima de segundo en que se rozan nuestras bocas, la naturaleza de su beso cambia, y un fuego arrasador originado en ese íntimo punto de contacto se expande por mis venas y me impulsa hacia él.

De pronto mis dedos se enredan en sus cabellos y él me empuja contra la pared del ascensor, sujeta mi cara entre sus manos y nuestras lenguas se entrelazan. Y no sé si los confines del ascensor hacen que todo sea más real, pero noto su necesidad, su ansiedad, su pasión.

Dios... Le deseo, aquí, ahora.

El ascensor se detiene con un sonido metálico, las puertas se abren y Christian aparta ligeramente su cara de la mía, sus caderas aún inmovilizándome contra la pared y su erección presionando contra mi cuerpo.

—Vaya —murmura sin aliento.

—Vaya —repito, e inspiro una bocanada de aire para llenar mis pulmones.

Me mira con ojos ardientes.

—Qué efecto tienes en mí, Ana.

Y con el pulgar resigue mi labio inferior.

Por el rabillo del ojo veo a Taylor, que da un paso atrás y queda fuera de mi vista. Me alzo para besar a Christian en la comisura de esos labios maravillosamente perfilados.

—El que tú tienes en mí, Christian.

Se aparta y me da la mano. Ahora tiene los ojos más oscuros, entornados.

—Ven —ordena.

Taylor sigue en la entrada, esperándonos con discreción.

—Buenas noches, Taylor —dice Christian en tono cordial.

—Señor Grey, señorita Steele.

—Ayer fui la señora Taylor —le digo sonriendo, y él se pone rojo.

—También suena bien, señorita Steele —dice Taylor con total naturalidad.

—Yo pienso lo mismo.

Christian me coge la mano con más fuerza, y pone mala cara.

—Si ya habéis terminado los dos, me gustaría un informe rápido.

Mira fijamente a Taylor, que ahora parece incómodo, y a mí se me encogen las entrañas. He sobrepasado el límite.

—Lo siento —le digo en silencio a Taylor, que se encoge de hombros y me sonrío con amabilidad antes de darme la vuelta para seguir a Christian.

—Ahora vuelvo contigo. Antes tengo que decirle una cosa a la señorita Steele —le dice Christian a Taylor, y sé que tengo problemas.

Christian me lleva a su dormitorio y cierra la puerta.

—No coquetees con el personal, Anastasia —me reprende.

Abro la boca para defenderme, luego la cierro y vuelvo a abrirla otra vez.

—No coqueteaba. Era amigable... hay una diferencia.

—No seas amigable con el personal ni coquetees con ellos. No me gusta.

Oh. Adiós al Christian despreocupado.

—Lo siento —musito y me miro las manos.

No me había hecho sentir como una niña pequeña en todo el día. Me coge la barbilla y me levanta la cabeza para que le mire a los ojos.

—Ya sabes lo celoso que soy —murmura.

—No tienes motivos para ser celoso, Christian. Soy tuya en cuerpo y alma.

Pestañea varias veces como si le costara procesar ese hecho. Se inclina y me besa fugazmente, pero sin la pasión que sentíamos hace un momento en el ascensor.

—No tardaré. Ponte cómoda —dice de mal humor, da media vuelta y me deja ahí plantada en el dormitorio, aturdida y confusa.

¿Por qué demonios podría tener celos de Taylor? Niego con la cabeza, sin poder dar crédito.

Miro el despertador y observo que acaban de dar las ocho. Decido preparar la ropa que llevaré mañana al trabajo. Subo a mi habitación y abro el vestidor. Está vacío. Todos los vestidos han desaparecido. ¡Oh, no!

Christian me ha tomado la palabra y se ha deshecho de toda la ropa. Maldita sea...

Mi subconsciente me fulmina con la mirada. Bien, te lo mereces, por bocazas.

¿Por qué me ha tomado la palabra? Las advertencias de mi madre vuelven a resonar en mi cabeza: «Los hombres son muy cuadrículados, cielo, se lo toman todo al pie de la letra». Observo el espacio vacío con desolación. Había prendas muy bonitas, como el vestido plateado que llevé al baile.

Paseo desconsolada por la habitación. Un momento... ¿qué está pasando aquí? También ha desaparecido el iPad. ¿Y dónde está mi Mac? Oh, no. Lo primero que pienso, de forma poco compasiva, es que quizá los haya robado Leila.

Bajo las escaleras corriendo y vuelvo al cuarto de Christian. Sobre la mesita están mi Mac, mi iPad y mi mochila. Está todo aquí.

Abro la puerta del vestidor. Toda mi ropa está aquí también, compartiendo espacio con la de Christian. ¿Cuándo ha ocurrido todo esto? ¿Por qué nunca me avisa cuando hace estas cosas?

Me doy la vuelta y él está de pie en el umbral.

—Ah, ya lo han traído todo —comenta con aire distraído.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Tiene el semblante sombrío.

—Taylor cree que Leila entró por la escalera de emergencia. Debía de tener una llave. Ya han cambiado todas las cerraduras. El equipo de Taylor ha registrado todas las estancias del apartamento. No está aquí. — Hace una pausa y se pasa una mano por el pelo—. Ojalá

hubiera sabido dónde estaba. Está esquivando todos nuestros intentos de encontrarla, y necesita ayuda.

Frunce el ceño, y mi anterior enfado desaparece. Le abrazo. Él me envuelve con su cuerpo y me besa la cabeza.

—¿Qué harás cuando la encuentres? —pregunto.

—El doctor Flynn tiene una plaza para ella.

—¿Y qué pasa con su marido?

—No quiere saber nada de ella —contesta Christian con amargura—. Su familia vive en Connecticut. Creo que ahora anda por ahí sola.

—Qué triste...

—¿Te parece bien que haya hecho que traigan tus cosas aquí? Quería compartir la habitación contigo —murmura.

Vaya, otro rápido cambio de tema.

—Sí.

—Quiero que duermas conmigo. Cuando estás conmigo no tengo pesadillas.

—¿Tienes pesadillas?

—Sí.

Le abrazo más fuerte. Por Dios... Más cargas del pasado. Se me encoge el corazón por este hombre.

—Iba a prepararme la ropa para ir a trabajar mañana —aclaro.

—¡A trabajar! —exclama Christian como si hubiera dicho una palabrota, me suelta y me fulmina con la mirada.

—Sí, a trabajar —replico, desconcertada ante su reacción.

Se me queda mirando sin dar crédito.

—Pero Leila aún anda suelta por ahí. —Hace una breve pausa—. No quiero que vayas a trabajar.

¿Qué?

—Eso es una tontería, Christian. He de ir a trabajar.

—No, no tienes por qué.

—Tengo un trabajo nuevo, que me gusta. Claro que he de ir a trabajar.

¿A qué se refiere?

—No, no tienes por qué —repite con énfasis.

—¿Te crees que me voy a quedar aquí sin hacer nada mientras tú andas por ahí salvando al mundo?

—La verdad... sí.

Oh, Cincuenta, Cincuenta, Cincuenta... dame fuerzas.

—Christian, yo necesito trabajar.

—No, no lo necesitas.

—Sí... lo... necesito. —le repito despacio, como si fuera un crío.

—Es peligroso —dice torciendo el gesto.

—Christian... yo necesito trabajar para ganarme la vida, y además no me pasará nada.

—No, tú no necesitas trabajar para ganarte la vida... ¿y cómo puedes estar tan segura de que no te pasará nada?

Está prácticamente gritando.

¿Qué quiere decir? ¿Acaso piensa mantenerme? Oh, esto es totalmente ridículo. ¿Cuánto hace que le conozco... cinco semanas?

Ahora está muy enfadado. Sus tormentosos ojos centellean, pero no me importa en absoluto.

—Por Dios santo, Christian, Leila estaba a los pies de tu cama y no me hizo ningún daño. Y sí, yo necesito trabajar. No quiero deberte nada. Tengo que pagar el préstamo de la universidad.

Aprieta los labios y yo pongo los brazos en jarras. No pienso ceder en esto. ¿Quién se cree que es?

—No quiero que vayas a trabajar.

—No depende de ti, Christian. La decisión no es tuya.

Se pasa la mano por el pelo mientras sus ojos me fulminan. Pasamos segundos, minutos, sin dejar de retornos con la mirada.

—Sawyer te acompañará.

—Christian, no es necesario. No tiene ninguna lógica.

—¿Lógica? —gruñe—. O te acompaña, o verás lo ilógico que puedo ser para retenerte aquí.

¿No sería capaz? ¿O sí?

—¿Qué harías exactamente?

—Ah, ya se me ocurriría algo, Anastasia. No me provoques.

—¡De acuerdo! —acepto, levantando las dos manos para apaciguarle.

Maldita sea... Cincuenta ha vuelto para vengarse.

Permanecemos ahí de pie, fulminándonos con la mirada.

—Muy bien: Sawyer puede venir conmigo, si así te quedas más tranquilo —cedo finalmente, y pongo los ojos en blanco.

Christian entorna los suyos y avanza hacia mí, amenazante. Inmediatamente, doy un paso atrás. Él se detiene y suspira profundamente, cierra los ojos y se

mesa el cabello con las dos manos. Oh, no. Cincuenta sigue en plena forma.

—¿Quieres que te enseñe el resto del apartamento?

¿Enseñarme el...? ¿Es una broma?

—Vale —musito cautelosa.

Nuevo cambio de rumbo: el señor Voluble ha vuelto. Me tiende la mano y, cuando la acepto, aprieta la mía con suavidad.

—No quería asustarte.

—No me has asustado. Solo estaba a punto de salir corriendo —bromeo.

—¿Salir corriendo? —dice Christian, abriendo mucho los ojos.

—¡Es una broma!

Por Dios...

Salimos del vestidor y aprovecho el momento para calmarme, pero la adrenalina sigue circulando a raudales por mi cuerpo. Una pelea con Cincuenta no es algo que pueda tomarse a la ligera.

Me da una vuelta por todo el apartamento, enseñándome las distintas habitaciones. Aparte del cuarto de juegos y tres dormitorios más en el piso de arriba, descubro con sorpresa que Taylor y la señora Jones disponen de un ala para ellos solos: una cocina, un espacioso salón y un cuarto para cada uno. La señora Jones todavía no ha vuelto de visitar a su hermana, que vive en Portland.

En la planta baja me llama la atención un cuarto situado enfrente de su estudio: una sala con una inmensa pantalla de televisión de plasma y varias videoconsolas. Resulta muy acogedora.

—¿Así que tienes una Xbox? —bromeo.

—Sí, pero soy malísimo. Elliot siempre me gana. Tuvo gracia cuando creíste que mi cuarto de juegos era algo como esto.

Me sonrío divertido, su arrebató ya olvidado. Gracias a Dios que ha recobrado el buen humor.

—Me alegra que me considere graciosa, señor Grey —contesto con altanería.

—Pues lo es usted, señorita Steele... cuando no se muestra exasperante, claro.

—Suelo mostrarme exasperante cuando usted es irracional.

—¿Yo? ¿Irracional?

—Sí, señor Grey, irracional podría ser perfectamente su segundo nombre.

—Yo no tengo segundo nombre.

—Pues irracional le quedaría muy bien.

—Creo que eso es opinable, señorita Steele.

—Me interesaría conocer la opinión profesional del doctor Flynn.

Christian sonrío.

—Yo creía que Trevelyan era tu segundo nombre.

—No, es un apellido.

—Pues no lo usas.

—Es demasiado largo. Ven —ordena.

Salgo de la sala de la televisión detrás de él, cruzamos el gran salón hasta el pasillo principal, pasamos por un cuarto de servicio y una bodega impresionante, y llegamos al despacho de Taylor, muy amplio y bien equipado. Taylor se pone de pie cuando entramos. Hay espacio suficiente para albergar una mesa de reuniones para seis. Sobre un gran escritorio hay una

serie de monitores. No tenía ni idea de que el apartamento tuviera circuito cerrado de televisión. Por lo visto controla la terraza, la escalera, el ascensor de servicio y el vestíbulo.

—Hola, Taylor. Le estoy enseñando el apartamento a Anastasia.

Taylor asiente pero no sonríe. Me pregunto si le habrán amonestado también. ¿Y por qué sigue trabajando todavía? Cuando le sonrío, asiente educadamente. Christian me coge otra vez de la mano y me lleva a la biblioteca.

—Y, por supuesto, aquí ya has estado.

Christian abre la puerta. Señalo con la cabeza el tapete verde de la mesa de billar.

—¿Jugamos? —pregunto.

Christian sonríe, sorprendido.

—Vale. ¿Has jugado alguna vez?

—Un par de veces —miento, y él entorna los ojos y ladea la cabeza.

—Eres una mentirosa sin remedio, Anastasia. Ni has jugado nunca ni...

—¿Te da miedo competir? —pregunto, pasándome la lengua por los labios.

—¿Miedo de una cría como tú? —se burla Christian con buen humor.

—Una apuesta, señor Grey.

—¿Tan segura está, señorita Steele? —Sonríe divertido e incrédulo al mismo tiempo—. ¿Qué le gustaría apostar?

—Si gano yo, vuelves a llevarme al cuarto de juegos.

Se me queda mirando, como si no acabara de entender lo que he dicho.

—¿Y si gano yo? —pregunta, una vez recuperado de su estupefacción.

—Entonces, escoges tú.

Tuerce el gesto mientras medita la respuesta.

—Vale, de acuerdo. ¿A qué quieres jugar: billar americano, inglés o a tres bandas?

—Americano, por favor. Los otros no los conozco.

De un armario situado bajo una de las estanterías, Christian saca un estuche de piel alargado. En el interior forrado en terciopelo están las bolas de billar. Con rapidez y eficiencia, coloca las bolas sobre el tapete. Creo que nunca he jugado en una mesa tan grande. Christian me da un taco y un poco de tiza.

—¿Quieres sacar?

Finge cortesía. Está disfrutando: cree que va a ganar.

—Vale.

Froto la punta del taco con la tiza, y soplo para eliminar la sobrante. Miro a Christian a través de las pestañas y su semblante se ensombrece.

Me coloco en línea con la bola blanca y, con un toque rápido y limpio, impacto en el centro del triángulo con tanta fuerza que una bola listada sale rodando y cae en la tornera superior derecha. El resto de las bolas han quedado diseminadas.

—Escojo las listadas —digo con ingenuidad y sonrío a Christian con timidez.

Él asiente divertido.

—Adelante —dice educadamente.

Consigo que entren en las troneras otras tres bolas en rápida sucesión. Estoy dando saltos de alegría por dentro. En este momento siento una gratitud enorme hacia José por haberme enseñado a jugar a billar, y a jugar tan bien. Christian observa impasible, sin expresar nada, pero parece que ya no se divierte tanto. Fallo la bola listada verde por un pelo.

—¿Sabes, Anastasia?, podría estar todo el día viendo cómo te inclinas y te estiras sobre esta mesa de billar —dice con pícaro galantería.

Me ruborizo. Gracias a Dios que llevo vaqueros. Él sonrío satisfecho. Intenta despistarme del juego, el muy cabrón. Se quita el jersey beis, lo tira sobre el respaldo de una silla, me mira sonriente y se dispone a hacer la primera tirada.

Se inclina sobre la mesa. Se me seca la boca. Oh, ahora sé a qué ese refería. Christian, con vaqueros ajustados y una camiseta blanca, inclinándose así... es algo digno de ver. Casi pierdo el hilo de mis pensamientos. Mete cuatro bolas rápidamente, y luego falla al intentar introducir la blanca.

—Un error de principiante, señor Grey —me burlo.

Sonríe con suficiencia.

—Ah, señorita Steele, yo no soy más que un pobre mortal. Su turno, creo —dice, señalando la mesa.

—No estarás intentando perder a propósito, ¿verdad?

—No, no, Anastasia. Con el premio que tengo pensado, quiero ganar. —Se encoge de hombros con aire despreocupado—. Pero también es verdad que siempre quiero ganar.

Le miro desfiante con los ojos entornados. Muy bien, entonces... Me alegro de llevar la blusa azul, que es bastante escotada. Me paseo alrededor de la mesa, agachándome a la menor oportunidad y dejando que Christian le eche un vistazo a mi escote. A este juego pueden jugar dos. Le miro.

—Sé lo que estás haciendo —murmura con ojos sombríos.

Ladeo la cabeza con coquetería, acaricio el taco y deslizo la mano arriba y abajo muy despacio.

—Oh, estoy decidiendo cuál será mi siguiente tirada —señalo con aire distraído.

Me inclino sobre la mesa y golpeo la bola naranja para dejarla en una posición mejor. Me planto directamente delante de Christian y cojo el resto de debajo de la mesa. Me coloco para la próxima tirada, recostada sobre el tapete. Oigo que Christian inspira con fuerza y, naturalmente, fallo el tiro. Maldición...

Él se coloca detrás de mí mientras todavía estoy inclinada sobre la mesa, y pone las manos en mis nalgas. Mmm...

—¿Está contoneando esto para provocarme, señorita Steele?

Y me da una palmada, fuerte.

Jadeo.

—Sí —contesto en un susurro, porque es verdad.

—Ten cuidado con lo que desees, nena.

Me masajeo el trasero mientras él se dirige hacia el otro extremo de la mesa, se inclina sobre el tapete y hace su tirada. Golpea la bola roja, y la mete en la tronera izquierda. Apunta a la amarilla, superior derecha, y falla por poco. Sonrío.

—Cuarto rojo, allá vamos —le provoco.

Él apenas arquea una ceja y me indica que continúe. Yo apunto a la bola verde y, por pura chiripa, consigo meter la última bola naranja.

—Escoge la tronera —murmura Christian, y es como si estuviera hablando de otra cosa, de algo oscuro y desagradable.

—Superior izquierda.

Apunto a la bola negra y le doy, pero fallo. Por mucho. Maldita sea.

Christian sonrío con malicia, se inclina sobre la mesa y, con un par de tiradas, se deshace de las dos lisas restantes. Casi estoy jadeando al ver su cuerpo ágil y flexible reclinándose sobre el tapete. Se levanta, pone tiza al taco y me clava sus ojos ardientes.

—Si gano yo...

¿Oh, sí?

—Voy a darte unos azotes y después te follaré sobre esta mesa.

Dios... Todos los músculos de mi vientre se contraen.

—Superior derecha —dice en voz baja, apunta a la bola negra y se inclina para tirar.

Con elegante soltura, Christian le da a la bola blanca y esta se desliza sobre la mesa, roza suavemente la negra y oh... muy despacio, la negra sale rodando, vacila en el borde y finalmente cae en la tronera superior derecha de la mesa de billar.

Maldición.

Él se yergue, y en su boca se dibuja una sonrisa de triunfo tipo «Te tengo a mi merced, Steele». Baja el taco y se acerca hacia mí pausadamente, con el cabello revuelto, sus vaqueros y su camiseta blanca. No tiene aspecto de presidente ejecutivo: parece un chico malo de un barrio peligroso. Madre mía, está terriblemente sexy.

—No tendrás mal perder, ¿verdad? —murmura sin apenas disimular la sonrisa.

—Depende de lo fuerte que me pegues —susurro, agarrándome al taco para apoyarme.

Me lo quita y lo deja a un lado, introduce los dedos en el escote de mi blusa y me atrae hacia él.

—Bien, enumeremos las faltas que has cometido, señorita Steele. —Y cuenta con sus dedos largos—. Uno, darme celos con mi propio personal. Dos, discutir conmigo sobre el trabajo. Y tres, contonear tu delicioso trasero delante de mí durante estos últimos veinte minutos.

En sus ojos grises brilla una tenue chispa de excitación. Se inclina y frota su nariz contra la mía.

—Quiero que te quites los pantalones y esta camisa tan provocativa. Ahora.

Me planta un beso leve como una pluma en los labios, se encamina sin ninguna prisa hacia la puerta y la cierra con llave.

Cuando se da la vuelta y me clava la mirada, sus ojos arden. Yo me quedo totalmente paralizada como un zombi, con el corazón desbocado, la sangre hirviendo, incapaz de mover un músculo. Y lo único que puedo pensar es: Esto es por él... repitiéndose en mi mente como un mantra una y otra vez.

—La ropa, Anastasia. Parece ser que aún la llevas puesta. Quítatela... o te la quitaré yo.

—Hazlo tú.

Por fin he recuperado la voz, y suena grave y febril. Christian sonrío encantado.

—Oh, señorita Steele. No es un trabajo muy agradable, pero creo que estaré a la altura.

—Por lo general está siempre a la altura, señor Grey.

Arqueo una ceja y él sonrío.

—Vaya, señorita Steele, ¿qué quiere decir?

Al acercarse a mí, se detiene en una mesita empotrada en una de las estanterías. Alarga la mano y coge una regla de plástico transparente de unos treinta centímetros. La sujeta por ambos extremos y la dobla, sin apartar los ojos de mí.

Oh, Dios... el arma que ha escogido. Se me seca la boca.

De pronto estoy acalorada y sofocada y húmeda en todas las partes esperadas. Únicamente Christian puede excitarme solo con mirarme y flexionar una regla.

Se la mete en el bolsillo trasero de sus vaqueros y camina tranquilamente hacia mí, sus oscuros ojos cargados de expectativas. Sin decir palabra, se arrodilla delante de mí y empieza a desatarme las Converse, con rapidez y eficacia, y me las quita junto con los calcetines. Yo me apoyo en el borde de la mesa de billar para no caerme. Al mirarle durante todo el proceso, me sobrecoge la profundidad del sentimiento que albergo por este hombre tan hermoso e imperfecto. Le amo.

Me agarra de las caderas, introduce los dedos por la cintura de mis vaqueros y desabrocha el botón y la cremallera. Me observa a través de sus largas pestañas, con una sonrisa extremadamente salaz, mientras me despoja poco a poco de los pantalones. Yo doy un paso a un lado y los dejo en el suelo, encantada de llevar estas braguitas blancas de encaje tan bonitas, y él me aferra por detrás de mis piernas y desliza la nariz por el vértice de mis muslos. Estoy a punto de derretirme.

—Me apetece ser brusco contigo, Ana. Tú tendrás que decirme que pare si me excedo —murmura.

Oh, Dios... Me besa... ahí abajo. Yo gimo suavemente.

—¿Palabra de seguridad? —susurro.

—No, palabra de seguridad, no. Solo dime que pare y pararé. ¿Entendido? —Vuelve a besarme, sus labios me acarician. Oh, es una sensación tan maravillosa... Se levanta, con la mirada intensa—. Contesta —ordena con voz de terciopelo.

—Sí, sí, entendido.

Su insistencia me confunde.

—Has estado enviándome mensajes y emitiendo señales contradictorias durante todo el día, Anastasia —

dice—. Me dijiste que te preocupaba que hubiera perdido nervio. No estoy seguro de qué querías decir con eso, y no sé hasta qué punto iba en serio, pero ahora lo averiguaremos. No quiero volver al cuarto de juegos todavía, así que ahora podemos probar esto. Pero si no te gusta, tienes que prometerme que me lo dirás.

Una ardorosa intensidad, fruto de su ansiedad, sustituye a su anterior arrogancia.

Oh, no, por favor, no estés ansioso, Christian.

—Te lo diré. Sin palabra de seguridad —repito para tranquilizarle.

—Somos amantes, Anastasia. Los amantes no necesitan palabras de seguridad. —Frunce el ceño—. ¿Verdad?

—Supongo que no —murmuro. Madre mía... ¿cómo voy a saberlo?—. Te lo prometo.

Busca en mi rostro alguna señal de que a mi convicción le falte coraje, y yo me siento nerviosa, pero excitada también. Me hace muy feliz hacer esto, ahora que sé que él me quiere. Para mí es muy sencillo, y ahora mismo no quiero pensarlo demasiado.

Poco a poco aparece una enorme sonrisa en su cara. Empieza a desabrocharme la camisa y sus diestros dedos terminan enseguida, pero no me la quita. Se inclina y coge el taco.

Oh, Dios ¿qué va a hacer con eso? Me estremezco de miedo.

—Juega muy bien, señorita Steele. Debo decir que estoy sorprendido. ¿Por qué no metes la bola negra?

Se me pasa el miedo y hago un pequeño mohín, preguntándome por qué tiene que sorprenderse este cabrón sexy y arrogante. La diosa que llevo dentro está

calentando en segundo plano, haciendo sus ejercicios en el suelo... con una sonrisa henchida de satisfacción.

Yo coloco la bola blanca. Christian da una vuelta alrededor de la mesa y se pone detrás de mí cuando me inclino para hacer mi tirada. Pone la mano sobre mi muslo derecho y sus dedos me recorren la pierna, arriba y abajo, hasta el culo y vuelven a bajar con una leve caricia.

—Si sigues haciendo eso, fallaré —musito con los ojos cerrados, deleitándome en la sensación de sus manos sobre mí.

—No me importa si fallas o no, nena. Solo quería verte así: medio vestida, recostada sobre mi mesa de billar. ¿Tienes idea de lo erótica que estás en este momento?

Enrojezco, y la diosa que llevo dentro sujeta una rosa entre los dientes y empieza a bailar un tango. Inspiro profundamente e intento no hacerle caso, y me coloco para tirar. Es imposible. Él me acaricia el trasero, una y otra vez.

—Superior izquierda —digo en voz baja, y le doy a la bola.

Él me pega un cachete, fuerte, directamente sobre las nalgas.

Es algo tan inesperado que chillo. La blanca golpea la negra, que rebota contra el almohadillado de la tronera y se sale. Christian vuelve a acariciarme el trasero.

—Oh, creo que has de volver a intentarlo —susurra—. Tienes que concentrarte, Anastasia.

Ahora jadeo, excitada por este juego. Él se dirige hacia el extremo de la mesa, vuelve a colocar la bola

negra, y luego hace rodar la blanca hacia mí. Tiene un aspecto tan carnal, con sus ojos oscuros y una sonrisa maliciosa... ¿Cómo voy a resistirme a este hombre? Cojo la bola y la alinee, dispuesta a tirar otra vez.

—Eh, eh —me advierte—. Espera.

Oh, le encanta prolongar la agonía. Vuelve otra vez y se pone detrás de mí. Y cierro los ojos cuando empieza a acariciarme el muslo izquierdo esta vez, y después el trasero nuevamente.

—Apunta —susurra.

No puedo evitar un gemido, el deseo me retuerce las entrañas. E intento, realmente intento, pensar en cómo darle a la bola negra con la blanca. Me inclino hacia la derecha, y él me sigue. Vuelvo a inclinarme sobre la mesa, y utilizando hasta el último vestigio de mi fuerza interior, que ha disminuido considerablemente desde que sé lo que pasará en cuanto golpee la bola blanca, apunto y tiro otra vez. Christian vuelve a azotarme otra vez, fuerte.

¡Ay! Vuelvo a fallar.

—¡Oh, no! —me lamento.

—Una vez más, nena. Y, si fallas esta vez, haré que recibas de verdad.

¿Qué? ¿Recibir qué?

Coloca otra vez la bola negra y se acerca de nuevo, tremendamente despacio, hasta donde estoy, se queda detrás de mí y vuelve a acariciarme el trasero.

—Vamos, tú puedes —me anima.

No... no cuando tú me distraes así. Echo las nalgas hacia atrás hasta encontrar su mano, y él me da un leve cachete.

—¿Impaciente, señorita Steele?

Sí. Te deseo.

—Bien, acabemos con esto.

Me baja con delicadeza las bragas por los muslos y me las quita. No veo lo que hace con ellas, pero me deja con la sensación de estar muy expuesta, y me planta un beso suave en cada nalga.

—Tira, nena.

Quiero gimotear, está muy claro que no lo conseguiré. Sé que voy a fallar. Alineo la blanca, le pego y, por culpa de la impaciencia, fallo el golpe a la negra de forma flagrante. Espero el azote... pero no llega. En lugar de eso, él se inclina directamente encima de mí, me recuesta sobre la mesa, me quita el taco de la mano y lo hace rodar hasta la banda. Le noto, duro, contra mi trasero.

—Has fallado —me dice bajito al oído. Tengo la mejilla contra el tapete—. Pon las manos planas sobre la mesa.

Hago lo que me dice.

—Bien. Ahora voy a pegarte, y así la próxima vez a lo mejor no fallas.

Se mueve y se coloca a mi izquierda, con su erección pegada a mi cadera.

Gimo y siento el corazón en la garganta. Empiezo a respirar entrecortadamente y un escalofrío ardiente e intenso corre por mis venas. Él me acaricia el culo y coloca la otra mano ahuecada sobre mi nuca, sus dedos agarrándome el cabello, mientras con el codo me presiona la espalda hacia abajo. Estoy completamente indefensa.

—Abre las piernas —murmura, y yo vacilo un momento.

Y él me pega fuerte... icon la regla! El ruido es más fuerte que el dolor, y me coge por sorpresa. Jadeo, y vuelve a pegarme.

—Las piernas —ordena.

Abro las piernas, jadeando. La regla me golpea de nuevo. Ay... escuece, pero el chasquido contra la piel suena peor de lo que es en realidad.

Cierro los ojos y absorbo el dolor. No es demasiado terrible, y la respiración de Christian se intensifica. Me pega una y otra vez, y gimo. No estoy segura de cuántos azotes más podré soportar... pero el oírle, saber lo excitado que está, alimenta mi propio deseo y mi voluntad de seguir. Estoy pasando al lado oscuro, a un lugar de mi psique que no conozco bien, pero que ya he visitado antes, en el cuarto de juegos... con la experiencia Tallis. La regla vuelve a golpearme, y gimo en voz alta. Y Christian responde con un gruñido. Me pega otra vez... y otra... y una más... más fuerte esta vez... y hago un gesto de dolor.

—Para.

La palabra sale de mi boca antes de darme cuenta de que la he dicho. Christian deja la regla inmediatamente y me suelta.

—¿Ya basta?

—Sí.

—Ahora quiero follarte —dice con voz tensa.

—Sí —murmuro, anhelante.

Él se desabrocha la cremallera, mientras yo gimo tumbada sobre la mesa, sabiendo que será brusco.

Me maravilla una vez más cómo he llevado —y sí, disfrutado— lo que ha hecho hasta este momento. Es muy turbio, pero es muy él.

Desliza dos dedos dentro de mí y los mueve en círculos. La sensación es exquisita. Cierro los ojos, deleitándome con la sensación. Oigo cómo rasga el envoltorio, y ya está detrás de mí, entre mis piernas, separándolas más.

Se hunde en mi interior lentamente. Sujeta con firmeza mis caderas, vuelve a salir de mí, y esta vez me penetra con fuerza haciéndome gritar. Se queda quieto un momento.

—¿Otra vez? —dice en voz baja.

—Sí... estoy bien. Déjate llevar... llévame contigo —murmuro sin aliento.

Con un quejido ronco, sale de nuevo y entra de golpe en mí, y lo repite una y otra vez lentamente, con un ritmo deliberado de castigo, brutal, celestial.

Oh... Mis entrañas empiezan a acelerarse. Él lo nota también, e incrementa el ritmo, empuja más, más deprisa, con mayor dureza... y sucumbo, y exploto en torno a él en un orgasmo devastador que me arrebató el alma y me deja exhausta y derrotada.

Apenas soy consciente de que Christian también se deja ir, gritando mi nombre, con los dedos clavados en mis caderas, y luego se queda quieto y se derrumba sobre mí. Nos deslizamos hasta el suelo, y me acuna en sus brazos.

—Gracias, cariño —musita, cubriendo mi cara ladeada de besos dulces y livianos.

Abro los ojos y los levanto hacia él, y me abraza con más fuerza.

—Tienes una rozadura en la mejilla por culpa del tapete —susurra, y me acaricia la cara con ternura—. ¿Qué te ha parecido?

Sus ojos están muy abiertos, cautelosos.

—Intenso, delicioso. Me gusta brutal, Christian, y también me gusta tierno. Me gusta que sea contigo.

Él cierra los ojos y me abraza aún más fuerte.

Madre mía. Estoy exhausta.

—Tú nunca fallas, Ana. Eres preciosa, inteligente, audaz, divertida, sexy, y agradezco todos los días a la divina providencia que fueras tú quien vino a entrevistarme y no Katherine Kavanagh. —Me besa el pelo. Yo sonrío y bostezo pegada a su pecho—. Pero ahora estás muy cansada —continúa—. Vamos. Un baño y a la cama.

Estamos en la bañera de Christian, uno frente al otro, cubiertos de espuma hasta la barbilla, envueltos en el dulce aroma del jazmín. Christian me masajea los pies, por turnos. Es tan agradable que debería ser ilegal.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro. Lo que sea, Ana, ya lo sabes.

Suspiro profundamente y me incorporo sentada con un leve estremecimiento.

—Mañana, cuando vaya a trabajar, ¿puede Sawyer limitarse a dejarme en la puerta de la oficina y pasar a recogerme al final del día? Por favor, Christian, por favor —le pido.

Sus manos se detienen y frunce el ceño.

—Creía que estábamos de acuerdo en eso —se queja.

—Por favor —suplico.

—¿Y a la hora de comer qué?

—Ya me prepararé algo aquí y así no tendré que salir, por favor.

Me besa el empeine.

—Me cuesta mucho decirte que no —murmura, como si creyera que es una debilidad por su parte—. ¿De verdad que no saldrás?

—No.

—De acuerdo.

Yo le sonrío, radiante.

—Gracias.

Me apoyo sobre las rodillas, haciendo que el agua se derrame por todas partes, y le beso.

—De nada, señorita Steele. ¿Cómo está tu trasero?

—Dolorido, pero no mucho. El agua me calma.

—Me alegro de que me dijeras que parara —dice, y me mira fijamente.

—Mi trasero también.

Sonríe.

Me tiendo en la cama, muy cansada. Solo son las diez y media, pero me siento como si fueran las tres de la madrugada. Este ha sido uno de los fines de semana más agotadores de mi vida.

—¿La señorita Acton no incluyó ningún camisón?
—pregunta Christian con un deje reprobatorio cuando me mira.

—No tengo ni idea. Me gusta llevar tus camisetas
—balbuceo, medio dormida.

Relaja el gesto, se inclina y me besa la frente.

—Tengo trabajo. Pero no quiero dejarte sola.
¿Puedo usar tu portátil para conectarme con el despacho? ¿Te molestaré si me quedo a trabajar aquí?

—No es mi portátil.

Y me duermo.

Suena la alarma, despertándome de golpe con la información del tráfico. Christian sigue durmiendo a mi lado. Me froto los ojos y echo un vistazo al reloj. Las seis y media... demasiado temprano.

Fuera llueve por primera vez desde hace siglos, y hay una luz amarillenta y tenue. Me siento muy a gusto y cómoda en este inmenso monolito moderno, con Christian a mi lado. Me desperezco y me giro hacia el delicioso hombre que está junto a mí. Él abre los ojos de golpe y parpadea, medio dormido.

—Buenos días.

Sonrío, le acaricio la cara y me inclino para besarle.

—Buenos días, nena. Normalmente me despierto antes de que suene el despertador —murmura, asombrado.

—Está puesto muy temprano.

—Así es, señorita Steele. —Christian sonrío de oreja a oreja—. Tengo que levantarme.

Me besa y sale de la cama. Yo vuelvo a dejarme caer sobre las almohadas. Vaya, despertarme un día laborable al lado de Christian Grey. ¿Cómo ha ocurrido esto? Cierro los ojos y me quedo adormilada.

—Venga, dormilona, levanta.

Christian se inclina sobre mí. Está afeitado, limpio, fresco... mmm, qué bien huele. Lleva una camisa blanca impoluta y traje negro, sin corbata: el señor presidente ha vuelto. Dios bendito, qué guapo está así también.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Ojalá volvieras a la cama.

Separa los labios, sorprendido por mi insinuación, y sonrío casi con timidez.

—Es usted insaciable, señorita Steele. Por seductora que resulte la idea, tengo una reunión a las ocho y media, así que tengo que irme enseguida.

Oh, me he quedado dormida, una hora más o menos. Maldita sea. Salto de la cama, ante la expresión divertida de Christian.

Me ducho y me visto a toda prisa, y me pongo la ropa que preparé anoche: una falda gris perla muy favorecedora, una blusa de seda gris claro y zapatos negros de tacón alto, todo ello parte de mi nuevo guardarropa. Me cepillo el pelo y me lo recojo con cuidado, y luego salgo de la enorme habitación, sin saber realmente qué me espera. ¿Cómo voy a ir al trabajo?

Christian está tomando café en la barra del desayuno. La señora Jones está en la cocina haciendo tortitas y friendo beicon.

—Estás muy guapa —murmura Christian.

Me pasa un brazo alrededor y me besa bajo la oreja. Por el rabillo del ojo, observo que la señora Jones sonrío. Me ruborizo.

—Buenos días, señorita Steele —dice ella, y me pone las tortitas y el beicon delante.

—Oh, gracias. Buenos días —balbuceo.

Madre mía, no me costaría nada acostumbrarme a esto.

—El señor Grey dice que le gustaría llevarse el almuerzo al trabajo. ¿Qué le apetecería comer?

Miro de reojo a Christian, que hace esfuerzos por no sonreír. Entorno los ojos.

—Un sándwich... ensalada. La verdad, no me importa —digo esbozando una amplia sonrisa a la señora Jones.

—Ya improvisaré una bolsa con el almuerzo para usted, señora.

—Por favor, señora Jones, llámeme Ana.

—Ana.

Sonríe y se da la vuelta para prepararme un té.

Vaya... esto es una gozada.

Me doy la vuelta y ladeo la cabeza mirando a Christian, desafiándole: venga, acúsame de coquetear con la señora Jones.

—Tengo que irme, cariño. Taylor vendrá a recogerte y te dejará en el trabajo con Sawyer.

—Solo hasta la puerta.

—Sí. Solo hasta la puerta. —Christian pone los ojos en blanco—. Pero ve con cuidado.

Yo echo un vistazo alrededor y atisbo a Taylor en la puerta de entrada. Christian se pone de pie, me coge la barbilla y me besa.

—Hasta luego, nena.

—Que tengas un buen día en la oficina, cariño —digo a sus espaldas.

Él se vuelve, me deslumbra con su maravillosa sonrisa, y luego se va. La señora Jones me ofrece una taza de té, y de golpe me siento incómoda por estar aquí las dos solas.

—¿Cuánto hace que trabaja para Christian? —pregunto, pensando que debo darle conversación.

—Unos cuatro años —contesta amablemente, y empieza a prepararme la bolsa del almuerzo.

—¿Sabe?, puedo hacerlo yo... —musito, avergonzada de que tenga que hacer esto para mí.

—Usted cómase el desayuno, Ana. Este es mi trabajo, y me gusta. Es agradable ocuparse de alguien aparte del señor Taylor y el señor Grey.

Y me dedica una mirada llena de dulzura.

Mis mejillas enrojecen de placer, y siento ganas de acribillar a preguntas a esta mujer. Debe de saber tanto sobre Cincuenta... Sin embargo, a pesar de su actitud amable y cordial, también es muy profesional. Sé que si empiezo a interrogarla, solo conseguiré incomodarnos a las dos, de manera que termino de desayunar en un comfortable silencio, interrumpido únicamente por sus preguntas sobre mis preferencias gastronómicas.

Veinticinco minutos después, Sawyer aparece en la entrada del salón. Me he cepillado los dientes y estoy lista para irme. Cojo mi bolsa de papel marrón con el almuerzo; ni siquiera recuerdo que mi madre hiciera esto por mí. Sawyer y yo bajamos en ascensor hasta la planta baja. Él también se muestra muy taciturno, inexpresivo. Taylor espera sentado al volante del Audi, y yo subo al asiento de atrás en cuanto Sawyer me abre la puerta.

—Buenos días, Taylor —digo, animosa.

—Señorita Steele.

Sonríe.

—Taylor, lamento lo de ayer y mis comentarios inapropiados. Espero no haberte causado problemas.

Taylor me mira con semblante perplejo por el espejo retrovisor, mientras se incorpora al tráfico de Seattle.

—Señorita Steele, yo no suelo tener problemas — dice para tranquilizarme.

Ah, bien. Quizá Christian no le reprendió. Solo fue a mí, entonces, pienso con amargura.

—Me alegra saberlo, Taylor.

Jack me mira, examinando mi aspecto, mientras me dirijo hacia mi escritorio.

—Buenos días, Ana. ¿El fin de semana, bien?

—Sí, gracias. ¿Y el tuyo?

—Ha estado bien. Toma asiento... tengo trabajo para ti.

Me siento frente al ordenador. Parece que lleve años sin acudir al trabajo. Lo conecto y abro el correo electrónico... y, naturalmente, hay un e-mail de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 13 de junio de 2011 08:24

Para: Anastasia Steele

Asunto: Jefe

Buenos días, señorita Steele.

Solo quería darle las gracias por un fin de semana maravilloso, a pesar de todo el drama.

Espero que no se marche, nunca.

Y solo recordarle que las novedades sobre SIP no pueden comunicarse hasta dentro de cuatro semanas.

Borre este e-mail en cuanto lo haya leído.

Tuyo

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.,
jefe del jefe de tu jefe

¿Espera que no me marche nunca? ¿Quiere que me vaya a vivir con él? Dios santo... Si apenas le conozco. Aprieto la tecla de borrar.

De: Anastasia Steele
Fecha: 13 de junio de 2011 09:03
Para: Christian Grey
Asunto: Mandón

Querido señor Grey:

¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo? Y, por supuesto, recordaré que la evidencia de tus épicas capacidades de acoso debe permanecer en secreto durante cuatro semanas. ¿Extiendo un cheque a nombre de Afrontarlo Juntos y se lo mando a tu padre? Por favor, no borres este e-mail.

Por favor, contéstalo.

TQ xxx

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

—iAna!

El grito de Jack me hace dar un salto.

—Sí.

Me sonrojo y él me mira con el ceño fruncido.

—¿Todo bien?

—Claro.

Me levanto con cierta dificultad y voy a su despacho con la libreta de notas.

—Bien. Como seguramente recuerdas, el jueves voy a ese Simposio sobre Ficción en Nueva York. Tengo los billetes y la reserva, pero me gustaría que vinieras conmigo.

—¿A Nueva York?

—Sí. Tendríamos que irnos el miércoles y pasar allí la noche. Creo que será una experiencia muy instructiva para ti. —Sus ojos se oscurecen cuando dice esto, pero sonrío educadamente—. ¿Podrías ocuparte de organizar todo lo necesario para el viaje? ¿Y de reservar una habitación adicional en el hotel donde me alojaré? Creo que Sabrina, mi anterior ayudante, dejó la información necesaria por ahí.

—De acuerdo —digo, esbozando una débil sonrisa.

Maldición. Vuelvo a mi mesa. Esto no le sentará bien a Cincuenta... pero lo cierto es que quiero ir. Parece una auténtica oportunidad, y estoy segura de que puedo mantener a Jack a raya si tiene intenciones ocultas. En mi ordenador está la respuesta de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 13 de junio de 2011 09:07

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Mandón, yo?

Sí. Por favor.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Vaya... quiere que me vaya a vivir con él. Oh, Christian... es demasiado pronto. Me cojo la cabeza entre las manos e intento recuperar la cordura. Es lo que necesito después de mi extraordinario fin de semana. No he tenido un momento para pensar y tratar de entender todo lo que he experimentado y descubierto estos dos últimos días.

De: Anastasia Steele

Fecha: 13 de junio de 2011 09:20

Para: Christian Grey

Asunto: Flynnismos

Christian:

¿Qué pasó con eso de andar antes de correr?

¿Podemos hablarlo esta noche, por favor?

Me han pedido que vaya a un congreso en Nueva York el jueves.

Supone pasar allí la noche del miércoles.

Pensé que debías saberlo.

A x

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 13 de junio de 2011 09:21

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿QUÉ?

Sí. Hablemos esta noche.

¿Irás sola?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 13 de junio de 2011 09:30

Para: Christian Grey

Asunto: ¡Nada de Mayúsculas Chillonas ni Gritos un Lunes por la Mañana!

¿Podemos hablar de eso esta noche?

A x

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 13 de junio de 2011 09:35

Para: Anastasia Steele

Asunto: No Sabes lo que son Gritos Todavía

Dime.

Si vas con ese canalla con el que trabajas, entonces la respuesta es no, por encima de mi cadáver.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Se me encoge el corazón. Maldita sea... ni que fuera mi padre.

De: Anastasia Steele

Fecha: 13 de junio de 2011 09:46

Para: Christian Grey

Asunto: No, TÚ no sabes lo que son gritos todavía

Sí. Voy con Jack.

Yo quiero ir. Lo considero una oportunidad emocionante.

Y nunca he estado en Nueva York.

No hagas una montaña de un grano de arena.

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

Fecha: 13 de junio de 2011 09:50

Para: Anastasia Steele

De: Christian Grey

Asunto: No, TÚ no sabes lo que son gritos todavía

Anastasia:

No estoy haciendo una montaña de un jodido grano de arena.

La respuesta es NO.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

—¡No! —le grito a mi ordenador, haciendo que toda la oficina se paralice y se me quede mirando.

Jack saca la cabeza de su despacho.

—¿Todo bien, Ana?

—Sí. Perdón —musito—. Yo... esto... acabo de perder un documento.

Las mejillas me arden por la vergüenza. Él me sonríe, pero con expresión desconcertada. Respiro profundamente un par de veces y tecleo rápidamente una respuesta. Estoy muy enfadada.

De: Anastasia Steele

Fecha: 13 de junio de 2011 09:55

Para: Christian Grey

Asunto: Cincuenta Sombras

Christian:

Tienes que controlarte.

NO voy a acostarme con Jack: ni por todo el té de China.

Te QUIERO. Eso es lo que pasa cuando dos personas se quieren.

CONFÍAN la una en la otra.

Yo no pienso que tú vayas a ACOSTARTE, AZOTAR, FOLLAR, o DAR LATIGAZOS a nadie más. Yo tengo FE y CONFIANZA en ti.

Por favor, ten la AMABILIDAD de hacer lo mismo conmigo.

Ana

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

Permanezco sentada esperando su respuesta. No recibo nada. Llamo a la compañía aérea y reservo mi billete, asegurándome de ir en el mismo vuelo que Jack. Oigo el aviso de un nuevo correo.

De: Lincoln, Elena

Fecha: 13 de junio de 2011 10:15

Para: Anastasia Steele

Asunto: Cita para almorzar

Querida Anastasia:

Me gustaría mucho quedar para comer contigo. Creo que empezamos con mal pie, y me gustaría arreglarlo. ¿Estás libre algún día de esta semana?

Elena Lincoln

Oh, no... ¡la señora Robinson, no! ¿Cómo demonios ha conseguido mi dirección de correo electrónico? Me cojo la cabeza entre las manos. ¿Qué más puede pasar hoy?

Suena mi teléfono, levanto cansinamente la cabeza y contesto mirando el reloj. Solo son las diez y veinte, y ya desearía no haber salido de la cama de Christian.

—Despacho de Jack Hyde, soy Ana Steele.

Una voz dolorosamente familiar me increpa:

—¿Podrías, por favor, borrar el último e-mail que me has enviado e intentar ser un poco más prudente con el lenguaje que utilizas en los correos de trabajo? Ya te lo dije, el sistema está monitorizado. Yo haré todo lo posible para minimizar los daños desde aquí.

Y cuelga.

Santo Dios... Me quedo mirando el teléfono. Christian me ha colgado. Este hombre está pisoteando mi incipiente carrera profesional... ¿y va y me cuelga? Fulmino el auricular con la mirada, y si no estuviera completamente paralizada, sé que mi mirada terrorífica lo pulverizaría.

Accedo a mis correos electrónicos, y borro el último que le he enviado. No es tan grave. Solo mencionaba los azotes y, bueno, los latigazos. Vaya, si le avergüenza tanto no debería hacerlo, maldita sea. Cojo la BlackBerry y le llamo al móvil.

—¿Qué? —gruñe.

—Me voy a Nueva York tanto si te gusta como si no —le digo entre dientes.

—Ni se te ocurra...

Cuelgo, dejándole a mitad de la frase. Siento una descarga de adrenalina por todo el cuerpo. Ya está... para que se entere. Estoy muy enfadada.

Respiro profundamente, intentando recuperar la compostura. Cierro los ojos, e imagino que estoy en mi lugar soñado. Mmm... el camarote de un barco, con Christian. Rechazo la imagen porque ahora mismo estoy tan enfadada con él que no puede estar presente en mi lugar soñado.

Abro los ojos, cojo tranquilamente mi libreta de notas y repaso con cuidado mi lista de cosas por hacer. Inspiro larga y profundamente: he recobrado el equilibrio.

—¡Ana! —grita Jack, y me sobresalto—. ¡No reserves ese vuelo!

—Oh, ya es demasiado tarde. Ya lo he hecho —contesto.

Él sale de su despacho y se me acerca con paso enérgico. Parece disgustado.

—Mira, ha pasado una cosa. Por la razón que sea, de repente todos los gastos de viajes y hoteles han de tener la aprobación de la dirección. La orden viene de muy arriba. Voy a subir a ver a Roach. Al parecer, acaba de implementarse una moratoria de todos los gastos. No lo entiendo.

Jack se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos.

La sangre prácticamente deja de circular por mis venas, me pongo pálida y se me hace un nudo en el estómago. ¡Cincuenta!

—Coge mis llamadas. Voy a ver qué tiene que decir Roach.

Me guiña el ojo y se va a ver a su jefe... no al jefe de su jefe.

Maldito seas, Christian Grey... De nuevo me hierve la sangre.

De: Anastasia Steele

Fecha: 13 de junio de 2011 10:43

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Qué has hecho?

Por favor, no interfieras en mi trabajo.

Tengo verdaderas ganas de ir a ese congreso.

No debería habértelo preguntado.

He borrado el e-mail problemático.

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 13 de junio de 2011 10:43

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Qué has hecho?

Solo protejo lo que es mío.

Ese e-mail que enviaste en un arrebato se ha eliminado del servidor de SIP, igual que los e-mails que yo te mando.

Por cierto, en ti confío totalmente. En él no.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Compruebo si aún tengo sus correos, y han desaparecido. La influencia de este hombre no tiene límites. ¿Cómo lo hace? ¿A quién conoce que pueda acceder subrepticamente a las profundidades de los servidores de SIP y eliminar e-mails? Estoy jugando en una liga muy superior a la mía.

De: Anastasia Steele

Fecha: 13 de junio de 2011 10:48

Para: Christian Grey

Asunto: Madura un poco

Christian:

No necesito que me protejan de mi propio jefe.

Quizá él intente algo, pero yo me negaré.

Tú no puedes interferir. No está bien, y supone ejercer un control a demasiados niveles.

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 13 de junio de 2011 10:50

Para: Anastasia Steele

Asunto: La respuesta es NO

Ana:

Yo he presenciado lo «eficaz» que eres para librarte de una atención que no deseas. Recuerdo que fue así como tuve el placer de pasar mi primera noche contigo. Ese fotógrafo, como mínimo, siente algo por ti. Ese canalla, en cambio, no. Es un conquistador profesional e intentará seducirte. Pregúntale qué pasó con la última ayudante, y con la anterior.

No quiero discutir por esto.

Si quieres ir a Nueva York, yo te llevaré. Podemos ir este fin de semana. Tengo un apartamento allí.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¡Oh, Christian! No se trata de eso. Esto es muy frustrante. Y él, cómo no, también tiene un apartamento allí. ¿Dónde más tendrá propiedades? Y era de esperar que sacara a relucir a José. ¿Es que nunca me libraré de eso? Estaba borracha, por Dios. Yo nunca me emborracharía con Jack.

Me quedo mirando la pantalla, pero supongo que no puedo seguir discutiendo con él por e-mail. Tendré que esperar el momento oportuno, esta noche. Miro el reloj. Jack aún no ha vuelto de su reunión con Jerry, y todavía tengo que solucionar lo de Elena. Vuelvo a leer su correo electrónico y decido que el mejor modo de abordar esto es enviárselo a Christian. Desviar su atención hacia ella en lugar de hacia mí.

De: Anastasia Steele

Fecha: 13 de junio de 2011 11:15

Para: Christian Grey

Asunto: Re Cita para almorzar o Carga irritante

Christian:

Mientras tú estabas muy ocupado interfiriendo en mi carrera y salvándote el culo por mis imprudentes misivas, yo he recibido el siguiente correo de la señora Lincoln. No tengo ningunas ganas de verme con ella... y aunque las tuviera, no se me permite salir de este edificio. Cómo ha conseguido mi dirección de correo electrónico, la verdad es que no lo sé. ¿Qué sugieres que haga? Te adjunto su e-mail:

Querida Anastasia:

Me gustaría mucho quedar para comer contigo. Creo que empezamos con mal pie, y me gustaría arreglarlo. ¿Estás libre algún día de esta semana?

Elena Lincoln

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 13 de junio de 2011 11:23

Para: Anastasia Steele

Asunto: Carga irritante

No te enfades conmigo. Lo único que me preocupa es tu bienestar.

Si te pasara algo, no me lo perdonaría nunca.

Yo me ocuparé de la señora Lincoln.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 13 de junio de 2011 11:32
Para: Christian Grey
Asunto: Hasta luego

¿Podemos hablarlo esta noche, por favor?
Intento trabajar, y tus continuas interferencias me distraen mucho.

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

Jack vuelve después de las doce y me dice que mi viaje a Nueva York está descartado, aunque él sí que irá, pero que no puede hacer nada para cambiar la política de la dirección. Entra en su despacho y cierra de un portazo. Obviamente está furioso. ¿Por qué está tan indignado?

En el fondo, yo sé que sus intenciones no son en absoluto honorables, pero estoy segura de que podría manejarle, y me pregunto qué sabe Christian sobre las anteriores ayudantes de Jack. Aparto esos pensamientos de mi mente y sigo trabajando, pero tomo la decisión de intentar hacer que Christian cambie de opinión, aunque las posibilidades sean escasas.

A la una en punto, Jack asoma la cabeza por la puerta del despacho.

—Ana, ¿podrías traerme por favor algo para comer?

—Claro. ¿Qué te apetece?

—Pastrami con pan de centeno, sin mostaza. Te daré el dinero cuando vuelvas.

—¿Algo para beber?

—Coca-Cola, por favor. Gracias, Ana.

Se mete en su despacho y yo cojo el bolso.

Oh, no. Le prometí a Christian que no saldría. Suspiro. No se enterará. Iré muy rápido.

En recepción, Claire me ofrece su paraguas porque llueve a cántaros. Al salir por la puerta principal, me envuelvo bien con la chaqueta y echo una mirada furtiva en ambas direcciones bajo el inmenso paraguas. Todo parece en orden. Ni rastro de la Chica Fantasma.

Bajo con paso decidido la calle en dirección a la tienda, esperando pasar inadvertida. Sin embargo, a medida que me voy acercando mayor es la escalofriante sensación de que me vigilan, y no sé si es mi agudizada paranoia o si es verdad. Maldita sea. Espero que no se trate de Leila con un arma.

Solo es fruto de tu imaginación, me suelta mi subconsciente. ¿Quién demonios querría dispararte?

En cuestión de quince minutos, estoy de vuelta... sana y salva, y aliviada. Creo que la exagerada paranoia y la vigilancia extremadamente protectora de Christian están empezando a afectarme.

Cuando le llevo el almuerzo, Jack está hablando por teléfono. Levanta la vista, tapando el auricular.

—Gracias, Ana. Como no vienes conmigo, tendrás que quedarte hasta tarde. Necesito estos informes. Espero que no tuvieras planes.

Me sonrío afectuosamente y me ruborizo.

—No, no pasa nada —le digo con una sonrisa radiante y el corazón encogido.

Esto no acabará bien. Christian se pondrá hecho una fiera, seguro.

Cuando vuelvo a mi mesa, decido no decírselo inmediatamente, porque eso le daría tiempo de sobra para interferir de algún modo. Me siento y me como el sándwich de ensalada de pollo que me preparó esta mañana la señora Jones. Es delicioso. Un sándwich exquisito.

Naturalmente, si me fuera a vivir con Christian, ella me prepararía el almuerzo todos los días de la semana. La idea me produce desasosiego. Yo nunca he soñado con grandes riquezas ni con todo lo que eso conlleva... solo con el amor. Encontrar a alguien que me quiera y no intente controlar todos mis movimientos. Suena el teléfono.

—Despacho de Jack Hyde...

—Me aseguraste que no saldrías —me interrumpe Christian en un tono frío y duro.

Se me encoge el corazón por enésima vez en el día de hoy. Por favor.... ¿Cómo diantres lo ha sabido?

—Jack me envió a comprarle el almuerzo. No podía decir que no. ¿Me tienes vigilada?

Se me eriza el vello al pensarlo. No me extraña que fuera tan paranoica: había alguien vigilándome. Me enfurece pensarlo.

—Por esto es por lo que no quería que volvieras al trabajo —gruñe Christian.

—Christian, por favor. Estás siendo... —tan Cincuenta—... muy agobiante.

—¿Agobiante? —susurra, sorprendido.

—Sí. Tienes que dejar de hacer esto. Hablaré contigo esta noche. Desgraciadamente, hoy tengo que trabajar hasta tarde porque no puedo ir a Nueva York.

—Anastasia, yo no quiero agobiarte —dice en voz baja, horrorizado.

—Bien, pues lo haces. Y ahora tengo trabajo. Ya hablaremos luego.

Cuelgo. Estoy rendida y ligeramente deprimida.

Después de un fin de semana maravilloso, la realidad se impone. Nunca he tenido tantas ganas de marcharme. Huir a algún lugar tranquilo y apartado donde pueda reflexionar sobre este hombre, sobre cómo es y sobre cómo tratar con él. En cierta medida sé que es una persona destrozada —ahora lo veo claramente—, y eso resulta desgarrador y agotador a la vez. A partir de los pocos retazos de información sobre su vida que me ha dado, entiendo por qué. Un niño que no recibió el amor que necesitaba; un entorno de malos tratos espantoso; una madre incapaz de protegerle y que murió delante de él.

Me estremezco. Mi pobre Cincuenta... Soy suya, pero no para tenerme encerrada en una jaula dorada. ¿Cómo voy a conseguir que entienda eso?

Sintiendo un gran peso en el corazón, me pongo sobre el regazo uno de los manuscritos que Jack quiere que resuma y sigo leyendo. No se me ocurre ninguna solución sencilla para el problema del control enfermizo

de Christian. Tendré que hablarlo con él más tarde, cara a cara.

Al cabo de media hora, Jack me envía un documento que debo adecentar y pulir para que mañana puedan imprimirlo a tiempo para el congreso. Eso me llevará toda la tarde e incluso hasta la noche. Me pongo a ello.

Cuando levanto la vista, son más de las siete y la oficina está desierta, aunque aún hay luz en el despacho de Jack. No me había dado cuenta de que todo el mundo se había ido, pero ya casi he terminado. Le vuelvo a mandar el documento a Jack para que lo apruebe, y reviso mi bandeja de entrada. No hay nada de Christian, así que echo un vistazo rápido a mi BlackBerry, y justo en ese momento me sobresalta su zumbido: es Christian.

—Hola —murmuro.

—Hola, ¿cuándo acabarás?

—Hacia las siete y media, creo.

—Te esperaré fuera.

—Vale.

Se le nota muy callado, nervioso incluso. ¿Por qué? ¿Estará temeroso de mi reacción?

—Sigo enfadada contigo, pero nada más —susurro—. Tenemos que hablar de muchas cosas.

—Lo sé. Nos vemos a las siete y media.

Jack sale de su despacho.

—Tengo que dejarte. Hasta luego.

Cuelgo.

Miro a Jack, que se acerca con aire despreocupado hacia mí.

—Necesito que hagas un par de cambios. Ya te he vuelto a enviar el informe.

Mientras guardo el documento, se inclina sobre mí, muy cerca... incómodamente cerca. Me roza el brazo con el suyo. ¿Por accidente? Yo retrocedo, pero él finge no darse cuenta. Su otra mano descansa en el respaldo de mi silla y me toca la espalda. Yo me incorporo para no apoyarme en el respaldo.

—Páginas dieciséis y veintitrés, y ya estará — murmura con la boca a unos centímetros de mi oreja.

Su proximidad me produce una sensación desagradable en la piel, pero procuro ignorarla. Abro el documento y empiezo a introducir los cambios, nerviosa. Él sigue inclinado sobre mí, y todos mis sentidos están en alerta máxima. Resulta muy molesto e incómodo, y por dentro estoy chillando: ¡Apártate!

—En cuanto esto esté hecho, ya se podrá imprimir. Ya organizarás eso mañana. Gracias por quedarte hasta tarde para terminarlo, Ana.

Su voz es suave, amable, como si estuviera acechando a un animal herido. Se me revuelve el estómago.

—Creo que lo mínimo que puedo hacer es recompensarte con una copa rápida. Te la mereces.

Me coloca detrás de la oreja un mechón de pelo que se ha desprendido del recogido, y me acaricia suavemente el lóbulo.

Yo me encojo, apretando los dientes, y aparto la cabeza. ¡Maldita sea! Christian tenía razón. No me toques.

—De hecho, esta noche no puedo.

Ni ninguna otra noche, Jack.

—¿Solo una rápida? —intenta persuadirme.

—No, no puedo. Pero gracias.

Jack se sienta en el borde de mi mesa y frunce el ceño. En el interior de mi cabeza suena con fuerza una alarma. Estoy sola en la oficina. No puedo marcharme. Inquieta, echo un vistazo al reloj. Faltan cinco minutos para que llegue Christian.

—Yo creo que formamos un gran equipo, Ana. Siento no haber podido conseguir lo del viaje a Nueva York. No será lo mismo sin ti.

Seguro que no. Sonrío débilmente, porque no se me ocurre qué decir. Y por primera vez en todo el día, siento un ligerísimo alivio por no poder ir.

—¿Así que has tenido un buen fin de semana? — pregunta suavemente.

—Sí, gracias.

¿Qué pretende con esto?

—¿Viste a tu novio?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

Es el amo de tu culo...

—A los negocios.

—Interesante. ¿Qué clase de negocios?

—Oh, está metido en asuntos muy diversos.

Jack ladea la cabeza y se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio privado... otra vez.

—Estás muy evasiva, Ana.

—Bueno, telecomunicaciones, industria y agricultura.

Jack arquea las cejas.

—Cuántas cosas... ¿Para quién trabaja?

—Trabaja por cuenta propia. Si el documento te parece bien, me gustaría marcharme, si estás de acuerdo.

Se aparta. Mi espacio privado vuelve a estar a salvo.

—Claro. Perdona, no pretendía retenerte —
miente.

—¿A qué hora cierra el edificio?

—El vigilante está hasta las once.

—Bien.

Sonrío, y mi subconsciente se recuesta en su butaca, aliviada de saber que no estamos solos en el edificio. Apago el ordenador, cojo el bolso y me levanto, lista para irme.

—¿Te gusta, entonces? ¿Tu novio?

—Le quiero —contesto, y miro directamente a los ojos de Jack.

—Ya. —Jack tuerce el gesto y se levanta de mi escritorio—. ¿Cómo se apellida?

Enrojezco.

—Grey. Christian Grey —mascullo.

Jack se queda con la boca abierta.

—¿El soltero más rico de Seattle? ¿Ese Christian Grey?

—Sí. El mismo.

Sí, ese Christian Grey, tu futuro jefe, que se te merendará si vuelves a invadir mi espacio privado.

—Ya me pareció que me era familiar —dice Jack, sombrío, y vuelve a levantar una ceja—. Bien, pues es un hombre con suerte.

Me lo quedo mirando. ¿Qué contesto a eso?

—Que pases una buena noche, Ana.

Jack sonrío, pero esa sonrisa no se refleja en sus ojos, y regresa a toda prisa a su despacho sin volver la vista.

Suspiro, aliviada. Bien, puede que este problema ya esté solucionado. Cincuenta ha vuelto a obrar su magia. Su nombre me basta como talismán, y ha hecho que ese hombre se retirara con la cola entre las piernas. Me permito una sonrisita victoriosa. ¿Lo ves, Christian? Incluso tu nombre me protege; no tienes que molestarme en tomar esas medidas tan drásticas. Ordeno mi mesa y miro el reloj. Christian ya debe de estar fuera.

El Audi está aparcado en la acera, y Taylor se apresura a bajar para abrirme la puerta de atrás. Nunca me he alegrado tanto de verle, y entro a toda prisa en el coche para guarecerme.

Christian está en el asiento de atrás, y clava en mí sus ojos, muy abiertos y prudentes. Con la mandíbula tensa y prieta, preparado para mi rabia.

—Hola —musito.

—Hola —contesta con cautela.

Se me acerca, me coge la mano y la aprieta fuerte, y se me derrite un poco el corazón. Estoy muy confusa. Ni siquiera he decidido qué tengo que decirle.

—¿Sigues enfadada?

—No lo sé —murmuro.

Él levanta mi mano y me acaricia los nudillos con besos livianos y delicados.

—Ha sido un día espantoso —dice.

—Sí, es verdad.

Pero, por primera vez desde que se fue a trabajar esta mañana, empiezo a relajarme. Solo estar con él es como un bálsamo relajante, y todos esos líos con Jack, y el intercambio de e-mails beligerantes, y el incordio añadido que supone Elena, se desvanecen. Solo

estamos yo y mi controlador obsesivo, en la parte de atrás del coche.

—Ahora que estás aquí ha mejorado —dice en voz baja.

Seguimos sentados en silencio mientras Taylor avanza entre el tráfico vespertino, ambos meditabundos y contemplativos; pero noto que Christian también se va relajando lentamente, mientras pasa el pulgar suavemente sobre mis nudillos con un ritmo tenue y calmo.

Taylor nos deja en la puerta del edificio del apartamento, y ambos nos refugiamos rápidamente en el interior. Christian me coge la mano mientras esperamos el ascensor, y sus ojos controlan la entrada del edificio.

—Deduzco que todavía no habéis encontrado a Leila.

—No. Welch sigue buscándola —reconoce, consternado.

Llega el ascensor y entramos. Christian baja la vista hacia mí con sus ojos grises inescrutables. Oh, está sencillamente guapísimo, con el pelo alborotado, la camisa blanca, el traje oscuro. Y de repente ahí está, surgida de la nada, esa sensación. Oh, Dios... el anhelo, el deseo, la electricidad. Si fuera visible, sería una intensa aura azul a nuestro alrededor y extendiéndose entre los dos; es algo muy fuerte. Él me mira y separa los labios.

—¿Tú lo sientes? —musita.

—Sí.

—Oh, Ana.

Con un leve gruñido, me agarra y sus brazos se deslizan a mi alrededor, y poniendo una mano en mi

nuca inclina mi cabeza hacia atrás, mientras sus labios buscan los míos. Hundo los dedos en su cabello y le acaricio la mejilla, mientras él me empuja contra la pared del ascensor.

—Odio discutir contigo —jadea pegado a mi boca, y su beso tiene una cualidad de pasión y desespero que es un reflejo de lo que yo siento.

El deseo estalla en mi cuerpo, toda la tensión del día buscando una salida, presionando contra él, exigiendo más. Somos solo lenguas y aliento y manos y caricias, y una sensación dulce, muy dulce. Pone la mano en mi cadera y me levanta la falda, bruscamente. Sus dedos me acarician los muslos.

—Santo Dios, llevas medias —masculla con asombro reverente, mientras con el pulgar me acaricia la piel por encima de la línea de la media—. Quiero ver esto —suspira, y me levanta completamente la falda, descubriendo la parte superior de mis muslos.

Da un paso atrás y aprieta el botón de parada, y el ascensor se detiene poco a poco entre los pisos veintidós y veintitrés. Tiene los ojos turbios, los labios entreabiertos y respira con dificultad, como yo. Nos miramos fijamente, sin tocarnos. Yo agradezco el sostén de la pared que tengo detrás, mientras me deleito en el atractivo sensual y carnal de este hermoso hombre.

—Suéltate el pelo —ordena con voz ronca. Yo levanto la mano y libero mi melena, que cae como una nube densa alrededor de los hombros hasta mis senos—. Desabróchate los dos botones de arriba de la blusa —murmura, con los ojos muy abiertos.

Me hace sentir tan lasciva... Alargo una mano ansiosa y desabrocho los dos botones, y la parte superior de mis pechos queda seductoramente a la vista.

Él traga saliva.

—¿Tienes idea de lo atractiva que estás ahora mismo?

Yo me muerdo el labio con toda la intención. Él cierra un segundo los ojos, y luego vuelve a abrirlos, ardientes. Avanza y apoya las manos en las paredes del ascensor, a ambos lados de mi cara. Está todo lo cerca que puede, sin tocarme.

Levanto el rostro para mirarle a los ojos, y él se inclina y me acaricia la nariz con la suya: ese es el único contacto entre los dos. Estoy tan excitada, encerrada en este ascensor con él. Le deseo... ahora.

—Yo creo que sí, señorita Steele. Yo creo que le gusta volverme loco.

—¿Yo te vuelvo loco? —susurro.

—En todos los sentidos, Anastasia. Eres una sirena, una diosa.

Y se acerca, me coge una pierna por encima de la rodilla y se la coloca alrededor de la cintura, de modo que ahora estoy de pie sobre una pierna y apoyada contra él. Le siento pegado a mí, le noto duro y anhelante sobre el vértice de mis muslos, mientras desliza los labios por mi garganta. Gimo y le rodeo el cuello con los brazos.

—Voy a tomarte ahora —masculla, y, en respuesta, arqueo la espalda y me pego a él, anhelando el contacto.

Del fondo de su garganta surge un quejido ronco y quedo, y cuando se desabrocha la cremallera me excito aún más.

—Abrázame fuerte, nena —murmura, y como por arte de magia saca un envoltorio plateado que sostiene frente a mi boca.

Yo lo cojo con los dientes, él tira, y lo rasgamos entre los dos.

—Buena chica. —Se aparta ligeramente para ponerse el condón—. Dios, estos próximos seis días se me van a hacer eternos —dice con un gruñido, y me mira con los ojos entreabiertos—. Espero que no les tengas demasiado cariño a estas medias.

Las rasga con dedos expertos y se desintegran entre sus manos. La sangre bombea frenética por mis venas y jadeo de deseo.

Sus palabras son embriagadoras, y olvido la angustia que he pasado durante el día. Y solo somos él y yo, haciendo lo que mejor hacemos. Sin apartar sus ojos de mí, Christian se hunde despacio en mi interior. Mi cuerpo cede y echo la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, gozando de sentirle dentro. Él se retira y entra de nuevo, muy lento, muy suave. Gimo.

—Eres mía, Anastasia —susurra pegado a mi cuello.

—Sí. Tuya. ¿Cuándo te convencerás? —jadeo.

Él gruñe y empieza a moverse, a moverse de verdad. Y yo sucumbo a su ritmo incesante, saboreo cada embestida, hacia delante y hacia atrás, su respiración entrecortada, su necesidad de mí reflejando la mía de él.

Esto hace que me sienta poderosa, fuerte, deseada, amada... amada por este hombre fascinante, complicado, a quien yo también amo con todo mi corazón. Él empuja más y más fuerte, sin aliento, y se pierde en mí mientras yo me pierdo en él.

—Oh, nena —gime Christian, rozándome el mentón con los dientes, y alcanzo un intenso orgasmo. Él se para, me sujeta fuerte, y también llega al clímax mientras susurra mi nombre.

Ahora que Christian, exhausto y tranquilo, ha recuperado el aliento, me besa con ternura. Me mantiene de pie contra la pared del ascensor, tenemos las frentes pegadas, y siento mi cuerpo como de gelatina, débil, pero gratificado y saciado por el orgasmo.

—Oh, Ana —susurra—. Te necesito tanto.

Me besa la frente.

—Y yo a ti, Christian.

Me suelta, me alisa la falda y me abrocha los dos botones del escote de la blusa. Luego marca una combinación numérica en el panel y vuelve a poner en marcha el ascensor, que arranca bruscamente y me lanza a sus brazos.

—Taylor debe de estar preguntándose dónde estamos —dice sonriendo con malicia.

Oh, no... Me paso los dedos por el pelo alborotado en un vano intento de disimular la evidencia de nuestro encuentro sexual, pero enseguida desisto y me hago una coleta.

—Ya estás bien —dice Christian con una mueca de ironía, mientras se sube la cremallera del pantalón y se mete el condón en el bolsillo.

Y una vez más vuelve a ser la imagen personificada del emprendedor americano, aunque en su caso la diferencia es mínima, porque su pelo casi siempre tiene ese aspecto alborotado. Ahora sonrío relajado y sus ojos tienen un encantador brillo juvenil. ¿Todos los hombres se apaciguan tan fácilmente?

Se abre la puerta, y Taylor está allí esperando.

—Un problema con el ascensor —musita Christian cuando salimos.

Yo soy incapaz de mirar a la cara a ninguno de los dos, y cruzo a toda prisa la puerta doble del dormitorio de Christian en busca de una muda de ropa interior.

Cuando vuelvo, Christian se ha quitado la chaqueta y está sentado en la barra del desayuno charlando con la señora Jones. Ella sonrío afable y dispone dos platos de comida caliente para nosotros. Mmm, huele muy bien: *coq au vin*, si no me equivoco. Estoy hambrienta.

—Espero que les guste, señor Grey, Ana —dice, y se retira.

Christian saca una botella de vino blanco de la nevera, y nos sentamos a cenar. Me cuenta lo cerca que está de perfeccionar un teléfono móvil con energía solar. Está animado y emocionado con el proyecto, y entonces sé que su día no ha ido tan mal del todo.

Le pregunto por sus propiedades. Sonrío irónico, y resulta que solo tiene apartamentos en Nueva York, en Aspen, y el del Escala. Nada más. Cuando terminamos, recojo su plato y el mío y los llevo al fregadero.

—Deja eso. Gail lo hará —dice.

Me doy la vuelta y le miro, y él me responde fijando sus ojos en mí. ¿Llegaré a acostumbrarme a que alguien limpie lo que voy dejando por ahí?

—Bien, ahora que ya está más dócil, señorita Steele, ¿hablaremos sobre lo de hoy?

—Yo opino que el que está más dócil eres tú. Creo que se me da bastante bien eso de domarte.

—¿Domarme? —resopla, divertido. Cuando yo asiento, arruga la frente como si meditara mis palabras—. Sí, Anastasia, quizá si se te dé bien.

—Tenías razón sobre Jack —digo entonces en voz baja y seria, y me inclino sobre la encimera de la isla de la cocina para estudiar su reacción.

A Christian le cambia la cara y se le endurece la mirada.

—¿Ha intentado algo? —pregunta con una voz gélida y letal.

Yo niego con la cabeza para tranquilizarle.

—No, Christian, y no lo hará. Hoy le he dicho que soy tu novia, y enseguida ha reculado.

—¿Estás segura? Podría despedir a ese cabrón —replica Christian.

Envalentonada por el vino, suspiro.

—Sinceramente, Christian, deberías dejar que yo solucione mis problemas. No puedes prever todas las contingencias para intentar protegerme. Resulta asfixiante, Christian. Si no dejas de interferir a todas horas, no progresaré nunca. Necesito un poco de libertad. A mí jamás se me ocurriría meterme en tus asuntos.

Él se me queda mirando.

—Yo solo quiero que estés segura y a salvo, Anastasia. Si te pasara algo, yo...

Se calla.

—Lo sé, y entiendo por qué sientes ese impulso de protegerme. Y en parte me encanta. Sé que si te necesito estarás ahí, como yo lo estaré por ti. Pero si albergamos alguna esperanza de futuro para los dos, tienes que confiar en mí y en mi criterio. Claro que a veces me equivocaré, que cometeré errores, pero tengo que aprender.

Me mira fijamente, con una expresión ansiosa que me incita a acercarme a él, hasta colocarme de pie entre sus piernas, mientras sigue sentado en el taburete de la barra. Le cojo las manos para que me rodee con ellas, y luego apoyo las mías en sus brazos.

—No puedes interferir en mi trabajo. No está bien. No necesito que aparezcas como un caballero andante para salvarme. Ya sé que quieres controlarlo todo, y entiendo el porqué, pero no puedes hacerlo siempre. Es una meta imposible... tienes que aprender a dejar que las cosas pasen. —Le acaricio la cara con una mano mientras él me observa con los ojos muy abiertos—. Y si eres capaz de hacer eso, de concederme eso, vendré a vivir contigo —añado en voz baja.

Inspira bruscamente, sorprendido.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pero si no me conoces...

Frunce el ceño y de pronto parece ahogado y aterrado por la emoción, algo totalmente impropio de Cincuenta.

—Te conozco lo suficiente, Christian. Nada de lo que me cuentes sobre ti hará que me asuste y salga huyendo. —Le paso los nudillos por la mejilla suavemente. Su rostro pasa de la angustia a la duda—. Pero si pudieras dejar de presionarme... —suplico.

—Lo intento, Anastasia. Pero no podía quedarme quieto y dejar que fueras a Nueva York con ese... canalla. Tiene una reputación espantosa. Ninguna de sus ayudantes ha durado más de tres meses, y nunca se han quedado en la empresa. Yo no quiero eso para ti, cariño. —Suspira—. No quiero que te pase nada. Me aterra la idea de que te hagan daño. No puedo prometerte que no interferiré, no, si creo que puedes salir mal parada. — Hace una pausa y respira hondo—. Yo te quiero, Anastasia. Utilizaré todo el poder que tengo a mi alcance para protegerte. No puedo imaginar la vida sin ti.

Madre mía. La diosa que llevo dentro, mi subconsciente y yo miramos boquiabiertas y estupefactas a Cincuenta.

Tres palabritas de nada. Mi mundo se paraliza, vacila, y luego empieza a girar sobre un nuevo eje; y yo saboreo el momento mirando sus sinceros y hermosos ojos grises.

—Yo también te quiero, Christian.

Y le beso, y el beso se intensifica.

Taylor, que ha entrado sin que le viéramos, carraspea. Christian se echa hacia atrás, sin dejar de mirarme intensamente. Se pone de pie y me rodea la cintura con el brazo.

—¿Sí? —le espeta a Taylor.

—La señora Lincoln está subiendo, señor.

—¿Qué?

Taylor se encoge de hombros a modo de disculpa. Christian respira hondo y sacude la cabeza.

—Bueno, esto se pone interesante —masculla. Y me dedica una mueca de resignación.

¡Maldita sea! ¿Por qué no nos dejará en paz esa condenada mujer?

Hablaste con ella hoy? —le pregunto a Christian mientras esperamos la llegada de la señora Robinson.

—Sí.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que tú no querías verla, y que yo entendía perfectamente tus motivos. También le dije que no me gustaba que actuara a mis espaldas.

Tiene una mirada inexpresiva que no trasluce nada.

Ay, Dios.

—¿Y ella qué dijo?

—Eludió la responsabilidad como solo ella sabe hacerlo.

Hace una mueca con los labios.

—¿Para qué crees que ha venido?

—No tengo ni idea —responde Christian, encogiéndose de hombros.

Taylor vuelve a entrar en el salón.

—La señora Lincoln —anuncia.

Y ahí está... ¿Por qué ha de ser tan endiabladamente atractiva? Va toda vestida de negro: vaqueros ajustados, una blusa que realza su silueta perfecta, y el cabello brillante y sedoso como un halo.

Christian me atrae hacia él.

—Elena —dice, y parece confuso.

Ella me mira estupefacta y se queda paralizada. Le cuesta recuperar la voz y parpadea.

—Lo siento. No sabía que estabas acompañado, Christian. Es lunes —dice como si eso explicara su presencia aquí.

—Novia —responde Christian a modo de explicación, mientras ladea la cabeza y le dedica una sonrisa fría.

En la cara de ella aparece lentamente un gesto de inmensa satisfacción. Todo resulta muy desconcertante.

—Claro. Hola, Anastasia. No sabía que estabas aquí. Sé que no quieres hablar conmigo, y lo entiendo.

—¿Ah, sí? —respondo en voz baja, y la miro a la cara de un modo que nos sorprende a ambas.

Ella frunce levemente el ceño y avanza un paso más para entrar en la habitación.

—Sí, he captado el mensaje. No he venido a verte a ti. Como he dicho, Christian no suele tener compañía entre semana. —Hace una pausa—. Tengo un problema y necesito hablarlo con Christian.

—¿Ah? —Christian se yergue—. ¿Quieres beber algo?

—Sí, por favor.

Christian le sirve una copa de vino, mientras Elena y yo seguimos observándonos mutuamente con cierta incomodidad. Ella juguetea con un gran anillo de plata que lleva en el dedo corazón, y yo no sé dónde mirar. Finalmente me dedica una sonrisita crispada, se acerca a la cocina y se sienta en el taburete del extremo de la isla. Es obvio que conoce bien el sitio y que se mueve por él con naturalidad.

¿Me quedo? ¿Me marchó? Oh, qué difícil es esto. Mi subconsciente mira ceñuda a Elena con su expresión más abiertamente hostil.

Hay tantas cosas que quiero decirle a esa mujer, y ninguna es agradable. Pero es amiga de Christian —su única amiga—, y por mucho odio que sienta por ella, soy educada por naturaleza. Decido quedarme y me siento, con toda la elegancia de la que soy capaz, en el taburete que ocupaba Christian. Él nos sirve vino en las copas y se sienta entre ambas en la barra del desayuno. ¿Se da cuenta de lo raro que es todo esto?

—¿Qué pasa? —le pregunta a Elena.

Ella me mira nerviosa, y Christian me coge la mano.

—Anastasia está ahora conmigo —dice ante su pregunta implícita, y me aprieta la mano.

Yo me sonrojo y mi subconsciente, olvidada ya la cara de arpía, sonrío radiante.

Elena suaviza el gesto como si se alegrara por él. Como si realmente se alegrara por él. Oh, no entiendo en absoluto a esta mujer, y su presencia me incomoda y me pone nerviosa.

Ella inspira profundamente, se remueve inquieta y se sienta en el borde del taburete. Se mira las manos con nerviosismo, y empieza a dar vueltas sin parar al anillo de plata de su dedo corazón.

¿Cuál es su problema? ¿Que yo esté presente? ¿Provoco ese efecto en ella? Porque yo siento lo mismo: no la quiero aquí. Ella levanta la cabeza y mira a Christian directamente a los ojos.

—Me están haciendo chantaje.

Por Dios. No es eso lo que esperaba que dijera. Christian se pone tenso. ¿Alguien ha descubierto su afición por los jóvenes menores de edad maltratados y vapuleados por la vida? Reprimo mi repulsión, y por un momento acude a mi mente esa frase sobre el burlador burlado. Mi subconsciente se frota las manos con mal disimulado placer. Bien.

—¿Cómo? —pregunta Christian, y su voz refleja claramente el espanto.

Ella coge su enorme bolso de piel, un diseño exclusivo, saca una nota y se la entrega.

—Ponla aquí y ábrela.

Christian señala la barra con el mentón.

—¿No quieres tocarla?

—No. Huellas dactilares.

—Christian, tú sabes que no puedo ir a la policía con esto.

¿Por qué estoy escuchando esto? ¿Es que ella está tirándose a otro pobre chico?

Deja la nota delante de él, que se inclina para leerla.

—Solo piden cinco mil dólares —dice como si no le diera importancia—. ¿Tienes idea de quién puede ser? ¿Alguien de la comunidad?

—No —contesta ella con su voz dulce y melosa.

—¿Linc?

¿Linc? ¿Quién es ese?

—¿Qué? ¿Después de tanto tiempo? No creo —masculla ella.

—¿Lo sabe Isaac?

—No se lo he dicho.

¿Quién es Isaac?

—Creo que él debería saberlo —dice Christian.

Ella niega con la cabeza, y ahora me siento fuera de lugar. No quiero saber nada de esto. Intento soltar mi mano de la de Christian, pero él me retiene con fuerza y se vuelve a mirarme.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Estoy cansada. Creo que me voy a la cama.

Sus ojos escrutan los míos... ¿buscando acaso qué? ¿Censura? ¿Aprobación? ¿Hostilidad? Yo intento mantenerme impertérrita.

—De acuerdo —dice—. Yo no tardaré.

Me suelta y me pongo de pie. Elena me mira con cautela. Yo sigo impassible y le devuelvo la mirada sin expresar nada.

—Buenas noches, Anastasia —me dice con una leve sonrisa.

—Buenas noches —musito con frialdad.

Me doy la vuelta para marcharme. La tensión me resulta insoportable. En cuanto salgo de la estancia ellos reanudan la conversación.

—No creo que yo pueda hacer gran cosa, Elena —le dice Christian—. Si es una cuestión de dinero... —Se interrumpe—. Puedo pedirle a Welch que investigue.

—No, Christian, solo quería que lo supieras —dice ella.

Desde fuera del salón la oigo comentar:

—Se te ve muy feliz.

—Lo soy —contesta Christian.

—Mereces serlo.

—Ojalá eso fuera verdad.

—Christian... —replica en tono reprobador.

Yo me quedo paralizada, y escucho atentamente sin poder evitarlo.

—¿Sabe ella lo negativo que eres contigo mismo? ¿En todos los aspectos?

—Ella me conoce mejor que nadie.

—¡Vaya! Eso me ha dolido.

—Es la verdad, Elena. Con ella no necesito jueguecitos. Y lo digo en serio, déjala en paz.

—¿Cuál es su problema?

—Tú... lo que fuimos. Lo que hicimos. Ella no lo entiende.

—Haz que lo entienda.

—Eso es el pasado, Elena, ¿y por qué voy a querer contaminarla con nuestra jodida relación? Ella es buena y dulce e inocente, y, milagrosamente, me quiere.

—Eso no es un milagro, Christian —le replica ella con afecto—. Confía un poco en ti mismo. Eres una auténtica joya. Ya te lo he dicho muchas veces. Y ella parece encantadora también. Fuerte. Alguien que te hará frente.

No oigo la respuesta de Christian. Así que soy fuerte... ¿en serio? La verdad es que no me siento así.

—¿Lo echas de menos? —continúa Elena.

—¿El qué?

—Tu cuarto de juegos.

Se me corta la respiración.

—La verdad es que eso no es asunto tuyo, maldita sea —le espeta Christian.

Oh.

—Perdona —replica Elena sin sentirlo realmente.

—Creo que deberías irte. Y, por favor, otra vez llama antes de venir.

—Lo siento, Christian —dice, y a juzgar por el tono, esta vez es de verdad—. ¿Desde cuándo eres tan sensible? —vuelve a reprenderle.

—Elena, nosotros tenemos una relación de negocios que ha sido enormemente provechosa para ambos. Dejémoslo así. Lo que hubo entre los dos forma parte del pasado. Anastasia es mi futuro, y no quiero ponerlo en peligro de ningún modo, así que ahórrate toda esa mierda.

¡Su futuro!

—Ya veo.

—Mira, siento que tengas problemas. Quizá deberías enfrentarte directamente y plantarles cara.

Ahora su tono es más suave.

—No quiero perderte, Christian.

—Para eso debería ser tuyo, Elena —le espeta de nuevo.

—No quería decir eso.

—¿Qué querías decir?

Está enfadado, su tono es brusco.

—Oye, no quiero discutir contigo. Tu amistad es muy importante para mí. Me alejaré de Anastasia. Pero si me necesitas, aquí estaré. Siempre.

—Anastasia cree que estuvimos juntos el sábado pasado. En realidad tú me llamaste por teléfono y nada más. ¿Por qué le dijiste lo contrario?

—Quería que supiera cuánto te afectó que se marchara. No quiero que te haga daño.

—Ella ya lo sabe. Se lo he dicho. Deja de entrometerte. Francamente, te estás comportando como una madraza muy pesada.

Christian parece más resignado y Elena se ríe, pero su risa tiene un deje triste.

—Lo sé. Lo siento. Ya sabes que me preocupo por ti. Nunca pensé que acabarías enamorándote, Christian, y verlo es muy gratificante. Pero no podría soportar que ella te hiciera daño.

—Correré el riesgo —dice con sequedad—. ¿Seguro que no quieres que Welch investigue un poco?

Elena lanza un gran suspiro.

—Supongo que eso no perjudicaría a nadie.

—De acuerdo. Le llamaré mañana por la mañana.

Les oigo hablar un poco más del tema. Como viejos amigos, como dice Christian. Solo amigos. Y ella se preocupa por él... quizá demasiado. Bueno, como haría cualquiera que le conociera bien.

—Gracias, Christian. Y lo siento. No pretendía entrometerme. Me voy. La próxima vez llamaré.

—Bien.

¡Se marcha! ¡Oh, maldita sea! Recorro a toda prisa el pasillo hasta el dormitorio de Christian y me siento en la cama. Christian entra poco después.

—Se ha ido —dice cauteloso, pendiente de mi reacción.

Yo levanto la vista, le miro e intento formular mi pregunta.

—¿Me lo contarás todo sobre ella? Intento entender por qué crees que te ayudó. —Me callo y pienso a fondo mi siguiente frase—. Yo la odio, Christian. Creo que te hizo un daño indecible. Tú no tienes amigos. ¿Fue ella quien los alejó de ti?

Él suspira y se pasa la mano por el pelo.

—¿Por qué coño quieres saber cosas de ella? Tuvimos una historia hace mucho tiempo, ella solía darme unas palizas de muerte y yo me la tiraba de formas que tú ni siquiera imaginas, fin de la historia.

Me pongo pálida. Oh, no, está enfadado... conmigo.

—¿Por qué estás tan enfadado?

—¡Porque toda esa mierda se acabó! —grita, ceñudo.

Suspira exasperado y menea la cabeza.

Estoy blanca como la cera. Dios. Me miro las manos unidas en mi regazo. Yo solo pretendo entenderlo.

Se sienta a mi lado.

—¿Qué quieres saber? —pregunta con aire cansado.

—No tienes que contármelo. No quiero entrometerme.

—No es eso, Anastasia. No me gusta hablar de todo aquello. He vivido en una burbuja durante años, sin que nada me afectara y sin tener que justificarme ante nadie. Ella siempre ha sido mi confidente. Y ahora mi pasado y mi futuro colisionan de una forma que nunca creí posible.

Le miro, y él me está observando con los ojos muy abiertos.

—Nunca imaginé mi futuro con nadie, Anastasia. Tú me das esperanza y haces que me plantee todo tipo de posibilidades —se queda pensando.

—Os he estado escuchando —susurro, y vuelvo a mirarme las manos.

—¿Qué? ¿Nuestra conversación?

—Sí.

—¿Y? —dice en tono resignado.

—Ella se preocupa por ti.

—Sí, es verdad. Y yo por ella, a mi manera, pero eso no se puede ni comparar siquiera a lo que siento por ti. Si es que se trata de eso...

—No estoy celosa. —Me duele que piense eso... ¿o sí lo estoy? Maldita sea. Quizá sea eso—. Tú no la quieres —murmuro.

Él vuelve a suspirar. Se le nota de nuevo enfadado.

—Hace mucho tiempo creí que la quería —dice con los dientes apretados.

Oh.

—Cuando estábamos en Georgia... dijiste que no la querías.

—Es verdad.

Frunzo el ceño.

—Entonces te amaba a ti, Anastasia —susurra—. He volado cinco mil kilómetros solo para verte. Eres la única persona por la que he hecho algo así.

Oh, Dios... No lo entiendo, en aquel momento él todavía me quería como sumisa. Frunzo más el ceño.

—Mis sentimientos por ti son muy diferentes de los que sentí nunca por Elena —dice a modo de explicación.

—¿Cuándo lo supiste?

Se encoge de hombros.

—Es irónico, pero fue Elena quien me lo hizo notar. Ella me animó a ir a Georgia.

¡Lo sabía! Lo supe en Savannah. Le miro, impasible.

¿Y ahora qué? Quizá ella está realmente de mi parte y solo le preocupa que yo pueda hacerle daño a Christian. Pensar en eso me duele. Yo nunca desearía hacerle daño. Ella tiene razón: ya le han herido bastante.

Puede que no sea tan mala, después de todo. Niego con la cabeza. No quiero aceptar su relación con Christian. La desapruebo. Sí, eso es. Es un personaje despreciable que se aprovechó de un adolescente vulnerable y le arrebató esa etapa de su vida, diga lo que diga él.

—¿Así que la deseabas? Cuando eras más joven.

—Sí.

Ah.

—Me enseñó muchísimas cosas. Me enseñó a creer en mí mismo.

Ah.

—Pero ella también te daba unas palizas terribles.

Él sonríe con cariño.

—Sí, es verdad.

—¿Y a ti te gustaba?

—En aquella época, sí.

—¿Tanto que querías hacérselo a otras?

Abre los ojos de par en par y se pone serio.

—Sí.

—¿Ella te ayudó con eso?

—Sí.

—¿Fue también tu sumisa?

—Sí.

Por Dios...

—¿Y esperas que me caiga bien? —digo con voz amarga y quebradiza.

—No. Aunque eso me facilitaría muchísimo la vida —dice con cautela—. Comprendo tu reticencia.

—¡Reticencia! Dios, Christian... si se hubiera tratado de tu hijo, ¿qué sentirías?

Se me queda mirando, como si no comprendiera del todo la pregunta. Tuerce el gesto.

—Nadie me obligó a estar con ella. Lo elegí yo, Anastasia —murmura.

Así no voy a llegar a ninguna parte.

—¿Quién es Linc?

—Su ex marido.

—¿Lincoln el maderero?

—El mismo —dice sonriendo.

—¿E Isaac?

—Su actual sumiso.

Oh, no.

—Tiene veintimuchos años, Anastasia. Ya sabes, es un adulto que sabe lo que hace —añade enseguida, al interpretar correctamente mi expresión de repugnancia.

—Tu edad —musito.

—Mira, Anastasia, como le he dicho a Elena, ella forma parte de mi pasado. Tú eres mi futuro. No permitas que se entrometa entre nosotros, por favor. Y la verdad, ya estoy harto de este tema. Voy a trabajar un poco. —Se pone de pie y me mira—. Déjalo estar, por favor.

Yo levanto la vista y le observo, tozuda.

—Ah, casi me olvido —añade—. Tu coche ha llegado un día antes. Está en el garaje. Taylor tiene la llave.

Uau... ¿el Saab?

—¿Podré conducirlo mañana?

—No.

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué no. Y eso me recuerda que, si vas a salir de la oficina, me lo hagas saber. Sawyer estaba allí, vigilándote. Por lo visto, no puedo fiarme de que cuides de ti misma —dice en tono de reproche, y consigue que vuelva a sentirme como una niña descarriada... otra vez.

Y me dan ganas de volver a plantarle cara, pero ya está bastante exaltado por lo de Elena y no quiero presionarle más. Sin embargo no puedo evitar comentar:

—Por lo visto, yo tampoco puedo fiarme de ti —digo entre dientes—. Podrías haberme dicho que Sawyer me estaba vigilando.

—¿Quieres discutir por eso también? —replica.

—No sabía que estuviéramos discutiendo. Creía que nos estábamos comunicando —mascullo malhumorada.

Él cierra los ojos un segundo y hace esfuerzos para reprimir el mal genio. Yo trago saliva y le miro, ansiosa. No sé cómo acabará esto.

—Tengo trabajo —dice en voz baja, y seguidamente sale de la habitación.

Exhalo con fuerza. No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Me tumbo otra vez en la cama, mirando el techo.

¿Alguna vez podremos tener una conversación que no termine en discusión? Resulta agotador.

Simplemente, aún no nos conocemos bien. ¿Realmente quiero venirme a vivir con él? Ni siquiera sé si debería prepararle una taza de té o de café mientras

está trabajando. ¿Debería interrumpirle? No tengo ni idea de qué le gusta y qué no.

Es evidente que está harto de todo el tema de Elena... y tiene razón: tengo que olvidarlo. Dejarlo correr. Bien, al menos no espera que me haga amiga de ella, y confío en que ahora Elena deje de acosarme para que nos veamos.

Salgo de la cama y voy hacia el ventanal. Abro la puerta del balcón y me acerco a la barandilla de vidrio. Su transparencia me pone nerviosa. Está muy alto, y el aire es fresco, frío.

Contemplo las luces de Seattle centelleando allá fuera. Christian está tan lejos de todo, aquí arriba en su fortaleza. No tiene que rendir cuentas ante nadie. Acababa de decirme que me quería, y entonces vuelve a interponerse toda esa porquería por culpa de esa espantosa mujer. Pongo los ojos en blanco. Su vida es muy complicada. Él es muy complicado.

Respiro hondo, echo un último vistazo a la ciudad que se extiende a mis pies como un manto dorado, y decido telefonar a Ray. Hace tiempo que no hablo con él. Tenemos una conversación breve, como de costumbre, pero me cuenta que está bien y que estoy interrumpiendo un partido de fútbol importante.

—Espero que vaya todo bien con Christian —dice con naturalidad, y sé que su intención es obtener información, pero que en realidad no lo quiere saber.

—Sí. Estamos muy bien.

Más o menos, y me voy a vivir con él. Aunque no hemos concretado fechas.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Annie.

Cuelgo y miro el reloj. Solo son las diez. Estoy inquieta y tensa.

Me doy una ducha rápida y, cuando vuelvo a la habitación, decido ponerme uno de los camisonos de Neiman Marcus que me envió Caroline Acton. Christian siempre se queja de mis camisetas. Hay tres. Escojo el rosa pálido y me lo pongo por la cabeza. La tela se desliza por mi piel, acariciándome y ciñéndose mientras me cubre el cuerpo. Es de un satén finísimo y buenísimo, que transmite una sensación de lujo. ¡Uau! Me miro en el espejo y parezco una estrella de cine de los años treinta. Es largo y elegante... y tan impropio de mí.

Cojo la bata a juego y decido ir a buscar un libro a la biblioteca. Puedo leer con mi iPad, pero en este momento me apetece la comodidad y la solidez física de un libro. Dejaré tranquilo a Christian. Quizá recupere el buen humor cuando haya terminado de trabajar.

En la biblioteca de Christian hay una cantidad ingente de libros. Tardaría una eternidad en revisarlos título por título. Le echo un vistazo a la mesa de billar y, al recordar la noche anterior, me ruborizo. Sonrío al ver que la regla sigue en el suelo. La recojo y me golpeo en la mano. ¡Ay! Escuece.

¿Por qué no puedo aceptar un poco más de dolor por mi hombre? Dejo la regla sobre la mesa con cierto abatimiento y sigo buscando un buen libro para leer.

La mayoría son primeras ediciones. ¿Cómo puede haber reunido una colección como esta en tan poco tiempo? Quizá el trabajo de Taylor incluya la adquisición de libros. Me decido por *Rebecca*, de Daphne du Maurier. Lo leí hace mucho tiempo. Sonrío, me acurruco en una de las mullidas butacas y leo la primera frase:

Anoche soñé que había vuelto a Manderley...

Me despierto de golpe cuando Christian me coge en brazos.

—Hola —murmura—, te has quedado dormida. No te encontraba.

Hunde la nariz en mi pelo. Adormecida, le echo los brazos al cuello y aspiro su aroma —oh, qué bien huele—, mientras él me lleva otra vez al dormitorio. Me tumba en la cama y me arropa.

—Duerme, nena —susurra, y me besa en la frente.

Me despierto sobresaltada de un sueño convulso y me quedo momentáneamente desorientada. Reacciono mirando con ansiedad a los pies de la cama, pero allí no hay nadie. Del salón llega el tenue sonido de una compleja melodía de piano.

¿Qué hora es? Miro el despertador: las dos de la madrugada. ¿Habrá dormido algo Christian? Apartando la bata que todavía llevo puesta y que se me enreda en las piernas, bajo de la cama.

Me quedo de pie en la penumbra del salón, escuchando. Christian está absorto en la música. Parece tranquilo y a salvo en su burbuja de luz. Y la pieza que interpreta es una melodía cadenciosa, con partes que me resultan familiares. Pero es muy compleja. Es un intérprete maravilloso. ¿Por qué siempre me sorprende ante ello?

La escena en conjunto parece diferente de algún modo, y entonces me doy cuenta de que la tapa del piano está bajada y el entorno parece más diáfano. Él levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos grises se iluminan bajo el difuso resplandor de la lámpara. Sigue tocando, sin la menor vacilación ni fallo, mientras yo me voy acercando. Me sigue con sus ojos, que se embeben de mí, arden y resplandecen. Cuando llego a su lado, deja de tocar.

—¿Por qué paras? Era precioso.

—¿Tienes idea de lo deseable que estás en este momento? —dice en voz baja.

Oh.

—Ven a la cama —susurro, y sus ojos refulgen cuando me tiende la mano.

La acepto, él tira repentinamente de mí y caigo en su regazo. Me rodea con sus brazos y me acaricia la nuca con la nariz, por detrás de la oreja, y un escalofrío me recorre la columna.

—¿Por qué nos peleamos? —murmura, y sus dientes me rozan el lóbulo.

Mi corazón late con fuerza y empieza a palpar desbocado, y mi cuerpo se enardece.

—Porque nos estamos conociendo, y tú eres tozudo y cascarrabias y gruñón y difícil —murmuro sin aliento, y ladeo la cabeza para facilitarle el acceso a mi cuello.

Él baja la nariz por mi garganta, y noto que sonrío.

—Soy todas esas cosas, señorita Steele. Me asombra que me soporte. —Me mordisquea el lóbulo y yo gimo—. ¿Es siempre así? —suspira.

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco.

Tira del cinturón de mi bata, la abre, y desliza una mano que me acaricia el cuerpo, los senos. Mis pezones se endurecen con sus tiernas caricias y se yerguen bajo el satén. Él sigue bajando hacia la cintura, hasta la cadera.

—Es muy agradable tocarte bajo esta tela, y se trasluce todo, incluso esto.

Tira suavemente de mi vello público y me provoca un gemido, mientras con la otra mano me agarra el pelo de la nuca. Me echa la cabeza hacia atrás y me besa con una lengua anhelante, despiadada, hambrienta. Yo respondo con un quejido y acaricio ese rostro tan querido. Con una mano tira hacia arriba de mi camisón, con delicadeza, despacio, seductor. Me acaricia el trasero desnudo y luego baja el pulgar hasta el interior del muslo.

De repente se levanta, sobresaltándome. Me coloca sobre el piano con los pies apoyados en las teclas, que emiten notas discordantes e inconexas, mientras sus manos suben por mis piernas y me separan las rodillas. Me sujeta las manos.

—Túmbate —ordena, sin soltarme las manos mientras yo me recuesto sobre el piano.

Noto en la espalda la tapa dura y rígida. Me libera las manos y me separa mucho las piernas. Mis pies bailan sobre las teclas, sobre las notas más graves y agudas.

Ay, Dios. Sé qué va a hacer, y la expectativa... Cuando me besa el interior de la rodilla gimo con fuerza. Luego me mordisquea mientras sube por la pierna hasta

el muslo. Aparta la suave tela de satén del camisón, que se desliza hacia arriba sobre mi piel electrizada. Yo flexiono los pies y vuelven a sonar los acordes discordantes. Cierro los ojos y, cuando su mano alcanza el vértice de mis muslos, me rindo a él.

Me besa... ahí... Oh, Dios... ahora sopla ligeramente antes de trazar círculos con la lengua en mi clítoris. Empuja para separarme más las piernas, y yo me siento tan abierta... tan vulnerable. Me coloca bien, apoya las manos encima de mis rodillas, y su lengua sigue torturándome, sin cuartel, sin descanso... sin piedad. Yo alzo las caderas para unirme y acompasarme a su ritmo.

—Oh, Christian, por favor —gimo.

—Ah, no, nena, todavía no —dice con un deje burlón, pero noto que me acelero al ritmo de él, y entonces se detiene.

—No —gimoteo.

—Esta es mi venganza, Ana —gruñe suavemente—. Si discutes conmigo, encontraré el modo de desquitarme con tu cuerpo.

Dibuja un rastro de besos a través de mi vientre, sus manos recorren mis muslos hacia arriba, rozando, masajeando, seduciendo. Me rodea el ombligo con la lengua, mientras sus manos —y sus pulgares... oh, sus pulgares— llegan a la cúspide de mis muslos.

—¡Ah! —grito cuando uno de ellos penetra en mi interior.

El otro me acosa, despacio, de forma agónica, trazando círculos una y otra vez. Mi espalda se arquea y se separa de la tapa del piano, y me retuerzo bajo sus caricias. Es casi insoportable.

—¡Christian! —grito, y me sumerjo en una espiral descontrolada de deseo.

Él se apiada de mí y se para. Me levanta los pies del teclado, me empuja y me desliza sobre la tapa del piano. El satén resbala con suavidad, y él también se sube. Se arrodilla un momento para ponerse un condón. Se cierne sobre mí y yo jadeo, le miro con anhelo febril, y me doy cuenta de que está desnudo. ¿Cuándo se ha quitado la ropa?

Él baja la mirada hacia mí con ojos asombrados, maravillados de amor y pasión, y resulta embriagador.

—Te deseo tanto —dice y muy despacio, de forma exquisita, se hunde en mí.

Estoy tumbada sobre él, exhausta, siento las extremidades pesadas y lánguidas. Ambos estamos encima del piano. Oh, Dios. Es mucho más cómodo estar encima de Christian que sobre el piano. Con cuidado de no tocarle el torso, apoyo la mejilla en él y me quedo inmóvil. No protesta, y escucho su respiración, que se ralentiza como la mía. Me acaricia con ternura el pelo.

—¿Tomas té o café por las noches? —pregunto, medio dormida.

—Qué pregunta tan rara —dice también adormilado.

—Se me ocurrió llevarte un té al estudio, y entonces caí en la cuenta de que no sabía si te apetecería.

—Ah, ya. Por las noches agua o vino, Ana. Aunque a lo mejor debería probar el té.

Baja la mano cadenciosamente por mi espalda y me acaricia con ternura.

—La verdad es que sabemos muy poco uno del otro —murmuro.

—Lo sé —dice en tono afligido.

Me siento y le miro fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Él mueve la cabeza, como si quisiera deshacerse de una idea desagradable. Levanta una mano y me acaricia la mejilla, con los ojos brillantes, muy serio.

—Te quiero, Ana Steele —dice.



A las seis en punto suena la alarma con la información del tráfico, y me despierta bruscamente de un perturbador sueño sobre rubias de intensa cabellera y mujeres de pelo oscuro. No entiendo de qué va todo esto, pero me olvido al momento porque Christian Grey me envuelve el cuerpo como la seda, con su mata de pelo rebelde sobre mi pecho, una mano sobre mis senos y una pierna echada por encima de mí, sujetándome. Él sigue durmiendo y yo tengo demasiado calor. Pero no hago caso de esa incómoda sensación, e intento pasarle los dedos por el pelo con suavidad. Se mueve, levanta sus brillantes ojos grises y sonrío adormilado. Oh, Dios... es adorable.

—Buenos días, preciosa —dice.

—Buenos días, precioso tú también.

Le devuelvo la sonrisa. Me besa, se desenreda para incorporarse, se apoya en un codo y me mira.

—¿Has dormido bien?

—Sí, a pesar de esa interrupción de anoche.
Su sonrisa se ensancha.

—Mmm. Tú puedes interrumpirme así siempre que quieras.

Vuelve a besarme.

—¿Y tú? ¿Has dormido bien?

—Contigo siempre duermo bien, Anastasia.

—¿Ya no tienes pesadillas?

—No.

Frunzo el ceño y me atrevo a preguntar:

—¿Sobre qué son tus pesadillas?

Él arquea una ceja y su sonrisa se desvanece.

Maldita sea... mi estúpida curiosidad.

—Son imágenes de cuando era muy pequeño, según dice el doctor Flynn. Algunas muy claras, otras menos.

Se le quiebra la voz y aparece en su rostro una mirada distante y atormentada. Con aire ausente, resigue con el dedo el perfil de mi clavícula, tratando de desviar mi atención.

—¿Te despiertas llorando y gritando? —intento bromear, en vano.

Él me mira, perplejo.

—No, Anastasia. Nunca he llorado, que yo recuerde.

Frunce el ceño, como si se asomara al abismo de su memoria. Oh, no... probablemente sea un lugar demasiado siniestro para visitarlo en este momento.

—¿Tienes algún recuerdo feliz de tu infancia? —pregunto enseguida, básicamente para distraerle.

Se queda pensativo un momento, sin dejar de acariciarme la piel con el pulgar.

—Recuerdo a la puta adicta al crack preparando algo en el horno. Recuerdo el olor. Creo que era un pastel de cumpleaños. Para mí. Y luego recuerdo la llegada de Mia, cuando ya estaba con mis padres. A mi madre le preocupaba mi reacción, pero yo adoré a aquel bebé desde el primer momento. La primera palabra que dije fue «Mia». Recuerdo mi primera clase de piano. La señorita Kathie, la profesora, era extraordinaria. Y también criaba caballos.

Sonríe con nostalgia.

—Dijiste que tu madre te salvó la vida. ¿Cómo?

Su expresión soñadora desaparece, y me mira como si yo fuera incapaz de sumar dos más dos.

—Me adoptó —dice sin más—. La primera vez que la vi creí que era un ángel. Iba vestida de blanco, y fue tan dulce y tranquilizadora mientras me examinaba... Nunca lo olvidaré. Si ella me hubiera rechazado, o si Carrick me hubiera rechazado... —Se encoge de hombros y echa un vistazo al despertador a su espalda—. Todo esto es un poco demasiado profundo para esta hora de la mañana —musita.

—Me he prometido a mí misma que te conocería mejor.

—¿Ah, sí, señorita Steele? Yo creía que solo quería saber si prefería café o té. —Sonríe—. De todas formas, se me ocurre una forma mejor de que me conozcas —dice, empujando las caderas hacia mí sugerentemente.

—Creo que en ese sentido ya te conozco bastante —replico con altivez, haciéndole sonreír aún más.

—Pues yo creo que nunca te conoceré bastante en ese sentido —murmura—. Está claro que despertarse contigo tiene ventajas —dice en un tono seductor que me derrite por dentro.

—¿Tienes que levantarte ya? —pregunto con voz baja y ronca.

Oh... lo que provoca en mí...

—Esta mañana no. Ahora mismo solo deseo estar en un sitio, señorita Steele —dice con un brillo lascivo en los ojos.

—¡Christian! —jadeo sobresaltada cuando, de pronto, le tengo encima, sujetándome contra la cama.

Me coge las manos, me las coloca sobre la cabeza y empieza a besarme el cuello.

—Oh, señorita Steele. —Sonríe con su boca contra mi piel, y su mano recorre mi cuerpo y empieza a levantar despacio el camisón de satén, provocándome unos calambres deliciosos—. Ah, lo que me gustaría hacerte —murmura.

Y el interrogatorio se acaba, y yo estoy perdida.

La señora Jones me sirve tortitas y beicon para desayunar, y una tortilla y beicon para Christian. Estamos sentados de lado frente a la barra, cómodos y en silencio.

—¿Cuándo conoceré a Claude, tu entrenador, para ponerle a prueba? —pregunto.

Christian me mira y sonríe.

—Depende de si quieres ir a Nueva York este fin de semana o no; a menos que quieras verle entre semana, a primera hora de la mañana. Le pediré a Andrea que consulte su horario y te lo diga.

—¿Andrea?

—Mi asistente personal.

Ah, sí.

—Una de tus muchas rubias —bromeo.

—No es mía. Trabaja para mí. Tú eres mía.

—Yo trabajo para ti —murmuro en tono mordaz.

Él sonrío, como si lo hubiera olvidado.

—Eso también —replica, y su sonrisa se ensancha de forma contagiosa.

—Quizá Claude pueda enseñarme kickboxing —le advierto.

—¿Ah, sí? ¿Para enfrentarte a mí con más garantías? —Christian levanta una ceja, divertido—. Pues adelante, señorita Steele.

Ahora se le ve tan condenadamente feliz, comparado con el mal humor de anoche cuando se fue Elena, que me desarma totalmente. A lo mejor es por todo el sexo... a lo mejor es eso lo que le pone tan contento.

Echo un vistazo al piano a nuestra espalda, y me deleito en el recuerdo de anoche.

—Has vuelto a levantar la tapa del piano.

—La bajé anoche para no molestarte. Por lo visto no funcionó, pero me alegro.

Christian esboza una sonrisa lasciva mientras se lleva un trozo de tortilla a los labios. Yo me pongo de todos los colores y le devuelvo la sonrisa.

Oh sí... esos gloriosos momentos sobre el piano.

La señora Jones se inclina sobre la barra y me coloca delante una bolsa de papel con mi almuerzo, y yo me sonrojo, avergonzada.

—Para después, Ana. De atún, ¿vale?

—Sí, sí. Gracias, señora Jones.

Le sonrió con timidez.

Ella me devuelve una sonrisa afectuosa y abandona la estancia. Para proporcionarnos un poco de intimidad, supongo.

Me vuelvo hacia Christian.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Su expresión divertida se esfuma.

—Claro.

—¿Y no te enfadarás?

—¿Es sobre Elena?

—No.

—Entonces no me enfadaré.

—Pero ahora tengo una pregunta adicional.

—¿Ah?

—Que sí es sobre ella.

Él pone los ojos en blanco.

—¿Qué? —dice, ahora ya exasperado.

—¿Por qué te enfadas tanto cuando te pregunto por ella?

—¿Sinceramente?

—Creía que siempre eras sincero conmigo —
replico.

—Procuro serlo.

Le miro con los ojos entornados.

—Eso suena a evasiva.

—Yo siempre soy sincero contigo, Ana. No me interesan los juegucitos. Bueno, no ese tipo de juegucitos —matiza, y su mirada se enardece.

—¿Qué tipo de juegucitos te interesan?

Inclina la cabeza hacia un lado y me sonrío con complicidad.

—Señorita Steele, se distrae usted con mucha facilidad.

Me echo a reír. Tiene razón.

—Usted es una distracción en muchos sentidos, señor Grey.

Veo bailar en sus ojos grises una chispa jocosa.

—La canción que más me gusta del mundo es tu risa, Anastasia. Dime, ¿cuál era tu primera pregunta? — dice suavemente, y creo que se está riendo de mí.

Intento torcer el gesto para expresar mi desagrado, pero me gusta el Cincuenta juguetón... es divertido. Me encantan estas bromas matutinas. Arrugo la frente, intentando recordar mi pregunta.

—Ah, sí. ¿Solo veías a tus sumisas los fines de semana?

—Sí, eso es —contesta, y me mira nervioso.

Le sonrío.

—Así que nada de sexo entre semana.

Se ríe.

—Ah, ahí querías ir a parar. —Parece vagamente aliviado—. ¿Por qué crees que hago ejercicio todos los días laborables?

Ahora se está riendo claramente de mí, pero no me importa. Soy tan feliz que tengo ganas de abrazarme. Otra primera vez... bueno, varias primeras veces.

—Parece muy satisfecha de sí misma, señorita Steele.

—Lo estoy, señor Grey.

—Tienes motivos. —Sonríe—. Ahora cómete el desayuno.

Oh, el dominante Cincuenta... siempre al acecho.

Estamos en la parte de atrás del Audi, con Taylor al volante. Me dejará en el trabajo, y después a Christian. Sawyer va en el asiento del copiloto.

—¿No dijiste que el hermano de tu compañera de piso llegaba hoy? —pregunta Christian como sin darle importancia, sin que ni su voz ni su rostro expresen nada.

—¡Oh, Ethan! —exclamo—. Me había olvidado. Oh, Christian, gracias por recordármelo. Tendré que volver al apartamento.

Le cambia la cara.

—¿A qué hora?

—No sé exactamente a qué hora llegará.

—No quiero que vayas sola a ningún sitio —dice tajante.

—Ya lo sé —musito, y reprimo la tentación de mirar con los ojos en blanco al señor Exagerado— ¿Sawyer estará espiando... esto... vigilando hoy?

Miro de reajo y con timidez a Sawyer, y compruebo que tiene la parte de atrás de las orejas teñida de rojo.

—Sí —replica Christian con una mirada glacial.

—Sería más fácil si fuera conduciendo el Saab —mascullo en tono arisco.

—Sawyer tendrá un coche y podrá llevarte al apartamento, a la hora que sea.

—De acuerdo. Supongo que Ethan se pondrá en contacto conmigo durante el día. Ya te haré saber los planes entonces.

Se me queda mirando, sin decir nada. Ah, ¿en qué estará pensando?

—Vale —acepta—. A ningún sitio sola, ¿entendido? —dice, haciendo un gesto de advertencia con el dedo.

—Sí, cariño —musito.

Aparece un amago de sonrisa en su cara.

—Y quizá deberías usar solo tu BlackBerry... te mandaré los correos ahí. Eso debería evitar que el informático de mi empresa pase una mañana demasiado entretenida, ¿de acuerdo? —dice en tono sardónico.

—Sí, Christian.

No lo puedo evitar. Le miro con los ojos en blanco, y él me sonríe maliciosamente.

—Vaya, señorita Steele, me parece que se me está calentando la mano.

—Ah, señor Grey, usted siempre tiene la mano caliente. ¿Qué vamos a hacer con eso?

Se ríe, pero entonces se ve interrumpido por su BlackBerry, que debe de estar en silencio, porque no suena. Al ver el identificador de llamada, Christian frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —espetea al teléfono, y luego escucha con atención.

Yo aprovecho la oportunidad para observar sus adorables facciones: su nariz recta, el cabello despeinado que le cae sobre la frente. Su expresión cambia de incrédula a divertida, haciendo que deje de comérmelo subrepticamente con los ojos y preste atención.

—Estás de broma... Vaya... ¿Cuándo te dijo eso? —Christian se carcajea, casi sin ganas—. No, no te preocupes. Tú no tienes por qué disculparte. Estoy encantado de que haya una explicación lógica. Me parecía una cantidad de dinero ridículamente pequeña...

No tengo la menor duda de que tienes en mente un plan creativo y diabólico para vengarte. Pobre Isaac. — Sonríe—. Bien... Adiós.

Cierra el teléfono de golpe y, aunque de pronto su mirada parece cautelosa, curiosamente también se le ve aliviado.

—¿Quién era? —pregunto.

—¿De verdad quieres saberlo? —inquire en voz baja.

Y esa respuesta me basta para saberlo. Niego con la cabeza y observo por la ventanilla el día gris de Seattle, sintiéndome consternada. ¿Por qué ella es incapaz de dejarle en paz?

—Eh...

Me coge la mano y me besa los nudillos, uno por uno, y de pronto me chupa el meñique, con fuerza. Después me muerde con suavidad.

¡Dios...! Tiene una línea erótica que comunica directamente con mi entrepierna. Jadeo y, nerviosa, miro de reojo a Taylor y a Sawyer, y después a Christian, que tiene los ojos sombríos y me obsequia con una sonrisa prolongada y sensual.

—No te agobies, Anastasia —murmura—. Ella pertenece al pasado.

Y me planta un beso en el centro de la palma de la mano que me provoca un cosquilleo por todo el cuerpo, y mi enojo momentáneo queda olvidado.

—Buenos días, Ana —saluda Jack mientras me dirijo hacia mi mesa—. Bonito vestido.

Me ruborizo. El vestido forma parte de mi nuevo guardarropa, cortesía de mi novio increíblemente rico. Es

un traje sin mangas, de lino azul claro y bastante entallado, que llevo con unas sandalias beis de tacón alto. A Christian le gustan los tacones, creo. Sonríó por dentro al pensarlo, pero enseguida recupero una anodina sonrisa profesional destinada a mi jefe.

—Buenos días, Jack.

Inicio mi jornada pidiendo un mensajero para que lleve a imprimir sus folletos. Él asoma la cabeza por la puerta de su despacho.

—Ana, ¿podrías traerme un café, por favor?

—Claro.

Voy hacia la cocina y me encuentro con Claire, la recepcionista, que también está preparando café.

—Hola, Ana —dice alegremente.

—Hola, Claire.

Charlamos un poco sobre la reunión del fin de semana con su numerosa familia, en la cual disfruté muchísimo, y yo le cuento que salí a navegar con Christian.

—Tienes un novio de ensueño, Ana —me dice con los ojos brillantes.

Estoy tentada de mirarla con expresión maravillada.

—No está mal.

Sonríó, y ambas nos echamos a reír.

—¡Cuánto has tardado! —me increpa Jack cuando llego.

¡Oh!

—Lo siento.

Me ruborizo y luego tuerzo el gesto. He tardado lo normal. ¿Qué le pasa? A lo mejor está nervioso por algo.

Él mueve la cabeza, arrepentido.

—Perdona, Ana. No pretendía gritarte, cielo.

¿Cielo?

—En dirección se está tramando algo y no sé qué es. Estate atenta, ¿vale? Si oyes algo por ahí... sé que las chicas habláis entre vosotras.

Me sonrío con aire cómplice y siento unas ligeras náuseas. No tiene ni idea de qué hablamos las «chicas». Además, yo ya sé lo que está pasando.

—Me lo harás saber, ¿verdad?

—Claro —digo entre dientes—. He mandado a imprimir el folleto. Estará listo a las dos en punto.

—Estupendo. Toma. —Me entrega un montón de manuscritos—. Necesito una sinopsis del primer capítulo de todos estos, y luego archívalos.

—Me pondré a ello.

Me siento aliviada al salir de su despacho y ocupar mi mesa. Ah, no me resulta nada fácil disponer de información confidencial. ¿Qué hará Jack cuando se entere? Se me hiela la sangre. Algo me dice que se enfadará bastante. Echo un vistazo a mi BlackBerry y sonrío. Hay un e-mail de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 14 de junio de 2011 09:23

Para: Anastasia Steele

Asunto: Amanecer

Me encanta despertarme contigo por la mañana.

Christian Grey

Total y absolutamente enamorado presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Tengo la sensación de que la sonrisa que aparece en mi cara la parte en dos.

De: Anastasia Steele

Fecha: 14 de junio de 2011 09:35

Para: Christian Grey

Asunto: Anochecer

Querido total y absolutamente enamorado:

A mí también me encanta despertarme contigo. Aunque yo adoro estar contigo en la cama y en los ascensores y encima de los pianos y en mesas de billar y en barcos y escritorios y duchas y bañeras y atada a extrañas cruces de madera y en inmensas camas de cuatro postes con sábanas de satén rojo y en casitas de embarcaderos y en dormitorios de infancia.

Tuya

Loca por el sexo e insaciable xx

De: Christian Grey

Fecha: 14 de junio de 2011 09:37

Para: Anastasia Steele

Asunto: Hardware húmedo

Querida loca por el sexo e insaciable:
Acabo de espurrear el café encima de mi teclado.
Creo que nunca me había pasado algo así.
Admiro a una mujer que se entusiasma tanto por
la geografía.
¿Debo deducir que solo me quiere por mi cuerpo?

Christian Grey
Total y absolutamente escandalizado presidente
de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 14 de junio de 2011 09:42
Para: Christian Grey
Asunto: Riendo como una tonta... y húmeda
también

Querido total y absolutamente escandalizado:
Siempre.
Tengo que trabajar.
Deja de molestarme.

LS&I xx

De: Christian Grey
Fecha: 14 de junio de 2011 09:50
Para: Anastasia Steele
Asunto: ¿He de hacerlo?

Querida LS&I:

Como siempre, sus deseos son órdenes para mí.
Me encanta que estés húmeda y riendo como una tonta.

Hasta luego, nena.

x

Christian Grey

Total y absolutamente enamorado, escandalizado y embrujado
presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Dejo la BlackBerry y me pongo a trabajar.

A la hora del almuerzo, Jack me pide que vaya a comprarle algo de comer. En cuanto salgo de su despacho, llamo a Christian.

—Anastasia —contesta inmediatamente con voz cariñosa y acariciante.

¿Cómo consigue este hombre que me derrita por teléfono?

—Christian, Jack me ha pedido que vaya a comprarle la comida.

—Cabrón holgazán —maldice.

No le hago caso, y continúo:

—Así que voy a comprarla. Quizá sería más práctico que me dieras el teléfono de Sawyer, y así no tendría que molestarte.

—No es ninguna molestia, nena.

—¿Estás solo?

—No. Aquí hay seis personas que me miran atónitas preguntándose con quién demonios estoy hablando.

Oh, no...

—¿De verdad? —musito aterrada.

—Sí. De verdad. Mi novia —informa, apartándose del teléfono.

¡Madre mia!

—Seguramente todos creían que eras gay, ¿sabes?

Se ríe.

—Sí, seguramente.

Puedo percibir su sonrisa.

—Esto... tengo que colgar.

Estoy segura de que nota cuánto me avergüenza interrumpirle.

—Se lo comunicaré a Sawyer. —Vuelve a reírse—. ¿Has sabido algo de tu amigo?

—Todavía no. Será usted el primero en enterarse, señor Grey.

—Bien. Hasta luego, nena.

—Adiós, Christian.

Sonrío. Cada vez que dice eso, me hace sonreír... tan impropio de Cincuenta, pero en cierto modo, también tan de él.

Cuando salgo al cabo de pocos segundos, Sawyer ya me está esperando en la puerta del edificio.

—Señorita Steele —me saluda muy formal.

—Sawyer —asiento a modo de respuesta, y nos encaminamos juntos hacia la tienda.

Con Sawyer no me siento tan cómoda como con Taylor. Él sigue vigilando la calle mientras caminamos por la acera. De hecho, consigue ponerme más nerviosa, y también yo acabo haciendo lo mismo.

¿Está Leila rondando por aquí cerca? ¿O nos hemos contagiado todos de la paranoia de Christian? ¿Forma parte esto de sus cincuenta sombras? Lo que daría por tener una inocente conversación de media hora con el doctor Flynn para averiguarlo.

No se ve nada raro, solo Seattle a la hora del almuerzo: gente que sale a comer con prisas, que va de compras o a reunirse con amigos. Veo a dos mujeres jóvenes que se abrazan al encontrarse.

Echo de menos a Kate. Solo hace dos semanas que se fue de vacaciones, pero me parecen las dos semanas más largas de mi vida. Han pasado tantas cosas... Kate no me creerá cuando se lo cuente. Bueno, se lo contaré parcialmente, una versión sujeta a un acuerdo de confidencialidad. Frunzo el ceño. Tengo que hablar con Christian de eso. ¿Cómo reaccionaría Kate si se enterase? Palidezco al pensarlo. Tal vez regrese con Ethan. Esa posibilidad me hace temblar de emoción, pero no lo creo probable. Seguramente se quedará en Barbados con Elliot.

—¿Dónde se pone cuando está esperando y vigilando en la calle? —le pregunto a Sawyer mientras hacemos cola para la comida.

Está situado delante de mí, de cara a la puerta, controlando continuamente la calle y a todo el que entra. Resulta inquietante.

—Me siento en la cafetería que hay al otro lado de la calle, señorita Steele.

—¿No es muy aburrido?

—Para mí no, señora. Es a lo que me dedico — dice con frialdad.

Me sonrojo.

—Perdone, no pretendía...

Al ver su expresión amable y comprensiva, me quedo sin palabras.

—Por favor, señorita Steele. Mi trabajo es protegerla. Y eso es lo que hago.

—¿Ni rastro de Leila, entonces?

—No, señora.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo sabe qué aspecto tiene?

—He visto una fotografía suya.

—Ah, ¿la lleva encima?

—No, señora. —Se da un golpecito en la cabeza—. La guardo en la memoria.

Pues claro. La verdad es que me gustaría mucho examinar bien una fotografía de Leila para ver cómo era antes de convertirse en la Chica Fantasma. Me pregunto si Christian me dejaría tener una copia. Sí, seguramente sí... por mi seguridad. Urdo un plan, y mi subconsciente se relame y asiente entusiasmada.

Los folletos llegan a la oficina, y me alivia ver que han quedado muy bien. Llevo uno al despacho de Jack. Se le ilumina la mirada: no sé si es por mí o por el folleto. Opto por creer que se trata de esto último.

—Están muy bien, Ana. —Lo hojea tranquilamente—. Sí, buen trabajo. ¿Vas a ver a tu novio esta noche?

Tuerce el labio al decir «novio».

—Sí. Vivimos juntos.

Es una verdad a medias. Bueno, en este momento sí es cierto, así que no es más que una mentira inocente. Espero que con eso baste para disuadirle.

—¿Se molestaría si fueras conmigo a tomar una copa rápida esta noche? Para celebrar todo el trabajo que has hecho.

—Tengo un amigo que vuelve a la ciudad esta noche, y saldremos todos a cenar.

Y estaré ocupada todas las noches, Jack.

—Ya veo. —Suspira, exasperado—. ¿Quizá cuando vuelva de Nueva York, entonces?

Levanta las cejas, expectante, y se le enturbia la mirada de forma sugerente.

Oh, no... Esbozo una sonrisa evasiva y reprimo un estremecimiento.

—¿Te apetece un café o un té? —pregunto.

—Café, por favor —dice en voz baja y ronca, como si estuviera pidiendo otra cosa.

Maldita sea. Ahora me doy cuenta de que no piensa rendirse. Oh... ¿qué hago?

Cuando salgo de su despacho respiro hondo, ya mucho más tranquila. Jack me pone muy tensa. Christian no se equivoca con él, y en parte me molesta que tenga razón.

Me siento a mi mesa y suena mi BlackBerry: un número que no reconozco.

—Ana Steele.

—¡Hola, Steele!

El alegre tono de Ethan me coge momentáneamente desprevenida.

—¡Ethan! —casi grito de alegría—. ¿Cómo estás?

—Encantado de haber vuelto. Estaba francamente harto de sol y de ponches de ron, y de mi hermana pequeña perdidamente enamorada de ese tipo tan importante. Ha sido infernal, Ana.

—¡Ya! Mar, arena, sol y ponches de ron recuerda mucho al «Infierno» de Dante —contesto entre risas—. ¿Dónde estás?

—En el aeropuerto, esperando a que salga mi maleta. ¿Qué estás haciendo tú?

—Estoy en el trabajo. Sí, tengo un trabajo remunerado —replico ante su exclamación de asombro—. ¿Quieres venir a buscar las llaves? Luego podemos vernos en el apartamento.

—Me parece estupendo. Nos vemos dentro de cuarenta y cinco minutos, una hora como mucho. ¿Me das la dirección?

Le doy la dirección de SIP.

—Nos vemos ahora, Ethan.

—Hasta luego, nena —dice, y cuelga.

¿Qué? ¿Ethan también? ¡No! Y caigo en la cuenta de que acaba de pasar una semana con Elliot. Rápidamente le escribo un correo electrónico a Christian.

De: Anastasia Steele

Fecha: 14 de junio de 2011 14:55

Para: Christian Grey

Asunto: Visitas procedentes de climas soleados

Queridísimo total y absolutamente EEE:

Ethan ha vuelto, y va a venir a buscar las llaves del apartamento.

Me gustaría mucho comprobar que está bien instalado.

¿Por qué no me recoges después del trabajo?
¿Podríamos ir al apartamento y después salir TODOS a cenar algo?

¿Invito yo?
Tuya

Ana x
Aún LS&I

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 14 de junio de 2011 15:05
Para: Anastasia Steele
Asunto: Cenar fuera

Apruebo tu plan. ¡Menos lo de que pagues tú!
Invito yo.
Te recogeré a las seis en punto.
x

P.D.: ¡¡¡Por qué no utilizas tu BlackBerry!!!

Christian Grey
Total y absolutamente enfadado presidente de
Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 14 de junio de 2011 15:11
Para: Christian Grey
Asunto: Mandón

Bah, no seas tan rudo ni te enfades tanto.
Todo está en clave.
Nos vemos a las seis en punto.

Ana x

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 14 de junio de 2011 15:18
Para: Anastasia Steele
Asunto: Mujer exasperante

¡Rudo y enfadado!
Ya te daré yo rudo y enfadado.
Y tengo muchas ganas.

Christian Grey
Total y absolutamente más enfadado, pero
sonriendo por alguna razón desconocida, presidente de
Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 14 de junio de 2011 15:23

Para: Christian Grey
Asunto: Promesas, promesas

Adelante, señor Grey.
Yo también tengo muchas ganas. ;D

Ana x

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

No contesta, pero tampoco espero que lo haga. Le imagino quejándose de las señales contradictorias, y al pensarlo sonrío. Fantaseo un momento sobre lo que puede hacerme, pero acabo revolviéndome en la silla. Mi subconsciente me mira con aire reprobatorio por encima de sus gafas de media luna: Sigue trabajando.

Al cabo de un momento, suena el teléfono de mi mesa. Es Claire, de recepción.

—Aquí hay un chico muy mono que viene a verte. Tenemos que salir juntas de copas algún día, Ana. Seguro que tú conoces a muchos tíos buenos —sisea a través del auricular en tono cómplice.

¡Ethan! Cojo las llaves de mi bolso, y corro al vestíbulo.

Madre mía... Cabello rubio tostado por el sol, bronceado espectacular y unos ojos almendrados que me miran resplandecientes desde el sofá de piel verde. En cuanto me ve, Ethan se pone de pie y viene hacia mí con la boca abierta.

—Uau, Ana. —Me mira con el ceño fruncido mientras se inclina para darme un abrazo.

—Estás estupendo —le digo sonriendo.

—Tú estás... vaya... diferente. Más moderna y sofisticada. ¿Qué ha pasado? ¿Te has cambiado el peinado? ¿La ropa? ¡No sé, Steele, pero estás muy atractiva!

Siento que me arden las mejillas.

—Oh, Ethan. Es solo la ropa que llevo para trabajar —le regaño medio en broma.

Claire, que nos está mirando desde su mostrador, arquea una ceja y sonríe con ironía.

—¿Qué tal por Barbados?

—Divertido.

—¿Cuándo vuelve Kate?

—Ella y Elliot vuelven el viernes. Parece que van bastante en serio —dice Ethan, alzando la mirada al cielo.

—La he echado de menos.

—¿Sí? ¿Cómo te ha ido con el magnate?

—¿El magnate? —Suelto una risita—. Bueno, está siendo interesante. Esta noche nos invita a cenar.

—Genial.

Ethan parece sinceramente encantado. ¡Uf!

—Toma. —Le entrego las llaves—. ¿Tienes la dirección?

—Sí. Hasta luego, nena. —Se agacha y me besa en la mejilla.

—¿Eso lo dice Elliot?

—Sí, por lo visto se pega.

—Pues sí. Hasta luego.

Le sonrío y él recoge la enorme bolsa que ha dejado junto al sofá verde y sale del edificio.

Cuando me doy la vuelta, Jack me está mirando desde el otro extremo del vestíbulo, con expresión inescrutable. Yo le sonrío, radiante, y me dirijo de vuelta a mi mesa, consciente en todo momento de que no me quita la vista de encima. Está empezando a crisparme los nervios. ¿Qué hago? No tengo ni idea. Tendré que esperar a que vuelva Kate. A ella se le ocurrirá algún plan. Pensar eso disipa mi inquietud, y cojo el siguiente manuscrito.

A las seis menos cinco, suena el teléfono de mi mesa. Es Christian.

—Ha llegado el malhumorado Rudo y Enfadado — dice, y sonrío.

Cincuenta sigue jugueteando. La diosa que llevo dentro aplaude, feliz como una cría.

—Bien, aquí Loca por el Sexo e Insaciable. Deduzco que ya estás fuera —digo.

—Efectivamente, señorita Steele. Tengo ganas de verla —dice en tono cálido y seductor, y mi corazón empieza a brincar, frenético.

—Lo mismo digo, señor Grey. Ahora salgo.

Cuelgo.

Apago el ordenador y cojo el bolso y mi chaqueta beis.

—Me voy, Jack —le aviso.

—Muy bien, Ana. ¡Gracias por lo de hoy! Que lo pases bien.

—Tú también.

¿Por qué no puede ser así siempre? No le entiendo.

El Audi está aparcado junto al bordillo, y cuando me acerco Christian baja del coche. Se ha quitado la americana, y lleva esos pantalones grises que le sientan tan bien, mis favoritos. ¿Cómo puede ser para mí este dios griego? Y me encuentro sonriendo como una idiota ante su sonrisita tonta.

Lleva todo el día comportándose como un novio enamorado... enamorado de mí. Este hombre adorable, complejo e imperfecto está enamorado de mí, y yo de él. De pronto siento en mi interior un gran estallido de júbilo, y saboreo este fugaz momento en el que me siento capaz de conquistar el mundo.

—Señorita Steele, está usted tan fascinante como esta mañana.

Christian me atrae hacia él y me besa intensamente.

—Usted también, señor Grey.

—Vamos a buscar a tu amigo.

Me sonrío y me abre la puerta del coche.

Mientras Taylor nos lleva hacia el apartamento, Christian me habla del día que ha tenido, mucho mejor que el de ayer, por lo visto. Le miro arrobada mientras intenta explicarme el enorme paso adelante que ha dado el departamento de ciencias medioambientales de la WSU en Vancouver. Apenas comprendo el significado de sus palabras, pero me cautivan su pasión y su interés por ese tema. Quizá así es como será nuestra relación: habrá días malos y días buenos, y si los buenos son

como este, no pienso tener ninguna queja. Me entrega una hoja.

—Estas son las horas que Claude tiene libres esta semana —dice.

¡Ah! El preparador.

Cuando nos acercamos al edificio de mi apartamento, saca su BlackBerry del bolsillo.

—Grey —contesta—. ¿Qué pasa, Ros?

Escucha atentamente, y veo que la conversación será larga.

—Voy a buscar a Ethan. Serán dos minutos — articulo en silencio, levantando dos dedos.

Él asiente; es obvio que está muy enfrascado en la conversación. Taylor me abre la puerta con una sonrisa afable. Yo le correspondo; incluso Taylor lo nota. Pulso el timbre del interfono y grito alegremente:

—Hola, Ethan, soy yo. Ábreme.

La puerta se abre con un zumbido y subo las escaleras hasta el apartamento. Caigo en la cuenta de que no he estado aquí desde el sábado por la mañana. Parece que haya pasado mucho más tiempo. Ethan me ha dejado la puerta abierta. Entro y, no sé por qué, pero en cuanto estoy dentro me quedo paralizada instintivamente. Tardo un momento en darme cuenta de que es porque hay una persona pálida y triste de pie junto a la encimera de la isla de la cocina, sosteniendo un pequeño revólver: es Leila, que me observa impasible.

Dios santo...

Está ahí, mirándome con semblante inexpresivo e inquietante, y con una pistola en la mano. Mi subconsciente es víctima de un desmayo letal, del que no creo que despierte ni aspirando sales.

Parpadeo repetidamente mirando a Leila, mientras mi mente no para de dar vueltas frenéticamente. ¿Cómo ha entrado? ¿Dónde está Ethan? ¡Por Dios...! ¿Dónde está Ethan?

El miedo creciente y helador que atenaza mi corazón se convierte en terror, y se me erizan todos y cada uno de los folículos del cuero cabelludo. ¿Y si le ha hecho daño? Mi respiración empieza a acelerarse y la adrenalina y un pánico paralizante invaden todo mi cuerpo. Mantén la calma, mantén la calma... repito mentalmente como un mantra una y otra vez.

Ella ladea la cabeza y me mira como si fuera un fenómeno de barraca de feria. Pero aquí el fenómeno no soy yo.

Siento que he tardado un millón de años en procesar todo esto, cuando en realidad ha transcurrido apenas una fracción de segundo. El semblante de Leila sigue totalmente inexpresivo, y su aspecto tan desaliñado y enfermizo como siempre. Sigue llevando esa gabardina mugrienta, y parece necesitar desesperadamente una ducha. Tiene el pelo grasiento y

lacio pegado a la cabeza, y sus ojos castaños se ven apagados, turbios y vagamente confusos

Pese a tener la boca absolutamente seca, intento hablar.

—Hola... ¿Leila, verdad? —alcanzo a decir.

Ella sonrío, pero no es una sonrisa auténtica; sus labios se curvan de un modo desagradable.

—Ella habla —susurra, y su voz es un sonido fantasmagórico, suave y ronco a la vez.

—Sí, hablo —le digo con dulzura, como si me dirigiera a una niña—. ¿Estás sola aquí? ¿Dónde está Ethan?

Cuando pienso que puede haber sufrido algún daño, se me desboca el corazón.

A ella se le demuda la cara de tal modo que creo que está a punto de echarse a llorar... parece tan desvalida.

—Sola —susurra—. Sola.

Y la profundidad de la tristeza que contiene esa única palabra me desgarran el alma. ¿Qué quiere decir? ¿Yo estoy sola? ¿Está ella sola? ¿Está sola porque le ha hecho daño a Ethan? Oh... no... tengo que combatir el llanto inminente y el miedo asfixiante que me oprimen la garganta.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Puedo ayudarte?

Pese al sofocante ahogo que siento, mis palabras logran conformar un discurso atento, sereno y amable. Ella frunce el ceño como si mis preguntas la aturdieran por completo. Pero no emprende ninguna acción violenta contra mí. Sigue sosteniendo la pistola con gesto relajado. Yo no hago caso de la opresión que siento en el cerebro e intento otra táctica.

—¿Te apetece un poco de té?

¿Por qué le estoy preguntando si quiere té? Esa es la respuesta de Ray ante cualquier situación de crisis emocional, y me surge ahora en un momento totalmente inapropiado. Dios... le daría un ataque si me viera ahora mismo. Él ya habría echado mano de su preparación militar y a estas alturas ya la habría desarmado. De hecho, no me está apuntando con la pistola. A lo mejor puedo acercarme. Leila mueve lentamente la cabeza de un lado a otro, como si destensara el cuello.

Inspiro una preciada bocanada de aire para tratar de calmar el pánico que me dificulta la respiración, y me acerco hasta la encimera de la isla de la cocina. Ella tuerce el gesto, como si no entendiera del todo qué estoy haciendo, y se desplaza un poco para seguir plantada frente a mí. Cojo el hervidor con una mano temblorosa y lo lleno bajo el grifo. Conforme me voy moviendo, mi respiración se va normalizando. Sí, si ella quisiera matarme, seguramente ya me habría disparado. Me mira perpleja, con una curiosidad ausente. Mientras enciendo el interruptor de la tetera, no puedo dejar de pensar en Ethan. ¿Estará herido? ¿Atado?

—¿Hay alguien más en el apartamento? —pregunto con cautela.

Ella inclina la cabeza hacia un lado y, con la mano derecha —la que no sostiene el revólver—, coge un mechón de su melena grasienta y empieza a jugar con él, a darle vueltas y a enrollarlo. Resulta evidente que es algo que hace cuando está nerviosa, y al fijarme en ese detalle, me impresiona nuevamente cuánto se parece a mí. Mi ansiedad está llegando a un nivel que

casi me resulta insoportable, y espero su respuesta con la respiración contenida.

—Sola. Completamente sola —murmura.

Eso me tranquiliza. Quizá Ethan no esté aquí. Esa sensación de alivio me da fuerzas.

—¿Estás segura de que no quieres té ni café?

—No tengo sed —contesta en voz baja, y da un paso cauteloso hacia mí.

Mi sensación de fortaleza se evapora. ¡Dios...! Empiezo a jadear otra vez de miedo, sintiendo cómo circula de nuevo, denso y tempestuoso, por mis venas. A pesar de eso, y haciendo acopio de todo mi valor, me doy la vuelta y saco un par de tazas del armario.

—¿Qué tienes tú que yo no tenga? —pregunta, y su voz tiene la entonación cantarina de una niña pequeña.

—¿A qué te refieres, Leila? —pregunto con toda la amabilidad de la que soy capaz.

—El Amo, el señor Grey, permite que le llames por su nombre.

—Yo no soy su sumisa, Leila. Esto... el Amo entiende que yo soy incapaz e inadecuada para cumplir ese papel.

Ella inclina la cabeza hacia el otro lado. Es un gesto de lo más inquietante y antinatural.

—Ina...de...cuada. —Experimenta la palabra, la dice en voz alta, tratando de saber qué sensación le produce en la lengua—. Pero el Amo es feliz. Yo le he visto. Ríe y sonríe. Esas reacciones son raras... muy raras en él.

Oh.

—Tú te pareces a mí. —Leila cambia de actitud, cogiéndome por sorpresa, y creo que por primera vez fija realmente sus ojos en mí—. Al Amo le gustan obedientes y que se parezcan a ti y a mí. Las demás, todas lo mismo... todas lo mismo... y sin embargo tú duermes en su cama. Yo te vi.

¡Oh, no! Ella estaba en la habitación. No eran imaginaciones mías.

—¿Tú me viste en su cama? —susurro.

—Yo nunca dormí en la cama del Amo — murmura.

Es como un espectro etéreo, perdido. Como una persona a medias. Parece tan leve y frágil, y a pesar de llevar un arma, de pronto siento una abrumadora compasión por ella. Ahora sujeta la pistola con las dos manos, y yo abro tanto los ojos que amenazan con salirseme de las órbitas.

—¿Por qué al Amo le gustamos así? Eso me hace pensar que... que... el Amo es oscuro... el Amo es un hombre oscuro, pero yo le quiero.

No, no lo es, grito en mi fuero interno. Él no es oscuro. Él es un hombre bueno, y no está sumido en la oscuridad. Está conmigo, a plena luz. Y ahora ella está aquí, intentando arrastrarle de vuelta a las sombras con la retorcida idea de que le quiere.

—Leila, ¿quieres darme la pistola? —pregunto con suavidad.

Sus manos la aferran con más fuerza, y se lleva la pistola al pecho.

—Esto es mío. Es lo único que me queda. —Acaricia el arma con delicadeza—. Así ella podrá reunirse con su amor.

¡Santo Dios! ¿Qué amor... Christian? Siento como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. Sé que él aparecerá en cualquier momento para averiguar por qué estoy tardando tanto. ¿Tiene la intención de dispararle? La idea es tan terrorífica que se me forma un enorme nudo en la garganta. Se hincha y me duele, y casi me ahoga, al igual que el miedo que se acumula y me oprime el estómago.

Justo en ese momento, la puerta se abre de golpe y Christian aparece en el umbral, seguido de Taylor.

Los ojos de Christian se fijan en mí durante un par de segundos, me observan de la cabeza a los pies, y detecto un centelleo de alivio en su mirada. Pero ese alivio desaparece en cuanto clava la vista en Leila y se queda inmóvil, centrado en ella, sin vacilar lo más mínimo. La observa con una intensidad que yo no había visto nunca, con ojos salvajes, enormes, airados y asustados.

Oh, no... oh, no.

Leila abre mucho los ojos y por un momento parece que recobra la cordura. Parpadea varias veces y sujeta el arma con más fuerza.

Contengo el aliento, y mi corazón empieza a palpar con tanta fuerza que oigo la sangre bombeando en mis oídos. ¡No, no, no!

Mi mundo se sostiene precariamente en manos de esta pobre mujer destrozada. ¿Disparará? ¿A los dos? ¿Solo a Christian? Es una idea atroz.

Pero después de una eternidad, durante la cual el tiempo queda en suspenso a nuestro alrededor, ella

agacha un poco la cabeza y alza la mirada hacia él a través de sus largas pestañas con expresión contrita.

Christian levanta la mano para indicarle a Taylor que no se mueva. El rostro lívido de este revela su furia. Nunca le había visto así, pero se mantiene inmóvil mientras Christian y Leila se miran el uno al otro.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. ¿Qué hará ella? ¿Qué hará él? Pero se limitan a seguir mirándose. Christian tiene una expresión cruda, cargada de una emoción que desconozco. Puede ser lástima, miedo, afecto... ¿o es amor? ¡No, por favor... amor, no!

Él la fulmina con la mirada, y con una lentitud agónica, la atmósfera del apartamento cambia. La tensión ha aumentado de tal manera que percibo su conexión, la electricidad que hay entre ambos.

¡No! De repente siento que yo soy la intrusa, la que interfiere entre ellos, que siguen mirándose fijamente. Yo soy una advenediza, una voyeur que espía una escena íntima y prohibida detrás de unas cortinas corridas.

El brillo que arde en la mirada de Christian se intensifica y su porte cambia sutilmente. Parece más alto, y sus rasgos como más angulosos, más frío, más distante. Reconozco esa pose. Le he visto así antes... en su cuarto de juegos.

De nuevo se me eriza todo el vello. Este es el Christian dominante, y parece muy a gusto en su papel. No sé si es algo innato o aprendido, pero, con el corazón encogido y el estómago revuelto, veo cómo responde Leila. Separa los labios, se le acelera la respiración y, por primera vez, el rubor tiñe sus mejillas. ¡No! Es

angustioso presenciar esa visión fugaz del pasado de Christian.

Finalmente, él articula una palabra en silencio. No sé cuál es, pero tiene un efecto inmediato en Leila. Ella cae de rodillas al suelo, con la cabeza gacha, y sus manos sueltan la pistola, que golpea con un ruido sordo el suelo de madera. Dios santo...

Christian se acerca tranquilamente a donde ha caído el arma, se inclina con agilidad para recogerla, y luego se la mete en el bolsillo de la americana. Mira una vez más a Leila, que sigue dócilmente arrodillada junto a la encimera de la isla.

—Anastasia, ve con Taylor —ordena.

Taylor cruza el umbral y se me queda mirando.

—Ethan —susurro.

—Abajo —contesta expeditivo, sin apartar los ojos de Leila.

Abajo. No aquí. Ethan está bien. Un fuerte estremecimiento de alivio me recorre todo el cuerpo, y por un momento creo que voy a desmayarme.

—Anastasia...

En la voz de Christian hay un deje de advertencia.

Le miro, y de pronto soy incapaz de moverme. No quiero dejarle... dejarle con ella. Él se coloca al lado de Leila, que permanece arrodillada a sus pies. Se cierne sobre ella, la protege. Ella está tan quieta... es antinatural. No puedo dejar de mirarles a los dos... juntos...

—Por el amor de Dios, Anastasia, ¿por una vez en tu vida puedes hacer lo que te dicen y marcharte?

Con una voz fría como un témpano de hielo, Christian me fulmina con la mirada y frunce el ceño. Tras la calma deliberada con que pronuncia esas palabras, se oculta una furia palpable.

¿Furioso conmigo? Dios, no. ¡Por favor... no! Me siento como si me hubiera dado un bofetón. ¿Por qué quiere quedarse con ella?

—Taylor. Lleva a la señorita Steele abajo. Ahora. Taylor asiente y yo miro a Christian.

—¿Por qué? —susurro.

—Vete. Vuelve al apartamento. —La frialdad de sus ojos me fulmina—. Necesito estar a solas con Leila — dice en tono apremiante.

Creo que intenta transmitir una especie de mensaje, pero estoy tan alterada por todo lo sucedido que no estoy segura. Observo a Leila y veo aparecer una levísima sonrisa en sus labios, pero aparte de eso sigue totalmente impasible. Una sumisa total. ¡Santo Dios! Se me hiela el corazón.

Esto es lo que él necesita. Esto es lo que le gusta. ¡No...! Siento unas terribles ganas de llorar.

—Señorita Steele. Ana...

Taylor me tiende la mano, suplicándome que vaya con él. Yo estoy inmovilizada por el terrorífico espectáculo que tengo ante mí. Esto confirma mis peores temores y acrecienta todas mis inseguridades. Christian y Leila juntos... el Amo y su sumisa.

—Taylor —insiste Christian, y Taylor se inclina y me coge en volandas.

Lo último que veo es a Christian acariciándole la cabeza a Leila con ternura, mientras le dice algo en voz baja.

¡No!

Mientras Taylor me lleva escaleras abajo, yaciendo inerte en sus brazos, intento asimilar lo que ha pasado en los últimos diez minutos... ¿O han sido más? ¿O menos? He perdido la noción del tiempo.

Christian y Leila, Leila y Christian... ¿juntos? ¿Qué está haciendo con ella ahora?

—¡Joder, Ana! ¿Qué coño está pasando?

Me siento aliviada al ver a Ethan, caminando nerviosamente arriba y abajo por el vestíbulo, todavía cargado con su enorme bolsa. ¡Oh, gracias a Dios que está bien! Cuando Taylor me deja en el suelo, prácticamente me abalanzo sobre él, rodeándole el cuello con los brazos.

—Ethan. ¡Oh, gracias a Dios!

Le abrazo muy fuerte. Estaba tan preocupada que, por un momento, obtengo cierto respiro del pánico creciente que siento respecto a lo que está ocurriendo arriba en mi apartamento.

—¿Qué coño está pasando, Ana? ¿Quién es este tío?

—Oh, perdona, Ethan. Este es Taylor. Trabaja para Christian. Taylor, este es Ethan, el hermano de mi compañera de piso.

Se saludan con un leve movimiento de cabeza.

—Ana, ¿qué está pasando ahí arriba? Estaba buscando las llaves del apartamento cuando esos tíos aparecieron de la nada y me las quitaron. Uno de ellos era Christian...

Ethan se queda sin palabras.

—Llegaste tarde... Gracias a Dios.

—Sí. Me encontré con un amigo de Pullman... y nos tomamos una copa rápida. ¿Qué está pasando ahí arriba?

—Hay una chica, una ex de Christian. En nuestro apartamento. Se ha vuelto loca, y Christian está...

Se me quiebra la voz, y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Eh... —susurra Ethan y me abraza con fuerza—. ¿Alguien ha llamado a la policía?

—No, no se trata de eso.

Sollozo pegada a su pecho y, en cuanto empiezo, ya no puedo parar de llorar, las lágrimas liberando toda la tensión de este último episodio. Ethan me abraza más fuerte, pero noto que está desconcertado.

—Venga, Ana, vamos a tomar una copa.

Me da unas palmaditas en la espalda con cierta incomodidad. De repente, yo también me siento incómoda, y avergonzada, y lo que realmente quiero es estar sola. Pero asiento y acepto su oferta. Quiero alejarme de aquí, alejarme de lo que sea que esté pasando arriba.

Me vuelvo hacia Taylor.

—¿Habíais registrado el apartamento? —le pregunto llorosa, limpiándome la nariz con el dorso de la mano.

—A primera hora de la tarde. —Taylor se encoge de hombros a modo de disculpa y me ofrece un pañuelo. Parece destrozado—. Lo siento, Ana —murmura.

Frunzo el ceño. Pobre... se le ve que se siente muy culpable. No quiero hacer que se sienta aún peor.

—Al parecer tiene una extraordinaria capacidad para eludirnos —añade, y vuelve a torcer el gesto.

—Ethan y yo nos vamos a tomar una copa rápida y después volveremos al Escala.

Me seco los ojos.

Taylor se apoya en un pie y luego en otro, visiblemente nervioso.

—El señor Grey quería que volviera directamente al apartamento —dice en voz baja.

—Bueno, pero ahora ya sabemos dónde está Leila. —No puedo evitar que mi voz revele un deje de amargura—. Así que ya no necesitamos tantas medidas de seguridad. Dile a Christian que nos veremos luego.

Taylor abre la boca para hablar, pero vuelve a cerrarla prudentemente.

—¿Quieres dejarle la bolsa a Taylor? —le pregunto a Ethan.

—No. Me la llevo, gracias.

Ethan se despide de Taylor con un movimiento de cabeza y después me acompaña fuera. Y entonces me acuerdo, demasiado tarde, de que me he dejado el bolso en el asiento de atrás del Audi. No llevo nada encima.

—Mi bolso...

—No te preocupes —murmura Ethan, su rostro expresando una gran preocupación—. No pasa nada, pago yo.

Escogemos un bar situado en la acera de enfrente y nos sentamos en unos taburetes de madera junto a la ventana. Quiero ver lo que pasa: quién entra y, sobre todo, quién sale. Ethan me pasa una botella de cerveza.

—¿Problemas con una ex? —pregunta en tono afable.

—Es un poco más complicado que eso —musito, adoptando repentinamente una actitud más reservada.

No puedo hablar de esto: he firmado un acuerdo de confidencialidad. Y, por primera vez, lo lamento realmente. Además, Christian no ha dicho nada de rescindirlo.

—Tengo tiempo —dice Ethan muy atento, y toma un buen trago de cerveza.

—Ella es una ex de Christian, de hace varios años. Abandonó a su marido por otro tipo. Y al cabo de un par de semanas o así, ese tipo murió en un accidente de coche. Y ahora ha vuelto para perseguir a Christian.

Me encojo de hombros. Ya está, no he revelado demasiado.

—¿Perseguir a Christian?

—Tenía una pistola.

—¡Hostia!

—De hecho no amenazó a nadie con ella. Creo que pretendía dispararse a sí misma. Pero por eso yo estaba tan preocupada por ti. No sabía si estabas en el apartamento.

—Ya. Por lo que dices, esa mujer no está bien.

—No, no está bien.

—¿Y ahora qué está haciendo Christian con ella?

Palidezco de golpe y noto que la bilis me sube a la garganta.

—No lo sé —susurro.

Ethan abre los ojos como platos... por fin lo ha entendido.

Esto es lo que me angustia. ¿Qué diablos están haciendo? Hablar, espero. Solo hablar. Pero lo único que

visualizo mentalmente es su mano, acariciando tiernamente el pelo de ella.

Leila está trastornada y él se preocupa por ella; eso es todo, intento racionalizar. Pero, en el fondo de mi mente, mi subconsciente mueve la cabeza con tristeza.

Es más que eso. Leila era capaz de satisfacer sus necesidades de una forma que yo no puedo. La idea resulta terriblemente deprimente.

Intento centrarme en todo lo que hemos hecho estos últimos días: en su declaración de amor, sus divertidos coqueteos, su alegría. Pero las palabras de Elena vuelven para burlarse de mí. Es verdad lo que dicen sobre los fisgones.

«¿No echas de menos... tu cuarto de juegos?»

Me termino la cerveza en un tiempo récord, y Ethan me pasa otra. No soy muy buena compañía esta noche, pero aun así él se queda conmigo charlando e intentando levantarme el ánimo, y me habla de Barbados y de las payasadas de Kate y Elliot, lo cual es una maravillosa distracción. Pero solo es eso... una distracción.

Mi mente, mi corazón, mi alma siguen todavía en ese apartamento con mi Cincuenta Sombras y la mujer que había sido su sumisa. Una mujer que cree que todavía le ama. Una mujer que se parece a mí.

Mientras nos bebemos la tercera cerveza, un enorme vehículo con los vidrios ahumados aparca junto al Audi delante del edificio. Reconozco al doctor Flynn, que baja acompañado de una mujer vestida con una especie de bata azul claro. Atisbo a Taylor, que les hace entrar por la puerta principal.

—¿Quién es ese? —pregunta Ethan.

—Es el doctor Flynn. Christian le conoce.

—¿Qué tipo de doctor es?

—Psiquiatra.

—Ah.

Ambos seguimos observando y, al cabo de unos minutos, vuelven a salir. Christian lleva a Leila, que va envuelta en una manta. ¿Qué? Veo con horror cómo suben al vehículo y se alejan a toda velocidad.

Ethan me mira con expresión compasiva, y yo me siento desolada, totalmente desolada.

—¿Puedo tomar algo más fuerte? —le pregunto a Ethan, sin voz apenas.

—Claro. ¿Qué te apetece?

—Un brandy. Por favor.

Ethan asiente y se acerca a la barra. Yo miro por la ventana hacia la puerta principal. Al cabo de un momento, Taylor sale, se sube al Audi y se dirige hacia el Escala... ¿siguiendo a Christian? No lo sé.

Ethan me planta delante una gran copa de brandy.

—Venga, Steele. Vamos a emborracharnos.

Me parece la mejor proposición que me han hecho últimamente. Brindamos, bebo un trago del líquido ardiente y ambarino, y agradezco esa intensa sensación de calor que me evade del espantoso dolor que brota en mi corazón.

Es tarde y me siento bastante aturdida. Ethan y yo no tenemos llaves para entrar en mi apartamento. Él insiste en acompañarme caminando hasta el Escala, aunque él no se quedará. Ha telefoneado al amigo al que

se encontró antes y con el que se tomó una copa, y han quedado que dormirá en su casa.

—Así que es aquí donde vive el magnate.

Ethan silba, impresionado.

Asiento.

—¿Seguro que no quieres que me quede contigo?

—pregunta.

—No, tengo que enfrentarme a esto... o simplemente acostarme.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí. Gracias, Ethan.

Le doy un abrazo.

—Todo saldrá bien, Steele —me susurra al oído.

Me suelta y me observa mientras yo me dispongo a entrar en el edificio.

—Hasta luego —grita.

Yo le dedico una media sonrisa y le hago un gesto de despedida, y después pulso el botón para llamar al ascensor.

Salgo del ascensor y entro al piso de Christian. Taylor no me está esperando, lo cual es inusual. Abro la doble puerta y voy hacia el salón. Christian está al teléfono, caminando nervioso junto al piano.

—Ya está aquí —espeta. Se da la vuelta para mirarme y cuelga el teléfono—. ¿Dónde coño estabas? —gruñe, pero no se acerca.

¿Está enfadado conmigo? ¿Él es el que acaba de pasar Dios sabe cuánto tiempo con su ex novia lunática, y está enfadado conmigo?

—¿Has estado bebiendo? —pregunta, consternado.

—Un poco.

No creía que fuera tan obvio.

Gime y se pasa la mano por el pelo.

—Te dije que volvieras aquí —dice en voz baja, amenazante—. Son las diez y cuarto. Estaba preocupado por ti.

—Fui a tomar una copa, o tres, con Ethan, mientras tú atendías a tu ex —le digo entre dientes—. No sabía cuánto tiempo ibas a estar... con ella.

Entorna los ojos y da unos cuantos pasos hacia mí, pero se detiene.

—¿Por qué lo dices en ese tono?

Me encojo de hombros y me miro los dedos.

—Ana, ¿qué pasa?

Y por primera vez detecto en su voz algo distinto a la ira. ¿Qué es? ¿Miedo?

Trago saliva, intentando decidir qué decir.

—¿Dónde está Leila?

Alzo la mirada hacia él.

—En un hospital psiquiátrico de Fremont —dice con expresión escrutadora—. Ana, ¿qué pasa? —Se acerca hasta situarse justo delante de mí—. ¿Cuál es el problema? —musita.

Niego con la cabeza.

—Yo no soy buena para ti.

—¿Qué? —murmura, y abre los ojos, alarmado—. ¿Por qué piensas eso? ¿Cómo puedes pensar eso?

—Yo no puedo ser todo lo que tú necesitas.

—Tú eres todo lo que necesito.

—Solo verte con ella... —se me quiebra la voz.

—¿Por qué me haces esto? Esto no tiene que ver contigo, Ana. Sino con ella. —Inspira profundamente, y

vuelve a pasarse la mano por el pelo—. Ahora mismo es una chica muy enferma.

—Pero yo lo sentí... lo que teníais juntos.

—¿Qué? No.

Intenta tocarme y yo retrocedo instintivamente. Deja caer la mano y se me queda mirando. Se le ve atenazado por el pánico.

—¿Vas a marcharte? —murmura con los ojos muy abiertos por el miedo.

Yo no digo nada mientras intento reordenar el caos de mi mente.

—No puedes hacerlo —suplica.

—Christian... yo...

Lucho por aclarar mis ideas. ¿Qué intento decir? Necesito tiempo, tiempo para asimilar todo esto. Dame tiempo.

—¡No, no! —dice él.

—Yo...

Mira con desenfreno alrededor de la estancia buscando... ¿qué? ¿Una inspiración? ¿Una intervención divina? No lo sé.

—No puedes irte, Ana. ¡Yo te quiero!

—Yo también te quiero, Christian, es solo que...

—¡No, no! —dice desesperado, y se lleva las manos a la cabeza.

—Christian...

—No —susurra, y en sus ojos muy abiertos brilla el pánico.

De repente cae de rodillas ante mí, con la cabeza gacha, y las manos extendidas sobre los muslos. Inspira profundamente y se queda muy quieto.

¿Qué?

—Christian, ¿qué estás haciendo?

Él sigue mirando al suelo, no a mí.

—¡Christian! ¿Qué estás haciendo? —repito con voz estridente. Él no se mueve—. ¡Christian, mírame! — ordeno aterrada.

Él levanta la cabeza sin dudarlo, y me mira pasivamente con sus fríos ojos grises: parece casi sereno... expectante.

Dios santo... Christian. El sumiso.

Christian postrado de rodillas a mis pies, reteniéndome con la firmeza de su mirada gris, es la visión más solemne y escalofriante que he contemplado jamás... más que Leila con su pistola. El leve aturdimiento producido por el alcohol se esfuma al instante, sustituido por una creciente sensación de fatalidad. Palidezco y se me eriza todo el vello.

Inspiro profundamente, conmocionada. No. No, esto es un error, un error muy grave y perturbador.

—Christian, por favor, no hagas esto. Esto no es lo que quiero.

Él sigue mirándome con total pasividad, sin moverse, sin decir nada.

Oh, Dios. Mi pobre Cincuenta. Se me encoge el corazón. ¿Qué demonios le he hecho? Las lágrimas que pugnan por brotar me escuecen en los ojos.

—¿Por qué haces esto? Háblame —musito.

Él parpadea una vez.

—¿Qué te gustaría que dijera? —dice en voz baja, inexpresiva, y el hecho de que hable me alivia momentáneamente, pero así no...

No. ¡No!

Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas, y de repente me resulta insoportable verle en la misma posición postrada que la de esa criatura patética que era Leila. La imagen de un hombre poderoso, que en

realidad sigue siendo un muchacho, que sufrió terribles abusos y malos tratos, que se considera indigno del amor de su familia perfecta y de su mucho menos perfecta novia... mi chico perdido... La imagen es desgarradora.

Compasión, vacío, desesperación, todo eso inunda mi corazón, y siento una angustia asfixiante. Voy a tener que luchar para recuperarle, para recuperar a mi Cincuenta.

Pensar en que yo pueda ejercer la dominación sobre alguien me resulta atroz. Pensar en que yo ejerza la dominación sobre Christian es sencillamente repugnante. Eso me convertiría en alguien como ella: la mujer que le hizo esto a él.

Al pensar en eso, me estremezco y contengo la bilis que siento subir por mi garganta. Es inconcebible que yo haga eso. Es inconcebible que desee eso.

A medida que se me aclaran las ideas, veo cuál es el único camino: sin dejar de mirarle a los ojos, caigo de rodillas frente a él.

Siento la madera dura contra mis espinillas, y me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

Así, ambos somos iguales. Estamos al mismo nivel. Este es el único modo de recuperarle.

Él abre los ojos imperceptiblemente cuando alzo la vista y le miro, pero, aparte de eso, ni su expresión ni su postura cambian.

—Christian, no tienes por qué hacer esto — suplico—. Yo no voy a dejarte. Te lo he dicho y te lo he repetido cientos de veces. No te dejaré. Todo esto que ha pasado... es abrumador. Lo único que necesito es

tiempo para pensar... tiempo para mí. ¿Por qué siempre te pones en lo peor?

Se me encoge nuevamente el corazón, porque sé la razón: porque es inseguro, y está lleno de odio hacia sí mismo.

Las palabras de Elena vuelven a resonar en mi mente: «¿Sabe ella lo negativo que eres contigo mismo? ¿En todos los aspectos?».

Oh, Christian. El miedo atenaza de nuevo mi corazón y empiezo a balbucear:

—Iba a sugerir que esta noche volvería a mi apartamento. Nunca me dejas tiempo... tiempo para pensar las cosas. —Rompo a sollozar, y en su cara aparece la levísima sombra de un gesto de disgusto—. Simplemente tiempo para pensar. Nosotros apenas nos conocemos, y toda esa carga que tú llevas encima... yo necesito... necesito tiempo para analizarla. Y ahora que Leila está... bueno, lo que sea que esté... que ya no anda por ahí y ya no es un peligro... pensé... pensé...

Se me quiebra la voz y le miro fijamente. Él me observa intensamente y creo que me está escuchando.

—Verte con Leila... —cierro los ojos ante el doloroso recuerdo de verle interactuando con su antigua sumisa—... me ha impactado terriblemente. Por un momento he atisbado cómo había sido tu vida... y... —Bajo la vista hacia mis dedos entrelazados. Mis mejillas siguen inundadas de lágrimas—. Todo esto es porque siento que yo no soy suficiente para ti. He comprendido cómo era tu vida, y tengo mucho miedo de que termines aburriéndote de mí y entonces me dejes... y yo acabe siendo como Leila... una sombra. Porque yo te quiero, Christian, y si me dejas, será como si el mundo perdiera

la luz. Y me quedaré a oscuras. Yo no quiero dejarte. Pero tengo tanto miedo de que tú me dejes...

Mientras le digo todo eso, con la esperanza de que me escuche, me doy cuenta de cuál es mi verdadero problema. Simplemente no entiendo por qué le gusto. Nunca he entendido por qué le gusto.

—No entiendo por qué te parezco atractiva — murmuro—. Tú eres... bueno, tú eres tú... y yo soy... —Me encojo de hombros y le miro—. Simplemente no lo entiendo. Tú eres hermoso y sexy y triunfador y bueno y amable y cariñoso... todas esas cosas... y yo no. Y yo no puedo hacer las cosas que a ti te gusta hacer. Yo no puedo darte lo que necesitas. ¿Cómo puedes ser feliz conmigo? —Mi voz se convierte en un susurro que expresa mis más oscuros miedos—. Nunca he entendido qué ves en mí. Y verte con ella no ha hecho más que confirmarlo.

Sollozo y me seco la nariz con el dorso de la mano, contemplando su expresión impasible.

Oh, es tan exasperante. ¡Habla conmigo, maldita sea!

—¿Vas a quedarte aquí arrodillado toda la noche? Porque yo haré lo mismo —le espeto con cierta dureza.

Creo que suaviza el gesto... incluso parece vagamente divertido. Pero es muy difícil saberlo.

Podría acercarme y tocarle, pero eso sería abusar de forma flagrante de la posición en la que él me ha colocado. Yo no quiero eso, pero no sé qué quiere él, o qué intenta decirme. Simplemente no lo entiendo.

—Christian, por favor, por favor... háblame —le ruego, mientras retuerzo las manos sobre el regazo.

Aunque estoy incómoda sobre mis rodillas, sigo postrada, mirando esos ojos grises, serios, preciosos, y espero.

Y espero.

Y espero.

—Por favor —suplico una vez más.

De pronto, su intensa mirada se oscurece y parpadea.

—Estaba tan asustado —murmura.

¡Oh, gracias a Dios! Mi subconsciente vuelve a recostarse en su butaca, suspirando de alivio, y se bebe un buen trago de ginebra.

¡Está hablando! La gratitud me invade y trago saliva intentando contener la emoción y las lágrimas que amenazan con volver a brotar.

Su voz es tenue y suave.

—Cuando vi llegar a Ethan, supe que otra persona te había dejado entrar en tu apartamento. Taylor y yo bajamos del coche de un salto. Sabíamos que se trataba de ella, y verla allí de ese modo, contigo... y armada. Creo que me sentí morir. Ana, alguien te estaba amenazando... era la confirmación de mis peores miedos. Estaba tan enfurecido con ella, contigo, con Taylor, conmigo mismo...

Menea la cabeza, expresando su angustia.

—No podía saber lo desequilibrada que estaba. No sabía qué hacer. No sabía cómo reaccionaría. —Se calla y frunce el ceño—. Y entonces me dio una pista: parecía muy arrepentida. Y así supe qué tenía que hacer.

Se detiene y me mira, intentando sopesar mi reacción.

—Sigue —susurro.

Él traga saliva.

—Verla en ese estado, saber que yo podía tener algo que ver con su crisis nerviosa... —Cierra los ojos otra vez—. Leila fue siempre tan traviesa y vivaz...

Tiembla e inspira con dificultad, como si sollozara. Es una tortura escuchar todo esto, pero permanezco de rodillas, atenta, embebida en su relato.

—Podría haberte hecho daño. Y habría sido culpa mía.

Sus ojos se apagan, paralizados por el horror, y se queda de nuevo en silencio.

—Pero no fue así —susurro—, y tú no eras responsable de que estuviera en ese estado, Christian.

Le miro fijamente, animándole a continuar.

Entonces caigo en la cuenta de que todo lo que hizo fue para protegerme, y quizá también a Leila, porque también se preocupa por ella. Pero ¿hasta qué punto se preocupa por ella? No dejo de plantearme esa incómoda pregunta. Él dice que me quiere, pero me echó de mi propio apartamento con mucha brusquedad.

—Yo solo quería que te fueras —murmura, con su extraordinaria capacidad para leer mis pensamientos—. Quería alejarte del peligro y... Tú... no... te ibas —sisea entre dientes, y su exasperación es palpable.

Me mira intensamente.

—Anastasia Steele, eres la mujer más tozuda que conozco.

Cierra los ojos mientras niega con la cabeza, como si no diera crédito.

Oh, ha vuelto. Aliviada, lanzo un largo y profundo suspiro.

Él abre los ojos de nuevo, y su expresión es triste y desamparada... sincera.

—¿No pensabas dejarme? —pregunta.

—¡No!

Vuelve a cerrar los ojos y todo su cuerpo se relaja. Cuando los abre, veo su dolor y su angustia.

—Pensé... —Se calla—. Este soy yo, Ana. Todo lo que soy... y soy todo tuyo. ¿Qué tengo que hacer para que te des cuenta de eso? Para hacerte ver que quiero que seas mía de la forma que tenga que ser. Que te quiero.

—Yo también te quiero, Christian, y verte así es...

—Me falta el aire y vuelven a brotar las lágrimas—. Pensé que te había destrozado.

—¿Destrozado? ¿A mí? Oh, no, Ana. Todo lo contrario. —Se acerca y me coge la mano—. Tú eres mi tabla de salvación —susurra, y me besa los nudillos antes de apoyar su palma contra la mía.

Con los ojos muy abiertos y llenos de miedo, tira suavemente de mi mano y la coloca sobre su pecho, cerca del corazón... en la zona prohibida. Se le acelera la respiración. Su corazón late desbocado, retumbando bajo mis dedos. No aparta los ojos de mí; su mandíbula está tensa, los dientes apretados.

Yo jadeo. ¡Oh, mi Cincuenta! Está permitiendo que le toque. Y es como si todo el aire de mis pulmones se hubiera volatilizado... desaparecido. Noto el zumbido de la sangre en mis oídos, y el ritmo de mis latidos aumenta para acompasarse al suyo.

Me suelta la mano, dejándola posada sobre su corazón. Flexiono ligeramente los dedos y siento la calidez de su piel bajo la liviana tela de la camisa. Está

conteniendo la respiración. No puedo soportarlo. Y retiro la mano.

—No —dice inmediatamente, y vuelve a poner su mano sobre la mía, presionando con sus dedos los míos—. No.

Incitada por esas dos palabras, me deslizo por el suelo hasta que nuestras rodillas se tocan, y levanto la otra mano con cautela para que sepa exactamente qué me dispongo a hacer. Él abre más los ojos, pero no me detiene.

Empiezo a desabrocharle con delicadeza los botones de la camisa. Con una mano es difícil. Flexiono los dedos que están bajo los suyos y él me suelta, y me permite usar ambas manos para desabotonarle la prenda. No dejo de mirarle a los ojos mientras le abro la camisa, y su torso queda a la vista.

El traga saliva, separa los labios y se le acelera la respiración, y noto que su pánico aumenta, pero no se aparta. ¿Sigue actuando como un sumiso? No tengo ni idea.

¿Debo hacer esto? No quiero hacerle daño, ni física ni mentalmente. Verle así, ofreciéndose por completo a mí, ha sido un toque de atención.

Alargo la mano y la dejo suspendida sobre su pecho, y le miro... pidiéndole permiso. Él inclina la cabeza a un lado muy sutilmente, armándose de valor ante mi inminente caricia. Emanan tensión, pero esta vez no es ira... es miedo.

Vacilo. ¿De verdad puedo hacerle esto?

—Sí —musita... otra vez con esa singular capacidad de responder a mis preguntas no formuladas.

Extiendo los dedos sobre el vello de su torso y los hago descender con ternura sobre el esternón. Él cierra los ojos, y contrae el rostro como si sintiera un dolor insufrible. No puedo soportar verlo, de manera que aparto los dedos inmediatamente, pero él me sujeta la mano al instante y la vuelve a posar con firmeza sobre su torso desnudo. Cuando le toco con la palma de la mano, se le eriza el vello.

—No —dice, con la voz quebrada—. Lo necesito.

Aprieta los ojos con más fuerza. Esto debe de ser una tortura para él. Es un auténtico suplicio verle. Le acaricio con los dedos el pecho y el corazón, con mucho cuidado, maravillada con su tacto, aterrorizada de que esto sea ir demasiado lejos.

Abre sus ojos grises, que me fulminan, ardientes.

Dios santo. Es una mirada salvaje, abrasadora, intensísima, y respira entrecortadamente. Hace que me hierva la sangre y me estremezca.

No me ha detenido, de manera que vuelvo a pasarle los dedos sobre el pecho y sus labios se entreabren. Jadea, y no sé si es por miedo o por algo más.

Hace tanto tiempo que ansío besarle ahí, que me inclino sobre las rodillas y le sostengo la mirada durante un momento, dejando perfectamente claras mis intenciones. Luego me acerco y poso un tierno beso sobre su corazón, y siento la calidez y el dulce aroma de su piel en mis labios.

Su ahogado gemido me conmueve tanto que vuelvo a sentarme sobre los talones, temiendo lo que veré en su rostro. Él ha cerrado los ojos con firmeza, pero no se ha movido.

—Otra vez —susurra, y me inclino nuevamente sobre su torso, esta vez para besarle una de las cicatrices.

Jadea, y le beso otra, y otra. Gruñe con fuerza, y de pronto sus brazos me rodean y me agarra el pelo, y me levanta la cabeza con mucha brusquedad hasta que mis labios se unen a su boca insistente. Y nos besamos, y yo enredo los dedos en su cabello.

—Oh, Ana —suspira, y se inclina y me tumba en el suelo, y ahora estoy debajo de él.

Deslizo mis manos en torno a su hermoso rostro y, en ese momento, noto sus lágrimas.

Está llorando... no. ¡No!

—Christian, por favor, no llores. He sido sincera cuando te he dicho que nunca te dejaré. De verdad. Si te he dado una impresión equivocada, lo siento... por favor, por favor, perdóname. Te quiero. Siempre te querré.

Se cierne sobre mí y me mira con una expresión llena de dolor.

—¿De qué se trata?

Abre todavía más los ojos.

—¿Cuál es este secreto que te hace pensar que saldré corriendo para no volver? ¿Qué hace que estés tan convencido de que te dejaré? —suplico con voz trémula—. Dímelo, Christian, por favor...

Él se incorpora y se sienta, esta vez con las piernas cruzadas, y yo hago lo mismo con las mías extendidas. Me pregunto vagamente si no podríamos levantarnos del suelo, pero no quiero interrumpir el curso de sus pensamientos. Por fin va a confiar en mí.

Baja los ojos hacia mí y parece absolutamente desolado. Oh, Dios... esto es grave.

—Ana...

Hace una pausa, buscando las palabras con gesto de dolor... ¿Qué demonios pasa?

Inspira profundamente y traga saliva.

—Soy un sádico, Ana. Me gusta azotar a jovencitas menudas como tú, porque todas os parecéis a la puta adicta al crack... mi madre biológica. Estoy seguro de que puedes imaginar por qué.

Lo suelta de golpe, como si llevara días y días madurando esa declaración en la cabeza y estuviera desesperado por librarse de ella.

Mi mundo se detiene. Oh, no.

Esto no es lo que esperaba. Esto es malo. Realmente malo. Le miro, intentando entender las implicaciones de lo que acaba de decir. Esto explica por qué todas nos parecemos.

Lo primero que pienso es que Leila tenía razón: «El Amo es oscuro».

Recuerdo la primera conversación que tuve con él sobre sus tendencias, cuando estábamos en el cuarto rojo del dolor.

—Tú dijiste que no eras un sádico —musito, en un desesperado intento por comprenderle... por encontrar alguna excusa que le justifique.

—No, yo dije que era un Amo. Si te mentí fue por omisión. Lo siento.

Baja la vista por un instante a sus uñas perfectamente cuidadas.

Creo que está avergonzado. ¿Avergonzado por haberme mentido? ¿O por lo que es?

—Cuando me hiciste esa pregunta, yo tenía en mente que la relación entre ambos sería muy distinta —murmura.

Y su mirada deja claro que está aterrado.

Entonces caigo de golpe en la cuenta. Si es un sádico, necesita realmente todo eso de los azotes y los castigos. Por Dios, no. Me cojo la cabeza entre las manos.

—Así que es verdad —susurro, alzando la vista hacia él—. Yo no puedo darte lo que necesitas.

Eso es... eso significa que realmente somos incompatibles.

El mundo se abre bajo mis pies, todo se desmorona a mi alrededor mientras el pánico atenaza mi garganta. Se acabó. No podemos seguir con esto.

Él frunce el ceño.

—No, no, no, Ana. Sí que puedes. Tú me das lo que yo necesito. —Aprieta los puños—. Créeme, por favor —murmura, y sus palabras suenan como una plegaria apasionada.

—Ya no sé qué creer, Christian. Todo esto es demasiado complicado —murmuro, y siento escozor y dolor en la garganta, ahogada por las lágrimas que no derramo.

Cuando vuelve a mirarme, tiene los ojos muy abiertos y llenos de luz.

—Ana, créeme. Cuando te castigué y después me abandonaste, mi forma de ver el mundo cambió. Cuando dije que haría lo que fuera para no volver a sentirme así jamás, no hablaba en broma. —Me observa angustiado, suplicante—. Cuando dijiste que me amabas, fue como una revelación. Nadie me había dicho eso antes, y fue

como si hubiera enterrado parte de mi pasado... o como si tú lo hubieras hecho por mí, no lo sé. Es algo que el doctor Flynn y yo seguimos analizando a fondo.

Oh. Una chispa de esperanza prende en mi corazón. Quizá lo nuestro pueda funcionar. Yo quiero que funcione. ¿Lo quiero de verdad?

—¿Qué intentas decirme? —musito.

—Lo que quiero decir es que ya no necesito nada de todo eso. Ahora no.

¿Qué?

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Simplemente lo sé. La idea de hacerte daño... de cualquier manera... me resulta abominable.

—No lo entiendo. ¿Qué pasa con las reglas y los azotes y todo eso del sexo pervertido?

Se pasa la mano por el pelo y casi sonrío, pero al final suspira con pesar.

—Estoy hablando del rollo más duro, Anastasia. Deberías ver lo que soy capaz de hacer con una vara o un látigo.

Abro la boca, estupefacta.

—Prefiero no verlo.

—Lo sé. Si a ti te apeteciera hacer eso, entonces vale... pero tú no quieres, y lo entiendo. Yo no puedo practicar todo eso si tú no quieres. Ya te lo dije una vez, tú tienes todo el poder. Y ahora, desde que has vuelto, no siento esa compulsión en absoluto.

Le miro boquiabierto durante un momento, e intento digerir todo lo que ha dicho.

—Pero cuando nos conocimos sí querías eso, ¿verdad?

—Sí, sin duda.

—¿Cómo puede ser que la compulsión desaparezca así sin más, Christian? ¿Como si yo fuera una especie de panacea y tú ya estuvieras... no se me ocurre una palabra mejor... curado? No lo entiendo.

Él vuelve a suspirar.

—Yo no diría «curado»... ¿No me crees?

—Simplemente me parece... increíble. Que es distinto.

—Si no me hubieras dejado, probablemente no me sentiría así. Abandonarme fue lo mejor que has hecho nunca... por nosotros. Eso hizo que me diera cuenta de cuánto te quiero, solo a ti, y soy sincero cuando digo que quiero que seas mía de la forma en que pueda tenerte.

Le miro fijamente. ¿Puedo creerme lo que dice? La cabeza me duele solo de intentar aclararme las ideas, y en el fondo me siento muy... aturdida.

—Aún sigues aquí. Creía que a estas alturas ya habrías salido huyendo —susurra.

—¿Por qué? ¿Porque podía pensar que eres un psicópata que azotas y follas a mujeres que se parecen a tu madre? ¿Por qué habrías de tener esa impresión? —siseo, con agresividad.

Él palidece ante la dureza de mis palabras.

—Bueno, yo no lo habría dicho de ese modo, pero sí —dice, con los ojos muy abiertos y gesto dolido.

Al ver su expresión seria, me arrepiento de mi arrebató y frunzo el ceño sintiendo una punzada de culpa.

Oh, ¿qué voy a hacer? Le observo y parece arrepentido, sincero... parece mi Cincuenta.

Y, de pronto, recuerdo la fotografía que había en su dormitorio de infancia, y en ese momento comprendo por qué la mujer que aparecía en ella me resultaba tan familiar. Se parecía a él. Debía de ser su madre biológica.

Me viene a la mente su comentario desdeñoso: «Nadie importante...». Ella es la responsable de todo esto... y yo me parezco a ella... ¡Maldita sea!

Christian se me queda mirando con crudeza, y sé que está esperando mi próximo movimiento. Parece sincero. Ha dicho que me quiere, pero estoy francamente confusa.

Esto es muy difícil. Me ha tranquilizado sobre Leila, pero ahora estoy más convencida que nunca de que ella era capaz de proporcionarle aquello que le da placer. Y esa idea me resulta terriblemente desagradable y agotadora.

—Christian, estoy exhausta. ¿Podemos hablar de esto mañana? Quiero irme a la cama.

Él parpadea, sorprendido.

—¿No te marchas?

—¿Quieres que me marche?

—¡No! Creí que me dejarías en cuanto lo supieras.

Acuden a mi mente todas las veces que ha dicho que le dejaría en cuanto conociera su secreto más oscuro... y ahora ya lo sé. Maldita sea... El Amo es oscuro.

¿Debería marcharme? Ya le dejé una vez, y eso estuvo a punto de destrozarme... a mí, y también a él. Yo le amo. De eso no tengo duda, a pesar de lo que me ha revelado.

—No me dejes —susurra.

—¡Oh, por el amor de Dios, no! ¡No pienso hacerlo! —grito, y es catártico.

Ya está. Lo he dicho. No voy a dejarle.

—¿De verdad? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—¿Qué puedo hacer para que entiendas que no voy a salir corriendo? ¿Qué puedo decir?

Me mira fijamente, expresando de nuevo todo su miedo y su angustia. Traga saliva.

—Puedes hacer una cosa.

—¿Qué?

—Cásate conmigo —susurra.

¿Qué? ¿Realmente acaba de...?

Mi mundo se detiene por segunda vez en menos de media hora.

Dios mío. Me quedo mirando estupefacta a ese hombre profundamente herido al que amo. No puedo creer lo que acaba de decir.

¿Matrimonio? ¿Me ha propuesto matrimonio? ¿Está de broma? No puedo evitarlo: una risita tonta, nerviosa, de incredulidad, brota desde lo más profundo de mi ser. Me muerdo el labio para evitar que se convierta en una estruendosa carcajada histérica, pero fracaso estrepitosamente. Me tumbo de espaldas en el suelo y me rindo a ese incontrolable ataque de risa, riéndome como si no me hubiera reído nunca, con unas carcajadas tremendas, curativas, catárticas.

Y durante un momento estoy completamente sola, observando desde lo alto esta situación absurda: una chica presa de un ataque de risa junto a un chico guapísimo con problemas emocionales. Y cuando mi risa

me hace derramar lágrimas abrasadoras, me tapo los ojos con el brazo. No, no... esto es demasiado.

Cuando la histeria remite, Christian me aparta el brazo de la cara con delicadeza. Yo levanto la vista y le miro.

Él se inclina sobre mí. En su boca se dibuja la ironía, pero sus ojos grises arden, quizá dolidos. Oh, no.

Usando los nudillos, me seca cuidadosamente una lágrima perdida.

—¿Mi proposición le hace gracia, señorita Steele?

¡Oh, Cincuenta! Alargo la mano y le acaricio la mejilla con cariño, deleitándome en el tacto de su barba incipiente bajo mis dedos. Dios, amo a este hombre.

—Señor Grey... Christian. Tu sentido de la oportunidad es sin duda...

Cuando me fallan las palabras, le miro.

Él sonríe, pero las arrugas en torno a sus ojos revelan su consternación. La situación se torna grave.

—Eso me ha dolido en el alma, Ana. ¿Te casarás conmigo?

Me siento, apoyo las manos en sus rodillas y me inclino sobre él. Miro fijamente su adorable rostro.

—Christian, me he encontrado a la loca de tu ex con una pistola, me han echado de mi propio apartamento, me ha caído encima la bomba Cincuenta...

Él abre la boca para hablar, pero yo levanto una mano. Y, obedientemente, la cierra.

—Acabas de revelarme una información sobre ti mismo que, francamente, resulta bastante impactante, y ahora me has pedido que me case contigo.

Él mueve la cabeza a un lado y a otro, como si analizara los hechos. Parece divertido. Gracias a Dios.

—Sí, creo que es un resumen bastante adecuado de la situación —dice con sequedad.

—¿Y qué pasó con lo de aplazar la gratificación?

—Lo he superado, y ahora soy un firme defensor de la gratificación inmediata. *Carpe diem*, Ana —susurra.

—Mira, Christian, hace muy poco que te conozco y necesito saber mucho más de ti. He bebido demasiado, estoy hambrienta y cansada y quiero irme a la cama. Tengo que considerar tu proposición, del mismo modo que consideré el contrato que me ofreciste. Y además — aprieto los labios para expresar contrariedad, pero también para aligerar la tensión en el ambiente—, no ha sido la propuesta más romántica del mundo.

Él inclina la cabeza a un lado y en sus labios se dibuja una sonrisa.

—Buena puntualización, como siempre, señorita Steele —afirma con un deje de alivio en la voz—. ¿O sea que esto es un no?

Suspiro.

—No, señor Grey, no es un no, pero tampoco es un sí. Haces esto únicamente porque estás asustado y no confías en mí.

—No, hago esto porque finalmente he conocido a alguien con quien quiero pasar el resto de mi vida.

Oh. Noto un palpito en el corazón y siento que me derrito por dentro. ¿Cómo es capaz, en medio de las más extrañas situaciones, de decir cosas tan románticas? Abro la boca, sin dar crédito.

—Nunca creí que esto pudiera sucederme a mí — continúa, y su expresión irradia pura sinceridad.

Yo le miro boquiabierto, buscando las palabras apropiadas.

—¿Puedo pensármelo... por favor? ¿Y pensar en todo el resto de las cosas que han pasado hoy? ¿En lo que acabas de decirme? Tú me pediste paciencia y fe. Bien, pues yo te pido lo mismo, Grey. Ahora las necesito yo.

Sus ojos buscan los míos y, al cabo de un momento, se inclina y me recoge un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Eso puedo soportarlo. —Me besa fugazmente en los labios—. No muy romántico, ¿eh? —Arquea las cejas, y yo hago un gesto admonitorio con la cabeza—. ¿Flores y corazones? —pregunta bajito.

Asiento y me sonrío vagamente.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—No has comido —dice con mirada gélida y la mandíbula tensa.

—No, no he comido. —Vuelvo a sentarme sobre los talones y le miro tranquilamente—. Que me echaran de mi apartamento, después de ver a mi novio interactuando íntimamente con una de sus antiguas sumisas, me quitó bastante el apetito.

Christian sacude la cabeza y se pone de pie ágilmente. Ah, por fin podemos levantarnos del suelo. Me tiende la mano.

—Deja que te prepare algo de comer —dice.

—¿No podemos irnos a la cama sin más? —musito con aire fatigado al darle la mano.

Él me ayuda a levantarme. Estoy entumecida. Baja la vista y me mira con dulzura.

—No, tienes que comer. Vamos. —El dominante Christian ha vuelto, lo cual resulta un alivio.

Me lleva a un taburete de la barra en la zona de la cocina, y luego se acerca a la nevera. Consulto el reloj: son casi las once y media, y tengo que levantarme pronto para ir a trabajar.

—Christian, la verdad es que no tengo hambre.

Él no hace caso y rebusca en el enorme frigorífico.

—¿Queso? —pregunta.

—A esta hora, no.

—¿Galletitas saladas?

—¿De la nevera? No —replico.

Él se da la vuelta y me sonrío.

—¿No te gustan las galletitas saladas?

—A las once y media no, Christian. Me voy a la cama. Tú si quieres puede pasarte el resto de la noche rebuscando en la nevera. Yo estoy cansada, y he tenido un día de lo más intenso. Un día que me gustaría olvidar.

Bajo del taburete y él me pone mala cara, pero ahora mismo no me importa. Quiero irme a la cama; estoy exhausta.

—¿Macarrones con queso?

Levanta un bol pequeño tapado con papel de aluminio, con una expresión esperanzada que resulta entrañable.

—¿A ti te gustan los macarrones con queso? —pregunto.

Él asiente entusiasmado, y se me derrite el corazón. De pronto parece muy joven. ¿Quién lo habría dicho? A Christian Grey le gusta la comida de menú infantil.

—¿Quieres un poco? —pregunta esperanzado.

Soy incapaz de resistirme a él, y además tengo mucha hambre.

Asiento y le dedico una débil sonrisa. Su cara de satisfacción resulta fascinante. Retira el papel de aluminio del bol y lo mete en el microondas. Vuelvo a sentarme en el taburete y contemplo la hermosa estampa del señor Grey —el hombre que quiere casarse conmigo— moviéndose con elegante soltura por su cocina.

—¿Así que sabes utilizar el microondas? —le digo en un suave tono burlón.

—Suelo ser capaz de cocinar algo, siempre que venga envasado. Con lo que tengo problemas es con la comida de verdad.

No puedo creer que este sea el mismo hombre que estaba de rodillas ante mí hace menos de media hora. Es su carácter voluble habitual. Coloca platos, cubiertos y manteles individuales sobre la barra del desayuno.

—Es muy tarde —comento.

—No vayas a trabajar mañana.

—He de ir a trabajar mañana. Mi jefe se marcha a Nueva York.

Christian frunce el ceño.

—¿Quieres ir allí este fin de semana?

—He consultado la predicción del tiempo y parece que va a llover —digo negando con la cabeza.

—Ah. Entonces, ¿qué quieres hacer?

El timbre del microondas anuncia que nuestra cena ya está caliente.

—Ahora mismo lo único que quiero es vivir el día a día. Todas estas emociones son... agotadoras.

Levanto una ceja y le miro, cosa que él ignora prudentemente.

Christian deja el bol blanco entre nuestros platos y se sienta a mi lado. Parece absorto en sus pensamientos, distraído. Yo sirvo los macarrones para ambos. Huelen divinamente y se me hace la boca agua ante la expectativa. Estoy muerta de hambre.

—Siento lo de Leila —murmura.

—¿Por qué lo sientes?

Mmm, los macarrones saben tan bien como huelen. Y mi estómago lo agradece.

—Para ti debe de haber sido un impacto terrible encontrártela en tu apartamento. Taylor lo había registrado antes personalmente. Está muy disgustado.

—Yo no culpo a Taylor.

—Yo tampoco. Ha estado buscándote.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Yo no sabía dónde estabas. Te dejaste el bolso, el teléfono. Ni siquiera podía localizarte. ¿Dónde fuiste?
—pregunta.

Habla con mucha suavidad, pero en sus palabras subyace una carga ominosa.

—Ethan y yo fuimos a un bar de la acera de enfrente. Para que yo pudiera ver lo que ocurría, simplemente.

—Ya.

La atmósfera entre los dos ha cambiado de forma muy sutil. Ya no es tan liviana.

Ah, muy bien, de acuerdo... yo también puedo jugar a este juego. Así que esta voy a devolvértela, Cincuenta. Y tratando de sonar despreocupada,

queriendo satisfacer la curiosidad que me corroe pero temerosa de la respuesta, le pregunto:

—¿Y qué hiciste con Leila en el apartamento?

Levanto la vista, le miro, y él deja suspendido en el aire el tenedor con los macarrones. Oh, no, esto no presagia nada bueno.

—¿De verdad quieres saberlo?

Se me forma un nudo en el estómago y de golpe se me quita el apetito.

—Sí —susurro.

¿Eso quieres? ¿De verdad? Mi subconsciente ha tirado al suelo la botella de ginebra y se ha incorporado muy erguida en su butaca, mirándome horrorizada.

Christian vacila y su boca se convierte en una fina línea.

—Hablamos, y luego la bañé. —Su voz suena ronca, y, al ver que no reacciono, se apresura a continuar—: Y la vestí con ropa tuya. Espero que no te importe. Pero es que estaba mugrienta.

Por Dios santo. ¿La bañó?

Qué gesto tan extraño e inapropiado... La cabeza me da vueltas y miro fijamente los macarrones que no me he comido. Y ahora esa imagen me produce náuseas.

Intenta racionalizarlo, me aconseja mi subconsciente. Aunque la parte serena e intelectual de mi cerebro sabe que lo hizo simplemente porque estaba sucia, me resulta demasiado duro. Mi ser frágil y celoso no es capaz de soportarlo.

De pronto tengo ganas de llorar: no de sucumbir a ese llanto de damisela que surca con decoro mis mejillas, sino a ese otro que aúlla a la luna. Inspiro profundamente para reprimir el impulso, pero esas

lágrimas y esos sollozos reprimidos me arden en la garganta.

—No podía hacer otra cosa, Ana —dice él en voz baja.

—¿Todavía sientes algo por ella?

—¡No! —contesta horrorizado, y cierra los ojos con expresión de angustia.

Yo aparto la mirada y la bajo otra vez a mi nauseabunda comida. No soy capaz de mirarle.

—Verla así... tan distinta, tan destrozada. La atendí, como habría hecho con cualquier otra persona.

Se encoge de hombros como para librarse de un recuerdo desagradable. Vaya, ¿y encima espera que le compadezca?

—Ana, mírame.

No puedo. Sé que si lo hago, me echaré a llorar. No puedo digerir todo esto. Soy como un depósito rebosante de gasolina, lleno, desbordado. Ya no hay espacio para más. Sencillamente no puedo soportar más toda esta angustia. Si lo intento, arderé y explotaré y será muy desagradable. ¡Dios!

La imagen aparece en mi mente: Christian ocupándose de un modo tan íntimo de su antigua sumisa. Bañándola, por Dios santo... desnuda. Un estremecimiento de dolor recorre mi cuerpo.

—Ana.

—¿Qué?

—No pienses en eso. No significa nada. Fue como cuidar de un niño, un niño herido, destrozado —musita.

¿Qué demonios sabrá él de cuidar niños? Esa era una mujer con la que tuvo una relación sexual devastadora y perversa.

Ay, esto duele... Respiro firme y profundamente. O tal vez se refiera a sí mismo. Él es el niño destrozado. Eso tiene más lógica... o quizá no tenga la menor lógica. Oh, todo esto es tan terriblemente complicado, y de pronto me siento exhausta. Necesito dormir.

—¿Ana?

Me levanto, llevo mi plato al fregadero y tiro los restos de comida a la basura.

—Ana, por favor.

Doy media vuelta y le miro.

—¡Basta ya, Christian! ¡Basta ya de «Ana, por favor»! —le grito, y las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas—. Ya he tenido bastante de toda esa mierda por hoy. Me voy a la cama. Estoy cansada física y emocionalmente. Déjame.

Giro sobre mis talones y prácticamente echo a correr hacia el dormitorio, llevándome conmigo el recuerdo de sus ojos abiertos mirándome atónitos. Es agradable saber que yo también soy capaz de perturbarle. Me desvisto en un santiamén, y después de rebuscar en su cómoda, saco una de sus camisetas y me dirijo al baño.

Me observo en el espejo y apenas reconozco a la bruja demacrada de mejillas enrojecidas y ojos irritados que me devuelve la mirada, y esa imagen me supera. Me derrumbo en el suelo y sucumbo a esa abrumadora emoción que ya no puedo contener, estallando en tremendos sollozos que me desgarran el pecho, y dejando por fin que las lágrimas se desborden libremente.

Eh... —dice Christian con ternura, y me abraza—. Por favor, Ana, no llores, por favor —suplica.

Está en el suelo del baño, y yo en su regazo. Le rodeo con los brazos y lloro pegada a su cuello. Él susurra bajito junto a mi pelo y me acaricia suavemente la espalda, la cabeza.

—Lo siento, cariño —murmura.

Finalmente, cuando ya no me quedan lágrimas, Christian se levanta cogiéndome en brazos, me lleva a su habitación y me tumba sobre la cama. Al cabo de unos segundos le tengo a mi lado y las luces están apagadas. Me rodea entre sus brazos y me abraza fuerte, y por fin me sumo en un sueño oscuro y agitado.

Me despierto de golpe. Tengo la cabeza embotada y demasiado calor. Christian está aferrado a mí como la hiedra. Gruñe suavemente en sueños mientras me libero de sus brazos, pero no se despierta. Me incorporo y echo un vistazo al despertador. Son las tres de la madrugada. Necesito un analgésico y beber algo. Saco las piernas de la cama y me dirijo a la cocina.

Encuentro un envase de zumo de naranja en la nevera y me sirvo un vaso. Mmm... está delicioso, y el embotamiento mental desaparece al instante. Rebusco en los cajones algún calmante y al final doy con una caja

de plástico llena de medicamentos. Me tomo dos analgésicos y me sirvo otro vaso de zumo de naranja.

Me acerco a la enorme pared acristalada y contemplo cómo duerme Seattle. Las luces brillan y parpadean a los pies del castillo de Christian en el cielo, ¿o debería decir fortaleza? Presiono la frente contra el frío cristal, y siento cierto alivio. Tengo tanto en lo que pensar después de todas las revelaciones de ayer. Apoyo la espalda en el vidrio y me deslizo hasta el suelo. El salón en penumbra se ve inmenso y tenebroso, con la única luz procedente de las tres lámparas suspendidas sobre la isla de la cocina.

¿Podría vivir aquí, casada con Christian? ¿Después de todo lo que él ha hecho entre estas paredes? ¿Con toda esa carga de su pasado que alberga este lugar?

Matrimonio... Resulta algo casi inconcebible y totalmente inesperado. Pero también es verdad que todo lo referido a Christian es inesperado. Y, ante esa evidencia, aparece en mis labios una sonrisa irónica. Christian Grey, esperar lo inesperado... las cincuenta sombras de una existencia destrozada.

Mi sonrisa desaparece. Me parezco a su madre. Eso me duele en lo más profundo, y repentinamente me quedo sin aire en los pulmones. Todas nos parecemos a su madre.

¿Cómo demonios voy a actuar después de conocer este pequeño secreto? No me extraña que no quisiera decírmelo. Pero la verdad es que él no puede acordarse mucho de su madre. Me pregunto una vez más si debería hablar con el doctor Flynn. ¿Me lo permitiría

Christian? Quizá él podría ayudarme a llenar las lagunas que me faltan.

Sacudo la cabeza. Me siento exhausta emocionalmente, pero disfruto de la tranquila serenidad del salón y de sus preciosas obras de arte; frías y austeras, pero con un estilo propio, también hermosas en la penumbra y seguramente valiosísimas. ¿Podría yo vivir aquí? ¿En lo bueno y en lo malo? ¿En la salud y en la enfermedad? Cierro los ojos, apoyo la cabeza en el cristal, y lanzo un profundo y reparador suspiro.

La apacible tranquilidad del momento se ve interrumpida por un grito visceral y primitivo que me eriza el vello y pone en alerta todo mi cuerpo. ¡Christian! ¡Dios santo!, ¿qué ha pasado? Me pongo de pie y salgo corriendo hacia el dormitorio antes de que el eco de ese sonido horrible se haya desvanecido, con el corazón palpitando de miedo.

Pulso uno de los interruptores y se enciende la lámpara de la mesita de Christian. Él se debate frenéticamente en la cama, retorciéndose de angustia. ¡No! Vuelve a gritar, y ese sonido devastador y espeluznante me desgarran de nuevo.

¡Santo Dios... una pesadilla!

—¡Christian!

Me inclino sobre él, le sujeto por los hombros y le zarandeo para que despierte. Él abre los ojos, y son salvajes y vacíos, y examinan rápidamente la habitación vacía antes de volver a posarse en mí.

—Te fuiste, te fuiste, deberías haberte ido — balbucea, y la mirada de sus ojos desmesurados se convierte en acusatoria, y parece tan perdido que se me parte el corazón. Pobre Cincuenta...

—Estoy aquí. —Me siento en la cama a su lado—. Estoy aquí —murmuro en voz baja, en un esfuerzo por tranquilizarle.

Me acerco y le apoyo la palma en un lado de la cara, intentando calmarle.

—Te habías ido —susurra presuroso.

Sigue teniendo los ojos salvajes y asustados, pero se va serenando poco a poco.

—He ido a buscar algo de beber. Tenía sed.

Cierra los ojos y se frota la cara. Cuando vuelve a abrirlos parece muy desolado.

—Estás aquí. Oh, gracias a Dios.

Se acerca a mí y me sujeta con fuerza, y me vuelve a tumbar en la cama, a su lado.

—Solo he ido a buscar algo de beber —murmuro.

Oh, la intensidad de su miedo... puedo sentirla. Tiene la camiseta empapada en sudor, y cuando me atrae hacia él su corazón late con fuerza. Me mira fijamente, como para asegurarse de que realmente estoy aquí. Le acaricio el cabello con ternura y después la mejilla.

—Christian, por favor. Estoy aquí. No me voy a ir a ningún sitio —le digo con dulzura.

—Oh, Ana —musita.

Me coge la barbilla y la acerca hasta que su boca está sobre la mía. El deseo le invade e instantáneamente mi cuerpo responde... está tan ligado y sincronizado al suyo. Posa los labios sobre mi oreja, en mi cuello, y nuevamente en mi boca, sus dientes tiran suavemente de mi labio inferior, su mano sube por mi cuerpo, de la cadera al pecho, arrastrando la camiseta hacia arriba. Acariciándome, sintiendo bajo sus dedos las simas y las

turgencias de mi piel, consigue provocar en mí la ya tan familiar reacción, haciendo que me estremezca en lo más profundo. Gimo cuando su mano se curva en torno a mi seno y sus dedos se agarran al pezón.

—Te deseo —murmura.

—Estoy aquí para ti. Solo para ti, Christian.

Gruñe y me besa una vez más apasionadamente, con un fervor y una desesperación que no había sentido nunca en él. Cojo el bajo de su camiseta, tiro y él me ayuda a quitársela por la cabeza. Luego se arrodilla entre mis piernas, me incorpora presurosamente y me despoja de la mía.

Sus ojos se ven serios, anhelantes, llenos de oscuros secretos... vulnerables. Coloca las manos alrededor de mi cara y me besa, y caemos de nuevo en la cama. Está medio tendido sobre mí, con uno de sus muslos entre los míos, y siento su erección presionando contra mi cadera a través de sus boxers. Me desea, pero, de repente, sus palabras de antes, lo que dijo sobre su madre, escogen este momento para volver a rondar por mi mente y atormentarme. Y es como un cubo de agua fría sobre mi libido. Maldita sea... No puedo hacer esto, ahora no.

—Christian... para. No puedo hacerlo —susurro apremiante junto a su boca, empujando sus antebrazos con las manos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —murmura, y empieza a besarme el cuello, y me desliza la punta de la lengua por la garganta.

Oh...

—No, por favor. No puedo hacerlo, ahora no. Necesito un poco de tiempo, por favor.

—Oh, Ana, no le des tantas vueltas —susurra mientras me mordisqueea el lóbulo.

—¡Ah! —jadeo, sintiéndolo en la entrepierna, y mi cuerpo se arquea, traicionándome.

Todo resulta tan confuso...

—Yo sigo siendo el mismo, Ana. Te quiero y te necesito. Tócame. Por favor.

Frota su nariz contra la mía, y su súplica tranquila y sincera hace que me conmueva y me derrita por dentro.

Tocarle... Tocarle mientras hacemos el amor. Oh, Dios.

Se coloca sobre mí, me mira y, a la tenue luz de la lámpara de la mesilla, veo que está esperando mi decisión, y que está atrapado en mi hechizo.

Alargo la mano con cautela y la poso sobre la suave mata de vello que cubre su esternón. Él jadea y cierra los ojos con fuerza, como si le doliera, pero esta vez no aparto la mano. La subo hasta sus hombros y noto el temblor que recorre su cuerpo. Gime, y lo atraigo hacia mí, colocando ambas manos en su espalda donde no la había tocado nunca, sobre los omoplatos, y le abrazo.

Él entierra la cabeza en mi cuello, me besa, chupa y me muerde, y luego sube con la nariz hasta la barbilla y me besa, su lengua posee mi boca y sus manos se mueven otra vez sobre mi cuerpo. Sus labios bajan... bajan... bajan hasta mis pechos, adorándome a su paso, y mis manos siguen en sus hombros y en su espalda, disfrutando de sus esculturales músculos flexibles y tensos, de su piel empapada aún por la

pesadilla. Cierra los labios sobre mi pezón, chupa y tira, y este se alza para recibir a su gloriosa y hábil boca.

Gimo y deslizo las uñas por su espalda. Y él jadea en un gemido entrecortado.

—Oh, Dios, Ana —dice sin respiración, y es mitad gruñido, mitad grito.

Me desgarran el alma, pero también llega a mis entrañas y me tensa todos los músculos por debajo de la cintura. ¡Ah, lo que soy capaz de hacerle! Ahora jadeo, y su respiración torturada se acompasa a la mía.

Sus manos van bajando, sobre mi vientre y hasta mi sexo... y sus dedos están sobre mí y luego dentro de mí. Gimo y él mueve los dedos en mi interior de esa forma que él sabe, y yo empujo la pelvis para recibir su caricia.

—Ana —musita.

De pronto me suelta y se sienta, se quita los boxers y se inclina sobre la mesita para coger un envoltorio plateado. Sus ojos grises centellean cuando me entrega el condón.

—¿Quieres hacerlo? Todavía puedes decir que no. Siempre puedes decir que no —murmura.

—No me des la oportunidad de pensar, Christian. Yo también te deseo.

Rompo el envoltorio con los dientes y él se arrodilla entre mis piernas, y yo lo deslizo en su miembro con dedos temblorosos.

—Tranquila... Vas a hacer que me corra, Ana.

Me maravilla lo que mis caricias pueden provocar en este hombre. Él se tumba sobre mí, y en ese momento todas mis dudas quedan relegadas y encerradas en los abismos más profundos y oscuros del

fondo de mi mente. Estoy embriagada por este hombre, mi hombre, mi Cincuenta Sombras. De repente se revuelve, cogiéndome totalmente por sorpresa, y estoy encima de él. Uau.

—Tú... tómate tú —murmura, y sus ojos brillan con intensidad febril.

Ah... Despacio, muy despacio, me hundo en él. Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y gruñe. Le sujeto las manos y empiezo a moverme, gozando de la plenitud de mi posesión, gozando de su reacción, viendo cómo se destensa debajo de mí. Me siento como una diosa. Me inclino y le beso la barbilla, deslizando los dientes a lo largo de la barba incipiente de su mandíbula. Su sabor es delicioso. Él se agarra a mis caderas y ralentiza mi ritmo, haciéndolo lento y pausado.

—Ana, tócame... por favor.

Oh. Me inclino hacia delante y me apoyo con las manos sobre su pecho. Y él grita, y su grito es como un sollozo que penetra con fuerza en mi interior.

—Aaah —gimoteo, y paso las uñas con delicadeza sobre su torso, a través del vello, y él gruñe fuerte y se revuelve bruscamente, de manera que vuelvo a estar debajo.

—Basta —gime—. No más, por favor.

Es una súplica desgarradora.

Le cojo la cara entre las manos, noto la humedad de sus mejillas, y le atraigo con mi fuerza hacia mis labios para poder besarle. Y luego me aferro a él con mis manos en su espalda.

De su garganta surge un gruñido ronco y profundo mientras se mueve en mi interior, empujándome adelante y atrás, pero no consigo dejarme

ir. Tengo demasiadas cosas en la cabeza que me confunden. Estoy demasiado ofuscada con él.

—Déjate ir, Ana —me apremia.

—No.

—Sí —gruñe.

Se mueve ligeramente y gira las caderas, una y otra vez.

¡Dios... ahhh!

—Vamos, nena, lo necesito. Dámelo.

Y estallo, mi cuerpo es esclavo del suyo, envuelto en torno a él, aferrado a él como la hiedra, mientras él grita mi nombre y alcanza el clímax conmigo, y luego se derrumba, con todo su peso presionándome contra el colchón.

Acuno a Christian en mis brazos, con su cabeza descansando en mi pecho, mientras yacemos saboreando los rescoldos de la pasión amorosa. Le paso los dedos por el cabello y escucho cómo su respiración vuelve a la normalidad.

—No me dejes nunca —murmura.

Yo pongo los ojos en blanco, consciente de que no puede verme.

—Sé que me has puesto los ojos en blanco —susurra, y capto un deje divertido en su voz.

—Me conoces bien.

—Me gustaría conocerte mejor.

—Volviendo a ti, Grey. ¿De qué iba tu pesadilla?

—Lo de siempre.

—Cuéntamelo.

Traga saliva y se tensa antes de emitir un interminable suspiro.

—Debo de tener como unos tres años, y el chulo de la puta adicta al crack vuelve a estar muy furioso. Fuma y fuma sin parar, un cigarrillo tras otro, y no encuentra un cenicero.

Se calla, y un escalofrío aterrador me atenaza el corazón.

—Duele —dice—. Lo que recuerdo es el dolor. Eso es lo que me provoca las pesadillas. Eso, y el hecho de que ella no hiciera nada para detenerle.

Oh, Dios. Es insoportable. Le abrazo más fuerte, aferrándome a él con brazos y piernas, y trato de que mi desesperación no me asfixie. ¿Cómo puede alguien tratar así a un niño? Él levanta la cabeza y me clava su mirada gris e intensa.

—Tú no eres como ella. Ni se te ocurra siquiera pensarlo. Por favor.

Le miro y parpadeo. Me tranquiliza mucho oír eso. Él vuelve a apoyar la cabeza en mi pecho, y creo que ha terminado, pero me sorprende comprobar que continúa.

—A veces, en mis sueños, ella está simplemente tumbada en el suelo. Y yo creo que está dormida. Pero no se mueve. Nunca se mueve. Y yo tengo hambre. Mucha hambre.

Oh, Dios.

—Se oye un gran ruido y él ha vuelto, y me pega muy fuerte, mientras maldice a la puta adicta al crack. Su primera reacción siempre era usar los puños o el cinturón.

—¿Por eso no te gusta que te toquen?

Cierra los ojos y me abraza más fuerte.

—Es complicado —murmura.

Hunde la nariz entre mis senos, inspirando hondo, intentando distraerme.

—Cuéntamelo —insisto.

Él suspira.

—Ella no me quería. Yo no me quería. El único roce que conocí era... violento. De ahí viene todo. Flynn lo explica mejor que yo.

—¿Puedo hablar con Flynn?

Levanta la cabeza para mirarme.

—¿Quieres profundizar más en Cincuenta Sombras?

—E incluso más. Ahora mismo me gusta cómo profundizo en él.

Me muevo provocativamente debajo de él y sonrío.

—Sí, señorita Steele, a mí también me gusta.

Se inclina y me besa. Me observa un momento.

—Eres tan valiosa para mí, Ana. Decía en serio lo de casarme contigo. Así podremos conocernos. Yo puedo cuidar de ti. Tú puedes cuidar de mí. Podemos tener hijos, si quieres. Yo pondré el mundo a tus pies, Anastasia. Te quiero, en cuerpo y alma, para siempre. Por favor, piénsalo.

—Lo pensaré, Christian, lo pensaré —le tranquilizo, y todo me da vueltas otra vez. ¿Hijos? Santo Dios—. Pero realmente me gustaría hablar con el doctor Flynn, si no te importa.

—Por ti lo que sea, nena. Lo que sea. ¿Cuándo te gustaría verle?

—Lo antes posible.

—De acuerdo. Mañana me ocuparé de ello. —Echa un vistazo al reloj—. Es tarde. Deberíamos dormir.

Alarga un brazo para apagar la luz de la mesita y me atrae hacia él.

Miro el reloj. Oh, no: las cuatro menos cuarto.

Me envuelve en sus brazos, pega la frente a mi espalda y me acaricia el cuello con la nariz.

—Te quiero, Ana Steele, y quiero que estés a mi lado, siempre —murmura mientras me besa el cuello—. Ahora duerme.

Yo cierro los ojos.

Abro a regañadientes mis párpados pesados y una brillante luz inunda la habitación. Dejo escapar un gruñido. Me siento aturdida, desconectada de las extremidades que siento como el plomo, y Christian me envuelve pegado a mí como la hiedra. Como de costumbre, tengo demasiado calor. Deben de ser las cinco de la mañana; el despertador aún no ha sonado. Me muevo para librarme del calor que emite su cuerpo, dándome la vuelta en sus brazos, y él balbucea algo ininteligible en sueños. Miro el reloj: las nueve menos cuarto.

Oh, no, voy a llegar tarde. Maldita sea. Salgo dando tumbos de la cama y corro al baño. Tardo cuatro minutos en ducharme y volver a salir.

Christian está sentado en la cama, mirándome con gesto de diversión mal disimulada mezclada con cautela, mientras yo sigo secándome y cogiendo la ropa. Quizá esté esperando mi reacción a las revelaciones de anoche. Pero ahora mismo, sencillamente, no tengo tiempo.

Repaso la ropa elegida: pantalones negros, camisa negra... todo un poco señora R., pero ahora no

puedo perder un segundo cambiando de estilismo. Me pongo con prisas un sujetador y unas bragas negras, consciente de que él observa todos mis movimientos. Me pone... nerviosa. Las bragas y el sujetador servirán.

—Estás muy guapa —ronronea Christian desde la cama—. ¿Sabes?, puedes llamar y decir que estás enferma.

Me obsequia con esa media sonrisa devastadora, ciento cincuenta por ciento lasciva. Oh, es tan tentador... La diosa que llevo dentro hace un mohín provocativo.

—No, Christian. No puedo. Yo no soy un presidente megalómano con una sonrisa preciosa que puede entrar y salir a su antojo.

—Me gusta entrar y salir a mi antojo.

Despliega su gloriosa sonrisa un poco más, de manera que ahora aparece en IMAX de alta definición.

—¡Christian! —le riño.

Y le tiro la toalla, y se echa a reír.

—¿Una sonrisa preciosa, eh?

—Sí, y ya sabes el efecto que tiene en mí.

Me pongo el reloj.

—¿Efecto? —parpadea con aire inocente.

—Sí, lo sabes. El mismo efecto que tiene en todas las mujeres. La verdad es que resulta muy cansino ver cómo todas se derriten.

—¿Ah, sí?

Arquea una ceja y me mira. Se está divirtiendo mucho.

—No se haga el inocente, señor Grey. La verdad es que no te va nada —le digo distraídamente, mientras me recojo el pelo en una cola de caballo y me calzo mis zapatos de tacón alto.

Ya está. Así voy bien.

Cuando voy a darle un beso de despedida, él me coge y me tira de nuevo en la cama, y se inclina sobre mí, sonriendo de oreja a oreja. Oh. Es tan guapo: esos ojos que brillan traviosos, ese pelo alborotado que le queda después de hacer el amor, esa sonrisa fascinante. Ahora tiene ganas de jugar.

Yo estoy cansada, la cabeza todavía me da vueltas por todas las cosas que averigüé ayer, mientras que él está fresco como una rosa y de lo más sexy. Oh, es exasperante... mi Cincuenta.

—¿Qué puedo hacer para tentarte a quedarte? — dice en voz baja.

Siento un palpito en el corazón y empieza a latirme con fuerza. Es la tentación personificada.

—No puedes —refunfuño, forcejeando para incorporarme—. Déjame ir.

Él hace un mohín y desiste. Sonriendo, paso los dedos sobre sus labios esculpidos... mi Cincuenta Sombras. Le quiero tanto, con toda la oscuridad de su devastada existencia. Ni siquiera he empezado a procesar los acontecimientos de ayer ni cómo me siento al respecto.

Alzo la cabeza para besarle, agradecida por haberme lavado los dientes. Él me besa fuerte y largamente, y luego de repente me coge y me levanta, dejándome aturdida, sin aliento y temblorosa.

—Taylor te llevará. Llegarás antes si no tienes que buscar aparcamiento. Está esperando en la puerta del edificio —dice Christian amablemente, y parece aliviado.

¿Acaso le preocupa la reacción que pueda tener esta mañana? Estaba segura de que lo de anoche... bueno, lo de esta madrugada, le habría demostrado que no pienso salir huyendo.

—Vale. Gracias —musito, decepcionada por estar de pie, confundida por sus dudas, y vagamente enfadada porque una vez más no conduciré mi Saab.

Pero, en fin, tiene razón: con Taylor llegaré antes.

—Disfrute de su mañana de vagancia, señor Grey. Ojalá pudiera quedarme, pero al hombre que posee la empresa para la que trabajo no le gustaría que su personal faltara a su puesto solo por disfrutar de un poco de buen sexo.

Cojo mi bolso.

—Personalmente, señorita Steele, no tengo ninguna duda de que él lo aprobaría. De hecho, puede que insistiera en ello.

—¿Por qué te quedas en la cama? No es propio de ti.

Cruza las manos detrás de la cabeza y me sonrío.

—Porque puedo, señorita Steele.

Le miro y meneo la cabeza.

—Hasta luego, nene.

Le lanzo un beso y salgo por la puerta.

Taylor me está esperando y por lo visto sabe que voy tarde, porque conduce como un loco y consigue que llegue al trabajo a las nueve y cuarto. Cuando aparca junto a la acera, me siento agradecida... agradecida por estar viva: conducía de un modo terrorífico. Y agradecida

por no llegar espantosamente tarde: solo quince minutos.

—Gracias, Taylor —murmuro, pálida como una muerta.

Recuerdo que Christian me contó que conducía tanques; quizá también pilote coches de carreras.

—Ana —asiente a modo de despedida, y yo salgo corriendo para la oficina.

Mientras abro la puerta del vestíbulo pienso que por lo visto Taylor ha superado esa formalidad de «señorita Steele», y eso me hace sonreír.

Claire me sonrío cuando cruzo a toda prisa la recepción en dirección a mi mesa.

—¡Ana! —me llama Jack—. Ven.

Oh, maldita sea.

—¿Qué horas son estas? —me increpa.

—Lo siento. Me he dormido —respondo, poniéndome como la grana.

—Que no vuelva a pasar. Hazme un café, y después necesito que mandes unas cartas. Deprisa —grita, haciéndome dar un respingo.

¿Por qué está tan enfadado? ¿Qué le pasa? ¿Qué he hecho? Corro a la cocina a prepararle el café. Quizá debería haber faltado al trabajo. Podría... bueno, estar practicando sexo excitante con Christian, o desayunando con él, o simplemente hablando... eso sí que sería toda una novedad.

Jack apenas alza la vista cuando vuelvo a entrar en su despacho para llevarle el café. Me lanza una hoja de papel, garabateada a mano de forma ilegible.

—Pásalo a ordenador, tráemelo para que lo firme, después haz copias y envíalas por correo a todos nuestros autores.

—Muy bien, Jack.

Tampoco levanta la vista cuando salgo. Caray, sí que está enfadado.

Por fin me siento a mi mesa, sintiendo cierto alivio. Bebo un sorbo de té mientras espero a que se encienda el ordenador. Reviso mis e-mails.

De: Christian Grey

Fecha: 15 de junio de 2011 09:05

Para: Anastasia Steele

Asunto: Te echo de menos

Por favor, utiliza la BlackBerry.

x

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 15 de junio de 2011 09:27

Para: Christian Grey

Asunto: Qué bien se lo montan algunos

Mi jefe está enfadado.

La culpa es tuya por tenerme despierta hasta tan tarde con tus... tejemanejes.

Debería darte vergüenza.

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 15 de junio de 2011 09:32

Para: Anastasia Steele

Asunto: ¿Tejemaqué?

Tú no tienes por qué trabajar, Anastasia.

No tienes ni idea de lo horrorizado que estoy de mis tejemanajes.

Pero me gusta tenerte despierta hasta tarde ;)

Por favor, utiliza la BlackBerry.

Ah, y cástate conmigo, por favor.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele

Fecha: 15 de junio de 2011 09:35

Para: Christian Grey

Asunto: Ganarse la vida

Conozco tu tendencia natural a insistir, pero para ya.

Tengo que hablar con tu psiquiatra.

Hasta entonces no te daré una respuesta.

No soy contraria a vivir en pecado.

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 15 de junio de 2011 09:40
Para: Anastasia Steele
Asunto: BLACKBERRY

Anastasia: si vas a empezar a hablar del doctor Flynn,
UTILIZA LA BLACKBERRY.
No es una petición.

Christian Grey
Ahora enfadado presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Oh, no, ahora él también está enfadado conmigo. Bueno, por mí que se ponga como quiera. Saco la BlackBerry del bolso y la miro con escepticismo. Mientras empieza a sonar. ¿Es que no puede dejarme en paz?

—Sí —contesto con sequedad.

—Ana, hola...

—¡José! ¿Cómo estás?

Oh, es agradable oír su voz.

—Estoy bien, Ana. Oye, ¿sigues saliendo con ese tal Grey?

—Eh... sí... ¿Por qué?

¿Adónde quiere ir a parar?

—Bueno, él ha comprado todas tus fotos, y pensé que podría llevarlas yo mismo a Seattle. La exposición cierra el jueves, o sea que podría entregarlas el viernes por la tarde. Y a lo mejor podríamos tomar una copa o algo. La verdad es que también necesitaría un sitio para dormir.

—Eso me parece estupendo, José. Sí, seguro que podremos arreglarlo de alguna manera. Deja que lo hable con Christian y te vuelvo a llamar, ¿vale?

—Muy bien, espero tu llamada. Adiós, Ana.

—Adiós.

Y cuelga.

Oh, vaya. No he visto ni sabido nada de José desde la inauguración de su exposición. Ni siquiera le he preguntado cómo le estaba yendo, o si había vendido alguna obra más. Menuda amiga.

Así que a lo mejor el viernes por la noche salgo por ahí con José. ¿Cómo se lo tomará Christian? Solo me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio cuando al final noto que me duele. Oh, ese hombre tiene un doble rasero. Él sí que puede —me estremezco al pensarlo— darle ese puñetero baño a su ex amante, pero a mí seguramente me caerá una bronca solo por querer tomar una copa con José. ¿Cómo voy a manejar todo esto?

—¡Ana! —Jack me saca de golpe de mis elucubraciones. ¿Sigue enfadado?—. ¿Dónde está esa carta?

—Eh... ya voy.

Maldita sea. ¿Qué le pasa?

Escribo la carta en un santiamén, la imprimo y entro en su despacho, nerviosa.

—Aquí la tienes.

La dejo sobre su mesa y me doy la vuelta para irme. Inmediatamente, Jack le echa un rápido vistazo, crítico y penetrante.

—No sé a qué te dedicas ahí fuera, pero yo te pago para trabajar —replica.

—Soy consciente de ello, Jack —balbuceo en tono de disculpa.

Y noto un rubor que se extiende lentamente bajo mi piel.

—Esto está lleno de errores —espeta—. Repítelo.

Oh, no. Empieza a sonar como alguien que yo me sé, pero la brusquedad de Christian puedo tolerarla. Jack está empezando a desquiciarme.

—Ah, y tráeme otro café de paso.

—Lo siento —musito, y salgo de su despacho tan deprisa como puedo.

Por Dios. Se está poniendo insoportable. Vuelvo a sentarme a mi mesa, rehago rápidamente la carta, que solo tenía dos errores, y la repaso a fondo antes de imprimirla. Ahora está perfecta. Le preparo otro café, y le dirijo una elocuente mirada a Claire para hacerle saber que estoy metida en un buen lío. Suspiro profundamente, y entro de nuevo en su despacho.

—Mejor —murmura de mala gana mientras firma la carta—. Fotocópiala, archiva el original y envíala por correo a todos nuestros autores. ¿Entendido?

—Sí. —No soy una idiota—. Jack, ¿pasa algo?

Él levanta la vista, y sus ojos azules se oscurecen mientras repasan mi cuerpo de arriba abajo. Se me hiela la sangre.

—No.

Es una respuesta concisa, grosera y despectiva. Yo me quedo allí plantada como la idiota que decía no ser, y luego vuelvo a salir disparada de su despacho. Quizá él también sufra un trastorno de personalidad. Vaya por Dios, estoy rodeada. Voy hacia la fotocopidora —en la que, naturalmente, el papel está atascado—, y en cuanto la arreglo, descubro que se ha terminado el papel. Hoy no es mi día.

Cuando por fin vuelvo a mi mesa y empiezo a ensobrar, suena la BlackBerry. A través del cristal de su despacho, veo que Jack está al teléfono. Contesto. Es Ethan.

—Hola, Ana. ¿Cómo fue anoche?

Anoche... Me viene a la mente una rápida secuencia de imágenes: Christian arrodillado, su confesión, su proposición, los macarrones con queso, mis lágrimas, su pesadilla, el sexo, tocarle...

—Eh... bien —murmuro de forma poco convincente.

Ethan se queda callado, y al final decide pasar por alto mi evasiva.

—Estupendo. ¿Puedo ir a recoger las llaves?

—Claro.

—Pasaré por ahí dentro de media hora. ¿Tendrás tiempo para un café?

—Hoy no. He llegado tarde y mi jefe está furioso como un oso al que le hubiera picado una ortiga el culo.

—Suena mal.

—Suena fatal —digo soltando una risita.

Ethan se ríe y me alegra un poco el ánimo

—Vale, nos vemos a las tres.

Y cuelga.

Levanto la vista y Jack me está mirando. Maldita sea. Le ignoro a conciencia y sigo ensobrando.

Al cabo de media hora suena el teléfono de mi mesa. Es Claire.

—Ha vuelto. Está aquí, en recepción. El dios rubio.

Después de toda la angustia que pasé ayer y del día que el malhumorado de mi jefe me está haciendo pasar, es una alegría ver a Ethan, aunque enseguida tenemos que despedirnos.

—¿Nos veremos esta noche?

—Seguramente me quedaré con Christian.

Me ruborizo.

—Estás muy pillada, ¿eh? —comenta Ethan con cariño.

Me encojo de hombros. Si solo fuera eso... Y en ese momento me doy cuenta de que no solo estoy muy pillada: estoy pillada de por vida. Y lo más extraordinario es que Christian parece sentir lo mismo. Ethan me da un breve abrazo.

—Hasta luego, Ana.

Vuelvo a mi mesa, intentando digerir lo que acabo de descubrir. Oh, lo que daría por pasar un día sola para pensar en todo esto.

De pronto Jack aparece ante mí.

—¿Dónde has estado?

—He tenido que ir un momento a recepción.

Me está poniendo realmente de los nervios.

—Quiero mi comida. Lo de siempre —dice con brusquedad, y vuelve a entrar en su despacho.

¿Por qué no me habré quedado en casa con Christian? La diosa que llevo dentro cruza los brazos y

frunce los labios: ella también quiere saber la respuesta a eso. Cojo el bolso y la BlackBerry y me encamino hacia la puerta. Reviso mis mensajes.

De: Christian Grey

Fecha: 15 de junio de 2011 09:06

Para: Anastasia Steele

Asunto: Te echo de menos

Mi cama es demasiado grande sin ti.

Por lo visto, al final tendré que ponerme a trabajar.

Incluso los presidentes megalómanos tienen cosas que hacer.

x

Christian Grey

Presidente mano sobre mano de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Y otro de él, algo más tarde.

De: Christian Grey

Fecha: 15 de junio de 2011 09:50

Para: Anastasia Steele

Asunto: La discreción

Es lo mejor del valor.

Por favor actúa con discreción... Tus e-mails de trabajo están monitorizados.

¿CUÁNTAS VECES TENGO QUE DECÍRTELO?

Sí. Mayúsculas chillonas, como tú dices. UTILIZA LA BLACKBERRY.

El doctor Flynn puede reunirse con nosotros mañana por la tarde.

X

Christian Grey

Todavía enfadado presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Y otro más... oh, no.

De: Christian Grey

Fecha: 15 de junio de 2011 12:15

Para: Anastasia Steele

Asunto: Nerviosismo

No he sabido nada de ti.

Por favor, dime que estás bien.

Ya sabes cómo me preocupo.

¡Enviaré a Taylor a comprobarlo!

X

Christian Grey

Muy ansioso presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Pongo los ojos en blanco, y le llamo. No quiero que se preocupe.

—Teléfono de Christian Grey, soy Andrea Parker.

Oh, me desconcierta tanto que no sea Christian quien conteste que me paro en seco en la calle, y el chico que va detrás de mí masculla enfadado y vira bruscamente para no chocar conmigo. Me refugio bajo el toldo verde de la tienda.

—¿Hola? ¿Puedo ayudarla?

La voz de Andrea llena el incómodo silencio.

—Lo siento... Esto... esperaba hablar con Christian.

—En este momento el señor Grey está reunido —dice muy expeditiva—. ¿Quiere dejar un mensaje?

—¿Puede decirle que ha llamado Ana?

—¿Ana? ¿Es Anastasia Steele?

—Eh... Sí.

Su pregunta me confunde.

—Espere un segundo, señorita Steele.

Ella deja un momento el teléfono y yo escucho con atención, pero no oigo lo que pasa. Al cabo de unos segundos, Christian está al aparato.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

Él respira, aliviado.

—¿Por qué no iba a estarlo, Christian? —murmuro para tranquilizarle.

—Siempre contestas enseguida a mis correos. Después de lo que te dije ayer, estaba preocupado —añade en voz baja, y luego habla con alguien de su

despacho—. No, Andrea. Diles que esperen —ordena rotundo.

Oh, yo conozco ese tono de voz.

No oigo la respuesta de Andrea.

—No, he dicho que esperen —reitera con firmeza.

—Christian, ahora estás muy ocupado. Solo he llamado para decirte que estoy bien, en serio... solo que hoy he estado muy liada. Jack ha sacado el látigo. Esto... quiero decir...

Me ruborizo y me callo.

Pasa un buen rato sin que Christian diga nada.

—Así que el látigo, ¿eh? Bueno, hubo un tiempo en que le habría considerado un hombre muy afortunado —dice en un tono bastante sardónico—. No permitas que se te suba encima, nena.

—¡Christian! —le riño, y sé que está sonriendo.

—Solo digo que le controles, nada más. Mira, me alegro de que estés bien. ¿A qué hora te recojo?

—Te mandaré un e-mail.

—Desde tu BlackBerry —dice con severidad.

—Sí, señor —replico a mi vez.

—Hasta luego, nena.

—Adiós...

Sigue al teléfono.

—Cuelga —le regaño, sonriendo.

Él suspira profundamente.

—Ojalá no hubieras ido a trabajar esta mañana.

—Yo pienso lo mismo. Pero estoy ocupada.

Cuelga.

—Cuelga tú.

Puedo notar su sonrisa. Oh, el Christian juguetón. Adoro al Christian juguetón. Mmm... Adoro a Christian, punto.

—Ya estamos otra vez...

—Te estás mordiendo el labio.

Maldita sea, tiene razón. ¿Cómo lo sabe?

—¿Ves?, tú crees que no te conozco, Anastasia. Pero te conozco mejor de lo que crees —murmura seductoramente, de esa forma que me deja sin fuerzas y hace que me derrita.

—Christian, ya hablaremos más tarde. Ahora mismo yo también desearía sinceramente no haberme ido esta mañana.

—Esperaré su correo, señorita Steele.

Cuelgo, y me apoyo en el frío y duro vidrio del escaparate de la tienda. Oh, Dios, incluso por teléfono me posee. Sacudo la cabeza para dejar de pensar en Christian Grey y entro en la tienda, deprimida al pensar de nuevo en Jack.

Cuando vuelvo, me pone mala cara.

—¿Te parece bien que salga a comer ahora? —le pregunto cautelosa.

Él levanta la vista y me mira aún más malhumorado.

—Si no hay más remedio... —me suelta—. Cuarenta y cinco minutos. Para recuperar el tiempo que has perdido esta mañana.

—Jack, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¿Qué?

—Hoy pareces muy disgustado. ¿He hecho algo que te haya molestado?

Se me queda mirando.

—Ahora mismo no estoy de humor para hacer una lista de tus fallos. Tengo trabajo.

Devuelve la mirada a la pantalla de su ordenador, echándome claramente.

Por Dios... ¿Qué he hecho?

Me doy la vuelta y salgo de su despacho, y por un momento creo que voy a llorar. ¿Por qué de repente siento tanta aversión hacia mí? Me viene a la mente una idea muy desagradable, pero la ignoro. Ahora mismo no necesito pensar en sus tonterías... bastante tengo con lo mío.

Salgo del edificio en dirección al Starbucks más cercano, pido un café con leche y me siento junto a la ventana. Saco el iPod del bolso y me pongo los auriculares. Escojo una canción al azar y pulso el botón de repetir para que suene una y otra vez. Necesito música para pensar.

Dejo vagar mi mente. Christian el sádico. Christian el sumiso. Christian el intocable. Los impulsos edípicos de Christian. Christian bañando a Leila. Esta última imagen me atormenta, y gimo y cierro los ojos.

¿Realmente puedo casarme con este hombre? Eso implica aceptar muchas cosas. Él es complejo y difícil, pero en mi fuero interno sé que no quiero dejarle, a pesar de todos sus conflictos. Nunca podría dejarle. Le amo. Sería como cortarme un brazo.

Nunca me había sentido tan viva, tan vital como ahora mismo. Desde que le conocí he descubierto todo tipo de sentimientos profundos y desconcertantes, y experiencias nuevas. Con Cincuenta nunca hay momentos de aburrimiento.

Recuerdo mi vida antes de Christian, y es como si todo fuera en blanco y negro, como los retratos de José. Ahora mi vida entera es en colores saturados, ricos y brillantes. Estoy planeando sobre un rayo de luz deslumbrante, la luz deslumbrante de Christian. Sigo siendo Ícaro, volando demasiado cerca de mi sol. Suelto un resoplido interno. Volar con Christian... ¿quién puede resistirse a un hombre que puede volar?

¿Puedo abandonarle? ¿Quiero abandonarle? Es como si él hubiera pulsado un interruptor que me iluminara por dentro. Conocerle ha sido todo un proceso de aprendizaje. He descubierto más sobre mí misma en las últimas semanas que en toda mi vida anterior. He aprendido sobre mi cuerpo, mis límites infranqueables, mi tolerancia, mi paciencia, mi compasión y mi capacidad para amar.

Y entonces la idea me impacta con la fuerza de un rayo. Esto es lo que él necesita de mí, a lo que tiene derecho: al amor incondicional. Nunca lo recibió de la puta adicta al crack... eso es lo que él necesita. ¿Puedo amarle incondicionalmente? ¿Puedo aceptarle tal como es, a pesar de todo lo que me contó anoche?

Sé que es un hombre herido, pero no creo que sea irredimible. Suspiro al recordar las palabras de Taylor: «Es un buen hombre, señorita Steele».

Yo he sido testigo de la contundente evidencia de su bondad: sus obras de beneficencia, su ética empresarial, su generosidad... y, sin embargo, él no es capaz de verla en sí mismo. No se cree en absoluto merecedor de amor. Conocer su historia y sus predilecciones me ha permitido atisbar el origen de su

odio hacia sí mismo... por eso no ha dejado que nadie se le acercara. ¿Seré capaz de superar esto?

Una vez me dijo que no podía ni imaginar siquiera hasta dónde llegaba su depravación. Bueno, ahora ya me lo ha contado y, conociendo cómo fueron los primeros años de su vida, no me sorprende... aunque me impactó mucho oírlo en voz alta. Al menos me lo ha contado... y parece más feliz después de haberlo hecho. Ahora lo sé todo.

¿Eso devalúa su amor por mí? No, no lo creo. Él nunca se había sentido así, ni yo tampoco. Esto es nuevo para ambos.

Los ojos se me llenan de lágrimas al recordar que, cuando dejó que le tocara anoche, cayeron sus últimas barreras. Y que tuvo que aparecer Leila con toda su locura para que llegáramos a ese punto.

Tal vez debería estar agradecida. Ahora, el hecho de que él la bañara ya no me deja un sabor tan amargo. Me pregunto qué ropa le dio. Espero que no fuera el vestido de color ciruela. Me gusta mucho ese vestido.

Así que ¿puedo amar incondicionalmente a ese hombre con todos sus conflictos? Porque no merece menos que eso. Todavía tiene que aprender límites, y pequeñas cosas como la empatía, y a ser menos controlador. Dice que ya no siente la compulsión de hacerme daño; quizá el doctor Flynn pueda arrojar algo de luz sobre eso.

Fundamentalmente, eso es lo que más me preocupa: que necesite eso y que siempre haya encontrado mujeres afines que también lo necesitaban. Frunzo el ceño. Sí, esa es la seguridad que necesito. Quiero ser todas las cosas para este hombre, su Alfa y su

Omega y todo lo que hay en medio, porque él lo es todo para mí.

Espero que Flynn pueda contestar a todas mis preguntas, y quizá entonces podré decir que sí. Christian y yo encontraremos nuestro propio trozo de cielo cerca del sol.

Contemplo el bullicio de Seattle a la hora de comer. Señora de Christian Grey... ¿quién lo iba a decir? Miro el reloj. ¡Oh, no! Me levanto de un salto y salgo corriendo hacia la puerta: llevo una hora entera sentada aquí... ¡qué rápido ha pasado el tiempo! ¡Jack se va a poner como una fiera!

Vuelvo sigilosamente a mi mesa. Por suerte, él no está en su despacho. Parece ser que me voy a librar. Miro fijamente la pantalla de mi ordenador, tratando de que mi mente se ponga en modo trabajo.

—¿Dónde estabas?

Pego un salto. Jack está detrás de mí con los brazos cruzados.

—En el sótano, haciendo fotocopias —miento.

Él aprieta los labios, que se convierten en una línea fina, inflexible.

—A las seis y media tengo que salir para el aeropuerto. Necesito que te quedes hasta entonces.

—De acuerdo.

Le sonrío con toda la amabilidad de la que soy capaz.

—Necesito una copia impresa de mi agenda de trabajo en Nueva York, junto con diez fotocopias. Y encárgate de que empaqueten los folletos. ¡Y tráeme un café! —gruñe, y entra con paso enérgico en su despacho.

Suelto un suspiro de alivio y, cuando cierra la puerta, le saco la lengua. Cabrón...

A las cuatro en punto, Claire llama desde recepción.

—Mia Grey te llama por teléfono.

¿Mia? Espero que no quiera que vayamos al centro comercial.

—¡Hola, Mia!

—Ana, hola. ¿Cómo estás? —dice con entusiasmo desbordante.

—Bien. Tengo mucho trabajo hoy. ¿Y tú?

—¡Estoy de lo más aburrida! Y, para entretenerme con algo, estoy organizando una fiesta de cumpleaños para Christian.

¿El cumpleaños de Christian? Vaya, no tenía ni idea.

—¿Cuándo es?

—Lo sabía. Sabía que no te lo habría dicho. Es el sábado. Mamá y papá quieren que venga todo el mundo a comer para celebrarlo. Te estoy invitando oficialmente.

—Oh, eso es estupendo. Gracias, Mia.

—Ya he telefoneado a Christian y se lo he dicho, y él me ha dado tu teléfono de aquí.

—Genial.

Mi mente ya está dando vueltas: ¿qué demonios voy a comprarle a Christian por su cumpleaños? ¿Qué le compras a un hombre que tiene de todo?

—Y la próxima semana podríamos quedar para comer.

—Claro. ¿Y qué tal mañana? Mi jefe estará en Nueva York.

—Oh, eso sería fantástico, Ana. ¿A qué hora?

—¿A la una menos cuarto?

—Ahí estaré. Adiós, Ana.

—Adiós.

Cuelgo.

Christian. Cumpleaños. ¿Qué demonios puedo comprarle?

De: Anastasia Steele

Fecha: 15 de junio de 2011 16:11

Para: Christian Grey

Asunto: Antediluviano

Querido señor Grey:

¿Cuándo, exactamente, pensaba decírmelo?

¿Qué debería comprarle a mi vejestorio por su cumpleaños?

¿Quizá unas pilas para el audífono?

A x

Anastasia Steele

Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 15 de junio de 2011 16:20

Para: Anastasia Steele

Asunto: Prehistórico

No te burles de los ancianos.

Me alegro de que estés vivita y coleando.
Y de que Mia te haya llamado.
Las pilas siempre van bien.
No me gusta celebrar mi cumpleaños.

x

Christian Grey
Presidente sordo como una tapia de Grey
Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 15 de junio de 2011 16:24
Para: Christian Grey
Asunto: Mmm

Querido señor Grey:
Le imagino poniendo morritos mientras escribía
esa última frase.
Eso ejerce un efecto sobre mí.

A xox

Anastasia Steele
Ayudante de Jack Hyde, editor de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 15 de junio de 2011 16:29
Para: Anastasia Steele
Asunto: Con los ojos en blanco

Señorita Steele:
!!!UTILICE LA BLACKBERRY!!!

x

Christian Grey
Presidente de mano suelta de Grey Enterprises
Holdings, Inc.

Pongo cara de exasperación. ¿Por qué es tan susceptible con los e-mails?

De: Anastasia Steele
Fecha: 15 de junio de 2011 16:33
Para: Christian Grey
Asunto: Inspiración

Querido señor Grey:
Ah... No puede estar sin la mano suelta mucho tiempo, ¿verdad?
Me pregunto qué diría sobre eso el doctor Flynn.
Pero ahora ya sé qué voy a regalarte por tu cumpleaños... y espero que me haga daño...
;)

A x

De: Christian Grey
Fecha: 15 de junio de 2011 16:38

Para: Anastasia Steele
Asunto: Angina de pecho

Señorita Steele:

No creo que mi corazón pueda aguantar la tensión de otro correo como este; ni tampoco mis pantalones, por cierto.

Compórtese.

x

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Steele
Fecha: 15 de junio de 2011 16:42
Para: Christian Grey
Asunto: Pesado

Christian:

Intento trabajar para mi muy pesado jefe.
Por favor, deja de molestarme y de ser tan pesado tú también.

Tu último e-mail me ha puesto a cien.

x

P.D.: ¿Puedes recogerme a las 18:30?

De: Christian Grey

Fecha: 15 de junio de 2011 16:47

Para: Anastasia Steele

Asunto: Ahí estaré

Nada me complacería más.

En realidad, sí se me ocurren una serie de cosas que me complacerían más, y todas tienen que ver contigo.

x

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Al leer su respuesta, me ruborizo y sacudo la cabeza. Bromear sobre estas cosas por correo está muy bien, pero la verdad es que tenemos que hablar. Quizá después de mi charla con el doctor Flynn. Dejo la BlackBerry y doy por terminada mi pequeña reconciliación.

Hacia las seis y cuarto la oficina está desierta. He leído todo lo que me ha encargado Jack. He reservado un taxi para que le lleve al aeropuerto, y acabo de entregarle sus documentos. Echo una mirada ansiosa a través del cristal, pero él sigue concentrado en su llamada telefónica, y no quiero interrumpirle; no, visto el humor que tiene hoy.

Mientras espero a que termine, se me ocurre que hoy no he comido. Oh, no... eso no le sentará bien a Cincuenta. Me dirijo rápidamente hacia la cocina para ver si quedan galletas.

Estoy abriendo el tarro comunitario de galletas cuando Jack aparece de repente en el umbral de la cocina, mirándome fijamente.

Oh. ¿Qué está haciendo aquí?

Me fulmina con la mirada.

—Bueno, Ana. Creo que este es un buen momento para hablar de tus fallos.

Entra y cierra la puerta, e inmediatamente se me seca la boca y en mi mente suena una alarma fuerte e insistente.

Oh, no.

En sus labios se dibuja una sonrisa grotesca, y sus ojos tienen un brillo profundo e intenso de color cobalto.

—Por fin estamos a solas —dice, y se lame el labio superior muy despacio.

¿Qué?

—Ahora... ¿vas a ser buena chica y escucharás con mucha atención lo que te diga?

Los ojos de Jack tienen un destello azul muy oscuro, y sonrío con aire despectivo mientras mira con lascivia mi cuerpo de arriba abajo.

El miedo me deja sin respiración. ¿Qué es esto? ¿Qué quiere? De algún lugar del interior de mi mente y a pesar de mi sequedad de boca, surge la decisión y el valor para forzarme a decir algunas palabras entre dientes, con el mantra de mi clase de autodefensa, «Haz que sigan hablando», girando en mi cerebro como un centinela etéreo.

—Jack, no creo que ahora sea buen momento para esto. Tu taxi llegará dentro de diez minutos, y tengo que darte todos tus documentos.

Mi voz, tranquila pero ronca, me delata.

Él sonrío, y cuando finalmente esa sonrisa alcanza a sus ojos, tiene un aire despótico de «me trae totalmente al paio». Su mirada brilla bajo la cruda luz del tubo fluorescente sobre nuestras cabezas en este cuarto gris y sin ventanas. Da un paso hacia mí, sin apartar sus ojos refulgentes de los míos. Le miro, y veo sus pupilas dilatadas, el negro eclipsando al azul. Oh, Dios. Mi miedo se intensifica.

—¿Sabes?, tuve que pelearme con Elizabeth para darte este trabajo...

Se le quiebra la voz y se acerca un paso más, y yo retrocedo hasta los desvencijados armarios de la

pared. Haz que sigan hablando, que sigan hablando, que sigan hablando.

—¿Qué problema tienes exactamente, Jack? Si quieres exponer tus quejas, quizá deberíamos decir a recursos humanos que estén presentes. Podemos hablarlo con Elizabeth en un entorno más formal.

¿Dónde está el personal de seguridad? ¿Siguen en el edificio?

—No necesitamos a recursos humanos para gestionar esta situación, Ana —dice desdeñoso—. Cuando te contraté, creí que trabajarías duro. Creía que tenías potencial. Pero ahora... no sé. Te has vuelto distraída y descuidada. Y me pregunté... si no sería tu novio el que te estaba llevando por el mal camino.

Pronuncia «novio» con un desprecio espeluznante.

—Decidí revisar tu cuenta de correo electrónico, para ver si podía encontrar alguna pista. ¿Y sabes qué encontré, Ana? ¿Sabes lo que no cuadraba? Los únicos e-mails personales de tu cuenta eran para el egocéntrico de tu novio. —Se para y evalúa mi reacción—. Y me puse a pensar... ¿dónde están los e-mails que le envía él? No hay ninguno. Nada. Cero. Dime, ¿qué está pasando, Ana? ¿Cómo puede ser que los e-mails que te envía él no aparezcan en nuestro sistema? ¿Eres una especie de espía empresarial que ha colocado aquí la organización de Grey? ¿Es eso?

Dios, los e-mails. Oh, no. ¿Qué he puesto en ellos?

—Jack, ¿de qué estás hablando?

Trato de parecer desconcertada, y resulto bastante convincente. Esta conversación no va por donde

esperaba y no me fío lo más mínimo de él. Alguna feromona subliminal que exuda del cuerpo de Jack me mantiene en máxima alerta. Este hombre está enfadado, es voluble y totalmente impredecible. Intento razonar con él.

—Acabas de decir que tuviste que convencer a Elizabeth para contratarme. ¿Cómo pueden haberme introducido aquí para espiar? Aclárate, Jack.

—Pero Grey se cargó lo del viaje a Nueva York, ¿no?

Oh, no.

—¿Cómo lo consiguió, Ana? ¿Qué hizo tu poderoso novio formado en las más prestigiosas universidades?

La poca sangre que me quedaba en las venas desaparece, y creo que voy a desmayarme.

—No sé de qué estás hablando, Jack —susurro—. Tu taxi está a punto de llegar. ¿Te traigo tus cosas?

Oh, por favor, deja que me vaya. Acaba ya con esto.

Jack disfruta viéndome en esa situación tan incómoda y agobiante, y continúa:

—¿Y él cree que intentaré propasarme contigo? —Sonríe y se le enardece la mirada—. Bueno, quiero que pienses en una cosa mientras estoy en Nueva York. Yo te di este trabajo y espero cierta gratitud por tu parte. En realidad, tengo derecho. Tuve que pelear para conseguirte. Elizabeth quería a alguien más cualificado, pero... yo vi algo en ti. De manera que hemos de hacer un pacto. Un pacto que me deje satisfecho. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Ana?

¡Dios!

—Considéralo, si lo prefieres, como una nueva definición de tu trabajo. Y, si me satisfaces, no investigaré más a fondo qué teclas ha tocado tu novio, qué contactos ha exprimido, o qué favores se ha cobrado de algún compañero de una de esas pijas fraternidades universitarias.

Le miro con la boca abierta. Me está haciendo chantaje... ¡a cambio de sexo! ¿Y qué puedo decir? Aún faltan tres semanas para que la noticia de la OPA hostil de Christian se haga pública. No doy crédito. ¡Sexo... conmigo!

Jack se acerca más hasta colocarse justo delante de mí, mirándome a los ojos. Su colonia empalagosa y dulzona invade mis fosas nasales... es repugnante. Y, si no me equivoco, el aliento le apesta a alcohol. Oh, no, ha estado bebiendo... ¿cuándo?

—Eres una suavona reprimida, una calentabraguetas, ¿sabes, Ana? —murmura apretando los dientes.

¿Qué? ¿Una calentabraguetas... yo?

—Jack, no tengo ni idea de qué hablas —susurro, y siento una descarga de adrenalina por todo mi cuerpo.

Ahora está más cerca, y espero mi momento para entrar en acción. Ray estaría orgulloso. Él me enseñó qué hacer. Es experto en autodefensa. Si Jack me toca, si respira siquiera demasiado cerca de mí, le derribaré. Me falta el aire. No debo desmayarme. No debo desmayarme.

—Mírate. —Me observa con lascivia—. Estás muy excitada, lo noto. En realidad tú me has provocado. En el fondo lo deseas, lo sé.

Madre mía. Este hombre delira. Mi miedo alcanza el nivel de ataque inminente, y amenaza con aplastarme.

—No, Jack, yo nunca te he provocado.

—Sí, me provocaste, puta calentabraguetas. Detecto las señales.

Alarga la mano, y con el dorso de los nudillos me acaricia delicadamente la mejilla hasta el mentón. Y luego la garganta, con el dedo índice, y yo siento el corazón en la boca y reprimo las náuseas. Llega hasta el hueco de la base del cuello bajo el botón desabrochado de mi blusa negra, y apoya la mano en mi pecho.

—Me deseas. Admítelo, Ana.

Sin apartar los ojos de él, y concentrada en lo que tengo que hacer —en lugar de en mi creciente repugnancia y mi pavor—, poso una mano delicadamente sobre la suya, como una caricia. Él sonrío triunfante. Entonces le agarro el dedo meñique, se lo retuerzo hacia atrás y, de un tirón, lo hago bajar a la altura de su cadera.

—¡Ahhh! —grita por el dolor y la sorpresa, y, cuando trastabilla, levanto la rodilla con fuerza hasta su ingle y consigo impactar limpiamente en mi objetivo.

Cuando dobla las rodillas y se derrumba con un quejido sobre el suelo de la cocina con las manos entre las piernas, me aparto ágilmente hacia la izquierda.

—No vuelvas a tocarme nunca —le advierto con un gruñido gutural—. Y tienes la hoja de ruta y los folletos encima de mi mesa. Ahora me voy a casa. Buen viaje. Y en adelante, hazte tú el maldito café.

—¡Jodida puta! —me grita casi gimoteante, pero yo ya he salido por la puerta.

Vuelvo a mi mesa corriendo, cojo la chaqueta y el bolso, y salgo disparada hacia recepción sin hacer caso de los gemidos y las maldiciones que profiere el cabrón, aún tirado en el suelo de la cocina. Salgo a la calle y me paro un momento al sentir el aire fresco dándome en la cara. Inspiro profundamente y recupero la calma. Pero, como no he comido en todo el día, cuando esa desagradable descarga de adrenalina remite, las piernas me fallan y me desplomo en el suelo.

Con cierto distanciamiento, contemplo a cámara lenta la escena que se desarrolla delante de mí: Christian y Taylor, con trajes oscuros y camisas blancas, bajan de un salto del coche y corren hacia mí. Christian se arrodilla a mi lado, pero yo apenas soy consciente de ello y solo soy capaz de pensar: Él está aquí. Mi amor está aquí.

—¡Ana, Ana! ¿Qué sucede?

Me coloca en su regazo y me pasa las manos por los brazos para comprobar si estoy herida. Me sostiene la cabeza entre las manos y me mira a los ojos. Los suyos, grises y muy abiertos, están aterrorizados. Yo me abandono, embargada por una repentina sensación de cansancio y de alivio. Oh, los brazos de Christian. No deseo estar en ninguna otra parte.

—Ana. —Me zarandea suavemente—. ¿Qué pasa? ¿Estás enferma?

Niego con la cabeza y me doy cuenta de que necesito empezar a explicarme.

—Jack —susurro, y, más que ver, percibo una fugaz mirada de Christian a Taylor, que desaparece rápidamente en el interior del edificio.

—¡Por Dios! —Christian me rodea con sus brazos—. ¿Qué te ha hecho ese canalla?

Y, en mitad de toda esta locura, una risita tonta brota de mi garganta. Recuerdo a Jack, absolutamente conmocionado, cuando le agarré del dedo.

—Más bien qué le he hecho yo a él.

Me echo a reír y no puedo parar.

—¡Ana!

Christian vuelve a zarandearme, y la risa histérica se calma.

—¿Te ha tocado?

—Solo una vez.

Christian, dominado por la rabia, comprime y tensa los músculos, y se pone de pie con agilidad, poderoso, con la firmeza de una roca, conmigo en brazos. Está furioso. ¡No!

—¿Dónde está ese cabrón?

Se oyen gritos ahogados dentro del edificio. Christian me deja en el suelo.

—¿Puedes sostenerte en pie?

Yo asiento.

—No entres. No, Christian.

De pronto ha vuelto el miedo, miedo de lo que Christian le hará a Jack.

—Sube al coche —me ordena a gritos.

—Christian, no —digo, sujetándole del brazo.

—Entra en el maldito coche, Ana.

Se suelta de mí.

—¡No! ¡Por favor! —le suplico—. Quédate. No me dejes sola.

Utilizo mi último recurso.

Christian, furioso, se pasa la mano por el pelo y me clava una mirada llena de indecisión. Los gritos en el interior del edificio aumentan, y luego cesan de repente.

Oh, no. ¿Qué ha hecho Taylor?

Christian saca su BlackBerry.

—Christian, él tiene mis e-mails.

—¿Qué?

—Los e-mails que te he enviado. Quería saber dónde estaban los e-mails que tú me has enviado a mí.

La mirada de Christian se torna asesina.

Maldita sea.

—¡Joder! —masculla, y me mira con los ojos entornados.

Marca un número en su Blackberry.

Oh, no. Me he metido en un buen lío. ¿A quién telefonea?

—Barney. Soy Grey. Necesito que accedas al servidor central de SIP y elimines todos los e-mails que me ha enviado Anastasia Steele. Después accede a los archivos personales de Jack Hyde para comprobar que no están almacenados allí. Si lo están, elimínalos... Sí, todos. Ahora. Cuando esté hecho, házmelo saber.

Pulsa el botón de cortar llamada y luego marca otro número.

—Roach. Soy Grey. Hyde... le quiero fuera. Ahora. Ya. Llama a seguridad. Haced que vacíe inmediatamente su mesa, o lo primero que haré mañana a primera hora es liquidar esta empresa. Esos son todos los motivos que necesitas para darle la carta de despido. ¿Entendido?

Se queda escuchando un momento y luego cuelga, aparentemente satisfecho.

—La BlackBerry... —sisea entre dientes.

—Por favor, no te enfades conmigo.

—Ahora mismo estoy muy enfadado contigo —gruñe, y vuelve a pasarse la mano por el pelo—. Entra en el coche.

—Christian, por favor...

—Entra en el jodido coche, Anastasia. No me obligues a tener que meterte yo personalmente —me amenaza, con los ojos centelleantes de ira.

Maldita sea.

—No hagas ninguna tontería, por favor —le suplico.

—¡Tonterías! —explota—. Te dije que usaras tu jodida BlackBerry. A mí no me hables de tonterías. Entra en el puto coche, Anastasia... ¡Ahora! —brama, y yo me estremezco de miedo.

Este es el Christian furioso. Nunca le he visto tan enfadado. Apenas puede controlarse.

—Vale —musito, y se apacigua—. Pero, por favor, ve con cuidado.

Él aprieta los labios, convertidos ahora en una fina línea, y señala airado hacia el coche, mirándome fijamente.

Vaya, vale...Ya lo he captado.

—Por favor, ve con cuidado. No quiero que te pase nada. Me moriría —murmuro.

Él parpadea y se tranquiliza, bajando el brazo e inspirando profundamente.

—Iré con cuidado —dice, y su mirada se dulcifica.

Oh, gracias a Dios. Sus ojos refulgen mientras observa cómo me dirijo al coche, abro la puerta del pasajero y entro. Una vez que estoy sana y salva en el

Audi, él desaparece en el interior del edificio, y yo vuelvo a sentir el corazón en la garganta. ¿Qué piensa hacer?

Me siento y espero. Y espero. Y espero. Cinco minutos eternos. El taxi de Jack aparca delante del Audi. Diez minutos. Quince. Dios... ¿qué están haciendo ahí dentro, y cómo estará Taylor? La espera es un martirio.

Al cabo de veinticinco minutos, Jack sale del edificio cargado con una caja de cartón. Detrás de él aparece el guardia de seguridad. ¿Dónde estaba antes? Después salen Christian y Taylor. Jack parece aturdido. Va directo al taxi, y yo me alegro de que el Audi tenga los cristales ahumados y no pueda verme. El taxi arranca —no creo que se dirija al aeropuerto—, y Christian y Taylor se acercan al coche.

Christian abre la puerta del conductor y se desliza en el asiento, seguramente porque yo estoy delante, y Taylor se sienta detrás de mí. Ninguno de los dos dice una palabra cuando Christian pone el coche en marcha y se incorpora al tráfico. Yo me atrevo a mirar de reojo a Cincuenta. Tiene los labios apretados, pero parece abstraído. Suena el teléfono del coche.

—Grey —espetta Christian.

—Señor Grey, soy Barney.

—Barney, estoy en el manos libres y hay más gente en el coche —advierde.

—Señor, ya está todo hecho. Pero tengo que hablar con usted sobre otras cosas que he encontrado en el ordenador del señor Hyde.

—Te llamaré cuando llegue. Y gracias, Barney.

—Muy bien, señor Grey.

Barney cuelga. Su voz parecía la de alguien mucho más joven de lo que me esperaba.

¿Qué más habrá en el ordenador de Jack?

—¿No vas a hablarme? —pregunto en voz baja.

Christian me mira, vuelve a fijar la vista en la carretera, y me doy cuenta de que sigue enfadado.

—No —replica en tono adusto.

Oh, ya estamos... qué infantil. Me rodeo el cuerpo con los brazos, y observo por la ventanilla con la mirada perdida. Quizá debería pedirle que me dejara en mi apartamento; así podría «no hablarme» desde la tranquilidad del Escala y ahorrarnos a ambos la inevitable pelea. Pero, en cuanto lo pienso, sé que no quiero dejarle dándole vueltas al asunto. No después de lo de ayer.

Finalmente nos detenemos delante de su edificio, y Christian se apea. Rodea el coche con su elegante soltura y me abre la puerta.

—Vamos —ordena, mientras Taylor ocupa el asiento del conductor.

Yo cojo la mano que me tiende y le sigo a través del inmenso vestíbulo hasta el ascensor. No me suelta.

—Christian, ¿por qué estás tan enfadado conmigo? —susurro mientras esperamos.

—Ya sabes por qué —musita. Entramos al ascensor y marca el código del piso—. Dios, si te hubiera pasado algo, a estas horas él ya estaría muerto.

El tono de Christian me congela la sangre. Las puertas se cierran.

—Créeme, voy a arruinar su carrera profesional para que no pueda volver a aprovecharse de ninguna jovencita nunca más, una excusa muy miserable para un hombre de su calaña. —Menea la cabeza—. ¡Dios, Ana!

Y de pronto me sujeta y me aprisiona contra una esquina del ascensor.

Hunde una mano en mi pelo y me atrae con fuerza hacia él. Su boca busca la mía, y me besa con apasionada desesperación. No sé por qué me coge por sorpresa, pero lo hace. Yo saboreo su alivio, su anhelo y los últimos vestigios de su rabia, mientras su lengua posee mi boca. Se para, me mira fijamente, y apoya todo su peso sobre mí, de forma que no puedo moverme. Me deja sin aliento y me aferro a él para sostenerme. Alzo la mirada hacia su hermoso rostro, marcado por la determinación y la mayor seriedad.

—Si te hubiera pasado algo... si él te hubiera hecho daño... —Noto el estremecimiento que recorre su cuerpo—. La BlackBerry —ordena en voz baja—. A partir de ahora. ¿Entendido?

Yo asiento y trago saliva, incapaz de apartar la vista de su mirada grave y fascinante.

Cuando el ascensor se para, se yergue y me suelta.

—Dice que le diste una patada en las pelotas.

Christian ha aligerado el tono. Ahora su voz tiene cierto matiz de admiración, y creo que estoy perdonada.

—Sí —susurro, aún sin recuperarme del todo de la intensidad de su beso y su vehemente exigencia.

—Bien.

—Ray estuvo en el ejército. Me enseñó muy bien.

—Me alegro mucho de que lo hiciera —musita, y añade arqueando una ceja—: Lo tendré en cuenta.

Me da la mano, me conduce fuera del ascensor y yo le sigo, aliviada. Me parece que su mal humor ya no empeorará.

—Tengo que llamar a Barney. No tardaré.

Desaparece en su estudio, y me deja plantada en el inmenso salón. La señora Jones está dando los últimos toques a nuestra cena. Me doy cuenta de que estoy hambrienta, pero necesito hacer algo.

—¿Puedo ayudar? —pregunto.

Ella se echa a reír.

—No, Ana. ¿Puedo servirle una copa o algo? Parece agotada.

—Me encantaría una copa de vino.

—¿Blanco?

—Sí, por favor.

Me siento en uno de los taburetes y ella me ofrece una copa de vino frío. No lo conozco, pero está delicioso, entra bien y calma mis nervios crispados. ¿En qué había estado pensando antes? En lo viva que me sentía desde que había conocido a Christian. En que mi vida se había convertido en algo emocionante. Caray... ¿no podría tener al menos un par de días aburridos?

¿Y si nunca hubiera conocido a Christian? Ahora mismo estaría refugiada en mi apartamento, hablando con Ethan, completamente alterada por el incidente con Jack y sabiendo que tendría que volver a encontrarme con ese canalla el viernes. Tal como están las cosas ahora, es muy probable que nunca vuelva a verle. Pero ¿para quién trabajaré? Frunzo el ceño. No había pensado en eso. Vaya... ¿seguiré teniendo trabajo siquiera?

—Buenas noches, Gail.

Christian vuelve a entrar en el salón y me distrae de mis pensamientos. Va directamente a la nevera y se sirve una copa de vino.

—Buenas noches, señor Grey. ¿Cenarán a las diez, señor?

—Me parece muy bien.

Christian alza su copa.

—Por los ex militares que entrenan bien a sus hijas —dice, y se le suaviza la mirada.

—Salud —musito, y levanto mi copa.

—¿Qué pasa? —pregunta Christian.

—No sé si todavía tengo trabajo.

Él ladea la cabeza.

—¿Sigues queriendo tenerlo?

—Claro.

—Entonces todavía lo tienes.

Así de simple. ¿Ves? Él es el amo y señor de mi universo. Le miro con los ojos en blanco y él sonrío.

La señora Jones ha preparado un exquisito pastel de pollo, y se ha retirado para que disfrutemos del fruto de su trabajo. Ahora que ya puedo comer algo, me siento mucho mejor. Estamos sentados en la barra del desayuno, y aunque intento engatusarlo, Christian se niega a contarme qué ha descubierto Barney en el ordenador de Jack. Aparco el tema, y decido en su lugar abordar el espinoso asunto de la inminente visita de José.

—Me ha llamado José —digo en tono despreocupado.

—¿Ah?

Christian se da la vuelta para mirarme.

—Quiere traer tus fotografías el viernes.

—Una entrega personal. Qué cortés por su parte —apunta Christian.

—Quiere salir. A tomar algo. Conmigo.

—Ya.

—Para entonces seguramente Kate y Elliot ya habrán vuelto —añado enseguida.

Christian deja el tenedor y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente?

Le miro enojada.

—No te estoy pidiendo nada. Te estoy informando de mis planes para el viernes. Mira, yo quiero ver a José, y él necesita un sitio para dormir. Puede que se quede aquí o en mi apartamento, pero si lo hace yo también debería estar allí.

Christian abre mucho los ojos. Parece anonadado.

—Intentó propasarse contigo.

—Christian, eso fue hace varias semanas. Él estaba borracho, yo estaba borracha, tú lo solucionaste... no volverá a pasar. Él no es Jack, por el amor de Dios.

—Ethan está aquí. Él puede hacerle compañía.

—Quiere verme a mí, no a Ethan.

Christian me mira ceñudo.

—Solo es un amigo —digo en tono enfático.

—No me hace ninguna gracia.

¿Y qué? Dios, a veces es crispante. Inspiro profundamente.

—Es amigo mío, Christian. No le he visto desde la inauguración de la exposición. Y estuve muy poco rato. Yo sé que tú no tienes ningún amigo, aparte de esa espantosa mujer, pero yo no me quejo de que la veas —replico. Christian parpadea, estupefacto—. Tengo ganas de verle. No he sido una buena amiga.

Mi subconsciente está alarmada. ¿Estás teniendo una pequeña pataleta? ¡Cálmate!

Los ojos grises de Christian refulgen al mirarme.

—¿Eso es lo que piensas? —dice entre dientes.

—¿Lo que pienso de qué?

—Sobre Elena. ¿Preferirías que no la viera?

—Exacto. Preferiría que no la vieras.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque no me corresponde a mí decirlo. Tú la consideras tu única amiga. —Me encojo de hombros, exasperada. Realmente no lo entiende. ¿Cómo se ha convertido esto en una conversación sobre Elena? Yo ni siquiera quiero pensar en ella. Trato de volver al tema de José—. Del mismo modo que no te corresponde a ti decir si puedo o no puedo ver a José. ¿No lo entiendes?

Christian me mira fijamente, creo que perplejo. Oh, ¿qué estará pensando?

—Puede dormir aquí, supongo —musita—. Así podré vigilarle —comenta en tono hosco.

¡Aleluya!

—¡Gracias! ¿Sabes?, si yo también voy a vivir aquí... —Me fallan las palabras. Christian asiente. Sabe qué intento decirle—. Aquí no es que falte espacio precisamente... —digo con una sonrisita irónica.

En sus labios se dibuja lentamente una sonrisa.

—¿Se está riendo de mí, señorita Steele?

—Desde luego, señor Grey.

Me pongo de pie por si empieza a calentársele la mano, recojo los platos y los meto en el lavavajillas.

—Ya lo hará Gail.

—Lo estoy haciendo yo.

Me enderezo y le miro. Él me observa intensamente.

—Tengo que trabajar un rato —dice como disculpándose.

—Muy bien. Ya encontraré algo que hacer.

—Ven aquí —ordena, pero su voz es suave y seductora y sus ojos apasionados.

Yo no dudo en caminar hacia él y rodearle el cuello. Él permanece sentado en el taburete. Me envuelve entre sus brazos, me estrecha contra él y simplemente me abraza.

—¿Estás bien? —susurra junto a mi cabello.

—¿Bien?

—¿Después de lo que ha pasado con ese cabrón? ¿Después de lo que ocurrió ayer? —añade en voz baja y muy seria.

Yo miro al fondo de sus ojos, oscuros, graves. ¿Estoy bien?

—Sí —susurro.

Me abraza más fuerte, y me siento segura, apreciada y amada, todo a la vez. Es maravilloso. Cierro los ojos, y disfruto de la sensación de estar en sus brazos. Amo a este hombre. Amo su aroma embriagador, su fuerza, sus maneras volubles... mi Cincuenta.

—No discutamos —murmura. Me besa el pelo e inspira profundamente—. Hueles divinamente, como siempre, Ana.

—Tú también —susurro, y le beso el cuello.

Me suelta, demasiado pronto.

—Terminaré en un par de horas.

Deambulo indolentemente por el piso. Christian sigue trabajando. Me he duchado, me he puesto unos pantalones de chándal y una camiseta míos, y estoy aburrída. No me apetece leer. Si me quedo quieta, me acuerdo de Jack y de sus dedos sobre mi cuerpo.

Echo un vistazo a mi antiguo dormitorio, la habitación de las sumisas. José puede dormir aquí: le gustarán las vistas. Son las ocho y cuarto y el sol está empezando a ponerse por el oeste. Las luces de la ciudad centellean allá abajo. Es algo maravilloso. Sí, a José le gustará estar aquí. Me pregunto vagamente dónde colgará Christian las fotos que me hizo José. Preferiría que no lo hiciera. No me apetece verme a mí misma.

Salgo de nuevo al pasillo y acabo frente a la puerta del cuarto de juegos, y, sin pensarlo, intento abrir el pomo. Christian suele cerrarla con llave, pero, para mi sorpresa, la puerta se abre. Qué raro. Sintiéndome como una niña que hace novillos y se interna en un bosque prohibido, entro. Está oscuro. Pulso el interruptor y las luces bajo la cornisa se encienden con un tenue resplandor. Es tal como lo recordaba. Una habitación como un útero.

Surgen en mi mente recuerdos de la última vez que estuve aquí. El cinturón... tiemblo al recordarlo. Ahora cuelga inocentemente, alineado junto a los demás, en la estantería que hay junto a la puerta. Paso los dedos, vacilante, sobre los cinturones, las palas, las fustas y los látigos. Dios. Esto es lo que necesito aclarar con el doctor Flynn. ¿Puede alguien que tiene este estilo de vida dejarlo sin más? Parece muy poco probable. Me

acercó a la cama, me siento sobre las suaves sábanas de satén rojo, y echo una ojeada a todos esos artilugios.

A mi lado está el banco, y encima el surtido de varas. ¡Cuántas hay! ¿No le bastará solo con una? Bien, cuanto menos sepa de todo esto, mejor. Y la gran mesa. No sé para qué la usa Christian, nosotros nunca la probamos. Me fijo en el Chesterfield, y voy a sentarme en él. Es solo un sofá, no tiene nada de extraordinario: no hay nada para atar a nadie, por lo que puedo ver. Miro detrás de mí y veo la cómoda. Siento curiosidad. ¿Qué guardará ahí?

Cuando abro el cajón de arriba, noto que la sangre late con fuerza en mis venas. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Tengo la sensación de estar haciendo algo ilícito, como si invadiera una propiedad privada, cosa que evidentemente estoy haciendo. Pero si él quiere casarse conmigo, bueno...

Dios santo, ¿qué es todo esto? Una serie de instrumentos y extrañas herramientas —no tengo ni idea de qué son ni para qué sirven— están dispuestos cuidadosamente en el cajón. Cojo uno. Tiene forma de bala, con una especie de mango. Mmm... ¿qué demonios haces con esto? Estoy atónita, pero creo que me hago una idea. ¡Hay cuatro tamaños distintos! Se me eriza el vello, y en ese momento levanto la vista.

Christian está en el umbral, mirándome con expresión inescrutable. Me siento como si me hubieran pillado con la mano en el tarro de los caramelos.

—Hola.

Sonríó muy nerviosa, consciente de tener los ojos muy abiertos y estar mortalmente pálida.

—¿Qué estás haciendo? —dice suavemente, pero con cierto matiz inquietante en la voz.

Oh, no. ¿Está enfadado?

—Esto... estaba aburrida y me entró la curiosidad —musito, avergonzada de que me haya descubierto: dijo que tardaría dos horas.

—Esa es una combinación muy peligrosa.

Se pasa el dedo índice por el labio inferior en actitud pensativa, sin dejar de mirarme ni un segundo. Yo trago saliva. Tengo la boca seca.

Entra lentamente en la habitación y cierra la puerta sin hacer ruido. Sus ojos son como una llamarada gris. Oh, Dios. Se inclina con aire indiferente sobre la cómoda, pero intuyo que es una actitud engañosa. La diosa que llevo dentro no sabe si es el momento de enfrentarse a la situación o de salir corriendo.

—¿Y, exactamente, sobre qué le entró la curiosidad, señorita Steele? Quizá yo pueda informarle.

—La puerta estaba abierta... Yo...

Miro a Christian y contengo la respiración, insegura como siempre de cuál será su reacción o qué debo decir. Tiene la mirada oscura. Creo que se está divirtiendo, pero es difícil decirlo. Apoya los codos en la cómoda, con la barbilla entre las manos.

—Hace un rato estaba aquí preguntándome qué hacer con todo esto. Debí de olvidarme de cerrar.

Frunce el ceño un segundo, como si no echar la llave fuera un error terrible. Yo arrugo la frente: no es propio de él ser olvidadizo.

—¿Ah?

—Pero ahora tú estás aquí, curiosa como siempre —dice con voz suave, desconcertado.

—¿No estás enfadado? —musito, prácticamente sin aliento.

Él ladea la cabeza y sus labios se curvan en una mueca divertida.

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Me siento como si hubiera invadido una propiedad privada... y tú siempre te enfadas conmigo —añado bajando la voz, aunque me siento aliviada.

Christian vuelve a fruncir el ceño.

—Sí, la has invadido, pero no estoy enfadado. Espero que un día vivas aquí conmigo, y todo esto —hace un gesto vago con la mano alrededor de la habitación— será tuyo también.

¿Mi cuarto de juegos...? Le miro con la boca abierta: la idea cuesta mucho de digerir.

—Por eso entré aquí antes. Intentaba decidir qué hacer. —Se da golpecitos en los labios con el dedo índice—. ¿Así que siempre me enfado contigo? Esta mañana no estaba enfadado.

Oh, eso es verdad. Sonrío al recordar a Christian cuando nos despertamos, y eso hace que deje de pensar en qué pasará con el cuarto de juegos. Esta mañana Cincuenta estuvo muy juguetón.

—Tenías ganas de diversión. Me gusta el Christian juguetón.

—¿Te gusta, eh?

Arquea una ceja, y en su encantadora boca se dibuja una sonrisa, un tímida sonrisa. ¡Uau!

—¿Qué es esto? —pregundo, sosteniendo esa especie de bala de plata.

—Siempre ávida por saber, señorita Steele. Eso es un dilatador anal —dice con delicadeza.

—Ah...

—Lo compré para ti.

¿Qué?

—¿Para mí?

Asiente despacio, con expresión seria y cautelosa.

Frunzo el ceño.

—¿Compras, eh... juguetes nuevos para cada sumisa?

—Algunas cosas. Sí.

—¿Dilatadores anales?

—Sí.

Muy bien... Trago saliva. Dilatador anal. Es de metal duro... seguramente resulte bastante incómodo. Recuerdo la conversación que tuvimos después de mi graduación sobre juguetes sexuales y límites infranqueables. Creo recordar que dije que los probaría. Ahora, al ver uno de verdad, no sé si es algo que quiera hacer. Lo examino una vez más y vuelvo a dejarlo en el cajón.

—¿Y esto?

Cojo un objeto de goma, negro y largo. Consiste en una serie de esferas que van disminuyendo de tamaño, la primera muy voluminosa y la última muy pequeña. Ocho en total.

—Un rosario anal —dice Christian observándome atentamente.

¡Oh! Las examino con horror y fascinación. Todas esas esferas, dentro de mí... ¡ahí! No tenía ni idea.

—Causan un gran efecto si las sacas en mitad de un orgasmo —añade con total naturalidad.

—¿Esto es para mí? —susurro.

—Para ti.

Asiente despacio.

—¿Este es el cajón de los juguetes anales?

Sonríe.

—Si quieres llamarlo así...

Lo cierro enseguida, en cuanto noto que me arden las mejillas.

—¿No te gusta el cajón de los juguetes anales? — pregunta divertido, con aire inocente.

Le miro fijamente y me encojo de hombros, tratando de disimular con descaro mi incomodidad.

—No estaría entre mis regalos de Navidad favoritos —comento con indiferencia, y abro vacilante el segundo cajón.

Él sonríe satisfecho.

—En el siguiente cajón hay una selección de vibradores.

Lo cierro inmediatamente.

—¿Y en el siguiente? —musito.

Vuelvo a estar pálida, pero esta vez es de vergüenza.

—Ese es más interesante.

¡Oh! Abro el cajón titubeante, sin apartar los ojos de su hermoso rostro, que muestra ahora cierta arrogancia. Dentro hay un surtido de objetos de metal y algunas pinzas de ropa. ¡Pinzas de ropa! Cojo un instrumento grande de metal, como una especie de clip.

—Pinzas genitales —dice Christian.

Se endereza y se acerca con total naturalidad hasta colocarse a mi lado. Yo las guardo enseguida y escojo algo más delicado: dos clips pequeños encadenados.

—Algunas son para provocar dolor, pero la mayoría son para dar placer —murmura.

—¿Qué es esto?

—Pinzas para pezones... para los dos.

—¿Para los dos? ¿Pechos?

Christian me sonríe.

—Bueno hay dos pinzas, nena. Sí, para los dos pechos. Pero no me refería a eso. Me refería a que son tanto para el placer como para el dolor.

Ah. Me coge las pinzas de las manos.

—Levanta el meñique.

Hago lo que me dice, y me pone un clip en la punta del dedo. No duele mucho.

—La sensación es muy intensa, pero cuando resulta más doloroso y placentero es cuando las retiras.

Me quita el clip. Mmm, puede ser agradable. Me estremezco de pensarlo.

—Esto tiene buena pinta —murmuro, y Christian sonríe.

—¿No me diga, señorita Steele? Creo que se nota.

Asiento tímidamente y vuelvo a guardar las pinzas en el cajón. Christian se inclina y saca otras dos.

—Estas son ajustables.

Las levanta para que las examine.

—¿Ajustables?

—Puedes llevarlas muy apretadas... o no. Depende del estado de ánimo.

¿Cómo consigue que suene tan erótico? Trago saliva, y para desviar su atención saco un artefacto que parece un cortapizzas de dientes muy puntiagudos.

—¿Y esto?

Frunzo el ceño. No creo que en el cuarto de juegos haya nada que hornear.

—Esto es un molinete Wartenberg.

—¿Para...?

Lo coge.

—Dame la mano. Pon la palma hacia arriba.

Le tiendo la mano izquierda, me la sostiene con cuidado y me roza los nudillos con su pulgar. Me estremezco por dentro. Su piel contra la mía siempre consigue ese efecto. Luego pasa la ruedecita por encima de la palma.

—¡Ay!

Los dientes me pellizcan la piel: es algo más que dolor. De hecho, me hace cosquillas.

—Imagínalo sobre tus pechos —murmura Christian lascivamente.

¡Oh! Me ruborizo y aparto la mano. Mi respiración y los latidos de mi corazón se aceleran.

—La frontera entre el dolor y el placer es muy fina, Anastasia —dice en voz baja, y se inclina para volver a meter el artilugio en el cajón.

—¿Pinzas de ropa? —susurro.

—Se pueden hacer muchas cosas con pinzas de ropa.

Sus ojos arden.

Me inclino sobre el cajón y lo cierro.

—¿Eso es todo?

Christian parece divertido.

—No.

Abro el cuarto cajón y descubro un amasijo de cuero y correas. Tiro de una de las correas... y compruebo que lleva una bola atada.

—Una mordaza de bola. Para que estés callada — dice Christian, que sigue divirtiéndose.

—Límite tolerable —musito.

—Lo recuerdo —dice—. Pero puedes respirar. Los dientes se clavan en la bola.

Me quita la mordaza y simula con los dedos una boca mordiendo la bola.

—¿Tú has usado alguna de estas? —pregunto.

Se queda muy quieto y me mira.

—Sí.

—¿Para acallar tus gritos?

Cierra los ojos, creo que con gesto exasperado.

—No, no son para eso.

¿Ah?

—Es un tema de control, Anastasia. ¿Sabes lo indefensa que te sentirías si estuvieras atada y no pudieras hablar? ¿El grado de confianza que deberías mostrar, sabiendo que yo tengo todo ese poder sobre ti? ¿Que yo debería interpretar tu cuerpo y tu reacción, en lugar de oír tus palabras? Eso te hace más dependiente, y me da a mí el control absoluto.

Trago saliva.

—Suenas como si lo echaras de menos.

—Es lo que conozco —murmura.

Tiene los ojos muy abiertos y serios, y la atmósfera entre los dos ha cambiado, como si ahora se estuviera confesando.

—Tú tienes poder sobre mí. Ya lo sabes — susurro.

—¿Lo tengo? Tú me haces sentir... vulnerable.

—¡No! —Oh, Cincuenta...—. ¿Por qué?

—Porque tú eres la única persona que conozco que puede realmente hacerme daño.

Alarga la mano y me recoge un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Oh, Christian... esto es así tanto para ti como para mí. Si tú no me quisieras...

Me estremezco, y bajo la vista hacia mis dedos entrelazados. Ahí radica mi otra gran duda sobre nosotros. Si él no estuviera tan... destrozado, ¿me querría? Sacudo la cabeza. Debo intentar no pensar en eso.

—Lo último que quiero es hacerte daño. Yo te amo —murmuro, y alargo las manos para pasarle los dedos sobre las patillas y acariciarle con dulzura las mejillas. Él inclina la cara para acoger esa caricia. Arroja la mordaza en el cajón y, rodeándome por la cintura, me atrae hacia él.

—¿Hemos terminado ya con la exposición teórica? —pregunta con voz suave y seductora.

Sube la mano por mi espalda hasta la nuca.

—¿Por qué? ¿Qué querías hacer?

Se inclina y me besa tiernamente, y yo, aferrada a sus brazos, siento que me derribo.

—Ana, hoy han estado a punto de agredirte.

Su tono de voz es dulce, pero cauteloso.

—¿Y? —pregunto, gozando de su proximidad y del tacto de su mano en mi espalda.

Él echa la cabeza hacia atrás y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con «Y»? —replica.

Contemplo su rostro encantador y malhumorado.

—Christian, estoy bien.

Me rodea entre sus brazos aún más fuerte.

—Cuando pienso en lo que podría haber pasado —murmura, y hunde la cara en mi pelo.

—¿Cuándo aprenderás que soy más fuerte de lo que aparento? —susurro para tranquilizarle, pegada a su cuello, inhalando su delicioso aroma.

No hay nada en este mundo como estar entre los brazos de Christian.

—Sé que eres fuerte —musita en tono pensativo.

Me besa el pelo, pero entonces, para mi gran decepción, me suelta. ¿Ah?

Me inclino y saco otro artilugio del cajón abierto: varias esposas sujetas a una barra. Lo levanto.

—Esto —dice Christian, y se le oscurece la mirada— es una barra separadora, con sujeciones para los tobillos y las muñecas.

—¿Cómo funciona? —pregunto, realmente intrigada.

—¿Quieres que te lo enseñe? —musita sorprendido, y cierra los ojos un momento.

Le miro. Cuando abre los ojos, centellean.

—Sí. Quiero una demostración. Me gusta estar atada —susurro, mientras la diosa que llevo dentro salta con pértiga desde el búnker a su chaise longue.

—Oh, Ana —murmura.

De repente parece afligido.

—¿Qué?

—Aquí no.

—¿Qué quieres decir?

—Te quiero en mi cama, no aquí.

Coge la barra, me toma de la mano y me hace salir rápidamente del cuarto.

¿Por qué nos vamos? Echo un vistazo a mi espalda al salir.

—¿Por qué no aquí?

Christian se para en la escalera y me mira fijamente con expresión grave.

—Ana, puede que tú estés preparada para volver ahí dentro, pero yo no. La última vez que estuvimos ahí, tú me abandonaste. Te lo he repetido muchas veces, ¿cuándo lo entenderás?

Frunce el ceño y me suelta para poder gesticular con la mano libre.

—Mi actitud ha cambiado totalmente a consecuencia de aquello. Mi forma de ver la vida se ha modificado radicalmente. Ya te lo he dicho. Lo que no te he dicho es... —Se para y se pasa la mano por el pelo, buscando las palabras adecuadas—. Yo soy como un alcohólico rehabilitado, ¿vale? Es la única comparación que se me ocurre. La cumpulsión ha desaparecido, pero no quiero enfrentarme a la tentación. No quiero hacerte daño.

Parece tan lleno de remordimiento, que en ese momento me invade un dolor agudo y persistente. ¿Qué le he hecho a este hombre? ¿He mejorado su vida? Él era feliz antes de conocerme, ¿no es cierto?

—No puedo soportar hacerte daño, porque te quiero —añade, mirándome fijamente con expresión de absoluta sinceridad, como un niño pequeño que dice una verdad muy simple.

Muestra un aire completamente inocente, que me deja sin aliento. Le adoro más que a nada ni a nadie. Amo a este hombre incondicionalmente.

Me lanzo a sus brazos con tanta fuerza que tiene que soltar lo que lleva para cogermé, y le empujo contra la pared. Le sujeto la cara entre las manos, acerco sus labios a los míos y saboreo su sorpresa cuando le meto la lengua en la boca. Estoy en un escalón por encima del suyo: ahora estamos al mismo nivel, y me siento eufórica de poder. Le beso apasionadamente, enredando los dedos en su cabello, y quiero tocarle, por todas partes, pero me reprimo consciente de su temor. A pesar de todo, mi deseo brota, ardoroso y contundente, floreciendo desde lo más profundo. Él gime y me sujeta por los hombros para apartarme.

—¿Quieres que te folle en las escaleras? — murmura con la respiración entrecortada—. Porque lo haré ahora mismo.

—Sí —musito, y estoy segura de que mi oscura mirada de deseo es igual a la suya.

Me fulmina con sus ojos, entreabiertos e impetuosos.

—No. Te quiero en mi cama.

De pronto me carga sobre sus hombros y yo reacciono con un chillido estridente, y él me da un cachete fuerte en el trasero, y yo chillo otra vez. Se dispone a bajar las escaleras, pero antes se agacha para recoger del suelo la barra separadora.

La señora Jones sale del cuarto de servicio cuando atravesamos el pasillo. Nos sonrío, y yo la saludo boca abajo, con expresión de disculpa. No creo que Christian se haya percatado siquiera de su presencia.

Al llegar al dormitorio, me deja de pie en el suelo y tira la barra sobre la cama.

—Yo no creo que vayas a hacerme daño — susurro.

—Yo tampoco creo que vaya a hacerte daño — dice.

Me coge la cabeza entre las manos y me besa larga e intensamente, encendiéndome la sangre ya inflamada.

—Te deseo tanto —murmura jadeando junto a mi boca—. ¿Estás segura de esto... después de lo de hoy?

—Sí. Yo también te deseo. Quiero desnudarte. Estoy impaciente por tocarle... mis dedos se mueren por acariciarle.

Abre mucho los ojos y por un segundo duda, tal vez sopesando mi petición.

—De acuerdo —dice cautelosamente.

Acerco una mano al segundo botón de su camisa y noto cómo contiene la respiración.

—No te tocaré si no quieres —susurro.

—No —contesta enseguida—. Hazlo. No pasa nada. Estoy bien —añade.

Desabrocho el botón con delicadeza y deslizo los dedos sobre la camisa hasta el siguiente. Él tiene los ojos muy abiertos, brillantes. Separa los labios y respira con dificultad. Incluso cuando tiene miedo es tan hermoso... a causa de ese miedo. Desabrocho el tercer botón y palpo el vello suave que asoma a través de la amplia abertura de la camisa.

—Quiero besarte aquí —murmuro.

Él inspira bruscamente.

—¿Besarme?

—Sí.

Jadea mientras desabrocho el siguiente botón y me inclino hacia delante muy despacio, para dejar claras mis intenciones. Él contiene la respiración, pero se queda inmóvil cuando le doy un leve beso en medio de esos suaves rizos ahora visibles. Desabrocho el último botón y alzo la cara hacia él. Me está observando fijamente con una expresión de satisfacción, tranquila y... maravillada.

—Cada vez es más fácil, ¿verdad? —pregunto con un hilo de voz.

Él asiente, y yo le aparto lentamente la camisa de los hombros y la dejo caer al suelo.

—¿Qué me has hecho, Ana? —murmura—. Sea lo que sea, no pares.

Y me acoge en sus brazos. Hunde las dos manos en mi cabello y me echa la cabeza hacia atrás para acceder fácilmente a mi cuello.

Desliza los labios hasta mi barbilla y me muerde suavemente, haciéndome gemir. Oh, cómo deseo a este hombre. Mis dedos palpan a tientas la cinturilla de su pantalón, desabrocho el botón y bajo la cremallera.

—Oh, nena.

Suspira y me besa detrás de la oreja. Noto su erección, firme y dura, presionándome. Le deseo... en mi boca. De pronto doy un paso atrás y me pongo de rodillas.

—¡Uau! —gime.

Le bajo los pantalones y los boxers de un tirón, y su miembro emerge libremente. Antes de que pueda detenerme, lo tomo entre los labios y chupo con fuerza. Él abre la boca y yo disfruto de su repentina perplejidad. Baja la mirada hacia mí, y observa todos mis movimientos con los ojos enturbiados y llenos de placer

carnal. Ah. Me cubro los dientes con los labios y succiono con más fuerza. Él cierra los ojos y se rinde al exquisito placer sensual. Sé lo que le hago, y es placentero, liberador y endiabladamente sexy. La sensación es embriagadora: no solo soy poderosa... soy omnisciente.

—Joder —sisea, y me acuna dulcemente la cabeza, flexiona las caderas y penetra mi boca más a fondo.

Oh, sí, deseo esto, y rodeo su miembro con la lengua, tiro con firmeza... una y otra vez.

—Ana...

Intenta echarse atrás.

Oh, no, no lo hagas, Grey. Te deseo. Sujeto sus caderas con fuerza duplicando mis esfuerzos, y noto que está a punto.

—Por favor —jadea—. Voy a correrme, Ana.

Bien. La diosa que llevo dentro echa la cabeza hacia atrás en pleno éxtasis, y él se corre, entre gritos lúbricos, dentro de mi boca.

Abre sus brillantes ojos grises, baja la vista hacia mí y yo le miro sonriendo, lamiéndome los labios. Él me devuelve la sonrisa, y es una sonrisa pícara y salaz.

—¿Ah, o sea que ahora jugamos a esto, señorita Steele?

Se inclina, me coge por las axilas y me pone de pie con fuerza. De pronto su boca está pegada a la mía. Y gruñe lascivamente.

—Estoy notando mi propio sabor. El tuyo es mejor —musita pegado a mis labios.

De pronto me quita la camiseta y la tira al suelo, me levanta y me arroja sobre la cama. Coge mis pantalones por los bajos y me los quita bruscamente con

un solo movimiento. Ahora estoy desnuda y abierta para él en su cama. Esperando. Anhelando. Me saborea con la mirada, y lentamente se quita el resto de la ropa sin apartar los ojos de mí.

—Eres una mujer preciosa, Anastasia —murmura con admiración.

Mmm... Inclino la cabeza a un lado y le sonrío, coqueta.

—Tú eres un hombre precioso, Christian, y sabes extraordinariamente bien.

Me sonrío maliciosamente y coge la barra separadora. Me agarra el tobillo izquierdo, lo sujeta rápidamente y aprieta la anilla de la esposa, pero no mucho. Comprueba el espacio que queda, deslizando el meñique entre mi tobillo y el metal. No deja de mirarme a los ojos; no necesita ver lo que está haciendo. Mmm... ya ha hecho esto antes.

—Ahora, hemos de comprobar cómo sabe usted. Si no recuerdo mal, es usted una rara y delicada exquisitez, señorita Steele.

Oh.

Me sujeta el otro tobillo, y me lo esposa también con rapidez y eficacia, de manera que quedan unos sesenta centímetros de separación entre mis pies.

—Lo bueno de este separador es que es extensible —dice.

Aprieta algo en la barra y después empuja, y mis piernas se abren más. Uau, noventa centímetros de separación. Con la boca muy abierta, inspiro profundamente. Dios, esto es muy erótico. Estoy ardiendo, inquieta y ansiosa.

Christian se lame el labio superior.

—Oh, vamos a divertirnos un poco con esto, Ana. Baja la mano, coge la barra y la gira de golpe, cogiéndome por sorpresa y dejándome tumbada boca abajo.

—¿Ves lo que puedo hacerte? —dice turbadoramente, y vuelve a girarla de golpe y quedo de nuevo tumbada boca arriba, mirándole boquiabierto y sin respiración—. Estas otras esposas son para las muñecas. Pensaré en ello. Depende de si te portas bien o no.

—¿Cuándo no me porto bien?

—Se me ocurren unas cuantas infracciones —dice en voz baja, y me pasa los dedos por las plantas de los pies.

Me hace cosquillas, pero la barra me mantiene en mi sitio, aunque yo intento apartar las plantas de sus dedos.

—Tu BlackBerry, para empezar.

Jadeo.

—¿Qué vas a hacer?

—Oh, yo nunca desvelo mis planes —dice sonriendo, y sus ojos brillan malévolos.

¡Uau! Está tan alucinantemente sexy que me deja sin respiración. Se sube a la cama y se coloca de rodillas entre mis piernas. Está gloriosamente desnudo y yo estoy indefensa.

—Mmm... Está tan expuesta, señorita Steele.

Desliza los dedos de ambas manos por la parte interior de mis piernas, despacio, dibujando pequeños círculos. Sin apartar los ojos de mí.

—Todo se basa en las expectativas, Ana. ¿Qué te voy a hacer?

Sus palabras quedas penetran directamente en la parte más profunda y oscura de mi ser. Me retuerzo sobre la cama y gimo. Sus dedos continúan su lento avance, suben por mis pantorrillas, pasan por la parte posterior de mis rodillas. Yo quiero juntar las piernas instintivamente, pero no puedo.

—Recuerda que, si algo no te gusta, solo tienes que decirme que pare —murmura.

Se inclina sobre mí y me besa y chupa el vientre con delicadeza, mientras sus manos me acarician y siguen ascendiendo tortuosas y tentadoras por la parte interna de mis muslos.

—Oh, por favor, Christian —suplico.

—Oh, señorita Steele. He descubierto que puede ser usted implacable en sus ataques amorosos sobre mí. Creo que debo devolverle el favor.

Mis dedos se aferran al edredón y me rindo ante él, ante su boca que emprende un delicado viaje hacia abajo y sus manos hacia arriba, convergiendo en el vértice de mis muslos, expuesto y vulnerable. Cuando desliza sus dedos dentro de mí gimo y alzo la pelvis para recibirlos. Christian responde con un jadeo.

—Nunca dejas de sorprenderme, Ana. Estás tan húmeda —murmura sobre la línea donde mi vello púbico se encuentra con mi vientre, y cuando su boca llega a mi sexo, todo mi cuerpo se arquea.

Oh, Dios.

Inicia un ataque lento y sensual, su lengua gira y gira mientras sus dedos se mueven en mi interior. Es intenso, muy intenso, porque no puedo cerrar las piernas, ni moverme. Arqueo la espalda e intento absorber la sensación.

—Oh, Christian —grito.

—Lo sé, nena —susurra, y para destensarme un poco, sopla suavemente sobre la parte más sensible de mi cuerpo.

—¡Aaah! ¡Por favor! —suplico.

—Di mi nombre —ordena.

—¡Christian! —grito con una voz tan estridente y ansiosa que apenas la reconozco como mía.

—Otra vez —musita.

—¡Christian, Christian, Christian Grey! —grito con todas mis fuerzas.

—Eres mía.

Su voz es suave y letal, y ante un último giro de su lengua sucumbo, espectacularmente, al orgasmo. Y como tengo las piernas tan separadas, la espiral de sensaciones dura y dura y me siento perdida.

Soy vagamente consciente de que Christian me ha tumbado ahora boca abajo.

—Vamos a intentar esto, nena. Si no te gusta o resulta demasiado incómodo, dímelo y pararemos.

¿Qué? Estoy demasiado perdida en la dicha del orgasmo para elaborar una idea consciente o coherente. Ahora estoy sentada en el regazo de Christian. ¿Cómo ha ocurrido esto?

—Inclínate, nena —me murmura al oído—. Apoya la cabeza y el pecho sobre la cama.

Aturdida, hago lo que me dice. Él me echa las dos manos hacia atrás y las esposa a la barra, al lado de los tobillos. Oh... tengo las rodillas a la altura de la barbilla y el trasero al aire y expuesto, absolutamente vulnerable, completamente suya.

—Ana, estás tan hermosa... —dice maravillado, y oigo cómo rasga el envoltorio de aluminio.

Sus dedos se deslizan desde la base de mi columna hacia mi sexo, y se demoran ligeramente sobre mi culo.

—Cuando estés lista, también querré esto. —Su dedo se adentra en mí. Jadeo con fuerza y noto cómo me tenso ante su delicada exploración—. Hoy no, dulce Ana, pero un día... te deseo en todas las formas posibles. Quiero poseer cada centímetro de tu cuerpo. Eres mía.

Yo pienso en el dilatador anal, y todo se contrae en mis entrañas. Sus palabras me provocan un gemido, y sus dedos siguen deslizándose hasta moverse alrededor de un territorio más familiar.

Momentos después, me penetra con fuerza.

—¡Ay! Cuidado —grito, y se queda quieto.

—¿Estás bien?

—No tan fuerte... deja que me acostumbre.

Él sale de mí despacio y vuelve a entrar con cuidado, llenándome, dilatándome, una vez, dos, y ya soy suya.

—Sí, bien, ahora sí —murmuro, gozando de la sensación.

Él gime, y empieza a coger ritmo. Se mueve... se mueve... despiadado... adelante, atrás, llenándome... y es delicioso. Me hace feliz estar indefensa, feliz rendirme a él, y feliz saber que puede perderse en mí del modo que desea. Soy capaz de hacer esto. Él me lleva a esos lugares oscuros, lugares que yo no sabía siquiera que existían, y juntos los llenamos de una luz cegadora. Oh, sí... una luz cegadora y violenta.

Y me dejo ir, gozando de lo que me hace, descubriendo esa dulce, dulce rendición, y vuelvo a correrme gritando muy fuerte su nombre. Y entonces él se queda quieto y vierte en mí todo su corazón y toda su alma.

—Ana, nena —grita, y se derrumba a mi lado.

Sus hábiles dedos deshacen las ataduras, y me masajea los tobillos y luego las muñecas. Cuando termina y por fin estoy libre, me acoge en sus brazos y me adormezco, exhausta.

Cuando recupero la conciencia, estoy acurrucada a su lado y él me está mirando fijamente. No tengo ni idea de qué hora es.

—Podría pasarme la vida contemplando cómo duermes, Ana —murmura, y me besa la frente.

Yo sonrío y me desperezco lánguidamente a su lado.

—No pienso dejar que te vayas nunca —dice en voz baja, y me rodea con sus brazos.

Mmm...

—No quiero marcharme nunca. No me dejes marchar nunca —musito medio dormida, sin fuerzas para abrir los párpados.

—Te necesito —susurra, pero su voz es una parte distante y etérea de mis sueños.

Él me necesita... me necesita... y cuando finalmente me deslizo en la oscuridad, mis últimos pensamientos son para un niño de ojos grises y pelo cobrizo sucio y revuelto, que me sonrío tímidamente.

Mmm...

Christian me acaricia el cuello con la nariz y me despierto poco a poco.

—Buenos días, nena —susurra, y me mordisqueea el lóbulo de la oreja.

Mis ojos se abren de golpe y se vuelven a cerrar enseguida. La brillante luz de la mañana inunda la habitación y, tumbado a mi lado, él me acaricia suave y provocativamente el pecho con la mano. Baja hasta la cadera, me agarra y me atrae hacia él.

Yo me desperezo, disfrutando de sus caricias, y noto su erección contra mi trasero. Oh. La alarma despertador estilo Christian Grey.

—Estás contento de verme —balbuceo medio dormida, y me retuerzo sugerentemente contra él.

Noto que sonrío pegado a mi mejilla.

—Estoy muy contento de verte —dice, y desliza la mano sobre mi estómago y más abajo, cubriéndome el sexo y explorándolo con los dedos—. Está claro que despertarse con usted tiene sus ventajas, señorita Steele.

Y me da delicadamente la vuelta, hasta quedar tumbada boca arriba.

—¿Has dormido bien? —pregunta mientras sus dedos prosiguen su sensual tortura.

Me mira sonriendo... con esa deslumbrante sonrisa de modelo masculino cien por cien americano, una sonrisa fascinante de dentadura perfecta, que me deja completamente sin aliento.

Mis caderas empiezan a balancearse al ritmo de la danza que han iniciado sus dedos. Me besa recatadamente en los labios y luego desciende hasta el cuello, mordisqueando despacio, besando, y chupando. Gimo. Actúa con delicadeza, y su caricia es leve y celestial. Sus intrépidos dedos siguen bajando y desliza uno de ellos en mi interior, despacio, y sisea sobrecogido.

—Oh, Ana —murmura en tono reverencial junto a mi garganta—. Siempre estás dispuesta.

Mueve el dedo al tiempo que continúa besándome, y sus labios viajan ociosos por mi clavícula y luego bajan hasta mis pechos. Con los dientes y los labios tortura primero un pezón y luego el otro, pero... oh, con tanta ternura que se tensan y se yerguen a modo de dulce respuesta.

Yo jadeo.

—Mmm —gruñe bajito, y levanta la cabeza para mirarme con sus ardientes ojos grises—. Te deseo ahora.

Alarga la mano hasta la mesilla. Se coloca sobre mí, apoya el peso en los codos y frota la nariz contra la mía mientras usa las piernas para separar las mías. Se arrodilla y rasga el envoltorio de aluminio.

—Estoy deseando que llegue el sábado —dice, y sus ojos brillan de placer lascivo.

—¿Por tu cumpleaños? —contesto sin aliento.

—No. Para dejar de usar esta jodienda.

—Una expresión muy adecuada —digo con una risita.

Él me sonrío cómplice y se coloca el condón.

—¿Se está riendo de mí, señorita Steele?

—No.

Intento poner cara seria, sin conseguirlo.

—Ahora no es momento para risitas —dice en tono bajo y severo, haciendo un gesto admonitorio con la cabeza, pero su expresión es... oh, Dios... glacial y volcánica a la vez.

Siento un nudo en la garganta.

—Creía que te gustaba que me riera —susurro con voz ronca, perdiéndome en las profundidades de sus ojos tormentosos.

—Ahora no. Hay un momento y lugar para la risa. Y ahora no es ni uno ni otro. Tengo que callarte, y creo que sé cómo hacerlo —dice de forma inquietante, y me cubre con su cuerpo.

—¿Qué le apetece para desayunar, Ana?

—Solo tomaré muesli. Gracias, señora Jones.

Me sonrojo mientras ocupo mi sitio al lado de Christian en la barra del desayuno. La última vez que la muy decorosa y formal señora Jones me vio, Christian me llevaba a su dormitorio cargada sobre sus hombros.

—Estás muy guapa —dice Christian en voz baja.

Llevo otra vez la falda de tubo color gris y la blusa de seda también en gris.

—Tú también.

Le sonrío con timidez. Él lleva una camisa azul claro y vaqueros, y parece relajado, fresco y perfecto, como siempre.

—Deberíamos comprarte algunas faldas más — comenta con naturalidad—. De hecho, me encantaría llevarte de compras.

Uf... de compras. Yo odio ir de compras. Aunque con Christian quizá no esté tan mal. Opto por la evasiva como mejor método de defensa.

—Me pregunto qué pasará hoy en el trabajo.

—Tendrán que sustituir a ese canalla.

Christian frunce el ceño con una mueca de disgusto, como si hubiera pisado algo extremadamente desagradable.

—Espero que contraten a una mujer para ser mi jefa.

—¿Por qué?

—Bueno, así te opondrás menos a que salga con ella —le digo en broma.

Sus labios insinúan una sonrisa, y se dispone a comerse la tortilla.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto.

—Tú. Cómete el muesli. Todo, si no vas a comer nada más.

Mandón como siempre. Yo le hago un mohín, pero me pongo a ello.

—Y la llave va aquí.

Christian señala el contacto bajo el cambio de marchas.

—Qué sitio más raro —comento.

Pero estoy encantada con todos esos pequeños detalles, y prácticamente doy saltitos sobre el confortable asiento de piel como una niña. Por fin Christian va a dejar que conduzca mi coche.

Me observa tranquilamente, aunque en sus ojos hay un brillo jocoso.

—Estás bastante emocionada con esto, ¿verdad?

—murmura divertido.

Asiento, sonriendo como una tonta.

—Tiene ese olor a coche nuevo. Este es aún mejor que el Especial para Sumisas... esto... el A3 —añado enseguida, ruborizada.

Christian tuerce el gesto.

—¿Especial para Sumisas, eh? Tiene usted mucha facilidad de palabra, señorita Steele.

Se echa hacia atrás con fingida reprobación, pero a mí no me engaña. Sé que está disfrutando.

—Bueno, vámonos.

Hace un gesto con la mano hacia la entrada del garaje.

Doy unas palmaditas, pongo en marcha el coche y el motor arranca con un leve ronroneo. Meto la primera, levanto el pie del freno y el Saab avanza suavemente. Taylor, que está en el Audi detrás de nosotros, también arranca y cuando la puerta del parking se levanta, nos sigue fuera del Escala hasta la calle.

—¿Podemos poner la radio? —pregunto cuando paramos en el primer semáforo.

—Quiero que te concentres —replica.

—Christian, por favor, soy capaz de conducir con música.

Le pongo los ojos en blanco. Él me mira con mala cara, pero enseguida acerca la mano a la radio.

—Con esto puedes escuchar la música de tu iPod y de tu MP3, además del cedé —murmura.

De repente, un melodioso tema de Police inunda a un volumen demasiado alto el interior del coche. Christian baja la música. Mmm... «King of Pain.»

—Tu himno —le digo con ironía, y en cuanto tensa los labios y su boca se convierte en una fina línea, lamento lo que he dicho. Oh, no...—. Yo tengo ese álbum, no sé dónde —me apresuro a añadir para distraer su atención.

Mmm... en algún sitio del apartamento donde he pasado tan poco tiempo.

Me pregunto cómo estará Ethan. Debería intentar llamarle hoy. No tendré mucho que hacer en el trabajo.

Siento una punzada de ansiedad en el estómago. ¿Qué pasará cuando llegue a la oficina? ¿Todo el mundo sabrá lo de Jack? ¿Estarán todos enterados de la implicación de Christian? ¿Seguiré teniendo un empleo? Maldita sea, si no tengo trabajo, ¿qué haré?

¡Cásate con el billonario, Ana! Mi subconsciente aparece con su rostro más enojoso. Yo no le hago caso... bruja codiciosa.

—Eh, señorita Lengua Viperina. Vuelve a la Tierra.

Christian me devuelve al presente y paro ante el siguiente semáforo.

—Estás muy distraída. Concéntrate, Ana —me increpa—. Los accidentes ocurren cuando no estás atenta.

Oh, por Dios santo... y de repente, me veo catapultada a la época en la que Ray me enseñaba a conducir. Yo no necesito otro padre. Un marido quizá, un marido pervertido. Mmm...

—Solo estaba pensando en el trabajo.

—Todo irá bien, nena. Confía en mí.

Christian sonríe.

—Por favor, no interfieras... Quiero hacer esto yo sola. Christian, por favor. Es importante para mí —digo con toda la dulzura de la que soy capaz.

No quiero discutir. Su boca dibuja de nuevo una mueca fina y obstinada, y creo que va a reñirme otra vez.

Oh, no.

—No discutamos, Christian. Hemos pasado una mañana maravillosa. Y anoche fue... —me faltan las palabras—... divino.

Él no dice nada. Le miro de reojo y tiene los ojos cerrados.

—Sí. Divino —afirma en voz baja—. Lo dije en serio.

—¿El qué?

—No quiero dejarte marchar.

—No quiero marcharme.

Sonríe, y esa sonrisa nueva y tímida arrasa con todo lo que encuentra a su paso. Uau, es realmente poderosa.

—Bien —dice sin más, y se relaja.

Entro en el aparcamiento que está a media manzana de SIP.

—Te acompañaré hasta el trabajo. Taylor me recogerá allí —sugiere Christian.

Salgo con cierta dificultad del coche, limitada por la falda de tubo. Christian baja con agilidad, cómodo con su cuerpo, o al menos esa es la impresión que transmite. Mmm... alguien que no puede soportar que le toquen no

puede sentirse tan cómodo con su cuerpo. Frunzo el ceño ante ese pensamiento fugaz.

—No olvides que esta tarde a las siete hemos quedado con el doctor Flynn —dice, y me tiende la mano. Cierro la puerta con el mando y se la tomo.

—No me olvidaré. Confeccionaré una lista de preguntas para hacerle.

—¿Preguntas? ¿Sobre mí?

Asiento.

—Yo puedo contestar a cualquier pregunta que tengas sobre mí.

Christian parece ofendido.

Le sonrío.

—Sí, pero yo quiero la opinión objetiva de ese charlatán carísimo.

Frunce el ceño, y de repente me atrae hacia él y me sujeta con fuerza ambas manos a la espalda.

—¿Seguro que es buena idea? —dice con voz baja y ronca.

Yo me echo hacia atrás y veo la larga sombra de la ansiedad acechando en sus ojos muy abiertos, y se me desgarran el alma.

—Si no quieres que lo haga, no lo haré.

Le miro y deseo borrar la preocupación de su rostro a base de caricias. Tiro de una de mis manos y él la suelta. Le toco la mejilla con ternura: el afeitado matutino la ha dejado muy suave.

—¿Qué te preocupa? —pregunto con voz tranquila y dulce.

—Que me dejes.

—Christian, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? No voy a dejarte. Ya me has contado lo peor. No te abandonaré.

—Entonces, ¿por qué no me has contestado?

—¿Contestarte? —murmuro con fingida inocencia.

—Ya sabes de qué hablo, Ana.

Suspiro.

—Quiero saber si soy bastante para ti, Christian. Nada más.

—¿Y mi palabra no te basta? —dice exasperado, y me suelta.

—Christian, todo esto ha sido muy rápido. Y tú mismo lo has reconocido, estás destrozado de cincuenta mil formas distintas. Yo no puedo darte lo que necesitas —musito—. Eso no es para mí, sobre todo después de haberte visto con Leila. ¿Quién dice que un día no conocerás a alguien a quien le guste hacer lo que tú haces? ¿Y quién dice que tú no... ya sabes... te enamorarás de ella? De alguien que se ajuste mucho mejor a tus necesidades.

Pensar en Christian con otra persona me pone enferma. Bajo la mirada a mis manos entrelazadas.

—Ya he conocido a varias mujeres a las que les gusta hacer lo que me gusta hacer a mí. Y ninguna de ellas me atraía como me atraes tú. Nunca tuve la menor conexión emocional con ninguna de ellas. No me había sucedido nunca, excepto contigo, Ana.

—Porque nunca les diste una oportunidad. Has pasado demasiado tiempo encerrado en tu fortaleza, Christian. Mira, hablemos de esto más tarde. Tengo que

ir a trabajar. Quizá el doctor Flynn nos pueda orientar esta noche.

Esta es una conversación demasiado importante para tenerla en un parking a las nueve menos diez de la mañana, y parece que Christian, por una vez, está de acuerdo. Asiente, pero con gesto cauteloso.

—Vamos —ordena, y me tiende la mano.

Cuando llego a mi mesa, me encuentro una nota pidiéndome que acuda directamente al despacho de Elizabeth. Mi corazón da un vuelco. Oh, ya está. Van a despedirme.

—Anastasia.

Elizabeth me sonríe amablemente y me señala una silla frente a su mesa. Me siento y la miro, expectante, confiando en que no oiga los latidos desbocados de mi corazón. Ella se alisa su densa cabellera negra y sus ojos azul claro me miran sombríos.

—Tengo malas noticias.

¡Malas, oh, no!

—Te he hecho venir para informarte de que Jack ha dejado la empresa de forma bastante repentina.

Me sonrojo. Para mí eso no es ninguna mala noticia. ¿Debería decirle que ya lo sabía?

—Su apresurada marcha ha dejado su puesto vacante, y nos gustaría que lo ocuparas tú de momento, hasta que encontremos un sustituto.

¿Qué? Siento que la sangre deja de circular por mi cabeza. ¿Yo?

—Pero si solo hace poco más de una semana que trabajo aquí.

—Sí, Anastasia, lo comprendo, pero Jack siempre estaba elogiando tu talento. Tenía muchas esperanzas depositadas en ti.

Me quedo sin respiración. Sí, claro: tenía muchas esperanzas en hacérselo conmigo.

—Aquí tienes una descripción detallada de las funciones del puesto. Estúdiala y podemos hablar de ello más tarde.

—Pero...

—Por favor, ya sé que es muy precipitado, pero tú ya has contactado con los autores principales de Jack. Tus anotaciones en los textos no han pasado desapercibidas a los otros editores. Tienes una mente aguda, Anastasia. Todos creemos que eres capaz de hacerlo.

—De acuerdo.

Esto no puede estar pasando.

—Mira, piénsatelo. Entretanto, puedes utilizar el despacho de Jack.

Se pone de pie, dando por terminada la reunión, y me tiende la mano. Se la estrecho, totalmente aturdida.

—Yo estoy encantada de que se haya ido — murmura, y una expresión de angustia aparece en su cara.

Dios santo. ¿Qué le habría hecho a ella?

Vuelvo a mi mesa, cojo mi BlackBerry y llamo a Christian.

Contesta al segundo tono.

—Anastasia, ¿estás bien? —pregunta, preocupado.

—Me acaban de dar el puesto de Jack... —suelto de sopetón—, bueno, temporalmente.

—Estás de broma —comenta, asombrado.

—¿Tú has tenido algo que ver con esto? —pregunto más bruscamente de lo que pretendía.

—No... no, en absoluto. Quiero decir, con todos mis respetos, Anastasia, que solo llevas ahí poco más de una semana... y no lo digo con ánimo de ofender.

—Ya lo sé. —Frunzo el ceño—. Por lo visto, Jack me valoraba realmente.

—¿Ah, sí? —dice Christian en tono gélido, y luego suspira—. Bueno, nena, si ellos creen que eres capaz de hacerlo, estoy seguro de que lo eres. Felicidades. Quizá deberíamos celebrarlo después de reunirnos con el doctor Flynn.

—Mmm... ¿Estás seguro de que no has tenido nada que ver con esto?

Se queda callado un momento, y después dice con voz queda y amenazadora:

—¿Dudas de mí? Me enoja mucho que lo hagas.

Trago saliva. Vaya, se enfada muy fácilmente.

—Perdona —musito, escarmentada.

—Si necesitas algo, házmelo saber. Aquí estaré.

Y, Anastasia...

—¿Qué?

—Utiliza la BlackBerry —añade secamente.

—Sí, Christian.

No cuelga, como yo esperaba, sino que inspira profundamente.

—Lo digo en serio. Si me necesitas, aquí estoy.

Sus palabras son mucho más amables, conciliadoras. Oh, es tan voluble... cambia de humor como una veleta.

—De acuerdo —murmuro—. Más vale que cuelgue. Tengo que instalarme en el despacho.

—Si me necesitas... Lo digo en serio —murmura.

—Lo sé. Gracias, Christian. Te quiero.

Noto que sonrío al otro lado del teléfono. Me lo he vuelto a ganar.

—Yo también te quiero, nena.

Ah, ¿me cansaré alguna vez de que me diga esas palabras?

—Hablamos después.

—Hasta luego, nena.

Cuelgo y echo un vistazo al despacho de Jack. Mi despacho. Dios santo... Anastasia Steele, editora en funciones. ¿Quién lo habría dicho? Debería pedir más dinero.

¿Qué pensaría Jack si se enterara? Tiemblo al pensarlo, y me pregunto vagamente qué estará haciendo esta mañana; obviamente, no está en Nueva York como esperaba. Entro en mi nuevo despacho, me siento en el escritorio y empiezo a leer la descripción del trabajo.

A las doce y media, me llama Elizabeth.

—Ana, necesitamos que vengas a una reunión a la una en punto en la sala de juntas. Asistirán Jerry Roach y Kay Bestie... ya sabes, el presidente y el vicepresidente de la empresa, y todos los editores.

¡Maldición!

—¿Tengo que preparar algo?

—No, es solo una reunión informal que tenemos una vez al mes. E incluye la comida.

—Allí estaré.

Cuelgo.

¡Madre mía! Reviso la lista actualizada de los autores de Jack. Sí, estoy familiarizada con casi todos. Tengo los cinco manuscritos cuya publicación ya está en marcha, y otros dos que deberíamos pensar seriamente en publicar. Respiro profundamente: no puedo creer que ya sea hora de comer. El día ha pasado muy rápido y eso me encanta. He tenido que asimilar tantas cosas esta mañana. Una señal acústica en mi calendario me avisa de que tengo una cita.

¡Oh, no... Mia! Con tantas emociones me había olvidado de nuestro almuerzo. Busco mi BlackBerry y trato de encontrar a toda prisa su número.

Suena mi teléfono.

—Es él, está en recepción —dice Claire en voz baja.

—¿Quién?

Por un segundo, pienso que puede ser Christian.

—El dios rubio.

—¿Ethan?

Oh, ¿qué querrá? Inmediatamente me siento culpable por no haberle llamado.

Ethan, vestido con una camisa azul de cuadros, camiseta blanca y vaqueros, sonrío de oreja a oreja en cuanto aparezco.

—¡Uau! Estás muy sexy, Steele —dice, asintiendo con admiración, y me da un abrazo rápido.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Él frunce el ceño.

—Toda va bien, Ana. Quería verte, eso es todo. Hacía unos días que no sabía nada de ti y quería averiguar cómo te trata el magnate.

Me ruborizo y no puedo evitar sonreír.

—¡Vale! —exclama Ethan y levanta las manos—. Con esa sonrisa velada me basta. No quiero saber nada más. He venido con la esperanza de que pudieras salir a comer. Voy a matricularme en un curso de psicología en septiembre, aquí en Seattle. Para mi máster.

—Oh, Ethan. Han pasado muchas cosas. Tengo mucho que contarte, pero ahora mismo no puedo. Tengo una reunión. —Y de repente se me ocurre una idea—. ¿Podrías hacerme un gran favor, un favor enorme? —le pregunto, entrelazando las manos en gesto de súplica.

—Claro —dice, perplejo ante mi petición.

—Había quedado para comer con la hermana de Christian y Elliot, pero no puedo localizarla, y me acaba de surgir esta reunión. ¿Podrías llevarla a comer? ¿Por favor?

—¡Uf, Ana! No quiero hacer de canguro de una mocosa.

—Por favor, Ethan.

Le dedico la mejor caída de las largas pestañas de mis ojos azules. Él alza la mirada con expresión resignada y sé que le he pillado.

—¿Me cocinarás algo? —refunfuña.

—Claro, lo que sea, cuando quieras.

—¿Y dónde está ella?

—Está a punto de llegar.

Y, justo en ese momento, oigo su voz.

—¡Ana! —grita desde la puerta.

Ambos nos damos la vuelta, y ahí está ella: tan alta y curvilínea, con su negra melenita corta, lacia y brillante, y un minivestido verde menta, a juego con unos zapatos de tacón alto con tiras alrededor de sus esbeltos tobillos. Está espectacular.

—¿La mocosa? —susurra él, mirándola boquiabierto.

—Sí. La mocosa que necesita un canguro —le respondo también en un susurro—. Hola, Mia.

Le doy un rápido abrazo y ella se queda mirando a Ethan con bastante descaro.

—Mia... este es Ethan, el hermano de Kate.

Él asiente arqueando las cejas, sorprendido. Mia pestañea repetidamente y le da la mano.

—Encantado de conocerte —murmura Ethan con delicadeza, y Mia, sin palabras por una vez, vuelve a pestañear y se sonroja.

Oh vaya. Me parece que es la primera vez que la veo ruborizarse.

—Yo no puedo salir a comer —digo débilmente—. Pero Ethan ha aceptado acompañarte, si te parece bien. ¿Podríamos quedar nosotras otro día?

—Claro —dice Mia en voz baja.

Mia hablando en voz baja, vaya una novedad.

—Sí. Ya me ocupo yo de ella. Hasta luego, Ana —dice Ethan, y le ofrece el brazo a Mia.

Ella acepta con una sonrisa tímida.

—Adiós, Ana. —Mia se vuelve hacia mí y dice sin palabras, con un guiño exagerado—: ¡Oh, Dios mío!

¡Le gusta! Les despido con la mano mientras salen del edificio. Me pregunto cuál será la actitud de Christian con respecto a las citas de su hermana. Pensar

en eso me inquieta. Ella tiene mi edad, de manera que no puede oponerse, ¿verdad?

Pero es que estamos hablando de Christian. Mi fastidiosa subconsciente ha vuelto, con su expresión severa, su rebeca de punto y el bolso colgado del brazo. Sacudo la cabeza para deshacerme de esa imagen. Mia es una mujer adulta y Christian puede ser una persona razonable, ¿o no? Desecho esa idea y vuelvo al despacho de Jack... esto... a mi despacho, para preparar la reunión.

A las tres y media ya estoy de vuelta. La reunión ha ido bien. Incluso he conseguido que me aprueben los dos manuscritos que he propuesto. Estoy emocionada.

Sobre mi escritorio hay una enorme cesta de mimbre llena de unas maravillosas rosas de color blanco y rosa pálido. Uau... solo ya el aroma resulta cautivador. Cojo la tarjeta y sonrío. Sé quién las envía.

Felicidades, señorita Steele

¡Y lo has hecho todo tú sola!

Sin ayuda de tu muy amigo, compañero y megalómano presidente

Te quiero

Christian

Saco la BlackBerry para escribirle.

De: Anastasia Steele
Fecha: 16 de junio de 2011 15:43
Para: Christian Grey
Asunto: El megalómano...

... es mi tipo de maníaco favorito. Gracias por las preciosas flores. Han llegado en una enorme cesta de mimbre que me hace pensar en picnics y mantitas.

x

De: Christian Grey
Fecha: 16 de junio de 2011 15:55
Para: Anastasia Steele
Asunto: Aire libre

¿Maníaco, eh? Puede que el doctor Flynn tenga algo que decir sobre esto.

¿Quieres ir de picnic?

Podemos divertirnos mucho al aire libre, Anastasia...

¿Cómo va el día, nena?

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Oh, Dios. Me ruborizo leyendo su respuesta.

De: Anastasia Steele
Fecha: 16 de junio de 2011 16:00

Para: Christian Grey

Asunto: Intenso

El día ha pasado volando. Apenas he tenido un momento para mí, para pensar en nada que no fuera trabajo. ¡Creo que soy capaz de hacer esto! Te contaré más en casa.

Eso del aire libre suena... interesante.

Te quiero.

A x

P.D.: No te preocupes por el doctor Flynn.

Suena el teléfono de mi mesa. Es Claire desde recepción, desesperada por saber quién ha enviado las flores y qué ha pasado con Jack. Enclaustrada en el despacho todo el día, me he perdido los cotilleos. Le cuento apresuradamente que las flores son de mi novio y que sé muy poco sobre la marcha de Jack. Vibra mi BlackBerry: es un nuevo e-mail de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 16 de junio de 2011 16:09

Para: Anastasia Steele

Asunto: Intentaré...

... no preocuparme.

Hasta luego, nena. x

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

A las cinco y media, despejo mi mesa. Es increíble lo rápido que ha pasado el día. Tengo que volver al Escala para preparar la entrevista con el doctor Flynn. No he tenido tiempo siquiera de pensar en las preguntas. Puede que hoy tengamos una reunión inicial, y quizá Christian me deje quedar con él más adelante. Me olvido de eso, salgo a toda prisa del despacho y me despido de Claire con un presuroso gesto de la mano.

También he de pensar en el cumpleaños de Christian. Sé qué voy a regalarle. Me gustaría que lo tuviera hoy antes de vernos con el doctor Flynn, pero ¿cómo? Al lado del aparcamiento hay una tiendecita que vende baratijas para turistas. De repente tengo una inspiración y entro.

Media hora más tarde entro en el salón y Christian está de pie, hablando por la BlackBerry y mirando por el gran ventanal. Se da la vuelta, me sonrío radiante y decide poner fin a la llamada.

—Magnífico, Ros. Dile a Barney que partiremos de ahí... Adiós.

Se me acerca con paso decidido y yo le espero tímidamente en el umbral. Se ha cambiado de ropa, lleva una camiseta blanca y vaqueros, y tiene un aspecto de chico malo muy provocativo... Uau.

—Buenas tardes, señorita Steele —murmura, y se inclina para besarme—. Felicidades por su ascenso.

Me rodea entre sus brazos. Huele maravillosamente.

—Te has duchado.

—Acabo de entrenar con Claude.

—Ah.

—He logrado patearle el culo dos veces.

Christian sonríe de oreja a oreja como un chaval satisfecho de sí mismo. Es una sonrisa contagiosa.

— Y eso no ocurre muy a menudo?

—No, y cuando pasa es muy satisfactorio.
 Tienes hambre?

Niego con la cabeza.

— Qu ? —exclama ceñudo.

—Estoy nerviosa. Por lo del doctor Flynn.

—Yo también.  Qu  tal el día?

Me suelta de su abrazo y le hago un breve resumen. Me escucha con atención.

—Ah... tengo que decirte otra cosa —añado—.
Había quedado para comer con Mia.

 l arquea las cejas, sorprendido.

—No me lo habías dicho.

—Ya lo s . Me olvid . No he podido ir por culpa de la reunión. Ethan ha ido en mi lugar y ha comido con ella.

Se le oscurece el semblante.

—Ya. Deja de morderte el labio.

—Voy a refrescarme un poco —digo para cambiar de tema, y me doy la vuelta para marcharme antes de que pueda reaccionar.

La consulta del doctor Flynn queda bastante cerca del apartamento de Christian. Muy a mano, pienso, para visitas de emergencia.

—Normalmente vengo corriendo desde casa —me dice Christian cuando aparca mi Saab—. Este coche es estupendo —comenta sonriéndome.

—Yo pienso lo mismo. —Le sonrío a mi vez—. Christian... Yo...

Le miro con ansiedad.

—¿Qué pasa, Ana?

—Toma. —Saco la cajita de regalo de mi bolso—. Esto es para ti, por tu cumpleaños. Quería dártelo ahora... pero solo si prometes no abrirlo hasta el sábado, ¿vale?

Me mira sorprendido, parpadea y traga saliva.

—Vale —murmura cauteloso.

Suspiro profundamente y se lo entrego, sin hacer caso de su perplejidad. Sacude la cajita, que hace un ruidito muy sugerente. Frunce el ceño. Sé lo desesperado que está por ver qué contiene. Entonces sonrío, y en sus ojos aparece una chispa de emoción juvenil y espontánea. Oh, Dios... aparenta la edad que tiene... y está guapísimo.

—No puedes abrirlo hasta el sábado —le advierto.

—Ya lo sé —dice—. ¿Por qué me lo das ahora?

Mete la cajita en el bolsillo interior de su americana azul de raya diplomática, cerca de su corazón.

Qué apropiado, pienso. Sonrío con complicidad.

—Porque puedo, señor Grey.

En sus labios aparece una mueca teñida de ironía.

—Vaya, señorita Steele, me ha copiado la frase.

Una recepcionista amable y de aire eficiente nos hace pasar a la palaciega consulta del doctor Flynn.

Saluda a Christian muy afectuosa, un poco demasiado afectuosa para mi gusto —tiene edad para ser su madre—, y él la llama por su nombre.

La sala es sobria: de color verde claro, con dos sofás verde oscuro frente a dos sillones orejeros de piel, y con una atmósfera propia de un club inglés. El doctor Flynn está sentado en su escritorio, al fondo.

Cuando entramos, se pone de pie y se acerca a nosotros en la zona destinada a las visitas. Lleva pantalones negros y una camisa abierta de color azul claro, sin corbata. Sus brillantes ojos azules parecen no perder detalle.

—Christian.

Sonríe amigablemente.

—John. —Christian le estrecha la mano—. ¿Te acuerdas de Anastasia?

—¿Cómo iba a olvidarme? Bienvenida, Anastasia.

—Ana, por favor —balbuceo, y él me da la mano con energía.

Me encanta su acento inglés.

—Ana —dice afablemente, y nos acompaña hasta los sofás.

Christian me señala uno de ellos. Me siento, apoyando la mano en el brazo intentando parecer relajada, y él se acomoda en el otro en el extremo más próximo a mí, de manera que estamos sentados en ángulo recto. En medio tenemos una mesita con una sencilla lámpara. Me llama la atención la caja de pañuelos que hay junto a la lámpara.

Esto no es lo que esperaba. Tenía en mente una estancia austera, blanca con un diván negro de piel.

Con actitud eficiente y relajada, el doctor Flynn se sienta en uno de los sillones orejeros y coge un cuaderno de notas. Christian cruza las piernas, apoyando un tobillo en la rodilla, y extiende el brazo sobre el respaldo del sofá. Acerca la otra mano a la que tengo sobre el apoyabrazos y me la aprieta para darme ánimos.

—Christian ha solicitado que estuvieras presente en una de nuestras sesiones —dice el doctor Flynn amablemente—. Para tu información, consideramos estas conversaciones como algo estrictamente confidencial...

Arqueo una ceja e interrumpo a Flynn.

—Esto... eh... he firmado un acuerdo de confidencialidad —murmuro, avergonzada por haberle cortado.

Los dos se me quedan mirando, y Christian me suelta la mano.

—¿Un acuerdo de confidencialidad?

El doctor Flynn frunce el ceño y mira a Christian, intrigado.

Él se encoge de hombros.

—¿Empiezas todas tus relaciones con mujeres firmando un acuerdo de ese tipo? —le pregunta el doctor Flynn.

—Con las contractuales, sí.

El doctor Flynn esboza una mueca.

—¿Has tenido otro tipo de relaciones con mujeres? —pregunta, y parece divertido.

—No —contesta Christian al cabo de un momento, y él también parece divertido.

—Eso pensaba. —El doctor Flynn vuelve a dirigirse a mí—. Bien, supongo que no tenemos que

preocuparnos por el tema de la confidencialidad, pero ¿puedo sugerir que habléis entre vosotros sobre eso en algún momento? Según tengo entendido, no estáis sujetos a una relación contractual.

—Yo espero llegar a otro tipo de contrato —dice Christian en voz baja, mirándome.

Me ruborizo y el doctor Flynn entorna los ojos.

—Ana. Tendrás que perdonarme, pero probablemente sepa más de ti de lo que crees. Christian se ha mostrado muy comunicativo.

Nerviosa, miro de reajo a Christian. ¿Qué le ha dicho?

—¿Un acuerdo de confidencialidad? —prosigue—. Eso debió de impactarte mucho.

Le miro algo desconcertada.

—Bueno, eso me parece una nimiedad comparado con lo que Christian me ha revelado últimamente —contesto con un hilo de voz, sonando bastante nerviosa.

—De eso estoy seguro. —El doctor Flynn me sonríe afectuosamente—. Bueno, Christian, ¿de qué querías hablar?

Christian se encoge de hombros como un adolescente hosco.

—Era Anastasia la que quería verte. Tal vez deberías preguntárselo a ella.

El doctor Flynn vuelve a mostrarse sorprendido y me observa con perspicacia.

Dios. Esto es una tortura. Yo me miro las manos.

—¿Estarías más a gusto si Christian nos dejara un rato a solas?

Clavo los ojos en Christian, que me devuelve una mirada expectante.

—Sí —susurro.

Christian tuerce el gesto y abre la boca, pero vuelve a cerrarla enseguida y se pone de pie con un rápido y ágil movimiento.

—Estaré en la sala de espera —dice, y su boca dibuja una mueca de contrariedad.

Oh, no.

—Gracias, Christian —dice el doctor Flynn, impasible.

Christian me dedica una mirada escrutadora, y luego sale con paso enérgico de la habitación... aunque sin dar un portazo. Uf. Me relajo al instante.

—¿Te intimida?

—Sí. Pero no tanto como antes.

Me siento desleal, pero es la verdad.

—Eso no me sorprende, Ana. ¿En qué puedo ayudarte?

Bajo la mirada hacia mis manos enlazadas. ¿Qué puedo preguntar?

—Doctor Flynn, esta es mi primera relación con un hombre, y Christian es... bueno, es Christian. Durante la última semana han pasado muchas cosas, y no he tenido oportunidad de analizarlas.

—¿Qué necesitas analizar?

Levanto la vista hacia él. Me está mirando con la cabeza ladeada y, creo, semblante compasivo.

—Bueno... Christian me dice que le parece bien renunciar a... eh...

Baluceo y me callo. Es mucho más difícil hablar de esto de lo que pensaba.

El doctor Flynn suspira.

—Ana, en el breve tiempo que hace que le conoces, has hecho más progresos que yo en los dos años que le he tenido como paciente. Has causado un profundo efecto en él. Eso tienes que verlo.

—Él también ha causado un profundo efecto en mí. Es solo que no sé si seré bastante para él. Para satisfacer sus necesidades —susurro.

—¿Es eso lo que necesitas de mí? ¿Que te tranquilice?

Asiento.

—Christian necesita un cambio —dice sencillamente—. Se ha visto en una situación en la que sus métodos para afrontarla ya no le sirven. Es algo muy simple: tú le has obligado a enfrentarse a algunos de sus demonios, y a recapacitar.

Le miro fijamente. Eso cuadra bastante con lo que Christian me ha contado.

—Sí, sus demonios —murmuro.

—No profundizaremos en ellos... son cosa del pasado. Christian ya sabe cuáles son sus demonios, como yo... y estoy seguro de que ahora tú también. Me preocupa mucho más el futuro, y conducir a Christian al lugar donde quiere estar.

Frunzo el ceño y él levanta una ceja.

—El término técnico es SFBT... lo siento. —Sonríe—. Son las siglas en inglés de «terapia breve centrada en soluciones». Está básicamente orientada a alcanzar un objetivo. Nos concentramos en la meta a la que quiere llegar Christian y en cómo conducirlo hasta allí. Es un enfoque dialéctico. No tiene sentido culpabilizarse por el pasado: eso ya lo han analizado

todos los médicos, psicólogos y psiquiatras que han visitado a Christian. Sabemos por qué es como es, pero lo importante es el futuro. A qué aspira Christian, adónde quiere llegar. Hizo falta que le abandonaras para que él aceptara seriamente este tipo de terapia. Es consciente de que su objetivo es una relación amorosa contigo. Es así de simple, y ahora trabajaremos sobre eso. Hay obstáculos, naturalmente: su hafefobia, por ejemplo.

¿Su qué? Le miro boquiabierto.

—Perdona. Me refiero a su miedo a que le toquen —dice el doctor Flynn, y mueve la cabeza como regañándose a sí mismo—. Del que estoy convencido de que eres consciente.

Me ruborizo y asiento. ¡Ah, eso!

—Sufre un aborrecimiento mórbido hacia sí mismo. Estoy seguro de que esto no te sorprende. Y, por supuesto, está la... parasomnia... esto... perdona, dicho llanamente, los terrores nocturnos.

Parpadeo e intento absorber todas esas complejas palabras. Todo eso ya lo sé, pero el doctor Flynn no ha mencionado mi preocupación principal.

—Pero es un sádico. Seguro que, como tal, tiene necesidades que yo no puedo satisfacer.

El doctor Flynn alza la vista al cielo con gesto exasperado y aprieta los labios.

—Eso ya no se considera un término psiquiátrico. No sé cuántas veces se lo he repetido a Christian. Ni siquiera se considera una parafilia desde los años noventa.

El doctor Flynn ha conseguido que vuelva a perderme. Le miro y parpadeo. Él reacciona con una sonrisa amable.

—Esa es mi cruz —afirma meneando la cabeza—. Simplemente Christian piensa lo peor en cualquier situación. Forma parte de ese aborrecimiento que siente por sí mismo. Por supuesto que existe el sadismo sexual, pero no es una enfermedad: es una opción vital. Y si se practica de forma segura, dentro de una relación sana y consentida entre adultos, no hay problema. Por lo que yo sé, todas las relaciones BDSM que ha mantenido Christian han sido así. Tú eres la primera amante que no lo ha consentido, de manera que está dispuesto a no hacerlo.

¡Amante!

—Pero seguramente no resulte tan sencillo.

—¿Por qué no?

El doctor Flynn se encoge de hombros con expresión afable.

—Bien... las razones por las que lo hace.

—Esa es la cuestión, Ana. En términos de la terapia breve centrada en soluciones, es así de simple. Christian quiere estar contigo. Para eso, tiene que renunciar a los aspectos más extremos de ese tipo de relación. Al fin y al cabo, lo que tú pides es razonable... ¿verdad?

Me sonrojo. Sí, es razonable, ¿verdad?

—Eso pienso yo. Pero me preocupa lo que piense él.

—Christian lo ha admitido y ha actuado en consecuencia. Él no está loco. —El doctor Flynn suspira—. En resumen, no es un sádico, Ana. Es un joven brillante, airado y asustado, a quien al nacer le tocó una espantosa mano de cartas en la vida. Todos podemos golpearnos el pecho de indignación ante esa injusticia, y

analizar hasta la extenuación el quién, el cómo y el porqué de todo ello; o Christian puede avanzar y decidir cómo quiere vivir de ahora en adelante. Había descubierto algo que le funcionó durante unos años, más o menos, pero desde que te conoció, ya no le funciona. Y en consecuencia, ha cambiado su modus operandi. Tú y yo tenemos que respetar su elección y apoyarle.

Le miro confusa.

—¿Y esa es mi garantía de tranquilidad?

—La mejor posible, Ana. En esta vida no hay garantías. —Sonríe—. Y esta es mi opinión profesional.

Le devuelvo una débil sonrisa. Bromas de médicos... vaya.

—Pero él se considera una especie de alcohólico en rehabilitación.

—Christian siempre pensará lo peor de sí mismo. Como he dicho, eso forma parte del aborrecimiento que siente por sí mismo. Es su carácter, pase lo que pase. Naturalmente, hacer ese cambio en su vida le preocupa. Se expone potencialmente a todo un universo de sufrimiento emocional, del cual, por cierto, tuvo un anticipo cuando tú le dejaste. Es lógico que se muestre aprensivo. —Hace una pausa—. No voy a insistir más en la importancia de tu papel en esta conversión de Damasco... en su camino hacia Damasco. Pero la tiene, y mucha. Christian no estaría en este punto si no te hubiera conocido. Personalmente yo no creo que la del alcohólico sea una buena analogía, pero si por ahora le sirve, pienso que deberíamos concederle el beneficio de la duda.

Concederle a Christian el beneficio de la duda. Frunzo el ceño ante la idea.

—Emocionalmente, Christian es un adolescente, Ana. Pasó totalmente de largo por esa fase de su vida. Ha canalizado todas sus energías en triunfar en el mundo de los negocios, y ha superado todas las expectativas. Ahora tiene que poner al día su universo emocional.

—¿Y yo cómo puedo ayudarle?

El doctor Flynn se echa a reír.

—Limítate a seguir haciendo lo que estás haciendo. —Me sonrío—. Christian está perdidamente enamorado. Es fantástico verle así.

Me ruborizo, y la diosa que llevo dentro se abraza entusiasmada, pero hay algo que me sigue preocupando.

—¿Puedo preguntarle una cosa más?

—Por supuesto.

Suspiro profundamente.

—Una parte de mí piensa que, si Christian no estuviera tan destrozado, no me querría... a mí.

El doctor Flynn arquea las cejas, sorprendido.

—Esa es una valoración muy negativa de ti misma, Ana. Y, francamente, dice más sobre ti que sobre Christian. No llega al nivel de su odio hacia sí mismo, pero me sorprende.

—Bueno, mírele a él... y luego míreme a mí.

El doctor Flynn tuerce el gesto.

—Lo he hecho. He visto a un hombre joven y atractivo, y a una mujer joven y atractiva. ¿Por qué no te consideras atractiva, Ana?

Oh, no... no quiero que esto se centre ahora en mí. Me miro los dedos. En ese momento llaman con energía a la puerta y me sobresalto. Christian vuelve a entrar en la sala, mirándonos fijamente a ambos. Yo me ruborizo y

vuelvo la vista hacia Flynn, que sonrío afablemente a Christian.

—Bienvenido de nuevo, Christian —dice.

—Creo que ya ha pasado la hora, John.

—Ya casi estamos, Christian. Pasa.

Christian se sienta, a mi lado esta vez, y apoya la mano sobre mi rodilla posesivamente. Un gesto que no le pasa desapercibido al doctor Flynn.

—¿Quieres preguntar algo más, Ana? —inquire el doctor con preocupación evidente.

Maldita sea... no debería haberle planteado eso. Niego con la cabeza.

—¿Christian?

—Hoy no, John.

Flynn asiente.

—Puede que sea beneficioso para los dos que volváis. Estoy seguro de que Ana tendrá más preguntas.

Christian hace a regañadientes un gesto de conformidad.

Me ruborizo. Oh, no... quiere profundizar. Christian me da una palmadita en la mano y me mira atentamente.

—¿De acuerdo? —pregunta en voz baja.

Yo le sonrío y asiento. Sí, vamos a concederle el beneficio de la duda, por gentileza del buen doctor inglés.

Christian me aprieta la mano y se vuelve hacia Flynn.

—¿Cómo está? —pregunta en un susurro.

¿Se refiere... a mí?

—Saldrá de esta —contesta este tranquilizadoramente.

—Bien. Mantenme informado de su evolución.

—Lo haré.

Oh, Dios. Están hablando de Leila.

—¿No deberíamos salir a celebrar tu ascenso? — me pregunta Christian en un tono inequívoco.

Asiento tímidamente y se pone de pie.

Nos despedimos apresuradamente del doctor Flynn, y Christian me hace salir con un apremio inusitado.

Una vez en la calle, se vuelve hacia mí y me mira.

—¿Qué tal ha ido?

Su voz tiene un matiz de ansiedad.

—Ha ido bien.

Me mira con suspicacia. Yo ladeo la cabeza.

—Señor Grey, por favor, no me mire de esa manera. Por órdenes del doctor, voy a concederte el beneficio de la duda.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ya lo verás.

Tuerce el gesto y entorna los ojos.

—Sube al coche —ordena, y abre la puerta del pasajero del Saab.

Oh... cambio de rumbo. Mi BlackBerry empieza a vibrar. La saco de mi bolso.

¡Oh, no, José!

—¡Hola!

—Ana, hola...

Observo a Cincuenta, que me mira con recelo. «José», articulo en silencio. Me observa impassible, pero

se le endurece la expresión. ¿Cree que no me doy cuenta? Devuelvo mi atención a José.

—Perdona que no te haya llamado. ¿Es por lo de mañana? —le pregunto a José, pero con los ojos puestos en Christian.

—Sí, oye: he hablado con un tipo que había en casa de Grey, así que ya sé dónde tengo que entregar las fotos. Iré allí entre las cinco y las seis... después de eso, estoy libre.

Ah.

—Bueno, de hecho ahora estoy instalada en casa de Christian, y él dice que si quieres puedes dormir allí.

Christian aprieta los labios, que se convierten en una fina y dura línea. Mmm... menudo anfitrión está hecho.

José se queda callado un momento para digerir la noticia. Yo siento cierta vergüenza. Ni siquiera he tenido la oportunidad de hablar con él sobre Christian.

—Vale —dice finalmente—. Esto de Grey... ¿va en serio?

Le doy la espalda al coche y camino hasta el otro lado de la acera.

—Sí.

—¿Cómo de serio?

Pongo los ojos en blanco y me quedo callada. ¿Por qué Christian tiene que estar escuchando?

—Serio.

—¿Está contigo ahora? ¿Por eso hablas con monosílabos?

—Sí.

—Vale. Entonces, ¿tienes permiso para salir mañana?

—Claro.

Eso espero, y automáticamente cruzo los dedos.

—Bueno, ¿dónde quedamos?

—Puedes venir a buscarme al trabajo —sugiero.

—Vale.

—Te mando un mensaje con la dirección.

—¿A qué hora?

—¿A las seis?

—Muy bien. Quedamos así. Tengo ganas de verte, Ana. Te echo de menos.

Sonrío.

—Estupendo. Nos vemos.

Cuelgo el teléfono y me doy la vuelta.

Christian está apoyado en el coche, mirándome con una expresión inescrutable.

—¿Cómo está tu amigo? —pregunta con frialdad.

—Está bien. Me recogerá en el trabajo y supongo que iremos a tomar algo. ¿Te apetecería venir con nosotros?

Christian vacila. Sus ojos grises permanecen fríos.

—¿No crees que intentará algo?

—¡No! —exclamo en tono exasperado... pero me abstengo de poner los ojos en blanco.

—De acuerdo. —Christian levanta las manos en señal de rendición—. Sal con tu amigo, y ya te veré a última hora de la tarde.

Yo me esperaba una discusión, y su rápido consentimiento me coge a contrapié.

—¿Ves como puedo ser razonable? —dice sonriendo.

Yo tuerzo el gesto. Eso ya lo veremos.

—¿Puedo conducir?

Christian parpadea, sorprendido por mi petición.

—Preferiría que no.

—¿Por qué, si se puede saber?

—Porque no me gusta que me lleven.

—Esta mañana no te importó, y tampoco parece que te moleste mucho que Taylor te lleve.

—Es evidente que confío en la forma de conducir de Taylor.

—¿Y en la mía no? —Pongo las manos en las caderas—. Francamente... tu obsesión por el control no tiene límites. Yo conduzco desde los quince años.

Él responde encogiéndose de hombros, como si eso no tuviera la menor importancia. ¡Oh... es tan exasperante! ¿Beneficio de la duda? Al carajo.

—¿Es este mi coche? —pregunto.

Él me mira con el ceño fruncido.

—Claro que es tu coche.

—Pues dame las llaves, por favor. Lo he conducido dos veces, y únicamente para ir y volver del trabajo. Solo lo estás disfrutando tú.

Estoy a punto de hacer un puchero. Christian tuerce la boca para disimular una sonrisa.

—Pero si no sabes adónde vamos.

—Estoy segura de que usted podrá informarme, señor Grey. Hasta ahora lo ha hecho muy bien.

Se me queda mirando, atónito, y entonces sonrío, con esa nueva sonrisa tímida que me desarma totalmente y me deja sin respiración.

—¿Así que lo he hecho bien, eh? —murmura.

Me sonrojo.

—En general, sí.

—Bien, en ese caso...

Me da las llaves, se dirige hasta la puerta del conductor y me la abre.

—Aquí a la izquierda —ordena Christian, mientras circulamos en dirección norte hacia la interestatal 5—. Demonios... cuidado, Ana.

Se agarra al salpicadero.

Oh, por Dios. Pongo los ojos en blanco, pero no me vuelvo a mirarle. Van Morrison canta de fondo en el equipo de sonido del coche.

—¡Más despacio!

—¡Estoy yendo despacio!

Christian suspira.

—¿Qué te ha dicho el doctor Flynn?

Capto la ansiedad que emana de su voz.

—Ya te lo he explicado. Dice que debería concederte el beneficio de la duda.

Maldita sea... quizá debería haber dejado que condujera Christian. Así podría observarle. De hecho... Pongo el intermitente para detener el coche.

—¿Qué estás haciendo? —espetá, alarmado.

—Dejar que conduzcas tú.

—¿Por qué?

—Así podré mirarte.

Se echa a reír.

—No, no... querías conducir tú. Así que sigue conduciendo, y yo te miraré a ti.

Le pongo mala cara.

—¡No apartes la vista de la carretera! —grita.

Me hierva la sangre. ¡Hasta aquí! Acerco el coche al bordillo justo delante de un semáforo, salgo del coche

dando un portazo y me quedo de pie en la acera, con los brazos cruzados. Le fulmino con la mirada. Él también se baja del Saab.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta enfurecido.

—No, ¿qué estás haciendo tú?

—No puedes aparcar aquí.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué aparcas?

—Porque ya estoy harta de que me des órdenes a gritos. ¡O conduces tú o dejas de comentar cómo conduzco!

—Anastasia, vuelve a entrar en el coche antes de que nos pongan una multa.

—No.

Me mira y parpadea, sin saber qué decir; entonces se pasa la mano por el pelo, y su enfado se convierte en desconcierto. De repente está tan gracioso, que no puedo evitar sonreírle. Él frunce el ceño.

—¿Qué? —me grita otra vez.

—Tú.

—¡Oh, Anastasia! Eres la mujer más frustrante que he conocido en mi vida. —Levanta las manos al aire, exasperado—. Muy bien, conduciré yo.

Le agarro por las solapas de la chaqueta y le acerco a mí.

—No... usted es el hombre más frustrante que he conocido en mi vida, señor Grey.

Él baja los ojos hacia mí, oscuros e intensos, luego desliza los brazos alrededor de mi cintura y me abraza muy fuerte.

—Entonces puede que estemos hechos el uno para el otro —dice en voz baja con la nariz hundida en mi pelo, e inspira profundamente.

Le rodeo con los brazos y cierro los ojos. Por primera vez desde esta mañana, me siento relajada.

—Oh... Ana, Ana, Ana —susurra, con los labios pegados a mi cabello.

Estrecho mi abrazo y nos quedamos así, inmóviles, disfrutando de un momento de inesperada tranquilidad en la calle. Me suelta y me abre la puerta del pasajero. Entro y me siento en silencio, mirando como él rodea el coche.

Arranca y se incorpora al tráfico, canturreando abstraído al son de Van Morrison.

Uau. Nunca le había oído cantar, ni siquiera en la ducha, nunca. Frunzo el ceño. Tiene una voz encantadora... cómo no. Mmm... ¿me habrá oído él cantar?

¡Si fuera así, no te habría pedido que te casaras con él! Mi subconsciente tiene los brazos cruzados, vestida con estampado de cuadros Burberry. Termina la canción y Christian sonrío satisfecho.

—Si nos hubieran puesto una multa, este coche está a tu nombre, ¿sabes?

—Bueno, pues qué bien que me hayan ascendido. Así podré pagarla —digo con suficiencia, mirando su encantador perfil.

Esboza una media sonrisa. Empieza a sonar otra canción de Van Morrison mientras Christian se incorpora al carril que lleva a la interestatal 5, en dirección norte.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa. ¿Qué más te ha dicho Flynn?

Suspiro.

—Habló de la FFFSTB o no sé qué terapia.

—SFBT. La última opción terapéutica —musita.

—¿Has probado otras?

Christian suelta un bufido.

—Nena, me he sometido a todas. Cognitiva, freudiana, funcionalista, Gestalt, del comportamiento... Escoge la que quieras, que durante estos años seguro que la he probado —dice en un tono que delata su amargura.

El resentimiento que destila su voz resulta angustioso.

—¿Crees que este último enfoque te ayudará?

—¿Qué ha dicho Flynn?

—Que no escarbáramos en tu pasado. Que nos centráramos en el futuro... en la meta a la que quieres llegar.

Christian asiente, pero se encoge de hombros al mismo tiempo con expresión cauta.

—¿Qué más? —insiste.

—Ha hablado de tu miedo a que te toquen, aunque él lo ha llamado de otra forma. Y sobre tus pesadillas, y el odio que sientes hacia ti mismo.

Le observo a la luz del crepúsculo y se le ve pensativo, mordisqueándose el pulgar mientras conduce. Vuelve la cabeza hacia mí.

—Mire a la carretera, señor Grey —le riño.

Parece divertido y levemente irritado.

—Habéis estado hablando mucho rato, Anastasia. ¿Qué más te ha dicho?

Yo trago saliva.

—Él no cree que seas un sádico —murmuro.

—¿De verdad? —dice Christian en voz baja y frunce el ceño.

La atmósfera en el interior del coche cae en picado.

—Dice que la psiquiatría no admite ese término desde los años noventa —musito, intentando recuperar de inmediato el buen ambiente.

La cara de Christian se ensombrece y lanza un suspiro.

—Flynn y yo tenemos opiniones distintas al respecto.

—Él dice que tú siempre piensas lo peor de ti mismo. Y yo sé que eso es verdad —murmuro—. También ha mencionado el sadismo sexual... pero ha dicho que eso es una opción vital, no un trastorno psiquiátrico. Quizá sea en eso en lo que estás pensando.

Vuelve a fulminarme con la mirada y aprieta los labios.

—Así que tienes una charla con el médico y te conviertes en una experta —comenta con acidez, y vuelve a mirar al frente.

Oh, vaya... Suspiro.

—Mira... si no quieres oír lo que me ha dicho, entonces no preguntes —replico en voz baja.

No quiero discutir. De todas formas, tiene razón... ¿Qué demonios sé yo de todo esto? ¿Quiero saberlo siquiera? Puedo enumerar los puntos principales: su obsesión por el control, su posesividad, sus celos, su sobreprotección... y comprendo perfectamente de dónde proceden. Incluso puedo entender por qué no le gusta que le toquen: he visto las cicatrices físicas. Las mentales solo puedo imaginarlas, y únicamente en una

ocasión he tenido un atisbo de sus pesadillas. Y el doctor Flynn ha dicho...

—Quiero saber de qué habéis hablado —
interrumpe Christian mi reflexión.

Deja la interestatal 5 en la salida 172 y se dirige al oeste, hacia el sol que se pone lentamente.

—Ha dicho que yo era tu amante.

—¿Ah, sí? —Ahora su tono es conciliador—. Bueno, es bastante maniático con los términos. A mí me parece una descripción bastante exacta. ¿A ti, no?

—¿Tú considerabas amantes a tus sumisas?

Christian frunce una vez más el ceño, pero ahora con gesto pensativo. Hace girar suavemente el Saab de nuevo en dirección norte. ¿Adónde vamos?

—No. Eran compañeras sexuales —murmura, con voz cauta—. Tú eres mi única amante. Y quiero que seas algo más.

Oh... ahí está otra vez esa palabra mágica, rebosante de posibilidades. Eso me hace sonreír, y me abrazo a mí misma por dentro, intentando contener mi alegría.

—Lo sé —susurro, haciendo esfuerzos para ocultar la emoción—. Solo necesito un poco de tiempo, Christian. Para reflexionar sobre estos últimos días.

Él me mira con la cabeza ladeada, extrañado, perplejo.

El semáforo ante el que estamos parados se pone verde. Christian asiente y sube la música. La conversación ha terminado.

Van Morrison sigue cantando —con más optimismo ahora— sobre una noche maravillosa para bailar bajo la luna. Contemplo por la ventanilla los pinos

y los abetos cubiertos por la pátina dorada de la luz crepuscular, y sus sombras alargadas que se extienden sobre la carretera. Christian ha girado por una calle de aspecto más residencial, y enfilamos hacia el oeste, hacia el Sound.

—¿Adónde vamos? —pregunto otra vez cuando volvemos a girar.

Atisbo la señal de la calle: 9TH AVE. NW. Estoy desconcertada.

—Sorpresa —dice, y sonrío misteriosamente.

Christian sigue conduciendo junto a unas casas de madera de planta baja bien conservadas, donde se ve a niños jugando a baloncesto en los patios y recorriendo las calles en bicicleta. Las casas están rodeadas de árboles y todo tiene un aspecto próspero y apacible. Quizá vayamos a visitar a alguien. Pero ¿a quién?

Al cabo de unos minutos, Christian da un giro cerrado a la izquierda y nos detenemos frente a dos vistosas verjas blancas de metal, enclavadas en un muro de piedra de unos dos metros de alto. Christian aprieta un botón de su manija y una pantallita eléctrica desciende con un leve zumbido en el lateral de su puerta. Pulsa un número en el panel y las verjas se abren dándonos la bienvenida.

Él me mira de reojo y su expresión ha cambiado. Parece indeciso, nervioso incluso.

—¿Qué es esto? —pregunto, sin poder disimular cierta inquietud en mi tono.

—Una idea —dice en voz baja, y el Saab atraviesa suavemente la entrada.

Subimos por un sendero bordeado de árboles, con anchura suficiente para dos coches. A un lado los árboles rodean una zona boscosa, y al otro se extiende un terreno hermoso de antiguos campos de cultivo dejados en barbecho. La hierba y las flores silvestres han invadido el lugar, recreando un paisaje rural idílico: un

prado, donde sopla suavemente la brisa del atardecer y el sol crepuscular tiñe de oro las flores. Es una estampa deliciosa que transmite una gran tranquilidad, y de pronto me imagino tumbada sobre la hierba, contemplando el azul claro de un cielo estival. La idea es tentadora, aunque por algún extraño motivo me provoca añoranza. Es una sensación muy extraña.

El sendero traza una curva y se abre a un amplio camino de entrada frente a una impresionante casa, de estilo mediterráneo, construida en piedra de suave tonalidad rosácea. Es una mansión suntuosa. Todas las luces están encendidas y las ventanas refulgen en el ocaso. Hay un BMW negro aparcado frente a un garaje de cuatro plazas, pero Christian se detiene junto al grandioso pórtico.

Mmm... me pregunto quién vivirá aquí. ¿Por qué hemos venido?

Christian me mira ansioso mientras apaga el motor del coche.

—¿Me prometes mantener una actitud abierta? — pregunta.

Frunzo el ceño.

—Christian, desde el día en que te conocí he necesitado mantener una actitud abierta.

Él sonríe con ironía y asiente.

—Buena puntualización, señorita Steele. Vamos.

Las puertas de madera oscura se abren, y en el umbral nos espera una mujer de pelo castaño oscuro, sonrisa franca y un traje chaqueta ceñido de color lila. Yo me alegro de haberme puesto mi nuevo vestido azul marino sin mangas para impresionar al doctor Flynn.

Vale, no llevo unos tacones altísimos como ella, pero aun así no voy con vaqueros.

—Señor Grey —le saluda con una cálida sonrisa, y le estrecha la mano.

—Señorita Kelly —responde él cortésmente.

Ella me sonrío y me tiende la mano. Se la estrecho, y me doy cuenta de que se ruboriza, con esa expresión de: «¿No es un hombre de ensueño? Ojalá fuera mío».

—Olga Kelly —se presenta con aire jovial.

—Ana Steele —respondo con un hilo de voz.

¿Quién es esta mujer? Se hace a un lado para dejarnos pasar a la casa y al entrar, me quedo estupefacta: está vacía... completamente vacía. Estamos en un vestíbulo inmenso. Las paredes son de un amarillo tenue y desvaído y conservan las marcas de los cuadros que debían de estar colgados allí. Lo único que queda son unas lámparas de cristal de diseño clásico. Los suelos son de madera noble descolorida. Las puertas que tenemos a los lados están cerradas, pero Christian no me da tiempo para poder asimilar qué está pasando.

—Ven —dice.

Me coge de la mano y me lleva por el pasillo abovedado que tenemos delante hasta otro vestíbulo interior más grande. Está presidido por una inmensa escalinata curva con una intrincada barandilla de hierro, pero Christian tampoco se detiene ahí. Me conduce a través del salón principal, que también está vacío salvo por una enorme alfombra de tonos dorados desvaídos: la alfombra más grande que he visto en mi vida. Ah... y hay cuatro arañas de cristal.

Pero las intenciones de Christian quedan claras cuando cruzamos la estancia y salimos a través de unas grandes puertas acristaladas a una amplia terraza de piedra. Debajo de nosotros hay una extensión de cuidado césped del tamaño de medio campo de fútbol y, más allá, está la vista... Uau.

La ininterrumpida vista panorámica resulta impresionante, sobrecogedora incluso: el crepúsculo sobre el Sound. A lo lejos se alza la isla de Bainbridge, y más lejos aún, en este cristalino atardecer, el sol se pone lentamente, irradiando llamaradas sanguíneas y anaranjadas, por detrás del parque nacional Olympic. Tonalidades carmesíes se derraman sobre el cielo cerúleo, junto con trazos de ópalo y aguamarinas mezclados con el púrpura oscuro de los escasos jirones de nubes y la tierra más allá del Sound. Es la naturaleza en su máxima expresión, una orquestada sinfonía visual que se refleja en las aguas profundas y calmas del estrecho de Puget. Y yo me pierdo contemplando la vista... intentando absorber tanta belleza.

Me doy cuenta de que contengo la respiración, sobrecogida, y Christian sigue sosteniendo mi mano. Cuando por fin aparto los ojos de ese grandioso espectáculo, veo que él me mira de reojo, inquieto.

—¿Me has traído aquí para admirar la vista? — susurro.

Él asiente con gesto serio.

—Es extraordinaria, Christian. Gracias — murmuro, y dejo que mis ojos la saboreen una vez más.

Él me suelta la mano.

—¿Qué te parecería poder contemplarla durante el resto de tu vida? — musita.

¿Qué? Vuelvo la cara como una exhalación hacia él, mis atónitos ojos azules hacia los suyos grises y pensativos. Creo que estoy con la boca completamente abierta, mirándole sin dar crédito.

—Siempre he querido vivir en la costa —dice—. He navegado por todo el Sound soñando con estas casas. Esta lleva poco tiempo en venta. Quiero comprarla, echarla abajo y construir otra nueva... para nosotros —susurra, y sus ojos brillan trasluciendo sus sueños y esperanzas.

Madre mía. No sé cómo consigo mantenerme en pie. La cabeza me da vueltas. ¡Vivir aquí! ¡En este precioso refugio! Durante el resto de mi vida...

—Solo es una idea —añade cauteloso.

Vuelvo a echar un vistazo hacia el interior de la casa. ¿Qué puede valer? Deben de ser... ¿qué, cinco, diez millones de dólares? No tengo ni idea. Madre mía.

—¿Por qué quieres echarla abajo? —pregunto, mirándole otra vez.

Le cambia la cara. Oh, no.

—Me gustaría construir una casa más sostenible, utilizando las técnicas ecológicas más modernas. Elliot podría diseñarla.

Vuelvo a mirar el salón. La señorita Olga Kelly está en el extremo opuesto, merodeando junto a la entrada. Es la agente inmobiliaria, claro. Me fijo en que la estancia es enorme y que tiene doble altura, como el salón del Escala. Hay una galería balaustrada arriba, que debe de ser el rellano de la planta superior. Y una chimenea inmensa y toda una hilera de ventanales que se abren a la terraza. Posee un encanto clásico.

—¿Podemos echar un vistazo a la casa?

Él me mira, parpadeando.

—Claro.

Se encoge de hombros, un tanto desconcertado.

Cuando volvemos a entrar, a la señorita Kelly se le ilumina la cara como a una niña en Navidad. Está encantada de proporcionarnos una visita guiada y poder exponer su elaborado discurso.

La casa es enorme: mil cien metros cuadrados en una finca de dos hectáreas y media de terreno. Además del salón principal, hay una cocina con zona de comedor —no, más bien sala para banquete—, con una salita familiar contigua —ifamiliar!—, además de una sala de música, una biblioteca, un estudio y, para gran sorpresa mía, una piscina cubierta y un pequeño gimnasio con sauna y baño de vapor. Abajo, en el sótano, hay una sala de cine —uau— y un cuarto de juegos. Mmm... ¿qué tipo de juegos practicaremos aquí?

La señorita Kelly nos va señalando todo tipo de detalles y ventajas, pero en esencia la casa es preciosa y se nota que un día fue el hogar de una familia feliz. Ahora está un poco descuidada, pero nada que no se pueda arreglar con una buena reforma.

Subimos detrás de la señorita Kelly la magnífica escalinata principal hasta la planta de arriba, y apenas puedo contener la emoción: esta casa tiene todo lo que se puede desear en un hogar.

—¿No podría convertirse la casa ya existente en una más ecológica y autosostenible?

Christian me mira parpadeando, desconcertado.

—Tendría que preguntárselo a Elliot. Él es el experto.

La señorita Kelly nos lleva a la suite principal, con unos ventanales hasta el techo que dan a un balcón, donde las vistas son también espectaculares. Me podría pasar todo el día sentada en la cama mirando a través de los ventanales, contemplando los barcos navegar y los sutiles cambios del tiempo.

En esta planta hay cinco dormitorios más. ¡Niños! Aparto inmediatamente esa idea. Ya tengo demasiadas cosas en las que pensar. La señorita Kelly está sugiriéndole a Christian que en la finca se podrían instalar unas cuerdas y un cercado. ¡Caballos! Aparecen en mi mente imágenes terroríficas de mis escasas clases de equitación, pero Christian no parece estar escuchándola.

—¿El cercado estaría en los terrenos del prado?
—pregunto.

—Sí —contesta radiante la señorita Kelly.

Para mí el prado es un sitio donde tumbarse sobre la hierba alta y hacer picnics, no para que retocen malvados cuadrúpedos satánicos.

Cuando volvemos al salón principal, la señorita Kelly se retira discretamente y Christian vuelve a llevarme a la terraza. El sol ya se ha puesto y las luces urbanas de la península de Olympic centellean en el extremo más alejado del Sound.

Christian me toma entre sus brazos, me levanta la barbilla con el dedo índice y clava sus ojos en mí.

—¿Demasiadas cosas que digerir? —pregunta con una expresión inescrutable.

Asiento.

—Quería comprobar que te gustaba antes de comprarla.

—¿La vista?

Asiente.

—La vista me encanta, y esta casa también.

—¿Te gusta?

Sonríó tímidamente.

—Christian, me tuviste ya desde el prado.

Él separa los labios e inhala profundamente.

Luego una sonrisa transforma su cara, y de pronto hunde las manos en mi cabello y sus labios cubren mi boca.

Cuando volvemos en coche a Seattle, Christian está mucho más animado.

—Entonces, ¿vas a comprarla? —pregunto.

—Sí.

—¿Pondrás a la venta el apartamento del Escala?

Frunce el ceño.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Para pagar la...

Mi voz se va perdiendo... claro. Me ruborizo.

Me sonrío con suficiencia.

—Créeme, puedo permitírmelo.

—¿Te gusta ser rico?

—Sí. Dime de alguien a quien no le guste — replica en tono adusto.

Vale, dejemos rápidamente ese tema.

—Anastasia, si aceptas mi proposición, tú también vas a tener que aprender a ser rica —añade en voz baja.

—La riqueza es algo a lo que nunca he aspirado, Christian —digo con gesto ceñudo.

—Lo sé, y eso me encanta de ti. Pero también es verdad que nunca has pasado hambre —concluye, y sus palabras tienen un tono de grave solemnidad.

—¿Adónde vamos? —pregunto animadamente para cambiar de tema.

Christian se relaja.

—A celebrarlo.

¡Oh!

—¿A celebrar qué, la casa?

—¿Ya no te acuerdas? Tu puesto de editora.

—Ah, sí.

Sonrío exultante. Es increíble que lo haya olvidado.

—¿Dónde?

—Arriba en mi club.

—¿En tu club?

—Sí. En uno de ellos.

El Mile High Club está en el piso setenta y seis de la Columbia Tower, más alto incluso que el ático de Christian. Es muy moderno y tiene las vistas más alucinantes de todo Seattle.

—¿Una copa, señora?

Christian me ofrece una copa de champán frío. Estoy sentada en un taburete de la barra.

—Vaya, gracias, señor —digo, pronunciando seguramente la última palabra con un pestañeo provocativo.

Él me mira fijamente y su semblante se oscurece turbadoramente.

—¿Está coqueteando conmigo, señorita Steele?

—Sí, señor Grey, estoy coqueteando. ¿Qué piensa hacer al respecto?

—Seguro que se me ocurrirá algo —dice con voz ronca—. Ven, nuestra mesa está lista.

Cuando nos estamos acercando a la mesa, Christian me sujeta del codo y me para.

—Ve a quitarte las bragas —susurra.

¿Oh? Un delicioso cosquilleo me recorre la columna.

—Ve —ordena en voz baja.

Uau... ¿qué? Él no sonríe; permanece tremendamente serio. A mí se me tensan todos los músculos por debajo de la cintura. Le doy mi copa de champán, giro sobre mis talones y me dirijo hacia el baño.

Oh, Dios... ¿qué va a hacer? Quizá el club se llame así con razón: los que practican sexo a más de un kilómetro y medio de altura.

Los baños son el último grito en diseño: todo en madera oscura y granito negro, con focos halógenos colocados estratégicamente. En la intimidad del compartimento, sonrío mientras me quito la ropa interior. Nuevamente me alegro de haberme puesto el vestido azul marino sin mangas. Pensé que era el atuendo apropiado para ir a ver al doctor Flynn: no había previsto que la velada tomara este rumbo inesperado.

Ya estoy excitada. ¿Por qué este hombre tiene ese poder sobre mí? Me irrita un poco esa facilidad con la que caigo bajo su embrujo. Ahora sé que no vamos a pasarnos la noche hablando sobre todos nuestros asuntos y los recientes acontecimientos... pero ¿cómo resistirme a él?

Examino mi aspecto en el espejo: tengo el rostro encendido y los ojos me brillan de excitación. Asuntos, estrategias...

Respiro profundamente y me encamino de vuelta al salón. La verdad es que no es la primera vez que voy sin bragas. La diosa que llevo dentro va envuelta en una boa de plumas rosa y diamantes, y se pavonea con sus zapatos de fulana.

Cuando llego a la mesa Christian se levanta educadamente con una expresión indescifrable. Exhibe su pose habitual, tranquila, serena y contenida. Naturalmente, yo sé que no es así.

—Siéntate a mi lado —dice. Me deslizo en el asiento y él vuelve a sentarse—. He elegido por ti. Espero que no te importe.

Me entrega mi copa de champán mirándome fijamente, y su mirada escrutadora me enciende de nuevo la sangre. Apoya las manos en los muslos. Yo me tenso y separo un poco las piernas.

Llega el camarero con una bandeja de ostras sobre hielo picado. Ostras... El recuerdo de los dos en el comedor privado del Heathman aparece en mi mente. Estábamos hablando de su contrato. Oh, Dios. Hemos recorrido un camino muy largo desde entonces.

—Me parece que las ostras te gustaron la última vez que las probaste.

Su tono de voz es ronco y seductor.

—La única vez que las he probado —susurro con un evidente deje sensual en la voz.

En su boca se dibuja una sonrisa.

—Oh, señorita Steele... ¿cuándo aprenderá? —musita.

Toma una ostra de la bandeja y levanta la otra mano del muslo. Contengo el aliento a la expectativa, pero él coge una rodaja de limón.

—... ¿Aprender qué? —pregunto.

Dios, tengo el pulso acelerado. Él exprime el limón sobre el marisco con sus dedos esbeltos y hábiles.

—Come —dice, y me acerca la concha a la boca. Separo los labios, y él la apoya delicadamente sobre mi labio inferior—. Echa la cabeza hacia atrás muy despacio —murmura.

Hago lo que me dice y la ostra se desliza por mi garganta. Él no me toca, solo la concha.

Christian se come una, y luego me ofrece otra. Seguimos con este ritual de tortura hasta que nos acabamos toda la docena. Su piel nunca roza la mía. Me está volviendo loca.

—¿Te siguen gustando las ostras? —me pregunta cuando me trago la última.

Asiento ruborizada, ansiando que me toque.

—Bien.

Me estremezco y me remuevo en el asiento. ¿Por qué resulta tan erótico todo esto?

Él vuelve a apoyar la mano tranquilamente sobre el muslo, y yo me siento morir. Ahora. Por favor. Tócame. La diosa que llevo dentro está de rodillas, desnuda salvo por las bragas, suplicando. Él se pasa la mano arriba y abajo por el muslo, la levanta, y vuelve a dejarla donde estaba.

El camarero nos llena las copas de champán y retira rápidamente los platos. Al cabo de un momento vuelve con el principal: lubina —no doy crédito—,

acompañada de espárragos, patatas salteadas y salsa holandesa.

—¿Uno de sus platos favoritos, señor Grey?

—Sin duda, señorita Steele. Aunque creo que en el Heathman comimos bacalao.

Se pasa la mano por el muslo, arriba y abajo. Me cuesta respirar, pero sigue sin tocarme. Es muy frustrante. Intento concentrarme en la conversación.

—Creo recordar que entonces estábamos en un reservado, discutiendo un contrato.

—Qué tiempos aquellos... —dice sonriendo con malicia—. Esta vez espero conseguir follarte.

Mueve la mano para coger el cuchillo.

¡Agh!

Corta un trozo de su lubina. Lo está haciendo a propósito.

—No cuentes con ello —musito con un mohín, y él me mira divertido—. Hablando de contratos —prosigo—: el acuerdo de confidencialidad.

—Rómpelo —dice simplemente.

Oh, Dios...

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí.

—¿Estás seguro de que no iré corriendo al *Seattle Times* con una exclusiva? —digo bromeando.

Se ríe, y es un sonido maravilloso. Parece tan joven...

—No, confío en ti. Voy a concederte el beneficio de la duda.

Ah. Le sonrío tímidamente.

—Lo mismo digo —musito.

Se le ilumina la mirada.

—Estoy encantado de que lleves un vestido —
murmura.

Y... bang: el deseo inflama mi sangre ya ardiente.

—Entonces, ¿por qué no me has tocado? —siseo.

—¿Añoras mis caricias? —pregunta sonriendo.

Se está divirtiendo... el muy cabrón.

—Sí —digo indignada.

—Come —ordena.

—No vas a tocarme, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—No.

¿Qué? Ahogo un gemido.

—Imagina cómo te sentirás cuando lleguemos a casa —susurra—. Estoy impaciente por llevarte a casa.

—Si empiezo a arder aquí, en el piso setenta y seis, será culpa tuya —musito entre dientes.

—Oh, Anastasia, ya encontraremos el modo de apagar el fuego —dice con una sonrisa libidinosa.

Furiosa, me concentro en mi lubina, mientras la diosa que llevo dentro entorna taimadamente los ojos, cavilando. Nosotras también podemos jugar a este juego. Aprendí las reglas durante la comida en el Heathman. Me como un pedazo de lubina. Está deliciosa, se deshace en la boca. Cierro los ojos y la saboreo. Cuando los abro, empiezo a seducir a Christian Grey. Me subo la falda muy despacio, y enseño más los muslos.

Él se detiene un momento, dejando el tenedor con el pescado suspendido en el aire.

Tócame.

Después, sigue comiendo. Yo cojo otro trocito de lubina, sin hacerle caso. Entonces dejo el cuchillo, me paso los dedos por detrás de la parte baja del muslo, y

me doy golpecitos en la piel con la yema. Es perturbador incluso para mí, sobre todo porque me muero porque me toque. Christian vuelve a quedarse muy quieto.

—Sé lo que estás haciendo —dice en voz baja y ronca.

—Ya sé que lo sabe, señor Grey —replico suavemente—. De eso se trata.

Cojo un espárrago, le miro de soslayo por debajo de las pestañas, y luego lo mojo en la salsa holandesa, haciendo girar la punta una y otra vez.

—No crea que me está devolviendo la pelota, señorita Steele.

Sonriendo, alarga una mano y me quita el espárrago... y es asombrosamente irritante, porque consigue hacerlo sin tocarme. No, esto no va bien: este no era el plan. ¡Agh!

—Abre la boca —ordena.

Estoy perdiendo esta batalla de voluntades. Vuelvo a levantar la vista hacia él, y sus ojos grises arden. Entreabro ligeramente los labios, y me paso la lengua por el superior. Christian sonrío y su mirada se oscurece aún más.

—Más —musita, y también entreabre los suyos para que pueda verle la lengua. Ahogo un gemido, me muerdo el labio inferior, y luego hago lo que me dice.

Él inspira con fuerza; puedo oírle... no es tan inmune. Bien, empiezo a ganar terreno.

Sin dejar de mirarle a los ojos, me meto el espárrago en la boca y chupo... despacio... delicadamente la punta. La salsa holandesa está deliciosa. Doy un mordisco, emitiendo un suave y placentero gemido.

Christian cierra los ojos. ¡Sí! Cuando los vuelve a abrir tiene las pupilas dilatadas, y eso tiene un efecto inmediato en mí. Gimo y alargo la mano para tocarle el muslo. Y, para mi sorpresa, me agarra de la muñeca.

—Ah, no. No haga eso, señorita Steele — murmura bajito.

Se lleva mi mano a la boca y me acaricia delicadamente los nudillos con los labios, y yo me retuerzo de placer. ¡Por fin! Más, por favor.

—No me toques —me advierte con voz queda, y me coloca de nuevo la mano sobre la rodilla.

Ese contacto breve e insatisfactorio resulta de lo más frustrante.

—No juegas limpio —me quejo con un mohín.

—Lo sé.

Levanta su copa de champán para proponer un brindis, y yo le imito.

—Felicidades por su ascenso, señorita Steele.

Entrechocamos las copas y yo me ruborizo.

—Sí, no me lo esperaba —murmuro.

Él frunce el ceño, como si una idea desagradable le hubiera pasado por la mente.

—Come —ordena—. No te llevaré a casa hasta que te termines la comida, y entonces lo celebraremos de verdad.

Y su expresión es tan apasionada, tan salvaje, tan dominante, que me derrito por dentro.

—No tengo hambre. No de comida.

Él niega con la cabeza, disfrutando sin duda, aunque me mira con los ojos entornados.

—Come, o te pondré sobre mis rodillas, aquí mismo, y daremos un espectáculo delante de los demás clientes.

Sus palabras me llenan de inquietud. ¡No se atreverá! Él y esa mano tan suelta que tiene... Aprieto los labios en una fina línea y le miro. Christian coge otro tallo de espárrago y lo moja en la salsa.

—Cómete esto —murmura con voz ronca y seductora.

Obedezco de buen grado.

—No comes como es debido. Has perdido peso desde que te conozco —comenta en tono afable.

No quiero pensar en mi peso ahora; la verdad es que me gusta estar delgada. Me como el espárrago.

—Solo quiero ir a casa y hacer el amor —musito desconsolada.

Christian sonríe.

—Yo también, y eso haremos. Come.

Vuelvo a concentrarme en el plato y empiezo a comer de mala gana. ¿En serio me he quitado las bragas solo para esto? Me siento como una niña a la que no le dejan comer caramelos. Él es tan delicioso, provocativo, sexy, pícaro y seductor, y es todo mío.

Me pregunta sobre Ethan. Por lo visto, Christian tiene negocios con el padre de Kate y Ethan. Vaya por Dios, este mundo es un pañuelo. Me alivia que no mencione ni al doctor Flynn ni la casa, porque me está costando concentrarme en la conversación. Quiero irme a casa.

La expectación carnal entre ambos no para de crecer. Él es muy bueno en eso. En hacerme esperar. En preparar la situación. Entre bocados, coloca la mano

sobre su muslo, muy cerca de la mía, pero sin tocarme, solo para incitarme más.

¡Cabrón! Por fin me termino la comida y dejo el tenedor y el cuchillo en el plato.

—Buena chica —murmura, y esas dos palabras suenan muy prometedoras.

Le miro con el ceño fruncido.

—¿Ahora qué? —pregunto con un pellizco de deseo en el vientre.

Oh, cómo ansío a este hombre.

—¿Ahora? Nos vamos. Creo que tiene usted ciertas expectativas, señorita Steele. Las cuales voy a intentar complacer lo mejor que sé.

¡Uau!

—¿Lo... mejor... que sabes? —balbuceo.

Dios santo.

Él sonrío y se pone de pie.

—¿No hemos de pagar? —pregunto, sin aliento.

Él ladea la cabeza.

—Soy miembro de este club, ya me mandarán la factura. Vamos, Anastasia, tú primero. —Se hace a un lado y yo me levanto para salir, consciente de que no llevo bragas.

Él me contempla con su turbia e intensa mirada, como si me desnudara, y yo me regodeo en resultarle sensual. Este hombre guapísimo me desea: eso hace que me sienta tan sexy... ¿Disfrutaré siempre tanto con esto? Me paro deliberadamente delante de él y me aliso el vestido por encima de los muslos.

Christian me susurra al oído:

—Estoy impaciente por llegar a casa.

Pero sigue sin tocarme.

Al salir le murmura algo sobre el coche al jefe de sala, pero yo no estoy escuchando; la diosa que llevo dentro arde de expectación. Dios, podría iluminar todo Seattle.

Mientras esperamos el ascensor, se unen a nosotros dos parejas de mediana edad. Cuando se abren las puertas, Christian me coge del codo y me lleva hasta el fondo. Yo echo un vistazo alrededor: estamos rodeados de espejos negros con los vidrios ahumados. Cuando entran las otras parejas, un hombre con un traje marrón muy poco favorecedor saluda a Christian.

—Grey —asiente educadamente.

Christian le devuelve el saludo, pero sin decir nada.

Las parejas se sitúan delante de nosotros de cara a las puertas del ascensor. Es obvio que son amigos: las mujeres charlan en voz alta, animadas y alborotadas después de la cena. Me parece que están un poco achispadas.

Cuando se cierran las puertas, Christian se agacha un momento a mi lado para anudarse el zapato. Qué raro: no lo tiene desatado. Discretamente me pone una mano sobre el tobillo, sobresaltándome, y cuando se levanta hace que esa mano ascienda rápidamente por mi pierna, deslizándola de un modo delicioso sobre mi piel —uau— hasta arriba. Y cuando la mano llega a mi trasero, tengo que reprimir un jadeo de sorpresa. Christian se coloca detrás de mí.

Ay, Dios. Me quedo boquiabierta mirando a las personas que tenemos delante, contemplando la parte de atrás de sus cabezas. Ellos no tienen ni idea de lo que estamos a punto de hacer. Christian me rodea la cintura

con el brazo libre, colocándome en posición mientras sus dedos, me exploran. ¡Madre mía...!, ¿aquí? El ascensor baja con suavidad y se para en el piso cincuenta y tres para que entre más gente, pero yo no presto atención. Estoy concentrada en cada movimiento que hacen sus dedos. Primero en círculo... y luego avanzando, buscando, mientras nos ponemos en marcha otra vez.

Cuando sus dedos alcanzan su objetivo, reprimo otra vez un jadeo. Me retuerzo y gimo. ¿Cómo puede hacer esto con toda esa gente aquí?

—Estate quieta y callada —me advierte, susurrándome al oído.

Estoy acalorada, ardiente, anhelante, atrapada en un ascensor con siete personas, seis de ellas ajenas a lo que ocurre en el rincón. Desliza el dedo dentro y fuera de mí, una y otra vez. Mi respiración... Dios, resulta tan embarazoso. Quiero decirle que pare... y que continúe... que pare. Y me arqueo contra él, y él tensa el brazo que me rodea, y siento su erección contra mi cadera.

Nos paramos en el piso cuarenta y cuatro. ¿Oh... cuánto va a durar esta tortura? Dentro... fuera... dentro... fuera. Sutilmente, me aferro a su dedo persistente. ¡Después de todo este tiempo sin tocarme, escoge hacerlo ahora! ¡Aquí! Y eso me hace sentir tan... lujuriosa.

—Chsss —musita él, con aparente indiferencia cuando entran dos personas más.

El ascensor empieza estar abarrotado. Christian nos desplaza a ambos más al fondo, de modo que ahora estamos apretujados contra el rincón; me coloca en posición y sigue torturándome. Hunde la nariz en mi cabello. Si alguien se molestara en darse la vuelta y

viera lo que estamos haciendo, estoy segura de que nos tomaría por una joven pareja de enamorados haciéndose arrumacos... Y entonces desliza un segundo dedo en mi interior.

¡Ah! Gimo, y agradezco que el grupo de gente que tenemos delante siga charlando, totalmente ajeno.

Oh, Christian, qué estás haciendo conmigo... Apoyo la cabeza en su pecho, cierro los ojos y me rindo a sus dedos implacables.

—No te corras —susurra—. Eso lo quiero para después.

Pone la mano abierta sobre mi vientre, aprieta ligeramente, y sigue con su dulce acoso. La sensación es exquisita.

Finalmente el ascensor llega a la planta baja. Las puertas se abren con un tintineo sonoro y los pasajeros empiezan a salir casi al instante. Christian retira lentamente los dedos de mi interior, y me besa la parte de atrás de la cabeza. Me giro para mirarle y está sonriendo, volviendo a saludar con una inclinación de cabeza al señor del traje marrón poco favorecedor, que le devuelve el gesto y sale del ascensor con su esposa. Yo apenas soy consciente de todo ello, concentrada en mantenerme erguida y controlar los jadeos. Dios, me siento dolorida y desamparada. Christian me suelta y deja que me aguante por mi propio pie, sin apoyarme en él.

Me doy la vuelta y le miro fijamente. Parece relajado, sereno, con su compostura habitual... Esto es muy injusto.

—¿Lista? —pregunta.

Sus ojos centellean malévolos. Se mete el dedo índice en la boca y después el medio, y los chupa.

—Pura delicia, señorita Steele —susurra.

Y están a punto de darme las convulsiones del orgasmo.

—No puedo creer que acabes de hacer eso —musito, al borde de desgarrarme por dentro.

—Le sorprendería lo que soy capaz de hacer, señorita Steele —dice.

Alarga la mano y me recoge un mechón de pelo detrás de la oreja, con una leve sonrisa que delata cuánto se divierte.

—Quiero poseerte en casa, pero puede que no pasemos del coche.

Me dedica una sonrisa cómplice, me da la mano y me hace salir del ascensor.

¿Qué? ¿Sexo en el coche? ¿Y no podríamos hacerlo aquí, sobre el mármol frío del suelo del vestíbulo... por favor?

—Vamos.

—Sí, quiero hacerlo.

—¡Señorita Steele! —me riñe, fingiéndose escandalizado.

—Nunca he practicado el sexo en un coche —balbuceo.

Christian se para, me pone esos mismos dedos bajo la barbilla, me echa la cabeza hacia atrás y me mira fijamente.

—Me alegra mucho oír eso. Debo decir que me habría sorprendido mucho, por no decir molestado, que no hubiera sido así.

Me ruborizo y parpadeo sin dejar de mirarle. Pues claro: yo solo he tenido relaciones sexuales con él. Frunzo el ceño.

—No quería decir eso.

—¿Qué querías decir?

De pronto su voz tiene un matiz de dureza.

—Solo era una forma de hablar, Christian.

—Ya. La famosa expresión: «Nunca he practicado el sexo en un coche». Sí, es muy conocida.

¿Qué le pasa ahora?

—Christian, lo he dicho sin pensar... Por Dios, tú acabas de... hacerme eso en un ascensor lleno de gente. Tengo la mente aturdida.

Él arquea las cejas.

—¿Qué te he hecho yo? —me desafía.

Le miro ceñuda. Quiere que lo diga.

—Me has excitado. Muchísimo. Ahora llévame a casa y fóllame.

Él abre la boca y se echa a reír, sorprendido. En este momento parece muy joven y despreocupado. Oh, me encanta oírle reír, porque pasa muy pocas veces.

—Es usted una romántica empedernida, señorita Steele.

Me da la mano y salimos del edificio, donde nos espera el aparcacoches con mi Saab.

—¿Así que quieres sexo en el coche? —murmura Christian cuando pone en marcha el motor.

—La verdad es que en el suelo del vestíbulo también me habría parecido bien.

—Créeme, Ana, a mí también. Pero no me gusta que me detengan a estas horas de la noche, y tampoco quería follarte en un lavabo. Bueno, hoy no.

¡Qué!

—¿Quieres decir que existía esa posibilidad?

—Pues sí.

—Regresemos.

Se vuelve a mirarme y se ríe. Su risa es contagiosa, y no tardamos en romper a reír los dos con la cabeza echada hacia atrás, unas carcajadas maravillosas y catárticas. Él se inclina hacia mí y pone la mano en mi rodilla, y sus dedos expertos me acarician dulcemente. Dejo de reír.

—Paciencia, Anastasia —musita, y se incorpora al tráfico de Seattle.

Christian aparca el Saab en el parking del Escala y apaga el motor. De pronto, en los confines del coche, la atmósfera entre los dos cambia. Yo le miro anhelante, expectante, e intento contener las palpitaciones de mi corazón. Él se ha girado hacia mí y se ha apoyado en la puerta, con el codo sobre el volante.

Con el pulgar y el índice, tira suavemente de su labio inferior. Su boca me perturba, la quiero sobre mí. Me observa intensamente con sus oscuros ojos grises. Se me seca la boca. Él responde con una leve y sensual sonrisa.

—Follaremos en el coche en el momento y el lugar que yo escoja. Pero ahora mismo quiero poseerte en todas las superficies disponibles de mi apartamento.

Es como si me tocara por debajo de la cintura... la diosa que llevo dentro ejecuta cuatro *arabesques* y un *pas de basque*.

—Sí.

Dios, estoy jadeando, desesperada.

Él se inclina ligeramente hacia delante. Yo cierro los ojos y espero su beso, pensando: Por fin. Pero no pasa nada. Pasados unos segundos interminables, abro los ojos y descubro que me está mirando fijamente. No sé qué está pensando, pero antes de que pueda decir nada, vuelve a descolocarme.

—Si te beso ahora, no conseguiremos llegar al piso. Vamos.

¡Agh! ¿Cómo puede ser tan frustrante este hombre? Baja del coche.

Una vez más, esperamos el ascensor. Mi cuerpo vibra de expectación. Christian me coge la mano y me pasa el pulgar sobre los nudillos, rítmicamente, y con cada caricia me estremezco por dentro. Oh, deseo sus manos en todo mi cuerpo. Ya me ha torturado bastante.

—¿Y qué pasó con la gratificación instantánea? —murmuro mientras esperamos.

—No es apropiada en todas las situaciones, Anastasia.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta noche.

—¿Por qué me torturas así?

—Ojo por ojo, señorita Steele.

—¿Cómo te torturo yo?

—Creo que ya lo sabes.

Le miro fijamente, pero es difícil interpretar su expresión. Quiere que le dé una respuesta... eso es.

—Yo también estoy a favor de aplazar la gratificación —murmuro con una sonrisa tímida.

De pronto, tira de mi mano y me toma en sus brazos. Me agarra el pelo de la nuca y me echa la cabeza hacia atrás suavemente.

—¿Qué puedo hacer para que digas que sí? —pregunta febril, y vuelve a pillarme a contrapié.

Me quedo mirando su expresión encantadora, seria y desesperada.

—Dame un poco de tiempo... por favor —murmuro.

Deja escapar un leve gruñido, y por fin me besa, larga y apasionadamente. Luego entramos en el ascensor, y somos solo manos y bocas y lenguas y labios y dedos y cabello. El deseo, denso y fuerte, invade mi sangre y enturbia mi mente. Él me empuja contra la pared, presionando con sus caderas, sujetándome con una mano en mi pelo y la otra en mi barbilla.

—Te pertenezco —susurra—. Mi destino está en tus manos, Ana.

Sus palabras me embriagan, y ardo en deseos de despojarle de la ropa. Tiro de su chaqueta hacia atrás, y cuando el ascensor llega al piso salimos a trompicones al vestíbulo.

Christian me clava en la pared junto al ascensor, su chaqueta cae al suelo, y, sin separar su boca de la mía, sube la mano por mi pierna y me levanta el vestido.

—Esta es la primera superficie —musita y me levanta bruscamente—. Rodéame con las piernas.

Hago lo que me dice, y él se da la vuelta y me tumba sobre la mesa del vestíbulo, y queda de pie entre mis piernas. Me doy cuenta de que el jarrón de flores que suele estar allí ya no está. ¿Eh? Christian mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca el envoltorio plateado, me lo da y se baja la cremallera.

—¿Sabes cómo me excitas?

—¿Qué? —jadeo—. No... yo...

—Pues sí —musita—, a todas horas.

Me quita el paquete de las manos. Oh, esto va muy rápido, pero después de todo ese ritual de provocación le deseo con locura, ahora mismo, ya. Él me mira, se pone el condón, y luego planta las manos debajo de mis muslos y me separa más las piernas.

Se coloca en posición y se queda quieto.

—No cierres los ojos. Quiero verte —murmura.

Me coge ambas manos con las suyas y se sumerge despacio dentro de mí.

Yo lo intento, de verdad, pero la sensación es tan deliciosa. Es lo que había estado esperando después de todos esos juegos. Oh, la plenitud, esta sensación... Gimo y arqueo la espalda sobre la mesa.

—¡Abiertos! —gruñe apretándome las manos, y me penetra con dureza y grito.

Abro los ojos, y él me está mirando con los suyos muy abiertos. Se retira despacio y luego se hunde en mí otra vez, y su boca se relaja y dibuja un «Ah...», pero no dice nada. Al verle tan excitado, al ver la reacción que le provoqué, me enciendo por dentro y la sangre me arde en las venas. Sus ojos grises me fulminan e incrementa el ritmo, y yo me deleito con ello, gozo con ello, viéndole,

viéndome... su pasión, su amor... y juntos alcanzamos el clímax.

Chillo al llegar al orgasmo, y Christian hace lo mismo.

—¡Sí, Ana! —grita.

Se derrumba sobre mí, me suelta las manos y apoya la cabeza en mi seno. Yo sigo envolviéndole con las piernas y, bajo la mirada maternal y paciente de los cuadros de Madonas, acuno su cabeza contra mí e intento recuperar el aliento.

Él levanta la cabeza para mirarme.

—Todavía no he terminado contigo —murmura, se incorpora y me besa.

Estoy en la cama de Christian, desnuda y tumbada sobre su pecho, jadeando. Por Dios... ¿nunca se le agota la energía? Sus dedos me recorren la espalda, arriba y abajo.

—¿Satisfecha, señorita Steele?

Yo asiento con un murmullo. Ya no me quedan fuerzas para hablar. Levanto la cabeza y vuelvo mi mirada borrosa hacia él, deleitándome con sus ojos cálidos y cariñosos. Inclino la cabeza hacia abajo muy despacio, dejándole clara mi intención de que voy a besarle el torso.

Él se tensa un momento, y yo le planto un leve beso en el vello del pecho, aspirando ese extraordinario aroma a Christian, mezcla de sudor y sexo. Es embriagador. Él se mueve para ponerse de costado, de manera que quedo tumbada a su lado, y baja la vista y me mira.

—¿El sexo es así para todo el mundo? Me sorprende que la gente no se quede en casa todo el tiempo —murmuro, con repentina timidez.

Él sonríe.

—No puedo hablar en nombre de todo el mundo, Anastasia, pero contigo es extraordinariamente especial.

Se inclina y me besa.

—Eso es porque usted es extraordinariamente especial, señor Grey —añado sonriendo, y le acaricio la cara.

Él me mira y parpadea, desconcertado.

—Es tarde. Duérmete —dice.

Me besa, luego se tumba, me atrae hacia él, y se pega a mi espalda.

—No te gustan los halagos.

—Duérmete, Anastasia.

Ah... pero él es extraordinariamente especial. Dios... ¿por qué no se da cuenta?

—Me encantó la casa —murmuro.

Permanece un buen rato sin decir nada, pero noto que sonríe.

—A mí me encantas tú. Duérmete.

Hunde la nariz en mi pelo y me voy deslizado en el sueño, segura en sus brazos, soñando con puestas de sol y grandes ventanales y amplias escalinatas... y con un crío con el pelo cobrizo que corre por un prado, riendo y dando grititos mientras yo le persigo.



—Tengo que irme, nena.

Christian me besa justo debajo de la oreja.

Abro los ojos: ya es de día. Me doy la vuelta para mirarle, pero ya se ha levantado y arreglado y se inclina, fresco y delicioso, sobre mí.

—¿Qué hora es?

Oh, no... no quiero llegar tarde.

—No te asustes. Yo tengo un desayuno de trabajo —me dice, frotando su nariz contra la mía.

—Hueles bien —murmuro, y me desperezo debajo de él.

Siento una placentera tensión en las extremidades, que crujen después de todas nuestras proezas de ayer. Le echo los brazos al cuello.

—No te vayas.

Él ladea la cabeza y arquea una ceja.

—Señorita Steele... ¿acaso intenta hacer que un hombre honrado no cumpla con su jornada de trabajo?

Yo asiento medio dormida, y él sonrío, con esa nueva sonrisa tímida.

—Eres muy tentadora, pero tengo que marcharme.

Me besa y se incorpora. Lleva un traje azul oscuro muy elegante, una camisa blanca y una corbata azul marino que le dan aspecto de presidente ejecutivo... un presidente terriblemente sexy.

—Hasta luego, nena —murmura, y se va.

Echo un vistazo al despertador y veo que ya son las siete... no debo de haber oído la alarma. Bueno, hora de levantarse.

Mientras me ducho, tengo una nueva inspiración: se me ha ocurrido otro regalo de cumpleaños para Christian. Es muy difícil comprarle algo a un hombre que lo tiene todo. Ya le he dado mi regalo principal, y también está el otro que le compré en la tienda para turistas, pero este nuevo regalo será en realidad para mí. Cuando cierro el grifo, me rodeo con los brazos emocionada ante la perspectiva. Solo tengo que prepararlo.

En el vestidor me pongo un traje rojo ceñido con un gran escote cuadrado. Sí, no es excesivo para ir a trabajar.

Ahora, para el regalo de Christian. Empiezo a revolver en los cajones buscando sus corbatas. En el último cajón encuentro esos vaqueros descoloridos y rasgados que lleva en el cuarto de juegos... esos con los que está condenadamente sensual. Los acaricio cuidadosamente con la mano. Oh, la tela es muy suave.

Debajo descubro una caja de cartón negra, ancha y plana, que despierta mi interés al instante. ¿Qué hay ahí? La miro, y vuelvo a tener la sensación de estar invadiendo una propiedad privada. La saco y la agito un poco. Pesa, como si contuviera documentos o manuscritos. No puedo resistirme. Abro la tapa... e inmediatamente vuelvo a cerrarla. Dios santo, son fotografías del cuarto rojo. La conmoción me obliga a sentarme sobre los talones, mientras intento borrar la imagen de mi mente. ¿Por qué he abierto la caja? ¿Por qué guarda Christian esas fotos?

Me estremezco. Mi subconsciente me mira ceñuda: Esto es anterior a ti. Olvídalo.

Tiene razón. Cuando me levanto veo que las corbatas están colgadas al fondo de la barra del armario. Cuando encuentro mi preferida, salgo corriendo.

Esas fotografías son A.A.: Antes de Ana. Mi subconsciente asiente para darme la razón, pero me dirijo hacia la sala para desayunar sintiendo un peso en el corazón. La señora Jones me sonrío con afecto y luego frunce el ceño.

—¿Va todo bien, Ana? —pregunta con amabilidad.

—Sí —murmuro, distraída—. ¿Tiene usted una llave del... cuarto de juegos?

Ella, sorprendida, se queda quieta un momento.

—Sí, claro. —Se descuelga un manojito de llaves del cinturón—. ¿Qué le apetece para desayunar, querida? —pregunta cuando me entrega las llaves.

—Solo muesli. Enseguida vuelvo.

Ahora, desde que he encontrado esas fotografías, ya no tengo tan claro lo del regalo. ¡No ha cambiado nada!, me increpa de nuevo mi subconsciente, mirándome por encima de sus gafas de media luna. Esa imagen que viste era erótica, interviene la diosa que llevo dentro, y yo le respondo torciendo el gesto mentalmente. Sí, era demasiado... erótica para mí.

¿Qué otras cosas habrá escondido? Rebusco en la cómoda rápidamente, cojo lo que necesito, y cierro con llave el cuarto de juegos al salir. ¡Solo faltaría que José viera esto!

Le devuelvo las llaves a la señora Jones y me siento a devorar el desayuno, sintiéndome extraña porque Christian no está. La imagen de la fotografía

aparece en mi mente sin que nadie la haya invitado. Me pregunto quién era. ¿Leila, quizá?

De camino al trabajo, medito si decirle o no a Christian que he encontrado sus fotografías. No, grita mi subconsciente con su cara a lo Edvard Munch. Decido que probablemente tiene razón.

En cuanto me siento a mi escritorio, vibra la BlackBerry.

De: Christian Grey

Fecha: 17 de junio de 2011 08:59

Para: Anastasia Steele

Asunto: Superficies

Calculo que quedan como mínimo unas treinta superficies. Me hacen mucha ilusión todas y cada una de ellas. Luego están los suelos, las paredes... y no nos olvidemos del balcón.

Y después de eso está mi despacho...

Te echo de menos. x

Christian Grey

Priápico presidente de Grey Enterprises Holdings,
Inc.

Su e-mail me hace sonreír, y mis anteriores reservas desaparecen totalmente. A quien desea ahora es a mí, y el recuerdo de las correrías sexuales de anoche invade mi mente... el ascensor, el vestíbulo, la

cama. «Priápico» es el término adecuado. Me pregunto vagamente cuál sería el equivalente femenino.

De: Anastasia Steele

Fecha: 17 de junio de 2011 09:03

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Romanticismo?

Señor Grey:

Tiene usted una mente unidireccional.

Te eché de menos en el desayuno.

Pero la señora Jones estuvo muy complaciente.

A x

De: Christian Grey

Fecha: 17 de junio de 2011 09:07

Para: Anastasia Steele

Asunto: Intrigado

¿En qué fue complaciente la señora Jones?

¿Qué está tramando, señorita Steele?

Christian Grey

Intrigado presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¿Cómo lo sabe?

De: Anastasia Steele
Fecha: 17 de junio de 2011 09:10
Para: Christian Grey
Asunto: Es un secreto

Espera y verás: es una sorpresa.
Tengo que trabajar... no me molestes.
Te quiero.

A x

De: Christian Grey
Fecha: 17 de junio de 2011 09:12
Para: Anastasia Steele
Asunto: Frustrado

Odio que me ocultes cosas.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Me quedo mirando la pequeña pantalla de mi BlackBerry. La vehemencia implícita en este e-mail me coge por sorpresa. ¿Por qué se siente así? No es como si yo estuviera escondiendo fotografías eróticas de mis ex.

De: Anastasia Steele
Fecha: 17 de junio de 2011 09:14
Para: Christian Grey
Asunto: Mimos

Es por tu cumpleaños.
Otra sorpresa.
No seas tan arisco.

A x

Él no me contesta inmediatamente, y entonces me llaman para acudir a una reunión, así que no puedo entretenerme mucho.

Cuando vuelvo a echar un vistazo a mi BlackBerry, veo horrorizada que son las cuatro de la tarde. ¿Cómo ha pasado tan rápido el día? Sigue sin haber ningún mensaje de Christian. Decido volver a mandarle un e-mail.

De: Anastasia Steele
Fecha: 17 de junio de 2011 16:03
Para: Christian Grey
Asunto: Hola

¿No me hablas?

Acuérdate de que saldré a tomar una copa con José, y que se quedará a dormir esta noche.

Por favor, piénsate lo de venir con nosotros.

A x

No me contesta, y siento un escalofrío de inquietud. Espero que esté bien. Le llamo al móvil y salta

el contestador. La grabación dice simplemente: «Grey, deja tu mensaje», en un tono muy cortante.

—Hola... esto... soy yo, Ana. ¿Estás bien? Llámame —le hablo tartamudeante al contestador.

No había tenido que hacerlo nunca. Me ruborizo y cuelgo. ¡Pues claro que sabrá que eres tú, boba! Mi subconsciente me mira poniendo los ojos en blanco. Me siento tentada de telefonar a Andrea, su ayudante, pero decido que eso sería ir demasiado lejos. Vuelvo al trabajo de mala gana.

De repente suena mi teléfono y el corazón me da un vuelco. ¡Christian! Pero no: es Kate, mi mejor amiga... ¡por fin!

—¡Ana! —grita ella desde donde quiera que esté.

—¡Kate! ¿Has vuelto? Te he echado de menos.

—Yo también. Tengo que contarte muchas cosas. Estamos en el aeropuerto... mi hombre y yo.

Y suelta una risita tonta, bastante impropia de Kate.

—Fantástico. Yo también tengo muchas cosas que contarte.

—¿Nos vemos en el apartamento?

—He quedado con José para tomar algo. Vente con nosotros.

—¿José está aquí? ¡Pues claro que iré! Mandadme un mensaje con la dirección del bar.

—Vale —digo con una sonrisa radiante.

—¿Estás bien, Ana?

—Sí, muy bien.

—¿Sigues con Christian?

—Sí.

—Bien. ¡Hasta luego!

Oh, no, ella también. La influencia de Elliot no conoce fronteras.

—Sí... hasta luego, nena.

Sonrío, y ella cuelga.

Uau. Kate ha vuelto. ¿Cómo voy a contarle todo lo que ha pasado? Debería apuntarlo, para no olvidarme de nada.

Una hora después suena el teléfono de mi despacho: ¿Christian? No, es Claire.

—Deberías ver al chico que pregunta por ti en recepción. ¿Cómo es que conoces a tantos tíos buenos, Ana?

José debe de haber llegado. Echo un vistazo al reloj: las seis menos cinco. Siento un pequeño escalofrío de emoción. Hace muchísimo que no le veo.

—¡Ana... uau! Estás guapísima. Muy adulta — exclama, con una sonrisa de oreja a oreja.

Solo porque llevo un vestido elegante... ¡vaya!

Me abraza fuerte.

—Y alta —murmura, sorprendido.

—Es por los zapatos, José. Tú tampoco estás nada mal.

Él lleva unos vaqueros, una camiseta negra y una camisa de franela a cuadros blancos y negros.

—Voy a por mis cosas y nos vamos.

—Bien. Te espero aquí.

Cojo las dos cervezas Rolling Rocks de la abarrotada barra y voy a la mesa donde está sentado José.

—¿Has encontrado sin problemas la casa de Christian?

—Sí. No he entrado. Subí con el ascensor de servicio y entregué las fotos. Las recogió un tal Taylor. El sitio parece impresionante.

—Lo es. Espera a que lo veas por dentro.

—Estoy impaciente. Salud, Ana. Seattle te sienta bien.

Me sonrojo y brindamos con las botellas. Es Christian lo que me sienta bien.

—Salud. Cuéntame qué tal fue la exposición.

Sonríe radiante y se lanza a explicármelo, entusiasmado. Vendió todas las fotos menos tres, y con eso ha pagado el préstamo académico y aún le queda algo de dinero para él.

—Y la oficina de turismo de Portland me ha encargado unos paisajes. No está mal, ¿eh? —dice orgulloso.

—Oh, eso es fantástico, José. Pero ¿no interferirá con tus estudios? —pregunto con cierta preocupación.

—Qué va. Ahora que vosotras os habéis ido, y también los otros tres tipos con los que solía salir, tengo más tiempo.

—¿No hay ninguna monada que te mantenga ocupado? La última vez que te vi estabas rodeado de una docena de chicas que se te comían con los ojos —le digo, arqueando una ceja.

—Qué va, Ana. Ninguna de ellas es lo bastante mujer para mí —suelta en plan fanfarrón.

—Claro. José Rodríguez, el rompecorazones —replico con una risita.

—Eh... que yo también tengo mi encanto, Steele.

Parece ofendido, y me arrepiento un poco de mis palabras.

—Estoy convencida de eso —le digo en tono conciliador.

—¿Y cómo está Grey? —pregunta, de nuevo afable.

—Está bien. Estamos bien —murmuro.

—¿Dijiste que la cosa va en serio?

—Sí, va en serio.

—¿No es demasiado mayor para ti?

—Oh, José. ¿Sabes qué dice mi madre? Que yo ya nací vieja.

José hace un gesto irónico.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta, y de ese modo salimos de terreno pantanoso.

—¡Ana!

Me doy la vuelta, y ahí están Kate y Ethan. Ella está guapísima, con un bronceado fantástico, tonos rojizos en su rubia cabellera y una preciosa y deslumbrante sonrisa. Viste una camisola blanca y unos tejanos ajustados del mismo color que le hacen un tipo estupendo. Todo el mundo la mira. Yo me levanto de un salto para darle un abrazo. ¡Oh, cómo la he echado de menos!

Ella me aparta un poco para examinarme bien. Me mira de arriba abajo y yo me ruborizo.

—Has adelgazado. Mucho. Y estás distinta. Pareces más mayor. ¿Qué ha pasado? —dice con una actitud muy maternal—. Me gusta tu vestido. Te sienta bien.

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste. Ya te lo contaré luego, cuando estemos solas.

Ahora mismo no estoy preparada para la santa inquisidora Katherine Kavanagh. Ella me mira con suspicacia.

—¿Estás bien? —pregunta cariñosamente.

—Sí —respondo sonriendo, aunque estaría mejor si supiera dónde está Christian.

—Estupendo.

—Hola, Ethan.

Le sonrío, y él me da un pequeño abrazo.

—Hola, Ana —me susurra al oído.

—¿Qué tal la comida con Mia? —le pregunto.

—Interesante —contesta, muy críptico.

¿Oh?

—Ethan, ¿conoces a José?

—Nos vimos una vez —masculla José mirando intensamente a Ethan al estrecharle la mano.

—Sí, en Vancouver, en casa de Kate —dice Ethan, que le sonrío afablemente—. Bueno, ¿quién quiere una copa?

Voy al lavabo, y desde allí le mando un mensaje a Christian con la dirección del bar; a lo mejor se viene con nosotros. No tengo llamadas perdidas suyas, ni e-mails. Eso es muy raro en él.

—¿Qué pasa, Ana? —pregunta José cuando vuelvo a la mesa.

—No localizo a Christian. Espero que esté bien.

—Seguro que sí. ¿Otra cerveza?

—Claro.

Kate se me acerca.

—¿Ethan dice que una ex novia loca entró con una pistola en el apartamento?

—Bueno... sí.

Me encojo de hombros a modo de disculpa. Oh, vaya... ¿ahora tenemos que hablar de eso?

—Ana... ¿qué demonios ha pasado?

De pronto Kate se interrumpe y saca su móvil.

—Hola, nene —dice cuando contesta. ¡Nene! Frunce el ceño y me mira—. Claro —dice, y se vuelve hacia mí—. Es Elliot... quiere hablar contigo.

—Ana.

Elliot habla con voz entrecortada, y a mí se me eriza el vello.

—Es Christian. No ha vuelto de Portland.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Su helicóptero ha desaparecido.

—¿El *Charlie Tango*? —digo en un susurro. Me falta el aire—. ¡No!

Contemplo las llamas, anonadada. Llamaradas centelleantes, anaranjadas con brotes azul cobalto, que danzan y se entrelazan en la chimenea del apartamento de Christian. Y, a pesar del calor que irradia el fuego y de la manta que me cubre los hombros, tengo frío. Un frío que me penetra hasta los huesos.

Oigo vagamente voces que susurran, muchas voces susurrantes. Pero es un zumbido distante, de fondo. No escucho las palabras. Lo único que oigo, lo único en lo que soy capaz de concentrarme, es en el tenue siseo del gas que arde en el hogar.

Me pongo a pensar en la casa que vimos ayer y en aquellas enormes chimeneas: chimeneas de verdad para troncos de leña. Me gustaría hacer el amor con Christian frente a un fuego de verdad. Me gustaría hacer el amor con Christian frente a este fuego. Sí, sería divertido. Seguro que a él se le ocurriría algún modo de convertirlo en memorable, como todas las veces que hemos hecho el amor. Incluso las veces en que solo hemos follado, me digo con ironía. Sí, esas también fueron bastante memorables... ¿Dónde está?

Las llamas bailan y parpadean, cautivándome, aturdiéndome. Me concentro solamente en su belleza brillante y abrasadora. Son hechizantes.

«Eres tú la que me has hechizado, Anastasia.»

Eso fue lo que dijo la primera vez que durmió conmigo en mi cama. Oh, no...

Me rodeo el cuerpo con los brazos, la realidad se filtra sangrante en mi conciencia y se me cae el mundo encima. El vacío que se ha apoderado de mis entrañas se expande un poco más. El *Charlie Tango* ha desaparecido.

—Ana. Tenga.

La voz de la señora Jones, insistiéndome con delicadeza, me transporta de nuevo a la habitación, al ahora, a la angustia. Me ofrece una taza de té. Se lo agradezco y cojo la taza, que repiquetea contra el platito en mis manos temblorosas.

—Gracias —susurro, con la voz quebrada por el llanto reprimido y por el enorme nudo que tengo en la garganta.

Mia está sentada frente a mí en el inmenso sofá en forma de U cogiendo de la mano a Grace, que está a su lado. Las dos me miran fijamente con la ansiedad y el sufrimiento impresos en sus hermosos rostros. Grace parece avejentada: una madre preocupada por su hijo. Yo parpadeo, sin expresión. No puedo ofrecerles una sonrisa tranquilizadora, ni una lágrima siquiera: no hay nada, solo palidez y ese creciente vacío. Observo a Elliot, a José y a Ethan, que están de pie junto a la barra del desayuno, hablando en voz baja con cara seria. Comentan algo en un tono muy quedo. Detrás se encuentra la señora Jones, que se mantiene ocupada en la cocina.

Kate está en la sala de la televisión, pendiente de los informativos locales. Oigo el débil sonido de la gran pantalla de plasma. No soy capaz de volver a ver la

noticia —CHRISTIAN GREY, DESAPARECIDO— ni su atractivo rostro en la televisión.

Me da por pensar que nunca he visto a tanta gente en este gran salón, que aun así es tan enorme que les empequeñece a todos. Son pequeñas islas de gente perdida y angustiada en casa de mi Cincuenta. ¿Qué pensaría él de su presencia aquí?

En algún lugar Taylor y Carrick están hablando con las autoridades, que nos van proporcionando información con cuentagotas; pero todo eso no tiene ninguna importancia. El hecho es que él ha desaparecido. Hace ocho horas que desapareció. Y no hay noticias ni rastro de él. Lo único que sé es que la búsqueda se ha suspendido. Ya ha anochecido. Y no sabemos dónde está. Puede estar herido, hambriento o algo peor. ¡No!

Elevo una nueva plegaria silenciosa a Dios. Por favor, que Christian esté bien. Por favor, que Christian esté bien. La repito mentalmente una y otra vez: es mi mantra, mi tabla de salvación, algo a lo que aferrarme en mi desesperación. Me niego a pensar lo peor. No, eso ni pensarlo. Aún hay esperanza.

«Tú eres mi tabla de salvación.»

Las palabras de Christian acuden a mi memoria. Sí, la esperanza es lo último que se pierde. No debo desesperar. Sus palabras resuenan en mi mente.

«Ahora soy un firme defensor de la gratificación inmediata. *Carpe diem*, Ana.»

¿Por qué yo no he disfrutado del momento?

«Hago esto porque finalmente he conocido a alguien con quien quiero pasar el resto de mi vida.»

Cierro los ojos y rezo en silencio, meciéndome levemente. Por favor, no dejes que el resto de su vida sea tan breve. Por favor, por favor. No hemos pasado suficiente tiempo juntos... necesitamos más tiempo. Hemos hecho tantas cosas en las pocas semanas que han pasado. Esto no puede terminar. Todos nuestros momentos de ternura: el pintalabios, cuando me hizo el amor por primera vez en el hotel Olympic, él postrado de rodillas, ofreciéndose a mí... tocarle finalmente.

«Yo sigo siendo el mismo, Ana. Te quiero y te necesito. Tócame. Por favor.»

Oh, le amo tanto. No seré nada sin él, tan solo una sombra... toda la luz se eclipsará. No, no, no... mi pobre Christian.

«Este soy yo, Ana. Todo lo que soy... y soy todo tuyo. ¿Qué tengo que hacer para que te des cuenta de eso? Para hacerte ver que quiero que seas mía de la forma que tenga que ser. Que te quiero.»

Y yo a ti, mi Cincuenta Sombras.

Abro los ojos y una vez más contemplo el fuego con la mirada perdida, y recuerdos del tiempo que pasamos juntos revolotean en mi mente: su alegría juvenil cuando estábamos navegando y volando; su aspecto sofisticado, distinguido y terriblemente sexy en el baile de máscaras; bailar, oh, sí, bailar en el piso, dando vueltas por el salón con Sinatra de fondo; su esperanza silenciosa y anhelante ayer cuando fuimos a ver la casa... aquella vista tan espectacular.

«Pondré el mundo a tus pies, Anastasia. Te quiero, en cuerpo y alma, para siempre.»

Oh, por favor, que no le haya pasado nada. No puede haberse ido. Él es el centro de mi universo.

Se me escapa un sollozo ahogado, y me tapo la boca con la mano. No, he de ser fuerte.

De pronto José está a mi lado... ¿o lleva un rato aquí? No tengo ni idea.

—¿Quieres que llame a tu madre o a tu padre? — pregunta con dulzura.

¡No! Niego con la cabeza y aferro la mano de José. No puedo hablar, sé que si lo hago me desharé en lágrimas, pero el apretón cariñoso y tierno de su mano no supone ningún consuelo.

Oh, mamá. Me tiembla el labio al pensar en mi madre. ¿Debería llamarla? No. No soy capaz de afrontar su reacción. Quizá Ray; él sabría mantener la calma: él siempre mantiene la calma, incluso cuando pierden los Mariners.

Grace se levanta y se acerca a los chicos, distrayendo mi atención. Este debe de ser el rato más largo que ha conseguido permanecer sentada. Mia también viene a sentarse a mi lado y me coge la otra mano.

—Volverá —dice, y el convencimiento inicial de su tono de voz se quiebra en el último momento.

Tiene los ojos muy abiertos y enrojecidos, y la cara pálida y transida por la falta de sueño.

Levanto la vista hacia Ethan, que está mirando a Mia, y hacia Elliot, abrazado a Grace. Echo una ojeada al reloj. Son más de las once, casi medianoche. ¡Maldito tiempo! A cada hora que pasa aumenta ese devastador vacío que me consume y me asfixia. En mi fuero interno sé que me estoy preparando para lo peor. Cierro los ojos, elevo otra plegaria silenciosa y me aferro a las manos de José y Mia.

Vuelvo a abrir los ojos, y contemplo otra vez las llamas. Veo su sonrisa tímida: mi favorita de todas sus expresiones, un atisbo del verdadero Christian, mi verdadero Christian. Él es muchas personas: un obseso del control, un presidente ejecutivo, un acosador, un dios del sexo, un Amo, y, al mismo tiempo, un chiquillo con sus juguetes. Sonríó. Su coche, su barco, su avión, su helicóptero *Charlie Tango*... mi chico perdido, literalmente perdido ahora mismo. Mi sonrisa se desvanece y el dolor vuelve a lacerarme. Le recuerdo en la ducha, limpiándose la marca del pintalabios.

«Yo no soy nada, Anastasia. Soy un hombre vacío por dentro. No tengo corazón.»

El nudo que tengo en la garganta se hace más grande. Oh, Christian, sí tienes, sí tienes corazón, y es mío. Quiero adorarlo para siempre. Aunque él sea un hombre tan complejo y problemático, yo le quiero. Nunca habrá nadie más. Jamás.

Recuerdo estar sentada en el Starbucks sopesando los pros y los contras de mi Christian. Todos esos contras, incluso esas fotografías que encontré esta mañana, se desvanecen ahora como algo insignificante. Solo importa él, y si volverá. Oh, por favor, Señor, devuélvemelo, haz que esté bien. Iré a la iglesia... haré lo que sea. Oh, si consigo recuperarle, disfrutaré de cada momento. Su voz resuena de nuevo en mi mente: «*Carpe diem, Ana*».

Sigo contemplando las llamas con más vehemencia, las lenguas de fuego siguen ardiendo, centelleando, entrelazándose. Entonces Grace suelta un grito, y todo empieza a moverse a cámara lenta.

—¡Christian!

Me doy la vuelta justo a tiempo de ver a Grace, que estaba detrás de mí caminando arriba y abajo, cruzar el salón a toda velocidad, y ahí, de pie en el umbral, está un consternado Christian. Solo lleva los pantalones del traje y la camisa, y sostiene en la mano la americana, los calcetines y los zapatos. Se le ve cansado, sucio, y extraordinariamente atractivo.

Dios santo... Christian. Está vivo. Le miro aturdida, intentando discernir si realmente está aquí o es una alucinación.

Parece absolutamente desconcertado. Deja la chaqueta y los zapatos en el suelo justo cuando Grace le lanza los brazos al cuello y le besa muy fuerte la mejilla.

—¿Mamá?

Christian la mira, totalmente perplejo.

—Creí que no volvería a verte más —susurra Grace, expresando en voz alta el temor general.

—Estoy aquí, mamá.

Y percibo en su tono un deje de consternación.

—Creí que me moría —musita ella con un hilo de voz, haciéndose eco de mis pensamientos.

Gime y solloza, incapaz de seguir reprimiendo el llanto. Christian frunce el ceño, no sé si horrorizado o mortificado, y acto seguido la abraza con fuerza y la estrecha contra él.

—Oh, Christian —dice con la voz ahogada por el llanto, rodeándole con sus brazos y sollozando con la cara hundida en su cuello, olvidado ya todo autocontrol, y él no se resiste.

Se limita a sostenerla y a mecerla adelante y atrás, consolándola. Las lágrimas anegan mis ojos. Carrick grita desde el pasillo:

—¡Está vivo! ¡Dios... estás aquí! —exclama saliendo repentinamente del despacho de Taylor agarrado a su teléfono móvil, les abraza a ambos y cierra los ojos lleno de un profundo alivio.

—¿Papá?

A mi lado, Mia grita algo ininteligible, luego se levanta y corre junto a sus padres y se abraza también a todos.

Finalmente, una cascada de lágrimas brota por mis mejillas. Él está aquí, está bien. Pero no puedo moverme.

Carrick es el primero en apartarse. Se seca los ojos mientras le da palmaditas a Christian en la espalda. Mia también se retira un poco, y Grace da un paso atrás.

—Lo siento —balbucea ella.

—Eh, mamá... no pasa nada —dice Christian, con la consternación aún reflejada en su rostro.

—¿Dónde estabas? ¿Qué ha sucedido? —exclama Grace llorando y hundiendo el rostro entre las manos.

—Mamá —musita Christian. La acoge en sus brazos otra vez y le besa la cabeza—. Estoy aquí. Estoy bien. Simplemente me ha costado horrores poder volver de Portland. ¿A qué viene todo este comité de bienvenida?

Recorre la habitación con la vista, hasta que sus ojos se posan en mí.

Parpadea y se queda mirando un segundo a José, que me suelta la mano. Christian aprieta los labios. Yo me embebo en su visión y el alivio invade todo mi cuerpo, dejándome agotada, exhausta y completamente eufórica. Pero no puedo parar de llorar. Christian se centra de nuevo en su madre.

—Mamá, estoy bien. ¿Qué pasa? —dice Christian tranquilizador.

Ella le sostiene la cara entre las manos.

—Estabas desaparecido, Christian. Tu plan de vuelo... no llegaste a Seattle. ¿Por qué no te pusiste en contacto con nosotros?

Christian arquea las cejas, sorprendido.

—No creí que tardaría tanto.

—¿Por qué no telefoneaste?

—Me quedé sin batería.

—¿No podías haber llamado... aunque fuera a cobro revertido?

—Mamá... es una historia muy larga.

Ella prácticamente le grita.

—¡Christian, no vuelvas a hacerme esto nunca más! ¿Me has entendido?

—Sí, mamá.

Le seca las lágrimas con el pulgar y vuelve a rodearla entre sus brazos. Cuando Grace recupera la compostura, él la suelta para abrazar a Mia, que le da una enojada palmada en el pecho.

—¡Nos tenías muy preocupados! —le suelta, y ella también se echa a llorar.

—Ya estoy aquí, por Dios santo —musita Christian.

Cuando Elliot se acerca, Christian deja a Mia con Carrick, que ya tiene un brazo sobre los hombros de su esposa, y con el otro rodea a su hija. Elliot le da un rápido abrazo a Christian, ante la perplejidad de este, y le propina una fuerte palmada en la espalda.

—Me alegro mucho de verte —dice Elliot en voz alta y con cierta brusquedad, intentando disimular la emoción.

Las lágrimas corren por mis mejillas mientras contemplo la escena. El salón está bañado en eso: amor incondicional. Él lo tiene a raudales; simplemente es algo que nunca había aceptado antes, e incluso ahora está totalmente perdido.

¡Mira, Christian, todas estas personas te quieren! Puede que ahora empieces a creértelo.

Kate está detrás de mí —debe de haber vuelto de la sala de la televisión—, y me acaricia el pelo con cariño.

—Está realmente aquí, Ana —murmura para tranquilizarme.

—Ahora voy a saludar a mi chica —les dice Christian a sus padres.

Ambos asienten, sonríen y se apartan.

Se acerca a mí, todavía perplejo, con sus ojos grises brillantes, pero cautelosos. En lo más profundo de mi ser hallo la fuerza necesaria para levantarme tambaleante y arrojarme a sus brazos abiertos.

—¡Christian! —exclamo sollozante.

—Chsss —musita él, y me abraza.

Hunde la cara en mi pelo e inspira profundamente. Yo levanto hacia él mi rostro bañado en lágrimas y él me da un largo beso que aun así me sabe a poco.

—Hola —murmura.

—Hola —respondo en un susurro, sintiendo cómo arde el nudo que tengo en la garganta.

—¿Me has echado de menos?

—Un poco.

Sonríe.

—Ya lo veo.

Y con un leve roce de la mano, me seca las lágrimas que se niegan a dejar de rodar por mis mejillas.

—Creí... creí que...

No puedo seguir.

—Ya lo veo. Chsss... estoy aquí. Estoy aquí... — murmura, y vuelve a besarme suavemente.

—¿Estás bien? —pregunto.

Y le suelto y le toco el pecho, los brazos, la cintura... oh, sentir bajo los dedos a este hombre cariñoso, vital, sensual, me tranquiliza y me confirma que está realmente aquí, delante de mí. Ha vuelto. Él ni siquiera parpadea. Solo me mira atentamente.

—Estoy bien. No me pienso ir a ninguna parte.

—Oh, gracias a Dios. —Vuelvo a abrazarle por la cintura y él me rodea con sus brazos otra vez—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres algo de beber?

—Sí.

Me aparto para ir a buscarle algo, pero él no me deja ir. Me mantiene abrazada y le tiende una mano a José.

—Señor Grey —dice José en tono tranquilo.

Christian suelta un pequeño resoplido.

—Christian, por favor —dice.

—Bienvenido, Christian. Me alegro de que estés bien, y... esto... gracias por dejarme dormir aquí.

—No hay problema.

Christian entorna los ojos, pero en ese momento la señora Jones aparece de repente a su lado. Entonces me doy cuenta de que no va tan arreglada como

siempre. No lo había notado hasta ahora. Lleva el pelo suelto, unas mallas gris claro y una enorme sudadera también gris con las letras WSU COUGARS bordadas en el pecho, que la hace parecer más bajita. Y mucho más joven.

—¿Le apetece que le sirva algo, señor Grey?

Se seca los ojos con un pañuelo de papel.

Christian le sonríe con afecto.

—Una cerveza, por favor, Gail... Una Budvar, y algo de comer.

—Ya te lo traigo yo —murmuro, con ganas de hacer algo por mi hombre.

—No. No te vayas —dice él en voz baja, estrechándome más fuerte.

El resto de la familia se acerca, y Ethan y Kate se unen también a nosotros. Christian le estrecha la mano a Ethan y besa fugazmente a Kate en la mejilla. La señora Jones vuelve con una botella de cerveza y un vaso. Él coge la botella y, al ver el vaso, niega con la cabeza. Ella sonríe y regresa a la cocina.

—Me sorprende que no quieras algo más fuerte —comenta Elliot—. ¿Y qué coño te ha pasado? La primera noticia que tuve fue cuando papá me llamó para decirme que la carraca esa había desaparecido.

—¡Elliot! —le riñe Grace.

—El helicóptero —masculla Christian corrigiendo a Elliot, que sonríe, y yo sospecho que se trata de una broma familiar—. Sentémonos y te lo cuento.

Christian me lleva hasta el sofá, y todo el mundo se sienta, todos con los ojos puestos en él. Bebe un buen trago de cerveza, y en ese momento ve a Taylor rondando por el umbral del vestíbulo. Le saluda con un

movimiento de cabeza y Taylor responde del mismo modo.

—¿Tu hija?

—Ahora está bien. Falsa alarma, señor.

—Bien.

Christian sonríe.

¿Su hija? ¿Qué le ha ocurrido a la hija de Taylor?

—Me alegro de que esté de vuelta, señor. ¿Algo más?

—Tenemos que recoger el helicóptero.

Taylor asiente.

—¿Ahora? ¿O mañana a primera hora?

—Creo que por la mañana, Taylor.

—Muy bien, señor Grey. ¿Algo más, señor?

Christian niega con la cabeza, le mira y levanta la botella. Taylor le responde con una extraña sonrisa — más incluso que la de Christian, creo—, y se marcha, seguramente a su despacho o a su habitación.

—Christian, ¿qué ha sucedido? —pregunta Carrick.

Christian procede a contar su historia. Había volado a Vancouver en el *Charlie Tango* con Ros, su número dos, para ocuparse de un asunto relacionado con los fondos para la wsu. Yo estoy tan aturdida que apenas puedo seguirle. Me limito a sostener la mano de Christian y a mirar sus uñas cuidadas, sus dedos largos, los pliegues de sus nudillos, su reloj de pulsera, un Omega con tres esferas pequeñas. Mientras él continúa con su relato, levanto la vista para observar su hermoso perfil.

—Ros nunca había visto el monte Saint Helens, así que a la vuelta, y a modo de celebración, dimos un pequeño rodeo. Me enteré hace poco de que habían

levantado la restricción temporal de vuelo, y quería echar un vistazo. Bueno, pues fue una suerte que lo hiciéramos. Íbamos volando bajo, a unos doscientos pies del suelo, cuando se encendieron las luces de emergencia en el panel de mandos. Había fuego en la cola... y no tuve más remedio que apagar todo el sistema electrónico y tomar tierra. —Sacude la cabeza—. Aterricé junto al lago Silver, saqué a Ros y conseguí apagar el fuego.

—¿Fuego? ¿En ambos motores? —pregunta Carrick, horrorizado.

—Pues sí.

—¡Joder! Pero yo creía...

—Lo sé —le interrumpe Christian—. Tuvimos mucha suerte de ir volando tan bajo —murmura.

Me estremezco. Él me suelta la mano y me rodea con el brazo.

—¿Tienes frío? —pregunta.

Le digo que no con la cabeza.

—¿Cómo apagaste el fuego? —pregunta Kate, impulsada por su instinto periodístico a lo Carl Bernstein.

Dios, a veces puede ser tan seca.

—Con los extintores. La ley nos obliga a llevarlos —contesta Christian en el mismo tono.

Y me vienen a la mente unas palabras que pronunció hace ya un tiempo: «Agradezco todos los días a la divina providencia que fueras tú quien vino a entrevistarme y no Katherine Kavanagh».

—¿Por qué no telefoneaste, ni usaste la radio? —pregunta Grace.

Christian sacude la cabeza.

—El sistema electrónico estaba desconectado, y por tanto no teníamos radio. Y no quería arriesgarme a ponerlo de nuevo en marcha por culpa del fuego. El GPS de la BlackBerry seguía funcionando, y así pude orientarme hasta la carretera más cercana. Caminamos cuatro horas hasta llegar a ella. Ros llevaba tacones.

Los labios de Christian se convierten en una fina línea reprobatoria.

—No teníamos cobertura en el móvil. En Gifford no hay. Primero se agotó la batería del de Ros. La del mío se terminó durante el camino.

Santo Dios... Me pongo tensa y Christian me atrae hacia él y me sienta en su regazo.

—¿Cómo conseguisteis volver a Seattle? —pregunta Grace, que al vernos pestañea levemente, y yo me ruborizo.

—Nos pusimos a hacer autoestop. Juntamos el dinero que llevábamos encima. Entre los dos, reunimos seiscientos dólares, y pensamos que tendríamos que pagar a alguien para que nos trajera de vuelta, pero un camionero se paró y aceptó llevarnos a casa. Rechazó el dinero que le ofrecimos y compartió su comida con nosotros. —Christian meneaba la cabeza consternado al recordarlo—. Tardamos muchísimo. Él no tenía móvil, cosa rara pero cierta. No se me ocurrió pensar...

Se calla y mira a su familia.

—¿Que nos preocuparíamos? —dice Grace, indignada—. ¡Oh, Christian! —le reprocha—. ¡Casi nos volvemos locos!

—Has salido en las noticias, hermanito.

Christian alza la vista, con aire resignado.

—Sí. Me imaginé algo al llegar y ver todo este recibimiento y el puñado de fotografías que hay en la calle. Lo siento, mamá. Debería haberle pedido al camionero que parara para poder telefonar. Pero estaba ansioso por volver —añade, mirando de reojo a José.

Ah, era por eso, porque José se queda a dormir aquí. Frunzo el ceño ante la idea. Dios... tanta preocupación por una tontería.

Grace menea la cabeza.

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto de una pieza, cariño, eso es lo único que importa.

Yo empiezo a relajarme. Apoyo la cabeza en su pecho. Huele a naturaleza, y levemente a sudor y a gel de baño... a Christian, el aroma que más me gusta del mundo. Las lágrimas vuelven a correr por mis mejillas, lágrimas de gratitud.

—¿Ambos motores? —vuelve a preguntar Carrick con expresión de incredulidad.

—Como lo oyes.

Christian se encoge de hombros y me pasa la mano por la espalda.

—Eh —susurra. Me pone los dedos bajo el mentón y me echa la cabeza hacia atrás—. Deja de llorar.

Yo me seco la nariz con el dorso de la mano, un gesto impropio de una señorita.

—Y tú deja de desaparecer.

Me sorbo y sus labios se curvan en un amago de sonrisa.

—Un fallo eléctrico... eso es muy raro, ¿verdad? —vuelve a decir Carrick.

—Sí, yo también lo pensé, papá. Pero ahora mismo lo único que quiero es irme a la cama y no pensar en toda esta mierda hasta mañana.

—¿Así que los medios de comunicación ya saben que Christian Grey ya ha sido localizado sano y salvo? —dice Kate.

—Sí. Andrea y mi gente de relaciones públicas se encargarán de tratar con los medios. Ros la telefoneó en cuanto la dejamos en su casa.

—Sí, Andrea me llamó para informarme de que estabas vivo.

Carrick sonríe.

—Debería subirle el sueldo a esa mujer. Ya va siendo hora —dice Christian.

—Damas y caballeros, eso solo puede indicar que mi hermano necesita urgentemente un sueño reparador —insinúa Elliot en tono burlón.

Christian le dedica una mueca.

—Cary, mi hijo está bien. Ahora ya puedes llevarme a casa.

¿Cary? Grace dirige a su marido una mirada llena de adoración.

—Sí, creo que nos conviene dormir —contesta Carrick sonriéndole.

—Quedaos —sugiere Christian.

—No, cariño. Ahora que sé que estás a salvo quiero irme a casa.

Con cierta renuencia, Christian me acomoda en el sofá y se levanta. Grace le abraza otra vez, apoya la cabeza en su pecho y cierra los ojos, satisfecha. Él la rodea con sus brazos.

—Estaba tan preocupada, cariño —murmura ella.

—Estoy bien, mamá.

Ella se inclina hacia atrás y le observa con atención, mientras él sigue sujeteándola.

—Sí, creo que sí —dice Grace lentamente, dirige su mirada hacia mí y sonrío.

Me ruborizo.

Acompañamos a Carrick y a Grace al vestíbulo. A mi espalda, puedo oír que Mia y Ethan mantienen un acalorado intercambio en susurros, pero no escucho lo que dicen.

Mia sonrío tímidamente a Ethan, que la mira boquiabierto y menea la cabeza. De repente ella cruza los brazos y gira sobre sus talones. Él se frota la frente con una mano, visiblemente frustrado.

—Mamá, papá... esperadme —dice Mia de pronto. Quizá sea tan voluble como su hermano.

Kate me da un fuerte abrazo.

—Ya veo que aquí han pasado cosas muy serias mientras nosotros disfrutábamos ajenos a todo en Barbados. Es bastante obvio que vosotros dos estáis locos el uno por el otro. Me alegro de que no le haya pasado nada. No solo por él... también por ti, Ana.

—Gracias, Kate —murmuro.

—Sí. ¿Quién iba a decir que encontraríamos el amor al mismo tiempo?

Sonrío. Uau. Lo ha admitido.

—¡Y con dos hermanos! —exclamo riendo nerviosa.

—A lo mejor acabamos siendo cuñadas —bromea.

Yo me pongo tensa, y entonces Kate se me queda mirando otra vez, con esa cara de: «¿Qué es lo

que no me has contado?». Me sonrojo. Maldita sea, ¿debería decirle que me ha pedido matrimonio?

—Vamos, nena —la llama Elliot desde el ascensor.

—Ya hablaremos mañana, Ana. Debes de estar agotada.

Estoy salvada.

—Claro. Tú también, Kate. Hoy has hecho un viaje muy largo.

Nos abrazamos una vez más. Luego ella y Elliot entran en el ascensor detrás de los Grey, y se cierran las puertas.

José está esperándonos junto a la entrada cuando volvemos del vestíbulo.

—Bueno, yo me voy a acostar... os dejo solos —dice.

Yo me sonrojo. ¿Por qué resulta tan incómoda toda esta situación?

—¿Sabes ya cuál es tu habitación? —pregunta Christian.

José asiente.

—Sí, el ama de llaves...

—La señora Jones —aclaró.

—Sí, la señora Jones me la enseñó antes. Menudo ático tienes, Christian.

—Gracias —dice él educadamente.

Luego se coloca a mi lado y me pasa el brazo sobre los hombros. Se inclina y me besa el cabello.

—Voy a comerme lo que me ha preparado la señora Jones. Buenas noches, José.

Christian vuelve al salón y nos deja a José y a mí en la entrada.

Uau. Me ha dejado a solas con José.

—En fin, buenas noches —dice José, repentinamente incómodo.

—Buenas noches, José, y gracias por quedarte.

—Ningún problema, Ana. Cada vez que ese poderoso y millonario novio tuyo desaparezca... yo estaré ahí.

—¡José! —le riño.

—Es una broma. No te enfades. Mañana me iré temprano. Ya nos veremos, ¿eh? Te he echado de menos.

—Claro, José. Pronto, espero. Siento que haya sido una noche tan... espantosa —digo sonriendo a modo de disculpa.

—Sí —replica con gesto cómplice—, espantosa. — Me abraza—. En serio, Ana. Me alegro de que seas feliz, pero si me necesitas, ahí estaré.

Yo le miro fijamente.

—Gracias.

Él me responde con una sonrisa fugaz, agridulce, y luego sube las escaleras.

Yo vuelvo al salón. Christian está de pie junto al sofá, y me observa con expresión inescrutable. Por fin estamos solos y nos miramos intensamente.

—Él sigue loco por ti, ¿sabes? —murmura.

—¿Y usted cómo lo sabe, señor Grey?

—Reconozco los síntomas, señorita Steele. Me parece que yo sufro la misma dolencia.

—Creí que no volvería a verte nunca —susurro.

Ya está, ya lo he dicho. Todos mis peores miedos condensados nítidamente en una frase corta, y por fin exorcizados.

—No fue tan grave como parece.

Recojo del suelo la americana de su traje y sus zapatos, y me acerco a él.

—Ya lo llevaré yo —murmura, y coge la chaqueta.

Christian me observa como si yo fuera su razón de vivir, y estoy segura de que yo le miro del mismo modo. Está aquí, realmente aquí. Me acoge entre sus brazos y yo me dejo envolver por su cuerpo.

—Christian —gimo, y nuevamente brotan las lágrimas.

—Chsss... —me calma, y me besa el pelo—. ¿Sabes?, durante esos espantosos segundos antes de aterrizar, solo pensé en ti. Tú eres mi talismán, Ana.

—Creía que te había perdido —digo sin aliento.

Nos quedamos así, abrazados, recuperándonos y tranquilizándonos mutuamente. Cuando le estrecho con más fuerza, me doy cuenta de que sigo llevando los zapatos en la mano, y los dejo caer al suelo, rompiendo el silencio.

—Ven a ducharte conmigo —murmura.

—Vale.

Levanto la mirada hacia él. No quiero soltarle. Él me alza la barbilla.

—¿Sabes?, incluso con la cara manchada de lágrimas estás preciosa, Ana Steele. —Se inclina y me besa con ternura—. Y tienes unos labios muy suaves.

Me besa de nuevo, más intensamente.

Oh, Dios... y pensar que podría haberle perdido... no... Dejo de pensar y finalmente me rindo.

—Tengo que dejar la chaqueta —murmura.

—Tírala —susurro junto a sus labios.

—No puedo.

Me echo hacia atrás ligeramente y le miro, desconcertada.

Me sonrío.

—Por esto.

Del bolsillo interior de la americana saca el paquetito que le di con mi regalo. Deja la chaqueta sobre el respaldo del sofá y pone la cajita encima.

Disfruta del momento, Ana, me incita mi subconsciente. Bueno, ya son más de las doce de la noche, de modo que técnicamente ya es su cumpleaños.

—Ábrelo —susurro, y mi corazón empieza a latir con fuerza.

—Confiaba en que me lo pidieras —murmura—. Me estaba volviendo loco.

Le sonrío con aire travieso. Me siento aturdida. Él me dedica su sonrisa tímida y me derrito por dentro, pese al retumbar de mi corazón, disfrutando con su expresión entre intrigada y divertida. Con dedos hábiles, quita el envoltorio y abre la cajita. Arquea una ceja, y saca un llaverito de plástico con una imagen a base de minúsculos píxeles que aparece y desaparece como una pantalla LED. Representa el perfil de la ciudad, con la palabra SEATTLE escrita en grandes letras en medio del paisaje.

Se lo queda mirando un momento y luego me mira a mí, perplejo, y una arruga surca su adorable frente.

—Dale la vuelta —murmuro, y contengo la respiración.

Lo hace. Abre la boca sin dar crédito, y clava sus enormes ojos grises en los míos, maravillado y feliz.

En el llavero aparece y desaparece intermitente
la palabra SÍ.

—Feliz cumpleaños —musito.

Te casarás conmigo? —susurra, incrédulo.

Yo asiento, nerviosa, ruborizada y ansiosa, y sin creer apenas su reacción... la de este hombre al que creí que había perdido. ¿Cómo puede no entender cuánto le quiero?

—Dilo —me ordena en voz baja, con una mirada intensa y ardiente.

—Sí, me casaré contigo.

Inspira profundamente y de repente me coge en volandas y empieza a darme vueltas alrededor del salón de un modo muy impropio de Cincuenta. Se ríe, joven y despreocupado, radiante de una alegría eufórica. Yo me aferro a sus brazos, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mis dedos, y me dejo llevar por su contagiosa risa, aturdida, confundida, una muchacha total y perdidamente enamorada de su hombre. Me deja en el suelo y me besa. Intensamente, con las manos a ambos lados de mi cara, y su lengua insistente, persuasiva... excitante.

—Oh, Ana —musita pegado a mis labios, y eso me enciende y hace que todo me dé vueltas.

Él me quiere, de eso no tengo la menor duda, y disfruto del sabor de este hombre delicioso, este hombre al que creí que nunca volvería a ver. Su felicidad es evidente —le brillan los ojos, sonrío como un muchacho—, y el alivio que siente es casi palpable.

—Pensé que te había perdido —murmuro, todavía abrumada y sin aliento por ese beso.

—Nena, hará falta algo más que un 135 averiado para alejarme de ti.

—¿135?

—El *Charlie Tango*. Es un Eurocopter EC135, el más seguro de su gama.

Una emoción sombría cruza fugazmente por su rostro, distrayendo mi atención. ¿Qué me oculta? Antes de que pueda preguntárselo, se queda muy quieto y baja los ojos hacia mí con el ceño fruncido, y por un segundo creo que va a contármelo. Observo sus ojos grises, pensativos.

—Un momento... Me diste esto antes de que viéramos a Flynn —dice sosteniendo el llavero, con expresión casi horrorizada.

Oh, Dios, ¿adónde quiere ir a parar con esto? Yo asiento, inexpresiva.

Abre la boca.

Yo me encojo de hombros a modo de disculpa.

—Quería que supieras que dijera lo que dijese Flynn, para mí nada cambiaría.

Christian parpadea y me mira, incrédulo.

—Así que toda la noche de ayer, mientras yo te suplicaba una respuesta, ¿ya me la habías dado?

Parece consternado. Yo vuelvo a asentir e intento desesperadamente evaluar su reacción. Él se me queda mirando, estupefacto, atónito, pero entonces entorna los ojos y en su boca se dibuja un amago de ironía.

—Toda esa preocupación... —susurra en un tono inquietante. Yo le sonrío y me encojo de hombros otra

vez—. Oh, no intente hacerse la niña ingenua conmigo, señorita Steele. Ahora mismo, tengo ganas de...

Se pasa la mano por el pelo, y luego menea la cabeza y cambia de táctica.

—No puedo creer que me dejaras con la duda.

Su voz susurrante está teñida de incredulidad. Su expresión cambia levemente, sus ojos brillan perversos y aparece su sonrisa sensual.

Santo cielo. Me estremezco por dentro. ¿En qué está pensando?

—Creo que esto se merece algún tipo de retribución, señorita Steele —dice en voz baja.

¿Retribución? ¡Oh, no! Sé que está jugando... pero aun así retrocedo un poco con cautela.

Christian sonríe.

—¿Así que ese es el juego? —susurra—. Porque te tengo en mis manos. —Y sus ojos arden intensos, juguetones—. Y además te estás mordiendo el labio —añade amenazador.

Siento cómo todas mis entrañas se contraen súbitamente. Oh, Dios. Mi futuro marido quiere jugar. Retrocedo un paso más, y luego me doy la vuelta para tratar de huir, pero es en vano. Christian me agarra con un rápido movimiento y yo grito de placer, sorprendida y sobresaltada. Me carga sobre su hombro y echa a andar por el pasillo.

—¡Christian! —siseo, consciente de que José está arriba, aunque no creo que pueda oírnos.

Intento tranquilizarme dándole palmaditas en la parte baja de la espalda, y de pronto, con un valeroso impulso irrefrenable, le doy un cachete en el trasero. Él me lo devuelve inmediatamente.

—¡Ay! —chillo.

—Hora de ducharse —declara triunfante.

—¡Bájame!

Me esfuerzo por parecer enfadada, pero fracaso. Es una lucha fútil, él me sujeta firmemente los muslos con el brazo, y por la razón que sea no puedo parar de reír.

—¿Les tienes mucho cariño a estos zapatos? — pregunta con ironía, mientras abre la puerta del baño de su dormitorio.

—Ahora mismo preferiría que tocaran el suelo — intento quejarme, pero no acabo de conseguirlo, porque no puedo dejar de reír.

—Sus deseos son órdenes para mí, señorita Steele.

Sin bajarme, me quita los dos zapatos y los deja caer ruidosamente sobre el suelo de baldosas. Se para junto al tocador, se vacía los bolsillos: la BlackBerry sin batería, las llaves, la cartera, el llavero. Desde este ángulo, solo puedo imaginar qué aspecto tendré en el espejo. Una vez que ha terminado, se dirige muy decidido hacia la inmensa ducha.

—¡Christian! —le advierto a gritos, viendo claras ahora sus intenciones.

Abre el grifo al máximo. ¡Dios...! Un chorro de agua helada me cae directamente sobre el trasero, y chillo; luego vuelvo a acordarme de que José está arriba y me callo. Aunque voy totalmente vestida, tengo mucho frío. El agua helada me empapa el traje, las bragas y el sujetador. Estoy calada y me entra otro ataque de risa.

—¡No! —chillo—. ¡Bájame!

Vuelvo a darle cachetes, más fuertes esta vez, y Christian me suelta dejando que me deslice por su cuerpo chorreante. Él tiene la camisa blanca pegada al torso y los pantalones del traje empapados. Yo también estoy calada, enardecida, aturdida y sin aliento, y él me mira sonriente, y está tan... increíblemente sexy.

Se pone serio, sus ojos centellean, y vuelve a cogerme la barbilla y acerca mis labios a su boca. Es un beso tierno, acariciante, que me trastorna por completo. Ya no me importa estar totalmente vestida y chorreando en la ducha de Christian. Estamos los dos solos bajo la cascada de agua. Ha vuelto, está bien, es mío.

Mis manos se dirigen involuntariamente a su camisa, que se pega a todos los músculos y tendones de su torso, mostrando el vello apelmazado bajo la tela blanca empapada. Yo le saco la camisa del pantalón de un tirón y él gime, pegado a mi boca, sin despegar sus labios de los míos. Cuando empiezo a desabrocharle la camisa, él comienza a bajar la cremallera de mi vestido lentamente. Sus labios son ahora más insistentes, más provocativos, su lengua invade mi boca... y mi cuerpo explota de deseo. Le abro la camisa de golpe. Los botones salen volando, rebotando contra las baldosas y repiqueteando por el suelo de la ducha. Mientras aparto la tela mojada de sus hombros y brazos, le empujo contra la pared, dificultando sus intentos de desnudarme.

—Los gemelos —murmura, y levanta las muñecas, de donde cuelga la camisa lacia y empapada.

Con dedos torpes le quito el primer gemelo de oro y después el otro, los dejo caer sobre el suelo de baldosas, y luego la camisa. Sus ojos buscan los míos a

través de la cascada de agua. Su mirada es candente, carnal, como el agua ahora abrasadora. Cojo sus pantalones por la cinturilla, pero él menea la cabeza, me sujeta por los hombros y me da la vuelta de manera que quedo de espaldas. Termina de bajarme la cremallera, me aparta el pelo mojado del cuello y pasa la lengua desde la nuca hasta el nacimiento del pelo, y de nuevo hacia abajo, sin parar de besarme y chuparme el cuello.

Yo gimo y él me retira dulcemente el vestido de los hombros, haciéndolo bajar sobre mis senos mientras me besa la nuca y debajo de la oreja. Me desabrocha el sujetador, lo aparta también y libera mis pechos. Los rodea y los cubre con las manos susurrándome cosas bonitas al oído.

—Eres preciosa —murmura.

Tengo los brazos atrapados por el sujetador y el vestido desabrochado, que cuelga bajo mis senos; sigo con las mangas puestas, pero tengo las manos libres. Ladeo la cabeza para que Christian acceda fácilmente a mi cuello y dejo que sus mágicas manos tomen posesión de mis pechos. Echo hacia atrás los brazos y me alegra oír que inspira bruscamente cuando mis dedos inquisitivos toman contacto con su erección. Él presiona su sexo contra mis manos acogedoras. Maldita sea, ¿por qué no me ha dejado que le quitara los pantalones?

Me pellizca los pezones, y mientras se endurecen y yerguen bajo sus expertas caricias, todos los pensamientos relacionados con sus pantalones desaparecen y un libidinoso placer se clava con fuerza bajo mi vientre. Pegada a su cuerpo, echo la cabeza hacia atrás y gimo.

—Sí —musita, me da la vuelta otra vez y atrapa mi boca con la suya.

Me despoja del sujetador, el vestido y las bragas y los deja caer, de forma que se unen a su camisa en un amasijo de ropa húmeda sobre el suelo de la ducha.

Cojo el gel que está a nuestro lado. Christian se queda quieto en cuanto se da cuenta de lo que voy a hacer. Le miro directamente a los ojos y me pongo un poco de gel en la palma de la mano. La mantengo levantada frente a su torso, esperando su respuesta a mi pregunta implícita. Él abre mucho los ojos y me contesta con un asentimiento casi imperceptible.

Poso la mano cuidadosamente sobre su esternón y, con suavidad, empiezo a frotarle la piel con el jabón. Christian inspira profundamente hinchando el torso, pero aparte de eso permanece inmóvil. Acto seguido me aferra las caderas con las manos, pero no me aparta. Me observa con recelo y con una mirada más intensa que asustada, pero sus labios están entreabiertos y su respiración acelerada.

—¿Estás bien? —susurro.

—Sí.

Su breve respuesta es casi un jadeo. Acuden a mi memoria todas las veces que nos hemos duchado juntos, aunque el recuerdo del Olympic es agridulce. Bueno, ahora puedo tocarle. Le lavo con cariño dibujando pequeños círculos. Limpio a mi hombre por debajo de los brazos, sobre las costillas, y desciendo por su vientre firme y plano, hasta el vello que sobresale de su zona púbica.

—Ahora me toca a mí —musita.

Coge el champú, nos aparta a ambos del chorro de agua y me vierte un poco sobre la cabeza.

Interpreto su gesto como una señal para que deje de lavarle, así que dejo los dedos aferrados a la cinturilla de su pantalón. Él me extiende el champú por el pelo y me masajea el cuero cabelludo con sus dedos esbeltos y fuertes. Yo gimo de placer. Cierro los ojos y me rindo a esa sensación celestial. Esto es justo lo que necesito, después de esta angustiosa noche.

Él se ríe entre dientes y yo abro un ojo y veo que me mira complacido.

—¿Te gusta?

—Mmm...

Sonríe satisfecho.

—A mí también —dice, y se inclina para besarme la frente, mientras sus dedos continúan masajeándome dulcemente el cuero cabelludo—. Date la vuelta —dice en tono autoritario.

Yo hago lo que me ordena, y sus dedos se mueven despacio sobre mi cabeza. Me lavan, me relajan, me miman. Oh, esto es el éxtasis. Él coge más champú y me frota con delicadeza la melena que cae sobre mi espalda. Cuando termina, vuelve a empujarme hacia el chorro de agua.

—Inclina la cabeza hacia atrás —ordena en voz baja.

Yo obedezco complaciente, y él me aclara la espuma del jabón. Cuando termina, me coloco otra vez de frente y echo mano de nuevo a sus pantalones.

—Quiero lavarte entero —susurro.

Él responde con su sensual media sonrisa y levanta las manos como diciendo: «Soy todo tuyo,

na»». Yo sonrío: es una sensación maravillosa. Le bajo delicadamente la cremallera, y sus pantalones y calzoncillos no tardan en reunirse con el resto de la ropa. Me yergo y cojo el gel y la esponja natural.

—Parece que te alegras de verme —murmuro con ironía.

—Yo siempre me alegro de verla, señorita Steele —replica, devolviéndome la sonrisa.

Echo gel en la esponja, y reempiendo mi viaje a través de su torso. Ahora está más relajado, quizá porque en realidad no le estoy tocando. Voy descendiendo con la esponja, pasando por encima de su vientre hasta deslizarla entre su vello púbico y luego sobre su erección hasta la base de su miembro.

Le miro de reojo, y él me observa con ojos acechantes y anhelo sensual. Mmm... me gusta esa mirada. Tiro la esponja y uso las manos para sujetarle fuerte el miembro. Él cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás gimiendo, e impulsa las caderas hacia mis manos.

¡Oh, sí! Esto es muy excitante. La diosa que llevo dentro ha resurgido después de pasarse la noche entera meciéndose y sollozando en un rincón, y ahora lleva los labios pintados de un tono rojo fulana.

De pronto, Christian me mira fijamente con ojos ardientes. Ha recordado algo.

—Es sábado —exclama con asombro lascivo en la mirada, y me coge por la cintura, me atrae hacia él y me besa salvajemente.

¡Uau... cambio de ritmo!

Sus manos se deslizan por mi cuerpo húmedo y resbaladizo hasta moverse en torno a mi sexo, sus dedos

me exploran provocativos, y su implacable boca me deja sin respiración. Sube una mano hasta mi cabello húmedo para sujetarme la cabeza, mientras yo resisto toda la fuerza de su pasión desatada. Sus dedos se mueven en mi interior.

—¡Ah! —jadeo junto a su boca.

—Sí —sisea, desliza las manos hasta mi trasero y me levanta—. Rodéame con las piernas, nena.

Mis piernas obedecen, y me aferro a su cuello como una lapa. Él me sostiene contra la pared de la ducha, se para y me observa intensamente.

—Abre los ojos —murmura—. Quiero verte.

Le miro parpadeante, con el corazón latiéndome desbocado y la sangre hirviendo ardiente a través de mis venas, y un deseo real y galopante aumenta en mi interior. Entonces él se desliza dentro de mí, oh, muy despacio, y me llena, y me reclama, piel contra piel. Yo empujo hacia abajo para fundirme en él, gimiendo con fuerza. Una vez dentro de mí, se detiene otra vez, con la cara contraída, intensa.

—Eres mía, Anastasia —susurra.

—Siempre.

Sonríe victorioso, se mueve y me hace jadear.

—Y ahora ya podemos contárselo a todo el mundo, porque has dicho que sí.

Su voz tiene un tono reverencial, y entonces se inclina hacia abajo, sus labios se apoderan de mi boca, y empieza a moverse... lenta y dulcemente. Yo cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, mi cuerpo se arquea y someto mi voluntad a la suya, esclava de su cadencia lenta y embriagadora.

Me roza con los dientes la mandíbula, y la barbilla, bajando por el cuello mientras recupera el ritmo, empujándome hacia delante y hacia arriba... lejos de este planeta terrenal, de la ducha abrasadora, del terror gélido de la noche pasada. Somos solo mi hombre y yo, moviéndonos al unísono como si fuéramos uno, cada uno absolutamente absorbido en el otro, y nuestros jadeos y gruñidos se funden. Yo saboreo la sensación exquisita de que me posea, mientras mi cuerpo brota y florece en torno a él.

Podría haberle perdido... y le amo... le amo tanto, y de pronto me supera la inmensidad de mi amor y la profundidad de mi compromiso con él. Pasaré el resto de mi vida amando a este hombre, y con esa revelación abrumadora, exploto en torno a él en un orgasmo catártico, sanador, y grito su nombre mientras las lágrimas bañan mis mejillas.

Él alcanza el clímax y se vierte en mi interior. Con la cara hundida en mi cuello, se derrumba en el suelo, abrazándome fuerte, besándome la cara y secándome las lágrimas a besos, mientras el agua caliente cae a nuestro alrededor y nos purifica.

—Tengo los dedos morados —murmuro, saciada y reclinada sobre su pecho en la dicha poscoital.

Él acerca mis dedos a sus labios y los besa, uno por uno.

—Deberíamos salir de esta ducha.

—Yo estoy muy a gusto aquí.

Reposo sentada entre sus piernas mientras él me abraza fuerte. No quiero moverme.

Christian expresa su conformidad con un murmullo. Pero de pronto me siento agotada, totalmente exhausta. Han pasado tantas cosas durante la última semana, historias como para llenar toda una vida, y además ahora voy a casarme. Se me escapa una risita de incredulidad.

—¿Qué le hace tanta gracia, señorita Steele? — pregunta él cariñosamente.

—Ha sido una semana muy intensa.

Sonríe.

—Lo ha sido, sí.

—Gracias a Dios que ha regresado sano y salvo, señor Grey —murmuro, y al pensar en lo que podría haber pasado se me encoge el alma.

Él se pone tenso e inmediatamente lamento habérselo recordado.

—Pasé mucho miedo —confiesa para mi sorpresa.

—¿Cuándo... Antes?

Asiente con gesto serio.

Santo cielo.

—¿Así que le quitaste importancia para tranquilizar a tu familia?

—Sí. Volaba demasiado bajo para poder aterrizar bien. Pero lo conseguí, no sé cómo.

Oh, Dios. Levanto los ojos hacia él, con la cascada de agua cayendo sobre nosotros, y su expresión es muy grave.

—¿Ha estado cerca?

Me mira fijamente.

—Muy cerca. —Hace una pausa—. Durante unos segundos espantosos, pensé que no volvería a verte.

Le abrazo fuerte.

—No puedo imaginar mi vida sin ti, Christian. Te quiero tanto que me da miedo.

—Yo también. —Me estrecha con fuerza entre sus brazos y hunde el rostro en mi cabello—. Nunca dejaré que te vayas.

—No quiero irme, nunca.

Le beso el cuello, y él se inclina y me besa también con dulzura.

Al cabo de un momento, se remueve un poco.

—Ven... vamos a secarte, y luego a la cama. Yo estoy exhausto, y a ti parece que te hayan dado una paliza.

Al oír estas palabras, me inclino hacia atrás y arqueo una ceja. Él ladea la cabeza y me sonrío con ironía.

—¿Algo que decir, señorita Steele?

Niego con la cabeza y me pongo de pie algo tambaleante.

Estoy sentada en la cama. Christian se ha empeñado en secarme el pelo... y lo hace bastante bien. Me desagradaba pensar cómo adquirió esa habilidad, así que alejo la idea de mi mente. Son más de las dos de la madrugada, y estoy deseando dormir. Antes de meterse en la cama, Christian baja de nuevo la mirada hacia el llavero y vuelve a menear la cabeza sin dar crédito.

—Es fantástico. El mejor regalo de cumpleaños que he tenido nunca. —Me mira fijamente, con ojos dulces y cariñosos—. Mejor que el póster firmado de Giuseppe DeNatale.

—Te lo habría dicho antes, pero como se acercaba tu cumpleaños... ¿Qué le das a un hombre que lo tiene todo? Así que pensé en darme... yo.

Deja el llavero en la mesita de noche y se acurruca a mi lado. Me acoge en sus brazos, me estrecha contra su pecho y se queda abrazado a mi espalda.

—Es perfecto. Como tú.

Sonrío, aunque él no puede verme.

—Yo no soy perfecta, ni mucho menos, Christian.

—¿Está sonriendo, señorita Steele?

¿Cómo lo sabe?

—Tal vez —respondo con una risita—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —dice acariciándome el cuello con la nariz.

—No llamaste mientras volvías de Portland. ¿Fue en realidad por culpa de José? ¿Te preocupaba que me quedara a solas con él?

Christian no dice nada. Me doy la vuelta para verle la cara, y él me mira con los ojos muy abiertos, como si le estuviera reprochando algo.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que es eso? ¿De lo mal que nos lo has hecho pasar a tu familia y a mí? Todos te queremos mucho.

Él parpadea un par de veces y después me dedica su sonrisa tímida.

—No imaginaba que todos os preocuparíais tanto. Frunzo los labios.

—¿Cuándo te entrará en esa cabeza tan dura que la gente te quiere?

—¿Cabeza dura?

Arquea las cejas, completamente atónito.

Yo asiento.

—Sí, cabeza dura.

—No creo que los huesos de mi cráneo tengan una dureza significativamente mayor que cualquier otra parte de mi cuerpo.

—¡Estoy hablando en serio! Deja de hacer bromas. Aún estoy un poco enfadada contigo, aunque eso haya quedado parcialmente eclipsado por el hecho de que estés en casa sano y salvo. Cuando pensé... —Se me quiebra la voz al recordar esas horas de angustia—. Bueno, ya sabes lo que pensé.

Su mirada se dulcifica, alarga la mano y me acaricia la cara.

—Lo siento. ¿De acuerdo?

—Y también tu pobre madre. Fue muy conmovedor verte con ella —susurro.

Él sonrío tímidamente.

—Nunca la había visto de ese modo. —Adopta una expresión perpleja al recordarlo—. Sí, ha sido realmente impresionante. Por lo general es tan serena... Resultó muy impactante.

—¿Lo ves? Todo el mundo te quiere. —Sonrío—. Quizá ahora empieces a creértelo. —Me inclino y le beso con dulzura—. Feliz cumpleaños, Christian. Me alegro de que estés aquí para compartir tu día conmigo. Y no has visto lo que te tengo preparado para mañana... bueno, hoy.

—¿Hay más? —dice asombrado, y en su cara aparece una sonrisa arrebatadora.

—Ah, sí, señor Grey, pero tendrá que esperar hasta entonces.

Me despierto de repente de un sueño, o de una pesadilla, y me incorporo en la cama con el pulso terriblemente acelerado. Me doy la vuelta, aterrada, y compruebo con alivio que Christian duerme plácidamente a mi lado. Como me he movido, él se revuelve y alarga un brazo en sueños para rodearme con él, recuesta la cabeza en mi hombro, y suspira quedamente.

La luz inunda la habitación. Son las ocho. Christian nunca duerme hasta tan tarde. Vuelvo a tumbarme y dejo que mi corazón palpitante se calme. ¿Por qué esta angustia? ¿Es una secuela de lo sucedido anoche?

Me doy la vuelta y le observo. Está a salvo. Inspiro profunda y tranquilamente y contemplo su adorable rostro. Un rostro que ahora me resulta tan familiar, con todas sus luces y sombras grabadas en mi mente a perpetuidad.

Cuando duerme parece mucho más joven, y sonrío porque a partir de hoy es un año más viejo. Me abrazo a mí misma, pensando en mi regalo. Ooh... ¿cómo reaccionará? Quizá debería empezar trayéndole el desayuno a la cama. Además, puede que José todavía esté aquí.

Me lo encuentro en la barra, comiendo un bol de cereales. No puedo evitar ruborizarme al verle. Sabe que he pasado la noche con Christian. ¿Por qué siento de pronto esta timidez? No es como si fuera desnuda ni nada parecido. Llevo mi bata de seda larga hasta los pies.

—Buenos días, José —saludo sonriendo abiertamente.

—¡Eh, Ana!

Se le ilumina la cara. Se alegra sinceramente de verme. En su expresión no hay ningún deje burlón ni desdeñoso.

—¿Has dormido bien? —pregunto.

—Mucho. Vaya vistas hay desde aquí.

—Sí, es un lugar muy especial. —Como el propietario del apartamento—. ¿Te apetece un auténtico desayuno para hombres? —le pregunto bromeando.

—Me encantaría.

—Hoy es el cumpleaños de Christian. Voy a llevarle el desayuno a la cama.

—¿Está despierto?

—No. Creo que está bastante cansado después de todo lo de ayer.

Aparto rápidamente la mirada y voy hacia el frigorífico para que no vea que me he ruborizado. Dios... pero si solo es José. Cuando saco el beicon y los huevos de la nevera, me está mirando sonriente.

—Te gusta de verdad, ¿eh?

Frunzo los labios.

—Le quiero, José.

Abre mucho los ojos un momento y luego sonrío.

—¿Cómo no vas a quererle? —pregunta, y hace un gesto con la mano alrededor del salón.

—¡Vaya, gracias! —le digo en tono de reproche.

—Oye, Ana, que solo era una broma.

Mmm... ¿Me harán siempre ese comentario: que me caso con Christian por su dinero?

—De verdad que era una broma. Tú nunca has sido de esa clase de chicas.

—¿Te apetece una tortilla? —le pregunto para cambiar de tema: no quiero discutir.

—Sí.

—Y a mí también —dice Christian, entrando pausadamente en el salón.

Oh, Dios..., solo lleva esos pantalones de pijama que le quedan tan tremendamente sexys.

—José —le saluda con un gesto de la cabeza.

—Christian —le devuelve el saludo José con aire solemne.

Christian se vuelve hacia mí y sonrío maliciosamente. Lo ha hecho a propósito. Entorno los ojos en un intento desesperado por recuperar la compostura, y la expresión de Christian se altera levemente. Sabe que ahora soy consciente de lo que se propone, y no le importa en absoluto.

—Iba a llevarte el desayuno a la cama.

Se me acerca con arrogancia, me rodea los hombros con el brazo, me levanta la barbilla y me planta un beso apasionado y sonoro en los labios. ¡Tan impropio de Cincuenta!

—Buenos días, Anastasia —dice.

Tengo ganas de reñirle y de decirle que se comporte... pero es su cumpleaños. Me sonrojo. ¿Por qué es tan posesivo?

—Buenos días, Christian. Feliz cumpleaños.

Le dedico una sonrisa y él me la devuelve.

—Espero con ansia mi otro regalo —dice sin más.

Me pongo del color del cuarto rojo del dolor y miro nerviosamente a José, que parece como si se hubiera tragado algo muy desagradable. Aparto la vista y empiezo a preparar el desayuno.

—¿Y qué planes tienes para hoy, José? — pregunta Christian con fingida naturalidad, sentándose en un taburete de la barra.

—Voy a ir a ver a mi padre y a Ray, el padre de Ana.

Christian frunce el ceño.

—¿Se conocen?

—Sí, estuvieron juntos en el ejército. Perdieron el contacto hasta que Ana y yo nos conocimos en la universidad. Fue algo bastante curioso, y ahora son auténticos colegas. Vamos a ir de pesca.

—¿De pesca?

Christian parece realmente interesado.

—Sí... hay piezas muy buenas en estas aguas. Unos salmones enormes.

—Es verdad. Mi hermano Elliot y yo pescamos una vez uno de quince kilos.

¿Ahora se ponen a hablar de pesca? ¿Qué tendrá la pesca para los hombres? Nunca lo he entendido.

—¿Quince kilos? No está mal. Pero el récord lo tiene el padre de Ana, con uno de diecinueve kilos.

—¿En serio? No me lo había dicho.

—Por cierto, feliz cumpleaños.

—Gracias. ¿Y a ti dónde te gusta pescar?

Me desentiendo. No me interesa nada de todo esto. Pero, al mismo tiempo, me siento aliviada. ¿Lo ves, Christian? José no es tan malo.

Cuando llega la hora de que José se marche, el ambiente entre ambos se ha relajado bastante. Christian se pone rápidamente unos vaqueros y una camiseta y, aún descalzo, nos acompaña a José y a mí al vestíbulo.

—Gracias por dejarme dormir aquí —le dice José a Christian cuando se dan la mano.

—Cuando quieras —responde Christian sonriendo.

José me da un pequeño abrazo.

—Cuídate, Ana.

—Claro. Me alegro de haberte visto. La próxima vez saldremos por ahí.

—Te tomo la palabra.

Se despide alzando la mano desde el interior del ascensor, y luego las puertas se cierran.

—Sigue queriendo acostarse contigo, Ana. Pero no puedo culparle de eso.

—¡Christian, eso no es cierto!

—No te enteras de nada, ¿verdad? —Me sonrío—. Te desea. Muchísimo.

Frunzo el ceño.

—Solo es un amigo, Christian, un buen amigo.

Y de pronto me doy cuenta de que me parezco a Christian cuando habla de la señora Robinson. Y esa idea me inquieta.

Él levanta las manos en un gesto conciliatorio.

—No quiero discutir —dice en voz baja.

¡Ah! No estamos discutiendo... ¿o sí?

—Yo tampoco.

—No le has dicho que vamos a casarnos.

—No. Pensé que debía decírselo primero a mamá y a Ray.

Oh, no. Es la primera vez que pienso en eso desde que acepté su proposición. Dios... ¿qué van a decir mis padres?

Christian asiente.

—Sí, tienes razón. Y yo... eh... debería pedírselo a tu padre.

Me echo a reír.

—Christian, no estamos en el siglo XVIII.

Madre mía. ¿Qué dirá Ray? Pensar en esa conversación me horroriza.

—Es la tradición —replica Christian, encogiéndose de hombros.

—Ya hablaremos luego de eso. Quiero darte tu otro regalo —digo para intentar distraerle.

Pensar en mi regalo me tiene en un sinvivir. Necesito dárselo para ver cómo reacciona.

Él me dedica su sonrisa tímida y se me para el corazón. Aunque viva mil años, nunca me cansaré de esa sonrisa.

—Estas mordíéndote el labio otra vez —me dice, y me levanta la barbilla.

Cuando sus dedos me tocan, un estremecimiento recorre mi cuerpo. Sin decir una palabra, y ahora que todavía me queda algo de valor, le cojo de la mano y le llevo de nuevo al dormitorio. Le suelto cuando llegamos junto a la cama y, de debajo de mi lado del lecho, saco las otras dos cajas de regalo.

—¿Dos? —dice sorprendido.

Yo inspiro profundamente.

—Esto lo compré antes del... eh... incidente de ayer. Ahora ya no me convence tanto.

Y me apresuro a darle uno de los paquetes, antes de cambiar de opinión. Él se me queda mirando desconcertado al notar mis dudas.

—¿Seguro que quieres que lo abra?

Yo asiento, ansiosa.

Christian rompe el envoltorio y mira sorprendido la caja.

—Es el *Charlie Tango* —susurro.

Él sonríe. La caja contiene un pequeño helicóptero de madera, con unas grandes hélices que funcionan con energía solar. La abre.

—Energía solar —murmura—. Uau.

Y, sin apenas darme cuenta, ya está sentado en la cama, montándolo. Lo encaja rápidamente y lo sostiene en la palma de la mano. Un helicóptero azul de madera. Levanta la vista hacia mí con esa gloriosa sonrisa de muchacho cien por cien americano, y luego se acerca a la ventana y, cuando la luz del sol baña el pequeño helicóptero, las hélices empiezan a girar.

—Mira esto —musita, y lo observa de cerca—. Lo que ya es posible hacer con esta tecnología.

Lo sostiene a la altura de los ojos y contempla cómo giran las hélices. Está fascinado, y también es fascinante ver cómo se deja llevar por sus pensamientos mientras mira el pequeño helicóptero. ¿En qué estará pensando?

—¿Te gusta?

—Me encanta, Ana. Gracias. —Me coge y me besa rápidamente, y luego se da la vuelta para ver girar la hélice—. Lo pondré en mi despacho al lado del planeador —dice, absorto, viendo girar las aspas.

Luego aparta el helicóptero del sol, y la hélice se ralentiza hasta pararse finalmente.

Yo no puedo evitar sonreír de oreja a oreja y tengo deseos de abrazarme a mí misma. Le encanta. Claro, está muy interesado en las tecnologías alternativas. Ni siquiera había pensado en eso cuando lo

compré a toda prisa. Lo deja sobre la cómoda y se vuelve hacia mí.

—Me hará compañía hasta que recuperemos el *Charlie Tango*.

—¿Se podrá recuperar?

—No lo sé. Eso espero. Si no, lo echaré de menos.

¿Qué? Yo misma me escandalizo por sentir celos de un objeto inanimado. Mi subconsciente resopla y suelta una carcajada desdeñosa. Yo no le hago caso.

—¿Qué hay en la otra caja? —pregunta con los ojos muy abiertos, emocionado como un crío.

Dios mío.

—No estoy segura de si este regalo es para ti o para mí.

—¿De verdad? —pregunta, y sé que he despertado su curiosidad.

Le entrego nerviosa la segunda caja. Él la agita con cuidado y ambos oímos un fuerte traqueteo. Christian levanta la vista hacia mí.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunta, perplejo.

Avergonzada y excitada, me encojo de hombros y me ruborizo. Él arquea una ceja.

—Me tiene intrigado, señorita Steele —susurra, y su voz me penetra, y el deseo y la expectativa se expanden por mi vientre—. Debo decir que estoy disfrutando con tu reacción. ¿En qué has estado pensando? —pregunta, entornando los ojos con suspicacia.

Yo contengo la respiración y sigo callada.

Él retira la tapa de la caja y saca una pequeña tarjeta. El resto del contenido está envuelto en papel de seda. Abre la tarjeta, e inmediatamente me clava la mirada, con los ojos muy abiertos, impactado o sorprendido, no lo sé.

—¿Que te trate con dureza? —murmura.

Y yo asiento y trago saliva. Él ladea la cabeza con cautela evaluando mi reacción, y frunce el ceño. Entonces vuelve a fijarse en la caja. Rasga el papel de seda azul pálido y saca un antifaz, unas pinzas para pezones, un dilatador anal, su iPod, su corbata gris perla... y, por último, aunque no por eso menos importante, la llave de su cuarto de juegos.

Me mira fijamente con una expresión oscura e indescifrable. Oh, no. ¿Ha sido una mala idea?

—¿Quieres jugar? —pregunta con voz queda.

—Sí —musito.

—¿Por mi cumpleaños?

—Sí.

¿De dónde me sale este hilo de voz?

Multitud de emociones cruzan por su rostro sin que pueda identificar ninguna, pero finalmente me domina la ansiedad. Mmm... Esa no es exactamente la reacción que esperaba.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Nada de látigos ni cosas de esas.

—Eso ya lo he entendido.

—Pues entonces sí. Estoy segura.

Sacude la cabeza y vuelve a mirar el contenido de la caja.

—Loca por el sexo e insaciable. Bueno, creo que podré hacer algo con estas cosas —murmura como si

hablara consigo mismo, y vuelve a meter el contenido dentro de la caja.

Cuando me mira otra vez, su expresión ha cambiado totalmente. Madre mía, sus ojos refulgen ardientes, y en sus labios se dibuja lentamente una erótica sonrisa. Me tiende la mano.

—Ahora —dice, y no es una petición.

Mi vientre se contrae y se tensa con fuerza muy, muy adentro.

Acepto su mano.

—Ven —ordena, y salgo de la habitación detrás de él, con el corazón en un puño.

El deseo recorre lentamente mi sangre ardiente y mis entrañas se contraen anhelantes ante la expectativa. ¡Por fin!

Christian se para delante del cuarto de juegos.

—¿Estás segura de esto? —pregunta con una mirada ardorosa, pero llena de ansiedad.

—Sí —murmuro, y le sonrío con timidez.

Su expresión se dulcifica.

—¿Hay algo que no quieras hacer?

Estas preguntas inesperadas me descolocan, y mi mente empieza a dar vueltas. Se me ocurre una idea.

—No quiero que me hagas fotografías.

Se queda quieto, y se le endurece el gesto. Ladea la cabeza y me mira con suspicacia.

Oh, no. Tengo la impresión de que va a preguntarme por qué, pero afortunadamente no lo hace.

—De acuerdo —murmura.

Frunce el ceño, abre la puerta y se aparta para hacerme pasar a la habitación. Cuando él entra detrás y cierra, siento sus ojos sobre mí.

Deja la cajita del regalo sobre la cómoda, saca el iPod y lo enciende. Luego pasa la mano frente al equipo de sonido de la pared, y los cristales ahumados se abren suavemente. Pulsa varios botones, y el sonido de un metro resuena en la habitación. Él baja el volumen, de manera que el compás electrónico lento, hipnótico, que se oye seguidamente se convierte en ambiental. Empieza a cantar una mujer que no sé quién es, pero su voz es suave aunque rasposa, y el ritmo contenido y

deliberadamente... erótico. Oh, Dios: es música para hacer el amor.

Christian se da la vuelta para mirarme. Yo estoy de pie en medio del cuarto, con el corazón palpitante y la sangre hirviendo en mis venas al ritmo del seductor compás de la música... o esa es la sensación que tengo. Él se me acerca despacio con aire indolente, y me coge de la barbilla para que deje de morderme el labio.

—¿Qué quieres hacer, Anastasia? —murmura, y me da un recatado beso en la comisura de la boca, sin dejar de retenerme el mentón entre los dedos.

—Es tu cumpleaños. Haremos lo que tú quieras —musito.

Él pasa el pulgar sobre mi labio inferior, y arquea una ceja.

—¿Estamos aquí porque tú crees que yo quiero estar aquí?

Pronuncia esas palabras en voz muy baja, sin dejar de observarme atentamente.

—No —murmuro—. Yo también quiero estar aquí. Su mirada se oscurece, volviéndose más audaz a medida que asimila mi respuesta. Después de una pausa eterna, habla.

—Ah, son tantas las posibilidades, señorita Steele. —Su tono es grave, excitado—. Pero empecemos por desnudarte.

Tira del cinturón de la bata, que se abre para dejar a la vista el camisón de satén. Luego da un paso atrás y se sienta con total tranquilidad en el brazo del sofá Chesterfield.

—Quítate la ropa. Despacio.

Me dirige una mirada sensual, desafiante.

Trago saliva compulsivamente y junto los muslos. Ya siento humedad entre las piernas. La diosa que llevo dentro está ya en la cola, totalmente desnuda, dispuesta, esperando y suplicándome para que le siga el juego. Yo me echo la bata sobre los hombros, sin dejar de mirarle a los ojos, los levanto con un suave movimiento y dejo que la prenda caiga en cascada al suelo. Sus fascinantes ojos grises arden, y se pasa el dedo índice sobre los labios con la mirada muy fija en mí.

Dejo que los finísimos tirantes de mi camisón se deslicen por mis hombros, le miro intensamente un momento, y luego lo dejo caer. El camisón resbala lentamente sobre mi cuerpo, hasta quedar desparramado a mis pies. Estoy desnuda, prácticamente jadeante y... oh, tan dispuesta...

Christian se queda muy quieto un momento, y me maravilla su expresión de franca satisfacción carnal. Él se levanta, se dirige hacia la cómoda y saca su corbata gris perla... mi corbata favorita. La desliza y la hace dar vueltas entre sus dedos, y se me acerca con gesto despreocupado y un amago de sonrisa en los labios. Cuando se coloca frente a mí, yo espero que haga ademán de cogerme las manos, pero no es así.

—Me parece que lleva usted muy poca ropa, señorita Steele —murmura.

Me pone la corbata alrededor del cuello, y despacio pero con destreza hace lo que imagino que es un nudo Windsor perfecto. Cuando lo aprieta, sus dedos me rozan la base del cuello, provocando una descarga de electricidad en mi cuerpo que me deja jadeante. Él deja que el extremo más ancho de la corbata caiga hasta

abajo, tan abajo que la punta me hace cosquillas en el vello púbico.

—Ahora mismo está usted fabulosa, señorita Steele —dice, y se inclina para besarme con dulzura en los labios.

Es un beso fugaz, y una espiral de deseo lascivo invade mis entrañas, y quiero más.

—¿Qué haremos contigo ahora? —dice, y coge la corbata, tira de mí hacia él y caigo en sus brazos.

Hunde las manos en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás, y me besa fuerte y apasionadamente, con su lengua implacable y despiadada. Una de sus manos se desliza por mi espalda y se detiene sobre mi trasero. Cuando él se aparta, jadeante también, me fulmina con una mirada incendiaria de sus ojos grises. Yo, anhelante, apenas puedo respirar ni pensar con claridad. Estoy segura de que su ataque sensual me ha dejado los labios henchidos.

—Date la vuelta —ordena con delicadeza, y yo obedezco.

Me aparta la corbata del cabello. Lo trenza y lo ata rápidamente, y tirando de la trenza me obliga a alzar la cabeza.

—Tienes un pelo precioso, Anastasia —murmura, y me besa el cuello, provocándome un escalofrío que me recorre toda la columna—. Cuando quieras que pare solo tienes que decírmelo. Lo sabes, ¿verdad? —murmura pegado a mi garganta.

Yo asiento con los ojos cerrados, deleitándome en el sabor de sus labios. Me da la vuelta otra vez y coge la corbata por la punta.

—Ven —dice, y tirando suavemente me lleva hasta la cómoda, sobre la cual está el resto del contenido de la caja.

—Estos objetos no me parecen muy adecuados, Anastasia... —Coge el dilatador anal—. Este es demasiado grande. Una virgen anal como tú no debe empezar con este. Optaremos por empezar con esto.

Levanta el dedo meñique, y yo ahogo un gemido. Dedos... ¿ahí? Él me sonrío con aire malicioso, y me viene a la mente la desagradable imagen del puño en el ano que se mencionaba en el contrato.

—Un dedo... solo uno —dice en voz baja, con esa extraña capacidad que tiene de leerme la mente.

Clavo la mirada en sus ojos. ¿Cómo lo hace?

—Estas pinzas son brutales. —Señala las pinzas para los pezones—. Usaremos estas. —Pone otro par sobre la cómoda. Parecen horquillas gigantes, pero con unas bolitas azabache colgando—. Estas son ajustables —murmura Christian, su voz entreverada de gentil preocupación.

Parpadeo y le miro con los ojos muy abiertos: Christian, mi mentor sexual. Él sabe mucho más que yo de todo esto. Yo nunca estaré a la altura. Frunzo ligeramente el ceño. De hecho, sabe más que yo de casi todo... excepto de cocina.

—¿Está claro? —pregunta.

—Sí —murmuro con la boca seca—. ¿Vas a decirme lo que piensas hacer?

—No. Iré improvisando sobre la marcha. Esto no es ninguna sesión, Ana.

—¿Cómo debo comportarme?

Arquea una ceja.

—Como tú quieras.

¡Oh!

—¿Acaso esperabas a mi álgter ego, Anastasia? — pregunta con un matiz levemente irónico y al mismo tiempo sorprendido.

—Bueno... sí. A mí me gusta —murmuro.

Él esboza su sonrisa secreta, alarga la mano y me pasa el pulgar por la mejilla.

—¿No me digas? —musita, y desliza el pulgar sobre mi labio inferior—. Yo soy tu amante, Anastasia, no tu Amo. Me encanta oír tus carcajadas y esa risita infantil. Me gustas relajada y contenta, como en las fotografías de José. Esa es la chica que un día entró cayendo de bruces en mi despacho. Esa es la chica de la que un día me enamoré.

Me quedo con la boca abierta, y en mi corazón brota una grata calidez. Es dicha... pura dicha.

—Pero, una vez dicho esto, a mí también me gusta tratarla con dureza, señorita Steele, y mi álgter ego sabe un par de trucos. Así que haz lo que te ordeno y date la vuelta.

Sus ojos brillan perversos, y la dicha se traslada de repente hacia abajo, por debajo de la cintura, y se apodera de mí tensándome todos los músculos. Hago lo que me ordena. Él abre uno de los cajones a mis espaldas, y al cabo de un momento vuelvo a tenerle frente a mí.

—Ven —ordena, tira de la corbata y me lleva hacia la mesa.

Cuando pasamos junto al sofá, me doy cuenta por primera vez de que han desaparecido todas las varas, y me distraigo un momento. ¿Estaban aquí ayer

cuando entré? No me acuerdo. ¿Se las ha llevado Christian? ¿La señora Jones? Él interrumpe mis pensamientos.

—Quiero que te pongas de rodillas encima —dice cuando llegamos junto a la mesa.

Ah, muy bien. ¿Qué tiene en mente? La diosa que llevo dentro está impaciente por averiguarlo: ya está subida en la mesa completamente abierta y mirándole con adoración.

Él me sube a la mesa con delicadeza, y yo me siento sobre las piernas y quedo de rodillas frente a él, sorprendida de mi propia agilidad. Ahora estamos al mismo nivel. Baja las manos por mis muslos, me agarra las rodillas, me separa las piernas y se queda plantado justo delante de mí. Está muy serio, con los ojos entornados y más oscuros... lujuriosos.

—Pon los brazos a la espalda. Voy a esposarte.

Saca unas esposas de cuero del bolsillo de atrás y se me acerca. Allá vamos. ¿A qué dimensión de placer va a transportarme esta vez?

Su proximidad resulta embriagadora. Este hombre va a ser mi marido. ¿Qué más puede ambicionar nadie con un marido como este? No recuerdo haber leído nada al respecto. No puedo resistirme, y deslizo mis labios entreabiertos por su mentón, saboreando su barba incipiente con la lengua, irritante y suave al mismo tiempo, una mezcla tremendamente erótica. Él se queda quieto y cierra los ojos. Se le altera la respiración y se aparta.

—Para, o esto se terminará mucho antes de lo que deseamos los dos —me advierte.

Por un momento creo que está enfadado, pero entonces sonrío y aparece un brillo divertido en su mirada ardorosa.

—Eres irresistible —digo con un mohín.

—¿Ah, sí? —replica secamente.

Yo asiento.

—Bueno, no me distraigas, o te amordazaré.

—Me gusta distraerte —susurro mirándole con expresión terca, y él levanta una ceja.

—O te azotaré.

¡Oh! Intento disimular una sonrisa. Hubo una época, no hace mucho, en que me habría sometido ante esa amenaza. Nunca me habría atrevido a besarle espontáneamente, y menos estando en este cuarto. Ahora me doy cuenta de que ya no me intimida, y es como una revelación. Sonrío con picardía y él me devuelve una sonrisa cómplice.

—Compórtate —masculla.

Da un paso atrás, me mira y golpea con las esposas de cuero en la palma de su mano.

Y la amenaza está ahí, implícita en sus actos. Trato de parecer arrepentida, y creo que lo consigo. Él se acerca otra vez.

—Eso está mejor —musita, y se inclina nuevamente hacia mí con las esposas.

Yo evito tocarle, pero inhalo ese glorioso aroma a Christian, fresco aún después de la ducha de anoche. Mmm... debería embotellarlo.

Espero que me espose las muñecas, pero en vez de eso me las coloca por encima de los codos. Eso me obliga a arquear la espalda y a empujar los pechos hacia

delante, aunque mis codos quedan bastante separados. Cuando termina, se echa hacia atrás para contemplarme.

—¿Estás bien? —pregunta.

No es la postura más cómoda del mundo, pero la expectativa de descubrir qué puede hacer resulta tan electrizante que asiento y jadeo débilmente con anhelo.

—Bien.

Saca el antifaz del bolsillo de atrás.

—Creo que ya has visto bastante —murmura.

Me pone el antifaz por encima de la cabeza hasta cubrirme los ojos. Se me acelera la respiración. Dios... ¿Por qué es tan erótico no ver nada? Estoy aquí, esposada y de rodillas sobre una mesa, esperando... con una dulce y ardiente expectación que me quema por dentro. Pero puedo oír, y de fondo sigue sonando ese ritmo melódico y constante que resuena por todo mi cuerpo. No me había dado cuenta hasta ahora. Debe de haberlo programado en modo repetición.

Christian se aparta. ¿Qué está haciendo? Se dirige hasta la cómoda y abre un cajón. Lo cierra otra vez. Al cabo de un segundo vuelvo a notar que está delante de mí. Noto un olor fuerte, picante y dulzón en el aire. Es delicioso, casi apetitoso.

—No quiero estropear mi corbata preferida —murmura mientras la desanuda lentamente.

Inhalo con fuerza cuando la tela de la corbata se desliza por mi cuerpo, haciéndome cosquillas a su paso. ¿Estropear su corbata? Escucho con atención para tratar de averiguar qué va a hacer. Se está frotando las manos. De pronto me acaricia la mejilla con los nudillos, recorriendo el perfil de mi mandíbula hasta la barbilla.

Sus caricias me provocan un delicioso estremecimiento que sobresalta mi cuerpo. Su mano se curva sobre mi nuca, y está resbaladiza por ese aceite aromático que extiende suavemente por mi garganta, a lo largo de la clavícula, y sobre mi hombro, trabajando delicadamente con los dedos. Oh, me está dando un masaje. No es lo que esperaba.

Pone la otra mano sobre mi otro hombro y emprende otro provocador recorrido a lo largo de mi clavícula. Emito un suave quejido mientras va descendiendo hacia mis senos cada vez más anhelantes, ávidos de sus caricias. Es tan excitante... Arqueo más el cuerpo hacia sus diestras caricias, pero él desliza las manos por mis costados, despacio, comedido, siguiendo el compás de la música y evitando deliberadamente mis pechos. Yo gimo, aunque no sé si es de placer o de frustración.

—Eres tan hermosa, Ana —me murmura al oído en voz baja y ronca.

Su nariz roza mi mandíbula mientras sigue masajeándome... bajo los senos, sobre el vientre, más abajo... Me besa fugazmente los labios y luego desliza la nariz por mi nuca, bajando por el cuello. Dios santo, estoy ardiendo... su cercanía, sus manos, sus palabras.

—Y pronto serás mi esposa para poseerte y protegerte —susurra.

Oh, sí.

—Para amarte y honrarte.

Dios...

—Con mi cuerpo, te adoraré.

Echo la cabeza hacia atrás y gimo. Él pasa los dedos por mi vello púbico, sobre mi sexo, y frota la palma de la mano contra mi clítoris.

—Señora Grey —susurra mientras sigue masajeándome.

Suelto un suave gruñido.

—Sí —musita mientras sigue excitándome con la palma de la mano—. Abre la boca.

Ya la tengo entreabierta porque estoy jadeando. La abro más, y él me introduce entre los labios un objeto metálico ancho y frío, una especie de enorme chupete con unas pequeñas muescas o ranuras, y algo que parece una cadena al final. Es grande.

—Chupa —ordena en voz baja—. Voy a meterte esto dentro.

¿Dentro? Dentro... ¿dónde? Me da un vuelco el corazón.

—Chupa —repite, y deja quieta la palma de la mano.

¡No, no pares! Quiero gritar, pero tengo la boca llena. Sus manos oleosas recorren nuevamente mi cuerpo hacia arriba y finalmente cubren mis desatendidos senos.

—No pares de chupar.

Hace girar delicadamente mis pezones entre el pulgar y el índice, con una caricia experta que los endurece y agranda, creando una oleada sináptica de placer que llega hasta mi entrepierna.

—Tienes unos pechos tan hermosos, Ana —susurra, y mis pezones responden endureciéndose aún más.

Él murmura complacido y yo gimo. Baja los labios desde mi cuello hasta uno de mis senos, sin dejar de chupar y mordisquear suavemente hasta llegar al pezón, y de repente noto el pellizco de la pinza.

—¡Ay! —gruño entrecortadamente a través del aparato que cubre mi boca.

Oh, por Dios... el pellizco produce una sensación exquisita, cruda, dolorosa, placentera. Me lame con dulzura el pezón prisionero, mientras procede a colocar la segunda pinza. El pellizco también es intenso... pero igualmente agradable. Gimo con fuerza.

—Siéntelo —sisea él.

Ah, lo siento. Lo siento. Lo siento.

—Dame esto.

Tira con cuidado del estriado chupete metálico que tengo en la boca, y lo suelto. Sus manos recorren otra vez mi cuerpo, descendiendo hacia mi sexo. Ha vuelto a untárselas de aceite, y se deslizan alrededor de mi trasero.

Ahogo un gemido. ¿Qué va a hacer? Cuando me pasa los dedos entre las nalgas, me tenso sobre las rodillas.

—Chsss, despacio —me susurra al oído, y me besa la nuca y me provoca e incita con los dedos.

¿Qué va a hacer? Desliza la otra mano por mi vientre, hasta mi sexo, y lo acaricia de nuevo con la palma. Introduce sus dedos dentro de mí y yo jadeo fuerte, gozando.

—Voy a meterte esto dentro —murmura—. No aquí. —Sus dedos se deslizan entre mis nalgas, untando el aceite—. Sino aquí.

Y hace girar los dedos una y otra vez, dentro y fuera, golpeando la pared frontal de mi vagina. Yo gimo y mis pezones presos se hinchan.

—Ah.

—Ahora, silencio.

Christian saca los dedos y desliza el objeto dentro de mí. Luego me coge la cara entre las manos y me besa, con su boca invadiendo la mía, y entonces oigo un levísimo clic. En ese instante, el artilugio empieza a vibrar en mi interior... ¡ahí abajo! Y gimo. Es una sensación extraordinaria, que supera cualquier otra que haya experimentado antes.

—¡Ah!

—Tranquila —me calma Christian, y sofoca mis jadeos con su boca.

Sus manos descienden hacia mis senos y tiran con mucha delicadeza de las pinzas. Grito con fuerza.

—¡Christian, por favor!

—Chsss, nena. Aguanta.

Esto es demasiado... toda esta sobreestimulación, por todas partes. Mi cuerpo empieza a ascender, y yo, de rodillas, no puedo controlar la escalada. Dios... ¿seré capaz de soportar esto?

—Buena chica —me tranquiliza él.

—Christian —jadeo, y mi voz suena desesperada incluso a mis oídos.

—Chsss, siéntelo, Ana. No tengas miedo.

Ahora sus manos me rodean la cintura, sujetándome, pero no puedo concentrarme en todo, en sus manos, en lo que tengo dentro, en las pinzas. Mi cuerpo asciende, asciende hacia el estallido, con esas vibraciones implacables y esa dulce, dulce tortura en mis

pezones. Dios... Esto va a ser demasiado intenso. Él mueve las manos, sedosas y oleosas, alrededor y por debajo de mis caderas, tocando, sintiendo, masajeando mi piel... masajeando mi culo.

—Qué hermoso —susurra, y de repente introduce suavemente un dedo ungido dentro de mí... ¡ahí, en mi trasero!

Dios... Es una sensación extraña, plena, prohibida... pero, oh... muy... muy agradable. Y se mueve despacio, entra y sale, mientras roza con los dientes mi barbilla erguida.

—Qué hermoso, Ana.

Estoy suspendida en lo alto, muy alto, sobre un enorme precipicio, y entonces vuelo y caigo vertiginosamente al mismo tiempo, y me precipito hacia la tierra. Ya no puedo contenerme y grito, mientras mi cuerpo, ante esa irresistible plenitud, se convulsiona y alcanza el clímax. Cuando mi cuerpo estalla, no soy más que sensaciones, por todo mi ser. Christian retira primero una pinza y luego la otra, y mis pezones se quejan de una dulce sensación de dolor, que es sin embargo muy agradable y me provoca el orgasmo, un orgasmo que dura y dura. Él mantiene el dedo en el mismo sitio, entrando y saliendo.

—¡Agh! —grito, y Christian me envuelve y me abraza, mientras mi cuerpo sigue con su implacable pulsión interior—. ¡No! —vuelvo a gritar, suplicante, y esta vez retira el vibrador de mi interior y también el dedo, mientras mi cuerpo sigue convulsionando.

Me quita una de las esposas, de modo que mis brazos caen hacia delante. Mi cabeza cuelga sobre su hombro, y estoy perdida, totalmente perdida en esta

sensación abrumadora. No soy más que respiración alterada, exhausta de deseo, y dulce y placentero olvido de todo.

Soy vagamente consciente de que Christian me levanta, me lleva a la cama y me tumba sobre las refrescantes sábanas de satén. Al cabo de un momento, sus manos, todavía untuosas, me masajean dulcemente detrás de los muslos, las rodillas, las pantorrillas y los hombros. Noto que la cama cede un poco cuando él se tumba a mi lado.

Me quita el antifaz, pero no tengo fuerzas para abrir los ojos. Busca la trenza y me suelta el pelo, y se inclina hacia delante para besarme dulcemente en los labios. Solo mi respiración errática interrumpe el silencio de la habitación, y va estabilizándose a medida que vuelo de nuevo hacia la tierra. Ya no se oye la música.

—Maravilloso —murmura.

Finalmente consigo abrir un ojo y descubro que él me está mirando fijamente con una leve sonrisa.

—Hola —dice. Consigo contestar con un gemido y su sonrisa se ensancha—. ¿Te ha parecido suficientemente brusco?

Yo asiento y le sonrío como puedo. Vaya, si hubiera sido más brusco tendría que habernos azotado a los dos.

—Creo que intentas matarme —musito.

—Muerta por orgasmo. —Sonríe—. Hay formas peores de morir —dice, pero después frunce el ceño levísimamente, como si de pronto hubiera pensado en algo desagradable.

Su gesto me inquieta. Me incorporo y le acaricio la cara.

—Puedes matarme así siempre que quieras —
murmuro.

Me doy cuenta de que está desnudo, espléndido y preparado para la acción. Cuando me coge la mano y me besa los nudillos, yo me enderezo, le atrapo la cara con las manos y llevo su boca a mis labios. Me besa fugazmente y luego se para.

—Esto es lo que quiero hacer —susurra.

Busca bajo la almohada el mando de la música, aprieta un botón y los suaves acordes de una guitarra resuenan entre las paredes.

—Quiero hacerte el amor —dice, mirándome fijamente.

Sus ojos grises brillan sinceros y ardientes. Al fondo se oye una voz familiar que empieza a cantar «The First Time Ever I Saw Your Face». Y sus labios buscan los míos.

Mientras me abrazo a él y me rindo de nuevo al éxtasis liberador, Christian se deja ir en mis brazos, con la cabeza echada hacia atrás y gritando mi nombre. Él me estrecha contra su pecho y permanecemos sentados nariz contra nariz en medio de su cama inmensa, yo a horcajadas sobre él. Y en este momento, este momento de felicidad con este hombre y su música, la intensidad de mi experiencia de esta mañana con él aquí, y de todo lo que ha pasado durante la última semana, me abrumba de nuevo, no solo física sino también emocionalmente. Me siento por completo superada por todas estas sensaciones. Estoy profundamente enamorada de él. Y por primera vez alcanzo a entrever y comprender lo que él siente en relación con mi seguridad.

Al recordar que ayer estuve a punto de perderle, me echo a temblar y los ojos se me llenan de lágrimas. Si le hubiera pasado algo... le amo tanto. Las lágrimas corren libremente por mis mejillas. Hay tantas facetas en Christian: su personalidad dulce y amable, y su vertiente dominante, ese lado agreste y brusco de «Yo puedo hacer lo que me plazca contigo y tú me seguirás como un perrito»... sus cincuenta sombras, todo él. Todo espectacular. Todo mío. Y soy consciente de que aún no nos conocemos bien, y de que tenemos que superar un montón de cosas. Pero sé que los dos lo deseamos... y que dispondremos de toda la vida para ello.

—Eh —musita, sosteniéndome la cabeza entre las manos y mirándome intensamente. Sigue dentro de mí—. ¿Por qué lloras? —dice con la voz preñada de preocupación.

—Porque te quiero tanto —susurro.

Él absorbe mis palabras con los ojos entrecerrados, como drogado. Y cuando vuelve a abrirlos, arden de amor.

—Y yo a ti, Ana. Tú me... completas.

Y me besa con ternura mientras Roberta Flack termina su canción.

Hemos hablado y hablado y hablado, sentados juntos sobre la cama del cuarto de juegos, yo sobre su regazo y rodeándonos con las piernas mutuamente. La sábana de satén rojo nos envuelve como si fuera un refugio majestuoso, y no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado. Christian está riéndose de mi imitación de Kate durante la sesión de fotos en el Heathman.

—Pensar que podría haber sido ella quien me entrevistara. Gracias a Dios que existen los resfriados — murmura, y me besa la nariz.

—Creo que tenía la gripe, Christian —le riño, y dejo que mis dedos deambulen a través del vello de su torso, maravillada de que lo esté tolerando tan bien—. Todas las varas han desaparecido —murmuro, recordando que eso me llamó antes la atención.

Él me recoge el pelo detrás de la oreja por enésima vez.

—No creí que llegaras a pasar nunca ese límite infranqueable.

—No, no creo que lo haga —susurro con los ojos muy abiertos, y luego dirijo la vista hacia los látigos, las palas y las correas alineados en la pared de enfrente.

Él mira en la misma dirección.

—¿Quieres que me deshaga de todo eso también? —dice en tono irónico, pero sincero.

—De esa fusta no... la marrón. Ni del látigo de tiras de ante.

Me ruborizo.

Él me mira y sonrío.

—De acuerdo, la fusta y el látigo de tiras. Vaya, señorita Steele, es usted una caja de sorpresas.

—Y usted también, señor Grey. Esa es una de las cosas que adoro de ti.

Le beso con cariño en la comisura de la boca.

—¿Qué más adoras de mí? —pregunta con los ojos muy abiertos.

Sé que para él supone mucho hacer esta pregunta. Es una muestra de humildad que me hace parpadear, perpleja. Yo adoro todo de él... incluso sus

cincuenta sombras. Sé que la vida con Christian nunca será aburrida.

—Esto. —Paso el dedo índice sobre sus labios—. Adoro esto, y lo que sale de ella, y lo que me haces con ella. Y lo que hay aquí dentro. —Le acaricio la sien—. Eres tan brillante, inteligente e ingenioso, tan competente en tantas cosas. Pero lo que más adoro es lo que hay aquí. —Presiono ligeramente con la palma de la mano sobre su pecho, y siento el latido constante y uniforme de su corazón—. Eres el hombre más compasivo que conozco. Lo que haces. Cómo trabajas. Es realmente impresionante —murmuro.

—¿Impresionante?

Está desconcertado, pero en su mirada refulge un brillo alegre. Luego le cambia el semblante y aparece su sonrisa tímida, como si estuviera avergonzado. Me entran ganas de lanzarme a sus brazos... y lo hago.

Estoy adormilada, envuelta en satén y en Grey. Christian me acaricia con la nariz para despertarme.

—¿Tienes hambre? —susurra.

—Mmm... estoy hambrienta.

—Yo también.

Me incorporo para mirarle tumbado en la cama.

—Es su cumpleaños, señor Grey. Te prepararé algo. ¿Qué te apetece?

—Sorpréndeme. —Me pasa la mano por la espalda con una suave caricia—. Debería revisar los mensajes de la BlackBerry que no miré ayer.

Suspira y hace ademán de incorporarse, y sé que este momento especial ha terminado... por ahora.

—Duchémonos —dice.

¿Quién soy yo para contradecir al chico del cumpleaños?

Christian está en su estudio hablando por teléfono. Taylor está con él. Tiene un aspecto muy serio, pero su atuendo es informal, unos vaqueros y una camiseta negra ceñida. Yo estoy preparando algo de comer en la cocina. He encontrado unos filetes de salmón en la nevera y los estoy marinando con limón, y los acompañaré con una ensalada y unas patatas que estoy hirviendo. Me siento extraordinariamente relajada y feliz, en la cima del mundo... literalmente. Me giro hacia el enorme ventanal y observo el espléndido cielo azul. Toda esa charla... todo el sexo... mmm. Cualquier chica podría acostumbrarse a esto.

Taylor sale del estudio e interrumpe mi fantasía. Yo apago el iPod y me saco un auricular.

—Hola, Taylor.

—Ana —saluda con un gesto de cabeza.

—¿Tu hija está bien?

—Sí, gracias. Mi ex mujer creía que tenía apendicitis, pero exageraba, como siempre. —Taylor pone los ojos en blanco, cosa que me sorprende—. Sophie esta bien, aunque tiene un virus estomacal bastante fastidioso.

—Lo siento.

Él sonríe.

—¿Han localizado el *Charlie Tango*?

—Sí. El equipo de rescate va para allá. Esta noche ya debería estar de vuelta en Boeing Field.

—Ah, bien.

Me dedica una sonrisa tensa.

—¿Algo más, señora?

—No, no, gracias.

Me ruborizo... ¿Me acostumbraré algún día a que Taylor me llame «señora»? Hace que me sienta muy vieja, casi como una treintañera.

Él asiente y sale de la sala. Christian sigue al teléfono. Yo estoy esperando a que hiervan las patatas. Eso me da una idea. Cojo el bolso y busco la BlackBerry. Hay un mensaje de Kate.

Ns vms esta noche. Me apetece que charlemos un buen raaato

Le contesto.

Lo mismo digo

Estará bien hablar con Kate.

Abro el programa de correo y le escribo un mensaje rápido a Christian.

De: Anastasia Steele

Fecha: 18 de junio de 2011 13:12

Para: Christian Grey

Asunto: Comida

Querido señor Grey:

Le mando este e-mail para informarle de que su comida está casi lista.

Y de que hace un rato gocé de un sexo pervertido alucinante.

Es muy recomendable el sexo pervertido en los cumpleaños.

Y otra cosa... te quiero.

A x

(Tu prometida)

Permanezco atentamente a la escucha de cualquier tipo de reacción, pero él sigue al teléfono. Me encojo de hombros. Quizá esté demasiado ocupado, simplemente. Mi BlackBerry vibra.

De: Christian Grey

Fecha: 18 de junio de 2011 13:15

Para: Anastasia Steele

Asunto: Sexo pervertido

¿Qué aspecto fue el más alucinante?

Tomaré nota.

Christian Grey

Hambriento y exhausto tras los esfuerzos matutinos presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

P.D.: Me encanta tu firma.

P.P.D.: ¿Qué ha sido del arte de la conversación?

De: Anastasia Steele

Fecha: 18 de junio de 2011 13:18

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Hambriento?

Querido señor Grey:

Me permito recordarle la primera línea de mi anterior e-mail, en la que le informaba de que su comida ya está casi lista... así que nada de tonterías de que está hambriento y exhausto. Con respecto a los aspectos alucinantes del sexo pervertido... francamente, todos, presidente. Me interesará leer sus notas. Y a mí también me gusta mi firma entre paréntesis.

A x

(Tu prometida)

P.D.: ¿Desde cuándo eres tan locuaz? ¡Y estás hablando por teléfono!

Pulso enviar y, al levantar la vista, le tengo delante, sonriendo con aire travieso. Antes de que pueda decir nada, da la vuelta a la encimera de la isla de la cocina, me coge en volandas y me da un sonoro beso.

—Esto es todo, señorita Steele —dice.

Me suelta y vuelve a su despacho con paso airoso —en vaqueros, descalzo y con la camisa por fuera—, dejándome sin aliento.

He preparado un bol de crema agria con berros y cilantro para acompañar el salmón, y lo dejo sobre la barra del desayuno. Odio interrumpirle mientras trabaja, pero ahora me planto en el umbral de su despacho. Él

sigue al teléfono, con su pelo alborotado y sus ojos grises brillantes: todo un festín para la vista. Levanta la mirada al verme y ya no aparta la vista de mí. Frunce levemente el ceño, y no sé si es por mí o por la conversación.

—Tú hazlos pasar y déjalos solos. ¿Entendido, Mia? —dice entre dientes, poniendo los ojos en blanco—. Bien.

Le hago una señal de que la comida está lista, y él me sonrío y asiente.

—Nos vemos luego. —Cuelga—. ¿Una llamada más? —pregunta.

—Claro.

—Este vestido es muy corto —añade.

—¿Te gusta?

Doy una vuelta frente a él. Es una de las compras de Caroline Acton. Un vestido veraniego de color turquesa, que seguramente sería más apropiado para ir a la playa, pero hoy hace un día precioso en muchos sentidos. Él frunce el ceño y yo me pongo pálida.

—Estás fantástica, Ana. Pero no quiero que nadie más te vea así.

—¡Oh! —le digo en tono de reproche—. Estamos en casa, Christian. Solo está el personal.

Tuerce el gesto y, o bien intenta disimular su buen humor, o realmente no le hace ninguna gracia. Pero al final asiente, ratificándose. Yo le miro sin dar crédito... ¿de verdad lo dice en serio? Regreso a la cocina.

Cinco minutos después, vuelvo a tenerle enfrente, con el teléfono en la mano.

—Ray quiere hablar contigo —murmura con una mirada cauta.

Me quedo sin respiración de golpe. Cojo el teléfono y cubro el micrófono.

—¡Se lo has contado! —siseo.

Christian asiente, y abre mucho los ojos ante mi angustiado semblante.

¡Oh, no! Inspiro profundamente.

—Hola, papá.

—Christian acaba de preguntarme si puede casarse contigo —dice Ray.

Se hace el silencio entre los dos mientras pienso desesperadamente qué puedo decir. Ray sigue callado como suele hacer, sin darme ninguna pista sobre su reacción ante la noticia. Me decido por fin.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dicho que quería hablar contigo. Es bastante repentino, ¿no crees, Annie? Hace muy poco que le conoces. Quiero decir que es un buen tío, le gusta la pesca y todo eso, pero... ¿tan pronto? —dice en un tono tranquilo y comedido.

—Sí. Es repentino... espera un momento.

Me alejo a toda prisa de la zona de la cocina y de la mirada ansiosa de Christian, y voy hacia el ventanal. Las puertas que dan al balcón están abiertas, y salgo a la luz del sol. No puedo acercarme al borde. Está demasiado alto.

—Ya sé que es muy repentino y todo eso... pero, bueno, yo le quiero. Él me quiere. Quiere casarse conmigo, y sé que es el hombre de mi vida.

Me ruborizo, pensando que seguramente esta sea la conversación más íntima que he mantenido con mi padrastro.

Ray permanece en silencio al otro lado del teléfono.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—No.

—Annie... ya sé que es muy rico y muy buen partido, pero... ¿casarse? Es un paso muy importante. ¿Estás convencida?

—Él me da toda la felicidad que busco —susurro.

—Uf —dice Ray al cabo de un momento, en un tono más suave.

—Él lo es todo.

—Annie, Annie, Annie. Eres una jovencita muy testaruda. Espero de corazón que sepas lo que haces. ¿Me lo vuelves a pasar, por favor?

—Claro, papá, ¿y tú me acompañarás al altar? —pregunto en voz baja.

—Oh, cariño. —Se le quiebra la voz, y se queda callado un buen rato. Y mis ojos se llenan de lágrimas al comprobar lo emocionado que está—. Nada me haría más feliz —dice finalmente.

Oh, Ray. Te quiero tanto... Trago saliva para no llorar.

—Gracias, papá. Te vuelvo a pasar a Christian. Sé cariñoso con él. Le amo —susurro.

Creo que Ray sonrío al otro lado de la línea, pero es difícil decirlo. Con Ray siempre es difícil.

—Cuenta con ello, Annie. Y ven a visitar a este viejo y tráete a Christian.

Vuelvo a la sala, enfadada con Christian por no haberme avisado, y le paso el teléfono con un gesto que le hace saber lo molesta que estoy. Él lo coge de buen humor y regresa al estudio.

Dos minutos después reaparece.

—Tengo la bendición un tanto reticente de tu padrastro —dice orgullosamente, tanto, de hecho, que me da la risa y él me sonrío.

Se comporta como si acabara de negociar una fusión o una adquisición importantísima, lo cual, supongo, en cierto sentido ha hecho.

—Vaya, eres muy buena cocinera, mujer.

Christian se traga el último bocado y alza la copa de vino. Yo me ruborizo por el halago, y se me ocurre que solo podré cocinar para él los fines de semana. Frunzo el ceño. A mí me encanta cocinar. Quizá debería hacerle un pastel de cumpleaños. Consulto el reloj. Aún tengo tiempo.

—¿Ana? —Christian interrumpe mis pensamientos—. ¿Por qué me pediste que no te hiciera fotos?

Su pregunta me inquieta, sobre todo porque utiliza un tono de voz aparentemente dulce.

Oh... no. Las fotos. Miro fijamente mi plato vacío y entrelazo los dedos en el regazo. ¿Qué puedo decir? Me prometí a mí misma que no mencionaría que encontré su versión de *Penthouse Pets*.

—Ana —dice bruscamente—. ¿Qué pasa?

Su voz me sobresalta, obligándome a mirarle. ¿Cómo he podido llegar a pensar que ya no me intimidaba?

—Encontré tus fotos —susurro.

Christian abre los ojos, conmocionado.

—¿Has entrado en la caja fuerte? —pregunta, incrédulo.

—¿Caja fuerte? No. No sabía que tuvieras una.

Frunce el ceño.

—No lo entiendo.

—En tu vestidor. La caja. Estaba buscando tu corbata, y la caja estaba debajo de los vaqueros... esos que llevas normalmente en el cuarto de juegos. Menos hoy.

Y me ruborizo.

Me mira con la boca abierta, horrorizado, y se pasa nerviosamente la mano por el cabello mientras procesa la información. Se frota la barbilla, sumido en sus pensamientos, pero no puede ocultar la perplejidad y el enojo impresos en su cara. Sacude la cabeza abruptamente, exasperado —pero también divertido—, y una ligera sonrisa de admiración aflora en la comisura de su boca. Junta las manos frente a sí y vuelve a dedicarme toda su atención.

—No es lo que piensas. Me había olvidado por completo de ellas. Alguien ha cambiado la caja de sitio. Esas fotos deberían estar en la caja fuerte.

—¿Quién las cambió de sitio? —murmuro.

Él traga saliva.

—Solo pudo hacerlo una persona.

—Oh. ¿Quién? ¿Y qué quieres decir con «No es lo que piensas»?

Él suspira y ladea la cabeza, y creo que está avergonzado. ¡Debería estarlo!, me increpa mi subconsciente.

—Esto te va a sonar frío, pero... hay una póliza de seguros —susurra, y se pone tenso a la espera de mi respuesta.

—¿Una póliza de seguros?

—Contra la exhibición pública de esas fotos.

De repente caigo en la cuenta y me siento incómoda y un tanto idiota.

—Oh —musito, porque no se me ocurre qué decir. Cierro los ojos. Aquí están de nuevo: las cincuenta sombras de su vida destrozada, aquí y ahora—. Sí. Tienes razón —digo con un hilo de voz—. Suena muy frío.

Me levanto para recoger los platos. No quiero saber nada más.

—Ana.

—¿Lo saben ellas? ¿Las chicas... las sumisas?

Él frunce el ceño.

—Claro que lo saben.

Ah, bueno, algo es algo. Alarga una mano para cogerme y atraerme hacia él.

—Esas fotos deberían estar en la caja fuerte. No son para ningún fin recreativo. —Hace una pausa—. Quizá lo fueron en un principio, cuando se hicieron. Pero... —Se calla y me mira suplicante—. No significan nada.

—¿Quién las puso en tu vestidor?

—Solo pudo haber sido Leila.

—¿Ella sabe la combinación de tu caja fuerte?

Él se encoge de hombros.

—No me sorprendería. Es una combinación muy larga, que casi nunca uso. Es el único número que tengo anotado y que nunca he cambiado. —Sacude la cabeza—

. Me pregunto qué más sabrá Leila y si habrá sacado alguna otra cosa de allí. —Frunce el ceño y vuelve a mirarme—. Mira, destruiré las fotos. Ahora mismo si quieres.

—Son tus fotos, Christian. Haz lo que quieras con ellas —musito.

—No seas así —dice, sosteniéndome la cabeza entre las manos y mirándome a los ojos—. Yo no quiero esa vida. Quiero nuestra vida, juntos.

Santo Dios. ¿Cómo sabe que bajo mi horror ante esas fotos se oculta toda mi paranoia?

—Creía que habíamos exorcizado todos esos fantasmas esta mañana, Ana. Yo lo siento así, ¿tú no?

Le miro fijamente, recordando esa mañana tan, tan placentera y romántica, descaradamente lasciva, en su cuarto de juegos.

—Sí. —Sonrío—. Yo también siento lo mismo.

—Bien. —Se inclina hacia delante, me besa y me rodea con sus brazos—. Las romperé —murmura—. Y luego tengo que ir a trabajar. Lo siento, nena, pero tengo un montón de asuntos de negocios esta tarde.

—No pasa nada. Yo tengo que llamar a mi madre. —Hago una mueca—. Y después quiero comprar algunas cosas y hacerte un pastel.

Él sonrío de oreja a oreja y sus ojos se iluminan como los de un chiquillo.

—¿Un pastel?

Asiento.

—¿Un pastel de chocolate?

—¿Tú quieres un pastel de chocolate?

Su sonrisa es contagiosa. Asiento.

—Veré lo que puedo hacer, señor Grey.

Y vuelve a besarme.

Carla se queda muda por la sorpresa.

—Mamá, di algo.

—No estarás embarazada, ¿verdad, Ana? —
murmura, horrorizada.

—No, no, no es nada de eso.

La desilusión me parte el corazón, y me entristece que pueda pensar eso de mí. Pero luego recuerdo, con mayor decepción si cabe, que ella estaba embarazada de mí cuando se casó con mi padre.

—Perdona, cielo. Pero es que todo esto es tan repentino. Quiero decir que Christian es muy buen partido, pero tú eres muy joven, y deberías ver antes un poco de mundo.

—Mamá, ¿no puedes alegrarte por mí sin más? Yo le quiero.

—Es que necesito acostumbrarme a la idea, cariño. Me has dejado de piedra. En Georgia ya noté que había algo muy especial entre vosotros, pero el matrimonio...

En Georgia él quería que yo fuera su sumisa, pero eso no se lo voy a decir a ella.

—¿Habéis fijado la fecha?

—No.

—Ojalá tu padre estuviera vivo —susurra.

Oh, no... esto no. Ahora no.

—Lo sé, mamá. A mí también me hubiera gustado conocerle.

—Solo te tuvo en brazos una vez, y estaba tan orgulloso. Pensaba que eras la niña más preciosa del mundo.

Y relata la vieja historia familiar con un hilillo quejumbroso de voz... una vez más. Va a echarse a llorar.

—Lo sé, mamá.

—Y luego murió —dice con un leve sollozo, y sé que el recuerdo la ha afligido, como pasa siempre.

—Mamá —susurro, sintiendo ganas de traspasar el teléfono y poder abrazarla.

—Soy una vieja tonta —musita, y vuelve a dejar escapar otro sollozo—. Claro que me alegro mucho por ti, cariño. ¿Ray lo sabe? —añade.

Parece que ha recuperado la compostura.

—Christian acaba de pedírselo.

—Oh, qué tierno. Bien.

La noto melancólica, pero está haciendo un esfuerzo.

—Sí, lo ha sido —murmuro.

—Ana, cielo, te quiero muchísimo. Y me alegro mucho por ti. Y tenéis que venir a verme, los dos.

—Sí, mamá. Yo también te quiero.

—Bob me está llamando. Tengo que colgar. Ya me dirás la fecha. Tenemos que planear... ¿será una boda por todo lo alto?

Una boda por todo lo alto. Oh, Dios. Ni siquiera había pensado en eso. ¿Una gran boda? No, yo no quiero una gran boda.

—Todavía no lo sé. En cuanto lo sepa te llamo.

—Bien. Y ve con cuidado. Aún tenéis que disfrutar mucho juntos... ya habrá tiempo para tener hijos.

¡Hijos! Mmm... y ahí está otra vez: una alusión, no muy sutil, al hecho de que ella me tuvo muy joven.

—Mamá, yo no te arruiné la vida, ¿verdad?

Ella sofoca un gemido.

—Oh, no, Ana, yo nunca pensé eso. Tú fuiste lo mejor que nos pasó en la vida a tu padre y a mí. Pero me gustaría que él estuviera aquí para verte tan adulta y a punto de casarte.

Vuelve a ponerse nostálgica y llorosa.

—A mí también me gustaría. —Muevo la cabeza, pensando en mi mítico padre—. Te dejo, mamá. Ya volveré a llamarte.

—Te quiero, cariño.

—Yo también, mamá. Adiós.

Trabajar en la cocina de Christian es algo de ensueño. Para ser un hombre que no sabe nada de tareas culinarias, se diría que lo tiene todo. Sospecho que a la señora Jones también le gusta la cocina. Lo único que necesito ahora es chocolate de buena calidad para el glaseado. Dejo las dos mitades del pastel sobre una rejilla para que se enfríen, cojo el bolso y asomo la cabeza por la puerta del estudio de Christian. Está concentrado en la pantalla del ordenador. Levanta la vista y me mira.

—Voy un momento a la tienda a buscar unos ingredientes.

—Vale.

Frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—¿Piensas ponerte unos vaqueros o algo?

Oh, por favor...

—Solo son piernas, Christian.

Me mira fijamente, muy serio. Esto acabará en pelea. Y es su cumpleaños. Le dirijo una mirada exasperada, sintiéndome como una adolescente descarriada.

—¿Y si estuviéramos en la playa? —pregunto, optando por otra táctica.

—No estamos en la playa.

—Si estuviéramos en la playa, ¿protestarías?

Se queda pensando en ello un momento.

—No —se limita a responder.

Abro muchos los ojos y le sonrío, satisfecha.

—Bueno, pues imagínate que lo estamos. Hasta luego.

Me doy la vuelta y salgo disparada hacia el vestíbulo. Consigo llegar al ascensor antes de que me atrape. Cuando se cierran las puertas, le hago un gesto de despedida y le sonrío con cariño, mientras él me mira impotente, con los ojos entornados, pero afortunadamente de buen humor. Sacude la cabeza con gesto de exasperación, y luego dejo de verle.

Oh, ha sido emocionante. La adrenalina palpita en mis venas, y tengo la sensación de que el corazón se me va a salir del pecho. Pero, a medida que el ascensor baja, mi ánimo también desciende. Maldita sea... ¿qué he hecho?

He despertado a la fiera. Se enfadará conmigo cuando vuelva. Mi subconsciente me mira fijamente por encima de sus gafas de media luna, con una vara de sauce en la mano. Oh, no. Pienso en la poca experiencia que tengo con los hombres. Yo nunca he vivido con un hombre... bueno, excepto con Ray pero, por alguna

razón, él no cuenta. Es mi padre... bueno, el hombre a quien considero mi padre.

Y ahora tengo a Christian. En realidad, él nunca ha vivido con nadie, creo. Tengo que preguntárselo... si es que todavía me habla.

No obstante creo firmemente que tengo que vestirme como yo quiera. Recuerdo sus normas. Sí, esto debe de ser muy duro para él, pero también tengo clarísimo que este vestido lo pagó él. Debería haber dejado instrucciones más claras en Neimans: inada demasiado corto!

Este vestido no es tan corto, ¿no? Lo compruebo en el gran espejo de la entrada. Maldita sea. Sí, lo es, pero ya he tomado mi decisión. Y sin duda tendré que enfrentarme a las consecuencias. Me pregunto vagamente qué hará él, pero primero tengo que sacar dinero.

Me quedo mirando el comprobante del cajero automático: 51.689,16 dólares. ¡Hay cincuenta mil dólares de más! «Anastasia, si aceptas mi proposición, tú también vas a tener que aprender a ser rica.» Y ya está empezando. Cojo mis míseros cincuenta dólares y me encamino hacia la tienda.

Cuando vuelvo, voy directamente a la cocina, sin poder evitar un escalofrío de alarma. Christian sigue en su estudio. Vaya. Lleva ahí encerrado casi toda la tarde. Decido que la mejor opción es enfrentarme a él y comprobar cuanto antes la gravedad de lo que he hecho. Me acerco con cautela a la puerta de su estudio. Está al teléfono, mirando por la ventana.

—¿Y el especialista de Eurocopter vendrá el lunes por la tarde?... Bien. Mantenme informado. Diles que necesito sus primeras conclusiones el lunes a última hora o el martes por la mañana.

Cuelga y da la vuelta a la silla, pero al verme se queda quieto, con gesto impasible.

—Hola —musito.

Él no dice nada, y se me cae el corazón a los pies. Entro con cuidado en su estudio y me acerco a la mesa donde está sentado. Él sigue sin decir nada, y no deja de mirarme a los ojos. Me quedo de pie frente a él, sintiéndome ridícula de cincuenta mil formas distintas.

—He vuelto. ¿Estás enfadado conmigo?

Él suspira y me coge de la mano. Me atrae hacia él, me sienta en su regazo de un tirón y me rodea con sus brazos. Hunde la nariz en mi cabello.

—Sí —dice.

—Perdona. No sé lo que me ha pasado.

Me acurruco en su regazo, aspiro su celestial aroma a Christian y me siento segura, pese a saber que está enfadado.

—Yo tampoco. Vístete como quieras —murmura. Sube la mano por mi pierna desnuda hasta el muslo—. Además, este vestido tiene sus ventajas.

Se inclina para besarme y nuestros labios se rozan. La pasión, o la lujuria, o una necesidad profundamente arraigada de hacer las paces, me invade, y el deseo me inflama la sangre. Le cojo la cabeza entre las manos y sumerjo los dedos en su cabello. Él gime y su cuerpo responde, y me mordisquea con avidez el labio inferior... el cuello, la oreja, e invade mi boca con su lengua, y antes de que me dé cuenta se baja la

cremallera de los pantalones, me coloca a horcajadas sobre su regazo y me penetra. Yo me agarro al respaldo de la silla, mis pies apenas tocan el suelo... y empezamos a movernos.

—Me gusta tu forma de pedir perdón —musita con los labios sobre mi pelo.

—Y a mí la tuya —digo con una risita, y me acurruco contra su pecho—. ¿Has terminado?

—Por Dios, Ana, ¿quieres más?

—¡No! De trabajar.

—Aún me queda una media hora. He oído tu mensaje en el buzón de voz.

—Es de ayer.

—Parecías preocupada.

Le abrazo fuerte.

—Lo estaba. No es propio de ti no contestar a las llamadas.

Me besa el cabello.

—Tu pastel ya estará listo dentro de media hora.

Le sonrío y bajo de su regazo.

—Me hace mucha ilusión. Cuando estaba en el horno olía maravillosamente, incluso evocador.

Le sonrío con timidez, un poco avergonzada, y él responde con idéntica expresión. Vaya, ¿realmente somos tan distintos? Quizá esto le traiga recuerdos de la infancia. Me inclino hacia delante, le doy un beso fugaz en la comisura de los labios y me voy a la cocina.

Cuando le oigo salir del estudio, ya lo tengo todo preparado, y enciendo la solitaria vela dorada de su pastel. Él me dedica una sonrisa radiante mientras se

acerca muy despacio, y yo le canto bajito «Cumpleaños feliz». Luego se inclina y sopla con los ojos cerrados.

—He pedido un deseo —dice cuando vuelve a abrirlos, y por alguna razón su mirada hace que me sonroje.

—El glaseado aún está blando. Espero que te guste.

—Estoy impaciente por probarlo, Anastasia —murmura, haciendo que suene muy sensual.

Corto una porción para cada uno, y procedemos a comérmolo con tenedores de postre.

—Mmm —dice con un gruñido de satisfacción—. Por esto quiero casarme contigo.

Yo me echo a reír, aliviada... Le gusta.

—¿Lista para enfrentarte a mi familia?

Christian para el motor del R8. Hemos aparcado en el camino de entrada a la casa de sus padres.

—Sí. ¿Vas a decírselo?

—Por supuesto. Tengo muchas ganas de ver cómo reaccionan.

Me sonrío maliciosamente y sale del coche.

Son las siete y media, y aunque el día ha sido cálido, sopla una fresca brisa vespertina procedente de la bahía. Me envuelvo con el chal y bajo del coche. Llevo un vestido de cóctel verde esmeralda que encontré esta mañana cuando rebuscaba en el armario. Tiene un cinturón ancho a juego. Christian me da la mano, y vamos hacia la puerta principal. Carrick la abre de par en par antes de que llamemos.

—Hola, Christian. Feliz cumpleaños, hijo.

Coge la mano que Christian le ofrece, pero tira de ella y le sorprende con un breve abrazo.

—Esto... gracias, papá.

—Ana, estoy encantado de volver a verte.

Me abraza también, y entramos en la casa detrás de él.

Antes de poner los pies en el salón, vemos a Kate que viene hacia nosotros con paso enérgico por el pasillo. Parece indignada.

¡Oh, no!

—¡Vosotros dos! Quiero hablar con vosotros ahora mismo —nos suelta, con su tono de «Más os vale no engañarme».

Nerviosa, miro de reojo a Christian. Él se encoge de hombros, decide seguirle la corriente y entramos detrás de ella en el comedor, dejando a Carrick perplejo en el umbral del salón. Ella cierra la puerta de golpe y se vuelve hacia mí.

—¿Qué coño es esto? —masculla, agitando una hoja de papel frente a mí.

Completamente desconcertada, la cojo y le echo un rápido vistazo. Se me seca la boca. Oh, Dios. Es mi e-mail de respuesta a Christian sobre el tema del contrato.

Me quedo totalmente pálida, se me hiela la sangre y el miedo invade mi cuerpo. De forma instintiva me coloco entre ella y Christian.

—¿Qué es eso? —murmura Christian, con recelo.

Yo le ignoro. No puedo creer que Kate esté haciendo esto.

—¡Kate! Esto no tiene nada que ver contigo.

La fulmino con una mirada ponzoñosa, la ira ha reemplazado al miedo. ¿Cómo se atreve a hacer esto? Ahora no, hoy no. En el cumpleaños de Christian, no. Sorprendida ante mi respuesta, ella abre de par en par sus ojos verdes y parpadea.

—¿Qué es eso, Ana? —dice Christian otra vez, ahora en un tono más amenazador.

—¿Podrías marcharte, Christian, por favor? —le pido.

—No. Enséñamelo.

Extiende la mano, y sé que no es momento de discutirle; habla con dureza y frialdad. Le entrego el e-mail de mala gana.

—¿Qué te ha hecho él? —pregunta Kate, sin hacer caso de Christian, y parece muy preocupada.

En mi mente aparece una sucesión de multitud de imágenes eróticas, y me ruborizo.

—Eso no es asunto tuyo, Kate.

No puedo evitar el tono de exasperación que tiene mi voz.

—¿De dónde sacaste esto? —pregunta Christian con la cabeza ladeada e inexpresivo, pero en un tono bajo muy... amenazador.

Kate se sonroja.

—Eso es irrelevante. —Pero, al ver su mirada glacial, prosigue enseguida—: Estaba en el bolsillo de una americana, que supongo que es tuya, y que encontré detrás de la puerta del dormitorio de Ana.

La firmeza de Kate se debilita un poco ante la abrasadora mirada gris de Christian, pero aparentemente se recupera y le clava la vista furiosa.

Con su vestido ceñido de un rojo intenso, parece la hostilidad personificada. Está impresionante. Pero ¿qué demonios hacía rebuscando en mi ropa? Normalmente es al revés.

—¿Se lo has contado a alguien?

Ahora la voz de Christian es como un guante de seda.

—¡No! Claro que no —replica Kate, ofendida.

Christian asiente y parece relajarse. Se da la vuelta y se encamina hacia la chimenea. Kate y yo permanecemos calladas mientras vemos cómo coge un encendedor de la repisa, prende fuego al e-mail, lo suelta y deja que caiga flotando lentamente en llamas sobre el suelo del hogar hasta quedar reducido a cenizas. El silencio en la habitación es opresivo.

—¿Ni siquiera a Elliot? —le pregunto a Kate.

—A nadie —afirma enfáticamente ella, que por primera vez parece dolida y desconcertada—. Yo solo quería saber si estabas bien, Ana —murmura.

—Estoy bien, Kate. Más que bien. Por favor, Christian y yo estamos estupendamente, de verdad; eso es cosa del pasado. Por favor, ignóralo.

—¿Que lo ignore? —dice—. ¿Cómo voy a ignorar esto? ¿Qué te ha hecho él? —pregunta, y sus ojos verdes están cargados de preocupación sincera.

—Él no me ha hecho nada, Kate. En serio... estoy bien.

Ella me mira, vacilante.

—¿De verdad?

Christian me pasa un brazo por la cintura y me estrecha contra él, sin apartar los ojos de Kate.

—Ana ha aceptado ser mi mujer, Katherine —dice tranquilamente.

—¡Tu mujer! —chilla Kate, y abre mucho los ojos, sin dar crédito.

—Vamos a casarnos. Vamos a anunciar nuestro compromiso esta noche —afirma él.

—¡Oh! —Kate me mira con la boca abierta. Está atónita—. ¿Te dejo sola quince días y vas a casarte? Esto muy precipitado. Así que ayer, cuando dije... —Me mira, estupefacta—. ¿Y cómo encaja este e-mail en todo esto?

—No encaja, Kate. Olvídalo... por favor. Yo le quiero y él me quiere. No arruines su fiesta y nuestra noche. No lo hagas —susurro.

Ella pestañea y de pronto sus ojos están brillantes por las lágrimas.

—No. Claro que no. ¿Tú estás bien?

Quiere que se lo asegure para quedarse tranquila.

—Soy más feliz que en toda mi vida —murmuro.

Ella se acerca y me coge la mano, haciendo caso omiso del brazo de Christian rodeando mi cintura.

—¿De verdad estás bien? —pregunta esperanzada.

—Sí.

Le sonrío de oreja a oreja, recuperada por fin mi alegría. Kate se relaja, y su sonrisa es un reflejo de mi felicidad. Me aparto de Christian, y ella me abraza de repente.

—Oh, Ana... me quedé tan preocupada cuando leí esto. No sabía qué pensar. ¿Me lo explicarás? —musita.

—Algún día, ahora no.

—Bien. Yo no se lo contaré a nadie. Te quiero mucho, Ana, como a una hermana. Es que pensé... no sabía qué pensar, perdona. Si tú eres feliz, yo también soy feliz.

Mira directamente a Christian y se disculpa otra vez. Él asiente, pero su mirada es glacial y su expresión permanece imperturbable. Oh, no, sigue enfadado.

—De verdad que lo siento. Tienes razón, no es asunto mío —me dice al oído.

Llaman a la puerta, Kate se sobresalta y yo me aparto de ella. Grace asoma la cabeza.

—¿Todo bien, cariño? —le pregunta a Christian.

—Todo bien, señora Grey —salta Kate al instante.

—Estupendamente, mamá —dice Christian.

—Bien. —Grace entra—. Entonces no os importará que le dé a mi hijo un abrazo de cumpleaños.

Nos sonrío a ambos. Él la estrecha con fuerza entre sus brazos y su gesto inmediatamente se suaviza.

—Feliz cumpleaños, cariño —dice ella en voz baja, y cierra los ojos fundida en ese abrazo—. Estoy tan contenta de que no te haya pasado nada.

—Estoy bien, mamá. —Christian le sonríe.

Ella se echa hacia atrás, le examina fijamente y sonríe radiante.

—Me alegro muchísimo por ti —dice, y le acaricia la cara.

Él le devuelve una sonrisa... su entrañable sonrisa capaz de derretir el corazón más duro.

¡Ella lo sabe! ¿Cuándo se lo ha dicho Christian?

—Bueno, chicos, si ya habéis terminado vuestro *tête-à-tête*, aquí hay un montón de gente que quiere comprobar que realmente estás de una pieza, y desearte feliz cumpleaños, Christian.

—Ahora mismo voy.

Grace nos mira con cierta ansiedad a Kate y a mí, y al parecer nuestras sonrisas la tranquilizan. Me guiña el ojo y nos abre la puerta. Christian me tiende una mano, y yo la acepto.

—Christian, perdóname, de verdad —dice Kate humildemente.

Kate en plan humilde... es algo digno de ver. Christian la mira, asiente y ambos salimos detrás de ella.

Una vez en el pasillo, miro de reojo a Christian.

—¿Tu madre sabe lo nuestro? —pregunto con inquietud.

—Sí.

—Ah.

Y pensar que la tenaz señorita Kavanagh podría haber arruinado nuestra velada. Me estremezco al

pensar en las consecuencias que podría tener que el estilo de vida de Christian saliera a la luz.

—Bueno, ha sido una forma interesante de empezar la noche.

Le sonrío con dulzura. Él baja la mirada hacia mí, y aparece de nuevo su mirada irónica. Gracias a Dios.

—Tiene usted el don de quedarse corta, señorita Steele. Como siempre. —Se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos, y entramos al salón, donde somos recibidos con un aplauso súbito, espontáneo, ensordecedor.

Oh, Dios. ¿Cuánta gente hay aquí?

Echo un rápido vistazo a la sala: están todos los Grey, Ethan con Mia, el doctor Flynn y su esposa, supongo. También está Mac, el tipo del barco; un afroamericano alto y guapo —recuerdo haberle visto la primera vez que estuve en la oficina de Christian—; Lily, esa bruja amiga de Mia, dos mujeres a las que no conozco de nada, y... oh, no. Se me cae el alma a los pies. Esa mujer... la señora Robinson.

Aparece Gretchen con una bandeja de champán. Lleva un vestido negro escotado, el pelo recogido en un moño alto en lugar de las coletas, y al ver a Christian sus pestañas aletean y se sonroja. El aplauso va apagándose y todas las miradas se dirigen expectantes hacia Christian, que me aprieta la mano.

—Gracias, a todos. Creo que necesitaré una de estas.

Coge dos copas de la bandeja de Gretchen y le dedica una sonrisa fugaz. Tengo la sensación de que Gretchen está a punto de desmayarse o de morirse. Christian me ofrece una copa.

Alza la suya hacia el resto de la sala, e inmediatamente todos se acercan, encabezados por la diabólica mujer de negro. ¿Es que siempre viste del mismo color?

—Christian, estaba preocupadísima.

Elena le da un pequeño abrazo y le besa en ambas mejillas. Yo intento soltarme de su mano, pero él no me deja.

—Estoy bien, Elena —musita Christian con frialdad.

—¿Por qué no me has llamado? —inquire ella desesperada, buscando su mirada.

—He estado muy ocupado.

—¿No recibiste mis mensajes?

Christian se remueve, incómodo, me rodea con un brazo y me estrecha hacia él. Sigue mirando a Elena con gesto impasible. Ella ya no puede seguir ignorándome, y me saluda con un asentimiento cortés.

—Ana, querida —dice ronroneante—. Estás encantadora.

—Elena —respondo en el mismo tono—. Gracias.

Capto una mirada de Grace, que frunce el ceño al vernos a los tres juntos.

—Tengo que anunciar una cosa, Elena —le dice Christian con indiferencia.

A ella se le enturbia la mirada.

—Por supuesto.

Finge una sonrisa y da un paso atrás.

—Escuchadme todos —dice Christian.

Espera un momento hasta que cesa el rumor de la sala, y todos vuelven a centrar sus miradas en él.

—Gracias por haber venido. Debo decir que esperaba una tranquila cena familiar, de manera que esto es una sorpresa muy agradable.

Mira fijamente a Mia, que sonrío radiante y le saluda discretamente. Christian mueve la cabeza con simulada exasperación y prosigue.

—A Ros y a mí... —hace un gesto hacia la mujer pelirroja que está de pie junto a una rubia menuda y vivaz—... nos fue ayer de muy poco.

Ah, es Ros, la mujer que trabaja con él. Ella sonrío y alza la copa hacia él.

—Así que me hace especialmente feliz estar aquí hoy para compartir con todos vosotros una magnífica noticia. Esta preciosa mujer —baja la mirada hacia mí—, la señorita Anastasia Rose Steele, ha aceptado ser mi esposa, y quería que todos vosotros fuerais los primeros en saberlo.

¡Se produce una reacción de asombro general, vítores ocasionales, y luego una ronda de aplausos! Dios... esto está pasando realmente de verdad. Creo que me he puesto del color del vestido de Kate. Christian me coge la barbilla, alza mi boca hasta sus labios y me da un beso fugaz.

—Pronto serás mía.

—Ya lo soy —susurro.

—Legalmente —musita, y me sonrío con aire malicioso.

Lily, que está al lado de Mia, parece alicaída; por la expresión que pone, Gretchen parece haberse tragado algo muy desagradable y amargo. Paseo la vista con cierta ansiedad entre la multitud congregada y localizo a Elena. Tiene la boca abierta. Está atónita... horrorizada

incluso, y al verla tan estupefacta, no puedo evitar una intensa satisfacción. Al fin y al cabo, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Carrick y Grace interrumpen mis malévolos pensamientos, e inmediatamente todos los Grey empiezan a abrazarme y a besarme, uno detrás de otro.

—Oh, Ana... estoy tan encantada de que vayas a formar parte de la familia —dice Grace muy emocionada—. El cambio que ha dado Christian... Ahora es... feliz. Te lo agradezco tanto.

Incómoda ante tal efusividad, yo me sonrojo, pero en el fondo estoy muy contenta.

—¿Dónde está el anillo? —exclama Mia cuando me abraza.

—Eh...

¡El anillo! Vaya. Ni siquiera había pensado en el anillo. Miro de reojo a Christian.

—Lo escogeremos juntos —dice Christian, fulminando a su hermana con la mirada.

—¡Ay, no me mires así, Grey! —le reprocha ella, y luego le abraza—. Estoy muy emocionada por ti, Christian —dice.

Ella es la única persona a la que no intimida su expresión colérica. A mí me hace temblar... bueno, solía hacerlo.

—¿Cuándo os casaréis? ¿Habéis fijado la fecha? —le pregunta radiante a Christian.

Él niega con la cabeza, con evidente exasperación.

—No tengo ni idea, y no lo hemos decidido. Todavía tenemos que hablarlo Ana y yo —dice, irritado.

—Espero que celebréis una gran boda... aquí.

Sonríe con entusiasmo, sin hacer el menor caso del tono cáustico de su hermano.

—Lo más probable es que mañana nos escapemos a Las Vegas —le replica él, y recibe a cambio un mohín lastimero, típico de Mia Grey.

Christian pone los ojos en blanco y se vuelve hacia Elliot, que le da su segundo gran abrazo en solo dos días.

—Así se hace, hermano —dice palmeándole la espalda.

La reacción de toda la sala es abrumadora, y pasan unos minutos hasta que consigo reunirme de nuevo con Christian, que se acerca ahora al doctor Flynn. Por lo visto Elena ha desaparecido, y Gretchen sigue sirviendo champán con gesto arisco.

Al lado del doctor Flynn hay una joven muy atractiva, con una melena larga y oscura, casi azabache, un escote muy llamativo y unos ojos almendrados preciosos.

—Christian —dice Flynn tendiéndole la mano, y él la estrecha encantado.

—John. Rhian.

Besa a la mujer morena en la mejilla. Es menuda y muy linda.

—Estoy encantado de que sigas entre nosotros, Christian. Mi mujer estaría muy apenada y aburrida, sin ti.

Christian sonríe.

—¡John! —le reprocha Rhian, ante el regocijo de Christian.

—Rhian, esta es Anastasia, mi prometida. Ana, esta es la esposa de John.

—Encantada de conocer a la mujer que finalmente ha conquistado el corazón de Christian —dice Rhian con amabilidad.

—Gracias —musito yo, nuevamente apurada.

—Esta sí que ha sido una buena bolea, Christian —comenta el doctor Flynn meneando la cabeza, como si no diera crédito. Christian frunce el ceño.

—Tú y tus metáforas de críquet, John. —Rhian pone los ojos en blanco—. Felicidades a los dos, y feliz cumpleaños, Christian. Qué regalo tan maravilloso —me dice con una gran sonrisa.

No tenía ni idea de que el doctor Flynn fuera a estar aquí, ni tampoco Elena. Me ha cogido desprevenida, y me devano los sesos pensando si tengo algo que preguntarle al doctor, aunque no creo que una fiesta de cumpleaños sea el lugar adecuado para una consulta psiquiátrica.

Charlamos durante unos minutos. Rhian es un ama de casa con dos hijos pequeños. Deduzco que ella es la razón de que el doctor Flynn ejerza en Estados Unidos.

—Ella está bien, Christian, responde bien al tratamiento. Dentro de un par de semanas la incorporaremos a un programa para pacientes externos.

El doctor Flynn y Christian están hablando en voz baja, pero no puedo evitar escucharles y desatender a Rhian con cierta descortesía.

—Y ahora mismo vivo entre fiestas infantiles y pañales...

—Eso debe de robarte mucho tiempo.

Me sonrojo y me concentro nuevamente en Rhian, que ríe con amabilidad. Sé que Christian y Flynn están hablando de Leila.

—Pídele una cosa de mi parte —murmura Christian.

—¿Y tú a qué te dedicas, Anastasia?

—Ana, por favor. Trabajo en una editorial.

Christian y el doctor Flynn bajan más la voz; es muy frustrante. Pero se callan en cuanto se les acercan las dos mujeres a las que no conocía de antes: Ros y Gwen, la vivaz rubita a la que Christian presenta como la compañera de Ros.

Esta es encantadora, y no tardo en descubrir que vive prácticamente enfrente del Escala. Se dedica a elogiar la destreza de Christian como piloto. Era la primera vez que volaba en el *Charlie Tango*, y dice que no dudaría en volver a hacerlo. Es una de las pocas mujeres que he conocido que no está fascinada por él... bueno, el motivo es obvio.

Gwen es risueña y tiene un sentido del humor irónico, y Christian parece extraordinariamente cómodo con ambas. Las conoce bien. No hablan de trabajo, pero me doy cuenta de que Ros es una mujer inteligente que no tiene problemas para seguirle el ritmo. También posee una fantástica risa ronca de fumadora empedernida.

Grace interrumpe nuestra placentera conversación para informar a todo el mundo de que en la cocina de los Grey están sirviendo el bufet en que consistirá la cena. Los invitados empiezan a dirigirse hacia la parte de atrás de la casa.

Mia me para en el pasillo. Con su vestido de encaje rosa pálido y sus altísimos tacones, se planta frente a mí como un fantástico árbol navideño. Sostiene dos copas de cóctel.

—Ana —sisea con complicidad.

Yo miro de reajo a Christian, que me deja como diciendo «Que tengas suerte, yo no puedo con ella», y entramos juntas en el salón.

—Toma —dice con aire travieso—. Es un martini de limón, especialidad de mi padre... mucho más bueno que el champán.

Me ofrece una copa y me observa con ansiedad mientras doy un sorbo para probarlo.

—Mmm... delicioso. Aunque un poco fuerte.

¿Qué pretende? ¿Intenta emborracharme?

—Ana, necesito un consejo. Y no se lo puedo pedir a Lily: ella es muy crítica con todo. —Mia pone los ojos en blanco y luego me sonrío—. Tiene muchos celos de ti. Creo que esperaba que un día Christian y ella acabarían juntos.

Mia se echa a reír ante tal absurdo, y yo tiemblo por dentro.

Eso es algo con lo que tendré que lidiar durante mucho tiempo: que otras mujeres deseen a mi hombre. Aparto esa idea inoportuna de mi mente, y me evado centrándome en el tema que ahora nos ocupa. Bebo otro sorbo de martini.

—Intentaré ayudarte. Adelante.

—Ya sabes que Ethan y yo nos conocimos hace poco, gracias a ti.

Me sonrío radiante.

—Sí.

¿Adónde demonios quiere ir a parar?

—Ana... él no quiere salir conmigo —confiesa con un mohín.

—Oh.

Parpadeo extrañada, y pienso: A lo mejor él no está tan encaprichado contigo.

—Mira, no es exactamente así. Él no quiere salir conmigo porque su hermana está saliendo con mi hermano. ¿Sabes?, Ethan considera que todo esto es un poco... incestuoso. Pero yo sé que le gusta. ¿Qué puedo hacer?

—Ah, ya entiendo —musito, intentando ganar algo de tiempo. ¿Qué puedo decir?—. ¿No podéis plantearos ser amigos y daros un poco de tiempo? Quiero decir que acabas de conocerle.

Ella arquea una ceja.

—Mira, ya sé que yo acabo de conocer a Christian, pero... —Frunzo el ceño sin saber qué decir—. Mia, esto tenéis que solucionarlo Ethan y tú, juntos. Yo lo intentaría por la vía de la amistad.

Mia esboza una amplia sonrisa.

—Esa mirada la has aprendido de Christian.

Me ruborizo.

—Si quieres un consejo, pregúntale a Kate. Ella debe de saber algo más sobre los sentimientos de su hermano.

—¿Tú crees?

—Sí —digo con una sonrisa alentadora.

—Fantástico. Gracias, Ana.

Me da otro abrazo y sale corriendo hacia la puerta con aire excitado —e impresionante, dados los tacones que lleva—, sin duda para ir a incordiar a Kate.

Bebo otro sorbo de martini, y me dispongo a seguirla, cuando me paro en seco.

Elena entra en la sala con paso muy decidido y expresión tensa y colérica. Cierra la puerta con cuidado y me dirige una mirada amenazadora.

Oh, no.

—Ana —dice con una sonrisa desdeñosa.

Ligeramente mareada después de dos copas de champán y del cóctel letal que llevo en la mano, hago acopio de toda la serenidad de que dispongo. Tengo la sensación de que la sangre ha dejado de circular por mis venas, pero recurro tanto a mi subconsciente como a la diosa que llevo dentro para aparentar tanta tranquilidad e indiferencia como puedo.

—Elena —digo con un hilo de voz, firme pese a la sequedad de mi boca.

¿Por qué me trastorna tanto esta mujer? ¿Y ahora qué quiere?

—Te daría mis felicitaciones más sinceras, pero me parece que no sería apropiado.

Y clava en mí sus penetrantes ojos azules, fríos y llenos de odio.

—Yo no necesito ni deseo tus felicitaciones, Elena. Me sorprende y me decepciona que estés aquí.

Ella arquea una ceja. Creo que parece impresionada.

—No había pensado en ti como en una adversaria digna, Anastasia. Pero siempre me sorprendes.

—Yo no he pensado en ti en absoluto —miento fríamente. Christian estaría orgulloso—. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas mucho mejores que hacer en lugar de perder el tiempo contigo.

—No tan deprisa, niñita —sisea, y se apoya en la puerta para bloquearme el paso—. ¿Qué demonios te crees que haces aceptando casarte con Christian? Si has pensado durante un minuto siquiera que puedes hacerle feliz, estás muy equivocada.

—Lo que yo haya consentido hacer o no con Christian no es problema tuyo.

Sonríó dulcemente con sarcasmo. Ella me ignora.

—Él tiene necesidades... necesidades que tú no puedes satisfacer en lo más mínimo —replica con arrogancia.

—¿Qué sabes tú de sus necesidades? —replico. Una sensación de indignación arde en mis entrañas y una descarga de adrenalina recorre mi cuerpo. ¿Cómo se atreve esta bruja asquerosa a sermonearme?—. No eres más que una pederasta enfermiza, y si de mí dependiera te arrojaría al séptimo círculo del infierno y me marcharía tranquilamente. Ahora apártate... ¿o voy a tener que obligarte?

—Estás cometiendo un grave error en este asunto. —Agita frente a mí un largo y esbelto dedo con una manicura perfecta—. ¿Cómo te atreves a juzgar nuestro estilo de vida? Tú no sabes nada, y no tienes ni idea de dónde te estás metiendo. Y si crees que él será feliz con una insulsa cazafortunas como tú...

¡Ya basta! Le tiro a la cara el resto del martini de limón, dejándola empapada.

—¡No te atrevas a decirme tú dónde me estoy metiendo! —le grito—. ¿Cuándo aprenderás que eso no es asunto tuyo?

Me mira horrorizada con la boca abierta y se limpia la bebida pegajosa de la cara. Creo que está a

punto de abalanzarse sobre mí, pero de pronto se queda paralizada cuando se abre la puerta.

Christian aparece en el umbral. Tarda una fracción de segundo en hacerse cargo de la situación: yo, pálida y temblorosa; ella, empapada y lívida. Su hermoso rostro se ensombrece, crispado por la rabia, y se coloca entre ambas.

—¿Qué coño estás haciendo, Elena? —dice en un tono glacial y amenazador.

Ella levanta la vista hacia él y parpadea.

—Ella no es buena para ti, Christian —susurra.

—¿Qué? —grita él, y ambas nos sobresaltamos.

No le veo la cara, pero todo su cuerpo está tenso e irradia animosidad.

—¿Tú cómo coño sabes lo que es bueno para mí?

—Tú tienes necesidades, Christian —dice ella en un tono más suave.

—Ya te lo he dicho: esto no es asunto tuyo, joder —ruge.

Oh, no... El furioso Christian ha asomado su no tan espantoso rostro. Va a oírle todo el mundo.

—¿De qué va esto? —Christian se queda callado un momento, fulminándola con la mirada—. ¿Piensas que eres tú? ¿Tú? ¿Crees que tú eres la persona adecuada para mí? —dice en un tono más bajo, pero impregnado de desdén, y de pronto siento deseos de marcharme de aquí. No quiero presenciar este enfrentamiento íntimo. Pero estoy paralizada: mis extremidades se niegan a moverse.

Elena traga saliva y parece como si se obligara a erguirse. Su postura cambia de forma sutil y se convierte en autoritaria. Da un paso hacia él.

—Yo fui lo mejor que te pasó en la vida — masculla con arrogancia—. Mírate ahora. Uno de los empresarios más ricos y triunfadores de Estados Unidos, equilibrado, emprendedor... Tú no necesitas nada. Eres el amo de tu mundo.

Él retrocede como si le hubieran golpeado, y la mira atónito y enfurecido.

—Aquello te encantaba, Christian, no intentes engañarte a ti mismo. Tenías una tendencia autodestructiva de la cual te salvé yo, te salvé de acabar en la cárcel. Créeme, nene, hubieras acabado allí. Yo te enseñé todo lo que sabes, todo lo que necesitas.

Christian se pone pálido, mirándola horrorizado, y cuando habla lo hace con voz queda y escéptica.

—Tú me enseñaste a follar, Elena. Pero eso es algo vacío, como tú. No me extraña que Linc te dejara.

Yo siento cómo la bilis me sube por la garganta. No debería estar aquí. Pero estoy petrificada, morbosamente fascinada, mientras ellos se destrozan el uno al otro.

—Tú nunca me abrazaste —susurra Christian—. No me dijiste que me querías, ni una sola vez.

Ella entorna los ojos.

—El amor es para los idiotas, Christian.

—Fuera de mi casa.

La voz furiosa e implacable de Grace nos sobresalta a todos. Los tres volvemos rápidamente la cabeza hacia ella, de pie en el umbral de la sala. Está mirando fijamente a Elena, que palidece bajo su bronceado de Saint-Tropez.

El tiempo se detiene mientras todos contenemos la respiración. Grace irrumpe muy decidida en la

habitación, sin apartar su ardiente y colérica mirada de Elena, hasta plantarse frente a ella. Elena abre los ojos, alarmada, y Grace le propina un fuerte bofetón en la cara, cuyo impacto resuena en las paredes del comedor.

—¡Quita tus asquerosas zarpas de mi hijo, puta, y sal de mi casa... ahora! —masculla con los dientes apretados.

Elena se toca la mejilla enrojecida, y parpadea horrorizada y atónita mirando a Grace. Luego abandona corriendo la sala, sin molestarse siquiera en cerrar la puerta.

Grace se vuelve despacio hacia Christian, y un tenso silencio cae como un manto de espesa niebla sobre la habitación mientras madre e hijo se miran fijamente. Al cabo de un momento, Grace dice:

—Ana, antes de entregarte a mi hijo, ¿te importaría dejarme unos minutos a solas con él? — articula en voz baja y ronca, pero llena de fuerza.

—Por supuesto —susurro, y me apresuro a salir observando de reojo por encima del hombro.

Pero ninguno de los dos se vuelve hacia mí cuando abandono la sala. Siguen mirándose fijamente, comunicándose sin palabras de un modo atronador.

Llego al pasillo y me siento perdida un momento. Mi corazón retumba y la sangre hierve en mis venas... Me siento aterrada y débil. Dios santo, eso es algo realmente grave, y ahora Grace lo sabe. No me imagino qué le dirá a Christian, y aunque sé que no está bien, me apoyo en la puerta para intentar oírles.

—¿Cuánto duró, Christian?

Grace habla en voz baja. Apenas la oigo.

No oigo lo que responde él.

—¿Cuántos años tenías? —Ahora el tono es más insistente—. Dime. ¿Cuántos años tenías cuando empezó todo esto?

Tampoco ahora oigo a Christian.

—¿Va todo bien, Ana? —me interrumpe Ros.

—Sí. Bien. Gracias, yo...

Ros sonríe.

—Yo estoy buscando mi bolso. Necesito un cigarrillo.

Y, por un instante, contemplo la posibilidad de ir a fumar con ella.

—Yo voy al baño.

Necesito aclararme la mente y las ideas, procesar lo que acabo de presenciar y oír. Creo que el piso de arriba es el sitio donde es más probable que pueda estar sola. Veo que Ros entra en la salita, y entonces subo las escaleras de dos en dos hasta el segundo piso, y luego hasta el tercero. Es el único sitio donde quiero estar.

Abro la puerta del dormitorio de infancia de Christian, entro y cierro tragando saliva. Me acerco a su cama y me dejo caer, tumbada mirando el blanco techo.

Santo cielo. Este debe ser, sin ninguna duda, uno de los enfrentamientos más terribles de los que he sido testigo, y ahora estoy aturdida. Mi prometido y su ex amante... algo que ninguna futura esposa debería presenciar. Eso está claro, pero en parte me alegra que ella haya mostrado su auténtico yo, y de haber sido testigo de ello.

Mis pensamientos se dirigen hacia Grace. Pobre mujer, tener que escuchar todo eso de su hijo. Me abrazo a una de las almohadas de Christian. Ella ha oído que Christian y Elena tuvieron una aventura... pero no la

naturaleza de la misma. Gracias a Dios. Suelto un gemido.

¿Qué estoy haciendo? Quizá esa bruja diabólica tuviera parte de razón.

No, me niego a creer eso. Ella es tan fría y cruel. Sacudo la cabeza. Se equivoca. Yo soy buena para Christian. Yo soy lo que necesita. Y, en un momento de extraordinaria clarividencia, no me planteo «cómo» ha vivido él su vida hasta hace poco... sino «por qué». Sus motivos para hacer lo que les ha hecho a innumerables chicas... ni siquiera quiero saber cuántas. El cómo no es el problema. Todas eran adultas. Todas fueron —¿cómo lo expresó el doctor Flynn?— relaciones seguras y consentidas de mutuo acuerdo. Es el porqué. El porqué es lo que está mal. El porqué surge de la profunda oscuridad de sus orígenes.

Cierro los ojos y me los cubro con el brazo. Pero ahora él ha superado eso, lo ha dejado atrás, y ambos hemos salido a la luz. Yo estoy deslumbrada con él, y él conmigo. Podemos guiarnos mutuamente. Y en ese momento se me ocurre una idea. ¡Maldita sea! Una idea insidiosa y persistente, y estoy justo en el sitio donde puedo enterrar para siempre ese fantasma. Me siento en la cama. Sí, debo hacerlo.

Me pongo de pie tambaleante, me quito los zapatos, y observo el panel de corcho de encima del escritorio. Todas las fotos de Christian de niño siguen ahí; y, al pensar en el espectáculo que acabo de presenciar entre él y la señora Robinson, me conmueven más que nunca. Y ahí en una esquina está esa pequeña foto en blanco y negro: la de su madre, la puta adicta al crack.

Enciendo la lámpara de la mesilla y enfoco la luz hacia esa fotografía. Ni siquiera sé cómo se llamaba. Se parece mucho a él, pero más joven y más triste, y lo único que siento al ver su afligida expresión es lástima. Intento encontrar similitudes entre su cara y la mía. Observo la foto con los ojos entornados y me acerco mucho, muchísimo, pero no veo ninguna. Excepto el pelo quizá, aunque creo que ella lo tenía más claro. No me parezco a ella en absoluto. Y es un alivio.

Mi subconsciente chasquea la lengua y me mira por encima de sus gafas de media luna con los brazos cruzados. ¿Por qué te torturas a ti misma? Ya has dicho que sí. Ya has decidido tu destino. Yo le respondo frunciendo los labios: Sí, lo he hecho, y estoy encantada. Quiero pasar el resto de mi vida tumbada en esta cama con Christian. La diosa que llevo dentro, sentada en posición de loto, sonrío serena. Sí, he tomado la decisión adecuada.

Tengo que ir a buscar a Christian; estará preocupado. No tengo ni idea de cuánto rato he estado en esta habitación; creerá que he huido. Al pensar en su reacción exagerada, pongo los ojos en blanco. Espero que Grace y él hayan terminado de hablar. Me estremezco al pensar qué más debe de haberle dicho ella.

Me encuentro a Christian subiendo las escaleras del segundo piso, buscándome. Su rostro refleja tensión y cansancio; no es el Christian feliz y despreocupado con el que llegué. Me quedo en el rellano y él se para en el último escalón, de manera que quedamos al mismo nivel.

—Hola —dice con cautela.

—Hola —contesto en idéntico tono.

—Estaba preocupado...

—Lo sé —le interrumpo—. Perdona... no era capaz de sumarme a la fiesta. Necesitaba apartarme, ¿sabes? Para pensar.

Alargo la mano y le acaricio la cara. Él cierra los ojos y la apoya contra mi palma.

—¿Y se te ocurrió hacerlo en mi dormitorio?

—Sí.

Me coge la mano, me atrae hacia él y yo me dejo caer en sus brazos, mi lugar preferido en todo el mundo. Huele a ropa limpia, a gel de baño y a Christian, el aroma más tranquilizador y excitante que existe. Él inspira, pegado a mi cabello.

—Lamento que hayas tenido que pasar por todo eso.

—No es culpa tuya, Christian. ¿Por qué ha venido ella?

Baja la vista hacia mí y sus labios se curvan en un gesto de disculpa.

—Es amiga de la familia.

Yo intento mantenerme impassible.

—Ya no. ¿Cómo está tu madre?

—Ahora mismo está bastante enfadada conmigo. Sinceramente, estoy encantado de que tú estés aquí y de que esto sea una fiesta. De no ser así, puede que me hubiera matado.

—¿Tan enojada está?

Él asiente muy serio, y me doy cuenta de que está desconcertado por la reacción de ella.

—¿Y la culpas por eso? —digo en tono suave y cariñoso.

Él me abraza fuerte y parece indeciso, como si tratara de ordenar sus pensamientos.

Finalmente responde:

—No.

¡Uau! Menudo avance.

—¿Nos sentamos? —pregunto.

—Claro. ¿Aquí?

Asiento y nos acomodamos en lo alto de la escalera.

—¿Y tú qué sientes? —pregunto ansiosa, apretándole la mano y observando su cara triste y seria.

Él suspira.

—Me siento liberado.

Se encoge de hombros, y luego sonrío radiante, con una sonrisa gloriosa y despreocupada al más puro estilo Christian, y el cansancio y la tensión presentes hace un momento se desvanecen.

—¿De verdad?

Yo le devuelvo la sonrisa. Uau, bajaría a los infiernos por esa sonrisa.

—Nuestra relación de negocios ha terminado.

Le miro con el ceño fruncido.

—¿Vas a cerrar la cadena de salones de belleza?

Suelta un pequeño resoplido.

—No soy tan vengativo, Anastasia —me reprende—. No, le regalaré el negocio. Se lo debo. El lunes hablaré con mi abogado.

Yo arqueo una ceja.

—¿Se acabó la señora Robinson?

Adopta una expresión irónica y menea la cabeza.

—Para siempre.

Yo sonrío radiante.

—Siento que hayas perdido una amiga.

Se encoge de hombros y luego esboza un amago de sonrisa.

—¿De verdad lo sientes?

—No —confieso, ruborizada.

—Ven. —Se levanta y me ofrece una mano—.

Unámonos a esa fiesta en nuestro honor. Incluso puede que me emborrache.

—¿Tú te emborrachas? —le pregunto, y le doy la mano.

—No, desde mis tiempos de adolescente salvaje.

Bajamos la escalera.

—¿Has comido? —pregunta.

Oh, Dios.

—No.

—Pues deberías. A juzgar por el olor y el aspecto que tenía Elena, lo que le tiraste era uno de esos combinados mortales de mi padre.

Me observa e intenta sin éxito disimular su gesto risueño.

—Christian, yo...

Levanta una mano.

—No discutamos, Anastasia. Si vas a beber, y a tirarles copas encima a mis ex, antes tienes que comer. Es la norma número uno. Creo que ya tuvimos esta conversación después de la primera noche que pasamos juntos.

Oh, sí. El Heathman.

Cuando llegamos al pasillo, se detiene y me acaricia la cara, deslizando los dedos por mi mandíbula.

—Estuve despierto durante horas, contemplando cómo dormías —murmura—. Puede que ya te amara entonces.

Oh.

Se inclina y me besa con dulzura, y yo me derrito por dentro, y toda la tensión de la última hora se disipa lánguidamente de mi cuerpo.

—Come —susurra.

—Vale —accedo, porque en este momento haría cualquier cosa por él.

Me da la mano y me conduce hacia la cocina, donde la fiesta está en pleno auge.

—Buenas noches, John, Rhian.

—Felicidades otra vez, Ana. Seréis muy felices juntos.

El doctor Flynn nos sonríe con afecto cuando, cogidos del brazo, nos despedimos de él y de Rhian en el vestíbulo.

—Buenas noches.

Christian cierra la puerta, sacude la cabeza, y me mira de repente con unos ojos brillantes por la emoción.

¿Qué se propone?

—Solo queda la familia. Me parece que mi madre ha bebido demasiado.

Grace está cantando con una consola de karaoke en la sala familiar. Kate y Mia no paran de animarla.

—¿Y la culpas por ello?

Le sonrío con complicidad, intentando mantener el buen ambiente entre ambos. Con éxito.

—¿Se está riendo de mí, señorita Steele?

—Así es.

—Un día memorable.

—Christian, últimamente todos los días que paso contigo son memorables —digo en tono mordaz.

—Buena puntualización, señorita Steele. Ven, quiero enseñarte una cosa.

Me da la mano y me conduce a través de la casa hasta la cocina, donde Carrick, Ethan y Elliot hablan de los Mariners, beben los últimos cócteles y comen los restos del festín.

—¿Vais a dar un paseo? —insinúa Elliot burlón cuando cruzamos las puertas acristaladas.

Christian no le hace caso. Carrick le pone mala cara a Elliot, moviendo la cabeza con un mudo reproche.

Mientras subimos los escalones hasta el jardín, me quito los zapatos. La media luna brilla resplandeciente sobre la bahía. Reluce intensamente, proyectando infinitas sombras y matices de gris a nuestro alrededor, mientras las luces de Seattle centellean a lo lejos. La casita del embarcadero está iluminada, como un faro que refulge suavemente bajo el frío halo de la luna.

—Christian, mañana me gustaría ir a la iglesia.

—¿Ah?

—Recé para que volvieras a casa con vida, y así ha sido. Es lo mínimo que puedo hacer.

—De acuerdo.

Deambulamos de la mano durante un rato, envueltos en un silencio relajante. Y entonces se me ocurre preguntarle:

—¿Dónde vas a poner las fotos que me hizo José?

—Pensé que podríamos colgarlas en la casa nueva.

—¿La has comprado?

Se detiene para mirarme fijamente, y dice en un tono lleno de preocupación:

—Sí, creí que te gustaba.

—Me gusta. ¿Cuándo la has comprado?

—Ayer por la mañana. Ahora tenemos que decidir qué hacer con ella —murmura aliviado.

—No la eches abajo. Por favor. Es una casa preciosa. Solo necesita que la cuiden con amor y cariño.

Christian me mira y sonrío.

—De acuerdo. Hablaré con Elliot. Él conoce a una arquitecta muy buena que me hizo unas obras en Aspen. Él puede encargarse de la reforma.

De pronto me quedo sin aliento, recordando la última vez que cruzamos el jardín bajo la luz de la luna en dirección a la casita del embarcadero. Oh, quizá sea allí adonde vamos ahora. Sonrío.

—¿Qué pasa?

—Me estaba acordando de la última vez que me llevaste a la casita del embarcadero.

A Christian se le escapa la risa.

—Oh, aquello fue muy divertido. De hecho...

Y de repente se me carga al hombro, y yo chillo, aunque no creo que vayamos demasiado lejos.

—Estabas muy enfadado, si no recuerdo mal —digo jadeante.

—Anastasia, yo siempre estoy muy enfadado.

—No, no es verdad.

Él me da un cachete en el trasero y se detiene frente a la puerta de madera. Me baja deslizándome por

su cuerpo hasta dejarme en el suelo, y me coge la cabeza entre las manos.

—No, ya no.

Se inclina y me besa con fuerza. Cuando se aparta, me falta el aire y el deseo domina mi cuerpo.

Baja los ojos hacia mí, y el resplandor luminoso que sale de la casita del embarcadero me permite ver que está ansioso. Mi hombre ansioso, no un caballero blanco ni oscuro, sino un hombre: un hombre hermoso y ya no tan destrozado al que amo. Levanto la mano y le acaricio la cara. Deslizo los dedos sobre sus patillas y por la mandíbula hasta el mentón, y dejo que mi dedo índice le acaricie los labios. Él se relaja.

—Tengo que enseñarte una cosa aquí dentro — murmura, y abre la puerta.

La cruda luz de los fluorescentes ilumina la impresionante lancha motora, que se mece suavemente en las aguas oscuras del muelle. A su lado se ve un pequeño bote de remos.

—Ven.

Christian toma mi mano y me conduce por los escalones de madera. Al llegar arriba, abre la puerta y se aparta para dejarme entrar.

Me quedo con la boca abierta. La buhardilla está irreconocible. La habitación está llena de flores... hay flores por todas partes. Alguien ha creado un maravilloso emparrado de preciosas flores silvestres, entremezcladas con centelleantes luces navideñas y farolillos que inundan la habitación de un fulgor pálido y tenue.

Vuelvo la cara para mirarle, y él me está observando con una expresión inescrutable. Se encoge de hombros.

—Querías flores y corazones —murmura.

Apenas puedo creer lo que estoy viendo.

—Mi corazón ya lo tienes. —Y hace un gesto abarcando la habitación.

—Y aquí están las flores —susurro, terminando la frase por él—. Christian, es precioso.

No se me ocurre qué más decir. Tengo un nudo en la garganta y las lágrimas inundan mis ojos.

Tirando suavemente de mi mano me hace entrar y, antes de que pueda darme cuenta, le tengo frente a mí con una rodilla hincada en el suelo. ¡Dios santo... esto sí que no me lo esperaba! Me quedo sin respiración.

Él saca un anillo del bolsillo interior de la chaqueta y levanta sus ojos grises hacia mí, brillantes, sinceros y cargados de emoción.

—Anastasia Steele. Te quiero. Quiero amarte, honrarte y protegerte durante el resto de mi vida. Sé mía. Para siempre. Comparte tu vida conmigo. Cásate conmigo.

Le miro parpadeando, y las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas. Mi Cincuenta, mi hombre. Le quiero tanto. Me invade una inmensa oleada de emoción, y lo único que soy capaz de decir es:

—Sí.

Él sonríe, aliviado, y desliza lentamente el anillo en mi dedo. Es un precioso diamante ovalado sobre un aro de platino. Uau, es grande... Grande, pero simple, deslumbrante en su simplicidad.

—Oh, Christian —sollozo, abrumada de pronto por tanta felicidad.

Me arrodillo a su lado, hundo las manos en su cabello y le beso. Le beso con todo mi corazón y mi

alma. Beso a este hombre hermoso que me quiere tanto como yo le quiero a él; y él me envuelve en sus brazos, y pone las manos sobre mi pelo y la boca sobre mis labios. Y en el fondo de mi ser sé que siempre seré suya, y que él siempre será mío. Juntos hemos llegado muy lejos, y tenemos que llegar aún más lejos, pero estamos hechos el uno para el otro. Estamos predestinados.



Da una calada y la punta del cigarrillo brilla en la oscuridad. Expulsa una gran bocanada de humo, que termina en dos anillos que se disipan ante él, pálidos y espectrales bajo la luz de la luna. Se remueve en el asiento, aburrido, y bebe un pequeño sorbo de bourbon barato de una botella envuelta en un papel marrón arrugado, que luego vuelve a colocarse entre los muslos.

Es increíble que aún le siga la pista. Tuerce la boca en una mueca sardónica. Lo del helicóptero ha sido una acción temeraria y precipitada. Una de las cosas más excitantes que ha hecho en toda su vida. Pero ha sido en vano. Pone los ojos en blanco con expresión irónica. ¿Quién habría pensado que ese hijo de puta sabría pilotar tan bien, el muy cabrón?

Suelta un gruñido.

Le han infravalorado. Si Grey creyó por un momento que se retiraría gimoteante y con el rabo entre las piernas, es que ese capullo no se entera de nada.

Le ha pasado lo mismo durante toda la vida. La gente le ha infravalorado constantemente: no es más

que un hombre que lee libros. ¡Y una mierda! Es un hombre que lee libros, y que además tiene una memoria fotográfica. Ah, las cosas de las que se ha enterado, las cosas que sabe. Gruñe otra vez. Sí, sobre ti, Grey. Las cosas que sé sobre ti.

No está mal para ser un chico de los bajos fondos de Detroit.

No está mal para ser un chico que obtuvo una beca para Princeton.

No está mal para ser un chico que se deslomó trabajando durante la universidad y al final consiguió entrar en el mundo editorial.

Y ahora todo eso se ha jodido, se ha ido al garete por culpa de Grey y su putita. Frunce el ceño mientras observa la casa, como si representara todo lo que él desprecia. Pero no ha pasado nada. El único acontecimiento destacable ha sido esa mujer de la melenita rubia corta que ha bajado por el sendero hecha un mar de lágrimas, se ha subido al CLK blanco y se ha marchado.

Suelta una risita amarga y hace una mueca de dolor. Joder, las costillas. Todavía le duelen por culpa de las patadas que le dio el esbirro de Grey.

Revive la escena en su mente. «Si vuelves a tocar a la señorita Steele, te mato.»

Ese hijo de perra también recibirá lo suyo. Sí, no sabe lo que le espera.

Se reclina otra vez en el asiento. Parece que la noche va a ser larga. Se quedará, vigilando y esperando. Da otra calada al Marlboro. Ya llegará su oportunidad. Llegará muy pronto.

E.L. JAMES

CINCUENTA SOMBRAS

LIBERADAS

Traducción de

M.^a del Puerto Barruetabeña Diez

Índice

Cubierta

Cincuenta sombras liberadas

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Las sombras de Christian

Las primeras Navidades de Cincuenta

Conozcamos a Cincuenta Sombras

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

Para mi Mamá con todo mi amor y gratitud.

Y para mi querido Padre:

Papá, te echo de menos todos los días

Agradecimientos

Gracias a Niall, mi roca.

A Kathleen por ser un gran apoyo, una amiga, una confidente y mi asesora técnica.

A Bee por su infinito apoyo moral.

A Taylor (otro de mis asesores), Susi, Pam y Nora por hacérmelo pasar bien.

Y quiero darles mis más sinceras gracias por sus consejos y su tacto:

A la doctora Raina Sluder, por su ayuda con los temas médicos; a Anne Forlines por el asesoramiento financiero; a Elizabeth de Vos por su amable asesoramiento sobre el sistema de adopción americano.

Gracias a Maddie Blandino por su arte exquisito e inspirador.

A Pam y a Gillian por los cafés del sábado por la mañana y por devolverme a la vida real.

También quiero darle las gracias a mi equipo de edición: Andrea, Shay y la siempre maravillosa y solo a veces gruñona Janine, que tolera mis ataques de mal humor con paciencia, fortaleza y un gran sentido del humor.

Y a Amanda y a todos los de The Writer's Coffee Shop Publishing House. Y finalmente un enorme agradecimiento para todos los de la editorial Vintage.

Prólogo

Mami! ¡Mami! Mami está dormida en el suelo. Lleva mucho tiempo dormida. Le cepillo el pelo porque sé que le gusta. No se despierta. La sacudo. ¡Mami! Me duele la tripa. Tengo hambre. Él no está aquí. Y también tengo sed. En la cocina acerco una silla al fregadero y bebo. El agua me salpica el jersey azul. Mami sigue dormida. ¡Mami, despierta! Está muy quieta. Y fría. Cojo mi mantita y la tapo. Yo me tumbo en la alfombra verde y pegajosa a su lado. Mami sigue durmiendo. Tengo dos coches de juguete y hago carreras con ellos por el suelo en el que está mami durmiendo. Creo que mami está enferma. Busco algo para comer. Encuentro guisantes en el congelador. Están fríos. Me los como muy despacio. Hacen que me duela el estómago. Me echo a dormir al lado de mami. Ya no hay guisantes. En el congelador hay algo más. Huele raro. Lo pruebo con la lengua y se me queda pegada. Me lo como lentamente. Sabe mal. Bebo agua. Juego con los coches y me duermo al lado de mami. Mami está muy fría y no se despierta. La puerta se abre con un estruendo. Tapo a mami con la mantita. Él está aquí. «Joder. ¿Qué coño ha pasado aquí? Puta descerebrada... Mierda. Joder. Quita de mi vista, niño de mierda.» Me da una patada y yo me golpeo la cabeza con el suelo. Me duele. Llamo a alguien y se va. Cierra con llave. Me tumbo al lado de mami. Me duele la cabeza. Ha venido una señora policía. No. No. No. No me

toques. No me toques. No me toques. Quiero quedarme con mami. No. Aléjate de mí. La señora policía coge mi mantita y me lleva. Grito. ¡Mami! ¡Mami! Quiero a mami. Las palabras se van. No puedo decirlas. Mami no puede oírme. No tengo palabras.

—¡Christian! ¡Christian! —El tono de ella es urgente y le arranca de las profundidades de su pesadilla, de su desesperación—. Estoy aquí. Estoy aquí.

Él se despierta y ella está inclinada sobre él, agarrándole los hombros y sacudiéndole, con el rostro angustiado, los ojos azules como platos y llenos de lágrimas.

—Ana. —Su voz es solo un susurro entrecortado. El sabor del miedo le llena la boca—. Estás aquí.

—Claro que estoy aquí.

—He tenido un sueño...

—Lo sé. Estoy aquí, estoy aquí.

—Ana. —Él dice su nombre en un suspiro y es como un talismán contra el pánico negro y asfixiante que le recorre el cuerpo.

—Chis, estoy aquí. —Se acurruca a su lado, envolviéndole, transmitiéndole su calor para que las sombras se alejen y el miedo desaparezca. Ella es el sol, la luz... y es suya.

—No quiero que volvamos a pelearnos, por favor.

—Tiene la voz ronca cuando la rodea con los brazos.

—Está bien.

—Los votos. No obedecerme. Puedo hacerlo. Encontraremos la manera. —Las palabras salen apresuradamente de su boca en una mezcla de emoción, confusión y ansiedad.

—Sí, la encontraremos. Siempre encontraremos la manera —susurra ella y le cubre los labios con los suyos, silenciándole y devolviéndole al presente.

Levanto la vista para mirar a través de las rendijas de la sombrilla de brezo y admiro el más azul de los cielos, un azul veraniego, mediterráneo. Suspiro satisfecha. Christian está a mi lado, tirado en una tumbona. Mi marido, mi sexy y guapísimo marido, sin camisa y con unos vaqueros cortados, está leyendo un libro que predice la caída del sistema bancario occidental. Sin duda se trata de una lectura absorbente porque jamás le había visto tan quieto. Ahora mismo parece más un estudiante que el presidente de una de las principales empresas privadas de Estados Unidos.

Son los últimos días de nuestra luna de miel y estamos haraganeando bajo el sol de la tarde en la playa del hotel Beach Plaza Monte Carlo de Mónaco, aunque en realidad no nos alojamos en él. Abro los ojos para buscar al *Fair Lady*, que está anclado en el puerto. Nosotros estamos en un yate de lujo, por supuesto. Construido en 1928, flota majestuosamente sobre las aguas, reinando sobre todos los demás barcos del puerto. Parece de juguete. A Christian le encanta y sospecho que tiene la tentación de comprarlo. Los niños y sus juguetes...

Me acomodo en la tumbona y me pongo a escuchar la selección de música que ha metido Christian Grey en mi nuevo iPod y me quedo medio dormida bajo el sol de última hora de la tarde recordando su proposición de matrimonio. Oh, esa maravillosa

proposición que me hizo en la casita del embarcadero...
Casi puedo oler el aroma de las flores del prado...



—¿Y si nos casamos mañana? —me susurra Christian al oído.

Estoy tumbada sobre su pecho bajo la pérgola llena de flores de la casita del embarcadero, más que satisfecha tras haber hecho el amor apasionadamente.

—Mmm...

—¿Eso es un sí? —Reconozco en su voz cierta sorpresa y esperanza.

—Mmm.

—¿O es un no?

—Mmm.

Siento que sonrío.

—Señorita Steele, ¿está siendo incoherente?

Yo también sonrío.

—Mmm.

Ríe y me abraza con fuerza, besándome en el pelo.

—En Las Vegas. Mañana. Está decidido.

Adormilada, levanto la cabeza.

—No creo que a mis padres les vaya a gustar mucho eso.

Recorre con las yemas de los dedos mi espalda desnuda, arriba y abajo, acariciándome con suavidad.

—¿Qué es lo que quieres, Anastasia? ¿Las Vegas? ¿Una boda por todo lo alto? Lo que tú me digas.

—Una gran boda no... Solo los amigos y la familia. —Alzo la vista para mirarle, emocionada por la silenciosa súplica que veo en sus brillantes ojos grises. ¿Y qué es lo que quiere él?

—Muy bien —asiente—. ¿Dónde?

Me encojo de hombros.

—¿Por qué no aquí? —pregunta vacilante.

—¿En casa de tus padres? ¿No les importará?

Ríe entre dientes.

—A mi madre le daríamos una alegría. Estará encantada.

—Bien, pues aquí. Seguro que mis padres también lo preferirán.

Christian me acaricia el pelo. ¿Se puede ser más feliz de lo que soy yo ahora mismo?

—Bien, ya tenemos el dónde. Ahora falta el cuándo.

—Deberías preguntarle a tu madre.

—Mmm. —La sonrisa de Christian desaparece—. Le daré un mes como mucho. Te deseo demasiado para esperar ni un segundo más.

—Christian, pero si ya me tienes. Ya me has tenido durante algún tiempo. Pero me parece bien, un mes.

Le doy un beso en el pecho, un beso suave y casto, y le miro sonriéndole.



—Te vas a quemar —me susurra Christian al oído, despertándome bruscamente de mi siesta.

—Solo de deseo por ti. —Le dedico la más dulce de las sonrisas. El sol vespertino se ha desplazado y ahora estoy totalmente expuesta a sus rayos. Él me responde con una sonrisita y tira de mi tumbona con un movimiento rápido para ponerme bajo la sombrilla.

—Mejor lejos de este sol mediterráneo, señora Grey.

—Gracias por su altruismo, señor Grey.

—Un placer, señora Grey, pero no estoy siendo altruista en absoluto. Si te quemas, no voy a poder tocarte. —Alza una ceja y sus ojos brillan divertidos. El corazón se me derrite—. Pero sospecho que ya lo sabes y que te estás riendo de mí.

—¿Tú crees? —pregunto fingiendo inocencia.

—Sí, eso creo. Lo haces a menudo. Es una de las muchas cosas que adoro de ti. —Se inclina y me da un beso, mordiéndome juguetón el labio inferior.

—Tenía la esperanza de que quisieras darme más crema solar —le digo haciendo un mohín muy cerca de sus labios.

—Señora Grey, me está usted proponiendo algo sucio... pero no puedo negarme. Incorpórate —me ordena con voz ronca.

Hago lo que me pide y con movimientos lentos y meticulosos de sus dedos fuertes y flexibles me cubre el cuerpo de crema.

—Eres preciosa. Soy un hombre con suerte — murmura mientras sus dedos pasan casi rozando mis pechos para extender la crema.

—Sí, cierto. Es usted un hombre afortunado, señor Grey. —Le miro a través de las pestañas con coqueta modestia.

—La modestia le sienta bien, señora Grey. Vuélvete. Voy a darte crema en la espalda.

Sonriendo, me doy la vuelta y él me desata la tira trasera del biquini obscenamente caro que llevo.

—¿Qué te parecería si hiciera topless como las demás mujeres de la playa? —le pregunto.

—No me gustaría nada —me dice sin dudarlo—. Ni siquiera me gusta que lleves tan poca cosa como ahora. —Se acerca a mí inclinándose y me susurra al oído—. No tienes a la suerte.

—¿Me está desafiando, señor Grey?

—No. Estoy enunciando un hecho, señora Grey.

Suspiro y sacudo la cabeza. Oh, Christian... mi posesivo y celoso obseso del control...

Cuando termina me da un azote en el culo.

—Ya está, señorita.

Su BlackBerry, omnipresente y siempre encendida, empieza a vibrar. Frunzo el ceño y él sonrío.

—Solo para mis ojos, señora Grey. —Levanta una ceja en una advertencia juguetona, me da otro azote y vuelve a su tumbona para contestar la llamada.

La diosa que llevo dentro ronronea. Tal vez esta noche podamos hacer algún tipo de espectáculo en el

suelo solo para sus ojos. La diosa sonríe cómplice arqueando una ceja. Yo también sonrío por lo que estoy pensando y vuelvo a abandonarme a mi siesta.

—*Mam’selle? Un Perrier pour moi, un Coca-Cola light pour ma femme, s’il vous pla t. Et quelque chose   manger... laissez-moi voir la carte.*

Mmm... El fluido francés de Christian me despierta. Parpadeo un par de veces a causa de la luz del sol y cuando abro los ojos le encuentro observándome mientras una chica joven con librea se aleja con la bandeja en alto y una coleta alta y rubia oscilando provocativamente.

— Tienes sed? —me pregunta.

—S  —murmuro todavía medio dormida.

—Podría pasarme todo el día mirándote.  Est s cansada?

Me ruborizo.

—Es que anoche no dormí mucho.

—Yo tampoco. —Sonríe, deja la BlackBerry y se levanta. Los pantalones cortos se le caen un poco, de esa forma sugerente que tanto me gusta, dejando a la vista el bañador que lleva debajo. Después se quita los pantalones y las chanclas y yo pierdo el hilo de mis pensamientos—. Ven a nadar conmigo. —Me tiende la mano y yo le miro un poco aturdida—.  Nadamos? — repite ladeando un poco la cabeza y con una expresión divertida. Como no respondo, niega lentamente con la cabeza—. Creo que necesitas algo para despertarte. —De repente se lanza sobre mí y me coge en brazos. Yo chillo, más de sorpresa que de miedo.

—iChristian! iB jame! —le grito.

Él ríe.

—Solo cuando lleguemos al mar, nena.

Varias personas que toman el sol en la playa nos miran con ese desinterés divertido tan típico de los monegascos, según acabo de descubrir, mientras Christian me lleva hasta el mar entre risas y empieza a sortear las olas.

Le rodeo el cuello con los brazos.

—No te atreverás —le digo casi sin aliento mientras intento sofocar mis risas.

Él sonrío.

—Oh, Ana, nena, ¿es que no has aprendido nada en el poco tiempo que hace que me conoces?

Me besa y yo aprovecho la oportunidad para deslizar los dedos entre su pelo, agarrárselo con las dos manos y devolverle el beso invadiéndole la boca con mi lengua. Él inspira bruscamente y se aparta con la mirada ardiente pero cautelosa.

—Ya me conozco tu juego —me susurra y se va hundiendo lentamente en el agua fresca y clara conmigo en brazos, mientras sus labios vuelven a encontrarse con los míos. El frescor del mediterráneo queda pronto olvidado cuando envuelvo a mi marido con el cuerpo.

—Creía que te apetecía nadar —le digo junto a su boca.

—Me has distraído... —Christian me roza el labio inferior con los dientes—. Pero no sé si quiero que la buena gente de Montecarlo vea cómo mi esposa se abandona a la pasión.

Le roza la mandíbula con los dientes, con su principio de barba cosquilleándome la lengua, sin importarme un comino la buena gente de Montecarlo.

—Ana —gime. Se enrolla mi coleta en la muñeca y tira con suavidad para obligarme a echar la cabeza hacia atrás y tener mejor acceso a mi cuello. Después me besa la oreja y va bajando lentamente.

—¿Quieres que vayamos más adentro? — pregunta en un jadeo.

—Sí —susurro.

Christian se aparta un poco y me mira con los ojos ardientes, llenos de deseo, divertidos.

—Señora Grey, es usted una mujer insaciable y una descarada. ¿Qué clase de monstruo he creado?

—Un monstruo hecho a tu medida. ¿Me querías de alguna otra forma?

—Te querría de cualquier forma en que pudiera tenerte, ya lo sabes. Pero ahora mismo no. No con público —dice señalando la orilla con la cabeza.

¿Qué?

Es cierto que varias personas en la playa han abandonado su indiferencia y ahora nos miran con verdadero interés. De repente Christian me coge por la cintura y me tira al aire, dejando que caiga al agua y me hunda bajo las olas hasta tocar la suave arena que hay en el fondo. Salgo a la superficie tosiendo, escupiendo y riendo.

—¡Christian! —le regaño mirándole fijamente. Creía que íbamos a hacer el amor en el agua... pero él ha vuelto a salirse con la suya. Se muerde el labio inferior para evitar reírse. Yo le salpico y él me responde salpicándome también.

—Tenemos toda la noche —me dice sonriendo como un tonto—. Hasta luego, nena. —Se zambulle bajo el agua y vuelve a la superficie a un metro de donde

estoy. Después, con un estilo crol fluido y grácil, se aleja de la orilla. Y de mí.

¡Oh, Cincuenta! Siempre tan seductor y juguetón... Me protejo los ojos del sol con la mano mientras le veo alejarse. Cómo le gusta provocarme... ¿Qué puedo hacer para que vuelva? Mientras nado de vuelta a la orilla, sopeso las posibilidades. En la zona de las tumbonas ya han llegado nuestras bebidas. Le doy un sorbo rápido a mi Coca-Cola. Christian solo es una pequeña motita en la distancia.

Mmm... Me tumbo boca arriba y, tras pelearme un poco con los tirantes, me quito la parte de arriba del biquini y la dejo caer despreocupadamente sobre la tumbona de Christian. Para que vea lo descarada que puedo ser, señor Grey... ¡Ahora chúpate esa! Cierro los ojos y dejo que el sol me caliente la piel y los huesos... El calor me relaja mientras mis pensamientos vuelven al día de mi boda.



—Ya puedes besar a la novia —anuncia el reverendo Walsh.

Sonrío a mi flamante marido.

—Al fin eres mía —me susurra tirando de mí para rodearme con los brazos y darme un beso casto en los labios.

Estoy casada. Ya soy la señora de Christian Grey. Estoy borracha de felicidad.

—Estás preciosa, Ana —murmura y sonrío con los ojos brillando de amor... y algo más, algo oscuro y lujurioso—. No dejes que nadie que no sea yo te quite ese vestido, ¿entendido? —Su sonrisa sube de temperatura mientras con las yemas de los dedos me acaricia la mejilla, haciéndome hervir la sangre.

Madre mía... ¿Cómo consigue hacerme esto, incluso aquí, con toda esta gente mirando?

Asiento en silencio. Vaya, espero que nadie nos haya oído. Por suerte el reverendo Walsh se ha apartado discretamente. Miro a la multitud allí reunida vestida con sus mejores galas... Mi madre, Ray, Bob y los Grey, todos aplaudiendo. Y también Kate, mi dama de honor, que está genial con un vestido rosa pálido de pie junto al padrino de Christian: su hermano Elliot. ¿Y quién iba a pensar que Elliot podía tener tan buena pinta una vez arreglado? Todos muestran unas brillantes sonrisas de oreja a oreja... excepto Grace, que está llorando discretamente cubriéndose con un delicado pañuelo blanco.

—¿Preparada para la fiesta, señora Grey? —murmura Christian con una sonrisa tímida. Me derrito al verlo. Está fabuloso con un sencillo esmoquin negro con chaleco y corbata plateados. Se le ve... muy elegante.

—Preparadísima. —La cara se me ilumina con una sonrisa bobalicona.

Un poco más tarde, la fiesta está en su apogeo... Carrick y Grace se han superado. Han hecho que volvieran a colocar la carpa y la han decorado con rosa pálido, plata y marfil, dejando los lados abiertos con

vistas a la bahía. Hemos tenido la suerte de tener un tiempo estupendo y ahora el sol de última hora de la tarde brilla sobre el agua. Hay una pista de baile en un extremo de la carpa y un buffet muy generoso en el otro.

Ray y mi madre están bailando y riéndose juntos. Tengo una sensación agrídulce al verlos así. Espero que Christian y yo duremos más; no sé qué haría si me dejara. Casamiento apresurado, arrepentimiento asegurado. Ese dicho no deja de repetirse en mi cabeza.

Kate está a mi lado. Está guapísima con un vestido largo de seda. Me mira y frunce el ceño.

—Oye, que se supone que hoy es el día más feliz de tu vida —me regaña.

—Y lo es —le digo en voz baja.

—Oh, Ana, ¿qué te pasa? ¿Estás mirando a tu madre y a Ray?

Asiento con aire triste.

—Son felices.

—Sí, felices separados.

—¿Te están entrando las dudas? —me pregunta Kate alarmada.

—No, no, claro que no. Solo es que... le quiero muchísimo. —Me quedo petrificada, sin poder o sin querer expresar mis miedos.

—Ana, es obvio que te adora. Sé que habéis tenido un comienzo muy poco convencional en vuestra relación, pero yo he visto lo felices que habéis sido durante el último mes. —Me coge y me aprieta las manos—. Además, ya es demasiado tarde —añade con una sonrisa.

Suelto una risita. Kate siempre diciendo lo que no hace falta decir. Me atrae hacia ella para darme el Abrazo Especial de Katherine Kavanagh.

—Ana, vas a estar bien. Y si te hace daño alguna vez, aunque solo sea en un pelo de la cabeza, tendrá que responder ante mí. —Me suelta y le sonrío a alguien que hay detrás de mí.

—Hola, nena. —Christian me sorprende rodeándome con los brazos y me da un beso en la sien—. Kate —saluda. Sigue mostrándose algo frío con ella, aunque ya han pasado seis semanas.

—Hola otra vez, Christian. Voy a buscar al padrino, que es tu hombre preferido y también el mío. — Con una sonrisa para ambos se aleja para ir con Elliot, que está bebiendo con el hermano de Kate, Ethan, y nuestro amigo José.

—Es hora de irse —murmura Christian.

—¿Ya? Es la primera fiesta a la que asisto en la que no me importa ser el centro de atención. —Me giro entre sus brazos para poder mirarle de frente.

—Mereces serlo. Estás impresionante, Anastasia.

—Y tú también.

Me sonrío y su expresión sube de temperatura.

—Ese vestido tan bonito te sienta bien.

—¿Este trapo viejo? —me ruborizo tímidamente y tiro un poco de ribete de fino encaje del vestido de novia sencillo y entallado que ha diseñado para mí la madre de Kate. Me encanta que el encaje caiga justo por debajo del hombro; queda recatado, pero seductor, espero.

Se inclina y me da un beso.

—Vámonos. No quiero compartirme con toda esta gente ni un minuto más.

—¿Podemos irnos de nuestra propia boda?

—Nena, es nuestra fiesta y podemos hacer lo que queramos. Hemos cortado la tarta. Y ahora mismo lo que quiero es raptarte para tenerte toda para mí.

Suelto una risita.

—Me tiene para toda la vida, señor Grey.

—Me alegro mucho de oír eso, señora Grey.

—¡Oh, ahí estáis! Qué dos tortolitos.

Gruño en mi fuero interno... La madre de Grace nos ha encontrado.

—Christian, querido... ¿Otro baile con tu abuela?

Christian frunce los labios.

—Claro, abuela.

—Y tú, preciosa Anastasia, ve y haz feliz a un anciano: baila con Theo.

—¿Con quién, señora Trevelyan?

—Con el abuelo Trevelyan. Y creo que ya puedes llamarme abuela. Vosotros dos tenéis que poner os cuanto antes manos a la obra en el asunto de darme bisnietos. No voy a durar mucho ya. —Nos mira con una sonrisa tontorróna.

Christian la mira parpadeando, horrorizado.

—Vamos, abuela —dice cogiéndola apresuradamente de la mano y llevándola a la pista de baile. Me mira casi haciendo un mohín y pone los ojos en blanco—. Luego, cariño.

Mientras voy de camino adonde está el abuelo Trevelyan, José me aborda.

—No te voy a pedir otro baile. Creo que ya te he monopolizado demasiado en la pista de baile hasta ahora... Me alegro de verte feliz, pero te lo digo en serio, Ana. Estaré aquí... si me necesitas.

—Gracias, José. Eres un buen amigo.

—Lo digo en serio. —Sus ojos oscuros brillan por la sinceridad.

—Ya lo sé. Gracias de verdad, José. Pero si me disculpas... Tengo una cita con un anciano.

Arruga la frente, confuso.

—El abuelo de Christian —aclaró.

Me sonrío.

—Buena suerte con eso, Annie. Y buena suerte con todo.

—Gracias, José.

Después de mi baile con el siempre encantador abuelo de Christian, me quedo de pie junto a las cristaleras viendo como el sol se hunde lentamente por detrás de Seattle provocando sombras de color naranja y aguamarina en la bahía.

—Vamos —me insiste Christian.

—Tengo que cambiarme. —Le cojo la mano con intención de arrastrarle hacia la cristalera y que suba las escaleras conmigo. Frunce el ceño sin comprender y tira suavemente de mi mano para detenerme—. Creía que querías ser tú el que me quitara el vestido —le explico.

Se le iluminan los ojos.

—Cierto. —Me mira con una sonrisa lasciva—. Pero no te voy a desnudar aquí. Entonces no nos iríamos hasta... no sé... —dice agitando su mano de largos dedos. Deja la frase sin terminar pero el significado está más que claro.

Me ruborizo y le suelto la mano.

—Y no te sueltes el pelo —me murmura misteriosamente.

—Pero...

—Nada de «peros», Anastasia. Estás preciosa. Y quiero ser yo el que te desnude.

Frunzo el ceño.

—Guarda en tu bolsa de mano la ropa que te ibas a poner —me ordena—. La vas a necesitar. Taylor ya tiene tu maleta.

—Está bien.

¿Qué habrá planeado? No me ha dicho adónde vamos. De hecho, no creo que nadie sepa nada. Ni Mia ni Kate han conseguido sacarle la información. Me vuelvo hacia mi madre y Kate.

—No me voy a cambiar.

—¿Qué? —dice mi madre.

—Christian no quiere que me cambie. —Me encojo de hombros, como si eso lo explicara todo.

Ella arruga la frente.

—No has prometido obedecer —me recuerda con mucha diplomacia. Kate intenta hacer que su risa ahogada parezca una tos. La miro entornando los ojos. Ni ella ni mi madre tienen ni idea de la pelea que Christian y yo tuvimos por eso. No quiero resucitar esa discusión. Dios, mi Cincuenta Sombras se puede poner muy furioso a veces... y después tener pesadillas. El recuerdo me reafirma en mi decisión.

—Lo sé, mamá, pero le gusta mi vestido y quiero darle ese gusto.

Su expresión se suaviza. Kate pone los ojos en blanco y con mucha discreción se aleja para dejarnos solas.

—Estás muy guapa, hija. —Carla me coloca con cariño uno de los rizos que se me ha soltado y me acaricia la barbilla—. Estoy tan orgullosa de ti, cielo... Vas

a hacer muy feliz a Christian —me dice y me da un abrazo.

Oh, mamá...

—No me lo puedo creer... Pareces tan mayor ahora... Vas a empezar una nueva vida; solo tienes que recordar siempre que los hombres vienen de un planeta diferente. Así todo te irá bien.

Suelto una risita. Christian no es de otro planeta, es de otro universo. Si ella supiera...

—Gracias, mamá.

Ray se acerca a nosotras sonriéndonos dulcemente.

—Te ha salido una niña preciosa, Carla —dice con los ojos brillándole por el orgullo. Está impecable con su esmoquin negro y el chaleco rosa pálido. Me emociono y se me llenan los ojos de lágrimas. Oh, no... Hasta ahora había conseguido no llorar...

—Y tú la has ayudado a crecer y a ser lo que es, Ray. —La voz de Carla suena nostálgica.

—Y he adorado cada momento del tiempo que he pasado con ella. Eres una novia sensacional, Annie. — Ray me coloca tras la oreja el mismo rizo suelto de antes.

—Oh, papá... —Intento contener un sollozo y él me abraza brevemente, un poco incómodo.

—Y vas a ser una esposa sensacional también — me susurra con voz ronca.

Cuando me suelta, Christian está a mi lado.

Ray le estrecha la mano afectuosamente.

—Cuida de mi niña, Christian.

—Eso es lo que pretendo hacer, Ray. Carla. —
Saluda a mi padrastro con un movimiento de cabeza y le da un beso a mi madre.

El resto de los invitados han creado un largo pasillo humano con un arco formado por sus brazos extendidos para que pasemos por él hacia la salida de la casa.

—¿Lista? —pregunta Christian.

—Sí.

Me coge la mano y me guía bajo esos brazos estirados mientras los invitados nos gritan felicitaciones y deseos de buena suerte y nos tiran arroz. Al final del pasillo nos esperan Grace y Carrick con grandes sonrisas. Los dos nos abrazan y nos besan por turnos. Grace está emocionada de nuevo. Nos despedimos rápidamente de ellos.

Taylor nos espera junto al Audi todoterreno. Christian se queda sosteniendo la puerta del coche para que yo entre, pero antes me giro y tiro el ramo de rosas de color blanco y rosa hacia el grupo de mujeres jóvenes que se ha reunido. Mia lo coge al vuelo y sonrío de oreja a oreja.

Cuando entro en el todoterreno riéndome por la audaz forma de atrapar el ramo de Mia, Christian se agacha para ayudarme con el vestido. Cuando ya estoy bien acomodada dentro, se vuelve para despedirse de los invitados.

Taylor mantiene la puerta abierta para él.

—Felicidades, señor.

—Gracias, Taylor —responde Christian mientras se sienta a mi lado.

Cuanto Taylor entra en el coche, los invitados empiezan a tirarle arroz al coche. Christian me coge la mano y me besa los nudillos.

—¿Todo bien por ahora, señora Grey?

—Por ahora todo fantástico, señor Grey. ¿Adónde vamos?

—Al aeropuerto —dice con una sonrisa enigmática.

Mmm... ¿Qué estará planeando?

Taylor no se dirige a la terminal de salidas como yo esperaba, sino que cruza una puerta de seguridad y va directamente hacia la pista. ¿Qué demonios...? Y entonces lo veo: el jet de Christian con GREY ENTERPRISES HOLDINGS, INC. escrito en el fuselaje con grandes letras azules.

—No me digas que vas a volver a hacer un uso personal de los bienes de la empresa.

—Oh, eso espero, Anastasia —me sonrío Christian.

Taylor detiene el Audi al pie de la escalerilla que sube al avión y salta del coche para abrirle la puerta a Christian. Intercambian unas palabras y después Christian viene a abrirme la puerta. Y en vez de apartarse para dejarme espacio para salir, se inclina y me coge en brazos.

—¡Hey! ¿Qué haces? —chillo.

—Cogerte en brazos para cruzar el umbral —me dice.

—Oh...

Pero ¿eso no se supone que se hace al cruzar el umbral de la casa?

Me sube por la escalerilla sin esfuerzo aparente y Taylor nos sigue llevando mi maleta. La deja a la entrada del avión y vuelve al Audi. Dentro de la cabina reconozco a Stephan, el piloto de Christian, con su uniforme.

—Bienvenido a bordo, señor. Señora Grey —nos saluda con una sonrisa.

Christian me baja al suelo y estrecha la mano de Stephan. De pie junto a Stephan hay una mujer de pelo oscuro de unos... ¿qué? ¿Treinta y pocos? Ella también lleva uniforme.

—Felicidades a los dos —continúa Stephan.

—Gracias, Stephan. Anastasia, ya conoces a Stephan. Va a ser nuestro comandante hoy. Y esta es la primera oficial Beighley.

La chica se sonroja cuando Christian la presenta y parpadea muy rápido. Tengo ganas de poner los ojos en blanco. Otra mujer que está completamente cautivada por mi marido, que es demasiado guapo incluso para su propio bien.

—Encantada de conocerla —dice efusivamente Beighley.

Le sonrío con amabilidad. Después de todo... él es mío.

—¿Todo listo? —les pregunta Christian a ambos mientras yo examino la cabina. El interior es de madera de arce clara y piel de un suave color crema. Hay otra mujer joven en el otro extremo de la cabina, también vestida de uniforme; tiene el pelo castaño y es realmente guapa.

—Ya nos han dado todos los permisos. El tiempo va a ser bueno desde aquí hasta Boston.

¿Boston?

—¿Turbulencias?

—Antes de llegar a Boston no. Pero hay un frente sobre Shannon que puede que nos dé algún sobresalto.

¿Shannon, Irlanda?

—Ya veo. Bien, espero dormir durante el trayecto —dice Christian sin preocuparse lo más mínimo.

¿Dormir?

—Bien, vamos a prepararnos para despegar, señor —anuncia Stephan—. Les dejo en las capaces manos de Natalia, nuestra azafata. —Christian mira en su dirección y frunce el ceño, pero después se vuelve hacia Stephan con una sonrisa.

—Excelente. —Me coge la mano y me lleva hasta uno de los lujosos asientos de piel. Debe de haber unos doce en total—. Siéntate —dice mientras se quita la chaqueta y se desabrocha el chaleco de fino brocado. Nos sentamos en dos asientos individuales situados el uno frente al otro con una mesita reluciente entre ambos.

—Bienvenidos a bordo, señor, señora. Y felicidades. —Natalia ha aparecido junto a nosotros para ofrecernos una copa de champán rosado.

—Gracias —dice Christian. Ella nos sonrío educadamente y se retira a la cocina.

—Por una feliz vida de casados, Anastasia. —Christian levanta su copa y brindamos. El champán está delicioso.

—¿Bollinger? —pregunto.

—El mismo.

—La primera vez que lo probé lo bebí en tazas de té. —Sonrío.

—Recuerdo perfectamente ese día. Tu graduación.

—¿Adónde vamos? —Ya no soy capaz de contener mi curiosidad ni un segundo más.

—A Shannon —dice Christian con los ojos iluminados por el entusiasmo. Parece un niño pequeño.

—¿Irlanda? —¡Vamos a Irlanda!

—Para repostar combustible —añade jugueteón.

—¿Y después? —le animo.

Su sonrisa se hace más amplia y niega con la cabeza.

—¡Christian!

—A Londres —dice mirándome fijamente para ver mi reacción.

Doy un respingo. Madre mía... Pensaba que iríamos a algún sitio como Nueva York o Aspen, o incluso al Caribe. Casi no me lo puedo creer. La ilusión de mi vida siempre ha sido ir a Inglaterra. Siento que una luz se enciende en mi interior: la luz incandescente de la felicidad.

—Después París.

¿Qué?

—Y finalmente el sur de Francia.

¡Uau!

—Sé que siempre has soñado con ir a Europa —me dice en voz baja—. Quiero hacer que tus sueños se conviertan en realidad, Anastasia.

—Tú eres mi sueño hecho realidad, Christian.

—Lo mismo digo, señora Grey —me susurra.

Oh, Dios mío...

—Abróchate el cinturón.

Le sonrío y hago lo que me ha dicho.

Mientras el avión se encamina a la pista, nos bebemos el champán sonriéndonos bobaliconamente. No me lo puedo creer. Con veintidós años por fin voy a salir de Estados Unidos para ir a Europa, a Londres para ser más exactos.

Después de despegar Natalia nos sirve más champán y nos prepara el banquete nupcial. Y menudo banquete: salmón ahumado seguido de perdiz asada con ensalada de judías verdes y patatas *dauphinoise*, todo cocinado y servido por la tremendamente eficiente Natalia.

—¿Quiere postre, señor Grey? —le pregunta.

Niega con la cabeza y se pasa un dedo por el labio inferior mientras me mira inquisitivamente con una expresión oscura e inescrutable.

—No, gracias —murmura sin romper el contacto visual conmigo.

Cuando Natalia se retira, sus labios se curvan en una sonrisita secreta.

—La verdad —vuelve a murmurar— es que había planeado que el postre fueras tú.

Oh... ¿aquí?

—Vamos —me dice levantándose y tendiéndome la mano. Me guía hasta el fondo de la cabina.

—Hay un baño ahí —dice señalando una puertecita, pero sigue por un corto pasillo hasta cruzar una puerta que hay al final.

Vaya... un dormitorio. Esta habitación también es de madera de arce y está decorada con colores crema. La cama de matrimonio está cubierta de cojines de color dorado y marrón. Parece muy cómoda.

Christian se gira y me rodea con sus brazos sin dejar de mirarme.

—Vamos a pasar nuestra noche de bodas a diez mil metros de altitud. Es algo que no he hecho nunca.

Otra primera vez. Me quedo mirándole con la boca abierta y el corazón martilleándome en el pecho... el club de la milla. He oído hablar de él.

—Pero primero tengo que quitarte ese vestido tan fabuloso.

Le brillan los ojos de amor y de algo más oscuro, algo que me encanta y que despierta a la diosa que llevo dentro. Empiezo a quedarme sin aliento.

—Vuélvete. —Su voz es baja, autoritaria y tremendamente sexy.

¿Cómo puede una sola palabra encerrar tantas promesas? Obedezco de buen grado y sus manos suben hasta mi pelo. Me va quitando las horquillas, una tras otra. Sus dedos expertos acaban con la tarea en un santiamén. El pelo me va cayendo sobre los hombros, rizo tras rizo, cubriéndome la espalda y sobre los pechos. Intento quedarme muy quieta, pero deseo con todas mis fuerzas su contacto. Después de este día tan excitante, aunque largo y agotador, le deseo, deseo todo su cuerpo.

—Tienes un pelo precioso, Ana. —Tiene la boca junto a mi oído y siento su aliento aunque no me toca con los labios. Cuando ya no me quedan horquillas, me peina un poco con los dedos y me masajea suavemente la cabeza.

Oh, Dios mío... Cierro los ojos mientras disfruto de la sensación. Sus dedos siguen recorriendo mi pelo y

después me lo agarra y me tira un poco para obligarme a echar atrás la cabeza y exponer la garganta.

—Eres mía —suspira. Me tira del lóbulo de la oreja con los dientes.

Yo dejo escapar un gemido.

—Silencio —me ordena.

Me aparta el pelo y, siguiendo con un dedo el borde de encaje del vestido, recorre la parte alta de mi espalda de un hombro a otro. Me estremezco por la anticipación. Me da un beso tierno en la espalda justo encima del primer botón del vestido.

—Eres tan guapa... —dice mientras me desabrocha con destreza el primer botón—. Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo. —Con una lentitud infinita me va desabrochando los botones uno a uno, bajando por toda la espalda—. Te quiero muchísimo. —Va encadenando besos desde mi nuca hasta el extremo del hombro. Después de cada beso murmura una palabra—: Te. Deseo. Mucho. Quiero. Estar. Dentro. De. Ti. Eres. Mía.

Las palabras me resultan embriagadoras. Cierro los ojos y ladeo el cuello para facilitarle el acceso y voy cayendo cada vez más profundamente bajo el hechizo de Christian Grey, mi marido.

—Mía —repite en un susurro. Me va deslizándose el vestido por los brazos hasta que cae a mis pies en una nube de seda marfil y encaje—. Vuélvete —me pide de nuevo con la voz ronca.

Lo hago y él da un respingo.

Llevo puesto un corsé ajustado de seda de un tono rosáceo con ligero, bragas de encaje a juego y medias de seda blancas. Los ojos de Christian me

recorren el cuerpo ávidamente, pero no dice nada. Se limita a mirarme con los ojos muy abiertos por el deseo.

—¿Te gusta? —le pregunto en un susurro, consciente del tímido rubor que me está apareciendo en las mejillas.

—Más que eso, nena. Estás sensacional. Ven. — Me tiende la mano para ayudarme a desprenderme del vestido—. No te muevas —murmura, y sin apartar sus ojos cada vez más oscuros de los míos, recorre con el dedo corazón la línea del corsé que bordea mis pechos. Mi respiración se acelera y él repite el recorrido sobre mis pechos. Ese dedo travieso está provocándome escalofríos por toda la espalda. Se detiene y gira el dedo índice en el aire indicándome que dé una vuelta.

Ahora mismo haría cualquier cosa que me pidiera.

—Para —dice. Estoy de espaldas a él, mirando a la cama. Me rodea la cintura con el brazo, apretándome contra él, y me acaricia el cuello. Muy suavemente me cubre los pechos con las manos y juguetea con ellos mientras hace círculos sobre mis pezones con los pulgares hasta que logra que presionen y tensen la tela del corsé—. Mía —me susurra.

—Tuya —jadeo yo.

Abandona mis pechos y recorre con las manos mi estómago, mi vientre y después sigue bajando por los muslos y pasa casi rozándome el sexo. Ahogo un gemido. Mete los dedos por debajo de las tiras del ligero y, con su destreza habitual, suelta las dos medias a la vez. Ahora sus manos se dirigen a mi culo.

—Mía —repite con las manos extendidas sobre mis nalgas y las puntas de los dedos rozándome el sexo.

—Ah.

—Chis. —Las manos descienden por la parte posterior de mis muslos y sueltan las presillas del liguero.

Se inclina y aparta la colcha de la cama.

—Siéntate.

Lo hago totalmente hipnotizada por sus palabras. Christian se arrodilla a mis pies y me quita con suavidad los zapatos de novia de Jimmy Choo. Agarra la parte superior de mi media izquierda y la va deslizado por mi pierna lentamente, recorriendo la piel con el pulgar. Repite el proceso con la otra media.

—Esto es como desenvolver los regalos de Navidad. —Me sonrío y me mira a través de sus largas pestañas oscuras.

—Un regalo que ya tenías...

Frunce el ceño contrariado.

—Oh no, nena. Ahora eres mía de verdad.

—Christian, he sido tuya desde que te dije que sí. —Me inclino hacia él y le rodeo con las manos esa cara que tanto amo—. Soy tuya. Siempre seré tuya, esposo mío. Pero ahora mismo creo que llevas demasiada ropa. —Me agacho todavía más para besarlo y él viene a mi encuentro, me besa en los labios y me coge la cabeza mientras enreda los dedos en mi pelo.

—Ana —jadea—. Mi Ana. —Sus exigentes labios se unen con los míos una vez más. Su lengua es invasivamente persuasiva.

—La ropa —susurro.

Nuestras respiraciones se mezclan mientras tiro del chaleco. A él le cuesta quitárselo, así que tiene que

liberarme un momento. Se detiene y me mira con los ojos muy abiertos, llenos de deseo.

—Déjame, por favor. —Mi voz suena suave y sensual. Quiero desnudar a mi marido, a mi Cincuenta.

Se sienta sobre los talones y yo me acerco para cogerle la corbata (la corbata gris plateada, mi favorita), suelto el nudo lentamente y se la quito. Levanta la barbilla para dejarme desabrochar el botón superior de la camisa blanca. Cuando lo consigo, paso a los gemelos. Lleva unos gemelos de platino grabados con una A y una C entrelazadas: mi regalo de boda. Cuando se los quito, me los coge de la mano y cierra la suya sobre ellos. Le da un beso a esa mano y después se los guarda en el bolsillo de los pantalones.

—Qué romántico, señor Grey.

—Para usted, señora Grey, solo corazones y flores. Siempre.

Le cojo la mano y le miro a través de las pestañas mientras le doy un beso a su sencilla alianza de platino. Gime y cierra los ojos.

—Ana —susurra, y mi nombre es como una oración.

Alzo las manos para ocuparme del segundo botón y, repitiendo lo que él me ha hecho a mí hace unos minutos, le doy un suave beso en el pecho después de desabrochar cada botón. Entre los besos voy intercalando palabras.

—Tú. Me. Haces. Muy. Feliz. Te. Quiero.

Vuelve a gemir y en un movimiento rapidísimo me agarra por la cintura y me sube a la cama. Él me acompaña un segundo después. Sus labios encuentran los míos y me rodea la cara con las manos para

mantenerme quieta mientras nuestras lenguas se regodean la una de la otra. De repente Christian se aparta y se queda de rodillas, dejándome sin aliento y deseando más.

—Eres tan preciosa... esposa mía. —Me recorre las piernas con las manos y me agarra el pie izquierdo—. Tienes unas piernas espectaculares. Quiero besar cada centímetro de ellas. Empezando por aquí. —Me da un beso en el dedo gordo y después me araña la yema de ese dedo con los dientes.

Todo lo que hay por debajo de mi cintura se estremece. Desliza la lengua por el arco del pie. Después empieza a mordirme en el talón y va subiendo hasta el tobillo. Recorre el interior de mi pantorrilla dándome besos, unos besos suaves y húmedos. Me retuerzo bajo su cuerpo.

—Quieta, señora Grey —me advierte, y sin previo aviso me gira para dejarme boca abajo y continúa su viaje de placer recorriendo con la boca la parte posterior de las piernas, los muslos, el culo... y entonces se detiene. Gimo.

—Por favor...

—Te quiero desnuda —murmura, y me va soltando lentamente el corsé, desabrochando los corchetes uno a uno. Cuando la prenda queda plana sobre la cama debajo de mi cuerpo, él desliza la lengua por toda la longitud de mi espalda.

—Christian, por favor.

—¿Qué quiere, señora Grey? —Sus palabras son dulces y las oigo muy cerca de mi oído. Está casi tumbado sobre mí. Puedo sentir su erección contra mis nalgas.

—A ti.

—Y yo a ti, mi amor, mi vida... —me susurra, y antes de darme cuenta ha vuelto a girarme y a ponerme boca arriba.

Se coloca de pie rápidamente y en un movimiento de lo más eficiente se quita a la vez los pantalones y los bóxer y se queda gloriosamente desnudo, cerniéndose sobre mí, listo para lo que va a venir. La pequeña cabina queda eclipsada por su impresionante belleza, su deseo y su necesidad de tenerme. Se inclina y me quita las bragas. Después me mira.

—Mía —pronuncia.

—Por favor —le suplico.

Él me sonrío; una sonrisa lasciva, perversa y tentadora. Una sonrisa muy propia de mi Cincuenta Sombras.

Sube a cuatro patas a la cama y va recorriendo mi pierna derecha esta vez, llenándola de besos... Hasta que llega al vértice entre mis muslos. Me abre bien las piernas.

—Ah... esposa mía —susurra antes de poner la boca sobre mi piel. Cierro los ojos y me rindo a esa lengua mucho más que hábil. Le agarro el pelo con las manos mientras mis caderas oscilan y se balancean. Me las sujeta para que me quede quieta, pero no detiene esa deliciosa tortura. Estoy cerca, muy cerca.

—Christian... —gimo con fuerza.

—Todavía no —jadea y asciende por mi cuerpo para hundirme la lengua en el ombligo.

—¡No! —¡Maldita sea! Siento su sonrisa contra mi vientre pero no interrumpe su viaje hacia el norte.

—Qué impaciente, señora Grey. Tenemos hasta que aterricemos en la isla Esmeralda. —Me va besando reverencialmente los pechos. Me coge el pezón izquierdo entre los labios y tira de él. No deja de mirarme mientras me martiriza y sus ojos están tan oscuros como una tormenta tropical.

Oh, madre mía... Se me había olvidado. Europa...

—Te deseo, esposo. Por favor.

Se coloca sobre mí, cubriéndome con su cuerpo y descansando el peso en los codos. Me acaricia la nariz con la suya y yo recorro con las manos su espalda fuerte y flexible hasta llegar a su culo extraordinario.

—Señora Grey... esposa. Estoy aquí para complacerla. —Me roza con los labios—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Abre los ojos. Quiero verte.

—Christian... ah... —grito cuando entra lentamente en mi interior.

—Ana, oh, Ana... —jadea Christian y empieza a moverse.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —grita Christian, despertándome de ese sueño tan placentero. Está de pie, mojado y hermoso, a los pies de mi tumbona mirándome fijamente.

¿Qué he hecho? Oh, no... Estoy boca arriba. No, no, no. Y él está furioso. Mierda. Está hecho una verdadera furia.

De repente estoy totalmente despierta; mi sueño erótico queda olvidado en un abrir y cerrar de ojos.

—Oh, estaba boca arriba... Debo de haberme girado mientras dormía —digo en mi defensa sin demasiado convencimiento.

Le arden los ojos por la furia. Se agacha, coge la parte de arriba de mi biquini de su tumbona y me la tira.

—¡Póntelo! —ordena entre dientes.

—Christian, nadie me está mirando.

—Créeme. Te están mirando. ¡Y seguro que Taylor y los de seguridad están disfrutando mucho del espectáculo! —gruñe.

¡Maldita sea! ¿Por qué nunca me acuerdo de ellos? Me cubro los pechos con las manos presa del pánico. Desde el sabotaje de *Charlie Tango*, esos malditos guardias de seguridad nos siguen a todas partes como unas sombras.

—Y algún asqueroso paparazzi podría haberte hecho una foto también —continúa Christian—. ¿Quieres salir en la portada de la revista *Star*, desnuda esta vez?

¡Mierda! ¡Los paparazzi! ¡Joder! Intento ponerme apresuradamente el biquini, pero los dedos parece que no quieren responderme. Palidezco y noto un escalofrío. El recuerdo desagradable del asedio al que me sometieron los paparazzi al salir del edificio de Seattle Independent Publishing el día que se filtró nuestro

compromiso me viene a la mente inoportunamente; todo eso es parte de la vida de Christian Grey, va con el lote.

—*L'addition!* —grita Christian a una camarera que pasa—. Nos vamos —me dice.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Oh, mierda, mejor no llevarle la contraria en este momento.

Se pone los pantalones, a pesar de que tiene el bañador empapado, y la camiseta gris. La camarera vuelve en un segundo con su tarjeta de crédito y la cuenta.

A regañadientes, me pongo el vestido de playa turquesa y las chanclas. Cuando se marcha la camarera, Christian coge su libro y su BlackBerry y oculta su furia detrás de sus gafas de sol espejadas de aviador. Echa chispas por la tensión y el enfado. El corazón se me cae a los pies. Todas las demás mujeres de la playa están en topless, no es un crimen tan grave. De hecho soy yo la que se ve rara con el biquini completo puesto. Suspiro para mí, con el alma hundida. Creía que Christian le vería el lado divertido o algo así... Tal vez si me hubiera quedado boca abajo... Pero ahora su sentido del humor se ha evaporado.

—Por favor, no te enfades conmigo —le susurro cogiéndole el libro y la BlackBerry y metiéndolos en mi mochila.

—Ya es demasiado tarde —dice en voz baja. Demasiado baja—. Vamos. —Me coge la mano y le hace una señal a Taylor y a sus dos compañeros, los agentes de seguridad franceses Philippe y Gaston. Por extraño que parezca, son gemelos idénticos. Han estado todo el

tiempo vigilando la playa desde una galería. ¿Por qué no dejo de olvidarme de ellos? ¿Cómo es posible? Taylor tiene la expresión imperturbable bajo las gafas oscuras. Mierda, él también está enfadado conmigo. Todavía no estoy acostumbrada a verle vestido tan informal, con pantalones cortos y un polo negro.

Christian me lleva hasta el hotel, cruza el vestíbulo y después sale a la calle. Sigue en silencio, pensativo e irritado, y todo es por mi culpa. Taylor y su equipo nos siguen.

—¿Adónde vamos? —le pregunto tímidamente mirándole.

—Volvemos al barco. —No me mira al decirlo.

No tengo ni idea de qué hora es. Deben de ser las cinco o las seis de la tarde, creo. Cuando llegamos al puerto, Christian me lleva al muelle en el que están amarradas la lancha motora y la moto acuática del *Fair Lady*. Mientras Christian suelta las amarras de la moto de agua, yo le paso mi mochila a Taylor. Le miro nerviosa, pero, igual que Christian, su expresión no revela nada. Me sonrojo pensando en lo que ha visto en la playa.

—Póngase esto, señora Grey. —Taylor me pasa un chaleco salvavidas desde la lancha motora y yo me lo pongo obediente. ¿Por qué soy la única que lleva chaleco? Christian y Taylor intercambian una mirada. Vaya, ¿está enfadado también con Taylor? Después Christian comprueba las cintas de mi chaleco y me aprieta más la central.

—Así está mejor —murmura resentido, todavía sin mirarme. Mierda.

Sube con agilidad a la moto de agua y me tiende la mano para ayudarme a subir. Agarrándole con fuerza, consigo sentarme detrás de él sin caerme al agua. Taylor y los gemelos suben a la lancha. Christian empuja con el pie la moto para separarla del muelle y esta se aleja flotando suavemente.

—Agárrate —me ordena y yo le rodeo con los brazos. Esta es mi parte favorita de los viajes en moto acuática. Le abrazo fuerte, con la nariz pegada a su espalda, recordando que hubo un tiempo en que no toleraba que le tocara así. Huele bien... a Christian y a mar. ¡Perdóname, Christian, por favor!

Él se pone tenso.

—Prepárate —dice, pero esta vez su tono es más suave. Le doy un beso en la espalda, apoyo la mejilla contra él y miro hacia el muelle, donde se ha congregado un grupo de turistas para ver el espectáculo.

Christian gira la llave en el contacto y la moto cobra vida con un rugido. Con un giro del acelerador, la moto da un salto hacia delante y sale del puerto deportivo a toda velocidad, cruzando el agua oscura y fría hacia el puerto de yates donde está anclado el *Fair Lady*. Me agarro más fuerte a Christian. Me encanta esto... ¡es tan emocionante! Sujetándome de esta forma noto todos los músculos del delgado cuerpo de Christian.

Taylor va a nuestro lado en la lancha. Christian le mira y luego acelera de nuevo. Salimos como una bala hacia delante, saltando sobre la superficie del agua como un guijarro lanzado con precisión experta. Taylor niega con la cabeza con una exasperación resignada y se dirige directamente al barco, pero Christian pasa como una centella junto al *Fair Lady* y sigue hacia mar abierto.

El agua del mar nos salpica, el viento cálido me golpea la cara y me despeina la coleta, haciendo que mechones de mi pelo vuelen por todas partes. Esto es realmente divertido. Tal vez la emoción del viaje en la moto acuática mejore el humor de Christian. No puedo verle la cara, pero sé que se lo está pasando bien; libre, sin preocupaciones, actuando como una persona de su edad por una vez.

Gira el manillar para trazar un enorme semicírculo y yo contemplo la costa: los barcos en el puerto deportivo y el mosaico de amarillo, blanco y color de arena de las oficinas y apartamentos con las irregulares montañas al fondo. Es algo muy desorganizado, nada que ver con los bloques siempre iguales a los que estoy acostumbrada, pero también muy pintoresco. Christian me mira por encima del hombro y veo la sombra de una sonrisa jugueteando en sus labios.

—¿Otra vez? —me grita por encima del sonido del motor.

Asiento entusiasmada. Me responde con una sonrisa deslumbrante. Gira el acelerador otra vez y le da una vuelta al *Fair Lady* a toda velocidad para después volver a mar abierto... y yo creo que me ha perdonado.

—Te ha cogido el sol —me dice Christian con suavidad mientras me desata el chaleco. Ansiosa, intento adivinar cuál es su actual estado de ánimo. Estamos en cubierta a bordo del yate y uno de los camareros del barco aguarda de pie en silencio cerca, esperando para recoger el chaleco. Christian se lo pasa.

—¿Necesita algo más, señor? —le pregunta el joven. Me encanta su acento francés. Christian lo mira,

se quita las gafas y se las cuelga del cuello de la camiseta.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta.

—¿Lo necesito?

Él ladea la cabeza.

—¿Por qué me preguntas eso? —Ha formulado la pregunta en voz baja.

—Ya sabes por qué.

Frunce el ceño como si estuviera sopesando algo en su mente.

Oh, ¿qué estará pensando?

—Dos gin-tonics, por favor. Y frutos secos y aceitunas —le dice al camarero, que asiente y desaparece rápidamente.

—¿Crees que te voy a castigar? —La voz de Christian es suave como la seda.

—¿Quieres castigarme?

—Sí.

—¿Cómo?

—Ya pensaré algo. Tal vez después de tomarnos esas copas. —Eso es una amenaza sensual. Trago saliva y la diosa que llevo dentro entorna un poco los ojos en su tumbona, donde está intentando coger unos rayos con un reflector plateado desplegado junto a su cuello.

Christian frunce el ceño una vez más.

—¿Quieres que te castigue?

Pero ¿cómo lo sabe?

—Depende —murmuro sonrojándome.

—¿De qué? —Él oculta una sonrisa.

—De si quieres hacerme daño o no.

Aprieta los labios hasta formar una dura línea, todo rastro de humor olvidado. Se inclina y me da un beso en la frente.

—Anastasia, eres mi mujer, no mi sumisa. Nunca voy a querer hacerte daño. Deberías saberlo a estas alturas. Pero... no te quites la ropa en público. No quiero verte desnuda en la prensa amarilla. Y tú tampoco quieres. Además, estoy seguro de que a tu madre y a Ray tampoco les haría gracia.

¡Oh, Ray! Dios mío, Ray padece del corazón. ¿En qué estaría pensando? Me reprendo mentalmente.

Aparece el camarero con las bebidas y los aperitivos, que coloca en la mesa de teca.

—Siéntate —ordena Christian.

Hago lo que me dice y me acomodo en una silla de tijera. Christian se sienta a mi lado y me pasa un gin-tonic.

—Salud, señora Grey.

—Salud, señor Grey. —Le doy un sorbo a la copa, que me sienta de maravilla. Esto quita la sed y está frío y delicioso. Cuando miro a Christian, veo que me observa. Ahora mismo es imposible saber de qué humor está. Es muy frustrante... No sé si sigue enfadado conmigo, por eso despliego mi técnica de distracción patentada—. ¿De quién es este barco? —le pregunto.

—De un noble británico. Sir no sé qué. Su bisabuelo empezó con una tienda de comestibles. Su hija está casada con uno de los príncipes herederos de Europa.

Oh.

—¿Inmensamente rico?

Christian de repente se muestra receloso.

—Sí.

—Como tú —murmuro.

—Sí.

Oh.

—Y como tú —susurra Christian y se mete una aceituna en la boca. Yo parpadeo rápidamente. Acaba de venirme a la mente una imagen de él con el esmoquin y el chaleco plateado; sus ojos estaban llenos de sinceridad al mirarme durante la ceremonia de matrimonio y decir esas palabras: «Todo lo que era mío, es nuestro ahora». Su voz recitando los votos resuena en mi memoria con total claridad.

¿Todo mío?

—Es raro. Pasar de nada a... —Hago un gesto con la mano para abarcar la opulencia de lo que me rodea—. A todo.

—Te acostumbrarás.

—No creo que me acostumbre nunca.

Taylor aparece en cubierta.

—Señor, tiene una llamada.

Christian frunce el ceño pero coge la BlackBerry que le está tendiendo.

—Grey —dice y se levanta de donde está sentado para quedarse de pie en la proa del barco.

Me pongo a mirar al mar y desconecto de su conversación con Ros —creo—, su número dos. Soy rica... asquerosamente rica. Y no he hecho nada para ganar ese dinero... solo casarme con un hombre rico. Me estremezco cuando mi mente vuelve a nuestra conversación sobre acuerdos prematrimoniales. Fue el domingo después de su cumpleaños. Estábamos todos sentados a la mesa de la cocina, disfrutando de un

desayuno sin prisa. Elliot, Kate, Grace y yo estábamos debatiendo sobre los méritos del beicon en comparación con los de las salchichas mientras Carrick y Christian leían el periódico del domingo...



—Mirad esto —chilla Mia poniendo su ordenador en la mesa de la cocina delante de nosotros—. Hay un cotilleo en la página web del *Seattle Nooz* sobre tu compromiso, Christian.

—¿Ya? —pregunta Grace sorprendida, luego frunce los labios cuando algo claramente desagradable le cruza por la mente.

Christian frunce el ceño.

Mia lee la columna en voz alta: «Ha llegado el rumor a la redacción de *The Nooz* de que al soltero más deseado de Seattle, Christian Grey, al fin le han echado el lazo y que ya suenan campanas de boda. Pero ¿quién es la más que afortunada elegida? *The Nooz* está tras su pista. ¡Seguro que ya estará leyendo el monstruoso acuerdo prematrimonial que tendrá que firmar!».

Mia suelta una risita, pero se pone seria bruscamente cuando Christian la fulmina con la mirada. Se hace el silencio y la temperatura en la cocina de los Grey cae por debajo de cero.

¡Oh, no! ¿Un acuerdo prematrimonial? Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Trago saliva y siento

que toda la sangre ha abandonado mi cara. ¡Tierra, trágame ahora mismo, por favor! Christian se revuelve incómodo en su silla y yo le miro con aprensión.

—No —me dice.

—Christian... —intenta Carrick.

—No voy a discutir esto otra vez —le responde a Carrick, que me mira nervioso y abre la boca para decir algo—. ¡Nada de acuerdos prematrimoniales! —dice Christian casi gritando y vuelve a su periódico, enfadado, ignorando a todos los demás de la mesa. Todos me miran a mí, después a él... y por fin a cualquier sitio que no sea a nosotros dos.

—Christian —digo en un susurro—. Firmaré lo que tú o el señor Grey queráis que firme. —Bueno, tampoco iba a ser la primera vez que me hiciera firmar algo.

Christian levanta la vista y me mira.

—¡No! —grita.

Yo me pongo pálida una vez más.

—Es para protegerte.

—Christian, Ana... Creo que deberías discutir esto en privado —nos aconseja Grace. Mira a Carrick y a Mia. Oh, vaya, parece que ellos también van a tener problemas...

—Ana, esto no es por ti —intenta tranquilizarme Carrick—. Y por favor, llámame Carrick.

Christian le dedica una mirada glacial a su padre con los ojos entornados y a mí se me cae el alma a los pies. Demonios... Está furioso.

De repente, sin previo aviso, todo el mundo empieza a hablar alegremente y Mia y Kate se levantan de un salto para recoger la mesa.

—Yo sin duda prefiero las salchichas —exclama Elliot.

Me quedo mirando mis dedos entrelazados. Mierda. Espero que los señores Grey no crean que soy una cazafortunas. Christian extiende la mano y me agarra suavemente las dos manos con la suya.

—Para.

¿Cómo puede saber lo que estoy pensando?

—Ignora a mi padre —dice Christian con la voz tan baja que solo yo puedo oírle—. Está muy molesto por lo de Elena. Lo que ha dicho iba dirigido a mí. Ojala mi madre hubiera mantenido la boca cerrada.

Sé que Christian todavía está resentido tras su charla de anoche con Carrick sobre Elena.

—Tiene razón, Christian. Tú eres muy rico y yo no apporto nada a este matrimonio excepto mis préstamos para la universidad.

Christian me mira con los ojos sombríos.

—Anastasia, si me dejas te lo puedes llevar todo. Ya me has dejado una vez. Ya sé lo que se siente.

Oh, maldita sea...

—Eso no tiene nada que ver con esto —le susurro conmovida por la intensidad de sus palabras—. Pero... puede que seas tú el que quiera dejarme. —Solo de pensarlo me pongo enferma.

Él ríe entre dientes y niega con la cabeza, indignado.

—Christian, yo puedo hacer algo excepcionalmente estúpido y tú... —Bajo la vista otra vez hacia mis manos entrelazadas, siento una punzada de dolor y no puedo acabar la frase. Perder a Christian... Joder.

—Basta. Déjalo ya. Este tema está zanjado, Ana. No vamos a hablar de él ni un minuto más. Nada de acuerdo prematrimonial. Ni ahora... ni nunca. —Me lanza una mirada definitiva que dice claramente «olvídalo ahora mismo» y que consigue que me calle. Después se vuelve hacia Grace—. Mamá, ¿podemos celebrar la boda aquí?



No ha vuelto a mencionarlo. De hecho, en cada oportunidad que tiene no deja de repetirme hasta dónde llega su riqueza... y que también es mía. Me estremezco al recordar la locura de compras con Caroline Acton —la asesora personal de compras de Neiman Marcus— a la que me empujó Christian para prepararme para la luna de miel. Solo el biquini ya costó quinientos cuarenta dólares. Y es bonito, pero vamos a ver... ¡es una cantidad de dinero ridícula por cuatro trozos de tela triangulares!

—Te acostumbrarás. —Christian interrumpe mis pensamientos cuando vuelve a ocupar su sitio.

—¿Me acostumbraré a qué?

—Al dinero —responde poniendo los ojos en blanco.

Oh, Cincuenta, tal vez con el tiempo. Empujo el platito con almendras saladas y anacardos hacia él.

—Su aperitivo, señor —digo con la cara más seria que puedo lograr, intentando incluir algo de humor en la

conversación después de mis sombríos pensamientos y la metedura de pata del biquini.

Sonríe pícaro.

—Me gustaría que el aperitivo fueras tú. —Coge una almendra y los ojos le brillan perversos mientras disfruta de su ocurrencia. Se humedece los labios—. Bebe. Nos vamos a la cama.

¿Qué?

—Bebe —me dice y veo que se le están oscureciendo los ojos.

Oh, Dios mío. La mirada que me acaba de dedicar sería suficiente para provocar el calentamiento global por sí sola. Cojo mi copa de gin-tonic y me la bebo de un trago sin apartar mis ojos de él. Se queda con la boca abierta y alcanzo a ver la punta de su lengua entre los dientes. Me sonrío lascivo. En un movimiento fluido se pone de pie y se inclina delante de mí, apoyando las manos en los brazos de la silla.

—Te voy a convertir en un ejemplo. Vamos. No vayas al baño a hacer pis —me susurra al oído.

Doy un respingo. ¿Que no vaya a hacer pis? Qué grosero. Mi subconsciente, alarmada, levanta la vista del libro (*Obras completas de Charles Dickens*, volumen 1).

—No es lo que piensas. —Christian sonrío juguetón y me tiende la mano—. Confía en mí.

Está increíblemente sexy, ¿cómo podría resistirme?

—Está bien. —Le cojo la mano. La verdad es que le confiaría mi vida. ¿Qué habrá planeado? El corazón empieza a latirme con fuerza por la anticipación.

Me lleva por la cubierta y a través de las puertas al salón principal, lleno de lujo en todos sus detalles,

después por el estrecho pasillo, cruzando el comedor y bajando por las escaleras hasta el camarote principal.

Han limpiado el camarote y hecho la cama. Es una habitación preciosa. Tiene dos ojos de buey, uno a babor y otro a estribor, y está decorado con elegancia y gusto con muebles de madera oscura de nogal, paredes de color crema y complementos rojos y dorados.

Christian me suelta la mano, se saca la camiseta por la cabeza y la tira a una silla. Después deja a un lado las chanclas y se quita los pantalones y el bañador en un solo movimiento. Oh, madre mía... ¿Me voy a cansar alguna vez de verle desnudo? Es guapísimo y todo mío. Le brilla la piel (a él también le ha cogido el sol), y el pelo, que ahora lleva más largo, le cae sobre la frente. Soy una chica con mucha, mucha suerte.

Me coge la barbilla y tira de mi labio inferior con el pulgar para que deje de mordérmelo y después me lo acaricia.

—Mejor así. —Se gira y camina hasta el impresionante armario en el que guarda su ropa. Saca del cajón inferior dos pares de esposas de metal y un antifaz como los de las aerolíneas.

¡Esposas! Nunca ha usado esposas. Le echo una mirada rápida y nerviosa a la cama. ¿Dónde demonios va a enganchar las esposas? Se vuelve y me mira fijamente con los ojos oscuros y brillantes.

—Estas pueden hacerte daño. Se clavan en la piel si tiras con demasiada fuerza —dice levantando un par para que lo vea—. Pero tengo ganas de usarlas contigo ahora.

Vaya. Se me seca la boca.

—Toma —dice acercándose y pasándome uno de los pares—. ¿Quieres probártelas primero?

Son macizas y el metal está frío. En algún lugar de mi mente pienso que espero no tener que llevar nunca un par de esas en la vida real.

Christian me observa atentamente.

—¿Dónde están las llaves? —Mi voz tiembla.

Abre la mano y en su palma aparece una pequeña llave metálica.

—Es la misma para los dos juegos. Bueno, de hecho, para todos los juegos.

¿Cuántos juegos tendrá? No recuerdo haber visto ninguno en la cómoda del cuarto de juegos.

Me acaricia la mejilla con el dedo índice y va bajando hasta mi boca. Se acerca como si fuera a besarme.

—¿Quieres jugar? —me dice en voz baja y toda la sangre de mi cuerpo se dirige hacia el sur cuando el deseo empieza a desperezarse en lo más profundo de mi vientre.

—Sí —jadeo.

Él sonrío.

—Bien. —Me da un beso en la frente que es poco más que un roce—. Vamos a necesitar una palabra de seguridad.

¿Qué?

—«Para» no nos sirve porque lo vas a decir varias veces, pero seguramente no querrás que lo haga. —Me acaricia la nariz con la suya, el único contacto entre nosotros.

El corazón se me acelera. Mierda... ¿Cómo puede ponerme así solo con las palabras?

—Esto no va a doler. Pero va a ser intenso. Muy intenso, porque no te voy a dejar moverte. ¿Vale?

Oh, Dios mío. Eso suena excitante. Mi respiración se oye muy fuerte. Joder, ya estoy jadeando. Gracias a Dios que estoy casada con este hombre, de lo contrario esto me resultaría muy embarazoso. Bajo la mirada y noto su erección.

—Vale. —Apenas se oye mi voz cuando lo digo.

—Elige una palabra, Ana.

Oh...

—Una palabra de seguridad —repite en voz baja.

—Pirulí —digo jadeando.

—¿Pirulí? —pregunta divertido.

—Sí.

Sonríe y se inclina sobre mí.

—Interesante elección. Levanta los brazos.

Obedezco y Christian agarra el dobladillo de mi vestido playero, me lo quita por la cabeza y lo tira al suelo. Extiende la mano y le devuelvo las esposas. Pone los dos juegos en la mesita de noche junto con el antifaz y retira la colcha de la cama de un tirón, arrojándola luego al suelo.

—Vuélvete.

Me giro y me suelta la parte de arriba del biquini, que cae al suelo.

—Mañana te voy a grapar esto a la piel —murmura. Después me quita la goma del pelo para soltarlo. Me lo agarra con una mano y tira suavemente para que dé un paso atrás hasta quedar contra su cuerpo. Contra su pecho. Y contra su erección.

Gimo cuando me ladea la cabeza y me besa el cuello.

—Has sido muy desobediente —me dice al oído provocándome estremecimientos por todo el cuerpo.

—Sí —respondo en un susurro.

—Mmm. ¿Y qué vamos a hacer con eso?

—Aprender a vivir con ello —digo en un jadeo. Sus besos suaves y lánguidos me están volviendo loca. Sonríe con la boca contra mi cuello.

—Ah, señora Grey. Siempre tan optimista.

Se yergue. Me divide con atención el pelo en tres mechones, me lo trenza lentamente y lo sujeta con la goma al final. Me tira un poco de la trenza y se acerca a mi oído.

—Te voy a dar una lección —murmura.

Con un movimiento repentino me agarra de la cintura, se sienta en la cama y me tumba sobre su regazo. En esta postura siento la presión de su erección contra mi vientre. Me da un azote en el culo, fuerte. Chillo y al segundo siguiente estoy boca arriba en la cama y él me mira fijamente con sus ojos de un gris líquido. Estoy a punto de empezar a arder.

—¿Sabes lo preciosa que eres? —Me roza el muslo con las puntas de los dedos de forma que me cosquillea... todo. Sin apartar los ojos de mí, se levanta de la cama y coge los dos juegos de esposas. Me agarra la pierna izquierda y cierra una de las esposas alrededor de mi tobillo.

¡Oh!

Me levanta la pierna derecha y repite el proceso; ahora tengo un par de esposas colgando de cada tobillo. Sigo sin tener ni idea de dónde las va a enganchar.

—Siéntate —me ordena y yo obedezco inmediatamente—. Ahora abrázate las rodillas.

Parpadeo, subo las piernas hasta que quedan dobladas delante de mí y las rodeo con los brazos. Me coge la barbilla y me da un beso suave y húmedo en los labios antes de ponerme el antifaz sobre los ojos. No veo nada y solo oigo mi respiración acelerada y el agua chocando contra los costados del yate, que cabecea suavemente en el mar.

Oh, madre mía. Estoy muy excitada... ya.

—¿Cuál es la palabra de seguridad, Anastasia?

—Pirulí.

—Bien.

Me coge la mano izquierda y cierra las esposas alrededor de la muñeca. Después repite el proceso con la derecha. Tengo la mano izquierda esposada al tobillo izquierdo y la derecha al derecho. No puedo estirar las piernas. Oh, maldita sea...

—Ahora —dice Christian con un jadeo— te voy a follar hasta que grites.

¿Qué? Todo el aire abandona mi cuerpo.

Me agarra los dos tobillos y me empuja hacia atrás hasta que caigo de espaldas sobre la cama. Las esposas me obligan a mantener las piernas dobladas y me aprietan la carne si tiro de ellas. Tiene razón, se me clavan casi hasta el punto del dolor... Me siento muy rara, atada, indefensa y en un barco. Christian me separa los tobillos y yo suelto un gruñido.

Me besa el interior de los muslos y quiero retorcerme, pero no puedo. No tengo posibilidad de mover la cadera. Mis pies están suspendidos en el aire. No puedo moverme.

—Tendrás que absorber todo el placer, Anastasia. No te muevas —murmura mientras sube por mi cuerpo y

me besa a lo largo de la cintura de la parte de abajo del biquini. Suelta los cordones de ambos lados y el trocito de tela cae. Ahora estoy desnuda y a su merced. Me besa el vientre y me muerde el ombligo.

—Ah —suspiro. Esto va a ser duro... No tenía ni idea. Va subiendo con besos suaves y mordisquitos hasta mis pechos.

—Chis... —Intenta calmarme—. Eres preciosa, Ana.

Vuelvo a gruñir de frustración. Normalmente estaría moviendo las caderas, respondiendo a su contacto con un ritmo propio, pero no puedo moverme. Gimo y tiro de las esposas. El metal se me clava en la piel.

—¡Ah! —grito, aunque realmente no me importa.

—Me vuelves loco —me susurra—. Así que te voy a volver loca yo a ti.

Está sobre mí ahora, el peso apoyado en los codos, y centra su atención en mis pechos. Morder, chupar, hacer rodar los pezones entre los índices y los pulgares... todo para sacarme de mis casillas. No se detiene. Es enloquecedor. Oh. Por favor. Su erección se aprieta contra mí.

—Christian... —le suplico, y siento su sonrisa triunfante contra mi piel.

—¿Quieres que te haga correr así? —me pregunta contra mi pezón, haciendo que se ponga aún más duro—. Sabes que puedo. —Succiona el pezón con fuerza y yo grito porque un relámpago de placer sale de mi pecho y va directo a mi entrepierna. Tiro indefensa de las esposas, abrumada por la sensación.

—Sí —gimoteo.

—Oh, nena, eso sería demasiado fácil.

—Oh... por favor.

—Chis.

Me araña la piel con los dientes mientras se acerca con los labios a mi boca y yo suelto un grito ahogado. Me besa. Su hábil lengua me invade la boca saboreando, explorando, dominando, pero mi lengua responde a su desafío retorciéndose contra la suya. Sabe a ginebra fría y a Christian Grey, que huele a mar. Me coge la barbilla para sujetarme la cabeza.

—Quieta, nena. Quiero que estés quieta —me susurra contra la boca.

—Quiero verte.

—Oh, no, Ana. Sentirás más así. —Y de una forma agónicamente lenta flexiona la cadera y entra parcialmente en mi interior. En otras circunstancias inclinaría la pelvis para ir a su encuentro, pero no puedo moverme. Él sale de mí.

—¡Oh! ¡Christian, por favor!

—¿Otra vez? —me tienta con la voz ronca.

—¡Christian!

Empuja un poco para volver a entrar y se retira a la vez que me besa y sus dedos me tiran del pezón. Es una sobrecarga de placer.

—¡No!

—¿Me deseas, Anastasia?

—Sí —gimo.

—Dímelo —murmura con la respiración trabajosa mientras vuelve a provocarme: dentro... y fuera.

—Te deseo —lloriqueo—. Por favor.

Oigo un suspiro suave junto a mi oreja.

—Y me vas a tener, Anastasia.

Se yergue sobre las rodillas y entra bruscamente en mí. Grito echando atrás la cabeza y tirando de las esposas cuando me toca ese punto tan dulce. Soy toda sensación en todas partes; una dulce agonía, pero sigo sin poder moverme. Se queda quieto y después hace un círculo con la cadera. Su movimiento se expande por todo mi interior.

—¿Por qué me desafías, Ana?

—Christian, para...

Vuelve a hacer ese círculo en mi interior, ignorando mi súplica, y luego sale muy despacio para volver a entrar con brusquedad.

—Dime por qué. —Habla con dificultad y me doy cuenta vagamente de que es porque tiene los dientes apretados.

Solo me sale un quejido incoherente... Esto es demasiado.

—Dímelo.

—Christian...

—Ana, necesito saberlo.

Vuelve a dar una embestida brusca, hundiéndose profundamente. La sensación es tan intensa... Me envuelve, forma espirales en mi interior, en el vientre, en cada una de las extremidades y en los sitios donde se me clavan las esposas.

—¡No lo sé! —chillo—. ¡Porque puedo! ¡Porque te quiero! Por favor, Christian.

Gruñe con fuerza y se hunde profundamente, una y otra vez, y otra y otra, y yo me pierdo intentando absorber el placer. Es para perder la cabeza... y el cuerpo... Quiero estirar las piernas para controlar el inminente orgasmo pero no puedo. Estoy indefensa. Soy

suya, solo suya para que haga conmigo lo que él quiera... Se me llenan los ojos de lágrimas. Es demasiado intenso. No puedo pararle. No quiero pararle... Quiero... Quiero... Oh, no, oh, no... es demasiado...

—Eso es —dice Christian—. ¡Siéntelo, nena!

Estallo a su alrededor, una y otra vez, sin parar, chillando a todo pulmón cuando el orgasmo me parte por la mitad y me quema como un incendio que lo consume todo. Estoy retorcida de una forma extraña, me caen lágrimas por la cara y siento que mi cuerpo late y se estremece.

Noto que Christian se arrodilla, todavía dentro de mí, y me incorpora sobre su regazo. Me agarra la cabeza con una mano y la espalda con la otra y se corre con violencia en mi interior. Mi cuerpo todavía sigue temblando por las últimas convulsiones. Es demoledor, agotador, es el infierno... y el cielo a la vez. Es el hedonismo elevado a la enésima potencia.

Christian me arranca el antifaz y me besa. Me da besos en los ojos, en la nariz, en las mejillas. Me enjuga las lágrimas con besos y me coge la cara entre las manos.

—Te quiero, señora Grey —dice jadeando—. Aunque me pongas hecho una furia, me siento tan vivo contigo... —No tengo energía suficiente para abrir los ojos o la boca para responder. Con mucho cuidado me tumba en la cama y sale de mí.

Intento protestar pero no puedo. Se baja de la cama y me suelta las esposas. Cuando me libera, me masajea las muñecas y los tobillos y después se tumba a mi lado otra vez, arropándome entre sus brazos. Estiro las piernas. Oh, Dios mío. Qué gusto. Qué bien me

siento. Ese ha sido, sin duda, el orgasmo más intenso que he experimentado en mi vida. Mmm... Así es un polvo de castigo de Christian Grey... Cincuenta Sombras.

Tengo que portarme mal más a menudo.

Una necesidad imperiosa de mi vejiga me despierta. Al abrir los ojos me siento desorientada. Fuera está oscuro. ¿Dónde estoy? ¿En Londres? ¿En París? No... en el barco. Noto el cabeceo y oigo el ronroneo suave de los motores. Nos estamos moviendo. ¡Qué raro! Christian está a mi lado, trabajando en su portátil, vestido informal con una camisa blanca de lino y unos pantalones chinos y descalzo. Todavía tiene el pelo húmedo y huelo el jabón de la ducha reciente en su cuerpo y el olor a Christian... Mmm.

—Hola —susurra mirándome con ojos tiernos.

—Hola —le sonrió sintiéndome tímida de repente—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Una hora más o menos.

—¿Nos movemos?

—He pensado que como ayer salimos a cenar y fuimos al ballet y al casino, esta noche podíamos cenar a bordo. Una noche tranquila *à deux*.

Le sonrío.

—¿Y adónde vamos?

—A Cannes.

—Vale. —Me estiro porque me siento entumecida. Por mucho que me haya entrenado con Claude, nada podía haberme preparado para lo de esta tarde.

Me levanto porque necesito ir al baño. Cojo mi bata de seda y me la pongo apresuradamente. ¿Por qué

me siento tan tímida? Siento sus ojos sobre mí. Le miro, pero él vuelve a su ordenador con el ceño fruncido.

Mientras me lavo las manos distraídamente en el lavabo recordando la velada en el casino, se me abre la bata. Me quedo mirándome en el espejo, alucinada.

Dios Santo, pero ¿qué me ha hecho?

Me miro horrorizada las marcas rojas que tengo por toda la piel alrededor de los pechos. ¡Chupetones! ¡Estoy llena de chupetones! Estoy casada con uno de los hombres de negocios más respetados de Estados Unidos y me ha llenado el cuerpo de chupetones... ¿Cómo no me he dado cuenta de que me estaba dejando todas esas marcas? Me sonrojo. Sé perfectamente cómo: en esos momentos el señor Orgásmico estaba desplegando sus increíbles habilidades sexuales conmigo.

Mi subconsciente me mira por encima de los cristales de las gafas de media luna y chasquea la lengua con desaprobación, mientras la diosa que llevo dentro duerme apaciblemente en su *chaise-longue*, fuera de combate. Observo mi reflejo con la boca abierta. Tengo hematomas rojos alrededor de las muñecas por las esposas. Ya me avisó de que dejaban marcas. Examino mis tobillos; más hematomas. Joder, parece que haya sufrido un accidente.

Sigo mirándome, intentando reconocerme. Mi cuerpo está tan diferente últimamente... Ha cambiado de forma sutil desde que le conozco. Ahora estoy más delgada y en mejor forma y tengo el pelo brillante y bien cortado. Me he hecho la manicura, la pedicura y llevo las cejas perfectamente depiladas. Por primera vez en mi vida voy bien arreglada (excepto por esas horribles marcas de mordiscos).

Pero no quiero pensar en tratamientos de belleza ahora mismo. Estoy demasiado enfadada. ¿Cómo se atreve a marcarme así, como si fuera un adolescente? En el poco tiempo que llevamos juntos nunca me había hecho chupetones. Estoy horrible. No sé por qué me ha hecho esto. Maldito obseso del control. ¡Pues no pienso tolerarlo! Mi subconsciente cruza los brazos por debajo de su pecho pequeño. Esta vez se ha pasado. Salgo pisando fuerte del baño y entro en el vestidor, evitando a propósito mirar en su dirección. Me quito la bata y me pongo un pantalón de chándal y una camisola. Me suelto la trenza, cojo un cepillo del pelo del tocador y me peino para quitarme los nudos.

—Anastasia —me llama Christian y noto ansiedad en su voz—, ¿estás bien?

Le ignoro. ¿Que si estoy bien? Pues no, no estoy bien. Con lo que me ha hecho, dudo que pueda ponerme un bañador, y mucho menos uno de esos biquinis ridículamente caros durante lo que queda de luna de miel. Pensar eso me enfurece. Pero ¿cómo se ha atrevido? Que si estoy bien... Me hierve la sangre. ¡Yo también sé comportarme como una adolescente! Regreso al dormitorio, le tiro el cepillo del pelo, me giro y vuelvo a salir, no sin antes ver su expresión asombrada y su rápida reacción de levantar el brazo para protegerse la cabeza, lo que provoca que el cepillo rebote inútilmente contra su antebrazo y aterrice en la cama.

Salgo del camarote hecha una furia, subo por las escaleras y salgo a la cubierta para dirigirme como una exhalación a la proa. Necesito un poco de espacio para calmarme. Está oscuro pero el aire es templado. La brisa cálida huele a Mediterráneo y a los jazmines y

buganvillas de la costa. El *Fair Lady* surca sin esfuerzo el tranquilo mar color cobalto y yo apoyo los codos sobre la barandilla de madera, mirando la costa lejana en la que parpadean y titilan unas luces diminutas. Inspiro hondo despacio y empiezo a calmarme lentamente. Noto su presencia detrás de mí antes de oírle.

—Estás enfadada conmigo —susurra.

—No me digas, Sherlock.

—¿Muy enfadada?

—De uno a diez, estoy un cincuenta. Muy apropiado, ¿verdad?

—Oh, tanto... —Sueno sorprendido e impresionado a la vez.

—Sí. A punto de llegar a la violencia —le digo con los dientes apretados.

Se queda callado y yo me giro y le miro con el ceño fruncido. Él me devuelve la mirada con los ojos muy abiertos y llenos de precaución. Sé por su expresión y porque no ha hecho intento de tocarme que no está muy seguro del terreno que pisa.

—Christian, tienes que dejar de intentar meterme en vereda por tu cuenta. Ya dejaste claro cuál era el problema en la playa. Y de una forma muy eficaz, si no recuerdo mal.

Se encoge de hombros.

—Bueno, así seguro que no te vuelves a quitar la parte de arriba del biquini —dice en voz baja e irascible.

¿Y eso justifica lo que me ha hecho? Le miro fijamente.

—No me gusta que me dejes marcas. No tantas, por lo menos. ¡Eso es un límite infranqueable! —le digo con furia.

—Y a mí no me gusta que te quites la ropa en público. Eso es un límite infranqueable para mí —gruñe.

—Creo que eso ya había quedado claro — respondo con los dientes apretados—. ¡Mírame! —Me bajo el cuello de la camisola para que me vea la parte superior de los pechos.

Los ojos de Christian no abandonan mi cara y su expresión es cautelosa y vacilante. No está acostumbrado a verme así de enfadada. ¿Es que no ve lo que ha hecho? ¿No ve lo ridículo que está siendo? Quiero gritarle, pero me contengo. Es mejor no presionarle demasiado, porque Dios sabe lo que haría. Al fin suspira y me tiende las manos con las palmas hacia arriba en un gesto resignado y conciliador.

—Vale —dice en un tono apaciguador—. Lo entiendo.

¡Aleluya!

—¡Bien!

Se pasa una mano por el pelo.

—Lo siento. Por favor, no te enfades conmigo. — Parece arrepentido... y ha utilizado las mismas palabras que yo le dije a él en la playa.

—A veces eres como un adolescente —le regaño testaruda, pero ya no hay enfado en mi voz y él se da cuenta.

Se acerca y alza lentamente la mano para colocarme el pelo detrás de la oreja.

—Lo sé —reconoce en voz baja—. Tengo mucho que aprender.

Las palabras del doctor Flynn resuenan en mi cabeza: «Emocionalmente, Christian es un adolescente, Ana. Pasó totalmente de largo por esa fase de su vida. Él

ha canalizado todas sus energías en triunfar en el mundo de los negocios, y ha superado todas las expectativas. Tiene que poner al día su universo emocional».

El corazón se me ablanda un poco.

—Los dos tenemos mucho que aprender. — Suspiro y yo también levanto la mano para ponérsela sobre el corazón. No se aparta como hacía antes, pero se pone tenso. Cubre mi mano con la suya y sonrío tímidamente.

—Yo he aprendido que tiene usted un buen brazo y mejor puntería, señora Grey. Si no lo veo no me lo creo. Te subestimo constantemente y tú siempre me sorprendes.

Levanto una ceja.

—Eso es por las prácticas de lanzamientos con Ray. Sé lanzar y disparar directa a la diana, señor Grey. Más vale que lo tenga en cuenta.

—Intentaré no olvidarlo, señora Grey, o me ocuparé de que todos los objetos susceptibles de convertirse en proyectiles estén clavados y de que no tenga acceso a ningún arma.

Sonríe.

Yo le respondo también con una sonrisa y entorno los ojos.

—Soy una chica con recursos.

—Cierto —susurra y me suelta la mano para abrazarme. Me atrae hacia él y hunde la nariz en mi pelo. Yo también le rodeo con mis brazos, abrazándole fuerte, y siento que la tensión abandona su cuerpo mientras me acaricia—. ¿Me has perdonado?

—¿Y tú a mí?

Siento su sonrisa.

—Sí —responde.

—Ídem.

Nos quedamos de pie abrazados y mi resentimiento queda atrás. Huele muy bien, adolescente o no. ¿Cómo me voy a resistir?

—¿Tienes hambre? —me pregunta un momento después. Tengo los ojos cerrados y la cabeza apoyada en su pecho.

—Sí. Estoy muerta de hambre. Toda esa... eh... actividad me ha abierto el apetito. Pero no voy vestida para cenar. —Seguro que en el comedor me miran raro si aparezco con pantalón de chándal y camisola.

—A mí me parece que vas bien, Anastasia. Además, el barco es nuestro toda la semana. Podemos vestirnos como nos dé la gana. Digamos que hoy es el martes informal en la Costa Azul. De todas formas, he pensado que podíamos cenar en cubierta.

—Sí, me apetece.

Me da un beso, un beso que dice «perdóname» con absoluta sinceridad, y después los dos caminamos de la mano hasta la proa, donde nos espera un gazpacho.

El camarero nos sirve la *crème brûlée* y se retira discretamente.

—¿Por qué siempre me trenzas el pelo? —le pregunto a Christian por curiosidad. Estamos sentados el uno junto al otro en la mesa y tengo la pantorrilla enroscada con la suya. Estaba a punto de coger la cucharilla, pero se detiene un momento y frunce el ceño.

—Porque no quiero que se te quede enganchado el pelo en nada —me dice en voz baja y se queda perdido en sus pensamientos un instante—. Es una

costumbre, supongo —añade como pensando en voz alta. De repente su ceño se hace más profundo, abre mucho los ojos y las pupilas se le dilatan por una súbita inquietud.

¿Qué habrá recordado? Es algo doloroso, algún recuerdo de su primera infancia, creo. No quiero que se acuerde de esas cosas. Me acerco y le pongo el dedo índice sobre los labios.

—No importa. No necesito saberlo. Solo tenía curiosidad. —Le dedico una sonrisa cálida y tranquilizadora. Sigue con la mirada perdida, pero poco después se relaja visiblemente con alivio evidente. Me inclino y le beso la comisura de la boca—. Te quiero —susurro. Él me dedica esa sonrisa dolorosamente tímida y yo me derrito—. Siempre te querré, Christian.

—Y yo a ti —responde con un hilo de voz.

—¿A pesar de que sea desobediente? —Alzo una ceja.

—Precisamente porque lo eres, Anastasia. —Me sonrío.

Rompo con la cucharilla la capa de azúcar quemado del postre y niego con la cabeza. ¿Voy a entender a este hombre alguna vez? Mmm... La *crème brûlée* está deliciosa.

Cuando el camarero retira los platos del postre, Christian coge la botella de vino rosado y me rellena la copa. Compruebo que estamos solos y le pregunto:

—¿De qué iba eso de no ir al baño?

—¿De verdad quieres saberlo? —me pregunta con media sonrisa y los ojos iluminados por un brillo lujurioso.

—¿Quiero? —Le miro a través de las pestañas y le doy un sorbo al vino.

—Cuanto más llena tengas la vejiga, más intenso será el orgasmo, Ana.

Me ruborizo.

—Ya veo. —Oh... Eso explica muchas cosas.

Él sonríe y parece saber mucho más de lo que dice. ¿Siempre voy a ir un paso por detrás del señor Experto en el Sexo?

—Eh, bueno... —Busco desesperadamente a mi alrededor algo que me permita cambiar de tema. Él se compadece de mí.

—¿Qué quieres hacer el resto de la noche? —Ladea la cabeza y me dedica una sonrisa torcida.

Lo que tú quieras... ¿Probar esa teoría otra vez, quizá? Me encojo de hombros.

—Yo sé lo que quiero hacer —susurra. Coge su copa de vino, se levanta y me tiende la mano—. Ven.

Le cojo la mano y él me lleva al salón principal.

Su iPod está conectado a los altavoces que hay encima del aparador. Lo enciende y escoge una canción.

—Baila conmigo —dice atrayéndome hacia sus brazos.

—Si insistes...

—Insisto, señora Grey.

Empieza una melodía provocativa y pegadiza. ¿Es un baile latino? Christian me sonríe y empieza a moverse, arrastrándome con su ritmo y desplazándome por todo el salón.

Un hombre con la voz como caramelo fundido empieza a cantar. Es una canción que me suena, pero no sé de qué. Christian me inclina hacia atrás y suelto un

grito por la sorpresa y río. Él sonrío con los ojos llenos de diversión. Me levanta de nuevo y me hace girar bajo su brazo.

—Bailas tan bien... —le comento—. Haces que parezca que yo sé bailar.

Sonríe enigmático pero no dice nada y me pregunto si será porque está pensando en ella... En la señora Robinson, la mujer que le enseñó a bailar... y a follar. Hacía tiempo que no pensaba en ella. Christian no la ha mencionado desde su cumpleaños, y por lo que yo sé, su relación empresarial ha terminado. Pero tengo que admitir (a regañadientes) que era una buena maestra.

Vuelve a inclinarme y me da un beso suave en los labios.

—«Echaré de menos tu amor...» —tarareo la letra de la canción.

—Yo haría más que echar de menos tu amor — me dice a la vez que me hace girar de nuevo. Me canta bajito al oído y me derrite por dentro.

La canción termina y Christian me mira con los ojos oscuros y ardientes, ya sin rastro de humor. Me quedo sin aliento.

—¿Quieres venir a la cama conmigo? —me dice en un murmullo. Es una súplica sincera que me ablanda el corazón.

Christian, ya te dije «sí, quiero» hace dos semanas y media... Pero sé que es su forma de pedir disculpas y de asegurarse de que todo está bien entre los dos después de la discusión.

Cuando despierto el sol entra por los ojos de buey y su reflejo en el agua se proyecta en el techo del

camarote formando brillantes dibujos caprichosos. A Christian no se le ve por ninguna parte. Me estiro y sonrío. Mmm... Me apunto para tener sexo de castigo y después sexo de reconciliación cualquier día. Es como acostarse con dos hombres diferentes: el Christian furioso y el dulce que intenta compensarme con todos los medios a su alcance. Es difícil decidir cuál me gusta más.

Me levanto y voy al baño. Al abrir la puerta me encuentro a Christian dentro afeitándose desnudo, solo cubierto con una toalla en la cintura. Se gira y me sonrío; no le importa que le haya interrumpido. He descubierto que Christian nunca cierra la puerta con el pestillo si es la única persona en la habitación; no tengo ni idea de por qué lo hace pero tampoco quiero pensarlo mucho.

—Buenos días, señora Grey —me dice. Irradia buen humor.

—Buenos días tenga usted. —Le sonrío y me quedo mirándole mientras se afeita. Me encanta. Levanta la barbilla y se pasa la maquinilla por debajo con pasadas largas y deliberadas. Sin darme cuenta me pongo a imitar sus movimientos. Tiro del labio superior hacia abajo igual que hace él para afeitarse la hendidura. Se gira y se ríe de lo que estoy haciendo, todavía con la mitad de la cara cubierta de jabón de afeitar.

—¿Disfrutando del espectáculo? —me pregunta.

Oh, Christian, podría quedarme mirándote durante horas.

—Es uno de mis favoritos —le digo y él se inclina y me da un beso rápido, manchándome la cara de jabón.

—¿Quieres que vuelva a hacértelo? —me dice en un susurro malicioso y me señala la maquinilla.

Frunzo los labios.

—No —le contesto fingiendo enfurruñarme—. La próxima vez me haré la cera.

Recuerdo lo bien que se lo pasó Christian en Londres cuando descubrió que, durante una de sus reuniones en la ciudad, yo me había entretenido afeitándome todo el vello púbico por pura curiosidad. Pero claro, mi forma de afeitarme no cumplía con los rigurosos estándares del señor Exigente...



—Pero ¿qué diablos has hecho? —exclama Christian.

No puede evitar poner una expresión de horrorizada diversión. Se sienta en la cama de la suite del Brown's Hotel, cerca de Piccadilly, enciende la luz de la mesilla y me mira boquiabierto. Debe de ser medianoche. Me pongo del color de las sábanas del cuarto de juegos e intento tirar del camisón de seda para que no pueda verlo. Me coge la mano para detenerme.

—¡Ana!

—Me he... eh... afeitado.

—Ya veo. Pero ¿por qué? —Está sonriendo de oreja a oreja.

Me tapo la cara con las manos. ¿Por qué me da tanta vergüenza?

—Oye —me dice bajito y me aparta la mano—, no te escondas. —Se está mordiendo el labio para no reírse—. Dime, ¿por qué? —Sus ojos bailan risueños. ¿Por qué le parece tan divertido?

—No te rías de mí.

—No me estoy riendo de ti. Lo siento, es que estoy... encantado —dice al fin.

—Oh...

—Dímelo. ¿Por qué?

Inspiro hondo.

—Esta mañana, cuando te fuiste a la reunión, me estaba duchando y empecé a pensar en todas tus normas.

Él parpadea. Ha desaparecido el humor de su expresión y ahora me mira precavido.

—Las estaba repasando una por una y preguntándome cómo me sentía acerca de cada una de ellas, y me acordé del salón de belleza y pensé... que esto es lo que a ti te gustaría. Pero no he podido reunir el coraje para hacérmelo con cera —confieso casi en un susurro.

Se me queda mirando con los ojos brillantes, esta vez no de diversión por la locura que acabo de hacer, sino de amor.

—Oh, Ana —dice en un jadeo. Se acerca y me besa con ternura—. Me tienes cautivado —murmura junto a mis labios y me besa otra vez, cogiéndome la cara con las manos.

Un momento después se aparta y se apoya en un codo. La diversión ha vuelto.

—Creo que tengo que hacer una inspección exhaustiva de su trabajo, señora Grey.

—¿Qué? ¡No! —¡Tiene que estar de coña! Me tapo para proteger esa zona recientemente deforestada.

—Oh, no, Anastasia. —Me coge las manos y las aparta. Se acerca con agilidad y en un segundo lo tengo entre las piernas, agarrándome las manos junto a los costados. Me lanza una mirada ardiente que podría prender fuego a la madera seca, se inclina y pega los labios a mi vientre desnudo para seguir bajando directamente hacia mi sexo. Me retuerzo contra su piel, resignada a mi destino—. Vamos a ver, ¿qué tenemos aquí? —Christian me da un beso en un sitio que hasta esta mañana estaba cubierto por el vello púbico y me araña con la incipiente barba de su mentón.

—¡Oh! —exclamo. Uau... qué sensible.

Los ojos de Christian me miran con intensidad, llenos de una necesidad lujuriosa.

—Creo que te has dejado un poquito —dice y tira suavemente del vello que hay en un punto bastante inaccesible.

—Oh... vaya. —Espero que eso ponga fin a ese escrutinio francamente indiscreto.

—Tengo una idea. —Salta desnudo de la cama y va al baño.

Pero ¿qué va a hacer? Vuelve poco después con un vaso de agua, mi maquinilla de afeitar, su brocha, jabón de afeitar y una toalla. Pone el agua, la brocha, el jabón y la maquinilla en la mesita de noche y me mira con la toalla en la mano.

¡Oh, no! Mi subconsciente cierra de golpe las *Obras completas de Charles Dickens*, salta del sofá y pone los brazos en jarras.

—¡No, no y no! —chillo.

—Señora Grey, si se hace algo, mejor hacerlo bien. Levanta las caderas. —Sus ojos son del color gris de una tormenta de verano.

—¡Christian! No me vas a afeitar.

Ladea la cabeza.

—¿Y por qué no?

Me ruborizo... ¿no es obvio?

—Porque... es demasiado...

—¿Íntimo? —termina mi frase—. Ana, estoy deseando tener intimidad contigo, ya lo sabes. Además, después de todo lo que hemos hecho, no sé por qué te pones pudorosa ahora. Me conozco esa parte de tu cuerpo mejor que tú.

Le miro con la boca abierta. Pero qué arrogante. Aunque es cierto que lo conoce bien, pero aun así...

—¡No está bien! —Sueno remilgada y quejica.

—Claro que está bien... y es excitante.

¿Excitante? ¿Ah, sí?

—¿Esto te excita? —No puedo evitar el tono de asombro.

Él ríe burlón.

—¿Es que no lo ves? —pregunta señalando su erección con la cabeza—. Quiero afeitarte —me susurra.

Oh, qué demonios... Me tumbo y me tapo la cara con un brazo; no quiero mirar.

—Si eso te hace feliz, Christian, hazlo. Eres un perverso, ¿lo sabías? —le digo a la vez que levanto las caderas y él coloca la toalla bajo mi culo. Me da un beso en la parte interior del muslo.

—Nena, qué razón tienes.

Oigo el ruido del agua cuando moja la brocha en el vaso y después el susurro de la brocha al impregnarla

de jabón. Me coge el tobillo izquierdo y me abre las piernas. La cama se hunde cuando se sienta entre ellas.

—Ahora mismo tengo muchas ganas de atarte — me dice.

—Prometo quedarme quieta.

—Vale.

Doy un respingo cuando me pasa la brocha llena de jabón sobre el hueso púbico. Está templada. El agua del vaso debe de estar caliente. Me revuelvo un poco. Me hace cosquillas... pero me gusta.

—No te muevas —me ordena Christian y vuelve a pasar la brocha—. O te ato —añade en tono amenazante y un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Has hecho esto antes? —le pregunto cuando va a coger la maquinilla.

—No.

—Oh. Qué bien. —Sonrío.

—Otra primera vez, señora Grey.

—Mmm. Me gustan las primeras veces.

—A mí también. Allá voy. —Con una suavidad que me sorprende pasa la maquinilla por esa piel tan sensible—. Quédate muy quieta —dice en un tono distraído y sé que es porque está muy concentrado en lo que tiene entre manos. Solo tarda unos minutos. Después coge la toalla y me quita con ella el jabón sobrante—. Ya. Ahora está mejor —dice para sí. Yo levanto el brazo para mirarle y él se sienta para admirar su obra.

—¿Ya estás contento? —le pregunto con voz ronca.

—Sí, mucho. —Me sonrío con malicia y mete lentamente un dedo en mi interior.



—Fue divertido —dice con un brillo burlón en los ojos.

—Tal vez para ti. —Intento hacer un mohín, pero tengo que reconocer que tiene razón. Fue... excitante.

—Me parece recordar que lo que pasó después fue muy satisfactorio.

Christian vuelve a su afeitado. Yo me miro los dedos. Sí que lo fue. No tenía ni idea de que la ausencia de vello púbico podía hacer que fuera tan diferente.

—Oye, que te estaba tomando el pelo. ¿No es eso lo que hacen los maridos cuando están perdidamente enamorados de sus mujeres? —Christian me levanta la barbilla y me mira. Sus ojos están llenos de aprensión mientras intenta leer mi expresión.

Mmm... Ha llegado el momento de la revancha.

—Siéntate —le ordeno.

Él se me queda mirando sin comprender. Le empujo suavemente para que se siente en el único taburete blanco que hay en el baño. Obedece, perplejo, y yo le quito la maquinilla.

—Ana... —empieza a decir cuando se da cuenta de mis intenciones. Yo me acerco y le beso.

—Echa atrás la cabeza —le pido.

Él duda.

—Donde las dan las toman, señor Grey.

Se me queda mirando con una incredulidad divertida y a la vez cauta.

—¿Sabes lo que haces? —me pregunta con voz grave. Niego con la cabeza de una forma deliberadamente lenta, intentando parecer lo más serio posible. Él cierra los ojos, niega también y al fin se rinde y deja caer hacia atrás la cabeza.

Vaya, me va a dejar que le afeite. Deslizo la mano entre el pelo húmedo de su frente y se lo agarro para que no se mueva. Él cierra los párpados con fuerza e inhala por la boca, abriendo un poco los labios. Muy despacio, le paso la maquinilla subiendo por el cuello hasta la barbilla, lo que revela una lengua de piel. Christian suelta el aire.

—¿Creías que te iba a hacer daño?

—Nunca sé lo que vas a hacer, Ana, pero no... No intencionadamente al menos.

Vuelvo a pasar la maquinilla por su cuello, ensanchando la franja de piel sin jabón.

—Nunca te haría daño intencionadamente, Christian.

Abre los ojos y me rodea con los brazos mientras le paso la maquinilla con cuidado por la mejilla hasta el final de una de las patillas.

—Lo sé —me dice girando la cara para que pueda afeitarle el resto de la mejilla. Tras dos pasadas más termino.

—Se acabó, y no he derramado ni una gota de sangre —declaro sonriendo orgullosa.

Sube la mano por mi pierna, arrastrando mi camisón hasta el muslo, y me levanta para ponerme a

horcajadas sobre su regazo. Mantengo el equilibrio apoyando las manos en sus brazos musculosos.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte hoy?

—A tomar el sol no, ¿verdad? —le digo arqueando una ceja mordaz.

Se humedece los labios en un gesto nervioso.

—No, hoy no tomamos el sol. Tal vez te apetezca hacer otra cosa. Hay un sitio que podríamos visitar...

—Bueno, como estoy llena de los chupetones que tú me has hecho, lo que me impide absolutamente cualquier actividad con poca ropa, ¿por qué no?

Decide sabiamente ignorar mi tono.

—Hay que conducir un buen trecho, pero por lo que he leído, merece la pena visitarlo. Mi padre también me recomendó que fuéramos. Es un pueblecito en lo alto de una colina que se llama Saint-Paul-de-Vence. Hay unas cuantas galerías en el pueblo. He pensado que podríamos comprar algún cuadro o alguna escultura para la casa nueva, si encontramos algo que nos guste.

Me echo un poco hacia atrás y le miro. Arte... Quiere comprar obras de arte. ¿Cómo voy a comprar yo arte?

—¿Qué? —me pregunta.

—Yo no sé nada de arte, Christian.

Él se encoge de hombros y me sonrío indulgente.

—Solo vamos a comprar algo que nos guste. No estamos hablando de inversiones.

¿Inversiones? Oh...

—¿Qué? —repite.

Niego con la cabeza.

—Ya sé que solo hemos visto los dibujos de la arquitecta... Pero no pasa nada por mirar, y además parece que es un pueblo medieval con mucho encanto.

Oh, la arquitecta. ¿Por qué ha tenido que recordármela...? Gia Matteo, una amiga de Elliot que ya reformó la casa de Christian en Aspen. Durante las reuniones para revisar los planos ha estado pegada a Christian como una lapa.

—¿Qué te pasa ahora? —quiere saber Christian. Niego con la cabeza—. Dímelo —insiste.

¿Cómo le voy a decir que no me gusta Gia? Es irracional. No quiero ser la típica mujer celosa.

—¿No seguirás enfadada por lo que hice ayer? — Suspira y entierra la cara entre mis pechos.

—No. Tengo hambre —le digo sabiendo que eso le distraerá del interrogatorio.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —Me baja de su regazo y se pone de pie.

Saint-Paul-de-Vence es un pueblo medieval fortificado situado en la cumbre de una colina, uno de los lugares más pintorescos que he visto en mi vida. Paseo con Christian por las estrechas calles adoquinadas con la mano metida en el bolsillo de atrás de sus pantalones cortos. Taylor y Gaston o Philippe (no sé diferenciarlos) nos siguen unos pasos por detrás. Pasamos por una plaza cubierta de árboles en la que tres ancianos, uno de ellos tocado con una boina tradicional a pesar del calor, juegan a la petanca. El lugar está bastante lleno de turistas, pero me siento cómoda rodeada por el brazo de Christian. Hay tantas cosas que ver: estrechas callejas y pasajes que llevan a patios con intrincadas fuentes de

piedra, esculturas antiguas y modernas y pequeñas tiendas y boutiques fascinantes.

En la primera galería Christian mira distraído unas fotografías eróticas chupando la patilla de sus gafas de aviador. Son obra de Florence D'Elle; mujeres desnudas en diferentes posturas.

—No es lo que tenía en mente —digo. Me hacen pensar en la caja de fotografías que encontré en el armario de Christian (ahora nuestro armario). Me pregunto si llegó a destruirlas.

—Yo tampoco —dice Christian sonriéndome. Me coge la mano y pasamos al siguiente artista. Sin darme cuenta me encuentro preguntándome si debería dejarle que me hiciera fotos.

La siguiente exposición es de una pintora especializada en naturalezas muertas: frutas y verduras muy detalladas y con unos colores impresionantes.

—Me gustan esos —digo señalando tres cuadros con pimientos—. Me recuerdan a ti cortando verduras en mi apartamento. —Río. La comisura de la boca de Christian se eleva cuando intenta, sin éxito, ocultar su diversión.

—Creo que lo hice bastante bien —murmura—. Solo soy un poco lento, eso es todo. —Me abraza—. Además, me estabas distrayendo. ¿Y dónde los pondrías? —¿Qué?

Christian me acaricia la oreja con la nariz.

—Los cuadros... ¿Dónde los pondrías? —Me muerde el lóbulo de la oreja y la sensación me llega hasta la entrepierna.

—En la cocina —respondo.

—Mmm. Buena idea, señora Grey.

Miro el precio. Cinco mil euros cada uno. ¡Madre mía!

—¡Son carísimos! —exclamo.

—¿Y qué? —Vuelve a acariciarme—. Acostúmbrate, Ana. —Me suelta y se acerca al mostrador, donde una mujer joven vestida completamente de blanco le mira con la boca abierta. Estoy a punto de poner los ojos en blanco, pero prefiero centrar mi atención en los cuadros. Cinco mil euros, vaya...

Acabamos de terminar de comer y nos estamos relajando con el café en el Hotel Le Saint Paul. La vista de la campiña circundante es magnífica. Viñas y campos de girasoles forman un mosaico en la llanura salpicado aquí y allá por bonitas granjas francesas. Hace un día precioso, así que desde donde estamos se puede ver hasta el mar, que brilla en el horizonte. Christian interrumpe mis pensamientos.

—Me has preguntado por qué te trenzo el pelo —dice. Su tono me alarma. Parece... culpable.

—Sí. —Oh, mierda.

—La puta adicta al crack me dejaba jugar con su pelo, creo. Pero no sé si es un recuerdo o un sueño.

Oh, su madre biológica.

Me mira, pero su expresión es impenetrable. El corazón se me queda atravesado en la garganta. ¿Qué puedo decir cuando me cuenta cosas como esa?

—Me gusta que juegues con mi pelo —digo con tono vacilante.

Él me mira inseguro.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Es verdad. Le cojo la mano—. Creo que querías a tu madre biológica, Christian.

Él abre mucho los ojos y se me queda mirando impasible, sin decir nada.

Maldita sea, ¿me he pasado? Di algo, Cincuenta, por favor... Pero sigue tozudamente callado, mirándome con esos ojos grises insondables mientras el silencio se cierne sobre nosotros. Parece perdido.

Mira mi mano agarrando la suya y frunce el ceño.

—Di algo —le pido en un susurro porque no puedo soportar el silencio ni un segundo más.

Niega con la cabeza y suspira.

—Vámonos. —Me suelta la mano y se pone de pie con expresión hosca. ¿Me he pasado de la raya? No tengo ni idea. Se me cae el alma a los pies y no sé si decir algo más o dejarlo estar. Me decido por esto último y le sigo hacia la salida del restaurante obedientemente.

En una de las preciosas callejuelas estrechas me coge la mano.

—¿Adónde quieres ir?

¡Oh, habla! Y no está furioso conmigo... Gracias a Dios. Suspiro aliviada y me encojo de hombros.

—Me alegro de que todavía me hables.

—Ya sabes que no me gusta hablar de toda esa mierda. Es pasado. Se acabó —responde en voz baja.

No, Christian, no se acabó. Ese pensamiento me pone triste y por primera vez me pregunto si acabará alguna vez. Siempre será Cincuenta Sombras... Mi Cincuenta Sombras. ¿Quiero que cambie? No, la verdad es que no. Solo quiero que se sienta querido. Le miro a hurtadillas y admiro su belleza cautivadora... Y es mío. No solo estoy encandilada por el atractivo de su preciosa

cara y de su cuerpo; es lo que hay debajo de la perfección, su alma frágil y herida, lo que me atrae, lo que me acerca a él.

Me mira de esa forma medio divertida medio precavida y absolutamente sexy y me rodea los hombros con el brazo. Después caminamos entre los turistas hacia el lugar donde Philippe/Gaston ha aparcado el espacioso Mercedes. Vuelvo a meter la mano en el bolsillo de atrás de los pantalones cortos de Christian, encantada de que no esté enfadado. ¿Qué niño de cuatro años no quiere a su madre, por muy mala madre que sea? Suspiro profundamente y lo abrazo más fuerte. Sé que detrás de nosotros va el equipo de seguridad y me pregunto distraídamente si habrán comido.

Christian se para delante de una pequeña joyería y mira el escaparate y después a mí. Me coge la mano libre y me pasa el pulgar por la marca roja de las esposas, que ya está desapareciendo, y la mira fijamente.

—No me duele —le aseguro. Se retuerce para que saque la otra mano de su bolsillo, me coge también esa mano y la gira para examinarme la muñeca. El reloj Omega de platino que me regaló en el desayuno de nuestra primera mañana en Londres oculta la marca. La inscripción todavía me emociona.

Anastasia

Tú eres mi «más»

Mi amor, mi vida

Christian

A pesar de todo, de todas sus sombras, mi marido es un romántico. Observo las leves marcas de mis muñecas. Pero también puede ser un poco salvaje a veces. Me suelta la mano izquierda y me coge la barbilla con los dedos para levantármela y analizar mi expresión con ojos preocupados.

—No me duelen —repito.

Se lleva mi mano a los labios y me da un suave beso de disculpa en la parte interna de la muñeca.

—Ven —dice, y entramos en la tienda.

—Póntela. —Christian tiene abierta la pulsera de platino que acaba de comprar. Es exquisita, muy bellamente trabajada, con una filigrana con forma de flores abstractas con pequeños diamantes en el centro. Me la pone en la muñeca. Es ancha y dura y oculta la marca roja. Y le ha costado treinta mil euros, creo, aunque no he conseguido seguir la conversación en francés con la dependienta. Nunca he llevado nada tan caro—. Así está mejor —murmura.

—¿Mejor? —susurro mirándole a los ojos grises, consciente de que la dependienta delgada como un palo nos mira celosa y con cara de desaprobación.

—Ya sabes por qué lo digo —me explica Christian inseguro.

—No necesito esto. —Sacudo la muñeca y la pulsera se mueve. Un rayo de la luz de la tarde que entra por el escaparate de la joyería se refleja en los

diamantes, que despiden brillantes arcoíris y llenan de color las paredes de la tienda.

—Yo sí —dice con total sinceridad.

¿Por qué? ¿Por qué necesita esto? ¿Acaso se siente culpable? ¿Por qué? ¿Por las marcas? ¿Por su madre biológica? ¿Por no contármelo? Oh, Cincuenta...

—No, Christian, tú tampoco lo necesitas. Ya me has dado tantas cosas... Esta luna de miel tan mágica: Londres, París, la Costa Azul... Y a ti. Soy una chica con mucha suerte —le digo en un susurro y sus ojos se llenan de ternura.

—No, Anastasia. Yo soy el hombre afortunado.

—Gracias. —Me pongo de puntillas, le rodeo el cuello con los brazos y le doy un beso, no por regalarme la pulsera, sino por ser mío.

De vuelta, en el coche está muy callado y mira por la ventanilla a los campos de girasoles que siguen al sol en su recorrido por el cielo, disfrutando de su calor. Uno de los gemelos (creo que es Gaston) conduce y Taylor está sentado delante a su lado. Christian está rumiando algo. Le cojo la mano y se la aprieto un poco. Me mira y me suelta la mano para acariciarme la rodilla. Llevo una falda corta con vuelo azul y blanca y una camiseta ajustada sin mangas también azul. Christian se queda dudando y no sé si su mano va a subir por mi muslo o bajar por la pantorrilla. Me pongo tensa por la anticipación que me provoca el suave contacto de sus dedos y aguanto la respiración. ¿Qué va a hacer? Escoge ir hacia abajo y de repente me agarra el tobillo y se pone mi pie en el regazo. Giro sobre mi trasero para quedar de cara a él en el asiento de atrás del coche.

—Quiero el otro también.

Miro nerviosamente a Taylor y a Gaston, que mantiene los ojos fijos en la carretera que tenemos por delante, y pongo el otro pie en su regazo. Con la mirada tranquila extiende la mano y pulsa un botón que hay en su puerta. Delante de nosotros sale de un panel una pantalla ligeramente tintada y empieza a cerrarse. Diez segundos después estamos solos. Uau... Ahora entiendo por qué la parte de atrás de este coche es tan amplia.

—Quiero verte los tobillos —me explica Christian. Su mirada transmite ansiedad. ¿Las marcas de las esposas? Oh, pensé que ya habíamos hablado suficiente de eso. Si tengo marcas, quedan ocultas por las tiras de las sandalias. No recuerdo haber visto ninguna esta mañana. Me acaricia suavemente con el pulgar el empeine del pie derecho y eso hace que me retuerza un poco. Una sonrisa juguetea en sus labios mientras me suelta diestramente las tiras. Su sonrisa desaparece cuando se encuentra con las marcas rojas.

—No me duelen —le repito.

Me mira con expresión triste y la boca convertida en una fina línea. Asiente como si aceptara mi palabra y yo sacudo el pie para librarme de la sandalia, que cae al suelo. Pero sé que ya le he perdido. Está distraído, rumiando algo, me acaricia el pie mecánicamente mientras mira por la ventanilla del coche.

—Oye, ¿qué esperabas? —le pregunto con dulzura.

Me mira y se encoge de hombros.

—No esperaba sentirme como me siento cuando veo esas marcas —me responde.

Oh... Reticente en un momento y comunicativo al siguiente. Cincuenta... ¿Cómo voy a ser capaz de seguirle?

—¿Y cómo te sientes?

Me mira con los ojos sombríos.

—Incómodo —dice en voz baja.

¡Oh, no! Me desabrocho el cinturón de seguridad y me acerco a él sin bajar los pies de su regazo. Quiero sentarme ahí y abrazarlo, y lo haría si solo estuviera Taylor en el asiento de delante. Pero saber que Gaston también está ahí me frena a pesar del cristal tintado. Si fuera un poco más oscuro... Le agarro las manos.

—Lo que no me gusta son los chupetones —le digo en un susurro—. Lo demás... lo que hiciste... —bajo la voz todavía más— con las esposas, eso me gustó. Bueno, algo más que gustarme. Fue alucinante. Puedes volver a hacérmelo cuando quieras.

Se revuelve en su asiento.

—¿Alucinante?

La diosa que llevo dentro levanta la vista de su libro de Jackie Collins, sorprendida.

—Sí —le digo sonriendo. Su paquete está justo debajo de mis pies y noto que empieza a ponerse duro. Flexiono los dedos del pie y veo más que oigo su repentina inhalación y cómo se separan sus labios.

—Debería ponerse el cinturón, señora Grey. —Su voz suena ronca y yo repito la flexión de mis dedos. Vuelve a inhalar y los ojos se le van oscureciendo a la vez que me agarra el tobillo a modo de advertencia. ¿Quiere que pare? ¿O que continúe? Se queda quieto bruscamente, frunce el ceño y saca del bolsillo la

BlackBerry que va con él a todas partes para atender una llamada. Mira el reloj y frunce el ceño un poco más.

—Barney —contesta.

Mierda. El trabajo nos vuelve a interrumpir. Trato de retirar el pie, pero él me agarra el tobillo con más fuerza para evitarlo.

—¿En la sala del servidor? —dice incrédulo—. ¿Se activó el sistema de supresión de incendios?

¡Un incendio! Intento apartar de nuevo los pies de su regazo y esta vez me lo permite. Me siento correctamente, me abrocho el cinturón y jugueteo nerviosa con la pulsera de treinta mil euros. Christian vuelve a apretar el botón de la puerta y el cristal tintado baja.

—¿Hay alguien herido? ¿Daños? Ya veo... ¿Cuándo? —Consulta otra vez su reloj y después se pasa los dedos por el pelo—. No. Ni los bomberos ni la policía. Todavía no, al menos.

¿Un incendio? ¿En la oficina de Christian? Le miro con la boca abierta, mi mente a mil por hora. Taylor se gira para poder oír la conversación.

—¿Eso ha hecho? Bien... Vale. Quiero un informe detallado de daños. Y una lista de todos los que hayan entrado en los últimos cinco días, incluyendo el personal de limpieza... Localiza a Andrea y que me llame... Sí, parece que el argón ha sido eficaz. Vale su peso en oro...

¿Informe de daños? ¿Argón? Me suena lejanamente de alguna clase de química... Creo que es un elemento de la tabla periódica.

—Ya me doy cuenta de que es pronto... Infórmame por correo electrónico dentro de dos horas... No, necesito saberlo. Gracias por llamar. —Christian

cuelga e inmediatamente marca otro número en la BlackBerry.

—Welch... Bien... ¿Cuándo? —Christian vuelve a mirar el reloj—. Una hora... sí... Veinticuatro horas, siete días en el almacenamiento de datos externo... Bien. —Cuelga.

—Philippe, necesito estar a bordo en una hora.

—Sí, monsieur.

Mierda, es Philippe, no Gaston. El coche acelera. Christian me mira con una expresión inescrutable.

—¿Hay alguien herido? —le pregunto.

Christian niega con la cabeza.

—Muy pocos daños. —Estira el brazo, me coge la mano y me la aprieta tranquilizador—. No te preocupes por eso. Mi equipo se está ocupando de ello. —Y ahí está el presidente, al mando, ejerciendo el control, sin ponerse nervioso.

—¿Dónde ha sido el incendio?

—En la sala del servidor.

—¿En las oficinas de Grey Enterprises?

—Sí.

Me está dando respuestas telegráficas, así que me doy cuenta de que no quiere hablar de ello.

—¿Por qué ha habido tan pocos daños?

—La sala del servidor tiene un sistema de supresión de incendios muy sofisticado.

Claro...

—Ana, por favor... no te preocupes.

—No estoy preocupada —miento.

—No estamos seguros de que haya sido provocado —me dice afrontando directamente la razón de mi ansiedad.

Me llevo la mano a la garganta por el miedo.
Primero lo de *Charlie Tango* y ahora esto...
¿Qué será lo siguiente?

Estoy inquieta. Christian lleva encerrado en el estudio del barco más de una hora. He intentado leer, ver la televisión, tomar el sol (completamente vestida...), pero no puedo relajarme y tampoco librarme de este nerviosismo. Me cambio para ponerme unos pantalones cortos y una camiseta, me quito la pulsera escandalosamente cara y voy en busca de Taylor.

—Señora Grey —me saluda levantando la vista de su novela de Anthony Burgess, sorprendido. Está sentado en la salita que hay junto al estudio de Christian.

—Me gustaría ir de compras.

—Sí, señora —dice poniéndose en pie.

—Quiero llevarme la moto de agua.

Se queda boquiabierto.

—Eh... —Frunce el ceño; no sabe qué decirme.

—No quiero molestar a Christian con esto.

Él contiene un suspiro.

—Señora Grey... Mmm... No creo que al señor Grey le guste eso y yo preferiría no perder mi trabajo.

¡Oh, por todos los santos...! Tengo ganas de poner los ojos en blanco, pero en vez de eso, los entorno y suspiro profundamente para expresar, espero, la cantidad adecuada de indignación frustrada por no ser la dueña de mi propio destino. Pero no quiero que Christian se enfade con Taylor (ni conmigo, la verdad). Paso

delante de él caminando confiadamente, llamo a la puerta del estudio y entro.

Christian está al teléfono, inclinado sobre el escritorio de caoba. Levanta la vista.

—Andrea, ¿puedes esperar un momento, por favor? —dice por el teléfono con expresión seria. Me mira educadamente expectante. Mierda. ¿Por qué me siento como si estuviera en el despacho del director? Este hombre me tuvo esposada ayer. Me niego a sentirme intimidada por él. Es mi marido, maldita sea. Me yergo y le muestro una amplia sonrisa.

—Me voy de compras. Me llevaré a alguien de seguridad conmigo.

—Bien, llévate a uno de los gemelos y también a Taylor —me dice. Lo que está pasando debe de ser serio porque no me hace ninguna objeción. Me quedo de pie mirándole, preguntándome si puedo ayudar en algo—. ¿Algo más? —añade impaciente. Quiere que me vaya.

—¿Necesitas que te traiga algo? —le pregunto.

Él me dedica una sonrisa dulce y tímida.

—No, cariño, estoy bien. La tripulación se ocupará de mí.

—Vale. —Quiero darle un beso. Demonios, puedo hacerlo... ¡Es mi marido! Me acerco decidida y le doy un beso en los labios, lo que le sorprende.

—Andrea, te llamo luego —dice por el teléfono. Deja la BlackBerry en el escritorio, me acerca a él para abrazarme y me da un beso apasionado. Cuando me suelta, estoy sin aliento. Me mira con los ojos oscuros y llenos de deseo—. Me distraes. Necesito solucionar esto para poder volver a mi luna de miel. —Me recorre la cara

con el dedo índice y me acaricia la barbilla, haciendo que levante la cabeza.

—Vale, perdona.

—No te disculpes. Me encanta que me distraigas. —Me da un beso en la comisura de la boca—. Vete a gastar dinero —dice liberándome.

—Lo haré. —Le sonrío y salgo del estudio. Mi subconsciente niega con la cabeza y frunce los labios: No le has dicho que querías coger la moto de agua, me regaña con voz cantarina. La ignoro... ¡Arpía!

Taylor está esperando.

—Todo aclarado con el alto mando... ¿Podemos irnos? —Le sonrío intentando no mostrar sarcasmo en mi voz. Taylor no oculta su sonrisa de admiración.

—Después de usted, señora Grey.

Taylor me explica pacientemente los controles de la moto de agua y cómo conducirla. Transmite una especie de autoridad tranquila y amable; es un buen profesor. Estamos en la lancha motora, cabeceando y meciéndonos en las tranquilas aguas del puerto junto al *Fair Lady*. Gaston nos observa, su expresión oculta por las gafas de sol, y un miembro de la tripulación se ocupa de manejar la lancha. Vaya... Tengo a tres personas pendientes de mí solo porque me apetece ir de compras. Es ridículo.

Me ciño el chaleco salvavidas y miro a Taylor con una sonrisa encantadora. Él me tiende la mano para ayudarme a subir a la moto de agua.

—Átese la cinta de la llave del contacto a la muñeca, señora Grey. Si se cae, el motor se parará de forma automática —me aconseja.

—Vale.

—¿Lista?

Asiento entusiasmada.

—Pulse el botón de encendido cuando esté a un metro y medio del barco. La seguiremos.

—De acuerdo.

Empuja la moto para que se aparte de la lancha y me alejo flotando hacia el puerto. Cuando Taylor me da la señal, pulso el botón y el motor cobra vida con un rugido.

—¡Bien, señora Grey, poco a poco! —me grita Taylor.

Aprieto el acelerador. La moto de agua se lanza hacia delante y de repente se para. ¡Mierda! ¿Cómo lo hace Christian para que parezca tan fácil? Lo intento de nuevo y de nuevo se para. ¡Mierda, mierda!

—¡Tiene que mantener la potencia, señora Grey!

—Sí, sí, sí... —murmuro entre dientes. Lo intento una vez más apretando la palanca muy suavemente y la moto vuelve a lanzarse hacia delante, pero esta vez sigue sin detenerse. ¡Sí! Y avanza un poco más. ¡Ja! ¡Sigue avanzando! Tengo ganas de gritar por la emoción, pero me controlo. Me voy alejando del yate hacia el puerto. Detrás de mí oigo el ruido ronco de la lancha. Aprieto el acelerador un poco más y la moto coge velocidad, deslizándose por el agua. Noto la brisa cálida en el pelo y la fina salpicadura del agua del mar y me siento libre. ¡Esto es genial! No me extraña que Christian nunca me deje conducirla. En vez de dirigirme a la orilla y acabar con la diversión, giro para rodear el majestuoso *Fair Lady*. Uau... Esto es divertidísimo. Ignoro a Taylor y al resto de la gente que me sigue y aumento la velocidad

una vez más mientras rodeo el barco. Cuando completo el círculo, veo a Christian en la cubierta. Creo que me mira con la boca abierta, pero desde esta distancia es difícil decirlo. Valientemente suelto una mano del manillar y le saludo con entusiasmo. Parece petrificado, pero al final levanta la mano de una forma un poco rígida. No puedo distinguir su expresión, pero algo me dice que es mejor así. Terminada la vuelta decido dirigirme al puerto deportivo acelerando por el agua azul del Mediterráneo, que brilla bajo el sol de última hora de la tarde.

En el muelle espero a que Taylor amarre la lancha. Tiene la expresión lúgubre y se me cae el alma a los pies, aunque Gaston parece algo divertido. Me pregunto si habrá habido algún incidente que haya enturbiado las relaciones galo-americanas, pero en el fondo me doy cuenta de que seguramente el problema soy yo. Gastón salta de la lancha y la amarra mientras Taylor me hace señas para que me sitúe a un lado de la embarcación. Con mucho cuidado acerco la moto a la lancha y yo quedo a su altura. Su expresión se suaviza un poco.

—Apague el motor, señora Grey —me dice con tranquilidad estirándose para coger el manillar y tendiéndome una mano para ayudarme a pasar a la lancha.

Subo a bordo con agilidad, sorprendida de no haberme caído.

—Señora Grey —dice Taylor algo nervioso y sonrojándose—, al señor Grey no le ha gustado mucho que haya conducido la moto de agua. —Es evidente que está a punto de morir de la vergüenza y me doy

cuenta de que seguramente ha recibido una llamada enfurecida de Christian. Oh, mi pobre marido, patológicamente sobreprotector, ¿qué voy a hacer contigo?

Sonríó a Taylor para tranquilizarlo.

—Bueno, Taylor, el señor Grey no está aquí y si no le ha gustado, estoy segura de que tendrá la cortesía de decírmelo en persona cuando vuelva a bordo.

Taylor hace una mueca de dolor.

—Está bien, señora Grey —me dice y me tiende el bolso.

Cuando bajo de la lancha veo el destello de una sonrisa reticente en los labios de Taylor y eso me da ganas de sonreír a mí también. Le tengo cariño a Taylor, pero no me gusta que me regañe... No es ni mi padre ni mi marido.

Suspiro. Christian estará furioso... Y ya tiene suficientes cosas de las que preocuparse en este momento. ¿En qué estaría pensando? Mientras estoy de pie en el muelle esperando a que Taylor baje de la lancha, siento que mi BlackBerry vibra dentro del bolso y me pongo a rebuscar hasta que la encuentro. «Your Love Is King» de Sade es el tono de llamada que tiene Christian... y solo Christian.

—Hola.

—Hola —responde.

—Volveré en la lancha. No te enfades.

Oigo su exclamación silenciosa de sorpresa.

—Mmm...

—Pero ha sido divertido —le susurro.

Suspira.

—Bueno, no quisiera estropearle la diversión, señora Grey. Pero ten cuidado. Por favor.

Oh, madre mía. ¡Me ha dado permiso para divertirme!

—Lo tendré. ¿Quieres algo de la ciudad?

—Solo a ti, entera.

—Haré todo lo que pueda para conseguirlo, señor Grey.

—Me alegro de oírlo, señora Grey.

—Nos proponemos complacer —le respondo con una sonrisa.

Oigo la sonrisa en su voz.

—Tengo otra llamada. Hasta luego, nena.

—Hasta luego, Christian.

Cuelga. Me parece que he evitado la crisis de la moto de agua. El coche me espera y Taylor tiene la puerta abierta aguardándome. Le guiño un ojo al subir y él niega con la cabeza, divertido.

En el coche abro mi correo en la BlackBerry.

De: Anastasia Grey

Fecha: 17 de agosto de 2011 16:55

Para: Christian Grey

Asunto: Gracias...

Por no ser demasiado cascarrabias.

Tu esposa que te quiere.

xxx

De: Christian Grey

Fecha: 17 de agosto de 2011 16:59

Para: Anastasia Grey

Asunto: Intentando mantener la calma

De nada.

Vuelve entera.

Y no te lo estoy pidiendo.

x

Christian Grey

Marido sobreprotector y presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Su respuesta me hace sonreír. Mi obseso del control...

¿Por qué he querido ir de compras? Odio ir de compras. Pero en el fondo sé por qué y camino decidida por delante de Chanel, Gucci, Dior y las otras boutiques de diseñadores y al fin encuentro el antídoto a lo que me aqueja en una tiendecita para turistas llena a reventar. Es una pulsera de tobillo de plata con corazones y campanitas. Tintinea alegremente y solo cuesta cinco euros. Me la pongo nada más comprármela. Esta soy yo, estas son las cosas que me gustan. Inmediatamente me siento más cómoda. No quiero perder el contacto con la chica a la que le gustan esas cosas, nunca. No solo estoy abrumada por el propio Christian, sino también por lo rico que es. ¿Me acostumbraré alguna vez a eso?

Taylor y Gaston me siguen diligentemente entre las multitudes de última hora de la tarde y no tardo en olvidarme de que están ahí. Quiero comprarle algo a Christian, algo que aleje su mente de lo que está pasando en Seattle. Pero ¿qué se le puede comprar a alguien que lo tiene todo? Me detengo en una pequeña plaza moderna rodeada de tiendas y me pongo a estudiarlas una por una. Mientras miro una tienda de electrónica me viene a la mente nuestra visita a la galería unas horas antes y el día que visitamos el Louvre. Estábamos contemplando la *Venus de Milo* cuando Christian dijo algo que ahora resuena en mi cabeza: «Todos admiramos las formas femeninas. Nos encanta mirarlas tanto si están esculpidas en mármol como si se ven reproducidas en óleos, sedas o películas».

Eso me da una idea, una un poco atrevida. Pero necesito ayuda para elegir y solo hay una persona que puede ayudarme. Saco la BlackBerry de mi bolso con alguna dificultad y llamo a José.

—¿Sí? —dice con voz adormilada.

—José, soy Ana.

—¡Ana, hola! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? —Ahora suena más alerta; está preocupado.

—Estoy en Cannes, en el sur de Francia. Y estoy bien.

—En el sur de Francia, ¿eh? ¿En un hotel de lujo?

—Mmm... no. Estamos en un barco.

—¿Un barco?

—Uno grande... y lujoso —especifico con un suspiro.

—Ya veo. —Su tono se ha vuelto frío... Mierda, no debería haberle llamado. Esto es lo último que necesito ahora mismo.

—José, necesito tu consejo.

—¿Mi consejo? —Suena asombrado—. Claro —dice y esta vez suena mucho más amable. Le cuento mi plan.

Dos horas después, Taylor me ayuda a salir de la lancha motora y a subir por la escalerilla hasta la cubierta. Gaston está ayudando a los miembros de la tripulación con la moto de agua. A Christian no se le ve por ninguna parte y yo me escabullo al camarote para envolver su regalo, sintiendo un placer infantil.

—Has estado fuera un buen rato. —Christian me sorprende justo cuando estoy poniendo el último trozo de celo. Me giro y lo encuentro de pie en el umbral de la puerta del camarote, mirándome fijamente. ¿Voy a tener problemas por lo de la moto de agua? ¿O será por lo del fuego en la oficina?

—¿Todo está controlado en la oficina? —le pregunto.

—Más o menos —dice y una expresión irritada cruza momentáneamente su cara.

—He estado haciendo compras. —Espero que eso le mejore el humor y rezo para que esa irritación que veo no esté dirigida a mí. Me sonrío con ternura y sé que nosotros estamos bien.

—¿Qué has comprado?

—Esto. —Pongo el pie sobre la cama y le enseño la pulsera de tobillo.

—Muy bonita —dice. Se acerca y roza las campanitas para que tintineen dulcemente junto a mi tobillo. Frunce el ceño y me roza con suavidad la marca roja, lo que hace que me cosquillee toda la pierna.

—Y esto. —Le tiendo la caja para intentar distraerle.

—¿Es para mí? —me pregunta sorprendido. Asiento tímidamente. Coge la caja y la agita un poco. Me dedica una sonrisa infantil y deslumbrante y se sienta a mi lado en la cama. Se inclina, me coge la barbilla y me da un beso—. Gracias —me dice con una felicidad tímida.

—Pero si todavía no lo has abierto...

—Seguro que me encanta, sea lo que sea. —Me mira con los ojos brillantes—. No me hacen muchos regalos, ¿sabes?

—Es difícil comprarte algo, porque ya lo tienes todo.

—Te tengo a ti.

—Es verdad. —Le sonrío. Oh, y qué verdad, Christian...

Desenvuelve el regalo en cuestión de segundos.

—¿Una Nikon? —Me mira perplejo.

—Sé que tienes una cámara digital pequeña, pero esta es para... eh... retratos y esas cosas. Tiene dos lentes.

Parpadea sin comprender.

—Hoy en la galería te han gustado mucho las fotos de Florence D'Elle. Y me he acordado de lo que me dijiste en el Louvre. Y, bueno, también están esas otras fotografías... —Trago saliva y hago un esfuerzo por no pensar en las fotos que encontré en su armario.

Él contiene la respiración y abre mucho los ojos cuando comprende al fin. Sigo hablando de forma atropellada antes de que pierda toda la valentía.

—He pensado que tal vez... eh... te gustaría hacer fotos... de mi cuerpo.

—¿Fotos? ¿Tuyas? —Me mira con la boca abierta, ignorando la caja que tiene en el regazo.

Asiento intentando desesperadamente evaluar su reacción. Finalmente devuelve su atención a la caja y sigue con los dedos el contorno de la ilustración de la cámara que hay en la tapa con reverencia y fascinación.

¿Qué estará pensando? No es la reacción que esperaba y mi subconsciente me observa como si fuera un animal de granja domesticado. Christian nunca reacciona como yo espero. Levanta la vista de nuevo con los ojos llenos de... ¿qué? ¿Dolor?

—¿Por qué has pensado que podría querer algo así? —me pregunta desconcertado.

¡No, no, no! Has dicho que te iba a encantar...

—¿No lo quieres? —le pregunto negándome a escuchar a mi subconsciente, que se está cuestionando por qué iba a querer nadie hacerme fotos eróticas a mí. Christian traga saliva y se pasa una mano por el pelo. Parece tan perdido, tan confuso. Inspira profundamente.

—Para mí esas fotos eran como una póliza de seguros, Ana. He convertido a las mujeres en objetos durante mucho tiempo. —Hace una pausa incómoda.

—¿Y te parece que hacerme fotos es... convertirme en un objeto a mí también? —Me quedo sin aire y pálida cuando toda la sangre abandona mi cara.

Cierra los ojos con fuerza.

—Estoy muy confundido —susurra. Cuando abre los ojos de nuevo se ven perdidos y llenos de pura emoción.

Mierda. ¿Es por mí? ¿Por mis preguntas de antes sobre su madre biológica? ¿Por el incendio en la oficina?

—¿Por qué dices eso? —le pregunto en voz baja. Tengo la garganta atenazada por el pánico. Creía que estaba feliz. Que los dos lo estábamos. Creía que le estaba haciendo feliz. No quiero confundirle. ¿O sí? Mi mente empieza a funcionar a toda velocidad. No ha visto al doctor Flynn en tres semanas. ¿Es eso? ¿Esa es la razón para que este así? Mierda, ¿debería llamar al doctor? Pero en un momento posiblemente único de extraordinaria profundidad y claridad consigo entenderlo: el incendio, *Charlie Tango*, la moto de agua... Está asustado. Tiene miedo por mí y verme esas marcas en la piel solo lo ha empeorado. Ha estado todo el día fijándose en ellas, sintiéndose mal, y no está acostumbrado a sentirse incómodo por su forma de infligir dolor. Solo pensarlo me provoca un escalofrío.

Se encoge de hombros y una vez más sus ojos se van a mi muñeca, donde estaba la pulsera que me ha comprado. ¡Bingo!

—Christian, estas marcas no importan —le aseguro levantando la muñeca y señalando la marca—. Me diste una palabra de seguridad. Mierda, Christian... Lo de ayer fue divertido. Disfruté. No te machaques con eso. Me gusta el sexo duro, ya te lo he dicho. —Me ruborizo hasta ponerme escarlata a la vez que intento sofocar el pánico que empiezo a sentir.

Me mira fijamente y no tengo ni idea de lo que está pensando. Tal vez esté sopesando mis palabras. Continúo tartamudeando un poco.

—¿Es por el incendio? ¿Crees que hay alguna conexión con lo de *Charlie Tango*? ¿Por eso estás preocupado? Habla conmigo, Christian, por favor.

No aparta la mirada de mí pero tampoco dice nada y el silencio se cierne sobre nosotros otra vez, como esta misma tarde. ¡Maldita sea! No me va a decir nada, lo sé.

—No le des más vueltas a esto, Christian —le regaño en voz baja y las palabras resuenan en mi cabeza, removiendo un recuerdo del pasado reciente: lo que él me dijo acerca de su estúpido contrato. Extiendo la mano, cojo la caja de su regazo y la abro. Me observa pasivamente, como si fuera una criatura extraterrestre fascinante. Sé que el vendedor de la tienda, muy amablemente, ha dejado la cámara lista para usarla, así que la saco de la caja y le quito la tapa a la lente. Le apunto y su hermosa cara llena de ansiedad queda justo en el centro del marco. Pulso el botón y lo mantengo presionado y diez fotos de la expresión alarmada de Christian quedan capturadas digitalmente para la posteridad.

—Pues yo te acabo de convertir en un objeto a ti —le digo volviendo a pulsar el obturador. En el último momento sus labios se curvan casi imperceptiblemente. Vuelvo a pulsarlo y esta vez está sonriendo... Una sonrisita, pero sonrisa al fin y al cabo. Pulso el botón otra vez y veo que se relaja físicamente y hace un mohín, completamente falso, un ridículo mohín de personaje de *Acero azul* y eso me hace reír. Oh, gracias a Dios. El

señor Temperamental ha vuelto... Y nunca me he alegrado tanto de verlo.

—Creía que era un regalo para mí —dice enfurruñado, aunque creo que es fingido.

—Bueno, se suponía que tenía que ser algo divertido, pero parece que es un símbolo de la opresión de la mujer —le respondo haciéndole más fotos y viendo en un primer plano como la diversión crece en su cara. Entonces sus ojos se oscurecen y su expresión se vuelve depredadora.

—¿Quieres sentirte oprimida? —susurra con una voz suave como la seda.

—No. Oprimida no... —murmuro a la vez que le hago otra foto.

—Yo podría oprimirla muy bien, señora Grey —me amenaza con voz ronca.

—Sé que puede, señor Grey. Y lo hace con frecuencia.

Su cara se pone triste. Mierda. Bajo la cámara y le miro.

—¿Qué pasa, Christian? —Mi voz rezuma frustración. ¡Dímelo!

No dice nada. ¡Arrrggg! Me saca de quicio. Me acerco la cámara al ojo otra vez.

—Dímelo —insisto.

—No pasa nada —dice y de repente desaparece del visor. En un movimiento rápido y ágil tira la caja de la cámara al suelo del camarote, me agarra, me tumba sobre la cama y se sienta a horcajadas sobre mí.

—¡Oye! —exclamo y le hago más fotos mientras me sonrío con oscura resolución. Agarra la cámara por la lente y la fotografía se convierte en la fotografiada

cuando me apunta con la Nikon y presiona el botón del obturador.

—¿Así que quiere que le haga fotos, señora Grey? —me dice divertido. De su cara no puedo ver más que el pelo alborotado y la amplia sonrisa de su boca bien delineada—. Bien, pues para empezar, creo que deberías estar riéndote —continúa y me hace cosquillas sin piedad bajo las costillas, lo que hace que chille, me retuerza, me ría y le agarre la muñeca en un vano intento de detenerle. Su sonrisa se hace más amplia y vuelve a hacerme fotos.

—¡No! ¡Para! —le grito.

—¿Estás de broma? —gruñe y deja la cámara a un lado para poder torturarme con ambas manos.

—¡Christian! —protesto sin dejar de reírme y de resoplar. Nunca me había hecho cosquillas antes. ¡Joder, basta! Muevo la cabeza de lado a lado e intento escapar de debajo de su cuerpo y apartarle las manos sin dejar de reír, pero es implacable. No deja de sonreír, disfrutando de mi tormento.

—¡Christian, para! —le suplico y se detiene de repente. Me coge las dos manos, me las sujeta a ambos lados de la cabeza y se inclina sobre mí. Estoy sin aliento, jadeando por la risa. Su respiración es tan agitada como la mía y me está mirando con... ¿qué? Mis pulmones dejan de funcionar. ¿Asombro? ¿Amor? ¿Veneración? Dios, esa mirada...

—Eres. Tan. Hermosa —dice entre jadeos.

Le miro a esa cara que tanto quiero hipnotizada por la intensidad de su mirada; es como si me estuviera viendo por primera vez. Se inclina más, cierra los ojos y me besa, embelesado. Su respuesta despierta mi libido...

Verle así, anulado, por mí... Oh, Dios mío... Me suelta las manos y enrosca los dedos en mi pelo, manteniéndome donde estoy sin ejercer fuerza. Mi cuerpo se eleva y se llena de excitación en respuesta a su beso. Y de repente cambia la naturaleza del beso; ya no es dulce y lleno de veneración y admiración. Ahora se vuelve carnal, profundo, devorador... Su lengua me invade la boca, cogiendo y no dando, en un beso con un punto desesperado y necesitado. Mientras el deseo se va extendiendo por mi sangre, despertando a los músculos y los tendones a su paso, siento un escalofrío de alarma.

Oh, Cincuenta, ¿qué pasa?

Inspira bruscamente y gruñe.

—Oh, pero qué haces conmigo... —murmura, salvaje y perdido. Con un movimiento rápido se tumba sobre mí y me aprieta contra el colchón. Con una mano me coge la barbilla y con la otra me recorre el cuerpo, los pechos, la cintura, la cadera y el culo. Vuelve a besarme y mete la pierna entre las mías, me levanta la rodilla y se aprieta contra mí, con la erección tensando su ropa y presionando contra mi sexo. Doy un respingo y gimo junto a sus labios, perdiendo de la cabeza por la pasión. No hago caso a las alarmas distantes que suenan en el fondo de mi mente. Sé que me desea, que me necesita y cuando intenta comunicarse conmigo, esta es su forma preferida de expresión. Le beso con total abandono, deslizando los dedos entre su pelo, cerrando las manos y aferrándome con fuerza. Sabe tan bien y huele a Christian, mi Christian.

De repente se para, se levanta y tira también de mí de modo que me quedo de pie delante de él, todavía perpleja. Me desabrocha el botón de los pantalones

cortos y se arrodilla apresuradamente para bajármelos junto con las bragas de un tirón. Antes de que me dé tiempo a respirar de nuevo, estoy otra vez tirada sobre la cama debajo de él, que ya se está desabrochando la bragueta. ¡Uau! No se va a quitar la ropa ni a mí la camiseta. Me sujeta la cabeza y sin ningún tipo de preámbulo se introduce en mi interior con una embestida, haciendo que dé un grito, más de sorpresa que de ninguna otra cosa. Oigo el siseo de su respiración entre dientes.

—Sssí —susurra junto a mi oído.

Se queda quieto y después gira la cadera una vez para introducirse más adentro, haciéndome gemir.

—Te necesito —gruñe con la voz baja y ronca. Me roza la mandíbula con los dientes, mordiendo, succionando y después me besa otra vez con brusquedad. Le rodeo con las piernas y los brazos, acunándolo y apretándolo contra mí, decidida a hacer desaparecer lo que sea que le preocupa.

Empieza a moverse una y otra vez, frenético, primitivo, desesperado. Yo, antes de perderme en ese ritmo loco que ha establecido, me pregunto una vez más qué le estará llevando a esto, qué le preocupa. Pero mi cuerpo toma el control y ahoga el pensamiento, acelerando y aumentando las sensaciones hasta que me inundan y voy al encuentro de cada embestida. Escucho su respiración difícil, trabajosa y feroz junto a mi oreja. Sé que está perdido en mí. Gimo en voz alta y jadeo. Esa necesidad que tiene de mí es tremendamente erótica. Estoy llegando... llegando... y él me está llevando más allá, abrumándome, arrastrándome con él. Esto es lo que quiero. Lo quiero tanto... por él y por mí.

—Córrete conmigo —jadea y se eleva un poco de forma que tengo que soltarle—. Abre los ojos —me ordena—. Necesito verte. —Su voz es urgente, implacable.

Parpadeo para abrir los ojos un momento y lo veo sobre mí: la cara tensa por la pasión, los ojos salvajes y brillantes. Su pasión y su amor son mi liberación y cuando veo la señal dejo que me embargue el orgasmo, echo atrás la cabeza y mi cuerpo late a su alrededor.

—¡Oh, Ana! —grita y se une a mi clímax, empujando hacia mi interior. Después se queda quieto y cae sobre mí. Rueda hacia un lado para que yo quede encima. Él sigue en mi interior. Cuando los efectos del orgasmo remiten y mi cuerpo se calma, quiero hacer un comentario sobre eso de ser convertida en objeto y oprimida, pero me muerdo la lengua porque no estoy segura de cuál es su estado de ánimo. Le miro para examinarle la cara. Tiene los ojos cerrados y me rodea con los brazos, abrazándome fuerte. Le doy un beso en el pecho a través de la fina tela de su camisa de lino.

—Dime, Christian, ¿qué ocurre? —le pregunto en voz baja y espero nerviosa a ver si ahora, saciado por el sexo, está dispuesto a contármelo. Siento que me abraza un poco más fuerte, pero esa es su única respuesta. No va a hablar.

La inspiración me surge de repente.

—Prometo serte fiel en la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo y en las alegrías y en las penas —le digo en un susurro.

Se queda petrificado. Solo abre mucho sus ojos insondables y me mira mientras sigo recitando los votos matrimoniales.

—Y prometo quererte incondicionalmente, apoyarte para que consigas tus objetivos y tus sueños, honrarte y respetarte, reír y llorar contigo, compartir tus esperanzas y tus sueños y darte consuelo en momentos de necesidad. —Me detengo deseando que me hable. Sigue observándome con los labios abiertos, pero no dice nada—. Y amarte hasta que la muerte nos separe —finalizo con un suspiro.

—Oh, Ana... —susurra y vuelve a moverse para que quedemos el uno al lado del otro, lo que rompe nuestro precioso contacto. Me acaricia la cara con el dorso de los nudillos—. Prometo cuidarte y mantener en lo más profundo de mi corazón esta unión y a ti —susurra de nuevo, con la voz ronca—. Prometo amarte fielmente, renunciando a cualquier otra, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, nos lleve la vida donde nos lleve. Te protegeré, confiaré en ti y te guardaré respeto. Compartiré contigo las alegrías y las penas y te consolaré en tiempos de necesidad. Prometo que te amaré y animaré tus esperanzas y tus sueños y procuraré que estés segura a mi lado. Todo lo que era mío, es nuestro ahora. Te doy mi mano, mi corazón y mi amor desde este momento y hasta que la muerte nos separe.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Su expresión se suaviza y me mira.

—No llores —murmura deteniendo una lágrima con el pulgar y enjugándomela.

—¿Por qué no hablas conmigo? Por favor, Christian.

Cierra los ojos como si estuviera soportando un gran dolor.

—Prometí darte consuelo en momentos de necesidad. Por favor, no me hagas romper mis votos —le suplico.

Suspira y abre los ojos. Tiene la expresión sombría.

—Ha sido provocado —me dice sin más explicaciones. De repente parece tan joven y tan vulnerable...

Oh, mierda.

—Y mi principal preocupación es que haya alguien por ahí que va a por mí. Y si va a por mí... —Se detiene, incapaz de continuar.

—Puede que me haga daño a mí —termino. Él se queda pálido y veo que por fin he descubierto la raíz de su ansiedad. Le acaricio la cara—. Gracias —le digo.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Por decírmelo.

Niega con la cabeza y la sombra de una sonrisa asoma a sus labios.

—Puede ser muy persuasiva, señora Grey.

—Y tú puedes estar rumiando y tragándote todos sus sentimientos y preocupaciones hasta que revienten. Seguro que te mueres de un infarto antes de cumplir los cuarenta si sigues así, y yo te quiero a mi lado mucho más tiempo.

—Tú sí que me vas a matar. Al verte en la moto de agua... Casi me da un ataque al corazón. —Vuelve a

tumbarse en la cama, se tapa los ojos con el brazo y siento que se estremece.

—Christian, es solo una moto de agua. Hasta los niños montan en esas motos. Y cuando vayamos a tu casa de Aspen y empiece a esquiar por primera vez, ¿cómo te vas a poner?

Abre la boca y se gira para mirarme. Me dan ganas de reírme al ver la expresión de angustia que muestra su cara.

—Nuestra casa —dice al fin.

Le ignoro.

—Soy una adulta, Christian, y mucho más dura de lo que crees. ¿Cuándo vas a aprender eso?

Se encoge de hombros y frunce los labios. Creo que es mejor cambiar de tema.

—¿Sabe la policía lo del incendio provocado?

—Sí —asegura con expresión seria.

—Bien.

—Vamos a reforzar la seguridad —me dice práctico.

—Lo entiendo. —Bajo la mirada hacia su cuerpo. Todavía lleva los pantalones cortos y la camisa y yo la camiseta. Aquí te pillo, aquí te mato, un placer conocerla, señora... Pensar eso me hace reír.

—¿Qué? —me pregunta Christian.

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Todavía estás vestido.

—Oh. —Se mira, después me mira a mí y una enorme sonrisa aparece en su cara—. Bueno, ya sabe lo difícil que me resulta mantener las manos lejos de usted, señora Grey... Sobre todo cuando te ríes como una niña.

Oh, sí, las cosquillas. Ah... Las cosquillas... Me muevo rápidamente y me coloco a horcajadas encima de él, pero se da cuenta inmediatamente de mis intenciones y me agarra las dos muñecas.

—No —me dice y lo dice en serio.

Hago un mohín, pero decido que no está preparado para eso.

—No, por favor —me pide—. No puedo soportarlo. Nunca me hicieron cosquillas cuando era pequeño. —Se queda callado y yo relajo las manos para que no tenga necesidad de sujetarme—. Veía a Carrick con Elliot y Mia, haciéndoles cosquillas, y parecía muy divertido pero yo... yo...

Le pongo el dedo índice sobre los labios.

—Chis, lo sé. —Le doy un suave beso en los labios, justo donde hace un segundo estaba mi dedo, y después me acurruco sobre su pecho. Ese dolor familiar empieza a crecer dentro de mí y surge una vez más la profunda compasión que siento en mi corazón por la infancia de Christian. Sé que haría cualquier cosa por ese hombre; le quiero tantísimo...

Me rodea con los brazos y hunde la nariz en mi pelo, inhalando profundamente mientras me acaricia la espalda. No sé cuánto tiempo estamos tumbados así, pero al rato rompo el silencio que hay entre nosotros.

—¿Cuál ha sido la temporada más larga que has pasado sin ver al doctor Flynn?

—Dos semanas. ¿Por qué? ¿Sientes una necesidad irreprimible de hacerme cosquillas?

—No. —Río—. Creo que te ayuda.

Christian suelta una risa burlona.

—Más le vale. Le pago una buena suma de dinero para que lo haga. —Me aparta el pelo y me gira la cara para que lo mire. Levanto la cabeza y le miro a los ojos.

—¿Está preocupada por mi bienestar, señora Grey? —me pregunta.

—Una buena esposa se preocupa por el bienestar de su amado esposo, señor Grey —sentencio mordaz.

—¿Amado? —susurra, y la conmovedora pregunta queda en el aire entre los dos.

—Muy amado. —Me acerco para besarle y él me dedica una sonrisa tímida.

—¿Quieres bajar a tierra a comer?

—Quiero comer donde tú prefieras.

—Bien. —Sonríe—. Pues a bordo es donde puedo mantenerte segura. Gracias por el regalo. —Extiende la mano y coge la cámara. Estira el brazo con ella en la mano y nos hace una foto a los dos abrazándonos después de las cosquillas, el sexo y la confesión.

—Un placer. —Le devuelvo la sonrisa y los ojos se le iluminan.



Paseamos por el opulento y dorado esplendor del dieciochesco Palacio de Versalles. Lo que una vez fue un modesto alojamiento para las cacerías, el Rey Sol lo transformó en un magnífico y fastuoso símbolo de poder,

que, paradójicamente, antes de que acabara el siglo XVIII presencié la caída del último monarca absolutista.

La estancia más impresionante con diferencia es la Galería de los Espejos. El sol de primera hora de la tarde entra a raudales por las ventanas del oeste, iluminando los espejos que se alinean uno detrás de otro en la pared oriental y arrancando destellos de las doradas hojas que lo decoran y de las enormes arañas de cristal. Es imponente.

—Es interesante ver lo que creó un déspota megalómano al que le gustaba aislarse rodeado de esplendor —le digo a Christian, que está de pie a mi lado. Me mira y ladea la cabeza, observándome con humor.

—¿Qué quiere decir con eso, señora Grey?

—Oh, no era más que una observación, señor Grey. —Señalo con la mano lo que nos rodea. Sonriendo, me sigue hasta el centro de la sala, donde me detengo y admiro la vista: los espectaculares jardines que se reflejan en los espejos y el no menos espectacular Christian Grey, mi marido, cuyo reflejo me mira con ojos brillantes y atrevidos.

—Yo construiría algo como esto para ti —me asegura—. Solo para ver cómo la luz hace brillar tu pelo como aquí y ahora. —Me coloca un mechón tras la oreja—. Pareces un ángel. —Me da un beso bajo el lóbulo de la oreja, me coge la mano y murmura—: Nosotros, los déspotas, hacemos esas cosas por las mujeres que amamos.

Me ruborizo, le sonrío tímidamente y le sigo por la enorme estancia.



—¿En qué piensas? —me pregunta Christian y da un sorbo a su café de después de cenar.

—En Versalles.

—Un poco ostentoso, ¿no? —me dice sonriendo. Miro a mi alrededor, a la subestimada grandeza del comedor del *Fair Lady*, y frunzo los labios—. Esto no es nada ostentoso —añade Christian, un poco a la defensiva.

—Lo sé. Es precioso. Es la mejor luna de miel que una chica podría desear.

—¿De verdad? —me pregunta, sinceramente sorprendido y con su sonrisita tímida.

—Por supuesto que sí.

—Solo nos quedan dos días. ¿Hay algo que quieras ver o hacer?

—Únicamente estar contigo. —Se levanta de la mesa, la rodea y me besa en la frente.

—¿Y vas a poder estar sin mí una hora? Tengo que mirar mi correo para ver qué está pasando en casa.

—Claro —le digo sonriendo a la vez que intento ocultar mi decepción por tener que estar una hora sin él. ¿Es raro que quiera estar con él todo el tiempo?

—Gracias por la cámara —me dice y se encamina al estudio.

En el camarote decido que yo también debería ponerme al día con mi correo y abro el portátil. Tengo un mensaje de mi madre y otro de Kate contándome los últimos cotilleos y preguntándome cómo va la luna de miel. Bueno, genial hasta que alguien ha decidido quemar Grey Enterprises, Inc. Cuando termino de escribir la respuesta a mi madre, un correo de Kate entra en mi bandeja de entrada.

De: Katherine L. Kavanagh

Fecha: 17 de agosto de 2011 11:45

Para: Anastasia Grey

Asunto: ¡Oh, Dios mío!

Ana, me acabo de enterar del incendio en la oficina de Christian.

¿Se sabe si ha sido provocado?

K xox

¡Kate está conectada ahora mismo! Me lanzo a abrir mi nuevo juguete (Skype) para ver si está conectada. Escribo rápidamente un mensaje.

Ana: Hola, ¿estás ahí?

Kate: ¡SÍ, Ana! ¿Qué tal estás? ¿Cómo va la luna de miel? ¿Has visto mi correo? ¿Sabe ya Christian lo del incendio?

Ana: Estoy bien. La luna de miel genial. Sí, he visto tu correo. Sí, Christian lo sabe.

Kate: Me lo suponía. No se sabe mucho de lo que ha pasado. Y Elliot no quiere contarme nada.

Ana: ¿Vas tras una historia, Kate?

Kate: Qué bien me conoces...

Ana: Christian tampoco me ha contado mucho.

Kate: ¡A Elliot se lo ha contado Grace!

¡Oh, no! Estoy segura de que Christian no quiere que eso se vaya contando por todo Seattle. Intento mi técnica de distracción patentada para la tenaz Katherine Kavanagh.

Ana: ¿Cómo están Elliot y Ethan?

Kate: A Ethan lo han aceptado en el curso de psicología en Seattle para hacer el máster. Elliot es adorable.

Ana: Bien por Ethan.

Kate: ¿Qué tal tu ex dominante favorito?

Ana: ¡Kate!

Kate: ¿Qué?

Ana: ¡YA SABES QUÉ!

Kate: Perdona...



Ana: Está bien. Más que bien.

Kate: Bueno, mientras tú seas feliz, yo también.

Ana: Estoy pletóricamente feliz.



Kate: Tengo que irme corriendo.
¿Hablamos luego?

Ana: No sé. Tendrás que comprobar si sigo conectada. ¡La diferencia horaria es una mierda!

Kate: Sí, cierto. Te quiero, Ana.

Ana: Yo a ti también. Hasta luego. x

Kate: Hasta luego. <3

Seguro que Kate sigue de cerca esta historia. Pongo los ojos en blanco y cierro Skype para que Christian no pueda ver ese chat. No le gustaría el comentario del ex dominante. Además no estoy segura de que se pueda decir que es ex...

Suspiro en voz alta. Kate lo sabe desde nuestra noche de borrachera tres semanas antes de la boda, cuando al fin sucumbí a las insistentes preguntas de Kate Kavanagh. Fue un alivio contárselo a alguien al fin.

Miro el reloj. Ha pasado más o menos una hora desde la cena y ya empiezo a echar de menos a mi marido. Vuelvo a cubierta para ver si ha terminado lo que estaba haciendo.



Estoy en la Galería de los Espejos y Christian está de pie a mi lado, sonriéndome con amor y ternura. «Pareces un ángel.» Le sonrío, pero cuando miro al espejo estoy de pie sola y la sala es gris y no tiene ningún adorno. ¡No! Giro la cabeza para volver a ver su cara, pero ahora su sonrisa es triste y nostálgica. Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Después se vuelve sin decir una palabra y se aleja lentamente. Sus pasos resuenan entre los espejos mientras cruza la enorme sala hacia las ornamentadas puertas dobles que hay al final. Un hombre solo, sin reflejo...

Y entonces me despierto, boqueando para poder respirar, ahogada por el pánico.

—¿Qué pasa? —me susurra desde la oscuridad a mi lado, con la voz teñida de preocupación.

Oh, está aquí. Está bien. Me lleno de alivio.

—Oh, Christian... —Todavía estoy intentando que los latidos de mi corazón recuperen su velocidad normal. Me abraza y solo entonces me doy cuenta de que tengo lágrimas corriéndome por la cara.

—Ana, ¿qué te ocurre? —Me acaricia la mejilla para enjugarme las lágrimas. Hay angustia en esa pregunta.

—Nada. Una estúpida pesadilla.

Me besa la frente y las mejillas surcadas de lágrimas para consolarme.

—Solo es un mal sueño, cariño. Estoy aquí. Yo te protegeré.

Me dejo envolver por su olor y me acurruco contra él intentando olvidar la pérdida y la devastación que he sentido en el sueño. Y en ese momento me doy

cuenta de que mi miedo más profundo y oscuro es perderle.

Me desperezo buscando a Christian instintivamente, pero no está. ¡Mierda! Me despierto de golpe y miro ansiosa por el camarote. Christian me está observando desde el silloncito tapizado que hay junto a la cama. Se agacha y deja algo en el suelo. Después se acerca y se tumba en la cama conmigo. Lleva unos vaqueros cortados y una camiseta gris.

—No te asustes. Todo está bien —me dice con voz suave y tranquilizadora, como si hablara con un animal acorralado.

Con ternura me aparta el pelo de la cara y yo me calmo al instante. Veo que intenta ocultar su propia preocupación, pero no lo consigue.

—Has estado tan nerviosa estos últimos días... —me dice con mirada seria.

—Estoy bien, Christian. —Le ofrezco la mejor de mis sonrisas porque no quiero que sepa lo preocupada que estoy por el incendio. Los dolorosos recuerdos sobre cómo me sentí cuando *Charlie Tango* fue sabotado y Christian desapareció (el enorme vacío, el dolor indescriptible) siguen encontrando la forma de salir a la superficie; esos recuerdos me persiguen y se aferran a mi corazón. Sin dejar de sonreír trato de reprimirlos—. ¿Estabas observándome mientras dormía?

—Sí —responde—. Estabas hablando.

—¿Ah, sí?

Mierda. ¿Y qué decía?

—Estás preocupada —añade con la mirada llena de angustia. ¿No puedo ocultarle nada a este hombre? Se inclina y me besa entre las cejas—. Cuando frunces el ceño, te sale una V justo aquí. Es un sitio suave para darte un beso. No te preocupes, nena, yo te cuidaré.

—No estoy preocupada por mí. Es por ti —reconozco a regañadientes—. ¿Quién te cuida a ti?

—Yo soy lo bastante mayor y lo bastante feo para cuidarme solo. —Sonríe indulgente—. Ven. Levántate. Hay algo que quiero que hagamos antes de volver a casa. —Me sonrío con una sonrisa amplia de niño grande que dice «sí, es verdad que solo tengo veintiocho» y me da un azote. Doy un respingo, sorprendida, y de repente me doy cuenta de que hoy volvemos a Seattle y me invade la melancolía. No quiero irme. Me ha encantado estar con él las veinticuatro horas todos los días y todavía no estoy preparada para compartirlo con sus empresas y su familia. Hemos tenido una luna de miel perfecta, con algún que otro altibajo, tengo que admitir, pero eso es normal en una pareja recién casada, ¿no?

Pero Christian no puede contener su entusiasmo infantil y, a pesar de mis oscuros pensamientos, acaba contagiándome. Cuando se levanta con agilidad de la cama le sigo intrigada. ¿Qué tendrá en mente?

Christian me ata la llave a la muñeca.

—¿Quieres que conduzca yo?

—Sí. —Christian me sonrío—. ¿Te la he apretado demasiado?

—No, está bien. ¿Por eso llevas chaleco salvavidas? —pregunto arqueando una ceja.

—Sí.

No puedo evitar reírme.

—Veo que tiene mucha confianza en mis habilidades como conductora, señor Grey.

—La misma de siempre, señora Grey.

—Vale, no me des lecciones.

Christian levanta las manos en un gesto defensivo, pero está sonriendo.

—No me atrevería.

—Sí, sí te atreverías y sí lo haces. Y aquí no podemos aparcar y ponernos a discutir en la acera.

—Cuánta razón tiene, señora Grey. ¿Nos vamos a quedar aquí todo el día hablando de tu capacidad de conducción o nos vamos a divertir un rato?

—Cuánta razón tiene, señor Grey.

Cojo el manillar de la moto de agua y me subo. Christian sube detrás de mí y empuja con la pierna para alejarnos del yate. Taylor y dos de los tripulantes nos miran divertidos. Mientras avanzamos flotando, Christian me rodea con los brazos y aprieta sus muslos contra los míos. Sí, eso es lo que a mí me gusta de este medio de transporte... Meto la llave en el contacto y pulso el botón de encendido. El motor cobra vida con un rugido.

—¿Preparado? —le grito a Christian por encima del ruido.

—Todo lo que puedo estar —dice con la boca cerca de mi oído.

Aprieto el acelerador con suavidad y la moto se aleja del *Fair Lady* demasiado tranquilamente para mi gusto. Christian me abraza más fuerte. Acelero un poco

más y salimos disparados hacia delante. Me quedo sorprendida y encantada de que no nos quedemos parados al poco tiempo.

—¡Uau! —grita Christian desde detrás de mí y la euforia en su voz es evidente. Pasamos a toda velocidad junto al yate en dirección a mar abierto. Estamos anclados frente a Saint-Laurent-du-Var y Niza. El aeropuerto de Niza Costa Azul se ve en la distancia y parece construido en medio del Mediterráneo. He oído el ruido de los aviones al aterrizar desde que llegamos anoche. Y ahora quiero echar un vistazo más de cerca.

Vamos a toda velocidad hacia allí, saltando sobre las olas. Me encanta y estoy emocionada por que Christian me haya dejado conducir. Todas las preocupaciones que he sentido los últimos dos días desaparecen mientras surcamos el agua hacia el aeropuerto.

—La próxima vez que hagamos esto, tendremos dos motos de agua —me grita Christian. Sonrío al pensar en hacer una carrera con él; suena emocionante.

Mientras cruzamos el fresco mar azul en dirección a lo que parece el final de una pista de aterrizaje, el estruendo de un jet que pasa justo por encima de nuestras cabezas preparándose para aterrizar me sobresalta. Suena tan alto que me entra el pánico y giro bruscamente a la vez que aprieto el acelerador pensando que es el freno.

—¡Ana! —grita Christian, pero es demasiado tarde. Salgo volando por encima de la moto con los brazos y las piernas sacudiéndose en el aire, arrastrando a Christian conmigo y aterrizando con una salpicadura espectacular.

Entro en el mar cristalino gritando y trago una buena cantidad de agua del Mediterráneo. El agua está fría a esta distancia de la costa, pero salgo de nuevo a la superficie en un segundo gracias al chaleco salvavidas. Tosiendo y escupiendo me quito el agua salada de los ojos y busco a Christian a mi alrededor. Ya está nadando hacia mí. La moto de agua flota inofensiva a unos metros de nosotros con el motor en silencio.

—¿Estás bien? —Sus ojos están llenos de pánico cuando llega hasta mí.

—Sí —digo con la voz quebrada por la euforia. ¿Ves, Christian? Esto es lo peor que te puede pasar con una moto de agua. Me acerca a su cuerpo para abrazarme y después me coge la cabeza entre las manos para examinar mi cara de cerca—. ¿Ves? No ha sido para tanto —le digo sonriendo en el agua.

Por fin él también me sonrío, claramente aliviado.

—No, supongo que no. Pero estoy mojado —gruñe en un tono juguetón.

—Yo también estoy mojada.

—A mí me gustas mojada —afirma con una mirada lujuriosa.

—¡Christian! —le regaño tratando de fingir justa indignación. Él sonrío, guapísimo, y después se acerca y me da un beso apasionado. Cuando se aparta, estoy sin aliento.

—Vamos. Volvamos. Ahora tenemos que ducharnos. Esta vez conduzco yo.



Haraganeamos en la sala de espera de primera clase de British Airways en el aeropuerto de Heathrow a las afueras de Londres, esperando el vuelo de conexión que nos llevará de vuelta a Seattle. Christian está enfrascado en el *Financial Times*. Yo saco su cámara porque me apetece hacerle unas cuantas fotos. Está tan sexy con su camisa de lino blanca de marca, los vaqueros y las gafas de aviador colgando de la abertura de la camisa... El flash de la cámara le sorprende. Parpadea un par de veces y me sonrío con su sonrisa tímida.

—¿Qué tal está, señora Grey? —me pregunta.

—Triste por volver a casa —le digo—. Me gusta tenerte para mí sola.

Me coge la mano y se la lleva a los labios para darme un suave beso en los nudillos.

—A mí también.

—¿Pero? —le pregunto porque he oído esa palabra al final de su frase, aunque no ha llegado a pronunciarla.

Frunce el ceño.

—¿Pero? —repite con aire de falsedad. Ladeo la cabeza y le miro con la expresión de «dímelo» que he ido perfeccionando durante los dos últimos días. Suspira y deja el periódico.

—Quiero que cojan a ese pirómano para que podamos vivir nuestra vida en paz.

—Ah. —Me parece lógico, pero me sorprende su sinceridad.

—Voy a hacer que me traigan las pelotas de Welch en una bandeja si permite que vuelva a pasar algo como esto.

Un escalofrío me recorre la espalda al oír su tono amenazador. Me mira impasible y no sé si está intentando ser frívolo. Hago lo único que se me ocurre para rebajar la repentina tensión que hay entre nosotros: levanto la cámara y le saco otra foto.



—Vamos, bella durmiente, ya hemos llegado — me susurra Christian.

—Mmm... —murmuro sin ganas de abandonar el sensual sueño que estaba teniendo: Christian y yo sobre un mantel de picnic en Kew Gardens.

Estoy tan cansada... Viajar es agotador, incluso en primera clase. Llevamos más de dieciocho horas de viaje. Estoy tan exhausta que he perdido la cuenta. Oigo que abren mi puerta y que Christian se inclina sobre mí. Me desabrocha el cinturón y me coge en brazos, me despierta del todo.

—Oye, que puedo andar —protesto todavía medio dormida.

Él ríe.

—Tengo que cruzar el umbral contigo en brazos.
Le rodeo el cuello con los míos.

—¿Y me vas a subir en brazos los treinta pisos?
—le desafío con una sonrisa.

—Señora Grey, me alegra comunicarle que ha engordado un poco.

—¿Qué?

Sonríe.

—Así que, si no te importa, cogemos el ascensor. —Entorna los ojos, aunque sé que está bromeando.

Taylor abre la puerta del vestíbulo del Escala y sonríe.

—Bienvenidos a casa, señor y señora Grey.

—Gracias, Taylor —le dice Christian.

Le dedico a Taylor una breve sonrisa y veo que vuelve al Audi, donde Sawyer espera tras el volante.

—¿Dices en serio lo de que he engordado? —pregunto mirando fijamente a Christian.

Su sonrisa se hace más amplia y me acerca más a su pecho mientras me lleva por el vestíbulo.

—Un poco, pero no mucho —me asegura pero su cara se oscurece de repente.

—¿Qué pasa? —Intento mantener la alarma de mi voz bajo control.

—Has recuperado el peso que perdiste cuando me dejaste —dice en voz baja mientras llama al ascensor. Una expresión lúgubre cruza por su cara.

Esa angustia repentina y sorprendente me llega al corazón.

—Oye... —Le cojo la cara con las manos y deslizo los dedos entre su pelo, acercándolo a mí—. Si no me hubiera ido, ¿estarías aquí, así, ahora?

Sus ojos se funden y toman el color de una nube de tormenta. Sonríe con su sonrisa tímida, mi sonrisa favorita.

—No —reconoce y entra en el ascensor conmigo aún en brazos. Se inclina y me da un beso suave—. No, señora Grey, no. Pero sabría que puedo mantenerte segura porque tú no me desafiarías.

Parece vagamente arrepentido... ¡Mierda!

—Me gusta desafiarte —aventuro poniéndole a prueba.

—Lo sé. Y eso me hace sentir tan... feliz. —Me sonrío a pesar de su desconcierto.

Oh, gracias a Dios.

—¿Aunque esté gorda?

Ríe.

—Aunque estés gorda.

Me besa de nuevo, más apasionadamente esta vez, y yo cierro las manos en su pelo, apretándole contra mí. Nuestras lenguas se entrelazan en un baile lento y sensual. Cuando el ascensor suena y se para en el ático, los dos estamos sin aliento.

—Muy feliz —murmura.

Su sonrisa es más sombría ahora y sus ojos entornados ocultan una promesa lasciva. Sacude la cabeza para recuperar la compostura y me lleva hasta el vestíbulo.

—Bienvenida a casa, señora Grey. —Vuelve a besarme, más castamente, y me dedica la sonrisa

patentada de Christian Grey con todos sus gigavatios. Los ojos le bailan de alegría.

—Bienvenido a casa, señor Grey. —Yo también sonrío con el corazón lleno de felicidad.

Creía que Christian me iba a bajar aquí, pero no. Me lleva a través del vestíbulo, por el pasillo hasta el salón, y después me deposita sobre la isla de la cocina, donde me quedo sentada con las piernas colgando. Coge dos copas de champán del armario de la cocina y una botella de champán frío de la nevera: Bollinger, nuestro favorito. Abre con destreza la botella sin derramar una gota, vierte el champán rosa pálido en las copas y me pasa una. Coge la otra, me abre las piernas y se acerca para quedarse de pie entre ellas.

—Por nosotros, señora Grey.

—Por nosotros, señor Grey —susurro consciente de mi sonrisa tímida. Brindamos y le doy un sorbo.

—Sé que estás cansada —me dice acariciándome la nariz con la suya—. Pero tengo muchas ganas de ir a la cama... y no para dormir. —Me besa la comisura de los labios—. Es nuestra primera noche aquí y ahora eres mía de verdad... —Su voz se va apagando mientras empieza a besarme la garganta. Es por la noche en Seattle y estoy exhausta, pero el deseo empieza a despertarse en mi vientre.

Christian duerme plácidamente a mi lado mientras yo observo las franjas rosas y doradas del nuevo amanecer entrando por las enormes ventanas. Tiene el brazo cubriéndome los pechos y yo intento acompasar mi respiración con la suya para volver a dormirme, pero es imposible. Estoy completamente

despierta; mi reloj interno lleva la hora de Greenwich y la mente me va a mil por hora.

Han pasado tantas cosas en las últimas tres semanas (más bien en los últimos tres meses) que me siento como en una nube. Aquí estoy ahora, la señora de Christian Grey, casada con el millonario más delicioso, sexy, filántropo y absurdamente rico que pueda encontrar una mujer. ¿Cómo ha podido pasar todo tan rápido?

Me giro para ponerme de lado y poder mirarle. Sé que él me observa mientras duermo, pero yo no suelo tener oportunidad de hacer lo mismo. Se ve joven y despreocupado cuando duerme, con las largas pestañas rozándole las mejillas, un principio de barba cubriéndole la mandíbula y sus labios bien definidos un poco separados; está relajado y respira profundamente. Quiero besarle, meter mi lengua entre esos labios, rozarle con los dedos esa barba que ya pincha. Tengo que esforzarme para reprimir la necesidad de tocarle y perturbarle el sueño. Mmm... Podría morderle y chuparle el lóbulo de la oreja. Mi subconsciente me mira por encima de las gafas porque la he distraído en su lectura de las obras completas de Charles Dickens y me reprende mentalmente: Deja en paz al pobre hombre, Ana.

Regreso al trabajo el lunes. Nos queda el día de hoy para volver a adaptarnos a la rutina. Va a ser raro no ver a Christian durante todo el día después de pasar casi todo el tiempo juntos durante las últimas tres semanas. Me tumbo de nuevo y miro al techo. Alguien podría pensar que pasar tanto tiempo juntos tiene que ser asfixiante, pero no es nuestro caso. He sido feliz

todos y cada uno de los minutos que he compartido con él, incluso cuando hemos discutido. Todos... excepto cuando nos enteramos del incendio en las oficinas de la empresa.

Se me hiela la sangre. ¿Quién podría querer hacer daño a Christian? Mi mente vuelve a intentar resolver el misterio. ¿Alguien del trabajo? ¿Una ex? ¿Un empleado descontento? No tengo ni idea y Christian no dice una palabra al respecto; solo me desvela la mínima información posible con la excusa de protegerme. Suspiro. Mi caballero de la brillante armadura blanca y negra siempre intentando protegerme. ¿Cómo voy a conseguir que se abra un poco más?

Se mueve y yo me quedo muy quieta porque no quiero despertarle, pero mi buena intención tiene el efecto opuesto. ¡Mierda! Dos ojos grises me miran fijamente.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Vuelve a dormirte. —Trato de sonreír con tranquilidad. Él se estira, se frota la cara y me sonríe.

—¿Jet lag? —me pregunta.

—¿Eso es lo que me pasa? No puedo dormir.

—Tengo el remedio universal justo aquí y solo para ti, nena. —Me sonríe como un niño y eso me hace poner los ojos en blanco y reírme al mismo tiempo. Un segundo después hundo los dientes en el lóbulo de su oreja y mis oscuros pensamientos quedan relegados.

Christian y yo vamos por la interestatal 5 hacia el norte en dirección al puente de la 520 en el Audi R8. Vamos a comer con sus padres, una comida de domingo

de bienvenida. Toda la familia va a estar allí y también vendrán Kate y Ethan. Va a resultar raro estar acompañados después de tanto tiempo solos. Casi no he podido hablar con Christian esta mañana; se ha pasado todo el tiempo encerrado en su estudio mientras yo deshacía las maletas. Me ha dicho que no tenía por qué hacerlo, que la señora Jones se encargaría de ello, pero tampoco me he acostumbrado todavía a tener servicio doméstico. Acaricio distraída la tapicería de piel para centrar mis pensamientos. No me encuentro del todo bien. ¿Sigue siendo por el jet lag? ¿O será por el pirómano?

—¿Me dejarías conducir este coche? —le pregunto. Me sorprendo de haberlo dicho en voz alta.

—Claro. —Sonríe—. Lo mío es tuyo. Pero como le hagas una abolladura, te las verás conmigo en el cuarto rojo del dolor. —Me lanza una mirada rápida y esboza una sonrisa maliciosa.

¡Oh! Le miro con la boca abierta. ¿Es broma o no?

—Bromeas... No me castigarías por abollar tu coche, ¿verdad? ¿Quieres más al coche que a mí? —le provoco.

—Casi casi —me dice mientras extiende la mano para darme un apretón en la rodilla—. Pero el coche no me calienta la cama por las noches.

—Estoy segura de que eso se puede arreglar; podrías dormir en el coche —le advierto.

Christian ríe.

—¿No llevamos en casa ni un día y ya me estás echando? —Parece encantado. Le miro y él me responde con una sonrisa deslumbrante. Quiero enfadarme con él,

pero es imposible cuando tiene este humor. Ahora que lo pienso, ha estado más animado desde que salió del estudio esta mañana. Y me parece que yo estoy un poco quisquillosa porque tenemos que volver a la realidad y no sé si va a volver a ser el Christian más reservado de antes de la luna de miel o voy a conseguir que siga siendo su nueva versión mejorada.

—¿Por qué estás tan contento? —le pregunto.
Vuelve a sonreírme.

—Porque esta conversación es tan... normal.

—¡Normal! —Río mordaz—. ¡Después de tres semanas de matrimonio! Vaya...

Su sonrisa desaparece.

—Era broma, Christian —me apresuro a decir porque no quiero estropearle el buen humor. Me doy cuenta de la poca seguridad en sí mismo que demuestra tener a veces. Sospecho que siempre ha sido así, pero que ha ocultado esa inseguridad tras su fachada intimidatoria. Es fácil ponerle el dedo en la llaga, probablemente porque no está acostumbrado. Eso es una revelación para mí y vuelvo a sorprenderme de todo lo que nos queda por aprender el uno del otro—. No te preocupes, seguiré con el Saab —le digo y me giro para mirar por la ventanilla intentando mantener a raya el mal humor.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Nada.

—A veces eres tan exasperante, Ana... Dímelo.
Le miro y le sonrío.

—Lo mismo se puede decir de usted, señor Grey.
Frunce el ceño.

—Lo estoy intentando —dice en voz baja.

—Lo sé. Yo también. —Sonrío y mi humor mejora un poco.

Carrick está ridículo atendiendo la barbacoa con ese gorro de cocinero y el delantal que pone «Licencia para asar». Cada vez que le miro no puedo evitar sonreír. De hecho mi humor ha mejorado considerablemente. Estamos todos sentados alrededor de una mesa en la terraza de la casa de la familia Grey, disfrutando del sol de finales del verano. Grace y Mia están poniendo varias ensaladas en la mesa mientras Elliot y Christian intercambian insultos con cariño y hablan de los planos de la nueva casa y Ethan y Kate no dejan de hacerme preguntas sobre la luna de miel. Christian no me ha soltado la mano y juguetea con mis anillos de boda y de compromiso.

—Si consigues finalizar los detalles de los planos con Gia, tengo un hueco desde septiembre hasta mediados de noviembre. Puedo traer a todo el equipo y ponernos con ello —le está diciendo Elliot mientras estira el brazo y rodea los hombros de Kate, lo que la hace sonreír.

—Gia tiene que venir mañana por la noche para hablar de los planos —responde Christian—. Espero que podamos terminar con eso entonces. —Se gira y me mira expectante.

Oh... me acabo de enterar.

—Claro. —Le sonrío sobre todo porque está su familia delante, pero vuelvo a perder el buen humor repentinamente. ¿Por qué toma esas decisiones sin decírmelo? ¿O es por Gia (toda caderas exuberantes, pechos grandes, ropa de diseñadores caros y perfume),

que tiene la costumbre de sonreírle a mi marido demasiado provocativamente? Mi subconsciente me mira enfadada: Él no te ha dado razones para estar celosa. Mierda, hoy me siento como en una montaña rusa. ¿Qué me pasa?

—Ana —me llama Kate, interrumpiendo mis ensoñaciones—, ¿sigues en el sur de Francia o qué?

—Sí —le respondo con una sonrisa.

—Se te ve muy bien —dice aunque frunce el ceño a la vez.

—A los dos se os ve genial —añade Grace sonriendo mientras Elliot rellena las copas.

—Por la feliz pareja. —Carrick sonríe y levanta su copa y todos los que están sentados a la mesa se unen al brindis.

—Y felicidades a Ethan por haber entrado en el programa de psicología en Seattle —interviene Mia orgullosamente. Le dedica una sonrisa de adoración y Ethan le responde con otra. Me pregunto si habrá hecho algún avance con él. Es difícil saberlo...

Escucho las conversaciones de la mesa. Christian está explicando todo el itinerario que hemos hecho estas últimas tres semanas, dándole algunos toques aquí y allá para pintarlo todavía más bonito. Suena relajado y parece tener controlada la situación, olvidada por un rato la preocupación por el pirómano. Pero yo parece que no puedo librarme de mi mal humor. Pincho un poco de comida con el tenedor. Christian me dijo ayer que estaba gorda. Pero era broma... Mi subconsciente vuelve a mirarme mal. Elliot tira accidentalmente su copa al suelo, lo que sobresalta a todo el mundo y se produce un repentino brote de actividad para limpiarlo todo.

—Te voy a llevar a la casita del embarcadero a darte unos azotes si no dejas ya ese mal humor y te animas un poco —me susurra Christian.

Doy un respingo por la sorpresa, me giro y le miro con la boca abierta. ¿Qué? ¿Es broma?

—¡No te atreverás! —le digo entre dientes, pero en el fondo siento una excitación familiar que es más que bienvenida.

Christian levanta una ceja. Claro que lo haría. Miro a Kate, al otro lado de la mesa. Nos está observando con interés. Me vuelvo hacia Christian y entorno los ojos.

—Tendrás que cogermelo primero... y hoy no llevo tacones —le advierto.

—Seguro que me lo paso bien intentándolo —asegura con una sonrisa pícaro. Creo que sigue bromeando.

Me ruborizo. Y por raro que parezca, me siento algo mejor.

Cuando terminamos el postre (fresas con nata), empieza a llover de repente. Todos nos levantamos de un salto de la mesa para recoger los platos y las copas y llevarlas a la cocina.

—Qué bien que el tiempo haya aguantado hasta después de la comida —dice Grace encantada mientras se encamina a la habitación de atrás. Christian se sienta al brillante piano de pared negro, pisa el pedal de sordina y empieza a tocar una melodía que me resulta familiar pero que no logro ubicar.

Grace me pregunta qué me ha parecido Saint-Paul-de-Vence. Ella y Carrick estuvieron allí hace años en su luna de miel y se me pasa por la cabeza que eso es

un buen augurio, viendo lo felices que siguen estando juntos. Kate y Elliot están abrazándose en uno de los grandes sofás llenos de cojines, mientras Ethan, Mia y Carrick están enfrascados en una conversación sobre psicología, creo.

De repente todos los Grey, como si fueran una sola persona, dejan de hablar y miran a Christian con la boca abierta.

¿Qué?

Christian está cantando bajito para sí mientras toca el piano. Se hace el silencio mientras todos nos esforzamos por escuchar su suave voz musical y la letra de «Wherever You Will Go». Yo le he oído cantar antes, ¿ellos no? Se para de repente al darse cuenta del silencio sepulcral que se ha apoderado de la habitación. Kate me mira inquisitiva y yo me encojo de hombros. Christian se gira en la banqueta y frunce el ceño, avergonzado al percatarse de que es el centro de atención.

—Sigue —le anima Grace—. Nunca te había oído cantar, Christian. Nunca. —Lo está mirando con verdadero asombro.

Él la mira como ausente desde la banqueta del piano y, después de un momento, se encoge de hombros. Desvía su mirada nerviosamente hacia mí y luego hacia las cristaleras. El resto de las personas de la habitación empiezan a charlar y yo me quedo observando a mi marido.

Grace me distrae al cogerme las manos y después sin previo aviso, darme un abrazo.

—¡Oh, querida! Gracias, ¡gracias! —me susurra de forma que solo yo puedo oírla. Eso me produce un nudo en la garganta.

—Mmm... —Yo también la abrazo aunque no sé muy bien por qué me está dando las gracias. Grace sonrío con los ojos llenos de lágrimas y me da un beso en la mejilla.

¿Qué habré hecho?

—Voy a preparar un té —me dice con voz quebrada por las ganas de llorar.

Me acerco a Christian, que ahora está de pie mirando por las cristaleras.

—Hola.

—Hola. —Me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia él. Yo le meto la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros y ambos contemplamos la lluvia que cae afuera.

—¿Te encuentras mejor?

Asiento.

—Bien.

—Realmente sabes cómo provocar el silencio en una habitación.

—Es que lo hago muy a menudo —me dice y sonrío.

—En el trabajo sí, pero no aquí.

—Cierto, aquí no.

—¿No te habían oído cantar nunca? ¿Jamás?

—Parece que no —dice cortante—. ¿Nos vamos?

Le observo para intentar saber de qué humor está. Su mirada es tierna y cálida, un poco desconcertada. Decido cambiar de tema.

—¿Me vas a azotar? —le susurro y de repente siento mariposas en el estómago. Tal vez eso sea lo que necesito, lo que he estado echando de menos.

Me mira y los ojos se le oscurecen.

—No quiero hacerte daño, pero no me importa jugar.

Miro nerviosamente a nuestro alrededor, pero nadie puede oírnos.

—Solo si se porta usted mal, señora Grey —me dice al oído.

¿Cómo se puede encerrar una promesa tan sensual en siete palabras?

—Ya se me ocurrirá algo —le aseguro con una sonrisa.

Después de despedirnos nos dirigimos al coche.

—Toma. —Christian me tira las llaves del R8—. No me lo abolles o me voy a cabrear mucho —añade con toda seriedad.

Se me seca la boca. ¿Me va a dejar conducir su coche? La diosa que llevo dentro se pone los guantes de conducir de piel y los zapatos planos. ¡Oh, sí!, exclama.

—¿Estás seguro? —le pregunto perpleja.

—Sí. Y aprovecha antes de que cambie de idea.

Me parece que no he sonreído tanto en mi vida. Él pone los ojos en blanco y me abre la puerta del conductor para que pueda entrar. Arranco el motor antes si quiera de que le dé tiempo a llegar al lado del acompañante, así que se apresura a entrar.

—Ansiosa, ¿eh, señora Grey? —pregunta con una sonrisa mordaz.

—Mucho.

Salgo del aparcamiento marcha atrás lentamente y giro para enfilear la salida de la casa. Consigo no calarlo, lo que me sorprende incluso a mí. Vaya, qué sensible está el embrague. Cuando me acerco a la salida,

veo por el retrovisor que Sawyer y Ryan suben al Audi todoterreno. No sabía que nuestra seguridad nos había acompañado hasta allí. Me paro antes de incorporarme a la carretera principal.

—¿Estás seguro de verdad?

—Sí —dice Christian tenso, lo que me indica que no está nada seguro. Oh, mi pobrecito Cincuenta... Quiero reírme de él y de mí; estoy nerviosa y entusiasmada.

Una pequeña parte de mí quiere perder a Sawyer y a Ryan solo por diversión. Compruebo que no viene nadie y al fin entro en la carretera con el R8. Christian se revuelve en el asiento por la tensión y yo no puedo resistirme. La carretera está vacía. Piso el acelerador y salimos disparados hacia delante.

—¡Hey! ¡Ana! —grita Christian—. Frena un poco... Nos vas a matar.

Suelto el acelerador inmediatamente. ¡Uau! ¡Este coche tiene potencia!

—Perdón —murmuro intentando parecer arrepentida, aunque no lo consigo. Christian ríe para ocultar su alivio, creo.

—Bueno, eso cuenta como mal comportamiento —dice como que no quiere la cosa. Yo reduzco aún más la velocidad.

Miro por el retrovisor. No hay señales del todoterreno, solo se ve un coche oscuro con los cristales tintados detrás de nosotros. Me imagino a Sawyer y a Ryan nerviosos, intentando frenéticamente llegar hasta nosotros y no sé por qué eso me divierte. Pero como no quiero provocarle un ataque al corazón a mi marido,

decido portarme bien y conducir tranquilamente, con una confianza creciente, hacia el puente de la 520.

De repente Christian suelta un taco y se pelea con sus vaqueros para poder sacar la BlackBerry del bolsillo.

—¿Qué? —contesta enfadado a quien sea que está al otro lado de la línea—. No —dice y mira hacia atrás—. Sí, conduce ella.

Observo un segundo por el espejo retrovisor, pero no veo nada raro: solo una fila de coches que van detrás de nosotros. El todoterreno está unos cuatro coches por detrás y todos vamos conduciendo a ritmo constante.

—Vale. —Christian suspira y se frota la frente con los dedos; irradia tensión. Algo va mal—. Sí... No sé. — Me mira y se aparta el teléfono de la oreja—. No pasa nada. Sigue adelante —me dice con calma sonriéndome, pero la sonrisa no le alcanza los ojos. ¡Mierda! Mi sistema se llena de adrenalina. Vuelve a colocarse el teléfono en la oreja—. Bien, en el puente. En cuanto lleguemos... Sí... Ahora lo pongo.

Coloca el teléfono en el soporte para el altavoz y lo pone en modo manos libres.

—¿Qué ocurre, Christian?

—Tú concéntrate en la carretera, nena —me dice en voz baja.

Vamos hacia la vía de acceso al puente de la 520, dirección Seattle. Cuando miro a Christian, él tiene la vista fija en la carretera.

—No quiero que te entre el pánico —me dice con mucha calma—. Pero en cuanto estemos en el puente de

la 520, quiero que aprietes el acelerador. Nos están siguiendo.

¿Siguiendo? Oh, madre mía. Siento el corazón atravesado en la garganta, latiéndome con fuerza, se me eriza el vello y me cuesta respirar por el pánico. ¿Quién nos puede estar siguiendo? Vuelvo a mirar por el retrovisor y el coche oscuro de antes continúa detrás de nosotros. ¡Joder! ¿Es ese? Intento ver algo detrás del parabrisas tintado para distinguir quién conduce, pero no consigo ver nada.

—Mantén la vista en la carretera, nena —me dice Christian suavemente, nada que ver con el tono malhumorado que suele utilizar cuando conduzco yo.

¡Contrólate!, me regaño mentalmente para dominar el terror que amenaza con apoderarse de mí. Supongo que quien quiera que nos esté siguiendo irá armado... ¿Armado y a por Christian? ¡Mierda! Me invade una oleada de náuseas.

—¿Cómo sabes que nos están siguiendo? —Mi voz es un susurro entrecortado y chillón.

—El Dodge que tenemos detrás lleva matrículas falsas.

¿Y cómo puede saber eso?

Pongo el intermitente cuando nos acercamos a la incorporación al puente. Es última hora de la tarde y aunque ha parado la lluvia, la carretera está húmeda. Por suerte el tráfico es bastante fluido.

La voz de Ray resuena en mi cabeza recordándome algo que me dijo en una de mis muchas clases de autodefensa: «El pánico es lo que te puede matar o hacer que sufras heridas graves, Annie». Inspiro hondo intentando controlar mi respiración. Quien quiera

que nos esté siguiendo va a por Christian. Cuando inspiro de nuevo profunda y tranquilizadamente mi mente empieza a aclararse y el estómago se me asienta. Tengo que proteger a Christian. Quería conducir este coche y quería hacerlo muy rápido. Bueno, pues esta es mi oportunidad. Agarro con fuerza el volante y echo un último vistazo al retrovisor. El Dodge está más cerca.

Freno de repente, ignorando la mirada llena de pánico de Christian, e intento elegir bien el momento de entrada en el puente de la 520 con la intención de que el Dodge tenga que reducir la velocidad y parar para esperar un hueco en el tráfico antes de seguirnos. Cambio de marcha y piso a fondo. El R8 sale disparado hacia delante, haciéndonos a ambos chocar con el respaldo de los asientos. El indicador de velocidad sube hasta los ciento veinte kilómetros por hora.

—Tranquila, nena —dice Christian con calma, aunque estoy segura de que él está cualquier cosa menos tranquilo.

Serpenteo entre las dos hileras de tráfico como una pieza negra en un tablero de damas, esquivando eficazmente coches y camiones. En este puente estamos tan cerca del lago que es como si estuviera conduciendo sobre el agua. Ignoro a propósito las miradas furiosas o reprobatorias de los otros conductores. Christian se aprieta las manos en el regazo intentando quedarse tan quieto como puede, y a pesar de que tengo la mente funcionando a mil por hora, me pregunto si lo estará haciendo para no distraerme.

—Muy bien —dice en un susurro para animarme. Mira para atrás—. Ya no veo el Dodge.

—Estamos justo detrás del Sudes, señor Grey. —
La voz de Sawyer llega desde el manos libres—. Está haciendo todo lo posible por recuperar su posición detrás de ustedes, señor. Nosotros vamos a intentar adelantar y colocarnos entre su coche y el Dodge.

¿El Sudes? ¿Qué significa eso?

—De acuerdo. La señora Grey lo está haciendo muy bien. A esta velocidad y si el tráfico sigue siendo fluido (y por lo que veo lo es) saldremos del puente dentro de unos pocos minutos.

—Bien, señor.

Pasamos como una exhalación junto a la torre de control del puente y sé que ya hemos pasado la mitad del lago Washington. Compruebo la velocidad y veo que seguimos a ciento veinte.

—Lo estás haciendo muy bien, Ana —me dice Christian en un susurro y mira por la ventanilla de atrás del R8. Durante un momento fugaz su tono me recuerda al de nuestro primer encuentro en su cuarto de juegos, cuando me animaba pacientemente para que fuera colaborando en nuestra primera sesión. Como ese pensamiento me distrae, lo aparto inmediatamente.

—¿Hacia dónde voy? —pregunto bastante tranquila. Ya le he cogido el tranquillo al coche. Da gusto conducirlo, tan suave y tan fácil de manejar que casi no me creo la velocidad que llevamos. En este coche conducir a esta velocidad parece un juego de niños.

—Diríjase a la interestatal 5, señora Grey, y después al sur. Queremos comprobar si el Dodge les sigue durante todo el camino —me dice Sawyer por el manos libres. El semáforo del puente está verde, por suerte, y yo sigo adelante.

Miro nerviosamente a Christian y él me sonríe tranquilizador. Después su cara se vuelve seria.

—¡Mierda! —gruñe entre dientes.

Hay un atasco en cuanto salimos del puente y eso me obliga a frenar. Observo ansiosa por el espejo una vez más y creo ver el Dodge.

—¿Unos diez coches por detrás más o menos?

—Sí, lo veo —dice Christian echando un vistazo por el espejo retrovisor—. Me pregunto quién demonios será...

—Yo también. ¿Sabemos si el que conduce es un hombre? —pregunto al equipo de seguridad que me escucha a través de la BlackBerry.

—No, señora Grey. Puede ser un hombre o una mujer. Los cristales son demasiado oscuros.

—¿Una mujer? —pregunta Christian.

Me encojo de hombros.

—¿Tu señora Robinson? —sugiero sin apartar los ojos de la carretera.

Christian se pone tenso y quita la BlackBerry del soporte.

—No es mi señora Robinson —gruñe—. No he hablado con ella desde mi cumpleaños. Y Elena no haría algo así; no es su estilo.

—¿Leila?

—Está en Connecticut con sus padres. Ya te lo he dicho.

—¿Estás seguro?

Se queda pensando un momento.

—No, pero si hubiera huido, seguro que su familia se lo habría dicho al doctor Flynn. Ya hablaremos

de esto cuando lleguemos a casa. Concéntrate en lo que estás haciendo.

—Puede que solo sea una casualidad.

—No voy a correr riesgos por si acaso. No estando contigo —concluye. Vuelve a poner la BlackBerry en el soporte y recuperamos el contacto con el equipo de seguridad.

¡Oh, mierda! No quiero poner nervioso a Christian ahora. Más tarde tal vez... Me muerdo la lengua. Por suerte el tráfico está disminuyendo un poco. Puedo acelerar hacia la intersección de Mountlake en dirección a la interestatal 5 y empiezo otra vez a zigzaguear entre los coches.

—¿Y si nos para la policía? —pregunto.

—Eso sería algo conveniente.

—Para mi carnet no.

—No te preocupes por eso. —Oigo un humor inesperado en su voz.

Vuelvo a pisar el acelerador y alcanzo de nuevo los ciento veinte. Sí que tiene potencia este coche. Me encanta; es tan fácil. Acabo de llegar a los ciento treinta y cinco. Creo que nunca en mi vida he conducido tan rápido. Mi escarabajo solo llegaba a ochenta... y eso con suerte.

—Ha evitado el tráfico y cogido velocidad —dice la voz incorpórea de Sawyer, tranquila e informativa—. Va a ciento cuarenta.

¡Mierda! ¡Más rápido! Aprieto más el acelerador y el motor del coche ronronea al llegar a ciento cincuenta kilómetros por hora cuando nos acercamos a la intersección de la interestatal 5.

—Mantén la velocidad, Ana —me susurra Christian.

Freno un poco momentáneamente para incorporarme. La interestatal está bastante tranquila y consigo colocarme en el carril rápido en un segundo. Vuelvo a pisar el acelerador y el genial R8 coge velocidad y avanza por el carril izquierdo, en el que los demás mortales con menos suerte se apartan para dejarnos pasar. Si no estuviera asustada, estaría disfrutando.

—Ya va a ciento sesenta, señor.

—Sigue tras él, Luke —le ordena Christian a Sawyer.

¿Luke?

¡Mierda! Un camión aparece en el carril rápido y tengo que pisar el freno.

—¡Maldito idiota! —insulta Christian al conductor cuando salimos despedidos hacia delante en los asientos. Cómo agradezco llevar puesto el cinturón—. Adelanta, nena —me dice Christian con los dientes apretados.

Compruebo los retrovisores y cruzo tres carriles. Aceleramos para adelantar a vehículos más lentos y vuelvo a cruzar hacia el carril rápido.

—Muy bonito, señora Grey —me dice Christian impresionado—. ¿Dónde está la policía cuando la necesitas?

—No quiero que me pongan una multa, Christian —le digo concentrada en la autopista que tengo por delante—. ¿Te han puesto alguna multa por exceso de velocidad conduciendo este coche?

—No —dice, pero puedo echarle un vistazo rápido a su cara y le veo sonreír burlón.

—¿Te han parado?

—Sí.

—Oh.

—Encanto. Todo se basa en el encanto. Ahora concéntrate. ¿Cómo va el Dodge, Sawyer?

—Acaba de alcanzar los ciento setenta y cinco, señor —anuncia Sawyer.

¡Madre mía! Vuelvo a notar el corazón en la boca. ¿Puedo conducir más rápido todavía? Piso a fondo el acelerador y dejamos atrás más coches.

—Hazle una señal con las luces —me ordena Christian, porque tenemos delante a un Ford Mustang que no se aparta.

—Pero eso solo lo hacen los gilipollas.

—¡Pues sé un poco gilipollas! —exclama.

Oh, vale...

—Eh... ¿dónde están las luces?

—El indicador. Tira hacia ti.

El conductor del Mustang nos saca un dedo en un gesto no muy amable, pero se aparta. Paso a su lado como una centella.

—Él es el gilipollas —dice Christian entre dientes—. Sal por Stewart —me ordena.

¡Sí, señor!

—Vamos a tomar la salida de Stewart Street —le dice a Sawyer.

—Vayan directamente al Escala, señor.

Freno, miro por los espejos, indico y después cruzo con una facilidad sorprendente los cuatro carriles de la autopista y salgo por la vía de salida. Ya en Stewart Street, nos dirigimos al sur. La calle está tranquila y hay pocos vehículos. ¿Dónde está todo el mundo?

—Hemos tenido mucha suerte con el tráfico. Pero también el Dodge la ha tenido. No reduzcas la velocidad, Ana. Quiero llegar a casa.

—No recuerdo el camino —le digo sintiendo pánico de nuevo porque el Dodge sigue pisándonos los talones.

—Sigue hacia el sur por Stewart. Sigue hasta que te diga que gires. —Christian vuelve a parecer nervioso. Continúo a toda velocidad tres manzanas, pero el semáforo se pone amarillo al llegar a Yale Avenue.

—¡Sáltatelo, Ana! —grita Christian. Doy tal salto que piso a fondo el acelerador involuntariamente, lo que nos lanza de nuevo contra los asientos, y cruzamos sin frenar el semáforo que ya está en rojo.

—Está enfilando Stewart —dice Sawyer.

—No lo pierdas, Luke.

—¿Luke?

—Se llama a así.

Intento mirar a Christian y veo que me está atravesando con la mirada como si estuviera loca.

—¡La vista en la carretera! —exclama.

Ignoro su tono.

—Luke Sawyer.

—¡Sí! —Suena irritado.

—Ah. —¿Cómo puedo no saber eso? Ese hombre lleva acompañándome al trabajo seis semanas y ni siquiera sabía su nombre.

—Es mi nombre, señora —dice Sawyer y me sobresalta aunque habla con la voz tranquila y monótona de siempre—. El Sudes está bajando por Stewart, señor. Vuelve a aumentar la velocidad.

—Vamos, Ana. Menos charla —gruñe Christian.

—Estamos parados en el primer semáforo de Stewart —nos informa Sawyer.

—Ana, rápido, por aquí —grita Christian señalando un aparcamiento subterráneo en el lado sur de Boren Avenue. Giro y las ruedas protestan con un chirrido cuando doy un volantazo para entrar en el aparcamiento abarrotado.

—Da una vuelta, rápido —ordena Christian. Conduzco todo lo rápido que puedo hacia el fondo, donde no se nos vea desde la carretera—. ¡Ahí! —Christian me señala una plaza de aparcamiento. ¡Mierda! Quiere que aparque. ¡Maldita sea!— Hazlo, joder —dice.

Y yo... lo hago perfectamente. Creo que es la única vez en mi vida que he logrado aparcar perfectamente.

—Estamos escondidos en un aparcamiento entre Stewart y Boren —le dice Christian a Sawyer por la BlackBerry.

—Bien, señor. —Sawyer suena irritado—. Quédense donde están. Nosotros seguiremos al Sudes.

Christian se gira hacia mí y examina mi cara.

—¿Estás bien?

—Sí —le digo en un susurro.

Christian sonrío.

—El que conduce el Dodge no puedo oírnos, ¿sabes?

Yo me echo a reír.

—Estamos pasando por la intersección de Stewart y Boren, señor. Veo el aparcamiento. El Sudes ha pasado por delante y sigue conduciendo, señor.

Los dos hundimos los hombros a la vez por el alivio.

—Muy bien, señora Grey. Has conducido genial.
—Christian me acaricia tiernamente la mejilla con las yemas de los dedos y yo doy un salto al sentir su contacto e inspiro bruscamente. No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¿Eso significa que vas a dejar de quejarte de mi forma de conducir? —le pregunto. Ríe con una risa fuerte y catártica.

—No será para tanto.

—Gracias por dejarme conducir tu coche. Sobre todo en unas circunstancias tan emocionantes. —Intento desesperadamente que mi tono sea despreocupado.

—Tal vez debería conducir yo ahora.

—La verdad es que no creo que sea capaz ahora mismo de salir del coche para dejar que te sientes aquí. Mis piernas se han convertido en gelatina. —De repente me estremezco y me pongo a temblar.

—Es la adrenalina, nena —me explica—. Lo has hecho increíblemente bien. Me has dejado sin palabras, Ana. Nunca me decepcionas.

Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano con una expresión llena de amor, miedo, arrepentimiento... Tantas emociones a la vez... Sus palabras son mi perdición. Abrumada, un sollozo estrangulado escapa de mi garganta cerrada y empiezo a llorar.

—No, nena, no. Por favor, no llores. —Se estira y, a pesar del espacio reducido, tira de mí para pasarme por encima del freno de mano y ponerme acurrucada sobre su regazo. Me acaricia el pelo y me lo aparta de la cara para besarme los ojos y las mejillas y yo lo abrazo y sigo sollozando quedamente contra su cuello. Él hunde la nariz en mi pelo y también me abraza fuerte. Nos

quedamos allí sentados, sin decir nada, solo abrazándonos.

La voz de Sawyer nos sobresalta.

—El Sudes ha reducido la velocidad delante del Escala. Está examinando la intersección.

—Síguele —ordena Christian.

Me limpio la nariz con el dorso de la mano e inspiro hondo para calmarme.

—Utiliza mi camisa para limpiarte. —Christian me besa en la sien.

—Lo siento —murmuro avergonzada por llorar.

—¿Por qué? No tienes nada que sentir.

Vuelvo a limpiarme la nariz. Me coge la barbilla y me da un beso suave en los labios.

—Cuando lloras tienes los labios muy suaves. Mi esposa, tan bella y tan valiente... —me dice en un susurro.

—Bésame otra vez.

Christian se queda quieto con una mano en mi espalda y otra sobre mi culo.

—Bésame —jadeo y veo cómo separa los labios a la vez que inspira bruscamente. Se inclina sobre mí, levanta la BlackBerry del soporte y la tira al asiento del conductor, junto a mis pies enfundados en sandalias. Después pone su boca sobre la mía, hunde la mano derecha entre mi pelo y con la izquierda me coge la cara. Su lengua me invade la boca y yo lo agradezco. La adrenalina se convierte en lujuria que me despierta el cuerpo. Le sujeto el rostro y paso los dedos sobre sus patillas, disfrutando de su sabor. Gruñe bajo y grave desde el fondo de la garganta ante mi apasionada respuesta y a mí se me tensa el vientre por el deseo que

siento. Su mano recorre mi cuerpo, rozándome el pecho, la cintura y bajando por mi culo. Me muevo un poco.

—¡Ah! —exclama y se separa de mí sin aliento.

—¿Qué? —le susurro junto a los labios.

—Ana, estamos en un aparcamiento en medio de Seattle.

—¿Y qué?

—Que ahora mismo tengo muchas ganas de follarte y tú estás intentando encontrar postura encima de mí... Es incómodo.

Al oír sus palabras crecen las espirales de mi interior y todos los músculos que tengo por debajo de la cintura se tensan una vez más.

—Fóllame entonces. —Le beso la comisura de la boca. Le deseo. Ahora. Esa persecución en el coche ha sido excitante. Demasiado excitante. Aterradora. Y el miedo ha desencadenado mi libido. Se echa un poco atrás para mirarme con los ojos oscuros y entrecerrados.

—¿Aquí? —me pregunta con la voz ronca.

Se me seca la boca. ¿Cómo puede excitarme así solo con una palabra?

—Sí. Te deseo. Ahora.

Ladea la cabeza y me mira durante unos segundos.

—Señora Grey, es usted una descarada —me susurra después de lo que a mí me ha parecido una eternidad.

Me agarra la nuca con la mano que tiene enredada en mi pelo para mantenerme quieta y su boca cubre la mía una vez más, esta vez con más fuerza. Con la otra mano me acaricia el cuerpo hasta llegar al culo y

sigue bajando hasta medio muslo. Cierro los dedos entre su pelo demasiado largo.

—Cómo me alegro de que lleves falda —dice mientras mete la mano por debajo de mi falda estampada azul y blanca para acariciarme el muslo.

Me revuelvo una vez más en su regazo y él suelta el aire bruscamente con los dientes apretados.

—Quieta —gruñe. Me cubre el sexo con la mano y me quedo quieta inmediatamente. Me roza el clítoris con el pulgar y me quedo sin aliento cuando siento sacudidas de placer como descargas eléctricas en mi interior, muy, muy adentro—. Quieta —vuelve a susurrar y me besa otra vez mientras su pulgar empieza a trazar círculos por encima del fino encaje de mi ropa interior de diseñador. Lentamente mete dos dedos por debajo de mis bragas y los introduce en mi interior. Gimo y muevo las caderas para acercarlas a su mano.

—Por favor... —le suplico.

—Oh, ya estás preparada —dice metiendo y sacando los dedos despacio—. ¿Te ha excitado la persecución en el coche?

—Me excitas tú.

Me sonrío con una sonrisa traviesa y retira los dedos de repente, dejándome con las ganas. Coloca el brazo por debajo de mis rodillas y, cogiéndome por sorpresa, me levanta en el aire y me gira de forma que quedo mirando al parabrisas.

—Pon una pierna a cada lado de las mías —me ordena juntando sus piernas.

Obedezco y pongo los pies en el suelo, uno a cada lado de los suyos. Baja las manos por mis muslos y luego las vuelve a subir, arrastrando con ellas la falda.

—Pon las manos en mis rodillas, nena, e inclínate hacia delante. Levanta ese bonito culo que tienes. Cuidado con la cabeza.

¡Mierda! De verdad lo vamos a hacer en un aparcamiento público. Echo un vistazo delante de nosotros y no veo a nadie, pero siento que me recorre un escalofrío. ¡En un aparcamiento público! ¡Esto es muy excitante! Christian se mueve debajo de mí y oigo el inconfundible sonido de la cremallera de su bragueta. Me rodea la cintura con un brazo y con la otra mano me aparta a un lado la bragas. Después me penetra con un solo movimiento rápido.

—¡Ah! —grito dejándome caer sobre él y él suelta el aire con los dientes apretados. Su brazo serpentea por mi cuerpo hasta mi cuello. Extiende la mano sobre mi garganta, me empuja la cabeza hacia atrás y me obliga a girarla para poder besarme la garganta. Con la otra mano me agarra la cadera y empezamos a movernos a la vez.

Yo levanto los pies y él se introduce más en mi interior; dentro y fuera. La sensación es... Gimo con fuerza. En esta postura entra tan adentro... Con la mano izquierda sujeto el freno de mano y apoyo la derecha contra la puerta. Christian me agarra el lóbulo de la oreja entre los dientes y tira hasta casi hacerme daño. Entra y sale una y otra vez. Yo subo y después me dejo caer y conseguimos establecer un ritmo. Me rodea el muslo con la mano por debajo de la falda hasta llegar al vértice entre mis muslos y con dos dedos me acaricia suavemente el clítoris a través de la fina tela de mi ropa interior.

—¡Ah!

—¡Rápido, Ana! —jadea junto a mi oído con los dientes apretados. Su otra mano sigue en mi cuello, por debajo de la barbilla—. Tenemos que acabar con esto rápido, Ana —me dice a la vez que aumenta la presión de los dedos sobre mi sexo.

—¡Ah! —Siento el familiar aumento del placer en mi interior, cada vez más profundo.

—Vamos, nena —dice junto a mi oído—. Quiero oírte.

Gimo. Soy toda sensaciones, con los ojos fuertemente cerrados: su voz en mi oído, su aliento en mi cuello y el placer saliendo del lugar donde está excitando mi cuerpo con los dedos y donde me embiste en lo más profundo. Y me pierdo. Mi cuerpo toma el control, buscando desesperadamente la liberación.

—Sí... —susurra Christian en mi oído. Abro los ojos y veo la tapicería del techo del R8. Los cierro con fuerza un segundo después y me abandono al orgasmo—. Oh, Ana —murmura encantado. Me rodea con los brazos, se hunde en mí una vez más y se queda inmóvil mientras eyacula en lo más profundo de mi interior.

Me acaricia la mandíbula con la nariz mientras me da suaves besos en la garganta, la mejilla y la sien. Yo me tumbo sobre él y él apoya la cabeza contra mi cuello.

—¿Ya ha aliviado toda la tensión, señora Grey? —Christian me muerde el lóbulo de la oreja otra vez y tira. Tengo el cuerpo muerto, totalmente exhausto, y solo puedo soltar un gemido. Siento que sonrío contra mi piel—. Yo, por mi parte, puedo decir que me he liberado de la mía —dice levantándose de su regazo—. ¿Te has quedado sin palabras?

—Sí —digo con un hilo de voz.

—Eres una criatura lujuriosa... No tenía ni idea de que fueras tan exhibicionista.

Me siento inmediatamente, alarmada. Él se pone tenso.

—No nos está mirando nadie, ¿verdad? — Examino ansiosa el aparcamiento.

—¿Crees que iba a dejar que alguien viera cómo se corre mi mujer? —Me acaricia la espalda con la mano para calmarme, pero el tono de su voz hace que me estremezca.

Me vuelvo para mirarle y le sonrío con picardía.

—¡Sexo en el coche! —exclamo.

Me sonrío en respuesta y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Vamos a casa. Yo conduzco.

Abre la puerta para que pueda bajarme de su regazo y salir al aparcamiento. Cuando le miro veo que se está abrochando la bragueta. Sale fuera conmigo y espera sujetando la puerta hasta que vuelvo a entrar. Va rápidamente al otro lado, al asiento del conductor, sube al coche conmigo, coge la BlackBerry y hace una llamada.

—¿Dónde está Sawyer? —pregunta—. ¿Y el Dodge? ¿Cómo es que no está Sawyer contigo?

Escucha con atención a Ryan, supongo.

—¿Ella? —exclama—. Seguidla. —Christian cuelga y me mira.

¡Ella! ¿Quién conducía el coche? ¿Quién puede ser? ¿Elena? ¿Leila?

—¿El Dodge lo conducía una mujer?

—Eso parece —me dice en voz baja. Su boca se ha convertido en una fina línea furiosa—. Voy a llevarte a casa —anuncia. Arranca el motor del R8 con un rugido y da marcha atrás para salir.

—¿Dónde está la... Sudes? ¿Y qué significa eso, por cierto? Suena muy BDSM...

Christian sonríe brevemente y sale del aparcamiento hacia Stewart Street.

—Sudes significa «Sujeto desconocido». Ryan antes era agente del FBI.

—¿Del FBI?

—No preguntes —dice Christian negando con la cabeza. Es obvio que está inmerso en sus pensamientos.

—Bueno, pues ¿dónde está la Sudes femenina?

—En la interestatal 5, dirección sur. —Me mira con ojos preocupados.

Vaya... De apasionado a tranquilo y después a ansioso en solo unos momentos. Extiendo la mano y le acaricio el muslo, pasando los dedos juguetonamente por la costura interior de sus vaqueros esperando que eso le mejore el humor. Aparta una mano del volante y detiene el lento ascenso de mi mano.

—No —me dice—. Hemos llegado hasta aquí sanos y salvos. No querrás que tenga un accidente a tres manzanas de casa... —Se lleva mi mano a los labios y me da un beso en el dedo índice para suavizar su respuesta. Tranquilo, sereno, autoritario... Mi Cincuenta. Por primera vez en bastante tiempo me hace sentir de nuevo como una niña caprichosa. Le suelto la mano y me quedo sentada en silencio un momento.

—¿Una mujer?

—Eso dicen. —Suspira, entra en el garaje subterráneo del Escala y pulsa los botones del código de acceso en la consola de seguridad. La puerta se abre, entra y aparca sin dificultad el R8 en su plaza asignada.

—Me gusta mucho este coche —le digo.

—A mí también. Y me gusta cómo lo conduces... Y también cómo has logrado no hacerle ningún daño.

—Puedes regalarme uno para mi cumpleaños —le digo sonriendo.

Christian se queda con la boca abierta y yo salgo del coche.

—Uno blanco, creo —añado a la vez que me agacho y le sonrío.

Él también sonrío.

—Anastasia Grey, nunca dejas de sorprenderme.

Cierro la puerta y voy hasta el extremo del coche para esperarle. Él baja y mira en mi dirección con esa mirada... esa mirada que despierta algo que hay dentro de mí, muy en el fondo. Conozco bien esa mirada. Cuando ya está delante de mí, se inclina y me susurra:

—A ti te gusta el coche. A mí me gusta el coche. Te he follado dentro... Tal vez debería follarte también encima.

Doy un respingo. Pero un brillante BMW plateado entra en el garaje en ese momento. Christian lo mira nervioso y después irritado y por fin me dedica una sonrisa pícara.

—Pero parece que tenemos compañía. Vamos. — Me coge la mano y me lleva hacia el ascensor del garaje. Llama al ascensor y, mientras esperamos, nos alcanza el dueño del BMW. Es joven, va vestido informal, y tiene el

pelo largo, oscuro y cortado en capas. Parece alguien de los medios de comunicación.

—Hola —nos dice con una amplia sonrisa.

Christian me rodea con el brazo y asiente educadamente.

—Acabo de mudarme. Apartamento dieciséis.

—Hola —le respondo devolviéndola la sonrisa. Tiene unos ojos marrones amables.

El ascensor llega y entramos. Christian me mira con una expresión inescrutable.

—Tú eres Christian Grey —dice el hombre joven.

Christian le mira con una sonrisa tensa.

—Noah Logan —se presenta tendiéndole la mano. Christian se la estrecha a regañadientes—. ¿Qué piso? —pregunta Noah.

—Tengo que introducir un código.

—Oh.

—El ático.

—Oh. —Noah sonríe—. Por supuesto. —Él pulsa el botón del octavo piso y las puertas se cierran—. La señora Grey, supongo.

—Sí —le respondo con una sonrisa educada y nos estrechamos las manos. Noah se sonroja porque se me queda mirando un segundo más de lo necesario. Yo también me ruborizo y Christian me aprieta contra él.

—¿Cuándo te has mudado? —le pregunto.

—El fin de semana pasado. Me encanta este sitio. Se produce una pausa incómoda antes de que el ascensor se detenga en el piso de Noah.

—Ha sido un placer conocerlos a los dos —dice y parece aliviado al salir. Las puertas se cierran en silencio

tras él. Christian introduce el código y el ascensor vuelve a subir.

—Parece agradable —le digo—. No había conocido antes a ninguno de los vecinos.

Christian frunce el ceño.

—Yo lo prefiero.

—Pero tú eres un ermitaño. Me ha parecido simpático.

—¿Un ermitaño?

—Ermitaño, sí. Encerrado en tu torre de marfil —le digo con naturalidad y sus labios curvan un poco, divertidos.

—Nuestra torre de marfil. Y creo que tenemos otro nombre para añadir a su lista de admiradores, señora Grey.

Pongo los ojos en blanco.

—Christian, tú crees que todo el mundo es un admirador.

—¿Acabas de ponerme los ojos en blanco?

Se me acelera el pulso.

—Claro que sí —le susurro casi sin respiración.

Ladea la cabeza con una expresión ardiente, arrogante y divertida.

—¿Y qué voy a hacer al respecto?

—Tienes que ser duro.

Él parpadea para ocultar su sorpresa.

—¿Duro?

—Por favor.

—¿Quieres más?

Asiento lentamente. Las puertas del ascensor se abren y ya estamos en casa.

—¿Cómo de duro? —Jadea y sus ojos se oscurecen.

Le miro sin decir nada. Cierra los ojos un momento y después me coge la mano y tira de mí hacia el vestíbulo.

Cuando cruzamos las puertas dobles, nos encontramos a Sawyer de pie en el pasillo, mirándonos expectante.

—Sawyer, quiero un informe dentro de una hora —dice Christian.

—Sí, señor. —Se gira y se dirige a la oficina de Taylor.

¡Tenemos una hora!

Christian me mira otra vez.

—¿Duro?

Yo asiento.

—Bien, señora Grey. Creo que está de suerte. Hoy estoy atendiendo peticiones.

Tienes algo en mente? —me susurra Christian con una mirada expectante. Me encojo de hombros; de repente me siento nerviosa y estoy casi sin respiración. No sé si es por la persecución, la adrenalina, el mal humor de antes... No entiendo nada, pero ahora quiero esto y lo quiero con todas mis fuerzas. Una expresión divertida aparece en la cara de Christian—. ¿Un polvo pervertido? —me pregunta y sus palabras me parecen una suave caricia.

Asiento y noto que la cara me arde. ¿Por qué me da vergüenza? Ya he echado todo tipo de polvos pervertidos con este hombre. ¡Es mi marido, por todos los santos! ¿Me da vergüenza quererlo o admitirlo? Mi subconsciente me mira fijamente como diciendo: Deja de darle tantas vueltas a las cosas.

—¿Tengo carta blanca? —Hace la pregunta en un susurro, mirándome como si intentara leerme la mente.

¿Carta blanca? Madre mía, ¿qué implicará eso?

—Sí —asiento nerviosa y la excitación empieza a crecer en mí. Él sonríe lentamente con una sonrisa sexy.

—Ven —me dice y tira de mí hacia la escalera. Su intención está clara. ¡El cuarto de juegos!

Al llegar al final de la escalera me suelta la mano y abre la puerta del cuarto de juegos. La llave está en el llavero de «Yes Seattle» que le regalé no hace tanto tiempo.

—Después de usted, señora Grey —me dice abriendo la puerta.

El olor del cuarto de juegos ya me resulta familiar: huele a cuero, a madera y a cera de muebles. Me sonrojo al pensar que la señora Jones ha debido de estar limpiando allí cuando estábamos de luna de miel. Al entrar Christian enciende las luces y las paredes rojo oscuro quedan iluminadas con una luz suave y difusa. Me quedo de pie mirándole; la anticipación ya corre por mis venas.

¿Qué va a hacer? Cierra la puerta con llave y se gira. Con la cabeza inclinada hacia un lado me mira pensativo y después niega con la cabeza divertido.

—¿Qué quieres, Anastasia? —me pregunta.

—A ti —le respondo en un jadeo.

Sonríe.

—Ya me tienes. Me tienes desde el mismo momento en que te caíste al entrar en mi despacho.

—Sorpréndame, señor Grey.

Su media sonrisa oculta su diversión y su expresión encierra una promesa lujuriosa.

—Como usted quiera, señora Grey. —Cruza los brazos y se lleva el dedo índice a los labios mientras me mira de arriba abajo—. Creo que vamos a empezar deshaciéndonos de tu ropa. Se acerca. Coge mi chaqueta vaquera por delante, me la abre y me la quita por los hombros hasta que cae al suelo. Después agarra el dobladillo de mi camisola negra.

—Levanta los brazos.

Obedezco y me la quita por la cabeza. Se inclina para darme un suave beso en los labios. Sus ojos brillan

con una atrayente mezcla de lujuria y amor. La camisola acaba en el suelo junto a mi chaqueta.

—Toma —le susurro mirándole nerviosa; me quito la goma del pelo de la muñeca y se la tiendo. Él se queda quieto y abre mucho los ojos un segundo. Por fin me coge la goma.

—Vuélvete —me ordena.

Aliviada, sonrío para mí y obedezco inmediatamente. Parece que hemos superado un pequeño obstáculo. Me recoge el pelo y me lo trenza rápida y hábilmente antes de sujetármelo con la goma. Tira de la trenza para que eche la cabeza hacia atrás.

—Bien pensado, señora Grey —me susurra al oído y después me muerde el lóbulo de la oreja—. Ahora gírate y quítate la falda. Deja que caiga al suelo.

Me suelta y da unos pasos atrás. Yo me vuelvo para quedar mirándole. Sin apartar los ojos de los suyos me desabrocho la cinturilla de la falda y bajo la cremallera. El vuelo de la falda flota y cae al suelo, rodeándome los pies.

—Sal de la falda —ordena y yo obedientemente doy un paso hacia él. Él se arrodilla rápidamente delante de mí y me agarra el tobillo derecho. Con destreza me suelta una sandalia y después la otra mientras yo mantengo el equilibrio apoyando una mano en la pared bajo los ganchos que usa para colgar los látigos, las fustas y las palas. Ahora mismo las únicas herramientas que hay allí son el látigo de colas y la fusta de montar. Los miro con curiosidad. ¿Querrá usarlos?

Una vez sin zapatos, ya solo me queda puesto el conjunto de sujetador y bragas de encaje. Christian se sienta en los talones y me mira.

—Es usted un paisaje que merece la pena admirar, señora Grey. —Se arrodilla, me agarra las caderas y me atrae hacia él para hundir la nariz en mi entrepierna—. Y hueles a ti, a mí y a sexo —dice inspirando hondo—. Es embriagador.

Me da un beso por encima de la tela de las bragas y yo le miro con la boca abierta por lo que ha dicho. Mi interior se está convirtiendo en líquido. Es tan... travieso. Recoge mi ropa y mis sandalias y se pone de pie con un movimiento rápido y grácil, como un atleta.

—Ve y quédate de pie junto a la mesa —me dice con calma señalando con la barbilla.

Se gira y camina hacia la cómoda que encierra todas las maravillas. Me mira y me sonríe.

—Cara a la pared —me manda—. Así no sabrás lo que estoy planeando. Estoy aquí para complacerla, señora Grey, y ha pedido usted una sorpresa.

Me giro para darle la espalda y escucho con atención; mis oídos de repente captan hasta los sonidos más leves. Es bueno en esto: alimenta mis expectativas y aviva mi deseo haciéndome esperar. Oigo cómo mete mi ropa y creo que mis zapatos también en la cómoda. Ahora percibo el inconfundible sonido de sus zapatos al caer al suelo, primero uno y después el otro. Mmm... Me encanta el Christian descalzo. Un momento después le oigo abrir un cajón.

¡Juguetes! Oh, me encanta, me encanta esta anticipación. El cajón se cierra y mi respiración se acelera. ¿Cómo el sonido de un cajón puede convertirme en un flan que no deja de temblar? No tiene sentido. El siseo sutil del equipo de sonido al cobrar vida me avisa de que va a haber un interludio musical. Empieza a oírse

una música de piano, apagada y suave, y un coro triste llena la habitación. No conozco esta canción. Al piano se le une una guitarra eléctrica. ¿Qué es esto? Empieza a hablar una voz masculina y apenas distingo las palabras: dice algo sobre no tener miedo a la muerte.

Christian se acerca lentamente hacia mí con los pies descalzos sobre el suelo de madera. Lo siento detrás de mí cuando una mujer empieza a ¿gemir? ¿Llorar? ¿Cantar...?

—Ha pedido usted duro, señora Grey —me dice junto al oído izquierdo.

—Mmm...

—Pídeme que pare si es demasiado. Si me dices que pare, pararé inmediatamente. ¿Entendido?

—Sí.

—Necesito que me lo prometas.

Inspiro hondo. Mierda, ¿qué es lo que va a hacer?

—Lo prometo —murmuro sin aliento, recordando sus palabras de antes: «No quiero hacerte daño, pero no me importa jugar».

—Muy bien. —Se inclina y me da un beso en el hombro desnudo. Después mete un dedo bajo la tira del sujetador y sigue la línea de la tela por mi espalda. Quiero gemir. ¿Cómo consigue que hasta el contacto más leve sea tan erótico?—. Quítatelo —me susurra al oído y yo me apresuro a obedecerle. Dejo caer el sujetador al suelo.

Me acaricia la espalda con las manos, mete los dos pulgares bajo la cintura de mis bragas y me las baja por las piernas.

—Sal —me dice.

Vuelvo a hacer lo que me pide y salgo de las bragas. Me da un beso en el culo y se pone de pie.

—Te voy a tapar los ojos para que todo sea más intenso.

Me pone un antifaz en los ojos y el mundo se vuelve negro. La mujer que canta está gimiendo algo incoherente... Una canción muy sentida y evocadora.

—Agáchate y túmbate sobre la mesa. —Habla con suavidad—. Ahora.

Sin dudarle me inclino sobre la mesa y apoyo el pecho en la madera bien abrillantada. Siento la cara caliente contra la dura superficie que noto fresca contra mi piel y que huele a cera de abejas con un toque cítrico.

—Estira los brazos y agárrate al borde.

Vale... Me estiro y me agarro al borde más alejado de la mesa. Es bastante ancha, así que tengo los brazos estirados al máximo.

—Si te sueltas, te azoto, ¿entendido?

—Sí.

—¿Quieres que te azote, Anastasia?

Todo lo que tengo por debajo de la cintura se tensa deliciosamente. Me doy cuenta de que he estado deseándolo desde que me amenazó con hacerlo en la comida y ni la persecución ni el encuentro íntimo en el coche han conseguido satisfacer esa necesidad.

—Sí. —Mi voz no es más que un susurro ronco.

—¿Por qué?

Oh... ¿tiene que haber una razón? Me encojo de hombros.

—Dime —insiste.

—Mmm...

Y sin avisar me da un azote fuerte.

—¡Ah! —grito.

—¡Silencio!

Me frota suavemente el culo en el lugar donde me ha dado el azote. Después se inclina sobre mí, clavándome la cadera en el culo, me da un beso entre los omóplatos y sigue encadenando besos por toda mi espalda. Se ha quitado la camisa y el vello de su pecho me hace cosquillas en la espalda a la vez que su erección empuja contra mis nalgas desde debajo de la dura tela de sus vaqueros.

—Abre las piernas —me ordena.

Separo las piernas.

—Más.

Gimo y abro más las piernas.

—Muy bien. —Desliza un dedo por mi espalda, por la hendidura entre mis nalgas y sobre el ano, que se aprieta al notar su contacto.

—Nos vamos a divertir un rato con esto —susurra.

¡Joder!

Sigue bajando el dedo por mi perineo y lo introduce lentamente en mi interior.

—Veo que estás muy mojada, Anastasia. ¿Por lo de antes o por lo de ahora?

Gimo y él mete y saca el dedo, una y otra vez. Me acerco a su mano, encantada por la intrusión.

—Oh, Ana, creo que es por las dos cosas. Creo que te encanta estar aquí, así. Toda mía.

Sí... Oh, sí, me encanta. Saca el dedo y me da otro azote fuerte.

—Dímelo —susurra con la voz ronca y urgente.

—Sí, me encanta —gimo.

Me da otro azote bien fuerte una vez más y grito. Después mete dos dedos en mi interior, los saca inmediatamente, extiende mis fluidos alrededor y sube hasta el ano.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto sin aliento. Oh, Dios mío... ¿Me va a follar por el culo?

—No voy a hacer lo que tú crees —me susurra tranquilizadoramente—. Ya te he dicho que vamos a avanzar un paso cada vez, nena.

Oigo el suave sonido del chorro de algún líquido, al salir de un tubo seguramente, y siento que sus dedos me masajean otra vez ahí. Me está lubricando... ¡ahí! Me retuerzo cuando mi miedo choca con mi excitación por lo desconocido. Me da otro azote más abajo que me alcanza el sexo. Gimo. Es una sensación... tan increíble.

—Quieta —dice—. Y no te sueltes.

—Ah.

—Esto es lubricante. —Me echa un poco más. Intento no retorcerme, pero el corazón me late muy fuerte y tengo el pulso descontrolado. El deseo y la ansiedad me corren a toda velocidad por las venas.

—Llevo un tiempo queriendo hacer esto contigo, Ana.

Gimo de nuevo. Siento algo frío, metálicamente frío, que me recorre la espalda.

—Tengo un regalito para ti —me dice Christian en un susurro.

Me viene a la mente la imagen del día que me enseñó los artilugios que había en la cómoda. Madre mía. Un tapón anal. Christian lo desliza por la hendidura que hay entre mis nalgas.

Oh, Dios mío...

—Voy a introducir esto dentro de ti muy lentamente...

Doy un respingo; la anticipación y la ansiedad están haciendo mella en mí.

—¿Me va a doler?

—No, nena. Es pequeño. Y cuando lo tengas dentro te voy a follar muy fuerte.

Estoy a punto de dar una sacudida sin control. Se agacha sobre mi cuerpo y me da más besos entre los omóplatos.

—¿Preparada? —me susurra.

¿Preparada? ¿Estoy preparada para esto?

—Sí —digo con un hilo de voz y la boca seca.

Pasa otra vez el dedo por encima del ano y por el perineo y lo introduce en mi interior. Joder, es el pulgar. Me cubre el sexo con el resto de la mano y me acaricia lentamente el clítoris con los dedos. Suelto un gemido... Me siento... bien. Muy lentamente, sin dejar de hacer su magia con los dedos y el pulgar, me va metiendo el frío tapón.

—¡Ah! —grito y gimo a la vez por la sensación desconocida. Mis músculos protestan por la intrusión. Hace círculos con el pulgar en mi interior y empuja más fuerte el tapón, que entra con facilidad. No sé si es porque estoy tan excitada o porque me está distrayendo con sus dedos expertos, pero parece que mi cuerpo lo acepta bien. Pesa... y noto algo raro... ¡«ahí»!

—Oh, nena...

Puedo sentirlo todo: el pulgar que gira en mi interior y el tapón que presiona... Oh, ah... Gira lentamente el tapón, lo que me provoca un interminable gemido.

—Christian... —Digo su nombre como un mantra mientras me voy adaptando a la sensación.

—Muy bien —me susurra. Me recorre el costado con la mano libre hasta llegar a la cadera. Saca lentamente el pulgar y oigo el sonido inconfundible de la cremallera de su bragueta al abrirse. Me coge la cadera por el otro lado, tira de mí hacia atrás y me abre más las piernas empujándome los pies con los suyos.

—No sueltes la mesa, Ana —me advierte.

—No —jadeo.

—Duro, ¿eh? Dime si soy demasiado duro, ¿entendido?

—Sí —le susurro.

Siento que entra en mí con una brusca embestida a la vez que me atrae hacia él, lo que empuja el tapón y lo introduce más profundamente.

—¡Joder! —chillo.

Se queda quieto con la respiración trabajosa. Mis jadeos se acompañan con los suyos. Estoy intentando asimilar todas las sensaciones: la deliciosa sensación de estar llena, la seducción de estar haciendo algo prohibido, el placer erótico que va creciendo en espiral desde mi interior. Tira suavemente del tapón.

Oh, Dios mío... Gimo y oigo que inspira bruscamente: una inhalación de puro placer sin adulterar. Hace que me hierva la sangre. ¿Me he sentido alguna vez tan llena de lujuria... tan...?

—¿Otra vez? —me susurra.

—Sí.

—Sigue tumbada —me ordena. Sale de mí y vuelve a embestirme con mucha fuerza.

Oh... esto era lo que quería.

—¡Sí! —exclamo con los dientes apretados.

Él empieza a establecer un ritmo con la respiración cada vez más trabajosa, que vuelve a acompasarse con la mía cuando entra y sale de mi interior.

—Oh, Ana —gime. Aparta una de las manos de mi cadera y gira otra vez el tapón para meterlo despacio, sacarlo un poco y volverlo a meter. La sensación es indescriptible y creo que estoy a punto de desmayarme sobre la mesa. No altera el ritmo de su penetración, una y otra vez, con movimientos fuertes y bruscos al entrar, haciendo que mis entrañas se tensen y tiemblen.

—Oh, joder... —grito. Me va a partir en dos.

—Sí, nena —murmura él.

—Por favor... —le suplico, aunque no sé qué le estoy pidiendo: que pare, que no pare nunca, que vuelva a girar el tapón. Mi interior se tensa alrededor de él y del tapón.

—Eso es —jadea y a la vez me da un fuerte azote en la nalga derecha. Y yo me corro, una vez y otra, cayendo, hundiéndome, girando, latiendo a su alrededor una vez, y otra... Christian saca con mucho cuidado el tapón.

—¡Joder! —vuelvo a gritar y Christian me agarra las caderas para que no me mueva y llega el clímax con un alarido.

La mujer sigue cantando. Siempre que estamos aquí, Christian pone una canción y programa el equipo para que se repita. Qué raro. Estoy acurrucada en su regazo, envuelta por sus brazos, con las piernas enroscadas con las suyas y la cabeza descansando

contra su pecho. Estamos en el suelo del cuarto de juegos al lado de la mesa.

—Bienvenida de vuelta —me dice quitándome el antifaz. Parpadeo para que mis ojos se adapten a la débil luz. Sujetándome la barbilla me da un beso suave en los labios con los ojos fijos en los míos, mirándome ansioso. Estiro la mano para acariciarle la cara. Él me sonrío—. Bueno, ¿he cumplido el encargo? —me pregunta divertido.

Frunzo el ceño.

—¿Encargo?

—Querías que fuera duro —me explica.

No puedo evitar sonreír.

—Sí, creo que sí...

Alza las dos cejas y me sonrío.

—Me alegro mucho de oírlo. Ahora mismo se te ve muy bien follada y preciosa. —Me acaricia la cara y sus largos dedos me rozan la mejilla.

—Así me siento —digo casi en un ronroneo.

Se agacha y me besa tiernamente y noto sus labios suaves y cálidos contra los míos.

—Nunca me decepcionas.

Él se echa un poco atrás para mirarme.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con voz suave pero llena de preocupación.

—Bien. Muy bien follada —le digo y siento que me estoy ruborizando. Le sonrío tímidamente.

—Vaya, señora Grey, tiene una boca muy muy sucia. —Christian pone cara de ofendido, pero advierto la diversión en su voz.

—Eso es porque estoy casada con un hombre muy, muy sucio, señor Grey.

Me sonrío con una sonrisa ridículamente estúpida que se me contagia.

—Me alegro de que estés casada con él.

Me coge la trenza, se la lleva a los labios y besa el extremo con veneración; sus ojos están llenos de amor. Oh... ¿Alguna vez podré resistirme a este hombre?

Le cojo la mano izquierda y le doy un beso en la alianza, un sencillo aro de platino igual que el mío.

—Mío —susurro.

—Tuyo —me responde. Me rodea con sus brazos y hunde la nariz en mi pelo—. ¿Quieres que te prepare un baño?

—Mmm... Solo si tú te metes en la bañera conmigo.

—Vale —concede. Me pone de pie y se levanta para quedar junto a mí. Todavía lleva los vaqueros.

—¿Por qué no te pones... eh... los otros vaqueros? Me mira frunciendo el ceño.

—¿Qué otros vaqueros?

—Los que te ponías antes cuando estábamos aquí.

—¿Esos? —pregunta parpadeando por la perplejidad.

—Me pones mucho con ellos.

—¿Ah, sí?

—Sí... Mucho, mucho...

Sonríe tímidamente.

—Por usted, señora Grey, tal vez me los ponga. —Se inclina para besarme y coge el cuenco que hay en la mesa en el que están el tapón, el tubo de lubricante, el antifaz y mis bragas.

—¿Quién limpia esos juguetes? —le pregunto siguiéndole hasta la cómoda.

Me mira con el ceño fruncido, como si no entendiera la pregunta.

—Yo. O la señora Jones.

—¿Ah, sí?

Asiente, divertido y avergonzado a la vez, creo. Apaga la música.

—Bueno... eh...

—Antes lo hacían tus sumisas —termino la frase por él.

Se encoge de hombros como disculpándose.

—Toma. —Me pasa su camisa. Me la pongo y me envuelvo en ella. La tela mantiene su olor y mi malestar por lo de la limpieza del tapón anal queda olvidado. Deja los juguetes sobre la cómoda. Me coge la mano, abre la puerta del cuarto de juegos, me lleva afuera y bajamos por la escalera. Yo le sigo dócilmente.

La ansiedad, el mal humor, la emoción, el miedo y la excitación de la persecución han desaparecido. Estoy relajada, por fin saciada y en calma. Cuando entramos en nuestro baño bostezo con fuerza y me estiro, por fin cómoda conmigo misma para variar.

—¿Qué? —pregunta Christian mientras abre el grifo.

Niego con la cabeza.

—Dímelo —me pide suavemente. Echa aceite de baño de jazmín en el agua y el baño se llena de un olor dulce y sensual.

Me sonrojo.

—Es que me siento mejor.

Sonríe.

—Sí, ha tenido un humor extraño todo el día, señora Grey. —Se pone de pie y me atrae hacia sus brazos—. Sé que estás preocupada por las cosas que han ocurrido recientemente. Siento que te hayas visto envuelta en todo esto. No sé si es una venganza, un antiguo empleado descontento o un rival en los negocios. Pero si algo te pasara por mi culpa... —Su voz va bajando hasta quebrarse en un susurro lleno de dolor. Yo le abrazo.

—¿Y si te pasa algo a ti, Christian? —Al fin enuncio mi miedo en voz alta.

Me mira.

—Ya lo arreglaremos. Ahora quítate la camisa y métete en el baño.

—¿No tienes que hablar con Sawyer?

—Puede esperar. —La expresión de su boca se endurece y yo siento una punzada de lástima por Sawyer. ¿Qué puede haber hecho para enfadar a Christian?

Christian me ayuda a quitarme la camisa y frunce el ceño cuando me giro hacia él. Todavía tengo en los pechos las marcas desvaídas de los chupetones que me hizo durante la luna de miel. Decido no bromear con él sobre ellos.

—Me pregunto si Ryan habrá conseguido seguir al Dodge...

—Ya nos enteraremos después del baño. Entra. —Me tiende la mano para ayudarme a entrar e intento sentarme dentro del agua caliente y fragante.

—Ay. —Tengo el culo un poco sensible y el agua caliente me provoca un leve dolor.

—Con cuidado, nena —me dice Christian, pero nada más decirlo la sensación de incomodidad desaparece.

Christian se desnuda y se mete detrás de mí, atrayéndome hacia él para que me apoye contra su pecho. Me coloco entre sus piernas y los dos nos quedamos tumbados, relajados y satisfechos, en el agua caliente. Le acaricio las piernas y él me coge la trenza con una mano y la hace girar entre sus dedos.

—Tenemos que revisar los planos de la casa nueva. ¿Más tarde?

—Sí. —Esa mujer va a volver. Mi subconsciente levanta la vista del tercer volumen de las *Obras completas de Charles Dickens* y frunce el ceño. Pienso lo mismo que mi subconsciente. Suspiro. Por desgracia los planos de Gia Matteo son espectaculares—. Debería preparar las cosas del trabajo —digo.

Él se queda muy quieto.

—Sabes que no tienes que volver a trabajar si no quieres —me dice.

Oh, no... otra vez no.

—Christian, ya hemos hablado de esto. Por favor no resucites aquella discusión.

Me tira de la trenza de forma que tengo que levantar y echar atrás la cabeza.

—Solo lo digo por si acaso... —se defiende y me da un suave beso en los labios.

Me pongo los pantalones de chándal y una camisola y decido ir a buscar mi ropa al cuarto de juegos. Mientras cruzo el pasillo, oigo la voz de Christian gritando en el estudio. Me quedo petrificada.

—¿Dónde cojones estabas?

Oh, mierda. Le está gritando a Sawyer. Hago una mueca de dolor y subo corriendo la escalera hasta el cuarto de juegos. No quiero oír lo que tiene que decirle; Christian aún sigue intimidándome cuando grita. Pobre Sawyer. Al menos yo puedo contestarle también a gritos.

Recojo mi ropa y los zapatos de Christian y entonces me fijo en el pequeño cuenco de porcelana con el tapón, que sigue encima de la cómoda. Bueno... supongo que debería limpiarlo. Lo pongo entre la ropa y bajo la escalera. Miro nerviosamente hacia el salón, pero todo está en calma, gracias a Dios.

Taylor volverá mañana por la noche y Christian suele estar más tranquilo cuando lo tiene a su lado. Taylor está pasando unos días con su hija. Me pregunto distraída si alguna vez llegaré a conocerla.

La señora Jones sale del *office* y las dos nos sobresaltamos.

—Señora Grey... No la había visto. —¡Oh, ahora soy la señora Grey!

—Hola, señora Jones.

—Bienvenida a casa y felicidades —me dice sonriendo.

—Por favor, llámeme Ana.

—Oh, señora Grey, no me sentiría cómoda dirigiéndome a usted así.

¡Oh! ¿Por qué tiene que cambiar todo solo porque ahora llevo un anillo en el dedo?

—¿Quiere repasar los menús de la semana? —me pregunta mirándome expectante.

¿Los menús?

—Mmm... —No es una pregunta que esperara que me hiciera.

Sonríe.

—Cuando empecé a trabajar con el señor Grey, todos los domingos por la noche repasaba los menús de la semana siguiente con él y hacía una lista de todo lo que necesitábamos de la tienda.

—Ah, ya veo.

—¿Quiere que yo me ocupe de eso? —dice tendiéndome las manos para cogerme la ropa.

—Oh... no. Todavía no he terminado con todo esto. —Y tengo escondido entre la ropa un cuenco con un tapón anal... Me pongo de color escarlata. No sé ni cómo puedo mirar a la señora Jones a la cara. Ella sabe lo que hacemos, porque es la que limpia la habitación. Dios, es muy raro no tener privacidad.

—Cuando pueda, señora Grey, estaré encantada de repasar esas cosas con usted.

—Gracias. —Nos interrumpe un Sawyer con la cara cenicienta que sale del estudio de Christian como una exhalación y cruza a buen paso el salón. Nos saluda brevemente con la cabeza sin mirarnos a los ojos y se mete en el despacho de Taylor. Me alegro de que nos haya interrumpido porque no quiero hablar de menús ni de tapones anales con la señora Jones. Le dedico una breve sonrisa y me escabullo hacia el dormitorio. ¿Me acostumbraré alguna vez a tener servicio doméstico siempre a mi entera disposición? Sacudo la cabeza... Tal vez algún día.

Dejo caer los zapatos de Christian en el suelo y mi ropa en la cama y me llevo el cuenco con el tapón al baño. Lo miro suspicaz. Parece inofensivo y

sorprendentemente limpio. No quiero pensar mucho en él, así que lo lavo enseguida con agua y jabón. ¿Eso será suficiente? Tengo que preguntarle al señor Experto en Sexo si hay que esterilizarlo o algo. Me estremezco de solo pensarlo.

Me gusta que Christian haya adaptado la biblioteca para mí. Ahora tiene un bonito escritorio de madera blanco en el que puedo trabajar. Saco el ordenador portátil y echo un vistazo a las notas sobre los cinco manuscritos que he leído en la luna de miel.

Sí, tengo todo lo que necesito. Una parte de mí teme volver al trabajo, pero no puedo decirle eso a Christian. Aprovecharía la oportunidad para hacer que lo deje. Recuerdo que a Roach casi le dio un ataque cuando le dije que me iba a casar, con quién y cómo. Muy poco después me hicieron fija en el puesto. Ahora me doy cuenta de que fue porque iba a casarme con el jefe. No me gusta la idea. Ya no soy editora en prácticas. Ahora soy Anastasia Steele, editora.

Todavía no he logrado reunir el coraje para decirle a Christian que no voy a cambiarme el apellido en el trabajo. Creo que tengo buenas razones. Necesito mantener cierta distancia con él, pero sé que vamos a tener una pelea cuando se lo plantee. Tal vez deberíamos hablarlo esta noche.

Me acomodo en la silla y empiezo mi última tarea del día. Miro el reloj del ordenador: son las siete de la tarde. Christian todavía no ha salido de su estudio, así que tengo tiempo. Saco la tarjeta de memoria de la Nikon y la conecto al ordenador para transferir las fotos. Mientras se van copiando, reflexiono sobre los

acontecimientos del día. ¿Habrá vuelto Ryan? ¿O todavía irá de camino a Portland? ¿Habrá conseguido atrapar a la mujer misteriosa? ¿Sabrá Christian algo de Ryan ya? Quiero respuestas y no me importa que esté ocupado; quiero saber lo que está pasando y de repente siento una punzada de resentimiento porque me tiene en ascuas. Me levanto con intención de ir a hablar con él a su estudio, pero antes de que me dé tiempo, las fotos de los últimos días de nuestra luna de miel aparecen en la pantalla.

Oh, Dios mío...

Hay un montón de fotos mías. Muchísimas dormida: con el pelo sobre la cara o desparramado sobre la almohada, con los labios separados... ¡Mierda! Chupándome el pulgar... ¡Hacía años que no me chupaba el pulgar! Cuántas fotos... No tenía ni idea de que me las había hecho. Hay unas cuantas naturales, hechas desde lejos, incluyendo una en la que estoy apoyada en la barandilla del yate, mirando nostálgicamente a la distancia. ¿Cómo he podido no percatarme de que estaba haciéndome fotos? Sonríe al ver las fotos en las que estoy hecha una bola debajo de él, riéndome y con el pelo volando mientras intentaba zafarme de esos dedos que me hacían cosquillas y me atormentaban. Y hay una de él y mía en la cama del camarote, la que nos hizo con el brazo extendido. Estoy acurrucada en su pecho y él mira a la cámara, joven, con los ojos muy abiertos... enamorado. Con la otra mano me coge la cabeza y yo sonrío como una tonta enamorada, sin poder apartar los ojos de él. Oh, mi guapísimo marido, con el pelo de recién follado, los ojos grises brillando, los labios separados y sonriendo. Mi maravilloso marido que no

soporta que le hagan cosquillas y que hasta hace poco tampoco aceptaba que le tocaran, aunque ahora sí tolere mi contacto. Tengo que preguntarle si le complace o si solo me deja tocarle porque a mí me gusta.

Frunzo el ceño al contemplar su imagen, abrumada de repente por lo que siento por él. Hay alguien ahí fuera que va tras él: primero lo de *Charlie Tango*, después el incendio en la oficina y ahora la persecución del coche. Me tapo la boca con la mano cuando se me escapa un sollozo involuntario. Dejo el ordenador y me levanto de un salto para ir a buscarle, no para enfrentarme con él, sino para comprobar que está bien.

Sin molestarme en llamar, irrumpo en su estudio. Christian está sentado en el escritorio y hablando por teléfono. Alza la vista con una irritación sorprendida, pero el enfado desaparece cuando ve que soy yo.

—¿Y no se puede mejorar más la imagen? —dice sin abandonar su conversación telefónica, aunque no aparta los ojos de mí. Sin dudarlo, rodeo el escritorio y él se gira en su silla para quedar frente a mí con el ceño fruncido. Veo claramente que está pensando «¿Qué querrá?». Cuando me encaramo a su regazo, arquea ambas cejas por la sorpresa. Le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra su cuerpo. Con mucho cuidado me rodea con un brazo.

—Mmm... Sí, Barney. ¿Puedes esperar un momento? —Tapa el teléfono con el hombro.

—Ana, ¿qué pasa?

Niego con la cabeza. Me coge la barbilla y me mira a los ojos. Yo hago que me suelte y escondo la cara bajo su barbilla, acurrucándome todavía más. Perplejo,

aprieta un poco más el brazo que me rodea y me besa en el pelo.

—Ya he vuelto, Barney, ¿qué me estabas diciendo? —continúa sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro para poder pulsar con la mano libre una tecla del portátil.

La imagen de una cámara de seguridad en blanco y negro y con mucho grano aparece en la pantalla. Se ve a un hombre con el pelo oscuro y un mono de trabajo de color claro. Christian pulsa otra tecla y la cámara se acerca al hombre, pero tiene la cabeza agachada. Cuando está más cerca de la cámara, Christian congela la imagen. Está de pie en una habitación blanca con lo que parece una larga hilera de armarios altos y negros a su izquierda. Debe de ser la sala del servidor de las oficinas de Christian.

—Una vez más, Barney.

La pantalla cobra vida. Aparece un cuadrado sobre la cabeza del hombre con el tiempo de metraje de la cámara y de repente la imagen se acerca con un zoom. Me incorporo para sentarme, fascinada.

—¿Es Barney el que hace eso? —le pregunto en voz baja.

—Sí —responde Christian—. ¿Puedes enfocar un poco mejor la imagen? —le pide a Barney.

La imagen se torna borrosa y después vuelve a enfocarse un poco mejor de forma que se ve con más claridad al hombre que mira hacia abajo a propósito para evitar la cámara. Mientras le observo, un escalofrío me recorre la espalda. La línea de la mandíbula me resulta familiar. Tiene el pelo corto y desaliñado y un aspecto

raro y descuidado... Pero en la imagen mejor enfocada puedo ver un pendiente, un aro pequeño.

¡Dios santo! Yo sé quién es.

—Christian —le susurro—. ¡Es Jack Hyde!

Tú crees? —me pregunta Christian, sorprendido. —Fíjate en el perfil de la mandíbula —le digo señalando a la pantalla—. El pendiente y la forma de los hombros. También tiene su complexión. Debe de llevar una peluca o se ha cortado y teñido el pelo...

—Barney, ¿lo has oído? —Christian pone el teléfono sobre la mesa y activa el manos libres—. Parece que has estudiado muy bien a tu ex jefe...—dice Christian, y no parece muy contento. Le miro con el ceño fruncido, pero Barney interviene.

—Sí, he oído a la señora Grey. Estoy pasando el software de reconocimiento facial por todo el metraje digitalizado de las cámaras de seguridad. Vamos a ver en qué otros sitios de la empresa ha estado este cabrón... perdón, señora... este individuo.

Miro nerviosa a Christian, que no hace caso del impropio de Barney. Está observando de cerca la imagen de la cámara.

—¿Y por qué haría algo así? —le pregunto a Christian.

Él se encoge de hombros.

—Venganza, tal vez. No lo sé. Nunca se sabe por qué la gente hace lo que hace. Lo que no me gusta es que hayas trabajado tan cerca de ese tipo. —La boca de Christian se convierte en una fina línea y me rodea la cintura con el brazo.

—Tenemos el contenido de su disco duro también, señor —dice Barney.

—Sí, lo recuerdo. ¿Tenemos una dirección del señor Hyde? —pregunta Christian bruscamente.

—Sí, señor.

—Díselo a Welch.

—Ahora mismo. También voy a examinar el circuito cerrado de la ciudad para intentar rastrear sus movimientos.

—Averigua qué vehículo tiene.

—Sí, señor.

—¿Barney puede hacer todo eso? —le pregunto en voz baja.

Christian asiente y muestra una sonrisa de suficiencia.

—¿Qué había en su disco duro? —vuelvo a susurrar.

La cara de Christian se endurece y niega con la cabeza.

—Poca cosa—dice con los labios tensos, sin rastro de sonrisa.

—Dímelo.

—No.

—¿Es sobre ti o sobre mí?

—Sobre mí —confiesa y suspira.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Sobre tu estilo de vida?

Christian niega con la cabeza y me pone el índice sobre los labios para callarme. Le miro con el ceño fruncido, pero él entorna los ojos en una clara advertencia para que me muerda la lengua.

—Un Camaro de 2006. Le mando los detalles de la matrícula a Welch también —dice Barney por el teléfono con voz animada.

—Bien. Descubre en qué otras partes de mi edificio ha estado ese hijo de puta. Y compara su imagen con la de su archivo personal de Seattle Independent Publishing. —Christian me mira un tanto escéptico—. Quiero estar seguro de que tenemos la identificación correcta.

—Ya lo he hecho, señor, y la señora Grey tiene razón. Es Jack Hyde.

Sonrío. ¿Lo ves? Puedo ser útil. Christian me frota la espalda con la mano.

—Muy bien, señora Grey. —Me sonrío, olvidando su malestar anterior, y dice dirigiéndose a Barney—: Avísame cuando hayas rastreado todos sus movimientos dentro del edificio. Comprueba también si ha tenido acceso a alguna otra propiedad de Grey Enterprises Holdings y avisa a los equipos de seguridad para que vuelvan a examinar todos esos edificios.

—Sí, señor.

—Gracias, Barney.

Christian cuelga.

—Bien, señora Grey, parece que no solo es usted decorativa, sino que también resulta útil. —Los ojos de Christian brillan con una diversión perversa. Noto que está bromeando.

—¿Decorativa? —me burlo siguiendo el juego.

—Muy decorativa —dice en voz baja dándome un beso suave y dulce en los labios.

—Usted es mucho más decorativo que yo, señor Grey.

Sonríe y me besa con más fuerza, enroscando mi pelo alrededor de su muñeca y abrazándome. Cuando nos separamos para respirar, tengo el corazón a mil por hora.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—No.

—Pues yo sí.

—¿Hambre de qué?

—De comida, la verdad.

—Te prepararé algo —digo con una risita.

—Me encanta ese sonido.

—¿El de mis palabras?

—El de tu risita. —Me besa en el pelo y yo me pongo de pie.

—¿Qué le apetece comer, señor? —le pregunto con dulzura.

Él entorna los ojos.

—¿Está intentando ser adorable, señora Grey?

—Siempre, señor Grey...

La sonrisa enigmática vuelve a aparecer.

—Todavía puedo volver a ponerte sobre mis rodillas —murmura seductoramente.

—Lo sé —le respondo sonriendo. Coloco las manos en los brazos de su silla de oficina, me agacho y le beso—. Esa es una de las cosas que me encantan de ti. Pero guárdate esa mano demasiado larga. Has dicho que tenías hambre...

Me dedica su sonrisa tímida y se me encoge el corazón.

—Oh, señora Grey, ¿qué voy a hacer con usted?

—Me vas a contestar a la pregunta. ¿Qué quieres comer?

—Algo ligero. Sorpréndame, señora Grey —me dice utilizando las mismas palabras que yo utilicé antes en el cuarto de juegos.

—Veré qué puedo hacer. —Salgo pavoneándome del estudio y me dirijo a la cocina. Se me cae el alma a los pies cuando me encuentro allí a la señora Jones.

—Hola, señora Jones.

—Hola, señora Grey. ¿Les apetece algo de comer?

—Mmm...

Está revolviendo algo en una cazuela sobre el fuego que huele deliciosamente.

—Iba a hacer unos bocadillos para el señor Grey y para mí.

Se queda parada durante un segundo.

—Claro —dice—. Al señor Grey le gusta el pan de barra... Creo que hay un poco en el congelador ya cortado con el tamaño de bocadillo. Yo puedo hacerles los bocadillos, señora.

—Lo sé. Pero me gustaría hacerlos yo.

—Claro, lo entiendo. Le dejaré un poco de espacio.

—¿Qué está cocinando?

—Es salsa boloñesa. Se puede comer en cualquier otro momento. La congelaré. —Me sonrío amablemente y apaga el fuego.

—Mmm... ¿Y qué le gusta a Christian... en el bocadillo? —Frunzo el ceño cohibida por la frase. ¿Se habrá dado cuenta la señora Jones de lo que implicaba?

—Señora Grey, en un bocadillo puede meterle cualquier cosa. Si está dentro de pan de barra, él se lo comerá. —Las dos sonreímos.

—Vale, gracias. —Busco en el congelador y encuentro el pan cortado en una bolsa de congelar. Coloco dos trozos en un plato y los meto en el microondas para descongelarlos.

La señora Jones ha desaparecido. Frunzo el ceño y vuelvo al frigorífico para buscar algo que meter dentro del pan. Supongo que es cosa mía establecer los parámetros de reparto del trabajo entre la señora Jones y yo. Me gusta la idea de cocinar para Christian los fines de semana, pero la señora Jones puede hacerlo durante la semana. Lo último que me va a apetecer cuando vuelva de trabajar va a ser cocinar. Mmm... Una rutina similar a la de Christian con sus sumisas. Niego con la cabeza. No debo pensar mucho en eso. Encuentro un poco de jamón y un aguacate bien maduro.

Cuando le estoy añadiendo sal y limón al aguacate machacado, Christian sale de su estudio con los planos de la casa nueva en las manos. Los coloca sobre la barra para el desayuno, se acerca a mí, me abraza y me besa en el cuello.

—Descalza y en la cocina —susurra.

—¿No debería ser descalza, embarazada y en la cocina? —digo burlesco.

Él se queda petrificado y todo su cuerpo se tensa contra el mío.

—Todavía no... —dice con la voz llena de aprensión.

—¡No! ¡Todavía no!

Se relaja.

—Veo que estamos de acuerdo en eso, señora Grey.

—Pero quieres tener hijos, ¿no?

—Sí, claro. En algún momento. Pero todavía no estoy preparado para compartirme. —Vuelve a besarme en el cuello.

Oh... ¿compartirme?

—¿Qué estás preparando? Tiene buena pinta. — Me besa detrás de la oreja y veo que tiene intención de distraerme. Un cosquilleo delicioso me recorre la espalda.

—Bocadillos. —Le sonrío.

Él sonrío contra mi cuello y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Mmm... Mis favoritos.

Le propino un ligero codazo.

—Señora Grey, acaba de herirme —dice agarrándose el costado como si le doliera.

—Estás hecho de mantequilla... —le digo de broma.

—¿De mantequilla? —dice incrédulo. Me da un azote en el culo que me hace chillar—. Date prisa con mi comida, mujer. Y después ya te enseñaré yo si estoy hecho de mantequilla o no. —Me da otro azote juguetón y se acerca al frigorífico—. ¿Quieres una copa de vino? — me pregunta.

—Sí, por favor.

Christian extiende los planos sobre la barra para el desayuno. La verdad es que Gia ha tenido unas ideas geniales.

—Me encanta su propuesta de hacer toda la pared del piso de abajo de cristal, pero...

—¿Pero? —pregunta Christian.

Suspiro.

—Es que no quiero quitarle toda la personalidad a la casa.

—¿Personalidad?

—Sí. Lo que Gia propone es muy radical pero... bueno... Yo me enamoré de la casa como está... con todas sus imperfecciones.

Christian arruga la frente como si eso fuera un anatema para él.

—Me gusta como está —susurro. ¿Se va a enfadar por eso?

Me mira fijamente.

—Quiero que la casa sea como tú deseas. Lo que tú deseas. Es tuya.

—Pero yo también quiero que te guste a ti. Que también seas feliz en ella.

—Yo seré feliz donde tú estés. Es así de simple, Ana. —Me sostiene la mirada. Está siendo absolutamente sincero. Parpadeo a la vez que el corazón se me llena de amor. Dios, cuánto me quiere.

—Bueno —continúo tragando saliva para intentar aliviar el nudo de emoción que siento en la garganta—, me gusta la pared de cristal. Será mejor que le pidamos que la incorpore a la casa de una forma más comprensiva.

Christian sonríe.

—Claro. Lo que tú digas. ¿Y lo que ha propuesto para el piso de arriba y el sótano?

—Eso me parece bien.

—Perfecto.

Vale... creo que es hora de hacer la pregunta del millón de dólares.

—¿Vas a querer poner allí también un cuarto de juegos? —Siento que me ruborizo. Christian levanta las cejas.

—¿Tú quieres? —me pregunta sorprendido y divertido al mismo tiempo.

Me encojo de hombros.

—Mmm... Si tú quieres...

Me mira durante un momento.

—Dejemos todas las opciones abiertas por el momento. Después de todo, va a ser una casa para criar niños.

Me sorprendo al notar una punzada de decepción. Supongo que tiene razón, pero... ¿cuándo vamos a tener esa familia? Pueden pasar años.

—Además, podemos improvisar.

—Me gusta improvisar —murmuro.

Él sonríe.

—Hay algo que me gustaría hablar contigo —dice Christian señalando el dormitorio principal y empezamos una detallada discusión sobre baños y vestidores separados.

Cuando terminamos ya son las nueve y media de la noche.

—¿Tienes que volver a trabajar? —le pregunto a Christian mientras enrolla los planos.

—No si tú no quieres —asegura sonriendo—. ¿Qué te apetece hacer?

—Podríamos ver un poco la tele. —No tengo ganas de leer ni de irme a la cama... todavía.

—Vale —acepta alegremente Christian y yo le sigo hasta la sala de la televisión.

Solo nos hemos sentado allí tres o cuatro veces, y normalmente Christian se dedica a leer. A él no le interesa la televisión. Me acurruco a su lado en el sofá, encogiéndolo las piernas bajo el cuerpo y apoyando la cabeza en su hombro. Enciende la tele plana con el mando a distancia y cambia de canal mecánicamente.

—¿Hay alguna chorrada en particular que te apetezca ver?

—No te gusta mucho la televisión, ¿verdad? —le digo sardónicamente.

Él niega con la cabeza.

—Es una pérdida de tiempo, pero no me importa ver algo contigo.

—Podríamos meternos mano.

Se gira bruscamente para mirarme.

—¿Meternos mano? —Por la forma en que me mira, parece que acabara de nacerme una segunda cabeza. Para de cambiar de canal, dejando la televisión en un frívolo culebrón hispano.

—Sí... —¿Por qué me mira así de horrorizado?

—Podemos irnos a la cama a meternos mano.

—Eso es lo que hacemos siempre. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste sentado delante de la tele? —le pregunto tímida y provocativa al mismo tiempo.

Se encoge de hombros y niega con la cabeza. Vuelve a pulsar el botón del mando y pasa unos cuantos canales hasta quedarse en uno en el que emiten un episodio antiguo de *Expediente X*.

—¿Christian?

—Yo nunca he hecho algo así —dice en voz baja.

—¿Nunca?

—No.

—¿Ni con la señora Robinson?

Ríe burlón.

—Nena, hice un montón de cosas con la señora Robinson, pero meternos mano no fue una de ellas. —Me sonrío y después una curiosidad divertida le hace entornar los ojos—. ¿Y tú?

Me sonrojo.

—Claro que sí. —Bueno, algo así...

—¿Qué? ¿Con quién?

Oh, no. No quiero hablar de esto.

—Dímelo —insiste.

Me quedo mirando mis dedos entrelazados. Él me cubre suavemente las manos con una de las suyas. Cuando levanto la vista, me está sonriendo.

—Quiero saberlo. Para poder romperle todos los huesos.

Suelto una risita.

—Bueno, la primera vez...

—¿La primera vez? ¿Es que lo has hecho con más de un tío? —pregunta indignado.

Vuelvo a reír.

—¿Por qué se sorprende tanto, señor Grey?

Frunce un poco el ceño, se pasa una mano por el pelo y me mira como si de repente le pareciera alguien completamente diferente. Se encoge de hombros.

—Me sorprende... quiero decir, dada tu falta de experiencia.

Me ruborizo.

—Creo que ya he compensado eso desde que te conocí.

—Cierto —asegura sonriendo—. Dímelo, quiero saberlo.

Sus ojos grises me miran con paciencia y yo me sumerjo en ellos intentando adivinar su humor. ¿Se va a poner furioso o de verdad quiere saberlo? No quiero ponerle de mal humor... se pone imposible cuando está de mal humor.

—¿De verdad quieres que te lo cuente?

Asiente lentamente una vez más y sus labios se curvan en una sonrisa arrogante y divertida.

—Estaba pasando una temporada en Texas con mi madre y su marido número tres. Iba a mi instituto. Se llamaba Bradley y era mi compañero de laboratorio en física.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince.

—¿Y qué hace él ahora?

—No lo sé.

—¿Hasta dónde llegó?

—¡Christian! —le regaño. Y de repente me agarra las rodillas, después los tobillos y me empuja de forma que caigo sobre el sofá. Se tumba encima de mí, atrapándome bajo su cuerpo, con una pierna entre las mías. Ha sido todo tan repentino que chillo por la sorpresa. Me coge las manos y me las sujeta por encima de la cabeza.

—Vamos a ver, este Bradley ¿superó el primer nivel? —murmura acariciándome la nariz con la suya. Me da unos besos suaves en la comisura de la boca.

—Sí —susurro contra sus labios. Me suelta una de las manos para poder agarrarme la barbilla para que me esté quieta mientras me mete la lengua en la boca y yo me rindo a su beso ardiente.

—¿Así? —jadea Christian cuando se separa de mí para respirar.

—No... Nada parecido —consigo decir aunque se me está acumulando la sangre por debajo de la cintura.

Me suelta la barbilla y me acaricia todo el cuerpo con la mano para finalmente volver hasta mi pecho.

—¿Y te hizo esto? ¿Te tocó así? —Pasa el pulgar por mi pezón por encima de la ropa suavemente, una y otra vez, y la carne responde a su contacto experto endureciéndose.

—No —digo retorciéndome bajo su cuerpo.

—¿Y llegó al segundo nivel? —me susurra al oído. Su mano baja por mis costillas y sigue por encima de mi cintura hasta mi cadera. Me agarra el lóbulo de la oreja entre los dientes y tira suavemente.

—No —jadeo.

Mulder desde la televisión cuenta algo sobre los menos buscados por el FBI. Christian se detiene, se estira y pulsa un botón del mando para dejar a la tele sin sonido. Me mira.

—¿Y qué pasó con el segundo? ¿Pasó él del segundo nivel?

Sus ojos arden... ¿de furia? ¿De excitación? Es difícil saberlo. Se mueve para quedar junto a mi costado y mete la mano por debajo de mis pantalones.

—No —le susurro atrapada en su mirada lasciva. Christian sonrío malicioso.

—Bien. —Me cubre el sexo con la mano—. No lleva bragas, señora Grey. Me gusta. —Me besa y sus dedos se ponen a hacer magia otra vez; el pulgar me roza el clítoris, excitándome, mientras el dedo índice se introduce dentro de mí con una lentitud exquisita.

—Se supone que solo íbamos a meternos mano
—gimo.

Christian se queda quieto.

—Creía que eso estábamos haciendo.

—No. Meterse mano no implica sexo.

—¿Qué?

—Nada de sexo...

—Ah, nada de sexo... —Saca la mano de mis pantalones—. Vale.

Recorre la línea de mis labios con el dedo índice de forma que me hace saborear mi sabor salado. Me introduce el dedo en la boca exactamente igual que estaba haciendo hace un minuto en otra parte de mi cuerpo. Entonces se mueve para meterse entre mis piernas y aprieta su erección contra mí. Me empuja una vez, dos y una tercera. Doy un respingo cuando la tela de mi chándal me frota justo en el sitio correcto. Vuelve a empujar, restregándose contra mí.

—¿Esto es lo que quieres? —me dice moviendo las caderas rítmicamente, balanceándose contra mi cuerpo.

—Sí —digo en un gemido.

Su mano vuelve a concentrarse en mi pezón otra vez y me roza la mandíbula con los dientes.

—¿Sabes lo excitante que eres, Ana? —Su voz suena ronca mientras no deja de empujar contra mí. Abro la boca para responderle, pero no puedo y, en vez de eso, suelto un fuerte gemido. Me atrapa la boca otra vez y me tira del labio inferior con los dientes antes de meterme la lengua en la boca. Me suelta la otra muñeca y mis manos suben ansiosas por sus hombros hasta su

pelo mientras me besa. Cuando le tiro del pelo —gruñe y me mira—. Ah...

—¿Te gusta que te toque? —le pregunto en un susurro.

Arruga un momento la frente como si no entendiera la pregunta. Deja de empujar contra mí.

—Claro que sí. Me encanta que me toques, Ana. En lo que respecta a tu contacto, soy como un hombre hambriento delante de un banquete. —Su voz rezuma sinceridad apasionada.

Oh, Dios... Se arrodilla entre mis piernas y me obliga a incorporarme para quitarme la parte de arriba. No llevo nada debajo. Agarra el dobladillo de su camisa, se la quita por la cabeza y la tira al suelo. Me levanta para colocarme en su regazo mientras sigue de rodillas y me sujeta justo por encima del culo.

—Tócame —me pide en un jadeo.

Oh, madre mía... Con cautela extendiendo las manos y le rozo con la punta de los dedos la zona cubierta por el vello de su pecho sobre el esternón, encima de las cicatrices de quemaduras. Él inspira bruscamente y sus pupilas se dilatan, pero no es por el miedo. Es una respuesta sensual a mi contacto. Observa cómo mis dedos rozan delicadamente su piel hasta alcanzar primero a una tetilla y después a la otra. Se endurecen al sentir mi contacto. Me inclino hacia delante, le doy besitos por el pecho y mis manos suben hasta sus hombros. Siento las líneas duras y trabajadas de los tendones y los músculos. Uau... está en buena forma.

—Te deseo —me susurra y eso desencadena mi libido.

Mis dedos se hunden en su pelo y tiro de su cabeza hacia atrás para atrapar su boca. Siento que un fuego me consume el vientre. Él suelta un gruñido y me empuja sobre el sofá. Se sienta y me arranca los pantalones del chándal a la vez que se abre la bragueta.

—Último nivel —me susurra y entra en mi interior con un movimiento rápido.

—Ah... —gimo y él se queda quieto y me coge la cara entre las manos.

—Te quiero, señora Grey —me dice en un susurro y después me hace el amor muy lento y muy suave hasta que reviento gritando su nombre y envolviéndole con mi cuerpo porque no quiero dejarle ir.

Estoy tumbada sobre su pecho en el suelo de la sala de la televisión.

—Sabes que te has saltado totalmente el tercer nivel, ¿no? —Mis dedos siguen la línea de sus músculos pectorales.

Él ríe.

—La próxima vez. —Me da un beso en el pelo.

Levanto la cabeza y miro la pantalla, donde ahora aparecen los créditos finales de *Expediente X*. Christian coge el mando y vuelve a encender el sonido.

—¿Te gustaba esa serie? —le pregunto.

—Sí, cuando era pequeño.

Oh... Christian de pequeño: kickboxing, *Expediente X* y nada de contacto físico.

—¿Y a ti? —me pregunta.

—Es anterior a mi época.

—Eres tan joven... —dice Christian sonriendo con cariño—. Me gusta esto de meternos mano en el sofá, señora Grey.

—A mí también, señor Grey. —Le beso en el pecho y vemos en silencio el final de *Expediente X* y la irrupción de los anuncios—. Han sido tres semanas perfectas, Christian. A pesar de las persecuciones, los incendios y los ex jefes psicópatas, ha sido como estar en nuestra propia burbuja privada —le digo con aire soñador.

—Mmm... —Christian ronronea desde el fondo de la garganta—. No sé si estoy preparado para compartirme con el resto del mundo.

—Mañana vuelta a la realidad —le digo intentando mantener a raya la melancolía de mi voz.

Christian suspira y se pasa la mano por el pelo.

—Hay que aumentar la seguridad... —Le pongo un dedo sobre los labios. No quiero volver a oír esa canción.

—Lo sé. Y seré buena. Lo prometo. —Lo que me recuerda... Me muevo y me incorporo sobre un codo para verle mejor—. ¿Por qué le estabas gritando a Sawyer?

Se pone tenso inmediatamente. Oh, mierda.

—Porque nos han seguido.

—Eso no es culpa de Sawyer.

Me mira fijamente.

—No deben permitir que haya tanta distancia entre ellos y nosotros. Y lo saben.

Me sonrojo sintiéndome culpable y vuelvo a descansar sobre su pecho. Ha sido culpa mía. Yo quería librarme de ellos.

—Eso no es...

—¡Basta! —me corta de repente Christian—. Esto está fuera de toda discusión, Anastasia. Es un hecho, y así seguro que no permiten que se vuelva a repetir.

¡Anastasia! Cuando me meto en problemas soy Anastasia, igual que cuando estaba en casa con mi madre.

—Vale —accedo para aplacarle. No quiero pelear—. ¿Consiguió Ryan alcanzar a la mujer del Dodge?

—No. Y no estoy convencido de que fuera una mujer.

—¿Ah, no? —exclamo incorporándome de nuevo.

—Sawyer vio a alguien con el pelo recogido, pero solo fue un momento. Asumió que era una mujer. Pero ahora que has identificado a ese hijo de puta, tal vez fuera él. Solía llevar el pelo así. —Noto cierta repulsión en la voz de Christian.

No sé qué pensar de lo que me acaba de contar. Christian me acaricia la espalda desnuda con la mano, lo que me distrae.

—Si te pasara algo... —susurra con la mirada seria y los ojos muy abiertos.

—Lo sé —le digo—. A mí me pasa lo mismo contigo. —Me estremezco solo de pensarlo.

—Ven. Vas a coger frío —me dice a la vez que se incorpora—. Vamos a la cama. Podemos ocuparnos del tercer nivel allí. —Me sonrío con una sonrisa perversa. Tan temperamental como siempre: apasionado, enfadado, ansioso, sexy... Mi Cincuenta Sombras. Me coge la mano y tira de mí para ponerme de pie. Y totalmente desnuda voy detrás de él, cruzando salón, hasta el dormitorio.

A la mañana siguiente, Christian me aprieta la mano cuando aparcamos justo delante del edificio de SIP. Ahora ya vuelve a parecer el ejecutivo poderoso con su traje azul marino, la corbata a juego y la sonrisa. No se había puesto así de elegante desde que fuimos al ballet en Montecarlo.

—Sabes que no hace falta que vayas, ¿verdad?
—me recuerda Christian. Estoy tentada de poner los ojos en blanco.

—Lo sé —le susurro, porque no quiero que nos oigan Sawyer y Ryan, que están en los asientos delanteros del Audi. Frunce el ceño y yo sonrío—. Pero quiero hacerlo —continúo—. Ya lo sabes. —Me acerco y le doy un beso. Su ceño no desaparece—. ¿Qué te ocurre?

Mira inseguro a Ryan cuando Sawyer sale del coche.

—Voy a echar de menos tenerte para mí solo.
Estiro el brazo para acariciarle la cara.

—Yo también. —Le doy otro beso—. Ha sido una luna de miel preciosa. Gracias.

—A trabajar, señora Grey.

—Y usted también, señor Grey.

Sawyer abre la puerta. Le aprieto la mano a Christian una vez más antes de salir del coche. Cuando me dirijo a la entrada del edificio, me giro para despedirme con la mano. Sawyer me sostiene la puerta y me sigue adentro.

—Hola, Ana. —Claire me sonrío desde detrás del mostrador de recepción.

—Hola, Claire —la saludo y le devuelvo la sonrisa.

—Estás genial. ¿Una buena luna de miel?

—La mejor, gracias. ¿Qué tal por aquí?

—Roach está igual que siempre, pero han aumentado la seguridad y están revisando la sala del servidor. Pero ya te lo contará Hannah.

Claro que sí. Le dedico a Claire una sonrisa amable y me encamino a mi despacho.

Hannah es mi ayudante. Es alta, delgada y despiadadamente eficiente, hasta el punto de que a veces me resulta incluso intimidante. Pero es dulce conmigo a pesar de que es un par de años mayor que yo. Me está esperando con mi *caffè latte* de la mañana, el único café que le permito traerme.

—Hola, Hannah —la saludo cariñosamente.

—Hola, Ana. ¿Qué tal la luna de miel?

—Fantástica. Toma... para ti. —Saco un frasquito de perfume que le he comprado y lo dejo sobre su mesa. Ella aplaude encantada.

—¡Oh, gracias! —dice entusiasmada—. La correspondencia urgente está sobre tu mesa y Roach quiere verte a las diez. Eso es todo lo que tengo que decirte por ahora.

—Bien, gracias. Y gracias por el café. —Entro en mi despacho, pongo el maletín encima de mi escritorio y miro el montón de cartas. Hay mucho que hacer.

Justo antes de las diez oigo un golpecito tímido en la puerta.

—Adelante.

Elizabeth asoma la cabeza por la puerta.

—Hola, Ana. Solo quería darte la bienvenida.

—Hola. La verdad es que, después de leer todas estas cartas, me gustaría volver a estar en el sur de Francia.

Elizabeth ríe, pero su risa suena forzada. Ladeo la cabeza y la miro como Christian suele mirarme a mí.

—Me alegro de que estés de vuelta sana y salva —dice—. Te veo dentro de unos minutos en la reunión con Roach.

—Vale —le respondo y ella se va y cierra la puerta al salir. Frunzo el ceño mirando la puerta cerrada. ¿De qué iba eso? Me encojo de hombros. Oigo el sonido de un nuevo correo entrante: es un mensaje de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 22 de agosto de 2011 09:56

Para: Anastasia Steele

Asunto: Esposas descarriadas

Esposa:

Te he enviado el correo que encontrarás más abajo y me ha venido devuelto.

Y eso es porque no te has cambiado el apellido. ¿Hay algo que quieras decirme?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Adjunto:

De: Christian Grey
Fecha: 22 de agosto de 2011 09:32
Para: Anastasia Grey
Asunto: Burbuja

Señora Grey:
El amor cubre todos los niveles con usted.
Que tenga un buen primer día tras la vuelta.
Ya echo de menos nuestra burbuja.
x

Christian Grey
De vuelta al mundo real y presidente de Grey
Enterprises Holdings, Inc.

Mierda. Pulso «Responder» inmediatamente.

De: Anastasia Steele
Fecha: 22 de agosto de 2011 09:58
Para: Christian Grey
Asunto: No explotes la burbuja

Esposo:
Me encanta su metáfora de los niveles, señor
Grey.
Quiero seguir manteniendo mi apellido de soltera
aquí.
Se lo explicaré esta noche.
Ahora tengo que irme a una reunión.
Yo también echo de menos nuestra burbuja...

PD: Creía que debía utilizar la BlackBerry para esto...

Anastasia Steele
Editora de SIP

Vaya pelea vamos a tener, lo sé... Suspiro y cojo mis papeles para asistir a la reunión.

La reunión dura dos horas. Asisten a ella todos los editores además de Roach y Elizabeth. Hablamos de personal, estrategias, marketing, seguridad y los resultados de fin de temporada. Según va progresando la reunión me siento cada vez más incómoda. Se ha producido un cambio sutil en la forma de tratarme de mis colegas; ahora imponen cierta distancia y deferencia que no existía antes de que me fuera de luna de miel. Y por parte de Courtney, que es quien lleva el departamento de no ficción, lo que noto es una clarísima hostilidad. Tal vez estoy siendo un poco paranoica, pero esto parece ir en la línea del extraño recibimiento de Elizabeth de esta mañana.

Mi mente vuelve al yate, después al cuarto de juegos y por fin al R8 escapando a toda velocidad del misterioso Dodge por la interestatal 5. Quizá Christian tenga razón y ya no pueda seguir trabajando. Solo pensarlo me pone triste; esto es lo que he querido siempre. Y si no puedo hacerlo, ¿qué voy a hacer? Intento apartar esos pensamientos sombríos de camino a mi despacho.

Me siento frente a mi mesa y abro mi correo. No hay nada de Christian. Compruebo la BlackBerry... Tampoco hay nada. Bien. Al menos no ha habido una reacción perjudicial ante mi correo anterior. Seguramente hablaremos de ello esta noche, como le he pedido. Me cuesta creerlo, pero ignoro la incomodidad que siento y abro el plan de marketing que me han dado en la reunión.

Como manda el ritual, los lunes Hannah entra en el despacho con un plato para mí —tengo mi tartrera con la comida preparada por la señora Jones—, y las dos comemos juntas, hablando de lo que queremos hacer durante la semana. Me pone al día de los cotilleos de la oficina, de los que, teniendo en cuenta que he estado tres semanas fuera, estoy bastante desconectada. Mientras hablamos, alguien llama a la puerta.

—Adelante.

Roach abre la puerta y a su lado aparece Christian. Me quedo sin palabras momentáneamente. Christian me lanza una mirada abrasadora y entra. Después le sonrío educadamente a Hannah.

—Hola, tú debes de ser Hannah. Yo soy Christian Grey —le dice. Hannah se apresura a ponerse de pie y le estrecha la mano.

—Hola, señor Grey. Es un placer conocerle —balbucea mientras le estrecha la mano—. ¿Quiere que le traiga un café?

—Sí, por favor —le pide amablemente. Hannah me mira con expresión asombrada y sale apresuradamente pasando al lado de Roach, que sigue mudo en el umbral de mi despacho.

—Si nos disculpas, Roach, me gustaría hablar con la «señorita» Steele. —Christian alarga la S con cierto sarcasmo.

Por eso ha venido... Oh, mierda.

—Por supuesto, señor Grey. Ana —murmura Roach y cierra la puerta de mi despacho al salir. Por fin recupero el habla.

—Señor Grey, qué alegría verle —le digo sonriéndole con demasiada dulzura.

—«Señorita» Steele, ¿puedo sentarme?

—La empresa es tuya —le digo señalando la silla que acaba de abandonar Hannah.

—Sí. —Me sonrío con malicia, pero la sonrisa no le alcanza los ojos. Su tono es cortante. Echa chispas por la tensión; lo noto a mi alrededor. Joder. Se me cae el alma a los pies.

—Tienes un despacho muy pequeño —me dice mientras se sienta a la mesa.

—Está bien para mí.

Me mira de forma neutral y me doy cuenta de que está furioso. Inspiro hondo. Esto no va a ser divertido.

—¿Y qué puedo hacer por ti, Christian?

—Estoy examinando mis activos.

—¿Tus activos? ¿Todos?

—Todos. Algunos necesitan un cambio de nombre.

—¿Cambio de nombre? ¿Qué quieres decir con eso?

—Creo que ya sabes a qué me refiero —dice con voz amenazadoramente tranquila.

—No me digas que has interrumpido tu trabajo después de tres semanas fuera para venir aquí a pelear conmigo por mi apellido. ¡Yo no soy uno de tus activos!

Se remueve en su asiento y cruza las piernas.

—No a pelear exactamente. No.

—Christian, estoy trabajando.

—A mí me ha parecido que estabas cotilleando con tu ayudante.

Me ruborizo.

—Estábamos repasando los horarios —le respondo—. Y no me has contestado a la pregunta.

Llaman a la puerta.

—¡Adelante! —digo demasiado alto.

Hannah abre la puerta. Lleva una bandeja: jarrita de leche, azucarero, café en cafetera francesa... Se ha tomado muchas molestias. Coloca la bandeja en mi mesa.

—Gracias, Hannah —le digo avergonzada de haberle gritado.

—¿Necesita algo más, señor Grey? —le pregunta con la voz entrecortada. Estoy a punto de poner los ojos en blanco.

—No, gracias, eso es todo. —Le sonrío con esa sonrisa brillante y arrebatadora que haría que a cualquier mujer se le cayeran las bragas. Ella se ruboriza y sale con una sonrisita tonta en los labios. Christian vuelve a centrar su atención en mí.

—Vamos a ver, «señorita» Steele, ¿dónde estábamos?

—Estabas interrumpiendo mi trabajo de una forma muy maleducada para pelear por mi apellido.

Christian parpadea. Está sorprendido, supongo que por la vehemencia que ha notado en mi voz. Con mucho cuidado se quita una pelusa invisible de la rodilla con sus largos y hábiles dedos. Es una distracción. Lo está haciendo a propósito. Entorno los ojos al mirarle.

—Me gusta hacer visitas sorpresa. Mantiene a la dirección siempre alerta y a las esposas en su lugar. Ya sabes... —Se encoge de hombros con una expresión arrogante.

¡A las esposas en su lugar!

—No sabía que tuvieras tiempo para eso —le contesto.

De repente su mirada es gélida.

—¿Por qué no te quieres cambiar el apellido aquí? —pregunta con la voz mortalmente tranquila.

—Christian, ¿tenemos que discutir eso ahora?

—Ya que estoy aquí, no veo por qué no.

—Tengo una tonelada de trabajo que hacer tras tres semanas de vacaciones.

Su mirada sigue siendo fría y calculadora... distante incluso. Me asombra que pueda ser tan frío después de lo de anoche, de lo de las últimas tres semanas. Mierda. Tiene que estar hecho una furia, una verdadera furia. ¿Cuándo va a aprender a no sacar las cosas de quicio?

—¿Te avergüenzas de mí? —me pregunta con voz engañosamente suave.

—¡No! Christian, claro que no. —Le miro con el ceño fruncido—. Esto tiene que ver conmigo, no contigo. —Oh... A veces es exasperante. Estúpido megalómano dominante...

—¿Cómo puede no tener que ver conmigo? —
Ladea la cabeza, auténticamente perplejo, y parte de la distancia anterior desaparece. Me mira con los ojos muy abiertos y me doy cuenta de que está dolido. Joder, he herido sus sentimientos. Oh, no... Él es la última persona a la que querría hacer daño. Tengo que conseguir que lo entienda, explicarle las razones de mi decisión.

—Christian, cuando acepté este trabajo acababa de conocerte —empiezo a decir con mucha paciencia, esforzándome por encontrar las palabras—. No sabía que ibas a comprar la empresa...

¿Y qué decir de ese acontecimiento de nuestra breve historia? Sus trastornadas razones para hacerlo: su obsesión por el control, su tendencia al acoso llevada hasta el extremo porque nadie le ponía coto por lo rico que es... Sé que quiere mantenerme a salvo, pero el hecho de que sea el dueño de Seattle Independent Publishing es el problema fundamental aquí. Si no hubiera interferido, yo podría seguir con normalidad mi vida sin tener que enfrentarme al descontento que expresan en voz baja mis compañeros cuando no les oigo. Me tapo la cara con las manos solo para romper el contacto visual con él.

—¿Por qué es tan importante para ti? —le pregunto, desesperada por intentar aplacar su crispación. Le miro y tiene una expresión impasible, sus ojos brillantes ya no comunican nada; su dolor anterior ha quedado oculto. Pero mientras hago la pregunta me doy cuenta de que en el fondo sé muy bien la respuesta sin que me la diga.

—Quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

—Soy tuya, mira —le digo levantando la mano izquierda y mostrándole los anillos de boda y de compromiso.

—Eso no es suficiente.

—¿No es suficiente que me haya casado contigo?
—le pregunto con un hilo de voz.

Parpadea al ver el horror en mi cara. ¿Qué puedo decirle? ¿Qué más puedo hacer?

—No quería decir eso —se disculpa y se pasa la mano por su pelo demasiado largo de forma que le cae sobre la frente.

—¿Y qué querías decir?

Traga saliva.

—Quiero que tu mundo empiece y acabe conmigo —me dice con la expresión dura. Lo que acaba de enunciar me desconcierta totalmente. Es como si me hubiera dado un puñetazo fuerte en el estómago, haciéndome daño y dejándome sin aire. Y la imagen que me viene a la mente es la de un niño pequeño asustado, con el pelo cobrizo, los ojos grises y la ropa sucia, arrugada y que no es de su talla.

—Pero si así es... —le contesto sin pensarlo porque es la verdad—. Pero estoy intentando forjarme una carrera y no quiero utilizar tu nombre para eso. Tengo que hacer algo, Christian. No puedo quedarme encerrada en el Escala o en la casa nueva sin nada que hacer. Me volvería loca. Me asfixiaría. He trabajado toda mi vida y esto me gusta. Es el trabajo con el que soñaba, el que siempre había deseado. Pero que mantenga este trabajo no significa que te quiera menos. Tú eres lo más importante para mí. —Se me cierra la garganta y se me

llenan los ojos de lágrimas. No, aquí no... Me repito una y otra vez en mi cabeza: No voy a llorar. No voy a llorar.

Se me queda mirando sin decir nada. Después frunce el ceño, como si estuviera reflexionando sobre lo que he dicho.

—¿Yo te asfixio? —me pregunta con la voz lúgubre, y es como un eco de lo que me ha preguntado antes.

—No... sí... no. —Qué conversación más irritante. Y además es algo que preferiría no tener que hablar aquí. Cierro los ojos y me froto la frente intentando descubrir cómo hemos llegado a esto—. Estamos hablando de mi apellido. Quiero mantener mi apellido porque quiero marcar una distancia entre tú y yo... Pero solo en el trabajo, solo aquí. Ya sabes que todo el mundo cree que he conseguido el empleo por ti, cuando en realidad no es... —Me interrumpo en seco cuando sus ojos se abren mucho. Oh, no... ¿Ha sido por él?

—¿Quieres saber por qué conseguiste el trabajo, Anastasia?

¿Anastasia? Mierda.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

Se revuelve en la silla como si se estuviera armando de valor. ¿De verdad quiero saberlo?

—La dirección te dio el puesto de Hyde temporalmente. No querían contratar a un ejecutivo con experiencia teniendo en cuenta que se estaba negociando la venta de la empresa. No tenían ni idea de lo que iba a hacer el nuevo dueño cuando la empresa cambiara de manos. Por eso, con buen criterio, decidieron no hacer un gasto más. Así que te dieron a ti el puesto de Hyde, para que te ocuparas de todo hasta

que el nuevo dueño —hace una pausa y sus labios forman una sonrisa irónica—, es decir, yo, se hiciera cargo.

Oh, maldita sea...

—¿Qué quieres decir? —De modo que sí que ha sido por él. ¡Joder! Estoy horrorizada.

Sonríe y niega con la cabeza al ver mi expresión.

—Relájate. Has estado más que a la altura del desafío. Lo has hecho muy bien. —Percibo un toque de orgullo en su voz y eso casi es mi perdición.

—Oh —digo sin saber muy bien qué hacer mientras mi mente procesa como loca esas noticias. Me acomodo mejor en la silla con la boca abierta y mirándole. Él vuelve a cambiar de postura.

—No quiero asfixiarte, Ana. Ni meterte en una jaula de oro. Bueno... —dice y la cara se le oscurece—. Bueno, mi parte racional no quiere. —Se acaricia la barbilla pensativo mientras su mente va imaginando algún plan.

¿Adónde quiere llegar con esto? Christian me mira de repente, como si acabara de tener una iluminación.

—Pero una de las razones por las que estoy aquí, aparte de tratar algunas cosas con mi esposa descarriada... —dice entornando los ojos—, es para hablar de lo que voy a hacer con esta empresa.

¡Esposa descarriada! ¡Yo no estoy descarriada y no soy uno de sus activos! Miro a Christian con el ceño fruncido y desaparece la amenaza de las lágrimas.

—¿Y cuáles son tus planes? —Ladeo la cabeza igual que él y no puedo evitar el tono sarcástico.

Sus labios se curvan formando un principio de sonrisa. Uau, cambio de humor, ¡otra vez! ¿Cómo voy a poder seguir alguna vez a este hombre tan temperamental?

—Le voy a cambiar el nombre a la empresa... La voy a llamar Grey Publishing.

¡Oh, vaya!

—Y dentro de un año va a ser tuya.

Me quedo con la boca abierta de nuevo, esta vez un poco más.

—Es mi regalo de boda para ti.

Cierro la boca y vuelvo a abrirla, intentando decir algo... Pero no se me ocurre nada. Tengo la mente en blanco.

—¿O te gusta más Steele Publishing?

Lo dice en serio. Oh, maldita sea...

—Christian —le digo cuando por fin mi cerebro recupera la conexión con la boca—. Ya me regalaste el reloj... Y yo no sé llevar una empresa.

Ladea otra vez la cabeza y me mira con el ceño fruncido, censurándome.

—Yo llevo mis negocios desde que tenía veintiún años.

—Pero tú eres... tú. Un obseso del control y un genio extraordinario. Por Dios, Christian, pero si te especializaste en economía en Harvard... Tienes cierta idea de lo que haces. Yo he vendido pinturas y bridas para cables a tiempo parcial durante tres años. Por favor... He visto tan poco del mundo que prácticamente no sé nada. —Mi tono de voz va subiendo y haciéndose cada vez más alto y más agudo según me voy acercando al final de mi explicación.

—Eres la persona que más ha leído de todas las que conozco —me responde con total sinceridad—. Te vuelven loca los buenos libros. No podías dejar tu trabajo ni cuando estábamos de luna de miel. ¿Cuántos manuscritos te leíste? ¿Cuatro?

—Cinco —le corrijo en un susurro.

—Y has escrito informes completos de todos ellos. Eres una mujer brillante, Anastasia. Estoy seguro de que puedes hacerlo.

—¿Estás loco?

—Loco por ti —murmura.

Yo sonrío como una boba porque es todo lo que puedo hacer. Entorna los ojos.

—Todo el mundo se va a mofar de ti, Christian. Has comprado una empresa para una mujer que en su vida adulta solo ha tenido un trabajo a tiempo completo durante unos pocos meses.

—¿Crees que me importa una mierda lo que piense la gente? Además, no estarás sola.

Vuelvo a mirarle con la boca abierta. Esta vez sí que ha perdido la cabeza.

—Christian, yo... —Tengo que apoyar la cabeza en las manos porque siento un torbellino de emociones. ¿Está loco? Desde algún lugar oscuro y profundo de mi interior me surge la repentina e inapropiada necesidad de reírme. Cuando levanto la vista para mirarle, él tiene los ojos muy abiertos.

—¿Hay algo que le divierta, señorita Steele?

—Sí. Tú.

Sus ojos se abren un poco más, asombrados y a la vez divertidos.

—¿Te estás riendo de tu marido? No deberías. Y te estás mordiendo el labio.

Sus ojos se oscurecen de esa forma... Oh, no... Conozco esa mirada. Sensual, seductora, lasciva... ¡No, no, no! Aquí no.

—Ni se te ocurra —le aviso con la voz llena de alarma.

—¿Que ni se me ocurra qué, Anastasia?

—Conozco esa mirada. Estamos en el trabajo...

Se inclina un poco hacia delante con sus ojos, gris líquido y ávidos, fijos en los míos. Oh, madre mía... Trago saliva instintivamente.

—Estamos en un despacho pequeño, razonablemente insonorizado y con una puerta que se puede cerrar con llave —me susurra.

—Comportamiento inmoral flagrante —le digo pronunciando las palabras con mucho cuidado.

—No si es con tu marido.

—¿Y si es el jefe del jefe de mi jefe? —le pregunto entre dientes.

—Eres mi mujer.

—Christian, no. Lo digo en serio. Esta noche puedes follarme mil veces peor que el domingo. Pero ahora no. ¡Aquí no!

Parpadea y vuelve a entornar los ojos. Y después ríe inesperadamente.

—¿Mil veces peor que el domingo? —dice arqueando una ceja, intrigado—. Puede que luego utilice esas palabras en su contra, señorita Steele.

—¡Oh, deja ya lo de señorita Steele! —exclamo y doy un golpe en la mesa que nos sobresalta a los dos—.

Por el amor de Dios, Christian. ¡Si significa tanto para ti, me cambiaré el apellido!

Abre la boca e inhala bruscamente. Y después esboza una sonrisa radiante, alegre, mostrando todos los dientes. Uau...

—Bien —dice juntando las manos y se levanta de repente.

¿Y ahora qué?

—Misión cumplida. Ahora tengo trabajo. Si me disculpa, señora Grey.

¡Arrrggg! ¡Este hombre es exasperante!

—Pero...

—¿Pero qué, señora Grey?

Yo dejo caer los hombros.

—Nada. Vete.

—Eso iba a hacer. Te veo esta noche. Estoy deseando poner en práctica lo de mil veces peor que el domingo.

Frunzo el ceño.

—Oh, y tengo un montón de compromisos sociales relacionados con los negocios en los próximos días y quiero que me acompañes.

Le miro boquiabierta. ¿Por qué no se va de una vez?

—Le diré a Andrea que llame a Hannah para que ponga las citas en su agenda. Hay algunas personas a las que tienes que conocer. Deberías hacer que Hannah se ocupara de tus citas de ahora en adelante.

—Vale —digo completamente desconcertada, perpleja y asombrada.

Christian se inclina sobre mi escritorio. ¿Y ahora qué? Me quedo atrapada en su mirada hipnótica.

—Me encanta hacer negocios con usted, señora Grey. —Se acerca más. Yo sigo sentada y paralizada y él me da un suave y tierno beso en los labios—. Hasta luego, nena —susurra y se levanta bruscamente, me guiña un ojo y se va.

Apoyo la cabeza en el escritorio sintiéndome como si acabara de arrollarme un tren de mercancías; mi querido esposo es como un tren de mercancías. Seguro que no hay un hombre más frustrante, irritante y contradictorio en todo el planeta. Me vuelvo a sentar correctamente y me froto los ojos. Pero ¿a qué acabo de acceder? Ana Grey dirigiendo Seattle Independent Publishing... quiero decir, Grey Publishing. Ese hombre está loco. Oigo que llaman a la puerta y Hannah asoma la cabeza.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Solo soy capaz de quedarme mirándola fijamente. Ella frunce el ceño.

—Sé que no te gusta que haga estas cosas por ti, pero puedo hacerte un té si quieres.

Asiento.

—Twinnings English Breakfast. Poco cargado y sin leche, ¿verdad?

Asiento.

—Ahora mismo, Ana.

Me quedo con la mirada vacía clavada en la pantalla del ordenador, todavía conmocionada. ¿Cómo voy a hacer que lo entienda? Oh, con un correo...

De: Anastasia Steele

Fecha: 22 de agosto de 2011 14:23

Para: Christian Grey

Asunto: ¡YO NO SOY UNO DE SUS ACTIVOS!

Señor Grey:

La siguiente vez que venga a verme, pida una cita para que al menos pueda prepararme con antelación para su megalomanía dominante de adolescente.

Tuya:

Anastasia Grey <—fíjate en el nombre.

Editora de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 22 de agosto de 2011 14:34

Para: Anastasia Steele

Asunto: Mil veces peor que el domingo

Mi querida señora Grey (con énfasis en el «mi»):
¿Qué puedo decir en mi defensa? Pasaba por allí...

Y no, usted no es uno de mis activos, es mi amada esposa.

Como siempre, me ha alegrado el día.

Christian Grey

Presidente y megalómano dominante de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Está intentando ser gracioso, pero no estoy de humor para reírme. Inspiro hondo y vuelvo a mi correspondencia.

Christian está muy callado cuando me subo al coche esa noche.

—Hola —murmuro.

—Hola —me responde con cautela. Está bien que sea cauto ahora mismo.

—¿Has interrumpido el trabajo de alguien más hoy? —le pregunto con dulzura fingida.

La sombra de una sonrisa cruza por su cara.

—Solo el de Flynn.

Oh.

—La próxima vez que vayas a verle, te voy a hacer una lista de temas que quiero que trates con él.

—Parece un poco tensa, señora Grey.

Miro fijamente las nuca de Ryan y Sawyer que están delante de nosotros. Christian se revuelve a mi lado.

—Oye... —me dice en voz baja y me coge la mano.

Toda la tarde, que debía haber pasado concentrada en mi trabajo, he estado pensando qué le iba a decir. Pero con cada hora que pasaba me he ido enfadando cada vez más. Ya estoy harta de este comportamiento displicente, arrogante y muy infantil, la verdad. Aparto mi mano de la suya de una forma displicente, arrogante y muy infantil.

—¿Estás enfadada conmigo? —me pregunta.

—Sí —le respondo con los dientes apretados. Cruzo los brazos y miro por la ventana. Se revuelve en el asiento de nuevo, pero no me permito mirarle. No sé por qué estoy tan enfadada con él, pero lo estoy. Muy enfadada.

En cuanto aparcamos delante del Escala, rompo el protocolo: salto del coche con mi maletín y me encamino al edificio pisando fuerte sin comprobar si alguien me sigue. Ryan entra corriendo detrás de mí en el vestíbulo y se adelanta para llamar al ascensor antes de que yo llegue.

—¿Qué? —le digo cuando le alcanzo.

Él se sonroja.

—Mis disculpas, señora —murmura.

Llega Christian y se queda de pie a mi lado esperando al ascensor. Ryan se aparta.

—¿Así que no solo estás enfadada conmigo? —pregunta Christian. Le miro y noto un principio de sonrisa en su cara.

—¿Te estás riendo de mí? —digo entornando los ojos.

—No me atrevería —responde levantando las manos como si le estuviera amenazando con un arma. Sigue con su traje azul marino y parece fresco y limpio con el pelo caído de forma muy sexy y una expresión cándida.

—Tienes que cortarte el pelo —le digo. Le doy la espalda y entro en el ascensor.

—¿Ah, sí? —Se aparta un mechón de la frente y entra detrás de mí.

—Sí. —Pulso el código de nuestro piso en la consola.

—Veo que ahora me hablas...

—Lo justo.

—¿Y por qué estás enfadada exactamente?

Necesito alguna pista —dice con precaución.

Me giro y le miro con la boca abierta.

—¿De verdad no tienes ni idea? Seguro que alguien tan inteligente como tú debe de tener algún indicio. No me puedo creer que seas tan obtuso.

Da un paso atrás alarmado.

—Estás muy enfadada, ya veo. Pensé que lo habíamos aclarado cuando estuve en tu despacho —me dice perplejo.

—Christian, solo he capitulado ante tus demandas presuntuosas. Eso es todo lo que ha pasado.

Se abren las puertas del ascensor y salgo como una tromba. Taylor está de pie en el pasillo. Se aparta rápidamente y cierra la boca cuando paso a su lado echando humo.

—Hola, Taylor —le saludo.

—Hola, señora Grey.

Dejo el maletín en el pasillo y me dirijo al salón. La señora Jones está cocinando.

—Buenas noches, señora Grey.

—Hola, señora Jones —le respondo y me voy derecha al frigorífico y saco la botella de vino blanco. Christian me sigue hasta la cocina y me observa como un halcón mientras saco una copa del armario. Se quita la chaqueta y la deja sobre la encimera—. ¿Quieres una copa? —le pregunto amablemente.

—No, gracias —dice sin apartar los ojos de mí y sé que se siente indefenso. No sabe qué hacer conmigo. Por una parte es cómico y por otra, trágico. ¡Bueno, que

le den! Me está costando encontrar mi parte compasiva desde nuestra reunión de esta tarde. Se quita lentamente la corbata y después se desabrocha el botón de arriba de la camisa. Me sirvo una copa grande de *sauvignon blanc* y Christian se pasa una mano por el pelo. Cuando me giro la señora Jones ha desaparecido. ¡Mierda! Era mi escudo humano. Le doy un sorbo al vino. Mmm... Está muy bueno.

—Deja de hacer esto —me susurra Christian. Da los dos pasos que nos separan y se queda de pie delante de mí. Me coloca el pelo detrás de la oreja con cariño y me acaricia el lóbulo de la oreja con la punta de los dedos, lo que me provoca un estremecimiento. ¿Es eso lo que he estado echando de menos todo el día? ¿Su contacto? Sacudo la cabeza, lo que hace que tenga que soltarme la oreja. Se me queda mirando—. Háblame —me pide.

—¿Y para qué? Si no me escuchas...

—Sí que te escucho. Eres una de las pocas personas a las que escucho.

Le doy otro sorbo al vino.

—¿Es por lo de tu apellido?

—Sí y no. Es por cómo has tratado el hecho de que discrepara contigo. —Le miro esperando que se enfade.

Frunce el ceño.

—Ana, ya sabes que tengo... problemas. No me resulta fácil soltarme en las cosas que tienen que ver contigo. Ya lo sabes.

—Pero yo no soy una niña ni uno de tus activos.

—Lo sé —suspira.

—Entonces deja de tratarme como si lo fuera —le suplico.

Me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos y recorre la línea de mi labio inferior con la yema del pulgar.

—No te enfades. Eres muy valiosa para mí. Como un activo que no tiene precio, como un niño —me dice con una expresión sombría y reverente al mismo tiempo en la cara. Sus palabras me han distraído. Como un niño... Valioso como un niño... Un niño sería algo precioso para él.

—Pero no soy ninguna de esas cosas, Christian. Soy tu esposa. Si te sentías dolido porque no iba a utilizar tu apellido, deberías habérmelo dicho.

—¿Dolido? —Vuelve a fruncir el ceño todavía más y sé que está considerando la posibilidad en su mente. Se yergue bruscamente, con el ceño aún fruncido, y le echa un vistazo a su reloj—. La arquitecta va a venir en menos de una hora. Deberíamos cenar.

Oh, no... Gruño para mí. No me ha contestado a la pregunta y ahora tengo que vérmelas con Gia Matteo. Mi día de mierda se está poniendo peor por momentos. Miro a Christian con el ceño fruncido.

—Esta discusión no ha acabado —le advierto.

—¿Qué más tenemos que discutir?

—Podrías vender la empresa.

Christian ríe incrédulo.

—¿Venderla?

—Sí.

—¿Crees que encontraría un comprador en el mercado actual?

—¿Cuánto te costó?

—Fue relativamente barata. —Suenan a la defensiva.

—¿Y si se hunde?

Sonríe irónico.

—Sobreviviremos. Pero no dejaré que se hunda. No mientras tú trabajes allí.

—¿Y si lo dejas?

—¿Para hacer qué?

—No lo sé. Otra cosa.

—Me has dicho que este es el trabajo de tus sueños. Y corrígeme si me equivoco, pero he prometido ante Dios, el reverendo Walsh y una reunión de tus más allegados y queridos que animaré tus esperanzas y tus sueños y procuraré que estés segura a mi lado.

—Citar tus votos matrimoniales es juego sucio.

—Nunca te prometí juego limpio en lo que a ti respecta. Además —añade—, tú has utilizado tus votos como arma en algún momento.

Frunzo el ceño. Es cierto.

—Anastasia, si sigues enfadada conmigo, házmelo pagar luego en la cama. —Su voz es de repente baja y está llena de una necesidad sensual. Su mirada arde.

¿Qué? ¿En la cama? ¿Cómo?

Sonríe indulgente al ver mi expresión. ¿Quizá pretende que yo le ate? Oh, madre mía...

—Mil veces peor que el domingo —me susurra—. Lo estoy deseando.

¡Uau!

—¡Gail! —grita de repente y en cuatro segundos aparece la señora Jones. ¿Dónde estaba? ¿En la oficina de Taylor? ¿Escuchando? Oh, no.

—¿Señor Grey?

—Queremos cenar ahora, por favor.

—Muy bien, señor.

Christian no aparta los ojos de mí. Me está observando vigilante, como si estuviera a punto de surgir alguna criatura exótica de mi cabeza. Le doy otro sorbo al vino.

—Creo que me voy a tomar una copa contigo — me dice, suspira y vuelve a pasarse una mano por el pelo.

—¿No te lo vas a acabar?

—No —respondo mirando el plato de *fettuccini*, que casi ni he probado, para evitar la expresión cada vez más sombría de Christian. Antes de que pueda decir nada más, me pongo de pie y me llevo los platos—. Gia vendrá dentro de poco —digo. Christian tuerce la boca para formar una expresión contrariada, pero no dice nada.

—Yo me ocupo de esto, señora Grey —me dice la señora Jones cuando entro en la cocina.

—Gracias.

—¿No le han gustado? —me pregunta preocupada.

—Estaban buenos. Pero es que no tengo hambre.

Me mira con una sonrisa comprensiva y se gira para limpiar los restos de mi plato y meterlo todo en el lavavajillas.

—Voy a hacer un par de llamadas —anuncia Christian mirándome de arriba abajo antes de desaparecer en el estudio.

Suelto un suspiro de alivio y me encamino al dormitorio. La cena ha sido muy incómoda. Sigo enfadada con Christian y él parece creer que no ha hecho nada mal. ¿Y lo ha hecho? Mi subconsciente levanta una ceja y me mira con benevolencia por encima de sus gafas. Sí que lo ha hecho. Ha hecho que las cosas sean todavía más incómodas en el trabajo para mí. No ha esperado para que habláramos del asunto en la relativa privacidad de nuestra casa. ¿Cómo se sentiría él si yo me entrometiera en su oficina? Y para rematar, ahora resulta que quiere regalarme la editorial. ¿Cómo demonios voy a llevar una empresa? Yo no sé nada de negocios.

Contemplo la vista de Seattle bañada por la nacarada luz rosácea del atardecer. Y como siempre, quiere resolver nuestras diferencias en el dormitorio... o en el vestíbulo... el cuarto de juegos... la sala de la televisión... la encimera de la cocina. ¡Ya vale! Con él todo acaba en sexo. El sexo es su mecanismo para gestionarlo todo.

Entro en el baño y frunzo el ceño ante mi imagen reflejada en el espejo. Volver al mundo real es duro. Conseguimos resolver todas nuestras diferencias cuando estábamos en nuestra burbuja, pero estábamos muy inmersos el uno en el otro. Pero ¿ahora? Durante un momento vuelvo al momento de la boda y recuerdo lo que me preocupaba ese día: casamiento apresurado... No, no debo pensar eso. Ya sabía que era Cincuenta Sombras cuando me casé con él. Tengo que afrontarlo y hablarlo con él hasta que lo resolvamos.

Me observo en el espejo. Estoy pálida y encima ahora tengo que lidiar con esa mujer... Llevo una falda

lápiz gris y una blusa sin mangas. Vamos a ver... La diosa que llevo dentro saca la laca de uñas de color rojo pasión. Me desabrocho dos botones para enseñar un poco de escote. Me lavo la cara y me maquillo de nuevo, dándome más rimel de lo habitual y poniéndome más brillo en los labios. Me agacho y me cepillo el pelo con fuerza, de la raíz a las puntas. Cuando vuelvo a incorporarme, mi pelo es una nube castaña que me rodea y me cae hasta los pechos. Me lo coloco con gracia tras las orejas y decido cambiar mis zapatos planos por unos tacones.

Cuando regreso al salón, Christian tiene los planos de la casa extendidos sobre la mesa del comedor. Ha puesto una música en el equipo que hace que me quede parada.

—Señora Grey —me saluda cariñosamente y me mira burlón.

—¿Qué es eso? —le pregunto. La música es impresionante.

—El *Réquiem* de Fauré. Te veo diferente — comenta distraído.

—Oh. Nunca lo había oído.

—Es muy tranquilo y relajante —dice y levanta una ceja—. ¿Te has hecho algo en el pelo?

—Me lo he cepillado —murmuro. Estoy embelesada por las voces tan evocadoras. Christian abandona los planos sobre la mesa y viene hacia mí con paso lento y acompasado con la música.

—¿Bailas conmigo? —me pregunta.

—¿Con esto? Es un réquiem... —digo escandalizada.

—Sí. —Me atrae hacia sus brazos y me rodea con ellos, enterrando la nariz en mi pelo y balanceándose lentamente de lado a lado. Huele tan bien como siempre... a Christian.

Oh... Le echaba de menos. Le abrazo y me esfuerzo por reprimir la necesidad de llorar. ¿Por qué eres tan irritante?

—Odio pelear contigo —me susurra.

—Bueno, pues deja de ser tan petulante.

Ríe y ese sonido cautivador reverbera en su pecho. Me abraza más fuerte.

—¿Petulante?

—Imbécil.

—Prefiero petulante.

—Es normal. Te pega.

Ríe una vez más y me besa en el pelo.

—¿Un réquiem? —pregunto un poco desconcertada por que estemos bailando eso.

Se encoge de hombros.

—Es una música preciosa, Ana.

Taylor tose discretamente desde la entrada y Christian me suelta.

—Ha llegado la señorita Matteo —anuncia.

Oh, qué alegría...

—Que pase —le dice Christian y me coge la mano cuando Gia Matteo entra en la habitación.

Gia Matteo es una mujer guapa; una mujer alta y muy guapa. Lleva el pelo corto de peluquería, con unas capas perfectas y peinado en una sofisticada corona. Se ha puesto un traje pantalón gris claro: unos pantalones de sport y una chaqueta ajustada que abrazan sus generosas curvas. Su ropa parece cara. En la base de su cuello brilla un solo diamante que va a juego con los pendientes de un quilate que lleva en las orejas. Va muy bien arreglada. Es una de esas mujeres de buena familia que crecieron con dinero. Pero su educación de buena familia se le ha olvidado esta noche. Lleva la blusa azul claro demasiado desabrochada. Igual que yo. Me ruborizo.

—Christian. Ana —saluda con una sonrisa que muestra unos dientes blancos perfectos y tiende una mano con una manicura cuidada primero a Christian y después a mí. Es un poquito más baja que Christian, pero lleva unos tacones increíbles.

—Gia —la saluda Christian educadamente.

Yo sonrío con frialdad.

—Qué bien se os ve después de la luna de miel — dice amablemente y mira con sus ojos castaños a Christian a través de sus largas pestañas llenas de rimel.

Christian me rodea con el brazo y me acerca a él.

—Lo hemos pasado de maravilla, gracias. —Me da un beso rápido en la sien que me pilla por sorpresa.

¿Ves? Es mío. Irritante, exasperante incluso... pero mío. Yo sonrío. Ahora mismo te quiero mucho, Christian Grey. Yo también le rodeo la cintura con el brazo, meto la mano en el bolsillo de atrás de su pantalón y le doy un apretón en el culo. Gia nos sonrío sin ganas.

—¿Habéis podido echarle un vistazo a los planos?

—Sí —le confirmo. Miro a Christian, que me devuelve la mirada con una ceja levantada, divertido. ¿Qué es lo que le divierte? ¿Mi reacción ante Gia o que le haya tocado el culo?

—Acompáñanos, por favor —le dice Christian—. Tenemos aquí los planos —añade señalando la mesa de comedor. Me coge la mano y nos dirigimos a la mesa, con Gia detrás.

Por fin recuerdo que tengo modales.

—¿Te apetece algo de beber? —le pregunto—. ¿Una copa de vino?

—Oh, sí, fantástico —dice Gia—. Blanco seco, si tienes.

¡Mierda! *Sauvignon blanc*. Eso es un blanco seco, ¿no? Apartándome de mi marido a regañadientes, voy a la cocina. Oigo el sonido del iPod cuando Christian enciende la música.

—¿Tú quieres más vino, Christian? —le digo desde la cocina.

—Sí, por favor, nena —dice con voz suave y sonriéndome. Uau... Puede ser tan perfecto a veces y tan insoportable otras...

Me estiro para abrir el armario y noto que Christian me está mirando. Tengo la extraña sensación de que Christian y yo estamos haciendo una

representación, jugando a algo, pero esta vez desde el mismo bando y nos enfrentamos a la señorita Matteo. ¿Sabe que a ella le atrae y lo está haciendo a propósito para que lo vea? Siento una oleada de placer cuando entiendo que está intentando que me sienta segura. O tal vez le esté mandando a esa mujer un mensaje alto y claro de que ya está pillado.

Mío. Sí, zorra... mío. La diosa que llevo dentro se ha puesto el traje de gladiadora y ha decidido que no va a hacer prisioneros. Sonriendo para mí cojo tres copas del armario, la botella de *sauvignon blanc* del frigorífico y lo pongo todo en la barra para el desayuno. Gia está inclinada sobre la mesa y Christian de pie a su lado señalándole algo de los planos.

—Creo que Ana tiene alguna objeción acerca de la pared de cristal, pero en general los dos estamos encantados con las ideas que nos has presentado.

—Oh, me alegro —dice Gia, visiblemente aliviada, y al decirlo le toca el brazo a Christian en un gesto coqueto. Christian se tensa de inmediato de forma sutil. Ella no parece notarlo. Déjale tranquilo ahora mismo. No le gusta que le toquen...

Dando un paso para alejarse y quedar fuera de su alcance, Christian se vuelve hacia mí.

—Por aquí empezamos a tener sed... —me dice.

—Ya voy.

Sigue jugando. Ella le hace sentir incómodo. ¿Por qué no me he dado cuenta de eso antes? Por eso no me cae bien. Él está acostumbrado a la forma en que las mujeres reaccionan ante él. Yo lo he visto muchas veces y él no suele darle importancia. Pero que le toquen es otra cosa. Bien, la señora Grey al rescate.

Sirvo el vino rápidamente, cojo las tres copas y voy corriendo a salvar a mi caballero en apuros. Le ofrezco una copa a Gia y me coloco entre ella y Christian. Ella me sonrío educadamente al coger la copa. Le paso la segunda copa a Christian, que la coge ansioso, con una expresión de gratitud divertida.

—Salud —nos dice Christian a las dos, pero mirándome a mí. Gia y yo levantamos las copas y respondemos al unísono. Le doy un sorbo al vino que me sienta de maravilla.

—Ana, ¿tienes objeciones sobre la pared de cristal? —me pregunta Gia.

—Sí. Me encanta, no me malinterpretes. Pero prefiero que la incorporemos de una forma más orgánica a la casa. Yo me enamoré de la casa como estaba y no quiero hacer cambios radicales.

—Ya veo.

—Quiero que el diseño sea algo armonioso... Más en consonancia con la casa original. —Miro a Christian, que me observa pensativo.

—¿Sin grandes reformas? —me pregunta.

—Exacto. —Niego con la cabeza para enfatizar lo que quiero decir.

—¿Te gusta como está?

—En su mayor parte sí. En el fondo siempre he sabido que solo necesitaba unos toques de calor humano.

Los ojos de Christian brillan con ternura. Gia nos mira a los dos y se ruboriza.

—Está bien —dice—, creo que sé lo que quieres decir, Ana. ¿Y qué te parece si dejamos la pared de cristal, pero la ponemos mirando a un porche más

grande para seguir manteniendo el estilo mediterráneo? Ya tenemos la terraza de piedra. Podemos poner pilares de la misma piedra, muy separados para que no se pierda la vista. Y añadir un techo de cristal o azulejos como los del resto de la casa. Así conseguimos una zona techada y abierta donde comer o sentarse.

Tengo que reconocerlo... Esa mujer es buena.

—O en vez del porche podemos incorporar unas contraventanas de madera del color que elijáis a las puertas de cristal. Eso también puede ayudar a mantener ese espíritu mediterráneo —continúa.

—Como los postigos azules que vimos en el sur de Francia —le digo a Christian, que me mira fijamente. Le da un sorbo al vino y se encoje de hombros, sin hacer ningún comentario. Mmm... No le gusta esa idea, pero no la rechaza, ni se ríe de mí, ni me hace sentir estúpida. Dios mío, este hombre es una contradicción en sí mismo. Me vienen a la cabeza sus palabras de ayer: «Quiero que la casa sea como tú deseas. Lo que tú deseas. Es tuya». Quiere que yo sea feliz, feliz en todo lo que hago. En el fondo creo que lo sé, pero es solo que... Freno en seco. Ahora no es momento de pensar en la discusión. Mi subconsciente me mira enfadada.

Gia está pendiente de Christian, esperando a que tome la decisión. Veo que se le dilatan las pupilas y que separa los labios cubiertos de brillo. Se pasa la lengua rápidamente por el labio superior antes de darle otro sorbo al vino. Cuando me vuelvo hacia Christian me doy cuenta de que todavía me está mirando a mí, no a ella. ¡Sí! Yo voy a tomar las decisiones, señorita Matteo.

—Ana, ¿qué quieres tú? —me pregunta Christian, pasándome claramente la pelota.

—Me gusta la idea del porche.

—A mí también.

Me vuelvo hacia Gia. Oye, chica, mírame a mí, no a él. Yo soy la que toma las decisiones en este tema.

—Me gustaría ver unos dibujos con los cambios incorporados, con lo del porche más grande y los pilares a juego con el resto de la casa.

Gia aparta a regañadientes los ojos de mi marido y me sonrío. ¿Es que cree que no me doy cuenta?

—Claro —concede en tono agradable—. ¿Alguna otra cosa?

¿Aparte de follarte con la mirada a mi marido?

—Christian quiere remodelar la suite principal —continúo.

Se oye una tosecita discreta desde la entrada. Los tres nos giramos y nos encontramos con que Taylor está allí de pie.

—¿Qué quieres, Taylor? —le pregunta Christian.

—Necesito tratar con usted un asunto urgente, señor Grey.

Christian apoya las manos en mis hombros desde detrás de mí y le habla a Gia.

—La señora Grey está a cargo de este proyecto. Tiene carta blanca. Haz lo que ella quiera. Confío completamente en su instinto. Es muy lista. —Su voz cambia sutilmente; ahora hay orgullo y una advertencia velada. ¿Una advertencia para Gia?

¿Que confía en mi instinto? Oh, este hombre es imposible... Mi instinto le ha dejado esta tarde pasar por encima de mis sentimientos sin la menor consideración. Niego con la cabeza frustrada, pero me alegro de que le esté diciendo a la señorita demasiado-provocativa-pero-

desgraciadamente-buena-en-su-trabajo que yo soy la que está al mando. Le acaricio la mano que tiene sobre mi hombro.

—Disculpadme. —Christian me da un apretón en el hombro antes de seguir a Taylor. Me pregunto qué estará pasando.

—Hablábamos de la suite principal... —retoma nerviosa Gia.

La miro y espero un momento para asegurarme de que Christian y Taylor no pueden oírnos. Entonces, reuniendo toda mi fuerza interior y aprovechando que he estado muy enfadada las últimas cinco horas, me decido a descargarlo con ella.

—Haces bien en ponerte nerviosa, Gia, porque ahora mismo tu trabajo en este proyecto pende de un hilo. Pero no tiene por qué haber ningún problema siempre y cuando mantengas las manos alejadas de mi marido.

Ella da un respingo.

—Si no, te despido, ¿entendido? —digo pronunciando todas las palabras con mucha claridad.

Parpadea muy rápido, totalmente asombrada. No se puede creer lo que acabo de decir. Yo misma no me puedo creer lo que acabo de decir. Pero me mantengo firme y miro impasible sus ojos marrones que se abren cada vez más.

¡No te eches atrás! ¡No te eches atrás! He aprendido de Christian, que es el mejor en estas cosas, esa expresión impasible que descoloca a cualquiera. Sé que renovar la residencia de Christian Grey es un proyecto prestigioso para el estudio de arquitectura de Gia, una bonita pluma para poner en su sombrero. No

puede perder este encargo. Y ahora mismo me importa un comino que sea amiga de Elliot.

—Ana... Señora Grey... Lo siento. No pretendía...

—Se ruboriza sin saber qué más decir.

—Seamos claras. A mi marido no le interesas.

—Por supuesto... —dice ella y se queda pálida.

—Solo quería ser clara, como he dicho.

—Señora Grey, me disculpo si es que ha pensado que... he... —no termina la frase porque sigue sin saber qué decir.

—Bien, siempre y cuando nos entendamos, todo irá bien. Ahora voy a explicarte lo que tenemos en mente para la suite principal y después quiero que veamos la relación de materiales que tienes pensado usar. Como sabes, Christian y yo queremos que esta casa sea ecológicamente sostenible y quiero saber qué materiales vamos a utilizar y de dónde proceden, para que él se quede tranquilo.

—Claro, claro... —balbucea todavía con los ojos muy abiertos y parece sinceramente intimidada por mí. He triunfado. La diosa que llevo dentro da una vuelta al estadio saludando a la multitud enfervorecida.

Gia se toca el pelo para colocárselo y me doy cuenta de que es un gesto de nerviosismo.

—Bien, la suite... —dice nerviosa con un hilo de voz.

Ahora que tengo el control me siento relajada por primera vez desde mi reunión con Christian de esta tarde. Puedo hacer esto. La diosa que llevo dentro está celebrando que ella también lleva dentro una bruja.

Christian vuelve con nosotras justo cuando ya estamos terminando.

—¿Ya está? —pregunta. Me rodea la cintura con el brazo y se vuelve hacia Gia.

—Sí, señor Grey. —Gia sonrío ampliamente, pero su sonrisa parece tensa—. Volveré a enviarle los planos modificados dentro de un par de días.

—Excelente. ¿Estás contenta? —me pregunta directamente con la mirada cariñosa y a la vez inquisitiva.

Asiento y me sonrojo no sé por qué.

—Tengo que irme —dice Gia con demasiado entusiasmo. Extiende la mano para estrechar la mía primero y después la de Christian.

—Hasta la próxima, Gia —me despido.

—Sí, señora Grey. Señor Grey.

Taylor aparece en la entrada del salón.

—Taylor te acompañará a la salida —digo lo bastante alto para que él me oiga.

Ella vuelve a tocarse el pelo, se gira sobre sus tacones altos y sale de la habitación seguida de cerca por Taylor.

—Estaba bastante más fría —señala Christian, mirándome burlonamente.

—¿Ah, sí? No me he dado cuenta. —Me encojo de hombros intentando parecer indiferente—. ¿Qué quería Taylor? —le pregunto en parte porque tengo curiosidad y en parte porque quiero cambiar de tema.

Con el ceño fruncido Christian me suelta y empieza a enrollar los planos sobre la mesa.

—Era sobre Hyde.

—¿Qué pasa con él?

—Nada de lo que preocuparse, Ana. —Deja los planos y me atrae hacia sus brazos—. Por lo que parece no ha pasado por su apartamento en semanas, eso es todo. —Me da un beso en el pelo, me suelta y termina lo que estaba haciendo—. ¿Qué habéis decidido? —me pregunta y sé que es porque no quiere que siga interrogándole sobre Hyde.

—Lo que tú y yo hablamos. Creo que le gustas — le digo en voz baja.

Él ríe.

—¿Le has dicho algo? —me pregunta y yo me ruborizo. ¿Cómo lo sabe? Como no sé qué decir, me miro los dedos—. Éramos Christian y Ana cuando ha entrado y señor y señora Grey cuando se ha ido. —Su tono es seco.

—Es posible que le haya dicho algo —murmuro. Cuando levanto la vista para mirarle, él me está observando con ojos tiernos y por un momento parece... encantado.

Baja la mirada, niega con la cabeza y su expresión cambia.

—Solo reacciona ante esta cara. —Suenan un poco resentido, incluso un poco asqueado.

Oh, Cincuenta, no...

—¿Qué? —Le sorprende mi expresión de perplejidad. Sus ojos se abren por la alarma—. No estarás celosa, ¿verdad? —me pregunta horrorizado.

Me sonrojo, trago saliva y me miro los dedos entrelazados. ¿Lo estoy?

—Ana, es una depredadora sexual. No es mi tipo. ¿Cómo puedes estar celosa de ella? ¿De cualquiera? Nada de lo que ella tiene me interesa.

Cuando levanto la vista, está mirándome como si me hubiera salido una extremidad de más. Se pasa una mano por el pelo.

—Solo existes tú, Ana —dice en voz baja—. Siempre existirás solo tú.

Oh, Dios mío... Dejando los planos una vez más, Christian se acerca a mí y me coge la barbilla entre el pulgar y el índice.

—¿Cómo has podido pensar otra cosa? ¿Te he dado alguna vez señales de que podía estar remotamente interesado en otra persona? —Sus ojos sueltan llamaradas, fijos en los míos.

—No —le susurro—. Me estoy comportando como una tonta. Es que hoy... tú... —Todas las emociones en conflicto de antes vuelven a salir a la superficie. ¿Cómo puedo explicarle lo confusa que estoy? Me ha desconcertado y frustrado su comportamiento de esta tarde en mi despacho. En un momento me estaba pidiendo que me quedara en casa y poco después me estaba regalando una empresa. ¿Cómo voy a entenderle?

—¿Qué pasa conmigo?

—Oh, Christian —me tiembla el labio inferior—, estoy intentando adaptarme a esta nueva vida que nunca había imaginado que llegaría a vivir. Todo me lo has puesto en bandeja: el trabajo, a ti... Tengo un marido guapísimo al que nunca, nunca habría creído que podría querer de un modo tan fuerte, tan rápido, tan... indeleble. —Inspiro hondo para calmarme y él se queda boquiabierto—. Pero eres como un tren de mercancías y no quiero que me arrolles, porque entonces la chica de la que te enamoraste acabará desapareciendo, aplastada.

¿Y qué quedará? Una radiografía social vacía que va de una organización benéfica a otra. —Vuelvo a detenerme, luchando por encontrar las palabras para expresar cómo me siento—. Y ahora quieres que sea la presidenta de una empresa, algo que nunca ha pasado por mi cabeza. Voy rebotando de una cosa a otra, sin comprender, pasándolo mal. Primero me quieres en casa. Después quieres que dirija una empresa. Es todo muy confuso. — Me detengo al fin, con las lágrimas a punto de caer y reprimo un sollozo—. Tienes que dejarme tomar mis propias decisiones, asumir mis propios riesgos y cometer mis propios errores y aprender de ellos. Tengo que aprender a andar antes de echar a correr, Christian, ¿no te das cuenta? Necesito un poco de independencia. Eso es lo que significa mi nombre para mí. —Por fin... Eso es lo que quería decirle esta tarde.

—¿Sientes que te voy a arrollar? —me pregunta en un susurro.

Asiento.

Cierra los ojos, inquieto.

—Solo quiero darte todo lo del mundo, Ana, cualquier cosa, todo lo que quieras. Y salvarte de todo también. Mantenerte a salvo. Pero también quiero que todo el mundo sepa que eres mía. Me ha entrado el pánico cuando he visto tu correo. ¿Por qué no has hablado conmigo de lo de tu apellido?

Me sonrojo. Tiene parte de razón.

—Lo pensé cuando estábamos de luna de miel, y, bueno... no quería pinchar la burbuja. Y después se me olvidó. Me acordé ayer por la noche, pero pasó lo de Jack... Me distraje. Lo siento, debería haberlo hablado contigo, pero no conseguí encontrar un buen momento.

La intensa mirada de Christian me pone nerviosa. Es como si estuviera intentando meterse en mi cabeza, pero no dice nada.

—¿Por qué te entró el pánico? —le pregunto.

—No quiero que te escapes entre mis dedos.

—Por Dios, Christian, no voy a ir a ninguna parte. ¿Cuándo te vas a meter eso en tu dura mollera? Te quiero —digo agitando una mano en el aire como él hace algunas veces para dar énfasis a lo que dice—. Más que... «a la luz, al espacio y a la libertad».

Abre unos ojos como platos.

—¿Con el amor de una hija? —me sonrío irónico.

—No. —Río a pesar de todo—. Es que es la única cita que se me ha ocurrido.

—¿La del loco rey Lear?

—El muy amado y loco rey Lear. —Le acaricio la cara y él agradece mi contacto cerrando los ojos—. ¿Te cambiarías tú el apellido y te pondrías Christian Steele para que todo el mundo supiera que eres mío?

Christian abre los ojos bruscamente y me mira como si acabara de decir que la tierra es plana. Frunce el ceño.

—¿Que soy tuyo? —susurra como probando el sonido de las palabras.

—Mío.

—Tuyo —me dice repitiendo las palabras que dijimos en el cuarto de juegos ayer—. Sí, lo haría. Si eso significara tanto para ti.

Oh, madre mía...

—¿Tanto significa para ti?

—Sí —dice sin dudarlo.

—Está bien. —Lo voy a hacer por él. Para darle la seguridad que sigue necesitando.

—Creía que ya me habías dicho que sí.

—Sí, lo hice, pero ahora lo hemos hablado mejor y estoy más contenta con mi decisión.

—Oh —murmura sorprendido. Después sonrío con esa preciosa sonrisa juvenil que me deja sin aliento. Me agarra por la cintura y me hace girar. Yo chillo y empiezo a reírme; no sé si está feliz, aliviado o... ¿qué?

—Señora Grey, ¿sabe lo que esto significa para mí?

—Ahora sí lo sé.

Se inclina y me da un beso mientras enreda los dedos en mi pelo para que me quede quieta.

—Significa mil veces peor que el domingo —me dice junto a mis labios y me acaricia la nariz con la suya.

—¿Tú crees? —le pregunto apartándome un poco para mirarle.

—Has hecho ciertas promesas... Si se hace una oferta, después hay que aceptar el trato —me dice y sus ojos brillan con un placer malicioso.

—Mmm... —Todavía estoy dudosa, intentando descubrir cuál es su humor ahora.

—¿No tendrás intención de faltar a una promesa que me has hecho? —me pregunta inseguro con una mirada especulativa—. Tengo una idea —añade.

Oh, qué perversión se le habrá ocurrido...

—Hay un asunto importante del que tenemos que ocuparnos —continúa de repente muy serio—. Sí, señora Grey, un asunto de gran importancia.

Un momento... Se está riendo de mí.

—¿Qué? —le pregunto.

—Necesito que me cortes el pelo. Apparentemente lo llevo demasiado largo y a mi mujer no le gusta.

—¡Yo no puedo cortarte el pelo!

—Sí que puedes. —Christian sonríe y sacude la cabeza de forma que el pelo demasiado largo le tapa los ojos.

—Bueno, creo que la señora Jones tiene unos tazones... —Río.

 l también se ríe.

—Vale, entendido. Le dir e a Franco que me lo corte.

¡No! Franco trabaja para la bruja... Quizá yo pueda cort rselo un poco. Lo he hecho con Ray durante años y él nunca se quejó.

—Vamos —le digo cogiéndole la mano.

 l me mira con los ojos muy abiertos. Le llevo hasta el baño, donde le suelto la mano para coger la silla blanca de madera que hay en un rincón. La coloco delante del lavabo. Cuando miro a Christian veo que él me est  contemplanado con una divers n que no puede ocultar, los pulgares metidos en las trabillas del cinturón de sus pantalones y los ojos ardientes.

—Siéntate —le digo señalando la silla vacía e intentando mantener mi ventaja momentánea.

— Me vas a lavar el pelo?

Asiento. Arquea una ceja por la sorpresa y durante un momento creo que se va a echar atrás.

—Vale. —Se desabrocha lentamente los botones de la camisa blanca, empezando por el que tiene bajo la garganta. Sus dedos diestros se ocupan de un botón cada vez hasta que se abre toda la camisa.

Oh, Dios mío... La diosa que llevo dentro se detiene en mitad de su vuelta de honor al estadio.

Christian me tiende uno de sus puños en un gesto que indica «suéltamelo tú» y su boca esboza esa media sonrisa tan sexy y desafiante que a él se le da tan bien.

Oh, los gemelos. Le cojo la muñeca y le quito el primero, un disco de platino con sus iniciales grabadas en una sencilla letra bastardilla. Después le quito el otro. Cuando lo hago le miro y su expresión divertida ha desaparecido para dejar paso a algo más excitante... mucho más excitante. Estiro los brazos y le bajo la camisa por los hombros, dejando que caiga al suelo.

—¿Listo? —le susurro.

—Para lo que tú quieras, Ana.

Mis ojos abandonan los suyos y bajan hasta sus labios separados para poder inspirar más profundamente. Esculpidos, cincelados o lo que sea... Tiene una boca increíble y sabe más que de sobra qué hacer con ella. Me doy cuenta de que me estoy acercando para besarle.

—No —me dice y coloca las dos manos sobre mis hombros—. Si sigues por ahí, no llegarás a cortarme el pelo.

¡Oh!

—Quiero que lo hagas —continúa, y su mirada es directa y sincera por alguna razón que no me explico. Eso me desarma.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro.

Me mira durante un segundo y sus ojos se abren un poco más.

—Porque me hace sentir querido.

Prácticamente se me para el corazón. Oh, Christian, mi Cincuenta... Y antes de darme cuenta le estoy abrazando y besándole el pecho antes de apoyar la mejilla sobre el vello de su pecho, que me hace cosquillas.

—Ana. Mi Ana —murmura. Me envuelve con sus brazos y los dos nos quedamos de pie inmóviles, abrazándonos en nuestro baño. Oh, cómo me gusta estar entre sus brazos. Aunque sea un imbécil dominante y megalómano, es mi imbécil dominante y megalómano que necesita una dosis de cariño que dure toda la vida. Me aparto un poco, pero no le suelto.

—¿De verdad quieres que lo haga?

Asiente y sonríe con timidez. Yo le devuelvo la sonrisa y rompo el abrazo.

—Entonces siéntate —le pido otra vez.

Él obedece sentándose de espaldas al lavabo. Me quito los zapatos y los alejo con el pie hasta donde está su camisa tirada en el suelo del baño. Cojo de la ducha su champú de Chanel que compramos en Francia.

—¿Le gusta este champú al señor? —le digo mostrándoselo con ambas manos como si estuviera vendiendo algo en la teletienda—. Traído personalmente desde el sur de Francia. Me gusta como huele... huele a ti —añado en un susurro abandonando el estilo de presentadora de televisión.

—Sigue, por favor —dice sonriendo.

Cojo una toalla pequeña del toallero eléctrico. La señora Jones sí que sabe hacer que las toallas estén de lo más suaves.

—Échate hacia delante —le ordeno y Christian obedece.

Le cubro los hombros con la toalla y abro los grifos para llenar el lavabo de agua tibia.

—Ahora échate para atrás. —Me gusta estar al mando. Christian me obedece, pero es demasiado alto. Se sienta más al borde e inclina la silla hasta que la parte alta del respaldo se apoye contra el lavabo. Una distancia perfecta. Deja caer la cabeza. Sus ojos me miran fijamente y yo sonrío. Cojo uno de los vasos que tenemos sobre el lavabo, lo sumerjo en el agua para llenarlo y después la vierto sobre la cabeza de Christian para mojarle el pelo. Repito el proceso inclinándome sobre él.

—Huele muy bien, señora Grey —murmura y cierra los ojos.

Mientras le voy mojando el pelo metódicamente, aprovecho para mirarle con total libertad. Dios... ¿Me voy a cansar alguna vez de mirarle? Sus largas pestañas oscuras están desplegadas sobre sus mejillas, tiene los labios un poco separados formando un pequeño rombo oscuro y respira tranquilo. Mmm, qué ganas tengo de meter por ahí la lengua...

Le echo agua en los ojos accidentalmente. ¡Mierda!

—Perdón.

Coge una esquina de la toalla y se ríe al quitarse el agua de los ojos.

—Oye, ya sé que soy un petulante, pero no intentes ahogarme.

Me inclino, le beso la frente y suelto una risita.

—No me tientes.

Me coge la nuca y se acerca para juntar sus labios con los míos. Me da un beso breve a la vez que

emite un sonido satisfecho desde el fondo de la garganta. Ese sonido entra en conexión con los músculos de lo más profundo de mi vientre. Es un sonido muy seductor. Me suelta y vuelve a colocarse obedientemente, mirándome con expectación. Durante un momento parece vulnerable, como un niño. Se me ablanda el corazón.

Me echo un poco de champú en la palma y le masajeo la cabeza, empezando por las sienes y subiendo hasta la coronilla para después bajar por los lados haciendo círculos con los dedos rítmicamente. Él cierra los ojos y vuelve a hacer ese sonido grave y ronroneante.

—Qué gusto... —dice un momento después y se relaja bajo el firme contacto de mis dedos.

—¿A que sí? —Vuelvo a besarle la frente.

—Me gusta que me rasques con las uñas. —Sigue con los ojos cerrados, pero tiene una feliz expresión de satisfacción; ya no queda ni rastro de su vulnerabilidad. Oh, cuánto ha cambiado su humor... Me alegra saber que he sido yo quien ha logrado ese cambio.

—Levanta la cabeza —le ordeno y él obedece. Mmm... Cualquiera mujer se podría acostumbrar a esto. Le froto con la espuma la parte de atrás de la cabeza, rascándole con las uñas—. Atrás otra vez.

Vuelve a colocarse y le aclaro el champú con ayuda del vaso. Esta vez consigo no salpicarle la cara.

—¿Otra vez? —le pregunto.

—Por favor. —Abre los ojos y su mirada serena se encuentra con la mía. Le sonrío.

—Ahora mismo, señor Grey.

Me voy al lavabo que normalmente usa Christian y lo lleno de agua templada.

—Para aclararte —le digo cuando me mira intrigado.

Repito el proceso con el champú mientras escucho su respiración regular y profunda. Cuando tiene la cabeza cubierta de espuma, me tomo otro momento para contemplar el delicado rostro de mi marido. No me puedo resistir. Le acaricio la mejilla tiernamente y él abre los ojos para observarme, casi adormilado, a través de sus largas pestañas. Me inclino y le doy un beso suave y casto en los labios. Él sonrío, cierra los ojos y deja escapar un suspiro de total satisfacción.

¿Quién iba a creer que después de nuestra discusión de esta tarde podría estar ahora tan relajado? Y sin sexo... Me inclino más sobre él.

—Mmm... —murmura encantado cuando le rozo la cara con los pechos. Conteniendo las ganas de sacudirme, quito el tapón para que se vaya el agua llena de espuma. Él me pone las manos en la cadera y después las desliza hasta mi culo.

—No se manosea al servicio —le digo fingiendo desaprobación.

—No te olvides de que estoy sordo —dice con los ojos todavía cerrados mientras me baja las manos por el culo y empieza a subirme la falda. Le doy un manotazo en el brazo. Me lo estoy pasando bien jugando a la peluquería. Sonríe con una gran sonrisa infantil, como si le hubiera pillado haciendo algo de lo que en el fondo se sintiera orgulloso.

Cojo el vaso otra vez, pero ahora utilizo el agua del otro lavabo para aclararle el champú del pelo. Sigo

inclinada sobre él, que no me aparta las manos del culo y mueve los dedos de un lado a otro, de arriba abajo, otra vez de un lado a otro... Mmmm... Me contoneo un poco. Él gruñe desde el fondo de la garganta.

—Ya está. Todo aclarado.

—Bien —dice. Sus dedos me aprietan el culo y se incorpora en el asiento con el pelo mojado goteándole por todo el cuerpo. Tira de mí para sentarme en su regazo y sus manos suben desde mi culo hasta la nuca. Después pasan a mi barbilla para mantenerme quieta. De repente doy un respingo al notar sus labios sobre los míos y su lengua caliente y dura dentro de mi boca. Entierro los dedos entre su pelo mojado y empieza a resbalar agua por mis brazos. Su pelo me cubre la cara. Su mano baja de mi barbilla al primer botón de mi blusa—. Ya vale de tanto acicalamiento. Quiero follarte mil veces peor que el domingo y podemos hacerlo aquí o en el dormitorio. Tú decides.

Los ojos de Christian lanzan llamaradas, calientes y llenos de promesas, y su pelo nos está mojando a los dos. Se me seca la boca.

—¿Dónde va a ser, Anastasia? —me pregunta todavía sujetándome en su regazo.

—Estás mojado —le respondo.

Agacha la cabeza y me pasa el pelo mojado por la parte delantera de la blusa. Me retuerzo e intento zafarme, pero él me agarra más fuerte.

—Oh, no, no te escaparás, nena. —Cuando levanta la cabeza sonriéndome travieso me he convertido en Miss Camiseta Mojada 2011. Tengo la blusa empapada y se me transparenta todo. Estoy mojada... por todas partes—. Me encanta esta vista —susurra y se

agacha para rodearme una y otra vez un pezón con la nariz. Me retuerzo—. Respóndeme, Ana. ¿Aquí o en el dormitorio?

—Aquí —le susurro ansiosa. A la mierda el corte de pelo... Ya se lo haré luego.

Sonríe lentamente; sus labios se curvan en una sonrisa sensual llena de una promesa lasciva.

—Buena elección, señora Grey —dice junto a mis labios. Me suelta la barbilla y baja la mano hasta mi rodilla. Después la desliza sin dificultad por mi pierna, subiéndome la falda y acariciándome la piel, lo que me provoca un cosquilleo. Me va recorriendo la línea de la mandíbula desde la base de la oreja sin dejar de besarme.

—Vamos a ver, ¿qué te voy a hacer? —me susurra. Detiene los dedos en el principio de mis medias—. Me gusta esto —me dice y mete un dedo bajo la media y la va rodeando hasta llegar a la parte interior del muslo. Doy un respingo y vuelvo a retorcerme en su regazo.

Él gruñe desde el fondo de su garganta.

—Te voy a follar mil veces peor que el domingo. Pero tienes que quedarte quieta.

—Oblígame —le desafío con la voz grave y jadeante.

Christian inhala con fuerza. Entorna los ojos y me mira con una expresión excitada y los párpados entrecerrados.

—Oh, señora Grey, solo tiene que pedirlo. —Su mano pasa de la parte de arriba de las medias a mis bragas—. Vamos a quitarte esto. —Tira un poco y yo me muevo para ayudarle. Deja escapar el aire entre los

dientes apretados cuando lo hago—. Quieta —me ordena.

—Te estoy ayudando... —me defiende con un mohín y él me muerde el labio inferior.

—Quieta —repite con voz ronca.

Me baja las bragas por las piernas y me las quita. Me sube la falda hasta que queda toda arrugada en mis caderas. Después me coge de la cintura con las dos manos y me levanta. Todavía tiene mis bragas en la mano.

—Siéntate. A horcajadas —me ordena mirándome intensamente a los ojos.

Hago lo que me pide; me quedo a horcajadas sobre él y le miro provocativa. ¡Vamos a por ello, Cincuenta!

—Señora Grey —me dice en un tono de advertencia—, ¿pretende incitarme? —Me mira divertido pero a la vez excitado. Es una combinación muy seductora.

—Sí, ¿qué vas a hacer al respecto?

Sus ojos se encienden con un placer lujurioso ante mi desafío y yo empiezo a notar su erección debajo de mí.

—Junta las manos detrás de la espalda.

¡Oh! Obedezco y él me ata las manos con mis bragas con una habilidad asombrosa.

—¡Son mis bragas! Señor Grey, no tiene vergüenza —le regaño.

—No en lo que respecta a usted, señora Grey, pero seguro que ya lo sabía... —Su mirada es intensa y excitante. Me rodea la cintura con las manos y me desplaza para que quede sentada un poco más atrás en

su regazo. Le cae agua por el cuello y por el pecho. Quiero agacharme y lamerle las gotas que resbalan, pero atada como estoy resulta difícil.

Christian me acaricia los dos muslos y baja las manos hasta mis rodillas. Suavemente me las separa un poco más y abre un espacio entre las suyas para que quede encajada en esa posición. Sus dedos empiezan a ocuparse de mi blusa.

—No creo que vayamos a necesitar esto —dice y empieza a desabrochar mecánicamente los botones de la blusa húmeda que tengo pegada al cuerpo.

No aparta su mirada de la mía. Se toma su tiempo en la tarea y sus ojos se oscurecen cada vez más según se acerca al final. El pulso se me acelera y mi respiración se vuelve superficial. No me lo puedo creer. Casi no me ha tocado y ya estoy así: excitada, necesitada... preparada. Quiero retorcerme. Me deja la blusa húmeda abierta. Me acaricia la cara con las dos manos y su pulgar me roza el labio inferior. De repente me mete el pulgar en la boca.

—Chupa —me ordena poniendo énfasis en la CH. Cierro la boca alrededor del dedo y hago exactamente lo que me ha pedido. Oh, me gusta este juego. Sabe bien. ¿Qué otra cosa podría chuparle? Los músculos de mi vientre se tensan solo de pensarlo. Él abre los labios cuando le roza con los dientes y después le muerdo la yema del pulgar.

Gime, saca lentamente el pulgar húmedo de mi boca y lo baja por la barbilla, la garganta y el esternón. Engancha con él una de las copas de mi sujetador y tira de ella hacia abajo, liberando mi pecho.

Su mirada nunca se separa de la mía. Está observando todas las reacciones que su contacto provoca en mí y yo le observo a él. Es muy excitante. Devorador. Posesivo. Me encanta. Empieza a hacer lo mismo con la otra mano, de forma que en un segundo tengo ambos pechos libres. Me cubre los dos con las manos y me pasa los pulgares sobre los pezones rodeándolos muy lentamente, provocándolos y excitándolos hasta que los dos se endurecen y se dilatan por su hábil contacto. Intento con todas mis fuerzas no moverme, pero parece que mis pezones están conectados con mi entrepierna y no puedo evitar gemir y echar atrás la cabeza hasta que finalmente cierro los ojos y me rindo a esa tortura tan dulce.

—Chis... —El sonido que emite Christian está en total contradicción con sus caricias y el ritmo constante y sostenido de sus diestros dedos—. Quieta, nena, quieta...

Deja un pecho y me coloca la mano extendida sobre la nuca. Se inclina hacia delante, se mete en la boca el pezón que acaba de descuidar su mano y lo chupa con fuerza. Su pelo mojado me hace cosquillas. Al mismo tiempo deja de acariciar el otro pezón y en su lugar lo coge entre el pulgar y el índice y lo gira suavemente y después tira.

—¡Ah! ¡Christian! —gimo y siento que mi cadera da una sacudida. Pero él no se detiene. Sigue con su provocación lenta, pausada y desesperante. Mi cuerpo empieza a arder cuando el placer me invade.

—Christian, por favor —gimo.

—Mmm... —ronronea—. Quiero que te corras así. —Mi pezón logra un respiro mientras sus palabras me acarician la piel. Es como si estuviera dirigiéndose a una

parte profunda y oscura de mi mente que solo él conoce. Cuando retoma lo que estaba haciendo, con los dientes esta vez, el placer es casi intolerable. Gimo muy alto, me revuelvo en su regazo e intento lograr algo de fricción contra sus pantalones. Tiro de las bragas que me atan sin conseguir nada. Quiero tocarle, pero me pierdo... me pierdo en esta traicionera sensación.

—Por favor... —le susurro de nuevo suplicante y el placer me llena el cuerpo desde el cuello hasta las piernas y los dedos de los pies, tensándolo todo a su paso.

—Tienes unos pechos preciosos, Ana —gime—. Algún día te los tengo que follar.

¿Qué demonios significa eso? Abro los ojos y le miro con la boca abierta mientras sigue chupando. Mi piel responde a su contacto. Ya no siento la blusa húmeda ni su pelo mojado. No siento nada aparte del fuego. Arde deliciosamente con un calor que nace de lo más profundo de mi interior. Todos los pensamientos desaparecen cuando mi cuerpo se tensa y los músculos aprietan... listos, muy cerca... buscando la liberación. Él no se detiene, no deja de chupar y de tirar, volviéndome loca. Quiero... quiero...

—Déjate ir —jadea Christian.

Y yo lo hago, bien alto, mi orgasmo haciéndome estremecer el cuerpo. Entonces él para esa tortura tan dulce y me abraza apretándome contra él a la vez que mi cuerpo entra en la espiral del clímax. Cuando por fin abro los ojos, tengo la cabeza apoyada en su pecho y él me está contemplando.

—Dios, cómo me gusta ver cómo te corres, Ana.
—Suenas maravillado.

—Eso ha sido... —Me faltan las palabras.

—Lo sé. —Se acerca a mí y me besa, todavía con la mano en mi nuca, sujetándome la cabeza ladeada para poder darme un beso profundo, lleno de amor y de veneración.

Me vuelvo a perder en ese beso.

Se aparta para respirar y sus ojos tienen ahora el color de una tormenta tropical.

—Ahora te voy a follar con fuerza —murmura.

Madre mía. Me agarra por la cintura, me levanta de entre sus muslos y me sienta más cerca de sus rodillas. Con la mano derecha se desabrocha el botón de los pantalones azul marino y con la izquierda me acaricia el muslo arriba y abajo, parándose cada vez que llega al borde de las medias. Me está mirando fijamente. Estamos cara a cara y yo estoy indefensa, atada y en sujetador y medias. Creo que este es uno de nuestros momentos más íntimos; aquí, cerca, sentada en su regazo, mirando sus hermosos ojos grises. Me hace sentir un poco descarada y a la vez muy conectada con él; no siento ni vergüenza ni timidez. Es Christian, mi marido, mi amante, mi megalómano dominante, mi Cincuenta... el amor de mi vida. Se baja la cremallera y a mí se me seca la boca al ver aparecer su erección, libre al fin.

Sonríe.

—¿Te gusta? —susurra.

—Ajá —le digo. Se envuelve el pene con la mano y empieza a moverla arriba y abajo. Oh, madre mía. Le miro a través de mis pestañas. Joder, es tan sexy...

—Se está mordiendo el labio, señora Grey.

—Eso es porque tengo hambre.

—¿Hambre? —Abre la boca sorprendido y los ojos se le abren un poco más.

—Sí —le digo humedeciéndome los labios.

Me dedica una sonrisa enigmática y se muerde el labio inferior sin dejar de tocarse. ¿Por qué ver a mi marido dándose placer me pone tanto?

—Ya veo. Deberías haber cenado. —Su tono es burlón y de censura a la vez—. Pero tal vez yo pueda hacer algo... —Me pone la mano en la cintura—. Ponte de pie —me dice en voz baja y yo ya sé lo que va a hacer.

Me pongo de pie; ya no me tiemblan las piernas.

—Y ahora de rodillas.

Hago lo que me pide y me arrodillo sobre el frío suelo de baldosas del baño. Se acerca al borde del asiento.

—Bésame —me pide sujetándose la erección con la mano. Le miro y advierto que se está pasando la lengua por los dientes superiores. Es excitante, muy excitante ver su deseo, su deseo desnudo por mí y por mi boca. Me acerco sin dejar de mirarle y le doy un beso en la punta del pene en erección. Veo como inhala con fuerza y aprieta los dientes. Christian me coge la cabeza con la mano y yo le paso la lengua por la punta para saborear una gotita de semen que hay en el extremo.

Mmm... sabe bien. Abre más la boca para poder respirar por ella cuando yo me lanzo sobre él, metiéndomelo en la boca y chupando con fuerza.

—Ah...

Suelta el aire entre los dientes apretados y proyecta la cadera hacia delante, empujando dentro de mi boca. Pero eso no me hace parar. Me cubro los dientes con los labios y bajo para después subir. Me

coloca la otra mano en la cabeza para agarrármela por ambos lados, enreda los dedos en mi pelo y lentamente va entrando y saliendo de mi boca. Su respiración se acelera y se hace cada vez más trabajosa. Rodeo la punta con la lengua y después me lo vuelvo a meter todo en la boca en perfecto contrapunto a su movimiento.

—Dios, Ana. —Suspira y aprieta los párpados. Se está perdiendo y verle así se me sube a la cabeza. Es por mí. Muy lentamente aparto los labios y lo que le roza ahora son mis dientes—. ¡Ah! —Christian deja de moverse. Se agacha y me coge para volver a subirme a su regazo—. ¡Para! —gruñe.

Busca detrás de mí y me libera las manos con un simple tirón a las bragas. Flexiono las muñecas y miro por debajo de las pestañas a unos ojos abrasadores que me devuelven la mirada con amor, necesidad y lujuria. Y de repente me doy cuenta de que soy yo la que quiere follarle mil veces peor que el domingo. Le deseo con todas mis fuerzas. Quiero verle correrse debajo de mí. Le cojo el pene y me acerco rápidamente a él. Coloco mi otra mano sobre su hombro y muy despacio y con mucho cuidado le introduzco dentro de mí. Él emite un sonido gutural y salvaje desde el fondo de la garganta y levantando los brazos me arranca la blusa y la deja caer en el suelo. Sus manos pasan a mis caderas.

—Quieta —dice con voz ronza y con las manos clavándose en mi carne—. Déjame saborear esto, por favor. Saborearte...

Me quedo quieta. Oh, Dios... Me siento tan bien con él dentro de mí. Me acaricia la cara mirándome con los ojos muy abiertos y salvajes y los labios separados. Se mueve debajo de mí y yo gimo y cierro los ojos.

—Este es mi lugar favorito —me susurra—. Dentro de ti. Dentro de mi mujer.

Oh, joder, Christian. No puedo aguantar más. Deslizo los dedos entre su pelo mojado, mis labios buscan los suyos y empiezo a moverme. Arriba y abajo, poniéndome de puntillas... saboreándole, saboreándome. Él gime fuerte y noto sus manos en mi pelo y en mi espalda y su lengua invadiendo mi boca ávidamente, cogiéndolo todo y yo dándoselo encantada. Después de todas las discusiones del día, de mi frustración con él y la suya conmigo, al menos todavía tenemos esto. Siempre tendremos esto. Le quiero tanto que es casi demasiado. Baja las manos hasta colocarlas en mi culo para controlar mi movimiento, arriba y abajo, una y otra vez, a su ritmo, su *tempo* caliente y resbaladizo.

—¡Ah! —gimo indefensa dentro de su boca y me dejo llevar.

—Sí, Ana, sí... —dice entre dientes y yo le cubro la cara de besos: en la barbilla, en la mandíbula, en el cuello...—. Nena... —jadea y vuelve a atrapar mi boca.

—Oh, Christian, te quiero. Siempre te querré. —Estoy sin aliento, pero quiero que lo sepa, que esté seguro de mí después de todas nuestras peleas de hoy.

Gime y me abraza con fuerza, abandonándose al clímax con un sollozo lastimero. Y eso es justo lo que necesitaba para volver a llevarme al borde del abismo: le rodeo el cuello con los brazos y me dejo ir con él en mi interior. Tengo los ojos llenos de lágrimas porque lo quiero muchísimo.

—Oye... —me susurra agarrándome la barbilla para echarme atrás la cabeza y mirándome preocupado—. ¿Por qué lloras? ¿Te he hecho daño?

—No —le digo para tranquilizarle.

Me aparta el pelo de la cara y me seca una lágrima con el pulgar a la vez que me besa tiernamente en los labios. Sigue dentro de mí. Cambia de postura y yo hago una mueca cuando sale.

—¿Qué te pasa, Ana? Dímelo.

Sorbo por la nariz.

—Es que... Es solo que a veces me abruma darme cuenta de cuánto te quiero —le confieso. Él me sonrío con esa sonrisa tímida tan especial que creo que tiene reservada solo para mí.

—Tú tienes el mismo efecto en mí —me susurra y me da otro beso. Yo sonrío y en mi interior la felicidad se despereza y se estira encantada.

—¿Ah, sí?

Él sonrío.

—Sabes que sí.

—A veces sí lo sé. Pero no todo el tiempo.

—Ídem, señora Grey.

Le sonrío y le doy besitos en el pecho. Luego le acaricio el vello con la nariz. Christian me acaricia el pelo y me pasa una mano por la espalda. Me suelta el sujetador y me baja un tirante. Me muevo para que me quite el otro tirante y él deja caer al suelo el sujetador.

—Mmm... Piel contra piel —dice feliz y me abraza otra vez.

Me da un beso en el hombro y sube acariciándome con la nariz hasta mi oreja.

—Huele divinamente, señora Grey.

—Y usted, señor Grey. —Vuelvo a acariciarle con la nariz y aspiro el aroma de Christian, que ahora está mezclado con el embriagador perfume del sexo. Podría quedarme así para siempre: en sus brazos, feliz y satisfecha. Es justo lo que necesitaba después de este día de mucho trabajo, discusiones y de poner a una zorra en su sitio. Aquí es donde quiero estar, y a pesar de su obsesión por el control y su megalomanía, este es el sitio al que pertenezco. Christian entierra la nariz en mi pelo e inspira hondo. Yo suspiro satisfecha y noto su sonrisa. Y así nos quedamos; sentados, abrazados y en silencio.

Pero un instante después la realidad se entromete en nuestro momento.

—Es tarde —dice Christian mientras me acaricia metódicamente la espalda con los dedos.

—Y tú sigues necesitando un corte de pelo.

Ríe.

—Cierto, señora Grey. ¿Tiene energía suficiente para acabar lo que ha empezado?

—Por usted, señor Grey, cualquier cosa. —Le doy otro beso en el pecho y me levanto a regañadientes.

—Un momento. —Me coge de las caderas y me gira. Me baja la falda y me la desabrocha para después dejarla caer al suelo. Me tiende la mano, yo se la cojo y salgo de la falda. Ahora solo llevo puestas las medias y el liguero—. Es usted una visión espectacular, señora Grey. —Se apoya en el respaldo de la silla y cruza los brazos mientras me mira de arriba abajo.

Yo doy una vuelta para que él me vea.

—Dios, soy un hijo de puta con suerte —dice con admiración.

—Sí que lo eres.

Sonríe.

—Ponte mi camisa para cortarme el pelo. Así como estás ahora me distraes y no conseguiríamos llegar a la cama hoy.

No puedo evitar sonreír. Como sé que está observando todos mis movimientos, voy pavoneándome hasta donde dejamos mis zapatos y su camisa. Me agacho despacio, cojo la camisa, la huelo (mmm...) y después me la pongo. Christian me mira con los ojos muy abiertos. Se ha vuelto a abrochar la bragueta y me está contemplando atentamente.

—Menudo espectáculo, señora Grey.

—¿Tenemos tijeras? —le pregunto con aire inocente, agitando las pestañas.

—En mi estudio —me dice.

—Voy en su busca. —Le dejo allí, entro en el dormitorio y cojo el peine de mi tocador antes de encaminarme a su estudio.

Cuando entro en el pasillo, advierto que la puerta del despacho de Taylor está abierta. La señora Jones está de pie junto al umbral. Me quedo parada como si hubiera echado raíces. Taylor le está acariciando la cara con los dedos y sonriéndole dulcemente. Entonces se inclina y le da un beso.

Vaya... ¿Taylor y la señora Jones? Me quedo con la boca abierta por el asombro. Bueno, yo creía... La verdad es que sospechaba algo. ¡Pero ahora es obvio que están juntos! Me sonrojo porque me siento como una *voyeur* y por fin consigo que mis pies vuelvan a echar a andar. Cruzo corriendo el salón y entro en el estudio de Christian. Enciendo la luz y voy hasta su escritorio. Taylor y la señora Jones... ¡Vaya! Mi mente va

a mil por hora. Siempre he pensado que la señora Jones era mayor que Taylor. Oh, tampoco es tan difícil de entender... Abro el cajón de arriba de la mesa y me distraigo inmediatamente: dentro hay un arma. ¡Christian tiene un arma!

Un revólver. Dios mío... No tenía ni idea de que Christian tuviera un arma. Lo saco, abro el tambor y lo examino. Está cargado pero es ligero, muy ligero. Debe de ser de fibra de carbono. ¿Por qué puede querer tener Christian un arma? Oh, espero que sepa usarla. Me vienen a la mente las advertencias constantes de Ray sobre las armas de fuego (nunca olvidó su entrenamiento militar): «Esto te puede matar, Ana. Siempre que cojas un arma de fuego debes saber cómo usarla». Devuelvo el arma al cajón y busco las tijeras. Las cojo y salgo corriendo para volver con Christian, con la mente trabajando a mil por hora: Taylor y la señora Jones... El revólver...

En la entrada del salón me topo con Taylor.

—Perdón, señora Grey. —Se sonroja al ver lo que llevo puesto.

—Oh, Taylor, hola... Le voy a cortar el pelo a Christian —le digo avergonzada.

Taylor está pasando tanta vergüenza como yo. Abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla y se aparta.

—Después de usted, señora —dice formalmente.

Creo que estoy del color de mi antiguo Audi, el que Christian les compraba a todas sus sumisas. Esta situación no podría ser más embarazosa...

—Gracias —murmuro y me apresuro por el pasillo. Mierda. ¿No me voy a acostumbrar nunca al hecho de que no estamos solos? Corro al baño.

—¿Qué pasa? —Christian está de pie delante del espejo con mis zapatos en la mano. Toda la ropa que estaba tirada en el suelo ahora está colocada ordenadamente al lado del lavabo.

—Me acabo de encontrar con Taylor.

—Oh. —Christian frunce el ceño—. ¿Así vestida? Oh, mierda.

—No ha sido culpa de Taylor.

El ceño de Christian se hace más profundo.

—No, pero aun así...

—Estoy vestida.

—Muy poco vestida.

—No sé a quién le ha dado más vergüenza, si a él o a mí. —Intento la técnica de la distracción—. ¿Tú sabías que él y Gail están... bueno... juntos?

Christian ríe.

—Sí, claro que lo sabía.

—¿Y por qué no me lo has dicho nunca?

—Pensé que tú también lo sabías.

—Pues no.

—Ana, son adultos. Viven bajo el mismo techo. Ninguno tiene compromiso y los dos son atractivos.

Me ruborizo y me siento tonta por no haberlo notado.

—Bueno, dicho así... Yo creía que Gail era mayor que Taylor.

—Lo es, pero no mucho. —Me mira perplejo—. A algunos hombres les gustan las mujeres mayores... —Se calla de repente y se le abren mucho los ojos.

Le miro con el ceño fruncido.

—Ya... —le respondo molesta.

Christian parece arrepentido y me sonrío tiernamente. ¡Sí! ¡Mi técnica de distracción ha funcionado! Mi subconsciente pone los ojos en blanco: Sí, pero ¿a qué precio? Ahora vuelve a cernirse sobre mí el fantasma de la innombrable señora Robinson.

—Eso me recuerda algo —dice contento.

—¿Qué? —le pregunto. Cojo la silla y la giro para que quede mirando al espejo que hay sobre el lavabo—. Siéntate —le ordeno. Christian me mira con indulgencia divertida, pero hace lo que le digo y se acomoda en la silla. Empiezo a peinarle el pelo que ya solo tiene un poco húmedo.

—Estaba pensando que podríamos reformar las habitaciones que hay encima del garaje en la casa nueva para que vivan ellos —me explica Christian—. Convertirlo en un hogar. Así tal vez la hija de Taylor podría venir a quedarse con él más a menudo. —Me observa con cautela a través del espejo.

—¿Y por qué no se queda aquí?

—Taylor nunca me lo ha pedido.

—Tal vez deberías sugerírselo tú. Pero nosotros tendríamos que tener más cuidado.

Christian arruga la frente.

—No se me había ocurrido.

—Tal vez por eso Taylor no te lo ha pedido. ¿La conoces?

—Sí, es una niña muy dulce. Tímida. Muy guapa. Yo le pago el colegio.

¡Oh! Paro de peinarle y le miro desde el espejo.

—No tenía ni idea.

Él se encoge de hombros.

—Era lo menos que podía hacer. Además, así su padre no deja el trabajo.

—Estoy segura de que le gusta trabajar para ti.

Christian me mira sin expresión y después se encoje de hombros.

—No lo sé.

—Creo que te tiene mucho cariño, Christian. — Acabo de peinarle y le miro. Sus ojos no se apartan de los míos.

—¿Tú crees?

—Sí.

Ríe burlón sin darle importancia, pero suena satisfecho, como si se alegrara en el fondo de caerle bien a su personal.

—Entonces, ¿le dirás a Gia lo de las habitaciones sobre el garaje?

—Sí, claro. —Ya no siento la misma irritación que antes cuando menciona su nombre. Mi subconsciente asiente satisfecha. Sí, hoy lo hemos hecho bien. La diosa que llevo dentro se regodea. Ahora dejará en paz a mi marido y así no le hará sentir incómodo.

Ya estoy preparada para cortarle el pelo a Christian.

—¿Estás seguro? Es tu última oportunidad de echarte atrás.

—Hágalo lo peor que sepa, señora Grey. Yo no tengo que verme; usted sí.

Le sonrío.

—Christian yo podría pasarme el día mirándote.

Niega con la cabeza, exasperado.

—Solo es una cara bonita, nena.

—Y detrás de esa cara hay un hombre muy bonito también. —Le doy un beso en la sien—. Mi hombre.

Él sonríe tímido.

Cojo el primer mechón, lo peino hacia arriba y lo sostengo entre los dedos índice y corazón. Agarro el peine con la boca, cojo las tijeras y doy el primer corte, con el que me llevo un centímetro y medio más o menos. Christian cierra los ojos y se queda sentado como una estatua, suspirando satisfecho mientras yo sigo cortando. De vez en cuando abre los ojos y siempre le encuentro observándome. No me toca mientras trabajo, lo que le agradezco. Su contacto... me distrae.

En quince minutos he acabado.

—Terminado. —Me gusta el resultado. Está tan guapo como siempre, con el pelo un poco caído y sexy, solo que algo más corto.

Christian se mira en el espejo y parece agradablemente sorprendido. Sonríe.

—Un gran trabajo, señora Grey. —Gira la cabeza a un lado y luego al otro y me rodea con un brazo. Me atrae hacia él, me da un beso y me acaricia el vientre con la nariz—. Gracias —me dice.

—Un placer. —Me agacho para darle un beso breve.

—Es tarde. A la cama. —Y me da un azote juguetón en el culo.

—¡Ah! Deberíamos limpiar un poco esto. —Hay pelos por todo el suelo.

Christian frunce el ceño como si eso no se le hubiera pasado por la cabeza.

—Vale, voy por la escoba —dice—. No quiero que andes por ahí avergonzando al personal con ese atuendo tan inapropiado que llevas.

—Pero ¿sabes dónde está la escoba? —le pregunto inocentemente.

Christian se queda parado.

—Eh... no.

Río.

—Ya voy yo.

Cuando me meto en la cama y mientras espero que Christian venga también, pienso en el final tan diferente que podía haber tenido este día. Estaba tan enfadada con él antes y él conmigo... ¿Cómo puedo tratar esa tontería de que quiere que yo dirija una empresa? No deseo dirigir una empresa. Yo no soy él. Tengo que pararlo ya. Tal vez deberíamos tener una palabra de seguridad para los momentos en que él sea demasiado dominante y autoritario, para cuando sea petulante... Suelto una risita. Tal vez esa precisamente debería ser la palabra de seguridad: petulante. Me gusta la idea.

—¿Qué? —me dice al entrar en la cama a mi lado, llevando solo los pantalones del pijama.

—Nada. Una idea.

—¿Qué idea? —Se estira en la cama a mi lado.

Ahí va...

—Christian, creo que no quiero dirigir una empresa.

Se apoya sobre uno de los codos y me mira.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es algo que nunca me ha llamado la atención.

—Eres más que capaz de hacerlo, Anastasia.

—Me gusta leer, Christian. Dirigir una empresa me apartaría de eso.

—Podrías ser una directiva creativa.

Frunzo el ceño.

—Mira —continúa—, dirigir una empresa que funciona se basa en aprovechar el talento de los individuos que tienes a tu disposición. Ahí es donde está tu talento y tus intereses; luego estructuras la empresa para permitir que puedan hacer su trabajo. No lo rechaces sin pensarlo, Anastasia. Eres una mujer muy capaz. Creo que podrías hacer lo que quisieras solo con proponértelo.

Vaya... ¿Cómo puede saber que eso se me daría bien?

—Me preocupa que me ocupe demasiado tiempo. Christian frunce el ceño de nuevo.

—Tiempo que podría dedicarte a ti —digo sacando mi arma secreta.

Su mirada se oscurece.

—Sé lo que te propones —susurra divertido.

¡Mierda!

—¿Qué? —pregunto con fingida inocencia.

—Estás intentando distraerme del tema que tenemos entre manos. Siempre lo haces. No rechaces la idea todavía, Ana. Piénsatelo. Solo te pido eso. —Se inclina y me da un beso casto y después me acaricia la mejilla con el pulgar. Esta discusión va para largo. Le sonrío y de repente algo que ha dicho antes me viene a la cabeza sin saber cómo.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo con voz suave y tentadora.

—Claro.

—Antes has dicho que si estaba enfadada contigo, que te lo hiciera pagar en la cama. ¿Qué querías decir?

Se queda quieto.

—¿Tú qué crees que quería decir?

Dios, ahora tengo que decirlo...

—Que quieres que te ate.

Levanta ambas cejas por el asombro.

—Eh... no. No era eso lo que quería decir en absoluto.

—Oh. —Me sorprende la ligera decepción que siento.

—¿Quieres atarme? —me pregunta porque obviamente ha identificado mi expresión correctamente. Suena alucinado. Me ruborizo.

—Bueno...

—Ana, yo... —No acaba la frase y algo oscuro cruza por su cara.

—Christian... —susurro alarmada. Me muevo para quedar tumbada de lado y apoyada en un codo como él. Le acaricio la cara. Tiene los ojos muy abiertos y llenos de miedo. Sacude la cabeza con tristeza. ¡Mierda!—. Christian, para. No importa. Solo creía que querías decir eso.

Me coge la mano y se la pone sobre el corazón, que le late con fuerza. ¡Joder! ¿Qué pasa?

—Ana, no sé cómo me sentiría si estuviera atado y tú me tocaras...

Se me eriza el vello. Es como si me estuviera confesando algo profundo y oscuro.

—Todo esto es demasiado nuevo todavía —dice en voz baja y ronca.

Joder. Solo era una idea. Soy consciente de que él está avanzando bastante, pero todavía le queda mucho. Oh, Cincuenta, Cincuenta, Cincuenta... La ansiedad me atenaza el corazón. Me inclino y él se queda petrificado, pero yo le doy un beso en la comisura de la boca.

—Christian, no te he entendido bien. No te preocupes por eso. No lo pienses, por favor. —Le doy un beso más apasionado. Él cierra los ojos, gruñe y responde a mi beso. Después me empuja contra el colchón y me agarra la barbilla con las manos. Y en unos momentos los dos estamos perdidos... Perdidos el uno en el otro una vez más.

Cuando me despierto antes de que suene el despertador a la mañana siguiente, Christian está enroscado sobre mi cuerpo como una planta de hiedra: la cabeza sobre mi pecho, el brazo alrededor de mi cintura y una pierna entre las mías. Además está en mi lado de la cama. Siempre pasa lo mismo. Si discutimos la noche anterior, así es como acaba: retorcido sobre mi cuerpo, dándome calor y restringiéndome los movimientos.

Oh, Cincuenta... Tiene tantas necesidades a ese nivel. Quién lo habría creído... La imagen de Christian como un niño sucio y desgraciado me viene a la mente. Le acaricio el pelo más corto y mi melancolía se va desvaneciendo. Él se mueve y sus ojos somnolientos se encuentran con los míos. Parpadea un par de veces mientras se va despertando.

—Hola —susurra y sonrío.

—Hola. —Me encanta ver esa sonrisa por la mañana.

Me acaricia los pechos con la nariz y emite un sonido de satisfacción desde el fondo de su garganta. Su mano va bajando desde mi cintura por encima de la fresca seda de mi camisón.

—Eres un bocado tentador —susurra—. Pero por muy tentadora que seas —dice mirando el despertador—,

tengo que levantarme. —Se estira, se desenreda de mi cuerpo y se levanta.

Yo me tumbo, pongo las manos detrás de la cabeza y disfruto del espectáculo: Christian desnudándose para meterse en la ducha. Es perfecto. No le cambiaría ni un pelo de la cabeza.

—¿Admirando la vista, señora Grey? —Christian arquea una ceja burlona.

—Es que es una vista terriblemente bonita, señor Grey.

Sonríe y me tira los pantalones del pijama, que casi aterrizan en mi cara pero consigo cogerlos en el aire a tiempo, riendo como una colegiala. Con una sonrisa perversa aparta el edredón, pone una rodilla en la cama, me coge los tobillos y tira de mí haciendo que se me suba el camisón. Chillo mientras él va subiendo por mi cuerpo, dándome besos desde la rodilla, por el muslo, siguiendo por... Oh, Christian...

—Buenos días, señora Grey —me saluda la señora Jones. Me ruborizo, avergonzada al recordar su encuentro con Taylor que presencié anoche.

—Buenos días —le respondo. Ella me pasa una taza de té. Me siento en un taburete al lado de mi marido, que está radiante: recién duchado, con el pelo húmedo, una camisa blanca recién planchada y la corbata gris plateado. Mi corbata favorita. Tengo muy buenos recuerdos de esa corbata.

—¿Qué tal está, señora Grey? —me pregunta con la mirada tierna.

—Creo que ya lo sabe, señor Grey —le digo mirándole a través de las pestañas.

Él sonrío.

—Come —me ordena—. Casi no cenaste ayer.

¡Oh, mi Cincuenta, siempre tan mandón!

—Eso es porque tú estabas siendo petulante.

A la señora Jones se le cae algo en el fregadero y el ruido me sobresalta. Christian parece ajeno al ruido; ignorándolo, se me queda mirando impasible.

—Petulante o no, tú come. —Su tono es serio y no tengo intención de discutir con él.

—Vale. Ya cojo la cuchara y me como los cereales —digo como una adolescente irascible. Extiendo el brazo para coger el yogur griego y me echo unas cucharadas en los cereales. Después le incorporo un puñado de arándanos. Miro a la señora Jones y nuestras miradas se encuentran. Le sonrío y ella me responde con una sonrisa cariñosa. Me ha preparado mi desayuno favorito, el que descubrí durante la luna de miel.

—Creo que voy a tener que ir a Nueva York a finales de semana. —El anuncio de Christian interrumpe mis pensamientos.

—Oh.

—Solo voy a pasar una noche. Y quiero que vengas conmigo.

—Christian, yo no puedo pedir el día libre.

Me mira como diciendo: ¿tú crees, teniendo en cuenta que yo soy el jefe?

Suspiro.

—Sé que la empresa es tuya, pero he estado fuera tres semanas. ¿Cómo puedes esperar que dirija el negocio si nunca estoy? Estaré bien aquí. Supongo que te llevarás a Taylor, pero Sawyer y Ryan se quedarán

aquí... —Me interrumpo porque Christian me está sonriendo—. ¿Qué?

—Nada. Solo tú —dice.

Frunzo el ceño. ¿Se está riendo de mí? Entonces se me ocurre algo preocupante.

—¿Cómo vas a ir a Nueva York?

—En el jet de la empresa, ¿por qué?

—Solo quería estar segura de que no ibas a coger a *Charlie Tango* —le digo en voz baja y un escalofrío me recorre la espalda. Recuerdo la última vez que pilotó ese helicóptero y siento una oleada de náuseas al evocar las tensas horas que pasé esperando noticias. Probablemente ese ha sido el peor momento de mi vida. Noto que la señora Jones también se ha quedado muy quieta. Intento olvidarme de eso.

—No iría a Nueva York con *Charlie Tango*. El helicóptero no puede recorrer esas distancias. Además, todavía tiene que estar dos semanas más en reparación.

Gracias a Dios. Sonrío, en parte por el alivio, pero también porque sé que el accidente de *Charlie Tango* ha ocupado los pensamientos y el tiempo de Christian durante las últimas semanas.

—Bueno, me alegro de que ya casi esté arreglado, pero... —No acabo la frase. ¿Puedo decir lo nerviosa que me pone que vuelva a volar?

—¿Qué? —me pregunta mientras se termina su tortilla.

Me encojo de hombros.

—¿Ana? —pregunta con la voz tensa.

—Es que... ya sabes. La última vez que volaste con el helicóptero... Creí, creímos que... —No puedo acabar la frase y la expresión de Christian se suaviza.

—Oye... —Me acaricia la cara con el dorso de los nudillos—. Fue un sabotaje. —Algo oscuro cruza por su cara y durante un momento me pregunto si ya sabrá quién fue el responsable.

—No podría soportar perderte —le susurro.

—He despedido a cinco personas por eso, Ana. No volverá a pasar.

—¿A cinco?

Asiente con expresión seria. Vaya...

—Eso me recuerda algo... He encontrado un arma en tu escritorio.

Frunce el ceño ante la falta de lógica de mi asociación y probablemente por mi tono acusatorio, aunque no era esa mi intención.

—Es de Leila —me dice por fin.

—Está cargada.

—¿Cómo lo sabes? —Su ceño se hace más pronunciado.

—Lo comprobé ayer.

—No quiero que tengas nada que ver con armas —me regaña—. Espero que volvieras a ponerle el seguro.

Parpadeo, momentáneamente estupefacta.

—Christian, ese revolver no tiene seguro. ¿Sabes algo de armas?

Christian abre mucho los ojos.

—Eh... no.

Taylor tose discretamente desde la entrada. Christian asiente.

—Tenemos que irnos —dice Christian. Se levanta distraído y después se pone la chaqueta. Le sigo en dirección al pasillo.

Tiene el arma de Leila. Estoy desconcertada por esa información y me pregunto qué le habrá pasado a ella. ¿Seguirá en... dónde era? ¿East algo? ¿New Hampshire? No me acuerdo.

—Buenos días, Taylor —saluda Christian.

—Buenos días señor Grey. Señora Grey. —Nos saluda con la cabeza a ambos, pero procura no mirarme a los ojos. Se lo agradezco, al recordar lo poco vestida que iba anoche cuando me lo encontré.

—Voy a lavarme los dientes —les digo. Christian siempre se lava los dientes antes de desayunar, no comprendo por qué...

—Deberías pedirle a Taylor que te enseñe a disparar —le sugiero a Christian mientras bajamos en el ascensor. Christian me mira divertido.

—¿Tú crees? —me dice cortante.

—Sí.

—Anastasia, odio las armas. Mi madre ha tenido que coser a demasiadas víctimas de armas de fuego y mi padre está totalmente en contra de las armas. Yo he crecido con esos valores. He apoyado al menos dos iniciativas para el control de armas en Washington.

—Oh, ¿y Taylor lleva un arma?

Christian aprieta los labios.

—A veces.

—¿No lo apruebas? —le pregunto al salir del ascensor.

—No —dice con los labios apretados—. Digamos que Taylor y yo tenemos diferentes puntos de vista en lo que respecta al control de armas.

Pues yo creo que estoy con Taylor en ese tema...

Christian me abre la puerta del vestíbulo y salgo en dirección al coche. No me ha dejado ir sola en coche a la editorial desde que descubrió que lo de *Charlie Tango* había sido un sabotaje. Sawyer me sonrío amablemente mientras me sujeta la puerta y Christian sube al coche por el otro lado.

—Por favor —le digo extendiendo el brazo y cogiéndole la mano.

—¿Por favor, qué?

—Aprende a disparar.

Pone los ojos en blanco.

—No. Fin de la discusión, Anastasia.

Y de nuevo me convierto en la niña a la que regaña. Abro la boca para responderle algo cortante, pero decido que no quiero empezar el día de trabajo enfadada. Cruzo los brazos y miro a Taylor, que me observa por el retrovisor. Aparta la vista y se concentra en la carretera, pero niega con la cabeza con evidente frustración. Veo que Christian también le saca de quicio a veces. La idea me hace sonreír y eso mejora mi humor.

—¿Dónde está Leila? —le pregunto a Christian, que mira distraído por la ventanilla.

—Ya te lo he dicho. En Connecticut con su familia —me dice mirándome.

—¿Lo has comprobado? Después de todo, tiene el pelo largo. Podría ser ella la que conducía el Dodge.

—Sí, lo he comprobado. Se ha inscrito en una escuela de arte en Hamden. Ha empezado esta semana.

—¿Has hablado con ella? —le pregunto. Toda la sangre ha abandonado mi cara.

Christian vuelve la cabeza para mirarme al notar el tono de mi voz.

—No. Flynn es quien ha hablado con ella. —
Estudia mi cara para saber qué estoy pensando.

—Ah —digo aliviada.

—¿Qué?

—Nada.

Christian suspira.

—¿Qué te pasa, Ana?

Me encojo de hombros porque no quiero admitir que tengo celos irracionales.

—La tengo vigilada —continúa Christian— para estar seguro de que se queda en su parte del país. Está mejor, Ana. Flynn la ha derivado a un psiquiatra en New Haven y todos los informes son positivos. Siempre le ha interesado el arte, así que... —Se detiene y me observa. Y en ese momento me surge la sospecha de que él es quien paga ese curso de arte. ¿Quiero saberlo? ¿Debería preguntarle? No es que no pueda permitírselo, pero ¿por qué se siente obligado? Suspiro. El equipaje de Christian no se parece nada a mi Bradley Kent de la clase de biología y sus torpes intentos de darme un beso. Christian me coge la mano.

—No te agobies por eso, Anastasia —murmura y yo le aprieto la mano para tranquilizarle. Sé que está haciendo lo que cree que es mejor.

A media mañana tengo un descanso entre reuniones. Cuando cojo el teléfono para llamar a Kate, veo que tengo un correo de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 23 de agosto de 2011 09:54

Para: Anastasia Grey

Asunto: Halagos

Señora Grey:

Me han alabado tres veces mi nuevo corte de pelo. Que los miembros de mi personal me hagan ese tipo de observaciones es algo que no había ocurrido nunca antes. Debe de ser por la ridícula sonrisa que se me pone cuando pienso en lo de anoche. Es una mujer maravillosa, preciosa y con muchos talentos.

Y toda mía.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Me derrito al leer esas palabras.

De: Anastasia Grey

Fecha: 23 de agosto de 2011 10:48

Para: Christian Grey

Asunto: Estoy intentando concentrarme

Señor Grey:

Estoy intentando trabajar y no quiero que me distraigan con recuerdos deliciosos.

Quizá ha llegado el momento de confesar que le he cortado el pelo regularmente a Ray durante gran parte de mi vida. No tenía ni idea de que eso me iba a ser tan útil.

Y sí, soy suya, y usted, mi querido marido dominante que se niega a ejercer su derecho

constitucional enunciado en la Segunda Enmienda a llevar armas, es mío. Pero no se preocupe porque ya le protegeré yo. Siempre.

Anastasia Grey
Editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 23 de agosto de 2011 10:53
Para: Anastasia Grey
Asunto: La pistolera Annie Oakley

Señora Grey:

Estoy encantado de ver que ya ha hablado con el departamento de informática y al fin se ha cambiado el apellido :D.

Y dormiré tranquilo en mi cama sabiendo que mi esposa, la loca de las armas, duerme a mi lado.

Christian Grey
Presidente & Hoplófobo de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¿Hoplófobo? ¿Qué demonios es eso?

De: Anastasia Grey
Fecha: 23 de agosto de 2011 10:58
Para: Christian Grey
Asunto: Palabras largas

Señor Grey:

Me vuelve usted a impresionar con su destreza lingüística. De hecho me impresionan sus destrezas en general (y creo que ya sabe a qué me refiero...).

Anastasia Grey
Editora de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 23 de agosto de 2011 11:01

Para: Anastasia Grey

Asunto: ¡Oh!

Señora Grey:

¿Está usted flirteando conmigo?

Christian Grey

Asombrado presidente de Grey Enterprises
Holdings, Inc.

De: Anastasia Grey

Fecha: 23 de agosto de 2011 11:04

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Es que preferiría...?

¿... que flirteara con otro?

Anastasia Grey

Valiente editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 23 de agosto de 2011 11:09
Para: Anastasia Grey
Asunto: Grrr...

¡NO!

Christian Grey
Posesivo presidente de Grey Enterprises
Holdings, Inc.

De: Anastasia Grey
Fecha: 23 de agosto de 2011 11:14
Para: Christian Grey
Asunto: Uau...

¿Me estás gruñendo? Porque eso me parece muy
excitante...

Anastasia Grey
Retorcida (en el buen sentido) editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 23 de agosto de 2011 11:16
Para: Anastasia Grey
Asunto: Tenga cuidado

¿Flirteando y jugando conmigo, señora Grey?
A que voy a hacerle una visita esta tarde...

Christian Grey
Presidente afectado de priapismo de Grey
Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Grey
Fecha: 23 de agosto de 2011 11:20
Para: Christian Grey
Asunto: ¡Oh, no!

No, me porto bien. No quiero que el jefe del jefe del jefe venga a ponerme en mi sitio en el trabajo. ;)

Ahora déjame seguir trabajando o el jefe del jefe de mi jefe me va a dar una patada en el culo y me va a echar a la calle.

Anastasia Grey
Editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 23 de agosto de 2011 11:23
Para: Anastasia Grey
Asunto: &*%\$&*&*

Créeme cuando te digo que hay muchas cosas que se me ocurre hacer con tu culo ahora mismo, pero darle una patada no es una de ellas.

Christian Grey

Presidente y especialista en culos de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Su respuesta me hace reír.

De: Anastasia Grey

Fecha: 23 de agosto de 2011 11:26

Para: Christian Grey

Asunto: ¡Que me dejes!

¿No tienes que dirigir un imperio?

Deja de molestarme.

Ya ha llegado mi siguiente cita.

Yo pensaba que eras más de pechos que de culos...

Tú piensa en mi culo y yo pensaré en el tuyo...

TQ

x

Anastasia Grey

Editora ahora húmeda de SIP



No puedo evitar que mi estado de ánimo sea un poco tristón cuando Sawyer me lleva a la oficina el jueves. El viaje a Nueva York que Christian me había

anunciado ha llegado y aunque solo lleva fuera unas pocas horas, ya le echo de menos. Al encender el ordenador veo que ya tengo un correo esperándome. Mi ánimo mejora inmediatamente.

De: Christian Grey

Fecha: 25 de agosto de 2011 04:32

Para: Anastasia Grey

Asunto: Ya te echo de menos

Señora Grey:

Estaba adorable esta mañana...

Pórtate bien mientras estoy fuera.

Te quiero.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Esta va a ser la primera noche que dormimos separados desde la boda. Tengo intención de tomarme unos cócteles con Kate, eso me ayudará a dormir. Impulsivamente le contesto al correo, aunque sé que todavía está volando.

De: Anastasia Grey

Fecha: 25 de agosto de 2011 09:03

Para: Christian Grey

Asunto: ¡Compórtate!

Llámame cuando aterrices. Voy a estar preocupada hasta que no lo hagas.

Me portaré bien. No puedo meterme en muchos problemas saliendo con Kate...

Anastasia Grey
Editora de SIP

Pulso «Enviar» y le doy un sorbo a mi *caffè latte*, cortesía de Hannah. ¿Quién iba a pensar que al final acabaría gustándome el café? A pesar de que voy a salir esta noche con Kate, siento que me falta un trozo de mí; en este momento está a diez mil metros sobre el Medio Oeste, camino de Nueva York. No sabía que me iba a sentir tan alterada y ansiosa solo porque Christian estuviera fuera. Seguro que con el tiempo ya no sentiré esta sensación de inseguridad y de pérdida, ¿verdad? Dejo escapar un suspiro y sigo trabajando.

Más o menos a la hora de comer empiezo a comprobar frenéticamente mi correo y mi BlackBerry por si me ha mandado un mensaje. ¿Dónde está? ¿Habrá aterrizado bien? Hannah me pregunta si quiero ir a comer, pero estoy demasiado preocupada y le digo que se vaya sin mí. Sé que esto es irracional, pero necesito saber que ha llegado bien.

Suena el teléfono de mi oficina y me sobresalta.

—Ana Ste... Grey.

—Hola. —La voz de Christian es tierna y tiene un punto alegre. Siento que me embarga el alivio.

—Hola —le respondo sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué tal el vuelo?

—Largo. ¿Qué vas a hacer con Kate?

Oh, no.

—Solo vamos a salir a tomar unas copas tranquilamente.

Christian no dice nada.

—Sawyer y la chica nueva, Prescott, van a venir también para hacer a vigilancia —le digo para aplacarle un poco.

—Creía que Kate iba a venir al piso.

—Sí, pero después de tomar una copa rápida.

¡Por favor, déjame salir por ahí! Christian suspira profundamente.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —me dice con calma. Demasiada calma.

Me doy una patada en la espinilla mentalmente.

—Christian, vamos a estar bien. Tengo a Ryan, a Sawyer y a Prescott. Y solo es una copa.

Christian permanece en testarudo silencio y percibo que no está nada contento.

—Solo he podido quedar con ella unas pocas veces desde que tú y yo nos conocimos. Y es mi mejor amiga...

—Ana, no quiero apartarte de tus amigos. Pero creía que habíais quedado en casa.

—Vale —concedo—. Nos quedaremos en casa.

—Solo mientras esté por ahí ese lunático suelto. Por favor.

—Ya te he dicho que sí —le digo exasperada y poniendo los ojos en blanco.

Christian ríe un poco al otro lado del teléfono.

—Siempre sé cuándo estás poniendo los ojos en blanco aunque no te vea.

Miro el auricular con el ceño fruncido.

—Oye, lo siento. No quería preocuparte. Se lo voy a decir a Kate.

—Bien —dice con alivio evidente. Me siento culpable por haberle preocupado.

—¿Dónde estás?

—En la pista del aeropuerto JFK.

—Oh, acabas de aterrizar...

—Sí. Me has pedido que te llamara en cuanto aterrizara.

Sonrío. Mi subconsciente me mira un poco enfadada: ¿Ves? Él hace lo que dice que va a hacer...

—Bueno, señor Grey, me alegro de que uno de los dos sea tan puntilloso.

Christian se ríe.

—Señora Grey, tiene un don inconmensurable para la hipérbole. ¿Qué voy a hacer con usted?

—Estoy segura de que se te ocurrirá algo imaginativo. Siempre se te ocurre algo.

—¿Estás flirteando conmigo?

—Sí.

Noto que sonrío.

—Tengo que irme, Ana. Haz lo que te he dicho, por favor. El equipo de seguridad sabe lo que hace.

—Sí, Christian, lo haré. —Vuelvo a sonar irritada. Vale, he captado el mensaje...

—Te veo mañana por la noche. Y te llamo luego.

—¿Para comprobar lo que estoy haciendo?

—Sí.

—¡Oh, Christian! —le regaño.

—*Au revoir*, señora Grey.

—*Au revoir*, Christian. Te quiero.

Inspira hondo.

—Y yo a ti, Ana.

Ninguno de los dos cuelga.

—Cuelga, Christian... —le susurro.

—Eres una mandona, ¿lo sabías?

—Tu mandona.

—Mía —dice—. Haz lo que te digo. Cuelga.

—Sí, señor. —Cuelgo y me quedo mirando estúpidamente al teléfono.

Unos segundos después aparece un correo en mi bandeja de entrada.

De: Christian Grey

Fecha: 25 de agosto de 2011 13:42

Para: Anastasia Grey

Asunto: Mano suelta

Señora Grey:

Me ha resultado tan entretenida como siempre por teléfono.

Haz lo que te he dicho, lo digo en serio.

Tengo que saber que estás segura.

Te quiero.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Él sí que es un mandón. Pero con una llamada de teléfono toda mi ansiedad ha desaparecido. Ha llegado sano y salvo y está demasiado preocupado por mí, como siempre. Me rodeo el cuerpo con los brazos. Dios, cuánto

quiero a ese hombre. Hannah llama a la puerta, lo que me distrae y me devuelve a la realidad.

Kate está fantástica. Lleva unos vaqueros blancos ajustados y una camisola roja y parece lista para poner patas arriba la ciudad. Cuando llego la veo charlando animadamente con Claire, la chica de la recepción.

—¡Ana! —grita envolviéndome en uno de esos abrazos tan típicos de Kate. Luego extiende los brazos para separarse un poco y me mira de arriba abajo.

—Ahora sí que pareces la mujer del multimillonario. ¿Quién lo habría dicho al ver a la pequeña Ana Steele? Se te ve tan... sofisticada. —Sonríe y yo pongo los ojos en blanco. Llevo un vestido recto de color crema con un cinturón azul marino a juego con los zapatos planos.

—Me alegro de verte, Kate —digo abrazándola.

—Bien, ¿adónde vamos?

—Christian quiere que nos quedemos en el piso.

—¿Ah, sí? ¿Y no podemos tomarnos un cóctel rapidito en el Zig Zag Café? He reservado una mesa.

Abro la boca para protestar.

—Por favor... —suplica y pone un mohín muy dulce. Se le deben de estar pegando esas cosas de Mia. Ella antes no hacía esos gestos. La verdad es que me apetece mucho un cóctel en el Zig Zag. Nos lo pasamos muy bien la última vez que fuimos y está cerca del apartamento de Kate.

—Uno —digo extendiendo el dedo índice.

Sonríe.

—Uno.

Me coge del brazo y salimos en dirección al coche, que está aparcado en la acera con Sawyer al volante. Nos sigue la señorita Belinda Prescott, que es nueva en el equipo de seguridad: una mujer afroamericana con una actitud bastante firme y autoritaria. Todavía no me acaba de caer bien, tal vez porque es demasiado fría y profesional. Su contratación no es definitiva aún, pero como el resto del equipo, la ha elegido Taylor. Va vestida como Sawyer, con un traje pantalón oscuro y discreto.

—¿Puedes llevarnos al Zig Zag, por favor, Sawyer?

Sawyer se gira para mirarme y sé que está a punto de decir algo. Obviamente ha recibido órdenes. Duda.

—Al Zig Zag Café. Solo vamos a tomar una copa.

Miro a Kate con el rabillo del ojo y veo que está observando a Sawyer. Pobrecito...

—Sí, señora.

—El señor Grey ha pedido expresamente que ustedes fueran al piso —apunta Prescott.

—El señor Grey no está aquí —le respondo—. Al Zig Zag, por favor.

—Sí, señora —repite Sawyer con una mirada de soslayo a Prescott, que inteligentemente se muerde la lengua.

Kate me mira con la boca abierta como si no se pudiera creer lo que está viendo y oyendo. Yo frunzo los labios y me encojo de hombros. Vale, soy un poco más autoritaria de lo que era antes. Kate asiente mientras Sawyer se introduce en el tráfico de primera hora de la noche.

—¿Sabes que las nuevas medidas de seguridad adicionales están volviendo locas a Grace y a Mia? —me cuenta Kate.

La miro boquiabierta y perpleja.

—¿No lo sabías? —Parece no poder creérselo.

—¿El qué?

—Que han triplicado la seguridad de todos los miembros de la familia Grey. O más bien la han multiplicado por mil...

—¿De verdad?

—¿No te lo ha dicho?

—No. —Me ruborizo. Maldita sea, Christian—.

¿Sabes por qué?

—Por lo de Jack Hyde.

—¿Qué pasa con Jack? Creía que solo iba a por Christian. —Estoy alucinada. Vaya... ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Desde el lunes —prosigue Kate.

¿El lunes pasado? Mmm... Identificamos a Jack el domingo. Pero ¿por qué todos los Grey?

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por Elliot.

Claro.

—Christian no te ha contado nada de esto, ¿eh?

—No —confieso y vuelvo a ruborizarme.

—Oh, Ana, qué irritante...

Suspiro. Como siempre, Kate ha dado justo en el clavo con el estilo directo como un mazazo que la caracteriza.

—¿Y sabes por qué? —Si Christian no me lo va a contar, tal vez Kate sí.

—Elliot dice que tiene algo que ver con la información que había en el ordenador de Jack Hyde cuando trabajaba en Seattle Independent Publishing.

Madre mía...

—Tienes que estar de broma. —Siento una oleada de furia que me inunda el cuerpo. ¿Cómo puede saberlo Kate y yo no?

Levanto la vista y veo a Sawyer observándome por el retrovisor. El semáforo se pone en verde y él vuelve a mirar hacia delante, concentrado en la carretera. Me pongo el dedo sobre los labios y Kate asiente. Estoy segura de que Sawyer también lo sabe, aunque yo no.

—¿Cómo está Elliot? —le pregunto para cambiar de tema.

Kate sonrío tontamente y eso me dice todo lo que necesito saber.

Sawyer aparca a la entrada del pasaje que lleva al Zig Zag Café y Prescott me abre la puerta. Salgo y Kate lo hace también detrás de mí. Nos cogemos del brazo y cruzamos el pasaje seguidas de Prescott, que luce una expresión de malas pulgas. ¡Oh, por favor, es solo una copa! Sawyer se va para aparcar el coche.

—¿Y de qué conoce Elliot a Gia? —le pregunto dándole un sorbo a mi segundo mojito de fresa. El bar es íntimo y acogedor y no quiero irme. Kate y yo no hemos dejado de hablar. Se me había olvidado cuánto me gusta salir con ella. Es liberador salir, relajarse y disfrutar de la compañía de Kate. Se me ocurre que podría mandarle un mensaje a Christian, pero pronto rechazo la idea. Se

pondría furioso y me haría volver a casa como a una niña díscola.

—¡No me hables de esa zorra! —exclama Kate.
Su reacción me hace reír.

—¿Qué te divierte tanto, Steele? —me suelta fingiendo irritación.

—Que tengo la misma opinión de ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. No dejaba en paz a Christian.

—Creo que tuvo algo con Elliot. —Kate vuelve a hacer lo del mohín.

—¡No!

Asiente, aprieta los labios y pone el patentado ceño de Katherine Kavanagh.

—Fue algo breve. El año pasado, creo. Es una trepa. No me extraña que haya puesto los ojos en Christian.

—Pues Christian está pillado. Le dije que le dejara en paz o la despedía.

Kate vuelve a mirarme con la boca abierta una vez más, asombrada. Asiente orgullosa y levanta su copa en un brindis, impresionada y sonriente.

—¡Por la señora Anastasia Grey! ¡Cuidado con ella! —Y entrechocamos las copas.

—¿Elliot tiene algún arma?

—No. Está totalmente en contra de las armas —dice Kate revolviendo su tercera copa.

—Christian también. Creo que ha sido influencia de Grace y Carrick —le digo. Empiezo a notarme un poco achispada.

—Carrick es un buen hombre —dice Kate asintiendo.

—Quería que firmara un acuerdo prematrimonial —murmuro con cierta tristeza.

—Oh, Ana. —Estira el brazo sobre la mesa y me coge la mano—. Solo estaba preocupándose por su hijo. Las dos somos conscientes de que siempre vas a llevar el título de cazafortunas tatuado en la frente. —Me sonrío. Yo le saco la lengua y después me río también—. Madure, señora Grey. —Ahora suena como Christian—. Tú harás lo mismo por tu hijo algún día.

—¿Mi hijo? —No se me había ocurrido que mis hijos también van a ser ricos. Demonios. No les va a faltar de nada. Y con nada quiero decir... nada. Tengo que darle unas cuantas vueltas a eso... pero ahora mismo no. Miro a Prescott y a Sawyer, que están sentados cerca y nos observan a nosotras y al resto de gente del bar con un vaso de agua mineral con gas cada uno.

—¿No crees que deberíamos comer algo? —le pregunto.

—No. Deberíamos seguir bebiendo —responde Kate.

—¿Por qué tienes tantas ganas de beber?

—Porque no te veo todo lo que yo quisiera. No imaginé que te daría tan fuerte y te casarías con el primer tipo que te pusiera la cabeza patas arriba. —Repite el mohín—. Te casaste con tanta prisa que creí que estabas embarazada.

Suelto una risita.

—Todo el mundo pensó lo mismo. Pero no resucitemos esa conversación, por favor. Y además tengo que ir al baño.

Prescott me acompaña. No dice nada, pero tampoco hace falta que lo haga. La desaprobación irradia de su cuerpo como un isótopo letal.

—No he salido sola desde que me casé —digo para mí, mirando la puerta cerrada del baño. Hago una mueca sabiendo que ella está de pie al otro lado de la puerta, esperando a que termine de hacer pis. ¿Y qué iba a hacer Hyde en un bar? Christian está reaccionando exageradamente, como siempre.

—Kate, es tarde. Deberíamos irnos.

Son las diez y cuarto y acabo de terminarme mi cuarto mojito. Ya estoy empezando a sentir los efectos del alcohol: tengo calor y la vista borrosa. Christian estará bien. Cuando se le pase...

—Claro, Ana. Me he alegrado mucho de verte. Se te ve tan, no sé... segura. El matrimonio te sienta bien, sin duda.

Me sonrojo. Viniendo de Katherine Kavanagh eso es más que un cumplido.

—Sí, es cierto —murmuro y como he bebido demasiado, los ojos se me llenan de lágrimas.

¿Podría ser más feliz? A pesar de todo el equipaje que trae, de su naturaleza y de sus sombras, he conocido y me he casado con el hombre de mis sueños. Cambio rápidamente de tema para alejar esos pensamientos tan sentimentales, porque si no sé que voy a acabar llorando.

—Me lo he pasado muy bien. —Le cojo la mano—. ¡Gracias por obligarme a venir!

Nos abrazamos. Cuando me suelta, asiento en dirección a Sawyer y él le pasa las llaves del coche a Prescott.

—Estoy segura de que la señorita te-miro-por-encima-del-hombro Prescott le ha dicho a Christian que no estamos en el piso. Y él se habrá puesto furioso —le digo a Kate. Y tal vez se le haya ocurrido alguna forma deliciosa de castigarme... Ojala...

—¿Por qué sonríes como una tonta, Ana? ¿Es que te gusta poner furioso a Christian?

—No. La verdad es que no. Pero es tan fácil... Es muy controlador a veces. —Más bien casi todo el tiempo...

—Ya lo he notado —dice Kate lacónicamente.

Aparcamos delante del apartamento de Kate y ella me da un abrazo fuerte.

—No te conviertas en una extraña —me susurra y me da un beso en la mejilla. Después sale del coche.

La despido con la mano y de repente siento una extraña nostalgia. Echaba de menos la charla de chicas. Es divertida y relajante y me recuerda que todavía soy joven. Tengo que esforzarme más en encontrar tiempo para ver a Kate, pero lo cierto es que me encanta estar en la burbuja con Christian. Anoche fuimos a la cena de una organización de caridad. Había muchos hombres con trajes y mujeres elegantes y arregladas hablando de los precios de las propiedades inmobiliarias, de la caída de la economía y de los mercados emergentes. Algo aburrido, aburridísimo. Es refrescante soltarme el pelo con alguien de mi edad.

Me ruge el estómago. Todavía no he cenado. ¡Mierda! ¡Christian! Rebusco en el bolso y saco la BlackBerry. Oh, madre mía... Cinco llamadas perdidas. Y un mensaje:

¿DÓNDE DEMONIOS ESTÁS?

Y un correo:

De: Christian Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 00:42

Para: Anastasia Grey

Asunto: Furioso. Más furioso de lo que me has visto nunca

Anastasia:

Sawyer me ha dicho que estás bebiendo cócteles en un bar, algo que me has dicho que no ibas a hacer.

¿Te haces una idea de lo furioso que estoy en este momento?

Hablaremos de esto mañana.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Se me cae el alma a los pies. ¡Oh, mierda! Ahora sí que la he hecho buena. Mi subconsciente me mira enfadada, después se encoje de hombros y pone la expresión de «tú te lo has buscado». Pero ¿qué esperaba? Pienso en llamarle, pero es muy tarde y

probablemente estará durmiendo... O caminando arriba y abajo. Decido que un mensaje rápido será suficiente.

ESTOY ENTERA. ME LO HE PASADO MUY BIEN. TE ECHO DE MENOS. POR FAVOR NO TE ENFADES

Me quedo mirando la BlackBerry deseando que me responda, pero el aparato permanece en silencio. Suspiro.

Prescott aparca delante del Escala y Sawyer sale para abrirme la puerta. Mientras esperamos al ascensor, aprovecho la oportunidad para hacerle unas cuantas preguntas.

—¿A qué hora te ha llamado Christian?

Sawyer se ruboriza.

—A las nueve y media más o menos, señora.

—¿Y por qué no interrumpiste mi conversación con Kate para que pudiera hablar con él?

—El señor Grey me dijo que no lo hiciera.

Frunzo los labios. Llega el ascensor y subimos los dos en silencio. De repente me alegro de que Christian tenga toda la noche para recuperarse de su arrebató y de que esté en la otra punta del país. Eso me da un poco de tiempo. Pero por otro lado... le echo de menos.

Se abren las puertas del ascensor y durante un segundo me quedo mirando la mesa del vestíbulo.

¿Qué es lo que no está bien en esa imagen?

El jarrón de las flores está hecho trizas y los fragmentos desparramados por todo el suelo del vestíbulo. Hay agua, flores y trozos de cerámica por

todas partes y la mesa está volcada. De repente siento que se me eriza el vello y Sawyer me agarra del brazo y tira de mí de vuelta al ascensor.

—Quédese aquí —dice entre dientes y saca un arma. Entra en el vestíbulo y desaparece de mi campo de visión.

Yo me pego contra la pared del fondo del ascensor.

—¡Luke! —oigo llamar a Ryan desde alguna parte del salón—. ¡Código azul!

¿Código azul?

—¿Tienes al sujeto? —le responde Sawyer—. ¡Dios mío!

Me pego aún más contra la pared. ¿Qué está pasando? La adrenalina me empieza a correr por el cuerpo y tengo el corazón en la garganta. Oigo hablar en voz baja y un momento después Sawyer vuelve a aparecer en el vestíbulo y pisa un charco de agua. Ha guardado el arma en su pistolera.

—Ya puede entrar, señora Grey —me dice con tranquilidad.

—¿Qué ha pasado, Luke? —Mi voz no es más que un susurro.

—Hemos tenido visita. —Me coge por el codo y yo me alegro del apoyo que me proporciona, porque las piernas se me han convertido en gelatina. Cruzo con él las puertas dobles abiertas.

Ryan está de pie en la entrada del salón. Tiene un corte encima del ojo que está sangrando y otro en la boca. Parece que ha pasado un mal rato y tiene la ropa desaliñada. Pero lo que más me sorprende es ver a Jack Hyde tirado a sus pies.

Tengo el corazón acelerado y la sangre me retumba en los oídos; el alcohol que fluye por mi cuerpo amplifica el sonido.

—¿Está...? —Doy un respingo, incapaz de acabar la frase, y miro a Ryan con los ojos muy abiertos, aterrorizada. Ni siquiera puedo mirar a la figura tirada en el suelo.

—No, señora. Solo inconsciente.

Siento un gran alivio. Oh, gracias a Dios.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —le pregunto a Ryan. Me doy cuenta de que no sé su nombre de pila. Resopla como si hubiera corrido un maratón. Se limpia la boca para quitarse un resto de sangre y veo que se le está formando un cardenal en la mejilla.

—Ha sido duro de pelar, pero estoy bien, señora Grey. —Me sonrío para tranquilizarme. Si le conociera mejor diría que incluso tiene cierto aire de suficiencia.

—¿Y Gail? Quiero decir, la señora Jones... —Oh, no... ¿Estará bien? ¿Le habrá hecho algún daño?

—Estoy aquí, Ana. —Miro detrás de mí y la veo en camisón y bata, con el pelo suelto, la cara cenicienta y los ojos muy abiertos. Como los míos, supongo—. Ryan me despertó e insistió en que me metiera aquí —dice señalando detrás de ella el despacho de Taylor—. Estoy bien. ¿Está usted bien?

Asiento enérgicamente y me doy cuenta de que ella probablemente acaba de salir de la habitación del pánico que hay junto al despacho de Taylor. ¿Quién podía saber que la íbamos a necesitar tan pronto? Christian insistió en instalarla poco después de nuestro compromiso. Y yo puse los ojos en blanco. Ahora, al ver a Gail de pie en el umbral, me alegro de la previsión de Christian.

Un crujido procedente de la puerta del vestíbulo me distrae. Está colgando de sus goznes. Pero ¿qué le ha pasado?

—¿Estaba solo? —le pregunto a Ryan.

—Sí, señora. No estaría usted ahí de pie de no ser así, se lo aseguro. —Ryan parece vagamente ofendido.

—¿Cómo entró? —sigo preguntando ignorando su tono.

—Por el ascensor de servicio. Los tiene bien puestos, señora.

Miro la figura tirada de Jack. Lleva algún tipo de uniforme... Un mono, creo.

—¿Cuándo?

—Hace unos diez minutos. Lo vi en el monitor de seguridad. Llevaba guantes... algo un poco extraño en agosto. Le reconocí y decidí dejarle entrar. Así le tendríamos. Usted no se hallaba en casa y Gail estaba en lugar seguro, así que me dije que era ahora o nunca. — Ryan parece de nuevo muy orgulloso de sí mismo y Sawyer le mira con el ceño fruncido por la desaprobación.

¿Guantes? Eso me sorprende y vuelvo a mirar a Jack. Sí, lleva unos guantes de piel marrón. ¡Qué espeluznante!

—¿Y ahora qué? —pregunto intentando olvidar los distintos pensamientos que están surgiendo en mi mente.

—Tenemos que inmovilizarle —responde Ryan.

—¿Inmovilizarle?

—Por si se despierta. —Ryan mira a Sawyer.

—¿Qué necesitáis? —pregunta la señora Jones dando un paso adelante. Ya ha recobrado la compostura.

—Algo con que sujetarle... Un cordón o una cuerda —responde Ryan.

Bridas para cables. Me sonrojo cuando los recuerdos de la noche anterior invaden mi mente. Me froto las muñecas en un acto reflejo y bajo la mirada para echarles un rápido vistazo. No, no tengo cardenales. Bien.

—Yo tengo algo: bridas para cables. ¿Eso servirá?

Todos los ojos se fijan en mí.

—Sí, señora. Eso es perfecto —dice Sawyer muy serio.

En ese momento quiero que me trague la tierra, pero me giro y voy hasta nuestro dormitorio. A veces hay que enfrentarse a las cosas sin arredrarse. Tal vez sea la combinación del miedo y el alcohol lo que me proporciona esta audacia.

Cuando vuelvo, la señora Jones está evaluando el desastre del vestíbulo y la señorita Prescott se ha unido al equipo de seguridad. Le paso las bridas a Sawyer, que lentamente y con un cuidado innecesario le ata las

manos detrás de la espalda a Hyde. La señora Jones desaparece en la cocina y regresa con un botiquín de primeros auxilios. Coge del brazo a Ryan, lo lleva al salón y se ocupa de curarle el corte de encima del ojo. Él hace una mueca de dolor cuando ella le aplica un antiséptico. Entonces me fijo en la Glock con silenciador que hay en el suelo. ¡Joder! ¿Estaba Jack armado? Siento la bilis en la garganta y hago todo lo que puedo por evitar vomitar.

—No la toque, señora Grey —me advierte Prescott cuando me agacho para recogerla. Sawyer emerge del despacho de Taylor con unos guantes de látex.

—Yo me ocupo de eso, señora Grey —me dice.

—¿La llevaba él? —le pregunto.

—Sí, señora —asegura Ryan haciendo otra mueca de dolor a consecuencia de los cuidados de la señora Jones. Madre mía... Ryan se ha peleado con un hombre armado en mi casa. Me estremezco con solo pensarlo. Sawyer se agacha y coge con cuidado la Glock.

—¿Es aconsejable que hagas eso? —le pregunto.

—El señor Grey querría que lo hiciera, señora. — Sawyer mete el arma en una bolsa de plástico. Después se agacha y cachea a Jack. Se detiene y saca parcialmente un rollo de cinta americana de su bolsillo. Sawyer se queda blanco y vuelve a guardar la cinta en el bolsillo de Hyde.

¿Cinta americana? Mi mente registra el detalle mientras yo observo lo que están haciendo con fascinación y una extraña indiferencia. Entonces me doy cuenta de las implicaciones y la bilis vuelve a subirme

hasta la garganta. Aparto rápidamente el pensamiento de mi cabeza. No sigas por ese camino, Ana.

—¿No deberíamos llamar a la policía? —digo intentando ocultar el miedo que siento. Quiero que saquen a Hyde de mi casa, cuanto antes, mejor.

Ryan y Sawyer se miran.

—Creo que deberíamos llamar a la policía — repito esta vez con más convicción, preguntándome qué se traen entre manos Ryan y Sawyer.

—He intentado localizar a Taylor, pero no contesta al móvil. Seguramente estará durmiendo. — Sawyer mira el reloj—. Son las dos menos cuarto de la madrugada en la costa Este.

Oh, no.

—¿Habéis llamado a Christian? —pregunto en un susurro.

—No, señora.

—¿Estabais llamando a Taylor para que os diera instrucciones?

Sawyer parece momentáneamente avergonzado.

—Sí, señora.

Una parte de mí echa chispas. Ese hombre (vuelvo a mirar al desmayado Hyde) ha allanado mi casa y la policía debería llevárselo. Pero al mirarlos a los cuatro, todos con mirada ansiosa, veo que hay algo que no estoy entendiendo, así que decido llamar a Christian. Se me eriza el vello. Sé que está furioso conmigo, muy pero que muy furioso, y vacilo al pensar lo que va a decirme. Y ahora además se pondrá más nervioso porque no está aquí y no puede volver hasta mañana por la noche. Sé que ya le he preocupado bastante esta noche. Tal vez no debería llamarle... Pero de repente se me

ocurre algo. Mierda. ¿Y si yo hubiera estado aquí? Palidezco solo de pensarlo. Gracias a Dios que estaba fuera. Quizá al final el problema no vaya a ser tan grave.

—¿Está bien? —pregunto señalando a Jack.

—Le dolerá la cabeza cuando despierte —aclara Ryan mirando a Jack con desprecio—. Pero necesitamos un médico para estar seguros.

Busco en el bolso y saco la BlackBerry. Antes de que me dé tiempo a pensar mucho en el enfado de Christian, marco su número. Me pasa directamente con el buzón de voz. Debe de haberlo apagado por lo enfadado que está. No se me ocurre qué decir. Me giro y camino un poco por el pasillo para alejarme de los demás.

—Hola, soy yo. Por favor no te enfades. Ha ocurrido un incidente en el ático, pero todo está bajo control, así que no te preocupes. Nadie está herido. Llámame. —Y cuelgo.

»Llamad a la policía —le ordeno a Sawyer. Él asiente, saca su móvil y marca.

El agente Skinner está sentado a la mesa del comedor enfrascado en su conversación con Ryan. El agente Walker está con Sawyer en el despacho de Taylor. No sé dónde está Prescott, tal vez también en el despacho de Taylor. El detective Clark no hace más que ladrarme preguntas a mí; los dos estamos sentados en el sofá del salón. El detective es alto, tiene el pelo oscuro y podría ser atractivo si no fuera por su ceño permanentemente fruncido. Sospecho que le han despertado y sacado de su acogedora cama porque han

allanado la casa de uno de los ejecutivos más influyentes y más ricos de Seattle.

—¿Antes era su jefe? —me pregunta Clark lacónicamente.

—Sí.

Estoy cansada (mucho más que cansada) y solo quiero irme a la cama. Todavía no sé nada de Christian. La parte buena es que los médicos de la ambulancia se han llevado a Hyde. La señora Jones nos trae a Clark y a mí una taza de té.

—Gracias. —Clark se vuelve de nuevo hacia mí—. ¿Y dónde está el señor Grey?

—En Nueva York. Un viaje de negocios. Volverá mañana por la noche... quiero decir, esta noche. —Ya es pasada la medianoche.

—Ya conocíamos a Hyde —murmura el detective Clark—. Necesito que venga a la comisaría a hacer una declaración. Pero eso puede esperar. Es tarde y hay un par de reporteros haciendo guardia en la acera. ¿Le importa que eche un vistazo?

—No, claro que no —le respondo y me siento aliviada de que haya terminado con el interrogatorio. Me estremezco al pensar que hay fotógrafos fuera. Bueno, no van a ser un problema hasta mañana. Hago una nota mental de llamar a mamá y a Ray mañana para que no se preocupen si oyen algo en la televisión.

—Señora Grey, ¿por qué no se va a la cama? —me dice la señora Jones con voz amable y llena de preocupación.

La miro a los ojos tiernos y cálidos y de repente siento la necesidad imperiosa de llorar. Ella se acerca y me frota la espalda.

—Ya estamos seguras —me dice—. Todo esto no será tan malo por la mañana, cuando haya dormido un poco. Además, el señor Grey volverá mañana por la noche.

La miro nerviosa, conteniendo con dificultad las lágrimas. Christian se va a poner tan furioso...

—¿Quiere algo antes de acostarse? —me pregunta.

Entonces me doy cuenta del hambre que tengo.

—¿Tal vez algo de comer?

Ella muestra una gran sonrisa.

—¿Un sándwich y un poco de leche?

Asiento agradecida y ella se encamina a la cocina. Ryan sigue con el agente Skinner. En el vestíbulo, el detective Clark está examinando el desastre que hay delante del ascensor. Parece pensativo a pesar de su ceño. De repente siento nostalgia, nostalgia de Christian. Apoyo la cabeza en las manos y deseo con todas mis fuerzas que pudiera estar aquí. Él sabría qué hacer. Menuda noche. Solo quiero acurrucarme en su regazo, que me abrace y me diga que me quiere aunque yo no haga lo que me dice... Pero esta noche no va a poder ser. Pongo los ojos en blanco en mi interior... ¿Por qué no me dijo que había aumentado la seguridad de todos? ¿Qué había exactamente en el ordenador de Jack? Qué hombre más frustrante. Pero ahora mismo eso no me importa. Quiero a mi marido. Le echo de menos.

—Aquí tienes, Ana. —La señora Jones interrumpe mi agitación interior. Cuando alzo la vista veo que me está tendiendo un sándwich de mantequilla de cacahuete y gelatina con los ojos brillantes. Llevo años sin comer algo así. Le sonrío tímidamente y me lanzo a por él.

Cuando por fin me meto en la cama, me acurruco en el lado de Christian con su camiseta puesta. Tanto su camiseta como su almohada huelen a él y mientras me voy dejando llevar por el sueño deseo que tenga un buen viaje a casa... y que vuelva de buen humor.

Me despierto sobresaltada. Hay luz y me laten las sienes. Oh, no. Espero no tener resaca. Abro los ojos con cuidado y veo que la silla del dormitorio no está en su sitio habitual y que Christian está sentado en ella. Lleva el esmoquin y el extremo de su pajarita le sobresale del bolsillo delantero. Me pregunto si estaré soñando. Abraza el respaldo de la silla con el brazo izquierdo y en la mano tiene un vaso de cristal tallado con un líquido ambarino. ¿Brandy? ¿Whisky? No tengo ni idea. Tiene una pierna cruzada, con el tobillo apoyado sobre la rodilla opuesta. Lleva calcetines negros y zapatos de vestir. El codo derecho descansa sobre el brazo de la silla, tiene la barbilla apoyada en la mano y se está pasando el dedo índice lenta y rítmicamente por el labio inferior. En la luz de primera hora de la mañana sus ojos arden con una grave intensidad, pero su expresión general es imposible de identificar.

Casi se me para el corazón. Está aquí. ¿Cómo ha podido llegar? Ha tenido que salir de Nueva York anoche. ¿Cuánto tiempo lleva viéndome dormir?

—Hola —le susurro.

Su mirada es fría y el corazón está a punto de parárseme otra vez. Oh, no. Aparta los dedos de la boca, se bebe de un trago lo que le queda de la bebida y pone el vaso en la mesilla. Espero que me dé un beso, pero

no. Vuelve a arrellanarse en la silla y sigue mirándome impasible.

—Hola —dice por fin en voz muy baja. E inmediatamente sé todavía está furioso. Muy furioso.

—Has vuelto.

—Eso parece.

Me levanto lentamente hasta quedar sentada sin apartar los ojos de él. Tengo la boca seca.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí mirándome dormir?

—El suficiente.

—Sigues furioso. —Casi no puedo ni pronunciar las palabras.

Él me mira fijamente, como si estuviera reflexionando sobre qué responderme.

—Furioso... —dice como probando la palabra y sopesando sus matices y su significado—. No, Ana. Estoy mucho, mucho más que furioso.

Oh, madre mía. Intento tragar saliva, pero es muy difícil con la boca seca.

—Mucho más que furioso. Eso no suena bien.

Vuelve a mirarme fijamente, del todo impasible y no responde. Un silencio sepulcral se cierne sobre nosotros. Extiendo la mano para coger mi vaso de agua y le doy un sorbo agradecida, a la vez que intento recuperar el control sobre mi errático corazón.

—Ryan ha cogido a Jack. —Pongo el vaso de nuevo en la mesilla e intento una táctica diferente.

—Lo sé —responde en un tono gélido.

Claro que lo sabe...

—¿Vas a seguir respondiéndome con monosílabos durante mucho tiempo?

Mueve casi imperceptiblemente las cejas, lo que demuestra su sorpresa; no se esperaba esa pregunta.

—Sí —responde después.

Oh... vale. ¿Qué puedo hacer? Defensa; es la mejor forma de ataque.

—Siento haberme quedado por ahí.

—¿De verdad?

—No —confieso después de una pausa porque es la verdad.

—¿Y por qué lo dices, entonces?

—Porque no quiero que estés enfadado conmigo.

Suspira profundamente, como si llevara aguantando toda su tensión durante un millón de horas, y se pasa la mano por el pelo. Está guapísimo. Furioso, pero guapísimo. Absorbo todos sus detalles. ¡Christian ha vuelto! Furioso, pero entero.

—Creo que el detective Clark quiere hablar contigo.

—Seguro que sí.

—Christian, por favor...

—¿Por favor qué?

—No seas tan frío.

Vuelve a elevar las cejas por la sorpresa.

—Anastasia, frío no es lo que siento ahora mismo. Me estoy consumiendo. Consumiéndome de rabia. No sé cómo gestionar estos...—agita la mano en el aire, buscando la palabra— sentimientos. —Su tono es amargo.

Oh, mierda. Su sinceridad me desarma. Lo único que yo quiero hacer es acurrucarme en su regazo, es todo lo que he querido hacer desde anoche. Qué diablos... Me acerco, cogiéndole por sorpresa y me

acomodo torpemente en su regazo. No me aparta, que es lo que temía. Después de un segundo me rodea con los brazos y entierra la nariz en mi pelo. Huele a whisky. ¿Cuánto habrá bebido? También huele a jabón. Y a Christian. Le rodeo el cuello con los brazos y le acaricio la garganta con la nariz y él vuelve a suspirar, esta vez más profundamente.

—Oh, señora Grey, qué voy a hacer con usted...

—Me besa en el pelo. Cierro los ojos y saboreo su contacto.

—¿Cuánto has bebido?

Se pone tenso.

—¿Por qué?

—Porque normalmente no bebes licores fuertes.

—Es mi segunda copa. He tenido una noche dura, Anastasia. Dame un respiro, ¿vale?

Le sonrío.

—Si insiste, señor Grey. —Aspiro el aroma de su cuello—. Hueles divinamente. He dormido en tu lado de la cama porque tu almohada huele a ti.

Me acaricia el pelo con la nariz.

—¿Por eso lo has hecho? Me estaba preguntando por qué estabas en mi lado. Sigo furioso contigo, por cierto.

—Lo sé.

Me acaricia rítmicamente la espalda con la mano.

—Y yo también estoy furiosa contigo —le susurro.

Él se detiene.

—¿Y qué he podido hacer yo para merecer tu ira?

—Ya te lo diré luego, cuando deje de consumirte la rabia —le digo dándole un beso en la garganta. Cierra

los ojos y me deja besarle, pero no hace ningún movimiento para devolverme el beso. Me abraza más fuerte, apretándome.

—Cuando pienso en lo que podría haber pasado...

—Su voz no es más que un susurro. Quebrada y ronca.

—Estoy bien.

—Oh, Ana... —Sus palabras son casi un sollozo.

—Estoy bien. Estamos bien. Un poco impresionados, pero Gail también está bien. Ryan está bien. Y Jack ya no está.

Niega con la cabeza.

—Pero no gracias a ti —murmura.

¿Qué? Me aparto un poco y le miro.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero discutir eso ahora mismo, Ana.

Parpadeo. Bueno, tal vez yo sí... Pero decido que no es el momento. Al menos ya me habla. Vuelvo a apoyarme contra él. Ahora enreda los dedos en mi pelo y empieza a jugar con él.

—Quiero castigarte —me susurra—. Castigarte de verdad. Azotarte hasta que no lo puedas soportar más.

El corazón se me queda atravesado en la garganta. ¡Joder!

—Lo sé —le digo a la vez que se me eriza el vello.

—Y tal vez lo haga.

—Espero que no.

Vuelve a apretarme en su abrazo.

—Ana, Ana, Ana... Pones a prueba la paciencia de cualquiera, hasta la de un santo.

—Se pueden decir muchas cosas de usted, señor Grey, pero que sea un santo no es una de ellas.

Finalmente me concede una risa reticente.

—Muy cierto, como siempre, señora Grey. —Me da un beso en la frente y se mueve—. Vuelve a la cama. Tú tampoco has dormido mucho. —Se levanta, me coge en brazos y me deposita en la cama.

—¿Te tumbas conmigo?

—No. Tengo cosas que hacer. —Se agacha y recoge el vaso—. Vuelve a dormir. Te despertaré dentro de un par de horas.

—¿Todavía estás furioso conmigo?

—Sí.

—Entonces me voy a dormir otra vez.

—Bien. —Tira del edredón para taparme y me da un beso en la frente—. Duérmete.

Y como estoy tan grogui por lo de anoche, tan aliviada de que Christian haya vuelto, y tan fatigada emocionalmente por este encuentro a primera hora de la mañana, no lo dudo ni un momento y hago lo que me dice. Mientras me voy quedando dormida me pregunto por qué no habrá utilizado su mecanismo habitual para gestionar las cosas: lanzarse sobre mí para follarme sin piedad. Aunque, dado el mal sabor que siento en la boca, agradezco que no lo haya hecho.

—Te traigo zumo de naranja —dice Christian y yo abro los ojos otra vez.

Acabo de pasar las dos horas de sueño más profundo y relajante de mi vida y me levanto fresca. Además, ya no me late la cabeza. El zumo de naranja es una visión que agradezco, igual que la de mi marido. Se ha puesto el chándal. Por un momento mi mente vuelve al Heathman Hotel, la primera vez que me desperté a su

lado. La sudadera gris está húmeda por el sudor. O ha estado entrenando en el gimnasio del sótano o ha salido a correr. No debería estar tan guapo después de hacer ejercicio.

—Me voy a dar una ducha —murmura y desaparece en el baño.

Frunzo el ceño. Sigue estando distante. O está distraído pensando en todo lo que ha pasado o sigue furioso o... ¿qué? Me siento, cojo el zumo de naranja y me lo bebo demasiado rápido. Está delicioso, frío y mejora mucho la sensación de mi boca. Salgo de la cama, ansiosa por reducir la distancia, real y metafórica, entre mi marido y yo. Echo un vistazo al despertador. Son las ocho. Me quito la camiseta de Christian y le sigo al baño. Está en la ducha, lavándose el pelo, y yo no lo dudo un segundo y me meto con él. Se pone tenso un momento cuando le abrazo desde detrás, pegándome contra su espalda musculosa y mojada. Ignoro su reacción y le aprieto con fuerza apoyando la mejilla contra su piel a la vez que cierro los ojos. Después de un instante se mueve un poco para que los dos quedemos bajo la cascada de agua caliente y sigue lavándose el pelo. Dejo que caiga el agua sobre mí mientras abrazo al hombre que quiero. Pienso en todas las veces que me ha follado y las veces en que me ha hecho el amor aquí. Frunzo el ceño. Nunca ha estado tan callado. Giro la cabeza y empiezo a darle besos en la espalda. Noto que su cuerpo se tensa otra vez.

—Ana... —dice y suena a advertencia.

—Mmm...

Mis manos bajan lentamente por su estómago plano en dirección a su vientre. Él me coge las dos

manos con las suyas y me obliga a detenerme mientras niega con la cabeza.

—No —dice.

Le suelto inmediatamente. ¿Me está diciendo que no? Mi mente se desploma en caída libre. ¿Había ocurrido esto alguna vez antes? Mi subconsciente niega con la cabeza, frunce los labios y me mira por encima de las gafas de media luna con una mirada que dice: Ahora sí que lo has jodido del todo. Siento como si me hubiera dado una bofetada fuerte. Me ha rechazado. Y toda una vida de inseguridades desembocan en una idea horrible: ya no me desea. Doy un respingo cuando siento la punzada de dolor. Christian se gira y me alivia ver que no es totalmente indiferente a mis encantos. Me coge la barbilla, me echa la cabeza hacia atrás y me encuentro mirando sus ojos grises y cautelosos.

—Todavía estoy muy furioso contigo —me dice con la voz baja y seria. ¡Mierda! Se inclina, apoya su frente contra la mía y cierra los ojos. Yo levanto las manos y le acaricio la cara.

—No te pongas así, por favor. Creo que estás exagerando —le susurro.

Se yergue y palidece. Mi mano cae junto a mi costado.

—¿Que estoy exagerando? —exclama—. ¡Un puto lunático ha entrado en mi piso para secuestrar a mi mujer y tú me dices que estoy exagerando! —La amenaza parcial de su voz es aterradora y sus ojos me abrasan al mirarme como si yo fuera el puto lunático del que hablaba.

—No... Eh... No era eso lo que quería decir. Creía que estabas enfadado porque me quedé a tomar las copas en el bar.

Cierra los ojos una vez más como si no pudiera soportar el dolor y niega con la cabeza.

—Christian, yo no estaba aquí —le digo intentando apaciguarle y tranquilizarle.

—Lo sé —susurra y abre los ojos—. Y todo porque no eres capaz de hacer caso a una simple petición, joder. —Su tono es amargo y ahora ha llegado mi turno de ponerme pálida—. No quiero discutir esto ahora, en la ducha. Todavía estoy muy furioso contigo, Anastasia. Me estás haciendo cuestionarme mi juicio. — Se gira y sale de la ducha, cogiendo una toalla al pasar y saliendo después del baño, dejándome allí sola y helada bajo el agua caliente.

Mierda. Mierda. Mierda.

Entonces el significado de todo lo que ha dicho empieza a abrirse camino en mi mente. ¿Secuestro? Joder. ¿Jack quería secuestrarme? Recuerdo la cinta americana de su bolsillo y que no quise darle vueltas a por qué la llevaba. ¿Christian tiene más información? Me enjabono rápidamente el cuerpo y después me lavo el pelo. Quiero saberlo. Necesito saberlo. No le voy a dejar que siga ocultándome cosas.

Christian no está en el dormitorio cuando salgo. Oh, sí que se ha vestido rápido... Hago lo mismo: me pongo mi vestido favorito color ciruela y las sandalias negras. Soy vagamente consciente de que me he puesto esta ropa porque a Christian le gusta. Me seco el pelo con energía con la toalla, me lo trenzo y lo recojo en un moño. Me pongo unos pendientes con un diamante

pequeño en las orejas y voy corriendo al baño para darme un poco de rimel y mirarme en el espejo. Estoy pálida. Siempre estoy pálida. Inspiro hondo para tranquilizarme. Necesito enfrentar las consecuencias de mi decisión precipitada de querer seguir pasándomelo bien con una amiga. Suspiro y sé que Christian no lo va a ver así.

Tampoco hay ni rastro de Christian en el salón. La señora Jones está ocupada en la cocina.

—Buenos días, Ana —me dice dulcemente.

—Buenos días —respondo con una amplia sonrisa. ¡Por fin vuelvo a ser Ana!

—¿Té?

—Por favor.

—¿Algo de comer?

—Sí. Esta mañana me apetece una tortilla, por favor.

—¿Con champiñones y espinacas?

—Y queso.

—Ahora mismo.

—¿Dónde está Christian?

—El señor Grey está en su estudio.

—¿Ha desayunado? —Miro los dos platos que hay sobre la barra del desayuno.

—No, señora.

—Gracias.

Christian está al teléfono vestido con una camisa blanca sin corbata y vuelve a parecer el confiado presidente de la empresa. Cómo pueden engañar las apariencias. Me mira cuando me asomo al umbral pero niega con la cabeza para dejarme claro que no soy bienvenida. Mierda... Me giro y vuelvo desanimada a

sentarme en la barra del desayuno. Entra Taylor vestido con un traje oscuro y con el aspecto de haber dormido ocho horas sin interrupciones.

—Buenos días, Taylor —le saludo intentando averiguar de qué humor está. A ver si me da alguna pista visual de lo que está ocurriendo.

—Buenos días, señora Grey —me responde y oigo cierta compasión en esas cuatro palabras. Le sonrío amablemente sabiendo que ha tenido que soportar a un Christian enfadado y frustrado en su regreso a Seattle antes de lo previsto.

—¿Qué tal el vuelo? —me atrevo a preguntar.

—Largo, señora Grey. —Su brevedad dice mucho—. ¿Puedo preguntarle cómo está? —añade en un tono más suave.

—Estoy bien.

Asiente.

—Discúlpeme —dice, y se encamina al estudio de Christian. Mmm... A Taylor le deja entrar y a mí no.

—Aquí tiene. —La señora Jones me coloca delante el desayuno. Acabo de quedarme sin apetito, pero me lo como para no ofenderla.

Para cuando termino lo que he podido comer de mi desayuno, Christian todavía no ha salido del estudio. ¿Me está evitando?

—Gracias, señora Jones —le digo bajándome del taburete y dirigiéndome al baño para lavarme los dientes.

Me los cepillo y recuerdo la discusión con Christian por los votos matrimoniales. También entonces se refugió en su estudio. ¿Es eso lo que le pasa? ¿Está enfurruñado? Me estremezco al recordar la pesadilla que

tuvo después. ¿Va a volver a ocurrir eso? Tenemos que hablar. Quiero saber lo que sea que pasa con Jack y por qué ha aumentado la seguridad de todos los Grey; todos los detalles que me ha estado ocultando a mí, pero que Kate sí sabía. Obviamente Elliot sí le cuenta las cosas.

Miro el reloj. Las nueve menos diez... Voy a llegar tarde al trabajo. Acabo de cepillarme los dientes, me doy brillo en los labios, cojo la chaqueta negra fina y me encamino al salón. Me alivia ver que Christian está allí desayunando.

—¿Vas a ir? —me dice al verme.

—¿A trabajar? Claro. —Camino valientemente hacia él y apoyo las manos en la barra del desayuno. Me mira sin expresión—. Christian, no hace ni una semana que hemos vuelto. Tengo que ir a trabajar.

—Pero... —Deja la frase sin terminar y se pasa la mano por el pelo. La señora Jones sale en silencio de la habitación. Muy discreta, Gail.

—Sé que tenemos mucho de que hablar. Si te calmas un poco, tal vez podamos hacerlo esta noche.

Se queda con la boca abierta por la consternación.

—¿Que me calme? —pregunta en voz extrañamente baja.

Me sonrojo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No, Anastasia, no lo sé.

—No quiero pelear. Venía a preguntarte si puedo coger mi coche.

—No, no puedes —me responde.

—Está bien —acepto.

Él parpadea. Obviamente estaba esperando que empezara a discutir.

—Prescott te acompañará. —Su tono es ahora menos beligerante.

Oh, por favor, Prescott no... Quiero hacer un mohín y protestar, pero al final no lo hago. Ahora que Jack ya no está, podríamos volver a reducir la seguridad...

Recuerdo las sabias palabras de mi madre el día de mi boda: «Ana, cariño, tienes que elegir bien las batallas que vas a librar. Te pasará lo mismo con tus hijos cuando los tengas». Bueno, al menos me deja ir al trabajo.

—Está bien —murmuro. Como no quiero dejarle así, con tantas cosas sin resolver y tanta tensión entre nosotros, doy un paso vacilante para acercarme a él. Él se tensa y abre mucho los ojos y durante un segundo parece tan vulnerable que me conmueve desde el fondo del corazón. Oh, Christian, lo siento. Le doy un beso casto en la comisura de la boca. Él cierra los ojos como si saboreara mi contacto.

—No me odies —le digo en un susurro.

Me coge la mano.

—No te odio.

—No me has devuelto el beso...

Sus ojos me miran suspicaces.

—Lo sé —murmura.

Estoy a punto de preguntarle por qué, pero no estoy segura de querer saber la respuesta. De repente se pone de pie y me coge la cara con las manos. Un momento después sus labios aprietan con fuerza los míos. Abro la boca por la sorpresa y eso le da acceso a

su lengua. Él aprovecha la oportunidad e invade mi boca, poseyéndome. Justo cuando empiezo a responderle, él me suelta con la respiración acelerada.

—Taylor y Prescott te llevarán a la editorial —dice con los ojos ardientes por la necesidad—. ¡Taylor! —le llama a gritos. Me sonrojo e intento recuperar un poco la compostura.

—¿Señor? —Taylor está de pie en el umbral.

—Dile a Prescott que la señora Grey va a ir a trabajar. ¿Podéis llevarla, por favor?

—Claro, señor. —Taylor desaparece.

—Por favor, intenta mantenerte al margen de cualquier problema hoy. Te lo agradecería mucho —me pide Christian.

—Haré lo que pueda —le respondo sonriendo dulcemente. Una media sonrisa aparece reticente en los labios de Christian, pero la frena en cuanto se da cuenta.

—Hasta luego —me dice un poco frío.

—Hasta luego —le respondo en un susurro.

Prescott y yo cogemos el ascensor de servicio hasta el garaje del sótano para evitar a los medios de comunicación que hay fuera. El arresto de Jack y el hecho de que lo atraparon en nuestro piso ya es algo del dominio público. Cuando me siento en el Audi me pregunto si habrá paparazzi esperando en la puerta de Seattle Independent Publishing como el día que anunciamos el compromiso.

Vamos en el coche en silencio hasta que recuerdo que tengo que llamar a Ray y después a mamá para que sepan que Christian y yo estamos bien y se queden tranquilos. Por suerte las dos llamadas son cortas y acabo justo antes de que aparcemos delante de la

editorial. Como me temía, hay una pequeña multitud de reporteros y fotógrafos esperando. Todos se giran a la vez y miran el Audi expectantes.

—¿Está segura de que quiere hacer esto, señora Grey? —me pregunta Taylor. Una parte de mí quiere volver a casa, pero eso significa pasar el día con el señor Hecho una Furia. Espero que el tiempo le dé un poco de perspectiva. Jack está bajo custodia policial, así que mi Cincuenta debería estar contento, pero no lo está. Un parte de mí le comprende: demasiadas cosas han quedado fuera de su control, yo una de ellas, pero no tengo tiempo de pensar en eso ahora.

—Llévame por el otro lado, por la entrada lateral, Taylor.

—Sí, señora.

Ya es la una de la tarde y he conseguido concentrarme en el trabajo toda la mañana. Oigo que llaman a la puerta y Elizabeth asoma la cabeza.

—¿Tienes un momento? —me pregunta con una sonrisa.

—Claro —murmuro sorprendida por su visita inesperada.

Entra y se sienta, colocándose el largo pelo negro detrás del hombro.

—Quería saber si estabas bien. Roach me ha pedido que viniera a verte —aclara apresuradamente mientras se sonroja—. Lo digo por todo lo que pasó anoche...

El arresto de Jack Hyde está en todos los periódicos, pero nadie parece haber hecho todavía la

conexión con el incendio en las oficinas de Grey Enterprises Holdings, Inc.

—Estoy bien —le respondo intentando no pensar mucho en cómo me siento. Jack quería hacerme daño. Bueno, eso no es nada nuevo. Ya lo intentó antes. Es Christian el que me preocupa.

Le echo un vistazo al ordenador por si tengo correo. Nada de Christian todavía. No sé si escribirle yo o si eso intensificará su furia.

—Bien —responde Elizabeth y esta vez, para variar, la sonrisa le alcanza los ojos—. Si hay algo que pueda hacer por ti, cualquier cosa, solo dímelo.

—Lo haré.

Elizabeth se pone de pie.

—Sé que estás muy ocupada, Ana, así que te dejo volver al trabajo.

—Eh... gracias.

Esta ha sido la reunión más breve y absurda que ha habido hoy en todo el hemisferio occidental de la tierra. ¿Por qué le ha pedido Roach que venga? Tal vez esté preocupado; después de todo soy la mujer de su jefe. Aparto todos esos pensamientos sombríos y cojo la BlackBerry con la esperanza de que allí tenga un correo de Christian. Nada más hacerlo, suena un aviso en mi correo del trabajo.

De: Christian Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 13:04

Para: Anastasia Grey

Asunto: Declaración

Anastasia:

El detective Clark irá a tu oficina hoy a las 3 de la tarde para tomarte declaración.

He insistido en que vaya a verte porque no quiero que tú vayas a la comisaría.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Me quedo mirando ese correo durante cinco minutos completos, intentando pensar en una respuesta ligera y graciosa para mejorarle el humor. Como no se me ocurre nada, opto por la brevedad.

De: Anastasia Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 13:12

Para: Christian Grey

Asunto: Declaración

OK.

x

A

Anastasia Grey

Editora de SIP

Me quedo contemplando la pantalla, ansiosa por recibir su respuesta, pero no llega nada. Christian no está de humor para jugar hoy.

Me acomodo en el asiento. No puedo culparle. Mi pobre Cincuenta ha debido de pasar las primeras horas

de esta mañana frenético. Pero entonces se me ocurre algo. Llevaba el esmoquin cuando le he visto al despertarme esta mañana... ¿A qué hora decidió volver de Nueva York? Normalmente deja cualquier evento entre las diez y las once. Anoche a esa hora yo todavía estaba con Kate.

¿Decidió Christian volver a casa porque yo estaba en un bar o por el incidente con Jack? Si volvió porque estaba fuera pasándomelo bien, no habrá sabido ni lo de Jack, ni lo de la policía, ni nada... hasta que ha aterrizado en Seattle. De repente me parece muy importante saberlo. Si Christian decidió volver solo porque yo estaba en un bar, entonces su reacción fue exagerada. Mi subconsciente enseña un poco los dientes y pone cara de arpía. Vale, me alegro de que haya vuelto, así que puede que sea irrelevante. Pero Christian debió de quedarse de piedra cuando aterrizó. Es normal que esté tan confuso hoy. Recuerdo sus palabras de antes: «Todavía estoy muy furioso contigo, Anastasia. Me estás haciendo cuestionarme mi juicio».

Tengo que saberlo: ¿volvió por mi salida a tomar cócteles o por el puto lunático?

De: Anastasia Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 13:24

Para: Christian Grey

Asunto: Tu vuelo

¿A qué hora decidiste volver a Seattle ayer?

Anastasia Grey

Editora de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 13:26

Para: Anastasia Grey

Asunto: Tu vuelo

¿Por qué?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 13:29

Para: Christian Grey

Asunto: Tu vuelo

Digamos que por curiosidad.

Anastasia Grey

Editora de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 13:32

Para: Anastasia Grey

Asunto: Tu vuelo

La curiosidad mató al gato.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Grey
Fecha: 26 de agosto de 2011 13:35
Para: Christian Grey
Asunto: ¿Eh?

¿A qué viene eso? ¿Es otra amenaza?
Ya sabes adónde quiero llegar con esto, ¿verdad?
¿Decidiste volver porque me fui a un bar con una amiga a tomar una copa aunque tú me hubieras pedido que no lo hiciera o volviste porque había un loco en nuestro piso?

Anastasia Grey
Editora de SIP

Me quedo mirando la pantalla. No hay respuesta. Miro el reloj del ordenador. La una cuarenta y cinco y sigue sin haber respuesta.

De: Anastasia Grey
Fecha: 26 de agosto de 2011 13:56
Para: Christian Grey
Asunto: He dado en el clavo...

Tomaré tu silencio como una admisión de que decidiste volver a Seattle porque CAMBIÉ DE OPINIÓN. Soy una mujer adulta y salí a tomar unas copas con una

amiga. No entiendo las ramificaciones en cuanto a la seguridad de CAMBIAR DE IDEA porque NUNCA ME CUENTAS NADA. Tuve que enterarme por Kate de que has aumentado la seguridad de todos los Grey, no solo la nuestra. Creo que siempre reaccionas exageradamente en lo que respecta a mi seguridad y entiendo por qué, pero cada vez te pareces más al niño que siempre decía «que viene el lobo».

Nunca sé si hay algo por lo que preocuparse de verdad o si todo se trata de tu percepción del peligro. Tenía a dos miembros del equipo de seguridad conmigo. Creí que tanto Kate como yo estábamos seguras. Lo cierto es que estábamos más seguras en ese bar que en el piso. Si yo hubiera tenido TODA LA INFORMACIÓN sobre la situación, tal vez habría hecho las cosas de forma diferente.

Creo que tus preocupaciones tienen algo que ver con el material que había en el ordenador de Jack (mejor dicho, eso es lo que cree Kate). ¿Sabes lo frustrante que es que mi mejor amiga sepa más que yo de lo que está pasando? Soy tu MUJER. ¿Me lo vas a contar o vas a seguir tratándome como a una niña, lo que te garantizará que yo siga comportándome como tal?

Que sepas que tú no eres el único que está furioso.

Ana

Anastasia Grey
Editora de SIP

Y pulso «Enviar». Hala... Chúpate esa, Grey. Inspiro hondo. Estoy furiosa. Me estaba sintiendo culpable por lo que había hecho, pero ya no.

De: Christian Grey

Fecha: 26 de agosto de 2011 13:59

Para: Anastasia Grey

Asunto: He dado en el clavo...

Como siempre, señora Grey, se muestra directa y desafiante por correo.

Tal vez deberíamos discutir esto cuando vuelvas a NUESTRO piso.

Y deberías cuidar ese lenguaje. Yo sigo estando furioso también.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

¡Que cuide mi lenguaje! Miro el ordenador con el ceño fruncido y me doy cuenta de que esto no me lleva a ninguna parte. No le respondo, sino que cojo un manuscrito que hemos recibido hace poco de un autor nuevo muy prometedor y empiezo a leer.

Mi reunión con el detective Clark transcurre sin incidentes. Está menos gruñón que anoche, creo que porque habrá podido dormir un poco. O tal vez es que prefiere trabajar en el turno de día.

—Gracias por su declaración, señora Grey.

—De nada, detective. ¿Está Hyde bajo custodia policial ya?

—Sí, señora. Le dieron el alta en el hospital esta mañana. Con los cargos que tenemos contra él, creo que pasará con nosotros una temporada. —Sonríe y eso hace que se arruguen las comisuras de sus ojos oscuros.

—Bien. Nos ha hecho pasar una temporada muy difícil a mi marido y a mí.

—He hablado largo y tendido con el señor Grey esta mañana. Está muy aliviado. Un hombre interesante su marido.

No se hace una idea...

—Sí, creo que así es. —Le sonrío educadamente y él entiende que con eso ha acabado aquí.

—Si se le ocurre algo más, llámeme. Tome mi tarjeta. —Saca con dificultad una tarjeta de la cartera y me la pasa.

—Gracias, detective. Lo haré.

—Que tenga un buen día, señora Grey.

—Igualmente.

Cuando se va me pregunto de qué irán a acusar a Hyde. Seguro que Christian no me lo dice. Frunzo los labios.



Volvemos en coche en silencio al Escala. Sawyer es el que conduce esta vez y Prescott va a su lado. El

corazón se me va cayendo poco a poco a los pies conforme nos acercamos. Sé que Christian y yo vamos a tener una gran pelea y no sé si tengo fuerzas.

Cuando subo en el ascensor desde el garaje con Prescott a mi lado, intento poner en orden mis pensamientos. ¿Qué es lo que quiero decir? Creo que ya se lo he dicho todo en el correo. Tal vez ahora él me dé algunas respuestas. Eso espero. No puedo controlar mis nervios. El corazón me late con fuerza, tengo la boca seca y me sudan las manos. No quiero pelear. Pero a veces él se pone difícil y yo necesito mantenerme firme.

Las puertas del ascensor se abren y aparece el vestíbulo, otra vez en perfecto orden. La mesa está de pie y tiene un jarrón nuevo encima con un precioso ramo de peonías rosa pálido y blanco. Echo un vistazo rápido a los cuadros según vamos pasando: las madonas parecen todas intactas. Ya han arreglado la puerta del vestíbulo que estaba rota y vuelve a cumplir su función; Prescott me la abre amablemente para que pase. Ha estado muy callada todo el día. Creo que me gusta más así.

Dejo el maletín en el pasillo y me encamino al salón, pero me paro en seco al entrar. Oh, vaya...

—Buenas noches, señora Grey —dice Christian con voz suave. Está de pie junto al piano vestido con una camiseta negra ajustada y unos vaqueros... «Esos» vaqueros, los que normalmente lleva en el cuarto de juegos. Madre mía. Son unos vaqueros claros muy lavados, ceñidos y con un roto en la rodilla, que le quedan de muerte. Se acerca a mí descalzo, con el botón superior de los vaqueros desabrochado y los ojos ardientes que me miran fijamente.

—Que bien que ya estés en casa. Te estaba esperando.

Ah, ¿me has estado esperando? —le pregunto en un susurro. La boca se me seca aún más y el corazón amenaza con salirseme del pecho. ¿Por qué va vestido así? ¿Qué significa? ¿Sigue enfadado?

—Sí. —Su voz es muy suave y sonrío mientras se acerca a mí.

Está muy guapo, con los vaqueros colgándole de las caderas de esa forma... Oh, no, no me voy a dejar distraer. Intento averiguar cuál es su estado de ánimo mientras se acerca. ¿Enfadado? ¿Juguetón? ¿Lujurioso? ¡Ah! Es imposible saberlo.

—Me gustan tus vaqueros —le digo.

Me dedica esa sonrisa depredadora que me desarma pero no le alcanza los ojos. Mierda, sigue enfadado. Lleva esa ropa para distraerme. Se queda parado delante de mí y noto su intensidad abrasadora. Me mira con los ojos muy abiertos pero impenetrables. Su mirada, fija en la mía, arde. Trago saliva.

—Creo que tiene algún problema, señora Grey —me dice con voz sedosa y saca algo del bolsillo de atrás de los vaqueros. No puedo apartar mis ojos de los suyos pero oigo que desdobra un papel. Me lo muestra; le echo un vistazo rápido y reconozco mi correo. Vuelvo a mirarle y sus ojos sueltan chispas de furia.

—Sí, tengo algunos problemas —susurro casi sin aliento. Necesito distancia si vamos a hablar de esto.

Pero antes de que pueda apartarme, él se inclina y me acaricia la nariz con la suya. Sin darme cuenta cierro los ojos, agradeciendo ese inesperado contacto tan tierno.

—Yo también —dice contra mi piel y yo abro los ojos al oírle decir eso. Se aparta, vuelve a erguirse y de nuevo me mira con intensidad.

—Creo que conozco bien tus problemas, Christian. —Hay ironía en mi voz y él entorna los ojos para ocultar la diversión que ha aparecido en ellos momentáneamente.

¿Vamos a pelear? Doy un paso atrás para prepararme. Tengo que establecer una distancia física con él: con su olor, su mirada y su cuerpo que me distrae con esos vaqueros. Frunce el ceño y se aparta.

—¿Por qué volviste de Nueva York? —le pregunto directamente. Acabemos con esto cuando antes.

—Ya sabes por qué. —Su tono es de clara advertencia.

—¿Porque salí con Kate?

—Porque no cumpliste tu palabra y me desafiaste, exponiéndote a un riesgo innecesario.

—¿Que no cumplí mi palabra? ¿Así es como lo ves? —exclamo ignorando el resto de la frase.

—Sí.

Madre mía. Hablando de reacciones exageradas... Empiezo a poner los ojos en blanco pero paro al ver que me mira con el ceño fruncido.

—Christian, cambié de idea —le explico lentamente, con paciencia, como si fuera un niño—. Soy una mujer. Es muy normal en las mujeres cambiar de opinión. Lo hacemos constantemente.

Parpadea como si no comprendiera lo que acabo de decir.

—Si se me hubiera ocurrido que ibas a cancelar tu viaje por eso... —Me faltan las palabras y me doy cuenta de que no sé qué decir. Me veo por un momento volviendo a la discusión sobre los votos. No he prometido obedecerte, estoy a punto de decir, pero me muerdo la lengua porque en el fondo me alegro de que haya regresado. A pesar de su enfado, me alegro de que esté de vuelta sano y salvo; enfadado y echando chispas, pero aquí delante de mí.

—¿Cambiaste de idea? —No puede ocultar su desdén y su incredulidad.

—Sí.

—¿Y no me llamaste para decírmelo? —Se me queda mirando, todavía incrédulo, antes de continuar—. Y lo que es peor, dejaste al equipo de seguridad corto de efectivos en la casa y pusiste en peligro a Ryan.

Oh. No se me había ocurrido.

—Debería haberte llamado, pero no quería preocuparte. Si te hubiera llamado, me lo habrías prohibido, y echaba de menos a Kate. Quería salir con ella. Además, eso hizo que estuviera fuera del piso cuando vino Jack. Ryan no debería haberle dejado entrar. —Es todo tan confuso... Si Ryan no le hubiera permitido entrar, Jack seguiría por ahí.

Los ojos de Christian brillan salvajemente. Los cierra un momento y su cara se tensa por el dolor. Oh, no. Niega con la cabeza y antes de que me dé cuenta me está abrazando, apretándome contra él.

—Oh, Ana —susurra mientras me aprieta aún más, hasta que casi no puedo respirar—. Si te hubiera pasado algo... —Su voz es apenas un susurro.

—No me ha ocurrido nada —consigo decir.

—Pero podría haber ocurrido. Lo he pasado fatal hoy, todo el día pensando en lo que podría haber pasado. Estaba tan furioso, Ana. Furioso contigo, conmigo, con todo el mundo. No recuerdo haber estado nunca tan enfadado, excepto... —Deja de hablar.

—¿Excepto cuándo? —le animo a continuar.

—Una vez en tu antiguo apartamento. Cuando estaba allí Leila.

Oh, no quiero recordar eso.

—Has estado tan frío esta mañana... —le digo y la voz se me quiebra en la última palabra al recordar lo mal que me he sentido por su rechazo en la ducha. Deja de abrazarme y sube las manos hasta mi nuca. Yo inspiro hondo mientras me echa atrás la cabeza.

—No sé cómo gestionar toda esta ira. Creo que no quiero hacerte daño —dice con los ojos muy abiertos y cautos—. Esta mañana quería castigarte con saña y... —No encuentra las palabras o le da demasiado miedo decirlas.

—¿Te preocupaba hacerme daño? —termino la frase por él. No he creído ni un segundo que él pudiera hacerme daño, pero me siento aliviada de todas formas; una pequeña y despiadada parte de mí temía que su rechazo hubiera sido porque ya no me quería.

—No me fiaba de mí mismo —confiesa.

—Christian, sé que no eres capaz de hacerme daño. Ni físicamente ni de ninguna forma. —Le cojo la cabeza entre las manos.

—¿Lo sabes? —me pregunta y oigo escepticismo en su voz.

—Sí, sé que lo que dijiste era una amenaza vacía. Sé que no quieres azotarme hasta que no lo pueda soportar.

—Sí que quería.

—Realmente no. Creías que querías.

—No sé si eso es así —murmura.

—Piénsalo —le digo abrazándole otra vez y acariciándole el pecho con la nariz por encima de la camiseta negra—. Piensa en cómo te sentiste cuando me fui. Me has dicho muchas veces cómo te dejó eso, cómo alteró tu forma de ver el mundo y a mí. Sé a lo que has renunciado por mí. Piensa cómo te sentiste al ver las marcas de las esposas durante la luna de miel.

Su cuerpo se tensa y sé que está procesando la información. Aprieto el abrazo con las manos en su espalda y siento los músculos tensos y tonificados bajo la camiseta. Se va relajando gradualmente.

¿Eso era lo que le estaba preocupando? ¿Que fuera capaz de hacerme daño? ¿Por qué tengo yo más fe en él que él mismo? No lo entiendo. No hay duda de que hemos avanzado. Normalmente es tan fuerte, tan dueño del control... pero sin él está perdido. Oh, Cincuenta, Cincuenta, Cincuenta... Lo siento. Me da un beso en el pelo y yo levanto la cara. Sus labios se encuentran con los míos y me buscan, me dan y se llevan, me suplican... pero no sé el qué. Quiero seguir sintiendo su boca sobre la mía y le devuelvo el beso apasionadamente.

—Tienes mucha fe en mí —murmura cuando se separa.

—Sí que la tengo. —Me acaricia la cara con el dorso de los nudillos y la yema del pulgar, mirándome intensamente a los ojos. La furia ha desaparecido. Mi Cincuenta ha vuelto de donde estaba. Me alegro de verle. Le miro y le sonrío con timidez.

—Además —le susurro—, no tienes los papeles.

Se queda con la boca abierta por el asombro, divertido, y me aprieta contra su pecho otra vez.

—Tienes razón. —Ríe.

Estamos de pie en medio del salón, abrazados.

—Vamos a la cama —me pide tras no sé cuánto tiempo.

Oh, madre mía...

—Christian, tenemos que hablar.

—Después —dice.

—Christian, por favor. Habla conmigo.

Suspira.

—¿De qué?

—Ya sabes. De no contarme las cosas.

—Quiero protegerte.

—No soy una niña.

—Soy perfectamente consciente de eso, señora Grey. —Me acaricia el cuerpo con una mano y al final la deja apoyada sobre mi culo. Mueve las caderas y su erección creciente se aprieta contra mí.

—¡Christian! —le regaño—. Que me lo cuentes.

Vuelve a suspirar, exasperado.

—¿Qué quieres saber? —pregunta resignado y me suelta. No me gusta eso; que me hable no quiere decir que tenga que soltarme. Me coge la mano y se agacha para recoger mi correo del suelo.

—Muchas cosas —digo mientras dejo que me lleve hasta el sofá.

—Siéntate —me ordena. Hay cosas que no cambian, me digo, pero hago lo que me pide. Christian se sienta a mi lado, se inclina hacia delante y apoya la cabeza en las manos.

Oh, no. ¿Esto es demasiado duro para él? Pero entonces se incorpora, se pasa las dos manos por el pelo y se vuelve hacia mí expectante y aceptando su destino.

—Pregunta —me dice directamente.

Oh. Bueno, esto va a ser más fácil de lo que creía.

—¿Por qué le has puesto seguridad adicional a tu familia?

—Hyde también era una amenaza para ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por su ordenador. Tenía detalles personales míos y del resto de mi familia. Sobre todo de Carrick.

—¿Carrick? ¿Y por qué?

—Todavía no lo sé. Vámonos a la cama.

—¡Christian, dímelo!

—¿Que te diga qué?

—Eres tan... irritante.

—Y tú también. —Me mira fijamente.

—No aumentaste la seguridad cuando descubriste la información sobre tu familia en el ordenador. ¿Qué pasó para que lo hicieras? ¿Por qué aumentarla ahora y no antes?

Christian entorna los ojos.

—No sabía que iba a intentar quemar mi edificio ni que... —Se detiene—. Creíamos que no era más que una obsesión desagradable. Ya sabes —dice

encogiéndose de hombros—, cuando estás expuesto a los ojos de la gente, la gente se interesa por ti. Eran cosas sueltas: noticias de cuando estaba en Harvard sobre el equipo de remo o de mi carrera. Informes sobre Carrick, siguiendo su carrera y la de mi madre, y también cosas de Elliot y de Mia.

Qué raro...

—Has dicho «ni que»... —le interrogo.

—¿«Ni que» qué?

—Has dicho que no sabías que iba a intentar quemar tu edificio ni que..., como si tuvieras intención de añadir algo más.

—¿Tienes hambre?

¿Qué? Le miro con el ceño fruncido y mi estómago protesta.

—¿Has comido algo hoy? —me pregunta con voz dura y ojos gélidos.

El rubor de mis mejillas me traiciona.

—Me lo temía. Ya sabes lo que pienso de que no comas. Ven —me dice a la vez que se pone de pie y me tiende la mano—. Yo te daré de comer. —Y su tono cambia de nuevo. Ahora está lleno de una promesa sensual.

—¿Darme de comer? —le pregunto. Todo lo que hay por debajo de mi ombligo se acaba de convertir en líquido. Maldita sea. Es la típica distracción para que dejemos el tema. ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que voy a sacarle por ahora? Me lleva hasta la cocina, coge un taburete y se encamina al otro lado de la isla de la cocina.

—Siéntate —me ordena.

—¿Dónde está la señora Jones? —pregunto mientras me encaramo al taburete notando su ausencia por primera vez.

—Les he dado a Taylor y a ella la noche libre.

Oh.

—¿Por qué?

Me mira durante un segundo y vuelve a su tono de diversión arrogante.

—Porque puedo.

—¿Y vas a cocinar tú? —Se percibe claramente la incredulidad en mi voz.

—Oh, mujer de poca fe... Cierra los ojos.

Uau... Yo pensé que íbamos a tener una pelea de mil demonios, y aquí estamos, jugando en la cocina.

—Que los cierres —insiste.

Primero pongo los ojos en blanco y después obedezco.

—Mmm... No es suficiente —dice.

Abro un ojo y le veo sacar un pañuelo de seda color ciruela del bolsillo de atrás de sus vaqueros. Hace juego con mi vestido. Demonios... Le miro extrañada. ¿Cuándo lo ha cogido?

—Ciérralos —me ordena de nuevo—. No vale hacer trampas.

—¿Me vas a tapar los ojos? —pregunto perpleja. De repente estoy sin aliento.

—Sí.

—Christian... —Me coloca un dedo sobre los labios para silenciarme.

¡Quiero hablar!

—Hablares luego. Ahora quiero que comas algo. Has dicho que tenías hambre. —Me da un beso

breve en los labios. Noto la suave seda del pañuelo contra los párpados mientras me lo anuda con fuerza en la parte de atrás de la cabeza—. ¿Ves algo? —pregunta.

—No —digo poniendo los ojos en blanco (figurativamente).

Se ríe.

—Siempre sé cuando estás poniendo los ojos en blanco... y ya sabes cómo me hace sentir eso.

Frunzo los labios.

—¿Podemos acabar con esto cuanto antes, por favor? —le respondo.

—Qué impaciente, señora Grey. Tiene muchas ganas de hablar. —Su tono es juguetón.

—¡Sí!

—Primero te voy a dar de comer —sentencia y me roza la sien con los labios, lo que me calma instantáneamente.

Vale, lo haremos a tu manera. Me resigno a mi destino y escucho los movimientos que Christian hace por la cocina. Abre la puerta de la nevera y coloca varios platos sobre la encimera que hay detrás de mí. Camina hasta el microondas, mete algo dentro y lo enciende. Me pica la curiosidad. Oigo que baja la palanca de la tostadora, que gira la rueda y el suave tictac del temporizador. Mmm... ¿Tostadas?

—Sí, tengo muchas ganas de hablar —digo distraída. Una mezcla de aromas exóticos y especiados llena la cocina y yo me revuelvo en el asiento.

—Quieta, Anastasia. —Está cerca otra vez—. Quiero que te portes bien... —me susurra.

Oh, madre mía.

—Y no te muerdas el labio. —Christian me tira suavemente del labio inferior para liberarlo de mis dientes y no puedo evitar una sonrisa.

Después oigo el ruido seco del corcho de una botella y el sonido del vino al verterlo en una copa. Luego hay un momento de silencio al que le sigue un suave clic y el siseo de la estática de los altavoces envolventes cuando cobran vida. El tañido alto de una guitarra marca el comienzo de una canción que no conozco. Christian baja el volumen hasta convertirlo solo en música de fondo. Un hombre empieza a cantar en voz baja, profunda y sexy.

—Creo que primero una copa —susurra Christian, distrayéndome de la canción—. Echa un poco atrás la cabeza. —Hago lo que me dice—. Un poco más —me pide.

Obedezco y noto sus labios contra los míos. El vino frío cae en mi boca. Trago en un acto reflejo. Oh, Dios mío. Me inundan recuerdos de no hace tanto: yo, en Vancouver antes de graduarme, tirada en una cama con un Christian sexy y furioso al que no le había gustado mi correo. Mmm... ¿Han cambiado las cosas? No mucho. Excepto por que ahora reconozco el vino. Es Sancerre, el favorito de Christian.

—Mmm —digo apreciativa.

—¿Te gusta el vino? —murmura y noto su aliento caliente en la mejilla. Me embargan su proximidad, su vitalidad y su calor, que irradia hasta mi cuerpo aunque no me está tocando.

—Sí —digo en un jadeo.

—¿Más?

—Contigo siempre quiero más.

Casi puedo oír su sonrisa. Y eso me hace sonreír a mí también.

—Señora Grey, ¿está flirteando conmigo?

—Sí.

Su anillo de boda choca contra la copa cuando da otro sorbo. Ahora me parece un sonido sexy. Esta vez él tira de mi cabeza hacia atrás y me la sujeta. Me besa otra vez y yo trago ávidamente el vino que me vierte en la boca. Sonríe y me da otro beso.

—¿Tienes hambre?

—Creía que ya le había dicho que sí, señor Grey.

El cantante del iPod está cantando algo sobre juegos perversos. Mmm... qué apropiado.

Suena la alarma del microondas y Christian me suelta. Me siento erguida. La comida huele a especias: ajo, menta, orégano, romero... También huele a cordero, creo. Abre la puerta del microondas y el olor se intensifica.

—¡Mierda! ¡Joder! —exclama Christian y oigo que un plato repiquetea sobre la encimera.

¡Oh, Cincuenta!

—¿Estás bien?

—¡Sí! —responde con voz tensa. Un momento después lo noto de pie a mi lado otra vez—. Me he quemado. Aquí —dice metiéndome el dedo índice en la boca—. Seguro que tú me lo chupas mejor que yo.

—Oh. —Le agarro la mano y me saco el dedo de la boca lentamente—. Ya está, ya está —digo y me acerco para soplarle y enfriarle el dedo. Después le doy dos besitos suaves. Él deja de respirar. Vuelvo a meterme el dedo en la boca y lo chupo con cuidado. Él inspira bruscamente y ese sonido me llega directamente

a la entrepierna. Tiene un sabor tan delicioso como siempre y me doy cuenta de que este es su juego: la lenta seducción de su esposa. Se supone que estaba enfadado, pero ahora... Este hombre que es mi marido es muy confuso. Pero a mí me gusta así. Juguetón. Divertido. Y muy sexy. Me ha dado algunas respuestas, pero no las suficientes. Quiero más, pero también quiero jugar. Después de toda la ansiedad y la tensión del día y la pesadilla de anoche con lo de Jack, necesito una distracción como esta.

—¿En qué piensas? —me pregunta Christian y me saca el dedo de la boca, lo que interrumpe mis pensamientos.

—En lo temperamental que eres.

Todavía está a mi lado.

—Cincuenta Sombras, nena —dice por fin y me da un beso tierno en la comisura de la boca.

—Mi Cincuenta Sombras —le susurro y le agarro de la camiseta para atraerlo hacia mí.

—Oh, no, señora Grey, nada de tocar. Todavía no.

Me coge la mano, me obliga a soltarle la camiseta y me besa los dedos uno por uno.

—Siéntate bien —me ordena.

Hago un mohín.

—Te voy a azotar si haces mohínes. Abre bien la boca.

Oh, mierda. Abro la boca y él mete un tenedor con cordero caliente y especiado cubierto por una salsa de yogur fría y con sabor a menta. Mmm... Mástico.

—¿Te gusta?

—Sí.

Él emite un sonido de satisfacción y sé que también está comiendo.

—¿Más?

Asiento. Me da otro trozo y yo lo mastico con energía. Deja el tenedor y parte algo... pan, creo.

—Abre —me manda.

Esta vez es pan de pita con humus. Veo que la señora Jones (o tal vez Christian) ha ido de compras a la tienda de delicatessen que yo descubrí hace unas cinco semanas a solo dos manzanas del Escala. Mastico encantada. El Christian juguetero me aumenta el apetito.

—¿Más? —me pregunta.

Asiento.

—Más de todo. Por favor. Me muero de hambre.

Oigo su sonrisa de placer. Me va dando de comer lenta y pacientemente, en ocasiones me quita un resto de comida de la comisura de la boca con un beso o con los dedos. De vez en cuando me ofrece un sorbo de vino de esa forma suya tan particular.

—Abre bien y después muerde —me dice, y yo lo hago.

Mmm... Una de mis comidas favoritas: hojas de parra rellenas. Están deliciosas, aunque frías; las prefiero calientes pero no quiero arriesgarme a que Christian vuelva a quemarse. Me las va dando lentamente y, cuando termino, le chupo los dedos para limpiárselos.

—¿Más? —me pregunta con voz baja y ronca.

Niego con la cabeza. Estoy llena.

—Bien —me susurra al oído—, porque ha llegado la hora de mi plato favorito. Tú. —Me coge en sus brazos por sorpresa y yo chilló.

—¿Puedo quitarme el pañuelo de los ojos?

—No.

Estoy a punto de hacer un mohín, pero recuerdo su amenaza y me reprimo.

—Al cuarto de juegos —me avisa.

Oh, no sé si eso es una buena idea...

—¿Lista para el desafío? —me pregunta. Y como ya se ha acostumbrado a la palabra «desafío» no puedo negarme.

—Allá vamos... —le respondo con el cuerpo lleno de deseo y de algo a lo que no quiero ponerle nombre. Cruza la puerta de la cocina conmigo en brazos y después subimos al piso de arriba.

—Creo que has adelgazado —dice con desaprobación. ¿Ah, sí? Bien. Recuerdo su comentario cuando llegamos de la luna de miel y lo poco que me gustó. Dios, ¿ya ha pasado una semana?

Cuando llegamos al cuarto de juegos me baja pero sigue rodeándome la cintura con el brazo. Abre la puerta con destreza.

Esa habitación siempre huele igual: a madera pulida y a algo cítrico. Se ha convertido en un olor que me resulta tranquilizador. Christian me suelta y me gira hasta que quedo de espaldas a él. Me quita el pañuelo y yo parpadeo ante la tenue luz. Desprende las horquillas del moño y mi trenza cae. Me la coge y tira un poco para que tenga que dar un paso atrás y pegarme a él.

—Tengo un plan —me susurra al oído, y eso provoca que un estremecimiento me recorra la espalda.

—Eso pensaba —le respondo. Me da un beso detrás de la oreja.

—Oh, señora Grey, claro que lo tengo. —Su tono es suave y cautivador. Tira de la trenza hacia un lado y

me recorre la garganta con suaves besos—. Primero tenemos que desnudarte. —Su voz ronronea desde lo más profundo de su garganta y reverbera por todo mi cuerpo. Quiero esto, lo que sea que haya planeado. Quiero que volvamos a conectar. Me gira para que le mire. Yo bajo la mirada hasta sus vaqueros, que todavía tienen el primer botón desabrochado, y no puedo resistirme. Meto el dedo por debajo de la cintura, evitando la camiseta y siento que el vello de su vientre me hace cosquillas en el nudillo. Él inhala bruscamente y yo levanto la vista para mirarle. Me paro en el botón desabrochado y sus ojos adoptan un tono más oscuro de gris. Oh, madre mía...

—Tú deberías quedarte con estos puestos —le susurro.

—Esa era mi intención, Anastasia.

Y entonces se mueve y me pone una mano en la nuca y otra en el culo. Me aprieta contra él y su boca se cierra sobre la mía besándome como si su vida dependiera de ello.

¡Uau!

Me obliga a caminar hacia atrás, con nuestras lenguas todavía entrelazadas, hasta que noto la cruz de madera justo detrás de mí. Se acerca todavía más y su cuerpo se contonea y se aprieta contra el mío.

—Fuera el vestido —dice subiéndome el vestido por los muslos, las caderas, el vientre... deliciosamente lento, con la tela rozándome la piel y acariciándome los pechos—. Inclínate hacia delante —me ordena.

Obedezco y él me saca el vestido por la cabeza y lo tira a un lado, dejándome en sandalias, bragas y sujetador. Sus ojos arden cuando me coge las manos y

me las levanta por encima de la cabeza. Parpadea una vez y ladea la cabeza y sé que es su forma de pedirme permiso. ¿Qué me va a hacer? Trago saliva y asiento y una leve sonrisa de admiración, casi de orgullo, aparece en sus labios. Me sujeta las muñecas con las esposas de piel que hay en la parte superior de la cruz y vuelve a sacar el pañuelo.

—Creo que ya has visto suficiente.

Me tapa los ojos de nuevo, y me recorre un escalofrío cuando noto que los demás sentidos se agudizan: percibo el sonido de su suave respiración, mi respuesta excitada, la sangre que me late en los oídos, el olor de Christian mezclado con el de la cera y los cítricos de la habitación... Todas las sensaciones están más definidas porque no puedo ver. Su nariz toca la mía.

—Te voy a volver loca —me susurra. Me agarra las caderas con las manos y baja para quitarme las bragas, acariciándome las piernas a su paso.

Volverme loca... uau.

—Levanta los pies, primero uno y luego el otro. —Obedezco y me quita primero las bragas y después una sandalia seguida de la otra. Me coge suavemente un tobillo y tira un poco de mi pierna hacia la derecha—. Baja el pie —me dice y después me esposa el tobillo derecho a la cruz. Seguidamente hace lo mismo con el izquierdo.

Estoy indefensa, con los brazos y las piernas extendidos y sujetos a la cruz. Christian se acerca a mí y noto su calor en todo el cuerpo aunque no me toca. Un segundo después me agarra la barbilla, me levanta la cabeza y me da un beso casto.

—Un poco de música y juguetes, me parece. Está preciosa así, señora Grey. Me voy a tomar un instante para admirar la vista. —Su voz es suave. Todo se tensa en mi interior.

Un minuto (o dos) después le oigo caminar hasta la cómoda y abrir uno de los cajones. ¿El cajón anal? No tengo ni idea. Saca algo que deja sobre la cómoda y luego algo más. Los altavoces cobran vida y un segundo después las notas de un piano que toca una melodía suave y cadenciosa llenan la habitación. Me suena: es Bach, creo, pero no sé qué pieza. Algo en esa música me inquieta. Tal vez es porque es demasiado fría, como distante. Frunzo el ceño intentando entender por qué me da esa sensación, pero Christian me agarra la barbilla, sobresaltándome, y tira un poco de mi labio inferior para que deje de mordérmelo. ¿Por qué siento esta incomodidad? ¿Es la música?

Christian me acaricia la barbilla, la garganta y va bajando hasta mis pechos, donde tira de la copa del sujetador con el pulgar para liberar el pecho de su aprisionamiento. Ronronea ronco desde el fondo de su garganta y me besa en el cuello. Sus labios recorren el mismo camino que han hecho sus dedos un momento antes hasta mi pecho, besando y succionando a su paso. Sus dedos se dirigen a mi pecho izquierdo, liberándolo también del sujetador. Gimo cuando me acaricia el pezón izquierdo con el pulgar y sus labios se cierran sobre el derecho, tirando y acariciando hasta que los dos pezones están duros y prominentes.

—Ah...

Él no se detiene. Con un cuidado exquisito aumenta poco a poco la intensidad sobre los dos

pezones. Tiro infructuosamente de las esposas cuando siento unas punzadas de placer que salen de mis pezones y recorren mi cuerpo hasta la entrepierna. Intento retorcerme, pero apenas puedo moverme y eso hace la tortura más intensa.

—Christian... —le suplico.

—Lo sé —murmura con voz ronca—. Así me haces sentir tú.

¿Qué? Gruño y él empieza de nuevo a someter a mis pezones a esa agonía dulce una y otra vez... acercándome cada vez más.

—Por favor... —lloriqueo.

Emite un sonido grave y primitivo desde su garganta y se pone de pie, dejándome abandonada, sin aliento y tirando de las esposas que me atan. Me acaricia los costados con las manos. Deja una en la cadera y otra sigue bajando por mi vientre.

—Vamos a ver cómo estás —me dice con suavidad. Me cubre el sexo con la mano y me roza el clítoris con el pulgar, lo que me hace gritar. Lentamente mete un dedo en mi interior y después un segundo dedo. Gimo y proyecto las caderas hacia delante, ansiosa por acercarme a sus dedos y a la palma de su mano—. Oh, Anastasia, estás más que lista —me susurra.

Hace movimientos circulares con los dedos que tiene en mi interior, una y otra vez, y me acaricia el clítoris con el pulgar, arriba y abajo, sin parar. Es el único punto del cuerpo en que me está tocando y toda la tensión y la ansiedad del día se están concentrando en esa parte de mi anatomía.

Oh, Dios mío... esto es intenso... y extraño... la música... empiezo a acercarme... Christian se mueve, sin

detener los movimientos de su mano dentro y fuera de mí, y de repente oigo un zumbido suave.

—¿Qué es...? —pregunto casi sin aliento.

—Chis... —me dice para que me calle y aprieta sus labios contra los míos, su eficaz forma de silenciarme. Agradezco ese contacto más cálido y más íntimo y le devuelvo el beso vorazmente. Él rompe el contacto y oigo el zumbido más cerca—. Esto es una varita, nena. Vibra.

Me la apoya en el pecho y noto un objeto con forma de bola que vibra contra mi piel. Me estremezco cuando empieza a bajarla por mi cuerpo y entre mis pechos y a desplazarla para que entre en contacto con uno y después con el otro pezón. Me embargan un cúmulo de sensaciones: siento cosquillas por todo el cuerpo y el cerebro en llamas cuando una necesidad oscura, muy oscura, se concentra en el fondo de mi vientre.

—Ah —lloriqueo y los dedos de Christian siguen moviéndose dentro de mí. Estoy muy cerca... toda esta estimulación... Echo atrás la cabeza y dejo escapar un gemido muy alto. Entonces Christian para de mover los dedos y todas las sensaciones se esfuman—. ¡No! Christian... —le suplico y proyecto las caderas hacia delante para intentar lograr algo de fricción.

—Quieta, nena —me dice mientras siento que la posibilidad del orgasmo se aleja y se desvanece. Se acerca otra vez y me besa—. Es frustrante, ¿no? —me dice.

¡Oh, no! Acabo de entender de qué va este juego.

—Christian, por favor.

—Chis... —me dice y me da otro beso. Y vuelve a retomar el movimiento: la varita, los dedos, el pulgar... Una combinación letal de tortura sensual. Se acerca para que su cuerpo roce el mío. Él todavía está vestido: la tela de sus vaqueros me roza la pierna y su erección la cadera. Está tan cerca... Vuelve a llevarme casi hasta el clímax, mi cuerpo pidiendo a gritos la liberación, y entonces se detiene.

—No —gimoteo.

Me da unos besos suaves y húmedos en el hombro y saca sus dedos de mí a la vez que va bajando la varita. El juguete se desliza por mi estómago, mi vientre y mi sexo hasta tocarme el clítoris. Joder, esto es tan intenso...

—¡Ah! —grito y tiro fuerte de las esposas.

Tengo todo el cuerpo tan sensible que siento que voy a explotar. Y justo cuando creo que ya ha llegado el momento, Christian vuelve a detenerse.

—¡Christian! —chillo.

—Frustrante, ¿eh? —murmura contra mi garganta—. Igual que tú. Prometes una cosa y después... —No acaba la frase.

—¡Christian, por favor! —le suplico.

Aprieta la varita contra mí una y otra vez, parando justo en el momento álgido cada vez. ¡Ah!

—Cada vez que paro, cuando vuelvo a empezar es más intenso, ¿verdad?

—Por favor... —le pido casi en un sollozo. Mis terminaciones nerviosas necesitan esa liberación.

El zumbido cesa y Christian me da otro beso y me acaricia la nariz con la suya.

—Eres la mujer más frustrante que he conocido.

No, no, ¡no!

—Christian, no he prometido obedecerte. Por favor, por favor...

Se coloca delante de mí, me coge con fuerza por el culo y aprieta su cadera contra mí. Eso me provoca un respingo porque su entrepierna está en contacto con la mía a pesar de la ropa. Los botones de sus vaqueros, que contienen a duras penas su erección, presionan contra mi carne. Con una mano me quita el pañuelo que me tapa los ojos y me coge la barbilla. Parpadeo y cuando recupero la vista me encuentro con su mirada abrasadora.

—Me vuelves loco —susurra empujándome con la cadera una vez, dos, tres, haciendo que mi cuerpo empiece a soltar chispas a punto de arder. Y otra vez me lo niega. Le deseo tanto... Le necesito tanto... Cierro los ojos y murmuro una oración. Me siento castigada, no puedo evitarlo. Estoy indefensa y él está siendo implacable. Se me llenan los ojos de lágrimas. No sé hasta dónde va a llegar esto.

—Por favor... —vuelvo a suplicarle en un susurro.

Pero me mira sin ninguna piedad. Tiene intención de continuar. Pero ¿cuánto? ¿Puedo jugar a esto? No. No. No... No puedo hacerlo. No va a parar. Va a seguir torturándome. Sus manos bajan por mi cuerpo otra vez. No... Y repentinamente el dique estalla: toda la aprensión, la ansiedad y el miedo de los últimos días me embargan y otra vez se me llenan los ojos de lágrimas. Aparto la mirada de la suya. Esto no es amor. Es venganza.

—Rojo —sollozo—. Rojo. Rojo. —Las lágrimas empiezan a correrme por la cara.

Él se queda petrificado.

—¡No! —grita asombrado—. Dios mío, no...

Se acerca rápidamente, me suelta las manos y me agarra por la cintura mientras se agacha para soltarme los tobillos. Yo entierro la cabeza entre las manos y sollozo.

—No, no, no, Ana, por favor. No.

Me coge en brazos y me lleva a la cama, se sienta y me acaricia en su regazo mientras lloro inconsolable. Estoy sobrepasada... Mi cuerpo está tenso casi hasta el punto de romperse, tengo la mente en blanco y he perdido totalmente el control de mis emociones. Estira la mano detrás de mí, arranca la sábana de seda de la cama de cuatro postes y me envuelve con ella. La sábana fría me parece algo extraño y desagradable sobre mi piel demasiado sensible. Me rodea con los brazos, me abraza con fuerza y me acuna.

—Lo siento, lo siento —murmura Christian con voz ronca. No deja de darme besos en el pelo—. Ana, perdóname, por favor.

Giro la cara para ocultarla en su cuello y sigo llorando. Siento una liberación catártica. Han pasado tantas cosas en los últimos días: incendios en salas de ordenadores, persecuciones en la carretera, carreras que han planeado otros por mí, arquitectas putonas, lunáticos armados en el piso, discusiones, la ira de Christian y su viaje. No quiero que Christian se vaya... Utilizo la esquina de la sábana para limpiarme la nariz y gradualmente vuelvo a oír los tonos clínicos de Bach que siguen resonando en la habitación.

—Apaga la música, por favor —le pido sorbiendo por la nariz.

—Sí, claro. —Christian se mueve, sin soltarme, saca el mando a distancia del bolsillo de atrás de los vaqueros, pulsa un botón y la música de piano cesa y ya solo se oye mi respiración temblorosa—. ¿Mejor? —me pregunta.

Asiento y mis sollozos se van calmando. Christian me enjuga las lágrimas tiernamente con el pulgar.

—No te gustan mucho las *Variaciones Goldberg* de Bach, ¿eh? —me dice.

—No esas en concreto.

Me mira intentando ocultar la vergüenza que siente, pero fracasa estrepitosamente.

—Lo siento —vuelve a decir.

—¿Por qué has hecho eso? —Apenas se me oye. Sigo tratando de procesar el torbellino de pensamientos y emociones que siento.

Niega con la cabeza tristemente y cierra los ojos.

—Me he dejado llevar por el momento —dice de forma poco convincente.

Frunzo el ceño y él suspira.

—Ana, la negación del orgasmo es una práctica estándar en... Tú nunca... —No acaba la frase.

Me revuelvo en su regazo y él hace una mueca de dolor.

Oh. Me ruborizo.

—Perdona —le susurro.

Él pone los ojos en blanco y se echa hacia atrás de repente, arrastrándome con él para que quedemos los dos tumbados en la cama conmigo en sus brazos. El sujetador me resulta incómodo y me lo ajusto un poco.

—¿Te ayudo? —me pregunta en voz baja.

Niego. No quiero que me toque los pechos. Cambia de postura para poder mirarme. Levanta una mano con precaución y la lleva hasta mi cara para acariciarme con los dedos. Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas. ¿Cómo puede ser tan insensible a veces y tan tierno otras?

—No llores, por favor —murmura.

Este hombre me aturde y me confunde. Mi furia me ha abandonado cuando más la necesito... Me siento entumecida. Solo quiero acurrucarme y abstraerme de todo. Parpadeo intentando controlar las lágrimas y le miro a los ojos angustiados. Inspiro hondo, todavía temblorosa, sin apartar los ojos de los suyos. ¿Qué voy a hacer con este hombre tan controlador? ¿Aprender a dejarle que me controle? No lo creo...

—Yo nunca ¿qué? —le pregunto.

—Nunca haces lo que te digo. Cambias de idea y no me dices dónde estás. Ana, estaba en Nueva York, furioso e impotente. Si hubiera estado en Seattle te habría obligado a volver a casa.

—¿Por eso me estás castigando?

Traga saliva y después cierra los ojos. No tiene respuesta para eso, pero yo sé que castigarme era lo que pretendía.

—Tienes que dejar de hacer esto —le digo.

Arruga la frente.

—Primero, porque al final solo acabas sintiéndote peor que cuando empezaste.

Él ríe burlón.

—Eso es cierto —murmura—. No me gusta verte así.

—Y a mí no me gusta sentirme así. Me dijiste cuando estábamos en el *Fair Lady* que yo no soy tu sumisa, soy tu mujer.

—Lo sé, lo sé —reconoce en voz baja y ronca.

—Bueno, pues deja de tratarme como si lo fuera. Siento no haberte llamado. Procuraré no ser tan egoísta la próxima vez. Ya sé que te preocupas por mí.

Me mira fijamente, examinándome de cerca con los ojos sombríos y ansiosos.

—Vale, está bien —dice por fin.

Se inclina hacia mí, pero se para justo antes de que sus labios toquen los míos en una petición silenciosa de permiso. Yo acerco mi cara a la suya y él me besa tiernamente.

—Después de llorar tienes siempre los labios tan suaves... —murmura.

—No prometí obedecerte, Christian —le susurro.

—Lo sé.

—Tienes que aprender a aceptarlo, por favor. Por el bien de los dos. Y yo procuraré tener más en cuenta tus... tendencias controladoras.

Se le ve perdido y vulnerable, completamente abrumado.

—Lo intentaré —murmura con una evidente sinceridad en la voz.

Suspiro profundamente para tranquilizarme.

—Sí, por favor. Además, si yo hubiera estado aquí...

—Lo sé —me dice y palidece. Vuelve a tumbarse y se coloca el brazo libre sobre la cara. Yo me acurruco junto a él y apoyo la cabeza en su pecho. Los dos nos quedamos en silencio un rato. Su mano baja hasta el

final de mi trenza y me quita la goma, soltándome el pelo, para después lenta y rítmicamente peinármelo con los dedos. De eso es de lo que va todo esto: de su miedo, un miedo irracional por mi seguridad. Me viene a la mente la imagen de Jack Hyde tirado en el suelo del piso con la Glock al lado de la mano. Bueno, tal vez no sea un miedo tan irracional. Por cierto, eso me recuerda...

—¿Qué querías decir antes, cuando has dicho «ni que»...? —insisto.

—¿«Ni que»?

—Era algo sobre Jack.

Levanta la cabeza para mirarme.

—No te rindes nunca, ¿verdad?

Apoyo la barbilla en su esternón disfrutando de la caricia tranquilizadora de sus dedos entre mi pelo.

—¿Rendirme? Jamás. Dímelo. No me gusta que me ocultes las cosas. Parece que tienes la incomprensible idea de que necesito que me protejan. Tú no sabes disparar, yo sí. ¿Crees que no podría encajar lo que sea que no me estás contando, Christian? He tenido a una de tus ex sumisas persiguiéndome y apuntándome con un arma, tu ex amante pedófila me ha acosado... No me mires así —le digo cuando me mira con el ceño fruncido—. Tu madre piensa lo mismo de ella.

—¿Has hablado con mi madre de Elena? —La voz de Christian sube unas cuantas octavas.

—Sí, Grace y yo hablamos de ella.

Christian me mira con la boca abierta.

—Tu madre está muy preocupada por eso y se culpa.

—No me puedo creer que hayas hablado de eso con mi madre. ¡Mierda! —Vuelve a tumbarse y a cubrirse la cara con el brazo.

—No le di detalles.

—Eso espero. Grace no necesita saber los detalles escabrosos. Dios, Ana. ¿A mi padre también se lo has dicho?

—¡No! —Niego con la cabeza con vehemencia. No tengo tanta confianza con Carrick. Y sus comentarios sobre el acuerdo prematrimonial todavía me escuecen—. Pero estás intentando distraerme... otra vez. Jack. ¿Qué pasa con él?

Christian levanta el brazo un momento y me mira con una expresión impenetrable. Suspira y vuelve a taparse con el brazo.

—Hyde estuvo implicado en el sabotaje de *Charlie Tango*. Los investigadores encontraron una huella parcial, pero no pudieron establecer ninguna coincidencia definitiva. Pero después tú reconociste a Hyde en la sala del servidor. Le arrestaron algunas veces en Detroit cuando era menor, así que sus huellas están en el sistema. Y coinciden con la parcial.

Mi mente empieza a funcionar a mil por hora mientras intento absorber toda esa información. ¿Fue Jack el que averió el helicóptero? Pero Christian ha cogido carrerilla.

—Esta mañana encontraron una furgoneta de carga aquí, en el garaje. Hyde la conducía. Ayer le traje no sé qué mierda al tío que se acaba de mudar, ese con el que subimos en el ascensor.

—No recuerdo su nombre.

—Yo tampoco —dice Christian—. Pero así es como Hyde consiguió entrar en el edificio. Trabaja para una compañía de transportes...

—¿Y qué tiene esa furgoneta de especial?

Christian se queda callado.

—Christian, dímelo.

—La policía ha encontrado... cosas en la furgoneta. —Se detiene de nuevo y me aprieta con más fuerza.

—¿Qué cosas?

Permanece callado unos segundos y yo abro la boca para animarle a seguir, pero él empieza a hablar por su propia voluntad.

—Un colchón, suficiente tranquilizante para caballos para dormir a una docena de equinos y una nota. —Su voz ha ido bajando hasta convertirse en apenas un susurro y noto que le embargan el horror y la repulsión.

Maldita sea...

—¿Una nota? —Mi voz suena igual que la suya.

—Iba dirigida a mí.

—¿Y qué decía?

Christian niega con la cabeza para decirme que no lo sabe o que no me va a revelar lo que ponía.

Oh.

—Hyde vino aquí ayer con la intención de secuestrarte. —Christian se queda petrificado y con la cara tensa. Cuando lo dice recuerdo la cinta americana y, aunque ya lo sabía, un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Mierda —murmuro.

—Eso mismo —responde Christian, todavía tenso.

Intento recordar a Jack en la oficina. ¿Siempre estuvo loco? ¿Cómo ha podido seguir adelante con algo así? Vale, era un poco repulsivo, pero esto es una locura...

—No entiendo por qué —le digo—. No tiene sentido.

—Lo sé. La policía sigue indagando y también Welch. Pero creemos que la conexión tiene que estar en Detroit.

—¿Detroit? —Le miro confundida.

—Sí. Tiene que haber algo allí.

—Sigo sin comprender...

Christian levanta la cabeza y me mira con una expresión inescrutable.

—Ana, yo nací en Detroit.

Creía que habías nacido en Seattle —le digo. Mi mente no para. ¿Y qué tiene que ver eso con Jack?

Christian levanta el brazo con el que se estaba tapando la cara, lo estira detrás de él y coge una de las almohadas. Se la pone bajo la cabeza, se acomoda y me mira con expresión cautelosa. Un segundo después niega con la cabeza.

—No. A Elliot y a mí nos adoptaron en Detroit. Nos mudamos poco después de mi adopción. Grace quería venir a la costa Oeste, lejos de la expansión urbana descontrolada, y consiguió un trabajo en el Northwest Hospital. No tengo apenas recuerdos de entonces. A Mia la adoptaron aquí.

—¿Y Jack es de Detroit?

—Sí.

Oh...

—¿Cómo lo sabes?

—Le investigué cuando tú empezaste a trabajar para él.

Claro, cómo no...

—¿También tienes una carpeta de color marrón con información suya? —Sonrío.

Christian tuerce la boca pero consigue ocultar su diversión.

—Creo que es azul claro, de hecho. —Sigue peinándome el pelo con los dedos y eso me resulta muy tranquilizador.

—¿Y qué pone en lo que hay dentro de su carpeta?

Christian parpadea. Después baja la mano para acariciarme la mejilla.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—¿Es malo?

Se encoje de hombros.

—Me he enterado de cosas peores —dice.

¡No! ¿Es algo sobre él? Vuelve a mi mente la imagen del niño sucio, asustado y perdido que fue Christian. Me acurruco un poco más contra él y le abrazo más fuerte, cubriéndole con la sábana y apoyando mi mejilla contra su pecho.

—¿Qué pasa? —pregunta desconcertado por mi reacción.

—Nada —le respondo.

—No, no, esto tiene que funcionar en las dos direcciones, Ana. ¿Qué te pasa?

Levanto la cabeza y estudio su expresión aprensiva. Vuelvo a poner la mejilla sobre su pecho y decido que tengo que decírselo.

—A veces te imagino como el niño que fuiste... antes de venir a vivir con los Grey.

Christian se tensa.

—No hablaba de mí. No quiero que sientas lástima por mí, Anastasia. Esa parte de mi vida ya no está. Se acabó.

—No siento lástima —le aclaro consternada—. Es compasión y dolor. Dolor de que alguien haya podido

hacerle eso a un niño. —Inspiro hondo porque noto que me da un vuelco el estómago y que vuelven a llenárseme los ojos de lágrimas—. Y esa parte de tu vida sí que está, Christian, ¿cómo puedes decir eso? Vives con tu pasado todos los días. Tú mismo me lo has dicho, las cincuenta sombras más, ¿recuerdas? —le digo con voz apenas audible.

Christian ríe burlón y se pasa la mano libre por el pelo, pero sigue en silencio y tenso debajo de mí.

—Sé que por eso necesitas controlarme. Mantenerme segura.

—Pero tú eliges desafiarme —dice frustrado y su mano para de acariciarme el pelo.

Frunzo el ceño. Demonios... ¿lo estará haciendo deliberadamente? Mi subconsciente se quita las gafas y muerde una patilla. Después frunce los labios y asiente. La ignoro. Qué confuso es todo: soy su mujer, no su sumisa. Tampoco soy como una empresa que ha comprado. No soy la puta adicta al crack que fue su madre... Joder. Solo de pensarlo me pongo enferma. Recuerdo las palabras del doctor Flynn: «Limítate a seguir haciendo lo que estás haciendo, Christian está perdidamente enamorado. Es una delicia verlo».

Y eso es lo que hago. Estoy haciendo lo que he hecho siempre. ¿No es eso lo que le gustó de mí en un primer momento?

Oh, este hombre es tan confuso...

—El doctor Flynn me dijo que debía darte el beneficio de la duda. Y creo que lo he hecho, aunque no estoy segura. Tal vez es mi manera de traerte al aquí y al ahora, de mantener las distancias con tu pasado —le

susurro—. No lo sé. Pero parece que no puedo calibrar si vas a reaccionar exageradamente y cuánto.

Se queda callado un momento.

—Joder con Flynn —dice para sí.

—Me dijo que debía seguir comportándome de la misma forma que siempre contigo.

—¿Eso te dijo? —pregunta Christian con sequedad.

Vale, ahí vamos.

—Christian, sé que querías a tu madre y no pudiste salvarla. Pero eso no era responsabilidad tuya. Y yo no soy tu madre.

Él se pone tenso otra vez.

—No sigas por ahí —me advierte.

—No, escúchame, por favor. —Levanto la cabeza para mirarle a los ojos llenos de miedo. Está conteniendo la respiración. Oh, Christian... Se me encoge el corazón—. Yo no soy ella. Soy más fuerte que ella. Y te tengo a ti, que eres mucho más fuerte ahora, y sé que me quieres. Y yo también te quiero —le susurro.

Arruga la frente porque no son las palabras que esperaba.

—¿Todavía me quieres? —me pregunta.

—Claro que te quiero. Christian, te querré siempre. No importa lo que me hagas. —¿Es esta seguridad lo que quiere oír?

Deja escapar el aire y cierra los ojos, tapándose la cara con el brazo de nuevo y abrazándome más fuerte.

—No te escondas de mí. —Levanto la mano y le cojo la suya. Después tiro para que aparte el brazo de su

cara—. Llevas toda tu vida escondiéndote. No lo hagas ahora, no te escondas de mí.

Me mira con incredulidad y frunce el ceño.

—¿Me escondo?

—Sí.

Cambia de postura de repente, se pone de lado y me obliga a moverme para que quede tumbada a su lado sobre la cama. Acerca la mano, me aparta el pelo de la cara y me lo coloca detrás de la oreja.

—Antes me has preguntado si te odiaba. No entendí entonces por qué, pero ahora...

Él se detiene y me mira como si yo fuera un enigma.

—¿Todavía crees que te odio? —pregunto con voz incrédula.

—No —dice negando a la vez con la cabeza—. Ahora no. —Parece aliviado—. Pero necesito saber algo... ¿Por qué has dicho la palabra de seguridad, Ana?

Palidezco. ¿Qué puedo decirle? Que me ha asustado. Que no sabía si iba a parar. Que le supliqué y no paró. Que no quería que las cosas fueran subiendo de intensidad como... como aquella vez en esta misma habitación. Me estremezco al recordar cómo me azotó con el cinturón.

Trago saliva.

—Porque... Porque estabas tan enfadado y tan distante y tan... frío. No sabía lo lejos que podías llegar.

Su expresión no revela nada.

—¿Ibas a dejarme llegar al orgasmo? —pregunto con la voz apenas un susurro y siento que me sonrojo, pero le sostengo la mirada.

—No —confiesa por fin.

Maldita sea.

—Eso es... cruel.

Me roza la mejilla suavemente con los nudillos.

—Pero efectivo —murmura. Me mira como si intentara ver mi alma y los ojos se le oscurecen. Después de una eternidad dice—: Me alegro de que lo hicieras.

—¿Ah, sí?

Sus labios forman una sonrisa triste.

—Sí. No quiero hacerte daño. Me dejé llevar. — Se acerca y me da un beso—. Me perdí en el momento. —Vuelve a besarme—. Me pasa mucho contigo.

¿Oh? Y por alguna extraña razón la idea me gusta... Sonríe. ¿Por qué me hace feliz eso? Él también sonríe.

—No sé por qué sonrío, señora Grey.

—Yo tampoco.

Me envuelve con su cuerpo y apoya la cabeza en mi pecho. Ahora somos una maraña de extremidades desnudas, con vaqueros y seda de la sábana. Le acaricio la espalda con una mano y el pelo con la otra. Suspira y se relaja en mis brazos.

—Eso significa que puedo confiar en ti, en que me detendrás. Nunca he querido hacerte daño — murmura—. Necesito... —dice, pero se detiene.

—¿Qué necesitas?

—Necesito control, Ana. Igual que te necesito a ti. Solo puedo funcionar así. No puedo dejarme llevar. No puedo. Lo he intentado... Y bueno, contigo... —Sacude la cabeza por la exasperación.

Trago saliva. Ese es el núcleo de nuestro dilema: su necesidad de control y su necesidad de mí. Me niego a creer que son mutuamente excluyentes.

—Yo también te necesito —le susurro, abrazándole más fuerte—. Lo intentaré, Christian. Intentaré tener más consideración contigo.

—Quiero que me necesites —susurra.

¡Dios!

—¡Pero si te necesito! —digo con mucha pasión. Le necesito tanto... Le quiero tanto.

—Quiero cuidarte.

—Y lo haces. Siempre. Te he echado mucho de menos cuando estabas fuera...

—¿Ah, sí? —Sueno sorprendido.

—Sí, claro. Odio que te vayas y me dejes sola.

Noto su sonrisa.

—Podrías haber venido conmigo.

—Christian, por favor. No resucitemos esa discusión. Quiero trabajar.

Suspira y yo le peino suavemente con los dedos.

—Te quiero, Ana.

—Yo también te quiero, Christian. Siempre te querré.

Y los dos nos quedamos tumbados, disfrutando de la calma tras la tormenta. Y escuchando el latido rítmico de su corazón, me dejo llevar por el sueño, exhausta.

Me despierto sobresaltada y desorientada. ¿Dónde estoy? En el cuarto de juegos. Las luces todavía están encendidas e iluminan tenuemente las paredes

rojo sangre. Christian gime otra vez y me doy cuenta de que eso es lo que me ha despertado.

—No —lloriquea. Está tumbado a mi lado, con la cabeza hacia atrás, los párpados apretados y la cara crispada por la angustia.

Maldita sea, está teniendo una pesadilla.

—¡No! —grita.

—Christian, despierta. —Me incorporo con dificultad, apartando la sábana de una patada. Me pongo de rodillas a su lado, le cojo por los hombros y le sacudo. Se me saltan las lágrimas—. Christian, por favor, ¡despierta!

Abre los ojos de golpe, grises y salvajes, las pupilas dilatadas por el miedo. Me mira con los ojos vacíos.

—Christian, era una pesadilla. Estás en casa. Estás seguro.

Parpadea, mira a su alrededor muy nervioso y frunce el ceño al ver dónde está. Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos.

—Ana —jadea y sin más preámbulos me coge la cara con las dos manos, me acerca a su pecho y me besa con pasión. Su lengua me invade la boca y sabe a desesperación y a necesidad. Sin darme apenas un momento para respirar, rueda sin separar sus labios de los míos hasta quedar encima de mí, apretándome contra el duro colchón de la cama de cuatro postes. Con una de las manos me agarra la mandíbula mientras con la otra me sujeta la cabeza para mantenerme quieta. Me separa las piernas con la rodilla y se recuesta, todavía con los vaqueros puestos, entre mis muslos—. Ana — repite como si no pudiera creerse que estoy allí con él.

Me mira durante una fracción de segundo, lo que me da un momento para respirar, pero de nuevo sus labios se fusionan con los míos, saqueándome la boca y quedándose con todo lo que tengo para dar. Gime fuerte y flexiona la cadera para acercarla a la mía. Su erección cubierta por la tela de los vaqueros presiona mi carne suave. Oh... Gimo y toda la tensión sexual reprimida durante los anteriores intentos fallidos resurge con fuerza, llenando mi sistema de deseo y necesidad. Todavía controlado por sus demonios, Christian me besa con pasión la cara, los ojos, las mejillas y la línea de la mandíbula.

—Estoy aquí —le susurro intentando calmarle mientras nuestros jadeos calientes se mezclan. Me agarro a sus hombros y muevo la pelvis contra la suya para animarle.

—Oh, Ana —jadea con la voz baja y ronca—. Te necesito.

—Yo también te necesito —le susurro con urgencia, con el cuerpo desesperado por sentir su contacto. Le deseo. Le deseo ahora. Quiero curarle. Quiero curarme a mí... lo necesito. Baja la mano y se ocupa de los botones de la bragueta. Los desabrocha en un segundo y libera su erección.

Madre mía. Y eso que hace menos de un minuto estaba dormido...

Se levanta y me mira fijamente durante un segundo, suspendido en el aire sobre mí.

—Sí. Por favor —le pido con la voz ronca y llena de necesidad.

Y con un movimiento rápido entra hasta el fondo de mí.

—¡Ah! —grito, no de dolor, sino de sorpresa por su rapidez.

Gruñe y vuelve a pegar sus labios a los míos mientras me empuja una y otra vez, su lengua poseyéndome con la misma intensidad. Sus movimientos son frenéticos por culpa del miedo, la lujuria, el deseo y... ¿el amor? No lo sé, pero yo voy a su encuentro en todas las embestidas, una tras otra, recibéndole agradecida.

—Ana —dice con dificultad y alcanza el orgasmo con mucha fuerza, derramándose en mi interior, con la cara tensa y el cuerpo rígido antes de caer con todo su peso sobre mí jadeando... y me deja a mí muy cerca... otra vez.

Maldita sea. Esta no es mi noche, definitivamente. Le abrazo y respiro todo lo hondo que puedo, casi retorciéndome por la necesidad debajo de su cuerpo. Sale de mí y me abraza durante unos minutos... demasiados. Finalmente sacude la cabeza y se apoya sobre los codos, quitándome de encima parte de su peso. Me mira como si me estuviera viendo por primera vez.

—Oh, Ana. Por Dios... —Se acerca y me da un beso tierno.

—¿Estás bien? —le pregunto acariciándole su adorable rostro. Asiente, pero parece agitado y muy asustado. Mi pobre niño perdido. Frunce el ceño y me mira intensamente a los ojos como si acabara de registrar por fin dónde está.

—¿Y tú? —me pregunta con voz preocupada.

—Mmm... —Me retuerzo un poco debajo de él y un segundo después sonrío, una sonrisa lenta y carnal.

—Señora Grey, veo que tiene necesidades — murmura. Me da un beso rápido y se baja de la cama.

Se arrodilla en el suelo al borde de la cama y extiende las manos, me coge justo por encima de las rodillas y tira de mí hacia él hasta que mi culo queda justo al borde de la cama.

—Siéntate. —Me esfuerzo para hacerlo y el pelo me rodea como un velo, cayéndome hasta los pechos. Sus ojos grises no se apartan de los míos mientras me separa las piernas todo lo posible. Yo me apoyo en las manos porque sé muy bien lo que va a hacer. Pero... él solo... mmm...

—Eres tan preciosa, Ana —me dice y veo como baja la cabeza cobriza y empieza a subir por mi muslo derecho sin dejar de darme besos.

Todo mi cuerpo se tensa por la anticipación. Levanta la vista para mirarme y advierto que los ojos se le oscurecen detrás de las largas pestañas.

—Mírame —dice y al segundo siguiente noto su boca sobre mi carne.

Oh, Dios mío. Grito y siento que todo el mundo se concentra en el punto donde se unen mis muslos. Joder, y es tan erótico mirarle, ver su lengua acariciando lo que parece la parte más sensible de mi cuerpo. No tiene clemencia a la hora de provocarme, excitarme y adorarme. Noto que mi cuerpo se tensa y los brazos empiezan a temblarme por el esfuerzo de mantenerme erguida.

—No... ¡Ah! —Es lo único que puedo decir. Christian introduce lentamente el dedo corazón en mi interior y ya no puedo aguantar más; me dejo caer sobre la cama y disfruto del contacto de su dedo y de su boca

por dentro y por fuera de mi cuerpo. Empieza a masajearme ese punto tan dulce de mi interior lenta, suavemente. Y un segundo después, me atrapa el orgasmo. Exploto gritando su nombre en una rendición incoherente cuando el intenso orgasmo me hace arquearme tanto que me separo de la cama. Creo que llego incluso a ver las estrellas. Es una sensación tan primitiva, tan visceral... Soy vagamente consciente de que me está acariciando el vientre con la nariz y dándome besos suaves. Extiendo la mano y le acaricio el pelo.

—No he acabado contigo todavía —me asegura. Y antes de que me dé tiempo a volver del todo a Seattle, planeta tierra, me agarra por las caderas y tira de mí hasta sacarme de la cama, arrastrarme hasta donde él está arrodillado, y colocarme en su regazo sobre su erección que me espera.

Doy un respingo cuando noto que me llena. Por Dios...

—Oh, nena... —jadea a la vez que me rodea con los brazos y se queda quieto. Me acaricia la cabeza y me besa la cara. Mueve la cadera y noto relámpagos de placer calientes y poderosos que surgen de lo más profundo de mí. Él me agarra del culo y me levanta. Después proyecta su sexo hacia arriba.

—Ah —gimo y siento sus labios sobre los míos otra vez mientras sube y baja muy despacio, oh, tan despacio... arriba y abajo. Le abrazo el cuello y me rindo al ritmo cadencioso. Me dejo llevar a donde quiera que él me lleve. Flexiono los muslos y cabalgo sobre él... Me hace sentir tan bien. Me echo hacia atrás y dejo caer la cabeza. Abro la boca todo lo que puedo en una expresión

silenciosa de mi placer y disfruto de esa forma tan dulce que tiene de hacer el amor.

—Ana —dice en un jadeo y se acerca para besarme la garganta. Me agarra con fuerza y sigue entrando y saliendo lentamente, acercándose... cada vez más y más... con ese ritmo tan exquisito; una fuerza carnal fluida. Un placer delicioso irradia desde lo más profundo mientras él me abraza tan íntimamente—. Te quiero, Ana —me susurra al oído con voz baja y ronca y vuelve a levantarme... Arriba y abajo, arriba y abajo. Le rodeo la nuca con una mano y deslizo los dedos entre su pelo.

—Yo también te quiero, Christian. —Abro los ojos y lo encuentro mirándome y todo lo que veo es su amor que brilla con fuerza en la tenue luz del cuarto de juegos. Parece que su pesadilla ha quedado olvidada. Y cuando empiezo a sentir que mi cuerpo se está acercando a la liberación, me doy cuenta de que esto es lo que quería: esta conexión, esta demostración de nuestro amor.

—Córrete para mí, nena —me pide en voz muy baja. Cierro los párpados con fuerza y mi cuerpo se tensa al oír el sonido de su voz. Entonces me dejo llevar por el clímax y me corro en una espiral poderosa e intensa. Él se queda quieto con la frente apoyada contra la mía y susurra mi nombre muy bajito, me abraza y también se abandona al orgasmo.

Me levanta con cuidado y me tumba en la cama. Me quedo tumbada en sus brazos, agotada y al fin satisfecha. Christian me acaricia el cuello con la nariz.

—¿Mejor ahora? —me pregunta en un susurro.

—Mmm.

—¿Nos vamos a la cama o quieres dormir aquí?

—Mmm.

—Señora Grey, hábleme —pide divertido.

—Mmm.

—¿Eso es todo lo que puedes articular?

—Mmm.

—Vamos, te voy a llevar a la cama. No me gusta dormir aquí.

Me muevo a regañadientes y me giro para mirarlo.

—Espera —le digo. Me mira y parpadea, los ojos muy abiertos e inocentes. Se le ve satisfecho—. ¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente sonriendo travieso como un adolescente.

—Ahora sí.

—Oh, Christian. —Frunzo el ceño y le acaricio su preciosa cara—. Te preguntaba por la pesadilla.

Su expresión se tensa un instante y después cierra los ojos y me abraza con más fuerza, escondiendo la cara en mi cuello.

—No —dice en un susurro ronco.

Me da un vuelvo el corazón y yo también le abrazo fuerte y le acaricio la espalda y el pelo.

—Lo siento —digo alarmada por su reacción. Maldita sea, ¿cómo puedo saber cómo va a reaccionar con estos cambios de humor? ¿De qué iba la pesadilla? No quiero causarle más dolor haciéndole revivir los detalles—. No pasa nada —murmuro suavemente, deseando que vuelva a ser el niño juguetón de hace un momento—. No pasa nada —repito tranquilizadora.

—Vamos a la cama —me dice en voz baja un momento después.

Se aparta de mí, dejándome vacía y necesitada de su contacto, y se levanta de la cama. Yo también me levanto, envuelta en la sábana de seda, y me agacho para recoger mi ropa.

—Déjala —me dice, y antes de que me dé cuenta me coge en brazos—. No quiero que tropieces con esa sábana y te rompas el cuello. —Le rodeo con los brazos, asombrada de que ya haya recobrado la compostura, y le acaricio con la nariz mientras me lleva al dormitorio en el piso de abajo.

Abro los ojos de par en par. Algo no está bien. Christian no está en la cama, aunque aún es de noche. Miro el despertador y veo que son las tres y veinte de la madrugada. ¿Dónde está Christian? Entonces oigo el piano.

Salgo rápidamente de la cama, cojo la bata y corro por el pasillo hasta el salón. La melodía que está tocando es muy triste, un lamento acongojado que ya he le oído tocar antes. Me paro en el umbral y le contemplo en medio del círculo de luz mientras la música dolorosamente lastimera llena la habitación. Termina de tocar y vuelve a empezar la misma pieza. ¿Por qué una melodía tan triste? Me abrazo el cuerpo y escucho lo que toca embelesada. Christian, ¿por qué algo tan triste? ¿Es por mí? ¿Yo te he provocado esto? Cuando termina y va a empezarla una tercera vez, ya no puedo soportarlo más. No levanta la cabeza cuando me acerco al piano, pero se aparta un poco para que pueda sentarme a su lado en la banqueta. Sigue tocando y yo apoyo mi cabeza en su hombro. Me da un beso en el pelo, pero no

deja de tocar hasta que termina la pieza. Le miro y descubro que él también me está mirando cauteloso.

—¿Te he despertado? —me pregunta.

—Me ha despertado que no estuvieras. ¿Cómo se llama esa pieza?

—Es Chopin. Es uno de sus preludios en *mi* menor. —Christian se detiene un momento—. Se llama *Asfixia*...

Estiro el brazo y le cojo la mano.

—Te ha alterado mucho todo esto, ¿eh?

Ríe burlonamente.

—Un gilipollas trastornado ha entrado en mi piso para secuestrar a mi mujer. Ella no hace nunca lo que le dicen. Me vuelve loco. Utiliza la palabra de seguridad conmigo. —Cierra los ojos brevemente y cuando vuelve a abrirlos su mirada es dura y salvaje—. Sí, todo esto me tiene un poco alterado.

Le aprieto la mano.

—Lo siento.

Él apoya su frente contra la mía.

—He soñado que estabas muerta —me susurra.

—¿Qué?

—Tirada en el suelo, muy fría, y no te despertabas.

Oh, Cincuenta...

—Oye... Solo ha sido un mal sueño. —Le rodeo la cabeza con las manos. Sus ojos arden cuando le miro y la angustia que hay en ellos es terrible—. Estoy aquí y solo estoy fría cuando no estás conmigo en la cama. Vamos a la cama, por favor. —Le cojo la mano y me pongo de pie. Espero un momento para ver si me sigue. Por fin se pone de pie también. Lleva solo los pantalones

del pijama, de esa forma holgada que hace que tenga unas ganas tremendas de meterle los dedos por debajo de la cinturilla... Pero me resisto y le llevo de nuevo al dormitorio.

Cuando me despierto, Christian está acurrucado junto a mí, durmiendo plácidamente. Me relajo y disfruto de su calor que me envuelve, piel contra piel. Me quedo muy quieta porque no quiero perturbar su sueño.

Dios, qué noche. Siento como si me hubiera arrollado un tren; el tren de mercancías que es mi marido. Es difícil de creer que el hombre que está tumbado a mi lado y que parece tan sereno y tan joven cuando duerme, era anoche una persona profundamente torturada... y profundamente torturadora por mí. Miro al techo y se me ocurre que siempre he pensado en Christian como alguien muy fuerte y muy dominante, cuando en realidad es tan frágil, mi pobre niño perdido... Y lo más irónico es que él me ve a mí como alguien frágil (y yo no creo que lo sea). Yo soy la fuerte en comparación con él.

Pero ¿tengo suficiente fuerza para los dos? ¿Suficiente para hacer lo que me dice y proporcionarle así un poco de serenidad mental? Suspiro. No me está pidiendo tanto. Repaso nuestra conversación de anoche. ¿Hemos decidido algo aparte de que ambos vamos a intentarlo con más ahínco? Lo importante de todo es que quiero a este hombre y necesito establecer un rumbo que nos sirva a ambos. Uno que me permita mantener mi integridad y mi independencia y a la vez seguir siendo lo que soy para él. Soy su más y él es mío. Decido hacer

un esfuerzo especial este fin de semana para no darle ninguna causa de preocupación.

Christian se revuelve, levanta la cabeza de mi pecho y me mira adormilado.

—Buenos días, señor Grey —le digo sonriendo.

—Buenos días, señora Grey. ¿Ha dormido bien?
—Se estira a mi lado.

—Una vez que mi marido dejó de aporrear el piano, sí.

Me dedica esa sonrisa tímida y yo me derrito.

—¿Aporrear? Tengo que escribirle un correo a la señorita Kathie para decirle eso que me has dicho.

—¿La señorita Kathie?

—Mi profesora de piano.

Suelto una risita.

—Me encanta ese sonido —me dice—. ¿Vamos a ver si hoy tenemos un día mejor?

—Vale —le digo—. ¿Qué quieres hacer?

—Después de hacerle el amor a mi mujer y que ella me prepare el desayuno, quiero llevarte a Aspen.

Le miro boquiabierta.

—¿Aspen?

—Sí.

—¿Aspen, Colorado?

—El mismo. A menos que lo hayan movido. Después de todo, pagaste veinticuatro mil dólares por la experiencia de pasar un fin de semana allí.

Le sonrío.

—Los pagué, pero era tu dinero.

—Nuestro dinero.

—Era solo tu dinero cuando hice la puja. —Pongo los ojos en blanco.

—Oh, señora Grey... Usted y su manía de poner los ojos en blanco —me susurra mientras su mano recorre mi muslo.

—¿No hacen falta muchas horas para llegar a Colorado? —pregunto para distraerle.

—En jet no —dice dulcemente cuando su mano llega a mi culo.

Claro, mi marido tiene un jet, ¿cómo puedo haberlo olvidado? Su mano sigue ascendiendo por mi cuerpo, subiéndome el camisón en su camino, y pronto se me olvida todo.

Taylor nos lleva en coche hasta la pista de aterrizaje del aeropuerto de Seattle y después hasta el sitio justo donde nos espera el jet de Grey Enterprises Holdings, Inc. Es un día gris en Seattle, pero me niego a dejar que el tiempo me estropee el buen humor. Christian también está de mejor humor. Está entusiasmado por algo: se le ve tan ansioso como en Navidad y a punto de explotar, como un niño con un gran secreto. Me pregunto qué habrá preparado. Se le ve risueño con el pelo alborotado, la camiseta blanca y los vaqueros negros. Hoy no parece en absoluto el presidente de la empresa que es. Me coge la mano cuando Taylor se detiene al pie de la escalerilla del jet.

—Tengo una sorpresa para ti —me susurra y me da un beso en los nudillos.

Le sonrío.

—¿Una sorpresa buena?

—Eso espero. —Me sonrío tiernamente.

Mmm, ¿qué puede ser?

Sawyer salta del asiento delantero y me abre la puerta. Taylor abre la de Christian y después saca nuestras maletas del maletero. Encontramos a Stephan al final de la escalerilla cuando entramos al avión. Miro al puente de mando y veo a la primera oficial Beighley accionando interruptores en el impresionante panel de mando.

Christian y Stephan se dan la mano.

—Buenos días, señor. —Stephan sonrío.

—Gracias por hacer esto avisándote con tan poca antelación. —Christian le responde también con una sonrisa—. ¿Han llegado nuestros invitados?

—Sí, señor.

¿Invitados? Me vuelvo y me quedo con la boca abierta. Kate, Elliot, Mia y Ethan me sonrían desde los asientos color crema. ¡Uau! Me vuelvo para mirar a Christian.

—¡Sorpresa! —exclama.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién? —murmuro incoherente, intentando contener el placer y el júbilo que siento.

—Me has dicho que no ves a tus amigos todo lo que querrías. —Se encoge de hombros y me dedica una media sonrisa de disculpa.

—Oh, Christian, gracias. —Le rodeo el cuello con los brazos y le doy un buen beso delante de todos. Él me pone las manos en las caderas, engancha los pulgares en las trabillas para el cinturón de mis vaqueros y hace el beso más profundo.

Oh, madre mía...

—Sigue así y acabaré arrastrándote al dormitorio —me avisa Christian.

—No te atreverás —le susurro junto a los labios.

—Oh, Anastasia... —Sonríe y niega con la cabeza. Me suelta sin previo aviso, se agacha, me agarra los muslos y me levanta en el aire para colgarme después de uno de sus hombros.

—¡Christian, bájame! —le digo dándole un azote en el culo.

Veo la sonrisa de Stephan un instante antes de que se vuelva para entrar en el puente de mando. Taylor está de pie en el umbral intentando ocultar su sonrisa. Ignorando mis súplicas y mis forcejeos, Christian cruza la estrecha cabina pasando junto a Ethan y Mia, que están sentados uno frente a otro, y después junto a Kate y Elliot, que está chillando como un mono enloquecido.

—Si me disculpáis —dice dirigiéndose a nuestros cuatro invitados—. Tengo que hablar de algo con mi mujer en privado.

—¡Christian! —grito de nuevo—. ¡Bájame!

—Todo a su tiempo, nena.

Veo un segundo a Mia, Kate y Elliot riéndose. ¡Maldición! Esto no es divertido, es embarazoso. Ethan nos mira fijamente con la boca abierta y totalmente asombrado mientras desaparecemos por la puerta del dormitorio.

Christian cierra la puerta detrás de él, me suelta y me baja pegada a su cuerpo lentamente de forma que puedo sentir todos sus músculos y tendones. Me sonrío con esa sonrisa de adolescente, muy orgulloso de sí mismo.

—Menudo espectáculo, señor Grey. —Cruzo los brazos y le miro con fingida indignación.

—Ha sido divertido, señora Grey. —Su sonrisa se amplía. Oh, mi niño. Se le ve tan joven...

—¿Y piensas seguir con esto? —le pregunto arqueando una ceja, no muy segura de cómo me hace sentir eso; los otros nos van a oír, por todos los santos... De repente me siento tímida. Miro nerviosa la cama y siento que me ruborizo al recordar nuestra noche de bodas. Hablamos tanto ayer e hicimos tantas cosas... Siento como si hubiera superado un obstáculo desconocido. Pero ese es precisamente el problema: que es desconocido. Mis ojos encuentran la intensa pero divertida mirada de Christian y no soy capaz de mantener la expresión seria. Su sonrisa es demasiado contagiosa.

—Creo que sería muy maleducado dejar a los invitados esperando —me dice dulcemente acercándose a mí. ¿Cuándo ha empezado a importarle lo que piense la gente? Doy un paso atrás y me encuentro con la pared del dormitorio. Me tiene aprisionada y el calor de su cuerpo me mantiene en el sitio. Se inclina y me acaricia la nariz con la suya.

—¿Ha sido una sorpresa buena? —me pregunta con un punto de ansiedad en la voz.

—Oh, Christian, ha sido fantástica. —Le subo las manos por el pecho, las entrelazo en su nuca y le doy otro beso.

—¿Cuándo has organizado esto? —le pregunto separándome de él y acariciándole el pelo.

—Anoche, cuando no podía dormir. Le escribí correos a Elliot y a Mia y aquí están.

—Ha sido muy considerado por tu parte. Gracias. Seguro que nos lo vamos a pasar bien.

—Eso espero. He pensado que sería más fácil evitar a la prensa en Aspen que en casa.

¡Los paparazzi! Claro, tiene razón. Si nos hubiéramos quedado en el Escala, tendríamos que estar encerrados. Un estremecimiento me recorre la espalda al recordar los disparos de las cámaras y los fogonazos de los flashes de los fotógrafos que Taylor ha conseguido esquivar esta mañana.

—Vamos. Será mejor que nos sentemos. Stephan va a despegar dentro de poco. —Me tiende la mano y los dos volvemos a la cabina.

Elliot nos vitorea al entrar.

—Eso sí que es un servicio aéreo rápido — bromea.

Christian le ignora.

—Señoras y caballeros, por favor, ocupen sus asientos porque en breves momentos vamos a comenzar la maniobra de despegue. —La voz de Stephan resuena, tranquila y autoritaria, a través de los altavoces de la cabina.

La mujer de pelo castaño (mmm... ¿Natalie?) que nos atendió durante el vuelo en nuestra noche de bodas aparece por el pasillo y recoge las tazas de café vacías. ¡Natalia! Se llama Natalia.

—Buenos días, señor y señora Grey —dice con voz melosa. ¿Por qué me hace sentir incómoda? Tal vez sea porque tiene el pelo castaño. Como él mismo ha reconocido, Christian no suele emplear a chicas castañas porque las encuentra atractivas. Christian le dedica a Natalia una sonrisa educada y se sienta frente a Elliot y Mia. Yo le doy un abrazo breve a Kate y a Mia y saludo con la mano a Ethan y a Elliot antes de sentarme al lado

de Christian y abrocharme el cinturón. Él me pone la mano en la rodilla y me da un apretón cariñoso. Parece relajado y feliz aunque estamos con gente. Sin darme cuenta me pregunto por qué no puede ser siempre así, nada controlador.

—Espero que hayas metido en la maleta las botas de senderismo —me dice con voz cariñosa.

—¿No vamos a esquiar?

—Puede que eso resulte un poco difícil, dado que estamos en agosto —me explica divertido.

Oh, claro.

—¿Sabes esquiar, Ana? —nos interrumpe Elliot.

—No.

Christian me suelta la rodilla y me coge la mano.

—Seguro que mi hermano pequeño puede enseñarte. —Elliot me guiña un ojo—. Es bastante rápido en las pendientes, también.

No puedo evitar sonrojarme. Miro a Christian, que está mirando a Elliot impasible, pero creo que es para no demostrar que le hace gracia. El avión empieza a moverse y se dirige hacia la pista de despegue.

Natalia nos explica las instrucciones de seguridad del avión con voz clara y resonante. Lleva una bonita camisa azul marino de manga corta, una falda lápiz a juego y el maquillaje impecable. Es muy guapa, sí. Mi subconsciente levanta una ceja perfectamente depilada dirigida a mí.

—¿Estás bien? —me pregunta Kate—. Después de todo el asunto de Hyde, quiero decir.

Asiento. No quiero hablar de Hyde, ni siquiera pensar en él, pero Kate parece tener otros planes.

—¿Y por qué se volvió majareta? —pregunta yendo directamente al grano con su inimitable estilo. Se aparta el pelo, preparándose para indagar más a fondo.

Mirándola con frialdad, Christian se encoge de hombros.

—Porque le despedí —dice directamente.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —Kate ladea la cabeza y veo que acaba de ponerse en modo señorita Marple.

—Porque me acosó sexualmente e intentó chantajearme —le digo con un hilo de voz. Intento darle una patada a Kate por debajo de la mesa, pero fallo. ¡Mierda!

—¿Cuándo? —me pregunta Kate mirándome fijamente.

—Hace un tiempo.

—No me lo habías contado —me dice ofendida. Me encojo de hombros a modo de disculpa.

—No puede ser por eso... Su reacción ha sido demasiado extrema —prosigue Kate, pero ahora se dirige a Christian—. ¿Es mentalmente inestable? ¿Y qué pasa con la información que tenía de los miembros de la familia Grey? —Que esté interrogando a Christian de esta forma me está poniendo los pelos de punta, pero ya sabe que yo no sé nada y por eso no puede preguntarme a mí. Qué irritante.

—Creemos que hay alguna conexión con Detroit —dice Christian en voz baja. Demasiado baja.

Oh, no, Kate, por favor, déjalo estar por ahora...

—¿Hyde también es de Detroit?

Christian asiente.

El avión acelera y yo le aprieto la mano a Christian. Él me mira tranquilizador. Sabe que odio los

despegues y los aterrizajes. Me aprieta la mano y me acaricia los nudillos con el pulgar, algo que me calma.

—¿Qué sabes tú de él? —pregunta Elliot, ajeno al hecho de que estamos dentro de un pequeño jet, acelerando en la pista y a punto de subir al cielo, e igualmente ajeno a la creciente exasperación que ya le ha creado Kate a Christian. Kate se inclina hacia delante para escuchar con toda su atención.

—Os cuento esto extraoficialmente... —dice Christian dirigiéndose directamente a ella. La boca de Kate se convierte en una fina línea muy sutil. Yo trago saliva. Oh, mierda—. Sabemos poco sobre él —continúa Christian—. Su padre murió en una pelea en un bar. Su madre se ahogó en alcohol para olvidar. De pequeño no hizo más que entrar y salir de casas de acogida... Y meterse en problemas. Sobre todo robos de coches. Pasó un tiempo en un centro de menores. Su madre se rehabilitó con un programa de servicios sociales y Hyde volvió al buen camino. Al final consiguió una beca para Princeton.

—¿Princeton? —Ha despertado la curiosidad de Kate.

—Sí, es un tío listo. —Christian se encoje de hombros.

—No será tan listo si le han pillado... —murmura Elliot.

—Pero seguro que no ha podido montar esto solo... —aventura Kate.

Noto que Christian se tensa a mi lado.

—Todavía no sabemos nada —responde en voz muy baja.

Maldita sea. ¿Puede que haya alguien más por ahí colaborando con él? Me giro y miro a Christian horrorizada. Él me aprieta la mano otra vez, pero no me mira a los ojos. El avión sube con suavidad y empieza a surcar el aire y yo noto esa horrible sensación en el estómago.

—¿Qué edad tiene? —le pregunto a Christian, acercándome a él para que no nos oiga nadie. Por muchas ganas que tenga de saber lo que está pasando, no quiero animar a Kate a que siga haciendo preguntas porque sé que eso está poniendo nervioso a Christian. Además sé que él no le tiene mucha simpatía desde la noche que me arrastró al bar a tomar cócteles.

—Treinta y dos, ¿por qué?

—Curiosidad, nada más.

Veo tensión en la mandíbula de Christian.

—No quiero que tengas curiosidad por Hyde. Solo alégrate de que esté encerrado. —Es casi una reprimenda, pero decido ignorar su tono.

—¿Crees que le estaba ayudando alguien? —La idea de que puede haber alguien más implicado me asusta. Significaría que esto no ha terminado.

—No lo sé —responde Christian y vuelvo a ver esa tensión en su mandíbula.

—Tal vez sea alguien que tenga algo contra ti —le sugiero. Demonios, espero que no sea la bruja—. Como Elena, por ejemplo —continúo en un susurro. Me doy cuenta de que he dicho su nombre un poco más alto, pero solo lo ha podido oír él; tras mirar nerviosamente a Kate, compruebo que está enfrascada en una conversación con Elliot, que parece enfadado con ella. Mmm...

—Estás deseando demonizarla, ¿eh? —Christian pone los ojos en blanco y niega con la cabeza disgustado—. Es cierto que tiene algo contra mí, pero ella no haría algo así. —Me atraviesa con su mirada fija y gris—. Y será mejor que no hablemos de ella. Sé que no es tu tema de conversación favorito.

—¿Te has visto cara a cara con ella? —vuelvo a susurrarle, pero no estoy segura de querer saberlo.

—Ana, no he hablado con ella desde mi cumpleaños. Por favor, déjalo ya. No quiero hablar de ella. —Me coge la mano y me roza los nudillos con los labios. Sus ojos echan chispas, fijos en los míos, y veo que es mal momento para seguir con este tipo de preguntas.

—Buscaos una habitación, chicos —bromea Elliot—. Oh, es verdad, si ya la tenéis. Pero Christian no la ha necesitado hasta ahora.

Christian levanta la vista y fulmina a Elliot con una mirada gélida.

—Que te den, Elliot —le responde sin acritud.

—Tío, solo cuento las cosas como son. —Los ojos de Elliot brillan divertidos.

—Como si tú pudieras saberlo —murmura Christian irónicamente, arqueando una ceja.

Elliot sonrío, disfrutando del intercambio de bromas.

—Pero si te has casado con tu primera novia... —dice señalándome.

Oh, mierda. ¿Adónde quiere ir a parar con esto? Me sonrojo.

—¿Y te parece raro, viéndola? —continúa Christian dándome otro beso en la mano.

—No —ríe Elliot y niega con la cabeza.

Me ruborizo más aún y Kate le da a Elliot un manotazo en el muslo.

—Deja de ser tan gilipollas —le regaña.

—Escucha a tu chica —le dice Christian a Elliot sonriendo. Parece que su turbación de antes ha desaparecido.

Se me destaponan los oídos cuando ganamos altitud y la tensión de la cabina se disipa cuando el avión se nivela. Kate mira a Elliot con el ceño fruncido. Mmm... ¿Les pasa algo? No estoy segura.

Elliot tiene razón, de todas formas. Me río para mí por la ironía. Es verdad que soy (era) la primera novia de Christian y que ahora soy su mujer. Las quince anteriores y la maldita señora Robinson... bueno, no cuentan. Pero es obvio que Elliot no sabe nada de ellas y que Kate no se lo ha contado. Le sonrío y ella me guiña el ojo cómplice. Mis secretos están a salvo con Kate.

—Bien, señoras y caballeros, vamos a volar a una altitud de unos diez mil metros aproximadamente y el tiempo estimado de duración de nuestro vuelo es de una hora y cincuenta y seis minutos —anuncia Stephan—. Ahora ya pueden moverse libremente por la cabina, si lo desean.

Natalia sale inmediatamente de la cocina.

—¿Alguien quiere un café? —pregunta.

Aterrizamos suavemente en el Sardy Field a las 12.25, hora local. Stephan detiene el avión un poco apartado de la terminal principal y por las ventanillas veo un monovolumen Volkswagen grande esperándonos.

—Muy buen aterrizaje. —Christian sonrío y le estrecha la mano a Stephan mientras los demás nos preparamos para salir del jet.

—Todo tiene que ver con la altitud de densidad, señor —le explica Stephan sonriéndole también—. Mi compañera Beighley es muy buena con las matemáticas.

Christian le sonrío a la primera oficial de Stephan.

—Has dado en el clavo, Beighley. Un aterrizaje muy suave.

—Gracias, señor. —Ella sonrío orgullosa.

—Disfruten del fin de semana, señor y señora Grey. Les veremos mañana. —Stephan se aparta para que podamos desembarcar y Christian me coge la mano y me ayuda a bajar por la escalerilla del avión hasta donde ya está Taylor esperándonos junto al vehículo.

—¿Un monovolumen? —le pregunta Christian sorprendido cuando Taylor desliza la puerta para abrirla.

Taylor le mira con una sonrisa tensa y arrepentida y se encoge un poco de hombros.

—Cosas del último minuto, lo sé —se responde a sí mismo Christian, conforme.

Taylor vuelve al avión para sacar nuestro equipaje.

—¿Quieres que nos metamos mano en la parte de atrás del monovolumen? —me pregunta Christian con un brillo travieso en los ojos.

Suelto una risita. ¿Quién es este hombre y qué ha hecho con el señor No Puedo Estar Más Furioso de los últimos dos días?

—Vamos, pareja. Adentro —dice Mia desde detrás de nosotros. Se nota que está impaciente. Subimos, nos dirigimos como podemos al asiento doble de la parte de atrás y nos sentamos. Me acurruco contra Christian y él me rodea con el brazo y lo apoya en el respaldo del asiento detrás de mí.

—¿Cómoda? —me pregunta mientras Ethan y Mia se sientan delante.

—Sí —le digo con una sonrisa y él me da un beso en la frente. Por alguna razón que no logro entender, me siento tímida con él hoy. ¿Por qué será? ¿Por lo de anoche? ¿Porque estamos con más gente? No consigo comprenderlo.

Elliot y Kate llegan los últimos, cuando Taylor ya ha abierto el maletero para cargar las maletas. Cinco minutos después ya estamos en camino.

Miro por la ventanilla. Los árboles todavía están verdes, pero se nota que el otoño se acerca porque aquí y allá las puntas de las hojas han empezado a adquirir un tono dorado. El cielo es azul claro y cristalino, aunque se ven nubes oscuras que se acercan por el oeste. En la distancia y rodeándonos se ven las Rocosas, con su pico más alto justo delante de nosotros. Las montañas están frondosas y verdes y las cumbres cubiertas de nieve;

parece un paisaje montañoso sacado de un dibujo infantil.

Estamos en lo que en invierno es el patio de recreo de los ricos y famosos. Y yo tengo una casa aquí. Casi no me lo puedo creer. Y de repente resurge en lo más profundo de mi mente esa incomodidad familiar que aparece siempre que intento acostumbrarme a lo rico que es Christian y que me provoca dudas y me hace sentir culpable. ¿Qué he hecho yo para merecer este estilo de vida? Yo no he hecho nada, aparte de enamorarme.

—¿Has estado alguna vez en Aspen, Ana? —me pregunta Ethan girándose, y eso interrumpe mis pensamientos.

—No, es la primera vez. ¿Y tú?

—Kate y yo veníamos a menudo cuando éramos adolescentes. A papá le gusta mucho esquiar, pero a mamá no tanto.

—Yo espero que mi marido me enseñe a esquiar —digo mirándole.

—No pongas muchas esperanzas en ello —dice Christian entre dientes.

—¡No soy tan patosa!

—Podrías caerte y partirte el cuello. —Su sonrisa ha desaparecido.

Oh. No quiero discutir ni estropearle el buen humor, así que cambio de tema.

—¿Desde cuándo tienes esta casa?

—Desde hace unos dos años. Y ahora es suya también, señora Grey —me dice en voz baja.

—Lo sé —le respondo. Pero no estoy muy convencida de mis palabras. Me acerco y le doy un beso

en la mandíbula y me recuesto a su lado escuchándole reírse y bromear con Ethan y con Elliot. Mia participa en la conversación a veces, pero Kate está muy callada y me pregunto si estará rumiando la información sobre Jack Hyde o si será por alguna otra cosa. Entonces lo recuerdo. Aspen... La casa de Christian la rediseñó Gia Matteo y la reconstruyó Elliot. Me pregunto si eso será lo que tiene a Kate preocupada. No puedo preguntarle delante de Elliot, dada su historia con Gia. Pero ¿conocerá Kate la relación de Gia con esta casa? Frunzo el ceño, todavía sin saber qué le pasa, y decido que ya lo averiguaré cuando estemos solas.

Cruzamos el centro de Aspen y mi humor mejora cuando veo la ciudad. Los edificios son bajos y casi todos son de ladrillo rojo, como casitas de estilo suizo, y hay muchas casas de principios del siglo XX pintadas de colores alegres. También se ven muchos bancos y tiendas de diseñadores, lo que da una idea del poder adquisitivo de la gente que vive allí. Christian encaja perfectamente en este ambiente.

—¿Y por qué Aspen? —le pregunto.

—¿Qué? —me mira extrañado.

—¿Por qué decidiste comprar una casa aquí?

—Mi madre y mi padre nos traían aquí cuando éramos pequeños. Aprendí a esquiar aquí y me gustaba. Espero que también te guste a ti... Si no te gusta, vendemos la casa y compramos otra en otro sitio.

¡Tan fácil como eso!

Me coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—Estás preciosa hoy —me susurra.

Me sonrojo. Solo llevo ropa típica de viaje: vaqueros y una camiseta con una chaqueta cómoda azul marino. Demonios... ¿por qué me hace sentir tímida?

Me da un beso, uno tierno, dulce y con mucho amor.

Taylor sigue conduciendo hasta salir de la ciudad y después asciende por el otro lado del valle, por una carretera de montaña llena de curvas. Cuanto más subimos, más entusiasmada estoy. Pero noto que Christian se pone tenso a mi lado.

—¿Qué te pasa? —le pregunto al girar una curva.

—Espero que te guste —me confiesa—. Ya hemos llegado.

Taylor reduce la velocidad y cruza una puerta hecha de piedras grises, beis y rojas. Sigue por el camino de entrada y al final aparca delante de una casa impresionante. Tiene la fachada simétrica con tejados puntiagudos y está construida con madera oscura y esas piedras mezcladas que he visto en la entrada. Es espectacular: moderna y sobria, muy del estilo de Christian.

—Hogar, dulce hogar —me dice Christian mientras nuestros invitados empiezan a salir del coche.

—Es bonita.

—Ven a verla —me dice con un brillo a la vez entusiasmado y nervioso en los ojos, como si estuviera a punto de enseñarme su proyecto de ciencia o algo así.

Mia sube corriendo los escalones hasta donde está de pie una mujer en el umbral. Es diminuta y su pelo negro azabache está entreverado de canas. Mia le rodea el cuello con los brazos y la abraza con fuerza.

—¿Quién es? —le pregunto a Christian mientras me ayuda a salir del monovolumen.

—La señora Bentley. Vive aquí con su marido. Ellos cuidan la casa.

Madre mía, ¿más personal?

Mia está haciendo las presentaciones, primero Ethan y después Kate. Elliot también abraza a la señora Bentley. Dejamos a Taylor descargando las maletas y Christian me da la mano y me lleva hasta la puerta principal.

—Bienvenido a casa, señor Grey —le saluda la señora Bentley sonriendo.

—Carmella, esta es mi esposa, Anastasia —me presenta Christian lleno de orgullo. Pronuncia mi nombre como una caricia, haciendo que casi se me pare el corazón.

—Señora Grey. —La señora Bentley me saluda respetuosamente con la cabeza. Le tiendo la mano y ella me la estrecha. No me sorprende que sea mucho más formal con Christian que con el resto de la familia—. Espero que hayan tenido un buen vuelo. Se espera que el tiempo sea bueno todo el fin de semana, aunque no hay nada seguro —dice mirando las nubes grises cada vez más oscuras que hay detrás de nosotros—. La comida está lista y puedo servirla cuando ustedes quieran. —Vuelve a sonreír y sus ojos oscuros brillan.

Me cae bien inmediatamente.

—Ven aquí. —Christian me coge en brazos.

—Pero ¿qué haces? —chillo.

—Cruzar otro umbral con usted en brazos, señora Grey.

Sonrío mientras me lleva en brazos hasta el amplio vestíbulo. Entonces me da un beso breve y me baja con cuidado al suelo de madera. La decoración interior es muy sobria y me recuerda al salón del ático del Escala: paredes blancas, madera oscura y arte abstracto contemporáneo. El vestíbulo da paso a una gran zona de estar con tres sofás de piel de color hueso alrededor de una chimenea de piedra que preside la habitación. La única nota de color la aportan unos cojines mullidos que hay desparramados por los sofás. Mia le coge la mano a Ethan y tira de él hacia el interior de la casa. Christian mira con los ojos entornados a las dos figuras y frunce los labios. Niega con la cabeza y se vuelve hacia mí.

Kate deja escapar un silbido.

—Bonito sitio.

Miro a mi alrededor y veo a Elliot ayudando a Taylor con el equipaje. Vuelvo a preguntarme si Kate sabrá que Gia ha colaborado en la reforma de este sitio.

—¿Quieres una visita guiada? —me pregunta Christian. Lo que fuera que estuviera pensando acerca de Mia y de Ethan ya no está; ahora irradia entusiasmo, ¿o será ansiedad? Es difícil saberlo.

—Claro. —Otra vez me quedo impresionada por lo rico que es. ¿Cuánto le habrá costado esta casa? Y yo no he contribuido con nada. Brevemente me veo transportada a la primera vez que me llevó al Escala. Me quedé alucinada. Ya te acostumbrarás, me recuerda mi subconsciente.

Christian frunce el ceño pero me coge la mano y me va enseñando las habitaciones. La cocina modernísima tiene las encimeras de mármol de color

claro y los armarios negros. Hay una bodega de vinos increíble y una enorme sala abajo con una gran tele de plasma, sofás comodísimos... y mesas de billar. Las observo boquiabierta y me ruborizo cuando Christian me mira.

—¿Te apetece echar una partida? —me pregunta con un brillo malicioso en los ojos. Niego con la cabeza y él vuelve a fruncir el ceño. Me coge la mano otra vez y me lleva hasta el primer piso. Arriba hay cuatro dormitorios, cada uno con su baño incorporado.

La suite principal es algo increíble. La cama es gigantesca, más grande que la que tenemos en casa, y está frente a un mirador desde el que se ve todo Aspen y a lo lejos las frondosas montañas.

—Esa es Ajax Mountain... o Aspen Mountain, si te gusta más —dice Christian mirándome cauteloso. Está de pie en el umbral con los pulgares enganchados en las trabillas para el cinturón de sus vaqueros negros.

Yo asiento.

—Estás muy callada —murmura.

—Es preciosa, Christian. —De repente solo quiero volver al ático del Escala.

En solo cinco pasos está justo delante de mí, me agarra la barbilla y con el pulgar me libera el labio inferior que me estaba mordiendo.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta sin dejar de mirarme a los ojos, examinándolos.

—Tienes mucho dinero.

—Sí.

—A veces me sorprende darme cuenta de lo rico que eres.

—Que somos.

—Que somos —repito de forma automática.

—No te agobies por esto, Ana, por favor. No es más que una casa.

—¿Y qué ha hecho Gia aquí, exactamente?

—¿Gia? —Arquea ambas cejas sorprendido.

—Sí, ¿no fue ella quien remodeló esta casa?

—Sí. Diseñó el salón del sótano. Elliot se ocupó de la construcción. —Se pasa la mano por el pelo y me mira con el ceño fruncido—. ¿Por qué estamos hablando de Gia?

—¿Sabías que Gia tuvo un lío con Elliot?

Christian me mira durante un segundo con una expresión impenetrable.

—Elliot se ha follado a más de medio Seattle, Ana.

Me quedo boquiabierta.

—Sobre todo mujeres, por lo que yo sé —bromea Christian. Creo que le divierte ver la cara que se me ha quedado.

—¡No...!

Christian asiente.

—Eso no es asunto mío —dice levantando las manos.

—No creo que Kate lo sepa.

—Supongo que Elliot no va por ahí divulgando esa información. Aunque Kate tampoco es ninguna inocente...

Me quedo alucinada. ¿El Elliot dulce, sencillo, rubio y con ojos azules? Le miro con incredulidad.

Christian ladea a cabeza y me examina.

—Pero lo que te pasa no tiene que ver con la promiscuidad de Elliot o de Gia.

—Lo sé. Lo siento. Después de todo lo que ha pasado esta semana, es que... —Me encojo de hombros y me siento de nuevo al borde de las lágrimas.

Christian baja los hombros, aliviado. Me rodea con los brazos y me estrecha con fuerza, a la vez que entierra la nariz en mi pelo.

—Lo sé. Yo también lo siento. Vamos a relajarnos y a pasárnoslo bien, ¿vale? Aquí puedes leer, ver alguna mierda en la televisión, ir de compras, hacer una excursión... pescar incluso. Lo que tú quieras. Y olvida lo que te he dicho de Elliot. Ha sido una indiscreción por mi parte.

—Eso explica por qué siempre está bromeando contigo sobre eso —dijo acariciándole el pecho con la nariz.

—Él no sabe nada de mi pasado. Ya te lo he dicho, mi familia creía que era gay. Célibe, pero gay.

Suelto una risita y empiezo a relajarme en sus brazos.

—Yo también creía que eras célibe. Qué equivocada estaba. —Le abrazo y pienso lo ridículo que es pensar que Christian podría ser gay.

—Señora Grey, ¿se está riendo de mí?

—Un poco —reconozco—. Lo que no entiendo es por qué tienes este sitio.

—¿Qué quieres decir? —pregunta dándome un beso en el pelo.

—Tienes el barco, eso lo entiendo, y el piso en Nueva York por cosas de negocios, pero ¿por qué esta casa? Hasta ahora no tenías a nadie con quien compartirla.

Christian se queda quieto y en silencio unos segundos.

—Te estaba esperando a ti —dice en voz baja con los ojos grises y luminosos.

—Que... Que bonito lo que acabas de decirme.

—Es cierto. Aunque cuando la compré no lo sabía. —Sonríe con timidez.

—Me alegro de que esperaras.

—Ha merecido la pena esperar por usted, señora Grey. —Me levanta la barbilla, se inclina y me da un beso tierno.

—Y por ti también. —Sonríe—. Pero me siento como si hubiera hecho trampas porque yo no he tenido que esperar mucho para encontrarte.

Sonríe.

—¿Tan buen partido soy?

—Christian, tú eres como el gordo de la lotería, la cura para el cáncer y los tres deseos de la lámpara de Aladino, todo al mismo tiempo.

Levanta una ceja, incrédulo.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de eso? —le regaño—. Eras un soltero muy deseado. Y no lo digo por todo esto. —Agito la mano señalando todo el lujo que nos rodea—. Yo hablo de esto. —Y coloco la mano sobre su corazón y sus ojos se abren mucho. Ha desaparecido mi marido confiado y sexy y ahora tengo delante al niño perdido—. Créeme, Christian, por favor —le susurro y le agarro la cara con las dos manos para acercar sus labios a los míos. Gime y no sé si es porque estaba escuchando lo que le he dicho o es su respuesta primitiva habitual. Profundizo el beso moviendo los labios sobre los suyos e invadiéndole la boca con la lengua.

Cuando ambos nos quedamos sin aliento, él se aparta y me mira dubitativo.

—¿Cuándo te va a entrar en esa mollera tan dura que tienes el hecho de que te quiero? —le pregunto exasperada.

Él traga saliva.

—Algún día —dice al fin.

Eso es un progreso. Sonrío y él me recompensa con su sonrisa tímida en respuesta.

—Vamos. Comamos algo. Los demás se estarán preguntando dónde estamos. Luego hablamos de lo que queremos hacer.

—¡Oh, no! —exclama Kate de repente.

Todas las miradas se centran en ella.

—Mirad —dice señalando el mirador. Fuera ha empezado a llover a cántaros. Estamos sentados alrededor de la mesa de madera oscura de la cocina después de haber comido un festín de entremeses italianos variados preparados por la señora Bentley y haber acabado con un par de botellas de Frascati. Estoy más que llena y un poco achispada por el alcohol.

—Nos quedamos sin excursión —murmura Elliot y suena ligeramente aliviado. Kate le mira con el ceño fruncido. Sin duda les pasa algo. Se han mostrado relajados con los demás, pero no el uno con el otro.

—Podríamos ir a la ciudad —sugiere Mia. Ethan le sonrío.

—Hace un tiempo perfecto para pescar —aporta Christian.

—Yo me apunto a pescar —dice Ethan.

—Hagamos dos grupos —dice Mia juntando las manos—. Las chicas nos vamos de compras y los chicos que salgan a la naturaleza a hacer esas cosas aburridas.

Miro a Kate, que observa a Mia con indulgencia. ¿Pescar o ir de compras? Buf, vaya elección.

—Ana, ¿tú qué quieres hacer? —me pregunta Christian.

—Me da igual —miento. La mirada de Kate se cruza con la mía y vocaliza la palabra «compras». Veo que quiere hablar—. Me parece bien ir de compras —digo sonriéndoles a Kate y a Mia.

Christian sonrío burlón. Sabe que no me gusta nada ir de compras.

—Yo me quedo aquí contigo, si quieres —me dice y algo oscuro se despereza en mi interior al oír su tono.

—No, tú vete a pescar —le respondo. Christian necesita pasar un tiempo con los chicos.

—Parece que tenemos un plan —concluye Kate levantándose de la mesa.

—Taylor os acompañará —dice Christian y es una orden que no admite discusión.

—No necesitamos niñera —le responde Kate rotundamente, tan directa como siempre.

Yo le pongo la mano en el brazo a Kate.

—Kate, es mejor que venga Taylor.

Ella frunce el ceño, después se encoge de hombros y por una vez se muerde la lengua. Le sonrío tímidamente a Christian. Su expresión permanece impasible. Oh, no... Espero que no se haya enfadado con Kate.

Elliot frunce el ceño.

—Necesito ir a la ciudad a por una pila para mi reloj de pulsera. —Le lanza una mirada a Kate y se ruboriza un poco, pero ella no se da cuenta porque le está ignorando a propósito.

—Llévate el Audi, Elliot. Nos iremos a pescar cuando vuelvas —le dice Christian.

—Sí —responde Elliot, pero parece distraído—. Buen plan.

—Aquí. —Mia me agarra del brazo y me arrastra al interior de una boutique de diseño con seda rosa por todas partes y muebles rústicos envejecidos de aire francés.

Kate nos sigue mientras Taylor espera fuera, refugiándose de la lluvia bajo el toldo. Se oye a Aretha Franklin cantar «Say a Little Prayer» en el hilo musical de la tienda. Me encanta esta canción. Tengo que grabársela a Christian en el iPod.

—Este vestido te quedaría genial, Ana. —Mia me enseña una tela plateada—. Toma, Pruébatelo.

—Mmm... es un poco corto.

—Te va a quedar fantástico. Y a Christian le va a encantar.

—¿Tú crees?

Mia me sonrío.

—Ana, tienes unas piernas de muerte y si esta noche vamos a ir de discotecas —sonríe antes de dar el golpe de gracia—, con esto volverás loco a tu marido.

La miro y parpadeo un poco, perpleja. ¿Vamos a ir de discotecas? Yo no voy a discotecas.

Kate se ríe al ver mi expresión. Parece más relajada ahora que no está con Elliot.

—Deberíamos salir a bailar esta noche, sí —
apoya Kate.

—Ve y pruébatelo —me ordena Mia y yo me
encamino al probador a regañadientes.

Mientras espero a que Kate y Mia salgan del probador, me acerco al escaparate y miro afuera, al otro lado de la calle principal, sin prestar mucha atención. Las canciones de soul continúan: ahora Dionne Warwick canta «Walk on By», otra canción fabulosa y una de las favoritas de mi madre. Miro el vestido que tengo en la mano, aunque «vestido» tal vez sea demasiado decir. No tiene espalda y es muy corto, pero Mia ha decidido que es ideal y que es perfecto para bailar toda la noche. Por lo que se ve también necesito zapatos y un collar llamativo; ahora vamos en su busca. Pongo los ojos en blanco y me alegro una vez más de la suerte que tengo por contar con Caroline Acton, mi asesora personal de compras.

De repente veo a Elliot a través del escaparate. Ha aparecido al otro lado de la arbolada calle principal y sale de un Audi grande. Entra en una tienda como para refugiarse de la lluvia. Parece una joyería... tal vez sea haya ido a comparar la pila para su reloj. Sale a los pocos minutos. Pero ya no va solo: va con una mujer.

¡Joder! Es Gia. ¡Está hablando con Gia! ¿Qué demonios está haciendo ella aquí?

Mientras les observo, se dan un abrazo breve y ella echa atrás la cabeza para reírse animadamente de algo que él ha dicho. Elliot le besa en la mejilla y después corre al coche que le espera. Ella se gira y baja por la calle. Yo me quedo mirándola con la boca abierta.

¿De qué va eso? Me giro nerviosa hacia los probadores, pero todavía no hay señales de Kate ni de Mia. Después me fijo en Taylor, que sigue esperando en el exterior de la tienda. Ve que le estoy mirando y se encoge de hombros. Él también ha presenciado ese breve encuentro. Me ruborizo, avergonzada porque me han pillado espiando. Me vuelvo y Kate y Mia emergen del probador, ambas riendo. Kate me mira inquisitiva.

—¿Qué pasa, Ana? —me pregunta—. ¿Te has echado atrás con lo del vestido? Estás sensacional con él.

—Mmm... No.

—¿Estás bien? —Kate abre mucho los ojos.

—Estoy bien, ¿pagamos? —Me encamino a la caja, donde me uno a Mia, que ha elegido dos faldas.

—Buenas tardes, señora. —La joven dependienta (que lleva más brillo en los labios del que yo he visto en mi vida reunido en un solo sitio) me sonríe—. Son ochocientos cincuenta dólares.

¿Qué? ¿Por este trozo de tela? Parpadeo y le doy dócilmente mi American Express negra.

—Gracias, señora Grey —canturrea la señorita Brillo de Labios.

Durante las dos horas siguientes sigo a Kate y a Mia totalmente aturdida, manteniendo todo el tiempo una lucha conmigo misma. ¿Debería decírselo a Kate? Mi subconsciente niega con la cabeza firmemente. Sí, debería decírselo. No, mejor no. Puede haber sido simplemente un encuentro fortuito. Mierda. ¿Qué debo hacer?

—¿Te gustan los zapatos, Ana? —Mia tiene los brazos en jarras.

—Mmm... Sí, claro.

He acabado con un par de zapatos de Manolo Blahnik imposiblemente altos y con tiras que parecen hechas de cristal de espejo. Quedan perfectos con el vestido y solo le cuestan a Christian más de mil dólares. Tengo suerte con la larga cadena de plata que Kate insiste en que me compre: solo vale ochenta y cuatro dólares de nada.

—¿Empiezas a acostumbrarte a tener dinero? — me pregunta Kate sin mala intención cuando vamos de camino al coche. Mia se ha adelantado un poco.

—Ya sabes que yo no soy así, Kate. Todo esto me hace sentir incómoda. Pero si no me han informado mal, va con el lote. —La miro con los labios fruncidos y ella me rodea con un brazo.

—Te acostumbrarás, Ana —me dice para animarme—. Y vas a estar genial.

—Kate, ¿qué tal os va a ti y a Elliot? —le pregunto.

Sus ojos azules se clavan en los míos. Oh, no... Niega con la cabeza.

—No quiero hablar de eso ahora —dice señalando a Mia con la cabeza—, pero las cosas están... —Kate deja la frase sin terminar.

Esto no es propio de la Kate tenaz que yo conozco. Mierda. Sabía que estaba pasando algo. ¿Le digo lo que he visto? Pero ¿qué he visto? Elliot y la señorita Depredadora-Sexual-Bien-Arreglada hablando, dándose un abrazo y un beso en la mejilla. Seguro que no es más que un encuentro de viejos amigos. No, no se lo voy a decir. Al menos no ahora. Asiento con una expresión que dice «lo entiendo perfectamente y voy a

respetar tu privacidad». Ella me coge la mano y le da un apretón agradecido. Veo un destello de sufrimiento y dolor en sus ojos, pero ella lo oculta rápidamente con un parpadeo. De repente me siento muy protectora con mi mejor amiga. ¿A qué demonios está jugando Elliot, el gigolo, Grey?

Cuando volvemos a la casa, Kate decide que nos merecemos unos cócteles después de nuestra tarde de compras y nos hace unos daiquiris de fresa. Nos acomodamos en los sofás del salón, delante del fuego encendido.

—Elliot ha estado un poco distante últimamente —me susurra Kate, mirando las llamas. Kate y yo por fin hemos encontrado un momento para estar a solas mientras Mia guarda sus compras.

—¿Ah, sí?

—Creo que tengo problemas por haberte metido en problemas a ti.

—¿Te has enterado de eso?

—Sí. Christian llamó a Elliot y Elliot a mí.

Pongo los ojos en blanco. Oh, Cincuenta, Cincuenta, Cincuenta...

—Lo siento. Christian es muy... protector. ¿No has visto a Elliot desde el día que salimos a tomar cócteles?

—No.

—Oh.

—Me gusta mucho, Ana —me confiesa. Y durante un horrible momento pienso que va a llorar. Esto no es propio de Kate. ¿Significará esto la vuelta del pijama rosa? Kate me mira—. Me he enamorado de él. Al

principio creía que era solo el sexo, que es genial. Pero es encantador y amable y tierno y divertido. Nos veo envejeciendo juntos con, ya sabes... hijos, nietos... todo.

—El «fueron felices y comieron perdices» —le susurro.

Asiente con tristeza.

—Creo que deberías hablar con él. Busca un momento para estar solos y descubre qué le preocupa.

O quién, me recuerda mi subconsciente. La aparto de un manotazo, sorprendida de lo rebeldes que son mis propios pensamientos.

—¿Por qué no vais a dar un paseo mañana por la mañana?

—Ya veremos.

—Kate, no me gusta nada verte así.

Me sonrío un poco y me acerco para abrazarla. Decido no contarle lo de Gia, aunque puede que le pregunte directamente al gigolo. ¿Cómo puede estar jugando con los sentimientos de mi amiga?

Mia vuelve y pasamos a hablar de cosas menos comprometidas.

El fuego crepita y chisporrotea cuando le echo el último tronco. Casi nos hemos quedado sin leña. Aunque es verano, el fuego se agradece en un día húmedo como este.

—Mia, ¿sabes dónde se guarda la leña para el fuego? —le pregunto. Ella le da un sorbo al daiquiri.

—Creo que en el garaje.

—Voy a por unos cuantos troncos. Y así tengo oportunidad de explorar...

La lluvia ha parado cuando salgo y me encamino al garaje para tres coches que hay junto a la casa. La puerta lateral no está cerrada con llave, así que entro y enciendo la luz. El fluorescente cobra vida con un zumbido.

Hay un coche en el garaje; es el Audi en el que he visto a Elliot esta tarde. También hay dos motos de nieve. Pero lo que me llama la atención son dos motos de motocross, ambas de 125 cc. Los recuerdos de Ethan intentando valientemente enseñarme a conducir una el verano pasado me vienen a la mente. Me froto inconscientemente el brazo donde me hice un buen hematoma en una caída.

—¿Sabes conducir las? —oigo la voz de Elliot detrás de mí.

Me vuelvo.

—Has vuelto.

—Eso parece. —Sonríe y me doy cuenta de que Christian me respondería con las mismas palabras, pero no con esa enorme sonrisa arrebatadora—. ¿Sabes?

¡Gigolo!

—Algo así.

—¿Quieres que te dé una vuelta?

Río burlonamente.

—Mmm... no. No creo que a Christian le gustara nada que hiciera algo así.

—Christian no está aquí. —Elliot muestra una media sonrisa (oh, parece que es un rasgo de familia) y señala a nuestro alrededor para indicar que estamos solos. Se acerca a la moto más cercana, pasa una pierna enfundada en un vaquero por encima del asiento, se acomoda y coge el manillar.

—Christian tiene... preocupaciones por mi seguridad. No debería.

—¿Siempre haces lo que él te dice? —Elliot tiene una chispa traviesa en sus ojos azules de bebé y puedo ver un destello del chico malo... el chico malo del que se ha enamorado Kate. El chico malo de Detroit.

—No. —Arqueo una ceja reprobatoria en su dirección—. Pero intento no complicarle la vida. Ya tiene bastantes preocupaciones sin que yo le dé ninguna más. ¿Ha vuelto ya?

—No lo sé.

—¿No has ido a pescar?

Elliot niega con la cabeza.

—Tenía que resolver unos asuntos en la ciudad.

¡Asuntos! ¡Vaya! ¡Asuntos rubios y muy bien arreglados! Inspiro bruscamente y le miro con la boca abierta.

—Si no quieres conducir, ¿qué haces en el garaje? —me pregunta Elliot intrigado.

—He venido a buscar leña para el fuego.

—Oh, ahí estás... ¡Elliot! Ya has vuelto. —Kate nos interrumpe.

—Hola, cariño —la saluda con una amplia sonrisa.

—¿Has pescado algo?

Me quedo pendiente de la reacción de Elliot.

—No. Tenía que hacer unas cosas en la ciudad. — Y durante un breve momento veo un destello de inseguridad en su cara.

Oh, mierda.

—He salido a ver qué había entretenido a Ana. — Kate nos mira confusa.

—Estábamos tomando el aire —dice Elliot y se ven saltar chispas entre ellos.

Todos nos giramos al oír un coche aparcando fuera. ¡Oh! Christian ha vuelto. Gracias a Dios. El mecanismo que abre la puerta del garaje se pone en funcionamiento con un chirrido que nos sobresalta a todos y la puerta se levanta lentamente para revelar a Christian y a Ethan descargando una camioneta negra. Christian se queda parado cuando nos ve a todos allí de pie en el garaje.

—¿Vais a montar un grupo y estáis ensayando en el garaje para dar un concierto? —pregunta burlón cuando entra directo hacia donde estoy yo.

Le sonrío. Me siento aliviada de verle. Debajo del cortavientos lleva el mono que le vendí yo cuando trabajaba en Clayton's.

—Hola —me dice mirándome inquisitivamente e ignorando a Kate y a Elliot.

—Hola. Me gusta tu mono.

—Tiene muchos bolsillos. Es muy útil para pescar —me dice con voz baja y sugerente, solo para mis oídos, y cuando me mira su expresión es seductora.

Me ruborizo y él me sonrío con una sonrisa de oreja a oreja toda para mí.

—Estás mojado —murmuro.

—Estaba lloviendo. ¿Qué estáis haciendo todos aquí en el garaje? —Al fin habla teniendo en cuenta que no estamos solo.

—Ana ha venido a por leña —dice Elliot arqueando una ceja. No sé cómo pero ha conseguido que eso suene como algo indecente—. Yo he intentado

tentarla para que monte. —Es un maestro de los dobles sentidos.

A Christian le cambia la cara y a mí se me para el corazón.

—Me ha dicho que no, que a ti no te iba a gustar —responde Elliot amablemente y sin segundas.

Christian me mira con sus ojos grises.

—¿Eso ha dicho? —pregunta.

—Vamos a ver, me parece bien que nos dediquemos a hablar de lo que Ana ha hecho o no ha hecho, pero ¿podemos hacerlo dentro? —interviene Kate. Se agacha, coge dos troncos y se gira para encaminarse a la puerta. Oh, mierda. Kate está enfadada, pero sé que no es conmigo.

Elliot suspira y, sin decir una palabra, la sigue. Yo me quedo mirándolos, pero Christian me distrae.

—¿Sabes llevar moto? —me pregunta incrédulo.

—No muy bien. Ethan me enseñó.

Sus ojos se convierten en hielo.

—Entonces has tomado la decisión correcta —me dice con la voz mucho más fría—. El suelo está muy duro y la lluvia lo hace resbaladizo y traicionero.

—¿Dónde dejo los aparejos de pescar? —pregunta Ethan desde el exterior.

—Déjalos ahí, Ethan... Taylor se ocupará de ellos.

—¿Y los peces? —vuelve a preguntar Ethan con voz divertida.

—¿Habéis pescado algo? —pregunto sorprendida.

—Yo no. Kavanagh sí. —Y Christian hace un mohín encantador.

Suelto una carcajada.

—La señora Bentley se ocupará de ellos — responde.

Ethan sonríe y entra en la casa.

—¿Le resulto divertido, señora Grey?

—Mucho. Estás mojado... Te voy a preparar un baño.

—Solo si te metes conmigo. —Se inclina y me da un beso.

Lleno la enorme bañera ovalada del lavabo de la habitación y echo un chorrito de aceite de baño del caro, que empieza a hacer espuma inmediatamente. El aroma es maravilloso... jazmín, creo. Vuelvo al dormitorio y me pongo a colgar el vestido mientras se acaba de llenar la bañera.

—¿Os lo habéis pasado bien? —me pregunta Christian cuando entra en la habitación. Solo lleva una camiseta y el pantalón del chándal y va descalzo. Cierra la puerta detrás de él.

—Sí —le respondo disfrutando de la vista. Le he echado de menos. Es ridículo porque ¿cuánto ha pasado? ¿unas cuantas horas...?

Ladea la cabeza y me mira.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando en cuánto te he echado de menos.

—Suena como si hubiera sido mucho, señora Grey.

—Mucho, sí, señor Grey.

Se acerca hasta quedar de pie justo delante de mí.

—¿Qué te has comprado? —me pregunta y sé que es para cambiar de tema.

—Un vestido, unos zapatos y un collar. Me he gastado un buen pellizco de tu dinero —confieso mirándole culpable.

Eso le divierte.

—Bien —dice y me coloca un mechón suelto detrás de las orejas—. Y por enésima vez: nuestro dinero.

Me coge la barbilla, libera mi labio del aprisionamiento de mis dientes y me roza con el dedo índice la parte delantera de la camiseta, bajando por el esternón entre mis pechos, después por el estómago y el vientre hasta llegar al dobladillo.

—Creo que no vas a necesitar esto en la bañera —susurra, agarra el dobladillo de la camiseta con ambas manos y me la va quitando lentamente—. Levanta los brazos.

Obedezco sin apartar mis ojos de los suyos y él deja caer mi camiseta al suelo.

—Creía que solo íbamos a darnos un baño. —El pulso se me acelera.

—Quiero ensuciarte bien primero. Yo también te he echado de menos. —Y se inclina para besarme.

—¡Mierda! ¡El agua! —Intento sentarme, todavía aturdida después del orgasmo.

Christian no me suelta.

—¡Christian, la bañera! —le miro.

Está acurrucado sobre mi pecho.

Ríe.

—Relájate. Hay desagües en el suelo. —Rueda sobre sí mismo y me da un beso rápido—. Voy a cerrar el grifo.

Baja de la cama y camina hasta el cuarto de baño. Mis ojos lo siguen ávidamente durante todo el camino. Mmm... Mi marido, desnudo y pronto muy mojado. Salgo de la cama de un salto.

Nos sentamos cada uno en un extremo de la bañera, que está demasiado llena (tanto que cada vez que nos movemos el agua se sale por un lado y cae al suelo). Esto es un placer. Y un placer mayor es tener a Christian lavándome los pies, masajeándome las plantas y tirando suavemente de mis dedos. Después me los besa uno por uno y me da un mordisco en el meñique.

—¡Aaaah! —Lo he sentido... justo ahí, en mi entrepierna.

—¿Así? —murmura.

—Mmm... —digo incoherente.

Empieza a masajearme de nuevo. Oh, qué bien. Cierro los ojos.

—He visto a Gia en la ciudad —le digo.

—¿Ah, sí? Creo que también tiene una casa aquí —me contesta sin darle importancia. No le interesa lo más mínimo.

—Estaba con Elliot.

Christian deja el masaje; eso sí le ha llamado la atención. Cuando abro los ojos tiene la cabeza ladeada, como si no comprendiera.

—¿Qué quieres decir con que estaba con Elliot? —me pregunta más perplejo que preocupado.

Le cuento lo que vi.

—Ana, solo son amigos. Creo que Elliot está bastante pillado con Kate. —Hace una pausa y después añade en voz más baja—. De hecho sé que está muy pillado con Kate —dice aunque pone una expresión de «no puedo entender por qué».

—Kate es guapísima —le respondo defendiendo a mi amiga.

Él ríe.

—Me sigo alegrando de que fueras tú la que se cayó al entrar en mi despacho. —Me da un beso en el pulgar, me suelta el pie izquierdo y me coge el derecho para empezar el proceso de masaje otra vez. Sus dedos son tan fuertes y flexibles... Me vuelvo a relajar. No quiero discutir sobre Kate. Cierro los ojos y dejo que sus dedos vayan haciendo su magia en mis pies.

Me miro boquiabierta en el espejo de cuerpo entero sin reconocer al bellezón que me mira desde el cristal. Kate se ha vuelto loca y se ha puesto a jugar a la Barbie conmigo esta noche, peinándome y maquillándome. Tengo el pelo liso y con volumen, los ojos perfilados y los labios rojo escarlata. Estoy... buenísima. Soy todo piernas, sobre todo con los Manolos de tacón alto y el vestido indecentemente corto. Necesito que Christian me dé su aprobación, aunque tengo la sensación de que no le va a gustar que exponga tanta carne al aire. Como estamos en esta *entente cordiale*, decido que lo mejor será preguntarle. Cojo mi BlackBerry.

De: Anastasia Grey

Fecha: 27 de agosto de 2011 18:53

Para: Christian Grey

Asunto: ¿Se me ve el culo gordo con este vestido?

Señor Grey:

Necesito su consejo con respecto a mi atuendo.
Suya

Señora G x

De: Christian Grey

Fecha: 27 de agosto de 2011 18:55

Para: Anastasia Grey

Asunto: Como un melocotón

Señora Grey:

Lo dudo mucho.

Pero ahora voy y le hago una buena inspección a su culo para asegurarme.

Suyo por adelantado

Señor G x

Christian Grey

Presidente e inspector de culos de Grey Enterprises Holdings Inc.

Justo mientras estoy leyendo el correo, se abre la puerta del dormitorio y Christian se queda petrificado en el umbral. Se le abre la boca y los ojos casi se le salen de las órbitas.

Madre mía, eso podría significar algo bueno o algo malo...

—¿Y bien? —pregunto en un susurro.

—Ana, estás... Uau.

—¿Te gusta?

—Sí, supongo que sí. —Suenan un poco roncos. Entra lentamente en la habitación y cierra la puerta. Lleva unos vaqueros negros y una camisa blanca con una chaqueta negra. Él también está fabuloso. Se acerca poco a poco a mí, pero en cuanto llega a mi altura, me pone las manos en los hombros y me gira hasta que quedo de frente al espejo con él detrás de mí. Mi mirada se encuentra con la suya en el espejo y después le veo mirar hacia abajo, fascinado por mi espalda al aire. Me la acaricia con los dedos hasta que llega al borde del vestido, donde la carne pálida se encuentra con la tela plateada—. Es muy atrevido —murmura.

Su mano desciende un poco más, siguiendo por mi culo y bajando por el muslo desnudo. Se detiene y sus ojos grises brillan con un tono azulado. Lentamente sus dedos ascienden de nuevo hasta el dobladillo de mi vestido.

Observo sus dedos largos que me rozan levemente, acariciándome la piel y dejando un cosquilleo a su paso, y mi boca forma una O perfecta.

—No hay mucha distancia entre aquí... —dice tocando el dobladillo de mi vestido— y aquí —susurra subiendo un poco el dedo. Doy un respingo cuando los dedos me acarician el sexo, moviéndose de forma provocativa sobre mis bragas, sintiéndome y excitándome.

—¿Adónde quieres llegar? —le susurro.

—Quiero llegar a explicar que esto no está muy lejos... —Sus dedos se deslizan sobre mis bragas y en un segundo mete uno debajo, contra la carne suave y humedecida—. De esto. —Introduce un dedo en mi interior.

Doy un respingo y gimo bajito.

—Esto es mío —me susurra al oído. Cierra los ojos y mete y saca el dedo rítmicamente de mi interior—. Y no quiero que nadie más lo vea.

Mi respiración se vuelve entrecortada y mis jadeos se acompañan con el ritmo de su dedo. Le estoy viendo en el espejo mientras me hace esto... y es algo más que erótico.

—Así que si eres buena y no te agachas, no habrá ningún problema

—¿Lo apruebas? —le pregunto.

—No, pero no voy a prohibirte que lo lleves. Estás espectacular, Anastasia. —Saca de repente el dedo, dejándome con ganas de más, pero él se mueve para quedar frente a mí. Me coloca la punta de su dedo invasor en el labio inferior. Instintivamente frunzo los labios y le doy un beso. Él me recompensa con una sonrisa maliciosa. Se mete el dedo en la boca y su expresión me informa de que le gusta mi sabor... mucho. ¿Siempre me va a impactar verle hacer eso?

Después me coge la mano.

—Ven —me ordena con voz suave y me tiende la mano para que vaya con él. Quiero responderle que estaba a punto de conseguirlo con lo que me estaba haciendo, pero a la vista de lo que pasó ayer en el cuarto de juegos, prefiero callarme.

Estamos esperando el postre en un restaurante pijo y exclusivo de la ciudad. Hasta ahora ha sido una cena animada y Mia está decidida a que sigamos con la diversión y vayamos de discotecas. En este momento está sentada en silencio, escuchando con atención mientras Ethan y Christian charlan. Es evidente que Mia está encaprichada con Ethan, y Ethan... es difícil saberlo. No sé si son solo amigos o hay algo más.

Christian parece relajado. Ha estado conversando animadamente con Ethan. Parece que han estrechado su amistad mientras pescaban. Hablan sobre todo de psicología. Irónicamente, Christian parece el que más sabe de los dos. Me río por lo bajo mientras escucho a medias la conversación, dándome cuenta con tristeza de que sus conocimientos son resultado de su experiencia con muchos psiquiatras.

«Tú eres la mejor terapia.» Esas palabras que me susurró una vez cuando hacíamos el amor resuenan en mi cabeza. ¿Lo soy? Oh, Christian, eso espero.

Miro a Kate. Está guapísima, pero ella siempre lo está. Ella y Elliot no están tan animados. Él parece nervioso; cuenta los chistes demasiado alto y su risa es un poco tensa. ¿Habrán tenido una pelea? ¿Qué le estará preocupando? ¿Será esa mujer? Se me cae el alma a los pies al pensar que puede hacerle daño a mi mejor amiga. Miro a la entrada, casi esperando ver a Gia pavoneándose tranquilamente por el restaurante en dirección a nosotros. Mi mente me está jugando malas pasadas. Creo que es por el alcohol que he tomado. Empieza a dolerme la cabeza.

De repente Elliot nos sobresalta a todos arrastrando la silla, que chirría contra el suelo de azulejo,

para ponerse de pie de golpe. Todos nos quedamos mirándole. Él mira a Kate un segundo y de repente planta una rodilla en el suelo delante de ella.

Oh. Dios. Mío...

Elliot le coge la mano a Kate y el silencio se cierne sobre el restaurante; todo el mundo deja de comer y de hablar e incluso de andar y se queda mirando.

—Mi preciosa Kate, te quiero. Tu gracia, tu belleza y tu espíritu ardiente no tienen igual y han atrapado mi corazón. Pasa el resto de tu vida conmigo. Cásate conmigo.

¡Madre mía!

Ahora todo el mundo en el restaurante está concentrado en Kate y Elliot, esperando y conteniendo la respiración. Esta espera es insoportable. El silencio se está extendiendo demasiado, como una goma elástica ya demasiado tensa.

Kate se queda mirando a Elliot como si no entendiera lo que está pasando mientras él no aparta la vista con los ojos muy abiertos por la necesidad e incluso por el miedo. ¡Por Dios, Kate, deja ya de hacerle sufrir, por favor! La verdad es que podría habérselo pedido en privado...

Una sola lágrima empieza a caerle por la mejilla, aunque sigue mirándole sin decir nada. ¡Oh, mierda! ¿Kate llorando? Después sonrío, una sonrisa lenta de incredulidad, como si acabara de alcanzar el Nirvana.

—Sí —le susurra en una aceptación dulce y casi sin aliento, nada propia de Kate. Se produce una pausa de un nanosegundo cuando todo el restaurante suelta un suspiro colectivo de alivio y después llega el ruido ensordecedor. Un aplauso espontáneo, vítores, silbidos y aullidos, y de repente siento que me caen lágrimas por la cara y se me corre todo el maquillaje de Barbie gótica que llevo.

Ajenos a la conmoción que se está produciendo a su alrededor, los dos están encerrados en su propio mundo. Elliot saca del bolsillo una cajita, la abre y se la

enseña a Kate. Un anillo. Por lo que veo desde aquí, es un anillo exquisito, pero tengo que verlo más de cerca. ¿Es eso lo que estaba haciendo con Gia? ¿Escoger un anillo? ¡Mierda! Cómo me alegro de no habérselo dicho a Kate.

Kate mira la sortija y después a Elliot y por fin le rodea el cuello con los brazos. Se besan de una forma muy discreta para sus estándares y todos en el restaurante se vuelven locos. Elliot se levanta y agradece los vítores con una reverencia sorprendentemente grácil y después, con una enorme sonrisa de satisfacción, vuelve a sentarse. No puedo apartar los ojos de ellos. Elliot saca con cuidado el anillo de la caja, se lo pone a Kate en el dedo y vuelven a besarse.

Christian me aprieta la mano. No me he dado cuenta de que se la estaba agarrando tan fuerte. Le suelto, un poco avergonzada, y él sacude la mano con una expresión de dolor fingido.

—Lo siento. ¿Tú lo sabías? —le pregunto en un susurro.

Christian sonrío y está claro que sí. Llama al camarero.

—Dos botellas de Cristal, por favor. Del 2002, si es posible.

Le miro con una sonrisa burlona.

—¿Qué?

—El del 2002 es mucho mejor que el del 2003, claro —bromeo.

Él ríe.

—Para un paladar exigente, por supuesto, Anastasia.

—Y usted tiene uno de los más exigentes, señor Grey, y unos gustos muy peculiares. —Le sonrío.

—Cierto, señora Grey. —Se acerca—. Pero lo que mejor sabe de todo eres tú —me susurra y me da un beso en un punto detrás de la oreja que hace que un estremecimiento me recorra toda la espalda. Me ruborizo hasta ponerme escarlata y recuerdo su anterior demostración de los inconvenientes de la breve longitud de mi vestido.

Mia es la primera que se levanta para abrazar a Kate y a Elliot y después todos vamos felicitando por turnos a la feliz pareja. Yo le doy a Kate un abrazo bien fuerte.

—¿Ves? Solo estaba preocupado porque iba a hacerte la proposición —le digo en un susurro.

—Oh, Ana... —dice medio riendo, medio llorando.

—Kate, me alegro mucho por ti. Felicidades.

Christian está detrás de mí. Le estrecha la mano a Elliot y después, para sorpresa de Elliot y también mía, lo atrae hacia él para darle un abrazo. Apenas consigo oír lo que le dice entre el ruido circundante.

—Enhorabuena, L Elliot —murmura.

Elliot no dice nada, por una vez sin palabras; solo le devuelve cariñosamente el abrazo a su hermano.

¿L Elliot?

—Gracias, Christian —dice Elliot con la voz quebrada.

Christian le da a Kate un breve y un poco incómodo abrazo manteniendo las distancias dentro de lo posible. Sé que Christian en el mejor de los casos solo soporta a Kate y la mayor parte del tiempo simplemente le es indiferente, así que esto es un pequeño progreso.

Al soltarla le dice en un susurro que solo podemos oír ella y yo:

—Espero que seas tan feliz en tu matrimonio como yo lo soy en el mío.

—Gracias, Christian. Yo también lo espero —le responde agradecida.

Ya ha vuelto el camarero con el champán, que abre con una floritura.

Christian levanta su copa.

—Por Kate y mi querido hermano Elliot. Enhorabuena a los dos.

Todos le damos un sorbo. Bueno, yo vació mi copa de un trago. Mmm, el Cristal sabe muy bien y me acuerdo de la primera vez que lo tomé, en el club de Christian, y de nuestra excitante bajada en el ascensor hasta la primera planta.

Christian me mira con el ceño fruncido.

—¿En qué estás pensando? —me susurra.

—En la primera vez que bebí este champán.

Su ceño se vuelve inquisitivo.

—Estábamos en tu club —le recuerdo.

Sonríe.

—Oh, sí. Ya me acuerdo —dice y me guiña un ojo.

—¿Ya habéis elegido fecha, Elliot? —pregunta Mia.

Elliot lanza a su hermana una mirada exasperada.

—Se lo acabo de pedir a Kate, así que no hemos tenido tiempo de hablar de eso todavía...

—Oh, que sea una boda en Navidad. Eso sería muy romántico y así nunca se te olvidaría vuestro aniversario —sugiere Mia juntando las manos.

—Tendré en cuenta tu consejo —dice Elliot sonriendo burlonamente.

—Después del champán, ¿podemos ir de fiesta? —pregunta Mia volviéndose hacia Christian y dedicándole una mirada de sus grandes ojos marrones.

—Creo que habría que preguntarles a Elliot y a Kate qué es lo que les apetece hacer.

Todos nos volvemos hacia ellos a la vez. Elliot se encoge de hombros y Kate se pone algo más que roja. Lo que estaba pensando hacer con su recién estrenado prometido está tan claro que por poco escupo el champán de cuatrocientos dólares por toda la mesa.

Zax es la discoteca más exclusiva de Aspen, o eso dice Mia. Christian se dirige hacia el principio de la corta cola rodeándome la cintura con el brazo; nos dejan pasar inmediatamente. Me pregunto por un momento si también será el dueño de este local. Miro el reloj; las once y media de la noche y ya estoy un poco achispada. Las dos copas de champán y las varias de Pouilly-Fumé que me he tomado en la cena están empezando a hacerme efecto y me alegro de que Christian me tenga agarrada con el brazo.

—Bienvenido de nuevo, señor Grey —le saluda una rubia atractiva con largas piernas, unos pantaloncitos de satén negros muy sexis, una blusa sin mangas a juego y una pequeña pajarita roja. Muestra una amplia sonrisa que revela unos dientes perfectos

entre sus labios de color escarlata, a juego con la pajarita—. Max se ocupará de sus chaquetas.

Un hombre joven vestido todo de negro (no de satén esta vez, por suerte) me sonrío a la vez que se ofrece a llevarse mi chaqueta. Sus ojos oscuros son amables y atractivos. Yo soy la única que lleva chaqueta (Christian ha insistido en que me pusiera un *trench* de Mia para taparme el trasero), así que Max solo tiene que ocuparse de mí.

—Bonita chaqueta —me dice mirándome fijamente.

A mi lado Christian se pone tenso y atraviesa a Max con una mirada que dice a gritos: «Apártate de ella ahora mismo». Él se sonroja y le da apresuradamente el tíquet de mi chaqueta a Christian.

—Les llevaré hasta su mesa —dice la señorita Minishort de Satén a la vez que pestañea al mirar a mi marido y mueve su larga melena rubia. Después se dirige a la entrada andando seductoramente. Yo agarro a Christian con más fuerza y él me mira extrañado un momento y después sonrío burlón mientras sigue a la chica de los pantaloncitos hacia el interior del bar.

Las luces son tenues, las paredes negras y los muebles rojo oscuro. Hay reservados en dos de las paredes y una gran barra con forma de U en el centro. Hay bastantes personas, teniendo en cuenta que estamos fuera de temporada, pero no está muy lleno de la típica gente rica de Aspen que sale un sábado por la noche a pasárselo bien. La gente viste de manera informal y por primera vez me siento demasiado vestida... mejor dicho, demasiado poco vestida. El suelo y las paredes vibran por la música que llega desde la pista

de baile que hay detrás de la barra y las luces giran y parpadean. Tal como siento mi cabeza ahora mismo, todo me parece la pesadilla de un epiléptico.

La señorita Minishort de Satén nos conduce hasta un reservado situado en una esquina que está cerrado con un cordón. Está cerca de la barra y tiene acceso a la pista de baile. Sin duda es el mejor sitio del local.

—Ahora mismo viene alguien a tomarles nota. — Nos dedica una sonrisa llena de megavatios y con una última sacudida de pestañas en dirección a mi marido, se va pavoneándose por donde vino.

Mia no hace más que cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro, muriéndose por lanzarse a la pista de baile, y Ethan se apiada de ella.

—¿Champán? —les pregunta Christian mientras se dirigen a la pista de baile cogidos de la mano.

Ethan levanta el pulgar y Mia asiente con energía.

Kate y Elliot se acomodan en los asientos de suave terciopelo con las manos entrelazadas. Se les ve muy felices, con las caras relajadas y radiantes a la suave luz de las velas que hay en unos portavelas de cristal sobre la mesa baja. Christian me hace un gesto para que me siente y me sitúo al lado de Kate. Él se sienta a mi lado y examina ansioso la sala.

—Enséñame el anillo. —Tengo que elevar la voz para que se me oiga por encima de la música. Voy a estar ronca cuando acabe la noche.

Kate me sonrío y levanta la mano. El anillo es exquisito, un solitario con un engarce muy finamente trabajado y pequeños diamantes a ambos lados. Tiene cierto aire retro victoriano.

—Es precioso.

Ella asiente encantada y estira el brazo para darle un apretón al muslo de Elliot. Él se acerca y le da un beso.

—Buscaos una habitación —les digo.

Elliot sonríe.

Una mujer joven con el pelo corto y oscuro y una sonrisa traviesa, que lleva los mismos pantaloncitos de satén sexis (debe de ser el uniforme), viene a tomarnos nota.

—¿Qué queréis beber? —pregunta Christian.

—No se te ocurra pagar la cuenta aquí también —gruñe Elliot.

—No empieces con esa mierda otra vez, Elliot —dice Christian sin acritud.

A pesar de las protestas de Kate, Elliot y Ethan, Christian ha pagado la cena. Simplemente ha rechazado sus objeciones con un gesto de la mano y no ha dejado que nadie hablara de pagar. Le miro con adoración. Mi Cincuenta Sombras... siempre ejerciendo el control.

Elliot abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla, sabiamente creo.

—Yo quiero una cerveza —dice.

—¿Kate? —pregunta Christian.

—Más champán, por favor. El Cristal está delicioso. Pero estoy segura de que Ethan prefiere una cerveza. —Le sonríe a Christian con dulzura (sí, dulzura). Irradia felicidad por todos los poros. Puedo sentir su alegría y es un placer compartirla con ella.

—¿Ana?

—Champán, por favor.

—Una botella de Cristal, tres Peronis y una botella de agua mineral fría. Seis copas —dice con su habitual tono autoritario y firme.

Me resulta tremendamente sexy.

—Sí, señor. Ahora mismo se lo traigo. —La señorita Minishorts de Satén número dos le dedica una amplia sonrisa, pero esta vez no hay pestañeo, aunque se ruboriza un poco.

Niego con la cabeza, resignada. Es mío, guapa.

—¿Qué? —me pregunta.

—Esta no ha agitado las pestañas. —Sonrío burlonamente.

—Oh, ¿se supone que tenía que hacerlo? —me pregunta intentando ocultar su sonrisa, pero sin conseguirlo.

—Las mujeres suelen hacerlo contigo. —Mi tono es irónico.

Sonríe.

—Señora Grey, ¿está celosa?

—Ni lo más mínimo —le digo con un mohín. Me doy cuenta justo en ese momento de que estoy empezando a tolerar que el resto de las mujeres se coman con los ojos a mi marido. O casi. Christian me coge la mano y me da un beso en los nudillos.

—No tiene por qué estar celosa, señora Grey —me susurra cerca de la oreja. Su aliento me hace cosquillas.

—Lo sé.

—Bien.

La camarera vuelve y unos segundos después ya estoy bebiendo champán otra vez.

—Toma —dice Christian y me pasa un vaso de agua—. Bebe esto.

Le miro con el ceño fruncido y veo, más que oigo, que suspira.

—Tres copas de vino blanco durante la cena y dos de champán, después de un daiquiri de fresa y dos copas de Frascati en el almuerzo. Bebe. Ahora, Ana.

¿Cómo sabe lo de los cócteles de esta tarde? Frunzo el ceño de nuevo. Pero la verdad es que tiene razón. Cojo el vaso de agua y lo vacío de un trago de una forma muy poco femenina para dejar claro que no me gusta que me diga lo que tengo que hacer... otra vez. Me limpio la boca con el dorso de la mano.

—Muy bien —me felicita sonriendo—. Ya vomitaste encima de mí una vez y no tengo ganas de repetir la experiencia.

—No sé de qué te quejas. Conseguiste acostarte conmigo.

Sonríe y su mirada se suaviza.

—Sí, cierto.

Ethan y Mia vuelven de la pista.

—Ethan ya ha tenido bastante por ahora. Arriba, chicas. Vamos a romper la pista, a mover el trasero y a dar unos cuantos pasos para bajar las calorías de la mousse de chocolate.

Kate se pone de pie inmediatamente.

—¿Vienes? —le pregunta a Elliot.

—Prefiero verte desde aquí —dice, y yo tengo que mirar hacia otro lado rápidamente porque la mirada que le lanza hace que me sonroje hasta yo.

Ella sonríe mientras yo me pongo de pie.

—Voy a quemar unas cuantas calorías —digo y me agacho para susurrarle a Christian al oído—: Tú puedes quedarte aquí y mirarme.

—No te agaches —gruñe.

—Vale —digo levantándome bruscamente. ¡Uau! La cabeza me da vueltas y tengo que agarrarme al hombro de Christian porque la sala gira e incluso se inclina un poco.

—Tal vez te vendría bien tomar más agua —murmura Christian con una clara nota de advertencia en su voz.

—Estoy bien. Es que los asientos son muy bajos y yo llevo tacones muy altos.

Kate me coge la mano y yo inspiro hondo. Después sigo a Kate y a Mia, que abre la marcha, hasta la pista de baile.

La música retumba por todas partes, un ritmo tecno con el sonido repetitivo de un bajo. La pista de baile no está muy llena, así que tenemos un poco de espacio. Hay una mezcla ecléctica de gente, mayores y jóvenes por igual, bailando para consumir la noche. Yo nunca he bailado muy bien. De hecho he empezado a bailar desde que estoy con Christian. Kate me abraza.

—¡Estoy tan feliz! —grita por encima de la música y empieza a bailar.

Mia está haciendo esas cosas que hace Mia, sonriéndonos a las dos y lanzándose a bailar por todas partes. Vaya, está ocupando mucho espacio en la pista de baile. Miro hacia la mesa; nuestros hombres nos están observando. Comienzo a moverme. Es un ritmo muy pegadizo. Cierro los ojos y me rindo a él.

Abro los ojos y veo que la pista se está llenando. Kate, Mia y yo nos vemos obligadas a juntarnos un poco más. Y para mi sorpresa descubro que me lo estoy pasando bien. Empiezo a moverme un poco más, valientemente. Kate me mira levantando los dos pulgares y yo le sonrío.

Cierro los ojos. ¿Por qué he pasado los primeros veinte años de mi vida sin hacer esto? Prefería leer a bailar. Jane Austen no tenía una música muy buena para bailar y Thomas Hardy... Madre mía, él se hubiera sentido tremendamente culpable por no haber bailado con su primera esposa. Me río al pensarlo.

Es por Christian. Él es quien me ha dado esta confianza en mi cuerpo y en que puedo moverlo.

De repente noto dos manos en mis caderas. Christian ha venido a unirse al baile. Me contoneo y las manos bajan hasta mi culo para darle un apretón y después vuelven a mis caderas.

Abro los ojos y veo que Mia me mira con la boca abierta, horrorizada. Mierda, ¿tan mal lo hago? Bajo las manos para coger las de Christian. Pero son peludas. ¡Joder! ¡No son sus manos! Me doy la vuelta y me encuentro a un gigante rubio con más dientes de los que es natural tener y una sonrisa lasciva que muestra todos y cada uno de ellos.

—¡Quítame las manos de encima! —chillo por encima de la música altísima, a punto de sufrir una apoplejía por la furia.

—Vamos, cielo, solo nos lo estamos pasando bien. —Vuelve a sonreír, levanta sus manos peludas como las de un mono y sus ojos azules brillan por las luces ultravioleta que no dejan de parpadear.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, le doy una fuerte bofetada.

¡Ay! Mierda, mi mano... Ahora me escuece.

—¡Apártate de mí! —le grito. Me mira cubriéndose la mejilla enrojecida con la mano. Le pongo la mano que no ha sufrido daños delante de la cara y extendiendo los dedos para enseñarle los anillos—. ¡Estoy casada, gilipollas!

Él se encoge de hombros de una forma bastante arrogante y me mira con una sonrisa de disculpa a medias.

Echo un vistazo a mi alrededor, nerviosa. Mia está a mi derecha, mirando fijamente al gigante rubio. Kate está perdida en el momento, a su rollo. Christian no está en la mesa. Oh, espero que haya ido al baño. Doy un paso atrás para adoptar una postura defensiva que conozco muy bien. Oh, mierda. Christian me rodea la cintura con el brazo y me acerca a su lado.

—Aparta tus jodidas manos de mi mujer —dice. No ha gritado, pero no sé cómo se le ha oído por encima de la música.

Madre mía...

—Creo que ella sabe cuidarse solita —grita el gigante rubio mientras se toca la mejilla donde le he abofeteado. De repente, sin previo aviso, Christian le da un puñetazo. Es como si lo estuviera viendo todo a cámara lenta. Un puñetazo perfectamente dirigido a la barbilla y a tal velocidad (aunque con el gasto mínimo de energía) que el gigante rubio ni siquiera lo ve venir. Aterrizo en el suelo como un saco de arena.

¡Joder!

—¡Christian, no! —chillo asustada, poniéndome delante de él para frenarle. Mierda, es capaz de matarlo—. ¡Ya le he golpeado yo! —le grito por encima de la música.

Christian ni siquiera me mira; tiene la vista clavada en el hombre rubio con una maldad que nunca antes había visto en su mirada. Bueno, tal vez una vez: cuando Jack Hyde se propasó conmigo.

Las otras personas de la pista de baile se apartan como las ondas de un estanque, abriendo un espacio a nuestro alrededor y manteniéndose a una distancia prudencial. El gigante rubio se pone de pie en el mismo momento en que llega Elliot para reunirse con nosotros.

¡Oh, no! Kate está a mi lado, mirándonos a todos con la boca abierta. Elliot agarra a Christian del brazo y Ethan aparece también.

—Tranquilos, ¿vale? No tenía mala intención. —El gigante rubio levanta las manos derrotado y se retira apresuradamente. Christian le sigue con la mirada hasta que sale de la pista de baile. Continúa sin mirarme.

La canción cambia: pasa de la letra explícita de «Sexy Bitch» a un tema de baile tecno y repetitivo, con una mujer que canta con una voz vehemente. Elliot me mira a mí, después a Christian, y decide por fin soltarle el brazo y llevarse a Kate para bailar con ella. Yo le rodeo el cuello con los brazos a Christian y él por fin establece contacto visual conmigo, con los ojos todavía ardiendo de una forma primitiva y feroz. Un destello de adolescente con ganas de pelea. Madre mía...

Me examina la cara.

—¿Estás bien? —pregunta por fin.

—Sí. —Me froto la palma intentando que desaparezca el escozor y le acaricio el pecho.

Me late la mano. Nunca antes le había dado una bofetada a nadie. ¿Qué mosca me habrá picado? Que alguien me toque sin permiso no es un crimen contra la humanidad, ¿no?

Pero en el fondo sé por qué le he dado la bofetada; instintivamente he sabido cómo iba a reaccionar Christian al ver a un extraño poniéndome las manos encima. Sabía que eso le haría perder su valioso autocontrol. Y pensar que un don nadie cualquiera puede sacar de quicio a mi marido, a mi amor, me ha puesto hecha una furia. Una verdadera furia.

—¿Quieres sentarte? —me pregunta Christian por encima del ritmo machacón.

Oh, vuelve conmigo, por favor.

—No. Baila conmigo.

Me mira inescrutable y no dice nada.

Tócame... canta la mujer.

—Baila conmigo —repito. Sigue furioso—. Baila. Christian, por favor. —Le cojo las manos.

Christian vuelve a mirar al sitio por donde se ha ido ese tío, pero yo empiezo a moverme contra su cuerpo y a dar vueltas a su alrededor.

La multitud ha vuelto a rodearnos, aunque sigue habiendo una zona de exclusión de algo más medio metro a nuestro alrededor.

—¿Tú le has pegado? —me pregunta Christian aún de pie e inmóvil. Le cojo las manos, que tiene cerradas en puños.

—Claro. Creía que eras tú, pero tenía demasiado pelo en las manos. Baila conmigo por favor.

Mientras me mira, el fuego de sus ojos va cambiando lentamente para convertirse en otra cosa, en algo más oscuro, más excitante. De repente me coge de la muñeca y tira de mí hasta pegarme contra él, agarrándome las manos detrás de la espalda.

—¿Quieres bailar? Vamos a bailar —gruñe junto a mi oído y traza un círculo con las caderas contra mi cuerpo. Yo no puedo hacer otra cosa que seguirle. Sus manos agarran las mías justo sobre mi culo.

Oh... Christian sabe moverse, moverse de verdad. Me mantiene cerca sin soltarme, pero sus manos se van relajando y por fin me suelta. Voy subiendo las manos por sus brazos hasta los hombros, sintiendo los músculos fuertes a través de su chaqueta. Me aprieta contra él y yo sigo sus movimientos cuando empieza a bailar conmigo de forma lenta y sensual, al ritmo cadencioso de la música de la discoteca.

Cuando me coge la mano y me hace girar, hacia un lado y después hacia otro, sé que por fin ha vuelto conmigo. Le sonrío y él me responde con otra sonrisa.

Bailamos juntos. Es liberador... y divertido. Su furia ya está olvidada, o reprimida, y ahora se divierte haciéndome girar en el pequeño espacio que tenemos en la pista de baile, sin soltarme en ningún momento y con una habilidad consumada. Él hace que yo parezca grácil, es una de sus habilidades. Hace que me sienta sexy, porque él lo es. Consigue que me sienta querida, porque a pesar de sus cincuenta sombras, tiene un pozo inagotable de amor que dar. Al verle ahora, pasándoselo bien, es fácil pensar que no tiene ninguna preocupación ni ningún problema en su vida... Sé que su amor a veces se ve empañado por sus problemas de sobreprotección y

de exceso de control, pero eso no hace que yo le quiera ni una pizca menos.

Cuando la canción cambia para pasar a otra, ya estoy sin aliento.

—¿Podemos sentarnos? —le digo jadeando.

—Claro. —Él me saca de la pista de baile.

—Ahora mismo estoy caliente y sudorosa —le susurro cuando volvemos a la mesa.

Me atrae hacia sus brazos.

—Me gustas caliente y sudorosa. Aunque prefiero ponerte así en privado —dice en un susurro y aparece brevemente una sonrisa lasciva en los labios.

Cuando me siento, ya es como si el incidente en la pista de baile nunca hubiera ocurrido. Me sorprende vagamente que no nos hayan echado. Lanzo un vistazo al resto del local. Nadie nos mira y no veo al gigante rubio. Tal vez se haya ido o lo hayan echado. Kate y Elliot están siendo bastante indecentes en la pista de baile, Ethan y Mia se muestran más comedidos. Le doy otro sorbo al champán.

—Bebe. —Christian me sirve otro vaso de agua y me mira fijamente con una expresión expectante que dice: «Bébetelo. Ahora».

Hago lo que me dice. Pero porque tengo sed.

Christian saca una botella de Peroni de la cubitera que hay en la mesa y le da un largo sorbo.

—¿Y si hubiera habido prensa aquí? —le pregunto.

Christian sabe inmediatamente que me refiero al incidente que ha protagonizado al noquear al gigante rubio.

—Tengo unos abogados muy caros —me dice con frialdad; la arrogancia personificada.

Frunzo el ceño.

—Pero no estás por encima de la ley, Christian. Ya tenía la situación bajo control.

El gris de sus ojos se congela.

—Nadie toca lo que es mío —me dice con una rotundidad gélida, como si no me estuviera dando cuenta de algo obvio.

Oh... Le doy otro sorbo al champán. De repente me siento abrumada. La música está muy alta, todo late, me duele la cabeza y los pies y me siento un poco grogui.

Christian me coge la mano.

—Vámonos. Quiero llevarte a casa —me dice.

Kate y Elliot vienen a la mesa.

—¿Os vais? —pregunta Kate con la voz esperanzada.

—Sí —responde Christian.

—Vale, pues nos vamos con vosotros.

Mientras esperamos en el ropero a que Christian recoja mi *trench*, Kate me interroga.

—¿Qué ha pasado con ese tío en la pista de baile?

—Que me estaba toqueteando.

—Cuando he abierto los ojos te he visto darle una bofetada.

Me encojo de hombros.

—Es que sabía que Christian se iba a poner como una central termonuclear y que eso podía estropearos la noche a los demás.

Todavía estoy procesando lo que siento acerca del comportamiento de Christian. En ese momento pensaba que su reacción iba a ser todavía peor.

—Estropear nuestra noche —especifica Kate—. Es un poco impetuoso, ¿no? —pregunta con sequedad mirando a Christian, que está recogiendo la chaqueta.

Río entre dientes y sonrío.

—Sí, algo así.

—Creo que le sabes manejar bastante bien.

—¿Que le sé manejar? —Frunzo el ceño. ¿Yo sé manejar a Christian?

—Toma, pónstela. —Christian me sujeta la chaqueta abierta para que pueda ponérmela.

—Despierta, Ana. —Christian me está sacudiendo con suavidad.

Ya hemos llegado a la casa. Abro los ojos, reticente, y salgo a trompicones del monovolumen. Kate y Elliot han desaparecido y Taylor está esperando pacientemente de pie junto al vehículo.

—¿Tengo que llevarte en brazos? —me pregunta Christian.

Niego con la cabeza.

—Voy a recoger a la señorita Grey y al señor Kavanagh —dice Taylor.

Christian asiente y se dirige a la puerta principal llevándome de la mano. Me matan los pies, así que voy detrás de él trastabillando. En la puerta principal él se agacha, me coge el tobillo y suavemente me quita primero un zapato y después el otro. Oh, qué alivio. Vuelve a erguirse y me mira con mis Manolos en la mano.

—¿Mejor? —me pregunta divertido.

Asiento.

—He estado viendo en mi mente imágenes deliciosas de estos zapatos junto a mis orejas — murmura mirando nostálgicamente los zapatos. Niega con la cabeza y vuelve a cogerme la mano para guiarme por la casa a oscuras y después por las escaleras hasta nuestro dormitorio.

—Estás muerta de cansancio, ¿verdad? —me dice en voz baja mirándome fijamente.

Asiento. Él empieza a desabrocharme el cinturón del *trench*.

—Ya lo hago yo —murmuro haciendo un intento poco entusiasta de apartarle.

—No, déjame.

Suspiro. No me había dado cuenta de que estaba tan cansada.

—Es la altitud. No estás acostumbrada. Y el alcohol, claro. —Sonríe, me quita la chaqueta y la tira sobre una de las sillas del dormitorio.

Me coge la mano y me lleva al baño. ¿Por qué vamos ahí?

—Siéntate —me dice.

Me siento en la silla y cierro los ojos. Le oigo rebuscar entre los botes del lavabo. Estoy demasiado cansada para abrir los ojos y ver qué está haciendo. Un momento después me echa la cabeza hacia atrás y yo abro los ojos sorprendida.

—Cierra los ojos —me ordena Christian. Madre mía, tiene en la mano una bolita de algodón... Me la pasa suavemente sobre el ojo derecho. Yo permanezco sin

moverme mientras me va quitando metódicamente el maquillaje.

—Ah... Ahí está la mujer con la que me casé — dice después de unas cuantas pasadas del algodón.

—¿No te gusta el maquillaje?

—No me importa, pero prefiero lo que hay debajo. —Me da un beso en la frente—. Tómame esto. — Me pone unas pastillas de ibuprofeno en la palma y me acerca un vaso de agua.

Miro las pastillas y hago un mohín.

—Tómatelas —me ordena.

Pongo los ojos en blanco pero hago lo que me dice.

—Bien. ¿Necesitas que te deje un momento en privado? —me pregunta sardónicamente.

Río entre dientes.

—Qué remilgado, señor Grey. Sí, tengo que hacer pis.

Ríe.

—¿Y esperas que me vaya?

Suelto una risita.

—¿Quieres quedarte?

Ladea la cabeza con expresión divertida.

—Eres un hijo de puta pervertido. Vete. No quiero que me veas hacer pis. Eso es demasiado.

Me pongo de pie y le echo del baño.

Cuando salgo del baño ya se ha cambiado y solo lleva los pantalones del pijama. Mmm... Christian en pijama. Hipnotizada, le miro el abdomen, los músculos, el vello que baja desde su ombligo. Me distrae. Él se acerca a mí.

—¿Disfrutando de la vista? —me pregunta divertido.

—Siempre.

—Creo que está un poco borracha, señora Grey.

—Creo que, por una vez, tengo que estar de acuerdo con usted, señor Grey.

—Déjame ayudarte a salir de esa cosa tan pequeña que llamas vestido. Debería venir con una advertencia de seguridad...

Me da la vuelta y me desabrocha el único botón que tiene en el cuello.

—Estabas tan furioso... —susurro.

—Sí, lo estaba.

—¿Conmigo?

—No. Contigo no —me dice dándome un beso en el hombro—. Por una vez.

Sonrío. No estaba furioso conmigo. Eso es un progreso.

—Es un buen cambio.

—Sí, lo es.

Me da un beso en el otro hombro y tira del vestido para bajarlo por mi culo hasta que cae al suelo. Me quita las bragas al mismo tiempo y me deja desnuda. Levanta la mano y me la tiende.

—Sal —me ordena y yo doy un paso para salir del vestido, agarrándole la mano para mantener el equilibrio.

Se agacha, recoge el vestido y lo tira junto con las bragas a la silla donde ya está el *trench* de Mia.

—Levanta los brazos —me dice en voz baja.

Me pone su camiseta por la cabeza y tira hacia abajo para cubrirme. Ya estoy lista para ir a la cama.

Me atrae hacia sus brazos y me da un beso. Su aliento mentolado se mezcla con el mío.

—Por mucho que me gustaría enterrarme en lo más profundo de usted, señora Grey... Ha bebido demasiado y estamos a casi dos mil quinientos metros. Además no dormiste bien anoche. Vamos. A la cama. — Retira la colcha para que pueda acostarme, luego me arropa y me da otro beso en la frente—. Cierra los ojos. Cuando vuelva a la cama, espero que estés dormida. — Es una amenaza, una orden... es Christian.

—No te vayas —le suplico.

—Tengo que hacer unas llamadas, Ana.

—Es sábado y es tarde. Por favor.

Se pasa las manos por el pelo.

—Ana, si me meto en la cama contigo ahora, no vas a poder descansar nada. Duerme. —Está siendo categórico. Cierro los ojos y sus labios vuelven a rozar mi frente—. Buenas noches, nena —dice en un susurro.

Las imágenes del día pasan a toda velocidad por mi mente: Christian colgándose sobre su hombro en el avión. Su ansiedad por si me gustaría la casa. Haciendo el amor esta tarde. El baño. Su reacción ante mi vestido. Noqueando al gigante rubio... Me escuece otra vez la palma de la mano al recordarlo. Y ahora Christian preparándose para ir a la cama y arropándose.

¿Quién lo habría pensado? Sonrío de oreja a oreja y la palabra «progreso» resuena en mi cerebro mientras me voy dejando llevar por el sueño.

Tengo demasiado calor. Es el calor que desprende Christian. Tiene la cabeza sobre mi hombro y respira suavemente contra mi cuello mientras duerme. Sus piernas están enredadas con las mías y con el brazo me rodea la cintura. Permanezco un rato en el límite de la consciencia, sabiendo que si me despierto del todo también le despertaré a él, y Christian no duerme lo suficiente. Mi mente repasa perezosamente todo lo que pasó ayer por la noche. Bebí demasiado... mucho más que demasiado. Estoy asombrada de que Christian me dejara beber tanto. Sonríó al recordar cómo me preparó para meterme en la cama. Fue algo dulce, muy dulce, e inesperado. Hago un rápido inventario mental de cómo me siento. ¿Estómago? Bien. ¿Cabeza? Sorprendentemente bien, pero un poco atontada. Todavía tengo la palma de la mano roja por la bofetada de anoche. Vaya... Distraídamente, pienso en las palmas de Christian las veces que me ha azotado. Me remuevo y él se despierta.

—¿Qué ocurre? —Sus adormilados ojos grises examinan los míos.

—Nada. Buenos días. —Le paso los dedos de mi mano sana por el pelo.

—Señora Grey, está usted preciosa esta mañana —me dice y me da un beso en la mejilla. Una luz se enciende en mi interior.

—Gracias por ocuparte de mí anoche.

—Me gusta ocuparme de ti. Eso es lo que quiero hacer siempre —susurra con aparente tranquilidad, pero sus ojos le traicionan cuando una chispa de triunfo se enciende en sus profundidades grises. Es como si hubiera ganado algún campeonato mundial.

Oh, mi Cincuenta...

—Me hiciste sentir muy querida.

—Eso es porque es lo que siento por ti —murmura y el corazón se me encoge un poco.

Me coge la mano y yo hago una mueca de dolor. Me la suelta inmediatamente, alarmado.

—¿El puñetazo? —me pregunta. Sus ojos se convierten en hielo mientras me observa y su voz está llena de una furia repentina.

—Le di una bofetada, no un puñetazo.

—¡Gilipollas! —Creía que ya habíamos superado eso anoche—. No puedo soportar que te haya tocado.

—No me hizo daño, solo se comportó de forma inapropiada. Christian, estoy bien. Tengo la mano un poco roja, eso es todo. Pero seguro que sabes cómo es eso... —Le sonrío pícara y su expresión cambia a una de sorpresa divertida.

—Oh, señora Grey, esa sensación me resulta muy familiar. —Curva los labios en una sonrisa—. Y puedo volver a experimentar esa sensación ahora mismo, si usted quiere.

—No, gracias, guarde esa mano tan larga, señor Grey.

Le acaricio la cara con la mano enrojecida y paso lentamente los dedos sobre una de sus patillas. Le tiro de los pelillos. Eso le distrae y me coge la mano para

darme un suave beso en la palma. Milagrosamente el dolor desaparece.

—¿Por qué no me dijiste anoche que te dolía la mano?

—Mmm... Anoche apenas me di cuenta. Y ahora está bien.

Sus ojos se suavizan y eleva la comisura de la boca.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor de lo que merezco.

—Tiene usted una buena derecha, señora Grey.

—Será mejor que no se le olvide, señor Grey.

—¿Ah, sí? —De repente rueda para quedar completamente encima de mí, apretándome contra el colchón y sujetándome las muñecas sobre la cabeza mientras me mira—. Podemos tener una pelea cuando usted quiera, señora Grey. De hecho, traerte por la fuerza a la cama es una fantasía que tengo. —Me da un beso en la garganta.

¿Qué?

—Creo que eso ya lo has hecho alguna vez. — Doy un respingo cuando me muerde el lóbulo de la oreja.

—Mmm... Pero sería mejor si opusieras más resistencia —susurra mientras me acaricia la mandíbula con la nariz.

¿Resistencia? Me quedo quieta. Él para, me suelta las manos y se apoya en los codos.

—¿Quieres que me resista? ¿Aquí? —le susurro intentando ocultar la sorpresa. Vale... el shock. Asiente con los ojos entrecerrados pero cautos mientras intenta evaluar mi reacción—. ¿Ahora?

Él se encoge de hombros y veo que la idea pasa fugazmente por su cabeza. Me dedica su sonrisa tímida y asiente otra vez, muy despacio.

Oh, Dios mío... Está tenso, tumbado encima de mí, y su creciente erección se está clavando tentadoramente en mi carne suave y necesitada, distrayéndome. ¿De qué va esto? ¿Pelear? ¿Fantasías? ¿Me va a hacer daño? La diosa que llevo dentro niega con la cabeza... No lo haría. Nunca.

—¿Era eso lo que querías decir con lo de hacerte pagar el enfado en la cama?

Asiente otra vez; su mirada sigue siendo precavida.

Mmm... Mi Cincuenta quiere pelea.

—No te muerdas el labio —me ordena.

Obedientemente mis dientes sueltan el labio.

—Creo que me tiene en situación de desventaja, señor Grey.

Agito las pestañas y me retuerzo provocativamente bajo su cuerpo. Esto puede ser divertido.

—¿En desventaja?

—Ya me tienes donde querías tenerme.

Sonríe burlón y aprieta su entrepierna contra la mía otra vez.

—Cierto, señora Grey —susurra y me da un beso en los labios.

De repente se mueve, arrastrándome con él, y rueda hasta que quedo a horcajadas sobre su cuerpo. Le agarro las manos, sujetándoselas a ambos lados de la cabeza, e ignoro el dolor de mi mano. Mi pelo cae formando un velo castaño a nuestro alrededor y yo

muevo la cabeza para que las puntas le hagan cosquillas en la cara. Aparta la cara pero no intenta detenerme.

—Así que quieres jugar duro, ¿eh? —le pregunto rozando mi entrepierna contra la suya.

Abre la boca e inhala bruscamente.

—Sí —dice entre dientes y yo le suelto.

—Espera. —Extiendo la mano para coger el vaso de agua que hay junto a la cama. Christian debe de haberlo puesto allí. El agua aún está fresca y burbujeante, demasiado para llevar mucho tiempo ahí... Me pregunto cuándo habrá venido Christian a la cama.

Mientras le doy un largo trago, Christian va trazando pequeños círculos con el dedo por mis muslos, dejándome un hormigueo en la piel a su paso, antes de rodearme con las manos y apretarme el culo desnudo. Mmm...

Utilizando un truco de su impresionante repertorio, me inclino y le beso a la vez que vierto el agua fresca en su boca.

Él bebe.

—Muy rico, señora Grey —murmura y esboza una sonrisa juvenil y juguetona.

Vuelvo a poner el vaso en la mesita y le quito las manos de mi trasero para agarrárselas de nuevo junto a la cabeza.

—¿Así que se supone que yo no quiero? —le digo con una sonrisa.

—Sí.

—No soy muy buena actriz.

Él sonrío.

—Inténtalo.

Me inclino y le doy un beso casto.

—Vale, entraré en el juego —le susurro mordisquiándole la mandíbula y sintiendo su incipiente barba bajo mis dientes y mi lengua.

Christian emite un sonido grave y sexy desde el fondo de su garganta y se revuelve, tirándome sobre la cama a su lado. Grito por la sorpresa. Ahora está encima de mí y yo empiezo a resistirme mientras él trata de cogerme las manos. Le planto las manos con brusquedad en el pecho y le empujo con todas mis fuerzas, intentando moverle, mientras él se esfuerza por separarme las piernas con su rodilla.

Sigo empujándole el pecho (Dios, ¡cómo pesa!), pero él ni se inmuta ni se queda petrificado como le pasaba antes. ¡Está disfrutando con esto! Sigue intentando cogerme las muñecas y por fin consigue atraparme una, a pesar de mis feroces esfuerzos por liberarla. Es la mano que me duele, así que no forcejeo, pero con la otra le cojo del pelo y tiro con fuerza.

—¡Ah! —Mueve la cabeza bruscamente para liberarse y me lanza una mirada feroz y carnal—. Salvaje... —me susurra. Su voz tiene un tono de placer lujurioso.

Mi libido explota como reacción a esa palabra susurrada y dejo de fingir. Vuelvo a luchar en vano para que me suelte la mano y a la vez intento entrelazar los tobillos y tirarlo para que ya no esté encima de mí. Pero pesa demasiado. ¡Arrrggg! Es frustrante. Y excitante.

Con un gruñido, Christian me atrapa la otra mano. Me agarra las dos muñecas con su mano izquierda mientras la derecha desciende por mi cuerpo, lenta, casi insolentemente, acariciando y sintiendo según baja, dándole un pellizco a uno de mis pezones a su paso.

Chillo en respuesta y relámpagos de placer breves, agudos y calientes viajan desde mi pezón a mi entrepierna. Hago más intentos infructuosos de quitármelo de encima, pero él se mantiene demasiado firme sobre mí.

Cuando trata de besarme, giro la cabeza a un lado para que no pueda hacerlo. Su mano insolente pasa del dobladillo de mi camiseta a mi barbilla para sujetarme la cabeza mientras me mordisquea la mandíbula como yo he hecho antes con él.

—Oh, nena, sigue resistiéndote —murmura.

Me retuerzo y me revuelvo, intentando liberarme de su sujeción despiadada, pero no sirve de nada. Es mucho más fuerte que yo. Ahora me está mordiendo suavemente el labio inferior mientras su lengua trata de invadir mi boca. Y me doy cuenta de que no quiero resistirme. Le deseo... Ahora igual que siempre. Dejo de forcejear y le devuelvo el beso apasionadamente. No me importa no haberme lavado los dientes. Ni que se suponga que estamos jugando a algo. El deseo, caliente y duro, llena mi torrente sanguíneo y ya estoy perdida. Separo los tobillos y le rodeo la cadera con las piernas. Uso los talones para bajarle el pijama por el culo.

—Ana... —jadea y me besa por todas partes.

Y ya dejamos de pelear para ser todo manos y lenguas, sabor y contacto rápido, urgente.

—Piel —susurra con voz ronca y la respiración trabajosa.

Me levanta y tira de mi camiseta para quitármela en un solo movimiento rápido.

—Tú —le digo yo mientras estoy erguida.

Eso es todo lo que soy capaz de articular. Le cojo la parte delantera del pantalón del pijama y se la bajo de un tirón para liberar su erección. Se la agarro y se la aprieto. Está muy duro. Suelta el aire entre los dientes e inhala bruscamente y yo disfruto al ver su respuesta.

—Joder —susurra.

Se echa hacia atrás, alzándome los muslos e inclinándome un poco hacia la cama mientras yo tiro y le aprieto con fuerza, subiendo y bajando la mano. Noto una gotita de humedad en la punta y la esparzo con el pulgar. Cuando me baja hasta el colchón me meto el pulgar en la boca para saborearle mientras su mano asciende por mi cuerpo acariciándome las caderas, el estómago y los pechos.

—¿Sabe bien? —me pregunta cuando se cierne sobre mí con los ojos en llamas.

—Sí, mira.

Le meto el pulgar en la boca y él lo chupa y me muerde la yema. Gimo, le cojo la cabeza y tiro de él hacia mí para poder besarle. Le envuelvo con las piernas y le bajo el pijama por las suyas empujando con los pies. Después vuelvo a rodearle la cintura con ellas. Sus labios pasan de mi mandíbula a mi barbilla y ahí me da un mordisco suave.

—Eres tan preciosa... —Baja la cabeza hasta la base de mi garganta—. Tienes una piel tan bonita...

Su respiración es suave y sus labios se deslizan hasta mis pechos.

¿Qué? Jadeo, confundida. Estoy necesitada, pero ahora me hace esperar. Creía que iba a ser rápido.

—Christian... —Oigo la suave súplica de mi voz y bajo las manos para enterrárselas entre el pelo.

—Chis... —me susurra y me rodea un pezón con la lengua antes de metérselo en la boca y tirar con fuerza.

—¡Ah! —gimo y me retuerzo, inclinando un poco la pelvis para tentarle. Sonríe contra mi piel y pasa a centrarse en el otro pecho.

—¿Impaciente, señora Grey? —Vuelve a chuparme el pezón con fuerza. Yo le tiro del pelo. Él gruñe y levanta la vista—. Te voy a atar —me amenaza.

—Tómame —le suplico.

—Todo a su tiempo —dice contra mi piel.

Su mano baja a una velocidad insultantemente lenta hasta mis caderas mientras sigue ocupándose del pezón con la boca. Gimo con fuerza, mi respiración es rápida y poco profunda e intento volver a animarle a entrar en mí moviendo la cadera y apretándome contra él. Él está duro, muy cerca y pesa, pero se está tomando su tiempo conmigo.

¡Que le den! Me pongo otra vez a pelear y me retuerzo, decidida a quitármelo de encima.

—Pero ¿qué...?

Christian me coge las manos y me las aprieta contra la cama con los brazos totalmente abiertos y apoya todo el peso de su cuerpo sobre mí, dominándome completamente. Estoy sin aliento y como loca.

—Querías resistencia —le digo jadeando.

Él se levanta sobre mí y me mira, con las manos todavía agarrándome las muñecas. Le coloco los talones en el culo y empujo. No se mueve. ¡Arrrggg!

—¿No quieres que juguemos con calma? —me pregunta asombrado, con los ojos encendidos por la excitación.

—Solo quiero que me hagas el amor, Christian.

¿Cómo puede ser tan obtuso? Primero peleamos y luchamos y después todo es ternura y dulzura. Es confuso. Estoy en la cama con el señor Temperamental.

—Por favor... —Vuelvo a ponerle los talones en el culo y a empujarle un poco.

Sus ojos grises ardientes examinan los míos. Oh, pero ¿en qué está pensando? Parece perplejo y confuso momentáneamente. Me suelta las manos y se sienta en los talones. Tira de mí para subirme a su regazo.

—Está bien, señora Grey, lo haremos a su manera. —Me levanta y me baja lentamente sobre su erección de forma que quedo a horcajadas sobre él.

—¡Ah!

Eso es. Eso es lo que quiero, lo que necesito. Le rodeo el cuello con los brazos y enredo los dedos en su pelo, saboreando la sensación de sentirle dentro de mí. Empiezo a moverme. Tomo las riendas, le llevo a mi ritmo, a mi paso. Él gime, sus labios encuentran los míos y los dos nos perdemos.

Paso los dedos por el vello del pecho de Christian. Está tumbado boca arriba, quieto y en silencio a mi lado mientras los dos recuperamos el aliento. Su mano me acaricia rítmicamente la espalda.

—Estás muy callado —le susurro y le doy un beso en el hombro. Se gira y me mira, pero su expresión no revela nada—. Ha sido divertido.

Mierda, ¿pasa algo malo?

—Me confundes, Ana.

—¿Que te confundo?

Se mueve para que quedemos cara a cara.

—Sí. Me confundes. Tomando las riendas. Es... diferente.

—¿Diferente para bien o diferente para mal?

Le paso los dedos por los labios. Él arruga la frente como si no comprendiera la pregunta. Me da un beso en el dedo distraídamente.

—Diferente para bien —dice, pero no suena muy convencido.

—¿Nunca antes habías puesto en práctica esta fantasía?

Me sonrojo al decirlo. ¿De verdad quiero saber más cosas sobre la colorida y... eh... caleidoscópica vida sexual que mi marido ha tenido antes de mí? Mi subconsciente me mira precavida por encima de las gafas de concha de media luna como diciendo: «¿En serio quieres pisar ese terreno?».

—No, Anastasia. Tú puedes tocarme. —Es una explicación muy simple pero que dice muchísimo. Claro, las quince anteriores no podían...

—La señora Robinson también podía tocarte — digo en voz baja antes de que mi cerebro registre lo que he dicho. Mierda. ¿Por qué la he mencionado?

Se queda muy quieto. Abre mucho los ojos y pone esa expresión que dice: «Oh, no, ¿adónde querrá llegar con esto?».

—Eso era diferente —susurra.

De repente quiero saberlo.

—¿Diferente para bien o diferente para mal?

Me mira fijamente. La duda y algo que se acerca al dolor cruzan por su cara de manera fugaz; por un instante parece alguien que se está ahogando.

—Para mal, creo. —Apenas se oyen sus palabras.

¡Oh, madre mía!

—Creí que te gustaba.

—Y me gustaba. Entonces.

—¿Y ahora no?

Me mira con los ojos como platos y lentamente niega con la cabeza.

Oh, Dios mío...

—Oh, Christian...

Estoy abrumada por los sentimientos que me inundan. Mi niño perdido. Me lanzo sobre él y le beso la cara, la garganta, el pecho y las pequeñas cicatrices redondas. Christian gruñe, me atrae hacia él y me besa con pasión. Y muy lenta y tiernamente, a su ritmo, vuelve a hacerme el amor.

—¡Aquí viene Ana Tyson, tras la pelea con un peso superior!

Ethan me aplaude cuando entro en la cocina a desayunar. Está sentado con Mia y con Kate en la barra del desayuno mientras la señora Bentley cocina unos gofres. A Christian no se le ve por ninguna parte.

—Buenos días, señora Grey —me dice sonriendo la señora Bentley—. ¿Qué le apetece desayunar?

—Buenos días. Lo que esté haciendo estará bien, gracias. ¿Dónde está Christian?

—Fuera. —Kate señala con la cabeza al patio.

Me acerco a la ventana que da al patio y a las montañas que hay más allá. Es un día de verano claro de un azul muy pálido y mi guapísimo marido está a unos seis metros, enfrascado en una discusión con un hombre.

—El hombre con el que está hablando es el señor Bentley —me dice Mia desde la barra del desayuno.

Me giro para mirarla, atraída por su tono de mal humor. Mira venenosamente a Ethan. Oh, vaya... Me pregunto una vez más qué es lo que hay entre ellos. Frunzo el ceño y devuelvo mi atención a mi marido y el señor Bentley.

El marido de la señora Bentley tiene el pelo claro, los ojos oscuros, es delgado y fibroso y va vestido con pantalones de trabajo y una camiseta del Departamento de Bomberos de Aspen. Christian lleva vaqueros negros y una camiseta. Cuando los dos hombres empiezan a caminar por el césped hacia la casa, sumidos en su conversación, Christian se agacha para recoger lo que parece una caña de bambú que ha sido arrastrada allí por el viento o desechada de algún parterre. Se para y distraídamente examina la caña como si estuviera sopesando algo y después corta el aire con ella, solo una vez.

Oh...

Parece que el señor Bentley no ve nada raro en ese comportamiento. Siguen con su discusión, esta vez más cerca de la casa, después se paran otra vez y Christian repite el gesto. La punta de la caña golpea el suelo. Christian levanta la vista y me ve en la ventana. De repente me siento como si le estuviera espiando. Se queda quieto y yo le saludo un poco avergonzada y me giro para volver a la barra.

—¿Qué estabas haciendo? —me pregunta Kate.

—Solo miraba a Christian.

—Te ha dado fuerte... —dice riendo entre dientes.

—¿Y a ti no, futura cuñada? —le respondo sonriendo e intentando apartar la imagen perturbadora de Christian blandiendo la caña.

Me quedo perpleja cuando Kate se levanta de un salto y me abraza.

—¡Cuñada! —exclama, y es difícil no dejarse arrastrar por su alegría.



—Oye, dormilona. —Christian me despierta—. Estamos a punto de aterrizar. Abróchate el cinturón.

Cojo el cinturón de seguridad medio dormida e intento abrochármelo torpemente, pero Christian tiene que hacerlo por mí. Me da un beso en la frente antes de volver a acomodarse en su asiento. Yo apoyo la cabeza de nuevo en su hombro y cierro los ojos.

Una excursión imposiblemente larga y un picnic en la cima de una montaña espectacular me han dejado exhausta. El resto del grupo también está en silencio. Incluso Mia. Parece algo abatida y lleva así todo el día. Me pregunto cómo estará yendo su campaña con Ethan. Ni siquiera sé dónde durmieron anoche. Mis ojos se encuentran con los suyos y le dedico una sonrisa que dice: «¿Estás bien?». Ella me responde con una breve sonrisa triste y vuelve a su libro. Miro a Christian con los ojos entrecerrados. Está trabajando en un contrato o algo parecido, leyéndolo y haciendo anotaciones en los márgenes. Pero se le ve relajado. Elliot está roncando suavemente al lado de Kate.

Todavía tengo que arrinconar a Elliot y preguntarle por lo de Gia, pero hasta ahora ha sido imposible pillarle sin Kate. A Christian no le interesa el asunto tanto como para preguntar, lo que me parece irritante, pero no le he presionado; nos lo estábamos pasando demasiado bien. Elliot tiene la mano descansando posesivamente sobre la rodilla de Kate. Ella está radiante y cuesta creer que ayer mismo por la tarde estuviera tan insegura con respecto a él. ¿Cómo le llamó Christian? L Elliot. ¿Tal vez un apodo familiar? Es dulce, mucho mejor que «gigoló». Elliot de repente abre los ojos y me mira. Me sonrojo porque me ha pillado observándole.

Él sonríe.

—Me encanta cuando te sonrojas, Ana —bromea mientras se estira.

Kate me dedica una sonrisa satisfecha, como la del gato que se comió el canario.

La primera oficial Beighley anuncia que nos estamos aproximando al aeropuerto de Seattle y Christian me coge la mano.



—¿Qué tal el fin de semana, señora Grey? —me pregunta Christian cuando ya estamos en el Audi de camino al Escala. Taylor y Ryan van en la parte delantera.

—Bien, gracias. —Le sonrío y de repente me siento tímida.

—Podemos volver cuando quieras. Y llevar a quien te apetezca.

—Deberíamos llevar a Ray. Le gusta pescar.

—Es una buena idea.

—¿Y qué tal lo has pasado tú? —le pregunto.

—Bien —me dice un momento después, sorprendido por mi pregunta, creo—. Muy bien.

—Parecías relajado.

Se encoge de hombros.

—Sabía que estabas segura.

Frunzo el ceño.

—Christian, estoy segura la mayor parte del tiempo. Ya te lo he dicho, acabarás muriendo antes de los cuarenta si mantienes ese nivel de ansiedad. Y quiero hacerme vieja contigo.

Le cojo la mano. Me mira como si no comprendiera lo que estoy diciendo. Después me da un beso suave en los nudillos y cambia de tema.

—¿Qué tal tu mano?

—Mejor, gracias.

Sonríe.

—Muy bien, señora Grey. ¿Está lista para volver a ver a Gia?

Oh, no... Se me había olvidado que tenemos que verla esta tarde para revisar los planos finales. Pongo los ojos en blanco.

—Será mejor que te mantengas fuera de su alcance para que tú también estés seguro —le digo sonriendo burlona.

—¿Me estás protegiendo? —Christian se está riendo de mí.

—Como siempre, señor Grey. De todas las depredadoras sexuales —le susurro.



Christian se está lavando los dientes cuando yo me meto en la cama. Mañana volvemos a la realidad: al trabajo, a los paparazzi y a Jack en la cárcel, pero con la posibilidad de que tuviera un cómplice. Mmm... Christian ha sido muy vago sobre ese tema. ¿Sabrá algo? Y si lo sabe, ¿me lo dirá? Suspiro. Sacarle información a Christian es peor que sacarle una muela, y hemos pasado un fin de semana tan bueno... ¿Quiero arruinar este momento de bienestar total intentando arrancarle algo de información?

Ha sido una revelación verle fuera de su ambiente normal, fuera del ático, relajado y feliz con su familia. Me pregunto vagamente si se deberá a que estamos en este piso, con todos esos recuerdos y asociaciones que le vienen a la cabeza. Tal vez deberíamos mudarnos.

Me río entre dientes. Ya nos vamos a mudar. Estamos reformando una casa enorme en la costa. Los planos de Gia ya están terminados y aprobados y el equipo de Elliot empieza la reforma la semana que viene. Ahogo una risita al recordar la expresión sorprendida de

Gia cuando le he dicho que la vi en Aspen. Por lo que parece no fue más que una coincidencia. Ella se fue a su casa de vacaciones para poder trabajar tranquilamente en nuestros planos. Durante un horrible momento creí que había ayudado a Elliot a escoger el anillo, pero aparentemente no. Aunque yo no me fío de Gia. Quiero que Elliot me cuente su versión. Al menos esta vez ha mantenido las distancias con Christian.

Miro el cielo nocturno. Voy a echar de menos esta vista, esta panorámica: Seattle a nuestros pies, tan lleno de posibilidades y a la vez tan lejano. Tal vez ese sea el problema de Christian: ha estado demasiado aislado de la vida real durante demasiado tiempo por culpa de su exilio autoimpuesto. Con su familia alrededor es menos controlador, sufre menos ansiedad... en definitiva es más libre y más feliz. Me pregunto qué pensará Flynn de eso. ¡Madre mía! Tal vez esa sea la respuesta. Tal vez lo que necesita es su propia familia. Niego con la cabeza: somos demasiado jóvenes, todo esto es demasiado nuevo. Christian entra en la habitación con su habitual apariencia impecable, pero está pensativo.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Asiente distraído y viene a la cama.

—No tengo muchas ganas de volver a la realidad —murmuro.

—¿Ah, no?

Niego con la cabeza y le acaricio su delicado rostro.

—Ha sido un fin de semana maravilloso. Gracias. Sonríe un poco.

—Tú eres mi realidad, Ana —me susurra y me da un beso.

—¿Lo echas de menos?

—¿El qué? —me pregunta perplejo.

—Azotar con cañas y... esas cosas, ya sabes —le digo en un susurro, avergonzada.

Se me queda mirando con ojos inescrutables. Entonces una duda cruza su cara y aparece su expresión de: «¿Adónde quiere llegar con esto?».

—No, Anastasia, no lo echo de menos. —Su voz es firme y tranquila. Me acaricia la mejilla—. El doctor Flynn me dijo una cosa cuando te fuiste, algo que ha permanecido conmigo. Me dijo que yo no podía seguir siendo así si tú no estabas de acuerdo con mis inclinaciones. Y eso fue una revelación. —Se detiene y frunce el ceño—. Yo no conocía otra cosa, Ana. Pero ahora sí. Y ha sido muy educativo.

—¿Que ha sido educativo para ti? —me burlo.

Sus ojos se suavizan.

—¿Tú lo echas de menos? —me pregunta.

Oh...

—No quiero que me hagas daño, pero me gusta jugar, Christian. Ya lo sabes. Si tú quisieras hacer algo...

—Me encojo de hombros y le miro fijamente.

—¿Algo?

—Ya sabes, algo con un látigo y una fusta... —Me interrumpo y me sonrojo.

Christian levanta las cejas sorprendido.

—Bueno... ya veremos. Por ahora me apetece un poco del clásico sexo vainilla de toda la vida.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar y me da otro beso.



De: Anastasia Grey
Fecha: 29 de agosto de 2011 09:14
Para: Christian Grey
Asunto: Buenos días

Señor Grey:
Solo quería decirle que le quiero.
Eso es todo.
Siempre suya
A x

Anastasia Grey
Editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 29 de agosto de 2011 09:18
Para: Anastasia Grey
Asunto: Adiós a la depresión del lunes por la mañana

Señora Grey:
Qué palabras más gratificantes en boca de la mujer de uno (descarriada o no) un lunes por la mañana.

Puede estar segura de que yo siento exactamente lo mismo.

Lamento lo de la cena de esta noche. Espero que no sea muy aburrida para usted.

x

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Oh, es verdad. La cena de la Asociación Americana de Astilleros... Pongo los ojos en blanco. Más camisas almidonadas. Christian me lleva a unos eventos de lo más fascinantes.

De: Anastasia Grey
Fecha: 29 de agosto de 2011 09:26
Para: Christian Grey
Asunto: Barcos que pasan en la noche

Querido señor Grey:
Estoy segura de que se le ocurrirá alguna forma de condimentar la cena...
Suya anticipadamente.
La señora G. x

Anastasia (nada descarriada) Grey
Editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 29 de agosto de 2011 09:35

Para: Anastasia Grey

Asunto: La variedad es la sal de la vida

Señora Grey:

Se me ocurren unas cuantas cosas...

x

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc. y ahora impaciente por que llegue la cena de la AAA, Inc.

Se me tensan todos los músculos del vientre. Mmm... Me pregunto qué estará planeando. Hannah llama a la puerta e interrumpe mis ensoñaciones.

—¿Podemos repasar la agenda de esta semana, Ana?

—Claro, siéntate.

Le sonrío, recupero la compostura y minimizo mi programa de correo.

—He tenido que mover un par de citas. El señor Fox a la semana que viene y la doctora...

El timbre del teléfono nos interrumpe. Es Roach que me pide que vaya a su despacho.

—¿Podemos retomar esto dentro de veinte minutos?

—Claro.



De: Christian Grey

Fecha: 30 de agosto de 2011 09:24

Para: Anastasia Grey

Asunto: Anoche...

Fue... divertido.

¿Quién habría pensado que la cena anual de la AAA podía ser tan estimulante?

Como siempre, nunca me decepciona, señora Grey.

Te quiero.

x

Christian Grey

Asonbrado presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Grey

Fecha: 30 de agosto de 2011 09:33

Para: Christian Grey

Asunto: Siempre me ha gustado jugar con bolas...

Querido señor Grey:

Echo de menos las bolas plateadas.

Tú nunca me decepcionas.

Eso es todo.

Señora G x

Anastasia Grey
Editora de SIP

Hannah llama a la puerta e interrumpe mis recuerdos eróticos de lo de anoche. Las manos de Christian... Su boca...

—Adelante.

—Ana, acaba de llamar la ayudante del señor Roach. Quiere que vayas a una reunión esta mañana. Eso significa que vamos a tener que volver a cambiar algunas citas. ¿Te parece bien?

Su lengua...

—Claro, lo que haga falta —murmuro intentando frenar mis rebeldes pensamientos.

Ella sonrío y sale de mi despacho, dejándome con los deliciosos recuerdos de anoche.



De: Christian Grey

Fecha: 1 de septiembre de 2011 15:24

Para: Anastasia Grey

Asunto: Hyde

Anastasia:

Para tu información, a Hyde le han denegado la fianza y permanecerá en la cárcel. Le han acusado de

intento de secuestro y de incendio provocado. Todavía no se ha puesto fecha para el juicio.

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

De: Anastasia Grey
Fecha: 1 de septiembre de 2011 15:53
Para: Christian Grey
Asunto: Hyde

Bien, buenas noticias.
¿Significa eso que vamos a reducir la seguridad?
Es que Prescott no me cae muy bien.
Ana x

Anastasia Grey
Editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 1 de septiembre de 2011 15:59
Para: Anastasia Grey
Asunto: Hyde

No. La seguridad va a seguir como hasta ahora.
Eso no es discutible.

¿Qué le pasa a Prescott? Si no te cae bien,
podemos sustituirla.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Frunzo el ceño al leer ese correo tan prepotente.
Prescott no está tan mal.

De: Anastasia Grey

Fecha: 1 de septiembre de 2011 16:03

Para: Christian Grey

Asunto: Que no se te pongan los pelos de punta
todavía

Solo preguntaba (ojos en blanco).

Ya pensaré lo de Prescott.

¡Y guárdate esa mano tan larga!

Ana x

Anastasia Grey

Editora de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 1 de septiembre de 2011 16:11

Para: Anastasia Grey

Asunto: No me tiente

Señora Grey, puedo asegurarle que mi pelo está perfectamente en su sitio, cosa que ha podido comprobar usted misma en multitud de ocasiones.

Pero sí que siento ganas de utilizar mi mano larga.

Puede que se me ocurra algo que hacer con ella esta noche.

X

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc. que aún no se ha quedado calvo

De: Anastasia Grey

Fecha: 1 de septiembre de 2011 16:20

Para: Christian Grey

Asunto: Me retuerzo

Promesas, promesas...

Y deja ya de distraerme, que estoy intentando trabajar. Tengo una reunión improvisada con un autor y no puedo distraerme pensando en ti.

X

A

Anastasia Grey

Editora de SIP



De: Anastasia Grey

Fecha: 5 de septiembre de 2011 09:18

Para: Christian Grey

Asunto: Navegar & volar & azotar

Esposo:

Tú sí que sabes hacérselo pasar bien a una chica.
Por supuesto, ahora espero que te ocupes de que todos los fines de semana sean así.

Me estás mimando demasiado. Y me encanta.

Tu esposa.

XOX

Anastasia Grey

Editora de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 5 de septiembre de 2011 09:25

Para: Anastasia Grey

Asunto: Mi misión en la vida...

... es mimarla, señora Grey.

Y mantenerte segura porque te quiero.

Christian Grey

Entusiasmado presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Oh, Dios mío. ¿Podría ser más romántico?

De: Anastasia Grey

Fecha: 5 de septiembre de 2011 09:33

Para: Christian Grey

Asunto: Mi misión en la vida...

... es permitir que lo hagas porque yo también te quiero.

Y ahora deja de ser tan tonto.

Me vas a hacer llorar.

Anastasia Grey

Igualmente entusiasmada editora de SIP



Al día siguiente miro el calendario de mi mesa. Solo quedan cinco días para el 10 de septiembre, mi cumpleaños. Sé que vamos a ir a la casa nueva para ver cómo evolucionan los trabajos de Elliot. Mmm... Me pregunto si Christian tendrá otros planes... Sonrío solo de pensarlo. Hannah llama a la puerta.

—Adelante.

Prescott está esperando fuera. Qué raro...

—Hola, Ana —saluda Hannah—. Hay aquí una mujer llamada Leila Williams que quiere verte. Dice que es personal.

—¿Leila Williams? No conozco a... —Se me seca la boca de repente y Hannah abre mucho los ojos al ver mi expresión.

¿Leila? Joder. ¿Qué querrá?

Quieres que le diga que se vaya? —me pregunta Hannah, alarmada por la cara que he puesto.

—Eh, no. ¿Dónde está?

—En recepción. Y no ha venido sola. La acompaña otra mujer joven.

¡Oh!

—Y la señorita Prescott quiere hablar contigo —añade Hannah.

—Dile que pase.

Hannah se aparta y Prescott entra en el despacho. Se nota que viene con una misión, porque destila eficiencia profesional.

—Dame un momento, Hannah. Prescott, siéntate por favor.

Hannah cierra la puerta y nos deja solas a Prescott y a mí.

—Señora Grey, Leila Williams está en la lista de visitas potencialmente peligrosas.

—¿Qué? —¿Tengo una lista de visitas potencialmente peligrosas?

—Es una lista de vigilancia, señora. Taylor y Welch fueron muy categóricos sobre que ella no debe tener ningún contacto con usted.

Frunzo el ceño sin comprender.

—¿Es peligrosa?

—No sabría decirle, señora.

—¿Y cómo sabes que está aquí?

Prescott traga saliva y durante un momento se la ve incómoda.

—Estaba haciendo una pausa para ir al baño cuando ella entró y habló directamente con Claire, luego Claire llamó a Hannah.

—Oh, ya veo. —Me doy cuenta de que incluso Prescott necesita ir a hacer pis y me río un poco—. Qué mala pata.

—Sí, señora. —Prescott me dedica una sonrisa avergonzada y es la primera vez que la veo bajar un poco la guardia. Tiene una sonrisa muy bonita—. Tengo que volver a hablar con Claire sobre el protocolo —dice con tono cansado.

—Claro. ¿Taylor sabe que ella está aquí? —Cruzo los dedos inconscientemente, deseando que no se lo haya dicho a Christian.

—Le he dejado un mensaje de voz.

Oh.

—Entonces tengo poco tiempo. Me gustaría saber qué quiere.

Prescott se me queda mirando un momento.

—Debo recomendarle que lo no haga, señora.

—Habrá venido hasta aquí a verme por algo.

—Se supone que debo evitarlo, señora —dice en voz baja pero resignada.

—Quiero saber lo que sea que tenga que decirme.

Mi tono es más contundente de lo que pretendía. Prescott contiene un suspiro.

—Entonces tendré que registrarlas a las dos antes de que usted se encuentre con ellas.

—Está bien. ¿Y puedes hacerlo?

—Estoy aquí para protegerla, señora Grey, de modo que sí, puedo. También creo que sería aconsejable que me quedara con usted mientras hablan.

—Bien. —Le permito esa concesión. Además, la última vez que vi a Leila iba armada—. Vamos.

Prescott se levanta.

—Hannah —llamo.

Hannah abre la puerta demasiado deprisa. Debía de estar esperando fuera justo al lado.

—¿Puedes ir a ver si la sala de reuniones está libre, por favor?

—Ya lo he comprobado y sí que lo está. Puedes utilizarla.

—Prescott, ¿puedes registrarlas ahí? ¿Tiene la privacidad suficiente?

—Sí, señora.

—Yo iré dentro de cinco minutos. Hannah, lleva a Leila Williams y a la persona que está con ella a la sala de reuniones.

—Ahora mismo. —Hannah mira ansiosa a Prescott y después a mí—. ¿Quieres que cancele tu siguiente reunión? Es a las cuatro, pero es en la otra punta de la ciudad.

—Sí —murmuro distraída. Hannah asiente y se va.

¿Qué demonios puede querer Leila? No creo que haya venido aquí para hacerme daño. No lo hizo en el pasado cuando tuvo la oportunidad. Christian se va a poner hecho una furia. Mi subconsciente frunce los labios, cruza remilgadamente las piernas y asiente. Tengo que decirle lo que voy a hacer. Le escribo un

correo rápido, me quedo parada y miro la hora. Siento una punzada de dolor momentánea. Iba todo tan bien desde que estuvimos en Aspen... Pulso «Enviar».

De: Anastasia Grey

Fecha: 6 de septiembre de 2011 15:27

Para: Christian Grey

Asunto: Visitas

Christian:

Leila está aquí. Ha venido a visitarme. Voy a verla acompañada por Prescott.

Si es necesario utilizaré mis recién adquiridas habilidades para dar bofetadas con la mano que ya tengo curada.

Intenta (pero hazlo de verdad) no preocuparte.

Ya soy una niña grande.

Te llamo después de la conversación.

A x

Anastasia Grey

Editora de SIP

Rápidamente escondo la BlackBerry en el cajón de mi escritorio. Me pongo de pie, me estiro la falda lápiz gris, me doy un pellizco en las mejillas para darles un poco de color y me desabrocho otro botón de la blusa de seda gris. Vale, estoy preparada. Inspiro hondo y salgo de la oficina para ver a la tristemente famosa Leila, ignorando la música de «Your Love is King» y el zumbido amortiguado que sale del cajón de mi mesa.

A Leila se la ve mucho mejor. Algo más que mejor... Está muy atractiva. Tiene un rubor rosa en las mejillas, sus ojos marrones brillan y lleva el pelo limpio y brillante. Va vestida con una blusa rosa pálido y pantalones blancos. Se pone de pie en cuanto entro en la sala de reuniones y su amiga también, una mujer joven con el pelo oscuro y ojos marrones del color del brandy. Prescott permanece en un rincón sin apartar los ojos de Leila.

—Señora Grey, muchas gracias por acceder a verme. —Leila habla en voz baja pero clara.

—Mmm... Disculpad las medidas de seguridad — murmuro mientras señalo distraídamente a Prescott porque no se me ocurre nada más que decir.

—Esta es mi amiga Susi.

—Hola —saludo con la cabeza a Susi. Se parece a Leila. Y a mí. Oh, no. Otra más.

—Sí —dice Leila, como si acabara de leerme el pensamiento—. Susi también conoce al señor Grey.

¿Y qué demonios se supone que puedo decir ante eso? Le sonrío educadamente.

—Sentaos, por favor —les pido.

Llaman a la puerta. Es Hannah. Le hago una seña para que entre porque sé perfectamente por qué viene a molestarnos.

—Perdón por la interrupción, Ana. Es que tengo al señor Grey al teléfono.

—Dile que estoy ocupada.

—Ha insistido mucho, Ana —me dice un poco asustada.

—No lo dudo. Pídele disculpas de mi parte y dile que le llamo en cuanto pueda.

Hannah duda.

—Hannah, por favor.

Asiente y sale apresuradamente de la sala. Me vuelvo hacia las dos mujeres que tengo sentadas delante de mí. Las dos me miran asombradas. Es incómodo.

—¿Qué puedo hacer por vosotras? —les pregunto.

Susi es la que habla.

—Sé que esto es muy raro, pero yo quería conocerte también. La mujer que ha atrapado a Christ...

Levanto la mano, haciendo que deje la frase a medias. No quiero oír eso.

—Mmm... Ya veo lo que quieres decir —digo entre dientes.

—Nosotras nos llamamos el «club de las sumisas». —Me sonrío y sus ojos brillan divertidos.

Oh, Dios mío.

Leila da un respingo y mira a Susi, perpleja y divertida a la vez. Susi hace una mueca de dolor. Sospecho que Leila le ha dado una patada por debajo de la mesa.

¿Y qué se supone que debo decirles ante eso? Miro nerviosamente a Prescott, que sigue impassible. Sus ojos no se apartan de Leila.

De repente Susi parece recordar por qué está allí. Se ruboriza, asiente y se levanta.

—Esperaré en recepción. Esto es solo cosa de Lulu. —Es evidente que está avergonzada.

¿Lulu?

—¿Estarás bien? —le pregunta a Leila, que le responde con una sonrisa.

Susi me dedica una sonrisa amplia, abierta y genuina y sale de la habitación.

Susi y Christian... No es algo en lo que quiera pensar. Prescott se saca el teléfono del bolsillo y contesta. No lo he oído sonar.

—¿Sí, señor Grey? —dice. Leila y yo nos volvemos para mirarla. Prescott cierra los ojos mortificada—. Sí, señor —responde. Se acerca y me pasa el teléfono.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Sí, Christian? —respondo tranquilamente intentando contener mi exasperación. Me levanto y salgo apresuradamente de la sala.

—¿A qué demonios estás jugando? —me grita a punto de explotar.

—No me grites.

—¿Cómo que no te grite? —Me grita aún más alto—. Te he dado instrucciones específicas que tú acabas de ignorar... otra vez. Joder, Ana, estoy muy furioso.

—Pues cuando te calmes, hablaremos de esto.

—Ni se te ocurra colgarme —me amenaza entre dientes.

—Adiós, Christian. —Le cuelgo y apago el teléfono de Prescott.

Maldita sea... Sé que no dispongo de mucho tiempo con Leila. Inspiro hondo y regreso a la sala de reuniones. Leila y Prescott me miran expectantes y yo le devuelvo a Prescott el teléfono.

—¿Dónde estábamos? —le pregunto a Leila mientras me siento frente a ella. Sus ojos se abren un poco, extrañados.

Sí, aparentemente sé manejar a Christian. Pero no creo que ella quiera oír eso.

Leila juguetea nerviosamente con las puntas de su pelo.

—Primero, quiero disculparme —me dice en voz baja.

Oh...

Levanta la vista para mirarme y ve mi sorpresa.

—Sí —prosigue apresuradamente—. Y agradecerle que no haya presentado cargos. Ya sabe... por lo del coche y el apartamento.

—Sabía que no estabas... Mmm... Bien en ese momento —respondo un poco a trompicones. No me esperaba una disculpa.

—No, no estaba bien.

—¿Estás mejor ahora? —le pregunto amablemente.

—Mucho mejor. Gracias.

—¿Sabe tu médico que estás aquí?

Niega con la cabeza.

Oh.

Parece adecuadamente culpable.

—Sé que tendré que enfrentarme a las consecuencias de esto más tarde. Pero necesitaba algunas cosas y también quería ver a Susi, a usted y... al señor Grey.

—¿Quieres ver a Christian? —Noto que mi estómago se precipita al vacío en caída libre. Por eso está aquí.

—Sí. Y quería preguntarle si le parece bien.

Oh, Dios mío... Me la quedo mirando con la boca abierta. Tengo ganas de decirle que no me parece bien,

que no la quiero cerca de mi marido. Pero ¿por qué ha venido? ¿Para evaluar a la competencia? ¿Para alterarme? ¿O es que necesita algún tipo de cierre?

—Leila —digo con dificultad, irritada—. Eso no es asunto mío, sino de Christian. Tendrás que preguntárselo a él. Él no necesita mi permiso. Es un hombre adulto... la mayor parte del tiempo.

Me mira durante un segundo como si estuviera sorprendida por mi reacción y después se ríe bajito, todavía jugando nerviosamente con las puntas de su pelo.

—Él se ha negado repetidamente a verme todas las veces que se lo he pedido —me dice casi en un susurro.

Oh, mierda. Tengo más problemas de los que creía.

—¿Y por qué es tan importante para ti verle? —le pregunto con suavidad.

—Para darle las gracias. Me estaría pudriendo en esa inmunda institución psiquiátrica que no era más que una prisión si no fuera por él. —Se queda mirando uno de sus dedos, que está pasando por el borde de la mesa—. Tuve un episodio psicótico grave, y sin el señor Grey y sin John... el doctor Flynn, quiero decir... —Se encoge de hombros y me mira de nuevo con una expresión llena de gratitud.

Estoy otra vez sin habla. ¿Qué espera que diga? Tendría que estar diciéndole estas cosas a Christian, no a mí.

—Y por el curso de arte. Nunca podré agradecerle suficiente eso.

¡Lo sabía! Christian está pagando sus clases. Mi rostro sigue sin revelar nada mientras analizo vacilante mis sentimientos por esa mujer que acaba de confirmar mis sospechas sobre la generosidad de Christian. Para mi sorpresa, no le guardo ningún rencor a ella. Es una revelación y me alegro de que esté mejor. Con suerte, así podrá seguir adelante con su vida y nosotros con la nuestra.

—¿No estás perdiendo clases por venir aquí? —le pregunto con genuino interés.

—Solo voy a perder dos. Mañana vuelvo a casa.

Ah, bien.

—¿Y cuáles son tus planes?

—Quiero recoger mis cosas de casa de Susi, volver a Hamden y seguir pintando y aprendiendo. El señor Grey ya ha adquirido un par de mis cuadros.

¡Maldita sea! El estómago se me vuelve a caer a los pies. ¿No estarán colgados en mi salón? Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

—¿Qué tipo de pintura practicas?

—Sobre todo abstracta.

—Ya veo.

Reviso mentalmente los cuadros del salón, que ahora ya conozco bien. Dos de ellos pueden haber sido pintados por una de las ex sumisas de mi marido... Sí, es posible.

—¿Puedo hablarle con franqueza? —me pregunta totalmente ajena a mis emociones encontradas.

—Por supuesto —le respondo mirando a Prescott, que parece haberse relajado un poco.

Leila se inclina un poco hacia delante como si fuera a revelarme un secreto que lleva guardando mucho tiempo.

—Amaba a Geoff, mi novio que murió hace unos meses. —Su voz va bajando hasta convertirse en un susurro triste.

Oh, madre mía. Esto se está poniendo personal.

—Lo siento mucho —le digo automáticamente, pero ella continúa como si no me hubiera oído.

—También amaba a mi marido... y solo he amado a otro —murmura.

—A mi marido. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Sí —dice en un murmullo apenas audible.

Eso no es nuevo para mí. Cuando levanta la vista para mirarme, sus ojos marrones están llenos de emociones contradictorias, pero la que destaca sobre todas es la aprensión. ¿Por mi reacción tal vez? Pero mi abrumadora respuesta ante esta pobre mujer es la compasión. Repaso toda la literatura clásica que se me ocurre en busca de formas de tratar con el amor no correspondido. Trago saliva con dificultad y me agarro a la superioridad moral.

—Lo sé. Es fácil quererle —susurro.

Abre todavía más los ojos por la sorpresa y sonrío.

—Sí, lo es... Lo era —se corrige rápidamente y se sonroja.

Después suelta una risita tan dulce que no puedo evitarlo y río también. Sí, Christian Grey tiene ese efecto en nosotras. Mi subconsciente me pone los ojos en blanco porque la saco de quicio y vuelve a la lectura del

desgastado ejemplar de *Jane Eyre*. Miro el reloj. En el fondo sé que Christian no tardará en llegar.

—Creo que vas a tener la oportunidad de ver a Christian.

—Eso creía. Sé lo protector que puede llegar a ser. —Me sonrío.

Así que tenía todo esto planeado. Qué astuta. O manipuladora, me susurra mi subconsciente.

—¿Por eso has venido a verme?

—Sí.

—Ya veo.

Y Christian está haciendo justo lo que ella esperaba. A regañadientes admito que le conoce bien.

—Parecía muy feliz. Con usted —me dice.

¿Qué?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi cuando estuve en el ático —explica con cautela.

Oh, ¿cómo he podido olvidar eso?

—¿Ibas allí con frecuencia?

—No. Pero él era muy diferente con usted.

¿Quiero oír esto? Un escalofrío me recorre la espalda. Se me eriza el vello al recordar el miedo que sentí cuando ella apareció en nuestro apartamento en forma de sombra que no llegué a ver del todo.

—Sabes que va contra la ley. Allanar una casa.

Ella asiente y mira fijamente la mesa, recorriendo el borde con una uña.

—Solo lo hice unas pocas veces y tuve suerte de que no me cogieran. También tengo que darle las gracias al señor Grey por eso. Podría haberme mandado a la cárcel.

—No creo que quisiera hacer eso —le respondo.

De repente se oye una repentina actividad fuera de la sala de reuniones y sé instintivamente que Christian está en el edificio. Un momento después entra como una tromba por la puerta y la cierra tras de sí. Antes de que se cierre del todo mi mirada se cruza con la de Taylor, que está fuera, esperando pacientemente; su boca es una fina línea y no me devuelve la sonrisa tensa que le dedico. Oh, maldita sea, él también está enfadado conmigo.

La mirada gris y furibunda de Christian me atraviesa primero a mí y después a Leila y nos deja a las dos petrificadas en las sillas. Tiene una expresión de determinación silenciosa, pero yo sé que no se siente así, y creo que Leila también lo sabe. El frío amenazador de sus ojos es el que revela la verdad: emana rabia, aunque sabe esconderla bien. Lleva un traje gris con una corbata oscura aflojada y el botón superior de la camisa desabrochado. Parece muy profesional y al mismo tiempo informal... y sexy. Tiene el pelo alborotado, seguro que porque se ha estado pasando las manos por él, exasperado.

Leila vuelve a bajar la vista nerviosamente al borde de la mesa mientras lo recorre con el dedo índice. Christian me mira a mí, después a ella y por fin a Prescott.

—Tú —dice dirigiéndose a Prescott sin alterarse—. Estás despedida. Sal de aquí ahora mismo.

Palidezco. Oh, no... Eso no es justo.

—Christian... —Intento ponerme de pie.

Levanta el dedo índice en forma de advertencia en mi dirección.

—No —me dice en voz tan alarmantemente baja que me callo al instante y me quedo clavada en la silla. Prescott agacha la cabeza y sale caminando enérgicamente de la sala para reunirse con Taylor. Christian cierra la puerta tras ella y se acerca hasta el borde de la mesa. ¡No, no, no! Ha sido culpa mía. Christian se queda de pie delante de Leila. Coloca las dos manos sobre la superficie de madera y se inclina hacia delante.

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí? —le pregunta en un gruñido.

—¡Christian! —le reprendo, pero él me ignora.

—¿Y bien? —insiste.

Leila le mira con los ojos muy abiertos y la cara cenicienta; su anterior rubor ha desaparecido totalmente.

—Quería verte y no me lo permitías —susurra.

—¿Así que has venido hasta aquí para acosar a mi mujer?

Sigue hablando muy bajo. Demasiado bajo.

Leila vuelve a mirar la mesa.

Él se yergue pero continúa con la vista fija en ella.

—Leila, si vuelves a acercarte a mi mujer te quitaré todo mi apoyo económico. Ni médicos, ni escuela de arte, ni seguro médico... Todo, te lo quitaré todo. ¿Me comprendes?

—Christian... —vuelvo a intentarlo, pero me silencia con una mirada gélida. ¿Por qué está siendo tan poco razonable? Mi compasión por esa mujer crece.

—Sí —responde con una voz apenas audible.

—¿Qué está haciendo Susannah en recepción?

—Ha venido conmigo.

Se pasa una mano por el pelo sin dejar de mirarla.

—Christian, por favor —le suplico—. Leila solo quería darte las gracias. Eso es todo.

Él me ignora y centra toda su ira en Leila.

—¿Te quedaste en casa de Susannah cuando estuviste enferma?

—Sí.

—¿Sabía ella lo que estabas haciendo mientras estabas en su casa?

—No. Estaba fuera, de vacaciones.

Christian se acaricia el labio inferior con el dedo índice.

—¿Por qué necesitabas verme? Ya sabes que debes enviarme cualquier petición a través de Flynn. ¿Necesitas algo? —Su tono se ha suavizado un poco.

Leila vuelve a pasar el dedo por el borde de la mesa.

¡Deja de intimidarla, Christian!

—Tenía que saberlo. —Y entonces le mira directamente por primera vez.

—¿Tenías que saber qué? —le pregunta.

—Que estabas bien.

Él la mira con la boca abierta.

—¿Que yo estoy bien? —La observa con el ceño fruncido, incrédulo.

—Sí.

—Estoy bien. Ya está, pregunta contestada. Ahora te van a llevar al aeropuerto para que vuelvas a la costa Este. Si das un paso más allá del Mississippi te lo quitaré todo, ¿entendido?

¡Por el amor de Dios, Christian! Me quedo pasmada. Pero ¿qué demonios le está pasando? No puede obligarla a quedarse a un lado del país.

—Sí. Lo entiendo —dice Leila en voz baja.

—Bien. —El tono de Christian ahora es más conciliador.

—Puede que a Leila no le venga bien irse ahora. Tenía planes —protesto, furiosa por ella.

Christian me mira fijamente.

—Anastasia... —me advierte con la voz gélida—, esto no es asunto tuyo.

Le miro con el ceño fruncido. Claro que es asunto mío, está en mi oficina después de todo. Tiene que haber algo más que yo no sé. No está siendo racional.

Cincuenta Sombras..., me susurra mi subconsciente.

—Leila ha venido a verme a mí, no a ti —le respondo en un susurro altanero.

Leila se gira hacia mí con los ojos abiertos hasta un punto imposible.

—Tenía instrucciones, señora Grey. Y las he desobedecido. —Mira nerviosamente a mi marido y después a mí—. Este es el Christian Grey que yo conozco —dice en un tono triste y nostálgico. Christian la observa con el ceño fruncido y yo me quedo sin aire en los pulmones. No puedo respirar. ¿Christian era así con ella todo el tiempo? ¿Era así conmigo al principio? Me cuesta recordarlo. Con una sonrisa triste, Leila se levanta.

—Me gustaría quedarme hasta mañana. Tengo el vuelo de vuelta a mediodía —le dice en voz baja a Christian.

—Haré que alguien vaya a recogerte a las diez para llevarte al aeropuerto.

—Gracias.

—¿Te quedas en casa de Susannah?

—Sí.

—Bien.

Miro fijamente a Christian. No puede organizarle la vida así... ¿Y cómo sabe dónde vive Susannah?

—Adiós, señora Grey. Gracias por atenderme.

Me levanto y le tiendo la mano. Ella me la estrecha agradecida.

—Mmm... Adiós. Y buena suerte —murmuro, porque no estoy segura de cuál es el protocolo para despedirme de una antigua sumisa de mi marido.

Asiente y se gira hacia él.

—Adiós, Christian.

Los ojos de Christian se suavizan un poco.

—Adiós, Leila. —Su voz es muy baja—. Todo a través del doctor Flynn, no lo olvides.

—Sí, señor.

Christian abre la puerta para que salga, pero ella se queda parada delante de él y le mira. Él se queda quieto y la observa con cautela.

—Me alegro de que seas feliz. Te lo mereces —le dice, y se va antes de que él pueda responder.

Él frunce el ceño mientras la ve marcharse y le hace un gesto con la cabeza a Taylor, que sigue a Leila hacia la zona de recepción. Cierra la puerta y me mira inseguro.

—Ni se te ocurra enfadarte conmigo —le digo entre dientes—. Llama a Claude Bastille y grítale a él o vete a ver al doctor Flynn.

Se queda con la boca abierta; está sorprendido por mi reacción. Arruga la frente otra vez.

—Me prometiste que no ibas a hacer esto. — Ahora su tono es acusatorio.

—¿Hacer qué?

—Desafiarme.

—No prometí eso. Te dije que tendría más en cuenta tu necesidad de protección. Te he avisado de que Leila estaba aquí. Hice que Prescott la registrara a ella y a tu otra amiguita. Prescott estuvo aquí todo el tiempo. Ahora has despedido a esa pobre mujer, que solo estaba haciendo lo que yo le dije. Te pedí que no te preocuparas y mira dónde y cómo estás. No recuerdo haber recibido ninguna bula papal de tu parte que decretara que no podía ver a Leila. Ni siquiera sabía que tenía una lista de visitas potencialmente peligrosas.

Mi voz va subiendo por la indignación mientras defiendo mi causa. Christian me observa con una expresión impenetrable. Un momento después sus labios se curvan.

—¿Bula papal? —dice divertido y se relaja visiblemente.

No tenía intención de hacer una broma para quitarle hierro a la conversación, pero ahí está, sonriendo, y eso solo me pone más furiosa. El intercambio entre él y su ex ha sido algo desagradable de presenciar. ¿Cómo ha podido ser tan frío con ella?

—¿Qué? —me pregunta, irritado porque mi cara sigue estando decididamente seria.

—Tú. ¿Por qué has sido tan cruel con ella?

Suspira y se revuelve un poco, apoyándose en la mesa y acercándose a mí.

—Anastasia —me dice como si fuera una niña pequeña—, no lo entiendes. Leila, Susannah... Todas ellas... Fueron un pasatiempo agradable y divertido. Pero eso es todo. Tú eres el centro de mi universo. Y la última vez que las dos estuvisteis en la misma habitación, ella te apuntaba con una pistola. No la quiero cerca de ti.

—Pero, Christian, entonces estaba enferma.

—Lo sé, y sé que está mejor ahora, pero no voy a volver a darle el beneficio de la duda. Lo que hizo es imperdonable.

—Pero tú has entrado en su juego y has hecho exactamente lo que ella quería. Deseaba volver a verte y sabía que si venía a verme, tú acudirías corriendo.

Christian se encoge de hombros como si no le importara.

—No quiero que tengas nada que ver con mi vida anterior.

¿Qué?

—Christian... Eres quien eres por tu vida anterior, por tu nueva vida, por todo. Lo que tiene que ver contigo, tiene que ver conmigo. Acepté eso cuando me casé contigo porque te quiero.

Se queda petrificado. Sé que le cuesta oír estas cosas.

—No me ha hecho daño. Y ella también te quiere.

—Me importa una mierda.

Le miro con la boca abierta, asombrada. Y me sorprende que todavía tenga la capacidad de asombrarme. «Este es el Christian Grey que yo conozco.» Las palabras de Leila resuenan en mi cabeza. Su reacción ante ella ha sido tan fría... Es algo que no tiene nada que ver con el hombre que he llegado a

conocer y que amo. Frunzo el ceño al recordar el remordimiento que sintió cuando ella tuvo la crisis, cuando creyó que él podía ser el responsable de su dolor. Trago saliva al recordar también que incluso la bañó. El estómago se me retuerce dolorosamente y me sube la bilis hasta la garganta. ¿Cómo puede decir ahora que le importa una mierda? Entonces sí le importaba. ¿Qué ha cambiado? Hay veces, como ahora mismo, en que no le entiendo. Él funciona a un nivel que está muy lejos del mío.

—¿Y por qué de repente te has convertido en una defensora de su causa? —me pregunta, perplejo e irritado.

—Mira, Christian, no creo que Leila y yo nos pongamos a intercambiar recetas y patrones de costura. Pero tampoco creo que haga falta mostrar tan poco corazón con ella.

Sus ojos se congelan.

—Ya te lo dije una vez: yo no tengo corazón —susurra.

Pongo los ojos en blanco. Oh, ahora se está comportando como un adolescente.

—Eso no es cierto, Christian. No seas ridículo. Sí que te importa. No le estarías pagando las clases de arte y todo lo demás si te diera igual.

De repente hacer que se dé cuenta de eso se convierte en el objetivo de mi vida. Es obvio que le importa. ¿Por qué lo niega? Es lo mismo que con sus sentimientos por su madre biológica. Oh, mierda... claro. Sus sentimientos por Leila y por las otras sumisas están mezclados con los sentimientos por su madre. «Me gusta azotar a morenitas como tú porque todas os parecéis a la

puta adicta al crack.» Que alguien llame al doctor Flynn, por favor. ¿Cómo puede no verlo él?

De repente el corazón se me llena de compasión por él. Mi niño perdido... ¿Por qué es tan difícil para él volver a ponerse en contacto con la humanidad, con la compasión que mostró por Leila cuando tuvo la crisis?

Se me queda mirando fijamente con los ojos brillando por la ira.

—Se acabó la discusión. Vámonos a casa.

Echo un vistazo al reloj. Solo son las cuatro y veintitrés. Tengo trabajo que hacer.

—Es pronto —le digo.

—A casa —insiste.

—Christian —le digo con voz cansada—, estoy harta de tener siempre la misma discusión contigo.

Frunce el ceño como si no comprendiera.

—Ya sabes —le recuerdo—: yo hago algo que no te gusta y tú piensas en una forma de castigarme por ello, que normalmente incluye un polvo pervertido que puede ser alucinante o cruel. —Me encojo de hombros, resignada. Esto es agotador y muy confuso.

—¿Alucinante? —me pregunta.

¿Qué?

—Normalmente sí.

—¿Qué ha sido alucinante? —me pregunta, y ahora sus ojos brillan con una curiosidad divertida y sensual. Veo que está intentando distraerme.

Oh, Dios mío... No quiero hablar de eso en la sala de reuniones de SIP. Mi subconsciente se examina con indiferencia las uñas perfectamente arregladas: Entonces no deberías haber sacado el tema...

—Ya lo sabes. —Me ruborizo, irritada con él y conmigo misma.

—Puedo adivinarlo —susurra.

Madre mía. Estoy intentando reprenderle y él me está confundiendo.

—Christian, yo...

—Me gusta complacerte. —Sigue la línea de mi labio inferior delicadamente con el pulgar.

—Y lo haces —reconozco en un susurro.

—Lo sé —me dice suavemente. Después se agacha y me susurra al oído—: Es lo único que sé con seguridad.

Oh, qué bien huele. Se aparta y me mira con una sonrisa arrogante que dice: «Por eso eres mía».

Frunzo los labios y me esfuerzo por que parezca que no me ha afectado su contacto. Se le da muy bien lo de distraerme de algo doloroso o que no quiere tratar. Y tú se lo permites, dice mi subconsciente mirando por encima del libro de *Jane Eyre*. Su comentario no me ayuda.

—¿Qué fue alucinante, Anastasia? —vuelve a preguntar con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Quieres una lista? —pregunto a mi vez.

—¿Hay una lista? —Está encantado.

Oh, qué agotador es este hombre.

—Bueno, las esposas —murmuro, y mi mente viaja hasta la luna de miel.

Él arruga la frente y me coge la mano, rozándome allí donde normalmente se toma el pulso en la muñeca con su pulgar.

—No quiero dejarte marcas.

Oh...

Curva los labios en una lenta sonrisa carnal.

—Vamos a casa. —Ahora su tono es seductor.

—Tengo trabajo que hacer.

—A casa —vuelve a insistir.

Nos miramos, el gris líquido se enfrenta al azul perplejo, poniéndonos a prueba, desafiando nuestros límites y nuestras voluntades. Le observo intentando comprenderle, intentando entender cómo ese hombre puede pasar de ser un obseso del control rabioso a un amante seductor en un abrir y cerrar de ojos. Sus ojos se agrandan y se oscurecen, dejando claras cuáles son sus intenciones. Me acaricia suavemente la mejilla.

—Podemos quedarnos aquí —dice en voz baja y ronca.

Oh, no. No. No. No. En la oficina no.

—Christian, no quiero tener sexo aquí. Tu amante acaba de estar en esta habitación.

—Ella nunca fue mi amante —gruñe, y su boca se convierte en una fina línea.

—Es una forma de hablar, Christian.

Frunce el ceño, confundido. El amante seductor ha desaparecido.

—No le des demasiadas vueltas a eso, Ana. Ella ya es historia —dice sin darle importancia.

Suspiro. Tal vez tenga razón. Solo quiero que admita ante sí mismo que ella le importa. De repente se me hiela el corazón. Oh, no... Por eso es tan importante para mí. ¿Y si yo hiciera algo imperdonable? Por ejemplo si no me conformo. ¿Yo también pasaría a ser historia? Si puede comportarse así ahora, después de lo preocupado que estuvo por Leila cuando ella enfermó, ¿podría en algún momento volverse contra mí? Doy un

respingo al recordar fragmentos de un sueño: espejos dorados y el sonido de sus pisadas sobre el suelo de mármol mientras se aleja, dejándome sola rodeada de un esplendor opulento.

—No... —La palabra sale de mi boca en un susurro horrorizado antes de que pueda detenerla.

—Sí —dice él, y me sujeta la barbilla para después inclinarse y darme un beso tierno en los labios.

—Oh, Christian, a veces me das miedo. —Le cojo la cabeza con las manos, enredo los dedos en su pelo y acerco sus labios a los míos. Se queda tenso un momento mientras me abraza.

—¿Por qué?

—Le has dado la espalda con una facilidad asombrosa...

Frunce el ceño.

—¿Y crees que podría hacer lo mismo contigo, Ana? ¿Y por qué demonios piensas eso? ¿Qué te ha hecho llegar a esta conclusión?

—Nada. Bésame. Llévame a casa —le suplico. Sus labios tocan los míos y estoy perdida.



—Oh, por favor —suplico cuando Christian me sopla con suavidad en el sexo.

—Todo a su tiempo —murmura.

Tiro de las esposas y gruño alto en protesta por este ataque carnal. Estoy atada con unas suaves esposas de cuero, cada codo sujeto a una rodilla, y la cabeza de Christian se mueve entre mis piernas y su lengua experta me excita sin tregua. Abro los ojos y miro el techo del dormitorio, que está bañado por la suave luz de última hora de la tarde, sin verlo realmente. Su lengua gira una y otra vez, haciendo espirales y rodeando el centro de mi universo. Quiero estirar las piernas. Lucho en vano por intentar controlar el placer. Pero no puedo. Cierro los dedos en su pelo y tiro con fuerza para que detenga esta tortura sublime.

—No te corras —me advierte con el aliento suave sobre mi carne cálida y húmeda mientras ignora mis dedos—. Te voy a azotar si te corres.

Gimo.

—Control, Ana. Es todo cuestión de control. —Su lengua retoma la incursión erótica.

Oh, sabe muy bien lo que está haciendo... Estoy indefensa, no puedo resistirme ni detener mi reacción ciega. Lo intento, lo intento con todas mis fuerzas, pero mi cuerpo explota bajo sus incesantes atenciones. Aun así su lengua no para hasta arrancar hasta el último gramo de placer que hay en mí.

—Oh, Ana —me regaña—, te has corrido. —Su voz es suave al echarme esa reprimenda triunfante. Me gira para que quede boca abajo y yo me apoyo en los antebrazos, aún temblorosa. Me da un azote fuerte en el culo.

—¡Ah! —grito.

—Control —repite. Y me coge las caderas para hundirse en mi interior.

Vuelvo a gritar; mi carne todavía se convulsiona por las consecuencias del orgasmo. Se queda muy quieto dentro de mí y se inclina para soltarme primero una esposa y después la otra. Me rodea con el brazo y tira de mí hasta sentarme en su regazo. Tiene el torso pegado a mi espalda y la mano apoyada bajo mi barbilla y sobre la garganta. Me siento llena y eso me encanta.

—Muévete —me ordena.

Gimo y subo y bajo sobre su regazo.

—Más rápido —me susurra.

Y me muevo más rápido y después más. Él gime y me echa atrás la cabeza con la mano para mordisquearme el cuello. Su otra mano va bajando por mi cuerpo lentamente, desde la cadera hasta el sexo y después se desliza hasta mi clítoris, que todavía está muy sensible por sus generosas atenciones de antes. Suelto un gemido largo cuando sus dedos se cierran sobre él y empieza a excitarlo de nuevo.

—Sí, Ana —me dice en voz baja al oído—. Eres mía. Solo tú.

—Sí —jadeo cuando mi cuerpo empieza a tensarse de nuevo, apretándole y abrazándole de la forma más íntima.

—Córrete para mí —me pide.

Yo me dejo llevar y mi cuerpo obedece su petición. Me agarra mientras el orgasmo me recorre el cuerpo a la vez que grito su nombre.

—Oh, Ana, te quiero.

Christian gime y sigue el camino que yo acabo de abrir. Se hunde en mí y llega también a la liberación.

Me da un beso en el hombro y me aparta el pelo de la cara.

—¿Esto también va a formar parte de esa lista, señora Grey? —me susurra. Yo estoy tumbada boca abajo sobre la cama, apenas consciente. Christian me acaricia el culo suavemente. Está tumbado de lado junto a mí, apoyado en un codo.

—Mmm.

—¿Eso es un sí?

—Mmm. —Le sonrío.

Él sonrío y me da otro beso. Yo de mala gana me giro para poder mirarle.

—¿Y bien? —insiste.

—Sí. Esto se incluye en la lista. Pero es una lista larga.

Su cara casi queda partida en dos por su enorme sonrisa y se inclina para darme un beso suave.

—Perfecto. ¿Y si cenamos algo? —Le brillan los ojos por el amor y la diversión.

Asiento. Estoy famélica. Estiro la mano para tirarle cariñosamente del vello del pecho.

—Quiero decirte algo —le susurro.

—¿Qué?

—No te enfades.

—¿Qué pasa, Ana?

—Te importa.

Abre mucho los ojos y desaparece el destello de buen humor.

—Quiero que admitas que te importa. Porque al Christian que yo conozco y al que quiero le importaría.

Se pone tenso y sus ojos no abandonan los míos. Yo puedo ver la lucha interna que se está produciendo,

como si estuviera a punto de emitir el juicio de Salomón. Él abre la boca para decir algo y después la vuelve a cerrar. Una emoción fugaz cruza su cara... Dolor quizá.

Dilo, le animo mentalmente.

—Sí. Sí me importa. ¿Contenta? —dice y su voz es apenas un susurro.

Oh, menos mal. Es un alivio.

—Sí. Mucho.

Frunce el ceño.

—No me puedo creer que esté hablando contigo de esto ahora, aquí, en nuestra cama...

Le pongo el dedo sobre los labios.

—No estamos hablando de eso. Vamos a comer. Tengo hambre.

Suspira y niega con la cabeza.

—Me cautiva y me desconcierta a la vez, señora Grey.

—Eso está bien. —Me incorporo y le doy un beso.



De: Anastasia Grey

Fecha: 9 de septiembre de 2011 09:33

Para: Christian Grey

Asunto: La lista

Lo de ayer tiene que encabezar la lista definitivamente.

:D
Ana x

Anastasia Grey
Editora de SIP

De: Christian Grey
Fecha: 9 de septiembre de 2011 09:42
Para: Anastasia Grey
Asunto: Dime algo que no sepa

Llevas diciéndome eso los tres últimos días.
A ver si te decides.
O... podemos probar algo más.
;)

Christian Grey
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.,
disfrutando del juego.

Sonrío al ver lo que hay escrito en la pantalla. Las últimas noches han sido... entretenidas. Hemos vuelto a relajarnos y la interrupción provocada por la aparición de Leila ya ha quedado olvidada. Todavía no he reunido el coraje para preguntarle si alguno de los cuadros del salón es suyo... Y la verdad es que no me importa. Mi BlackBerry vibra y respondo pensando que debe de ser Christian.

—¿Ana?

—Sí.

—Ana, cariño. Soy José padre.

—¡Señor Rodríguez! ¡Hola! —Se me eriza el vello.
¿Qué querrá de mí el padre de José?

—Perdona que te llame al trabajo. Es por Ray. —
Le tiembla la voz.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —El corazón se
me queda atravesado en la garganta.

—Ray ha tenido un accidente.

Oh, no, papá... Dejo de respirar.

—Está en el hospital. Será mejor que vengas
rápido.

Señor Rodríguez, ¿qué ha pasado? —Tengo la voz ronca y un poco pastosa por las lágrimas no derramadas. Ray, mi querido Ray. Mi padre.

—Ha tenido un accidente de coche.

—Vale, voy... Voy para allá ahora mismo. —La adrenalina me corre por todo el cuerpo y me llena de pánico a su paso. Me cuesta respirar.

—Le han trasladado a Portland.

¿A Portland? ¿Por qué demonios le han llevado a Portland?

—Le han llevado en helicóptero, Ana. Yo ya estoy de camino. Hospital OHSU. Oh, Ana, no he visto el coche. Es que no lo vi... —Se le quiebra la voz.

El señor Rodríguez... ¡no!

—Te veré allí —dice el señor Rodríguez con voz ahogada y cuelga.

Un pánico oscuro me atenaza la garganta y me abrumba. Ray... No. No. Inspiro hondo para calmarme, cojo el teléfono y llamo a Roach. Responde al segundo tono.

—¿Sí, Ana?

—Jerry, tengo un problema con mi padre.

—¿Qué ha ocurrido, Ana?

Se lo explico apresuradamente, sin apenas detenerme para respirar.

—Vete. Debes irte. Espero que tu padre se ponga bien.

—Gracias. Te mantendré informado. —Cuelgo de golpe sin darme cuenta, pero ahora mismo eso es lo que menos me importa.

—¡Hannah! —grito, consciente de la ansiedad que hay en mi voz. Un segundo después ella asoma la cabeza por la puerta mientras voy metiendo las cosas en mi bolso y guardando papeles en mi maletín.

—¿Sí, Ana? —pregunta frunciendo el ceño.

—Mi padre ha sufrido un accidente. Tengo que irme.

—Oh, Dios mío...

—Cancela todas mis citas para hoy. Y para el lunes. Tendrás que acabar tú de preparar la presentación del libro electrónico. Las notas están en el archivo compartido. Dile a Courtney que te ayude si te hace falta.

—Muy bien —susurra Hannah—. Espero que tu padre esté bien. No te preocupes por los asuntos de la oficina. Nos las arreglaremos.

—Llevo la BlackBerry, por si acaso.

La preocupación que veo en su cara pálida me emociona.

Papá...

Cojo la chaqueta, el bolso y el maletín.

—Te llamaré si necesito algo.

—Claro. Buena suerte, Ana. Espero que esté bien.

Le dedico una breve sonrisa tensa, esforzándome por mantener la compostura y salgo de la oficina. Hago

todo lo que puedo por no ir corriendo hasta la recepción. Sawyer se levanta de un salto al verme llegar.

—¿Señora Grey? —pregunta, confundido por mi repentina aparición.

—Nos vamos a Portland. Ahora.

—Sí, señora —dice frunciendo el ceño, pero abre la puerta.

Nos estamos moviendo, eso es bueno.

—Señora Grey —me dice Sawyer mientras nos apresuramos hacia el aparcamiento—, ¿puedo preguntarle por qué estamos haciendo este viaje imprevisto?

—Es por mi padre. Ha tenido un accidente.

—Entiendo. ¿Y lo sabe el señor Grey?

—Le llamaré desde el coche.

Sawyer asiente y me abre la puerta de atrás del Audi todoterreno para que suba. Con los dedos temblorosos cojo la BlackBerry y marco el número de Christian.

—¿Sí, señora Grey? —La voz de Andrea es eficiente y profesional.

—¿Está Christian? —le pregunto.

—Mmm... Está en alguna parte del edificio, señora. Ha dejado la BlackBerry aquí cargando a mi cuidado.

Gruño para mis adentros por la frustración.

—¿Puedes decirle que le he llamado y que necesito hablar con él? Es urgente.

—Puedo tratar de localizarle. Tiene la costumbre de desaparecer por aquí a veces.

—Solo procura que me llame, por favor —le suplico intentando contener las lágrimas.

—Claro, señora Grey. —Duda un momento—. ¿Va todo bien?

—No —susurro porque no me fío de mi voz—. Por favor, que me llame.

—Sí, señora.

Cuelgo. Ya no puedo reprimir más mi angustia. Aprieto las rodillas contra el pecho y me hago un ovillo en el asiento de atrás. Las lágrimas aparecen inoportunamente y corren por mis mejillas.

—¿Adónde en Portland exactamente, señora Grey? —me pregunta Sawyer.

—Al OHSU —digo con voz ahogada—. Al hospital grande.

Sawyer sale a la calle y se dirige a la interestatal 5. Yo me quedo sentada en el asiento de atrás repitiendo en mi mente una única plegaria: por favor, que esté bien; por favor, que esté bien...

Suena mi teléfono. «Your Love Is King» me sobresalta e interrumpe mi mantra.

—Christian —respondo con voz ahogada.

—Dios, Ana. ¿Qué ocurre?

—Es Ray... Ha tenido un accidente.

—¡Mierda!

—Sí, lo sé. Voy de camino a Portland.

—¿Portland? Por favor dime que Sawyer está contigo.

—Sí, va conduciendo.

—¿Dónde está Ray?

—En el OHSU.

Oigo una voz amortiguada por detrás.

—Sí, Ros. ¡Lo sé! —grita Christian enfadado—. Perdona, nena... Estaré allí dentro de unas tres horas.

Tengo aquí algo entre manos que necesito terminar. Iré en el helicóptero.

Oh, mierda. *Charlie Tango* vuelve a estar en funcionamiento y la última vez que Christian lo cogió...

—Tengo una reunión con unos tíos de Taiwan. No puedo dejar de asistir. Es un trato que llevamos meses preparando.

¿Y por qué yo no sabía nada de eso?

—Iré en cuanto pueda.

—De acuerdo —le susurro. Y quiero decir que no pasa nada, que se quede en Seattle y se ocupe de sus negocios, pero la verdad es que quiero que esté conmigo.

—Lo siento, nena —me susurra.

—Estaré bien, Christian. Tómame todo el tiempo que necesites. No tengas prisa. No quiero tener que preocuparme por ti también. Ten cuidado en el vuelo.

—Lo tendré.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, nena. Estaré ahí en cuanto pueda. Mantente cerca de Luke.

—Sí, no te preocupes.

—Luego te veo.

—Adiós.

Tras colgar vuelvo a abrazarme las rodillas. No sé nada de los negocios de Christian. ¿Qué demonios estará haciendo con unos taiwaneses? Miro por la ventanilla cuando pasamos junto al aeropuerto internacional King County/Boeing Field. Christian debe tener cuidado cuando vuele. Se me vuelve a hacer un nudo el estómago y siento náuseas. Ray y Christian. No creo que mi corazón pudiera soportar eso. Me acomodo en el

asiento y empiezo de nuevo con mi mantra: por favor, que esté bien; por favor, que esté bien...

—Señora Grey —la voz de Sawyer me sobresalta—, ya hemos llegado al hospital. Estoy buscando la zona de urgencias.

—Yo sé dónde está. —Mi mente vuelve a mi última visita al hospital OHSU, cuando, en mi segundo día de trabajo en Clayton's, me caí de una escalera y me torcí el tobillo. Recuerdo a Paul Clayton cerniéndose sobre mí y me estremezco ante ese imagen.

Sawyer se detiene en el espacio reservado al estacionamiento y salta del coche para abrirme la puerta.

—Voy a aparcar, señora, y luego vendré a buscarla. Deje aquí su maletín, yo se lo llevaré.

—Gracias, Luke.

Asiente y yo camino decidida hacia la recepción de urgencias, que está llena de gente. La recepcionista me dedica una sonrisa educada y en unos minutos localiza a Ray y me manda a la zona de quirófanos de la tercera planta.

¿Quirófanos? ¡Joder!

—Gracias —murmuro intentando centrar mi atención en sus indicaciones para encontrar los ascensores. Mi estómago se retuerce otra vez y casi echo a correr hacia ellos.

Por favor, que esté bien; por favor, que esté bien...

El ascensor es agónicamente lento porque para en todas las plantas. ¡Vamos, vamos! Deseo que vaya más rápido y miro con el ceño fruncido a la gente que

entra y sale y que está evitando que llegue al lado de mi padre.

Por fin las puertas se abren en el tercer piso y salgo disparada para encontrarme otro mostrador de recepción, este lleno de enfermeras con uniformes azul marino.

—¿Puedo ayudarla? —me pregunta una enfermera con mirada miope.

—Estoy buscando a mi padre, Raymond Steele. Acaban de ingresarle. Creo que está en el quirófano 4. — Incluso mientras digo las palabras desearía que no fueran ciertas.

—Deje que lo compruebe, señorita Steele.

Asiento sin molestarme en corregirla mientras ella comprueba con eficiencia en la pantalla del ordenador.

—Sí. Lleva un par de horas en el quirófano. Si quiere esperar, les diré que está usted aquí. La sala de espera está ahí. — Señala una gran puerta blanca identificada claramente con un letrero de gruesas letras azules que pone: SALA DE ESPERA.

—¿Está bien? —le pregunto intentando controlar mi voz.

—Tendrá que esperar a que uno de los médicos que le atiende salga a decirle algo, señora.

—Gracias —digo en voz baja, pero en mi interior estoy gritando: «¡Quiero saberlo ahora!».

Abro la puerta y aparece una sala de espera funcional y austera en la que están sentados el señor Rodríguez y José.

—¡Ana! —exclama el señor Rodríguez. Tiene el brazo escayolado y una mejilla con un cardenal en un

lado. Está en una silla de ruedas y veo que también tiene una escayola en la pierna. Le abrazo con cuidado.

—Oh, señor Rodríguez... —sollozo.

—Ana, cariño... —dice dándome palmaditas en la espalda con la mano sana—. Lo siento mucho —farfulla y se le quiebra la voz ya de por sí ronca.

Oh, no...

—No, papá —le dice José en voz baja, regañándole mientras se acerca a mí. Cuando me giro, él me atrae hacia él y me abraza.

—José... —digo. Ya estoy perdida: empiezan a caerme lágrimas por la cara cuando toda la tensión y la preocupación de las últimas tres horas salen a la superficie.

—Vamos, Ana, no llores. —José me acaricia el pelo suavemente. Yo le rodeo el cuello con los brazos y sollozo. Nos quedamos así durante un buen rato. Estoy tan agradecida de que mi amigo esté aquí... Nos separamos cuando Sawyer llega para unirse a nosotros en la sala de espera. El señor Rodríguez me pasa un pañuelo de papel de una caja muy convenientemente colocada allí cerca y yo me seco las lágrimas.

—Este es el señor Sawyer, miembro del equipo de seguridad —le presento.

Sawyer saluda con la cabeza a José y al señor Rodríguez y después se retira para tomar asiento en un rincón.

—Siéntate, Ana. —José me señala una de los sillones tapizados en vinilo.

—¿Qué ha pasado? ¿Sabéis cómo está? ¿Qué le están haciendo?

José levanta las manos para detener mi avalancha de preguntas y se sienta a mi lado.

—No sabemos nada. Ray, papá y yo íbamos a pescar a Astoria. Nos arrolló un jodido imbécil borracho...

El señor Rodríguez intenta interrumpir para volver a disculparse.

—*¡Cálmate, papá!* —le dice José—. Yo no tengo nada, solo un par de costillas magulladas y un golpe en la cabeza. Papá... bueno, se ha roto la muñeca y el tobillo. Pero el coche impactó contra el lado del acompañante, donde estaba Ray.

Oh, no. No... El pánico me inunda el sistema límbico. No, no, no... Me estremezco al pensar lo que estará pasando en el quirófano.

—Lo están operando. A nosotros nos llevaron al hospital comunitario de Astoria, pero a Ray lo trajeron en helicóptero hasta aquí. No sabemos lo que le están haciendo. Estamos esperando que nos digan algo.

Empiezo a temblar.

—Ana, ¿tienes frío?

Asiento. Llevo una camisa blanca sin mangas y una chaqueta negra de verano, y ninguna de las dos prendas abriga demasiado. Con mucho cuidado, José se quita la chaqueta de cuero y me envuelve los hombros con ella.

—¿Quiere que le traiga un té, señora? —Sawyer aparece a mi lado. Asiento agradecida y él sale de la habitación.

—¿Por qué ibais a pescar a Astoria? —les pregunto.

José se encoge de hombros.

—Se supone que allí hay buena pesca. Íbamos a pasar un fin de semana de tíos. Quería disfrutar un poco de tiempo con mi viejo padre antes de volver a la academia para cursar el último año. —Los ojos de José están muy abiertos y llenos de miedo y arrepentimiento.

—Tú también podrías haber salido herido. Y el señor Rodríguez... podría haber sido peor. —Trago saliva ante esa idea. Mi temperatura corporal baja todavía más y vuelvo a estremecerme. José me coge la mano.

—Dios, Ana, estás helada.

El señor Rodríguez se inclina hacia delante y con su mano sana me coge la otra.

—Ana, lo siento mucho.

—Señor Rodríguez, por favor... Ha sido un accidente —Mi voz se convierte en un susurro.

—Llámame José —me dice. Le miro con una sonrisa débil, porque es todo lo que puedo conseguir. Vuelvo a estremecerme.

—La policía se ha llevado a ese gilipollas a la cárcel. Las siete de la mañana y el tipo ya estaba totalmente borracho —dice José entre dientes con repugnancia.

Sawyer vuelve a entrar con una taza de papel con agua caliente y una bolsita de té. ¡Sabe cómo tomo el té! Me sorprende y me alegra la distracción. El señor Rodríguez y José me sueltan las manos y yo cojo la taza agradecida de manos de Sawyer.

—¿Alguno de ustedes quiere algo? —les pregunta Sawyer al señor Rodríguez y a José. Ambos niegan con la cabeza y Sawyer vuelve a sentarse en el rincón. Sumerjo la bolsita de té en el agua y después la saco, todavía temblorosa, para tirarla en una pequeña papelera.

—¿Por qué tardan tanto? —digo para nadie en particular y doy un sorbo.

Papá... Por favor, que esté bien; por favor, que esté bien...

—Sabremos algo pronto, Ana —me dice José para tranquilizarme.

Asiento y doy otro sorbo. Vuelvo a sentarme a su lado. Esperamos... y esperamos. El señor Rodríguez tiene los ojos cerrados porque está rezando, creo, y José me coge de la mano y le da un apretón de vez en cuando. Voy bebiendo mi té poco a poco. No es Twinings, sino una marca barata y mala, y está asqueroso.

Recuerdo la última vez que me senté a esperar noticias. La última vez que pensé que todo estaba perdido, cuando *Charlie Tango* desapareció. Cierro los ojos y rezo una oración internamente para que mi marido tenga un viaje seguro. Miro el reloj: las 2.15 de la tarde. Debería llegar pronto. El té está frío, ipuaj!

Me levanto y paseo un poco. Después me siento otra vez. ¿Por qué no han venido los médicos a verme? Le cojo la mano a José y él vuelve a apretármela tranquilizador. Por favor, que esté bien; por favor, que esté bien...

El tiempo pasa muy despacio.

De repente se abre la puerta y todos miramos expectantes. A mí se me hace un nudo en el estómago otra vez. ¿Ya está?

Christian entra en la sala. Su cara se oscurece momentáneamente cuando ve que José me está cogiendo la mano.

—¡Christian! —exclamo y me levanto de un salto a la vez que le doy gracias a Dios por que haya llegado

sano y salvo. Le rodeo con los brazos, entierro la nariz en su pelo e inhalo su olor, su calidez, su amor. Una pequeña parte de mí se siente más tranquila, más fuerte, más capaz de resistir porque él está aquí. Oh, su presencia me ayuda a recuperar la paz mental.

—¿Alguna noticia?

Niego con la cabeza. No puedo hablar.

—José —le saluda con la cabeza.

—Christian, este es mi padre, José.

—Señor Rodríguez... Nos conocimos en la boda. Por lo que veo usted también estaba ahí cuando ocurrió el accidente.

José vuelve a resumir la historia.

—¿Y se encuentran lo bastante bien para estar aquí? —pregunta Christian.

—No queremos estar en ninguna otra parte —dice el señor Rodríguez con la voz baja y llena de dolor. Christian asiente. Me coge la mano, me obliga a sentarme y se sienta a mi lado.

—¿Has comido? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—¿Tienes hambre?

Niego otra vez.

—Pero tienes frío —dice al verme con la chaqueta de José.

Asiento. Se revuelve en la silla pero no dice nada.

La puerta se abre de nuevo y un médico joven con un uniforme azul claro entra en la sala. Parece cansado.

Me pongo de pie. Toda la sangre ha abandonado mi cara.

—¿Ray Steele? —susurro. Christian se pone de pie a mi lado y me rodea la cintura con el brazo.

—¿Son parientes? —pregunta el médico. Sus ojos azules son casi del mismo color que su uniforme y en otras circunstancias incluso me parecería atractivo.

—Soy su hija, Ana.

—Señorita Steele...

—Señora Grey —le corrige Christian.

—Disculpe —balbucea el doctor, y durante un segundo tengo ganas de darle una patada a Christian—. Soy el doctor Crowe. Su padre está estable, pero en estado crítico.

¿Qué significa eso? Me fallan las rodillas y el brazo de Christian, que me está sujetando, es lo único que evita que me caiga redonda al suelo.

—Ha sufrido lesiones internas graves —me dice el doctor Crowe—, sobre todo en el diafragma, pero hemos podido repararlas y también hemos logrado salvarle el bazo. Por desgracia, sufrió una parada cardíaca durante la operación por la pérdida de sangre. Hemos conseguido que su corazón vuelva a funcionar, pero todavía hay que controlarlo. Sin embargo, lo que más nos preocupa es que ha sufrido graves contusiones en la cabeza, y la resonancia muestra que hay inflamación en el cerebro. Le hemos inducido un coma para que permanezca inmóvil y tranquilo mientras mantenemos en observación esa inflamación cerebral.

¿Daño cerebral? No...

—Es el procedimiento estándar en estos casos. Por ahora solo podemos esperar y ver la evolución.

—¿Y cuál es el pronóstico? —pregunta Christian fríamente.

—Señor Grey, por ahora es difícil establecer un pronóstico. Es posible que se recupere completamente, pero eso ahora mismo solo está en manos de Dios.

—¿Cuánto tiempo van a mantener el coma?

—Depende de la respuesta cerebral. Lo normal es que esté así entre setenta y dos y noventa y seis horas.

¡Oh, tanto...!

—¿Puedo verle? —pregunto en un susurro.

—Sí, podrá verle dentro de una media hora. Le han llevado a la UCI de la sexta planta.

—Gracias, doctor.

El doctor Crowe asiente, se gira y se va.

—Bueno, al menos está vivo —le digo a Christian, y las lágrimas empiezan a rodar de nuevo por mis mejillas.

—Siéntate —me dice Christian.

—Papá, creo que deberíamos irnos. Necesitas descansar y no va a haber noticias hasta dentro de unas horas —le dice José al señor Rodríguez, que mira a su hijo con ojos vacíos—. Podemos volver esta noche, cuando hayas descansado. Si no te importa, Ana, claro —dice José volviéndose hacia mí con tono de súplica.

—Claro que no.

—¿Os alojáis en Portland? —pregunta Christian.

José asiente.

—¿Necesitáis que alguien os lleve a casa?

José frunce el ceño.

—Iba a pedir un taxi.

—Luke puede llevaros.

Sawyer se levanta y José parece confuso.

—Luke Sawyer —explico.

—Oh, claro. Sí, eso es muy amable por tu parte. Gracias, Christian.

Me pongo de pie y les doy un abrazo al señor Rodríguez y a José en rápida sucesión.

—Sé fuerte, Ana —me susurra José al oído—. Es un hombre sano y en buena forma. Las probabilidades están a su favor.

—Eso espero. —Le abrazo con fuerza, después le suelto y me quito su chaqueta para devolvérsela.

—Quédatela si tienes frío.

—No, ya estoy bien. Gracias. —Miro nerviosamente a Christian de reojo y veo que nos observa con cara impasible, pero me coge la mano.

—Si hay algún cambio, os lo diré inmediatamente —le digo a José mientras empuja la silla de su padre hacia la puerta que Sawyer mantiene abierta.

El señor Rodríguez levanta la mano para despedirse y los dos se paran en el umbral.

—Lo tendré presente en mis oraciones, Ana —dice el señor Rodríguez con voz temblorosa—. Me ha alegrado mucho recuperar la conexión con él después de todos estos años y ahora se ha convertido en un buen amigo.

—Lo sé.

Y tras decir eso se van. Christian y yo nos quedamos solos. Me acaricia la mejilla.

—Estás pálida. Ven aquí.

Se sienta en una silla y me atrae hacia su regazo, donde me rodea con los brazos. Yo le dejo hacer. Me acurruco contra su cuerpo sintiendo una opresión por la mala suerte de mi padre, pero agradecida de que mi

marido esté aquí para consolarme. Me acaricia el pelo y me coge la mano.

—¿Qué tal *Charlie Tango*? —le pregunto.

Sonríe.

—Oh, muy brioso —dice con cierto orgullo en su voz.

Eso me hace sonreír de verdad por primera vez en varias horas y le miro perpleja.

—¿Brioso?

—Es de un diálogo de *Historias de Filadelfia*. Es la película favorita de Grace.

—No me suena.

—Creo que la tengo en casa en Blu-Ray. Un día podemos verla y meternos mano en el sofá. —Me da un beso en el pelo y yo sonrío de nuevo—. ¿Puedo convencerte de que comas algo? —me pregunta.

Mi sonrisa desaparece.

—Ahora no. Quiero ver a Ray primero.

Él deja caer los hombros, pero no me presiona.

—¿Qué tal con los taiwaneses?

—Productivo —dice.

—¿Productivo en qué sentido?

—Me han dejado comprar su astillero por un precio menor del que yo estaba dispuesto a pagar.

¿Acaba de comprar un astillero?

—¿Y eso es bueno?

—Sí, es bueno.

—Pero creía que ya tenías un astillero aquí.

—Así es. Vamos a usar este para hacer el equipamiento exterior, pero construiremos los cascos en Extremo Oriente. Es más barato.

Oh.

—¿Y los empleados del astillero de aquí?

—Los vamos a reubicar. Tenemos que limitar las duplicidades al mínimo. —Me da un beso en el pelo—. ¿Vamos a ver a Ray? —me pregunta con voz suave.

La UCI de la sexta planta es una sala sencilla, estéril y funcional, con voces en susurros y máquinas que pitan. Hay cuatro pacientes, cada uno encerrado en una zona de alta tecnología independiente. Ray está en un extremo.

Papá...

Se le ve tan pequeño en esa cama tan grande, rodeado de todas esas máquinas... Me quedo impresionada. Mi padre nunca ha estado tan consumido. Tiene un tubo en la boca y varias vías pasan por goteros hasta las agujas, una en cada brazo. Le han puesto una pinza en el dedo y me pregunto vagamente para qué servirá. Una de sus piernas descansa encima de las sábanas; lleva una escayola azul. Un monitor muestra el ritmo cardiaco: bip, bip, bip. El latido es fuerte y constante. Al menos eso lo sé. Me acerco lentamente a él. Tiene el pecho cubierto por un gran vendaje inmaculado que desaparece bajo la fina sábana que le cubre de la cintura para abajo.

Me doy cuenta de que el tubo que le sale de la boca va a un respirador. El sonido que emite se entremezcla con el pitido del monitor del corazón, creando una percusión rítmica. Extraer, bombear, extraer, bombear, extraer, bombear... siguiendo el compás de los pitidos. Las cuatro líneas de la pantalla del monitor del corazón se van moviendo de forma continua,

lo que demuestra claramente que Ray sigue con nosotros.

Oh, papá...

Aunque tiene la boca torcida por el respirador, parece en paz ahí tumbado y casi dormido.

Una enfermera menuda está de pie en un lado de la sala, comprobando los monitores.

—¿Puedo tocarle? —le pregunto acercando la mano.

—Sí. —Me sonrío amablemente. En su placa de identificación pone KELLIE RN y debe de tener unos veintipocos. Es rubia con los ojos muy, muy oscuros.

Christian se queda a los pies de la cama, observando mientras cojo la mano de Ray. Está sorprendentemente caliente y eso es demasiado para mí. Me dejo caer en la silla que hay junto a la cama, coloco la cabeza sobre el brazo de Ray y empiezo a llorar.

—Oh, papá. Recupérate, por favor —le susurro—. Por favor.

Christian me pone la mano en el hombro y me da un suave apretón.

—Las constantes vitales del señor Steele están bien —me dice en voz baja la enfermera Kellie.

—Gracias —le dice Christian. Levanto la vista justo en el momento en que ella se queda con la boca abierta. Acaba de ver bien por primera vez a mi marido. No me importa. Puede mirar a Christian con la boca abierta todo el tiempo que quiera si hace que mi padre vuelva a ponerse bien.

—¿Puede oírme? —le pregunto.

—Está en un estado de sueño profundo, pero ¿quién sabe?

—¿Puedo quedarme aquí sentada un rato?

—Claro. —Me sonrío con las mejillas sonrosadas por culpa de un rubor revelador. Incomprensiblemente me encuentro pensando que el rubio no es su color natural de pelo.

Christian me mira ignorándola.

—Tengo que hacer una llamada. Estaré fuera. Te dejo unos minutos a solas con tu padre.

Asiento. Me da un beso en el pelo y sale de la habitación. Yo sigo cogiendo la mano de Ray, sorprendida de la ironía de que ahora, cuando está inconsciente, es cuando más ganas tengo de decirle cuánto le quiero. Ese hombre ha sido la única constante en mi vida. Mi roca. Y no me había dado cuenta de ello hasta ahora. No es carne de mi carne, pero es mi padre y le quiero mucho. Las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas. Por favor, por favor, ponte bien.

En voz muy baja, como para no molestar a nadie, le cuento cómo fue nuestro fin de semana en Aspen y el fin de semana pasado volando y navegando a bordo del *Grace*. Le cuento cosas sobre la nueva casa, los planos, nuestra esperanza de poder hacerla ecológicamente sostenible. Prometo llevarle a Aspen para que pueda ir a pescar con Christian y le digo que el señor Rodríguez y José también serán bienvenidos allí. Por favor, sigue en este mundo para poder hacer eso, papá, por favor.

Ray permanece inmóvil; su única respuesta es el ruido del respirador bombeando y el monótono pero tranquilizador pi, pi, pi de la máquina que vigila su corazón.

Cuando levanto la vista encuentro a Christian sentado a los pies de la cama. No sé cuánto tiempo lleva ahí.

—Hola —me dice. Sus ojos brillan de compasión y preocupación.

—Hola.

—¿Así que voy a ir de pesca con tu padre, el señor Rodríguez y José? —me pregunta.

Asiento.

—Vale. Vamos a comer algo y le dejamos dormir.

Frunzo el ceño. No quiero dejarle.

—Ana, está en coma. Les he dado los números de nuestros móviles a las enfermeras. Si hay algún cambio, nos llamarán. Vamos a comer, después nos registramos en un hotel, descansamos y volvemos esta noche.

La suite del Heathman está exactamente igual que como yo la recuerdo. Cuántas veces he pensado en aquella primera noche y la mañana siguiente que pasé con Christian Grey... Me quedo de pie en la entrada de la suite, paralizada. Madre mía, todo empezó aquí.

—Un hogar fuera de nuestro hogar —dice Christian con voz suave dejando su maletín junto a uno de los mullidos sofás—. ¿Quieres darte una ducha? ¿Un baño? ¿Qué necesitas, Ana? —Christian me mira y sé que no sabe qué hacer. Mi niño perdido teniendo que lidiar con cosas que están fuera de su control... Lleva retraído y contemplativo toda la tarde. Se encuentra ante una situación que no puede manipular ni predecir. Esto es la vida real sin paliativos, y ha pasado tanto tiempo manteniéndose al margen de esas cosas que

ahora se encuentra expuesto e indefenso. Mi dulce y demasiado protegido Cincuenta Sombras...

—Un baño. Me apetece un baño —murmuro sabiendo que mantenerle ocupado le hará sentir mejor, útil incluso. Oh, Christian... Estoy entumecida, helada y asustada, pero me alegro tanto de que estés aquí conmigo...

—Un baño. Bien. Sí. —Entra en el dormitorio y desaparece de mi vista al entrar en el enorme baño. Unos momentos después el ruido del agua al salir por los grifos para llenar la bañera resuena en la habitación.

Por fin consigo obligarme a seguirle al interior del dormitorio. Miro alucinada varias bolsas del centro comercial Nordstrom que hay sobre la cama. Christian sale del baño con las mangas de la camisa remangadas y sin chaqueta ni corbata.

—He enviado a Taylor a por unas cuantas cosas. Ropa de dormir y todo eso —me dice mirándome con cautela.

Claro. Asiento para hacerle sentir mejor. ¿Dónde está Taylor?

—Oh, Ana —susurra Christian—. Nunca te he visto así. Normalmente eres tan fuerte y tan valiente...

No sé qué decir. Solo puedo mirarle con los ojos muy abiertos. Ahora mismo no tengo nada que ofrecer. Creo que estoy en estado de shock. Me abrazo intentando mantener a raya al frío, aunque sé que es un esfuerzo inútil porque el frío sale de dentro. Christian me atrae hacia él y me abraza.

—Nena, está vivo. Sus constantes vitales son buenas. Solo tenemos que ser pacientes —me dice en un susurro—. Ven. —Me coge la mano y me lleva al baño.

Con mucha delicadeza me quita la chaqueta y la coloca en la silla del baño. Después empieza a desabrocharme los botones de la blusa.

El agua está deliciosamente caliente y huele muy bien; el aroma de la flor de loto llena el aire húmedo y caldeado del baño. Estoy tumbada entre las piernas de Christian, con la espalda apoyada en su pecho y los pies descansando sobre los suyos. Los dos estamos callados e introspectivos y por fin entro en calor. Christian me va besando el pelo intermitentemente mientras yo juego con las pompas de jabón. Me rodea los hombros con un brazo.

—No te metiste en la bañera con Leila, ¿verdad? La vez que la bañaste, quiero decir... —le pregunto.

Se queda muy quieto, ríe entre dientes y me da un suave apretón con la mano que descansa sobre mi hombro.

—Mmm... no. —Sueno atónito.

—Eso me parecía. Bien.

Me tira un poco del pelo, que tengo recogido en un moño improvisado, haciéndome girar la cabeza para que pueda verme la cara.

—¿Por qué lo preguntas?

Me encojo de hombros.

—Curiosidad insana. No sé... Porque la hemos visto esta semana.

Su expresión se endurece.

—Ya veo. Pues preferiría que fueras menos curiosa. —Su tono es de reproche.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir apoyándola?

—Hasta que pueda valerse por sí misma de nuevo. No lo sé. —Se encoge de hombros—. ¿Por qué?

—¿Hay otras?

—¿Otras?

—Otras ex a las que hayas ayudado.

—Hubo una. Pero ya no.

—¿Oh?

—Estudiaba para ser médico. Ahora ya está graduada y además tiene a alguien en su vida.

—¿Otro dominante?

—Sí.

—Leila me dijo que adquiriste dos de sus cuadros.

—Es cierto, aunque no me gustaban mucho. Estaban técnicamente bien, pero tenían demasiado color para mí. Creo que se los quedó Elliot. Como los dos sabemos bien, Elliot carece de buen gusto.

Suelto una risita y Christian me rodea con el otro brazo, lo que hace que se derrame agua por un lado de la bañera.

—Eso está mejor —me susurra y me da un beso en la sien.

—Se va a casar con mi mejor amiga.

—Entonces será mejor que cierre la boca —dice.

Me siento más relajada después del baño. Envuelta en el suave albornoz del Heathman me fijo en las bolsas que hay sobre la cama. Vaya, aquí debe de haber algo más que ropa para dormir... Le echo un vistazo a una. Unos vaqueros y una sudadera con capucha azul claro de mi talla. Madre mía... Taylor ha comprado ropa para todo el fin de semana. ¡Y además

sabe la que me gusta! Sonríó y recuerdo que no es la primera vez que compra ropa para mí cuando hemos estado en el Heathman.

—Aparte del día que viniste a acosarme a Clayton's, ¿has ido alguna vez a una tienda a comprarte tus cosas?

—¿Acosarte?

—Sí, acosarme.

—Tú te pusiste nerviosa, si no recuerdo mal. Y ese chico no te dejaba en paz. ¿Cómo se llamaba?

—Paul.

—Uno de tus muchos admiradores.

Pongo los ojos en blanco y él me dedica una sonrisa aliviada y genuina y me da un beso.

—Esa es mi chica —me susurra—. Vístete. No quiero que vuelvas a coger frío.

—Lista —digo. Christian está trabajando en el Mac en la zona de estudio de la suite. Lleva vaqueros negros y un jersey de ochos gris y yo me he puesto los vaqueros, una camiseta blanca y la sudadera con capucha.

—Pareces muy joven —me dice Christian cuando levanta la vista de la pantalla con los ojos brillantes—. Y pensar que mañana vas a ser un año más mayor... —Su voz es nostálgica. Le dedico una sonrisa triste.

—No me siento con muchas ganas de celebrarlo. ¿Podemos ir ya a ver a Ray?

—Claro. Me gustaría que hubieras comido algo. Apenas has tocado la comida.

—Christian, por favor. No tengo hambre. Tal vez después de ver a Ray. Quiero darle las buenas noches.

Cuando llegamos a la UCI nos encontramos con José que se va. Está solo.

—Hola, Ana. Hola, Christian.

—¿Dónde está tu padre?

—Se encontraba demasiado cansado para volver. Ha tenido un accidente de coche esta mañana. —José sonrío preocupado—. Y los analgésicos le han dejado KO. No podía levantarse. He tenido que pelearme con las enfermeras para poder ver a Ray porque no soy pariente.

—¿Y? —le pregunto ansiosa.

—Está bien, Ana. Igual... pero todo bien.

El alivio inunda mi sistema. Que no haya noticias significa buenas noticias.

—¿Te veo mañana, cumpleañosera?

—Claro. Estaremos aquí.

José le lanza una mirada a Christian y después me da un abrazo breve.

—*Mañana.*

—Buenas noches, José.

—Adiós, José —dice Christian. José se despide con un gesto de la cabeza y se va por el pasillo—. Sigue loco por ti —me dice Christian en voz baja.

—No, claro que no. Y aunque lo estuviera... —Me encojo de hombros porque ahora mismo no me importa.

Christian me dedica una sonrisa tensa y se me derrite el corazón.

—Bien hecho —le digo.

Frunce el ceño.

—Por no echar espuma por la boca.

Me mira con la boca abierta, herido pero también divertido.

—Yo no echo espuma por la boca... Vamos a ver a tu padre. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —Abro mucho los ojos, alarmada.

—Ven. —Christian me coge la mano y empujamos para abrir las puertas de la UCI.

De pie junto a la cama de Ray está Grace, enfrascada en una conversación con Crowe y otra doctora, una mujer que no había visto antes. Al vernos Grace sonrío.

Oh, gracias a Dios.

—Christian —le saluda y le da un beso en la mejilla. Después se vuelve hacia mí y me da un abrazo cariñoso.

—Ana, ¿cómo lo llevas?

—Yo estoy bien. Es mi padre el que me preocupa.

—Está en buenas manos. La doctora Sluder es una experta en su campo. Nos formamos juntas en Yale.

Oh...

—Señora Grey —me saluda formalmente la doctora Sluder. Tiene el pelo corto y es menuda y delicada, con una sonrisa tímida y un suave acento sureño—. Como médico principal de su padre me alegra decirle que todo va sobre ruedas. Sus constantes vitales son estables y fuertes. Tenemos fe en que pueda conseguir una recuperación total. La inflamación cerebral se ha detenido y muestra signos de disminución. Es algo muy alentador teniendo en cuenta que ha pasado tan poco tiempo.

—Eso son buenas noticias —murmuro.

Ella me sonríe con calidez.

—Lo son, señora Grey. Le estamos cuidando mucho. Y me alegro de verte de nuevo, Grace.

Grace le sonríe.

—Igualmente, Lorraina.

—Doctor Crowe, dejemos a estas personas para que pasen un tiempo con el señor Steele. —Crowe sigue a la doctora Sluder hacia la salida.

Miro a Ray y, por primera vez desde el accidente, me siento esperanzada. Las palabras de la doctora Sluder y de Grace han avivado esa esperanza.

Grace me coge la mano y me da un suave apretón.

—Ana, cariño, siéntate con él. H blale. Todo est  bien. Yo me quedar  con Christian en la sala de espera.

Asiento. Christian me sonríe para darme seguridad y él y su madre se van, dejándome con mi querido padre dormido plácidamente con el ruido del respirador y del monitor del corazón como nana.

Me pongo la camiseta blanca de Christian y me meto en la cama.

—Pareces más contenta —me dice Christian cautelosamente mientras se pone el pijama.

—S . Creo que hablar con tu madre y con la doctora Sluder ha cambiado las cosas.  Le has pedido t  a Grace que venga?

Christian se mete en la cama, me atrae hacia sus brazos y me gira para que quede de espaldas a él.

—No. Ella quiso venir a ver cómo estaba tu padre.

— C mo lo ha sabido?

—La he llamado yo esta mañana.

Oh.

—Nena, estás agotada. Deberías dormir.

—Mmm... —murmuro totalmente de acuerdo. Tiene razón. Estoy muerta de cansancio. Ha sido un día lleno de emociones. Giro la cabeza y le miro un segundo. ¿No vamos a hacer el amor? Me siento aliviada. De hecho lleva todo el día tratándome con cierta distancia. Me pregunto si debería sentirme alarmada por esa circunstancia, pero como la diosa que llevo dentro ha abandonado el edificio y se ha llevado mi libido con ella, creo que mejor lo pienso por la mañana. Me vuelvo a girar y me acurruco contra Christian, entrelazando una pierna con las suyas.

—Prométeme algo —me dice en voz baja.

—¿Mmm? —Estoy demasiado cansada para articular una pregunta.

—Prométeme que vas a comer algo mañana. Puedo tolerar con dificultad que te pongas la chaqueta de otro hombre sin echar espuma por la boca, pero Ana... tienes que comer. Por favor.

—Mmm —concedo. Me da un beso en el pelo—. Gracias por estar aquí —murmuro y le beso el pecho adormilada.

—¿Y dónde iba a estar si no? Quiero estar donde tú estés, Ana, sea donde sea. Estar aquí me hace pensar en lo lejos que hemos llegado. Y en la primera noche que pasé contigo. Menuda noche... Me quedé mirándote durante horas. Estabas... briosa —dice sin aliento. Sonríe contra su pecho—. Duerme —murmura, y ahora es una orden. Cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.

Me revuelvo y abro los ojos a una clara mañana de septiembre. Calentita y cómoda, arropada entre sábanas limpias y almidonadas, necesito un momento para ubicarme y me siento abrumada por una sensación de *déjà vu*. Claro, estoy en el Heathman.

—¡Mierda! Papá... —exclamo en voz alta recordando por qué estoy en Portland. Se me retuerce el estómago por la aprensión y noto una opresión en el corazón, que además me late con fuerza.

—Tranquila. —Christian está sentado en el borde de la cama. Me acaricia la mejilla con los nudillos y eso me calma instantáneamente—. He llamado a la UCI esta mañana. Ray ha pasado buena noche. Todo está bien —me dice para tranquilizarme.

—Oh, bien. Gracias —murmuro a la vez que me siento.

Se inclina y me da un beso en la frente.

—Buenos días, Ana —me susurra y me besa en la sien.

—Hola —murmuro. Christian está levantado y ya vestido con una camiseta negra y vaqueros.

—Hola —me responde con los ojos tiernos y cálidos—. Quiero desearte un feliz cumpleaños, ¿te parece bien?

Le dedico una sonrisa dudosa y le acaricio la mejilla.

—Sí, claro. Gracias. Por todo.

Arruga la frente.

—¿Todo?

—Todo.

Por un momento parece confundido, pero es algo fugaz. Tiene los ojos muy abiertos por la anticipación.

—Toma —me dice dándome una cajita exquisitamente envuelta con una tarjeta.

A pesar de la preocupación que siento por mi padre, noto la ansiedad y el entusiasmo de Christian, y me contagia. Leo la tarjeta:

Por todas nuestras primeras veces, felicidades por tu primer cumpleaños como mi amada esposa.

Te quiero.

C. x

Oh, Dios mío, ¡qué dulce!

—Yo también te quiero —le digo sonriéndole.

Él también sonríe.

—Ábrelo.

Desenvuelvo el papel con cuidado para que no se rasgue y dentro encuentro una bonita caja de piel roja. Cartier. Ya me es familiar gracias a los pendientes de la segunda oportunidad y al reloj. Abro la caja poco a poco y descubro una delicada pulsera con colgantes de plata, platino u oro blanco, no sabría decir, pero es absolutamente preciosa. Tiene varios colgantes: la torre Eiffel, un taxi negro londinense, un helicóptero (el *Charlie*

Tango), un planeador (el vuelo sin motor), un catamarán (el *Grace*), una cama y ¿un cucurucho de helado? Le miro sorprendida.

—¿De vainilla? —dice encogiéndose de hombros como disculpándose y no puedo evitar reírme. Por supuesto.

—Christian, es preciosa. Gracias. Es «briosa».

Sonríe.

Mi favorito es uno con forma de corazón. Además es un relicario.

—Puedes poner una foto o lo que quieras dentro.

—Una foto tuya. —Le miro con los ojos entornados—. Siempre en mi corazón.

Me dedica esa preciosa sonrisa tímida tan suya que me parte el corazón.

Examino los dos últimos colgantes: Una C... Claro, yo soy la primera que le llama por su nombre. Sonrío al pensarlo. Y por último una llave.

—La llave de mi corazón y de mi alma —susurra.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me lanzo hacia donde está él, le rodeo el cuello con los brazos y me siento en su regazo.

—Qué regalo más bien pensado. Me encanta. Gracias —le susurro al oído. Oh, huele tan bien... A limpio, a ropa recién planchada, a gel de baño y a Christian. Como el hogar, mi hogar. Las lágrimas que ya amenazaban empiezan a caer.

Él gruñe bajito y me abraza.

—No sé qué haría sin ti. —Se me quiebra la voz cuando intento contener el abrumador cúmulo de emociones que siento.

Él traga saliva con dificultad y me abraza más fuerte.

—No llores, por favor.

Sorbo por la nariz en un gesto muy poco femenino.

—Lo siento. Es que estoy feliz, triste y nerviosa al mismo tiempo. Es un poco agridulce.

—Tranquila —dice con una voz tan suave como una pluma. Me echa la cabeza hacia atrás y me da un beso tierno en los labios—, lo comprendo.

—Lo sé —susurro y él me recompensa de nuevo con su sonrisa tímida.

—Ojala estuviéramos en casa y las circunstancias fueran más felices. Pero tenemos que estar aquí. —Vuelve a encogerse de hombros como disculpándose—. Vamos, levántate. Después de desayunar iremos a ver a Ray.

Me visto con los vaqueros nuevos y una camiseta. Mi apetito vuelve brevemente durante el desayuno en la suite. Sé que Christian está encantado de verme comer los cereales con el yogur griego.

—Gracias por pedirme mi desayuno favorito.

—Es tu cumpleaños —dice Christian—. Y tienes que dejar de darme las gracias. —Pone los ojos en blanco un poco irritado pero con cariño, creo.

—Solo quiero que sepas que te estoy agradecida.

—Anastasia, esas son las cosas que yo hago. —Su expresión es seria. Claro, Christian siempre al mando y ejerciendo el control. ¿Cómo he podido olvidarlo? ¿Le querría de otra forma?

Sonrío.

—Claro.

Me mira confuso y después niega con la cabeza.

—¿Nos vamos?

—Voy a lavarme los dientes.

Sonríe burlón.

—Vale.

¿Por qué sonrío así? Esa sonrisa me persigue mientras me dirijo al baño. Un recuerdo aparece sin avisar en mi mente. Usé su cepillo de dientes cuando pasé aquí la primera noche con él. Ahora soy yo la que sonrío burlona y cojo su cepillo en recuerdo de aquella vez. Me miro en el espejo mientras me lavo los dientes. Estoy pálida, demasiado. Pero siempre estoy pálida. La última vez que estuve aquí estaba soltera y ahora ya estoy casada, ¡a los veintidós! Me estoy haciendo vieja. Me enjuago la boca.

Levanto la muñeca y la agito un poco; los colgantes de la pulsera producen un alegre tintineo. ¿Cómo sabe mi Cincuenta cuál es siempre el regalo perfecto? Inspiro hondo intentando contener todas las emociones que todavía siento pululando por mi sistema y admiro de nuevo la pulsera. Estoy segura de que le ha costado una fortuna. Oh, bueno... Se lo puede permitir.

Cuando vamos de camino a los ascensores, Christian me coge la mano, me da un beso en los nudillos y acaricia con el pulgar el colgante de *Charlie Tango* de mi pulsera.

—¿Te gusta?

—Más que eso. La adoro. Muchísimo. Como a ti.

Sonríe y vuelve a besarme los nudillos. Me siento algo mejor que ayer. Tal vez es porque ahora es por la mañana y el mundo parece un lugar que encierra un

poco más de esperanza de la que se veía en medio de la noche. O tal vez es por el despertar tan dulce que me ha dedicado mi marido. O porque sé que Ray no está peor.

Cuando entramos en el ascensor vacío, miro a Christian. Él me mira también y vuelve a sonreír burlonamente.

—No —me susurra cuando se cierran las puertas.

—¿Que no qué?

—No me mires así.

—«¡Que le den al papeleo!» —murmuro recordando y sonrío.

Él suelta una carcajada; es un sonido tan infantil y despreocupado... Me atrae hacia sus brazos y me echa atrás la cabeza.

—Algún día voy a alquilar este ascensor durante toda una tarde.

—¿Solo una tarde? —pregunto levantando una ceja.

—Señora Grey, es usted insaciable.

—Cuando se trata de ti, sí.

—Me alegro mucho de oírlo —dice y me da un beso suave.

Y no sé si es porque estamos en este ascensor, porque no me ha tocado en más de veinticuatro horas o simplemente porque se trata de mi atractivo marido, pero el deseo se despierta y se estira perezosamente en mi vientre. Le paso los dedos por el pelo y hago el beso más profundo, apretándole contra la pared y pegando mi cuerpo caliente contra el suyo.

Él gime dentro de mi boca y me coge la cabeza, acariciándome mientras nos besamos. Y nos besamos de verdad, con nuestras lenguas explorando el territorio tan

familiar y a la vez tan nuevo de la boca del otro. La diosa que llevo dentro se derrite y saca a mi libido de su reclusión. Yo le acaricio esa cara que tanto quiero con las manos.

—Ana —jadea.

—Te quiero, Christian Grey. No lo olvides —le susurro mirándole a los ojos grises que se están oscureciendo.

El ascensor se para con suavidad y las puertas se abren.

—Vámonos a ver a tu padre antes de que decida alquilar este ascensor hoy mismo. —Me da otro beso rápido, me coge la mano y me lleva hasta el vestíbulo.

Cuando pasamos ante el conserje, Christian le hace una discreta señal al hombre amable de mediana edad que hay detrás del mostrador. Él asiente y coge su teléfono. Miro inquisitivamente a Christian y él me dedica esa sonrisa suya que me indica que guarda un secreto. Frunzo el ceño y durante un momento parece nervioso.

—¿Dónde está Taylor? —le pregunto.

—Ahora lo verás.

Claro, seguro que ha ido a por el coche.

—¿Y Sawyer?

—Haciendo recados.

¿Qué recados? Christian evita la puerta giratoria y sé que es porque no quiere soltarme la mano. Eso me alarma. Fuera nos encontramos con una mañana suave de finales de verano, pero se nota ya en la brisa el aroma del otoño cercano. Miro a mi alrededor buscando el Audi todoterreno y a Taylor. Pero no hay señal de ellos. Christian me aprieta la mano y yo me giro hacia él. Parece nervioso.

—¿Qué pasa?

Él se encoge de hombros. El ronroneo del motor de un coche que se acerca me distrae. Es un sonido ronco... Me resulta familiar. Cuando me vuelvo para buscar la fuente del ruido, este cesa de repente. Taylor está bajando de un brillante coche deportivo blanco que ha aparcado delante de nosotros.

¡Oh, Dios mío! ¡Es un R8! Giro la cabeza bruscamente hacia Christian, que me mira expectante. «Puedes regalarme uno para mi cumpleaños. Uno blanco, creo.»

—¡Feliz cumpleaños! —me dice y sé que está intentando evaluar mi reacción. Le miro con la boca abierta porque eso es todo lo que soy capaz de hacer ahora mismo. Me da la llave.

—Te has vuelto completamente loco —le susurro.

¡Me ha comprado un Audi R8! Madre mía. Justo como yo le pedí... Una enorme sonrisa inunda mi cara y doy saltitos en el sitio donde estoy en un momento de entusiasmo absoluto y desenfrenado. La expresión de Christian es igual que la mía y voy bailando hacia los brazos que me tiende abiertos. Él me hace girar.

—¡Tienes más dinero que sentido común! —chillo—. ¡Y eso me encanta! Gracias. —Deja de hacerme girar y me inclina de repente, sorprendiéndome tanto que tengo que agarrarme a sus brazos.

—Cualquier cosa para usted, señora Grey. —Me sonrío. Oh, Dios mío. Vaya expresión de afecto tan pública. Se inclina y me besa—. Vamos, tenemos que ir a ver a tu padre.

—Sí. ¿Puedo conducir yo?

Me sonrío.

—Claro. Es tuyo.

Me levanta y me suelta y yo voy correteando hasta la puerta del conductor.

Taylor me la abre sonriendo de oreja a oreja.

—Feliz cumpleaños, señora Grey.

—Gracias, Taylor. —Le dejo asombrado al darle un breve abrazo, que él me devuelve algo incómodo. Cuando subo al coche veo que se ha sonrojado. Cuando ya estoy sentada, cierra la puerta rápidamente.

—Conduzca con cuidado, señora Grey —me dice un poco brusco. Le sonrío porque no puedo contener mi entusiasmo.

—Lo haré —le prometo metiendo la llave en el contacto mientras Christian se acomoda a mi lado.

—Tómalo con calma. Hoy no nos persigue nadie —me dice. Cuando giro la llave en el contacto, el motor cobra vida con el sonido del trueno. Miro por el espejo retrovisor interior y por los laterales y aprovechando uno de esos extraños momentos en los que hay un hueco en el tráfico, hago un cambio de sentido perfecto y salimos disparados en dirección al hospital OSHU.

—¡Uau! —exclama Christian alarmado.

—¿Qué?

—No quiero que acabes en la UCI al lado de tu padre. Frena un poco —gruñe en un tono que no admite discusión. Suelto ligeramente el acelerador y le sonrío.

—¿Mejor?

—Mucho mejor —murmura intentando parecer serio, pero fracasando estrepitosamente.

Ray sigue en el mismo estado. Al verle se me cae el alma a los pies a pesar del emocionante viaje hasta aquí en el coche. Debo conducir con más cuidado. Nunca se sabe cuándo puedes toparte con un conductor borracho. Tengo que preguntarle a Christian qué ha pasado con el imbécil que embistió a Ray; seguro que él lo sabe. A pesar de los tubos, mi padre parece cómodo y creo que tiene un poco más de color en las mejillas. Le cuento los acontecimientos de la mañana mientras Christian pasea por la sala de espera haciendo llamadas.

La enfermera Kellie está comprobando los tubos de Ray y escribiendo algo en sus gráficas.

—Todas sus constantes están bien, señora Grey —me dice y me sonrío amablemente.

—Eso es alentador, gracias.

Un poco más tarde aparece el doctor Crowe con dos ayudantes.

—Señora Grey, tengo que llevarme a su padre a radiología —me dice afectuosamente—. Le vamos a hacer un TAC para ver qué tal va su cerebro.

—¿Tardarán mucho?

—Más o menos una hora.

—Esperaré. Quiero saber cómo está.

—Claro, señora Grey.

Salgo a la sala de espera vacía donde está Christian hablando por teléfono y paseándose arriba y abajo. Mientras habla mira por la ventana a la vista panorámica de Portland. Cuando cierro la puerta se gira hacia mí; parece enfadado.

—¿Cuánto por encima del límite?... Ya veo... Todos los cargos, todo. El padre de Ana está en la UCI;

quiero que caiga todo el peso de la ley sobre él, papá... Bien. Mantenme informado. —Cuelga.

—¿El otro conductor?

Asiente.

—Un mierda del sudeste de Portland que conducía un tráiler —dice torciendo la boca. A mí me dejan anonadada las palabras que ha utilizado y su tono de desprecio. Camina hasta donde estoy yo y suaviza el tono.

—¿Has acabado con Ray ¿Quieres que nos vayamos?

—Eh... no. —Le miro todavía pensando en esa demostración de desdén.

—¿Qué pasa?

—Nada. A Ray se lo han llevado a radiología para hacerle un TAC y comprobar la inflamación del cerebro. Quiero esperar para conocer los resultados.

—Vale, esperaremos. —Se sienta y me tiende los brazos. Como estamos solos, yo me acerco de buen grado y me acurruco en su regazo—. Así no es como había planeado pasar el día —murmura Christian junto a mi pelo.

—Yo tampoco, pero ahora me siento más positiva. Tu madre me ha tranquilizado mucho. Fue muy amable viniendo anoche.

Christian me acaricia la espalda y apoya la barbilla en mi cabeza.

—Mi madre es una mujer increíble.

—Lo es. Tienes mucha suerte de tenerla.

Christian asiente.

—Debería llamar a la mía y decirle lo de Ray —murmuro y Christian se pone tenso—. Me sorprende que

no me haya llamado ella a mí. —Frunzo el ceño al darme cuenta de algo: es mi cumpleaños y ella estaba allí cuando nací. Me siento un poco dolida. ¿Por qué no me ha llamado?

—Tal vez sí que lo ha hecho —dice Christian.

Saco mi BlackBerry del bolsillo. No tengo llamadas perdidas, pero sí unos cuantos mensajes: felicitaciones de Kate, José, Mia y Ethan. Nada de mi madre. Niego con la cabeza, triste.

—Llámala —me dice en voz baja. Lo hago, pero no contesta; sale el contestador. No dejo ningún mensaje. ¿Cómo se ha podido olvidar mi madre de mi cumpleaños?

—No está. La llamaré luego, cuando tengamos los resultados del TAC.

Christian aprieta su abrazo, acariciándome el pelo con la nariz una vez más y decide con acierto no hacer ningún comentario sobre el comportamiento poco maternal de mi madre. Siento más que oigo la vibración de su BlackBerry. La saca con dificultad de su bolsillo pero no me deja levantarme.

—Andrea —contesta muy profesional de nuevo. Hago otro intento de levantarme, pero no me lo permite. Frunce el ceño y me coge con fuerza por la cintura. Yo vuelvo a apoyarme contra su pecho y escucho solo una parte de la conversación—. Bien... ¿Cuál es la hora estimada de llegada?... ¿Y los otros, mmm... paquetes? —Christian mira el reloj—. ¿Tienen todos los detalles en el Heathman?... Bien... Sí. Eso puede esperar hasta el lunes por la mañana, pero envíamelo en un correo por si acaso: lo imprimiré, lo firmaré y te lo mandaré de vuelta

escaneado... Pueden esperar. Vete a casa, Andrea... No, estamos bien, gracias. —Cuelga.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Es por lo de Taiwan?

—Sí. —Se mueve un poco debajo de mí.

—¿Peso mucho?

Ríe entre dientes.

—No, nena.

—¿Estás preocupado por el negocio con los taiwaneses?

—No.

—Creía que era importante.

—Lo es. El astillero de aquí depende de ello. Hay muchos puestos de trabajo en juego.

¡Oh!

—Solo nos queda vendérselo a los sindicatos. Eso es trabajo de Sam y Ros. Pero teniendo en cuenta cómo va la economía, ninguno de nosotros tenemos elección.

Bostezo.

—¿La aburro, señora Grey? —Vuelve a acariciarme el pelo otra vez, divertido.

—¡No! Nunca... Es que estoy muy cómoda en tu regazo. Me gusta oírte hablar de tus negocios.

—¿Ah, sí? —pregunta sorprendido.

—Claro. —Me echo un poco atrás para mirarle—. Me encanta oír cualquier información que te dignes compartir conmigo. —Le sonrío burlonamente y él me mira divertido y niega con la cabeza.

—Siempre ansiosa por recibir información, señora Grey.

—Dímelo —le digo mientras me acomodo contra su pecho.

—¿Que te diga qué?

—Por qué lo haces.

—¿El qué?

—Por qué trabajas así.

—Un hombre tiene que ganarse la vida —dice divertido.

—Christian, ganas más dinero que para ganarte la vida. —Mi voz está llena de ironía. Frunce el ceño y se queda callado un momento. Me parece que no va a contarme ningún secreto, pero me sorprende.

—No quiero ser pobre —me dice en voz baja—. Ya he vivido así. No quiero volver a eso. Además... es un juego —explica—. Todo va sobre ganar. Y es un juego que siempre me ha parecido fácil.

—A diferencia de la vida —digo para mí. Entonces me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Sí, supongo. —Frunce el ceño—. Pero es más fácil contigo.

¿Más fácil conmigo? Le abrazo con fuerza.

—No puede ser todo un juego. Eres muy filantrópico.

Se encoge de hombros y sé que cada vez está más incómodo.

—Tal vez en cuanto a algunas cosas —concede en voz baja.

—Me encanta el Christian filantrópico —murmuro.

—¿Solo ese?

—Oh, también el Christian megalómano, y el Christian obseso del control, y el Christian experto en el

sexo, y el Christian pervertido, y el Christian romántico y el Christian tímido... La lista es infinita.

—Eso son muchos Christians.

—Yo diría que unos cincuenta.

Ríe.

—Cincuenta Sombras —dice contra mi pelo.

—Mi Cincuenta Sombras.

Se mueve, me echa la cabeza hacia atrás y me da un beso.

—Bien, señora Cincuenta Sombras, vamos a ver qué tal va lo de su padre.

—Vale.

—¿Podemos dar una vuelta en el coche?

Christian y yo estamos otra vez en el R8 y me siento vertiginosamente optimista. El cerebro de Ray ha vuelto a la normalidad; la inflamación ha desaparecido. La doctora Sluder ha decidido que mañana le despertará del coma. Dice que está muy satisfecha con sus progresos.

—Claro —me dice Christian sonriendo—. Es tu cumpleaños. Podemos hacer lo que tú quieras.

¡Oh! Su tono me hace girarme para mirarle. Sus ojos se han oscurecido.

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que tú quieras.

¿Cuántas promesas se pueden encerrar en solo cuatro palabras?

—Bueno, quiero conducir.

—Entonces conduce, nena. —Me sonrío y yo también le respondo con una sonrisa.

Mi coche es tan fácil de manejar que parece que estoy en un sueño. Cuando llegamos a la interestatal 5 piso el acelerador, lo que hace que salgamos disparados hacia atrás en los asientos.

—Tranquila, nena —me advierte Christian.

Mientras conducimos de vuelta a Portland se me ocurre una idea.

—¿Tienes algún plan para comer? —le pregunto a Christian.

—No. ¿Tienes hambre? —Parece esperanzado.

—Sí.

—¿Adónde quieres ir? Es tu día, Ana.

—Ya lo sé...

Me dirijo a las cercanías de la galería donde José exhibe sus obras y aparco justo en la entrada del restaurante Le Picotin, adonde fuimos después de la exposición de José.

Christian sonríe.

—Por un momento he creído que me ibas a llevar a aquel bar horrible desde el que me llamaste borracha aquella vez...

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Para comprobar si las azaleas todavía están vivas —dice con ironía arqueando una ceja.

Me sonrojo.

—¡No me lo recuerdes! De todas formas, después me llevaste a tu habitación del hotel... —le digo sonriendo.

—La mejor decisión que he tomado —dice con una mirada tierna y cálida.

—Sí, cierto. —Me acerco y le doy un beso.

—¿Crees que ese gilipollas soberbio seguirá sirviendo las mesas? —me pregunta Christian.

—¿Soberbio? A mí no me pareció mal.

—Estaba intentando impresionarte.

—Bueno, pues lo consiguió.

Christian tuerce la boca con una mueca de fingido disgusto.

—¿Vamos a comprobarlo? —le sugiero.

—Usted primero, señora Grey.

Después de comer y de un pequeño rodeo hasta el Heathman para recoger el portátil de Christian, volvemos al hospital. Paso la tarde con Ray, leyéndole en voz alta los manuscritos que he recibido. Lo único que me acompaña es el sonido de las máquinas que le mantienen con vida, conmigo. Ahora que sé que está mejorando ya puedo respirar con más facilidad y relajarme. Tengo esperanza. Solo necesita tiempo para ponerse bien. Me pregunto si debería volver a intentar llamar a mi madre, pero decido que mejor más tarde. Le cojo la mano con delicadeza a Ray mientras le leo y se la aprieto de vez en cuando como para desearle que se mejore. Sus dedos son suaves y cálidos. Todavía tiene la marca donde llevaba la alianza, después de todo este tiempo...

Una hora o dos más tarde, he perdido la noción del tiempo, levanto la vista y veo a Christian con el portátil en la mano a los pies de la cama de Ray junto a la enfermera Kellie.

—Es hora de irse, Ana.

Oh. Le aprieto fuerte la mano a Ray. No quiero dejarle.

—Quiero que comas algo. Vamos. Es tarde. —El tono de Christian es contundente.

—Y yo voy a asear al señor Steele —dice la enfermera Kellie.

—Vale —claudico—. Volveré mañana por la mañana.

Le doy un beso a Ray en la mejilla y siento bajo los labios un principio de barba poco habitual en él. No me gusta. Sigue mejorando, papá. Te quiero.

—He pensado que podemos cenar abajo. En una sala privada —dice Christian con un brillo en los ojos cuando abre la puerta de la suite.

—¿De verdad? ¿Para acabar lo que empezaste hace unos cuantos meses?

Sonríe.

—Si tiene mucha suerte sí, señora Grey.

Río.

—Christian, no tengo nada elegante que ponerme.

Con una sonrisa me tiende la mano para llevarme hasta el dormitorio. Abre el armario y dentro hay una gran funda blanca de las que se usan para proteger los vestidos.

—¿Taylor? —le pregunto.

—Christian —responde, enérgico y herido al mismo tiempo. Su tono me hace reír. Abro la cremallera de la funda y encuentro un vestido azul marino de seda. Lo saco. Es precioso: ajustado y con tirantes finos. Parece pequeño.

—Es maravilloso. Gracias. Espero que me valga.

—Sí, seguro —dice confiadamente—. Y toma — prosigue cogiendo una caja de zapatos—, zapatos a juego. —Me dedica una sonrisa torcida.

—Piensas en todo. Gracias. —Me acerco y le doy un beso.

—Claro que sí —me dice pasándome otra bolsa.

Le miro inquisitivamente. Dentro hay un body negro y sin tirantes con la parte central de encaje. Me acaricia la cara, me levanta la barbilla y me da un beso.

—Estoy deseando quitarte esto después.

Renovada tras un baño, limpia, depilada y sintiéndome muy consentida, me siento en el borde de la cama y empiezo a secarme el pelo. Christian entra en el dormitorio. Creo que ha estado trabajando.

—Déjame a mí —me dice y me señala una silla delante del tocador.

—¿Quieres secarme el pelo?

Asiente y yo le miro perpleja.

—Vamos —dice clavándome la mirada. Conozco esa expresión y no se me ocurriría desobedecer. Lenta y metódicamente me va secando el pelo, mechón tras mechón, con su habilidad habitual.

—Has hecho esto antes —le susurro. Su sonrisa se refleja en el espejo, pero no dice nada y sigue cepillándome el pelo. Mmm... es muy relajante.

Entramos en el ascensor para bajar a cenar; esta vez no estamos solos. Christian está guapísimo con su camisa blanca de firma, vaqueros negros y chaqueta, pero sin corbata. Las dos mujeres que entran también en el ascensor le lanzan miradas de admiración a él y de

algo menos generoso a mí. Yo oculto mi sonrisa. Sí, señoras, es mío. Christian me coge la mano y me acerca a él mientras bajamos en silencio hasta la planta donde se halla el restaurante.

Está lleno de gente vestida de noche, todos sentados charlando y bebiendo como inicio de la noche del sábado. Me alegro de encajar ahí. El vestido me queda muy ajustado, abrazándome las curvas y manteniendo todo en su lugar. Tengo que decir que me siento... atractiva llevándolo. Sé que Christian lo aprueba.

Al principio creo que vamos hacia el comedor privado donde discutimos por primera vez el contrato, pero Christian me conduce hasta el extremo del pasillo, donde abre una puerta que da a otra sala forrada de madera.

—¡Sorpresa!

Oh, Dios mío. Kate y Elliot, Mia y Ethan, Carrick y Grace, el señor Rodríguez y José y mi madre y Bob, todos levantando sus copas. Me quedo de pie mirándoles con la boca abierta y sin habla. ¿Cómo? ¿Cuándo? Me giro hacia Christian asombrada y él me aprieta la mano. Mi madre se acerca y me abraza. ¡Oh, mamá!

—Cielo, estás preciosa. Feliz cumpleaños.

—¡Mamá! —lloriqueo abrazándola. Oh, mamá... Las lágrimas ruedan por mis mejillas a pesar de que estoy en público y entierro mi cara en su cuello.

—Cielo, no llores. Ray se pondrá bien. Es un hombre fuerte. No llores. No el día de tu cumpleaños. — Se le quiebra la voz, pero mantiene la compostura. Me coge la cara con las manos y me enjuga las lágrimas con los pulgares.

—Creía que se te había olvidado.

—¡Oh, Ana! ¿Cómo se me iba a olvidar? Diecisiete horas de parto es algo que no se olvida fácilmente.

Suelto una risita entre las lágrimas y ella sonrío.

—Sécate los ojos, cariño. Hay mucha gente aquí para compartir contigo tu día especial.

Sorbo por la nariz y no quiero mirar a los demás, avergonzada y encantada de que todo el mundo haya hecho el esfuerzo de venir aquí a verme.

—¿Cómo has venido? ¿Cuándo has llegado?

—Tu marido me mandó su avión, cielo —dice sonriendo, impresionada.

Yo me río.

—Gracias por venir, mamá. —Me limpia la nariz con un pañuelo de papel como solo una madre podría hacer—. ¡Mamá! —la riño e intento recuperar la compostura.

—Eso está mejor. Feliz cumpleaños, hija. —Se aparta a un lado y todos los demás hacen una cola para abrazarme y desearme feliz cumpleaños.

—Está mejorando, Ana. La doctora Sluder es una de las mejores del país. Feliz cumpleaños, ángel —me dice Grace y me abraza.

—Puedes llorar todo lo que quieras, Ana. Es tu fiesta. —José también me abraza.

—Feliz cumpleaños, niña querida. —Carrick me sonrío y me coge la cara.

—¿Qué pasa, chica? Tu padre se va a recuperar. —Elliot me rodea con sus brazos—. Feliz cumpleaños.

—Ya basta. —Christian me coge la mano y me aparta del abrazo de Elliot—. Ya vale de toquetear a mi mujer. Toquetea a tu prometida.

Elliot le sonríe maliciosamente y le guiña un ojo a Kate.

Un camarero que no he visto antes nos ofrece a Christian y a mí unas copas con champán rosa.

Christian carraspea para aclararse la garganta.

—Este sería un día perfecto si Ray se hallara aquí con nosotros, pero no est  lejos. Se est  recuperando bien y estoy seguro de que querría que disfrutaras de tu día, Ana. Gracias a todos vosotros por venir a compartir el cumpleaños de mi preciosa mujer, el primero de los muchos que vendrían. Feliz cumpleaños, mi amor. — Christian levanta la copa en mi dirección entre un coro de «feliz cumpleaños» y tengo que esforzarme por mantener a raya las lágrimas.

Observo mientras oigo las animadas conversaciones que se están produciendo alrededor de la mesa de la cena. Es raro verme aquí, arropada por el núcleo de mi familia, sabiendo que el hombre que considero mi padre se encuentra con una máquina de ventilación asistida en el frío ambiente clínico de la UCI. No s  cómo lo han hecho, pero me alegro de que están todos aquí. Contemplo el intercambio de insultos entre Elliot y Christian, el humor cálido y siempre a la que salta de José, el entusiasmo de Mia por la fiesta y por la comida mientras Ethan la mira con picardía. Creo que ella le gusta... pero es difícil decirlo. El señor Rodríguez est  sentado disfrutando de las conversaciones. Tiene mejor aspecto. Ha descansado. José est  muy pendiente

de él, cortándole la comida y manteniéndole la copa llena. Que el único progenitor que le queda haya estado tan cerca de la muerte ha hecho que José aprecie más al señor Rodríguez, estoy convencida.

Miro a mi madre. Está en su elemento, encantadora, divertida y cariñosa. La quiero mucho. Tengo que acordarme de decírselo. La vida es tan preciosa... ahora me doy cuenta.

—¿Estás bien? —me pregunta Kate con una voz suave muy poco propia de ella.

Asiento y le cojo la mano.

—Sí. Gracias por venir.

—¿Crees que tu marido el millonario iba a evitar que yo estuviera aquí contigo en tu cumpleaños? ¡Hemos venido en el helicóptero! —Sonríe.

—¿De verdad?

—Sí. Todos. Y pensar que Christian sabe pilotarlo... Es sexy.

—Sí, a mí también me lo parece.

Sonreímos.

—¿Te quedas aquí esta noche? —le pregunto.

—Sí. Todos. ¿No sabías nada de esto?

Niego con la cabeza.

—Qué astuto, ¿eh?

Asiento.

—¿Qué te ha regalado por tu cumpleaños?

—Esto —digo mostrándole la pulsera.

—¡Oh, qué bonita!

—Sí.

—Londres, París... ¿Helado?

—No lo quieras saber.

—Me lo puedo imaginar.

Nos reímos y me sonrojo recordando la marca de helado: Ben&Jerry. Ahora será Ben&Jerry&Ana...

—Oh, y un Audi R8.

Kate escupe el vino, que le cae de una forma muy poco atractiva por la barbilla, lo que nos hacer reír más a las dos.

—Se ha superado el cabrón, ¿no? —ríe.

Cuando llega el momento del postre me traen una suntuosa tarta de chocolate con veintidós velas plateadas y un coro desafinado que me dedica el «Cumpleaños feliz». Grace observa a Christian, que canta con los demás amigos y familia, y sus ojos brillan de amor. Su mirada se cruza con la mía y me lanza un beso.

—Pide un deseo —me susurra Christian. Y con un solo soplo apago todas las velas, deseando con todas mis fuerzas que mi padre se ponga bien: papá ponte bien, por favor, ponte bien. Te quiero mucho.

A medianoche, el señor Rodríguez y José se van.

—Muchas gracias por venir. —Le doy un fuerte abrazo a José.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. Me alegro de que Ray esté mejorando.

—Sí. Tú, el señor Rodríguez y Ray tenéis que venir a Aspen a pescar con Christian.

—¿Sí? Suena bien. —José sonríe antes de ir en busca del abrigo de su padre y yo me agacho para despedirme del señor Rodríguez.

—¿Sabes, Ana? Hubo un tiempo en que creí que... bueno, que tú y José... —Deja la frase sin terminar y me

observa con su mirada oscura intensa pero llena de cariño.

Oh, no...

—Le tengo mucho cariño a su hijo, señor Rodríguez, pero es como un hermano para mí.

—Habrías sido una nuera estupenda. O más bien lo eres: para los Grey. —Sonríe nostálgico y yo me sonrojo.

—Espero que se conforme con ser un amigo.

—Claro. Tu marido es un buen hombre. Has elegido bien, Ana.

—Eso creo —le susurro—. Le quiero mucho. —Le doy un abrazo al señor Rodríguez.

—Trátale bien, Ana.

—Lo haré —le prometo.

Christian cierra la puerta de nuestra suite.

—Al fin solos —dice apoyándose contra la puerta mientras me observa.

Doy un paso hacia él y deslizo los dedos por las solapas de su chaqueta.

—Gracias por un cumpleaños maravilloso. Eres el marido más detallista, considerado y generoso que existe.

—Ha sido un placer para mí.

—Sí... Un placer para ti... Vamos a ver si encontramos algo que te dé placer... —le susurro. Cierro los dedos en sus solapas y tiro de él para acercar sus labios a los míos.



Tras un desayuno con la familia y amigos, abro los regalos, y después me despido cariñosamente de todos los Grey y los Kavanagh que van a volver a Seattle en el *Charlie Tango*. Mi madre, Christian y yo vamos al hospital con Taylor al volante, ya que los tres no cabemos en el R8. Bob no ha querido acompañarnos, y yo me alegro secretamente. Sería muy raro, y seguro que a Ray no le gustaría que Bob le viera en esas condiciones.

Ray tiene el mismo aspecto, solo que con más barba. Mi madre se queda impresionada al verle y las dos lloramos un poco más.

—Oh, Ray.

Le aprieta la mano y le acaricia la cara y a mí me conmueve ver el amor que siente todavía por su ex marido. Me alegro de llevar pañuelos en el bolso. Nos sentamos a su lado y le cojo la mano a mi madre mientras ella coge la de Ray.

—Ana, hubo un tiempo en que este hombre era el centro de mi mundo. El sol salía y se ponía con él. Siempre le querré. Te cuidó siempre tan bien...

—Mamá... —Las palabras se me quedan atravesadas y ella me acaricia la cara y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ya sabes que siempre querré a Ray. Pero nos distanciamos. —Suspira—. Y simplemente no podía vivir

con él. —Se mira los dedos y me pregunto si estará pensando en Steve, el marido número tres, del que no hablamos.

—Sé que quieres a Ray —le susurro, secándome los ojos—. Hoy le van a sacar del coma.

—Es una buena noticia. Seguro que estará bien. Es un cabezota. Creo que tú aprendiste de él.

Sonrío.

—¿Has estado hablando con Christian?

—¿Opina que eres una cabezota?

—Eso creo.

—Le diré que es un rasgo de familia. Se os ve muy bien juntos, Ana. Muy felices.

—Lo somos, creo. O lo estamos consiguiendo. Le quiero. Él es el centro de mi mundo. El sol sale y se pone con él para mí también.

—Y es obvio que él te adora, cariño.

—Y yo le adoro a él.

—Pues díselo. Los hombres necesitan oír esas cosas, igual que nosotras.

Insisto en ir al aeropuerto con mamá y Bob para despedirme. Taylor nos sigue en el R8 y Christian conduce el todoterreno. Siento que no puedan quedarse más, pero tienen que volver a Savannah. Es un adiós lleno de lágrimas.

—Cuida bien de ella, Bob —le susurro cuando me abraza.

—Claro, Ana. Y tú cuídate también.

—Lo haré. —Me vuelvo hacia mi madre—. Adiós, mamá. Gracias por venir —le digo con la voz un poco quebrada—. Te quiero mucho.

—Oh, mi niña querida, yo también te quiero. Y Ray se pondrá bien. No está preparado para dejar atrás su ser mortal todavía. Seguro que hay algún partido de los Mariners que no puede perderse.

Suelto una risita. Tiene razón. Decido que le voy a leer la página de deportes del periódico del domingo a Ray esta tarde. Veo como ella y Bob suben por la escalerilla del jet de Grey Enterprises Holdings, Inc. Al llegar arriba se despide con la mano todavía llorando y desaparece. Christian me rodea los hombros con los brazos.

—Volvamos, nena —me dice.

—¿Conduces tú?

—Claro.

Cuando volvemos al hospital esa tarde, Ray está diferente. Necesito un momento para darme cuenta de que el sonido de bombeo del respirador ha desaparecido. Ray respira por sí mismo. Me inunda una sensación de alivio. Le acaricio la cara barbuda y saco un pañuelo de papel para limpiarle con cuidado la saliva de la boca.

Christian sale en busca de la doctora Sluder y el doctor Crowe para que le den el último parte, mientras yo me siento como es habitual al lado de la cama para hacerle compañía.

Desdoblo la sección de deportes del periódico *Oregonian* del domingo y empiezo a leer la noticia del partido de fútbol que enfrentó al Sounders y el Real Salt Lake. Por lo que dicen fue un partido emocionante, pero el Sounders cayó derrotado por un gol en propia puerta de Kasey Keller. Le aprieto la mano a Ray y sigo leyendo.

—El marcador final fue de Sounders uno, Real Salt Lake dos.

—¿Hemos perdido, Annie? ¡No! —dice Ray con voz áspera y me aprieta la mano.

¡Papá!

Las lágrimas surcan mi rostro de nuevo. Ha vuelto. Mi padre ha vuelto.

—No llores, Annie. —Ray tiene la voz ronca—. ¿Qué ocurre?

Cojo su mano entre las mías y la acerco a mi cara.

—Has tenido un accidente. Estás en el hospital de Portland.

Ray frunce el ceño y no sé si es porque está incómodo con esta demostración de afecto poco propia de mí o porque no se acuerda del accidente.

—¿Quieres un poco de agua? —le pregunto aunque no sé si puedo dársela. Asiente, desconcertado. El corazón se me llena de alegría. Me levanto y me inclino para darle un beso en la frente—. Te quiero, papá. Bienvenido de vuelta.

Agita un poco la mano, avergonzado.

—Yo también, Annie. Agua.

Salgo corriendo para cubrir la corta distancia que hay hasta el puesto de enfermeras.

—¡Mi padre! ¡Está despierto! —le sonrío a la enfermera Kellie, que me devuelve la sonrisa.

—Envíale un mensaje a la doctora Sluder —le dice a una compañera y sale apresuradamente de detrás del mostrador.

—Quiere agua.

—Le llevaré un vaso.

Regreso junto a la cama de mi padre. Estoy muy contenta. Veo que tiene los ojos cerrados y me preocupa que haya vuelto al coma.

—¿Papá?

—Estoy aquí —murmura, y abre los ojos justo cuando aparece la enfermera Kellie con una jarra con trocitos de hielo y un vaso.

—Hola, señor Steele. Soy Kellie, su enfermera. Su hija me ha dicho que tiene sed.

En la sala de espera, Christian está mirando fijamente su portátil, muy concentrado. Alza la vista cuando me oye cerrar la puerta.

—Se ha despertado —anuncio. Él sonríe y la tensión que tenía en los ojos desaparece. Oh... no me había dado cuenta. ¿Ha estado tenso todo el tiempo? Deja a un lado su portátil, se levanta y me da un abrazo.

—¿Cómo está? —me pregunta cuando le rodeo con los brazos.

—Habla, tiene sed y está un poco desconcertado. No se acuerda del accidente.

—Es comprensible. Ahora que está despierto, quiero que lo trasladen a Seattle. Así podremos ir a casa y mi madre podrá tenerle vigilado.

¿Ya?

—No sé si estará lo bastante bien como para trasladarle.

—Hablaré con la doctora Sluder para que me dé su opinión.

—¿Echas de menos nuestra casa?

—Sí.

—Está bien.

—No has dejado de sonreír —me dice Christian cuando aparco delante del Heathman.

—Estoy muy aliviada. Y feliz.

Christian sonrío.

—Bien.

La luz está desapareciendo y me estremezco cuando salgo a la fresca noche. Le doy mi llave al aparcacoches, que está mirando mi coche con admiración. No le culpo... Christian me rodea con el brazo.

—¿Quieres que lo celebremos? —me pregunta cuando entramos en el vestíbulo.

—¿Celebrar qué?

—Lo de tu padre.

Suelto una risita.

—Oh, eso.

—Echaba de menos ese sonido. —Christian me da un beso en el pelo.

—¿No podemos mejor comer en la habitación? Ya sabes, una noche tranquila sin salir.

—Claro, vamos. —Me coge la mano y me lleva a los ascensores.

—Estaba deliciosa —digo satisfecha mientras aparto mi plato, llena por primera vez en mucho tiempo—. Aquí hacen una tarta tatin buenísima.

Me acabo de bañar y solo llevo la camiseta de Christian y las bragas. De fondo suena la música del iPod de Christian, que está puesto en modo aleatorio; Dido está cantando algo sobre banderas blancas.

Christian me mira con curiosidad. Tiene el pelo todavía húmedo por el baño y lleva una camiseta negra y los vaqueros.

—Es la vez que más te he visto comer en todo el tiempo que llevamos aquí —me dice.

—Tenía hambre.

Se arrellana en la silla con una sonrisa de satisfacción y le da un sorbo al vino blanco.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunta con voz suave.

—¿Qué quieres hacer tú?

Arquea una ceja, divertido.

—Lo que quiero hacer siempre.

—¿Y eso es...?

—Señora Grey, deje las evasivas.

Le cojo la mano por encima de la mesa, la giro y le acaricio la palma con el dedo índice.

—Quiero que me toques con este —digo subiendo el dedo por su índice.

Él se remueve en la silla.

—¿Solo con ese? —Su mirada se oscurece y se vuelve más ardiente a la vez.

—Quizá con este también —digo acariciándole el dedo corazón y volviendo a la palma—. Y con este. —Recorro con la uña su dedo anular—. Y definitivamente con esto —digo deteniéndome en su alianza—. Esto es muy sexy.

—¿Lo es?

—Claro. Porque dice: «Este hombre es mío». —Le rozo el pequeño callo que ya se le ha formado en la palma junto al anillo. Él se inclina hacia mí y me coge la barbilla con la otra mano.

—Señora Grey, ¿está intentando seducirme?

—Eso espero.

—Anastasia, ya he caído —me dice en voz baja—. Ven aquí. —Tira de mi mano para atraerme a su regazo—. Me gusta tener acceso ilimitado a ti. —Sube la mano por el muslo hasta mi culo. Me agarra la nuca con la otra mano y me besa, agarrándome con fuerza.

Sabe a vino blanco, a tarta de manzana y a Christian. Le paso los dedos por el pelo, sujetándole contra mí, mientras nuestras leguas exploran y se enroscan la una contra la otra. La sangre se me calienta en las venas. Estoy sin aliento cuando Christian se aparta.

—Vamos a la cama —murmura contra mis labios.

—¿A la cama?

Se separa un poco y me tira del pelo para que levante la vista para mirarle.

—¿Dónde prefiere usted, señora Grey?

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

—Sorpréndeme.

—Te veo guerrera esta noche —dice acariciándome la nariz con la suya.

—Tal vez necesito que me aten.

—Tal vez sí. Te estás volviendo mandona con la edad. —Entorna los ojos pero no puede esconder el humor latente en su voz.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —le desafío.

Le brillan los ojos.

—Sé lo que me gustaría hacer, pero depende de lo que tú puedas soportar.

—Oh, señor Grey, ha sido usted muy dulce conmigo estos dos últimos días. Y no estoy hecha de cristal, ¿lo sabía?

—¿No te gusta que sea dulce?

—Claro que sí. Pero ya sabes... la variedad es la sal de la vida —le digo aleteando las pestañas.

—¿Quieres algo menos dulce?

—Algo que me recuerde que estoy viva.

Arquea ambas cejas por la sorpresa.

—Que me recuerde que estoy viva... —repite, asombrado y con un tono de humor en su voz.

Asiento. Él me mira durante un momento.

—No te muerdas el labio —me susurra y de repente se pone de pie conmigo en sus brazos. Doy un respigo y me agarro a sus bíceps porque temo caerme. Él camina hasta el más pequeño de los tres sofás y me deposita ahí—. Espera aquí. Y no te muevas. —Me lanza una mirada breve, excitante e intensa y se vuelve para dirigirse hacia el dormitorio. Oh... Christian descalzo... ¿Por qué sus pies son tan sexis? Aparece unos minutos después detrás de mí, inclinándose y cogiéndome por sorpresa—. Creo que esto no nos va a hacer falta. —Agarra mi camiseta y me la quita, dejándome completamente desnuda excepto por las bragas. Tira de mi coleta hacia atrás y me da un beso—. Levántate —me ordena junto a mis labios, y después me suelta. Yo obedezco inmediatamente. Él extiende una toalla sobre el sofá.

¿Una toalla?

—Quítate las bragas.

Trago saliva pero hago lo que me pide y dejo las bragas junto al sofá.

—Siéntate. —Vuelve a cogeme la coleta y a echarme atrás la cabeza—. Dime que pare si es demasiado, ¿vale?

Asiento.

—Responde —me ordena con voz dura.

—Sí —digo.

Él sonrío burlón.

—Bien. Así que, señora Grey... como me ha pedido, la voy a atar. —Su voz baja hasta convertirse en un susurro jadeante. El deseo recorre mi cuerpo como un relámpago solo con oír esas palabras. Oh, mi dulce Cincuenta... ¿en el sofá?—. Sube las rodillas —me pide— y reclínate en el respaldo.

Apoyo los pies en el borde del sofá y pongo las rodillas delante de mí. Él me coge la pierna izquierda y me ata el cinturón de uno de los albornoces por encima de la rodilla.

—¿El cinturón del albornoz?

—Estoy improvisando. —Vuelve a sonreír, aprieta el nudo corredizo sobre mi rodilla y ata el otro extremo del cinturón al remate decorativo que hay en una de las esquinas del sofá; una forma muy eficaz de mantenerme las piernas abiertas—. No te muevas —me advierte, y repite el proceso con la pierna derecha, atando el otro cinturón al otro remate.

Oh, Dios mío... Estoy despatarrada en el sofá.

—¿Bien? —me pregunta Christian con voz suave, mirándome desde detrás del sofá.

Asiento, esperando que me ate las manos también. Pero no lo hace. Se inclina y me da un beso.

—No tienes ni idea de cómo me pones ahora mismo —murmura y frota su nariz contra la mía—. Creo

que voy a cambiar la música. —Se levanta y se acerca despreocupadamente al iPod.

¿Cómo lo hace? Aquí estoy, abierta de piernas y muy excitada, y él tan fresco y tan tranquilo. Christian está dentro de mi campo de visión y veo cómo se mueven los músculos de su espalda bajo la camiseta mientras cambia la canción. Inmediatamente una voz dulce y casi infantil empieza a cantar algo sobre que la observen.

Oh, me gusta esta canción.

Christian se gira y sus ojos se clavan en los míos mientras rodea el sofá y se pone de rodillas delante de mí.

De repente me siento muy expuesta.

—¿Expuesta? ¿Vulnerable? —me pregunta con su asombrosa capacidad para verbalizar las palabras que no he llegado a decir. Tiene las manos apoyadas sobre sus rodillas. Asiento.

¿Por qué no me toca?

—Bien —susurra—. Levanta las manos. —No puedo apartar la vista de sus ojos hipnóticos. Hago lo que me dice. Christian me echa un líquido aceitoso en cada palma de un pequeño botecito de color claro. El líquido desprende un olor intenso, almizclado y sensual que no soy capaz de identificar—. Frótatelas. —Me revuelvo por el efecto de su mirada penetrante y ardiente—. No te muevas —me ordena.

Oh, Dios mío...

—Ahora, Anastasia, quiero que te toques.

Madre mía.

—Empieza por la garganta y ve bajando.

Dudo.

—No seas tímida, Ana. Vamos. Hazlo. —Son evidentes el humor y el desafío de su expresión, además del deseo.

La voz infantil canta que no hay nada dulce en ella. Pongo las manos sobre mi garganta y dejo que vayan bajando hasta la parte superior de mis pechos. El aceite hace que se deslicen fácilmente por mi piel. Tengo las manos calientes.

—Más abajo —susurra Christian a la vez que se oscurecen sus ojos. No me está tocando.

Me cubro los pechos con las manos.

—Tócate.

Oh, Dios mío. Tiro con suavidad de mis pezones.

—Más fuerte —me ordena Christian. Está sentado inmóvil entre mis muslos, solo mirándome—. Como lo haría yo —añade, y sus ojos muestran un brillo oscuro.

Los músculos del fondo de mi vientre se tensan. Gimo en respuesta y tiro con más fuerza de mis pezones sintiendo cómo se endurecen y se alargan bajo mis dedos.

—Sí. Así. Otra vez.

Cierro los ojos y tiro fuerte, los hago rodar y los pellizco con los dedos. Gimo de nuevo.

—Abre los ojos.

Parpadeo para mirarle.

—Otra vez. Quiero verte. Ver que disfrutas tocándote.

Oh, joder. Repito el proceso. Esto es tan... erótico.

—Las manos. Más abajo.

Me retuerzo.

—Quieta, Ana. Absorbe el placer. Más abajo. —
Su voz es baja y ronca, tentadora y seductora.

—Hazlo tú —le susurro.

—Oh, lo haré... pronto. Pero ahora tú. Más abajo.
—Christian se pasa la lengua por los dientes, un gesto que irradia sensualidad. Madre mía... Me retuerzo y tiro de los cinturones que me atan.

Él niega con la cabeza lentamente.

—Quieta. —Apoya las manos en mis rodillas para que no me mueva—. Vamos, Ana... Más abajo.

Mis manos se deslizan por mi vientre.

—Más abajo —repite, y es la sensualidad personificada.

—Christian, por favor.

Sus manos descienden desde mis rodillas, acariciándome los muslos y acercándose a mi sexo.

—Vamos, Ana. Tócate.

Mi mano izquierda pasa por encima de mi sexo y hago un círculo lento mientras formo una O con los labios y jadeo.

—Otra vez —susurra.

Gimo más alto y repito el movimiento, echando atrás la cabeza y jadeando.

—Otra vez.

Vuelvo a gemir con fuerza y Christian inhala bruscamente. Me coge las manos, se inclina y acaricia con la nariz y después con la lengua todo el vértice entre mis muslos.

—¡Ah!

Quiero tocarle, pero cuando intento mover las manos, él aprieta los dedos alrededor de mis muñecas.

—Te voy a atar estas también. Quieta.

Gimo. Me suelta e introduce dos dedos en mi interior a la vez que apoya la mano contra mi clítoris.

—Voy a hacer que te corras rápido, Ana. ¿Lista?

—Sí —jadeo.

Empieza a mover los dedos y la mano arriba y abajo rápidamente, estimulando ese punto tan dulce en mi interior y el clítoris al mismo tiempo. ¡Ah! La sensación es intensa, realmente intensa. El placer aumenta y atraviesa la mitad inferior de mi cuerpo. Quiero estirar las piernas, pero no puedo. Agarro con fuerza la toalla que hay debajo de mí.

—Ríndete —me susurra Christian.

Exploto alrededor de sus dedos, gritando algo incoherente. Aprieta la mano contra mi clítoris mientras los estremecimientos me recorren el cuerpo, prolongando así esa deliciosa agonía. Me doy cuenta vagamente de que me está desatando las piernas.

—Es mi turno —susurra, y me gira para que quede boca abajo sobre el sofá con las rodillas en el suelo. Me abre las piernas y me da un azote fuerte en el culo.

—¡Ah! —chillo a la vez que noto que entra con fuerza en mi interior.

—Oh, Ana —dice con los dientes apretados cuando empieza a moverse.

Me agarra las caderas fuertemente con los dedos mientras se hunde en mí una y otra vez. El placer empieza a aumentar de nuevo. No... Ah...

—¡Vamos, Ana! —grita Christian y yo vuelvo a romperme en mil pedazos otra vez, latiendo a su alrededor y gritando cuando alcanzo el orgasmo de nuevo.

—¿Te sientes lo bastante viva? —me pregunta Christian dándome un beso en el pelo.

—Oh, sí —murmuro mirando al techo. Estoy tumbada sobre mi marido, con la espalda sobre su pecho, ambos en el suelo junto al sofá. Él todavía está vestido.

—Creo que deberíamos repetirlo. Pero esta vez tú sin ropa.

—Por Dios, Ana. Dame un respiro.

Suelto una risita y él ríe entre dientes.

—Me alegro de que Ray haya recuperado la consciencia. Parece que todos tus apetitos han regresado después de eso —dice y oigo la sonrisa en su voz.

Me giro y le miro con el ceño fruncido.

—¿Se te olvida lo de anoche y lo de esta mañana? —le pregunto con un mohín.

—No podría olvidarlo —dice sonriendo. Con esa sonrisa parece joven, despreocupado y feliz. Me coge el culo con las manos—. Tiene un culo fantástico, señora Grey.

—Y tú también. Pero el tuyo sigue tapado —le digo arqueando una ceja.

—¿Y qué va a hacer al respecto, señora Grey?

—Bueno, creo que le voy a desnudar, señor Grey. Enterito.

Él sonrío.

—Y yo creo que hay muchas cosas dulces en ti —susurra refiriéndose a la canción que sigue sonando, repetida una vez tras otra. Su sonrisa desaparece.

Oh, no.

—Tú sí que eres dulce —le susurro, me inclino hacia él y le beso la comisura de la boca. Cierra los ojos y me abraza más fuerte—. Christian, lo eres. Has hecho que este fin de semana sea especial a pesar de lo que le ha pasado a Ray. Gracias.

Él abre sus grandes y serios ojos grises y su expresión me conmueve.

—Porque te quiero —susurra.

—Lo sé. Y yo también te quiero. —Le acaricio la cara—. Y eres algo precioso para mí. Lo sabes, ¿verdad? Se queda muy quieto y parece perdido.

Oh, Christian... Mi dulce Cincuenta.

—Créeme —le susurro.

—No es fácil —dice con voz casi inaudible.

—Inténtalo. Inténtalo con todas tus fuerzas, porque es cierto. —Le acaricio la cara una vez más y mis dedos le rozan las patillas. Sus ojos son unos océanos grises llenos de pérdida, heridas y dolor. Quiero subirme encima de él y abrazarle. Cualquier cosa que haga que desaparezca esa mirada. ¿Cuándo se va a dar cuenta de que él es mi mundo? ¿De que es más que merecedor de mi amor, del amor de sus padres, de sus hermanos? Se lo he dicho una y otra vez, pero aquí estamos de nuevo, con Christian mirándome con expresión de pérdida y abandono. Tiempo. Solo es cuestión de tiempo.

—Te vas a enfriar. Vamos. —Se pone de pie con agilidad y tira de mí para levantarme. Le rodeo la cintura con el brazo mientras cruzamos el dormitorio. No quiero presionarle, pero desde el accidente de Ray se ha vuelto más importante para mí que sepa cuánto le quiero.

Cuando entramos en el dormitorio frunzo el ceño, desesperada por recuperar el humor alegre de hace unos momentos.

—¿Vemos un poco la tele? —le pido.

Christian ríe entre dientes.

—Creía que querías un segundo asalto. —Ahí está de nuevo mi temperamental Cincuenta... Arqueo una ceja y me paro junto a la cama.

—Bueno, en ese caso... Esta vez yo llevaré las riendas.

Él me mira con la boca abierta y yo le empujo sobre la cama, me pongo rápidamente a horcajadas sobre su cuerpo y le agarro las manos a ambos lados de la cabeza.

Me sonrío.

—Bien, señora Grey, ahora que ya me tiene, ¿qué piensa hacer conmigo?

Me inclino y le susurro al oído:

—Te voy a follar con la boca.

Cierra los ojos e inhala bruscamente mientras yo le rozo la mandíbula con los dientes.



Christian está trabajando en el ordenador. La mañana es clara a esta hora tan temprana. Creo que está escribiendo un correo electrónico.

—Buenos días —murmuro tímidamente desde el umbral. Se gira y me sonrío.

—Señora Grey, se ha levantado pronto —dice tendiéndome los brazos.

Yo cruzo la suite y me acurruco en su regazo.

—Igual que tú.

—Estaba trabajando. —Se mueve un poco y me da un beso en el pelo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, porque noto que algo no va bien.

Suspira.

—He recibido un correo del detective Clark. Quiere hablar contigo del cabrón de Hyde.

—¿Ah, sí? —Me aparto un poco y miro a Christian.

—Sí. Le he explicado que estás en Portland por ahora y que tendría que esperar, pero ha dicho que vendrá aquí a hablar contigo.

—¿Va a venir?

—Eso parece. —Christian se muestra perplejo.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué es tan importante que no puede esperar?

—Eso digo yo...

—¿Cuándo va a venir?

—Hoy. Tengo que contestarle.

—No tengo nada que esconder, pero me pregunto qué querrá saber...

—Lo descubriremos cuando llegue. Yo también estoy intrigado. —Christian vuelve a moverse—. Subirán el desayuno pronto. Vamos a comer algo y después a ver a tu padre.

Asiento.

—Puedes quedarte aquí si quieres. Veo que estás ocupado.

Él frunce el ceño.

—No, quiero ir contigo.

—Bien. —Le sonrío, le rodeo el cuello con los brazos y le doy un beso.

Ray está de mal humor. Y eso es una alegría. Le pica, no hace más que rascarse y está impaciente e incómodo.

—Papá, has tenido un accidente de coche grave. Necesitas tiempo para curarte. Y Christian y yo queremos que te lleven a Seattle.

—No sé por qué os estáis molestando tanto por mí. Yo estaré bien aquí solo.

—No digas tonterías —digo apretándole la mano cariñosamente. Él tiene el detalle de sonreírme—. ¿Necesitas algo?

—Mataría por un donut, Annie.

Le sonrío indulgentemente.

—Te traeré un donut o dos. Iremos a Voodoo.

—¡Genial!

—¿Quieres un café decente también?

—¡Demonios, sí!

—Vale, te traeré uno también.

Christian está otra vez en la sala de espera, hablando por teléfono. Debería establecer su oficina aquí. Extrañamente está solo, a pesar de que las otras camas de la UCI están ocupadas. Me pregunto si Christian habrá espantado a las demás visitas. Cuelga.

—Clark estará aquí a las cuatro de la tarde.

Frunzo el ceño. ¿Qué será tan urgente?

—Vale. Ray quiere café y donuts.

Christian ríe.

—Creo que yo también querría eso si hubiera tenido un accidente. Le diré a Taylor que vaya a buscarlo.

—No, iré yo.

—Llévate a Taylor contigo —me dice con voz dura.

—Vale. —Pongo los ojos en blanco y él me mira fijamente. Después sonrío y ladeo la cabeza.

—No hay nadie aquí. —Su voz es deliciosamente baja y sé que me está amenazando con azotarme. Estoy a punto de decirle que se atreva, pero una pareja joven entra en la sala. Ella llora quedamente.

Me encojo de hombros a modo de disculpa mirando a Christian y él asiente. Coge el portátil, me da la mano y salimos de la sala.

—Ellos necesitan la privacidad más que nosotros —me dice Christian—. Nos divertiremos luego.

Fuera está Taylor, esperando pacientemente.

—Vamos todos a por café y donuts.



A las cuatro en punto llaman a la puerta de la suite. Taylor hace pasar al detective Clark, que parece de

peor humor de lo que suele estar; siempre parece de mal humor. Tal vez sea algo en la expresión de su cara.

—Señor Grey, señora Grey, gracias por acceder a verme.

—Detective Clark. —Christian le saluda, le estrecha la mano y le señala un asiento. Yo me siento en el sofá en el que me lo pasé tan bien anoche. Solo de pensarlo me sonrojo.

—Es a la señora Grey a quien quería ver — apunta Clark aludiendo a Christian y a Taylor, que se ha colocado junto a la puerta. Christian mira a Taylor y asiente casi imperceptiblemente y él se gira y se va, cerrando la puerta al salir.

—Cualquier cosa que tenga que decirle a mi esposa, puede decírsela conmigo delante. —La voz de Christian es fría y profesional.

El detective Clark se vuelve hacia mí.

—¿Está segura de que desea que su marido esté presente?

Frunzo el ceño.

—Claro. No tengo nada que ocultarle. ¿Solo quiere hablar conmigo?

—Sí, señora.

—Bien. Quiero que mi marido se quede.

Christian se sienta a mi lado. Irradia tensión.

—Muy bien —dice Clark, resignado. Carraspea—. Señora Grey, el señor Hyde mantiene que usted le acosó sexualmente y le hizo ciertas insinuaciones inapropiadas.

¡Oh! Estoy a punto de soltar una carcajada, pero le pongo la mano a Christian en el muslo para frenarle cuando veo que se inclina hacia delante en el asiento.

—¡Eso es ridículo! —exclama Christian.

Yo le aprieto el muslo para que se calle.

—Eso no es cierto —afirmo yo con calma—. De hecho, fue exactamente lo contrario. Él me hizo proposiciones deshonestas de una forma muy agresiva y por eso le despidieron.

La boca del detective Clark forma brevemente una fina línea antes de continuar.

—Hyde alega que usted se inventó la historia del acoso sexual para que le despidieran. Dice que lo hizo porque él rechazó sus proposiciones y porque quería su puesto.

Frunzo el ceño. Madre mía... Jack está peor de lo que yo creía.

—Eso no es cierto —digo negando con la cabeza.

—Detective, no me diga que ha conducido hasta aquí para acosar a mi mujer con esas acusaciones ridículas.

El detective Clark vuelve su mirada azul acero hacia Christian.

—Necesito oír la respuesta de la señora Grey ante esas acusaciones, señor —dice conteniéndose. Yo vuelvo a apretarle la pierna a Christian, suplicándole sin palabras que se mantenga tranquilo.

—No tienes por que oír esta mierda, Ana.

—Creo que es mejor que el detective Clark sepa lo que pasó.

Christian me mira inescrutable durante un momento y después agita la mano en un gesto de resignación.

—Lo que dice Hyde no es cierto. —Mi voz suena tranquila, aunque me siento cualquier cosa menos eso. Estoy perpleja por esas acusaciones y nerviosa porque

Christian puede explotar en cualquier momento. ¿A qué está jugando Jack?—. El señor Hyde me abordó en la cocina de la oficina una noche. Me dijo que me habían contratado gracias a él y que esperaba ciertos favores sexuales a cambio. Intentó chantajearme utilizando unos correos que yo le había enviado a Christian, que entonces todavía no era mi marido. Yo no sabía que Hyde había estado espiando mis correos. Es un paranoico: incluso me acusó de ser una espía enviada por Christian, presumiblemente para ayudarlo a hacerse con la empresa. Pero no sabía que Christian ya había comprado Seattle Independent Publishing. —Niego con la cabeza cuando recuerdo mi tenso y estresante encuentro con Hyde—. Al final yo... yo le derribé.

Clark arquea las cejas sorprendido.

—¿Le derribó?

—Mi padre fue soldado. Hyde... Mmm... me tocó y yo sé cómo defenderme.

Christian me dedica una fugaz mirada de orgullo.

—Entiendo. —Clark se acomoda en el sofá y suspira profundamente.

—¿Han hablado con alguna de las anteriores ayudantes de Hyde? —le pregunta Christian casi con cordialidad.

—Sí, lo hemos hecho. Pero lo cierto es que ninguna de ellas nos dice nada. Todas afirman que era un jefe ejemplar, aunque ninguna duró en el puesto más de tres meses.

—Nosotros también hemos tenido ese problema —murmura Christian.

¿Ah, sí? Miro a Christian con la boca abierta, igual que el detective Clark.

—Mi jefe de seguridad entrevistó a las cinco últimas ayudantes de Hyde.

—¿Y eso por qué?

Christian le dedica una mira gélida.

—Porque mi mujer trabajó con él y yo hago comprobaciones de seguridad sobre todas las personas que trabajan con mi mujer.

El detective Clark se sonroja. Yo le miro encogiéndome de hombros a modo de disculpa y con una sonrisa que dice: «Bienvenido a mi mundo».

—Ya veo —dice Clark—. Creo que hay algo más en ese asunto de lo que parece a simple vista, señor Grey. Vamos a llevar a cabo un registro más a fondo del apartamento de Hyde mañana, tal vez encontremos la clave entonces. Por lo visto, hace tiempo que no vive allí.

—¿Lo han registrado antes?

—Sí, pero vamos a hacerlo de nuevo. Esta vez será una búsqueda más exhaustiva.

—¿Todavía no le han acusado del intento de asesinato de Ros Bailey y mío? —pregunta Christian en voz baja.

¿Qué?

—Esperamos encontrar más pruebas del sabotaje de su helicóptero, señor Grey. Necesitamos algo más que una huella parcial. Mientras está en la cárcel podemos ir reforzando el caso.

—¿Y ha venido solo para eso?

Clark parece irritado.

—Sí, señor Grey, solo para eso, a no ser que se le haya ocurrido algo sobre la nota...

¿Nota? ¿Qué nota?

—No. Ya se lo dije. No significa nada para mí. — Christian no puede ocultar su irritación—. No entiendo por qué no podíamos haber hecho esto por teléfono.

—Creo que ya le he dicho que prefiero hacer las cosas en persona. Y así aprovecho para visitar a mi tía abuela, que vive en Portland. Dos pájaros de un tiro... — El rostro de Clark permanece impassible e imperturbable ante el mal humor de mi marido.

—Bueno, si hemos terminado, tengo trabajo que hacer. —Christian se levanta y el detective Clark hace lo mismo.

—Gracias por su tiempo, señora Grey —me dice educadamente. Yo asiento. —Señor Grey —se despide. Christian abre la puerta y Clark se va.

Me dejo caer en el sofá.

—¿Te puedes creer lo que ha dicho ese gilipollas? —explota Christian.

—¿Clark?

—No, el idiota de Hyde.

—No, no puedo.

—¿A qué coño está jugando? —pregunta Christian con los dientes apretados.

—No lo sé. ¿Crees que Clark me ha creído?

—Claro. Sabe que Hyde es un cabrón pirado.

—Estás siendo muy «insultino».

—¿Insultino? —Christian sonrío burlón—. ¿Existe esa palabra?

—Ahora sí.

De repente sonrío, se sienta a mi lado y me atrae hacia sus brazos.

—No pienses en ese gilipollas. Vamos a ver a tu padre e intentar convencerle para trasladarle mañana.

—No ha querido ni oír hablar de ello. Quiere quedarse en Portland y no ser una molestia.

—Yo hablaré con él.

—Quiero viajar con él.

Christian se me queda mirando y durante un momento creo que va a decir que no.

—Está bien. Yo iré también. Sawyer y Taylor pueden llevar los coches. Dejaré que Sawyer se lleve tu R8 esta noche.



Al día siguiente, Ray examina su nuevo entorno: una habitación amplia y luminosa en el centro de rehabilitación del Hospital Northwest de Seattle. Es mediodía y parece adormilado. El viaje, que ha hecho nada menos que en helicóptero, le ha agotado.

—Dile a Christian que le agradezco todo esto — dice en voz baja.

—Se lo puedes decir tú mismo. Va a venir esta noche.

—¿No vas a trabajar?

—Seguramente vaya ahora. Pero quería asegurarme de que estás bien aquí.

—Vete. No hace falta que te preocupes por mí.

—Me gusta preocuparme por ti.

Mi BlackBerry vibra. Miro el número; no lo reconozco.

—¿No vas a contestar? —me pregunta Ray.

—No. No sé quién es. Que deje el mensaje en el contestador. Te he traído algo para leer —le digo señalando una pila de revistas de deportes que hay en la mesilla.

—Gracias Annie.

—Estás cansado, ¿verdad?

Asiente.

—Me voy para que puedas dormir. —Le doy un beso en la frente—. Hasta luego, papi. —susurro.

—Hasta luego, cariño. Y gracias. —Ray me coge la mano y me aprieta con suavidad—. Me gusta que me llames «papi». Me trae recuerdos...

Oh, papi... Yo también le aprieto la mano.

Cuando salgo por la puerta principal en dirección al todoterreno donde me espera Sawyer, oigo que alguien me llama.

—¡Señora Grey! ¡Señora Grey!

Me vuelvo y veo a la doctora Greene que viene corriendo hacia mí con su habitual apariencia inmaculada, aunque un poco agitada.

—Señora Grey, ¿cómo está? ¿Ha recibido mi mensaje? La he llamado antes.

—No. —Se me eriza el vello.

—Bueno, me preguntaba por qué ha cancelado ya cuatro citas.

¿Cuatro citas? Me quedo mirándola con la boca abierta. ¿Ya me he saltado cuatro citas? ¿Cómo?

—Tal vez sería mejor que habláramos de esto en mi despacho. Salía a comer... ¿Tiene tiempo ahora?

Asiento mansamente.

—Claro. Yo... —Me quedo sin palabras. ¿He perdido cuatro citas? Llego tarde para mi próxima inyección. Mierda.

Un poco aturdida, la sigo por el hospital hasta su despacho. ¿Cómo he podido perder cuatro citas? Recuerdo vagamente que hubo que cambiar una, Hannah me lo dijo, pero ¿cuatro? ¿Cómo he podido perder cuatro?

El despacho de la doctora Greene es espacioso, minimalista y está muy bien decorado.

—Me alegro de que me haya encontrado antes de que me fuera —murmuro, todavía un poco impresionada—. Mi padre ha tenido un accidente de coche y acabamos de traerle desde Portland.

—Oh, lo siento mucho. ¿Qué tal está?

—Está bien, gracias. Mejorando.

—Eso es bueno. Y explica por qué canceló la cita del viernes.

La doctora Greene desplaza el ratón sobre su escritorio y su ordenador vuelve a la vida.

—Sí... Ya han pasado más de trece semanas. Está muy cerca del límite. Será mejor que le haga una prueba antes de darle la siguiente inyección.

—¿Una prueba? —susurro mientras toda la sangre abandona mi cabeza.

—Una prueba de embarazo.

Oh, no.

Rebusca en el cajón de su mesa.

—Creo que ya sabe qué hacer con esto. —Me da un recipiente pequeño—. El baño está justo al salir del despacho.

Me levanto como en un trance. Todo mi cuerpo funciona como si llevara puesto el piloto automático mientras salgo hacia el baño.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda. Cómo he podido dejar que pase esto... ¿otra vez? De repente siento náuseas y suplico en silencio: no, por favor. No, por favor. Es demasiado pronto. Es demasiado pronto.

Cuando vuelvo a entrar en el despacho de la doctora Greene, ella me dedica una sonrisa tensa y me señala un asiento al otro lado de la mesa. Me siento y le paso la muestra sin decir nada. Ella introduce un palito blanco en la muestra y lo examina. Levanta las cejas cuando se pone azul.

—¿Qué significa el azul? —La tensión me está atenazando la garganta.

Me mira con ojos serios.

—Bueno, señora Grey, eso significa que está embarazada.

¿Qué? No. No. No. Joder.

Me quedo mirando a la doctora Greene con la boca abierta mientras se hunde la tierra bajo mis pies. Un bebé. Un bebé. No quiero un bebé... Todavía no. Joder. Christian se va a poner furioso.

—Señora Grey, está muy pálida. ¿Quiere un vaso de agua?

—Por favor. —Apenas se oye mi voz. Mi mente va a mil por hora. ¿Embarazada? ¿Cuándo?

—Veo que le ha sorprendido.

Asiento sin palabras a la amable doctora, que me pasa un vaso de agua de un surtidor convenientemente situado allí al lado. Le doy un sorbo agradecida.

—Estoy en shock —le susurro.

—Podemos hacer una ecografía para saber de cuánto está. A juzgar por su reacción, sospecho que solo habrán pasado un par de semanas desde la concepción y que estará embarazada de cuatro o cinco semanas. Por lo que veo no ha tenido ningún síntoma.

Niego con la cabeza sin palabras. ¿Síntomas? Creo que no.

—Pensaba... Pensaba que era un tipo de anticonceptivo muy seguro.

La doctora Greene levanta una ceja.

—Normalmente lo es, cuando la paciente se acuerda de ponerse las inyecciones —dice un poco fría.

—Debo de haber perdido la noción del tiempo...

Christian se va a poner hecho una furia, lo sé.

—¿Ha tenido pérdidas?

Frunzo el ceño.

—No.

—Es normal con la inyección. Vamos a hacer la ecografía, ¿vale? Tengo tiempo.

Asiento perpleja y la doctora Greene me señala una camilla de piel negra que hay detrás de un biombo.

—Quítese la falda y la ropa interior y tápese con la manta que hay en la camilla —me dice eficiente.

¿La ropa interior? Esperaba que me hiciera una ecografía por encima del vientre. ¿Por qué tengo que quitarme las bragas? Me encojo de hombros consternada, hago lo que me ha dicho y me tapo con la suave manta blanca.

—Bien. —La doctora Greene aparece en el otro extremo de la camilla tirando del ecógrafo para acercarlo. Se trata de un equipo de ordenadores de alta tecnología. Se sienta y coloca la pantalla de forma que las dos podamos verla y después mueve la bola que hay en el teclado. La pantalla cobra vida con un pitido—. Levante las piernas, doble las rodillas y después abra las piernas —me pide.

Frunzo el ceño, extrañada.

—Es una ecografía transvaginal. Si está embarazada de pocas semanas, deberíamos poder encontrar el bebé con esto —dice mostrándome un instrumento alargado y blanco.

Oh, tiene que estar de broma.

—Vale —susurro un poco avergonzada y hago lo que me pide. La doctora le pone un preservativo a la sonda y lo lubrica con un gel transparente.

—Señora Grey, relájese.

¿Relajarme? ¡Maldita sea, estoy embarazada! ¿Cómo espera que me relaje? Me ruborizo e intento pensar en un lugar relajante, que acaba de reubicarse cerca de la isla perdida de la Atlántida.

Lentamente la doctora va introduciendo la sonda. Madre mía.

Todo lo que soy capaz de ver en la pantalla es una imagen borrosa, aunque de un color más bien sepia. Muy despacio, la doctora Greene mueve un poco el instrumento. Es muy desconcertante.

—Ahí está —murmura mientras pulsa un botón para congelar la imagen de la pantalla. Me señala una pequeña cosa en esa tormenta sepia.

Solo es una cosita. Una cosita en mi vientre. Diminuta. Uau. Olvido mi incomodidad y me quedo mirándola.

—Es demasiado pronto para ver el latido del corazón, pero sí, definitivamente está embarazada. De cuatro o cinco semanas, diría yo. —Frunce el ceño—. Parece que el efecto de la inyección se pasó pronto. Bueno, a veces ocurre...

Estoy demasiado asombrada para decir nada. El pequeño bip es un bebé. Un bebé de verdad. El bebé de Christian. Mi bebé. Madre mía. ¡Un bebé!

—¿Quiere que le imprima la imagen para que se la pueda llevar?

Asiento, todavía incapaz de hablar, y la doctora Greene pulsa otro botón. Después retira con cuidado la sonda y me da una toallita de papel para limpiarme.

—Felicidades, señora Grey —me dice cuando me incorporo—. Tendremos que concertar otra cita, le

sugiero que dentro de otras cuatro semanas. Así podremos asegurarnos del tiempo exacto que tiene el bebé y establecer la fecha en que saldrá de cuentas. Ya puede vestirse.

—Vale.

Me visto deprisa. Mi mente es un torbellino. Tengo un bip, un pequeño bip. Cuando salgo de detrás del biombo, la doctora Greene ya ha vuelto a su mesa.

—Mientras, quiero que empiece con un ciclo de ácido fólico y vitaminas prenatales. Aquí tiene un folleto de las cosas que puede hacer y las que no.

Me da una caja de pastillas y un folleto y sigue hablándome, pero no la estoy escuchando. Estoy consternada. Abrumada. Creo que debería estar feliz. Aunque también creo que debería tener treinta... por lo menos. Es muy pronto... demasiado pronto. Intento sofocar la sensación de pánico creciente.

Me despido educadamente de la doctora Greene y vuelvo a la salida. Cruzo las puertas y me encuentro con la fresca tarde de otoño. De repente siento un frío que me cala hasta los huesos y un mal presentimiento que nace de lo más hondo de mi ser. Christian se va a poner como una fiera, lo sé, pero soy incapaz de predecir hasta qué punto. Sus palabras se repiten en mi cabeza: «No estoy preparado para compartirme todavía». Me cierro aún más la chaqueta intentando quitarme ese frío.

Sawyer salta del todoterreno y me abre la puerta. Frunce el ceño al ver mi cara, pero ignoro su expresión preocupada.

—¿Adónde vamos, señora Grey? —me pregunta.

—A Seattle Independent Publishing. —Me acomodo en el asiento de atrás del coche, cierro los ojos

y apoyo la cabeza en el reposacabezas. Debería estar feliz. Sé que debería estar feliz. Pero no lo estoy. Es demasiado pronto. Mucho más que demasiado pronto. ¿Qué va a pasar con mi trabajo? ¿Qué voy a hacer con Seattle Independent Publishing? ¿Y qué va a ser de Christian y de mí? No. No. No. Vamos a estar bien. Él va a estar bien. Le encantaba Mia cuando era un bebé, recuerdo que Carrick me lo dijo, y también la adora ahora. Tal vez debería avisar a Flynn... Quizá no debería decírselo a Christian. Quizá... quizá debería ponerle fin. Freno mis pensamientos, alarmada por la dirección que están tomando. Instintivamente bajo las manos para colocarlas protectoramente sobre mi vientre. No. Mi pequeño Bip. Se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Qué voy a hacer?

Una imagen de un niño pequeño con pelo cobrizo y brillantes ojos grises corriendo por el prado en la casa nueva aparece en mi mente, tentándome y llenándome la cabeza de posibilidades. Ríe y chilla encantado mientras Christian y yo le perseguimos. Christian le coge en brazos y le levanta para hacerle girar y después le lleva apoyado en la cadera mientras los dos vamos caminando de la mano hasta la casa.

La imagen se deforma en Christian apartándose de mí con expresión de disgusto. Estoy gorda y tengo el cuerpo raro, con el embarazo muy avanzado. Camina por la larga sala de los espejos, alejándose de mí, y oigo el eco de sus pasos resonando contra los espejos plateados, las paredes y el suelo. Christian...

Abro los ojos sobresaltada. No. Va a montar en cólera.

Cuando Sawyer para delante de Seattle Independent Publishing, salto del coche y me dirijo al edificio.

—Ana, qué alegría verte. ¿Cómo está tu padre?
—me pregunta Hannah en cuanto entro en la oficina. La miro fríamente.

—Está mejor, gracias. ¿Puedo hablar contigo en mi despacho?

—Claro. —Parece sorprendida cuando me sigue al interior—. ¿Va todo bien?

—Necesito saber si has cambiado o cancelado citas con la doctora Greene.

—¿La doctora Greene? Sí. Dos o tres creo. Sobre todo porque estabas en otras reuniones o te habías retrasado. ¿Por qué?

¡Porque ahora estoy embarazada, joder!, grito dentro de mi cabeza. Inspiro hondo para tranquilizarme.

—Si me cambias alguna cita, ¿puedes asegurarte de que yo lo sepa? No siempre reviso la agenda.

—Claro —dice Hannah en voz baja—. Lo siento. ¿He hecho algo mal?

Niego con la cabeza y suspiro.

—¿Puedes prepararme un té? Luego hablaremos de lo que ha pasado mientras he estado fuera.

—Claro. Ahora mismo. —Más animada, sale de la oficina.

Miro a mi ayudante mientras se va.

—¿Ves a esa mujer? —le digo en voz baja al bip—. Es probable que ella sea la razón de que estés aquí. —Me doy unas palmaditas en el vientre y entonces me siento como una completa idiota por estar hablando con el bip. Mi diminuto Bip. Niego con la cabeza

enfadada conmigo misma y con Hannah... aunque en el fondo sé que no puedo culpar a Hannah. Desanimada, enciendo el ordenador. Tengo un correo de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 13 de septiembre de 2011 13:58

Para: Anastasia Grey

Asunto: La echo de menos

Señora Grey:

Solo llevo en la oficina tres horas y ya la echo de menos.

Espero que Ray esté cómodo en su nueva habitación. Mamá va a ir a verla esta tarde para comprobar qué tal está.

Te recogeré a las seis esta tarde; podemos ir a verle antes de volver a casa.

¿Qué te parece?

Tu amante esposo

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Escribo una respuesta rápida.

De: Anastasia Grey

Fecha: 13 de septiembre de 2011 14:10

Para: Christian Grey

Asunto: La echo de menos

Muy bien.

X

Anastasia Grey

Editora de SIP

De: Christian Grey

Fecha: 13 de septiembre de 2011 14:14

Para: Anastasia Grey

Asunto: La echo de menos

¿Estás bien?

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

No, Christian, no estoy bien. Me estoy volviendo loca porque sé que tú te vas a subir por las paredes. No sé qué hacer. Pero no te lo voy a decir por correo electrónico.

De: Anastasia Grey

Fecha: 13 de septiembre de 2011 14:17

Para: Christian Grey

Asunto: La echo de menos

Sí, estoy bien. Ocupada nada más.

Te veo a las seis.

X

Anastasia Grey
Editora de SIP

¿Cuándo se lo voy a contar? ¿Esta noche? ¿Tal vez después del sexo? Tal vez durante el sexo. No, eso puede ser peligroso para los dos. ¿Cuando esté dormido? Apoyo la cabeza en las manos. ¿Qué demonios voy a hacer?



—Hola —dice Christian con cautela cuando subo al todoterreno.

—Hola —le susurro.

—¿Qué pasa? —Me mira con el ceño fruncido. Niego con la cabeza cuando Taylor arranca y se dirige al hospital.

—Nada. —¿Tal vez ahora? Podría decírselo ahora que estamos en un espacio reducido y con Taylor.

—¿El trabajo va bien? —sigue intentándolo Christian.

—Sí, bien, gracias.

—Ana, ¿qué ocurre? —Ahora su tono es más duro y yo me acobardo.

—Solo que te he echado de menos, eso es todo. Y he estado preocupada por Ray.

Christian se relaja visiblemente.

—Ray está bien. He hablado con mi madre esta tarde y está impresionada por su evolución. —Christian me coge la mano—. Vaya, qué fría tienes la mano. ¿Has comido?

Me ruborizo.

—Ana... —me regaña Christian preocupado.

Bueno, no he comido porque sé cómo te vas a poner cuando te diga que estoy embarazada...

—Comeré esta noche. No he tenido tiempo.

Niega con la cabeza por la frustración.

—¿Quieres que añada a la lista de tareas del equipo de seguridad la de cerciorarse de que mi mujer coma?

—Lo siento. Ya comeré. Es que ha sido un día raro. Por el traslado de papá y todo eso...

Aprieta los labios hasta formar una dura línea, pero no dice nada. Yo miro por la ventanilla. ¡Cuéntaselo!, me susurra entre dientes mi subconsciente. No. Soy una cobarde.

Christian interrumpe mis pensamientos.

—Puede que tenga que ir a Taiwan.

—Oh, ¿cuándo?

—A final de semana o quizá la semana que viene.

—Vale.

—Quiero que vengas conmigo.

Trago saliva.

—Christian, por favor. Tengo un trabajo. No volvamos a resucitar otra vez esa discusión.

Suspira y hace un mohín. Parece un adolescente enfurruñado.

—Tenía que intentarlo —murmura.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Un par de días a lo sumo. Me gustaría que me dijeras lo que te preocupa.

¿Cómo puede saberlo?

—Bueno, ahora mi amado esposo se aleja de mí...

Christian me da un beso en los nudillos.

—No estaré fuera mucho tiempo.

—Bien —le digo con una sonrisa débil.

Ray está más animado y menos gruñón esta vez. Me conmueve su gratitud silenciosa hacia Christian y durante un momento, mientras estoy sentada oyéndoles hablar de pesca y de los Mariners, olvido las noticias que tengo que darle a mi marido. Pero Ray se cansa muy rápido.

—Papá, nos vamos para que puedas dormir.

—Gracias, Ana, cariño. Me alegro de que hayáis venido. He visto a tu madre hoy también, Christian. Me ha tranquilizado mucho. Y también es una fan de los Mariners.

—Pero no le gusta mucho la pesca —dice Christian mientras se levanta.

—No conozco a muchas mujeres a las que les guste, ¿sabes? —dice Ray sonriendo.

—Te veo mañana, ¿vale? —Le doy un beso. Mi subconsciente frunce los labios: Eso si Christian no te encierra en casa... o algo peor. Se me cae el alma a los pies.

—Vamos. —Christian me tiende la mano y me mira con el ceño fruncido. Yo le doy la mano y salimos del hospital.

Picoteo la comida. Es el delicioso estofado de pollo de la señora Jones, pero no tengo hambre. Noto el estómago hecho un nudo y convertido en una bola de nervios.

—¡Maldita sea, Ana! ¿Vas a decirme lo que te pasa? —Christian aparta su plato vacío, irritado. Yo solo le miro—. Por favor. Me está volviendo loco verte así.

Trago saliva intentando reprimir el pánico que me atenaza la garganta. Inspiro hondo para calmarme. Es ahora o nunca.

—Estoy embarazada.

Él se queda petrificado y lentamente el color va abandonando su cara.

—¿Qué? —susurra con la cara cenicienta.

—Estoy embarazada.

Arruga la frente por la incompreensión.

—¿Cómo?

¿Cómo que cómo? ¿Qué pregunta ridícula es esa? Me sonrojo y le dedico una mirada extrañada que dice: «¿Y tú cómo crees?».

La expresión de su cara cambia inmediatamente y sus ojos se convierten en pedernal.

—¿Y la inyección? —gruñe.

Oh, mierda.

—¿Te has olvidado de ponerte la inyección?

Me quedo mirándole, incapaz de hablar. Joder, está furioso... muy furioso.

—¡Dios, Ana! —Golpea la mesa con el puño, lo que me sobresalta. Después se levanta de repente y está a punto de tirar la silla—. Solo tenías que recordar una cosa, ¡una cosa! ¡Mierda! No me lo puedo creer, joder. ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

¿Estúpida? Doy un respingo. Mierda. Quiero decirle que la inyección no ha funcionado, pero no encuentro las palabras. Bajo la mirada a mi dedos.

—Lo siento —le susurro.

—¿Que lo sientes? ¡Joder!

—Sé que no es el mejor momento...

—¡El mejor momento! —grita—. Nos conocemos desde hace algo así como cinco putos minutos. Quería enseñarte el mundo entero y ahora... ¡Joder! ¡Pañales, vómitos y mierda! —Cierra los ojos. Creo que está intentando controlar su ira, pero obviamente pierde la batalla—. ¿Se te olvidó? Dímelo. ¿O lo has hecho a propósito? —Sus ojos echan chispas y la furia emana de él como un campo de fuerza.

—No —susurro. No le puedo decir lo de Hannah porque la despediría.

—¡Pensaba que teníamos un acuerdo sobre eso! —grita.

—Lo sé. Lo teníamos. Lo siento.

Me ignora.

—Es precisamente por eso. Por esto me gusta el control. Para que la mierda no se cruce en mi camino y lo joda todo.

No... mi pequeño Bip.

—Christian, por favor, no me grites. —Las lágrimas comienzan a caer por mi cara.

—No empieces con lágrimas ahora —me dice—. Joder. —Se pasa una mano por el pelo y se tira de él—. ¿Crees que estoy preparado para ser padre? —Se le quiebra la voz en una mezcla de rabia y pánico.

Y todo queda claro y entiendo el miedo y el arrebatado de odio que veo en sus ojos abiertos como

platos: es la rabia de un adolescente impotente. Oh, Cincuenta, lo siento mucho. También ha sido un shock para mí...

—Ya sé que ninguno de los dos está preparado para esto, pero creo que vas a ser un padre maravilloso —digo con la voz ahogada—. Ya nos las arreglaremos.

—¿Cómo coño lo sabes? —me grita, esta vez más alto—. ¡Dime! ¿Cómo? —Sus ojos arden y un sinfín de emociones le cruzan la cara rápidamente, aunque el miedo es la más destacada de ellas—. ¡Oh, a la mierda! —grita Christian desdeñosamente y levanta las manos en un gesto de derrota. Me da la espalda y se encamina al vestíbulo, cogiendo su chaqueta cuando sale del salón. Oigo el eco de sus pasos por el suelo de madera y le veo desaparecer por las puertas dobles que llevan al vestíbulo. El portazo que da al salir me sobresalta de nuevo.

Estoy sola con el silencio, el silencio quieto y vacío del salón. Me estremezco involuntariamente mientras miro sin expresión hacia las puertas cerradas. Se ha ido y me ha dejado aquí. ¡Mierda! Su reacción ha sido mucho peor de lo que había imaginado. Aparto mi plato y cruzo los brazos sobre la mesa para apoyar la cabeza en ellos mientras sollozo.

—Ana, querida... —La señora Jones está a mi lado.

Me incorporo rápidamente y me limpio las lágrimas de la cara.

—Lo he oído. Lo siento —me dice con cariño—. ¿Quieres una infusión o algo?

—Preferiría una copa de vino blanco.

La señora Jones se queda petrificada un segundo y entonces me acuerdo del bip. Ahora no puedo beber alcohol. ¿O sí? Tengo que leer el folleto que me ha dado la doctora Greene.

—Te traeré una copa.

—La verdad es que prefiero una taza de té, por favor. —Me limpio la nariz y ella sonrío con amabilidad.

—Marchando esa taza de té. —Recoge los platos y se encamina a la cocina. La sigo y me encaramo a un taburete. La observo mientras prepara el té.

Al poco pone una taza humeante delante de mí.

—¿Hay algo más que pueda prepararte, Ana?

—No, estoy bien, gracias.

—¿Seguro? No has comido mucho.

La miro.

—No tengo mucha hambre.

—Ana, necesitas comer. Ahora tienes que preocuparte por alguien más que por ti. Deja que te prepare algo. ¿Qué te apetece? —Me mira esperanzada, pero la verdad es que no podría comer nada.

Mi marido acaba de largarse porque estoy embarazada, mi padre ha tenido un accidente de coche grave y el zumbado de Jack Hyde me intenta hacer creer que fui yo la que le acosó sexualmente. De repente siento una necesidad incontrolable de reír. ¡Mira lo que me has hecho, pequeño Bip! Me acaricio el vientre.

La señora Jones me sonrío con indulgencia.

—¿Sabes de cuánto estás? —me pregunta.

—De muy poco. De cuatro o cinco semanas, la doctora no está segura.

—Si no quieres comer, al menos descansa un poco.

Asiento y me llevo el té a la biblioteca. Es mi refugio. Saco la BlackBerry del bolso y pienso en llamar a Christian. Sé que ha sido un shock para él, pero creo que su reacción ha sido exagerada. ¿Y cuándo su reacción no es exagerada?, pregunta mi subconsciente arqueando una ceja. Suspiro. Cincuenta Sombras más...

—Sí, ese es tu padre, pequeño Bip. Con suerte se calmará y volverá... pronto.

Saco el folleto que me ha dado la doctora y me siento a leer.

No puedo concentrarme. Christian nunca se ha ido así, dejándome sola. Ha sido amable y detallista los últimos días y tan cariñoso... y ahora esto. ¿Y si no vuelve? ¡Mierda! Tal vez debería llamar a Flynn. No sé qué hacer. Estoy perdida. Es tan frágil en tantos sentidos y sabía que no iba a reaccionar bien ante estas noticias. Ha sido tan dulce este fin de semana... Todas esas circunstancias estaban fuera de su control, pero ha conseguido llevarlas bien. Pero esto ha sido demasiado.

Desde que le conocí, mi vida se ha complicado. ¿Es por él? ¿O somos los dos juntos? ¿Y si no puede superar esto? ¿Y si quiere el divorcio? La bilis me sube hasta la garganta. No. No debo pensar esas cosas. Volverá. Lo hará. Sé que lo hará. Sé que a pesar de los gritos y las palabras tan duras me quiere... sí. Y también te querrá a ti, pequeño Bip.

Me acomodo en la silla y me dejo llevar por el sueño.

Me despierto fría y desorientada. Temblando, miro el reloj: las once de la noche. Oh, sí... Tú. Me doy una palmadita en el vientre. ¿Dónde está Christian? ¿Ha

vuelto ya? Me levanto del sillón con dificultad y voy en busca de mi marido.

Cinco minutos después me doy cuenta de que no está en casa. Espero que no le haya pasado nada. Los recuerdos de la larga espera cuando desapareció *Charlie Tango* vuelven a mí.

No, no, no. Deja de pensar eso. Seguro que ha ido... ¿adónde? ¿A quién podría ir a ver? ¿A Elliot? Tal vez está con Flynn. Eso espero. Vuelvo a la biblioteca a buscar la BlackBerry y le mando un mensaje.

¿Dónde estás?

Después me encamino al baño y lleno la bañera. Tengo mucho frío.

Cuando salgo de la bañera todavía no ha vuelto. Me pongo uno de mis camisones de seda estilo años 30 y la bata y salgo al salón. En el camino me paro un momento en el dormitorio de invitados. Tal vez esta podría ser la habitación del pequeño Bip. Me asombro al darme cuenta de lo que estoy pensando y me quedo de pie en el umbral, meditando sobre eso. ¿La pintaríamos de azul o de rosa? Ese pensamiento tan dulce queda empañado por el hecho de que mi descarriado esposo está furioso solo de pensarlo. Cojo la colcha de la cama del cuarto de invitados y me encamino al salón para esperarle.

Algo me despierta. Un ruido.
—¡Mierda!

Es Christian en el vestíbulo. Oigo que la mesa araña el suelo otra vez.

—¡Mierda! —repite, esta vez en voz más baja.

Me levanto y justo en ese momento le veo cruzar las puertas dobles tambaleándose. Está borracho. Se me eriza el vello. Oh, ¿Christian borracho? Sé cuánto odia a los borrachos. Salto del sofá y corro hacia él.

—Christian, ¿estás bien?

Se apoya contra el marco de las puertas del vestíbulo.

—Señora Grey... —pronuncia con dificultad.

Vaya, está muy borracho. No sé qué hacer.

—Oh... qué guapa estás, Anastasia.

—¿Dónde has estado?

Se pone el dedo sobre los labios y me mira con una sonrisa torcida.

—¡Chis!

—Será mejor que vengas a la cama.

—Contigo... —dice con una risita.

¡Una risita! Frunzo el ceño y le rodeo la cintura con el brazo porque apenas se mantiene en pie. No creo que pueda andar. ¿Dónde habrá estado? ¿Cómo ha podido volver a casa?

—Deja que te lleve a la cama. Apóyate en mí.

—Eres preciosa, Ana. —Se apoya en mí y me huele el pelo. Casi nos caemos al suelo los dos.

—Christian, camina. Voy a llevarte a la cama.

—Está bien —dice, e intenta concentrarse.

Avanzamos a trompicones por el pasillo y por fin logramos llegar al dormitorio.

—La cama... —dice sonriendo.

—Sí, la cama. —Consigo llevarle justo hasta el borde, pero él no me suelta.

—Ven conmigo a la cama —me dice.

—Christian, creo que necesitas dormir.

—Y así empieza todo. Ya he oído hablar de esto.

Frunzo el ceño.

—¿Hablar de qué?

—Los bebés significan que se acabó el sexo.

—Estoy segura de que eso no es verdad. Si no, todos seríamos hijos únicos.

Él me mira.

—Qué graciosa.

—Y tú qué borracho.

—Sí. —Sonríe, pero su sonrisa cambia cuando lo piensa y una expresión angustiada le cruza la cara, algo que hace que se me hiele la sangre.

—Vamos, Christian —le digo con suavidad. Odio esa expresión. Habla de recuerdos horribles y desagradables, algo que ningún niño debería haber tenido que presenciar—. A la cama. —Le empujo con cuidado y él se deploma sobre el colchón, despatarrado y sonriéndome. La expresión de angustia ha desaparecido.

—Ven conmigo —dice arrastrando las palabras.

—Vamos a desnudarte primero.

Esboza una amplia sonrisa, una sonrisa de borracho.

—Ahora estamos hablando el mismo idioma.

Madre mía. El Christian borracho es divertido y juguetón. Y lo prefiero mil veces al Christian furioso.

—Siéntate. Deja que te quite la chaqueta.

—La habitación gira...

Mierda... ¿Va a vomitar?

—Christian, ¡siéntate!

Me sonrío divertido.

—Señora Grey, es usted una mandona...

—Sí. Haz lo que te he dicho y siéntate. —Me pongo las manos en las caderas. Él vuelve a sonreír, se incorpora sobre los codos con dificultad y después se sienta torpemente, algo muy poco propio de Christian. Antes de que se caiga hacia atrás otra vez, le agarro de la corbata y le quito con esfuerzo la chaqueta, primero un brazo y luego el otro.

—Qué bien hueles.

—Tú hueles a licor fuerte.

—Sí... Bour-bon. —Pronuncia las sílabas tan exageradamente que tengo que reprimir una risita.

Tiro su chaqueta al suelo a mi lado y empiezo con la corbata. Él me apoya las manos en las caderas.

—Me gusta la sensación de esta tela sobre tu cuerpo, Anastaasssia —me dice arrastrando las palabras de nuevo—. Siempre deberías llevar satén o seda. —Sube y baja las manos por mis caderas, luego tira de mí hacia él y pone la boca sobre mi vientre—. Y ahora tenemos un intruso aquí.

Dejo de respirar. Madre mía... Le está hablando al pequeño Bip.

—Tú me vas a mantener despierto, ¿verdad? —le dice a mi vientre.

Oh, Dios mío. Christian me mira a través de sus largas pestañas oscuras. Sus ojos grises están turbios y brumosos. Se me encoge el corazón.

—Le preferirás a él que a mí —dice tristemente.

—Christian, no sabes lo que dices. No seas ridículo. No estoy eligiendo a nadie. Y puede que sea «ella».

Frunce el ceño.

—Ella... Oh, Dios. —Vuelve a tirarse sobre la cama y se tapa los ojos con el brazo. Por fin consigo aflojarle la corbata. Le suelto un cordón y le quito el zapato y el calcetín y después el otro. Cuando me pongo de pie me doy cuenta de por qué no oponía ninguna resistencia; Christian está completamente dormido y roncando suavemente.

Me quedo mirándole. Está guapísimo, incluso borracho y roncando. Tiene los labios cincelados separados, un brazo encima de la cabeza alborotándole el pelo ya despeinado y la cara relajada. Parece tan joven... Pero claro, es que lo es: mi joven, estresado, borracho e infeliz marido. Siento un peso en el corazón ante ese pensamiento.

Bueno, al menos ya está en casa. Me pregunto adónde habrá ido. No estoy segura de tener la energía o la fuerza suficientes para moverle o quitarle más ropa. Además, está encima de la colcha. Vuelvo al salón, recojo la colcha de la cama de invitados que estaba usando yo y la llevo al dormitorio.

Sigue dormido, pero todavía lleva la corbata y el cinturón. Me subo a la cama a su lado, le quito la corbata y le desabrocho el botón superior de la camisa. Él murmura algo incomprensible, pero no se despierta. Después le suelto el cinturón con cuidado y lo saco por las trabillas con cierta dificultad, pero por fin se lo quito. La camisa se le ha salido de los pantalones y por la abertura se ve un poco del vello que tiene por debajo del

ombbligo. No puedo resistirme. Me agacho y le doy un beso ahí. Él se mueve y flexiona la cadera hacia delante, pero sigue dormido.

Me siento y vuelvo a mirarle. Oh, Cincuenta, Cincuenta, Cincuenta... ¿Qué voy a hacer contigo? Le paso los dedos por el pelo, tan suave, y le doy un beso en la sien.

—Te quiero, Christian. Incluso cuando estás borracho y has estado por ahí, Dios sabe dónde, te sigo queriendo. Siempre te querré.

—Mmm... —murmura. Yo vuelvo a besarle en la sien una vez más y me bajo de la cama para taparle con la colcha. Puedo dormir a su lado, cruzada sobre la cama... Sí, eso voy a hacer.

Pero primero ordenaré un poco su ropa. Niego con la cabeza y recojo los calcetines y la corbata. Después me cuelgo en el brazo la chaqueta doblada. Cuando lo hago, su BlackBerry se cae al suelo. La recojo y sin darme cuenta la desbloqueo. Se abre por la pantalla de mensajes. Veo mi mensaje y otro por encima.

Se me eriza el vello. Joder.

Me ha encantado verte. Ahora lo entiendo. No te preocupes. Serás un padre fantástico.

Es de ella. De la señora Elena, alias la Bruja Robinson.

Mierda. Ahí es adonde ha ido: ¡a verla a ella!

Me quedo mirando el mensaje con la boca abierta y después levanto la vista hacia la silueta dormida de mi marido. Ha estado por ahí hasta la una y media de la madrugada, bebiendo... icon ella! Ronca un poco, durmiendo el sueño de los borrachos, aparentemente inocente y ajeno a todo. Parece tan sereno...

Oh no, no, no. Mis piernas se convierten en gelatina y me dejo caer lentamente en una silla que hay junto a la cama, incrédula. Una sensación de traición cruda, amarga y humillante me recorre el cuerpo. ¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha podido ir a buscarla a ella? Unas lágrimas calientes y furiosas corren por mis mejillas. Puedo entender su ira y su miedo, su necesidad de atacarme, y puedo perdonarlo... más o menos. Pero esto... esta traición es demasiado. Subo las rodillas para apretarlas contra mi pecho y las rodeo con los brazos, protegiéndome y protegiendo a mi pequeño Bip. Empiezo a balancearme mientras sollozo en voz baja.

¿Qué esperaba? Me casé con este hombre demasiado rápido. Lo sabía... Sabía que llegaríamos a esto. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cómo ha podido hacerme esto? Sabe lo que pienso de esa mujer. ¿Cómo ha podido recurrir a ella? ¿Cómo? El cuchillo que siento en el corazón se está hundiendo lenta y dolorosamente, haciendo la herida más profunda. ¿Siempre va a ser así?

Con los ojos llenos de lágrimas, su silueta tumbada se emborrona. Oh, Christian. Me casé con él porque le quería y en el fondo sé que él me quiere. Sé que es así. La dedicatoria dolorosamente dulce de mi regalo de cumpleaños me viene a la cabeza:

«Por todas nuestras primeras veces, felicidades por tu primer cumpleaños como mi amada esposa. Te quiero. C. x»

No, no, no... No puedo creer que siempre vaya a ser así, dos pasos adelante y tres atrás. Pero siempre ha sido así con él. Después de cada revés, volvemos a avanzar, centímetro a centímetro. Lo conseguirá... lo hará. Pero ¿podré yo? ¿Podré recuperarme de esto... de esta traición? Pienso en cómo ha sido este fin de semana, tan horrible y maravilloso a la vez. Su fuerza silenciosa cuando mi padrastro estaba herido y en coma en la UCI... Mi fiesta sorpresa a la que trajo a toda mi familia y mis amigos... Cuando me tumbó en la entrada del Heathman y me dio un beso a la vista de todos. Oh, Christian, pones a prueba toda mi confianza, toda mi fe... y aun así te quiero.

Pero ahora ya no solo se trata de mí. Pongo la mano en mi vientre. No, no le voy a dejar hacernos esto a mí y a nuestro Bip. El doctor Flynn me dijo que debía concederle el beneficio de la duda... bueno, lo siento, pero esta vez no lo voy a hacer. Me seco las lágrimas de los ojos y me limpio la nariz con el dorso de la mano.

Christian se revuelve y se gira, subiendo las piernas y enroscándose bajo la colcha. Estira un brazo como si buscara algo y después gruñe y frunce el ceño, pero vuelve a dormirse con el brazo estirado.

Oh, Cincuenta... ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Y qué demonios hacías tú con la bruja? Necesito saberlo.

Miro una vez más el mensaje de la discordia e ideo rápidamente un plan. Inspiro hondo y reenvío ese mensaje a mi BlackBerry. Paso uno completado. Compruebo en un momento los demás mensajes recientes, pero solo hay mensajes de Elliot, Andrea, Taylor, Ros y míos. Nada de Elena. Bien, o eso creo. Salgo de la pantalla de mensajes, aliviada de que no haya estado intercambiando mensajes con ella. De repente, el corazón se me queda atravesado en la garganta. Oh, Dios mío... El salvapantallas de su teléfono está compuesto de fotografías mías, un collage de diminutas Anastasias en diferentes posturas: de nuestra luna de miel, del fin de semana que pasamos navegando y volando y unas cuantas de las fotos de José también. ¿Cuándo ha hecho esto? Ha tenido que ser hace muy poco.

Veo el icono del correo electrónico y se me ocurre que podría leer los correos de Christian. Para saber si ha estado comunicándose con ella. ¿Debería hacerlo? La diosa que llevo dentro, vestida de seda verde jade, asiente rotunda y frunce los labios. Antes de que me dé tiempo a pensármelo dos veces, invado la privacidad de mi marido.

Hay cientos y cientos de correos. Los miro por encima: todos aburridísimos. Son sobre todo de Ros, Andrea y míos, también de algunos ejecutivos de su empresa. Ninguno de la bruja. También me alivia ver que tampoco hay ninguno de Leila.

Un correo me llama la atención. Es de Barney Sullivan, el ingeniero informático de Christian, y el

asunto es «Jack Hyde». Miro a Christian con una punzada de culpabilidad, pero sigue roncando. Nunca le había oído roncar... Abro el correo.

De: Barney Sullivan

Fecha: 13 de septiembre de 2011 14:09

Para: Christian Grey

Asunto: Jack Hyde

Las cámaras de vigilancia de Seattle muestran que la furgoneta blanca de Hyde venía de South Irving Street. No la encuentro por ninguna parte antes de eso, así que Hyde debía de tener su centro de operaciones en esa zona.

Como Welch ya le ha dicho, el coche del Sudes fue alquilado con un permiso de conducir falso por una mujer desconocida, aunque no hay nada que lo vincule con la zona de South Irving Street.

En el adjunto le envió la lista de los empleados de Grey Enterprises Holdings, Inc. y de SIP que viven en la zona. También se lo he enviado a Welch.

No había nada en el ordenador de Hyde en SIP sobre sus antiguas ayudantes.

Le incluyo una lista de lo que recuperamos del ordenador de Hyde, como recordatorio.

Direcciones de los domicilios de los Grey:

Cinco propiedades en Seattle

Dos propiedades en Detroit

Currículos detallados de:

Carrick Grey
Elliot Grey
Christian Grey
La doctora Grace Trevelyan
Anastasia Steele
Mia Grey

**Artículos de periódico y material online
relacionado con:**

La doctora Grace Trevelyan
Carrick Grey
Christian Grey
Elliot Grey

Fotografías de:

Carrick Grey
La doctora Grace Trevelyan
Christian Grey
Elliot Grey
Mia Grey

Seguiré investigando por si encuentro algo más.

B Sullivan
Director de informática, Grey Enterprises
Holdings, Inc.

Este correo tan extraño me distrae momentáneamente de mi aflicción. Pincho en el adjunto para ver los nombres de la lista pero es enorme, demasiado grande para abrirlo en la BlackBerry.

¿Qué estoy haciendo? Es tarde. Ha sido un día agotador. No hay correos de la bruja ni de Leila Williams, y eso me consuela en cierta manera. Le echo una mirada al despertador: pasan unos minutos de las dos de la mañana. Hoy ha sido un día de revelaciones. Voy a ser madre y mi marido ha estado confraternizando con el enemigo. Bueno, le pondré las cosas difíciles. No voy a dormir aquí con él. Mañana se va a levantar solo. Coloco su BlackBerry en la mesita, cojo mi bolso que había dejado junto a la cama y, después de una última mirada a mi angelical Judas durmiente, salgo del dormitorio.

La llave de repuesto del cuarto de juegos está en su lugar habitual, en el armario de la cocina. La cojo y subo la escalera. Del armario de la ropa blanca saco una almohada, una colcha y una sábana. Después abro la puerta del cuarto de juegos, entro y enciendo las luces tenues. Me resulta raro que el olor y la atmósfera de la habitación me parezcan tan reconfortantes, teniendo en cuenta que tuve que decir la palabra de seguridad la última vez que estuvimos aquí. Cierro la puerta con llave al entrar y dejo la llave en la cerradura. Sé que mañana por la mañana Christian se va a volver loco buscándome, y no creo que me busque aquí si ve la puerta cerrada. Le estará bien empleado.

Me acurruco en el sofá Chesterfield, me envuelvo en la colcha y saco la BlackBerry del bolso. Miro los mensajes y encuentro el de la infame bruja que me he reenviado desde el teléfono de Christian. Pulso «Responder» y escribo:

***¿QUIERES QUE LA SEÑORA LINCOLN SE UNA A NOSOTROS CUANDO HABLEMOS DE ESTE MENSAJE QUE**

TE HA MANDADO? ASÍ NO TENDRÁS QUE SALIR CORRIENDO A BUSCARLA DESPUÉS. TU MUJER.*

Y pulso «Enviar». Después pongo el teléfono en modo «silencio». Me acomodo bajo la colcha. A pesar de mi bravuconada, estoy abrumada por la enormidad de la decepción de Christian. Debería ser un momento feliz. Por Dios, vamos a ser padres. Revivo el instante en que le dije a Christian que estoy embarazada, pero me imagino que cae de rodillas delante de mí, feliz, me atrae hacia sus brazos y me dice cuánto nos quiere a mí y a nuestro pequeño Bip.

Pero aquí estoy, sola y con frío en un cuarto de juegos sacado de una fantasía de BDSM. De repente me siento mayor, mucho mayor de lo que soy en realidad. Ya sabía que Christian siempre iba a ser complicado, pero esta vez se ha superado a sí mismo. ¿En qué estaba pensando? Bien, si quiere pelea, yo se la voy a dar. De ningún modo voy a dejar que se acostumbre a salir corriendo para ver a esa mujer monstruosa cada vez que tengamos un problema. Tendrá que elegir: ella o yo y nuestro pequeño Bip. Sorbo un poco por la nariz, pero como estoy tan cansada, pronto me quedo dormida.

Me despierto sobresaltada y momentáneamente desorientada. Oh, sí; estoy en el cuarto de juegos. Como no hay ventanas, no tengo ni idea de la hora que es. El picaporte de la puerta se agita y repiquetea.

—¡Ana! —grita Christian desde el otro lado de la puerta. Me quedo helada, pero él no entra. Oigo voces amortiguadas, pero se alejan. Dejo escapar el aire y miro

la hora en la BlackBerry. Son las ocho menos diez y tengo cuatro llamadas perdidas y dos mensajes de voz. Las llamadas perdidas son la mayoría de Christian, pero también hay una de Kate. Oh, no... Seguro que debe de haberla llamado. No tengo tiempo para escuchar los mensajes. No quiero llegar tarde al trabajo.

Me envuelvo en la colcha y recojo el bolso antes de dirigirme hacia la puerta. La abro lentamente y echo un vistazo afuera. No hay señales de nadie. Oh, mierda... Tal vez esto sea un poco melodramático. Pongo los ojos en blanco para mis adentros, inspiro hondo y bajo la escalera.

Taylor, Sawyer, Ryan, la señora Jones y Christian se hallan en la entrada del salón y Christian está dando instrucciones a la velocidad del rayo. Todos se giran a la vez para mirarme con la boca abierta. Christian sigue llevando la ropa con la que se quedó dormido anoche. Está despeinado, pálido y tan guapo que casi se me para el corazón. Sus grandes ojos grises están muy abiertos y no sé si tiene miedo o está furioso. Es difícil saberlo.

—Sawyer, estaré lista para marcharme dentro de veinte minutos —murmuro envolviéndome un poco más en la colcha para protegerme.

Él asiente y todos los ojos se vuelven hacia Christian, que sigue mirándome con intensidad.

—¿Quiere desayunar algo, señora Grey? —me pregunta la señora Jones.

Niego con la cabeza.

—No tengo hambre, gracias. —Ella frunce los labios pero no dice nada.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Christian en voz baja y ronca.

De repente Sawyer, Taylor, Ryan y la señora Jones se escabullen y desaparecen en el despacho de Taylor, en el vestíbulo y en la cocina respectivamente como ratas aterrorizadas que huyen de un barco que se hunde.

Ignoro a Christian y me dirijo a nuestro dormitorio.

—Ana —dice desde detrás de mí—, respóndeme. —Oigo sus pasos siguiéndome mientras voy camino del dormitorio y después hasta el baño. Cierro la puerta con el pestillo en cuanto entro.

—¡Ana! —Christian aporrea la puerta. Yo abro el grifo de la ducha. La puerta tiembla—. Ana, abre la maldita puerta.

—¡Vete!

—No me voy a ir a ninguna parte.

—Como quieras.

—Ana, por favor.

Entro en la ducha y eso bloquea eficazmente su voz. Oh, qué calentita. El agua curativa cae sobre mi cuerpo y me limpia el cansancio de la noche de la piel. Oh, Dios mío. Qué bien me sienta esto. Durante un momento, un breve momento, puedo fingir que todo está bien. Me lavo el pelo y para cuando termino me siento mejor, más fuerte, lista para enfrentarme al tren de mercancías que es Christian Grey. Me envuelvo el pelo en una toalla, me seco rápidamente con otra y me envuelvo en ella.

Quito el pestillo y abro la puerta. Christian está apoyado contra la pared de enfrente, con las manos detrás de la espalda. Su expresión es cautelosa; la de un depredador cazado. Paso a su lado y entro en el vestidor.

—¿Me estás ignorando? —me pregunta Christian incrédulo, de pie en el umbral del vestidor.

—Qué perspicaz —murmuro distraídamente mientras busco algo que ponerme. Ah, sí: mi vestido color ciruela. Lo descuelgo de la percha, cojo las botas altas negras con los tacones de aguja y me doy la vuelta para volver al dormitorio. Me quedo parada, esperando a que Christian se aparte de mi camino. Por fin, lo hace; sus buenos modales intrínsecos pueden con todo lo demás. Siento que sus ojos me atraviesan mientras voy hacia la cómoda y le miro por el espejo. Sigue de pie en el umbral del vestidor, observándome. En una actuación digna de un Oscar, dejo caer la toalla al suelo y finjo que no me doy cuenta de que estoy desnuda. Oigo su respingo ahogado y lo ignoro.

—¿Por qué haces esto? —me pregunta. Su voz sigue siendo baja.

—¿Tú por qué crees? —Mi voz es suave como el terciopelo mientras saco unas bonitas bragas negras de La Perla.

—Ana... —Se detiene mientras me pongo las bragas.

—Vete y pregúntale a tu señora Robinson. Seguro que ella tendrá una explicación para ti —murmuro mientras busco el sujetador a juego.

—Ana, ya te lo he dicho, ella no es mi...

—No quiero oírlo, Christian —le digo agitando una mano, indiferente—. El momento de hablar era ayer, pero en vez de hablar conmigo decidiste gritarme y después ir a emborracharte con la mujer que abusó de ti durante años. Llámala. Seguro que ella estará más dispuesta a escucharte que yo. —Encuentro el sujetador

a juego, me lo pongo lentamente y lo abrocho. Entra en el dormitorio y pone las manos en jarras.

—Y tú ¿por qué me espías? —me dice.

A pesar de mi resolución, no puedo evitar sonrojarme.

—No estamos hablando de eso, Christian —le respondo—. El hecho es que, cada vez que las cosas se ponen difíciles, tú te vas corriendo a buscarla.

Su boca forma una línea sombría.

—No fue así.

—No me interesa. —Saco un par de medias hasta el muslo con el extremo de encaje y camino hacia la cama. Me siento, estiro el pie y lentamente voy subiendo la delicada tela por la pierna hasta el muslo.

—¿Dónde estabas? —me pregunta mientras sus ojos siguen la ascensión de mis manos por la pierna, pero yo continúo ignorándole mientras desenrollo la otra media.

Me pongo de pie y me agacho para secarme el pelo con la toalla. Por el hueco entre mis muslos separados puedo verle los pies descalzos y siento su intensa mirada. Cuando termino, me levanto y vuelvo a la cómoda, de donde saco el secador.

—Respóndeme. —La voz de Christian es baja y ronca.

Enciendo el secador y ya no puedo oírle, pero le observo con los ojos entreabiertos por el espejo mientras me voy secando el pelo. Me mira fijamente con los ojos entornados y fríos, casi helados. Aparto la vista y me centro en la tarea que tengo entre manos, intentando reprimir el escalofrío que me recorre. Trago con dificultad y me concentro en secarme el pelo. Sigue estando

furioso. ¿Se va por ahí con esa maldita mujer y está furioso conmigo? ¡Cómo se atreve! Cuando tengo el pelo alborotado e indomable, paro. Sí... me gusta. Apago el secador.

—¿Dónde estabas? —susurra con tono ártico.

—¿Y a ti qué te importa?

—Ana, déjalo ya. Ahora.

Me encojo de hombros y Christian cruza rápidamente la habitación hacia mí. Yo me vuelvo y doy un paso atrás cuando intenta cogerme.

—No me toques —le advierto y él se queda parado.

—¿Dónde estabas? —insiste. Tiene la mano convertida en un puño al lado del cuerpo.

—No estaba por ahí emborrachándome con mi ex —le respondo furiosa—. ¿Te has acostado con ella?

Él da un respingo.

—¿Qué? ¡No! —Me mira con la boca abierta y tiene la poca vergüenza de parecer herido y enfadado al mismo tiempo. Mi subconsciente suspira de alivio, agradecida—. ¿Crees que te engañaría? —Su tono revela indignación moral.

—Me has engañado —exclamo—. Porque has cogido nuestra vida privada y has ido corriendo como un cobarde a contársela a esa mujer.

Se queda con la boca abierta.

—¿Un cobarde? ¿Eso es lo que crees? —Sus ojos arden.

—Christian, he visto el mensaje. Eso es lo que sé.

—Ese mensaje no era para ti —gruñe.

—Bueno, la verdad es que lo vi cuando la BlackBerry se te cayó de la chaqueta mientras te desvestía porque estabas demasiado borracho para desvestirte solo. ¿Sabes cuánto daño me has hecho por haber ido a ver a esa mujer?

Palidece momentáneamente, pero ya he cogido carrerilla y la bruja que llevo dentro está desatada.

—¿Te acuerdas de anoche cuando llegaste a casa? ¿Te acuerdas de lo que dijiste?

Me mira sin comprender, con la cara petrificada.

—Bueno, pues tenías razón. Elijo al bebé indefenso por encima de ti. Eso es lo que hacen los padres que quieren a sus hijos. Eso es lo que tu madre debería haber hecho. Y siento que no lo hiciera, porque no estaríamos teniendo esta conversación ahora si lo hubiera hecho. Pero ahora eres un adulto. Tienes que crecer, enfrentarte a las cosas y dejar de comportarte como un adolescente petulante. Puede que no estés contento por lo de este bebé; yo tampoco estoy extasiada, dado que no es el momento y que tu reacción ha sido mucho menos que agradable ante esta nueva vida, pero sigue siendo carne de tu carne. Puedes hacer esto conmigo, o lo haré yo sola. La decisión es tuya. Y mientras te revuelcas en el pozo de autocompasión y odio por ti mismo, yo me voy a trabajar. Y cuando vuelva, me llevaré mis pertenencias a la habitación de arriba.

Él me mira y parpadea, perplejo.

—Ahora, si me disculpas, me gustaría terminar de vestirme. —Estoy respirando con dificultad.

Muy lentamente Christian da un paso atrás y su actitud se endurece.

—¿Eso es lo que quieres? —me susurra.

—Ya no sé lo que quiero. —Mi tono es igual que el suyo y necesito hacer un esfuerzo monumental para fingir desinterés mientras me unto los dedos con crema hidratante y me la extiendo por la cara. Me miro en el espejo: los ojos azules muy abiertos, la cara pálida y las mejillas ruborizadas. Lo estás haciendo muy bien. No te acobardes ahora. No te acobardes.

—¿Ya no me quieres? —me susurra.

Oh, no... Oh, no, Grey.

—Todavía estoy aquí, ¿no? —exclamo. Cojo el rimel y me doy un poco primero en el ojo derecho.

—¿Has pensado en dejarme? —Casi no oigo sus palabras.

—Si tu marido prefiere la compañía de su ex ama a la tuya, no es una buena señal. —Consigo ponerle el nivel justo de desdén a la frase y evitar su pregunta.

Ahora brillo de labios. Hago un mohín con los labios brillantes a la imagen del espejo. Aguanta, Steele... eh, quiero decir, Grey... Vaya, ya no me acuerdo ni de mi nombre. Cojo las botas, voy hasta la cama una vez más y me las pongo rápidamente, subiendo la cremallera de un tirón por encima de las rodillas. Sí. Estoy sexy solo con la ropa interior y las botas. Lo sé. Me pongo de pie y le miro con frialdad. Él parpadea y sus ojos recorren rápida y ávidamente mi cuerpo.

—Sé lo que estás haciendo —murmura, su voz ha adquirido un tono cálido y seductor.

—¿Ah, sí? —Y se me quiebra la voz. No, Ana... Aguanta.

Él traga saliva y da un paso hacia mí. Yo doy un paso atrás y levanto las manos.

—Ni se te ocurra, Grey —susurro amenazadora.

—Eres mi mujer —me dice en voz baja, y es casi una amenaza también.

—Soy la mujer embarazada a la que abandonaste ayer, y si me tocas voy a gritar hasta que venga alguien.

Levanta las cejas, incrédulo.

—¿Vas a gritar?

—Voy a gritar que me quieres matar —digo entrecerrando los ojos.

—Nadie te oirá —murmura con la mirada intensa. Me recuerda brevemente a nuestra mañana en Aspen. No. No. No.

—¿Estás intentando asustarme? —digo sin aliento, intentando deliberadamente desconcertarle.

Funciona. Se queda quieto y traga saliva.

—No era esa mi intención —asegura y frunce el ceño.

Casi no puedo respirar. Si me toca, sucumbiré. Sé el poder que tiene sobre mí y sobre mi cuerpo traidor. Lo sé y tengo que aferrarme a esta furia.

—Me tomé unas copas con una persona a la que estuve unido hace tiempo. Arreglamos nuestros problemas. No voy a volver a verla.

—¿Fuiste tú a buscarla?

—Al principio no. Intenté localizar a Flynn, pero me encontré sin darme cuenta en el salón de belleza.

—¿Y esperas que me crea que no vas a volver a verla? —le pregunto entre dientes. No puedo contener mi furia—. ¿Y la próxima vez que crucemos alguna frontera imaginaria? Tenemos la misma discusión una y otra vez. Es como la rueda de Ixión. ¿Si vuelvo a cometer algún error no irás corriendo a buscarla de nuevo?

—No voy a volver a verla —dice con una contundencia glacial—. Ella por fin entiende cómo me siento.

Le miro y parpadeo.

—¿Qué significa eso?

Él se yergue y se pasa una mano por el pelo, irritado, furioso y mudo. Intento una táctica diferente.

—¿Por qué puedes hablar con ella y no conmigo?

—Estaba furioso contigo. Como ahora.

—¡No me digas! —exclamo—. Bueno, yo también estoy furiosa contigo. Furiosa porque fuiste tan frío y cruel ayer cuando te necesitaba. Furiosa porque dijiste que me he quedado embarazada a propósito, cosa que no es cierta. Furiosa porque me has traicionado. — Consigo reprimir un sollozo. Abre la boca sorprendido y cierra los ojos un momento, como si acabara de darle una bofetada. Trago saliva. Cálmate, Anastasia—. Sé que debería haber prestado más atención a la fecha de mis inyecciones. Pero no lo he hecho a propósito. Este embarazo también ha sido un shock para mí —murmuro intentando poner un poco de educación en este intercambio—. Podría ser que la inyección no hiciera el efecto correcto.

Me mira fijamente en silencio.

—Metiste la pata ayer —le susurro, y el enfado me hierve la sangre—. He tenido que vérmelas con muchas cosas en las últimas semanas.

—Tú sí que metiste la pata hace tres o cuatro semanas o cuando fuera que se te olvidó ponerte la inyección.

—Vaya, ¡es que no soy tan perfecta como tú!

Oh, para, para, para. Los dos nos quedamos de pie mirándonos.

—Menudo espectáculo está montando, señora Grey —susurra.

—Bueno, me alegro de que incluso embarazada te resulte entretenida.

Me mira sin comprender.

—Necesito una ducha —murmura.

—Y yo ya te he entretenido bastante con mi espectáculo...

—Un espectáculo muy bueno... —susurra. Da un paso hacia mí y yo doy otro paso atrás.

—No.

—Odio que no me dejes tocarte.

—Irónico, ¿eh?

Él entorna los ojos una vez más.

—No hemos resuelto nada, ¿no?

—Yo diría que no. Solo que me voy a ir de este dormitorio.

Sus ojos sueltan una llamarada y se abren como platos un momento.

—Ella no significa nada para mí.

—Excepto cuando la necesitas.

—No la necesito a ella. Te necesito a ti.

—Ayer no. Esa mujer es un límite infranqueable para mí, Christian.

—Está fuera de mi vida.

—Ojalá pudiera creerte.

—Joder, Ana.

—Por favor, deja que me vista.

Suspira y vuelve a pasarse una mano por el pelo.

—Te veo esta noche —dice con la voz sombría y desprovista de sentimiento.

Y durante un breve momento quiero cogerle en mis brazos y consolarle, pero me resisto porque estoy muy furiosa. Se gira y se encamina al baño. Yo me quedo de pie petrificada hasta que oigo cerrarse la puerta.

Voy tambaleándome hasta la cama y me dejo caer. No he recurrido a las lágrimas, los gritos o el asesinato, ni tampoco he sucumbido a sus tentaciones sexuales. Me merezco la Medalla de Honor del Congreso, pero me siento muy triste. Mierda. No hemos resuelto nada. Estamos al borde del precipicio. ¿Está en riesgo nuestro matrimonio? ¿Por qué no entiende que ha sido un gilipollas completo e integral por haber salido corriendo a ver a esa mujer? ¿Y qué quiere decir con que no la va a ver de nuevo? ¿Y cómo demonios se supone que debo creerle? Miro el despertador: las ocho y media. ¡Mierda! No quiero llegar tarde. Inspiro hondo.

—El segundo asalto ha quedado en tablas, pequeño Bip —susurro dándome una palmadita en el vientre—. Puede que papá sea una causa perdida, pero espero que no. ¿Por qué, Dios mío, por qué has llegado tan pronto, pequeño Bip? Las cosas estaban empezando a mejorar. —Me tiembla el labio, pero inspiro hondo para sacar fuera todo lo malo y mantener bajo control mis revueltas emociones.

—Vamos. Vámonos corriendo al trabajo.

No le digo adiós a Christian. Todavía está en la ducha cuando Sawyer y yo nos vamos. Miro por la ventanilla oscura del todoterreno y empiezo a perder la

compostura; se me llenan los ojos de lágrimas. El cielo gris y amenazante refleja mi estado de ánimo y una extraña sensación de mal presagio se apodera de mí. No hemos hablado del bebé. He tenido menos de veinticuatro horas para asimilar la noticia de la llegada de pequeño Bip. Christian ha tenido todavía menos tiempo.

—Ni siquiera sabe tu nombre —digo acariciándome el vientre y enjugándome las lágrimas de la cara.

—Señora Grey —dice Sawyer interrumpiendo mis pensamientos—, hemos llegado.

—Oh, gracias, Sawyer.

—Voy a acercarme a por algo de comer, señora. ¿Quiere algo?

—No, gracias. No tengo hambre.

Hannah tiene mi *caffè latte* esperándome. Lo huelo y el estómago se me revuelve.

—Mmm... ¿Te importa traerme un té, por favor? —murmuro avergonzada. Sabía que había una razón por la que nunca me gustó el café. Dios, huele fatal.

—¿Estás bien, Ana?

Asiento y me escabullo hacia la seguridad de mi despacho. Mi BlackBerry vibra. Es Kate.

—¿Por qué estaba Christian buscándote? —me pregunta sin preámbulos.

—Buenos días, Kate. ¿Cómo estás?

—Déjate de rodeos, Steele. ¿Qué pasa? —La santa inquisidora Katherine Kavanagh empieza su trabajo.

—Christian y yo hemos tenido una pelea, eso es todo.

—¿Te ha hecho daño?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, pero no como tú piensas. —No puedo tratar con Kate en este momento. Sé que acabaré llorando, y ahora mismo estoy demasiado orgullosa de mí misma para derrumbarme esta mañana—. Kate, tengo una reunión. Te llamo luego.

—Vale, pero ¿estás bien?

—Sí. —No—. Te llamo luego, ¿de acuerdo?

—Perfecto, Ana, hazlo a tu manera. Estoy aquí para ti.

—Lo sé —susurro y me esfuerzo por reprimir la emoción repentina que siento al oír sus amables palabras. No voy a llorar. No voy a llorar.

—¿Ray está bien?

—Sí —susurro.

—Oh, Ana —murmura ella.

—No.

—Vale. Hablamos después.

—Sí.

Durante la mañana compruebo de vez en cuando mi correo, esperando recibir noticias de Christian. Pero no hay nada. Según va avanzando el día me doy cuenta de que no tiene intención de ponerse en contacto conmigo porque todavía está furioso. Perfecto, porque yo también estoy furiosa. Me lanzo de cabeza al trabajo, parando solo a la hora del almuerzo para comerme un bagel con queso cremoso y salmón. Es increíble lo que mejora mi humor después de haber comido algo.

A las cinco Sawyer y yo nos vamos al hospital a ver a Ray. Sawyer está especialmente vigilante y más amable de lo normal. Es irritante. Cuando nos aproximamos a la habitación de Ray, se acerca a mí.

—¿Quiere un té mientras visita a su padre? —me pregunta.

—No, gracias, Sawyer. Estoy bien.

—Esperaré fuera. —Me abre la puerta y agradezco poder apartarme de él unos minutos. Ray está sentado en la cama leyendo una revista. Está afeitado y lleva la parte superior de un pijama... Vuelve a parecerse a sí mismo antes del accidente.

—Hola, Annie. —Me sonrío, pero de repente su cara se hunde.

—Oh, papi... —Corro a su lado y, en un gesto muy poco propio de él, abre los brazos para abrazarme.

—¿Annie? —susurra—. ¿Qué te pasa? —Me abraza fuerte y me da un beso en el pelo. Mientras estoy entre sus brazos me doy cuenta de lo escasos que han sido estos momentos entre nosotros. ¿Por qué? ¿Por eso me gusta tanto encaramarme al regazo de Christian? Un momento después me aparto y me siento en la silla que hay junto a la cama. Ray arruga la frente, preocupado.

—Cuéntale a tu padre lo que te pasa.

Niego con la cabeza. Él no necesita que le cuente mis problemas ahora mismo.

—No es nada, papá. Te veo bien. —Le cojo la mano.

—Me siento mejor, más yo mismo, pero este yeso me está bichicheando.

—¿Bichicheando? —La palabra que ha utilizado me hace sonreír.

Él me devuelve la sonrisa.

—«Bichicheando» suena mejor que «picando».

—Oh, papá, cómo me alegro de que estés bien.

—Yo también, Annie. Me gustaría algún día hacer saltar a un nieto sobre esta rodilla que me está pichicheando. No querría perderme eso por nada del mundo.

Le miro y parpadeo. Mierda. ¿Lo sabe? Lucho por evitar las lágrimas que se me están arremolinando en los ojos.

—¿Christian y tú estáis bien?

—Hemos tenido una pelea —le susurro esforzándome por hablar a pesar del nudo de la garganta—. Pero ya lo arreglaremos.

Asiente.

—Es un buen hombre, tu marido —dice Ray para intentar consolarme.

—Tiene sus momentos. ¿Qué dicen los médicos?

No quiero hablar de mi marido ahora mismo; es un tema de conversación doloroso.

Cuando vuelvo al Escala, Christian no está en casa.

—Christian ha llamado y ha dicho que se quedará a trabajar hasta tarde —me informa la señora Jones con expresión de disculpa.

—Oh, gracias por decírmelo.

¿Y por qué no me lo ha dicho él? Vaya, está llevando su enfurruñamiento a un nivel totalmente nuevo. Recuerdo brevemente la pelea por nuestros votos matrimoniales y la rabieta que tuvo. Pero ahora yo soy la agraviada.

—¿Qué te apetece comer? —La señora Jones tiene un brillo determinado y duro en la mirada.

—Pasta.

Sonríe.

—¿Espaguetis, macarrones, fusili?

—Espaguetis, con tu salsa boloñesa.

—Marchando. Y Ana... deberías saberlo. El señor Grey se volvió loco esta mañana cuando creyó que te habías ido. Estaba totalmente fuera de sí. —Me sonrío con cariño.

Oh...

A las nueve todavía no ha vuelto a casa. Estoy sentada frente a mi mesa de la biblioteca, preguntándome donde estará. Le llamo.

—Ana —responde con la voz fría.

—Hola.

Inspira despacio.

—Hola —dice en voz baja.

—¿Vas a venir a casa?

—Luego.

—¿Estás en la oficina?

—Sí. ¿Dónde esperabas que estuviera?

Con ella...

—Será mejor que te deje, entonces.

Ambos nos quedamos callados y en la línea solo se oye silencio entre nosotros dos.

—Buenas noches, Ana —dice él por fin.

—Buenas noches, Christian.

Y cuelga.

Oh, mierda. Miro mi BlackBerry. No sé qué espera que haga. No le voy a dejar pasar por encima de

mí. Sí, está furioso, vale. Yo también estoy furiosa. Pero tenemos la situación que tenemos. Yo no he salido corriendo en busca de mi ex amante pedófila. Quiero que reconozca que esa no es una forma aceptable de comportarse.

Me acomodo en la silla, miro las mesas de billar de la biblioteca y recuerdo los buenos tiempos cuando jugábamos al billar. Me pongo la mano sobre el vientre. Tal vez simplemente es demasiado pronto. Tal vez esto no deba pasar... Y mientras lo pienso, veo a mi subconsciente gritando: ¡no! Si interrumpo este embarazo, nunca podré perdonarme a mí misma... ni a Christian.

—Oh, Bip, ¿qué nos has hecho? —No soy capaz de hablar con Kate ahora mismo. No soy capaz de hablar con nadie. Le escribo un mensaje y le prometo que la llamaré pronto.

A las once ya no puedo mantener los párpados abiertos. Resignada, me dirijo a mi antigua habitación. Me acurruco debajo de la colcha y finalmente lo dejo salir todo, llorando contra la almohada con grandes sollozos de dolor muy poco propios de una dama...

Me duele la cabeza cuando me levanto. Una luz brillante de otoño entra por las grandes ventanas de mi habitación. Miro el despertador y veo que son las siete y media. Lo primero que pienso es: ¿dónde está Christian? Me siento y saco las piernas de la cama. En el suelo, al lado de la cama, está la corbata gris plateada de Christian, mi favorita. No estaba ahí cuando me acosté anoche. La recojo y me quedo mirándola, acaricio el material sedoso entre los pulgares y los índices y

después la abrazo contra la mejilla. Ha estado aquí contemplándome mientras dormía. Una chispa de esperanza se enciende en mi interior.

La señora Jones está ocupada en la cocina cuando bajo.

—Buenos días —me dice alegremente.

—Buenos días. ¿Y Christian? —le pregunto.

Su sonrisa desaparece.

—Ya se ha ido.

—Pero ¿vino a casa? —Necesito comprobarlo, aunque tengo su corbata como prueba.

—Sí. —Hace una pausa—. Ana, por favor, perdóname por hablar cuando no me corresponde, pero no te rindas con él. Es un hombre muy obstinado.

Asiento y ella deja de hablar. Estoy segura de que mi expresión le está mostrando claramente que no quiero hablar de mi descarriado marido ahora mismo.

Cuando llego al trabajo, compruebo mi correo electrónico. Mi corazón se pone a mil por hora cuando veo que tengo un correo de Christian.

De: Christian Grey

Fecha: 15 de septiembre de 2011 06:45

Para: Anastasia Grey

Asunto: Portland

Ana:

Voy a volar a Portland hoy.

Tengo que arreglar unos negocios con la Universidad Estatal de Washington.

He creído que querrías saberlo.

Christian Grey

Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Oh. Se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Y ya está? Me da un vuelco el estómago. ¡Mierda! Voy a vomitar. Corro hasta el baño y llego justo a tiempo para echar el desayuno en la taza del váter. Me dejo caer al suelo del cubículo y apoyo la cabeza en las manos. ¿Podría estar aún más deprimida? Un momento después oigo que alguien llama suavemente a la puerta.

—¿Ana? Soy Hannah.

¡Mierda!

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Salgo enseguida.

—Está aquí Boyce Fox y quiere verte.

Mierda.

—Llévale a la sala de reuniones. Voy en un minuto.

—¿Quieres un té?

—Sí, por favor.

Después de comer (otro bagel de queso y salmón, que esta vez consigo retener en el estómago) me siento mirando con apatía el ordenador y preguntándome cómo vamos a resolver Christian y yo este problema.

Mi BlackBerry vibra y me sobresalta. Miro la pantalla: es Mia. Oh, eso es precisamente lo que necesito: su efusividad y su entusiasmo. Dudo, preguntándome si no será mejor que la ignore, pero por fin gana la cortesía.

—¡Mia! —respondo alegremente.

—Hola, Ana. Hacía tiempo que no hablábamos. —
La voz masculina me resulta familiar. ¡Joder!

Se me eriza el vello de todo el cuerpo cuando la adrenalina empieza a correr. El mundo deja de girar para mí.

Es Jack Hyde.

Jack.

Casi no consigo que me salga la voz porque tengo la garganta atenazada por el miedo. ¿Qué hace fuera de la cárcel? Toda la sangre abandona mi cara y me siento mareada.

—Te acuerdas de mí... —dice en un tono suave. Noto su sonrisa amarga.

—Sí, claro —respondo automáticamente mientras intento pensar lo más rápido que puedo.

—Te estarás preguntando por qué te he llamado.

—Sí.

Cuelga.

—No cuelgues. He estado hablando un ratito con tu cuñada.

¡Qué! ¡Mia! ¡No!

—¿Qué has hecho? —susurro intentando contener el miedo.

—Escúchame bien, zorra calientapollas y cazafortunas. Me has jodido la vida. Grey me ha jodido la vida. Me lo debes. Tengo a esta guarra conmigo aquí. Y tú, ese cabrón con el que te has casado y toda su puta familia me lo vais a pagar.

El desprecio y el veneno de la voz de Hyde me impresionan. ¿Su familia? Pero ¿qué demonios...?

—¿Qué quieres?

—Quiero su dinero. Quiero su puto dinero. Si las cosas hubieran sido diferentes, podría haber sido yo. Así que tú me lo vas a conseguir. Quiero cinco millones de dólares, hoy.

—Jack, no tengo acceso a esa cantidad de dinero. Ríe entre dientes con desdén.

—Tienes dos horas para conseguirlo. Ni un minuto más: dos horas. No se lo digas a nadie o esta guarra lo va a pagar. Ni a la policía, ni al gilipollas de tu marido, ni al equipo de seguridad. Lo sabré si se lo dices, ¿me has entendido?

Se calla y yo intento responder, pero el pánico y el miedo me han sellado la garganta.

—¡Que si me has entendido! —me grita.

—Sí —susurro.

—O la mato.

Doy un respingo.

—No te separes del teléfono. Y no se lo digas a nadie o me la follaré antes de matarla. Tienes dos horas.

—Jack, necesito más tiempo. Tres horas. ¿Y cómo sé que la tienes?

La comunicación se corta. Miro al teléfono con la boca abierta, horrorizada. Tengo la boca seca por el miedo y noto el desagradable sabor metálico del terror. Mia, tiene a Mia... ¿La tiene? Mi mente se pone a girar ante esa horrible posibilidad y se me revuelve el estómago otra vez. Siento que voy a volver a vomitar, pero inspiro hondo, intentando calmar mi pánico y la náusea pasa. Mi mente repasa todas las posibilidades. ¿Decírselo a Christian? ¿A Taylor? ¿Llamar a la policía? ¿Cómo podría saberlo Jack? ¿De verdad tiene a Mia? Necesito tiempo, tiempo para pensar... Pero solo puedo

conseguirlo siguiendo sus instrucciones. Cojo el bolso y me encamino a la puerta.

—Hannah, tengo que irme. No sé cuánto voy a tardar. Cancela todas mis citas para esta tarde. Dile a Elizabeth que tengo que ocuparme de una emergencia.

—Claro, Ana. ¿Va todo bien? —pregunta Hannah frunciendo el ceño y con expresión preocupada mientras mira como salgo corriendo.

—Sí —le digo distraídamente apresurándome hacia recepción, donde me espera Sawyer.

—Sawyer —le llamo. Él salta del sillón al oír mi voz y frunce el ceño al verme la cara—. No me siento bien. Por favor, llévame a casa.

—Claro, señora. ¿Me espera mientras voy por el coche?

—No, voy contigo. Quiero llegar a casa rápido.

Miro por la ventanilla aterrorizada mientras repaso mi plan. Llegar a casa. Cambiarme. Encontrar mi talonario de cheques. Lograr despistar a Ryan y a Sawyer. Ir al banco. ¿Y cuánto ocupan cinco millones? ¿Cuánto pesan? ¿Necesitaré una maleta? ¿Debería llamar para avisar al banco con antelación? Mia. Mia. ¿Y si no tiene a Mia? ¿Cómo puedo saberlo? Si llamo a Grace eso despertará sus sospechas y podría poner en peligro a Mia. Ha dicho que lo sabría. Miro por el parabrisas trasero del todoterreno. ¿Me sigue alguien? Mi corazón se acelera mientras examino los coches que van detrás de nosotros. Todos parecen inofensivos. Oh, Sawyer, conduce más rápido, por favor. Mis ojos se encuentran con los suyos en el espejo retrovisor y arruga la frente.

Sawyer pulsa un botón en su auricular Bluetooth para contestar una llamada.

—Taylor, quería que supiera que la señora Grey está conmigo. —La mirada de Sawyer vuelve a encontrarse con la mía en el espejo antes de centrarse en la carretera y continuar—. No se encuentra bien. La llevo de vuelta al Escala... Entiendo... Sí, señor. —Los ojos de Sawyer se desvían de la carretera para mirarme de nuevo a través del espejo—. Sí —dice y cuelga.

—¿Taylor?

Asiente.

—¿Está con el señor Grey?

—Sí, señora. —La mirada de Sawyer se suaviza un poco por la compasión.

—¿Sigue en Portland?

—Sí, señora.

Bien. Tengo que mantener a Christian a salvo. Bajo la mano hasta el vientre y me lo froto intencionadamente. Y a ti, pequeño Bip. Tengo que manteneros a salvo a los dos.

—¿Puedes darte prisa, por favor? No me encuentro bien.

—Sí, señora. —Sawyer pisa el acelerador y el coche se desliza entre el tráfico.

A la señora Jones no se la ve por ninguna parte cuando Sawyer y yo llegamos al piso. Como su coche no está en el garaje, supongo que estará haciendo recados con Ryan. Sawyer se encamina hacia el despacho de Taylor mientras yo me dirijo al estudio de Christian. Paso trastabillando detrás de la mesa, abrumada por el pánico, y abro el cajón de un tirón para sacar el talonario

de cheques. El arma de Leila aparece ante mis ojos. Siento una incongruente punzada de irritación porque Christian no ha guardado a buen recaudo esa arma. No sabe nada de armas. Dios, podría llegar incluso a herirse.

Tras un momento de duda, cojo la pistola, compruebo que está cargada y me la meto en la cintura de los pantalones de vestir negros. Puede que me haga falta. Trago saliva con dificultad. Solo he apuntado a blancos; nunca le he disparado a nadie. Espero que Ray me perdone. Centro mi atención en encontrar el talonario de cheques correcto. Hay cinco, pero solo uno está a nombre de C. Grey y la señora A. Grey. Yo solo tengo unos cincuenta y cuatro mil dólares en mi cuenta. No tengo ni idea de cuánto dinero hay en esta. Pero Christian debe de tener más de cinco millones de dólares, seguro. Tal vez haya dinero en la caja fuerte... Vaya, no tengo ni idea de la combinación. ¿No dijo que estaba en su archivo? Intento abrirlo, pero está cerrado con llave. Mierda. Tendré que volver al plan A.

Inspiro hondo y camino hacia el dormitorio, más serena y decidida. No han hecho la cama y durante un segundo siento una punzada de dolor. Quizá debería haber dormido aquí anoche. ¿Qué sentido tiene discutir con alguien que admite que es Cincuenta Sombras? Ahora ni siquiera me habla. No... No tengo tiempo para pensar en eso.

Rápidamente me quito los pantalones de vestir y me pongo unos vaqueros, una sudadera con capucha y un par de zapatillas de deporte y me meto la pistola en la cintura de los vaqueros, en la parte de atrás. Saco del armario una bolsa de viaje. ¿Cinco millones cabrán aquí? La bolsa del gimnasio de Christian está en el suelo. La

abro, esperando encontrármela llena de ropa sucia, pero no. La ropa de deporte está toda limpia. La señora Jones se ocupa absolutamente de todo. Saco la ropa, la tiro al suelo, y meto su bolsa del gimnasio dentro de la bolsa de viaje. Supongo que así será suficiente. Compruebo que llevo el carnet de conducir para que me sirva de identificación en el banco y miro la hora. Han pasado treinta y un minutos desde que Jack llamó. Ahora tengo que conseguir salir del Escala sin que Sawyer me vea.

Me encamino lenta y silenciosamente al vestíbulo, consciente de la cámara de circuito cerrado que está dirigida al ascensor. Creo que Sawyer sigue en el despacho de Taylor. Abro con mucho cuidado la puerta del vestíbulo haciendo el menor ruido posible. La cierro igual de silenciosamente detrás de mí y me quedo de pie en el umbral, justo contra la puerta, fuera del campo de visión de la lente de la cámara de vigilancia. Saco el teléfono móvil de mi bolso y llamo a Sawyer.

—¿Sí, señora Grey?

—Sawyer, estoy en la habitación de arriba, ¿podrías echarme una mano con una cosa? —Hablo en voz baja porque sé que está al final del pasillo que hay al otro lado de la puerta.

—Ahora mismo estoy con usted, señora —dice y noto confusión en su voz. Nunca antes le he llamado para pedirle ayuda. Tengo el corazón en la boca, latiéndome a un ritmo irregular y frenético. ¿Funcionará? Cuelgo y oigo sus pasos que cruzan el vestíbulo y suben la escalera. Inspiro hondo de nuevo para calmarme y contemplo brevemente la ironía de tener que escapar de mi propia casa como una criminal.

Cuando Sawyer llega al rellano del piso de arriba, yo corro hacia el ascensor y pulso el botón. Las puertas se abren con un pitido demasiado alto que anuncia que el ascensor está ahí. Corro adentro y pulso frenéticamente el botón del garaje del sótano. Después de una pausa terriblemente larga, las puertas empiezan a cerrarse. Mientras lo hacen oigo los gritos de Sawyer.

—¡Señora Grey! —Justo cuando se cierran las puertas del ascensor, le veo derrapar por el vestíbulo—. ¡Ana! —grita incrédulo. Pero es demasiado tarde; las puertas acaban de cerrarse y desaparece de mi vista.

El ascensor baja suavemente hasta el garaje. Tengo un par de minutos de ventaja sobre Sawyer. Sé que va a intentar detenerme. Miro con nostalgia mi R8 mientras corro hacia el Saab, abro la puerta, dejo caer las bolsas en el asiento del acompañante y me siento en el del conductor.

Enciendo el motor y las ruedas chirrían cuando me dirijo a toda velocidad a la entrada, donde tengo que esperar once segundos agónicos a que se levante la barrera. En cuanto lo hace salgo rápidamente y veo por el espejo retrovisor a Sawyer que sale corriendo del ascensor de servicio. Su expresión perpleja y dolida se queda grabada en mi cabeza cuando enfilo la rampa que lleva a la Cuarta Avenida.

Suelto por fin el aire; he estado conteniendo la respiración todo el tiempo. Sé que Sawyer llamará a Christian o a Taylor, pero ya me enfrentaré a eso cuando sea necesario. No puedo pensar en ello ahora. Me revuelvo incómoda en el asiento sabiendo en el fondo de mi corazón que Sawyer probablemente acaba de perder su trabajo. No pienses. Tengo que salvar a Mia. Tengo

que llegar al banco y sacar cinco millones de dólares. Miro por el espejo retrovisor, esperando encontrar el todoterreno saliendo del garaje, pero cuando me alejo conduciendo no veo ni rastro de Sawyer.

El banco es un edificio elegante, moderno y sobrio. Hay voces amortiguadas, suelos que hacen eco al andar y cristales verde pálido con grabados por todas partes. Me dirijo al mostrador de información.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —La mujer joven me dedica una amplia pero falsa sonrisa y por un segundo me arrepiento de haberme puesto los vaqueros.

—Me gustaría retirar una gran cantidad de dinero.

La señorita Sonrisa Falsa arquea una ceja aún más falsa.

—¿Tiene una cuenta con nosotros? —No es capaz de ocultar su sarcasmo.

—Sí —respondo—. Mi marido y yo tenemos varias cuentas aquí. Se llama Christian Grey.

Abre mucho los ojos durante un segundo y la falsedad da paso a la consternación. Me mira de arriba abajo una vez más, ahora con una combinación de asombro e incredulidad.

—Por aquí, señora —me susurra, y me lleva a una oficina con más cristal verde pálido, pequeña y con pocos muebles—. Por favor, siéntese. —Me señala una silla de cuero negro que hay junto a un escritorio de cristal con un ordenador ultramoderno y un teléfono—. ¿Cuánto quiere retirar hoy, señora Grey? —me pregunta con amabilidad.

—Cinco millones de dólares. —La miro directamente a los ojos como si pidiera esa cantidad de efectivo todos los días.

Ella palidece.

—Ya veo. Voy a buscar al director. Oh, perdone que le pregunte, ¿tiene alguna identificación?

—Sí. Pero me gustaría hablar con el director.

—Claro, señora Grey —dice y sale apresuradamente.

Me acomodo en el asiento y noto una oleada de náuseas cuando la pistola me presiona incómodamente el final de la espalda. Ahora no. No puedo vomitar ahora. Inspiro hondo y la náusea pasa. Miro el reloj nerviosamente. Las dos y veinticinco.

Un hombre de mediana edad entra en el despacho. Tiene entradas y lleva un traje immaculado y caro de color carbón y una corbata a juego. Me tiende la mano.

—Señora Grey, soy Troy Whelan. —Me sonrío, nos estrechamos las manos y se sienta frente a mí—. Mi colega me dice que quiere usted retirar una gran cantidad de dinero.

—Correcto. Cinco millones de dólares.

Se gira hacia el sofisticado ordenador y escribe unos cuantos números.

—Normalmente necesitamos que se nos avise con antelación para poder retirar grandes cantidades de dinero. —Hace una pausa y me dedica una sonrisa tranquilizadora a la vez que arrogante—. Pero por suerte aquí guardamos las reservas de efectivo de toda la costa noroeste del Pacífico —alardea.

Por favor, ¿está intentando impresionarme?

—Señor Whelan, tengo algo de prisa. ¿Qué se necesita? Llevo conmigo mi carnet de conducir y el talonario de cheques de la cuenta conjunta que comparto con mi marido. ¿Solo tengo que rellenar un cheque?

—Lo primero es lo primero, señora Grey. ¿Puedo ver su identificación? —Pasa del tono jovial al de banquero serio.

—Tome —digo pasándole mi carnet de conducir.

—Señora Grey... Aquí dice Anastasia Steele.

Oh, mierda...

—Oh... sí. Mmm...

—Llamaré al señor Grey.

—Oh, no, eso no será necesario. —¡Mierda!—. Debo de llevar algo con mi nombre de casada. —Rebusco en el bolso. ¿Qué tengo que lleve mi nombre? Saco mi cartera, la abro y encuentro una foto en la que estamos Christian y yo en la cama del camarote del *Fair Lady*. ¡No puedo enseñarle eso! Saco la American Express negra.

—Tome.

—Señora Anastasia Grey —lee Whelan—. Bueno, esto valdrá. —Frunce el ceño—. Pero esto es muy irregular, señora Grey.

—¿Quiere que le diga a mi marido que su banco no ha querido cooperar conmigo? —Cuadro los hombros y le dedico una mirada de lo más reprobatorio.

Él hace una pausa momentánea y me examina de nuevo brevemente.

—Tendrá que rellenar un cheque, señora Grey.

—Claro. ¿Esta cuenta? —Le enseño el talonario de cheques mientras intento controlar mi corazón desbocado.

—Sí, perfecto. Necesito que rellene otros papeles también. ¿Si me disculpa un momento?

Asiento y él se levanta y sale del despacho. Vuelvo a dejar escapar el aire que estaba conteniendo. No sabía que iba a ser tan difícil. Abro el talonario de cheques torpemente y saco un bolígrafo del bolso. ¿Y solo tengo que cobrar el cheque y ya está? No tengo ni idea. Con dedos temblorosos escribo: «Cinco millones de dólares. 5.000.000 \$».

Oh, Dios, espero estar haciendo lo correcto. Mia, piensa en Mia. No puedo contárselo a nadie.

Las palabras repugnantes y estremecedoras de Jack resuenan en mi mente: «Y no se lo digas a nadie o me la follaré antes de matarla».

Vuelve el señor Whelan con la cara pálida, avergonzado.

—¿Señora Grey? Su marido quiere hablar con usted —murmura, y señala el teléfono que hay sobre la mesa de cristal.

¿Qué? No...

—Está en la línea uno. Solo tiene que pulsar el botón. Esperaré fuera. —Por lo menos tiene la decencia de parecer avergonzado. La traición de Benedict Arnold no fue nada comparada con la de Whelan. Le miro con el ceño fruncido mientras sale del despacho, sintiendo que la sangre abandona mi cara.

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Qué le voy a decir a Christian? Él lo va a saber. Intervendrá. Y pondrá en peligro a su hermana. Me tiembla la mano cuando la acerco al teléfono. Me lo apoyo contra la oreja, tratando de calmar mi errática respiración, y pulso el botón de la línea uno.

—Hola —susurro intentando en vano calmar mis nervios.

—¿Vas a dejarme? —Las palabras de Christian son un susurro agónico casi sin aliento.

¿Qué?

—¡No! —Mi voz suena igual que la suya. Oh, no. Oh, no. Oh, no. ¿Cómo puede pensar eso? ¿Por el dinero? ¿Cree que voy a dejarle por el dinero? Y en un momento de horrible clarividencia me doy cuenta de que la única forma de mantener a Christian a distancia, a salvo, y de salvar a su hermana... es mentirle.

—Sí —susurro. Y un dolor insoportable me atraviesa y se me llenan los ojos de lágrimas.

Él da un respingo que es casi un sollozo.

—Ana, yo... —dice con voz ahogada.

¡No! Me tapo la boca con la mano mientras reprimo las emociones encontradas que siento.

—Christian, por favor. No. —Lucho por contener las lágrimas.

—¿Te vas? —pregunta.

—Sí.

—Pero ¿por qué el dinero? ¿Por qué siempre es el dinero? —Su voz torturada es apenas audible.

¡No! Empiezan a rodarme lágrimas por la cara.

—No —susurro.

—¿Y cinco millones es suficiente?

¡Oh, por favor, para!

—Sí.

—¿Y el bebé? —Su voz es un eco sin aliento.

¿Qué? Mi mano pasa de mi boca a mi vientre.

—Yo cuidaré del bebé —susurro. Mi pequeño Bip... nuestro pequeño Bip.

—¿Eso es lo que quieres?

¡No!

—Sí.

Inspira bruscamente.

—Llévatelo todo —dice entre dientes.

—Christian —sollozo—. Es por ti. Por tu familia. Por favor. No.

—Llévatelo todo, Anastasia.

—Christian... —Estoy a punto de ceder, de contárselo todo: lo de Jack, lo de Mia, el rescate... ¡Confía en mí, por favor!, le suplico en mi mente.

—Siempre te querré —dice con voz ronca. Y cuelga.

—¡Christian! No... Yo también te quiero. —Y todas las estupideces que nos hemos estado echando en cara el uno al otro durante los últimos días dejan de tener importancia. Le prometí que nunca le dejaría... Pero no te voy a dejar; voy a salvar a tu hermana. Me hundo en la silla, sollozando copiosamente mientras me cubro la cara con las manos.

Me interrumpe un golpe tímido en la puerta. Whelan entra aunque no le he dado permiso. Mira a cualquier parte menos a mí. Está avergonzado.

¡Le has llamado, desgraciado!, pienso mirándole fijamente.

—Su marido está de acuerdo en liquidar cinco millones de dólares de sus activos, señora Grey. Es una situación muy irregular, pero como es uno de nuestros principales clientes... y ha insistido... mucho. —Se detiene y se sonroja. Después me mira con el ceño fruncido y no sé si es porque Christian está siendo muy irregular o

porque Whelan no sabe cómo tratar con una mujer que está llorando en su despacho—. ¿Está usted bien?

—¿Le parece que estoy bien? —exclamo.

—Lo siento, señora. ¿Quiere un poco de agua?

Asiento, resentida. Acabo de dejar a mi marido. Bueno, Christian cree que le he dejado. Mi subconsciente frunce los labios: «Será porque tú le has dicho eso».

—Pediré a mi colega que le traiga un vaso mientras yo preparo el dinero. Si no le importa firmar aquí, señora... Y haga un cheque para cobrarlo y firme aquí también.

Me pasa un formulario sobre la mesa. Firmo sobre la línea de puntos del cheque y después en el formulario. Anastasia Grey. Caen lágrimas sobre el escritorio y por poco no aterrizan sobre los papeles.

—Muy bien, señora. Nos llevará una media hora preparar el dinero.

Miro nerviosamente el reloj. Jack ha dicho dos horas; con esa media hora ya se habrán cumplido. Asiento en dirección a Whelan y él sale del despacho, dejándome con mi sufrimiento.

Un rato después (minutos, horas... no sé), la señorita Sonrisa Falsa vuelve a entrar con una jarra de agua y un vaso.

—Señora Grey —dice en voz baja mientras pone el vaso sobre la mesa y lo llena.

—Gracias.

Cojo el vaso y bebo agradecida. Ella sale y me deja con mis pensamientos asustados y hechos un lío. Ya arreglaré las cosas con Christian... si no es ya demasiado tarde. Al menos he logrado mantenerle al margen de todo esto. Ahora mismo tengo que concentrarme en Mia.

¿Y si Jack está mintiendo? ¿Y si no la tiene? Debería llamar a la policía.

«Y no se lo digas a nadie o me la follaré antes de matarla.» No puedo. Me apoyo en el respaldo de la silla y siento la presencia tranquilizadora de la pistola de Leila en la cintura, clavándose en mi espalda. ¿Quién habría dicho que alguna vez me iba a alegrar de que Leila me apuntara con una pistola? Oh, Ray, cómo me alegro de que me enseñaras a disparar.

¡Ray! Doy un respingo. Estará esperando que vaya a visitarle esta noche. Tal vez solo tenga que darle el dinero a Jack; él puede salir huyendo mientras yo me llevo a Mia a casa. ¡Oh, por favor, esto es tan absurdo!

Mi BlackBerry cobra vida y el sonido de «Your Love Is King» llena la habitación. ¡Oh, no! ¿Qué quiere Christian? ¿Hundir más el cuchillo en mi herida?

«¿Por qué siempre es el dinero?»

Oh, Christian... ¿Cómo has podido pensar eso? La ira hace que me hierva la sangre. Sí, ira. Me ayuda sentirla. Dejo que salte el contestador. Ya trataré con mi marido después.

Llaman a la puerta.

—Señora Grey —Es Whelan—. El dinero está listo.

—Gracias. —Me levanto y la habitación gira de repente. Tengo que agarrarme a la silla.

—Señora Grey, ¿está bien?

Asiento y le dedico una mirada que dice «apártese, señor». Inspiro hondo de nuevo para calmarme. Tengo que hacer esto. Tengo que hacer esto. Tengo que salvar a Mia. Tiro del dobladillo de mi sudadera para asegurarme de mantener oculta la culata

de la pistola que llevo en la parte de atrás de los vaqueros.

El señor Whelan frunce el ceño pero me sostiene la puerta. Yo consigo que mis extremidades temblorosas me obedezcan y empiecen a andar.

Sawyer está esperando en la entrada, examinando la zona pública. ¡Mierda! Nuestras miradas se encuentran y él frunce el ceño, evaluando mi reacción. Oh, está furioso. Levanto el dedo índice en un gesto que dice «ahora estoy contigo». Él asiente y responde una llamada de su móvil. ¡Mierda! Seguro que es Christian. Me giro bruscamente, a punto de chocar con Whelan que está justo detrás de mí, y vuelvo a entrar en el despacho.

—¿Señora Grey? —Whelan suena confuso, pero me sigue dentro de nuevo.

Sawyer podría estropear todo el plan. Miro a Whelan.

—Ahí fuera hay alguien a quien no quiero ver. Alguien que me está siguiendo.

Whelan abre unos ojos como platos.

—¿Quiere que llame a la policía?

—No. —Por Dios, no. ¿Qué voy a hacer? Miro el reloj. Son casi las tres y cuarto. Jack llamará en cualquier momento. ¡Piensa, Ana, piensa! Whelan me mira, cada vez más desesperado y perplejo. Debe de creer que estoy loca. Es que estás loca, me dice mi subconsciente.

—Tengo que hacer una llamada. ¿Podría dejarme sola, por favor?

—Claro —responde Whelan. Creo que agradece poder salir del despacho. Cuando cierra la puerta, llamo al móvil de Mia con dedos temblorosos.

—Qué bien, me llaman para pagarme lo que me merezco... —responde Jack, burlón.

No tengo tiempo para escuchar sus chorradas.

—Tengo un problema.

—Lo sé. Tu guardia de seguridad te ha seguido hasta el banco.

¿Qué? ¿Cómo demonios lo sabe?

—Tienes que despistarle. Hay un coche esperando en la parte de atrás del banco. Un todoterreno negro, un Dodge. Te doy tres minutos para llegar hasta él.

¡El Dodge!

—Puede que necesite más de tres minutos. —
Vuelvo a sentir el corazón en la garganta.

—Eres una zorra cazafortunas muy lista, Grey. Ya se te ocurrirá algo. Y tira el teléfono antes de entrar en el coche. ¿Entendido, puta?

—Sí.

—¡Dilo! —me grita.

—Entendido.

Cuelga.

¡Mierda! Abro la puerta y me encuentro a Whelan esperando pacientemente fuera.

—Señor Whelan, creo que voy a necesitar ayuda para llevar las bolsas al coche. He aparcado fuera, en la parte de atrás del banco. ¿Tiene una salida por detrás?

Frunce el ceño.

—Sí. Para el personal.

—¿Podemos salir por ahí? Por la puerta principal no voy a poder evitar llamar demasiado la atención.

—Como quiera, señora Grey. Tengo a dos personas con sus bolsas y dos guardias de seguridad para supervisar todo. Si es tan amable de seguirme...

—Tengo que pedirle otro favor.

—Lo que necesite, señora Grey.

Dos minutos más tarde mi séquito y yo salimos a la calle y nos dirigimos al Dodge. Las ventanillas tienen los cristales tintados y no puedo distinguir quién conduce. Pero cuando nos acercamos, la puerta del conductor se abre y una mujer vestida de negro con una gorra también negra muy calada sale ágilmente del vehículo. ¡Es Elizabeth, de mi oficina! Pero ¿qué demonios...? Rodea el todoterreno y abre el maletero. Los dos miembros del personal del banco que llevan el dinero meten las pesadas bolsas en la parte de atrás.

—Señora Grey. —Elizabeth tiene la desvergüenza de sonreírme como si estuviéramos confraternizando amistosamente.

—Elizabeth. —Mi saludo es gélido—. Me alegro de verte fuera de la oficina.

El señor Whelan carraspea.

—Bueno, ha sido una tarde muy interesante, señora Grey —dice.

Me veo obligada a realizar los gestos sociales propios de la situación: le estrecho la mano y le doy las gracias mientras mi mente funciona a mil por hora. ¿Elizabeth? ¿Por qué está ella involucrada con Jack? Whelan y su séquito vuelven al banco y me dejan sola con la jefa de personal de SIP, que es cómplice de

secuestro, extorsión y seguramente algún otro delito. ¿Por qué?

Elizabeth abre la puerta del acompañante de la parte de atrás y me indica que entre.

—Su teléfono, señora Grey —me pide mientras me mira con cautela. Se lo doy y ella lo tira a un cubo de basura cercano—. Eso hará que los perros pierdan el rastro —dice con aire de suficiencia.

¿Quién es realmente esta mujer? Elizabeth cierra la puerta y sube al asiento del conductor. Miro nerviosamente hacia atrás mientras ella se incorpora al tráfico y se dirige al este. A Sawyer no se le ve por ninguna parte.

—Elizabeth, ya tienes el dinero. Llama a Jack. Dile que suelte a Mia.

—Creo que quiere darle las gracias en persona.

¡Mierda! La miro a través del espejo retrovisor con una expresión glacial.

Ella palidece y aparece un ceño ansioso que le afea su bonita cara.

—¿Por qué estás haciendo esto, Elizabeth? Creía que Jack no te caía bien.

Me mira brevemente a través del espejo y veo que una punzada de dolor cruza fugazmente sus ojos.

—Ana, preferiría que mantuvieras la boca cerrada.

—Pero no puedes hacer esto. Esto no está bien.

—Que te calles —me dice, pero noto que está incómoda.

—¿Te está presionando de algún modo? —le pregunto. Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos un instante y pisa con brusquedad el freno, lo que me

lanza hacia delante con tanta fuerza que mi cara golpea el reposacabezas que tengo enfrente.

—He dicho que te calles —repite—. Y te sugiero que te pongas el cinturón.

En ese momento entiendo que así es. Él tiene algo horrible contra ella, tanto que Elizabeth está dispuesta a hacer esto por él. Me pregunto qué podrá ser. ¿Robo a la empresa? ¿Algo de su vida privada? ¿Algo sexual? Me estremezco al pensarlo. Christian dice que ninguna de las ayudantes de Jack quiso hablar. Tal vez todas se encuentren en la misma situación que Elizabeth. Por eso quiso follarme a mí también. La bilis se me sube a la garganta del asco que siento solo de pensarlo.

Elizabeth se aleja del centro de Seattle y enfila por las colinas hacia el este. Poco después estamos conduciendo por calles residenciales. Veo uno de los letreros de la calle: SOUTH IRVING STREET. De repente hace un giro brusco a la izquierda hacia una calle desierta con un desvencijado parque infantil a un lado y un gran aparcamiento de cemento al otro, flanqueado al fondo por una hilera de edificios bajos de ladrillo aparentemente vacíos. Elizabeth entra en el aparcamiento y se detiene delante del último de los edificios de ladrillo.

Ella se vuelve hacia mí.

—Ha llegado la hora —susurra.

Se me eriza el vello y el miedo y la adrenalina me recorren el cuerpo.

—No tienes que hacer esto —le susurro en respuesta. Su boca se convierte en una fina línea y sale del coche.

Esto es por Mia. Esto es por Mia, repito en mi mente. Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien.

—Sal —ordena Elizabeth abriendo la puerta de un tirón.

Mierda. Cuando bajo me tiemblan tanto las piernas que no sé si voy a poder mantenerme en pie. La brisa fresca de última hora de la tarde me trae el olor del otoño que ya casi está aquí y el aroma polvoriento y terroso de los edificios abandonados.

—Bueno, bueno... Mira lo que tenemos aquí. — Jack sale de un umbral estrecho y cubierto con tablas que hay a la izquierda del edificio. Tiene el pelo corto. Se ha quitado los pendientes y lleva traje. ¿Traje? Viene caminando hacia mí despidiendo arrogancia y odio por todos los poros. El corazón empieza a latirme más rápido.

—¿Dónde está Mia? —balbuceo con la boca tan seca que casi no puedo pronunciar las palabras.

—Lo primero es lo primero, zorra —responde Jack, parándose delante de mí. Su desprecio es más que evidente—. ¿El dinero?

Elizabeth está comprobando las bolsas del maletero.

—Aquí hay un montón de billetes —dice asombrada abriendo y cerrando las cremalleras de las bolsas.

—¿Y su teléfono?

—Lo tiré a la basura.

—Bien —contesta Jack, y sin previo aviso se vuelve hacia mí y me da un bofetón muy fuerte en la cara con el dorso de la mano. El golpe, feroz e

injustificado, me tira al suelo. Mi cabeza golpea contra el cemento con un sonido aterrador. El dolor estalla dentro de mi cabeza, los ojos se me llenan de lágrimas y se me emborrona la visión. La impresión por el impacto resuena en mi interior y desata un dolor insoportable que me late dentro del cráneo.

Dejo escapar un grito silencioso por el sufrimiento y el terror. Oh, no... Pequeño Bip. Después Jack se acerca a mí y me da una patada rápida y rabiosa en las costillas que me deja sin aire en los pulmones por la fuerza del golpe. Cierro los ojos con fuerza para evitar las náuseas y el dolor y para intentar conseguir un poco de aire. Pequeño Bip, pequeño Bip... Oh, mi pequeño Bip...

—¡Esto es por Seattle Independent Publishing, zorra! —me grita Jack.

Levanto las piernas para hacerme una bola, anticipando el siguiente golpe. No. No. No.

—¡Jack! —chilla Elizabeth—. Aquí no. ¡A plena luz del día no, por Dios!

Él se detiene.

—¡Esta puta se lo merece! —gruñe en dirección a Elizabeth. Y eso me da un precioso segundo para echar la mano hacia atrás y sacar la pistola de la cintura de los pantalones. Le apunto temblorosa, aprieto el gatillo y disparo. La bala le da justo por encima de la rodilla y cae delante de mí, aullando de dolor, agarrándose el muslo mientras los dedos se le llenan de sangre.

—¡Joder! —chilla Jack. Me giro para enfrentarme a Elizabeth, que me está mirando con horror y levantando las manos por encima de la cabeza. La veo borrosa... La oscuridad se cierra sobre mí. Mierda... La

veo como al final de un túnel. La oscuridad la está engullendo; me está engullendo. Desde lejos oigo que se desata el infierno. Chirridos de ruedas... Frenos... Puertas... Gritos... Gente corriendo... Pasos. Se me cae el arma de la mano.

—¡Ana! —Es la voz de Christian... La voz de Christian... La voz de Christian llena de dolor... Mia... Salva a Mia.

—¡ANA!

Oscuridad... Paz.

Solo hay dolor. La cabeza, el pecho... Un dolor que quema. El costado, el brazo. Dolor. Dolor y palabras susurradas en la penumbra. ¿Dónde estoy? Aunque lo intento, no puedo abrir los ojos. Las palabras en susurros se van volviendo más claras, un faro en medio de la oscuridad.

—Tiene una contusión en las costillas, señor Grey, y una fractura en el cráneo, justo bajo el nacimiento del pelo, pero sus constantes vitales son estables y fuertes.

—¿Por qué sigue inconsciente?

—La señora Grey ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza. Pero su actividad cerebral es normal y no hay inflamación. Se despertará cuando esté preparada para ello. Solo dele un poco de tiempo.

—¿Y el bebé? —Sus palabras suenan angustiadas, ahogadas.

—El bebé está bien, señor Grey.

—Oh, gracias a Dios. —Su respuesta es como una letanía... una oración—. Oh, gracias a Dios.

Oh, Dios mío. Está preocupado por el bebé... ¿El bebé?... Pequeño Bip. Claro. Mi pequeño Bip. Intento en vano mover la mano hasta mi vientre, pero nada se mueve, nada me responde.

«¿Y el bebé?... Oh, gracias a Dios.»

Pequeño Bip está a salvo.

«¿Y el bebé?... Oh, gracias a Dios.»

Se preocupa por el bebé.

«¿Y el bebé?... Oh, gracias a Dios.»

Quiere al bebé. Oh, gracias a Dios. Me relajo y vuelve la inconsciencia alejándome del dolor.

Todo pesa y me duele: las extremidades, la cabeza, los párpados... nada se mueve. Mis ojos y mi boca están totalmente cerrados y no quieren abrirse, lo que me deja ciega, muda y dolorida. Según voy cruzando la niebla hasta la superficie, la consciencia se va acercando pero queda justo fuera de mi alcance, como una seductora sirena.

—No la voy a dejar sola.

¡Christian! Está aquí... Intento con todas mis fuerzas despertarme. Su voz no es más que un susurro cansado y agónico.

—Christian, tienes que dormir.

—No, papá, quiero estar aquí cuando despierte.

—Yo me quedaré con ella. Es lo menos que puedo hacer después de que haya salvado a mi hija.

¡Mia!

—¿Cómo está Mia?

—Grogui, asustada y enfadada. Van a pasar unas cuantas horas antes de que se le pase completamente el efecto del Rohypnol.

—Dios...

—Lo sé. Me siento un imbécil por haber cedido en lo de su seguridad. Me avisaste, pero Mia es muy obstinada. Si no fuera por Ana...

—Todos creíamos que Hyde estaba fuera de circulación. Y la loca de mi mujer... ¿Por qué no me lo dijo? —La voz de Christian está llena de angustia.

—Christian, cálmate. Ana es una joven extraordinaria. Ha sido increíblemente valiente.

—Valiente, terca, obstinada y estúpida. —Se le quiebra la voz.

—Vamos —murmura Carrick—, no seas tan duro con ella. Ni contigo, hijo... Será mejor que vuelva con tu madre. Son más de las tres de la madrugada, Christian. Deberías intentar dormir un poco.

La niebla vuelve a cerrarse.

La niebla se levanta de nuevo, pero no tengo ni la más mínima noción del tiempo.

—Si tú no le das unos azotes, se los daré yo. Pero ¿en qué demonios estaba pensando?

—Tal vez se los dé yo, Ray.

¡Papá! Está aquí. Lucho contra la niebla... lucho... Pero vuelvo a caer en la inconsciencia. No...

—Detective, como puede ver, mi mujer no está en condiciones de responder preguntas.

Christian está enfadado.

—Es una mujer muy terca, señor Grey.

—Ojalá hubiera matado a ese cabrón.

—Eso habría significado mucho papeleo para mí, señor Grey... La señorita Morgan está cantando como un verdadero canario. Hyde es un hijo de puta realmente retorcido. Tiene una verdadera animadversión contra su padre y contra usted...

La niebla vuelve a rodearme y me arrastra hacia las profundidades, cada vez más hondo... ¡No!

—¿Qué quieres decir con que no os hablabais? — Es Grace. Suena enfadada. Intento mover la cabeza, pero mi cuerpo me responde con un silencio clamoroso y apático—. ¿Qué le has hecho?

—Mamá...

—¡Christian! ¿Qué le has hecho?

—Estaba muy enfadado. —Casi es un sollozo...

No.

—Vamos...

El mundo se emborrona y se desvanece y yo me hundo.

Oigo voces bajas y confusas.

—Me dijiste que habías cortado todos los lazos con ella. —Es Grace la que habla. Su voz es baja y reprobatoria.

—Lo sé. —Christian suena resignado—. Pero verla consiguió que volviera a ponerlo todo en contexto y recuperara la perspectiva. Acerca de lo del bebé, ya sabes. Por primera vez sentí que... lo que hicimos... estuvo mal.

—Lo que ella hizo, cariño... Los hijos tienen ese efecto: hacen que veas el mundo con una luz diferente.

—Ella por fin captó el mensaje... Y yo también... Le había hecho daño a Ana —susurra.

—Siempre le hacemos daño a la gente que queremos, cariño. Tendrás que decirle que lo sientes. Decirlo de verdad y darle tiempo.

—Me dijo que me iba a dejar.

No. No. ¡No!

—¿Y la creíste?

—Al principio, sí.

—Cariño, siempre te crees lo peor de todo el mundo, especialmente de ti mismo. Siempre lo has hecho. Ana te quiere mucho, y es obvio que tú la quieres a ella.

—Estaba furiosa conmigo.

—Seguro. Yo también estoy furiosa contigo ahora mismo. Creo que solo se puede estar realmente furioso con alguien cuando le quieres mucho.

—Estuve dándole vueltas, y me di cuenta de que ella me ha demostrado una y otra vez cuánto me quiere... hasta el punto de poner su propia vida en peligro.

—Sí, así es, cariño.

—Oh, mamá, ¿por qué no se despierta? —Se le quiebra la voz—. He estado a punto de perderla.

¡Christian! Oigo sollozos ahogados. No...

Oh... La oscuridad vuelve a cerrarse sobre mí.

No...

—Han hecho falta veinticuatro años para que me dejes abrazarte así...

—Lo sé, mamá. Me alegro de que hayamos hablado.

—Yo también, cariño. Siempre estaré aquí. No me puedo creer que vaya a ser abuela.

¡Abuela!

La dulce inconsciencia me llama...

Mmm. Su principio de barba me araña suavemente el dorso de la mano y noto que me aprieta los dedos.

—Oh, nena, por favor, vuelve conmigo. Lo siento. Lo siento todo. Despierta. Te echo de menos. Te quiero...

Lo intento. Lo intento. Quiero verle, pero mi cuerpo no me obedece y vuelvo a dormirme.

Siento la urgente necesidad de hacer pis. Abro los ojos. Estoy en el ambiente limpio y estéril de la habitación de un hospital. Está oscuro excepto por una luz de emergencia. Todo está en silencio. Me duelen la cabeza y el pecho, pero sobre todo noto la vejiga a punto de estallar. Necesito hacer pis. Pruebo a mover las extremidades. Me escuece el brazo derecho y veo que tengo una vía puesta en la parte interior del codo. Cierro los ojos. Giro la cabeza, contenta de que responda a mis órdenes, y vuelvo a abrir los ojos de nuevo. Christian está dormido sentado a mi lado y reclinado sobre la cama, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados. Estiro el brazo, agradecida una vez más de que el cuerpo me responda, y le acaricio el pelo suave con los dedos.

Se despierta sobresaltado y levanta la cabeza tan repentinamente que mi mano cae débilmente de nuevo sobre la cama.

—Hola —digo en un graznido.

—Oh, Ana... —Su voz suena ahogada pero aliviada. Me coge la mano, me la aprieta con fuerza y se la acerca a la mejilla cubierta de barba.

—Necesito ir al baño —susurro.

Me mira con la boca abierta y frunce el ceño un momento.

—Vale.

Intento sentarme.

—Ana, no te muevas. Voy a llamar a una enfermera. —Se pone de pie apresuradamente, alarmado, y se acerca a un botón de llamada que hay junto a la cama.

—Por favor —susurro. ¿Por qué me duele todo?—. Necesito levantarme. —Vaya, qué débil estoy.

—¿Por qué no haces lo que te digo por una vez? —exclama irritado.

—Necesito hacer pis urgentemente —le digo. Tengo la boca y la garganta muy secas.

Una enfermera entra corriendo en la habitación. Debe de tener unos cincuenta años, a pesar de que su pelo es negro como la tinta. Lleva unos pendientes de perlas demasiado grandes.

—Bienvenida de vuelta, señora Grey. Le diré a la doctora Bartley que está despierta. —Se acerca a la cama—. Me llamo Nora. ¿Sabe dónde está?

—Sí. En el hospital. Necesito hacer pis.

—Tiene puesto un catéter.

¿Qué? Oh, qué vergüenza. Miro nerviosamente a Christian y después a la enfermera.

—Por favor, quiero levantarme.

—Señora Grey...

—Por favor.

—Ana... —me dice Christian. Intento sentarme otra vez.

—Déjeme quitarle el catéter. Señor Grey, estoy segura de que la señora Grey agradecería un poco de privacidad. —Mira directamente a Christian, esperando que se vaya.

—No voy a ir a ninguna parte. —Él le devuelve la mirada.

—Christian, por favor —le susurro estirando el brazo y cogiéndole la mano. Él me la aprieta brevemente y me mira, exasperado—. Por favor —le suplico.

—¡Vale! —exclama y se pasa la mano por el pelo—. Tiene dos minutos —le dice entre dientes a la enfermera, y se inclina para darme un beso en la frente antes de volverse y salir de la habitación.

Christian vuelve a entrar como una tromba en la habitación dos minutos después, cuando la enfermera Nora me está ayudando a levantarme de la cama. Llevo puesta una fina bata de hospital. No recuerdo cuándo me desnudaron.

—Deje que la lleve yo —dice y se acerca a nosotras.

—Señor Grey, yo puedo —le regaña la enfermera Nora.

Él le dedica una mirada hostil.

—Maldita sea, es mi mujer. Yo la llevaré —dice con los dientes apretados mientras aparta el soporte del gotero de su camino.

—¡Señor Grey! —protesta la enfermera.

Pero él la ignora, se agacha para cogerme en brazos y me levanta de la cama con suavidad. Yo le rodeo el cuello con los brazos y mi cuerpo se queja. Vaya, me duele todo. Me lleva hasta el baño y la enfermera Nora nos sigue empujando el soporte del gotero.

—Señora Grey, pesa usted muy poco —murmura con desaprobación mientras me baja y me deposita

sobre mis pies. Me tambaleo. Tengo las piernas como gelatina. Christian enciende la luz y quedo cegada momentáneamente por una lámpara fluorescente que zumba y parpadea para cobrar vida.

—Siéntate, no vaya a ser que te caigas —me dice todavía agarrándome.

Con cuidado, me siento en el váter.

—Vete. —Hago un gesto con la mano para que se vaya.

—No. Haz pis, Ana.

¿Podría ser más vergonzoso esto?

—No puedo, no contigo ahí.

—Podrías caerte.

—¡Señor Grey!

Los dos ignoramos a la enfermera.

—Por favor —le suplico.

Levanta las manos en un gesto de derrota.

—Estaré esperando ahí mismo. Con la puerta abierta.

Se aparta un par de pasos hasta que queda justo al otro lado de la puerta, junto a la enfadada enfermera.

—Vuélvete, por favor —le pido. ¿Por qué me siento ridículamente tímida con este hombre? Pone los ojos en blanco pero obedece. En cuanto me da la espalda, por fin me relajo y saboreo el alivio.

Hago un recuento de los daños. Me duele la cabeza, también el pecho donde Jack me dio la patada y el costado sobre el que caí al suelo. Además tengo sed y hambre. Madre mía, estoy realmente hambrienta. Termino y agradezco que el lavabo esté tan cerca que no necesito levantarme para lavarme las manos. No tengo fuerza para ponerme en pie.

—Ya he acabado —digo, secándome las manos con la toalla.

Christian se gira, vuelve a entrar y antes de darme cuenta estoy otra vez en sus brazos. He echado de menos sus brazos. Se detiene un momento y entierra la nariz en mi pelo.

—Oh, cuánto la he echado de menos, señora Grey —susurra. Me tumba de nuevo en la cama y me suelta, creo que a regañadientes, siempre con la enfermera Nora, que no para quieta, detrás de él.

—Si ya ha acabado, señor Grey, me gustaría ver cómo está la señora Grey.

La enfermera Nora está enfadada.

Él se aparta.

—Toda suya —dice en un tono más moderado.

Ella le mira enfurruñada y después se centra en mí. Es irritante, ¿a que sí?

—¿Cómo se siente? —me pregunta con una voz llena de compasión y un punto de irritación, que supongo que será por Christian.

—Dolorida y con sed. Tengo mucha sed —susurro.

—Le traeré un poco de agua cuando haya comprobado sus constantes y la haya examinado la doctora Bartley.

Coge un aparato para medir la tensión y me lo pone en el brazo. Miro ansiosa a Christian. Está horrible, cadavérico casi, como si llevara días sin dormir. Tiene el pelo alborotado, lleva varios días sin afeitarse y su camisa está llena de arrugas. Frunzo el ceño.

—¿Qué tal estás?

Ignorando a la enfermera, se sienta en la cama lejos de mi alcance.

—Confundida. Dolorida. Y tengo hambre.

—¿Hambre? —pregunta y parpadea sorprendido.

Asiento.

—¿Qué quieres comer?

—Cualquier cosa. Sopa.

—Señor Grey, necesita la aprobación de la doctora antes de darle nada de comer a la señora Grey.

Christian la mira inescrutable durante un momento, después saca la BlackBerry del bolsillo de sus pantalones y marca un número.

—Ana quiere sopa de pollo... Bien... Gracias. —Y cuelga.

Miro a Nora, que observa a Christian con los ojos entornados.

—¿Taylor? —le pregunto.

Christian asiente.

—Su tensión arterial es normal, señora Grey. Voy a buscar a su médico. —Me quita el aparato y sin decir nada más sale de la habitación, emanando desaprobación por todos los poros.

—Creo que has hecho enfadar a la enfermera Nora.

—Tengo ese efecto en las mujeres. —Sonríe burlón.

Río, pero me interrumpo de repente porque siento que el dolor se expande por el pecho.

—Sí, es verdad.

—Oh, Ana, me encanta oírte reír.

Nora vuelve con una jarra de agua. Ambos nos quedamos en silencio mirándonos mientras sirve un vaso de agua y me lo da.

—Beba a pequeños sorbos —me dice.

—Sí, señora —murmuro y le doy un sorbo al agua fresca. Oh, Dios mío. Qué rica. Le doy otro sorbo mientras Christian me mira fijamente.

—¿Mia? —le pregunto.

—Está a salvo. Gracias a ti.

—¿La tenían entonces?

—Sí.

Bueno, toda esta locura ha servido para algo. El alivio me llena el cuerpo. Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios que está bien. Frunzo el ceño.

—¿Cómo llegaron hasta ella?

—Elizabeth Morgan —dice simplemente.

—¡No!

Asiente.

—La raptó en el gimnasio de Mia.

Frunzo el ceño y sigo sin entender.

—Ana, ya te contaré todos los detalles más tarde. Mia está bien, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado. La drogaron. Ahora está grogui y un poco impresionada, pero gracias a algún milagro, no le hicieron daño. —Christian aprieta la mandíbula—. Lo que hiciste —empieza y se pasa la mano por el pelo— ha sido algo increíblemente valiente e increíblemente estúpido. Podían haberte matado. —Le brillan los ojos un momento con un gris gélido y sé que está conteniendo su enfado.

—No sabía qué otra cosa hacer —susurro.

—¡Podías habérmelo dicho! —dice vehemente cerrando la mano que tiene en el regazo hasta convertirla en un puño.

—Me amenazó con que la mataría si se lo decía a alguien. No podía correr el riesgo.

Christian cierra los ojos y veo el terror en su cara.

—He pasado un infierno desde el jueves.

¿Jueves?

—¿Qué día es hoy?

—Es casi sábado —me dice mirando el reloj—. Llevas más de veinticuatro horas inconsciente.

Oh.

—¿Y Jack y Elizabeth?

—Bajo custodia policial. Aunque Hyde está aquí bajo vigilancia. Le han tenido que sacar la bala que le disparaste —dice con amargura—. Por suerte, no sé en qué sección de este hospital está, porque si no voy y le mato. —Su rostro se oscurece.

Oh, mierda. ¿Jack está aquí?

«¡Esto es por lo de Seattle Independent Publishing, zorra!» Palidezco, se me revuelve el estómago vacío, se me llenan los ojos de lágrimas y un fuerte estremecimiento me recorre el cuerpo.

—Vamos... —Christian se acerca con la voz llena de preocupación. Me coge el vaso de la mano y me abraza tiernamente—. Ahora estás a salvo —murmura contra mi pelo con la voz ronca.

—Christian, lo siento mucho. —Empiezan a caer las lágrimas.

—Chis. —Me acaricia el pelo y yo sollozo en su cuello.

—Por lo que dije. No tenía intención de dejarte.

—Chis, nena, lo sé.

—¿Lo sabes? —Lo que acaba de decir hace que interrumpa mi llanto.

—Lo entendí. Al fin. De verdad que no sé en qué estabas pensando, Ana. —Suenas cansado.

—Me cogiste por sorpresa —murmuro contra el cuello de su camisa—. Cuando hablamos en el banco. Pensaste que iba a dejarte. Creí que me conocías mejor. Te he dicho una y otra vez que nunca te abandonaré.

—Pero después de cómo me comporté... —Su voz es apenas audible y estrecha su abrazo—. Creí durante un periodo corto de tiempo que te había perdido.

—No, Christian. Nunca. No quería que interfirieras y pusieras la vida de Mia en peligro.

Suspira y no sé si es de enfado, de irritación o de dolor.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunto rápidamente para apartarle de su línea de pensamiento.

Me coloca el pelo detrás de la oreja.

—Acababa de tocar tierra en Seattle cuando me llamaron del banco. La última noticia que tenía era que estabas enferma y que te ibas a casa.

—¿Estabas en Portland cuando Sawyer te llamó desde el coche?

—Estábamos a punto de despegar. Estaba preocupado por ti —dice en voz baja.

—¿Ah, sí?

Frunce el ceño.

—Claro. —Me roza el labio inferior con el pulgar—. Me paso la vida preocupándome por ti. Ya lo sabes.

¡Oh, Christian!

—Jack me llamó cuando estaba en la oficina — murmuro—. Me dio dos horas para conseguir el dinero. —Me encojo de hombros—. Tenía que irme y esa era la mejor excusa.

La boca de Christian se convierte en una dura línea.

—Y luego despistaste a Sawyer. Él también está furioso contigo.

—¿También?

—También. Igual que yo.

Le toco la cara con cuidado y paso los dedos por su barba. Cierra los ojos y apoya el rostro en mis dedos.

—No te enfades conmigo, por favor —le susurro.

—Estoy muy enfadado contigo. Lo que hiciste fue algo monumentalmente estúpido. Casi una locura.

—Te lo he dicho, no sabía qué otra cosa hacer.

—Parece que no te importa nada tu seguridad personal. Y ahora ya no se trata solo de ti —añade enfadado.

Me tiembla el labio. Está pensando en nuestro pequeño Bip.

Las puertas se abren, lo que nos sobresalta a los dos, y entra una mujer afroamericana que lleva una bata blanca sobre un uniforme gris.

—Buenas noches, señora Grey. Soy la doctora Bartley.

Empieza a examinarme a conciencia poniéndome una luz en los ojos, haciendo que le presione los dedos y después me toque la nariz cerrando primero un ojo y después el otro. Seguidamente comprueba todos mis reflejos. Su voz es suave y su contacto, amable; tiene una forma de tratarme muy cálida. La enfermera Nora se

une a ella y Christian se va a un rincón de la habitación para hacer unas llamadas mientras las dos se ocupan de mí. Es difícil concentrarse en la doctora Bartley, en la enfermera Nora y en Christian al mismo tiempo, pero le oigo llamar a su padre, a mi madre y a Kate para decirles que estoy despierta. Por último deja un mensaje para Ray.

Ray. Oh, mierda... Vuelve a mi mente un vago recuerdo de su voz. Estuvo aquí... Sí, mientras todavía estaba inconsciente.

La doctora Bartley comprueba el estado de mis costillas, presionando con los dedos de forma tentativa pero con firmeza.

Hago un gesto de dolor.

—Solo es una contusión, no hay fisura ni rotura. Ha tenido mucha suerte, señora Grey.

Frunzo el ceño. ¿Suerte? No es precisamente la palabra que utilizaría yo. Christian también la mira fijamente. Mueve los labios para decirme algo, creo que es «loca», pero no estoy segura.

—Le voy a recetar unos analgésicos. Los necesitará para las costillas y para el dolor de cabeza que seguro que tiene. Pero todo parece estar bien, señora Grey. Le sugiero que duerma un poco. Veremos cómo se encuentra por la mañana; si está bien puede que la dejemos irse a casa ya. Mi colega, la doctora Singh, será quien le atienda por la mañana.

—Gracias.

Se oye un golpecito en la puerta y entra Taylor con una caja de cartón negra que pone «Fairmont Olympic» en letras de color crema en un lateral.

Madre mía.

—¿Comida? —pregunta la doctora Bartley, sorprendida.

—La señora Grey tiene hambre —dice Christian—. Es sopa de pollo.

La doctora Bartley sonríe.

—La sopa está bien, pero solo caldo. Nada pesado. —Nos mira a los dos y después sale de la habitación con la enfermera Nora.

Christian me acerca una bandeja con ruedas y Taylor deposita en ella la caja.

—Bienvenida de vuelta, señora Grey.

—Hola, Taylor. Gracias.

—De nada, señora. —Creo que quiere decir algo más, pero al final se contiene.

Christian ha abierto la caja y está sacando un termo, un cuenco de sopa, un platillo, una servilleta de tela, una cuchara sopera, una cestita con panecillos, salero y pimentero... El Fairmont Olympic se ha esmerado.

—Es genial, Taylor. —Mi estómago ruge. Estoy muerta de hambre.

—¿Algo más, señor? —pregunta.

—No, gracias —dice Christian, despidiéndole con un gesto de la mano.

Taylor asiente.

—Taylor, gracias.

—¿Quiere alguna otra cosa, señora Grey?

Miro a Christian.

—Ropa limpia para Christian.

Taylor sonríe.

—Sí, señora.

Christian mira perplejo su camisa.

—¿Desde cuándo llevas esa camisa? —le pregunto.

—Desde el jueves por la mañana.

Me dedica una media sonrisa.

Taylor sale.

—Taylor también estaba muy cabreado contigo — añade Christian enfurruñado, desenroscando la tapa del termo y echando una sopa de pollo cremosa en el cuenco.

¡Taylor también! Pero no puedo pensar mucho en ello porque la sopa de pollo me distrae. Huele deliciosamente y desprende un vapor sugerente. La pruebo y es todo lo que prometía ser.

—¿Está buena? —me pregunta Christian, acomodándose en la cama otra vez.

Asiento enérgicamente y sin dejar de comer. Tengo un hambre feroz. Solo hago una pausa para limpiarme la boca con la servilleta.

—Cuéntame lo que pasó... Después de que te dieras cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Christian se pasa una mano por el pelo y niega con la cabeza.

—Oh, Ana, qué alegría verte comer.

—Tengo hambre. Cuéntame.

Frunce el ceño.

—Bueno, después de la llamada del banco creí que mi mundo acababa de hacerse pedazos...

No puede ocultar el dolor en su voz.

Dejo de comer. Oh, mierda.

—No pares de comer o no sigo contándote — susurra con tono férreo mirándome fijamente. Sigo con la sopa. Vale, vale... Maldita sea, está muy buena. La

mirada de Christian se suaviza y tras un momento continúa.

—Poco después de que tú y yo tuviéramos esa conversación, Taylor me informó de que a Hyde le habían fijado una fianza. No sé cómo lo logró; creía que habíamos conseguido frustrar todos sus intentos. Pero eso me hizo pensar en lo que habías dicho... y entonces supe que algo iba muy mal.

—Nunca fue por el dinero —exclamo de repente cuando una oleada de furia inesperada se enciende en mi vientre. Levanto la voz—. ¿Cómo pudiste siquiera pensar eso? ¡Nunca ha sido por el puto dinero!

La cabeza empieza a latirme más fuerte y hago un gesto de dolor. Christian me mira con la boca abierta durante un segundo, sorprendido por mi vehemencia. Después entorna los ojos.

—Ese lenguaje... —gruñe—. Cálmate y come.

Le miro rebelde.

—Ana... —dice amenazante.

—Eso me ha hecho más daño que cualquier otra cosa, Christian —le susurro—. Casi tanto como que fueras a ver a esa mujer.

Inhala bruscamente, como si le hubiera dado una bofetada, y de repente parece agotado. Cierra los ojos un momento y niega con la cabeza, resignado.

—Lo sé. —Suspira—. Y lo siento. Más de lo que crees. —Tiene los ojos llenos de arrepentimiento—. Come, por favor. No dejes que se enfríe la sopa. —Su voz es suave y persuasiva y yo decido hacer lo que me pide. Suspira aliviado.

—Sigue —susurro entre mordiscos al ilícito panecillo recién hecho.

—No sabíamos que Mia había desaparecido. Creí que te estaría chantajeando o algo por el estilo. Te llamé otra vez, pero no respondiste. —Frunce el ceño—. Te dejé un mensaje y llamé a Sawyer. Taylor empezó a rastrear tu móvil. Sabía que estabas en el banco, así que fuimos directamente allí.

—No sé cómo me encontró Sawyer. ¿También él rastreaba mi teléfono móvil?

—El Saab tiene un dispositivo de seguimiento. Todos nuestros coches lo tienen. Cuando llegamos al banco, ya estabas en camino y te seguimos. ¿Por qué sonríes?

—No sé cómo, pero sabía que me seguiríais.

—¿Y eso es divertido porque...? —me pregunta.

—Jack me dijo que me deshiciera del móvil. Así que le pedí el teléfono a Whelan y ese es el que tiraron. Yo metí el mío en las bolsas para que pudieras seguir tu dinero.

Christian suspira.

—Nuestro dinero, Ana —dice en voz baja—. Come.

Rebaño el cuenco con lo que queda del pan y me lo meto en la boca. Es la primera vez que me siento satisfecha en mucho tiempo (a pesar del tema de conversación).

—Me lo he terminado todo.

—Buena chica.

Se oye un golpecito en la puerta y entra la enfermera Nora otra vez con una vasito de papel. Christian aparta la bandeja y vuelve a meterlo todo en la caja.

—Un analgésico. —La enfermera Nora sonrío y me enseña una pastilla blanca que hay en el vasito de papel.

—¿Puedo tomarlo? Ya sabe... por el bebé.

—Sí, señora Grey, es paracetamol. No afectará al bebé.

Asiento agradecida. Me late la cabeza. Me trago la pastilla con un sorbo de agua.

—Debería descansar, señora Grey. —La enfermera Nora mira significativamente a Christian.

Él asiente.

¡No!

—¿Te vas? —exclamo y siento pánico. No te vayas... ¡acabamos de empezar a hablar!

Christian ríe entre dientes.

—Si piensa que tengo intención de perderla de vista, señora Grey, está muy equivocada.

Nora resopla y se acerca para recolocarme las almohadas de modo que pueda tumbarme.

—Buenas noches, señora Grey —me dice, y con una última mirada de censura a Christian, se va.

Él levanta una ceja a la vez que ella cierra la puerta.

—Creo que no le caigo bien a la enfermera Nora.

Está de pie junto a la cama con aspecto cansado. A pesar de que quiero que se quede, sé que debería convencerle para que se fuera a casa.

—Tú también necesitas descansar, Christian. Vete a casa. Pareces agotado.

—No te voy a dejar. Dormiré en el sillón.

Le miro con el ceño fruncido y después me giro para quedar de lado.

—Duerme conmigo.

Frunce el ceño.

—No, no puedo.

—¿Por qué no?

—No quiero hacerte daño.

—No me vas a hacer daño. Por favor, Christian.

—Tienes puesta una vía.

—Christian, por favor...

Me mira y veo que se siente tentado.

—Por favor... —Levanto las mantas y le invito a entrar en la cama.

—¡A la mierda!

Se quita los zapatos y los calcetines y sube con cuidado a la cama a mi lado. Me rodea con el brazo y yo apoyo la cabeza sobre su pecho. Me da un beso en el pelo.

—No creo que a la enfermera Nora le vaya a gustar nada esto —me susurra con complicidad.

Suelto una risita pero tengo que parar por el dolor del pecho.

—No me hagas reír, que me duele.

—Oh, pero me encanta ese sonido —dice entristecido, en voz baja—. Lo siento, nena, lo siento mucho. —Me da otro beso en el pelo e inhala profundamente. No sé por qué se está disculpando... ¿por hacerme reír? ¿O por el lío en el que estamos metidos? Apoyo la mano sobre su corazón y él pone su mano sobre la mía. Los dos nos quedamos en silencio un momento.

—¿Por qué fuiste a ver a esa mujer?

—Oh, Ana —gruñe—. ¿Quieres discutir eso ahora? ¿No podemos dejarlo? Me arrepiento, ¿vale?

—Necesito saberlo.

—Te lo contaré mañana —murmura irritado—. Oh, y el detective Clark quiere hablar contigo. Algo de rutina. Ahora, a dormir.

Me da otro beso en el pelo. Suspiro profundamente. Necesito saber por qué. Al menos dice que se arrepiente. Eso es algo, al menos; mi subconsciente está de acuerdo conmigo. Parece que está de un humor complaciente hoy. Oh, el detective Clark. Me estremezco solo de pensar en revivir lo que pasó el jueves.

—¿Sabemos por qué Jack ha hecho todo esto?

—Mmm... —murmura Christian. Me tranquiliza el suave subir y bajar de su pecho que acuna suavemente mi cabeza, atrayéndome hacia las profundidades del sueño según se va ralentizando su respiración. Mientras me dejo llevar intento encontrarle sentido a los fragmentos de conversación que he oído mientras estaba inconsciente. Pero se escapan de mi mente, siempre escurridizos, provocándome desde los confines de mi memoria. Oh, es frustrante y agotador... y...

La enfermera Nora tiene los labios fruncidos y los brazos cruzados en una postura hostil. Me llevo el dedo índice a los labios.

—Déjele dormir, por favor —le susurro entornando los ojos por la luz de primera hora de la mañana.

—Esta es su cama, señora Grey, no la de él —dice entre dientes severamente.

—He dormido mejor gracias a él —insisto, saliendo en defensa de mi marido. Además, es cierto.

Christian se revuelve y la enfermera Nora y yo nos quedamos heladas.

—No me toques. No me toques más. Solo Ana — murmura en sueños.

Frunzo el ceño. No suelo oír a Christian hablar en sueños. Seguramente será porque él duerme menos que yo. Solo he oído sus pesadillas. Me abraza con más fuerza, casi estrujándome, y yo hago un gesto de dolor.

—Señora Grey... —La enfermera Nora frunce el ceño.

—Por favor —le suplico.

Niega con la cabeza, gira y se va. Y yo vuelvo a acurrucarme con Christian.

Cuando me despierto, a Christian no se le ve por ninguna parte. La luz del sol entra por las ventanas y ahora puedo ver bien la habitación. ¡Me han traído flores! No me fijé anoche. Hay varios ramos. Me pregunto de quién serán.

Suena un suave golpe en la puerta que me distrae y se asoma Carrick. Me sonrío al ver que estoy despierta.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Claro.

Entra y se acerca. Sus amables y cariñosos ojos azules me observan perspicaces. Lleva un traje oscuro; debe de estar trabajando. Me sorprende al agacharse para darme un beso en la frente.

—¿Puedo sentarme?

Asiento y él se sienta en el borde de la cama y me coge la mano.

—No sé cómo darte las gracias por salvar a mi hija, querida chica valiente aunque un poco loca. Lo que hiciste probablemente le salvó la vida. Siempre estaré en deuda contigo. —Su voz tiembla, llena de gratitud y compasión.

Oh... No sé qué decir. Le aprieto la mano, pero no digo nada.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Dolorida —digo por ser sincera.

—¿Te han dado medicación para el dolor?

—Sí, parece...no sé qué.

—Bien. ¿Dónde está Christian?

—No lo sé. Cuando me he despertado ya no estaba.

—No andará lejos, seguro. No quería dejarte mientras estabas inconsciente.

—Lo sé.

—Está un poco enfadado contigo, como es lógico —dice Carrick con una media sonrisa. Ah, de ahí es de donde la ha sacado Christian...

—Christian siempre está enfadado conmigo.

—¿Ah, sí? —Carrick sonrío encantado, como si eso fuera algo bueno... Su sonrisa es contagiosa.

—¿Cómo está Mia?

Los ojos se le ensombrecen un poco y su sonrisa desaparece.

—Está mejor. Furiosa. Pero creo que la ira es una reacción sana ante lo que le ha pasado.

—¿Está aquí?

—No, está en casa. No creo que Grace tenga intención de perderla de vista.

—Sé cómo es eso.

—Tú también necesitas que te vigilen —me riñe—. No quiero que vuelvas a exponer a riesgos innecesarios tu vida o la vida de mi nieto.

Me sonrojo. ¡Lo sabe!

—Grace ha visto tu historial y me lo dijo. Felicidades.

—Mmm... Gracias.

Me mira y sus ojos se suavizan, aunque frunce el ceño al ver mi expresión.

—Christian se hará a la idea —me dice—. Esto será muy bueno para él. Solo... dale un poco de tiempo.

Asiento. Oh... veo que han hablado.

—Será mejor que me vaya. Tengo que ir al juzgado. —Sonríe y se levanta—. Vendré a verte más tarde. Grace habla muy bien de la doctora Singh y de la doctora Bartley. Saben lo que hacen.

Se inclina y me da otro beso.

—Lo digo en serio, Ana. Nunca podremos pagarte lo que has hecho por nosotros. Gracias.

Le miro parpadeando para apartar las lágrimas, abrumada de repente. Él me acaricia la mejilla con cariño. Después se gira y se va.

Oh, Dios mío. Me desconcierta su gratitud. Tal vez ahora ya puedo perdonarle lo del acuerdo prematrimonial. Mi subconsciente asiente sabiamente porque está de acuerdo conmigo de nuevo. Niego con la cabeza y salgo de la cama, algo insegura. Me alivia ver que ya me siento más firme que ayer sobre mis pies. A pesar de que Christian estaba compartiendo mi cama, he dormido bien y me siento renovada. Todavía me duele la cabeza, pero ahora es un dolor sordo y molesto, nada como el latido que notaba ayer. Estoy rígida y dolorida,

pero necesito lavarme. Me siento mugrienta. Entro en el baño.

—¡Ana! —grita Christian.

—Estoy en el baño —le respondo mientras acabo de lavarme los dientes. Ahora me siento mejor. Ignoro mi imagen en el espejo. Maldita sea, estoy hecha un desastre. Cuando abro la puerta, veo a Christian junto a la cama sosteniendo una bandeja de comida. Está transformado. Va vestido totalmente de negro, se ha afeitado, se ha duchado y parece haber descansado bien.

—Buenos días, señora Grey —dice alegremente—. Le traigo su desayuno. —Se le ve juvenil y mucho más feliz.

Uau. Esbozo una amplia sonrisa y vuelvo a la cama. Acerca la bandeja con ruedas y levanta la tapa para enseñarme el desayuno: avena con fruta seca, tortitas con sirope de arce, beicon, zumo de naranja y té Twinings English Breakfast. Se me hace la boca agua. Tengo muchísima hambre. Me tomo el zumo en unos pocos tragos y me lanzo a por la avena. Christian se sienta en el borde de la cama y me observa. Sonríe.

—¿Qué? —digo con la boca llena.

—Me gusta verte comer —dice, pero yo no creo que esté sonriendo por eso—. ¿Qué tal estás?

—Mejor —murmuro entre bocado y bocado.

—Nunca te había visto comer así.

Le miro y se me cae el alma a los pies. Tenemos que hablar de ese pequeño elefante que hay dentro de la habitación.

—Es porque estoy embarazada, Christian.

Ríe entre dientes y su boca forma una sonrisa irónica.

—De haber sabido que dejarte embarazada te iba a hacer comer, lo hubiera hecho antes.

—¡Christian Grey! —exclamo y dejo la avena.

—No dejes de comer —me dice.

—Christian, tenemos que hablar de esto.

Se queda helado.

—¿Qué hay que decir? Vamos a ser padres. —Se encoge de hombros, desesperado por parecer despreocupado, pero yo lo único que veo es su miedo. Aparto la bandeja y me acerco a él para cogerle la mano.

—Estás asustado —le susurro—. Lo entiendo.

Me mira impassible con los ojos muy abiertos. Su aire infantil ha desaparecido.

—Yo también. Es normal —continúo.

—¿Qué tipo de padre voy a ser? —Su voz es ronca, apenas audible.

—Oh, Christian —contengo un sollozo—. Uno que lo hace lo mejor que puede. Eso es todo lo que podemos hacer, como todo el mundo

—Ana... No sé si voy a poder...

—Claro que vas a poder. Eres cariñoso, eres divertido, eres fuerte y sabes poner límites. A nuestro hijo no le va a faltar de nada.

Me mira petrificado, con su delicado rostro lleno de dudas.

—Sí, lo ideal habría sido esperar. Tener más tiempo para estar nosotros dos solos. Pero ahora vamos a ser tres e iremos creciendo todos juntos. Seremos una familia. Nuestra propia familia. Y nuestro hijo te querrá

incondicionalmente, como yo. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Oh, Ana —susurra Christian con la voz llena de dolor y angustia—. Creí por un momento que te había perdido. Y después volví a creerlo al verte tirada en el suelo, pálida, fría e inconsciente... Mis peores miedos se hicieron realidad. Y ahora estás aquí, valiente y fuerte... dándome esperanza. Queriéndome a pesar de lo que he hecho.

—Sí, te quiero, Christian, desesperadamente. Siempre te querré.

Él me coge la cabeza entre las manos con suavidad y me enjuga las lágrimas con los pulgares. Me mira a los ojos, gris ante azul, y todo lo que veo en ellos es miedo, asombro y amor.

—Yo también te quiero —dice y me da un beso suave y tierno, como un hombre que adora a su mujer—. Intentaré ser un buen padre —susurra contra mis labios.

—Lo intentarás y lo conseguirás. Y la verdad es que tampoco tienes elección, porque Bip y yo no nos vamos a ninguna parte.

—¿Bip?

—Sí, Bip.

Arquea las cejas.

—Yo en mi mente le llamaba Junior.

—Pues Junior, entonces.

—Pero me gusta «Bip». —Esboza una tímida sonrisa y me da otro beso.

Por mucho que me apetezca estar besándote todo el día, el desayuno se te está enfriando —murmura Christian contra mis labios. Me mira, ahora divertido, pero en sus ojos hay algo más oscuro, sensual. Madre mía, ha vuelto a cambiar. Mi marido temperamental...—. Come —me ordena con voz suave.

Trago saliva como reacción a su mirada ardiente y vuelvo a mi posición anterior en la cama, intentando no enredarme con la vía. Él vuelve a poner la bandeja delante de mí. La avena se ha enfriado, pero las tortitas, que estaban tapadas, están bien, de hecho, mejor que bien: están deliciosas.

—¿Sabes? —murmuro entre bocados—. Bip podría ser una niña.

Christian se pasa una mano por el pelo.

—Dos mujeres, ¿eh? —La alarma cruza su cara y la mirada oscura desaparece.

Oh, vaya.

—¿Tienes alguna preferencia?

—¿Preferencia?

—Niño o niña.

Frunce el ceño.

—Con que esté sano es suficiente —me dice en voz baja, claramente desconcertado por la pregunta—. Come —repite y veo que está intentando evitar el tema.

—Estoy comiendo, estoy comiendo... No te pongas así, Grey.

Le observo atentamente. Tiene las comisuras de los ojos arrugadas por la preocupación. Ha dicho que lo intentará, pero sé que está aterrorizado con lo del bebé. Oh, Christian, yo también. Se sienta en el sillón a mi lado y coge el *Seattle Times*.

—Ha vuelto a salir en los periódicos, señora Grey —dice con amargura.

—¿Otra vez?

—Estos periodistas han montado todo un espectáculo a partir de la historia, pero por lo menos los hechos son bastante precisos. ¿Quieres leerlo?

Niego con la cabeza.

—Léemelo tú. Estoy comiendo.

Sonríe burlón y me lee el artículo en voz alta. Es una crónica sobre Jack y Elizabeth, que los describe como si fueran los modernos Bonnie y Clyde. Habla brevemente del rapto de Mia, de mi implicación en su rescate y del hecho de que Jack y yo estamos en el mismo hospital. ¿Cómo consigue la prensa toda esa información? Tengo que preguntárselo a Kate.

Cuando Christian acaba, le digo:

—Léeme algo más, por favor. Me gusta escucharte.

Él obedece y me lee un artículo sobre el *boom* del negocio de los bagel y otro sobre que Boeing ha tenido que cancelar el lanzamiento de un modelo de avión. Christian frunce el ceño mientras lee, pero al escuchar su relajante voz mientras como, sabiendo que estoy bien, que Mia está segura y que mi pequeño Bip

también, siento una enorme paz a pesar de todo lo que ha pasado en los últimos días.

Entiendo que Christian esté asustado por lo del bebé, pero no puedo comprender la profundidad de su miedo. Decido que tengo que hablar más de esto con él. Intentaré tranquilizar su mente. Lo que más me sorprende es que no le han faltado modelos positivos de comportamiento en lo que a padres se refiere. Tanto Grace como Carrick son padres ejemplares, o eso parecen. Tal vez la interferencia de la bruja le haya hecho demasiado daño. Pero lo cierto es que creo que todo tiene que ver con su madre biológica (aunque estoy segura de que lo de la señora Robinson no ayuda). Mis pensamientos se detienen porque casi recuerdo una conversación susurrada. ¡Maldita sea! Está en el borde de mi memoria; se produjo cuando estaba inconsciente. Christian hablaba con Grace. Pero las palabras se funden entre las sombras de mi mente. Oh, es frustrante.

Me pregunto si Christian me dirá alguna vez por su propia voluntad la razón por la que fue a verla o tendré que presionarle. Estoy a punto de preguntarle cuando oigo que llaman a la puerta.

El detective Clark entra en la habitación casi disculpándose. Se me cae el alma a los pies al verle, así que hace bien en disculparse de antemano.

—Señor Grey. Señora Grey. ¿Interrumpo?

—Sí —responde Christian.

Clark le ignora.

—Me alegro de que esté despierta, señora Grey. Necesito hacerle unas preguntas sobre el jueves por la tarde. Solo rutina. ¿Es este un buen momento?

—Claro —murmuro, aunque no quiero revivir los acontecimientos del jueves.

—Mi esposa debería descansar —dice Christian molesto.

—Seré breve, señor Grey. Y además, esto significa que estaré fuera de sus vidas más bien antes que después.

Christian se levanta y le ofrece el asiento a Clark. Luego viene a sentarse a la cama conmigo, me da la mano y me la aprieta un poco para tranquilizarme.

Media hora después, Clark ha acabado. No me ha dicho nada nuevo y yo simplemente le he contado los acontecimientos del jueves con una voz vacilante pero tranquila. Christian se ha puesto pálido y ha hecho muecas en algunas partes de mi relato.

—Ojala hubieras apuntado más arriba —murmura Christian.

—Le habría hecho un favor al sexo femenino, señora Grey —le apoya Clark.

¿Qué?

—Gracias, señora Grey. Es todo por ahora.

—No van a dejarle salir otra vez, ¿verdad?

—No creo que consiga la fianza esta vez, señora.

—¿Podemos saber quién pagó la fianza? —pregunta Christian.

—No, señor. Es confidencial.

Christian frunce el ceño, pero creo que tiene sus sospechas. Clark se levanta para irse justo cuando la doctora Singh y dos residentes entran en la habitación.

Después de un exhaustivo examen, la doctora Singh declara que estoy lo bastante bien para irme a casa. Christian suspira de alivio.

—Señora Grey, tendrá que estar atenta a cualquier empeoramiento de los dolores de cabeza o la aparición de visión borrosa. Si ocurriera eso, debe volver al hospital inmediatamente.

Asiento intentando contener mi entusiasmo por volver a casa.

Cuando la doctora Singh se va, Christian le pregunta si tiene un momento para una breve consulta en el pasillo. Deja la puerta entreabierta mientras le hace la pregunta. Ella sonríe.

—Sí, señor Grey, no hay problema
Él sonríe y vuelve a la habitación más feliz.

—¿De qué iba eso?

—De sexo —me dice dedicándome una sonrisa maliciosa.

Oh. Me ruborizo.

—¿Y?

—Estás en perfectas condiciones para eso. —
Vuelve a sonreír.

¡Oh, Christian!

—Tengo dolor de cabeza —le digo respondiéndole con otra sonrisa.

—Lo sé. Nos mantendremos al margen por un tiempo, pero quería estar seguro.

¿Al margen? Frunzo el ceño ante la punzada momentánea de decepción que siento. No estoy segura de querer que estemos al margen.

La enfermera Nora viene para quitarme el gotero. Atraviesa a Christian con la mirada. Creo que, de

todas las mujeres que he conocido, ella es una de las pocas que es inmune a sus encantos. Le doy las gracias cuando se va con el gotero.

—¿Quieres que te lleva a casa? —me pregunta Christian.

—Quiero ver a Ray primero.

—Claro.

—¿Sabe lo del bebé?

—Creí que querías contárselo tú. Tampoco se lo he contado a tu madre.

—Gracias. —Le sonrío, agradecida de que no me haya estropeado el momento de la revelación.

—Mi madre sí lo sabe —añade—. Vio tu historial. Se lo he dicho a mi padre, pero a nadie más. Mi madre dice que las parejas suelen esperar doce semanas más o menos... para estar seguros. —Se encoge de hombros.

—No sé si estoy lista para decírselo a Ray.

—Tengo que avisarte: está enfadadísimo. Me dijo que debía darte unos azotes.

¿Qué? Christian ríe ante mi expresión asombrada.

—Le dije que estaría encantado de hacerlo.

—¡No! —digo con horror, aunque un eco de esa conversación en susurros vuelve lejanamente a mi memoria. Sí, Ray estuvo aquí mientras yo estaba inconsciente...

Me guiña un ojo.

—Taylor te ha traído ropa limpia. Te ayudaré a vestirte.

Como me ha dicho Christian, Ray está furioso. Creo que no le he visto nunca así de enfadado. Christian

ha decidido, sabiamente, dejarnos solos. Aunque normalmente es un hombre taciturno, hoy Ray llena la habitación del hospital con su discurso, regañándome por mi conducta irresponsable. Vuelvo a tener doce años.

Oh, papá, por favor, cálmate. Tu tensión no está para estas cosas...

—Y he tenido que vérmelas con tu madre —gruñe agitando ambas manos, irritado.

—Papá, lo siento.

—¡Y el pobre Christian! Nunca le había visto así. Ha envejecido. Los dos hemos envejecido unos cuantos años en los últimos dos días.

—Ray, lo siento.

—Tu madre está esperando que la llames —dice en un tono más moderado.

Le doy un beso en la mejilla y por fin abandona su diatriba.

—La llamaré. De verdad que lo siento. Pero gracias por enseñarme a disparar.

Durante un momento me mira con un orgullo paterno que no puede ocultar.

—Me alegro de que sepas disparar al blanco —dice con voz áspera—. Vete a casa y descansa.

—Te veo bien, papá. —Intento cambiar de tema.

—Tú estás pálida. —De repente su miedo es evidente. Su mirada es igual que la de Christian anoche. Le cojo la mano.

—Estoy bien. Y prometo no volver a hacer nada parecido nunca más.

Me aprieta la mano y me atrae hacia él para darme un abrazo.

—Si te pasara algo... —susurra con la voz baja y ronca. Se le llenan los ojos de lágrimas. No estoy acostumbrada a las demostraciones de emoción por parte de mi padre.

—Papá, estoy bien. Nada que no pueda curar una ducha caliente.

Salimos por la puerta de atrás del hospital para evitar a los paparazzi que están en la entrada. Taylor nos lleva hasta el todoterreno que nos espera.

Christian está muy callado mientras Sawyer nos lleva a casa. Yo evito la mirada de Sawyer por el retrovisor, avergonzada porque la última vez que lo vi fue cuando le di esquinazo en el banco. Llamo a mi madre, que llora y llora. Necesito casi todo el viaje hasta casa para calmarla, pero al fin lo consigo prometiéndole que iré a verla pronto. Durante toda la conversación con ella Christian me coge de la mano y me acaricia los nudillos con el pulgar. Está nervioso... Ha sucedido algo.

—¿Qué ocurre? —le pregunto cuando consigo librarme de mi madre.

—Welch quiere verme.

—¿Welch? ¿Por qué?

—Ha encontrado algo sobre ese cabrón de Hyde.

—Los labios de Christian se crispan y un destello de miedo cruza su cara—. No ha querido decírmelo por teléfono.

—Oh.

—Va a venir esta tarde desde Detroit.

—¿Crees que ha encontrado una conexión?

Christian asiente.

—¿Qué crees que es?

—No tengo ni idea. —Arruga la frente, perplejo.

Taylor entra en el garaje del Escala y se detiene junto al ascensor para que salgamos antes de ir a aparcar. En el garaje podemos evitar la atención de los fotógrafos que hay afuera. Christian me ayuda a salir del coche y, manteniéndome un brazo alrededor de la cintura, me lleva hasta el ascensor que espera.

—¿Contenta de volver a casa? —me pregunta.

—Sí —susurro. Pero cuando me veo de pie en el ambiente familiar del ascensor, la enormidad de todo por lo que he pasado cae con todo su peso sobre mí y empiezo a temblar.

—Vamos... —Christian me envuelve con sus brazos y me atrae hacia él—. Estás en casa. Estás a salvo —me dice dándome un beso en el pelo.

—Oh, Christian. —Un dique que ni siquiera sabía que estaba ahí estalla y empiezo a sollozar.

—Chis —me susurra Christian, acunando mi cabeza contra su pecho.

Pero ya es demasiado tarde. Sollozo contra su camiseta, abrumada, recordando el malvado ataque de Jack («¡Esto es por lo de Seattle Independent Publishing, zorra!»), el momento en que me vi obligada a decirle a Christian que le dejaba («¿Vas a dejarme?»), y el miedo, el terror que me atenazaba las entrañas por Mia, por mí y por mi pequeño Bip.

Cuando las puertas del ascensor se abren, Christian me coge en brazos como a una niña y me lleva hasta el vestíbulo. Le rodeo el cuello con los brazos y me pego a él gimiendo muy bajo.

Me lleva hasta nuestro baño y me deja con cuidado en la silla.

—¿Un baño? —me pregunta.

Niego con la cabeza. No... No... No como Leila.

—¿Y una ducha? —Tiene la voz ahogada por la preocupación.

Asiento entre lágrimas. Quiero quitarme todo lo malo de los últimos días, que se vayan con el agua los recuerdos del ataque de Jack. «Zorra cazafortunas.» Sollozo cubriéndome la cara con las manos mientras el sonido del agua que sale de la ducha resuena contra las paredes.

—Vamos... —me arrulla Christian con voz suave. Se arrodilla delante de mí, me aparta las manos de las mejillas llenas de lágrimas y me rodea la cara con las suyas. Le miro y parpadeo para apartar las lágrimas.

—Estás a salvo. Los dos estáis a salvo —susurra.

Bip y yo. Los ojos se me llenan de lágrimas otra vez.

—Basta ya. No puedo soportar verte llorar. —Tiene la voz ronca. Me limpia las mejillas con los pulgares, pero las lágrimas siguen cayendo.

—Lo siento, Christian. Lo siento mucho por todo. Por preocuparte, por arriesgarlo todo... Por las cosas que dije.

—Chis, nena, por favor. —Me da un beso en la frente—. Yo soy quien lo siente. Hacen falta dos para discutir, Ana. —Me dedica una media sonrisa—. Bueno, eso es lo que siempre dice mi madre. Dije e hice cosas de las que no estoy orgulloso. —Sus ojos grises se ven sombríos pero arrepentidos—. Vamos a quitarte la ropa

—dice con voz suave. Me limpio la nariz con el dorso de la mano y él me da otro beso en la frente.

Me desnuda con eficiencia, teniendo especial cuidado al quitarme la camiseta por la cabeza. Aunque la cabeza no me duele mucho. Me ayuda a entrar en la ducha y se quita la ropa en un tiempo récord antes de meterse bajo la agradable agua caliente conmigo. Me atrae hacia sus brazos y me abraza durante mucho rato mientras el agua cae sobre nosotros, relajándonos.

Deja que lllore contra su pecho. De vez en cuando me besa el pelo, pero no me suelta y me acuna suavemente bajo el agua caliente. Siento su piel contra la mía, el vello de su pecho contra mi mejilla... Es el hombre que tanto quiero, el hombre guapísimo que duda de sí mismo y que he estado a punto de perder por mi imprudencia. Siento dolor y vacío al pensarlo, pero estoy agradecida de que siga aquí, todavía aquí a pesar de todo lo que ha pasado.

Todavía tiene que darme algunas explicaciones, pero ahora quiero disfrutar de esos brazos reconfortantes y protectores con los que me rodea. Y en ese momento tomo conciencia de una cosa: cualquier explicación tiene que salir de él. No puedo presionarle; tiene que querer decírmelo. No quiero ser la esposa pesada que está siempre intentando sacarle información a su marido. Es agotador. Sé que me quiere. Sé que me quiere más de lo que ha querido nunca a nadie, y por ahora eso es suficiente. Saberlo es liberador. Dejo de llorar y me aparto un poco.

—¿Mejor? —me pregunta.

Asiento.

—Bien. Déjame verte —me dice, y durante un instante no sé a qué se refiere, pero veo que me coge la mano y me examina el brazo sobre el que caí cuando Jack me golpeó. Tengo hematomas en el hombro y arañazos en el codo y la muñeca. Me da un beso en todos ellos. Coge una esponja y el gel de la estantería y de repente el dulce olor familiar del jazmín me llena la nariz.

—Vuélvete.

Muy lentamente me va lavando el brazo herido, después el cuello, los hombros, la espalda y el otro brazo. Me gira hacia un lado y me recorre con sus dedos largos el costado. Hago una mueca de dolor cuando pasan sobre el gran hematoma que tengo en la cadera. Los ojos de Christian se endurecen y frunce los labios. Su ira es palpable y suelta el aire con los dientes apretados.

—No me duele —digo para tranquilizarle.

Sus ardientes ojos grises se encuentran con los míos.

—Quiero matarle. Y casi lo hago —susurra críptico. Frunzo el ceño y me estremezco ante su expresión lúgubre. Echa más gel en la esponja y con una suavidad tierna y casi dolorosa me va lavando el costado, el culo y después se arrodilla para bajar por las piernas. Se detiene para examinarme la rodilla y me roza el hematoma con los labios antes de seguir lavándome las piernas y los pies. Extiendo la mano y le acaricio la cabeza, pasándole los dedos entre el pelo húmedo. Se pone de pie y recorre con los dedos el borde del hematoma de las costillas, donde Hyde me dio la patada—. Oh, nena —gruñe con la voz llena de angustia y los ojos oscuros por la furia.

—Estoy bien. —Acercó su cara a la mía y le beso en los labios. Duda a la hora de responderme, pero cuando mi lengua se encuentra con la suya, su cuerpo se revuelve contra el mío.

—No —susurra contra mis labios y se aparta—. Voy a lavarte para que quedes limpia.

Su expresión es seria. Maldita sea... Lo dice en serio. Hago un mohín y el ambiente entre nosotros se relaja un instante. Me sonrío y me da un beso breve.

—Limpia —repite—. No sucia.

—Me gusta más sucia.

—A mí también, señora Grey. Pero ahora no, aquí no. —Coge el champú y antes de que pueda persuadirle de otra cosa, empieza a lavarme el pelo.

También me gusta estar limpia, la verdad. Me siento fresca y revitalizada y no sé si es por la ducha, por el llanto o por la decisión de dejar de agobiar a Christian. Él me envuelve en una toalla grande y se rodea la cadera con otra mientras yo me seco el pelo con cuidado. Me duele la cabeza, pero es un dolor sordo y persistente que se puede soportar. La doctora Singh me ha dado más analgésicos, pero me ha dicho que no me los tome a no ser que sea absolutamente necesario.

Mientras me seco el pelo, pienso en Elizabeth.

—Sigo sin entender por qué Elizabeth estaba involucrada con Jack.

—Yo sí —murmura Christian con mal humor.

Eso es nuevo para mí. Le miro con el ceño fruncido, pero me distrae. Se está secando el pelo con una toalla y tiene el pecho y los hombros todavía

húmedos con gotas de agua que brillan bajo los halógenos. Para un momento y me sonrío.

—¿Disfrutando de la vista?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto intentando ignorar que me ha pillado mirándole fijamente.

—¿Que te gusta la vista? —bromea.

—No —digo con el ceño fruncido—. Lo de Elizabeth.

—El detective Clark lo dejó caer.

Le miro con una expresión que dice «cuéntamelo». Vuelve a la superficie otro molesto recuerdo de cuando estaba inconsciente. Clark estuvo en mi habitación. Ojalá me acordara de lo que dijo.

—Hyde tenía vídeos. Vídeos de todas, en varias memorias USB.

¿Qué? Frunzo tanto el ceño que empieza a tirarme la piel de la frente.

—Vídeos de él follando con ella y con todas sus ayudantes.

¡Oh!

—Exacto. Las chantajeaba con ese material. Y le gusta el sexo duro. —Christian frunce el ceño y veo que por su cara cruza la confusión y después el asco. Palidece cuando ese asco se convierte en odio por sí mismo. Claro... A Christian también le gusta el sexo duro.

—No. —La palabra sale de mi boca antes de que pueda detenerla.

Su ceño se hace más profundo.

—¿No qué? —Se queda parado y me mira con aprensión.

—Tú no te pareces en nada a él.

Los ojos de Christian se endurecen pero no dice nada, lo que me confirma que eso era exactamente lo que estaba pensando.

—No eres como él —digo con voz firme.

—Estamos cortados por el mismo patrón.

—No, no es cierto —respondo, aunque entiendo por qué lo piensa.

Recuerdo la información que Christian nos contó cuando íbamos a Aspen en el avión: «Su padre murió en una pelea en un bar. Su madre se ahogó en alcohol para olvidar. De pequeño no hizo más que entrar y salir de casas de acogida... Y meterse en problemas. Sobre todo robos de coches. Pasó un tiempo en un centro de menores».

—Los dos tenéis un pasado problemático y los dos nacisteis en Detroit, eso es todo, Christian. —Cierro las manos para convertirlas en puños y las apoyo en las caderas.

—Ana, tu fe en mí es conmovedora teniendo en cuenta lo que ha pasado en los últimos días. Sabremos más cuando venga Welch —dice para zanzar el tema.

—Christian...

Me detiene con un beso.

—Basta —me dice, y yo recuerdo que acabo de prometerme a mí misma que no le iba a presionar para que me dé información—. Y no me hagas un mohín —añade—. Vamos. Deja que te seque el pelo.

Y sé que con eso el tema está zanjado.

Después de vestirme con pantalones de chándal y una camiseta, me siento entre las piernas de Christian mientras me seca el pelo.

—¿Te dijo Clark algo más mientras yo estaba inconsciente?

—No que yo recuerde.

—Oí alguna de tus conversaciones.

Deja de cepillarme el pelo.

—¿Ah, sí? —me pregunta en un tono despreocupado.

—Sí, con mi padre, con tu padre, con el detective Clark... Y con tu madre.

—¿Y con Kate?

—¿Kate estuvo allí?

—Sí, brevemente. Está furiosa contigo.

Me giro en su regazo.

—Deja ya ese rollo de «todo el mundo está enfadado contigo, Ana», ¿vale?

—Solo te digo la verdad —responde Christian, divertido por mi arrebató.

—Sí, fue algo imprudente, pero ya lo sabes, tu hermana estaba en peligro.

Su expresión se vuelve seria.

—Sí, cierto. —Apaga el secador y lo deja en la cama a su lado. Me coge la barbilla—. Gracias —me dice sorprendiéndome—. Pero ni una sola imprudencia más. La próxima vez te azotaré hasta que ya no lo puedas soportar más.

Doy un respingo.

—¡No te atreverás!

—Sí me atreveré. —Está serio. Madre mía. Muy serio—. Y tengo el permiso de tu padrastro. —Sonríe burlón. Está bromeando. ¿O no? Me lanzo contra él y él se gira, así que ambos caemos sobre la cama, yo entre

sus brazos. Cuando aterrizamos siento el dolor de las costillas y hago una mueca.

Christian se queda pálido.

—¡Haz el favor de comportarte! —me reprende y veo que por un momento está enfadado.

—Lo siento —murmuro acariciándole la mejilla.

Me acaricia la mano con la nariz y le da un beso suave.

—Ana, es que nunca te preocupas por tu propia seguridad. —Me levanta un poco el dobladillo de la camiseta y coloca los dedos sobre mi vientre. Yo dejo de respirar—. Y ahora ya no se trata solo de ti —susurra, y recorre con las yemas de los dedos la cintura de los pantalones del chándal, acariciándome la piel. El deseo explota en mi sangre, inesperado, caliente y fuerte. Doy un respingo y Christian se pone tenso, detiene el movimiento de sus dedos y me mira. Sube la mano y me coloca un mechón de pelo tras la oreja.

—No —susurra.

¿Qué?

—No me mires así. He visto los hematomas. Y la respuesta es no. —Su voz es firme y me da un beso en la frente.

Me retuerzo.

—Christian —gimoteo.

—No. A la cama —me ordena y se sienta.

—¿A la cama?

—Necesitas descansar.

—Te necesito a ti.

Cierra los ojos y niega con la cabeza, como si le estuviera costando un gran esfuerzo. Cuando vuelve a abrirlos, los ojos le brillan por la resolución.

—Haz lo que te he dicho, Ana.

Estoy tentada de quitarme la ropa, pero recuerdo los hematomas y sé que así no conseguiré convencerle.

Asiento a regañadientes.

—Vale —concedo, pero hago un mohín deliberadamente exagerado.

Él sonrío divertido.

—Te traeré algo de comer.

—¿Vas a cocinar tú? —No me lo puedo creer.

Se ríe.

—Voy a calentar algo. La señora Jones ha estado ocupada.

—Christian, yo lo haré. Estoy bien. Si tengo ganas de sexo, seguro que puedo cocinar... —Me siento con dificultad, intentando ocultar el dolor que me provocan las costillas.

—¡A la cama! —Los ojos de Christian centellean y señala la almohada.

—Ven conmigo —susurro deseando llevar algo más seductor que pantalones de chándal y una camiseta.

—Ana, métete en la cama. Ahora.

Le miro con el ceño fruncido, me levanto y dejo caer al suelo los pantalones de una forma muy poco ceremoniosa, sin dejar de mirarle todo el tiempo. Sus labios se curvan divertidos mientras aparta la colcha.

—Ya has oído a la doctora Singh. Ha dicho que descansas. —Su voz es más suave. Me meto en la cama y cruzo los brazos, frustrada—. Quédate ahí —dice. Está disfrutando de esto, es evidente.

Yo frunzo el ceño aún más.

El estofado de pollo de la señora Jones es, sin duda, uno de mis platos favoritos. Christian come conmigo, sentado con las piernas cruzadas en medio de la cama.

—Lo has calentado muy bien —le digo con una sonrisa burlona y él me la devuelve. Estoy llena y me está entrando sueño. ¿Sería ese su plan?

—Pareces cansada. —Me recoge la bandeja.

—Lo estoy.

—Bien. Duerme. —Me da un beso—. Tengo que hacer unas cosas de trabajo. Las haré aquí, si no te importa.

Asiento mientras libro una batalla perdida contra mis párpados. No tenía ni idea de que el estofado de pollo podía ser tan agotador.

Está oscureciendo cuando me despierto. Una luz rosa pálido inunda la habitación. Christian está sentado en el sillón mirándome, con los ojos grises iluminados por la luz. Tiene unos papeles en la mano y la cara cenicienta.

¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —le pregunto sentándome bruscamente e ignorando la protesta de mis costillas.

—Welch acaba de irse.

Oh, mierda...

—¿Y?

—Yo viví con ese cabrón —susurra.

—¿Que viviste? ¿Con Jack?

Asiente con los ojos como platos.

—¿Estáis emparentados?

—No, Dios mío, no.

Me giro, aparto la colcha y le invito a venir a la cama a mi lado. Para mi sorpresa, no lo duda un segundo. Se quita los zapatos y se mete en la cama junto a mí. Rodeándome con un brazo se acurruca y apoya la cabeza en mi regazo. Estoy asombrada. ¿Qué es esto?

—No lo entiendo —murmuro acariciándole el pelo y mirándole. Christian cierra los ojos y arruga la frente, como si se esforzara por recordar.

—Después de que me encontraran con la puta adicta al crack y antes de irme a vivir con Carrick y Grace, estuve un tiempo bajo la custodia del estado de Michigan. Viví en una casa de acogida. Pero no recuerdo nada de entonces.

La mente me va a mil por hora. ¿Una casa de acogida? Eso es nuevo para los dos.

—¿Cuánto tiempo? —le susurro.

—Dos meses o así. Yo no recuerdo nada.

—¿Has hablado con tu madre y con tu padre de ello?

—No.

—Tal vez deberías. Quizá ellos podrían ayudarte con esas lagunas.

Me abraza con fuerza.

—Mira. —Me pasa los papeles que tiene en la mano, que resultan ser dos fotografías. Estiro el brazo y enciendo la lamparilla para poder examinarlas con detalle. La primera es de una casa bastante antigua con una puerta principal amarilla y una gran ventana con un tejado a dos aguas. Tiene un porche y un pequeño patio delantero. Es una casa sin nada especial.

La segunda foto es de una familia, a primera vista una familia normal de clase media: un hombre con su esposa, diría yo, y sus hijos. Los dos adultos llevan unas vulgares camisetas azules que han soportado mucho lavados. Deben de tener unos cuarenta y tantos. La mujer tiene el pelo rubio recogido y el hombre lleva el pelo cortado a cepillo muy corto. Los dos sonríen cálidamente a la cámara. El hombre rodea con el brazo los hombros de una niña adolescente con expresión hosca. Observo a los niños: dos chicos, gemelos idénticos, de unos doce años, ambos con el pelo rubio y sonriendo ampliamente a la cámara. Hay otro niño más joven con el pelo rubio rojizo, que frunce el ceño. Y detrás de él, un niño pequeño con el pelo cobrizo y los ojos grises muy abiertos, asustado, vestido con ropa desigual y agarrando una mantita de niño sucia.

Joder.

—Eres tú —susurro y noto el corazón en la garganta. Sé que Christian tenía cuatro años cuando murió su madre. Pero ese niño parece más pequeño. Debió de sufrir una malnutrición grave. Reprimo un sollozo y noto que se me llenan los ojos de lágrimas. Oh, mi dulce Cincuenta...

Christian asiente.

—Sí, soy yo.

—¿Welch te ha traído estas fotos?

—Sí. Yo no me acuerdo de nada de eso. —Su voz suena átona y sin vida.

—¿Que no recuerdas haber estado con unos padres de acogida? ¿Y por qué ibas a recordarlo? Christian, fue hace mucho tiempo. ¿Eso es lo que te preocupa?

—Recuerdo otras cosas, de antes y de después. Cuando conocí a mi madre y a mi padre. Pero eso... Es como si hubiera un gran vacío.

Se me encoge el corazón cuando lo comprendo. Mi querido obseso del control necesita que todo esté en su lugar y ahora acaba de darse cuenta de que le falta una pieza del puzle.

—¿Jack está en esta foto?

—Sí, es el niño mayor.

Christian tiene los ojos cerrados con fuerza y se agarra a mí como si fuera un salvavidas. Le paso los dedos por el pelo mientras estudio al niño más grande, que mira a la cámara desafiante y arrogante. Sí, es Jack, le reconozco. Pero solo es un niño, un niño triste de ocho o nueve años que intenta ocultar su miedo detrás de esa hostilidad. Algo vuelve a mi mente.

—Cuando Jack me llamó para decirme que tenía a Mia, me dijo que si las cosas hubieran sido diferentes podría haber sido él.

Christian cierra otra vez los ojos y se estremece.

—¡Ese cabrón!

—¿Crees que ha hecho todo esto porque los Grey te adoptaron a ti en vez de a él?

—¿Quién sabe? —El tono de Christian es amargo—. Ese hombre me importa una mierda.

—Tal vez sabía que tú y yo salíamos cuando fui a hacer la entrevista de trabajo. Quizá planeó seducirme desde el principio.

Noto que la bilis se me sube a la garganta.

—No lo creo —susurra Christian ya con los ojos abiertos—. Las búsquedas que hizo sobre mi familia no empezaron hasta más o menos una semana después de

que empezaras a trabajar en Seattle Independent Publishing. Barney sabe las fechas exactas. Y, Ana, se tiró a todas sus ayudantes. Y lo grabó. —Christian cierra los ojos y me abraza más fuerte otra vez.

Reprimiendo el escalofrío que me recorre, intento recordar las conversaciones que tuve con Hyde cuando empecé en Seattle Independent Publishing. Desde el principio supe que ese hombre no era trigo limpio, pero ignoré mis instintos. Christian tiene razón; no tengo ninguna consideración por mi propia seguridad. Recuerdo la pelea que tuvimos cuando le dije que me iba a Nueva York con Jack. Madre mía... Podría haber acabado en alguna sórdida cinta de contenido sexual. Solo pensarlo me dan náuseas. Y en ese momento recuerdo las fotos que Christian guardaba de sus sumisas.

Oh, mierda. «Estamos cortados por el mismo patrón.» No, Christian, tú no, no te pareces en nada a él. Sigue enroscado a mi lado como un niño.

—Christian, creo que deberías hablar con tu madre y con tu padre. —No quiero moverle, así que me muevo yo y me voy metiendo más en la cama hasta que mis ojos quedan a la altura de los suyos.

Una mirada gris perpleja se encuentra con la mía y me recuerda al niño de la foto.

—Deja que les llame —susurro. Él niega con la cabeza—. Por favor —le suplico.

Christian me mira con los ojos llenos de dolor y de dudas mientras reflexiona sobre lo que le digo. ¡Oh, Christian, por favor!

—Yo les llamaré —dice al fin.

—Bien. Podemos ir a verles juntos o puedes ir tú solo, como prefieras.

—No, que vengan aquí.

—¿Por qué?

—No quiero que tú vayas a ninguna parte.

—Christian, creo que podré soportar un viaje en coche.

—No. —Su voz es firme, pero me dedica una sonrisa irónica—. De todas formas es sábado por la noche; seguro que están en alguna función.

—Llámales. Estas noticias te han alterado. Tal vez ellos puedan arrojar algo de luz sobre el tema. —Miro el reloj despertador. Son casi las siete de la tarde. Me observa impasible durante un momento.

—Vale —dice como si acabara de proponerle un desafío. Se sienta y coge el teléfono que hay en la mesita.

Le rodeo con un brazo y apoyo la cabeza en su pecho mientras hace la llamada.

—¿Papá? —Noto su sorpresa cuando Carrick coge el teléfono—. Ana está bien. Estamos en casa. Welch acaba de irse. Ha encontrado la conexión... Es la casa de acogida en Detroit... Yo no me acuerdo de nada de eso. —La voz de Christian es apenas audible cuando dice esa última frase. Se me vuelve a encoger el corazón. Le abrazo y él me aprieta un poco el hombro.

—Sí... ¿Lo haríais?... Genial. —Cuelga—. Vienen para acá. —Sueno sorprendido y me doy cuenta de que probablemente nunca antes ha pedido ayuda.

—Bien. Debería vestirme.

El brazo de Christian se aprieta a mi alrededor.

—No te vayas.

—Vale.

Me acurruco a su lado otra vez, sorprendida por el hecho de que acaba de contarme muchas cosas sobre él... Y de una forma completamente voluntaria.

Estamos de pie en el umbral del salón. Grace me abraza con cuidado.

—Ana, Ana, querida Ana —susurra—. Has salvado a dos de mis hijos. ¿Cómo voy a poder darte las gracias?

Me ruborizo, conmovida y avergonzada por igual por sus palabras. Carrick me abraza también y me da un beso en la frente.

Después me abraza Mia, aplastándome las costillas. Hago un gesto de dolor y doy un respingo, pero ella no se da cuenta.

—Gracias por salvarme de esos dos desgraciados.

Christian la mira frunciendo el ceño.

—¡Mia! ¡Cuidado! Le duele...

—¡Oh! Lo siento.

—Estoy bien —murmuro, aliviada de que me haya soltado.

Parece estar bien. Va impecablemente vestida con unos vaqueros negros ajustados y una blusa de volantes rosa pálido. Me alegro de llevar un cómodo vestido atado a la cintura y unos zapatos planos. Al menos estoy razonablemente presentable.

Corre hasta Christian y le rodea la cintura con los brazos.

Sin decir nada, Christian le pasa la foto a Grace. Ella da un respingo y se lleva la mano a la boca para contener la emoción porque reconoce instantáneamente

a Christian. Carrick le rodea los hombros con el brazo mientras él también mira la foto.

—Oh, cariño... —Grace le acaricia la mejilla a Christian.

Aparece Taylor.

—¿Señor Grey? Su hermano, la señorita Kavanagh y el hermano de la señorita Kavanagh están subiendo, señor.

Christian frunce el ceño.

—Gracias, Taylor —murmura desconcertado.

—Yo llamé a Elliot y le dije que veníamos. —Mia sonríe—. Es una fiesta de bienvenida.

Miro compasiva a mi pobre marido mientras Grace y Carrick le lanzan una mirada a Mia, irritados.

—Será mejor que preparemos algo de comer —declaro—. Mia, ¿me ayudas?

—Oh, claro, encantada.

La llevo hacia la zona de la cocina y Christian se lleva a sus padres al estudio.

A Kate está a punto de darle una apoplejía por culpa de su justa indignación. Su furia está dirigida en parte a mí y a Christian, pero sobre todo a Jack y Elizabeth.

—Pero ¿en qué estabas pensando, Ana? —me grita cuando se enfrenta a mí en la cocina, lo que provoca que todos los ojos se giren hacia nosotras y se nos queden mirando.

—Kate, por favor. ¡Ya me ha echado todo el mundo el mismo sermón! —replico. Ella me mira fijamente y por un momento creo que me va a someter a la charla de cómo no sucumbir a las demandas de los

secuestradores de Katherine Kavanagh, pero solo se cruza de brazos.

—Dios mío... A veces no utilizas ese cerebro con el que naciste, Steele —me susurra. Me da un beso en la mejilla y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas. ¡Oh, Kate!—. He estado tan preocupada por ti.

—No llores o empezaré yo también.

Ella se aparta y se enjuga las lágrimas, avergonzada. Después respira hondo y recupera la compostura.

—Hablando de algo más positivo, ya hemos decidido una fecha para nuestra boda. Hemos pensado en el próximo mayo. Y claro, quiero que seas mi dama de honor.

—Oh... Kate... Uau. ¡Felicidades!

Vaya... Pequeño Bip... ¡Junior!

—¿Qué pasa? —pregunta malinterpretando mi gesto de alarma.

—Mmm... Es solo que me alegro tanto por ti... Buenas noticias para variar. —La rodeo con los brazos y la atraigo hacia mí para abrazarla. Mierda, mierda, mierda. ¿Cuándo llegará Bip? Calculo mentalmente cuándo debería salir de cuentas. La doctora Greene me ha dicho que en cuatro o cinco semanas, así que... ¿algún día de mayo? Mierda.

Elliot me pasa una copa de champán.

Oh, mierda.

Christian sale del estudio con la cara cenicienta y sigue a sus padres hasta el salón. Abre mucho los ojos cuando ve la copa en mi mano.

—Kate —la saluda fríamente.

—Christian. —Ella es igual de fría. Suspiro.

—Señora Grey, está tomando medicamentos — dice mirando la copa que tengo en la mano.

Entorno los ojos. Maldita sea. Quiero una copa. Grace sonrío y viene a la cocina conmigo, cogiendo una copa de manos de Elliot al pasar.

—Un sorbito no le va a hacer daño —susurra guiñándome el ojo con complicidad y levantando la copa para brindar conmigo. Christian nos mira a las dos con el ceño fruncido hasta que Elliot le distrae con las últimas noticias sobre el partido entre los Mariners y los Rangers.

Carrick se une a nosotras y nos rodea con el brazo a ambas. Grace le da un beso en la mejilla antes de ir a sentarse con Mia en el sofá.

—¿Qué tal está? —le pregunto a Carrick en un susurro cuando él y yo nos quedamos solos de pie en la cocina, observando a la familia acomodarse en los sofás. Advierto con sorpresa que Mia y Ethan están cogidos de la mano.

—Impresionado —contesta Carrick, arrugando la frente y con cara seria—. Recuerda tantas cosas de su vida con su madre biológica... Ojalá no recordara tantas. Pero eso... —Se detiene—. Espero que hayamos podido ayudarle. Me alegro de que nos llamara. Ha dicho que ha sido sugerencia tuya. —La mirada de Carrick se suaviza. Me encojo de hombros y tomo un breve sorbo de champán—. Eres muy buena para él. Normalmente no escucha a nadie.

Frunzo el ceño. No creo que eso sea cierto. El espectro de la bruja aparece inoportunamente y su sombra es alargada en mi mente. Y sé que Christian habla con Grace, también. Le he oído. Vuelvo a sentir frustración al intentar recordar su conversación en el

hospital, que sigue escapándose entre mis dedos cuando intento agarrarla.

—Vamos a sentarnos, Ana. Pareces cansada. Estoy seguro de que no esperabas que apareciéramos todos aquí esta noche.

—Me alegro de veros a todos. —Sonrío. Es cierto, me alegro. Soy una hija única que se ha casado con una familia grande y gregaria, y eso me encanta. Me acurruco al lado de Christian.

—Un sorbo —me dice entre dientes, y me quita la copa de la mano.

—Sí, señor. —Aleteo las pestañas y eso le desarma completamente. Me rodea los hombros con el brazo y vuelve a su conversación sobre béisbol con Elliot y Ethan.

—Mis padres creen que eres milagrosa —me dice Christian mientras se quita la camiseta.

Estoy hecha un ovillo en la cama, disfrutando del espectáculo.

—Por lo menos tú sabes que no es verdad. —Río entre dientes.

—Oh, yo no sé nada. —Se quita los vaqueros.

—¿Han podido ayudarte a rellenar las lagunas?

—Algunas. Viví con los Collier durante dos meses mientras mi madre y mi padre esperaban el papeleo. Ya les habían aprobado para la adopción gracias a Elliot, pero la ley obliga a esperar para asegurarse de que no hay ningún pariente vivo que quiera reclamar la custodia.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —le susurro.

Frunce el ceño.

—¿No tener parientes vivos? Me importa una mierda. Si se parecían a la puta adicta al crack... —Niega con la cabeza con asco.

¡Oh, Christian! Eras un niño y querías a tu madre.

Se pone el pantalón del pijama, se mete en la cama y me atrae hacia sus brazos.

—Empiezo a recordar. Recuerdo la comida. La señora Collier cocinaba bien. Y al menos ahora sabemos por qué ese cabrón estaba tan obsesionado con mi familia. —Se pasa la mano libre por el pelo—. ¡Joder! —exclama y se gira de repente para mirarme.

—¿Qué?

—¡Ahora tiene sentido! —Tiene la mirada llena de comprensión.

—¿Qué?

—Pajarillo. La señora Collier solía llamarme «pajarillo».

Frunzo el ceño.

—¿Y eso tiene sentido?

—La nota —me dice mirándome—. La nota de rescate que tenía ese cabrón de Hyde. Decía algo así como: «¿Sabes quién soy? Porque yo sé quién eres, pajarillo».

Para mí no tiene ningún sentido.

—Es de un libro infantil. Dios mío. Los Collier lo tenían. Se llamaba... *¿Eres tú mi mamá?* Mierda. —Abre mucho los ojos—. Me encantaba ese libro.

Oh. Conozco ese libro. Se me encoje el corazón. ¡Cincuenta!

—La señora Collier me lo leía.

No sé qué decir.

—Dios mío. Lo sabía... Ese cabrón lo sabía.

—¿Se lo vas a decir a la policía?

—Sí, se lo diré. Aunque solo Dios sabe lo que va a hacer Clark con esa información. —Christian sacude la cabeza como si intentara aclarar sus pensamientos—. De todas formas, gracias por lo de esta noche.

Uau, cambio de marcha.

—¿Por qué?

—Por reunir a mi familia en un abrir y cerrar de ojos.

—No me des las gracias a mí, dáselas a Mia. Y a la señora Jones, por tener siempre llena la despensa.

Niega con la cabeza como si estuviera irritado. ¿Conmigo? ¿Por qué?

—¿Qué tal se siente, señora Grey?

—Bien. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Frunce el ceño porque no comprende mi preocupación.

Oh, en ese caso... Le rozo el estómago con los dedos y sigo por el vello que baja desde su ombligo.

Ríe y me agarra la mano.

—Oh, no. Ni se te ocurra.

Hago un mohín y él suspira.

—Ana, Ana, Ana, ¿qué voy a hacer contigo? —Me da un beso en el pelo.

—A mí se me ocurren unas cuantas cosas.

Me retuerzo a su lado y hago una mueca cuando el dolor de mis costillas se expande por todo mi torso.

—Nena, has pasado por muchas cosas. Además, te voy a contar un cuento para dormir.

¿Ah, sí?

—Querías saberlo... —Deja la frase sin terminar, cierra los ojos y traga saliva.

Se me pone de punta todo el vello del cuerpo. Mierda.

Empieza a contar con voz suave.

—Imagínate esto. Un chico adolescente que quiere ganarse un dinerillo para poder continuar con una afición secreta: la bebida. —Se gira hacia un lado para que quedemos el uno frente al otro y me mira a los ojos—. Estaba en el patio de los Lincoln, limpiando los escombros y la basura tras la ampliación que el señor Lincoln acababa de hacerle a su casa...

Oh, madre mía... Me lo va a contar.

Apenas puedo respirar. ¿Quiero oírlo? Christian cierra los ojos y vuelve a tragar. Cuando los abre de nuevo brillan, aunque con timidez, llenos de recuerdos perturbadores.

—Era un día caluroso de verano y yo estaba haciendo un trabajo duro. —Ríe entre dientes y niega con la cabeza, de repente divertido—. Era un trabajo agotador el de apartar todos esos escombros. Estaba solo y apareció Ele..., la señora Lincoln de la nada y me trajo un poco de limonada. Empezamos a charlar, hice un comentario atrevido... y ella me dio un bofetón. Un bofetón muy fuerte.

Inconscientemente se lleva la mano a la cara y se frota la mejilla. Los ojos se le oscurecen al recordar. ¡Maldita sea!

—Pero después me besó. Y cuando acabó de besarme, me dio otra bofetada. —Parpadea y sigue pareciendo confuso incluso después de pasado tanto tiempo—. Nunca antes me habían besado ni pegado así.

Oh. Se lanzó sobre él. Sobre un niño...

—¿Quieres oír esto? —me pregunta Christian.

Sí... No...

—Solo si tú quieres contármelo. —Mi voz suena muy baja cuando le miento sin dejar de mirarle. Mi mente es un torbellino.

—Estoy intentando que tengas un poco de contexto.

Asiento de una forma alentadora, espero. Pero sospecho que parezco una estatua, petrificada y con los ojos muy abiertos por la impresión.

Él frunce el ceño y busca mis ojos con los suyos, intentando evaluar mi reacción. Después se tumba boca arriba y mira al techo.

—Bueno, naturalmente yo estaba confuso, enfadado y cachondo como un perro. Quiero decir, una mujer mayor y atractiva se lanza sobre ti así... —Niega con la cabeza como si no pudiera creérselo todavía.

¿Cachondo? Me siento un poco mareada.

—Ella volvió a la casa y me dejó en el patio. Actuó como si nada hubiera pasado. Yo estaba absolutamente desconcertado. Así que volví al trabajo, a cargar escombros hasta el contenedor. Cuando me fui esa tarde, ella me pidió que volviera al día siguiente. No dijo nada de lo que había pasado. Así que regresé al día siguiente. No podía esperar para volver a verla —susurra como si fuera una confesión oscura... tal vez porque lo es—. No me tocó cuando me besó —murmura y gira la cabeza para mirarme—. Tienes que entenderlo... Mi vida era el infierno en la tierra. Iba por ahí con quince años, alto para mi edad, empalmado constantemente y lleno de hormonas. Las chicas del instituto...

No sigue, pero me hago a la idea: un adolescente asustado, solitario y atractivo. Se me encoge el corazón.

—Estaba enfadado, muy enfadado con todo el mundo, conmigo, con los míos. No tenía amigos. El terapeuta que me trataba entonces era un gilipollas

integral. Mi familia me tenía atado en corto, no lo entendían.

Vuelve a mirar al techo y se pasa una mano por el pelo. Yo estoy deseando pasarle también la mano por el pelo, pero permanezco quieta.

—No podía soportar que nadie me tocara. No podía. No soportaba que nadie estuviera cerca de mí. Solía meterme en peleas... joder que sí. Me metí en riñas bastante duras. Me echaron de un par de colegios. Pero era una forma de desahogarme un poco. La única forma de tolerar algo de contacto físico. —Se detiene de nuevo—. Bueno, te puedes hacer una idea. Y cuando ella me besó, solo me cogió la cara. No me tocó. —Casi no le oigo la voz.

Ella debía saberlo. Tal vez Grace se lo dijo. Oh, mi pobre Cincuenta. Tengo que meter las manos bajo la almohada y apoyar la cabeza en ella para resistir la necesidad de abrazarle.

—Bueno, al día siguiente volví a la casa sin saber qué esperar. Y te voy a ahorrar los detalles escabrosos, pero fue más de lo mismo. Así empezó la relación.

Oh, joder, qué doloroso es escuchar esto...

Él vuelve a ponerse de costado para quedar frente a mí.

—¿Y sabes qué, Ana? Mi mundo recuperó la perspectiva. Aguda y clara. Todo. Eso era exactamente lo que necesitaba. Ella fue como un soplo de aire fresco. Tomaba todas las decisiones, apartando de mí toda esa mierda y dejándome respirar.

Madre mía.

—E incluso cuando se acabó, mi mundo siguió centrado gracias a ella. Y siguió así hasta que te conocí.

¿Y qué demonios se supone que puedo decir ahora? Él me coloca un mechón suelto detrás de la oreja.

—Tú pusiste mi mundo patas arriba. —Cierra los ojos y cuando vuelve a abrirlos están llenos de dolor—. Mi mundo era ordenado, calmado y controlado, y de repente tú llegaste a mi vida con tus comentarios inteligentes, tu inocencia, tu belleza y tu tranquila temeridad y todo lo que había antes de ti empezó a parecer aburrido, vacío, mediocre... Ya no era nada.

Oh, Dios mío.

—Y me enamoré —susurra.

Dejo de respirar. Él me acaricia la mejilla.

—Y yo —murmuro con el poco aliento que me queda.

Sus ojos se suavizan.

—Lo sé —dice.

—¿Ah, sí?

—Sí.

¡Aleluya! Le sonrío tímidamente.

—¡Por fin! —susurro.

Él asiente.

—Y eso ha vuelto a situarlo todo en la perspectiva correcta. Cuando era más joven, Elena era el centro de mi mundo. No había nada que no hiciera por ella. Y ella hizo muchas cosas por mí. Hizo que dejara la bebida. Me obligó a esforzarme en el colegio... Ya sabes, me dio un mecanismo para sobrellevar las cosas que antes no tenía, me dejó experimentar cosas que nunca había pensado que podría.

—El contacto —susurro.

Asiente.

—En cierta forma.

Frunzo el ceño, preguntándome qué querrá decir. Él duda ante mi reacción.

¡Dímelo!, le animo mentalmente.

—Si creces con una imagen de ti mismo totalmente negativa, pensando que no eres más que un marginado, un salvaje que nadie puede querer, crees que mereces que te peguen.

Christian... pero tú no eres ninguna de esas cosas.

Hace una pausa y se pasa la mano por el pelo.

—Ana, es más fácil sacar el dolor que llevarlo dentro...

Otra confesión.

Oh.

—Ella canalizó mi furia. —Sus labios forman una línea lúgubre—. Sobre todo hacia dentro... ahora lo veo. El doctor Flynn lleva insistiendo con esto bastante tiempo. Pero solo hace muy poco que conseguí ver esa relación como lo que realmente fue. Ya sabes... en mi cumpleaños.

Me estremezco ante el inoportuno recuerdo que me viene a la mente de Elena y Christian descuartizándose verbalmente en la fiesta de cumpleaños de Christian.

—Para ella esa parte de nuestra relación iba de sexo y control y de una mujer solitaria que encontraba consuelo en el chico que utilizaba como juguete.

—Pero a ti te gusta el control —susurro.

—Sí, me gusta. Siempre me va a gustar, Ana. Soy así. Lo dejé en manos de otra persona por un tiempo. Dejé que alguien tomara todas mis decisiones por mí. No podía hacerlo yo porque no estaba bien. Pero

a través de mi sumisión a ella me encontré a mí mismo y encontré la fuerza para hacerme cargo de mi vida... Para tomar el control y tomar mis propias decisiones.

—¿Convertirte en un dominante?

—Sí.

—¿Eso fue decisión tuya?

—Sí.

—¿Dejar Harvard?

—Eso también fue cosa mía, y es la mejor decisión que he tomado. Hasta que te conocí.

—¿A mí?

—Sí. —Curva los labios para formar una sonrisa—. La mejor decisión que he tomado en mi vida ha sido casarme contigo.

Oh, Dios mío.

—¿No ha sido fundar tu empresa?

Niega con la cabeza.

—¿Ni aprender a volar?

Vuelve a negar.

—Tú —dice y me acaricia la mejilla con los nudillos—. Y ella lo supo —susurra.

Frunzo el ceño.

—¿Ella supo qué?

—Que estaba perdidamente enamorado de ti. Me animó a ir a Georgia a verte, y me alegro de que lo hiciera. Creyó que se te cruzarían los cables y te irías. Que fue lo que hiciste.

Me pongo pálida. Prefiero no pensar en eso.

—Ella pensó que yo necesitaba todas las cosas que me proporcionaba el estilo de vida del que disfrutaba.

—¿El de dominante? —susurro.

Asiente.

—Eso me permitía mantener a todo el mundo a distancia, tener el control, mantenerme alejado... o eso creía. Seguro que has descubierto ya el porqué —añade en voz baja.

—¿Por tu madre biológica?

—No quería que volvieran a herirme. Y entonces me dejaste. —Sus palabras son apenas audibles—. Y yo me quedé hecho polvo.

Oh, no.

—Había evitado la intimidad tanto tiempo... No sabía cómo hacer esto.

—Por ahora lo estás haciendo bien —murmuro. Sigo el contorno de sus labios con el dedo índice. Él los frunce y me da un beso. Estás hablando conmigo, pienso—. ¿Lo echas de menos? —susurro.

—¿El qué?

—Ese estilo de vida.

—Sí.

¡Oh!

—Pero solo porque echo de menos el control que me proporcionaba. Y la verdad es que gracias a tu estúpida hazaña —se detiene—, que salvó a mi hermana —continúa en un susurro lleno de alivio, asombro e incredulidad—, ahora lo sé.

—¿Qué sabes?

—Sé que de verdad me quieres.

Frunzo el ceño.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque he visto que lo arriesgaste todo por mí y por mi familia.

Mi ceño se hace más profundo. Él extiende la mano y sigue con el dedo la línea del medio de mi frente, sobre la nariz.

—Te sale una V aquí cuando frunces el ceño — murmura—. Es un sitio muy suave para darte un beso. Puedo comportarme fatal... pero tú sigues aquí.

—¿Y por qué te sorprende tanto que siga aquí? Ya te he dicho que no te voy a dejar.

—Por la forma en que me comporté cuando me dijiste que estabas embarazada. —Me roza la mejilla con el dedo—. Tenías razón. Soy un adolescente.

Oh, mierda... sí que dije eso. Mi subconsciente me mira fijamente: ¡Su médico lo dijo!

—Christian, he dicho algunas cosas horribles. — Me pone el dedo índice sobre los labios.

—Chis. Merecía oírlas. Además, este es mi cuento para dormir. —Vuelve a ponerse boca arriba.

—Cuando me dijiste que estabas embarazada... —Hace una pausa—. Yo pensaba que íbamos a ser solo tú y yo durante un tiempo. Había pensado en tener hijos, pero solo en abstracto. Tenía la vaga idea de que tendríamos un hijo en algún momento del futuro.

¿Solo uno? No... No, un hijo único no. No como yo. Pero tal vez este no sea el mejor momento para sacar ese tema.

—Todavía eres tan joven... Y sé que eres bastante ambiciosa.

¿Ambiciosa? ¿Yo?

—Bueno, fue como si se me hubiera abierto el suelo bajo los pies. Dios, fue totalmente inesperado. Cuando te pregunté qué te ocurría ni se me pasó por la cabeza que podías estar embarazada. —Suspira—.

Estaba tan furioso... Furioso contigo. Conmigo. Con todo el mundo. Y volví a sentir que no tenía control sobre nada. Tenía que salir. Fui a ver a Flynn, pero estaba en una reunión con padres en un colegio.

Christian se detiene y levanta una ceja.

—Irónico —susurro, y Christian sonríe, de acuerdo conmigo.

—Así que me puse a andar y andar, y simplemente... me encontré en la puerta del salón. Elena ya se iba. Se sorprendió de verme. Y, para ser sincero, yo también estaba sorprendido de encontrarme allí. Ella vio que estaba furioso y me preguntó si quería tomar una copa.

Oh, mierda. Hemos llegado al quid de la cuestión. El corazón empieza a latirme el doble de rápido. ¿De verdad quiero saberlo? Mi subconsciente me mira con una ceja depilada arqueada en forma de advertencia.

—Fuimos a un bar tranquilo que conozco y pedimos una botella de vino. Ella se disculpó por cómo se había comportado la última vez que nos vimos. Le duele que mi madre no quiera saber nada más de ella (eso ha reducido mucho su círculo social), pero lo entiende. Hablamos del negocio, que va bien a pesar de la crisis... Y mencioné que tú querías tener hijos.

Frunzo el ceño.

—Pensaba que le habías dicho que estaba embarazada.

Me mira con total sinceridad.

—No, no se lo conté.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Se encoge de hombros.

—No tuve oportunidad.

—Sí que la tuviste.

—No te encontré a la mañana siguiente, Ana. Y cuando apareciste, estabas tan furiosa conmigo...

Oh, sí...

—Cierto.

—De todas formas, en un momento de la noche, cuando ya íbamos por la mitad de la segunda botella, ella se acercó y me tocó. Y yo me quedé helado —susurra, tapándose los ojos con el brazo.

Se me eriza el vello. ¿Y eso?

—Ella vio que me apartaba. Fue un shock para ambos. —Su voz es baja, demasiado baja.

¡Christian, mírame! Tiro de su brazo y él lo baja, girando la cabeza para enfrentar mi mirada. Mierda. Está pálido y tiene los ojos como platos.

—¿Qué? —pregunto sin aliento.

Frunce el ceño y traga saliva.

Oh, ¿qué es lo que no me está contando? ¿Quiero saberlo?

—Me propuso tener sexo. —Está horrorizado, lo veo.

Todo el aire abandona mi cuerpo. Estoy sin aliento y creo que se me ha parado el corazón. ¡Esa endemoniada bruja!

—Fue un momento que se quedó como suspendido en el tiempo. Ella vio mi expresión y se dio cuenta de que se había pasado de la raya, mucho. Le dije que no. No había pensado en ella así en todos estos años, y además —traga saliva—, te quiero. Y se lo dije, le dije que quiero a mi mujer.

Le miro fijamente. No sé qué decir.

—Se apartó de inmediato. Volvió a disculparse e intentó que pareciera una broma. Dijo que estaba feliz con Isaac y con el negocio y que no estaba resentida con nosotros. Continuó diciendo que echaba de menos mi amistad, pero que era consciente de que mi vida estaba contigo ahora, y que eso le parecía raro, dado lo que pasó la última vez que estuvimos todos juntos en la misma habitación. Yo no podía estar más de acuerdo con ella. Nos despedimos... por última vez. Le dije que no volvería a verla y ella se fue por su lado.

Trago saliva y noto que el miedo me atenaza el corazón.

—¿Os besasteis?

—¡No! —Ríe entre dientes—. ¡No podía soportar estar tan cerca de ella!

Oh, bien.

—Estaba triste. Quería venir a casa contigo. Pero sabía que no me había portado bien. Me quedé y acabé la botella y después continué con el bourbon. Mientras bebía me acordé de algo que me dijiste hace tiempo: «Si hubieras sido mi hijo...». Y empecé a pensar en Junior y en la forma en que empezamos Elena y yo. Y eso me hizo sentir... incómodo. Nunca antes lo había pensado así.

Un recuerdo florece en mi mente: una conversación susurrada de cuando estaba solo medio consciente. Es la voz de Christian: «Pero verla consiguió que volviera a ponerlo todo en contexto y recuperara la perspectiva. Acerca de lo del bebé, ya sabes. Por primera vez sentí que... lo que hicimos... estuvo mal». Hablaba con Grace.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—Oh.

—¿Oh?

—¿Se acabó?

—Sí. Se acabó desde el mismo momento en que posé los ojos en ti por primera vez. Pero esa noche me di cuenta por fin y ella también.

—Lo siento —murmuro.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Por estar tan enfadada al día siguiente.

Él ríe entre dientes.

—Nena, entiendo tu enfado. —Hace una pausa y suspira—. Ana, es que te quiero para mí solo. No quiero compartirte. Nunca antes había tenido lo que tenemos ahora. Quiero ser el centro de tu universo, por un tiempo al menos.

Oh, Christian...

—Lo eres. Y eso no va a cambiar.

Él me dedica una sonrisa indulgente, triste y resignada.

—Ana —me susurra—, eso no puede ser verdad.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Cómo puedes pensarlo? —murmura.

Oh, no.

—Mierda... No llores, Ana. Por favor, no llores. — Me acaricia la cara.

—Lo siento. —Me tiembla el labio inferior. Él me lo acaricia con el pulgar y eso me calma—. No, Ana, no. No lo sientas. Vas a tener otra persona a la que amar. Y tienes razón. Así es cómo tiene que ser.

—Bip te querrá también. Serás el centro del mundo de Bip... de Junior —susurro—. Los niños quieren a sus padres incondicionalmente, Christian. Vienen así al mundo. Programados para querer. Todos los bebés... incluso tú. Piensa en ese libro infantil que te gustaba cuando eras pequeño. Todavía necesitabas a tu madre. La querías.

Arruga la frente y aparta la mano para colocarla convertida en un puño contra su barbilla.

—No —susurra.

—Sí, así es. —Las lágrimas empiezan a caerme libremente—. Claro que sí. No era una opción. Por eso estás tan herido.

Me mira fijamente con la expresión hosca.

—Por eso eres capaz de quererme a mí —murmuro—. Perdónala. Ella tenía su propio mundo de dolor con el que lidiar. Era una mala madre, pero tú la querías.

Sigue mirándome sin decir nada, con los ojos llenos de recuerdos que yo solo empiezo a intuir.

Oh, por favor, no dejes de hablar.

Por fin dice:

—Solía cepillarle el pelo. Era guapa.

—Solo con mirarte a ti nadie lo dudaría.

—Pero era una mala madre —Su voz es apenas audible.

Asiento y él cierra los ojos.

—Me asusta que yo vaya a ser un mal padre.

Le acaricio esa cara que tanto quiero. Oh, mi Cincuenta, mi Cincuenta, mi Cincuenta...

—Christian, ¿cómo puedes pensar ni por un momento que yo te dejaría ser un mal padre?

Abre los ojos y se me queda mirando durante lo que me parece una eternidad. Sonríe y el alivio empieza a iluminar su cara.

—No, no creo que me lo permitieras. —Me acaricia la cara con el dorso de los nudillos, mirándome asombrado—. Dios, qué fuerte es usted, señora Grey. Te quiero tanto... —Me da un beso en la frente—. No sabía que podría quererte así.

—Oh, Christian —susurro intentando contener la emoción.

—Bueno, ese es el final del cuento.

—Menudo cuento...

Sonríe nostálgico, pero creo que está aliviado.

—¿Qué tal tu cabeza?

—¿Mi cabeza?

La verdad es que la tengo a punto de explotar por todo lo que acabas de contarme...

—¿Te duele?

—No.

—Bien. Creo que deberías dormir.

¡Dormir! ¿Cómo voy a poder dormir después de todo esto?

—A dormir —dice categórico—. Lo necesitas.

Hago un mohín.

—Tengo una pregunta.

—Oh, ¿qué? —Me mira con ojos cautelosos.

—¿Por qué de repente te has vuelto tan... comunicativo, por decirlo de alguna forma?

Frunce el ceño.

—Ahora de repente me cuentas todo esto, cuando hasta ahora sacarte información era algo

angustioso y que ponía a prueba la paciencia de cualquiera.

—¿Ah, sí?

—Ya sabes que sí.

—¿Que por qué ahora estoy siendo comunicativo? No lo sé. Tal vez porque te he visto casi muerta sobre un suelo de cemento. O porque voy a ser padre. No lo sé. Has dicho que querías saberlo y no quiero que Elena se interponga entre nosotros. No puede. Ella es el pasado; ya te lo he dicho muchas veces.

—Si no hubiera intentado acostarse contigo... ¿seguiríais siendo amigos?

—Eso ya son dos preguntas...

—Perdona. No tienes por que decírmelo. —Me sonrojo—. Ya me has contado hoy más de lo que podía esperar.

Su mirada se suaviza.

—No, no lo creo. Me parecía que tenía algo pendiente con ella desde mi cumpleaños, pero ahora se ha pasado de la raya y para mí se acabó. Por favor, créeme. No voy a volver a verla. Has dicho que ella es un límite infranqueable para ti y ese es un término que entiendo —me dice con tranquila sinceridad.

Vale. Voy a cerrar este tema ya. Mi subconsciente se deja caer en su sillón: «¡Por fin!».

—Buenas noches, Christian. Gracias por ese cuento tan revelador. —Me acerco para darle un beso y nuestros labios solo se rozan brevemente, porque él se aparta cuando intento hacer el beso más profundo.

—No —susurra—. Estoy loco por hacerte el amor.

—Hazlo entonces.

—No, necesitas descansar y es tarde. A dormir.
—Apaga la lámpara de la mesilla y nos envuelve la oscuridad.

—Te quiero incondicionalmente, Christian —
murmuro y me acurruco a su lado.

—Lo sé —susurra y noto su sonrisa tímida.



Me despierto sobresaltada. La luz inunda la habitación y Christian no está en la cama. Miro el reloj y veo que son las siete y cincuenta y tres. Inspiro hondo y hago una mueca de dolor cuando mis costillas se quejan, aunque ya me duelen un poco menos que ayer. Creo que puedo ir a trabajar. Trabajar... sí. Quiero ir a trabajar.

Es lunes y ayer me pasé todo el día en la cama. Christian solo me dejó ir a hacerle una breve visita a Ray. Sigue siendo un obseso del control. Sonrío cariñosamente. Mi obseso del control. Ha estado atento, cariñoso, hablador... y ha mantenido las manos lejos de mí desde que llegué a casa. Frunzo el ceño. Voy a tener que hacer algo para cambiar eso. Ya no me duele la cabeza y el dolor de las costillas ha mejorado, aunque todavía tengo que tener cuidado a la hora de reírme, pero estoy frustrada. Si no me equivoco, esta es la temporada más larga que he pasado sin sexo desde... bueno, desde la primera vez.

Creo que los dos hemos recuperado nuestro equilibrio. Christian está mucho más relajado; el cuento para dormir parece haber conseguido ahuyentar unos cuantos fantasmas, suyos y míos. Ya veremos.

Me ducho rápido, y una vez seca, busco entre mi ropa. Quiero algo sexy. Algo que anime a Christian a la acción. ¿Quién habría pensado que un hombre tan insaciable podría tener tanto autocontrol? No quiero ni pensar en cómo habrá aprendido a mantener esa disciplina sobre su cuerpo. No hemos hablado de la bruja después de su confesión. Espero que no tengamos que volver a hacerlo. Para mí está muerta y enterrada.

Escojo una falda corta negra casi indecente y una blusa blanca de seda con un volante. Me pongo medias hasta el muslo con el extremo de encaje y los zapatos de tacón negros de Louboutin. Un poco de rimel y de brillo de labios y después de cepillarme el pelo con ferocidad, me lo dejo suelto. Sí. Esto debería servir.

Christian está comiendo en la barra del desayuno. Cuando me ve, deja el tenedor con la tortilla en el aire a medio camino de su boca. Frunce el ceño.

—Buenos días, señora Grey. ¿Va a alguna parte?

—A trabajar. —Sonrío dulcemente.

—No lo creo. —Christian ríe entre dientes, burlón—. La doctora Singh dijo que una semana de reposo.

—Christian, no me voy a pasar todo el día en la cama sola. Prefiero ir a trabajar. Buenos días, Gail.

—Hola, señora Grey. —La señora Jones intenta ocultar una sonrisa—. ¿Quiere desayunar algo?

—Sí, por favor.

—¿Cereales?

—Prefiero huevos revueltos y una tostada de pan integral.

La señora Jones sonríe y Christian muestra su sorpresa.

—Muy bien, señora Grey —dice la señora Jones.

—Ana, no vas a ir a trabajar.

—Pero...

—No. Así de simple. No discutas. —Christian es firme. Le miro fijamente y entonces me doy cuenta de que lleva el mismo pantalón del pijama y la camiseta de anoche.

— T  vas a ir a trabajar? —le pregunto.

—No.

 Me estoy volviendo loca?

—Es lunes,  verdad?

Sonríe.

—Por lo que yo s , s .

Entorno los ojos.

— Vas a hacer novillos?

—No te voy a dejar sola para que te metas en más problemas. Y la doctora Singh dijo que tienes que descansar una semana antes de volver al trabajo,  recuerdas?

Me siento en el taburete a su lado y me subo un poco la falda. La señora Jones coloca una taza de t  delante de mí.

—Te veo bien —dice Christian. Cruzo las piernas—. Muy bien. Sobre todo por aquí. —Roza con un dedo la carne desnuda que se ve por encima de las medias. Se me acelera el pulso cuando su dedo roza mi piel—. Esa falda es muy corta —murmura con una vaga

desaprobación en la voz mientras sus ojos siguen el camino de su dedo.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Christian me mira fijamente con la boca formando una sonrisa divertida e irritada a la vez.

—¿De verdad, señora Grey?

Me ruborizo.

—No estoy seguro de que ese atuendo sea adecuado para ir al trabajo —murmura.

—Bueno, como no voy a ir a trabajar, eso es algo discutible.

—¿Discutible?

—Discutible —repito.

Christian sonrío de nuevo y vuelve a su tortilla.

—Tengo una idea mejor.

—¿Ah, sí?

Me mira a través de sus largas pestañas y sus ojos grises se oscurecen. Inhalo bruscamente. Oh, Dios mío... Ya era hora.

—Podemos ir a ver qué tal va Elliot con la casa.

¿Qué? ¡Oh! ¡Está jugando conmigo! Recuerdo vagamente que íbamos a hacer eso antes de que ocurriera el accidente de Ray.

—Me encantaría.

—Bien. —Sonríe.

—¿Tú no tienes que trabajar?

—No. Ros ha vuelto de Taiwan. Todo ha ido bien. Hoy todo está bien.

—Pensaba que ibas a ir tú a Taiwan.

Ríe entre dientes otra vez.

—Ana, estabas en el hospital.

—Oh.

—Sí, oh. Así que ahora voy a pasar algo de tiempo de calidad con mi mujer. —Se humedece los labios y le da un sorbo al café.

—¿Tiempo de calidad? —No puedo evitar la esperanza que se refleja en mi voz.

La señora Jones me sirve los huevos revueltos. Sigue sin poder ocultar la sonrisa.

Christian sonrío burlón.

—Tiempo de calidad —repite y asiente.

Tengo demasiada hambre para seguir flirteando con mi marido.

—Me alegro de verte comer —susurra. Se levanta, se inclina y me da un beso en el pelo—. Me voy a la ducha.

—Mmm... ¿Puedo ir y enjabonarte la espalda? —murmuro con la boca llena de huevo y tostada.

—No. Come.

Se levanta de la barra y, mientras se encamina al salón, se quita la camiseta por la cabeza, ofreciéndome la visión de sus hombros bien formados y su espalda desnuda. Me quedo parada a medio masticar. Lo ha hecho a propósito. ¿Por qué?

Christian está relajado mientras conduce hacia el norte. Acabamos de dejar a Ray y al señor Rodríguez viendo el fútbol en la nueva televisión de pantalla plana que sospecho que ha comprado Christian para la habitación del hospital de Ray.

Christian ha estado tranquilo desde que tuvimos «la charla». Es como si se hubiera quitado un peso de encima; la sombra de la señora Robinson ya no se cierne sobre nosotros, tal vez porque yo he decidido dejarla ir...

o quizá porque ha sido él quien la ha hecho desaparecer, no lo sé. Pero ahora me siento más cerca de él de lo que me he sentido nunca antes. Quizá porque por fin ha confiado en mí. Espero que siga haciéndolo. Y ahora también se muestra más abierto con el tema del bebé. No ha salido a comprar una cuna todavía, pero tengo grandes esperanzas.

Le miro mientras conduce y saboreo todo lo que puedo esa visión. Parece informal, sereno... y sexy con el pelo alborotado, las Ray-Ban, la chaqueta de raya diplomática, la camisa blanca y los vaqueros.

Me mira, me pone la mano en la rodilla y me la acaricia tiernamente.

—Me alegro de que no te hayas cambiado.

Me he puesto una chaqueta vaquera y zapatos planos, pero sigo llevando la minifalda. Deja la mano ahí, sobre mi rodilla, y yo se la cubro con la mía.

—¿Vas a seguir provocándome?

—Tal vez.

Christian sonrío.

—¿Por qué?

—Porque puedo.

Sonríe infantil.

—A eso podemos jugar los dos... —susurro.

Sus dedos suben provocativamente por mi muslo.

—Inténtelo, señora Grey. —Su sonrisa se hace más amplia.

Le cojo la mano y se la pongo sobre su rodilla.

—Guárdate tus manos para ti.

Sonríe burlón.

—Como quiera, señora Grey.

Maldita sea. Es posible que con este juego me salga el tiro por la culata.

Christian sube por la entrada de nuestra nueva casa. Se detiene ante el teclado e introduce un número. La ornamentada puerta blanca se abre. El motor ruge al cruzar el camino flanqueado por árboles todavía llenos de hojas, aunque estas ya muestran una mezcla de verde, amarillo y cobrizo brillante. La alta hierba del prado se está volviendo dorada, pero sigue habiendo unas pocas flores silvestres amarillas que destacan entre la hierba. Es un día precioso. El sol brilla y el olor salado del Sound se mezcla en el aire con el aroma del otoño que ya se acerca. Es un sitio muy tranquilo y muy bonito. Y pensar que vamos a tener nuestro hogar aquí...

Tras una curva del camino aparece nuestra casa. Varios camiones grandes con palabras CONSTRUCCIONES GREY inscritas en sus laterales están aparcados delante. La casa está cubierta de andamios y hay varios trabajadores con casco trabajando en el tejado.

Christian aparca frente al pórtico y apaga el motor. Puedo notar su entusiasmo.

—Vamos a buscar a Elliot.

—¿Está aquí?

—Eso espero. Para eso le pago.

Río entre dientes y Christian sonrío mientras sale del coche.

—¡Hola, hermano! —grita Elliot desde alguna parte. Los dos miramos alrededor buscándole—. ¡Aquí arriba! —Está sobre el tejado, saludándonos y sonriendo

de oreja a oreja—. Ya era hora de que vinierais por aquí. Quedaos ahí. Enseguida bajo.

Miro a Christian, que se encoge de hombros. Unos minutos después Elliot aparece en la puerta principal.

—Hola, hermano —saluda y le estrecha la mano a Christian—. ¿Y qué tal estás tú, pequeña? —Me coge y me hace girar.

—Mejor, gracias.

Suelto una risita sin aliento porque mis costillas protestan. Christian frunce el ceño, pero Elliot le ignora.

—Vamos a la oficina. Tenéis que poneros uno de estos —dice dándole un golpecito al casco.

Solo está en pie la estructura de la casa. Los suelos están cubiertos de un material duro y fibroso que parece arpillera. Algunas de las paredes originales han desaparecido y se están construyendo otras nuevas. Elliot nos lleva por todo el lugar, explicándonos lo que están haciendo, mientras los hombres (y unas cuantas mujeres) siguen trabajando a nuestro alrededor. Me alivia ver que la escalera de piedra con su vistosa balaustrada de hierro sigue en su lugar y cubierta completamente con fundas blancas para evitar el polvo.

En la zona de estar principal han tirado la pared de atrás para levantar la pared de cristal de Gia y están empezando a trabajar en la terraza. A pesar de todo ese lío, la vista es impresionante. Los nuevos añadidos mantienen y respetan el encanto de lo antiguo que tenía la casa... Gia lo ha hecho muy bien. Elliot nos explica pacientemente los procesos y nos da un plazo aproximado para todo. Espera que pueda estar acabada

para Navidad, aunque eso a Christian le parece muy optimista.

Madre mía... La Navidad con vistas al Sound. No puedo esperar. Noto una burbuja de entusiasmo en mi interior. Veo imágenes de nosotros poniendo un enorme árbol mientras un niño con el pelo cobrizo nos mira asombrado.

Elliot termina la visita en la cocina.

—Os voy a dejar para que echéis un vistazo por vuestra cuenta. Tened cuidado, que esto es una obra.

—Claro. Gracias, Elliot —susurra Christian cogiéndome la mano—. ¿Contenta? —me pregunta cuando su hermano nos deja solos.

Yo estoy mirando el cascarón vacío que es esa habitación y preguntándome dónde voy a colgar los cuadros de los pimientos que compramos en Francia.

—Mucho. Me encanta. ¿Y a ti?

—Lo mismo digo. —Sonríe.

—Bien. Estoy pensando en los cuadros de los pimientos que vamos a poner aquí.

Christian asiente.

—Quiero poner los retratos que te hizo José en esta casa. Tienes que pensar dónde vas a ponerlos también.

Me ruborizo.

—En algún sitio donde no tenga que verlos a menudo.

—No seas así. —Me mira frunciendo el ceño y me acaricia el labio inferior con el pulgar—. Son mis cuadros favoritos. Me encanta el que tengo en el despacho.

—Y yo no tengo ni idea de por qué —murmuro y le doy un beso en la yema del pulgar.

—Hay cosas peores que pasarme el día mirando tu preciosa cara sonriente. ¿Tienes hambre? —me pregunta.

—¿Hambre de qué? —susurro.

Sonríe y sus ojos se oscurecen. La esperanza y el deseo se desperezan en mis venas.

—De comida, señora Grey. —Y me da un beso breve en los labios.

Hago un mohín fingido y suspiro.

—Sí. Últimamente siempre tengo hambre.

—Podemos hacer un picnic los tres.

—¿Los tres? ¿Alguien se va a unir a nosotros?

Christian ladea la cabeza.

—Dentro de unos siete u ocho meses.

Oh... Bip. Le sonrío tontorronamente.

—He pensado que tal vez te apetecería comer fuera.

—¿En el prado? —le pregunto.

Asiente.

—Claro.

Sonrío.

—Este va a ser un lugar perfecto para criar una familia —murmura mientras me mira.

¡Familia! ¿Más de un hijo? ¿Será el momento de mencionar eso?

Me pone la mano sobre el vientre y extiende los dedos. Madre mía... Contengo la respiración y coloco mi mano sobre la suya.

—Me cuesta creerlo —susurra, y por primera vez oigo asombro en su voz.

—Lo sé. Oh, tengo una prueba. Una foto.

—¿Ah, sí? ¿La primera sonrisa del bebé?

Saco de la cartera la imagen de la ecografía de Bip.

—¿Lo ves?

Christian mira fijamente la imagen durante varios segundos.

—Oh... Bip. Sí, lo veo. —Suenan distraído, asombrado.

—Tu hijo —le susurro.

—Nuestro hijo —responde.

—El primero de muchos.

—¿Muchos? —Christian abre los ojos como platos, alarmado.

—Al menos dos.

—¿Dos? —dice como haciéndose a la idea—. ¿Podemos ir de uno en uno, por favor?

Sonrío.

—Claro.

Salimos afuera a la cálida tarde de otoño.

—¿Cuándo se lo vamos a decir a tu familia? —pregunta Christian.

—Pronto —le digo—. Pensaba decírselo a Ray esta mañana, pero el señor Rodríguez estaba allí. —Me encojo de hombros.

Christian asiente y abre el maletero del R8. Dentro hay una cesta de picnic de mimbre y la manta de cuadros escoceses que compramos en Londres.

—Vamos —me dice cogiendo la cesta y la manta en una mano y tendiéndome la otra. Los dos vamos andando hasta el prado.

—Claro, Ros, hazlo. —Christian cuelga. Es la tercera llamada que responde durante el picnic. Se ha

quitado los zapatos y los calcetines y me mira con los brazos apoyados en sus rodillas dobladas. Su chaqueta está a un lado, encima de la mía, porque bajo el sol no tenemos frío. Me tumbo a su lado sobre la manta de picnic. Estamos rodeados por la hierba verde y dorada, lejos del ruido de la casa, y ocultos de los ojos indiscretos de los trabajadores de la construcción. Nuestro particular refugio bucólico. Me da otra fresa y yo la muerdo y chupo el zumo agradecida, mirando sus ojos que se oscurecen por momentos.

—¿Está rica? —susurra.

—Mucho.

—¿Quieres más?

—¿Fresas? No.

Sus ojos brillan peligrosamente y sonrío.

—La señora Jones hace unos picnics fantásticos —dice.

—Cierto —susurro.

De repente cambia de postura y se tumba con la cabeza apoyada en mi vientre. Cierra los ojos y parece satisfecho. Yo enredo los dedos en su pelo.

Él suspira profundamente, después frunce el ceño y mira el número que aparece en la pantalla de su BlackBerry, que está sonando. Pone los ojos en blanco y coge la llamada.

—Welch —exclama. Se pone tenso, escucha un par de segundos y después se levanta bruscamente—. Veinticuatro horas, siete días... Gracias —dice con los dientes apretados y cuelga. Su humor cambia instantáneamente. El provocativo marido con ganas de flirtear se convierte en el frío y calculador amo del universo. Entorna los ojos un momento y después

esboza una sonrisa gélida. Un escalofrío me recorre la espalda. Coge otra vez la BlackBerry y escoge un número de marcación rápida.

—¿Ros, cuántas acciones tenemos de Maderas Lincoln? —Se arrodilla.

Se me eriza el vello. Oh, no, ¿de qué va esto?

—Consolida las acciones dentro de Grey Enterprises Holdings, Inc. y después despide a toda la junta... Excepto al presidente... Me importa una mierda... Lo entiendo, pero hazlo... Gracias... Mantenme informado. —Cuelga y me mira impasible durante un instante.

¡Madre mía! Christian está furioso.

—¿Qué ha pasado?

—Linc —murmura.

—¿Linc? ¿El ex de Elena?

—El mismo. Fue él quien pagó la fianza de Hyde.

Miro a Christian con la boca abierta, horrorizada. Su boca forma una dura línea.

—Bueno... pues ahora va a parecer un imbécil —murmuro consternada—. Porque Hyde cometió otro delito mientras estaba bajo fianza.

Christian entorna los ojos y sonrío.

—Cierto, señora Grey.

—¿Qué acabas de hacer? —Me pongo de rodillas sin dejar de mirarle.

—Le acabo de joder.

¡Oh!

—Mmm... eso me parece un poco impulsivo —susurro.

—Soy un hombre de impulsos.

—Soy consciente de ello.

Cierra un poco los ojos y aprieta los labios.

—He tenido este plan guardado en la manga durante un tiempo —dice secamente.

Frunzo el ceño.

—¿Ah, sí?

Hace una pausa en la que parece estar sopesando algo en la mente y después inspira hondo.

—Hace varios años, cuando yo tenía veintiuno, Linc le dio una paliza a su mujer que la dejó hecha un desastre. Le rompió la mandíbula, el brazo izquierdo y cuatro costillas porque se estaba acostando conmigo. — Se le endurecen los ojos—. Y ahora me entero de que le ha pagado la fianza a un hombre que ha intentado matarme, que ha raptado a mi hermana y que le ha fracturado el cráneo a mi mujer. Es más que suficiente. Creo que ha llegado el momento de la venganza.

Me quedo pálida. Dios mío...

—Cierto, señor Grey —susurro.

—Ana, esto es lo que voy a hacer. Normalmente no hago cosas por venganza, pero no puedo dejar que se salga con la suya con esto. Lo que le hizo a Elena... Ella debería haberle denunciado, pero no lo hizo. Eso era decisión suya. Pero acaba de pasarse de la raya con lo de Hyde. Linc ha convertido esto en algo personal al posicionarse claramente contra mi familia. Le voy a hacer pedazos; destrozaré su empresa delante de sus narices y después venderé los trozos al mejor postor. Voy a llevarle a la bancarrota.

Oh...

—Además —Christian sonrío burlón—, ganaré mucho dinero con eso.

Miro sus ojos grises llameantes y su mirada se suaviza de repente.

—No quería asustarte —susurra.

—No me has asustado —miento.

Arquea una ceja divertido.

—Solo me ha pillado por sorpresa —susurro y después trago saliva. Christian da bastante miedo a veces.

Me roza los labios con los suyos.

—Haré cualquier cosa para mantenerte a salvo. Para mantener a salvo a mi familia. Y a este pequeñín — murmura y me pone la mano sobre el vientre para acariciarme suavemente.

Oh... Dejo de respirar. Christian me mira y sus ojos se oscurecen. Separa los labios e inhala. En un movimiento deliberado las puntas de sus dedos me rozan el sexo.

Oh, madre mía... El deseo explota como un artefacto incendiario que me enciende la sangre. Le cojo la cabeza, enredo los dedos en su pelo y tiro de él para que sus labios se encuentren con los míos. Él da un respingo, sorprendido por mi arrebató, y eso le abre paso a mi lengua. Gruñe y me devuelve el beso, sus labios y su lengua ávidos de los míos, y durante un momento ardemos juntos, perdidos entre lenguas, labios, alientos y la dulce sensación de redescubrirnos el uno al otro.

Oh, cómo deseo a este hombre. Ha pasado mucho tiempo. Le deseo aquí y ahora, al aire libre, en el prado.

—Ana —jadea en trance, y sus manos bajan por mi culo hasta el dobladillo de la falda. Yo intento torpemente desabrocharle la camisa.

—Uau, Ana... Para. —Se aparta con la mandíbula tensa y me coge las manos.

—No. —Atrapo con los dientes su labio inferior y tiro—. No —murmuro de nuevo mirándole. Le suelto—. Te deseo.

Él inhala bruscamente. Está desgarrado; veo claramente la indecisión en sus ojos grises y brillantes.

—Por favor, te necesito. —Todos los poros de mi cuerpo le suplican. Esto es lo que hacemos nosotros...

Gruñe derrotado, su boca encuentra la mía y nuestros labios se unen. Con una mano me coge la cabeza y la otra baja por mi cuerpo hasta mi cintura. Me tumba boca arriba y se estira a mi lado, sin romper en ningún momento el contacto de nuestras bocas.

Se aparta, cerniéndose sobre mí y mirándome.

—Es usted tan preciosa, señora Grey.

Yo le acaricio su delicado rostro.

—Y usted también, señor Grey. Por dentro y por fuera.

Frunce el ceño y yo recorro ese ceño con los dedos.

—No frunzas el ceño. A mí me lo pareces, incluso cuando estás enfadado —le susurro.

Gruñe una vez más y su boca atrapa la mía, empujándome contra la suave hierba que hay bajo la manta.

—Te he echado de menos —susurra y me roza la mandíbula con los dientes. Noto que mi corazón vuela alto.

—Yo también te he echado de menos. Oh, Christian... —Cierro una mano entre su pelo y le agarro el hombro con la otra.

Sus labios bajan a mi garganta, dejando tiernos besos en su estela. Sus dedos siguen el mismo camino, desabrochándome diestramente los botones de la blusa. Me abre la blusa y me da besos en los pechos. Gime apreciativamente desde el fondo de su garganta y el sonido reverbera por mi cuerpo hasta los lugares más oscuros y profundos.

—Tu cuerpo está cambiando —susurra. Me acaricia el pezón con el pulgar hasta que se pone duro y tira de la tela del sujetador—. Me gusta —añade. Sigue con la lengua la línea entre el sujetador y mi pecho, provocándome y atormentándome. Coge la copa del sujetador delicadamente entre los dientes y tira de ella, liberando mi pecho y acariciándome el pezón con la nariz en el proceso. Se me pone la piel de gallina por su contacto y por el frescor de la suave brisa de otoño. Cierra los labios sobre mi piel y succiona fuerte durante largo rato.

—¡Ah! —gimo, inhalo bruscamente y hago una mueca cuando el dolor irradia de mis costillas contusionadas.

—¡Ana! —exclama Christian y se me queda mirando con la cara llena de preocupación—. A esto me refería —me reprende—. No tienes instinto de autoconservación. No quiero hacerte daño.

—No... no pares —gimoteo. Se me queda mirando con emociones encontradas luchando en su interior—. Por favor.

—Ven. —Se mueve bruscamente y tira de mí hasta que quedo sentada a horcajadas sobre él con la falda subida y enrollada en las caderas. Me acaricia con

las manos los muslos, justo por encima de las medias—. Así está mejor. Y puedo disfrutar de la vista.

Levanta la mano y engancha el dedo índice en la otra copa del sujetador, liberándome también el otro pecho. Me cubre ambos con las manos y yo echo atrás la cabeza y los empujo contra sus manos expertas. Tira de mis pezones y los hace rodar entre sus dedos hasta que grito y entonces se incorpora y se sienta de forma que quedamos nariz contra nariz, sus ojos grises ávidos fijos en los míos. Me besa sin dejar de excitarme con los dedos. Yo busco frenéticamente su camisa y le desabrocho los dos primeros botones. Es como una sobrecarga sensorial: quiero besarle por todas partes, desvestirlo y hacer el amor con él, todo a la vez.

—Tranquila... —Me coge la cabeza y se aparta, con los ojos oscuros y llenos de una promesa sensual—. No hay prisa. Tómatelo con calma. Quiero saborearte.

—Christian, ha pasado tanto tiempo... —Estoy jadeando.

—Despacio —susurra, y es una orden. Me da un beso en la comisura derecha de la boca—. Despacio. —Ahora me besa la izquierda—. Despacio, nena. —Tira de mi labio inferior con los dientes—. Vayamos despacio. —Enreda los dedos en mi pelo para mantenerme quieta mientras su lengua me invade la boca buscando, saboreando, tranquilizándome... y a la vez llenándome de fuego. Oh, mi marido sabe besar...

Le acaricio la cara y mis dedos bajan hasta su barbilla, después por su garganta y por fin vuelvo a dedicarme a los botones de su camisa, despacio esta vez, mientras él sigue besándome. Le abro lentamente la camisa y le recorro con los dedos las clavículas siguiendo

su contorno a través de su piel cálida y sedosa. Le empujo suavemente hacia atrás para que quede tumbado debajo de mí. Me siento erguida y le miro, consciente de que me estoy revolviendo contra su creciente erección. Mmm... Le rozo los labios con los míos pero sigo hasta su mandíbula, y después desciendo por el cuello, sobre la nuez, hasta el pequeño hueco en la base de la garganta. Mi guapísimo marido. Me inclino y trazo con la punta de los dedos el mismo recorrido que antes ha hecho mi boca. Le rozo la mandíbula con los dientes y le beso la garganta. Él cierra los ojos.

—Ah —gime y echa la cabeza hacia atrás, dándome un mejor acceso a la base de la garganta. Su boca está relajada y abierta en silenciosa veneración. Christian perdido y excitado... es tan estimulante. Y excitante para mí.

Bajo acariciándole el esternón con la lengua y enredándola en el vello de su pecho. Mmm... Sabe tan bien. Y huele tan bien. Es embriagador. Beso primero una de sus pequeñas cicatrices redondas y después otra. Noto que me agarra las caderas, y mis dedos se detienen sobre su pecho mientras le miro. Su respiración es trabajosa.

—¿Quieres esto? ¿Aquí? —jadea. Sus ojos están empañados por una enloquecedora combinación de amor y lujuria.

—Sí —susurro y le paso los labios y la lengua por el pecho hasta su tetilla. La rodeo con la lengua y tiro con los dientes.

—Oh, Ana —murmura.

Me agarra la cintura y me levanta, tirando a la vez de los botones de la bragueta hasta que su erección

queda libre. Me baja de nuevo y yo empujo contra él, saboreando la sensación: Christian duro y caliente debajo de mí. Sube las manos por mis muslos parándose justo donde terminan las medias y empieza la carne, y sus manos empiezan a trazar pequeños círculos incitantes en la parte superior de los muslos hasta que con los pulgares me toca... justo donde quería que me tocara. Doy un respingo.

—Espero que no le tengas cariño a tu ropa interior —murmura con los ojos salvajes y brillantes.

Sus dedos recorren el elástico a lo largo de mi vientre. Después se deslizan por dentro para seguir provocándome antes de agarrar las bragas con fuerza y atravesar con los pulgares la delicada tela. Las bragas se desintegran. Christian extiende las manos sobre mis muslos y sus pulgares vuelven a mi sexo. Flexiona las caderas para que su erección se frote contra mí.

—Siento lo mojada que estás. —Su voz desprende un deseo carnal.

De repente se sienta con el brazo rodeándome la cintura y quedamos frente a frente. Me acaricia la nariz con la suya.

—Vamos a hacerlo muy lento, señora Grey. Quiero sentirlo todo de usted. —Me levanta y con una facilidad exquisita, lenta y frustrante, me va bajando sobre él. Siento cada bendito centímetro de él llenándome.

—Ah... —gimo de forma incoherente a la vez que extiendo las manos para agarrarle los brazos. Intento levantarme un poco para conseguir algo de fricción, pero él me mantiene donde estoy.

—Todo de mí —susurra y mueve la pelvis, empujando para introducirse hasta el fondo. Echo atrás la cabeza y dejo escapar un grito estrangulado de puro placer—. Deja que te oiga —murmura—. No... no te muevas, solo siente.

Abro los ojos. Tengo la boca petrificada en un grito silencioso. Sus ojos grises me miran lascivos y entornados, encadenados a mis ojos azules en éxtasis. Se mueve, haciendo un círculo con la cadera, pero a mí no me deja moverme.

Gimo. Noto sus labios en mi garganta, besándome.

—Este es mi lugar favorito: enterrado en ti —murmura contra mi piel.

—Muévete, por favor —le suplico.

—Despacio, señora Grey. —Flexiona de nuevo la cadera y el placer me llena el cuerpo. Le rodeo la cara con las manos y le beso, consumiéndole.

—Hazme el amor. Por favor, Christian.

Sus dientes me rozan la mandíbula hasta la oreja.

—Vamos —susurra y me levanta para después bajarme.

La diosa que llevo dentro está desatada y yo presiono contra el suelo y empiezo a moverme, saboreando la sensación de él dentro de mí... cabalgando sobre él... cabalgando con fuerza. Él se acompasa conmigo con las manos en mi cintura. He echado de menos esto... La sensación enloquecedora de él debajo de mí, dentro de mí... El sol en la espalda, el dulce olor del otoño en el aire, la suave brisa otoñal. Es una fusión

de sentidos cautivadora: el tacto, el gusto, el olfato y la vista de mi querido esposo debajo de mí.

—Oh, Ana —gime con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta.

Ah... Me encanta esto. Y en mi interior empiezo a acercarme... acercarme... cada vez más. Las manos de Christian descienden hasta mis muslos y delicadamente presiona con los pulgares el vértice entre ambos y yo estallo a su alrededor, una y otra vez, y otra y otra, y me dejo caer sobre su pecho al mismo tiempo que él grita también, dejándose llevar y pronunciando mi nombre lleno de amor y felicidad.

Me abraza contra su pecho y me acaricia la cabeza. Mmm... Cierro los ojos y saboreo la sensación de sus brazos a mi alrededor. Tengo la mano sobre su pecho y siento el latido constante del corazón que se va ralentizando y calmando. Le beso y le acaricio con la nariz y me digo maravillada que no hace mucho no me habría permitido hacer esto.

—¿Mejor? —me susurra.

Levanto la cabeza. Está sonriendo ampliamente.

—Mucho. ¿Y tú? —Mi sonrisa es un reflejo de la suya.

—La he echado de menos, señora Grey. —Se pone serio un momento.

—Y yo.

—Nada de hazañas nunca más, ¿eh?

—No —prometo.

—Deberías contarme las cosas siempre —susurra.

—Lo mismo digo, Grey.

Él sonrío burlón.

—Cierto. Lo intentaré. —Me da un beso en el pelo.

—Creo que vamos a ser felices aquí —susurro cerrando los ojos otra vez.

—Sí. Tú, yo y... Bip. ¿Cómo te sientes, por cierto?

—Bien. Relajada. Feliz.

—Bien.

—¿Y tú?

—También. Todas esas cosas —responde.

Le miro intentando evaluar su expresión.

—¿Qué? —me pregunta.

—¿Sabes que eres muy autoritario durante el sexo?

—¿Es una queja?

—No. Solo me preguntaba... Has dicho que lo echabas de menos.

Se queda muy quieto y me mira.

—A veces —murmura.

Oh.

—Tenemos que ver qué podemos hacer al respecto —le digo y le doy un beso suave en los labios. Me enrosco a su alrededor como una rama de vid. En mi mente veo imágenes de nosotros en el cuarto de juegos: Tallis, la mesa, la cruz, esposada a la cama... Me gustan esos polvos pervertidos, nuestros polvos pervertidos. Sí. Puedo hacer esas cosas. Puedo hacerlo por él, con él. Puedo hacerlo por mí. Me hormiguea la piel al pensar en la fusta—. A mí también me gusta jugar —murmuro y le miro. Me responde con su sonrisa tímida.

—¿Sabes? Me gustaría mucho poner a prueba tus límites —susurra.

—¿Mis límites en cuanto a qué?

—Al placer.

—Oh, creo que eso me va a gustar.

—Bueno, quizá cuando volvamos a casa —dice, dejando esa promesa en el aire entre los dos.

Le acaricio con la nariz otra vez. Le quiero tanto...



Han pasado dos días desde nuestro picnic. Dos días desde que hizo la promesa: «Bueno, quizá cuando volvamos a casa». Christian sigue tratándome como si fuera de cristal. Todavía no me deja ir a trabajar, así que estoy trabajando desde casa. Aparto el montón de cartas que he estado leyendo y suspiro. Christian y yo no hemos vuelto al cuarto de juegos desde la vez que dije la palabra de seguridad. Y ha dicho que lo echa de menos. Bueno, yo también... sobre todo ahora que quiere poner a prueba mis límites. Me sonrojo al pensar en qué puede implicar eso. Miro las mesas de billar... Sí, no puedo esperar para explorar las posibilidades.

Mis pensamientos quedan interrumpidos por una suave música lírica que llena el ático. Christian está tocando el piano; y no sus piezas tristes habituales, sino una melodía dulce y esperanzadora. Una que reconozco, pero que nunca le había oído tocar.

Voy de puntillas hasta el arco que da acceso al salón y contemplo a Christian al piano. Está

atardeciendo. El cielo es de un rosa opulento y la luz se refleja en su brillante pelo cobrizo. Está tan guapo y tan impresionante como siempre, concentrado mientras toca, ajeno a mi presencia. Ha estado tan comunicativo los últimos días, tan atento... Me ha contado sus impresiones de cómo iba el día, sus pensamientos, sus planes. Es como si se hubiera roto una presa en su interior y las palabras hubieran empezado a salir.

Sé que vendrá a comprobar qué tal estoy dentro de unos pocos minutos y eso me da una idea. Excitada y esperando que siga sin haberse dado cuenta de mi presencia, me escabullo y corro a nuestro dormitorio. Me quito toda la ropa según voy hacia allí hasta que no llevo más que unas bragas de encaje azul pálido. Encuentro una camisola del mismo azul y me la pongo rápidamente. Eso ocultará el hematoma. Entro en el vestidor y saco del cajón los vaqueros gastados de Christian: los vaqueros del cuarto de juegos, mis vaqueros favoritos. Cojo mi BlackBerry de la mesita, doblo los pantalones con cuidado y me arrodillo junto a la puerta del dormitorio. La puerta está entornada y oigo las notas de otra pieza, una que no conozco. Pero es otra melodía llena de esperanza; es preciosa. Le escribo un correo apresuradamente.

De: Anastasia Grey

Fecha: 21 de septiembre de 2011 20:45

Para: Christian Grey

Asunto: El placer de mi marido

Amo:

Estoy esperando sus instrucciones.
Siempre suya.

Señora G x

Pulso «Enviar».

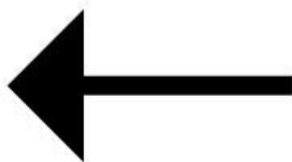
Unos segundos después la música se detiene bruscamente. Se me para el corazón un segundo y después empieza a latir más fuerte. Espero y espero y por fin vibra mi BlackBerry.

De: Christian Grey

Fecha: 21 de septiembre de 2011 20:48

Para: Anastasia Grey

Asunto: El placer de mi marido



...
...
...
...
...

Me encanta este título, nena

Señora G:

Estoy intrigado. Voy a buscarla.

Prepárese.

Christian Grey

Presidente ansioso por la anticipación de Grey Enterprises Holdings, Inc.

«¡Prepárese!» Mi corazón vuelve a latir con fuerza y empiezo a contar. Treinta y siete segundos después se abre la puerta. Cuando se para en el umbral

mantengo la mirada baja, dirigida a sus pies descalzos. Mmm... No dice nada. Se queda callado mucho tiempo. Oh, mierda. Resisto la necesidad de levantar la vista y sigo con la mirada fija en el suelo.

Por fin se agacha y recoge sus vaqueros. Sigue en silencio, pero va hasta el vestidor mientras yo continúo muy quieta. Oh, Dios mío... allá vamos. El sonido de mi corazón es atronador y me encanta el subidón de adrenalina que me recorre el cuerpo. Me retuerzo según va aumentando mi excitación. ¿Qué me va a hacer? Regresa al cabo de un momento; ahora lleva los vaqueros.

—Así que quieres jugar... —murmura.

—Sí.

No dice nada y me arriesgo a levantar la mirada... Subo por sus piernas, sus muslos cubiertos por los vaqueros, el leve bulto a la altura de la bragueta, el botón desabrochado de la cintura, el vello que sube, el ombligo, su abdomen cincelado, el vello de su pecho, sus ojos grises en llamas y la cabeza ladeada. Tiene una ceja arqueada. Oh, mierda.

—¿Sí qué? —susurra.

Oh.

—Sí, amo.

Sus ojos se suavizan.

—Buena chica —dice y me acaricia la cabeza—.

Será mejor que subamos arriba —añade.

Se me licuan las entrañas y el vientre se me tensa de esa forma tan deliciosa.

Me coge la mano y yo le sigo por el piso y subo con él la escalera. Delante de la puerta del cuarto de

juegos se detiene, se inclina y me da un beso suave antes de agarrarme el pelo con fuerza.

—Estás dominando desde abajo, ¿sabes? — murmura contra mis labios.

—¿Qué? —No sé de qué está hablando.

—No te preocupes. Viviré con ello —susurra divertido, me acaricia la mandíbula con la nariz y me muerde con suavidad la oreja—. Cuando estemos dentro, arrodíllate como te he enseñado.

—Sí... Amo.

Me mira con los ojos brillándole de amor, asombro e ideas perversas.

Vaya... La vida nunca va a ser aburrida con Christian y estoy comprometida con esto a largo plazo. Quiero a este hombre: mi marido, mi amante, el padre de mi hijo, a veces mi dominante... mi Cincuenta Sombras.

Epílogo

La casa grande, mayo de 2014

Estoy tumbada en nuestra manta de picnic de cuadros escoceses, mirando el claro cielo azul de verano. Mi visión está enmarcada por las flores del prado y la alta hierba verde. El calor del sol de la tarde me calienta la piel, los huesos y el vientre, y yo me relajo y mi cuerpo se va convirtiendo en gelatina. Qué cómodo es esto... No... esto es maravilloso. Saboreo el momento, un momento de paz, un momento de total y absoluta satisfacción. Debería sentirme culpable por sentir esta alegría, esta sensación de plenitud, pero no. La vida está aquí, ahora, está bien y he aprendido a apreciarla y a vivir el momento como mi marido. Sonrío y me retuerzo cuando mi mente vuelve al delicioso recuerdo de nuestra última noche en el piso del Escala...



Las colas del látigo me rozan la piel del vientre hinchado a un ritmo dolorosamente lánguido.

—¿Ya has tenido suficiente, Ana? —me susurra Christian al oído.

—Oh, por favor... —suplico tirando de las ataduras que tengo por encima de la cabeza. Estoy de pie, con los ojos tapados y esposada a la rejilla del cuarto de juegos.

Siento el escozor dulce del látigo en el culo.

—¿Por favor qué?

Doy un respingo.

—Por favor, amo.

Christian me pone la mano sobre la piel enrojecida y me la frota suavemente.

—Ya está. Ya está. Ya está. —Sus palabras son suaves. Su mano desciende y da un rodeo para acabar deslizando los dedos en mi interior.

Gimo.

—Señora Grey —jadea y tira del lóbulo de mi oreja con los dientes—, qué preparada está ya.

Sus dedos entran y salen de mí, tocando ese punto, ese punto tan dulce otra vez. El látigo repiquetea contra el suelo y la mano pasa sobre mi vientre y sube hasta los pechos. Me pongo tensa. Están muy sensibles.

—Chis —dice Christian cubriéndome uno con la mano y rozando el pezón con el pulgar.

—Ah...

Sus dedos son suaves y provocativos y el placer empieza a bajar en espirales desde mi pecho hacia abajo... muy abajo y profundo. Echo la cabeza hacia atrás para aumentar la presión del pezón contra su palma mientras gimo una vez más.

—Me gusta oírte —susurra Christian. Noto su erección contra mi cadera; los botones de la bragueta se

clavan en mi carne mientras su otra mano continúa con su estimulación incesante: dentro, fuera, dentro, fuera... siguiendo un ritmo.

—¿Quieres que te haga correrte así? —me pregunta.

—No.

Sus dedos dejan de moverse en mi interior.

—¿De verdad, señora Grey? ¿Es decisión tuya? — Sus dedos se aprietan alrededor de mi pezón.

—No... No, amo.

—Eso está mejor.

—Ah. Por favor —le suplico.

—¿Qué quieres, Anastasia?

—A ti. Siempre.

Él inhala bruscamente.

—Todo de ti —añado sin aliento.

Saca los dedos de mi interior, tira de mí para que me gire y quede de frente a él y me arranca el antifaz. Parpadeo y me encuentro sus ojos grises oscurecidos que sueltan llamaradas, fijos en los míos. Su dedo índice sigue el contorno de mi labio inferior y entonces me introduce los dedos índice y corazón en la boca para dejarme degustar el sabor salado de mi excitación.

—Chupa —susurra.

Yo rodeo los dedos con la lengua y la meto entre ellos.

Mmm... Todo en sus dedos sabe bien, incluso yo.

Sus manos suben por mis brazos hasta las esposas que tengo encima de la cabeza y las suelta para liberarme. Me gira otra vez para que quede de cara a la pared, tira de mi trenza y me atrae hacia sus brazos. Me obliga a inclinar la cabeza a un lado y me roza la

garganta con los labios y va subiendo hasta la oreja mientras abraza mi cuerpo caliente contra el suyo.

—Quiero estar dentro de tu boca. —Su voz es suave y seductora. Mi cuerpo excitado y más que preparado se tensa desde el interior. El placer es dulce y agudo.

Gimo. Me vuelvo para mirarle, acerco su cabeza a la mía y le doy un beso apasionado con mi lengua invadiéndole la boca, saboreándole. Él gruñe, me pone las manos en el culo y me empuja hacia él, pero solo mi vientre de embarazada le toca. Le muerdo la mandíbula y voy bajando dándole besos hasta la garganta. Después bajo los dedos hasta sus vaqueros. Él echa atrás la cabeza, exponiendo la garganta a mis atenciones, y yo sigo con la lengua hasta su torso y el vello de su pecho.

—Ah...

Tiro de la cintura de los vaqueros, los botones se sueltan y él me coloca las manos en los hombros. Me pongo de rodillas delante de él.

Le miro entornando los ojos y él me devuelve la mirada. Tiene los ojos oscuros, los labios separados e inhala bruscamente cuando le libero y me lo meto en la boca. Me encanta hacerle esto a Christian. Ver cómo se va deshaciendo, oír su respiración que se acelera y los suaves gemidos que emite desde el fondo de la garganta... Cierro los ojos y chupo con fuerza, presionando, disfrutando de su sabor y de su exclamación sin aliento.

Me coge la cabeza para que me quede quieta y yo cubro mis dientes con los labios y le meto más profundamente en mi boca.

—Abre los ojos y mírame —me ordena en voz baja.

Sus ojos ardientes se encuentran con los míos y flexiona la cadera, llenándome la boca hasta alcanzar el fondo de la garganta y después apartándose rápido. Vuelve a empujar contra mí y yo levanto las manos para tocarle. Él se para y me agarra para mantenerme donde estoy.

—No me toques o te vuelvo a esposar. Solo quiero tu boca —gruñe.

Oh, Dios mío... ¿Así lo quieres? Pongo las manos tras la espalda y le miro inocentemente con la boca llena.

—Eso está mejor —dice sonriendo burlón y con voz ronca. Se aparta y sujetándome firmemente pero con cuidado, vuelve a empujar para entrar otra vez—. Tiene una boca deliciosa para follarla, señora Grey.

Cierra los ojos y vuelve a penetrar en mi boca mientras yo le aprieto entre los labios y le rodeo una y otra vez con la lengua. Dejo que entre más profundamente y que después vaya saliendo, una y otra vez, y otra. Oigo como el aire se le escapa entre los dientes apretados.

—¡Ah! Para —dice y sale de mi boca, dejándome con ganas de más. Me agarra los hombros y me pone de pie. Me coge la trenza y me besa con fuerza, su lengua persistente dando y tomando a la vez. De repente me suelta y antes de darme cuenta me coge en brazos, me lleva a la cama de cuatro postes y me tumba con cuidado de forma que mi culo queda justo en el borde de la cama—. Rodéame la cintura con las piernas —ordena. Lo hago y tiro de él hacia mí. Él se inclina, pone las manos a

ambos lados de mi cabeza y, todavía de pie, entra en mi interior lentamente.

Oh, esto está muy bien. Cierro los ojos y me dejo llevar por su lenta posesión.

—¿Bien? —me pregunta. Se nota claramente la preocupación en su tono.

—Oh, Dios, Christian. Sí. Sí. Por favor. —Aprieto las piernas a su alrededor y empujo contra él. Él gruñe. Me agarro a sus brazos y él flexiona las caderas, dentro y fuera, lentamente al principio—. Christian, por favor. Más fuerte... No me voy a romper.

Gruñe de nuevo y comienza a moverse, moverse de verdad, empujando con fuerza dentro de mí, una y otra vez. Oh, esto es increíble.

—Sí —digo sin aliento apretándole de nuevo mientras empiezo a acercarme... Gime, hundiéndose en mí con renovada determinación... Estoy cerca. Oh, por favor. No pares.

—Vamos, Ana —gruñe con los dientes apretados y yo exploto a su alrededor. Grito su nombre y Christian se queda quieto, gime con fuerza, y noto que llega al clímax en mi interior—. ¡Ana! —grita.

Christian está tumbado a mi lado, acariciándome el vientre con la mano, con los largos dedos extendidos.

—¿Qué tal está mi hija?

—Bailando. —Río.

—¿Bailando? ¡Oh, sí! Uau. Puedo sentirlo. — Sonríe cuando siente que Bip número dos da volteretas en mi interior.

—Creo que ya le gusta el sexo.

Christian frunce el ceño.

—¿Ah, sí? —dice con sequedad. Acerca los labios a mi barriga—. Pues no habrá nada de eso hasta los treinta, señorita.

Suelto una risita.

—Oh, Christian, eres un hipócrita.

—No, soy un padre ansioso. —Me mira con la frente arrugada, signo de su ansiedad.

—Eres un padre maravilloso. Sabía que lo serías. —Le acaricio su delicado rostro y él me dedica su sonrisa tímida.

—Me gusta esto —murmura acariciándome y después besándome el vientre—. Hay más de ti.

Hago un mohín.

—No me gusta que haya más de mí.

—Es genial cuando te corres.

—¡Christian!

—Y estoy deseando volver a probar la leche de tus pechos otra vez.

—¡Christian! Eres un perverso...

Se lanza sobre mí de repente, me besa con fuerza, pasa una pierna por encima de mí y me agarra las manos por encima de la cabeza.

—Me encantan los polvos perversos —me susurra y me acaricia la nariz con la suya.

Sonrío, contagiada por su sonrisa perversa.

—Sí, a mí también me encantan los polvos perversos. Y te quiero. Mucho.



Me despierto sobresaltada por un chillido agudo de puro júbilo de mi hijo, y aunque no veo ni al niño ni a Christian, sonrío de felicidad como una idiota. Ted se ha levantado de la siesta y él y Christian están retozando por allí cerca. Me quedo tumbada en silencio, maravillada de la capacidad de juego de Christian. Su paciencia con Teddy es extraordinaria... todavía más que la que tiene conmigo. Ríe entre dientes. Pero así debe ser. Y mi precioso niño, el ojito derecho de su madre y de su padre, no conoce el miedo. Christian, por otro lado, sigue siendo demasiado sobreprotector con los dos. Mi dulce, temperamental y controlador Cincuenta.

—Vamos a buscar a mami. Está por aquí en el prado en alguna parte.

Ted dice algo que no oigo y Christian ríe libre y felizmente. Es un sonido mágico, lleno de orgullo paternal. No puedo resistirme. Me incorporo sobre los codos y les espío desde mi escondite entre la alta hierba.

Christian está haciendo girar a Ted una y otra vez y el niño cada vez chilla más, encantado. Se detiene, lanza a Ted al aire de nuevo (yo dejo de respirar) y vuelve a cogerlo. Ted chilla con abandono infantil y yo suspiro aliviada. Oh, mi hombrecito, mi querido hombrecito, siempre activo.

—¡Ota ves, papi! —grita. Christian obedece y yo vuelvo a sentir el corazón en la boca cuando lanza a Teddy al aire y después lo coge y lo abraza fuerte, le da un beso en el pelo cobrizo, después un beso rápido en la mejilla y acaba haciéndole cosquillas sin piedad. Teddy aúlla de risa, se retuerce y empuja el pecho de Christian

para intentar escabullirse de sus brazos. Sonriendo, Christian lo baja al suelo.

—Vamos a buscar a mami. Está escondida entre la hierba.

Ted sonrío, encantado por el juego, y mira el prado. Le coge la mano a Christian y señala un sitio donde no estoy y eso me hace soltar una risita. Vuelvo a tumbarme rápidamente, disfrutando también del juego.

—Ted, he oído a mami. ¿La has oído tú?

—¡Mami!

Río ante el tono imperioso de Ted. Vaya, se parece tanto a su padre ya, y solo tiene dos años...

—¡Teddy! —le llamo mirando al cielo con una sonrisa ridícula en la cara.

—¡Mami!

Muy pronto oigo sus pasos por el prado y primero Ted y después Christian aparecen como una tromba cruzando la hierba.

—¡Mami! —chilla Ted como si acabara de encontrar el tesoro de Sierra Madre y salta sobre mí.

—¡Hola, mi niño! —Le abrazo y le doy un beso en la mejilla regordeta. Él ríe y me responde con otro beso. Después se escabulle de mis brazos.

—Hola, mami. —Christian me mira y me sonrío.

—Hola, papi. —Sonrío y él coge a Ted y se sienta a mi lado con su hijo en el regazo.

—Hay que tener cuidado con mami —riñe a Ted. Sonrío burlescamente; es irónico que lo diga él. Saca la BlackBerry del bolsillo y se la da a Ted. Eso nos va a dar cinco minutos de paz como máximo. Teddy la estudia con el ceño fruncido. Se pone muy serio, con los ojos azules muy concentrados, igual que su padre cuando lee

su correo. Christian le acaricia el pelo con la nariz y se me derrite el corazón al mirarlos: mi hijo sentado tranquilamente (durante unos minutos al menos) en el regazo de mi marido. Son tan parecidos... Mis dos hombres preferidos sobre la tierra.

Ted es el niño más guapo y listo del mundo, pero yo soy su madre, así que es imposible que no piense eso. Y Christian es... bueno, Christian es él. Con una camiseta blanca y los vaqueros está tan guapo como siempre. ¿Qué he hecho para ganar un premio como ese?

—La veo bien, señora Grey.

—Yo a usted también, señor Grey.

—¿Está mami guapa? —le susurra Christian al oído a Ted, pero el niño le da un manotazo, más interesado en la BlackBerry.

Suelto una risita.

—No puedes con él.

—Lo sé. —Christian sonrío y le da otro beso en el pelo—. No me puedo creer que vaya a cumplir dos años mañana. —Su tono es nostálgico y me pone una mano sobre el vientre—. Tengamos muchos hijos —me dice.

—Uno más por lo menos. —Le sonrío y él me acaricia el vientre.

—¿Cómo está mi hija?

—Está bien. Dormida, creo.

—Hola, señor Grey. Hola, Ana.

Ambos nos giramos y vemos a Sophie, la hija de diez años de Taylor, que aparece entre la hierba.

—*¡Soiii!* —chilla Ted encantado de verla. Se baja del regazo de Christian y deja su BlackBerry.

—Gail me ha dado polos —dice Sophie—. ¿Puedo darle uno a Ted?

—Claro —le digo. Oh, Dios mío, se va a poner perdido.

—*iPooo!*

Ted extiende las manos y Sophie le da uno. Ya está goteando.

—Trae. Déjale ver a mami.

Me siento, le cojo el polo a Ted y me lo meto en la boca para quitarle el exceso de líquido. Mmm... Arándanos. Está frío y delicioso.

—¡Mío! —protesta Ted con la voz llena de indignación.

—Toma. —Le devuelvo el polo que ya gotea un poco menos y él se lo mete directamente en la boca. Sonríe.

—¿Podemos ir Ted y yo a dar un paseo? —me pregunta Sophie.

—Claro.

—No vayáis muy lejos.

—No, señor Grey. —Los ojos color avellana de Sophie están muy abiertos y muy serios. Creo que Christian le asusta un poco. Extiende la mano y Teddy se la coge encantado. Se alejan juntos andando por la hierba.

Christian los contempla.

—Estarán bien, Christian. ¿Qué puede pasarles aquí?

Él frunce el ceño momentáneamente y yo me acerco para acurrucarme en su regazo.

—Además, Ted está como loco con Sophie.

Christian ríe entre dientes y me acaricia el pelo con la nariz.

—Es una niña maravillosa.

—Lo es. Y muy guapa. Un ángel rubio.

Christian se queda quieto y me pone las manos sobre el vientre.

—Chicas, ¿eh? —Hay un punto de inquietud en su voz. Yo le pongo la mano en la nuca.

—No tienes que preocuparte por tu hija durante al menos otros tres meses. La tengo bien protegida aquí, ¿vale?

Me da un beso detrás de la oreja y me roza el lóbulo con los dientes.

—Lo que usted diga, señora Grey. —Me da un mordisco y yo doy un respingo—. Me lo pasé bien anoche —dice—. Deberíamos hacerlo más a menudo.

—Yo también me lo pasé bien.

—Podríamos hacerlo más a menudo si dejaras de trabajar...

Pongo los ojos en blanco y él me abraza con más fuerza y sonrío contra mi cuello.

—¿Me está poniendo los ojos en blanco, señora Grey? —Advierto en su voz una amenaza implícita pero sensual que hace que me retuerza un poco, pero estamos en medio del prado con los niños cerca, así que ignoro la proposición.

—Grey Publishing tiene un autor en la lista de los más vendidos del *New York Times*; las ventas de Boyce Fox son fenomenales. Además, el negocio de los e-books ha estallado y por fin tengo a mi alrededor al equipo que quería.

—Y estás ganando dinero en estos tiempos tan difíciles —añade Christian con orgullo—. Pero... me gustaría que estuvieras descalza, embarazada y en la cocina.

Me echo un poco hacia atrás para poder verle la cara. Él me mira a los ojos con los suyos brillantes.

—Eso también me gusta a mí —murmuro. Él me da un beso con la mano todavía sobre mi vientre.

Al ver que está de buen humor, decido sacar un tema delicado.

—¿Has pensado en mi sugerencia?

Se queda muy quieto.

—Ana, la respuesta es no.

—Pero Ella es un nombre muy bonito.

—No le voy a poner a mi hija el nombre de mi madre. No. Fin de la discusión.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Me coge la barbilla y me mira con sinceridad y despidiendo irritación por todos los poros—. Ana, déjalo ya. No quiero que mi hija tenga nada que ver con mi pasado.

—Vale. Lo siento. —Mierda... No quiero que se enfade.

—Eso está mejor. Deja de intentar arreglarlo —murmura—. Has conseguido que admita que la quería y me has arrastrado hasta su tumba. Ya basta.

Oh, no. Me muevo en su regazo para quedar a horcajadas sobre él y le cojo la cabeza con las manos.

—Lo siento. Mucho. No te enfades conmigo, por favor. —Le doy un beso en los labios y después otro en la comisura de la boca. Tras un momento él señala la otra comisura y yo sonrío y se la beso también.

Seguidamente señala su nariz. Le beso ahí. Ahora sonrío y me pone la mano en la espalda.

—Oh, señora Grey... ¿Qué voy a hacer contigo?

—Seguro que ya se te ocurrirá algo —le digo.

Sonríe y girándose de repente, me tumba y me aprieta contra la manta.

—¿Y si se me ocurre ahora? —susurra con una sonrisa perversa.

—¡Christian! —exclamo.

De pronto oímos un grito agudo de Ted. Christian se levanta con la agilidad de una pantera y corre al lugar de donde ha surgido el sonido. Yo le sigo a un paso más tranquilo. En el fondo no estoy tan preocupada como él; no era un grito de esos que me haría subir las escaleras de dos en dos para ver qué ha ocurrido.

Christian coge a Teddy en brazos. Nuestro hijo está llorando inconsolablemente y señalando al suelo donde se ven los restos del polo fundiéndose hasta formar un pequeño charco en la hierba.

—Se le ha caído —dice Sophie en un tono triste—. Le habría dado el mío, pero ya me lo había terminado.

—Oh, Sophie, cariño, no te preocupes —le digo acariciándole el pelo.

—¡Mami! —Ted llora y me tiende los brazos. Christian le suelta a regañadientes y yo extendiendo los brazos para cogerle.

—Ya está, ya está.

—¡Pooo! —solloza.

—Lo sé, cariño. Vamos a buscar a la señora Taylor a ver si tiene otro. —Le doy un beso en la cabeza... Oh, qué bien huele. Huele a mi bebé.

—*Pooo* —repite sorbiendo por la nariz. Le cojo la mano y le beso los dedos pegajosos.

—Tus deditos saben a polo.

Ted deja de llorar y se mira la mano.

—Métete los dedos en la boca.

Hace lo que le he dicho.

—*Pooo*.

—Sí. Polo.

Sonríe. Mi pequeño temperamental, igual que su padre. Bueno, al menos él tiene una excusa: solo tiene dos años.

—¿Vamos a ver a la señora Taylor? —Él asiente y sonríe con su preciosa sonrisa de bebé—. ¿Quieres que papi te lleve? —Niega con la cabeza y me rodea el cuello con los brazos, abrazándome con fuerza y con la cara pegada a mi garganta—. Creo que papi quiere probar el polo también —le susurro a Ted al oído. Ted me mira frunciendo el ceño y después se mira la mano y se la tiende a Christian. Su padre sonríe y se mete los dedos de Ted en la boca.

—Mmm... Qué rico.

Ted ríe y levanta los brazos para que le coja Christian, que me sonríe y coge a Ted, acomodándose contra la cadera.

—Sophie, ¿dónde está Gail?

—Estaba en la casa grande.

Miro a Christian. Su sonrisa se ha vuelto agrídulce y me pregunto qué estará pensando.

—Eres muy buena con él —murmura.

—¿Con este enano? —Le alboroto el pelo a Ted—. Solo es porque os tengo bien cogida la medida a los hombres Grey. —Le sonrío a mi marido.

Ríe.

—Cierto, señora Grey.

Teddy se revuelve para que Christian le suelte. Ahora quiere andar, mi pequeño cabezota. Le cojo una mano y su padre la otra y entre los dos vamos columpiando a Teddy hasta la casa. Sophie va dando saltitos delante de nosotros.

Saludo con la mano a Taylor que, en uno de sus poco habituales días libres, está delante del garaje, vestido con vaqueros y una camiseta sin mangas, haciéndole unos ajustes a una vieja moto.



Me paro fuera de la habitación de Ted y escucho cómo Christian le lee:

—¡Soy el Lorax! Y hablo con los árboles...

Cuando me asomo, Teddy está casi dormido y Christian sigue leyendo. Levanta la vista cuando abro la puerta y cierra el libro. Se acerca el dedo a los labios y apaga el monitor para bebés que hay junto a la cuna de Ted. Arroja a Ted, le acaricia la mejilla y después se incorpora y viene andando de puntillas hasta donde yo estoy sin hacer ruido. Es difícil no reírse al verle.

Fuera, en el pasillo, Christian me atrae hacia sí y me abraza.

—Dios, le quiero mucho, pero dormido es como mejor está —murmura contra mis labios.

—No podría estar más de acuerdo.

Me mira con ojos tiernos.

—Casi no me puedo creer que lleve con nosotros dos años.

—Lo sé... —Le doy un beso y durante un momento me siento transportada al día del nacimiento de Ted: la cesárea de emergencia, la agobiante ansiedad de Christian, la serenidad firme de la doctora Greene cuando mi pequeño Bip tenía dificultades para salir. Me estremezco por dentro al recordarlo.



—Señora Grey, lleva de parto quince horas. Sus contracciones se han ralentizado a pesar de la oxitocina. Tenemos que hacer una cesárea; hay sufrimiento fetal.

—La doctora Greene es firme.

—¡Ya era hora, joder! —gruñe Christian.

La doctora Greene le ignora.

—Christian, cállate. —Le aprieto la mano. Mi voz es baja y débil y todo está borroso: las paredes, las máquinas, la gente con bata verde... Solo quiero dormir. Pero tengo que hacer algo importante primero... Oh, sí.

—Quería que naciera por parto natural.

—Señora Grey, por favor. Tenemos que hacer una cesárea.

—Por favor, Ana —suplica Christian.

—¿Podré dormir entonces?

—Sí, nena, sí —dice Christian casi en un sollozo y me da un beso en la frente.

—Quiero ver a mi pequeño Bip.

—Lo verás.

—Está bien —susurro.

—Por fin... —murmura la doctora Greene—. Enfermera, llame al anestesista. Doctor Miller, prepárese para una cesárea. Señora Grey, vamos a llevarla al quirófano.

—¿Al quirófano? —preguntamos Christian y yo a la vez.

—Sí. Ahora.

Y de repente nos movemos. Las luces del techo son manchas borrosas y al final se convierten en una larga línea brillante mientras me llevan corriendo por el pasillo.

—Señor Grey, tendrá que ponerse un uniforme.

—¿Qué?

—Ahora, señor Grey.

Me aprieta la mano y me suelta.

—¡Christian! —le llamo porque siento pánico.

Cruzamos otro par de puertas y al poco tiempo una enfermera está colocando una pantalla por encima de mi pecho. La puerta se abre y se cierra y de repente hay mucha gente en la habitación. Hay mucho ruido... Quiero irme a casa.

—¿Christian? —Busco entre las caras de la habitación a mi marido.

—Vendrá dentro de un momento, señora Grey.

Un minuto después está a mi lado con un uniforme quirúrgico azul y me coge la mano.

—Estoy asustada —le susurro.

—No, nena, no. Estoy aquí. No tengas miedo. Mi Ana, mi fuerte Ana no debe tener miedo. —Me da un beso en la frente y percibo por el tono de su voz que algo va mal.

—¿Qué pasa?

—¿Qué?

—¿Qué va mal?

—Nada va mal. Todo está bien. Nena, estás agotada, nada más. —Sus ojos arden llenos de miedo.

—Señora Grey, ha llegado el anestesista. Le va a ajustar la epidural y podremos empezar.

—Va a tener otra contracción.

Todo se tensa en mi vientre como si me lo estrujaran con una banda de acero. ¡Mierda! Le aprieto con mucha fuerza la mano a Christian mientras pasa. Esto es lo agotador: soportar este dolor. Estoy tan cansada... Puedo sentir el líquido de la anestesia extendiéndose, bajando. Me concentro en la cara de Christian. En el ceño entre sus cejas. Está tenso. Y preocupado. ¿Por qué está preocupado?

—¿Siente esto, señora Grey? —La voz incorpórea de la doctora Greene me llega desde detrás de la cortina.

—¿El qué?

—¿No lo siente?

—No.

—Bien. Vamos, doctor Miller.

—Lo estás haciendo muy bien, Ana.

Christian está pálido. Veo sudor en su frente. Está asustado. No te asustes, Christian. No tengas miedo.

—Te quiero —susurro.

—Oh, Ana —solloza—. Yo también te quiero, mucho.

Siento un extraño tirón en mi interior, algo que no se parece a nada que haya sentido antes. Christian mira a la pantalla y se queda blanco, pero la observa fascinado.

—¿Qué está ocurriendo?

—¡Succión! Bien...

De repente se oye un grito penetrante y enfadado.

—Ha tenido un niño, señora Grey. Hacedle el Apgar.

—Apgar nueve.

—¿Puedo verlo? —pido.

Christian desaparece un segundo y vuelve a aparecer con mi hijo envuelto en una tela azul. Tiene la cara rosa y cubierta de una sustancia blanca y de sangre. Mi bebé. Mi Bip... Theodore Raymond Grey.

Cuando miro a Christian, él tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Su hijo, señora Grey —me susurra con la voz ahogada y ronca.

—Nuestro hijo —digo sin aliento—. Es precioso.

—Sí —dice Christian, y le da un beso en la frente a nuestro precioso bebé bajo la mata de pelo oscuro. Theodore Raymond Grey está completamente ajeno a todo, con los ojos cerrados y su grito anterior olvidado.

Se ha quedado dormido. Es lo más bonito que he visto en mi vida. Es tan precioso que empiezo a llorar.

—Gracias, Ana —me susurra Christian, y veo que también hay lágrimas en sus ojos.



—¿En qué piensas? —me pregunta Christian levantándome la barbilla.

—Me estaba acordando del nacimiento de Ted. Christian palidece y me toca el vientre.

—No voy a pasar por eso otra vez. Esta vez cesárea programada.

—Christian, yo...

—No, Ana. Estuve a punto de morirme la última vez. No.

—Eso no es verdad.

—No. —Es categórico y no se puede discutir con él, pero cuando me mira los ojos se le suavizan—. Me gusta el nombre de Phoebe —susurra y me acaricia la nariz con la suya.

—¿Phoebe Grey? Phoebe... Sí. A mí también me gusta. —Le sonrío.

—Bien. Voy a montar el regalo de Ted. —Me coge la mano y los dos bajamos la escalera. Irradia entusiasmo; Christian ha estado esperando este momento todo el día.

—¿Crees que le gustará? —Su mirada dudosa se encuentra con la mía.

—Le encantará. Durante unos dos minutos. Christian, solo tiene dos años.

Christian acaba de terminar de montar toda la instalación del tren de madera que le ha comprado a Teddy por su cumpleaños. Ha hecho que Barney de la oficina modificara los dos pequeños motores para que funcionen con energía solar, como el helicóptero que yo lo regalé a él hace unos años. Christian parece ansioso por que salga por fin el sol. Sospecho que es porque es él quien quiere jugar con el tren. Las vías cubren la mayor parte del suelo de piedra de la sala exterior.

Mañana vamos a celebrar una fiesta familiar para Ted. Van a venir Ray y José además de todos los Grey, incluyendo la nueva primita de Ted, Ava, la hija de dos meses de Elliot y Kate. Estoy deseando encontrarme con Kate para que nos pongamos al día y ver qué tal le sienta la maternidad.

Levanto la mirada para ver el sol hundiéndose por detrás de la península de Olympic. Es todo lo que Christian me prometió que sería y al verlo ahora siento el mismo entusiasmo feliz que la primera vez. El atardecer sobre el Sound es simplemente maravilloso. Christian me atrae hacia sus brazos.

—Menuda vista.

—Sí —responde Christian, y cuando me giro para mirarle veo que él me observa a mí. Me da un suave beso en los labios—. Es una vista preciosa —susurra—. Mi favorita.

—Es nuestro hogar.

Sonríe y vuelve a besarme.

—La quiero, señora Grey.

—Yo también te quiero, Christian. Siempre.

Las sombras de Christian

Las primeras Navidades de Cincuenta

El jersey pica y huele a nuevo. Todo es nuevo. Tengo una nueva mami. Es doctora. Tiene un *tetoscopio* y puedo metérmelo en las orejas y oírme el corazón. Es buena y sonrío. Sonrío todo el tiempo. Tiene los dientes pequeños y blancos.

—¿Quieres ayudarme a decorar el árbol, Christian?

Hay un árbol grande en la habitación de los sofás grandes. Un árbol muy grande. Yo nunca había visto uno así. Solo en las tiendas. Pero no dentro, donde están los sofás. Mi casa nueva tiene muchos sofás. No uno solo. No uno marrón y pegajoso.

—Ven, mira.

Mi nueva mami me enseña una caja. Está llena de bolas. Muchas bolas bonitas y brillantes.

—Son adornos para el árbol.

A-dor-nos. A-dor-nos. Digo la palabra en mi cabeza. A-dor-nos...

—Y esto... —me dice sacando una cuerda con florecitas pegadas— son luces. Primero colocamos las luces y luego decoraremos el árbol para que quede bonito.

Baja la mano y me la pone en el pelo. Me quedo muy quieto. Pero me gustan sus dedos en mi pelo. Me gusta estar cerca de mi nueva mami. Huele bien. A limpio. Y solo me toca el pelo.

—¡Mamá!

Él la llama. Lelliot. Es grande y grita mucho. Mucho. Habla. Todo el tiempo. Yo no hablo. No tengo palabras. Solo tengo palabras en mi cabeza.

—Elliot, cariño, estamos en el salón.

Él llega corriendo. Ha estado en el colegio. Tiene un dibujo. Un dibujo que ha hecho para mi nueva mami. Es la mami de Lelliot también. Ella se arrodilla, le da un abrazo y mira el dibujo. Es una casa con una mami y un papi y Lelliot y Christian. Christian es muy pequeño en el dibujo de Lelliot. Lelliot es grande. Tiene una gran sonrisa y Christian una cara triste.

Papi también está aquí. Viene hacia mami. Yo agarro fuerte la mantita. Le da un beso a mi nueva mami y mi nueva mami no se asusta. Sonríe. Le da un beso también. Yo aprieto mi mantita.

—Hola, Christian.

Papi tiene una voz suave y profunda. Me gusta su voz. Nunca habla alto. No grita. No grita como... Me lee libros cuando me voy a la cama. Me lee sobre un gato y un sombrero y huevos verdes y jamón. Nunca he visto huevos verdes. Papi se agacha y ahora ya no es alto.

—¿Qué has hecho hoy?

Le señalo el árbol.

—¿Habéis comprado un árbol? ¿Un árbol de Navidad?

Le digo que sí con la cabeza.

—Es un árbol muy bonito. Tú y mami habéis escogido muy bien. Es una tarea importante elegir el árbol correcto.

Me da una palmadita en el pelo también y yo me quedo muy quieto y abrazo fuerte la mantita. Papi no me hace daño.

—Papi, mira mi dibujo. —Lelliot se enfada cuando papi habla conmigo. Lelliot se enfada conmigo. Yo pego a Lelliot cuando se enfada conmigo. Mi nueva mami se enfada conmigo si lo hago. Lelliot no me pega a mí. Lelliot me tiene miedo.

Las luces del árbol son bonitas.

—Ven, te lo voy a enseñar. El ganchito va por el pequeño agujero y después ya puedes colgarlo del árbol. —Mami pone el a-dor... a-dor-no rojo en el árbol—. Toma, inténtalo con la campanita.

La campanita suena. La agito. Tiene un sonido alegre. La vuelvo a agitar. Mami sonrío. Una gran sonrisa. Una sonrisa especial para mí.

—¿Te gusta la campanita, Christian?

Digo que sí con la cabeza y vuelvo a agitar la campana. Tintinea alegremente.

—Tienes una sonrisa preciosa, querido. —Mami sonrío y se limpia los ojos con la mano. Me acaricia el pelo—. Me encanta ver tu sonrisa. —Baja la mano hasta mi hombro. No. Me aparto y abrazo mi mantita. Mami parece triste y después feliz. Me acaricia el pelo—. ¿Ponemos la campanita en el árbol?

Mi cabeza le dice que sí.

—Christian, tienes que avisarme cuanto tengas hambre. Puedes hacerlo. Puedes coger la mano de mami, llevarme hasta la cocina y señalar. —Me señala con el dedo. Tiene la uña brillante y rosa. Es bonita. Pero no sé

si mi nueva mami está enfadada o no. Me he acabado toda la cena. Macarrones con queso. Estaban ricos—. No quiero que pases hambre, cariño, ¿vale? ¿Quieres un helado?

Mi cabeza dice: ¡sí! Mami me sonrío. Me gustan sus sonrisas. Son mejores que los macarrones con queso.

El árbol es bonito. Me pongo de pie, lo miro y abrazo mi mantita. Las luces parpadean y todas tienen colores diferentes. También los a-dor-nos son todos de colores. Me gustan los azules. Y encima del árbol hay una estrella grande. Papi cogió a Lelliot en brazos y él puso la estrella en el árbol. A Lelliot le gusta poner la estrella en el árbol. Yo también quiero poner la estrella en el árbol... pero no quiero que papi me coja para levantarme. No quiero que me coja. La estrella brilla y suelta destellos.

Al lado del árbol está el piano. Mi nueva mami me deja tocar las teclas blancas y negras del piano. Blancas y negras. Me gusta el sonido de las blancas. El sonido de las negras está mal. Pero me gusta el sonido de las negras también. Voy de las blancas a las negras. Blancas a negras. Negras a blancas. Blanca, blanca, blanca, blanca. Negra, negra, negra, negra. Me gusta el sonido. Me gusta mucho.

—¿Quieres que toque para ti, Christian?

Mi nueva mami se sienta. Toca las blancas y las negras y salen canciones. Pisa los pedales de abajo. A veces se oye alto y a veces bajo. La canción es alegre. A Lelliot le gusta que mami cante también. Mami canta algo sobre un patito feo. Mami hace un sonido de pato

muy divertido. Lelliot también hace el ruido y agita los brazos como si fueran alas y los mueve arriba y abajo como un pájaro. Lelliot es divertido.

Mami ríe. Lelliot ríe. Yo río.

—¿Te gusta esta canción, Christian? —Mami pone su cara triste-feliz.

Tengo un cal-ce-tín. Es rojo y tiene un dibujo de un hombre con un gorro rojo y una gran barba blanca. Es Papá Noel. Papá Noel trae regalos. He visto dibujos de Papá Noel. Pero nunca me ha traído regalos. Yo era malo. Papá Noel no les trae regalos a los niños que son malos. Ahora soy bueno. Mi nueva mami dice que soy bueno, muy bueno. Mi nueva mami no lo sabe. No hay que decírselo a mi nueva mami... pero soy malo. No quiero que mi nueva mami lo sepa.

Papa cuelga el cal-ce-tín en la chimenea. Lelliot también tiene un cal-ce-tín. Lelliot sabe leer lo que pone en su cal-ce-tín. Dice «Lelliot». Hay una palabra en mi cal-ce-tín. Christian. Mi nueva mami lo deletrea: C-H-R-I-S-T-I-A-N.

Papi se sienta en mi cama. Me lee. Yo abrazo mi mantita. Tengo una habitación grande. A veces la habitación está oscura y yo tengo sueños malos. Sueños malos sobre antes. Mi nueva mami viene a la cama conmigo cuando tengo sueños malos. Se tumba conmigo y me canta canciones y yo me duermo. Huele bien, a suave y a nuevo. Mi nueva mami no está fría. No como... No como... Y mis malos sueños se van cuando ella duerme conmigo.

Ha venido Papá Noel. Papá Noel no sabe que he sido malo. Me alegro de que Papá Noel no lo sepa. Tengo un tren y un helicóptero y un avión y un helicóptero y un coche y un helicóptero. Mi helicóptero puede volar. Mi helicóptero es azul. Vuela alrededor del árbol de Navidad. Vuela sobre el piano y aterriza en medio de las teclas blancas. Vuela sobre mami y sobre papi y sobre Lelliot mientras él juega con los legos. El helicóptero vuela por la casa, por el comedor, por la cocina. Vuela más allá de la puerta del estudio de papi y por la escalera hasta mi cuarto, el de Lelliot, el de mami y papi. Vuela por la casa porque es mi casa. Mi casa donde vivo.

Conozcamos a Cincuenta Sombras

Lunes, 9 de mayo de 2011

Mañana —murmuro para despedir a Claude Bastille, que está de pie en el umbral de mi oficina.

—Grey, ¿jugamos al golf esta semana? —Bastille sonríe con arrogancia, porque sabe que tiene asegurada la victoria en el campo de golf.

Se gira y se va y yo le veo alejarse con el ceño fruncido. Lo que me ha dicho antes de irse solo echa sal en mis heridas, porque a pesar de mis heroicos intentos en el gimnasio esta mañana, mi entrenador personal me ha dado una buena paliza. Bastille es el único que puede vencerme y ahora pretende apuntarse otra victoria en el campo de golf. Odio el golf, pero se hacen muchos negocios en las calles de los campos de ese deporte, así que tengo que soportar que me dé lecciones ahí también... Y aunque no me guste admitirlo, Bastille ha conseguido que mejore mi juego.

Mientras miro la vista panorámica de Seattle, el hastío ya familiar se cuela en mi mente. Mi humor está tan gris y aburrido como el cielo. Los días se mezclan unos con otros y soy incapaz de diferenciarlos. Necesito algún tipo de distracción. He trabajado todo el fin de semana y ahora, en los confines siempre constantes de mi despacho, me encuentro inquieto. No debería estar

así, no después de varios asaltos con Bastille. Pero así me siento.

Frunzo el ceño. Lo cierto es que lo único que ha captado mi interés recientemente ha sido la decisión de enviar dos cargueros a Sudán. Eso me recuerda que se supone que Ros tenía que haberme pasado ya los números y la logística. ¿Por qué demonios se estará retrasando? Miro mi agenda y me acerco para coger el teléfono con intención de descubrir qué está pasando.

¡Oh, Dios! Tengo que soportar una entrevista con la persistente señorita Kavanagh para la revista de la facultad. ¿Por qué demonios accedería? Odio las entrevistas: preguntas insulsas que salen de la boca de imbéciles insulsos, mal informados e insustanciales. Suena el teléfono.

—Sí —le respondo bruscamente a Andrea como si ella tuviera la culpa. Al menos puedo hacer que la entrevista dure lo menos posible.

—La señorita Anastasia Steele está esperando para verle, señor Grey.

—¿Steele? Esperaba a Katherine Kavanagh.

—Pues es Anastasia Steele quien está aquí, señor.

Frunzo el ceño. Odio los imprevistos.

—Dile que pase —murmuro consciente de que sueno como un adolescente enfurruñado, pero no me importa una mierda.

Bueno, bueno... parece que la señorita Kavanagh no ha podido venir... Conozco a su padre: es el propietario de Kavanagh Media. Hemos hecho algunos negocios juntos y parece un tipo listo y un hombre racional. He aceptado la entrevista para hacerle un favor,

uno que tengo intención de cobrarme cuando me convenga. Tengo que admitir que tenía una vaga curiosidad por conocer a su hija para saber si la astilla tiene algo que ver con el palo o no.

Oigo un golpe en la puerta que me devuelve a la realidad. Entonces veo una maraña de largo pelo castaño, pálidas extremidades y botas marrones que aterriza de bruces en mi despacho. Pongo los ojos en blanco y reprimo la irritación que me sale naturalmente ante tal torpeza. Me acerco enseguida a la chica, que está a cuatro patas en el suelo. La sujeto por los hombros delgados y la ayudo a levantarse.

Unos ojos azul luminoso, claros y avergonzados, se encuentran con los míos y me dejan petrificado. Son de un color de lo más extraordinario, un azul empolvado cándido, y durante un momento horrible me siento como si pudieran ver a través de mí. Me siento... expuesto. Qué desconcertante. Tiene la cara pequeña y dulce y se está ruborizando con un inocente rosa pálido. Me pregunto un segundo si toda su piel será así, tan impecable, y qué tal estará sonrosada y caliente después de un golpe con una caña. Joder. Freno en seco mis díscolos pensamientos, alarmado por la dirección que están tomando. Pero ¿qué coño estás pensando, Grey? Esta chica es demasiado joven. Me mira con la boca abierta y yo vuelvo a poner los ojos en blanco. Sí, sí, nena, no es más que una cara bonita y no hay belleza debajo de la piel. Me gustaría hacer desaparecer de esos grandes ojos azules esa mirada de admiración sin reservas.

Ha llegado la hora del espectáculo, Grey. Vamos a divertirnos un poco.

—Señorita Kavanagh. Soy Christian Grey. ¿Está bien? ¿Quiere sentarse?

Otra vez ese rubor. Ahora que ya he recuperado la compostura y el control, la observo. Es bastante atractiva, dentro del tipo desgarrado: menuda y pálida, con una melena color caoba que apenas puede contener la goma de pelo que lleva. Una chica morena... Sí, es atractiva. Le tiendo la mano y ella balbucea una disculpa mortificada mientras me la estrecha con su mano pequeña. Tiene la piel fresca y suave, pero su apretón de manos es sorprendentemente firme.

—La señorita Kavanagh está indispuesta, así que me ha mandado a mí. Espero que no le importe, señor Grey. —Habla en voz baja con una musicalidad vacilante y parpadea como loca agitando las pestañas sobre esos grandes ojos azules.

Incapaz de mantener al margen de mi voz la diversión que siento al recordar su algo menos que elegante entrada en el despacho, le pregunto quién es.

—Anastasia Steele. Estudio literatura inglesa con Kate... digo... Katherine... digo... la señorita Kavanagh, en la Estatal de Washington.

Un ratón de biblioteca nervioso y tímido, ¿eh? Parece exactamente eso; va vestida de una manera espantosa, ocultando su complexión delgada bajo un jersey sin forma y una discreta falda plisada marrón. Dios, ¿es que no tiene gusto para vestir? Mira mi despacho nerviosamente. Lo está observando todo menos a mí, noto con una ironía divertida.

¿Cómo puede ser periodista esta chica? No tiene ni una pizca de determinación en el cuerpo. Está tan encantadoramente ruborizada, tan dócil, tan cándida...

tan sumisa. Niego con la cabeza, asombrado por la línea que están siguiendo mis pensamientos. Le digo alguna cosa tópica y le pido que se siente. Después noto que su mirada penetrante observa los cuadros del despacho. Antes de que me dé cuenta, me encuentro explicándole de dónde vienen.

—Un artista de aquí. Trouton.

—Son muy bonitos. Elevan lo cotidiano a la categoría de extraordinario —dice distraída, perdida en el arte exquisito y la técnica perfecta de mis cuadros. Su perfil es delicado (la nariz respingona y los labios suaves y carnosos) y sus palabras han expresado exactamente lo que yo siento al mirar el cuadro: «Elevan lo cotidiano a la categoría de extraordinario». Una observación muy inteligente. La señorita Steele es lista.

Murmuro algo para expresar que estoy de acuerdo y vuelve a aparecer en su piel ese rubor. Me siento frente a ella e intento dominar mis pensamientos.

Ella saca un papel arrugado y una grabadora digital de un bolso demasiado grande. ¿Una grabadora digital? ¿Eso no va con cintas VHS? Dios... Es muy torpe y deja caer dos veces el aparato sobre mi mesa de café Bauhaus. Es obvio que no ha hecho esto nunca antes, pero por alguna razón que no logro comprender, todo esto me parece divertido. Normalmente esa torpeza me irritaría sobremanera, pero ahora tengo que esconder una sonrisa tras mi dedo índice y contenerme para no colocar el aparato sobre la mesa yo mismo.

Mientras ella se va poniendo más nerviosa por momentos, se me ocurre que yo podría mejorar sus habilidades motoras con la ayuda de una fusta de montar. Bien utilizada puede domar hasta a la más

asustadiza. Ese pensamiento hace que me revuelva en la silla. Ella me mira y se muerde el labio carnosos. ¡Joder! ¿Cómo he podido no fijarme antes en esa boca?

—Pe... Perdón. No suelo utilizarla.

Está claro, nena, pienso irónicamente, pero ahora mismo no me importa una mierda porque no puedo apartar los ojos de tu boca.

—Tómese todo el tiempo que necesite, señorita Steele. —Yo también necesito un momento para controlar estos pensamientos rebeldes. Grey... Para ahora mismo.

—¿Le importa que grabe sus respuestas? —me pregunta con expresión expectante e inocente.

Estoy a punto de echarme a reír. Oh, Dios mío...

—¿Me lo pregunta ahora, después de lo que le ha costado preparar la grabadora? —Parpadea y sus ojos se ven muy grandes y perdidos durante un momento. Siento una punzada de culpa que me resulta extraña. Deja de ser tan gilipollas, Grey—. No, no me importa —murmuro porque no quiero ser el responsable de esa mirada.

—¿Le explicó Kate... digo... la señorita Kavanagh para dónde era la entrevista?

—Sí. Para el último número de este curso de la revista de la facultad, porque yo entregaré los títulos en la ceremonia de graduación de este año. —Y no sé por qué demonios he accedido a hacer eso. Sam, de relaciones públicas, me ha dicho que es un honor y el departamento de ciencias medioambientales de Vancouver necesita la publicidad para conseguir financiación adicional y complementar la beca que les he dado.

La señorita Steele parpadea, solo grandes ojos azules de nuevo, como si mis palabras la hubieran sorprendido. Joder, ¡me mira con desaprobación! ¿Es que no ha hecho ninguna investigación para la entrevista? Debería saberlo. Pensar eso me enfría un poco la sangre. Es... molesto. No es lo que espero de alguien a quien le dedico parte de mi tiempo.

—Bien. Tengo algunas preguntas, señor Grey. — Se coloca un mechón de pelo tras la oreja, y eso me distrae de mi irritación.

—Sí, creo que debería preguntarme algo — murmuro con sequedad. Vamos a hacer que se retuerza un poco. Ella se retuerce como si hubiera oído mis pensamientos, pero consigue recobrar la compostura, se sienta erguida y cuadra sus delgados hombros. Se inclina y pulsa el botón de la grabadora y después frunce el ceño al mirar sus notas arrugadas.

—Es usted muy joven para haber amasado este imperio. ¿A qué se debe su éxito?

¡Oh, Dios! ¿No puedes hacer nada mejor que eso? Qué pregunta más aburrida. Ni una pizca de originalidad. Qué decepcionante. Le recito de memoria mi respuesta habitual sobre la gente excepcional que trabaja para mí, gente en la que confío (en la medida en que yo puedo confiar en alguien) y a la que pago bien bla, bla, bla... Pero, señorita Steele, la verdad es que soy un puto genio en lo que hago. Para mí está chupado: compro empresas con problemas y que están mal gestionadas y las rehabilito o, si están hundidas del todo, les extraigo los activos útiles y los vendo al mejor postor. Es cuestión simplemente de saber cuál es la diferencia entre las dos, y eso invariablemente depende de la gente

que está a cargo. Para tener éxito en un negocio se necesita buena gente, y yo sé juzgar a las personas mejor que la mayoría.

—Quizá solo ha tenido suerte —dice en voz baja.

¿Suerte? Me recorre el cuerpo un estremecimiento irritado. ¿Suerte? Esto no tiene nada que ver con la suerte, señorita Steele. Parece apocada y tímida, pero ese comentario... Nunca me ha preguntado nadie si he tenido suerte. Trabajar duro, escoger a las personas adecuadas, vigilarlas de cerca, cuestionarlas si es preciso y, si no se aplican a la tarea, librarme de ellas sin miramientos. Eso es lo que yo hago, y lo hago bien. ¡Y eso no tiene nada que ver con la suerte! Mierda... En un alarde de erudición, le cito las palabras de mi industrial americano favorito.

—Parece usted un maniático del control — responde, y lo dice completamente en serio.

Pero ¿qué coño...?

Tal vez esos ojos cándidos sí que ven a través de mí. Control es como mi segundo nombre.

La miro fijamente.

—Bueno, lo controlo todo, señorita Steele. —Y me gustaría controlarte a ti, aquí y ahora.

Sus ojos se abren mucho. Ese rubor tan atractivo vuelve a aparecer en su cara una vez más y se muerde de nuevo el labio. Yo sigo yéndome por las ramas, intentando apartar mi atención de su boca.

—Además, decirte a ti mismo, en tu fuero más íntimo, que has nacido para ejercer el control te concede un inmenso poder.

—¿Le parece a usted que su poder es inmenso? —me pregunta con voz suave y serena, pero arquea su

delicada ceja y sus ojos me miran con censura. Mi irritación crece. ¿Me está provocando deliberadamente? ¿Y me molesta por sus preguntas, por su actitud o porque me parece atractiva?

—Tengo más de cuarenta mil empleados, señorita Steele. Eso me otorga cierto sentido de la responsabilidad... poder, si lo prefiere. Si decidiera que ya no me interesa el negocio de las telecomunicaciones y lo vendiera todo, veinte mil personas pasarían apuros para pagar la hipoteca en poco más de un mes.

Se le abre la boca al oír mi respuesta. Así está mejor. Chúpese esa, señorita Steele. Siento que recupero el equilibrio.

—¿No tiene que responder ante una junta directiva?

—Soy el dueño de mi empresa. No tengo que responder ante ninguna junta directiva —le contesto cortante. Ella debería saberlo. Levanto una ceja inquisitiva.

—¿Y cuáles son sus intereses, aparte del trabajo? —continúa apresuradamente porque ha identificado mi reacción. Sabe que estoy molesto y por alguna razón inexplicable eso me complace muchísimo.

—Me interesan cosas muy diversas, señorita Steele. Muy diversas. —Le sonrío. Imágenes de ella en diferentes posturas en mi cuarto de juegos me cruzan la mente: esposada a la cruz, con las extremidades estiradas y atada a la cama de cuatro postes, tumbada sobre el banco de azotar... ¡Joder! ¿De dónde sale todo esto? Fíjate... ese rubor otra vez. Es como un mecanismo de defensa. Cálmate, Grey.

—Pero si trabaja tan duro, ¿qué hace para relajarse?

—¿Relajarme? —Le sonrío; esa palabra suena un poco rara viniendo de ella. Además, ¿de dónde voy a sacar tiempo para relajarme? ¿No tiene ni idea del número de empresas que controlo? Pero me mira con esos ojos azules ingenuos y para mi sorpresa me encuentro reflexionando sobre la pregunta. ¿Qué hago para relajarme? Navegar, volar, follar... Poner a prueba los límites de chicas morenas como ella hasta que las doblego... Solo de pensarlo hace que me revuelva en el asiento, pero le respondo de forma directa, omitiendo mis dos aficiones favoritas.

—Invierte en fabricación. ¿Por qué en fabricación en concreto?

Su pregunta me trae de vuelta al presente de una forma un poco brusca.

—Me gusta construir. Me gusta saber cómo funcionan las cosas, cuál es su mecanismo, cómo se montan y se desmontan. Y me encantan los barcos. ¿Qué puedo decirle? —Distribuyen comida por todo el planeta, llevan mercancías a los que pueden comprarlas y a los que no y después de vuelta otra vez. ¿Cómo no me iba a gustar?

—Parece que el que habla es su corazón, no la lógica y los hechos.

¿Corazón? ¿Yo? Oh, no, nena. Mi corazón fue destrozado hasta quedar irreconocible hace tiempo.

—Es posible, aunque algunos dirían que no tengo corazón.

—¿Y por qué dirían algo así?

—Porque me conocen bien. —Le dedico una media sonrisa. De hecho nadie me conoce tan bien, excepto Elena tal vez. Me pregunto qué le parecería a ella la pequeña señorita Steele... Esta chica es un cúmulo de contradicciones: tímida, incómoda, claramente inteligente y mucho más que excitante. Sí, vale, lo admito. Es un bocado muy atractivo.

Me suelta la siguiente pregunta que tiene escrita.

—¿Dirían sus amigos que es fácil conocerlo?

—Soy una persona muy reservada, señorita Steele. Hago todo lo posible por proteger mi vida privada. No suelo ofrecer entrevistas. —Haciendo lo que yo hago y viviendo la vida que he elegido, necesito privacidad.

—¿Y por qué aceptó esta?

—Porque soy mecenas de la universidad, y porque, por más que lo intentara, no podía sacarme de encima a la señorita Kavanagh. No dejaba de dar la lata a mis relaciones públicas, y admiro esa tenacidad. —Pero me alegro que seas tú la que ha venido y no ella.

—También invierte en tecnología agrícola. ¿Por qué le interesa este ámbito?

—El dinero no se come, señorita Steele, y hay demasiada gente en el mundo que no tiene qué comer.

—Me la quedo mirando con cara de póquer.

—Suenas muy filantrópico. ¿Le apasiona la idea de alimentar a los pobres del mundo? —Me mira con una expresión curiosa, como si yo fuera un enigma que tiene que resolver, pero no hay forma de que esos grandes ojos azules puedan ver mi alma oscura. Eso no es algo que esté abierto a discusión pública. Nunca.

—Es un buen negocio. —Me encojo de hombros fingiendo aburrimiento y me imagino follándole la boca para distraerme de esos pensamientos sobre el hambre. Sí, esa boca necesita entrenamiento. Vaya, eso me resulta atractivo y me permito imaginarla de rodillas delante de mí.

—¿Tiene una filosofía? Y si la tiene, ¿en qué consiste? —Vuelve a leer como un papagayo.

—No tengo una filosofía como tal. Quizá un principio que me guía... de Carnegie: «Un hombre que consigue adueñarse absolutamente de su mente puede adueñarse de cualquier otra cosa para la que esté legalmente autorizado». Soy muy peculiar, muy tenaz. Me gusta el control... de mí mismo y de los que me rodean.

—Entonces quiere poseer cosas... —Sus ojos se abren mucho.

Sí, nena. A ti, para empezar...

—Quiero merecer poseerlas, pero sí, en el fondo es eso.

—Parece usted el paradigma del consumidor. — Su voz tiene un tono de desaprobación que me molesta. Parece una niña rica que ha tenido todo lo que ha querido, pero cuando me fijo en su ropa me doy cuenta de que no es así (va vestida de grandes almacenes, Old Navy o Walmart seguramente). No ha crecido en un hogar acomodado.

Yo podría cuidarte y ocuparme de ti.

Mierda, ¿de dónde coño ha salido eso? Aunque, ahora que lo pienso, necesito una nueva sumisa. Han pasado, ¿qué? ¿Dos meses desde Susannah? Y aquí estoy, babeando de nuevo por una mujer castaña.

Intento sonreír y demostrar que estoy de acuerdo con ella. No hay nada malo en el consumo; eso es lo que mueve lo que queda de la economía americana.

—Fue un niño adoptado. ¿Hasta qué punto cree que ha influido en su manera de ser?

¿Y eso qué narices tiene que ver con el precio del petróleo? La miro con el ceño fruncido. Qué pregunta más ridícula. Si hubiera permanecido con la puta adicta al crack probablemente ahora estaría muerto. Le respondo con algo que no es una verdadera respuesta, intentando mantener mi voz serena, pero insiste preguntándome a qué edad me adoptaron. ¡Haz que se calle de una vez, Grey!

—Todo el mundo lo sabe, señorita Steele. —Mi voz es gélida. Debería saber todas esas tonterías. Ahora parece arrepentida. Bien.

—Ha tenido que sacrificar su vida familiar por el trabajo.

—Eso no es una pregunta —respondo.

Vuelve a sonrojarse y se muerde el labio. Pide perdón y rectifica.

—¿Ha tenido que sacrificar su vida familiar por el trabajo?

¿Y para qué querría tener una familia?

—Tengo familia. Un hermano, una hermana y unos padres que me quieren. No me interesa ampliar la familia.

—¿Es usted gay, señor Grey?

¡Pero qué coño...! ¡No me puedo creer que haya llegado a decir eso en voz alta! La pregunta que mi familia no se atreve a hacerme (lo que me divierte)... Pero ¿cómo se ha atrevido ella? Tengo que reprimir la

necesidad imperiosa de arrancarla de su asiento, ponerla sobre mis rodillas y azotarla hasta que no lo pueda soportar más para después follármela encima de mi mesa con las manos atadas detrás de la espalda. Eso respondería perfectamente a su pregunta. ¡Pero qué mujer más frustrante! Inspiro hondo para calmarme. Para mi deleite vengativo, parece muy avergonzada por su propia pregunta.

—No, Anastasia, no soy gay. —Levanto ambas cejas, pero mantengo la expresión impasible. Anastasia. Es un hombre muy bonito. Me gusta cómo me acaricia la lengua.

—Le pido disculpas. Está... bueno... está aquí escrito. —Se coloca el pelo detrás de la oreja nerviosamente.

¿No conoce sus propias preguntas? Tal vez es que no son tuyas.

Se lo pregunto y ella palidece. Joder, es realmente atractiva, aunque de una forma discreta. Incluso diría que es bonita.

—Bueno... no. Kate... la señorita Kavanagh... me ha pasado una lista.

—¿Son compañeras de la revista de la facultad?

—No. Es mi compañera de piso.

Ahora entiendo por qué se comporta así. Me rasco la barbilla y me debato entre hacérselo pasar muy mal o no.

—¿Se ha ofrecido usted para hacer esta entrevista? —le pregunto y me recompensa con una mirada sumisa con los ojos grandes y agobiados por mi reacción. Me gusta el efecto que tengo sobre ella.

—Me lo ha pedido ella. No se encuentra bien — explica en voz baja.

—Esto explica muchas cosas.

Llaman a la puerta y aparece Andrea.

—Señor Grey, perdone que lo interrumpa, pero su próxima reunión es dentro de dos minutos.

—No hemos terminado, Andrea. Cancela mi próxima reunión, por favor.

Andrea duda y me mira con la boca abierta. Yo me quedo mirándola fijamente. ¡Fuera! ¡Ahora! Estoy ocupado con la señorita Steele. Andrea se pone escarlata, pero se recupera rápido.

—Muy bien, señor Grey —dice, se gira y se va.

Vuelvo a centrar mi atención en la intrigante y frustrante criatura que tengo sentada en mi sofá.

—¿Por dónde íbamos, señorita Steele?

—No quisiera interrumpir sus obligaciones.

Oh, no, nena. Ahora me toca a mí. Quiero saber si hay algún secreto que descubrir detrás de esos ojos tan increíblemente bonitos.

—Quiero saber de usted. Creo que es lo justo. — Me acomodo en el respaldo y apoyo un dedo sobre los labios. Veo que sus ojos se dirigen a mi boca y traga saliva. Oh, sí... el efecto habitual. Es gratificante saber que no es completamente ajena a mis encantos.

—No hay mucho que saber —me dice y vuelve el rubor. La estoy intimidando. Bien.

—¿Qué planes tiene después de graduarse?

Se encoge de hombros.

—No he hecho planes, señor Grey. Tengo que aprobar los exámenes finales.

—Aquí tenemos un excelente programa de prácticas. —Joder. ¿Qué me ha poseído para decir eso? Estoy rompiendo la regla de oro: nunca, jamás, follarse al personal. Pero, Grey, no te vas a tirar a esta chica. Parece sorprendida y sus dientes vuelven a clavarse en el labio. ¿Por qué me resulta excitante eso?

—Lo tendré en cuenta —murmura. Y después añade—: Aunque no creo que encajara aquí.

¿Y por qué no? ¿Qué le pasa a mi empresa?

—¿Por qué lo dice? —le pregunto.

—Es obvio, ¿no?

—Para mí no. —Me confunde su respuesta.

Está nerviosa de nuevo y estira el brazo para coger la grabadora. Oh, mierda, se va. Repaso mentalmente mi agenda para la tarde... No hay nada que no pueda esperar.

—¿Le gustaría que le enseñara el edificio?

—Seguro que está muy ocupado, señor Grey, y yo tengo un largo camino.

—¿Vuelve en coche a Vancouver? —Miro por la ventana. Es mucha distancia y está lloviendo. Mierda. No debería conducir con este tiempo, pero no puedo prohibírselo. Eso me irrita—. Bueno, conduzca con cuidado. —Mi voz suena más dura de lo que pretendía.

Ella intenta torpemente guardar la grabadora. Tiene prisa por salir de mi despacho, y por alguna razón que no puedo explicar yo no deseo que se vaya.

—¿Me ha preguntado todo lo que necesita? — digo en un esfuerzo claro por prolongar su estancia.

—Sí, señor —dice en voz baja.

Su respuesta me deja helado: esas palabras suenan de una forma en su boca... Brevemente me imagino esa boca a mi entera disposición.

—Gracias por la entrevista, señor Grey.

—Ha sido un placer —le respondo. Y lo digo completamente en serio; hacía mucho que nadie me fascinaba tanto. Y eso es perturbador.

Ella se pone de pie y yo le tiendo la mano, muy ansioso por tocarla.

—Hasta la próxima, señorita Steele —digo en voz baja. Ella me estrecha la mano. Sí, quiero azotar y follarme a esta chica en mi cuarto de juegos. Tenerla atada y suplicando... necesitándome, confiando en mí. Trago saliva. No va a pasar, Grey.

—Señor Grey —se despide con la cabeza y aparta la mano rápidamente... demasiado rápidamente.

Mierda, no puedo dejar que se vaya así. Pero es obvio que se muere por salir de aquí. La irritación y la inspiración me golpean a la vez cuando la veo salir.

—Asegúrese de cruzar la puerta con buen pie, señorita Steele.

Ella se sonroja en el momento justo con ese delicioso tono de rosa.

—Muy amable, señor Grey —dice.

¡La señorita Steele tiene dientes! Sonrío mientras la observo al salir y la sigo. Tanto Andrea como Olivia levantan la vista alucinadas. Sí, sí... La estoy acompañando a la puerta.

—¿Ha traído abrigo? —pregunto.

—Chaqueta.

Frunzo el ceño al mirar Olivia, que tiene la boca abierta, e inmediatamente ella salta para traer una

chaqueta azul marino. Se la cojo de las manos y la miro para indicarle que se siente de nuevo. Dios, qué irritante es Olivia, siempre mirándome soñadoramente...

Mmm... La chaqueta es efectivamente de Walmart. La señorita Anastasia Steele debería ir mejor vestida. La sostengo para que se la ponga y, al colocársela sobre los hombros delgados, le rozo la piel de la nuca. Ella se queda helada ante el contacto y palidece. ¡Sí! Ejerce algún efecto sobre ella. Saberlo es algo inmensamente gratificante. Me acerco al ascensor y pulso el botón mientras ella espera a mi lado, revolviéndose, incapaz de permanecer quieta.

Oh, yo podría hacer que dejaras de revolverte de esta forma, nena.

Las puertas se abren y ella corre adentro; luego se gira para mirarme.

—Anastasia —murmuro para despedirme.

—Christian —susurra en respuesta. Y las puertas del ascensor se cierran dejando mi nombre en el aire con un sonido extraño, poco familiar, pero mucho más que sexy.

Joder... ¿Qué ha sido eso?

Necesito saber más sobre esta chica.

—Andrea —exclamo mientras camino decidido de vuelta a mi despacho—. Ponme con Welch inmediatamente.

Me siento a la mesa esperando que me pase la llamada y miro los cuadros colgados de las paredes de mi despacho. Las palabras de la señorita Steele vuelven a mí: «Elevan lo cotidiano a la categoría de extraordinario». Eso podría ser una buena descripción de ella.

El teléfono suena.

—Tengo al señor Welch al teléfono.

—Pásamelo.

—¿Sí, señor?

—Welch, necesito un informe.

Sábado, 14 de mayo de 2011

Anastasia Rose Steele

Fecha de nacimiento: 10 de septiembre de 1989, Montesano, Washington.

Dirección: 1114 SW Green Street, Apartamento 7, Haven Heights, Vancouver, Washington 9888

Teléfono móvil: 360 959 4352

N.º de la Seguridad Social: 987-65-4320

Datos bancarios: Wells Fargo Bank, Vancouver, Washington 98888

Número de cuenta: 309361

Saldo: 683,16 dólares

Profesión: Estudiante de la Universidad Estatal de Washington, facultad de letras, campus de Vancouver - Especialidad: literatura inglesa.

Nota media: 4 sobre 5

Formación anterior: Instituto de Montesano

Nota en examen de acceso a la universidad:
2150

Actividad laboral: Ferretería Clayton's
NW Vancouver Drive, Portland, Oregón (a tiempo parcial)

Padre: Franklin A. Lambert

-fecha de nacimiento: 1 de septiembre de 1969 -
fallecido el 11 de septiembre de 1989.

Madre: Carla May Wilks Adams

-fecha de nacimiento: 18 de julio de 1970

-casada con Frank Lambert el 1 de marzo 1989;
enviudó el 11 de septiembre de 1989

-casada con Raymond Steele el 6 de junio de
1990; divorciada el 12 de julio de 2006

-casada con Stephen M. Morton el 16 de agosto
de 2006; divorciada el 31 de enero de 2007

-casada con Robbin (Bob) Adams el 6 de abril de
2009

Afiliaciones políticas: No se le conocen

Afiliaciones religiosas: No se le conocen

Orientación sexual: Desconocida

Relaciones sentimentales: Ninguna en la
actualidad

Estudio el escueto informe por centésima vez desde que lo recibí hace dos días, buscando alguna pista sobre la enigmática señorita Anastasia Rose Steele. No puedo sacármela de la cabeza y está empezando a irritarme de verdad. Esta pasada semana, durante unas reuniones particularmente aburridas, me he encontrado reproduciendo de nuevo la entrevista en mi cabeza. Sus dedos torpes con la grabadora, la forma en que se colocaba el pelo detrás de la oreja, cómo se mordía el labio. Sí. Eso de morderse el labio me tiene loco.

Y ahora aquí estoy, aparcado delante de Clayton's, la modesta ferretería en las afueras de Portland donde ella trabaja.

Eres un idiota, Grey. ¿Por qué estás aquí?

Sabía que iba a acabar así. Toda la semana... Sabía que tenía que verla de nuevo. Lo supe desde que pronunció mi nombre en el ascensor y desapareció en las profundidades de mi edificio. He intentado resistirme. He esperado cinco días, cinco putos días para intentar olvidarme de ella. Y yo no espero. No me gusta esperar... para nada. Nunca antes he perseguido activamente a una mujer. Las mujeres han entendido siempre lo que quería de ellas. Ahora temo que la señorita Steele sea demasiado joven y no le interese lo que tengo que ofrecer... ¿Le interesará? ¿Podría ser una buena sumisa? Niego con la cabeza. Solo hay una forma de averiguarlo... Por eso estoy aquí como un gilipollas, sentado en un aparcamiento de las afueras en un barrio de Portland muy deprimente.

Su informe no me ha desvelado nada reseñable. Excepto el último dato, que no abandona mi mente. Y es la razón por la que estoy aquí. ¿Por qué no tiene novio, señorita Steele? «Orientación sexual: desconocida.» Tal vez sea gay. Ríe entre dientes, pensando que es poco probable. Recuerdo la pregunta que me hizo durante la entrevista, su vergüenza, cómo se sonrojó con ese rubor rosa pálido... Mierda. Llevo sufriendo esos pensamientos absurdos desde que la conocí.

Por eso estás aquí.

Estoy deseando volver a verla... Esos ojos azules me persiguen, incluso en sueños. No le he hablado de ella a Flynn, y me alegro de no haberlo hecho porque ahora me estoy comportando como un acosador. Tal vez debería contárselo. Pongo los ojos en blanco. No quiero que me vuelva loco con su última mierda de terapia centrada en la solución. Solo necesito una distracción... Y

ahora mismo la única distracción que quiero trabaja de cajera en una ferretería.

Ya has venido hasta aquí. Vamos a ver si la pequeña señorita Steele es tan atractiva como la recuerdas. Ha llegado la hora del espectáculo, Grey. Salgo del coche y cruzo el aparcamiento hasta la puerta principal. Suena una campana con un tono electrónico cuando entro.

La tienda es más grande de lo que parece desde fuera, y aunque es casi la hora de comer, el lugar está tranquilo teniendo en cuenta que es sábado. Hay pasillos y pasillos llenos de los artículos habituales de una tienda de esas características. Se me habían olvidado las posibilidades que una ferretería le ofrece a alguien como yo. Normalmente compro lo que necesito por internet, pero ya que estoy aquí, voy a llevarme unas cuantas cosas: velcro, anillas... Sí. Encontraré a la deliciosa señorita Steele y me divertiré un poco.

Solo necesito tres segundos para localizarla. Está encorvada sobre el mostrador, mirando fijamente la pantalla del ordenador y comiendo un bagel distraída. Sin darse cuenta se quita un resto de la comisura de la boca con el dedo, se mete el dedo en la boca y lo chupa. Mi polla se agita en respuesta a ese gesto. ¡Joder! ¿Es que acaso tengo catorce años? Mi reacción es muy irritante. Tal vez consiga detener esta respuesta adolescente si la esposo, me la follo y la azoto con el látigo... y no necesariamente en ese orden. Sí. Eso es lo que necesito.

Está muy concentrada en su tarea y eso me da la oportunidad de observarla. Al margen de mis

pensamientos perversos, es atractiva, bastante atractiva. La recordaba bien.

Ella levanta la vista y se queda petrificada mirándome con sus ojos inteligentes y penetrantes, del más azul de los azules, que parecen poder ver a través de mí. Es tan inquietante como la primera vez que la vi. Solo se queda mirando, sorprendida creo, y no sé si eso es una respuesta buena o mala.

—Señorita Steele, qué agradable sorpresa.

—Señor Grey —susurra jadeante y ruborizada. Ah... es una buena respuesta.

—Pasaba por aquí. Necesito algunas cosas. Es un placer volver a verla, señorita Steele. —Un verdadero placer. Va vestida con una camiseta ajustada y vaqueros, nada que ver con la ropa sin forma que llevaba el otro día. Ahora es todo piernas largas, cintura estrecha y tetas perfectas. Sigue mirándome con la boca abierta y tengo que resistir la tentación de acercar la mano y empujarle un poco la barbilla para cerrarle la boca. He volado desde Seattle solo para verla y con lo que tengo delante ahora creo que ha merecido la pena el viaje.

—Ana. Me llamo Ana. ¿En qué puedo ayudarle, señor Grey? —Inspira hondo, cuadra los hombros igual que hizo durante la entrevista, y me dedica una sonrisa falsa que estoy seguro de que reserva para los clientes.

Empieza el juego, señorita Steele.

—Necesito un par de cosas. Para empezar, bridas para cables.

Sus labios se separan un poco al inhalar bruscamente.

Le sorprendería saber lo que puedo hacer con ellas, señorita Steele...

—Tenemos varias medidas. ¿Quiere que se las muestre?

—Sí, por favor. La acompaño, señorita Steele.

Sale de detrás del mostrador y señala uno de los pasillos. Lleva unas zapatillas Converse. Sin darme cuenta me pregunto qué tal le quedaría unos tacones de vértigo. Louboutins... Nada más que Louboutins.

—Están con los artículos de electricidad, en el pasillo número ocho. —Le tiembla la voz y se sonroja... otra vez.

Le afecto. La esperanza nace en mi pecho. No es gay. Sonríó para mis adentros.

—La sigo —murmuro y extiendo la mano para señalarle que vaya delante. Si ella va delante tengo tiempo y espacio para admirar ese culo fantástico. La verdad es que lo tiene todo: es dulce, educada y bonita, con todos los atributos físicos que yo valoro en una sumisa. Pero la pregunta del millón de dólares es: ¿podría ser una sumisa? Seguro que no sabe nada de ese estilo de vida (mi estilo de vida), pero me encantaría introducirla en ese mundo. Te estás adelantando mucho, Grey.

—¿Ha venido a Portland por negocios? —pregunta interrumpiendo mis pensamientos. Habla en voz alta, intentando fingir desinterés. Hace que tenga ganas de reír; es refrescante. Las mujeres no suelen hacerme reír.

—He ido a visitar el departamento de agricultura de la universidad, que está en Vancouver —miento. De hecho he venido a verla a usted, señorita Steele.

Ella se sonroja y yo me siento fatal.

—En estos momentos financio una investigación sobre rotación de cultivos y ciencia del suelo. —Eso es cierto, por lo menos.

—¿Forma parte de su plan para alimentar al mundo? —En sus labios aparece una media sonrisa.

—Algo así —murmuro. ¿Se está riendo de mí? Oh, me encantaría quitarle eso de la cabeza si es lo que pretende. Pero ¿cómo empezar? Tal vez con una cena en vez de la entrevista habitual. Eso sí que sería una novedad: llevar a cenar a un proyecto de sumisa...

Llegamos a donde están las bridas, que están clasificadas por tamaños y colores. Mis dedos recorren los paquetes distraídamente. Podría pedirle que salgamos a cenar. ¿Como si fuera una cita? ¿Aceptaría? Cuando la miro, ella se está observando los dedos entrelazados. No puede mirarme... Prometedor. Escojo las bridas más largas. Son las que más posibilidades tienen: pueden sujetar dos muñecas o dos tobillos a la vez.

—Estas me irán bien —murmuro y ella vuelve a sonrojarse.

—¿Algo más? —pregunta apresuradamente. O está siendo muy eficiente o está deseando que me vaya de la tienda, una de dos, no sabría decirlo.

—Quisiera cinta adhesiva.

—¿Está decorando su casa?

Reprimo una risa.

—No, no estoy decorándola. —Hace un siglo que no cojo una brocha. Pensarlo me hace sonreír; tengo gente para ocuparse de toda esa mierda.

—Por aquí —murmura y parece disgustada—. La cinta para pintar está en el pasillo de la decoración.

Vamos, Grey. No tienes mucho tiempo. Entabla una conversación.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? —Ya sé la respuesta, claro. A diferencia del resto de la gente, yo investigo de antemano. Vuelve a ruborizarse... Dios, qué tímida es esta chica. No tengo ninguna oportunidad de conseguir lo que quiero. Se gira rápidamente y camina por el pasillo hacia la sección de decoración. Yo la sigo encantado. Pero ¿qué soy, un puto perro faldero?

—Cuatro años —murmura cuando llegamos a donde está la cinta. Se agacha y coge dos rollos, cada uno de un ancho diferente.

—Me llevaré esta —digo. La más ancha es mucho mejor como mordaza. Al pasármela, las puntas de nuestros dedos se rozan brevemente. Ese contacto tiene un efecto en mi entrepierna. ¡Joder!

Ella palidece.

—¿Algo más? —Su voz es ronca y entrecortada.

Dios, yo le causo el mismo efecto que el que ella tiene sobre mí. Tal vez sí...

—Un poco de cuerda.

—Por aquí. —Cruza el pasillo, lo que me da otra oportunidad de apreciar su bonito culo—. ¿Qué tipo de cuerda busca? Tenemos de fibra sintética, de fibra natural, de cáñamo, de cable...

Mierda... para. Gruño en mi interior intentando apartar la imagen de ella atada y suspendida del techo del cuarto de juegos.

—Cinco metros de la de fibra natural, por favor.
—Es más gruesa y deja peores marcas si tiras de ella... es mi cuerda preferida.

Veo que sus dedos tiemblan, pero mide los cinco metros con eficacia, saca un cúter del bolsillo derecho, corta la cuerda con un gesto rápido, la enrolla y la anuda con un nudo corredizo. Impresionante...

—¿Iba usted a las scouts?

—Las actividades en grupo no son lo mío, señor Grey.

—¿Qué es lo suyo, Anastasia? —Mi mirada se encuentra con la suya y sus iris se dilatan mientras la miro fijamente. ¡Sí!

—Los libros —susurra.

—¿Qué tipo de libros?

—Bueno, lo normal. Los clásicos. Sobre todo literatura inglesa.

¿Literatura inglesa? Las Brontë y Austen, seguro. Esas novelas románticas llenas de corazones y flores. Joder. Eso no es bueno.

—¿Necesita algo más?

—No lo sé. ¿Qué me recomendaría? —Quiero ver su reacción.

—¿De bricolaje? —me pregunta sorprendida.

Estoy a punto de soltar una carcajada. Oh, nena, el bricolaje no es lo mío. Asiento aguantándome la risa. Sus ojos me recorren el cuerpo y yo me pongo tenso. ¡Me está dando un repaso! Joder...

—Un mono de trabajo —dice.

Es lo más inesperado que he oído salir de esa boca dulce y resplandona desde la pregunta sobre si era gay.

—No querrá que se le estropee la ropa... —dice señalando mis vaqueros y sonrojándose una vez más.

No puedo resistirme.

—Siempre puedo quitármela.

—Ya. —Ella se pone escarlata y mira al suelo.

—Me llevaré un mono de trabajo. No vaya a ser que se me estropee la ropa—murmuro para sacarla de su apuro.

Sin decir nada se gira y cruza el pasillo. Yo sigo su seductora estela una vez más.

—¿Necesita algo más? —me pregunta sin aliento mientras me pasa un mono azul. Está cohibida; sigue mirando al suelo y se ha ruborizado. Dios, las cosas que me provoca...

—¿Cómo va el artículo? —le pregunto deseando que se relaje un poco.

Levanta la vista y me dedica una breve sonrisa relajada. Por fin.

—No estoy escribiéndolo yo, sino Katherine. La señorita Kavanagh, mi compañera de piso. Está muy contenta. Es la responsable de la revista y se quedó destrozada por no haber podido hacerle la entrevista personalmente.

Es la frase más larga que me ha dicho desde que nos conocimos y está hablando de otra persona, no de sí misma. Interesante.

Antes de que pueda decir nada, ella añade:

—Lo único que le preocupa es que no tiene ninguna foto suya original.

La tenaz señorita Kavanagh quiere fotografías. Publicidad, ¿eh? Puedo hacerlo. Y eso me permitirá pasar más tiempo con la deliciosa señorita Steele.

—¿Qué tipo de fotografías quiere?

Ella me mira un momento y después niega con la cabeza.

—Bueno, voy a estar por aquí. Quizá mañana... — Puedo quedarme en Portland. Trabajar desde un hotel. Una habitación en el Heathman quizá. Necesitaré que venga Taylor y me traiga el ordenador y ropa. También puede venir Elliot... A menos que esté por ahí tirándose a alguien, que es lo que suele hacer los fines de semana.

—¿Estaría dispuesto a hacer una sesión de fotos?

—No puede ocultar su sorpresa.

Asiento brevemente. Le sorprendería saber lo que haría para pasar más tiempo con usted, señorita Steele... De hecho me sorprende incluso a mí.

—Kate estará encantada... si encontramos a un fotógrafo. —Sonríe y su cara se ilumina como un atardecer de verano. Dios, es impresionante.

—Dígame algo mañana. —Saco mi tarjeta de la cartera—. Mi tarjeta. Está mi número de móvil. Tiene que llamarme antes de las diez de la mañana. —Si no me llama, volveré a Seattle y me olvidaré de esta aventura estúpida. Pensar eso me deprime.

—Muy bien. —Sigue sonriendo.

—¡Ana! —Ambos nos volvemos cuando un hombre joven, vestido de forma cara pero informal, aparece en un extremo del pasillo. No deja de sonreírle a la señorita Anastasia Steele. ¿Quién coño es este gilipollas?

—Discúlpeme un momento, señor Grey. —Se acerca a él y el cabrón la envuelve en un abrazo de oso. Se me hiela la sangre. Es una respuesta primitiva. Quita tus putas zarpas de ella. Mis manos se convierten en

puños y solo me aplaco un poco al ver que ella no hace nada para devolverle el abrazo.

Se enfrascan en una conversación en susurros. Mierda, tal vez la información de Welch no era correcta. Tal vez ese tío sea su novio. Tiene la edad apropiada y no puede apartar los ojos de ella. La mantiene agarrada pero se separa un poco para mirarla, examinándola, y después le apoya el brazo con confianza sobre los hombros. Parece un gesto casual, pero sé que está reivindicando su lugar y transmitiéndome que me retire. Ella parece avergonzada y cambia el peso de un pie al otro.

Mierda. Debería irme. Entonces ella le dice algo y él se aparta, tocándole el brazo, no la mano. Está claro que no están unidos. Bien.

—Paul, te presento a Christian Grey. Señor Grey, este es Paul Clayton, el hermano del dueño de la tienda. —Me dedica una mirada extraña que no comprendo y continúa—: Conozco a Paul desde que trabajo aquí, aunque no nos vemos muy a menudo. Ha vuelto de Princeton, donde estudia administración de empresas.

El hermano del jefe, no su novio. Siento un alivio inmenso que no me esperaba y que hace que frunza el ceño. Esta chica sí que me ha calado hondo...

—Señor Clayton —saludo con un tono deliberadamente cortante.

—Señor Grey. —Me estrecha la mano sin fuerza. Gilipollas y blando...—. Espera... ¿No será el famoso Christian Grey? ¿El de Grey Enterprises Holdings? —En un segundo veo como pasa de territorial a solícito.

Sí, ese soy yo, imbécil.

—Uau... ¿Puedo ayudarle en algo?

—Se ha ocupado Anastasia, señor Clayton. Ha sido muy atenta. —Ahora lárgate.

—Estupendo —dice obsequioso y con los ojos muy abiertos—. Nos vemos luego, Ana.

—Claro, Paul —dice y él se va, por fin. Le veo desaparecer en dirección al almacén.

—¿Algo más, señor Grey?

—Nada más —murmuro. Mierda, me quedo sin tiempo y sigo sin saber si voy a volver a verla. Tengo que saber si hay alguna posibilidad de que llegue a considerar lo que tengo en mente. ¿Cómo podría preguntárselo? ¿Estoy listo para aceptar a una nueva sumisa, una que no sepa nada? Mierda. Va a necesitar mucho entrenamiento. Gruño para mis adentros al pensar en todas las interesantes posibilidades que eso presenta... Joder, entrenarla va a constituir la mitad de la diversión. ¿Le interesará? ¿O lo estoy interpretando todo mal?

Ella se dirige a la caja y marca todos los objetos. Todo el tiempo mantiene la mirada baja. ¡Mírame, maldita sea! Quiero volver a ver esos preciosos ojos azules para saber qué estás pensando.

Por fin levanta la cabeza.

—Serán cuarenta y tres dólares, por favor.

¿Eso es todo?

—¿Quiere una bolsa? —me pregunta pasando al modo cajera cuando le doy mi American Express.

—Sí, gracias, Anastasia. —Su nombre, un bonito nombre para una chica bonita, me acaricia la lengua.

Mete los objetos con eficiencia en la bolsa. Ya está. Tengo que irme.

—Ya me llamará si quiere que haga la sesión de fotos.

Asiente y me devuelve la tarjeta.

—Bien. Hasta mañana, quizá. —No puedo irme así. Tengo que hacerle saber que me interesa—. Ah, una cosa, Anastasia... Me alegro de que la señorita Kavanagh no pudiera hacerme la entrevista. —Encantado por su expresión asombrada, me cuelgo la bolsa del hombro y salgo de la tienda.

Sí, aunque eso vaya en contra de mi buen juicio, la deseo. Ahora tengo que esperar... joder, esperar... otra vez.

Eso es todo... por ahora.

Gracias, gracias, gracias por leer este libro.

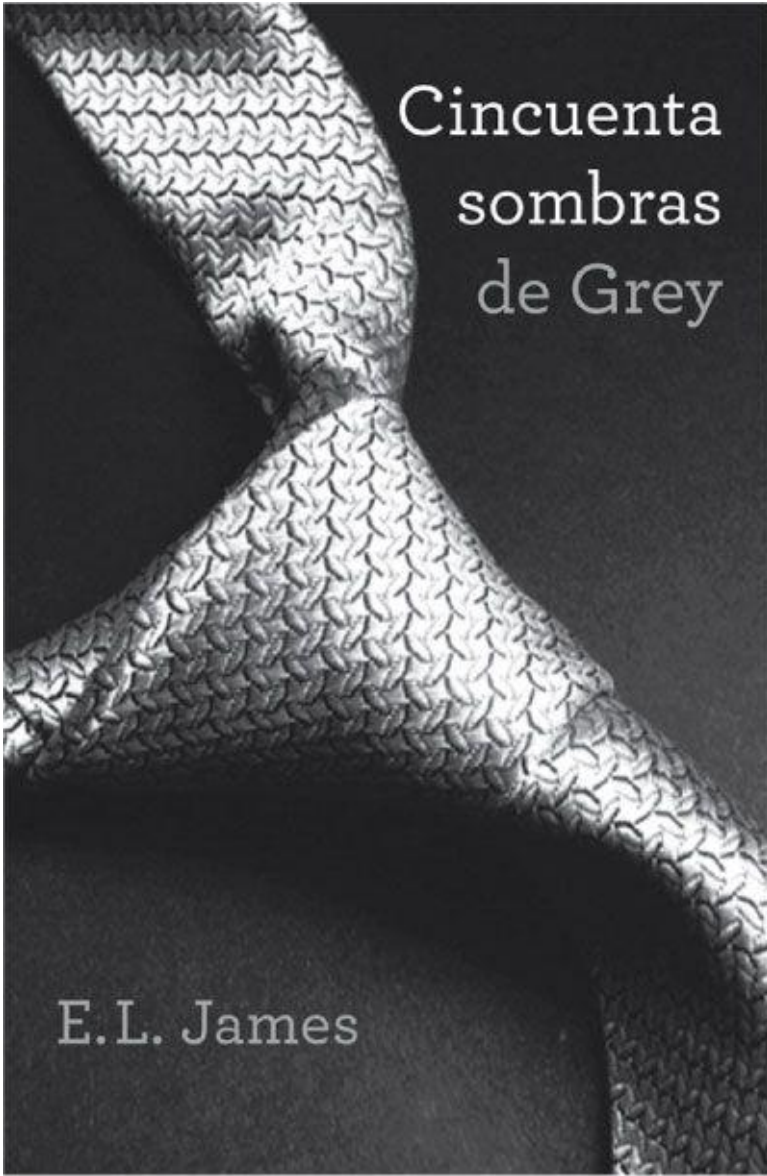
E.L. James

TOTALMENTE ADICTIVA, LA TRILOGÍA

«**CINCUENTA SOMBRAS**» DE **E.L. JAMES**

TE OBSESIONARÁ, TE POSEERÁ Y QUEDARÁ

PARA SIEMPRE EN TU MEMORIA.



Cincuenta sombras
más oscuras



E.L. James

E.L. James ha desempeñado varios cargos ejecutivos en televisión. Está casada, tiene dos hijos y vive en Londres. De niña, soñaba con escribir historias que cautivaran a los lectores, pero postergó sus sueños para dedicarse a la familia y a su carrera. Finalmente reunió el coraje para escribir su primera novela, *Cincuenta sombras de Grey*. Es también la autora de *Cincuenta sombras más oscuras* y *Cincuenta sombras liberadas*. Con motivo del fenómeno editorial que ha supuesto la trilogía «Cincuenta sombras», con gran repercusión en los medios y que ya ha vendido millones de ejemplares, la revista *Time* ha nombrado a E.L. James una de las cien personas más influyentes del año. Los derechos de traducción se han vendido a cuarenta países, y Universal Pictures y Focus Features han comprado los derechos cinematográficos.

Título original: *Fifty Shades Freed*

Edición en formato digital: julio de 2012

© 2011, Fifty Shades Ltd.

La autora publicó previamente una serie por entregas online de esta historia, con diferentes personajes y con el título *Master of the Universe*, bajo el seudónimo Snowqueen's Icedragon

© 2012, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, María del Puerto Barruetabeña Diez, por la traducción

Diseño de la cubierta: © Jennifer McGuire

Ilustración de la cubierta: © Kineticimagery / dreamstime.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-4924-9

Composición digital: Barcelona edicions digitals.

www.megustaleer.com

Consulte nuestro catálogo en:
www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax:+34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.